



LA HOGUERA DE LAS VANIDADES

Tom Wolfe

Lectulandia

Tom Wolfe debutó triunfalmente como novelista con «La hoguera de las vanidades», que fue calificada como la novela de Nueva York. El protagonista es un yuppie, un asesor financiero que se ha convertido en la estrella de una firma de brokers, pero que se ve inmerso en rocambolescas dificultades jurídicas, matrimoniales e incluso económicas a partir de la noche en que se pierde por las calles del Bronx cuando llevaba a su amante del aeropuerto Kennedy a su nido de amor. A partir de esta peripecia, Tom Wolfe va hilando una compleja trama que le permite presentar el mundo de las altas finanzas, los restaurantes de moda y las exclusivas parties de Park Avenue, así como el submundo picaresco de la policía y los tribunales del Bronx, y también el mafioso universo de Harlem y las nuevas sectas religiosas. Un hilarante e irreplicable fresco, diseccionado con desenvuelta crueldad y acerada ironía por un Tom Wolfe en plenitud de facultades. El personaje central resulta ser finalmente la gran capital del mundo en este final de siglo: Nueva York, con todos sus esplendores y todas sus miserias, retratada en la prosa de tecnicolor, vistavisión y sensorround que es la marca de fábrica de ese maestro de periodistas y, como demuestra aquí, personalísimo y magistral novelista que es Tom Wolfe.

Lectulandia

Tom Wolfe

La hoguera de las vanidades

ePUB v1.0

minicaja 29.04.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The bonfire of the vanities*.

Título: La hoguera de las vanidades.

Autor: Tom Wolfe.

Primera edición: 1992.

Traducción de Enrique Murillo.

*Quitándose el sombrero,
el autor dedica este libro al
CONCEJAL EDDIE HAYES,
que caminó entre las llamas,
señalando los rincones más espeluznantes.*

*Y desea asimismo expresar
el gran aprecio que siente por
BURT ROBERTS,
el primero en mostrar el camino.*

Agradecimientos

Rindo agradecido tributo a la osadía de Jann Wenner, que publicó una primera versión de este libro en forma de serial, capítulo por capítulo, a medida que iba siendo escrito, y sin red de seguridad, en la revista Rolling Stone.

La historia y los personajes de este libro son imaginarios. El escenario es la ciudad de Nueva York; y aparecen en la narración instituciones, organizaciones y departamentos administrativos cuyo funcionamiento se remonta a muchos años atrás. Sin embargo, los personajes que están relacionados con todos ellos son ficticios.

Prólogo

Todos a por el imbécil.

—¿Y qué nos dice luego? Nos dice: «Olvidad que pasáis hambre, olvidad que algún poli racista os matará de un tiro a la espalda...» Ha venido a veros Chuck. Chuck ha venido a Harlem...

—Mire usted, se lo voy a explicar...

—Chuck ha venido a Harlem y...

—Permítame que se lo explique...

—A ver, ¿ha venido *Chuck* a Harlem para hacerse cargo de los problemas de la comunidad negra?

Esto es la gota que colma el vaso.

¡Jeh-jegggggggggggjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjj!

Es un cacareo demoníaco, emitido por alguien del público. Es un sonido que sale de un lugar tan profundo, de debajo de tantísimas y tan lujosas capas, que él sabe perfectamente el aspecto que tiene esa mujer. Cien kilos, ¡como mínimo! ¡Fuerte y grande como una caldera de calefacción! El cacareo estimula a los hombres. Una erupción de esos ruidos tripudos que tanto detesta él. Ya empieza:

—*Jejejeje... unnnnnjjjj-junjj... Eso... Díselo, hermano... Dale caña...*

¡Chuck! Qué insolencia: ahí está el tipo, justo enfrente, en primera fila, ¡y acaba de llamarle Charlie! Chuck es un diminutivo de Charlie, y Charlie es el mote con el que los negros insultan a los peores racistas blancos. ¡Menuda insolencia! ¡Menuda impudicia! El calor y las luces son insoportables. El alcalde bizquea constantemente. Son las luces de la TV. Está rodeado de una luminosidad cegadora. Casi no llega a ver la cara del revientamítines. Sólo ve una silueta alta, y los increíbles ángulos huesudos que forman los codos de ese sujeto cuando alza las manos sobre la cabeza. Y también entrevé un pendiente. Ese tipo lleva un enorme aro de oro en una oreja.

—Yo se lo explicaré —dice el alcalde, inclinándose hacia el micrófono—. ¿De acuerdo? Yo le daré las cifras exactas. ¿De acuerdo?

—¡No queremos sus cifras, tío!

¡Tío, me ha llamado tío! ¡Qué insolencia!

—Usted ha sido quien ha planteado la cuestión, amigo mío. Así que ahora tendrá que escuchar las cifras reales. *¿De acuerdo?*

—¡No vas a jodernos con tus cifras!

Otra erupción de la muchedumbre, más estentórea incluso que antes:

—*Unnnnj-unnnnnnj-unnnj... Díselo, hermano... Díselo a ese... ¡Eh, Gober!*

—Esta administración, y son datos que todo el mundo puede comprobar, esta

administración dedica una parte del presupuesto anual de la ciudad de Nueva York...

—Venga ya, tío —aúlla el revientamítines—, ¡calla y no intentes deslumbrarnos con tus cifras y tu retórica burocrática!

Les encanta. ¡Qué insolencia! La insolencia dispara otra erupción. El alcalde intenta ver qué ocurre a través de la luz deslumbrante de los focos de la televisión. Bizquea constantemente. Sabe que tiene delante una tremenda masa de siluetas. La muchedumbre se hincha como un globo. El techo parece bajar. Está revestido de losetas de color beige. Las losetas tienen unas incisiones retorcidas. Se desmenuzan por los bordes. ¡Asbesto! ¡Sabe reconocer el material en cuanto le pone la vista encima! Y esas caras, esas caras expectantes, que aguardan a que empiece la jarana, a que empiecen los puñetazos. ¡Ojos a la funerala, narices hemorrágicas, eso es lo que quieren! Todo depende de lo que ocurra ahora. ¡Pero el alcalde se siente capaz de manejar la situación! ¡Capaz de manejar a los revientamítines! Apenas mide metro setenta, pero en cuestión de mítines es mejor incluso que Koch. Es el alcalde de la mayor ciudad de la tierra, ¡Nueva York! ¡Él!

—¡Muy bien! Ya se ha divertido usted un rato. Ahora, ¡cierre el pico durante un minuto!

El revientamítines se queda perplejo. Se queda congelado. Es todo lo que el alcalde necesitaba. Sabe manejar estas situaciones.

—*Uusted* me ha hecho una pregunta, a *mmmííí*, ¿no es cierto? Y ha conseguido que su claque soltara la gran carcajada. Pues bien, ahora le toca a *uuuusted* permanecer *callado y oííír* mi respuesta. ¿Vale?

—¿Qué claque ni qué leches? —Al tipo se le ha acabado la cuerda, pero aún se mantiene en pie.

—¿Vale? Y ahora voy a darle las estadísticas de *suuuu* comunidad, la de Harlem.

—¿Qué ha dicho de claque? —Ese bastardo se agarra a la palabra claque como a un clavo ardiendo—. ¡Con las estadísticas no se cura el hambre, tío!

—¡Bien, hermano...! ¡Dale fuerte a ese Gober! ¡Enséñale!

—Déjenme terminar. ¿Creen *uuusteedes* que...?

—¡No nos vengas con porcentajes, tío! ¡Lo que queremos es *trabajo*!

La muchedumbre entra de nuevo en erupción. La cosa se pone cada vez más fea. El alcalde no entiende casi nada de lo que le están gritando: interjecciones salidas desde el fondo de la cesta de la compra. Pero si capta todo eso de *Gober*. Ahí abajo hay un bocazas, y lo que dice le llega claramente por encima del estruendo.

—¡Gober! ¡Gober! ¡Gober!

Pero lo que dice no es *Gober*. Lo que dice es *Goldberg*.

—¡Eh, *Goldberg*! ¡*Goldberg*! ¡*Goldberg*!

El alcalde se queda aturdido. ¡Aquí, en Harlem! *Goldberg* es el mote con el que los negros insultan a los judíos. ¡Escandaloso! ¡Qué insolencia! ¡Cómo se atreve

alguien a gritarle estas vilezas al alcalde de Nueva York!

Abucheos, silbidos, gruñidos, carcajadas, gritos. La masa tiene ganas de ver cómo le parten un diente. La masa ha perdido el control.

—Díganme ustedes...

No sirve de nada. No lo oyen, ni siquiera cuando usa el micrófono. ¡Cuánto odio en sus rostros! ¡Puro veneno! Es hipnótico.

—¡Fuera, Goldberg! ¡Fuera, Goldberg! ¡Hymie!^[1]

¡Hymie! ¡Qué basura! Uno de ellos le llama Goldberg y otro le grita Hymie. Y, de repente, se hace la luz. ¡El reverendo Bacon! Son la chusma del reverendo Bacon. Está seguro. La gente civilizada, los buenos ciudadanos que suelen acudir a los mítines de Harlem, la gente que Sheldon prometió que llenaría el local, no estaría gritándole a su alcalde toda esa clase de porquerías. ¡Ha sido cosa de Bacon! ¡Sheldon ha fracasado! ¡Bacon ha llenado esto de su gentuza!

Una oleada de autocompasión sumerge al alcalde. Por el rabillo del ojo alcanza a ver a los técnicos de la televisión agitándose por entre la luz deslumbrante. Sus cámaras comienzan a asomar, como cuernos, sobre sus cabezas. Giran hacia aquí y hacia allá. ¡Se lo están tragando todo! ¡Han venido a grabar el jaleo! Ninguno de ellos levantaría un solo dedo para intentar impedir el escándalo. ¡Cobardes! ¡Parásitos! ¡Piojos de la vida pública!

Al siguiente instante comprende, con un escalofrío, cómo está la situación.

Esto se acabó. Increíble. Me han derrotado.

—*No nos vengas con tus... Largo de aquí... Uuuuuhhh... No queremos tus... ¡Goldberg!*

Guliaggi, jefe de los guardaespaldas de paisano al servicio del alcalde, se le aproxima desde una esquina del estrado. El alcalde le indica por señas, sin mirarle directamente, que se retire. ¿Acaso podría hacer algo? Sólo se ha traído a cuatro hombres. El alcalde sabía que no era conveniente presentarse en Harlem rodeado de un ejército. Lo que pretendía era justamente demostrar que podía ir a Harlem y celebrar un mitin, de la misma manera que solía hacerlo en Riverdale o en Park Slope.

En la primera fila, a través del reverbero luminoso, capta el alcalde la mirada que le dirige Mrs. Langhorn, la mujer del pelo cortado a lo chico, la concejala del distrito, la persona que le había presentado al auditorio hacía —¿cuánto?— apenas unos minutos. Mrs. Langhorn hace un puchero con los labios, agacha la cabeza, la sacude con incredulidad. Su mirada pretende decirle al alcalde: «Ojalá pudiese ayudarle, pero ¿qué puedo hacer? ¡Fíjese en la gente, están todos furiosos!» ¡Sí, tiene tanto miedo como los demás! ¡Sabe que tendría que ponerse en pie y combatir contra estos tipos! ¡Pronto se meterán incluso con los negros como ella! ¡Y lo harán encantados de la vida! Ella lo sabe. ¡Pero las buenas personas están siendo intimidadas! ¡No se

atreven a mover un solo dedo! ¡Correrá la sangre! ¡La suya y la nuestra!

—¡*Lárgate ya! Uuuujjj... Yagggjjj... ¡Judío!*

El alcalde toma de nuevo el micrófono:

—¿Es esto lo que...? ¿*Es esto...*?

Inútil. Como clamar en el desierto. Le vienen ganas de escupirles a los ojos. Le vienen ganas de decirles que no tiene miedo. ¡No sois quién para dejarme en mal lugar! ¡Sólo sois una pandilla de matones que ensucian la imagen de Harlem! ¿Por qué permitís que un par de bocazas me llamen Goldberg y Hymie? ¿Por qué no les hacéis callar? ¿Por qué me hacéis callar a mí? ¡Increíble! ¿Cómo es posible que vosotros, los buenos vecinos, trabajadores, respetables y temerosos de Dios que también vivís en Harlem, cómo es posible que creáis que esos tipos son vuestros *hermanos*? ¿Quiénes han sido vuestros amigos durante todos estos años? ¡Los judíos! ¿Y dejáis que esos gamberros me llamen *Charlie*? Me insultan así, ¿y no decís *nada*?

Parece que toda la sala esté pegando brincos. Todos levantan el puño. Todos tienen la boca abierta. Gritan. Como salten más, el techo acabará volando por los aires.

Saldrá por la TV. Lo verá toda la ciudad. Y les va a encantar. ¡Harlem en pie de guerra! ¡Menudo espectáculo! ¡No se ponen en pie de guerra solamente los buscavidas, los gamberros, los truhanes y tramposos, ¡es *todo Harlem* el que se rebela! ¡Todos los negros de Nueva York en pie de guerra! Él no es más que el alcalde de una parte de la ciudad. ¡Es el alcalde de los blancos! ¡Prendedle fuego a ese imbécil! ¡Todos a por el imbécil! Los italianos lo verán todo por la televisión, y les va a encantar Y lo mismo los irlandeses. Y hasta los *wasps*^[2]. Y no entenderán nada de nada. Sentados en sus lujosos pisos en propiedad de Park Avenue o de la Quinta Avenida o de la calle Setenta y dos Este y de Sutton Place, contemplarán estremecidos toda esa violencia, disfrutarán del espectáculo. ¡Bobos! ¡Cabezas de chorlito! ¡Tontos del culo! ¡*Gentiles*! ¿Es que no os enteráis de nada? ¿Creéis que esta ciudad sigue siendo vuestra? ¡Abrid los ojos! ¡La mayor ciudad del siglo XX! ¿Creéis que basta el *dinero* para que siga siendo vuestra?

¡Bajad de vuestros magníficos pisos en propiedad, alejaos de vuestros accionistas, dejad a los abogados que organizan vuestras fusiones empresariales! ¡Aquí abajo estamos en el Tercer Mundo! ¡Portorriqueños, caribeños, haitianos, dominicanos, cubanos, colombianos, hondureños, coreanos, chinos, tailandeses, vietnamitas, ecuatorianos, panameños, filipinos, albaneses, senegaleses y afroamericanos! ¡Id a visitar las fronteras, acojonada gente guapa! ¡Id a Morningside Heights, a St. Nicholas Park, a Washington Heights, a Fort Tryon, *por qué pagar más!*^[3] El Bronx: ¡se acabó el Bronx para vosotros! ¡Riverdale ya no es más que un pequeño puerto franco situado ahí arriba! Pelham Parkway: ¡dejad el pasillo libre para llegar a Westchester! Brooklyn, ¡*vuestro* Brooklyn ha dejado de existir! Brooklyn Heights,

Park Slope: ¡pequeños Hong Kong, eso es lo que son! ¡Y Queens! Jackson Heights, Elmhurst, Hollis, Jamaica, Ozone Park, ¿de quién son ahora? ¿Os habéis enterado? ¿Y en dónde quedan ahora Ridgewood, Bayside y Forest Hills? ¿Lo sabéis? ¿Habéis pensado alguna vez en eso? ¡Y Staten Island! ¿Creéis vosotros, bricóleros dominicales, que seguís cómodamente instalados en vuestro rinconcito? ¿Creéis que el futuro no sabe arreglárselas para cruzar un puente, un simple *puente*? Y vosotros, *wasps* que acudís a los bailes de beneficencia y que vivís sentados sobre vuestras montañas de dinero heredado en vuestros pisos en propiedad, esos pisos con el techo a cuatro metros de altura y dos alas, una para vosotros y la otra para el servicio, ¿creéis de verdad que estáis en una fortaleza inexpugnable? Y vosotros, financieros judío-alemanes que finalmente os habéis colado en los mismos edificios, a fin de aislaros mejor de las hordas de *shtetl*,^[4] ¿creéis que habéis conseguido aislaros completamente del *Tercer Mundo*?

¡Pobrecitos gordos! ¡Pobrecitos merengues!^[5] ¡Gallinas! ¡Cobardes! Esperad a tener como alcalde a un reverendo Bacon cualquiera, y unos concejales tipo reverendo Bacon llenando la sala del concejo de un extremo a otro, y sabréis lo que es bueno. Entonces sabréis de quiénes os estoy hablando, vaya que sí. ¡Irán a por vosotros! ¡Irán a Wall Street y a Chase Manhattan Plaza número 1! ¡Se sentarán en vuestros escritorios y tamborilearán sus dedos amenazadores en vuestras mesas! ¡Os limpiarán hasta el polvo de vuestras cajas fuertes de máxima seguridad, todo completamente gratis...!

¡Se había vuelto loco! ¡Qué cosas le pasaban por la cabeza! ¡Estaba completamente paranoico! Nadie va a elegir a ningún reverendo Bacon para ningún cargo. Nadie marchará sobre las mejores zonas de la ciudad. Lo sabe. Pero ¡se siente tan solo! ¡Abandonado! ¡Incomprendido! ¡Esperad a que ya no esté yo en este puesto! ¡Veréis entonces lo que me echáis de menos! Pero me dejáis completamente solo ante este atril, bajo ese techo de asbesto, el maldito techo que acabará cayéndome encima de la cabeza...

—¡Uuuuhhhh...! ¡Fueeeera...! ¡Fueeeera...! ¡Judio...! ¡Goldberg!

Se produce una tremenda conmoción a un lado del escenario. Las luces de la TV le dan justo en la cara. Hay muchos empujones y codazos: una cámara se cae a la platea. Algunos de esos bastardos avanzan hacia las escaleras que dan acceso al estrado, y las cámaras de televisión se interponen en su camino. Empujones, empujones contra alguien que ya estaba a mitad de la escalera; sí, son sus hombres, los guardaespaldas de paisano, sí, Norrejo, ese tan enorme, Norrejo ha empujado a alguien escaleras abajo. Un objeto alcanza al alcalde en el hombro. ¡Cómo le duele el golpe! Ahí está, en el suelo, un tarro de mayonesa, un tarro de doscientos cincuenta gramos de mayonesa Hellman's. ¡Medio vacío! ¡Medio consumido! ¡Alguien le ha arrojado, a él, un tarro de mayonesa Hellman's medio vacío! En ese instante su mente

queda apresada por lo más insignificante. ¿Quién, en nombre de Dios, quién ha podido ir al mitin con un tarro medio vacío de mayonesa Hellman's?

¡Malditas luces! El estrado se ha llenado de gente... muchos forcejeos... una buena *melée*... Norrejo agarra a uno de esos diablos por la cintura, le clava la rodilla en la espalda, lo tira al suelo. Los otros dos policías de paisano, Holt y Danforth, están de espaldas al alcalde, junto a él. Forman una muralla, como un par de defensas de rugby que le abren camino al jugador que lleva la pelota. Guliaggi está detrás de él.

—Péguese a mi espalda —dice Guliaggi—. Vamos a salir por esa puerta.

¿Está sonriendo? Guliaggi parece esbozar una leve sonrisa. Ahora señala con la cabeza una puerta situada al fondo del escenario. Es un hombre bajo, de cabeza pequeña, frente estrecha, pequeños ojos entrecerrados, boca grande y malévola, bigotito. El alcalde le mira fijamente la boca. ¿Es eso una sonrisa? Imposible, pero quizá lo sea. Ese extraño y malicioso retorcimiento de sus labios parece decirle: «Hasta ahora era usted quien organizaba el espectáculo, pero el que lleva las riendas ahora soy yo.»

En cierto modo, la sonrisa le decide. El alcalde abandona ese puesto de mando a lo general Custer que era el atril. Se entrega a la pequeña roca que le ofrece protección. También los demás cierran filas a su alrededor: Norrejo, Holt, Danforth. Le rodean, como las cuatro esquinas de una cárcel. El escenario se ha llenado de gente. Guliaggi y Norrejo se abren paso a fuerza de músculos por entre la multitud. El alcalde anda pisándoles los talones. Le rodean caras burlonas por todas partes. Hay un tipo, apenas a medio metro de distancia, que salta continuamente, que le grita una y otra vez:

—¡Eh, tú, carachocho! ¡Eh, tú, carachocho!

Cada vez que ese bastardo salta, el alcalde alcanza a verle sus saltones ojos de marfil, su enorme nuez. Una nuez del tamaño de una batata.

—¡Eh, tú, carachocho! —sigue gritándole—. ¡Carachocho!

Justo delante de él ve ahora al revientamítines. ¡El de los codos y el pendiente de oro! Guliaggi se interpone entre el alcalde y él, pero el revientamítines es altísimo, se eleva como una torre por encima de la cabeza de Guliaggi. Como mínimo mide un metro noventa y cinco. Y ahora le grita al alcalde, en plena cara:

—Lárgate... ¡Uuuufff!

En una fracción de segundo, aquel gigante se hunde, abierta la boca y los ojos salidos de las órbitas. Guliaggi le ha clavado el codo y el antebrazo en el plexo solar.

Guliaggi llega junto a la puerta, la abre. Le sigue el alcalde. Nota que por la espalda le van empujando los otros policías. Se da de bruces contra la espalda de Guliaggi. ¡Ese tipo es duro como una piedra!

Están bajando una escalera. Sus pisadas hacen resonar los peldaños de hierro.

Está sano y salvo. Ni siquiera le persiguen ya. Se ha salvado... pero siente una gran decepción. Ni siquiera tratan de seguirle. De hecho, en ningún momento han intentado siquiera tocarle. Y justo entonces... justo entonces lo *comprende*. Lo comprende antes incluso de que su cabeza pueda organizar las diversas piezas sueltas.

«Me he equivocado. Esa sonrisilla me venció. He dejado que me venciera el pánico. Ahora ya está todo perdido.»

1. El amo del universo

Precisamente en este momento, en uno de esos elegantes pisos en propiedad situados en Park Avenue y que tanto obsesionaban al alcalde... techos de cuatro metros... dos alas, una para los wasps y otra para el servicio... Sherman McCoy estaba en cuclillas, en mitad del gran vestíbulo, tratando de ponerle la correa a un dachshund. El piso de mármol verde oscuro se extendía interminablemente a su alrededor. Por un lado conducía hasta el pie de una escalera de nogal que descendía en una suntuosa curva desde el piso superior. Era esa clase de apartamento cuya sola idea basta para encender hogueras de envidia y codicia en la gente de todo Nueva York o, si vamos a eso, absolutamente de todo el mundo. Pero Sherman sólo ardía en deseos de salir de este fabuloso pisazo durante al menos treinta minutos.

De modo que ahí estaba, en cuclillas, peleando con un perro. El dachshund era, a su modo de ver, su visado de salida.

Viendo a Sherman McCoy así agachado, y vestido con camisa a cuadros, pantalones caqui y mocasines de yate, nadie podría adivinar el impresionante aspecto que suele tener, joven aún... treinta y ocho años... alto... casi metro ochenta y cinco... tremendamente apuesto... tremendo hasta lo imperioso... y tan imperioso como su papá, el León de Dunning Sponger... una espesa melena rubio rojizo... nariz larga... mentón prominente... Estaba orgulloso de su mentón. El mentón McCoy; como el del León. Un mentón viril, grande y redondeado como el que tenían antaño los hombres de Yale retratados por Gibson y Leyendecker, un mentón aristocrático, pensaba Sherman, que también era ex alumno de Yale, un hombre de Yale.

Pero en este momento todo su aspecto tenía que decir: «Solamente voy a pasear al perro.»

El dachshund parecía saber lo que le aguardaba. Se escabullía una y otra vez. Las torcidas patas del animal eran engañosas. En cuanto uno trataba de agarrarle, el bicho se convertía en un musculoso tubo montado sobre dos piernas fortísimas. Intentando atraparlo, Sherman se lanzó hacia él. Pero se golpeó una rótula contra el piso de mármol. El dolor le enfureció.

—¡Venga, Marshall! —murmuraba entre dientes—. Quédate quieto, maldita sea.

El perro volvió a escabullirse, y Sherman volvió a darse un rodillazo. Ahora no estaba solamente cabreado con el bicho sino también con su mujer. Eran las fantasías de su mujer, que se las daba de decoradora de interiores, lo que había producido como resultado esta enorme extensión de mármol. La diminuta puntera de seda del zapato de una mujer: ahí estaba ella.

—Cómo te diviertes, Sherman. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Me voy con Marshall, a dar una vueltaaaa —sin alzar la cabeza.

Vuelta había sonado, sin embargo, más bien como un rugido, pues el dachshund había intentado llevar a cabo una maniobra serpenteante y Sherman le había rodeado el tronco con el brazo.

—¿Sabes que está lloviendo?

—Sí —sin mirar aún hacia arriba—, lo sé.

Finalmente consiguió enganchar la correa en el collar del perro.

—Parece que le hayas tomado repentinamente afecto a Marshall.

Alto ahí. ¿Qué era eso? ¿Ironía? ¿Acaso ella sospechaba algo? Alzó la vista.

Pero la sonrisa del rostro de su esposa era sin duda auténtica, agradabilísima... una sonrisa encantadora, sí... *Sigue siendo una mujer muy atractiva...* con sus rasgos delgados y finos, sus grandes ojos de ese azul transparente, su espesa melena castaña... *¡Pero ya tiene cuarenta años...!* Un dato insoslayable... Hoy, *atractiva...* Mañana la gente sólo dirá que está bien *conservada...* Ella no tiene la culpa... *¡Pero yo tampoco!*

—Se me ocurre una idea —dijo ella—. ¿Por qué no dejas que saque yo a Marshall? O podría decirle a Eddie que lo hiciera. Mira, tú subes y le lees un cuento a Campbell antes de que se duerma. Le encantará. No es frecuente que estés de regreso en casa tan temprano. ¿Por qué no subes con Campbell?

Sherman la miró fijamente. ¡No era una trampa! ¡Estaba siendo sincera! Sin embargo, *zip zip zip zip zip zip zip*, con unos cuantos golpes hábiles, unas cuantas frases... *¡le había atado de pies y manos! ¡Con clavos de culpa y de lógica!* ¡Y sin proponérselo siquiera!

Por un lado, que Campbell estuviera en su camita —*¡mi única hija!, ¡la absoluta inocencia de una niña de seis años!*— esperando a que él subiera a leerle un cuento antes de dormirse... Mientras, él... se dedicaba a lo que fuese... *¡Culpa!* Y que Sherman siempre regresara tan tarde que casi nunca tuviese ocasión de verla... *¡Otra culpa!* ¡Y cómo quería a Campbell! ¡La quería más que a nada en el mundo...! Y, para empeorar aún más las cosas: *¡qué lógica!* El dulce rostro de esposa que Sherman miraba en este momento acababa de hacer una sugerencia amable y reflexiva, lógica... ¡tan lógica que Sherman se había quedado sin habla! ¡No había en el mundo entero mentiras suficientes para sortear tanta lógica! ¡Y ella sólo pretendía ser amable!

—Anda —le dijo ella—. A Campbell le encantará. Ya me encargo yo de Marshall.

El mundo estaba patas arriba. ¿Qué estaba haciendo él, el Amo del Universo, en el suelo, reducido a rebuscar en su cerebro alguna mentirijilla que le permitiese sortear el obstáculo de la lógica de su esposa? Los Amos del Universo eran unos espeluznantes y rapaces muñecos de plástico con los que le gustaba jugar a su hija, que, aparte de eso, era perfecta. Tenían aspecto de dioses noruegos que fuesen al

mismo tiempo levantadores de pesas, y se llamaban cosas como Dracon, Ahor, Mangelred y Blutong. Incluso dentro del campo de los juguetes de plástico, su vulgaridad era extraordinaria. Pero un día, en un arranque de euforia, después de haber descolgado el teléfono para aceptar un pedido de bonos que habían supuesto para él una comisión de 50.000 dólares, *así de sencillo*, aquellas palabras habían brotado en su mente. En Wall Street, él y unos pocos más, ¿cuántos?, trescientos, cuatrocientos, quinientos a lo sumo... se habían convertido precisamente en eso, en Amos del Universo. ¡Sin limitación alguna...! Naturalmente, jamás se le había ocurrido a Sherman pronunciar esta frase ante nadie. No era tonto. Pero no conseguía arrancarla de sus pensamientos. Y aquí estaba el Amo del Universo, de rodillas, con un perro, maniatado por la dulzura, la culpa y la lógica... ¿Por qué no podía (siendo como era un Amo del Universo) *explicárselo* a su mujer simplemente? Mira, Judy, todavía te quiero y quiero a nuestra hija y me gusta nuestra casa y me gusta nuestra vida y no quiero que cambie absolutamente nada; lo único que pasa es que yo, como Amo del Universo, un hombre aún joven en el que hierve la savia, me merezco algo *más* de vez en cuando, cada vez que siento el impulso... Pero sabía que jamás llegaría a expresar una idea así con palabras. De modo que empezó a bullir en su mente el resentimiento... En cierto sentido, ella misma había sido la causante de su propia desgracia... Esas mujeres cuya compañía tanto parece apreciar ella ahora... esas... esas... La frase brinca hasta el centro de sus pensamientos justo en este momento: radiografías sociales... Están tan delgadísimas que parecen radiografías... Sus huesos transparentan la luz de las lámparas... mientras hablan de *interiores* y de *jardinería*... y cuando meten sus descarnados miembros en esas medias tubulares de lycra para ir a su gimnasio... ¡Y tanto ejercicio no le sirve de nada, en absoluto...! Mira qué cara tan gastada, qué cuello tan arrugado... Sherman se concentró en el rostro y el cuello de su mujer... *qué chupada*... Sí... *gimnasia y ejercicios*... que la convertirán en *una de esas radiografías*...

Consiguió fabricar el suficiente resentimiento como para poner en marcha la famosa furia de los McCoy. Notó que se le acaloraba el rostro. Bajó la cabeza y gritó:
—Juuuuuudy...

Un grito sofocado entre dientes. Unió el pulgar de su mano izquierda con el índice y el corazón, alzó esos dedos apretados hasta situarlos delante de sus ojos entrecerrados y de sus firmemente apretadas mandíbulas, y dijo:

—Mira... Estoy-a-punto-de-sacar-el-perro-a-pasear... De manera que voy-a-sacarle-a-pasear... *¿De acuerdo?*

A mitad de la frase, comprendió que aquello era absolutamente desproporcionado en relación con... con... Pero no pudo parar a tiempo. Ese era, al fin y al cabo, el secreto de las furias de los McCoy... en Wall Street... en donde fuera... imperiosos excesos.

Judy apretó los labios. Sacudió la cabeza.

—Haz lo que gustes, desde luego —dijo sin entonación. Luego dio media vuelta, atravesó el vestíbulo y comenzó a subir la suntuosa escalera.

Aún de rodillas, Sherman la miró, pero ella no se volvió a mirarle a él. *Haz lo que gustes*. Había conseguido aplastarla. Victoria completa. Pero, victoria vacía.

Otro espasmo de culpa...

El Amo del Universo se levantó y consiguió, sin soltar la correa, ponerse la trinchera. Era una gastada pero magnífica trinchera de algodón forrada de caucho, una prenda inglesa, con montones de hebillas y pliegues y piezas superpuestas. Se la había comprado en Knoud, de Madison Avenue. En tiempos, su aspecto ajado le había parecido a Sherman justo lo que él buscaba, a juego con los zapatones Boston de gruesa piel agrietada. Ahora ya no estaba tan seguro. Tiró del dachshund con la correa y pasó del vestíbulo al rellano que daba al otro vestíbulo, el del ascensor, y pulsó el botón.

En lugar de seguir pagando a irlandeses de Queens y a portorriqueños del Bronx los 200.000 dólares anuales que se llevaban los tres turnos de ascensoristas, los dueños de los pisos habían decidido dos años atrás poner ascensores automáticos. Lo cual le convenía especialmente a Sherman en esta ocasión. Con esa vestimenta, y con el perro tironeando de la correa, no se sentía con ganas de permanecer en un ascensor junto a un ascensorista disfrazado de coronel austríaco de allá por 1870. El ascensor descendió, y se detuvo un par de pisos más abajo. *Browning*. La puerta se abrió, y la masa mejilluda de Pollard Browning se coló en el ascensor. Browning contempló a Sherman, su ropa campestre, y su perro, de arriba abajo, y, sin rastro de sonrisa, le dijo:

—Hola, Sherman.

«Hola, Sherman», no era más que la punta del bate con el que le había propinado un golpe, pues esas pocas sílabas significaban en realidad: «Tú y tu ropa y tu perro sois un insulto para nuestro ascensor de caoba.»

Sherman estaba furioso y, sin embargo, se sorprendió a sí mismo agachándose para coger al perro en brazos.

Browning era el presidente de la asociación de propietarios. Un muchacho neoyorquino que cuando salió de entre las piernas de su madre ya era un cincuentón, socio de Davis Polk y presidente de la asociación de propietarios del mejor barrio de la ciudad. Sólo tenía cuarenta años, pero desde hacía veinte ya parecía que tuviese cincuenta. Llevaba el pelo uniformemente peinado hacia atrás sobre su redondo cráneo, y vestía un immaculado traje azul marino, camisa blanca, corbata a cuadros blancos y negros, e iba sin gabardina. Permaneció de cara a la puerta del ascensor, y luego volvió la cabeza, le echó otra ojeada a Sherman, siguió en silencio, y le dio la

espalda.

Sherman le conocía desde que ambos eran alumnos del colegio Buckley. Browning había sido un chico gordo, enérgico y snob que, a los nueve años, ya demostró ser capaz de enterarse de la asombrosa noticia según la cual McCoy era un apellido de palurdos (y de una familia de palurdos) mientras que él, Browning, era un auténtico Knickerbocker^[6]. Tenía por costumbre llamar a Sherman «McCoy, el montaraz».

—¿Sabes que está lloviendo? —dijo Browning cuando llegaron a la planta baja.

—Sí.

Browning miró al dachshund y sacudió la cabeza:

—Sherman McCoy. El amigo del mejor amigo del hombre.

Sherman notó que volvía a arrebolarse de furia.

—¿Era eso? —dijo.

—¿El qué?

—Te has pasado todo el rato que hemos tardado en bajar desde el octavo piso tratando de encontrar una frase brillante, ¿y sólo se te ha ocurrido eso? —Sherman quería que sonase a sarcasmo amable, pero sabía que su rabia había roto las compuertas.

—No sé de qué hablas —dijo Browning, y se adelantó. El porrero sonrió, le saludó con la cabeza y le abrió la puerta. Browning salió y, caminando bajo la marquesina, llegó hasta su coche. Su chófer le había abierto la puerta. Ni una sola gota de lluvia había mancillado su lustrosa figura, y en seguida partió, suave, inmaculadamente, hacia el enjambre de rojas luces de posición que bajaban por Park Avenue. Ninguna gastada gabardina estorbaba la elegante y fornida espalda de Pollard Browning.

En realidad sólo caía una lluvia fina, sin viento, pero al dachshund no le interesaba soportar ni siquiera eso, y empezaba a revolverse en los brazos de Sherman. ¡Qué fuerza tiene el muy bastardo! Dejó al perro en el suelo, bajo la marquesina, y salió con paso apresurado hacia la lluvia, tirando de la correa. En medio de la oscuridad, los edificios residenciales del otro lado de la avenida eran un sereno muro negro que parecía sostener el cielo, rojizo y vaporoso, de la ciudad. Un cielo bañado de fulgor, como si tuviera fiebre.

Qué diablos, aquí fuera no se está tan mal. Sherman tiró, pero el perro se agarró con las uñas al suelo.

—Vamos, Marshall.

El portero esperaba junto a la puerta, mirándole.

—Me parece que no tiene muchas ganas, Mr. McCoy.

—Ni yo las tengo de tirar, Eddie. —Ni me interesan tus comentarios, pensó Sherman—. Vamos, vamos, vamos, Marshall.

A estas alturas Sherman ya estaba bajo la lluvia, tirando con fuerza considerable de la correa, pero el perro no se movía ni un centímetro. De modo que le cogió en brazos, le sacó de la alfombra de caucho y lo depositó en la acera. El perro intentó regresar hacia la puerta. Sherman no podía soltar la correa, pues eso equivaldría a volver a empezar por el principio. De modo que él estaba inclinado hacia afuera y el perro se inclinaba hacia adentro, unidos ambos por la tensa correa. Era un tira y afloja entre un hombre y un perro... en Park Avenue. ¿Por qué diablos no se volvía el portero al interior del edificio, que era el lugar que le correspondía?

Sherman le pegó un tirón de verdad a la correa. El dachshund patinó unos cuantos centímetros hacia adelante hasta salir a la acera. Se oían los arañazos de sus uñas. Bueno, quizá, si le arrastraba un poco más, el bicho acabaría cediendo y comenzaría a caminar, aunque sólo fuera para que no le tironeasen de aquella manera.

—¡Vamos, Marshall! ¡Sólo te llevaré hasta la esquina!

Sherman le dio otra sacudida a la correa, y luego siguió tirando con todas sus fuerzas. El perro patinó un par de palmos. ¡Estaba patinando! Se negaba a caminar. Se negaba a ceder. El centro de gravedad de aquel mal bicho parecía estar situado en las profundidades de la tierra. Era como arrastrar un trineo cargado de ladrillos. Joder, si al menos consiguiera llegar a la esquina. Sólo quería eso. ¿Por qué las cosas *más sencillas*...? Le dio otra sacudida a la correa, y luego mantuvo el tirón. Estaba inclinado como un marinero al viento. Empezaba a sudar bajo su trinchera forrada de caucho. La lluvia le resbalaba por la cara. El dachshund había abierto sus patas sobre la acera. Sherman tenía hinchados los músculos de los hombros. Tiraba hacia un lado, hacia el otro. Tenía el cuello en tensión. Gracias a Dios, como mínimo aquella bestia no se había puesto a ladrar. El perro patinó otra vez. Joder, ¡cómo se oía el ruido de las uñas contra la acera! No tenía intención de ceder ni un centímetro. Ahora Sherman mantenía la cabeza gacha, los hombros encorvados, e iba arrastrando al animal por la acera de Park Avenue. Notaba la lluvia colándosele por la nuca.

Se agachó, recogió al dachshund y, mientras lo hacía, vio por el rabillo del ojo a Eddie. ¡Seguía vigilándole! El perro comenzó a revolverse y retorcerse. Sherman tropezó. Bajó la vista. La correa se le había enroscado en las piernas. Cojeando, avanzó unos metros más. Finalmente dobló la esquina y se dirigió a la cabina de teléfono. Dejó al perro en la acera.

¡Joder! ¡Casi se le escapa! Agarra la correa en el último momento. Suda. Su cabeza está empapada de lluvia. Le late con fuerza el corazón. Pasa un brazo por el lazo de la correa. El perro no ceja. La correa vuelve a anudarse en torno a las piernas de Sherman. Descuelga el teléfono y lo apoya entre el hombro y la oreja. Busca una moneda en el bolsillo, la introduce en la ranura y marca.

Tres timbrazos, y una voz de mujer:

—¿Diga?

Pero no era la voz de Maria. Supuso que se trataba de Germaine, la amiga que le realquilaba el apartamento. De modo que dijo:

—¿Puedo hablar con Maria, por favor?

—¿Sherman? —dijo la mujer—. ¿Eres tú?

¡Joder! ¡Es Judy! ¡Había marcado el número de su casa! ¡Se queda aterrorizado, paralizado!

—¿Sherman?

Cuelga. Santo Cielo. ¿Qué puedo hacer? Me haré el loco. Cuando ella le pregunte por esa llamada, le dirá que no sabe de qué le habla. Al fin y al cabo, no había llegado a pronunciar más que cinco o seis palabras. ¿Cómo puede estar Judy tan segura?

Pero era inútil. Ella estaría completamente segura. Además, Sherman no era un especialista en echarse faroles. Judy adivinaría la verdad. Por otro lado, ¿qué otra cosa podía hacer?

Permaneció bajo la lluvia, en medio de la oscuridad, junto al teléfono. El agua se había abierto paso hasta colarse por debajo del cuello de su camisa. Respiraba pesadamente. Trataba de imaginar hasta qué punto podía ser grave la situación. ¿Qué haría Judy? ¿Qué le diría? ¿Estaría fuera de sí? Esta vez le había dado motivos. Si quería montarle una escena, tenía una base sobre la que actuar. Sherman había actuado como un auténtico imbécil. ¿Cómo había hecho una cosa así? Se enfureció consigo mismo. Ahora ya no estaba enfadado con Judy. ¿Sería capaz de colarle una mentira y aguantar firme, o esta vez había metido la pata hasta el fondo? ¿Estaría Judy inexorablemente ofendida?

De repente Sherman se fijó en alguien que caminaba por la acera en dirección al lugar en donde él se encontraba, bajo la húmeda sombra de las casas y los árboles. Incluso a cincuenta metros de distancia, en plena tiniebla, supo la amenaza que esa figura suponía. Había comenzado a sentir esa tremenda preocupación que ocupa la base misma del cerebro de todos los vecinos de Park Avenue sur y de la calle Noventa y seis: la amenaza que supone para cada uno de ellos un joven negro, un chico alto, fuerte, calzado con zapatillas deportivas de color blanco. Se encontraba ahora a quince metros, diez. Sherman le miró fijamente. ¡Muy bien, que venga! ¡Estoy preparado! ¡No pienso huir! ¡Este es mi territorio! ¡No pienso ceder, por muchos punks callejeros que me amenacen!

Súbitamente, el negro giró noventa grados, cruzó la calzada y siguió caminando por la acera de enfrente. El débil amarillo de una farola de vapor de sodio iluminó por un instante su rostro cuando se volvía para echarle una ojeada a Sherman.

¡Había cruzado la calle! ¡Un golpe de suerte!

Ni por un solo instante se le ocurrió a Sherman que lo que el chico había visto era a un blanco de treinta y ocho años, hecho una sopa por la lluvia, vestido con una extraña gabardina de estilo paramilitar, con montones de correas y hebillas, con un

animal inquieto en sus brazos, con los ojos desorbitados, hablando solo.

Sherman siguió junto al teléfono, respirando agitadamente, casi jadeando. ¿Qué podía hacer ahora? Se sentía tan derrotado que casi daba igual que regresara inmediatamente a su casa. Pero si volvía en seguida, la cosa sería clarísima, sí. En realidad, no había bajado para pasear al perro, sino a llamar por teléfono. Además, no estaba preparado para oír a Judy, dijera ésta lo que dijera. Necesitaba pensar. Necesitaba consejo. Necesitaba sacar otra vez a la lluvia a esa bestia inquieta.

De modo que introdujo otra moneda y trató de recordar el número de Maria. Se concentró en el número. Lo localizó, lo repitió varias veces. Y luego lo marcó con lenta deliberación, como si estuviese utilizando aquel invento, el teléfono, por vez primera en su vida.

—¿Diga?

—¿Maria?

—¿Sí?

—Soy yo —dijo, evitando toda clase de riesgos.

—¿Sherman? —En realidad, la voz dijo algo así como Shuhhh-mun. Esto le tranquilizó. Era Maria, seguro. Hablaba con una variedad de acento sureño caracterizada por el hecho de que la mitad de las vocales se transforman en *úes*, y la otra mitad en *íes* breves. Así, los *birds* [pájaros] eran *buds*, las *pens* [plumas] eran *pins*, las *bombs* [bombas] eran *bums*, mientras que los *envelopes* [sobres] se convertían en *invilups*.

—Escúchame —dijo Sherman—. Ahora mismo voy para ahí. Estoy en una cabina. Son sólo un par de manzanas.

Hubo una pausa, que él entendió como señal de que Maria se había enfadado. Finalmente:

—¿Dónde diablos has estado?

Sherman rió forzosamente:

—Mira, ahora voy para allá.

Los peldaños del edificio se combaban y emitían gruñidos a medida que Sherman iba subiendo. En cada uno de los pisos, un solitario y desnudo halo fluorescente de 22 vatios en forma circular, conocido con el nombre de «el halo del casero», irradiaba un débil fulgor de tono azul tubérculo sobre las paredes, pintadas del típico verde de las casas baratas de alquiler. Sherman fue pasando junto a puertas de apartamentos, todas ellas provistas de innumerables cerrojos puestos los unos encima de los otros, en columnas aparentemente trazadas por algún borracho. Además, los cerrojos estaban protegidos contra el uso de ganzúas, y las jambas contra el uso de palanquetas, y los entrepaños contra todo intento de forzar la puerta a empujones.

En los momentos más alegres de su vida, bajo el reinado de Príapo, libre de crisis

y amenazas, Sherman solía llevar a cabo esta escalada hasta el piso de Maria de forma románticamente gozosa. ¡Qué bohemio...! ¡Qué... *real* era este lugar! ¡Qué perfectamente adecuado para esos momentos en los que el Amo del Universo se escapaba de las carilargas propiedades de Park Avenue y Wall Street para dar rienda suelta a sus retozonas hormonas! La solitaria habitación de Maria, con su cocina metida en un armario y su baño metido en otro, el así llamado apartamento de Maria, un cuarto piso con vistas al patio de la manzana, y que le realquilaba su amiga Germaine, era, en una palabra, perfecto. Germaine también era muy especial. Sherman la había visto un par de veces. Tenía tipo de boca de incendios. Un feroz seto peludo encima del labio superior, prácticamente todo un bigote. Sherman estaba convencido de que era lesbiana. Pero ¿qué importaba? ¡Era todo tan real! ¡Miserable! ¡Nueva York! ¡Una llamarada en la entrepierna!

Pero esta noche Priapo no ocupaba el poder. Esta noche, el sombrío aspecto de la vieja casa de piedra arenisca era un peso insoportable sobre las espaldas del Amo del Universo.

Sólo el dachshund estaba contento. Subía las escaleras rozando con su larga tripa los peldaños, alegremente. Era un lugar seco y cálido, un lugar conocido.

Cuando Sherman llegó ante la puerta de Maria, le sorprendió encontrarse casi sin aliento. Sudaba. Tenía todo el cuerpo sofocado, incendiado, bajo la trinchera, la camisa a cuadros, la camiseta.

Antes de que llegase a llamar a la puerta, ésta se abrió apenas un palmo, y allí estaba ella. No abrió más. Se quedó allí plantada, mirando a Sherman de los pies a la cabeza, como si estuviese enfadada. Le brillaban los ojos justo encima de aquellos pómulos aparatosamente marcados. Su pelo a lo chico parecía una capucha negra que le cubriera la cabeza. Sus labios dibujaban una O. De repente se puso a sonreír y soltar leves bufidos por la nariz.

—Bueno —dijo Sherman—. Venga, déjame entrar. Espera a que te cuente lo que ha pasado.

Maria abrió la puerta del todo, pero en lugar de invitarle a pasar, se apoyó en la jamba, cruzó los tobillos, entrelazó los brazos bajo sus pechos, y siguió mirándole y sonriendo. Llevaba zapatos de tacón altísimo con un dibujo a cuadros repujado en el cuero. Sherman no estaba muy enterado de las novedades del calzado, pero dedujo que ésta era la moda del momento. Iba vestida con una falda de gabardina, ajustada, muy corta, casi quince centímetros por encima de las rodillas, que revelaba sus piernas, inmejorables en opinión de Sherman, y marcaba la delgadez de su cintura. Y una blusa de seda blanca, abierta hasta el inicio de sus pechos. La iluminación del diminuto zaguán ponía en relieve pronunciadísimo el conjunto de aquel regalo para la vista: el pelo negro, esos pómulos, los finos rasgos de su rostro, la hinchada curva de sus labios, la blusa tan delicada, aquellos cremosos pechos, aquellas magníficas

piernas, cruzadas despreocupadamente.

—Sherman... —Shuhhh-mun—. ¿Sabes una cosa? Eres guapísimo. Me recuerdas a mi hermano pequeño.

El Amo del Universo se sintió algo fastidiado, pero entró, la dejó atrás, y dijo:

—Caray. Espera a que te cuente lo que ha ocurrido.

Sin alterar su posición en la puerta, Maria miró al perro, que olisqueaba la alfombra.

—Hola, Marshall —Muhshull—. Marshall parece un trozo de salami remojado.

—Espera a que te cuente...

Maria se puso a reír, y cerró la puerta.

—Sherman... tienes el mismo aspecto que si alguien acabase de hacer una bola contigo —hizo una bola con una imaginaria hoja de papel— y te hubiese tirado a la papelera.

—Así es como me siento. Déjame que te cuente lo que ha ocurrido.

—Igual que mi hermanito. Cada día, al volver de la escuela, venía con el ombligo al aire.

Sherman bajó la vista. Era cierto. Llevaba los faldones de su camisa a cuadros por fuera de los pantalones, y el ombligo al aire. Se remeti6 la camisa, pero no se quitó la trincher6. No podía quedarse mucho rato. Y no sabía cómo explicárselo a Maria.

—Cada día mi hermanito se metía en alguna pelea en el colegio...

Sherman dejó de escuchar. Estaba harto del hermanito de Maria, no tanto porque la idea que ella pretendía transmitirle fuese que él, Sherman, era un crío, sino porque Maria estaba empeñada en repetir interminablemente la misma broma. A primera vista, Maria no era, según la opinión de Sherman, la típica mujer del Sur. Parecía italiana, o griega. Pero hablaba como las mujeres del Sur. Su parloteo no cesaba. Seguía hablando cuando Sherman la interrumpió para decir:

—Sabes, acabo de llamarte desde una cabina. ¿Quieres saber lo que ha pasado?

Maria dio media vuelta, avanzó hasta el centro del apartamento, giró sobre sus talones y se quedó con la cabeza inclinada hacia un lado, las manos en jarras, uno de sus pies distendidamente adelantado y torcido sobre el alto tacón, los hombros hacia atrás y la espalda levemente arqueada, para hacer que destacaran más sus pechos.

—¿No ves nada nuevo? —le dijo a Sherman.

¿De qué diablos estaba hablando? Sherman no estaba de humor para novedades. Pero, obedientemente, la estudió. ¿Era el peinado? ¿Alguna joya? Joder, su marido la cargaba de tantísimas joyas que no había modo de estar al día. No, debía de ser algún detalle de la habitación. Los ojos de Sherman pasaron revista. Probablemente, aquella habitación fue construida, hacía cien años, para ser utilizada como cuarto de niños. Tenía un pequeño saledizo, con tres ventanas emplomadas y un banco seguido al pie. Estudió el mobiliario... las mismas tres sillas baratas de siempre, la misma vieja

mesa de roble con patas como pedestales, el mismo colchón de muelles cubierto por la misma colcha de pana y con los tres o cuatro almohadones a cuadros escoceses que pretendían darle a la cama aspecto de diván. Tan espantoso como de costumbre, tan improvisado como siempre. En cualquier caso, estaba todo igual.

Sherman negó con la cabeza.

—¿De verdad que no lo ves? —dijo María, señalando hacía la cama con el mentón.

Ahora Sherman se fijó en la presencia, sobre la cama, de un pequeño cuadro con un sencillo marco de madera de pino. Se aproximó un poco. Era el retrato de un hombre desnudo, visto desde la espalda, perfilado con toscas pinceladas negras, como si lo hubiese pintado un niño de ocho años, suponiendo que un niño de ocho años tuviera idea de cómo pintar un hombre desnudo. Daba la sensación de que el hombre estuviera duchándose, o, como mínimo, encima de su cabeza parecía haber un surtidor de ducha, del cual salían unos trazos negros más o menos finos. Como si estuviera duchándose con gasoil. La piel del modelo era de color tostado, con unos chafarrinchones de color lila espliego repartidos por toda su superficie, como si tuviese quemaduras de segundo grado. Menuda porquería... Vomitivo... Pero desprendía el aroma santificado de las Obras de Arte, de modo que Sherman no se atrevió a sincerarse.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Te gusta? ¿Conoces su obra?

—¿La de quién?

—Filippo Chirazzi.

—No, no conozco su obra.

—Salió un artículo hablando de él —María sonrió— en el *New York Times*.

Como no quería quedar como el típico patán de Wall Street, Sherman volvió a estudiar aquella obra maestra.

—Bueno, tiene cierto... No sé cómo decido... Un tratamiento muy directo. —Reprimió las ganas de ironizar—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Es un regalo del propio Filippo. —Sonaba muy animada.

—Qué generoso por su parte.

—Arthur le ha *comprado* cuatro cuadros, de los más grandes.

—Pero éste no se lo ha regalado a Arthur, sino a ti.

—Quería uno para mí. Los grandes son de Arthur. Además, Arthur no distinguiría un Filippo de un, de un yo qué sé, y todo me lo debe a mí, que le informé al respecto.

—Ah.

—Así que no te gusta, ¿eh?

—Me gusta. Para serte sincero, estoy aturdido. Acabo de cometer una estupidez.

María abandonó su pose y se sentó al borde de la cama, el supuesto diván, como

diciéndole: «De acuerdo. Te escucharé.» Cruzó las piernas. La falda le subía ahora hasta medio muslo. A pesar de que aquellas piernas, aquellos exquisitos flancos, estaban en ese momento fuera de lugar, Sherman no pudo apartar los ojos de ellas. Con las medias, la piel brillaba. Refulgía. Reverberaba cada vez que movía las piernas.

Sherman se quedó en pie. No tenía mucho tiempo, tal como pretendía explicar a continuación.

—He sacado a pasear a Marshall. —Marshall se había tendido en la alfombra—. Y estaba lloviendo. Y Marshall se ha puesto muy pesado.

Cuando llegó al asunto de la llamada telefónica, el simple hecho de explicar lo ocurrido hizo que volviera a ponerse nerviosísimo. Notó que Maria lograba contener su preocupación, suponiendo que estuviese preocupada, mientras que él, por su parte, era incapaz de calmarse. Se lanzó de cabeza a lo esencial de la cuestión, todo lo que sintió inmediatamente después de haber colgado, pero Maria le interrumpió con un encogimiento de hombros, y un leve ademán de su mano.

—Pero si eso no es nada, Sherman.

Él se quedó mirándola perplejo.

—Solamente has llamado por teléfono. No entiendo por qué no le dijiste algo así como: «Lo siento. Estaba llamando a mi amiga Maria Ruskin.» Eso es lo que hubiese hecho yo. Nunca me tomo la molestia de mentirle a Arthur. No se lo cuento absolutamente todo, pero tampoco le miento.

¿Habría sido capaz él de utilizar una táctica tan cínica? Se imaginó a sí mismo llevándola a la práctica. «Uhhmmmmmmmmmm.» Terminó con un gruñido.

—No entiendo cómo puedo salir de casa a las nueve y media de la noche, decir que voy a pasear al perro, telefonear, y luego decir: «Oh, lo siento, en realidad he salido a la calle para telefonear a Maria Ruskin.»

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Sherman? Que tú sientes compasión por tu mujer, y yo no siento compasión por Arthur. Arthur cumplirá setenta y dos años el próximo agosto. Cuando se casó conmigo ya sabía que yo tenía mis propios amigos, y sabía que no le gustaban, y que él tenía sus propios amigos, y que *a mí* no me gustaban. Toda esa pandilla de judíos viejos... ¡No me mires como si hubiese dicho una cosa horrible! Así es como habla Arthur. Los *yiddim*. Y los *goyim*, y de mí dice que soy una *shiksa*^[7]. Antes de conocer a Arthur jamás había oído hablar de nada de eso. Soy yo la que está casada con un judío, no tú, y durante los cinco últimos años he tenido que tragar tan a menudo toda esa basura que puedo usarla justificadamente yo también, siempre que me venga en gana.

—¿Le has contado que tienes este apartamento?

—Claro que no. Ya te lo he dicho. No le miento, pero tampoco le cuento hasta los detalles más insignificantes.

—¿Y esto es un detalle insignificante?

—No es tan significativo como tú crees. Es un fastidio. El casero vuelve a dar la bronca.

Maria se puso en pie, se dirigió a la mesa, cogió un papel, se lo dio a Sherman y regresó a sentarse al borde de la cama. Era una carta con membrete del bufete de abogados Golan, Shander, Morgan y Greenbaum, dirigida a Ms. Germaine Boll y relativa a su apartamento de alquiler controlado, propiedad de Winter Real Properties Inc. Sherman era incapaz de concentrarse en el contenido de la carta. Ni quería tampoco pensar en esa carta. Se estaba haciendo tarde. Maria estaba empeñada en salirse por la tangente. Se estaba *haciendo tarde*.

—No sé, Maria. Es Germaine la que tiene que hacer algo.

—¿Sherman? —Maria le sonreía con los labios entreabiertos. Se puso en pie—. Sherman, ven aquí.

Se acercó dos pasos hacia ella, pero se negó a aproximarse del todo. Por la expresión de Maria, era obvio que quería tenerle pegado a ella.

—¿Cómo puedes creer que tienes problemas con tu mujer? Si sólo te ha pillado haciendo una llamada por teléfono...

—No es que crea que tengo problemas. Sé que los tengo.

—Bueno, pues si ya los tienes, y no has hecho nada, aprovéchalo y haz algo. En el fondo todo quedará igual.

Y le tocó.

El rey Príapo, el que estaba encogido de miedo, comenzó a levantarse de entre los muertos.

Desde la cama, Sherman entrevió un momento al dachshund. El bicho había abandonado la alfombra y ahora estaba junto a la cama, meneando la cola.

¡Joder! ¿Podían los perros indicar de algún modo...? ¿Podían hacer algo que señalase que habían visto...? Judy entendía a los animales. Armaba grandes alborotos ante los más mínimos cambios de humor por parte de Marshall, y hasta extremos nauseabundos. ¿Había quizás alguna cosa especial que solían hacer los dachshunds después de ver...? Pero pronto su sistema nervioso comenzó a disolverse, y todo aquello dejó de preocuparle.

Su Majestad, el rey más antiguo, Príapo, Amo del Universo, perdió la conciencia por completo.

Sherman entró en su casa y se empeñó en amplificar sus demostraciones de cariño perruno.

—Muy bien, Marshall, buen chico, buen chico.

Se sacó la trinchera haciendo el mayor ruido posible con la tela forrada de caucho, con las hebillas, y soltando muchos resoplidos. Ni rastro de Judy.

El comedor, la sala de estar y una pequeña biblioteca daban a la galería de mármol de la entrada. En cada una de esas habitaciones la madera labrada, el cristal tallado, los relucientes lacados, las pantallas de seda natural, y todo el resto de pasmosos y carísimos detalles ideados por su esposa, aspirante a decoradora, le respondieron con sus brillos y destellos acostumbrados. Hasta que lo notó: el gran sillón de cuero que generalmente estaba situado de cara a la puerta de la biblioteca, se encontraba ahora vuelto de espaldas. Desde detrás, Sherman alcanzó a ver la punta del cabello de Judy. Había una lámpara junto al sillón. Parecía estar leyendo algún libro.

Sherman se aproximó.

—¡Bueno! ¡Ya estamos de regreso! No hubo respuesta.

—Tenías razón. Estoy empapado, y a Marshall no le ha gustado mojarse.

Judy no se volvió. Sólo le llegó su voz, desde el otro lado del sillón:

—Sherman, si lo que quieres es hablar con alguien que se llama Maria, ¿por qué me llamas a mí?

Sherman dio un paso adelante.

—¿Cómo dices? ¿Si quiero hablar con *quién*?

—Oh, por Dios —dijo la voz—. No te tomes la molestia de mentir.

—¿Mentir? ¿Acerca de qué?

En ese momento Judy sacó la cabeza por uno de los laterales del sillón de cuero. ¡Qué mirada le lanzó!

Acongojado, Sherman llegó junto al sillón. El rostro de su esposa, enmarcado por una corona de pelo castaño, mostraba una expresión atormentada.

—No entiendo de qué me hablas, Judy.

Al principio, Judy estaba tan trastornada que no encontraba las palabras:

—Ojalá pudieses ver tu expresión... ¡Qué barata!

—¡No entiendo de qué me hablas!

El tono de Sherman era tan aflautado que Judy tuvo que reír:

—Vamos a ver, Sherman, ¿piensas decirme que no has telefoneado aquí y has preguntado por alguien que se llama Maria?

—¿Por *quién*?

—Alguna putuela, supongo, que se llama Maria.

—Judy, ye juro ante Dios que no sé de qué me hablas! ¡He estado dando una vuelta con Marshall! ¡Ni siquiera conozco a nadie que se llame Maria! ¿Dices que hubo alguien que telefoneó aquí preguntando por una tal Maria?

—¡Uhhh! —Fue un breve gruñido de incredulidad. Judy se puso en pie y le miró a los ojos—. ¡Y sigues ahí! ¿Crees que no conozco tu voz por teléfono?

—Es posible que la conozcas, pero esta noche no has podido escucharla. Te lo juro.

—¡Mientes! —Le lanzó una mirada espantosa—. Y eres un mentiroso repugnante. Una persona repugnante. Te crees un gran hombre. Y eres barato. Mientes.

—No miento. Te lo juro. Salgo a dar una vuelta con Marshall, y luego regreso a casa y me encuentro con esto: la verdad, casi no sé qué decir, porque te aseguro que no sé de qué me hablas. Me estás pidiendo que demuestre una proposición negativa.

—*Proposición negativa.* —De aquellas palabras rebuscadas goteó ahora la repugnancia—. Te has pasado un buen rato por ahí. ¿Te ha dado tiempo a darle el beso de buenas noches y poner bien las mantas?

—Judy...

—Di la verdad.

Sherman apartó a un lado la cabeza para evitar aquella mirada llameante, volvió las palmas hacia arriba, y suspiró.

—Escúchame, Judy, te equivocas... te equivocas por completo. Te lo juro ante Dios.

Judy le miró fijamente. Las lágrimas habían aparecido de golpe en sus ojos.

—Oh, Sherman. Oh, y lo juras ante Dios... —Judy trataba de contener el llanto—. No pienso... Me voy arriba. Ahí tienes el teléfono. ¿Por qué no la llamas desde aquí? —Con esfuerzo, iba tratando de pronunciar las palabras a través de las lágrimas—. Me da igual. En serio, no me importa.

Y salió de la habitación. Sherman oyó su taconeo por el piso de mármol, camino de la escalera.

Luego se acercó al escritorio y se sentó en su silla Hepplewhite. Se dejó caer contra el respaldo. Sus ojos se posaron en el friso que circundaba el techo de la pequeña estancia. Era de madera de secoya, con altorrelieves que representaban figuras caminando apresuradamente por la acera de una ciudad. Judy lo había encargado a un taller de Hong Kong, y el friso había costado una tremenda cantidad de dinero... ¡mío! Se enderezó. *Maldita Judy.* Intentó desesperadamente encender de nuevo las brasas de indignación bien pensante. Sí, sus padres tuvieron razón. Sherman se merecía algo mejor. Judy era dos años mayor que él, y su madre le dijo que esta clase de detalles podían llegar a tener su importancia, lo cual, dicho en el tono en que ella se lo dijo, significaba que acabarían teniéndola. Pero ¿quiso escucharla él? No. Su padre, fingiendo referirse a Cowles Wilton, que tuvo un breve y liado matrimonio con una chica judía de oscura familia, le dijo: «¿No sería igual de fácil enamorarse de una chica rica de buena familia?» ¿Acaso Sherman le escuchó? No. Mientras que, durante los años de matrimonio, Judy, sólo porque era hija de un catedrático de historia de una universidad del Medio Oeste —*¡un catedrático de historia de una universidad del Medio Oeste!*—, se había comportado como si fuese una aristócrata intelectual. Y no le había importado utilizar el dinero de Sherman y de

su familia para relacionarse con esa pandilla de petulantes con los que tan a gusto se sentía ella, ni empezar toda esa historia de la decoración de interiores, ni que saliera su apellido y su apartamento en las páginas de esas revistas tan vulgares, *W* y *Architectural Digest* y todas las demás. No, no le había importado. ¡En absoluto! ¿Y qué clase de esposa tenía él ahora? Una cuarentona que se pasaba la vida en el gimnasio...

Y, de repente, Sherman la ve tal como la vio aquella noche de hacía catorce años, en el Village, en el apartamento de Hal Thorndike, con sus paredes pintadas de color chocolate y su mesa enorme cubierta de obeliscos, y aquella gente que ni siquiera llegaba al nivel de los bohemios, o su idea de lo que eran los bohemios, y aquella chica del pelo castaño claro y los rasgos finos, finísimos, con aquel vestido corto, brevísimo, que permitía estudiar con detalle buena parte de su magnífico cuerpo. Y de repente Sherman vuelve a sentir lo inefable del momento a partir del cual se encerraron ambos dentro de una crisálida, en su propio apartamentito de Charles Street o en el que ella tenía en la calle Diecinueve Oeste, inmune a todo lo que sus padres y Buckley y St. Paul's y Yale le habían inculcado. Y Sherman *recuerda* lo que le dijo a Judy —¡prácticamente con *estas palabras!*—: que su amor mutuo «lo trascendería *todo*».

Y ahora Judy, con cuarenta años, alcanzada casi la perfección a base de pasar hambre y seguir con sus horas de gimnasio, ahora se va llorando a la cama.

Volvió a recostarse en el respaldo de la silla giratoria. Como muchos hombres antes que él, era incapaz de vencer el llanto de una esposa. Dejó caer su mentón sobre el pecho. Se dobló.

Distraídamente, pulsó un botón del escritorio. La puerta de un gabinete *faux-Sheraton* se deslizó lateralmente, dejando al descubierto la pantalla de un televisor. Otro de los espantosos detalles decorativos de Judy. Abrió un cajón del escritorio, sacó el mando a distancia y conectó el receptor. Las noticias. El alcalde de Nueva York. Un escenario. Una muchedumbre de negros furiosos. El alcalde se escabulle. Gritos... escenas caóticas... Una trifulca. Inútil. Para Sherman, todo aquello era tan importante como que soplara una ráfaga de viento. No podía concentrarse en nada. Desconectó.

Judy tenía razón. El Amo del Universo era un tipo barato, un tipo repugnante, y un mentiroso.

2. Gibraltar

A la mañana siguiente aparece a los ojos de Lawrence Kramer, emergiendo en medio del gris amanecer, como la chica del pintalabios marrón. La chica está justo a su lado. Lawrence Kramer no llega a distinguir su rostro, pero sabe que es la chica del pintalabios marrón. No logra distinguir tampoco ninguna palabra, ninguna de las palabras que salen como diminutas perlas de esos labios pintados de marrón, pero sabe lo que ella está diciendo. *Quédate conmigo, Larry. Tiéndete a mi lado, Larry.* ¡Y él quiere hacerlo! ¡Lo quiere! ¡No hay nada en el mundo que desee más que eso! Entonces, ¿por qué no lo hace? ¿Qué es lo que le impide presionar con sus labios esos labios pintados de marrón? Su esposa, eso es lo que se lo impide. Su esposa, su esposa, su esposa, su esposa...

Le despertaron los movimientos de su esposa, que andaba a gatas hacia los pies de la cama. Qué espectáculo tan fofo, tan torpe... El problema consistía en que la cama, un colchón de buen tamaño apoyado sobre una tabla de contrachapado, tenía casi la misma anchura que la habitación. De modo que para llegar al suelo había que arrastrarse hasta los pies de la cama.

Ahora ella ya estaba en el suelo, encorvada sobre una silla para recoger su albornoz. Con aquel camisón de franela que se le ensanchaba tanto en las caderas, daba la sensación de medir un kilómetro de ancho. Lawrence Kramer lamentó inmediatamente haber albergado esa idea. Los sentimientos tintinearón en todo su ser. ¡Mi Rhoda! Al fin y al cabo, había dado a luz hacía sólo tres semanas. Estaba contemplando los riñones que habían empujado hacia la vida a su primer hijo. ¡Un hijo! La pobre no había recuperado todavía su tipo de antes. Eso al menos tenía que admitirlo.

De todos modos, ni pensando en eso mejoraba la imagen que estaba viendo.

La miró mientras se ponía el albornoz. Rhoda se volvió hacia la puerta. De la salita llegaba luz. Se trataba sin duda de la niñera, una inglesa, Miss Eficiencia, que ya se había levantado y estaba desplegando su gran actividad. La luz le permitió fijarse en el perfil del rostro pálido, hinchado y sin maquillar de su mujer.

Apenas con veintinueve años, y ya tenía el mismo aspecto que su propia madre.

¡Y es que era exactamente la misma persona, repetida! ¡Era su propia madre! ¡Sin la menor duda! ¡Sólo era cuestión de tiempo! El mismo cabello rojizo, las mismas pecas, la misma nariz gordezuela de campesina, los mismos mofletes, incluso algunos indicios de la papada de su madre. ¡Un embrión de la típica mujer parlanchina! ¡La pequeña Gretel de la *shtetl*! ¡joven y judía del West Upper Side!

Entrecerró los ojos hasta no dejar abiertas más que dos ranuras muy delgadas, de modo que ella no pudiese descubrir que ya estaba despierto. Por fin su mujer salió del dormitorio. Le oyó decirle alguna cosa a la niñera y al bebé. Rhoda pronunciaba Jo-

shu-a con una curiosa cadencia infantil. Era un nombre del que él comenzaba a arrepentirse. Si decidías ponerle a tu hijo un nombre judío, ¿qué tenían de malo nombres como Daniel o David o Jonathan? Se tapó con las sábanas hasta los hombros. Quería regresar durante otros cinco o diez minutos a la sublime narcosis del sueño. Regresar a la chica del pintalabios marrón. Cerró los ojos... Inútil. No lograba hacerla regresar. Sólo podía pensar en lo atascadísimo que iría el metro si no se levantaba inmediatamente.

De modo que se levantó. Caminó por encima del colchón hasta el suelo. Era como caminar por el fondo de un bote de remos, pero no quería avanzar a gatas. Aquella visión fofa y torpe... Llevaba camiseta sin mangas y calzones cortos. Notó que padecía esa afección tan corriente entre los hombres jóvenes: una erección matutina. Se fue a la silla y se puso su albornoz a cuadros. Su esposa y él habían empezado a usar albornoz a partir del día en que la niñera inglesa entró en su casa. Uno de los muchos y trágicos defectos de su apartamento era que no había modo de trasladarse del dormitorio al cuarto de baño sin pasar por la salita, que es donde la niñera dormía, en un sofá-cama, y también el niño, en una cuna situada debajo de una caja de música móvil y unos payasitos de peluche. La caja de música tocaba la canción *Que vengan los payasos*. La tocaba una y otra vez. Plink plink plinkplink, plink plink plinkpkink, plink PLINK plinkplink.

Bajó la vista. El albornoz no bastaba para la ocultación. Era como si alguien hubiese metido ahí debajo el palo de una tienda de campaña. Pero si se agachaba un poco, así, apenas se notaba. De modo que, una de dos, o salía a la salita y permitía que la niñera viese el palo de la tienda de campaña, o se ponía a caminar encorvado, como si le doliese la espalda. Finalmente permaneció en donde estaba, a oscuras.

La oscuridad le pareció bien. La presencia de la niñera había hecho que tanto él como Rhoda tomaran dolorosa conciencia de la porquería de piso en donde vivían. Todo el apartamento, de tres habitaciones y media según el léxico que usaban los agentes neoyorquinos de propiedad inmobiliaria, había sido construido en lo que antiguamente fue un enorme dormitorio del tercer piso de una casa señorial, contenía tres ventanas que daban a la calle. El llamado dormitorio en donde él se encontraba ahora no era en realidad más que la ranura formada en una esquina del piso por un tabique de cartón de yeso y fieltro. Esta ranura tenía una de las ventanas. El resto de lo que antiguamente fuera una sola habitación recibía ahora el nombre de salita, y tenía las otras dos ventanas. Atrás, junto a la puerta de la escalera, había otras dos ranuras. Una de ellas para una cocina en la que no pasaban dos personas a la vez, y la otra para el baño. Ninguna de estas dos últimas ranuras tenía ventana. El piso era como una de esas celdas de colmena que suele comprarse la gente, pero a ellos les costaba 888 dólares al mes, y tenía el alquiler estabilizado. De no haber sido por la ley de estabilización de alquileres, probablemente hubiesen tenido que pagar por él

1.500 dólares, una cifra a la que no podían llegar en modo alguno. ¡Y estuvieron contentísimos cuando lo encontraron! ¡Dios mío, había licenciados universitarios de su misma edad, treinta y dos años, que andaban perdidos por todo Nueva York buscando un piso como éste, un 3 1/2 con vistas, en una vieja casa señorial, con techos altos, alquiler estabilizado, y en la zona de la Setenta Oeste! Francamente patético. Casi no se lo podían permitir cuando Rhoda también trabajaba y, sumando sus sueldos, llegaban a los 56.000 dólares al año, 41.000 deducidos los impuestos. El plan consistió en que la madre de Rhoda les daría dinero, algo así como su regalo por el nacimiento del hijo, para que pudieran pagar durante cuatro semanas los servicios de la niñera, en espera de que Rhoda estuviese recuperada y empezase a trabajar otra vez. Entretanto, tenían que buscarse una *au pair*, para que viviese con ellos y cuidara del niño, a cambio de la comida y el alojamiento. La madre de Rhoda cumplió con su parte del plan, pero ya empezaba a resultar evidente que aquella chica *au pair* dispuesta a dormir en un sofá-cama situado en la salita de una colonia de hormigas del West Side no existía. Eso significaba que Rhoda no podría ponerse a trabajar de nuevo. Y que tendrían que apañárselas con los 25.000 dólares que, tras deducciones, quedaban del sueldo de él, y sólo el alquiler anual del pisito, a pesar de la ley de estabilización, ya alcanzaba los 10.565 dólares.

Tan morbosas reflexiones sirvieron, como mínimo, para devolverle a su albornoz un aspecto decente. De modo que salió de la habitación.

—Buenos días, Glenda —dijo.

—Oh, buenos días, Mr. Kramer —dijo la niñera.

Una voz muy distante y británica. Kramer estaba convencido de que nada del mundo le importaba menos que los acentos británicos o los mismos británicos. De hecho, tanto los británicos como sus acentos le intimidaban. Dicho por la niñera, aquel *oh*, aquel simple *oh*, permitía entender una insinuación: *¿Así que por fin se ha levantado usted?*

Aquella cincuentona rolliza ya se había puesto, con su característica eficiencia, el uniforme blanco. Llevaba el pelo recogido en un moño perfecto. Ya le había dado tiempo de cerrar el sofá-cama y poner los almohadones en su sitio, devolviéndole así su aspecto diurno, el de un mueble de salita con su funda sintética color amarillo deslucido. La niñera estaba sentada al borde del sofá, perfectamente tesa la espalda, y tomaba una taza de té. El bebé permanecía boca arriba en la cuna, perfectamente alegre. El segundo apellido de la niñera era Perfectamente. La habían encontrado por medio de la agencia Gough, que, en un artículo de la sección Hogar del *New York Times*, aparecía señalada como una de las mejores y más de moda. De forma que estaban pagándole un precio muy de moda, 525 dólares semanales, a la niñera inglesa. De vez en cuando aquella mujer se refería a otros barrios en los que había trabajado. Siempre era en Park Avenue, la Quinta Avenida, Sutton Place... Pues

¡mala suerte! Ahora te ha tocado pegarte un atracón de pisito sin ascensor en el West Side. Ellos la llamaban Glenda. Ella les llamaba Mr. y Mrs. Kramer, en lugar de Larry y Rhoda. Todo al revés. Glenda era la imagen misma de la mejor educación, con su taza de té, mientras que Mr. Kramer, el propietario de la celdilla de aquella colonia de hormigas, iba descalzo, con las piernas desnudas, el pelo revuelto, y vestido con un harapiento albornoz a cuadros, camino del baño. En un rincón, debajo de una *Dracanea fragrans* extraordinariamente polvorienta, el televisor estaba conectado. Un anuncio concluyó lanzando destellos, y unas cuantas cabezas sonrientes comenzaron a hablar en el programa *Today*. Pero el volumen estaba a cero. Hubiera sido muy imperfecto por parte de la niñera tener el televisor a todo volumen. ¿Qué coño estaba pensando en realidad aquel británico arbitro de la elegancia, aquel juez sentado (en un sofá espantosamente cochambroso) en la salita, dispuesto a enjuiciar la miseria de *chez* Kramer?

La señora de la casa, Mrs. Kramer, emergió justo entonces del baño, en zapatillas y albornoz.

—Larry —le dijo—. Mírame la frente. Me parece que me ha salido algo, una urticaria. Lo he visto en el espejo.

Aún adormilado, Kramer intentó estudiar el problema de su frente.

—No es nada, Rhoda. Sólo como si empezara a salirte un grano.

Lo del acento de su mujer también se las traía. Desde la llegada de la niñera, Kramer también había tomado conciencia de cómo hablaba Rhoda. No se había fijado antes, o apenas. Era una licenciada de la Universidad de Nueva York. Durante los cuatro últimos años había trabajado como asesora editorial de Waverly Place Books. Era una intelectual o, como mínimo, parecía leer mucha poesía de John Ashbery y de Gary Snyder cuando la conoció, y siempre tenía las más firmes opiniones sobre Nicaragua y Sudáfrica. Sin embargo, para ella *forehead* [frente] era *fuh-head*. Igual que su propia madre.

Rhoda penetró anadeando en la salita, y Kramer se coló en la ranura del baño. El baño era el paradigma de la vida en los pisos pequeños. Del listón de la cortina de la ducha colgaba una hilera de ropa mojada. Había más ropa tendida en un cable que atravesaba el baño en diagonal: un babi con cremallera, dos baberos, unas cuantas minibragas, varios pares de panti, y Dios sabía qué más, aunque ninguna de esas prendas era, por supuesto, de la niñera. Kramer tuvo que agachar la cabeza para llegar al inodoro. Unos panti le hacían cosquillas en la oreja. Qué repugnante. Había una toalla mojada sobre la tapadera del inodoro. Se volvió, buscando un sitio en donde colgarla. No lo había. La tiró al suelo.

Después de orinar, avanzó los treinta centímetros que le separaban del lavabo, se quitó el albornoz y la camiseta y lo echó todo sobre la tapadera del inodoro. A Kramer le gustaba inspeccionarse la cara y el cuerpo por la mañana. Con sus rasgos

anchos y planos, y su nariz recta y su cuello ancho, nadie le tomaba al principio por judío. Hubiera podido ser griego, eslavo, italiano, hasta irlandés: cualquier cosa, pero en plan duro. No le alegraba la calvicie que comenzaba a asomar amenazadoramente por la frente, pero en cierto sentido también este detalle le hacía parecer un tipo duro. Su calvicie recordaba la que suelen padecer los jugadores profesionales de rugby. Y su cuerpo... Pero esta mañana se desanimó. Aquellos potentes deltoides, aquellos robustos trapecios, aquellos prietos y abultados pectorales, aquellas masas curvilíneas de carne, hasta los bíceps, todo parecía deshinchado. ¡Se estaba *atrofiando*! Desde la llegada de la niñera y el bebé, no había podido hacer sus ejercicios. Guardaba sus pesas en una caja de cartón colocada detrás de la dracanea, y aprovechaba para hacer sus ejercicios el hueco que quedaba entre la planta y el sofá. Pero, ahora, por nada del mundo se hubiese puesto a trabajar los músculos, a gruñir y roncar y tensar y oxigenarse y mirarse con regusto al espejo, con la niñera inglesa allí delante... o, si vamos a eso... en presencia de la mítica *au pair* del futuro. ¡Hay que hacerle frente a la situación! ¡Ha llegado la hora de abandonar esos sueños infantiles! ¡Ahora no eres más que un papaíto trabajador, como tantos norteamericanos! Eso, y nada más.

Cuando salió del baño encontró a Rhoda sentada en el sofá junto a la niñera inglesa, las dos con la vista clavada en el televisor, y con el volumen subido. Era el noticiario que se incluye a mitad del programa *Today*.

Rhoda le miró y, muy excitada, le dijo:

—¡Fíjate en eso, Larry! ¡Es el alcalde! Ayer noche hubo un jaleo tremendo en Harlem. ¡Alguien le tiró una botella!

Kramer apenas se fijó en lo torpemente que ella pronunciaba las palabras. En la pantalla estaban ocurriendo cosas asombrosas. Un escenario, una *melée*, empujones, hasta que una mano inmensa llenó la pantalla y lo borró todo durante un instante. Más gritos y muecas y forcejeos, y después el puro vértigo. Para Kramer y Rhoda y la niñera fue como si los gamberros estuvieran saltando de la pantalla a la salita, junto a la cuna del pequeño Joshua. Y no era un noticiario local, sino el programa *Today*. Eso era lo que Norteamérica estaba tomando hoy para desayunar, una pandilla de negros de Harlem que, impulsados por una ira que ellos creían justificada, lograban echar al alcalde de Nueva York de un estrado en un auditorio público. Allí se le ve el cogote, huye, busca refugio. Antes era el alcalde de Nueva York. Ahora es el alcalde de los blancos de Nueva York.

Cuando terminó, los tres se miraron y Glenda, la niñera inglesa, considerablemente agitada, expresó su opinión:

—La verdad, me parece absolutamente escandaloso. La gente de color no sabe lo bien que les va en este país, se lo aseguro. En Gran Bretaña no hay ni un solo agente de color en la policía, ni por supuesto ningún funcionario público importante, mientras que aquí... Precisamente, el otro día leí un artículo sobre eso. En este país

hay más de doscientos alcaldes de color. Y ahora pretenden vapulear nada menos que al alcalde de Nueva York. ¿Saben lo que yo pienso? Hay gente que no sabe lo bien que le van las cosas.

Y sacudió la cabeza en demostración de su enfurecimiento.

Kramer y su mujer se miraron mutuamente. Larry supo que Rhoda pensaba exactamente lo mismo que él.

¡Gracias al Cielo! ¡Qué alivio! Ahora ya podían respirar a gusto. Miss Eficiencia era una reaccionaria. Y últimamente la gente reaccionaria había perdido toda dignidad. Esas actitudes políticas denunciaban los orígenes sociales bajos, el mal gusto, de quien las manifestaba. De manera que, al final, resultaba que ellos eran superiores a su niñera inglesa. Joder, qué alivio.

La lluvia había casi dejado de caer cuando Kramer comenzó a caminar hacia el metro. Se había puesto una gabardina vieja sobre su traje gris de costumbre, camisa blanca y corbata. Calzaba unas zapatillas Nike, blancas con listas de color a los lados. Sus zapatos de piel marrón iban bien guardados en el interior de una bolsa de plástico, una de esas de color blanco que dan en A & P^[8].

La parada de metro en donde podía tomar la línea D para ir al Bronx estaba en el cruce de la Ochenta y uno y Central Park West. A Kramer le gustaba caminar hasta Central Park West por la calle Setenta y siete, para luego subir hasta la Ochenta y uno, porque de este modo pasaba delante del Museo de Historia Natural. Era una manzana preciosa, la más bonita de todo el West Side, e incluso, para Kramer, comparable a las calles de París; y no es que hubiese estado nunca en París. La calle Setenta y siete era muy ancha en esa zona. A un lado se encontraba el museo, un maravilloso edificio románico de imitación, hecho de vieja piedra rojiza, y circundado por un pequeño parquecito con árboles. Incluso en los días nublados como éste, las tempranas hojas primaverales parecían brillar. *Verdor* fue la palabra que se le ocurrió. A este lado de la calle, junto a la acera por la que él caminaba, había un farallón de elegantes casas de apartamentos, con ventanas que daban al museo. Casas con portero. Vestíbulos de mármol que se alcanzaban a entrever desde la calle. Y luego recordó a la chica del pintalabios marrón... Ahora la veía con claridad, mucho más que en el sueño. Cerró el puño. ¡Maldita sea! ¡Lo haría! *La telefonaría*. Marcaría ese número. Tendría que esperar hasta el final del juicio, naturalmente. Pero lo haría. Ya estaba harto de ver que *otra gente*... vivía La Vida. ¡La chica del pintalabios marrón! ¡Ellos dos, mirándose a los ojos, sentados a la mesa de uno de esos restaurantes de madera clara y ladrillo visto y plantas colgando y latón y cristal tallado y menús a base de cangrejos Natchez con ternera y llantén mesquite y pan de trigo con pimienta de Cayena!

Cuando Kramer había logrado situar claramente la imagen, a pocos metros de él, emergiendo del elegantísimo portal del número 44 de la calle Setenta y siete Oeste, apareció una figura que le sobresaltó.

Era un hombre joven, de aspecto casi infantil, cara redonda y pelo negro, muy bien peinado hacia atrás. Llevaba un abrigo Chesterfield impermeabilizado, con cuello de terciopelo dorado, y sostenía en la mano una de esas carteras attache color borgoña que venden en Madler o en T. Anthony de Park Avenue, cuya cremosa suavidad anuncia: «Mi precio son 500 dólares.» Kramer alcanzaba a ver parte del brazo uniformado que le sostenía la puerta abierta. La figura caminaba ahora con ágiles y cortos pasos bajo la marquesina, atravesando la acera para dirigirse a un sedán Audi. Un chófer estaba al volante. En la ventanilla posterior leyó un número — 271— que delataba un servicio de alquiler particular. Y ahora el portero avanzaba con prisas, y el joven se detuvo un instante para permitirle que le alcanzara y le abriese la puerta trasera del sedán.

Y este joven era... ¡Andy Heller! Sin la menor duda. Había sido compañero de curso de Kramer en la facultad de derecho de Columbia; y qué superior se sintió Kramer cuando el pequeño Andy, el gordito y brillante Andy, hizo lo corriente, irse a trabajar a la parte baja de la ciudad, en el bufete de Angstrom & Molner. Andy, y cientos de licenciados como él, se pasarían los siguientes cinco o diez años encorvados sobre sus escritorios, corrigiendo comas, revisando citaciones y redactando frases hechas a fin de reforzar y fortificar la codicia de agentes hipotecarios, fabricantes de productos-de-belleza-y-salud, asesores de fusiones empresariales, y especialistas de reaseguros. Entretanto, él, Kramer, abrazaría la vida y se metería hasta la cintura en las vidas de los miserables y los derrotados, y se alzarla en los tribunales para luchar, *mano a mano*^[9], por el triunfo de la justicia.

Y eso mismo era, de hecho, lo que había ocurrido. ¿Por qué, siendo así, se quedaba Kramer tan perplejo ahora? ¿Por qué no se adelantaba con un alegre «Hola, Andy»? Se encontraba a unos seis metros de su compañero de curso. Pero se detuvo, volvió la cabeza hacia el edificio y se llevó la mano a la cara, como si le molestase alguna cosa en el ojo. Antes muerto que permitir que Andy Heller le mirase de frente y le dijera: «¡Larry Kramer! ¿Qué tal estás?», para luego añadir: «¿A qué te dedicas?» Porque entonces Kramer hubiese tenido que contestarle: «Bueno, soy vicefiscal de distrito en el Bronx.» Ni siquiera hubiese podido añadir: «Gano 36.600 dólares al año.» Todo el mundo estaba informado al respecto. Y, durante esos momentos, Andy Heller le hubiese pasado revista a su sucia gabardina, su viejo traje gris cuyos pantalones le quedaban un poco cortos, sus zapatillas Nike, su bolsa de plástico A & P... No te jode... Kramer permaneció clavado en donde estaba, con la cabeza vuelta a un lado, fingiendo que trataba de quitarse una mota del ojo, hasta que oyó el ruido que producía la puerta del Audi al cerrarse. Se volvió justo a tiempo para ver la

bonita nube de vapor que estaba lanzando hacia su rostro el coche alemán de lujo en el que Andy Heller iba hacia su oficina. Kramer no quiso ni siquiera pensar qué aspecto podía tener aquel maldito despacho.

En el metro, línea D, camino del Bronx, Kramer se quedó en el pasillo, agarrado a un poste de acero inoxidable, mientras el vagón corcoveaba y aceleraba y chillaba. En el banco de plástico que tenía enfrente iba sentado un viejo huesudo que parecía haber emergido como una seta de la mancha de unos graffiti. Leía el periódico. El titular decía: EL ALCALDE AHUYENTADO POR EL GENTÍO DE HARLEM. Las letras eran tan grandes que casi ocupaban la totalidad de la página. Encima del titular, en letras más pequeñas, decía: «¡Vete a tus barrios de blancos, judío!» El viejo calzaba unas zapatillas deportivas a listas blancas y moradas. Parecía contradictorio que las llevara un hombre tan viejo, pero en realidad aquello no era extraño, o al menos no lo era en la línea D. Kramer bajó la vista al suelo. La mitad de los ocupantes del vagón llevaba zapatillas deportivas con adornos no menos espectaculares, y con suelas igualmente gruesas. Las calzaban los jóvenes y los viejos, las madres con niños sobre la falda, y hasta esos mismos niños. Pero no usaban este calzado por las mismas razones que los clientes de Jóvenes, Sanos y Bellos, como en las zonas más nobles de la ciudad, en donde se podía ver a muchos jóvenes muy bien vestidos que se ponían zapatillas deportivas para ir al trabajo por la mañana. No, los motivos por las que estaban tan generalizadas las zapatillas deportivas en la línea D era por su precio: son el calzado menos caro. En la línea D, llevar estas zapatillas era como llevar colgado al cuello un cartel que dijera Barriobajero, o EL BARRIO [\[10\]](#).

Kramer se negó a reconocer cuál era el motivo por el cual él las usaba. Alzó la vista. Había unas cuantas personas leyendo en los tabloides la noticia del disturbio, pero la línea D no era una línea de grandes lectores de prensa... No... Por otro lado, lo que ocurriese o dejase de ocurrir en Harlem no produciría el más mínimo efecto en el Bronx. Todos los ocupantes del vagón contemplaban el mundo con desprecio, y evitaban que su mirada se cruzase con la de los demás.

Justo en ese momento se produjo ese típico bajón en la intensidad del ruido, uno de esos agujeros en el estruendo que ocurre cuando se abre la puerta que comunica dos vagones entre sí. Y, en efecto, estaban entrando en el vagón de Kramer tres negros, de quince o dieciséis años de edad, calzados con enormes zapatillas deportivas de anchos cordones, desatados pero cuidadosamente enrollados en líneas paralelas en torno a los tobillos, y con cazadoras acolchadas de color negro. Kramer recompuso su figura, y se esforzó por adoptar un aspecto de tipo duro y aburrido. Tensó los esternocleidomastoideos para que el cuello se le dilatase como el de un boxeador. De uno en uno... se sentía capaz de hacerles trizas... Pero jamás atacaban de uno en uno... Cada día tenía que ver a chicos como éstos en el juzgado... Los tres

habían comenzado a avanzar por el pasillo... Caminaban con un contoneo muy marcado, el Contoneo de Chuloputas, como solían llamarlo... También cada día tenía que ver Kramer ese Contoneo de Chuloputas en el juzgado... Cuando no hacía frío, todo el Bronx estaba atestado de chicos que paseaban caminando con ese mismo Contoneo de Chuloputas, y a veces hasta parecía que toda la calle anduviese con ese leve brinco ladeado... Se acercaron un poco más, con la característica mirada vacía en sus ojos... Bueno, ¿qué podían hacerle...? Pasaron junto a él, dos por un lado, uno por el otro... y no ocurrió nada... Claro, nunca ocurría nada... Ante todo un toro, ante todo un macho como él... jamás en la vida se les ocurriría enzarzarse en una pelea con alguien como él... De todos modos, siempre se alegraba cuando el metro llegaba a la estación de la calle Ciento sesenta y uno.

Kramer subió la escalera y salió a la calle Ciento sesenta y uno. El cielo empezaba a despejarse. Ante él se alzaba la gran ensaladera del Yankee Stadium, detrás del cual asomaban las masas corroídas del Bronx. El estadio había sido remozado unos diez o quince años atrás. Se habían gastado en las obras cien millones de dólares. Eso tenía que haber servido para «revitalizar el corazón del Bronx». ¡Qué chiste tan siniestro! Precisamente a partir de entonces este distrito, el 44, estas calles, se habían convertido en las peores del Bronx en cuanto al índice de delincuencia. Cada día, Kramer tenía también oportunidad de comprobarlo.

Comenzó a caminar cuesta arriba, por la calle Ciento sesenta y uno, con sus zapatillas deportivas, y su bolsa de plástico de A & P con los zapatos dentro. Los pobladores de estas calles tristes rondaban y haraganeaban delante de las tiendas y de los snacks que se alineaban a lo largo de toda la calle.

Alzó la vista, y por un momento pudo ver el Bronx en todo su esplendor. En lo alto de la colina, allí en donde la Ciento sesenta y uno se cruzaba con la Grand Concourse, el sol se había abierto paso entre las nubes y estaba iluminando la fachada de piedra del Concourse Plaza Hotel. Visto desde esa distancia, podía incluso parecer un señorial hotel europeo de los años veinte. Los jugadores del equipo de los Yankees solían alojarse allí durante la temporada; bueno, no todos, sólo los cracks. Siempre se los había imaginado Kramer instalados en grandes suites. Joe DiMaggio, Babe Ruth, Lou Gehrig... Esos eran los únicos nombres que lograba recordar, pese a que su padre hablaba de muchísimos más. ¡Oh, doradas colinas judías de tiempos pasados! La cumbre de la colina, el lugar en donde se encontraban la calle Ciento sesenta y uno y la Grand Concourse, era el centro del sueño judío, el nuevo Canaán, el nuevo barrio judío de Nueva York, ¡el Bronx! El padre de Kramer había nacido a diecisiete manzanas de ese lugar, en la Ciento setenta y ocho, y jamás había llegado a soñar en ningún futuro más glorioso que el día en que consiguiese tener un piso de alquiler en uno de aquellos grandes edificios de la cumbre, en la Grand Concourse. La Grand Concourse fue construida con la intención de que fuese algo así como la Park Avenue

del Bronx, pero la gente llegó a creer que aquella tierra prometida iba a ser mejor incluso. La Grand Concourse era más ancha que Park Avenue, y la organización urbanística y paisajística había sido proyectada con mucha vegetación: otro chiste tan siniestro como el anterior. ¿Quién quiere ahora un apartamento en la explanada? Hoy en día se podía elegir. El Gran Hotel del sueño judío era ahora una residencia benéfica, y el Bronx, la Tierra Prometida, estaba ocupada en un setenta por ciento por negros y portorriqueños.

¡Pobre y triste Bronx judío! A los veintidós años, cuando ingresó en la facultad de Derecho, Kramer comenzó a ver a su padre como un judío de poca monta que a lo largo de su vida había llevado a cabo la gran emigración diaspórica que le condujo del Bronx a la orilla del océano, a Long Island, nada menos que a treinta kilómetros de allí, y que, tras la mudanza, siguió viajando diariamente hasta Manhattan, en donde era encargado de un almacén de cartonajes situado en la zona de las Veinte Oeste. Él, Kramer, sería el abogado... el cosmopolita... Y ahora, diez años después, ¿qué había ocurrido? Vivía en una colonia de hormigas, y su piso, comparado con el apartamento de tres dormitorios que el viejo Kramer tenía en un edificio de estilo colonial de Oceanside, era un cuchitril. Mientras que, por otro lado, él, Kramer, seguía teniendo que tomar la línea D —¡la *línea D!*— para ir a trabajar... ¡*al Bronx!*

Delante mismo de los ojos de Kramer, el sol comenzó a iluminar otro edificio muy grande de la cumbre de la colina, precisamente el edificio en donde él trabajaba, el de los juzgados del Bronx. Se trataba de un prodigioso partenón de piedra arenisca, construido a comienzos de los treinta en estilo Público Moderno. Tenía nueve pisos y cubría tres manzanas, desde la calle Ciento sesenta y uno hasta la Ciento cincuenta y ocho. ¡Qué optimismo tan descarado animó a quienquiera que idease este edificio en aquel entonces!

A pesar de todo, los juzgados le conmovieron. Sus cuatro grandes fachadas eran exuberantes amontonamientos de esculturas y bajorrelieves. Grupos de figuras clásicas en cada esquina. Agricultura, Comercio, Industria, Religión, Arte, Justicia, Gobierno, Ley y Orden, los Derechos del Hombre,... ¡Nobles romanos vestidos con sus togas en pleno Bronx! ¡Un dorado sueño que imaginó un futuro apolíneo!

En la actualidad, si alguno de aquellos encantadores zagales clásicos bajara de allí arriba, no sobreviviría en la calle lo suficiente como para pedir siquiera un Choc-o-pop o un Tiburón azul. En un segundo se lo quitarían todo, hasta la toga. Este distrito, el 44, no era ninguna broma. La parte de los juzgados que daba a la calle Ciento cincuenta y ocho dominaba el parque Franz Sigel, que, visto desde una ventana del sexto piso, parecía una magnífica parcela de ajardinamiento a la inglesa, un romance de árboles, setos, césped y rocalla, absolutamente cubierto de vegetación, y todo ese conjunto descendiendo suavemente por la ladera sur de la colina. Hoy en día él era prácticamente el único que conocía el nombre del parque Franz Sigel, porque nadie

que conservase siquiera la mitad del cerebro en funcionamiento se atrevería a avanzar por el parque hasta el sitio en donde estaba el cartel con el nombre. La semana pasada, un pobre diablo murió apuñalado a las diez de la mañana, cuando estaba sentado en uno de los bancos de cemento que fueron distribuidos por todo el parque en 1971, como parte de la campaña que pretendía «revitalizar el parque Franz Sigel y devolvérselo al vecindario». El banco estaba a tres metros de la entrada del parque. Alguien mató al pobre diablo para robarle el radio-cassette, uno de esos modelos tan enormes que en la oficina del fiscal de distrito era conocido con el nombre de *attache del Bronx*. Ningún funcionario de esa oficina salía a comer al aire libre en el parque los días soleados de mayo, ni siquiera alguien capaz, como él, de levantar veinticinco veces seguidas unas pesas de ocho kilos. Comer fuera era algo que no hacían ni siquiera los guardias del juzgado, hombres uniformados que llevaban una 38 con permiso de armas. Todo el mundo se quedaba siempre en el interior del edificio, en esta isla-fortaleza del Poder, de los blancos, como él mismo, en este Gibraltar perdido en mitad del pobre y triste mar de los Sargazos en que se había convertido el Bronx.

En la calle que estaba a punto de cruzar, Walton Avenue, hacían cola tres furgonetas anaranjadas y azules del departamento Penal, en espera del momento de entrar en el edificio. Las furgonetas transportaban a individuos procedentes del Centro de Detenidos Provisionales del Bronx, situado en Rikers Island, y de la Sala de lo Penal del Bronx, apenas a una manzana de allí, y que estaban pendientes de juicio en la Audiencia del condado, el tribunal que entendía de los principales delitos de mayor cuantía. Las salas ocupaban los pisos superiores, y los presos eran introducidos en el patio central. Unos ascensores los llevaban a los juzgados.

No se podía ver el interior de las furgonetas, porque llevaban las ventanillas protegidas por una espesa malla metálica. Pero Kramer no necesitaba mirar. Las furgonetas llevaban sin duda su cargamento de siempre, una pandilla de negros y latinos, más algún que otro italiano joven de la zona de Arthur Avenue, y muy de vez en cuando algún chiquillo irlandés de Woodlawn, o algún despistado que había tenido la desdicha de elegir el Bronx para meterse en un lío.

«El rancho», se dijo Kramer a sí mismo. Cualquiera que hubiese estado mirándole habría podido ver cómo movía los labios.

En cuestión de cuarenta y cinco segundos iba a enterarse de que, en efecto, alguien estaba mirándole. Pero hasta ese momento la escena era simplemente cotidiana, las furgonetas anaranjadas y azules, y él diciéndose a sí mismo: «El rancho.»

Kramer había llegado a esas horas bajas en la vida de los vicefiscales de distrito del Bronx en las que comienzan a sentirse asaltados por las Dudas. Cada año eran detenidas en el Bronx cuarenta mil personas, cuarenta mil incompetentes, subnormales, psicópatas, alcohólicos, payasos, y buenas gentes, todos ellos

impulsados hacia cierto tipo de enfurecimiento terminal, así como tipos de quienes lo mejor que podía decirse era que se trataba de seres vilmente malvados. Siete mil de esas personas eran encausadas y procesadas y entraban en las fauces del sistema de justicia penal —precisamente en ese edificio—, a través de las puertas de la fortaleza de Gibraltar, en esas furgonetas que ahora hacían cola. Unos ciento cincuenta casos nuevos, otros ciento cincuenta corazones agitados y miradas morosas, cada una de las semanas de funcionamiento de las oficinas del Fiscal del Distrito del Bronx. ¿Y para qué? Cada día seguían cometándose los mismos delitos estúpidos, absurdos, patéticos, espeluznantes. Todo seguía igual. ¿Qué era lo que conseguían los diversos vicefiscales después de haberse dedicado a revolver la basura? El Bronx se desmoronaba y se hundía un poco más cada día, con un poco más de sangre en las grietas. ¡Las Dudas! De lo que no cabía duda es de que un objetivo sí se estaba consiguiendo. El sistema tenía su rancho cotidiano, y lo que aquellas furgonetas llevaban a Gibraltar era su comida. Cincuenta jueces, treinta y cinco funcionarios de juzgados, doscientos cuarenta y cinco vicefiscales de distrito, un F. de D... De sólo pensar en él a Kramer se le torcieron los labios hasta que se le formó una sonrisa, porque sin duda Weiss estaba allá arriba, en el sexto piso, pegándoles la bronca a los del Canal 4 o a los del 7 o del 2 o del 5, porque el día anterior no había salido en la TV todo lo que él quería, y porque tampoco hoy lo iba a conseguir. ¡Y bien sabía Cristo cuantísimos abogados defensores, abogados de oficio, estenógrafos, secretarios de juzgado, funcionarios de prisiones, funcionarios de libertad condicional, asistentes sociales, fiadores, investigadores especiales, chupatintas, psiquiatras forenses, esperaban a ser alimentados! Y cada mañana les llevaban el rancho, cada mañana el rancho y las Dudas.

Kramer acababa de pisar la calzada cuando un gran Pontiac Bonneville, todo un buque con prodigiosos adornos metalizados delante y detrás, una de esas fragatas de seis metros y pico cuya fabricación se interrumpió hacia 1980, se acercó y frenó junto a la acera. La puerta del Bonneville, una enorme masa de metal moldeado, de casi un metro y medio de ancho, se abrió con un triste ruido de torsión, y salió del coche un juez que se llamaba Myron Kovitsky. Era un sesentón bajito, flaco, calvo, de nariz afilada, ojos hundidos, y boca de expresión tenebrosa. A través de la ventanilla trasera del Bonneville, Kramer alcanzó a ver una silueta que se deslizaba hasta el volante, para ocupar el sitio abandonado por el juez. Debía de ser su esposa.

Tanto el ruido que hacía la enorme puerta de aquel coche antiguo y gigantesco al abrirse, como la imagen de ese ser diminuto apeándose de él, resultaban deprimentes. El juez, Mike Kovitsky, acude al trabajo en un yate de millonario fabricado hace aproximadamente diez años. Un magistrado de la Audiencia del condado, que apenas gana 65.100 dólares al año. Kramer se sabía las cifras de memoria. Deducidos los impuestos, al juez debían de quedarle unos 45.000 anuales. Para un hombre de

sesenta años que había alcanzado la cúspide de la profesión legal, era un sueldo patético. En cambio, en el mundo de los negocios, Andy Heller... esas cantidades eran las que cobraba un joven cuando empezaba, recién salido de la universidad. Mientras que este hombre, cuyo coche hace *zuop* cada vez que se abre la puerta, se encuentra situado en la cumbre de la jerarquía de Gibraltar. Por su parte, él, Kramer, estaba en una posición indeterminada de la zona intermedia. Jugando sus cartas con habilidad, y si lograba congraciarse con la organización del Partido Demócrata del Bronx, este *zuop* era lo máximo a lo que podía aspirar, para dentro de treinta años.

Kramer había llegado a la mitad de la calzada cuando empezó todo aquello:

—¡Eh, judío! ¡Eh, Kramer!

Era todo un vozarrón. Kramer no llegó a captar de dónde procedía.

—¡Eh, soplapollas!

¿Cómo? Esa frase le detuvo sobre sus pasos. Cierta sensación, cierto sonido, como el de una intensa corriente eléctrica, saturaba su cerebro.

—¡Eh, Kramer, cabrón!

Era otra voz. Esos...

—Judío! Judío!

Procedían de la parte posterior de una furgoneta anaranjada y azul, la que estaba más próxima, apenas a diez metros de distancia. No les veía. No podía distinguirles a través de la malla metálica que cubría las ventanillas.

—Judío, Kramer! ¡Eh, Hymie, tonto del culo!

¡Hymie! ¿Cómo habían llegado a enterarse de que era judío? No lo parecía, y Kramer no era un apellido... ¿Por qué...? ¡Estaba rabioso!

—¡Eh, Kramer! ¡Eh, maricón! ¡Bésame el culo!

—¡Eh, tío! ¡Mézetela donde te quepa!

Una voz latina, una pronunciación espantosa que introdujo más profundamente la navaja del insulto.

—¡Eh, gilipollas!

—¡Lamenabos!

—¡Kramer, hijoputa!

—¡Eh tío! ¡Te voy a dar por culo!

¡Todo un coro! ¡Un diluvio de basura! ¡Un *Rigoletto* de la alcantarilla, cantado con las soeces voces del Bronx!

Kramer se encontraba todavía a mitad de la calzada. ¿Qué hacer? Miró fijamente la furgoneta. No logró distinguir nada. ¿Quiénes eran? ¿Cuáles, de toda aquella interminable procesión de odiosos negros y latinos...? ¡No! ¡No mires! Desvió la vista. ¿Había alguien fijándose? ¿Debía encajar esos insultos increíbles, y seguir su camino como si tal cosa hasta la entrada de Walton Avenue, o era mejor que se enfrentara a esa chusma? ¿Enfrentárseles? Pero ¿cómo? ¡No! ¡Fingiría que no le

dirigían esos insultos a él...! Nadie lo captaría... Podía subir por la calle Ciento sesenta y uno y dirigirse a la entrada principal. ¡Nadie tenía por qué saber que le estaban insultando a él! Escrutó la acera próxima a la entrada de Walton Avenue, la más próxima a las furgonetas... Nadie en especial, sólo algún que otro ciudadano corriente... Todos se habían parado a mirar. Estaban fijándose en la furgoneta... ¡El guardia! ¡El guardia de la puerta de Walton Avenue le conocía! ¡El guardia se daría cuenta de que trataba de escurrir el bulto, de ignorar todo aquello! Pero el guardia no estaba en su puesto... Probablemente se había metido en el portal, para no tener que actuar. Hasta que, de repente, Kramer vio a Kovitsky. El juez ya estaba en la acera, a unos cinco metros de la entrada. Se había quedado plantado allí, mirando hacia la furgoneta. Y luego miró a Kramer. ¡Mierda! ¡Me conoce! ¡Sabe que me gritan a mí! Aquella persona diminuta que acababa de salir del enorme Bonnevill —*zuop*—, se interponía entre Kramer y la retirada por la tangente que él había pensado emprender.

—¡Eh, Kramer! ¡Mierda para ti!

—¡Eh, tú, gusano calvo!

—¡Eeeehhh! ¡Desgraciado calvo de mierda! ¡Desgraciado calvo de mierda!

¿Calvo? No estaba calvo. Empezaba a caérsele el pelo, ¡pero estaba lejos de ser calvo! ¡Alto ahí! Eso no iba por él. Acababan de localizar al juez, a Kovitsky. Ahora disparaban contra dos objetivos.

—¡Eh! ¡Kramer! ¿Qué llevas en la bolsa, tío?

—¡Eh, cagarro calvo!

—¡Cacho memo!

—¿Llevas los huevos en la bolsa, Kramer?

Estaban los dos juntos en aquel feo asunto, él y Kovitsky. Ya no podía escapar yéndose hacia la entrada de la calle Ciento sesenta y uno. De modo que terminó de cruzar la calle. Tenía la sensación de encontrarse sumergido en el agua. Le lanzó una breve mirada a Kovitsky. Pero Kovitsky ya no le estaba mirando. Había empezado a caminar en línea recta hacia la furgoneta. Andaba con la cabeza gacha. Estaba furioso. Se le veían los blancos de los ojos. Sus pupilas eran sendos rayos de la muerte que ardían justo debajo de los párpados superiores. Kramer ya le había visto así en el juzgado... con la cabeza gacha y los ojos llameantes.

Las voces del interior de la furgoneta intentaron hacerle retroceder.

—¿Se puede saber qué miras, pedazo de capullo arrugado?

—¡Lárgate ya, fueeeera! ¡Vete, gilipollas!

Pero el corro estaba perdiendo fuerza. No sabían qué hacer ante esta furia diminuta que iba a por ellos.

Kovitsky se plantó junto a la furgoneta e intentó ver por entre la rejilla quién iba dentro. Se puso de manos en jarras.

—¡Eh! ¿Qué coño estás mirando?

—¡Acércate y te enseñaré una cosa que no has visto nunca!

Pero se les estaban acabando las ganas. Kovitsky se fue a la parte delantera de la furgoneta. Y proyectó sus ojos llameantes sobre el conductor.

—¿Ha... oído... eso? —dijo el pequeño juez, señalando hacia la parte trasera de la furgoneta.

—¿Eh? —dijo el conductor—. ¿Cómo dice? —No sabía qué decir.

—¿Qué coño le pasa, está sordo? —dijo Kovitsky—. Los detenidos... sus detenidos... Usted es el responsable... —Y, mientras hablaba, apuntaba al chófer con un dedo, como si fuese un arma—. *Sus... detenidos... ¿Permite usted que los detenidos que están a su cargo... vomiten toda esa porquería... sobre los ciudadanos de esta comunidad... y sobre los funcionarios de este tribunal?*

El conductor era un tipo gordo y atezado, mofletudo, de unos cincuenta años o algo así, el clásico funcionario que trabajaba sólo por el sueldo... De repente, aquel hombre abrió los ojos y la boca, sin emitir sonido alguno, y alzó los hombros, puso las palmas de las manos hacia arriba e inclinó las comisuras de los labios hacia abajo.

Era el clásico «y-a-mí-qué-me-cuenta» neoyorquino, la mirada que decía: «Uuufff, ¿qué pasa? ¿Qué quiere de mí?» Y, en este caso particular: «¿Qué pretende que haga? ¿Que me meta en la jaula con esa pandilla de indeseables?»

Era ese antiquísimo grito de socorro neoyorquino, tan indiscutible como inapelable.

Kovitsky se le quedó mirando fijamente, y sacudió la cabeza para expresar su desesperación. Luego dio media vuelta y regresó a la parte trasera de la furgoneta.

—¡Ahí viene ese judío! ¡Hymie!

—¡Uuuhhh! ¡Uuuuhhh! ¡Uuuuhhh!

—¡Muérdame el pijo, Señoría!

Kovitsky miró por la ventanilla, tratando otra vez de identificar a sus enemigos a través de la malla metálica. Después inspiró profundamente, emitió un terrible ruido nasal acompañado de un sonido procedente de su pecho y su garganta, todo ello de tal intensidad que parecía imposible que un cuerpo tan diminuto pudiese producir tanto estruendo. Y les *escupió*. Lanzó un escupitajo prodigiosamente voluminoso hacia la ventanilla de la furgoneta. El escupitajo dio contra la rejilla, y se quedó colgando a modo de enorme y goteante ostra amarilla que, cediendo a su propio peso, descendió unos milímetros, como un pedazo de chicle o de tofe, ensalivado y grumoso en el extremo inferior. Y allí permaneció, bamboleante, brillando a los rayos del sol, ante la mirada de los que estaban encerrados en la furgoneta, quienesquiera que fuesen.

Los enjaulados se quedaron aturdidos. El coro calló por completo. Durante un momento extrañamente febril, el mundo, el sistema solar, el universo, la astronomía entera, parecieron haberse quedado vacíos por completo, con la sola excepción de esa furgoneta y ese grumo de moco reluciente, pendulón, goteante.

Luego, acercando la mano derecha al pecho para que nadie más pudiese verlo, el juez alzó, muy tieso, el dedo corazón hacia los detenidos, giró sobre sus talones, y se dirigió a la entrada del edificio.

Cuando ya estaba a mitad de camino de la puerta, los de la furgoneta recobraron el aliento y las ganas de gritar.

—¡Jódete tú también, tío!

—¿A qué no lo haces otra vez en...?

Pero sus voces carecían ahora de sinceridad. El tenebroso *esprit de corps* de los detenidos se había esfumado ante la actitud de aquel hombrecillo pequeño, furioso y enérgico.

Kramer corrió en pos de Kovitsky, y le alcanzó justo cuando el juez llegaba a la puerta de Walton Street. *Tenía* que alcanzarle. Tenía que demostrarle que estaba con él en todo lo que había hecho. Aquellos insultos repugnantes habían ido dirigidos contra ellos dos.

—Buenos días, juez —dijo el guardia, que acababa de reaparecer junto a la entrada, como si aquél fuera solamente un día más en la isla-fortaleza de Gibraltar.

Kovitsky apenas se dignó mirarle. El juez estaba preocupado. Llevaba la cabeza gacha.

—¡Caramba, juez! —dijo Kramer, tocándole el hombro—. ¡Es usted tremendo! —La expresión del vicefiscal era resplandeciente, como si él y el juez acabaran de vivir una gran batalla, hombro a hombro—. ¡Han cerrado el pico! ¡Increíble! ¡Han cerrado el pico!

Kovitsky se detuvo y miró a Kramer de los pies a la cabeza, como si fuese alguien a quien veía por primera vez.

—Inútil de mierda —dijo el juez.

Me acusa de no haber hecho nada, de no haberle ayudado, pero al cabo de un instante Kramer comprendió que no estaba refiriéndose a él, sino al conductor de la furgoneta.

—En fin, ese cabrón de mierda —dijo Kovitsky— se muere de pánico. A mí me daría vergüenza trabajar en una cosa así si viviera tan acojonado.

Parecía hablar más consigo mismo que con Kramer. Y siguió farfullando contra la vida en Gibraltar. Kramer apenas si tomó en consideración las numerosas palabrotas que soltaba el juez. Los juzgados eran como el ejército. Todo el mundo, empezando por los jueces y acabando por los guardias, hablaba así, y esa clase de lenguaje sonaba tan natural como el respirar. No, la mente de Kramer ya estaba en otra cosa, adelantándose a las siguientes palabras que temía oír de labios de Kovitsky. Temía que el juez le dijera: «¿Y se puede saber por qué coño se ha quedado usted plantado ahí afuera, sin intervenir?» Y, por dentro, Kramer ya estaba inventando excusas. «Es que no sabía de dónde venían los gritos... No sabía si venían de la furgoneta o de...»

La iluminación fluorescente daba al vestíbulo el débil fulgor tóxico de las salas de rayos X.

—...eso de Hymie —estaba diciendo Kovitsky. Y en ese momento le dirigió a Kramer una mirada que exigía una respuesta.

Kramer no tenía ni idea acerca de qué había estado hablando el juez.

—¿Hymie?

—Sí. ¡Hymie! —dijo Kovitsky—. «Muérdame el pijo, Señoría» da igual. Hasta tiene gracia... —Y el juez se rió—. Pero lo de «Hymie»... Eso es venenoso. ¡Eso es odio racial! ¡Una expresión antisemita! ¿Y a qué viene? Sin los judíos, esos pobres bastardos aún estarían trabajando en el campo, bajo los cañones de las escopetas de caza en Carolina del Sur.

Comenzó a sonar una alarma. Un timbre frenético resonó en el vestíbulo. El estruendo golpeó los oídos de Kramer en sucesivas oleadas. El juez Kovitsky tuvo que alzar la voz para hacerse oír, pero ni siquiera volvió la cabeza para ver qué pasaba. Kramer ni tan sólo parpadeó. La alarma significaba que algún preso se había escapado, o que algún negro flaco había sacado un revólver en mitad de un juicio, o que algún gargantuesco procesado le había hecho una llave a uno de los funcionarios que le vigilaban. O tal vez se trataba sólo de un incendio. Las tres o cuatro primeras alarmas que Kramer oyó en Gibraltar hicieron que sus ojos saltaran enloquecidos de un lado a otro, y que se preparase para dejar paso libre al primer gilipollas con zapatillas olímpicas que, impulsado por el miedo, apareciese por el pasillo dispuesto a correr los cien metros en ocho segundos y cuatro centésimas, y luego a sus perseguidores, todo un rebaño de guardias calzados con botas militares y armados con pistolas del 38. Pero al cabo de poco tiempo dejó de hacerles caso a los timbres. Era el estado normal de alerta roja, de pánico y confusión que solía reinar en el edificio de los juzgados del Bronx. Ahora, alrededor de Kramer y del juez, la gente volvía la cabeza en todas direcciones. Unas caras tristísimas... Entraban en Gibraltar por vez primera, para llevar a cabo alguna tristísima misión.

De repente, Kovitsky se puso a señalar el suelo mientras decía:

—...es eso, Kramer?

—¿Eso? —dijo Kramer, tratando desesperadamente de adivinar de qué hablaba el juez.

—Me refiero a ese jodido calzado que lleva puesto —dijo Kovitsky.

—¡Ah! El calzado —dijo Kramer—. Es un calzado deportivo.

—Ya. Otra de las grandes ideas de Weiss...

—Nooooo... —dijo Kramer, fingiendo reír de lo que parecía una muestra más del ingenio de Kovitsky.

—¿Venir haciendo jogging a hacer justicia? ¿Son ésas las instrucciones que Abeles da ahora a sus subordinados? ¿Joggers para la Justicia?

—No, no, no, no. —Más risillas y una ancha mueca pelotillera, pues era evidente que Kovitsky estaba encantado con su ocurrencia.

—Joder, todos esos críos que vienen a mi sala andan por el mundo con esas malditas zapatillas en los pies, ¿y ahora también se las ponen ustedes?

—Nooo-jo-jo.

—¿Cree que voy a permitirle que entre en mi sala con esa pinta?

—¡Noooooooo-jo-jo! En la vida se me ocurriría, señor juez.

La alarma seguía sonando. Los nuevos, los tipos de cara triste que entraban por vez primera en aquella ciudadela, miraban a su alrededor con los ojos y las bocas bien abiertos, pero sólo vieron a un blanco bastante viejo, calvo y con traje gris, camisa blanca y corbata, y a un joven blanco, de calvicie incipiente, con traje gris, camisa blanca y corbata, que permanecían tan tranquilos allí en medio, hablando, sonriendo, carcajeándose, y pensaron que, si aquellos dos blancos, que sin la menor duda formaban parte del Poder, seguían yendo a lo suyo sin enarcar siquiera una ceja, las cosas no podían ser tan graves como parecía.

La alarma seguía sonando en su cabeza, y Kramer se sintió cada vez más deprimido.

Y precisamente allí, precisamente entonces, tomó una decisión. Haría algo, algo pasmoso, algo temerario, algo desesperado, lo que hiciera falta. Iba a salir de allí. Iba a elevarse lo más lejos posible de aquella basura. Subiría hasta lo más alto y se lanzaría a vivir, a Vivir la Vida, por su cuenta...

Podía ver de nuevo a la chica del pintalabios marrón, con la misma claridad que si la tuviese a su lado, en aquel lugar triste y tenebroso.

3. Desde el piso cincuenta

Sherman McCoy salió de su casa llevando a su hija Campbell de la mano. En días neblinosos como aquél, en Park Avenue reinaba una luz azul cenicienta. Pero tan pronto salieron de la marquesina de la entrada... ¡qué brillo! La divisoria central de la calzada era una cinta de tulipanes amarillos. Había miles de tulipanes, gracias a la contribución que los propietarios de los apartamentos, como Sherman, hacían a los fondos de la Asociación Park Avenue, y a los miles de dólares que esa asociación pagaba a un servicio de jardinería, el Wiltshire County Gardens, propiedad de tres coreanos de Maspeth, en Long Island. El brillo amarillo de los tulipanes era casi celestial. Nada más apropiado. Pues, mientras llevaba a su hija de la mano, mientras la acercaba hasta la parada del autobús, Sherman se sentía partícipe de la gracia divina. Era un estado sublime, que no le costaba mucho dinero. La parada de autobús estaba justo al otro lado de la calle. Apenas cabía la posibilidad de que el fastidio que solían producirle los diminutos pasos de Campbell malograra la refrescante pizca de sentimiento paternal que le embargaba todas las mañanas.

Campbell iba a primer curso de elemental en el colegio Taliaferro, que, como todo el mundo, *tout le monde*, sabía, se pronunciaba *Toliver*. Cada mañana, el colegio Taliaferro enviaba su propio autobús, con su propio conductor y su propia vigilante de niños, hacia Park Avenue. Eran muy pocas, en efecto, las alumnas de Taliaferro que no vivían en Park Avenue o a poca distancia de esa calle.

Para Sherman, que caminaba hacia la parada con Campbell cogida de su mano, la niña era toda una visión. Una visión renovada cada mañana. Su pelo era un derroche de ondulaciones suaves, como el de su madre, pero más claro y dorado. Su carita... ¡qué perfección! Ni siquiera la desgarrada adolescencia lograría alterarlo. Sherman estaba convencido de eso. Con el jersey borgoña del uniforme de colegio, su blusa blanca con cuello en forma de ranúnculo, su pequeña mochila de nylon, sus calcetines blancos hasta la rodilla, parecía un ángel. Su simple imagen le resultaba increíblemente conmovedora.

El portero del turno matutino era Tony, un viejo irlandés. Después de abrirles la puerta, salió hasta situarse bajo la marquesina para verles cruzar la calle. Magnífico... ¡magnífico! A Sherman le gustaba que le viesan desempeñando su papel de padre. Esta mañana era un hombre que representaba toda la envarada seriedad de Park Avenue y Wall Street. Llevaba un traje de estambre gris azulado, hecho a medida en Inglaterra, por 1.800 dólares, con americana de dos botones, sin cruzar, y solapas corrientes, de puntas redondeadas. En Wall Street, los trajes cruzados y las solapas anchas y afiladas estaban mal vistos, eran considerados como cosas atrevidas, que sólo vestía la gente de la industria de la confección. Sherman llevaba su espesa melena castaña peinada completamente hacia atrás. Caminaba sacando pecho, y

alzando al cielo su larga nariz y su maravilloso mentón.

—Cariño, deja que te abroche el suéter. Hace un poco de frío.

—No quiero, José —dijo Campbell.

—Anda, pequeña, no quiero que pilles un resfriado.

—N-O, Séjo, N-O. —Y, sacudiendo los hombros, se quitó de encima las manos de Sherman. *Séjo* era *José* al revés—. N-n-n Ohhh. —De modo que Sherman tuvo que soltar un suspiro y abandonar su plan, que pretendía salvar a su hija de los elementos. Siguieron caminando.

—Papá.

—Dime, cariño.

—Papá, ¿y si Dios no existiese?

Desconcertado, Sherman se inclinó hacia la niña. Campbell estaba mirándole con una expresión absolutamente normal, como si acabara de preguntarle el nombre de aquellas flores amarillas.

—¿Y quién ha dicho que Dios no existe?

—¿Y si no existiera?

—¿Cómo se te ha podido ocurrir...? ¿Te ha dicho alguien que Dios no existe?

¿Qué diminuta provocadora de su curso había decidido difundir dudas tan venenosas? Hasta donde Sherman sabía, Campbell aún creía en Santa Claus, y, sin embargo, ¡ahora ponía en duda la existencia de Dios! No obstante... ¡qué pregunta tan precoz para una niña de seis años! Realmente precoz. Y pensar que una especulación semejante...

—¿Y si no existiera? —La niña empezaba a mostrarse fastidiada. Preguntarle por el origen de ese interrogante no bastaría para dejarla satisfecha.

—Es que Dios existe, pequeña. De modo que no puedo decirte qué pasaría si no existiese.

Sherman se esforzaba por no mentirle nunca. Pero esta vez le pareció que ésa era la actitud más prudente. Siempre había confiado en ahorrarse toda clase de conversación sobre cuestiones religiosas con su hija. De entrada, la enviaron a la escuela dominical de la iglesia episcopaliana de St. James, en el cruce de Madison y la calle Setenta y uno. Era la forma corriente de ocuparse de la religión. Meter a los hijos en St. James permitía que los padres no tuvieran que volver a ocuparse nunca más de las cosas religiosas.

—Oh —dijo Campbell. Se quedó mirando hacia la lejanía. Sherman se sintió culpable. La niña le había planteado una cuestión difícil, y él había escondido la cabeza debajo del ala. Y allí estaba Campbell, con sólo seis años, tratando de ordenar el rompecabezas, de resolver el acertijo más desconcertante de la vida.

—Papá.

—Sí, cariño. —Sherman contuvo el aliento.

—¿Te acuerdas de la bicicleta de Mrs. Winston?

¿*La bicicleta de Mrs. Winston*? Hasta que, por fin, logró acordarse. Hacía dos años, cuando Campbell iba al jardín de infancia, una de las maestras, una tal Mrs. Winston, se empeñaba en desafiar la circulación yendo cada día a la escuela en bicicleta. A todos los niños les parecía maravilloso tener una maestra que iba en bicicleta a la escuela. Desde aquel entonces, Campbell no había vuelto a hablar de esa mujer.

—Sí, la recuerdo. —Una pausa ansiosa.

—MacKenzie tiene otra igual.

¿MacKenzie? MacKenzie Reed era una compañera de clase de Campbell.

—¿De verdad?

—Sí. Igual, pero más pequeña.

Sherman aguardó a que se produjera el salto lógico... pero no llegó a producirse. Ya está. ¡Dios existe! ¡Dios ha muerto! ¡La bicicleta de Mrs. Winston! ¡No quiero, José! ¡N-O, Séjo! Todo aquello salía a la vez del cesto de los juguetes. Por un momento Sherman sintió un gran alivio, pero luego tuvo la sensación de haber sido estafado. Había tomado como señal de inteligencia superior que su hija hubiese puesto en duda la existencia de Dios, a los seis años. Hacía unos diez años apenas que los vecinos del Upper East Side, por vez primera en la historia, habían empezado a opinar que la inteligencia no era un defecto incluso si quien daba muestras de poseerla era una niña.

Se habían concentrado en la parada del autobús de Taliaferro diversas niñas con jersey color borgoña, junto con sus padres o niñeras. En cuanto se fijó en el grupo, Campbell intentó soltarse de la mano de Sherman. Ya había llegado a esa edad. Pero él no pensaba permitirse. Sostuvo su manita con firmeza, y cruzó la calzada con ella. Era su protector. Lanzó una mirada asesina al taxi que pegó un frenazo sonoro junto al semáforo. Si hubiese hecho falta, Sherman se habría tirado contra el taxi para salvar la vida de Campbell. Mientras cruzaban juntos Park Avenue, Sherman reprodujo mentalmente la maravillosa pareja que formaban él y su hija. Campbell, aquel angelito con uniforme de colegio de pago; y él, con su noble testa, su mentón tipo Yale, su fortaleza física y su traje inglés de 1.800 dólares, el padre del angelito, un hombre de talento; imaginó las miradas de admiración, las miradas de envidia, que le dirigían los conductores, los peatones, todos. En cuanto llegaron a la parada del autobús, Campbell se soltó de un tirón. Los padres que llevaban a sus hijas a la parada del autobús de Taliaferro formaban un grupo de gente animada. ¡Siempre estaban de magnífico humor! Sherman empezó a saludar. Edith Tompkins, John Channing, la madre de MacKenzie Reed, la niñera de Kirby Coleman, Leonard Schorske, Mrs. Lueger. Cuando llegó a Mrs. Lueger —jamás había conseguido averiguar su nombre de pila—, Sherman hizo un doble adelantamiento. Esta mañana,

Mrs. Lueger debía de haber salido corriendo con su hija para no perder el autobús. Llevaba una camisa de hombre, con los botones superiores desabrochados. Unos tejanos viejos y unas zapatillas como de ballet. Los tejanos le iban ajustadísimos. Tenía un cuerpo magnífico y diminuto. Era la primera vez que Sherman se fijaba en este detalle. ¡Menudo tipazo! Tenía un aspecto tan... estaba pálida, medio dormida, vulnerable. Lo que usted necesita, Mrs. Lueger, es un café calentito. Venga conmigo, lo tomaremos en la cafetería de la esquina de Lexington. Oh, no vale la pena, Mr. McCoy. Suba a mi casa. He dejado el café preparado. Sherman estuvo mirándola dos segundos más de lo debido, y luego... *pop*... llegó el autobús, un sólido vehículo, tan grande como los de la Greyhound, y las niñas subieron.

Sherman dio media vuelta, y luego volvió a mirar a Mrs. Lueger. Pero ella no estaba mirándole. Se iba hacia su casa. La costura central de los tejanos la hendía prácticamente en dos mitades. Había marcas más blancas a ambos lados de la costura. Puntos culminantes de sendos músculos redondos. ¡Qué culo tan maravilloso! ¡Y él que siempre había pensado que esas mujeres no eran más que mamás! ¿Quién sabe qué secretas hogueras arden en todas esas mamás?

Sherman se encaminó hacia el este, para dirigirse a la parada de taxis que hay en el cruce de la Primera Avenida y la calle Setenta y nueve. Se sentía animadísimo. Aunque no hubiese podido explicar por qué. El descubrimiento de la pequeña y magnífica Mrs. Lueger... Sí. Aunque, en realidad, siempre que dejaba la parada del autobús se sentía de buen humor. El Mejor Colegio, las Mejores Compañeras, las Mejores Familias, el Mejor Barrio de la capital de Occidente en los últimos años del siglo XX: pero lo único que su memoria retenía era la sensación de la mano de Campbell cogida a la suya. Por eso se sentía de tan buen humor. ¡El tacto de aquella manita confiada, absolutamente pendiente de él. ¡Aquello era la vida!

Hasta que, de repente, comenzó a sentirse deprimido. Caminaba a buen paso, dejando que sus ojos se deslizaran ociosamente por las fachadas de los edificios de piedra arenisca. Aquella mañana gris, esas casas le parecían viejas y tristes. Amorfas bolsas de plástico repletas de basuras, de colores que iban desde el pardo cagarruta de perro hasta el verde vómito, se amontonaban frente a los portales, junto al bordillo de la acera. Las bolsas tenían un aspecto viscoso. ¿Cómo podía haber gente capaz de vivir así? A sólo dos manzanas de allí se encontraba el apartamento de Maria... Ralston Thorpe también vivía por aquí... Sherman y Rawlie habían ido juntos a Buckley, St. Paul y Yale, y los dos trabajaban ahora en Pierce & Pierce. Después de divorciarse, Rawlie había dejado su apartamento de dieciséis habitaciones en la Quinta Avenida para mudarse a su nuevo domicilio, un apartamento que ocupaba los dos últimos pisos de un viejo edificio de piedra arenisca, más o menos por esa zona. Deprimente. Y Sherman había dado un gran paso hacia el divorcio la noche anterior. Sí... No sólo le había pillado Judy en *flagrante teléfono*, por así decirlo, sino que

luego él, un ser al que la sexualidad empujaba a la abyección, había dejado que se lo follasen —¡exacto! ¡no era más que eso: se lo habían follado!—, y había tardado cuarenta y cinco minutos en regresar a casa... ¿Qué sería de Campbell si Judy y él llegaban a divorciarse? Sherman era incapaz de imaginar cómo sería su vida después de una cosa así. ¿Visitas de fin de semana? ¿Extrañas terminologías legales para describir el reencuentro semanal con su propia hija? ¡Qué indigno, qué indigno! El alma de Campbell endureciéndose poco a poco, semana a semana, hasta quedar encerrada en un frágil caparazón...

Había recorrido media manzana y ya empezaba a odiarse a sí mismo. Sintió deseos de dar media vuelta, regresar a casa, pedir perdón y jurar que *nunca más*. Tenía ganas de hacerlo, pero sabía que no lo haría. Porque entonces correría el riesgo de llegar tarde al trabajo, cosa que, en Pierce & Pierce, era siempre recibido con ceños fruncidos. Nadie había dicho nada explícitamente, jamás, pero todo el mundo suponía que había que llegar temprano y empezar a ganar dinero cuanto antes... todo el mundo suponía que los empleados de Pierce & Pierce eran Amos del Universo. Experimentó una descarga de adrenalina... ¡Los Giscard! Estaba muy cerca ya de cerrar el mayor negocio de su vida, el de los Giscard, los bonos de aval oro —¡el Amo del Universo!—, pero en seguida volvió a deprimirse. Judy había dormido en la cama instalada en el tocador de la suite que formaba las habitaciones del matrimonio. Cuando él se despertó, ella seguía durmiendo, o fingió que aún dormía. Gracias a Dios. No le hubiera gustado sostener otra discusión con ella por la mañana, sobre todo si Campbell o Bonita podían oírles. Bonita era la típica criada sudamericana, una chica de modales perfectamente agradables pero, por otro lado, muy estirada. Mostrar ante ella enfado o angustia era una horrible metedura de pata. En este sentido, esas criadas contribuían a mantener unidos los matrimonios. Los padres de Sherman, y también sus amigos, tenían todos mucha servidumbre, y la servidumbre trabajaba jornadas larguísimas y vivía bajo su mismo techo. Y, si tratabas de evitar toda clase de discusiones en presencia de los criados, apenas quedaban momentos en los que dedicarse a discutir.

Por eso, siguiendo la mejor tradición de los McCoy, actuando tal como lo hubiera hecho su padre —con la sola diferencia de que no era capaz de imaginar a su padre metido en un aprieto así—, Sherman supo guardar las apariencias. Desayunó con Campbell en la cocina, mientras Bonita se encargaba del desayuno y los preparativos de la niña. Bonita tenía un televisor portátil en la cocina, y se había pasado todo el rato volviendo a mirar en la pantalla las imágenes de los disturbios ocurridos la noche anterior en Harlem. Eran unos planos bastante espectaculares, pero Sherman no había prestado la menor atención. Todo le parecía lejanísimo... las típicas cosas que ocurrían siempre en sitios así... con esa clase de gente... De modo que se había dedicado a mostrarse alegre y encantador, para que Bonita y Campbell no notaran el

clima envenenado que flotaba en la casa.

Sherman ya había llegado a Lexington Avenue. Siempre se detenía un momento en el kiosco de la esquina para comprar el *Times*. De repente vio a una chica alta, con una larga melena rubia, que caminaba hacia él. Un bolso grande le colgaba del hombro. Caminaba con prisa, como si se dirigiese a la boca del metro de la calle Setenta y siete. Su largo suéter, muy abierto, revelaba un polo con un diminuto emblema bordado sobre el pecho izquierdo. Sus pantalones, algo desastrados, eran blancos, y muy holgados, casi con vuelo, en las piernas, pero ajustadísimos en la entrepierna. ¡*Ajustadísimos!* Se notaba una pasmosa grieta. Sherman miró fijamente la grieta, y luego le miró la cara. Ella le aguantó la mirada. Le miró a los ojos y sonrió. No desaceleró el paso ni adoptó una expresión provocativa. Era más bien un gesto seguro, optimista que equivalía a decir: «¡Hola! ¡Qué buen par de magníficos animales somos tú y yo!» ¡Qué franqueza! ¡Qué desenfado! ¡Qué inmodestia!

En el kiosco, tras pagar el diario, Sherman se volvió para salir a la calle, pero sus ojos tropezaron con un expositor de revistas. La carne color salmón le asaltó... chicas... chicos... chicas con chicas... chicos con chicos... chicas con los pechos desnudos, chicas con los culos desnudos... chicas con ligeros y demás parafernalia... todo un alegre disturbio pornográfico, todo un cachondeo, una orgía, una guarrada... En la portada de una revista hay una chica que no lleva más que zapatos de tacón alto y un taparrabos... Pero no es un taparrabos, es una serpiente... No se sabe cómo, pero la serpiente se le ha enroscado en la entrepierna y mira fijamente a Sherman... Ella también le mira fijamente... Su rostro muestra una sonrisa luminosa, la sonrisa más despreocupada que se pueda imaginar... Es la cara de la chica que te sirve los helados de chocolate en Baskin-Robbins...

Sherman reanudó su camino hacia la Primera Avenida en estado de considerable agitación. ¡Toda una oleada de sexos flotaba en el aire! ¡Por todas partes! ¡Inevitable...! ¡Para quien lo quisiera! ¡Andaba por la calle, con el mayor atrevimiento! ¡Te lo encontrabas en todas las tiendas! ¿Qué podía hacer en estas circunstancias un hombre joven? Técnicamente, le había sido infiel a su esposa. Sí, desde luego... pero ¿quién podía permanecer monógamo bajo los efectos de esta, esta, esta auténtica *marea* de concupiscencia que estaba barriendo el mundo? ¡Santo Dios! No se le podía exigir a un Amo del Universo que se comportara como un santo, al fin y al cabo... era inevitable. ¡Por Cristo, nadie puede escabullirse de los copos cuando nieva, y esto era una nevisca! Simplemente, había sido atrapado, y eso era todo, o medio atrapado. Lo cual no quería decir nada. Carecía de significado moral. Era como quedar empapado bajo la lluvia. Cuando llegó a la parada de taxis del cruce de la Primera y la Setenta y nueve, Sherman había por fin resuelto el problema.

Todos los días, los taxis esperaban en fila en el cruce de la calle Setenta y nueve y la Primera Avenida para llevar a los Amos del Universo hasta Wall Street. De

acuerdo con las normas, todos los taxistas tenían el deber de llevarte adondequiera que te dirigieras, pero los laxistas de la cola de ese cruce no aceptaban pasaje a no ser que fuese para ir a Wall Street o sus alrededores. Desde la parada, avanzaban un par de manzanas hacia el este y luego descendían junto al East River por una gran avenida, la FDR, Frank Delano Roosevelt Drive.

Una carrera de diez dólares cada mañana, pero ¿qué era eso para un Amo del Universo? El padre de Sherman siempre había ido a Wall Street en metro, incluso cuando era el primer ejecutivo de Dunning Sponget & Leach. Incluso ahora, a los setenta y un años, cuando hacía su excursión diaria a Dunning Sponget para respirar allí durante tres o cuatro horas el mismo aire que sus colegas de la abogacía, usaba el metro. Era una cuestión de principios. Cuanto más tenebrosos iban haciéndose los vagones, cuantos más graffiti pintaba la gente en las paredes, cuantas más cadenillas de oro les arrancaban del cuello a las chicas, cuantos más viejos eran víctimas de atracos violentos, más empeñado estaba John Campbell McCoy en negarse a que le expulsaran de los metros de Nueva York. Pero para la nueva generación, para la generación joven, la generación de los Amos, la de Sherman, aquellos principios habían dejado de existir. *¡Aislamiento!* Esa era la consigna. Esa era la palabra que empleaba Rawlie Thorpe. «Si quieres vivir en Nueva York —le dijo una vez a Sherman—, tienes que aislarte, aislarte, aislarte.» Es decir, aislarse de la gente. La idea, con su aura de cinismo y engreimiento, le pareció muy *au courant* a Sherman. Si podías bajar tranquilamente a Wall Street en taxi, ¿para qué meterte en las trincheras de las guerras urbanas?

El taxista era... ¿turco?, ¿armenio? Sherman intentó leer su nombre en la tarjeta del salpicadero. Cuando el taxi entró en el Drive, Sherman abrió el *Times*. En la primera página aparecía la foto de una multitud que estaba invadiendo un escenario, mientras el alcalde, atemorizado, permanecía en pie junto a un atril. El clásico disturbio, sin duda. Sherman comenzó a leer la noticia, pero los pensamientos se le fueron hacia otros asuntos. El sol comenzaba a abrirse paso por entre las nubes. Se notaba el efecto de sus rayos en el río, a la izquierda de Sherman. Aquel pobre y sucísimo río estaba en ese momento centelleando. Al fin y al cabo, era un día soleado de mayo. Al frente, las torres del New York Hospital se elevaban desde el borde mismo de la avenida. Una flecha señalaba la salida hacia la calle Setenta y uno Este, la que su padre había tomado siempre cuando, los domingos por la noche, regresaban de Southampton. La simple visión del hospital y de esa salida hizo que Sherman pensara en... no, más que pensar, viera la casa de la calle Setenta y tres y sus habitaciones de color verde agrisado. Él había crecido allí, y subido y bajado los cuatro pisos de estrechas escaleras, en el convencimiento de que aquello era la máxima elegancia posible, de que nada podía superar el lujo de la casa del poderoso John Campbell McCoy, el León de Dunning Sponget & Leach. Sólo en fechas

recientes había llegado Sherman a comprender que en 1948, cuando sus padres compraron y restauraron aquella casa, apenas si eran una pareja ligeramente aventurera que había decidido habérselas con lo que sólo era un edificio vetusto situado en una manzana venida a menos, que habían tenido que medir los costes de la restauración céntimo a céntimo, y que acabaran sintiéndose orgullosos por haber sido capaces de crear un hogar digno por un precio relativamente modesto. ¡Joder! ¡Si su padre llegaba algún día a averiguar cuánto había pagado Sherman por su apartamento, y cómo lo había financiado! ¡Seguro que sufriría un ataque al corazón! Dos millones seiscientos mil dólares, de los cuales 1.800.000 eran un préstamo que le costaba, entre devolución e intereses, 21.000 dólares al mes, aparte del millón de dólares que tendría que pagar de golpe dentro de sólo dos años... El León de Dunning Sponget se escandalizaría sin duda en caso de enterarse... peor aún, más que escandalizarse se mostraría ofendido... ofendido sólo de pensar que sus interminablemente repetidas lecciones en torno al deber, las deudas, la ostentación y el sentido de la proporción, le habían entrado a su hijo por una oreja, para salir limpiamente por la otra...

¿Había tenido su padre algún lío extraconyugal? No podía descartarlo. Era un hombre guapo. Tenía el Mentón. Pero Sherman era incapaz hasta de imaginárselo con una amante ocasional.

Y cuando empezó a ver el perfil del puente de Brooklyn, dejó de esforzarse por imaginar aquella posibilidad imposible. En cuestión de minutos se encontraría en Wall Street.

Pierce & Pierce, la importante firma de *brokers*, ocupaba los pisos cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, y cincuenta y cuatro de una torre de cristal que se elevaba sesenta pisos por encima del sombrío centro de Wall Street. La sala de compraventa de bonos, que es donde trabajaba Sherman, se encontraba en el piso cincuenta. Todos los días, al salir del ascensor con paredes de aluminio, se encontraba directamente en una estancia cuyo aspecto recordaba el de los vestíbulos de uno de esos hoteles londinenses especializados en el alojamiento de turistas yanquis. Junto a la puerta del ascensor había un falso hogar con repisa de caoba en cuyas esquinas destacaban unos racimos de frutas profundamente tallados en la madera. Delante del hogar brillaba el latón de la rejilla protectora o, por usar la terminología de las antiguas residencias campestres inglesas, del guardafuegos. En los meses invernales ardía en esa chimenea de pega un fuego de pega que proyectaba parpadeantes lenguas de fuego sobre un prodigioso par de morillos de latón. En la pared donde estaba empotrado el hogar resplandecía más caoba, una espléndida madera rojiza cuyos paneles, que imitaban los pliegues del lino, tenían tal grosor que con sólo acercar las yemas de los dedos se podía *notar* la cantidad enorme de dinero que había costado.

Todo esto era un reflejo de la pasión que el principal ejecutivo de Pierce & Pierce, Eugene Lopwitz, sentía por todo lo británico. Cada día aumentaba el número de cosas británicas que adornaban el piso cincuenta del edificio: escaleras de biblioteca, panzudas consolas, patas Sheraton, respaldos Chippendale, cortapuros, butacas de club privado con flecos y borlas, alfombras estilo Wilton. Por desgracia, apenas podía hacer nada Eugene Lopwitz por arreglar el problema del techo, que sólo se elevaba dos metros y medio sobre el nivel del suelo. Habían tenido que alzar un palmo el piso, para que bajo su superficie se desplegaran metros y metros de cables, tantos que hubieran bastado para la electrificación de toda Guatemala. Los cables proporcionaban la energía necesaria para el funcionamiento de las terminales de ordenador y los teléfonos de la sala de compraventa de bonos. Habían tenido que bajar también otro palmo el techo, para alojar los tendidos eléctricos para la iluminación y los conductos del aire acondicionado, así como unos cuantos kilómetros más de cables. Y, después de haber subido el suelo y bajado el techo, aquellas salas parecían una mansión inglesa notablemente comprimida.

Tras dejar la chimenea atrás, se podía oír inmediatamente una profana algarabía, como la que produce una multitud en pleno disturbio, y que llegaba de algún lugar situado a la vuelta de la primera esquina. La intensidad del ruido era tremenda. Sherman McCoy se encaminó, muy animado, hacia el lugar de donde procedía aquel jaleo. Aquella mañana, al igual que todas las demás mañanas, su cerebro sonaba en armonía con aquel ruido.

Volvió la esquina, y allí estaba: la sala de compraventa de bonos de Pierce & Pierce. Era un amplísimo espacio, de unos dieciocho por veinticuatro metros, pero con el mismo aplastante techo de dos metros y medio de altura, que parecía pesar sobre la cabeza de quienes trabajaban allí. Un espacio opresivo con una iluminación deslumbrante, un montón de serpenteantes siluetas, y un considerable estruendo. La luz deslumbrante procedía de una pared de cristal orientada hacia el sur y que dominaba una panorámica del puerto, la estatua de la Libertad, Staten Island y las playas de Brooklyn y New Jersey. Las siluetas serpenteantes correspondían a los brazos y torsos de unos hombres bastante jóvenes, casi todos por debajo de los cuarenta años. Iban en mangas de camisa. Se movían muchísimo, agitada y sudorosamente en aquella hora temprana, y no dejaban de gritar. Sus gritos eran la causa del estruendo. Un estruendo producto de las voces de cultos jóvenes blancos dedicados a comprar y vender dinero a ladridos en el mercado de bonos.

—¡Coge ese jodido teléfono, por favor! —le gritó un gordezuelo y sonrosado graduado de la promoción 1976 de Harvard a alguien que estaba un par de mesas más abajo. La sala era como la redacción de un periódico, sin tabiques de separación ni indicación alguna de niveles o categorías laborales. Todos aquellos jóvenes ocupaban mesas metálicas de color gris claro, y tenían ante sus ojos terminales de ordenador de

un tono carne de ternera y con pantalla negra. En las pantallas iban saliendo filas y más filas de cifras y letras verde diodo.

—¡Te he dicho que cojas ese jodido teléfono, por favor! ¡La puta leche, joder! — Había oscuras medialunas en los sobacos de la camisa del joven que gritaba, y el día apenas acababa de empezar.

Un graduado de la promoción 1973 de Yale, cuyo cuello parecía sobresalir todo un palmo de la camisa, miró fijamente su pantalla y luego le gritó por teléfono a un *broker* de París:

—¡No estás viendo lo que dice la jodida pantalla...! Coño, Jean-Pierre, ¡esos cinco millones son del *comprador*! ¡Del *comprador*! ¡No ha salido nada más!

Dicho esto, tapó el micro del teléfono con la mano, miró al techo y, en voz alta, pero sin dirigirse a nadie, como no fuese al dios Mammón:

—¡Gabachos! ¡Los jodidos gabachos!

Cuatro mesas más allá, un graduado de la promoción 1979 de Stanford estudiaba el papel que tenía en el escritorio, y sostenía al mismo tiempo el auricular de un teléfono. Su pie derecho reposaba sobre el estribo de una caja de limpiabotas, y un negro que atendía al nombre de Felix, un hombre de unos cincuenta —o quizá sesenta— años, permanecía encorvado sobre ese pie, sacándole lustre al zapato con un trapo. Felix se pasaba todo el día yendo de mesa en mesa, sacando brillo a los zapatos de los jóvenes mercaderes de bonos mientras ellos seguían trabajando, a tres dólares el par de zapatos, propina incluida. Casi nunca se cruzaban una sola palabra; la imagen de Felix apenas si llegaba a quedar registrada en la mácula lútea de los ejecutivos, justo en ese momento, Stanford-79 se levantó, con la mirada fija aún en el papel, con el teléfono pegado aún a la oreja —y el pie fijo aún en el estribo—, y gritó:

—¿Sí? Y entonces, ¿por qué crees que todo el mundo está vendiendo esos jodidos bonos a veinte años?

¡Ni por un solo momento retiró el pie del estribo! ¡Qué piernas tan fuertes debe de tener!, pensó Sherman. Sherman se sentó ante su teléfono y sus terminales de ordenador. Le envolvían los gritos, los improperios, las muecas y ademanes, todo el jodido jaleo del miedo y la codicia, y lo disfrutó. Era el mejor vendedor de bonos, el número uno, «el principal productor», como se decía en la jerga del oficio, en la sala de compraventa de bonos que Pierce & Pierce tenía en el piso cincuenta del edificio, y adoraba aquella tormenta permanente.

—¡Ese tal Goldman nos ha jodido el invento!

—...olvídate de eso y písales...

—...ofrecen 8 y medio...

—Hace treinta y dos segundos que he cerrado el trato.

—Alguien te está tomando el pelo, ¿no te das cuenta?

—Aceptaré el pedido y compraré a seis...

—¡Compra los de cinco años!

—¡Vende los de cinco!

—¿No podrías los de diez?

—¿Crees que seguirá subiendo?

—¡Les ha cogido la fiebre de ventas para los de veinte años! ¡Esos mamones no saben decir otra cosa!

—...cien millones de julio-noventa a dólar...

—...en pelotas...

—¿Se puede saber qué cojones está pasando?

—¡Y una mierda que me lo voy a creer!

—¡La puta mierda consagrada! —gritaban los graduados de Yale y de Harvard y de Stanford—. ¡La purísima mierda consagrada!

Había que ver de qué modo todos estos hijos de las grandes universidades, estos herederos de Jefferson, Emerson, Thoreau, William James, Frederick Jackson Turner, William Lyons Phelps, Samuel Flagg Bemis, y demás gigantes de la erudición norteamericana, de qué modo todos estos herederos de la *lux* y de la *Veritas* acudían ahora en rebaño a Wall Street y a la sala de compraventa de bonos de Pierce & Pierce... ¡Cómo circulaban las historias de sus triunfos por todas las universidades! Si un graduado no ganaba 250.000 dólares anuales al cabo de cinco años de trabajo allí, sólo podía ser porque se trataba de un tipo absolutamente estúpido o absolutamente perezoso. Esa era la voz que corría por las universidades. A los treinta años se alcanzaba el medio millón anual, y ésa era una cifra tope sólo para los mediocres. Si a los cuarenta años no habías llegado al millón, eras un tímido o un incompetente. ¡*Ahora o nunca!* Un lema que llameaba en todos los corazones, como la miocarditis. Los chicos de Wall Street, simples jovencillos de firmes mandíbulas y arterias limpias, chicos capaces todavía de sonrojarse, habían empezado a comprarse apartamentos de tres millones en Park Avenue. (¿Por qué esperar?) Y se compraban en Southampton residencias veraniegas de treinta habitaciones y ciento veinte hectáreas de terreno, edificios construidos en los años veinte y que se depreciaron en los años cincuenta, cuando la gente empezó a pensar que carecían de todo interés, edificios con alas de servicio en estado ruinoso, y a los que sus nuevos propietarios añadían nuevas alas de servicio y otras ampliaciones. (¿Por qué no? Tenían mucho servicio.) Se estaban haciendo llevar, en enormes camiones, tiiovivos que instalaban en los grandes jardines verdes para la fiesta de cumpleaños de sus hijos, y también otras atracciones de feria con todo el personal que las atendía (una pequeña y próspera industria).

¿Y de dónde procedían estas ingentes cantidades de dinero nuevo? Gene Lopwitz lo había explicado más de una vez en presencia de Sherman. De acuerdo con el análisis de Lopwitz, tenían que agradecerse todo a Lyndon Johnson. De la manera

más subrepticia, los Estados Unidos empezaron a imprimir miles de millones de billetes para financiar la guerra de Vietnam. Antes de que nadie, ni siquiera Johnson, supiera qué estaba ocurriendo, se había desatado una inflación a escala mundial. Todo el mundo se dio cuenta de lo que ocurría cuando, de repente, los árabes subieron los precios del petróleo a comienzos de los setenta. Repentinamente, se dispararon los mercados: los del oro, la plata, el cobre, las divisas, los certificados bancarios, los pagarés empresariales, e incluso los bonos. Durante decenios, el negocio de los bonos había sido el gigante decrepito y enfermo de Wall Street. En firmas como Salomon Brothers, Morgan Stanley, Goldman Sachs y Pierce & Pierce, siempre hubo el doble de dinero cambiando de manos en el mercado de los bonos que en bolsa. Pero el movimiento de los precios en ese terreno se había limitado a unas alteraciones de pocos centavos cada vez, y casi siempre a la baja. Tal como lo expresaba Lopwitz: «El mercado de bonos no ha dejado de bajar desde la batalla de Midway.» La batalla de Midway (Sherman tuvo que buscar el dato) se libró en la Segunda Guerra Mundial. El departamento de bonos de Pierce & Pierce estaba formado entonces por sólo veinte personas, veinte personas más bien sosas a las que sus compañeros de otras secciones llamaban Los Pelmazos de los Bonos. Los empleados menos prometedores de la firma solían ser desviados hacia los bonos, pues allí no podían causar ningún perjuicio grave.

Sherman se resistía a pensar que, cuando él ingresó en el departamento de bonos, éste se encontraba todavía en la situación descrita por Lopwitz. De todos modos, hoy en día ya nadie hablaba de Los Pelmazos de los Bonos... ¡En absoluto! El mercado de bonos había cobrado fuerza, y en todas partes había una gran demanda de vendedores experimentados como él mismo. Repentinamente, en las firmas de inversiones de todo Wall Street, los que antaño fueran Pelmazos de los Bonos estaban ganando tantísimo dinero que se habían acostumbrado a congregarse, a la salida del trabajo, en el Harrys Bar de Hanover Square, para contarse mutuamente sus anécdotas bélicas... y sobre todo para asegurarse los unos a los otros que lo suyo no era la flauta que sonaba por casualidad sino, más bien, el brillante resultado del enorme talento que todos ellos tenían. Los bonos representaban ahora cuatro quintas partes de la cifra de negocios de Pierce & Pierce, y los nuevos graduados, los chicos de Yale y Harvard y Stanford, ardían en deseos de encontrar una plaza en el departamento de bonos de Pierce & Pierce para unir sus voces a las de quienes en estos momentos organizaban el griterío que rebotaba en las paredes de caoba instaladas por orden de Eugene Lopwitz.

¡Amos del Universo! El estruendo llenaba el alma de Sherman de esperanza, aplomo, *esprit de corps*, y sentimiento de virtuosa rectitud. ¡Sí, virtuosa rectitud! Y Judy no entendía nada de todo eso, qué iba a entenderlo. En absoluto. Muchas veces había notado que los ojos de su esposa se tornaban vidriosos cuando él le contaba sus

hazañas. Lo que él estaba haciendo en realidad era mover la palanca que hacía girar el mundo... y a ella, en cambio, sólo le interesaba saber por qué nunca lograba llegar a casa a tiempo para la cena. ¿Y de qué quería hablar ella las veces que él llegaba a tiempo para la cena? Del maravilloso asunto de la decoración de interiores que la tenía obsesionada, y de cómo se las había arreglado para conseguir que su casa saliera fotografiada en el *Architectural Digest*, lo cual, francamente, para un hombre de Wall Street era más bien embarazoso. ¿Acaso le había felicitado Judy alguna vez por haber ganado los cientos de miles de dólares necesarios para que fueran posibles sus excesos decorativos y sus cenas y todas las demás tonterías a las que ella se dedicaba? No, jamás. Lo daba por sentado...

... y así, sucesiva e indefinidamente. Noventa segundos más tarde, envalentonado por el tremendo ruido de la sala de compraventa de bonos de Pierce & Pierce, Sherman consiguió acumular una magnífica oleada de virtuoso resentimiento contra la mujer que habla tenido la osadía de hacer que se sintiera culpable.

Cogió el teléfono para seguir preparando lo que pronto se convertiría en el mayor golpe de mano de su todavía joven carrera, los Giscard, cuando captó un curioso detalle por el rabillo del ojo. Sí, lo detectó —¡virtuosamente indignado!— en mitad de todo aquel horizonte del mundo de los bonos, erizado de brazos y torsos en plena ebullición. *Argüello estaba leyendo el periódico.*

Ferdinand Argüello era un joven vendedor de bonos, argentino, de veinticinco o veintiséis años de edad. Estaba recostado en el respaldo de su silla, leyendo despreocupadamente el periódico, nada menos que, como desde aquella distancia logró comprobar Sherman, *The Racing Form*. ¡*The Racing Form*!. Aquel jovencito parecía una caricatura de un jugador sudamericano de polo. Delgado y guapo, con una espesa y ondulada melena muy negra, completamente peinada hacia atrás. Llevaba unos tirantes rojos de seda moaré. *Seda moaré*. El departamento de bonos era como una escuadrilla de cazas de las Fuerzas Aéreas. Aunque aquel joven sudamericano no lo supiera, Sherman sí lo sabía. Pese a ser el vendedor número uno de Pierce & Pierce, Sherman no se encontraba en un escalafón más elevado que sus compañeros. Pero ocupaba una cúspide moral. En aquel departamento, o demostraba uno ser capaz de dedicarse en un cien por cien el trabajo, o te daban la patada. Los ochenta vendedores del departamento cobraban un salario base, algo así como una red de seguridad, de 120.000 dólares anuales por cabeza, todos igual. Y todos pensaban que esa suma era ridículamente pequeña. El resto de sus ingresos procedía de las comisiones y de la participación de beneficios. El sesenta y cinco por ciento de los beneficios obtenidos por el departamento era para Pierce & Pierce. Pero el otro treinta y cinco por ciento se repartía entre los ochenta empleados. Todos para uno y uno para todos, ¡y montones de pasta para uno mismo! Por lo tanto... no se permitía que trabajase allí ningún vago. ¡Ningún haragán! Todos ellos se dirigían directamente

a su mesa, a su teléfono, a su terminal de ordenador en cuanto llegaban a la oficina. No había tiempo para conversaciones, saludos, cafetitos, ni siquiera para hojear el *Wall Street Journal* o las páginas financieras del *Times*. Y mucho menos para *The Racing Form*. Se suponía que todos debían lanzarse directamente al teléfono para empezar a ganar dinero inmediatamente. Cuando alguien abandonaba la oficina, aunque fuera para ir a comer, dejaba siempre una nota con las señas del restaurante y el teléfono al equipo de «ayudantes de vendedores», en realidad simples secretarias, de forma que se le pudiera localizar rápidamente si llegaba una nueva emisión de bonos (y tenía que ser vendida con rapidez). Cuando alguien decidía comer fuera de la oficina, lo hacía porque esa comida tenía algo que ver con los bonos. En caso contrario, todos se quedaban junto al teléfono y hacían un pedido al delicatessen de costumbre, para comer allí mismo.

Sherman se acercó a la mesa de Argüello.

—¿A qué te dedicas, Ferdi?

En cuanto el joven alzó la vista, Sherman comprendió que conocía el significado de su pregunta, y que sabía que le habían pillado en falso. Pero todo aristócrata argentino sabe salir de los aprietos con elegancia.

Argüello miró a los ojos de Sherman y, alzando la voz un poquitín más de lo necesario, le dijo:

—Estoy leyendo *The Racing Form*.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Pues porque hay cuatro caballos nuestros que compiten en las pistas de Lafayette. Es un hipódromo próximo a Chicago. Corren hoy.

Dicho esto, reanudó la lectura del periódico.

El truco estaba en el *nuestros*. Ese *nuestros* que tenía que funcionar a manera de recordatorio de que Sherman se encontraba en presencia de un miembro de la Familia Argüello, señores de la Pampa. Y, encima, aquel mierda de tío llevaba tirantes de seda moaré.

—Mira... amigo —dijo Sherman—. Deja ahora mismo ese periódico.

—¿Cómo dices? —pronunciado en tono de desafío.

—Ya me has oído. ¡He dicho que dejes el jodido periódico!

La frase hubiese debido salirle con una entonación firme y tranquila, pero la dijo con furia. Con la suficiente furia como para matar del susto a Judy, a Pollard Browning, al portero y al presunto atracador de la noche pasada.

El joven se quedó sin habla.

—¡Como vuelva a verte otra vez con el *Racing Form* por aquí, ya puedes hacer las maletas e irte a ganar dinero a las afueras de Chicago! ¡Te largas al hipódromo y apuestas por la jaca que te dé la gana. ¡Esto es Pierce & Pierce, recuérdalo!

Argüello se puso como un tomate. Estaba paralizado de rabia. Lo único que pudo

hacer fue lanzar un rayo de odio en estado puro hacia Sherman. Sherman, virtuosamente indignado, notó con satisfacción que el joven cerraba lentamente las hojas de *The Racing Form*.

¡Virtuosamente indignado! Sherman se hinchó como un pavo. Sus colegas le miraban. ¡Fantástico! El ocio no era un pecado contra uno mismo o contra Dios, sino contra Mammón y contra Pierce & Pierce. Si no le quedaba más remedio que ser él quien le exigiera responsabilidades a aquel sudaca... pero lamentó lo de sudaca, incluso aunque sólo había llegado a pensarlo. Se consideraba miembro de la nueva generación, de la nueva era, todo un igualitario de Wall Street, un Amo del Universo que sólo respetaba el talento. Wall Street había dejado de ser un reducto exclusivo de las Buenas Familias Protestantes. Eran numerosos los grandes banqueros de raza judía. El propio Lopwitz era judío. Y abundaban los irlandeses, los griegos, los eslavos. Por otro lado, no le preocupaba el hecho de que ninguno de sus ochenta colegas del departamento de bonos fuese mujer o negro. ¿Por qué iban a serlo? Tampoco a Lopwitz le preocupaba, pues en su opinión la sala de compraventa de bonos de Pierce & Pierce no era el lugar más apropiado para hacer demostraciones simbólicas de nada.

—Eh, Sherman.

Estaba pasando junto a la mesa de Rawlie Thorpe. Rawlie era calvo, aunque le quedaba una franja de pelo en la nuca, pero seguía teniendo un aspecto juvenil. Era partidario de las camisas de vestir y de los tirantes Shep Miller. Los cuellos de sus camisas siempre estaban perfectamente planchados.

—¿Qué pasaba ahí? —le preguntó a Sherman.

—Es increíble —dijo Sherman—. Estaba con *The Racing Form*, estudiando las apuestas hípicas. —Se sintió obligado a agravar un poco la falta.

—Es joven —dijo Rawlie, riendo—. Probablemente acaba de cerrar un trato con algún donut eléctrico.

—¿Con qué?

Rawlie cogió su teléfono y señaló el micrófono:

—¿Lo ves? Eso es un donut eléctrico.

Sherman miró fijamente. Sí, parecía un donut, con muchos agujeros pequeños en lugar de un solo agujero grande.

—Se me acaba de ocurrir hoy mismo —dijo Rawlie—. Me paso el día entero hablando con donuts eléctricos. Acabo de hablar con un tipo de Drexel. Le he vendido un millón y medio de bonos Joshua Tree. —En Wall Street nadie decía *bonos por valor de un millón y medio de dólares*, sino *un millón y medio de bonos*—. Trabaja en una organización de algún lugar perdido en mitad de Arizona. Se llama Earl. Ni siquiera conozco su apellido. Durante los dos últimos años habré cerrado con él unas dos docenas de tratos, cincuenta o sesenta millones de bonos, y ni siquiera

conozco su apellido, nunca le he visto, y lo más probable es que no le vea en mi vida. Es un donut eléctrico.

A Sherman no le pareció gracioso todo aquello. En cierto modo significaba un repudio de su triunfo sobre aquel holgazán sudamericano. Era un escéptico rechazo de su virtuosa indignación. Rawlie era un tipo simpático, pero desde su divorcio no había vuelto a ser el mismo. Quizá había dejado de ser, además, uno de los grandes guerreros de la escuadrilla.

—Ya —dijo Sherman, forzando una sonrisa a medias para su viejo amigo—. Bien, tengo que llamar a algunos de *mis* donuts.

De vuelta en su asiento, Sherman se puso a trabajar en los asuntos más inmediatos. Miró un momento los pequeños símbolos verdes que recorrían su pantalla de ordenador. Cogió el teléfono. Los bonos franceses con aval oro... Una situación extraña, muy prometedora, descubierta por Sherman cuando uno de sus colegas mencionó de pasada aquellos bonos, sin concederles la más mínima importancia, mientras charlaban en el Harry's Bar.

Allá por los inocentes comienzos de los setenta, en 1973, y en víspera del gran jaleo, el gobierno francés emitió unos bonos conocidos como los Giscard, por el nombre del presidente francés Giscard d'Estaing, cuyo valor nominal era de 6,5 miles de millones de dólares. Los Giscard tenían una característica interesante: estaban avalados por el oro. De modo que, según subiese y bajase el precio del oro, los Giscard también subían y bajaban. Desde aquel entonces, tanto el precio del oro como el del franco francés se habían disparado hacia arriba y abajo de forma tan enloquecida que los inversores norteamericanos acabaron perdiendo todo interés por esa emisión. Últimamente sin embargo, y debido a que el oro estaba manteniéndose con firmeza en un valor cercano a los 400 dólares, Sherman había descubierto que un norteamericano que comprase Giscards podía obtener el doble y hasta el triple del beneficio que le supondría la adquisición de los diversos bonos del gobierno norteamericano, más un beneficio del treinta por ciento cuando llegase su vencimiento. Eran la bella durmiente del mundo de los bonos. El gran riesgo era que hubiese una caída brusca del franco francés. Pero Sherman había neutralizado ese peligro con un plan de cobertura a base de vender francos al descubierto.

El único problema auténtico estaba en la complejidad misma de su proyecto. Sólo serían capaces de entenderlo los inversores más poderosos y más sofisticados. Inversores poderosos y sofisticados, y dispuestos a confiar en él. Porque ningún recién llegado al departamento podría convencer a los clientes más antiguos de la idea de invertir tantos millones en los Giscard. Para eso había que tener un historial glorioso. Había que poseer el talento —¡la genialidad!— de Sherman McCoy, el vendedor número uno de Pierce & Pierce. De momento, Sherman había convencido a Gene Lopwitz para que comprase con dinero de Pierce & Pierce 600 millones de

dólares de Giscards. Con la mayor cautela, sin llamar la atención, Sherman había ido comprándoles esos bonos a sus diversos propietarios europeos, siempre por medio de varios *brokers* «ciegos» que actuaron de intermediarios, a fin de evitar que nadie pudiese relacionar a Pierce & Pierce con la operación. Y ahora se aproximaba el momento de la gran prueba para todo candidato a ser Amo del Universo. Existía un máximo de seis clientes a los que podía interesar la compra de unos bonos tan esotéricos como los Giscard. Y Sherman ya había logrado empezar las negociaciones con cinco de ellos: un par de bancos fiduciarios, el Traders' Trust Co. (Trader T para los enterados) y el Metroland; un par de grandes administradores particulares; y uno de sus mejores clientes personales, Oscar Suder, de Cleveland, que ya le había dicho que estaría dispuesto a comprar 10 millones de dólares. Pero el más importante, con mucha diferencia, era Trader T, que estudiaba la posibilidad de quedarse la mitad del lote, 300 millones de dólares.

El conjunto de las transacciones proporcionarían a Pierce & Pierce una comisión del uno por ciento —6 millones de dólares— para empezar, a cuenta del hecho de haber concebido el proyecto y arriesgado su capital en el conjunto de la operación. La parte de Sherman, incluidas sus propias comisiones, extras, participación de beneficios y honorarios por las reventas, alcanzaría 1,75 millones. Con esa cantidad pensaba pagar el espantoso préstamo personal de 1,8 millones de dólares que le habían concedido cuando compró el apartamento.

De modo que la primera actividad de su jornada consistía en telefonear a Bernard Levy, un francés que era el encargado del asunto en Trader T; una tranquila y amistosa llamada, la llamada del vendedor número uno (Amo del Universo), para recordarle a Levy que, a pesar de que tanto el franco como el oro habían bajado de precio ayer y esta mañana (en los mercados europeos), no importaba; todo iba bien, y hasta muy bien. Era verdad que Sherman sólo había visto a Levy una vez, cuando presentó su proyecto. Pero hacía meses que hablaban por teléfono... ¿*Donut eléctrico*? ¿No era una exageración? El escepticismo era una forma cobarde de superioridad. Y ahí radicaba el gran fallo de Rawlie. Rawlie era de los que se cobraban los favores que te hacían. No era lo suficientemente cínico como para no hacerlo. Pues bien, si pretendía tomárselo todo a risa, simplemente porque no se entendía con su mujer, allá él con sus penas.

Mientras Sherman marcaba el número y esperaba a que se pusiera Bernard Levy, el estruendo de la sala volvió a rodearle por todas partes. Desde la mesa que tenía justo enfrente, un tipo alto de ojos saltones (Yale-77):

—Compro treinta y un eneros-del-ochenta-y-ocho.

Desde no sabía dónde:

—¡Se han puesto las putas botas a comprar!

—¡Acepto la apuesta!

—...125 largos...
—...un millón a cuatro años del Midland...
—¿Quién coño anda jodiéndola con los Washington Irving?
—Te lo vuelvo a repetir, acepto la apuesta.
—...venden a 80 y medio...
—cómpralos, aunque suban seis más...
—sobre una base de dos puntos y medio...
—¡Olvídalo! ¡Ha llegado la hora de desprenderse de ellos!

A las diez en punto, Sherman, Rawlie y otros cinco empleados se reunieron en la sala de juntas de la suite de Eugene Lopwitz para decidir la táctica que Pierce & Pierce debía seguir en el gran acontecimiento de la jornada en los mercados de bonos: la subasta que el Tesoro norteamericano haría de diez mil millones de bonos con un período de vencimiento de veinte años. Para calibrar la importancia que el mercado de bonos tenía en los negocios de Pierce & Pierce, basta un dato: las oficinas de Lopwitz daban directamente a la sala de bonos.

La sala de juntas no tenía mesa de juntas. Su aspecto recordaba los salones de té de los hoteles ingleses para yanquis. Contenía innumerables mesitas y vitrinas de anticuario. Todos esos muebles eran tan viejos, tan frágiles y relucientes que daba la sensación de que bastaba rozarlos con un dedo para que se rompieran en pedazos. Por otro lado, una pared acristalada arrojaba a los ojos del visitante una vista del río Hudson y de los casi podridos malecones de New Jersey.

Sherman se instaló en una butaca George II. Rawlie se sentó a su lado, en una vieja silla con el respaldo en forma de escudo. En otras sillas antiguas o artificialmente envejecidas, con mesitas Sheraton y Chippendale al lado de cada una de ellas, se encontraban el jefe de compradores de bonos gubernamentales, George Connor, dos años más joven que Sherman; su ayudante, Vic Scasi, que apenas había cumplido los veintiocho; el jefe de los analistas de mercado, Paul Feiffer; y Arnold Parch, vicepresidente ejecutivo de la firma, y lugarteniente de Lopwitz.

Todos los presentes estaban sentados en asientos antiguos y miraban un pequeño altavoz de plástico marrón colocado encima de una vitrina. La vitrina tenía doscientos veinte años de antigüedad, un mueble de frente convexo fabricado por los hermanos Adam en la época en que estos ebanistas tenían la costumbre de sobrecargar de adornos y pinturas los productos de su taller. En el panel central había una imagen ovalada que representaba una muchacha griega sentada en una cueva o gruta orlada de una complicada hojarasca que, como un encaje, y adoptando un verde cada vez más oscuro, daba finalmente paso a un cielo crepuscular. Aquel cachivache había costado una cantidad increíble de dinero. El altavoz de plástico era pequeño, como un radio-despertador de mesilla de noche. Todos lo miraban, esperando la voz de Gene

Lopwitz. Lopwitz estaba en Londres, en donde en ese momento eran las cuatro de la tarde, e iba a presidir la reunión por vía telefónica.

El altavoz emitió un ruido confuso. Tal vez fuese una voz, tal vez una avioneta. Arnold Parch se puso en pie, se acercó a la vitrina Adam, miró el altavoz de plástico, y dijo:

—Gene, ¿me oyes bien?

Miró implorante al altavoz, con la vista fija en el plástico marrón, como si en realidad aquello fuese Gene Lopwitz, transformado, de la misma manera que, en los cuentos de hadas, los príncipes se transforman en ranas. Durante un instante, la rana de plástico no dijo nada. Luego habló:

—Sí, te oigo, Arnie. Había muchos gritos de ánimo por aquí.

La voz de Lopwitz sonaba como si estuviese hablando a través de un canalón de desagüe en plena tormenta, pero se le podía entender.

—¿En dónde estás, Gene? —preguntó Parch.

—En un partido de cricket. —Luego, más confusamente—: ¿Cómo decís que se llama esto? —Evidentemente, habla con otras personas—. Tottenham Park, Arnie. Estoy en una terraza o algo así.

—¿Qué equipos juegan? —Parchie sonrió, como si pretendiese darle a entender al altavoz de plástico que tenía que tomarse la pregunta a broma.

—No me vengas con tecnicismos, Arnie. Lo máximo que puedo decirte es que juegan unos cuantos jóvenes de aspecto aristocrático y que todos llevan jerseys gruesos y pantalones de franela blanca.

Esto provocó unas cuantas carcajadas aduladoras en la sala, y Sherman notó que se le arqueaban los labios para esbozar la casi obligatoria sonrisa. Echó una ojeada al resto de compañeros. Todos sonreían y miraban con expresiones de beneplácito al altavoz, todos excepto Rawlie, que había puesto los ojos en blanco como diciendo: Qué horror.

Rawlie se inclinó hacia Sherman y, con un sonoro susurro, le dijo:

—Fíjate en las sonrisillas de todos esos idiotas. Como si esa caja de plástico pudiera verles.

A Sherman no le pareció graciosa esta observación, pues también él había estado sonriendo. Además, temía que Parch, el fiel ayudante de Lopwitz, creyera que se había confabulado con Rawlie para burlarse de su gran jefe.

—Bien, Gene, estamos todos aquí —le dijo Parch a la caja—. Voy a dejar que George te informe acerca de cómo vemos en este momento la subasta.

Parch miró a George Connor, le dirigió un gesto de asentimiento, y regresó a su asiento mientras Connor se levantaba del suyo, se dirigía a la vitrina Adam, concentraba su vista en la caja de plástico, y decía:

—¿Gene? Soy George.

—Eh, hola, George —dijo la rana—. Adelante.

—Así están las cosas, Gene —dijo Connor, en pie frente al carísimo mueble, e incapaz de apartar la vista de la caja de plástico—. Creo que la situación es buena. Los viejos veinte cotizan al ocho por ciento. Según nuestros expertos, con los nuevos empezaremos a 8,05, pero nos tememos que traten de jugárnosla. Opinamos que lo mejor es comenzar a movernos bajándolos a 8. De modo que así es como yo lo veo. Haremos una lenta escalada a 8,01, 8,02, 8,03, para terminar en 8,04. Y estoy dispuesto a quedarme con un sesenta por ciento de toda la emisión.

Lo cual, traducido, significaba: Connor estaba proponiendo que Pierce & Pierce comprase 6 de los 10 mil millones de dólares del total de la emisión que iba a salir a subasta, y esperaba obtener unos beneficios de dos treintaidosavos de dólar —6 centavos y cuarto— por cada cien dólares adquiridos.

Sherman se sentía incapaz de volver a mirar a Rawlie. El rostro de su amigo había adoptado una diminuta y desagradable sonrisa, y su mirada parecía desviarse unos cuantos grados a la derecha del mueble Adam, hacia los muelles de Hoboken. La presencia de Rawlie era como si a Sherman le hubiesen arrojado contra la cara un vaso de agua helada. Y volvió a detestarlo. Porque sabía muy bien lo que Rawlie estaba pensando. Ahí estaba aquel insoportable advenedizo de Lopwitz —Sherman sabía que era así como le calificaba Rawlie— dándoselas de aristócrata en la terraza de algún club británico de cricket, y celebrando al mismo tiempo una reunión con su gente de Nueva York para decidir si Pierce & Pierce se jugaba dos mil, cuatro mil o seis mil millones en una emisión de bonos del gobierno norteamericano cuya subasta iba a empezar al cabo de tres horas. Sin duda alguna, Lopwitz también tenía un público a su alrededor, en el club de cricket, unos espectadores que anhelaban ver su actuación a través de un satélite de comunicaciones que permitía que su voz llegase a Wall Street. En fin, tampoco era tan difícil ver el lado ridículo de la situación, pero, por otro lado, Lopwitz era un verdadero Amo del Universo. Rondaba los cuarenta y cinco años de edad. Y Sherman quería llegar a su mismo nivel para dentro de siete años, cuando también él cumpliera los cuarenta y cinco. ¡Vivir con un pie a cada lado del Atlántico... jugándose miles de millones! Ya podía Rawlie burlarse cuanto quisiera... y agachar la cabeza... pero estremecía pensar en todo lo que Lopwitz tenía en sus manos, pensar en lo que ganaba cada año, sólo en Pierce & Pierce, 25 millones como mínimo, pensar en la vida que llevaba, pensar en la mujer que Sherman pensó equivocadamente que era su primera esposa, Blancanieves. Así la llamaba Rawlie. Una melena negra como el ébano, unos labios rojos como la sangre, una piel blanca como la nieve... Era, en realidad, la cuarta esposa de Lopwitz, una condesa, al parecer, francesa, de veinticinco o como mucho veintiséis años, que hablaba con el mismo acento que Catherine Deneuve anunciando aceites de baño. Menuda mujer... Sherman la conoció en una fiesta que dieron los Peterson. La joven apoyó su mano en

el brazo de Sherman, simplemente para subrayar una frase de la conversación, ¡pero mantuvo esa presión sobre su brazo y estuvo mirándole, a él, fijamente, apenas a un palmo de distancia! Era un animal joven y fogoso. Lopwitz había podido elegir. Decidió que lo que quería era un animal joven y fogoso con unos labios rojos como la sangre y una piel blanca como la nieve, y eso era lo que se había quedado. Sherman no se había atrevido nunca a preguntar qué había sido de las tres anteriores esposas de Lopwitz. Cuando alguien llegaba tan alto como Lopwitz, aquello no eran más que minucias.

—Ya, bien, creo que está bien, George —dijo la rana de plástico—. ¿Qué dice Sherman? ¿Estás ahí, Sherman?

—¡Hola, Gene! —dijo Sherman, levantándose de la butaca Jorge II. Le sonó extraña su propia voz tan pronto como empezó a hablar con aquella caja de plástico, y ni siquiera se atrevió a mirar a Rawlie cuando se puso en pie y se adelantó hasta la vitrina Adam para, en seguida, quedarse mirando con arrobamiento la máquina situada encima del mueble—. Todos mis clientes hablan de un 8,05, Gene. Mi instinto me dice que los tenemos a nuestro lado. El mercado está entonado. Creo que podemos pujar en la subasta basándonos en el interés que demuestran nuestros clientes.

—De acuerdo —dijo la voz de la caja—. Pero aseguraos de que tú y George os mantenéis en cabeza. No me gustaría enterarme de que Salomon o algún otro se pone a jodernos jugando a la baja.

Sherman se sintió maravillado ante la astucia de la rana.

Se oyó un ruido afónico a través del altavoz. Todo el mundo se quedó mirándolo fijamente.

La voz de Lopwitz reapareció:

—Alguien parece haberle pegado fortísimo a la pelota —dijo—. Pero se diría que esa pelota está como muerta. En fin, no estando aquí, resulta difícil que lo entendáis. —No quedó nada claro a qué estaba refiriéndose—. Bien, mira, George. ¿Me oyes, George?

Connor se sobresaltó, se puso en pie, y corrió junto a la vitrina.

—Te oigo, Gene.

—Sólo quería decirte que, si te parece que lo mejor es salir a la palestra y pegarle un buen metido a esa emisión, adelante. Me parece bien.

Y eso fue todo.

Cuarenta y cinco segundos antes de la una de la tarde, momento en que debía abrirse oficialmente la subasta, George Connor, desde el teléfono situado en el centro de la sala de bonos, le leyó su escalamiento final de pujas a un empleado de Pierce & Pierce que estaba al teléfono en el Federal Building, que era el lugar en donde se iba a celebrar físicamente la subasta. Las pujas daban un promedio de 99,56328 dólares

por cada 100 dólares de bonos. Segundos después de la una en punto, Pierce & Pierce era propietaria, tal como se habla planeado, de 6 mil millones de dólares en bonos a veinte años. El departamento de compraventa contaba ahora con cuatro horas para crear un mercado favorable a esos bonos. Vic Scasi se puso al frente de la carga destinada a la reventa de los bonos recién adquiridos, cuyos clientes tenían que ser fundamentalmente los diversos *brokers* con quienes el negocio se haría por teléfono. Sherman y Rawlie encabezaban la actividad de los vendedores de bonos, y sus clientes en esta reventa eran fundamentalmente las compañías aseguradoras y los trust banks: también por teléfono. A las dos de la tarde, el estruendo que reinaba en el departamento de bonos, alimentado no tanto por la codicia como por el miedo, rayaba en lo sobrenatural. Todos gritaban y sudaban y blasfemaban y devoraban sus donuts eléctricos.

A las cinco de la tarde habían vendido un cuarenta por ciento —2,4 miles de millones de dólares— de los 6 mil millones, a un precio medio de 99,56453 dólares por cada 100 dólares de bonos, con un beneficio que era el doble de lo calculado en principio. ¡El *doble*! Es decir, un beneficio de doce centavos y medio por cada 100 dólares. Para los eventuales compradores al detall de estos bonos, tanto si se trataba de individuos como si eran empresas o instituciones, la diferencia era nula. Pero para Pierce & Pierce significaba un beneficio de casi 3 millones de dólares por una tarde de trabajo. Y la cosa no iba a terminar ahí. El mercado se mostraba firme, con tendencia al alza. En una semana podían ganar fácilmente de 5 a 10 millones adicionales con la reventa de los 3,6 miles de millones en bonos que aún les quedaban. ¡Un beneficio *doble*!

A las cinco de la tarde Sherman nadaba en adrenalina. Formaba parte de la fuerza pulverizadora de Pierce & Pierce, de aquel equipo de Amos del Universo. Su actividad era pasmosamente audaz. Arriesgar en una tarde seis mil millones por un beneficio previsto de seis centavos y cuarto por cada cien dólares, ¡y ganar luego el doble! ¡El doble! ¡Qué audacia! ¡Qué audacia! ¿Podía existir algún tipo de poder más embriagador en todo el universo? ¡Que Lopwurz siga viendo todos los partidos de cricket que le dé la gana! ¡Que juegue a ser la rana de plástico! ¡Amos del Universo! ¡Hombres audaces!

La audacia de toda la operación fluía por los miembros y los canales linfáticos y los lomos de Sherman. Pierce & Pierce era el poder, y él estaba conectado por seguros cables a ese poder, y el poder emitía sus zumbidos y lanzaba sus embestidas desde las mismísimas tripas de Sherman.

Judy... Hacía horas que no pensaba en ella. ¿Qué era una sola llamada de teléfono, por estúpida que hubiese sido... en comparación con los magníficos libros mayores que registraban los negocios de Pierce & Pierce? El piso cincuenta era sólo para gente que no tenía miedo de agarrar lo que deseaba. Y, por Cristo, él, Sherman,

Amo del Universo, apenas deseaba nada en comparación con todo lo que por derecho le correspondía. Lo único que pretendía, al fin y al cabo, era divertirse un raro cuando le apetecía, disfrutar de los placeres sencillos que todos los valientes guerreros se tienen tan merecidos.

¿Cómo se atrevía ella a hacerle pasar aquel mal rato?

Si ella, la Mujer Madura, desea seguir contando con el apoyo y la compañía de un Amo del Universo, no le queda más remedio que permitirle gozar de todo lo que ha ganado con su audacia, gozar de la juventud y de la belleza, de los jugos salaces...

¡No tenía ningún sentido! De algún modo, y por motivos inexplicables, Judy le había tenido siempre tomada la medida. Le menospreciaba, le miraba desde arriba, desde una altura absolutamente ficticia; pero por muy ficticia que fuese esa altura, le miraba despectivamente. Seguía siendo la hija del doctor E. (¡«E» de Egbord!) Miller, catedrático de la Universidad DesPortes, situada en Terwilliger, estado de Wisconsin, el pelmazo y desdichado profesor Miller, siempre vestido con sus andrajosas americanas de tweed, aquel profesorzuelo cuyo único mérito era el de haber lanzado un ataque, por otro lado muy circunspecto (en una ocasión Sherman lo leyó muy por encima), contra su paisano de Wisconsin, el senador Joseph McCarthy, el año 1955, en la revista *Aspects*. A pesar de todo, en aquellos primeros días de su encuentro con Judy en el Village, Sherman había cometido el error de tolerarle sus pretensiones, de defenderse ante ella diciéndole que, aunque estuviera trabajando en Wall Street, en realidad él no pertenecía al mundo de Wall Street, sino que solamente estaba sirviéndose de Wall Street. Es más, Sherman llegó a sentirse *complacido* cuando Judy, en plan condescendiente, dijo sentir admiración por él, por sus evidentes deseos de convertirse en un hombre ilustrado. Porque Judy se las arregló para convencer a Sherman de que su padre, John Campbell McCoy, el León de Dunning Sponget, era un tipo pedestre, apenas un rico guardia jurado de ciertos capitales ajenos. Sherman ni siquiera tenía idea de por qué razón llegó todo eso a importarle tanto. Su interés por las teorías psicoanalíticas, que jamás había sido muy acentuado, acabó de repente en Yale, el día en que Rawlie Thorpe dijo que eso no era más que «una ciencia judía» (justamente el tipo de actitud que más preocupó y enfureció a Freud setenta y cinco años atrás).

Pero todo eso formaba parte únicamente de su pasado, de la infancia de Sherman, de su infancia en la calle Setenta y tres Este y su infancia en el Village. ¡Ahora estaba viviendo una nueva época! ¡La época de Wall Street! Y ahora Judy era... un simple recuerdo de su infancia, un objeto de una época pasada... y sin embargo, Judy seguía viviendo a su lado, se estaba haciendo mayor, cada día más flaca... más *bien conservada*...

Sherman se recostó en el asiento y echó una ojeada a la sala de compraventa de bonos. Las procesiones de datos verde fosforescente no habían dejado de desfilar por

las pantallas de las terminales de ordenador, pero el estruendo había perdido intensidad hasta ser tan sólo algo así como las risas que suelen oírse en los vestuarios de unas instalaciones deportivas. George Connor se encontraba en pie, con las manos en los bolsillos, junto al asiento con Vic Scasi, charlando con él. Vic se desperezó, hizo girar los hombros en círculo, y casi pareció a punto de soltar un bostezo. Y allí estaba también Rawlie, repanchingado contra el respaldo de su silla, hablando por teléfono, sonriendo y pasándose la mano por su calva sesera. Los guerreros victoriosos después del combate... Amos del Universo...

¡Y ella había tenido el valor de crearle problemas por *una simple llamada telefónica!*

4. El rey de la selva

Zumpazumpazumpazumpazumpazumpazumpazumpa: el ruido que hacían los aviones al despegar era tan tremendo que le hacía vibrar incluso el cuerpo. Los humos de los jets saturaban el aire. El hedor le revolvía el estómago. Una corriente incesante de coches iba emergiendo de la boca de una rampa para luego abrirse paso por entre el enjambre de gente que rondaba por la azotea crepuscular y buscaba los ascensores, o su coche o el coche de los demás —¡robar! ¡robar! ¡robar!—, y pensó que su propio coche sería el principal candidato de entre todos los demás, seguro. Sherman permaneció unos momentos en pie, con la mano apoyada en la puerta, preguntándose si se atrevería a abandonarlo, a dejarlo allí. Era un Mercedes negro, un modelo deportivo de dos asientos que le había costado 48.000 dólares, o 120.000 dólares, según se mirase. En el mundo fiscal de un Amo del Universo, de alguien que tenía que pagar impuestos federales, estatales y municipales, Sherman necesitaba ganar 120.000 dólares para que le quedasen los 48.000 que costaba aquel modelo deportivo de dos asientos. ¿Cómo iba a justificarse ante Judy en caso de que le robasen aquel vehículo tan caro en la azotea de una terminal del aeropuerto Kennedy?

Bueno, ¿y por qué tendría que darle explicaciones a ella? Durante toda una semana había ido cada noche a cenar a casa. Probablemente fuese la primera vez que ocurría desde que empezó a trabajar en Pierce & Pierce. Se había mostrado atentísimo con Campbell, le había llegado a dedicar cuarenta y cinco minutos enteros una tarde, cosa rarísima, aunque él se habría mostrado sorprendido y hasta ofendido si alguien le hubiese recordado esa circunstancia. Había puesto cables nuevos a una lámpara de la biblioteca sin quejarse ni suspirar. Al cabo de tres días de tan modélico comportamiento, Judy abandonó la cama del tocador y volvió al lecho conyugal. Era cierto, no obstante, que una prolongación del muro de Berlín pasaba ahora por el centro de esa cama, y que ella incluso se negaba a conversar con Sherman. Cuando Campbell se encontraba presente, sin embargo, Judy trataba a su esposo con la mayor educación. Eso era lo fundamental.

Dos horas antes, cuando Sherman telefoneó a su mujer para avisarle de que se quedaría trabajando hasta muy tarde, ella se lo tomó muy bien. ¿Acaso no se lo había merecido Sherman, tras tantos esfuerzos? Le echó una última ojeada al Mercedes y se dirigió hacia la zona de las llegadas internacionales.

Tuvo que bajar hasta las tripas del edificio, unos espacios que, cuando el arquitecto diseñó la terminal, debían de estar destinados a los equipajes. Unas tiras de luces fluorescentes combatían inútilmente contra la tenebrosidad del lugar. La gente se apretujaba contra unas vallas metálicas, en espera de que los viajeros procedentes del extranjero pasaran las aduanas. ¿Y si hubiese por allí alguien que conociese a Judy, o que le conociese a él? Inspeccionó la muchedumbre. Pantalones cortos,

zapatillas deportivas, tejanos, camisetas de rugby. ¿Quién coño era esa gentuza? Los viajeros iban saliendo de la aduana uno por uno. Conjuntos de jogging, camisetas sin mangas, impermeables marineros, calcetines blancos, monos de ropa vaquera, chaquetas acolchadas, gorras de baseball; recién llegados de Roma, Milán, París, Bruselas, Múnich y Londres; viajeros acostumbrados a recorrer todo el mundo; cosmopolitas; Sherman alzó su mentón estilo Yale por encima del gentío.

Cuando finalmente apareció Maria, no fue difícil distinguirla. En medio de aquella chusma Maria parecía proceder de otra galaxia. Llevaba un conjunto azul oscuro de falda y chaqueta de hombros muy anchos, la última moda en Francia, y una blusa de seda a listas azules y blancas, y zapatos planos de lagarto azul eléctrico con punteras de cuero blanco. Sólo el precio de la blusa y el calzado hubiese bastado para pagar todo lo que llevaban puesto veinte de las demás mujeres que rondaban por la terminal. Maria caminaba con un paso especial —nariz elevada, caderas adelantadas, desenvoltura de modelo de alta costura—, calculado de forma que provocase el máximo posible de envidia y resentimiento. La gente se había quedado mirándola. A su lado avanzaba un mozo con un carrito de aluminio en el que se amontonaba el equipaje, una prodigiosa cantidad de maletas, todas ellas pertenecientes al mismo juego, de cueto color vainilla con adornos de cuero color chocolate en las costuras. Vulgar, pero no tan vulgar como Louis Vuitton, pensó Sherman. Maria había estado en Italia sólo una semana, a fin de alquilar una casa en Como para el verano. Sherman era incapaz de adivinar para qué había tenido que llevarse tantísimas maletas. (Inconscientemente, relacionaba esta clase de comportamientos con una infancia en la que faltó la suficiente autoridad.) Y se preguntó cómo diablos iba a meter todo aquello en el Mercedes.

Rodeó la valla y, a grandes zancadas, se adelantó hacia Maria, no sin, de paso, enderezar los hombros.

—Hola, nena —dijo Sherman.

—¿Nena? —dijo Maria. Y añadió una sonrisa, como si en realidad no le hubiese molestado aquella palabra, aunque de hecho le había fastidiado. Era cierto que Sherman nunca la había llamado nena hasta la fecha. Pero en esa ocasión quiso parecer seguro de sí mismo y a un tiempo alegre y despreocupado, como hubiese actuado un Amo del Universo en el momento de recibir a su amante en el aeropuerto.

La cogió del brazo, acomodó su paso al de ella, y decidió volver a probarlo.

—¿Qué tal el vuelo?

—Fantástico —dijo Maria—, a no ser que a una le moleste pasarse seis horas con un tedioso británico en el asiento de al lado. —Y se quedó mirando hacia la lejanía, como si se hubiese sumido en profundas reflexiones acerca de los tormentos que acababa de soportar.

En la azotea, el Mercedes había sobrevivido a la amenaza de la multitud de

ladrones que sin duda rondaban por allí. El mozo no logró introducir en el pequeño portaequipajes del coche más que un número muy reducido de maletas, y tuvo que amontonar las otras en el asiento trasero, que en realidad apenas si era un saliente tapizado. Maravilloso, pensó Sherman. Como tenga que frenar en seco, recibiré en la base del cráneo un golpe fatal de uno de esos neceseres de color vainilla con los bordes color chocolate.

Para cuando lograron salir del aeropuerto y tomar la autopista Van Wyck que conduce directamente hasta el mismo Manhattan, tras los edificios y los árboles del South Ozone Park apenas lucía el último y apagado fulgor del ocaso. Es precisamente a esta hora cuando se encienden las farolas y los faros de los coches, pero apenas si se nota la diferencia. Delante de ellos avanzaban interminables colas de luces rojas de posición. A un lado de la autopista, una vez pasado el Rockaway Boulevard, Sherman vio un enorme sedán de dos puertas, uno de esos coches que aún se fabricaban en los años setenta, montado encima de un muro de contención. Y un hombre... ¡abierto de brazos y piernas en mitad del asfalto...! No, cuando estuvo más cerca, comprobó que no era un hombre. Se trataba del capó del coche. La pieza entera había salido volando tras la colisión, y estaba en mitad de la calzada. Las ruedas, los asientos y el volante habían desaparecido... Aquella enorme máquina destrozada formaba ahora parte del paisaje... Sherman, Maria, el equipaje, y el Mercedes siguieron su camino.

—Bien, ¿qué tal has encontrado Milán? —Sherman lo intentaba otra vez—. ¿Qué hay de nuevo en el lago de Como?

—Oye, Sherman, ¿quién es Christopher Marlowe? —O, pronunciado por Maria, la chica del Sur: *Shuhmun, who's Christuphuh Muhlowe?*

¿Christopher Marlowe?

—No lo sé. ¿Le conoces?

—Me refiero a uno que era escritor.

—Ah, ¿el dramaturgo?

—Supongo. ¿Quién era? —Maria siguió mirando al frente. Por su entonación, cualquiera hubiese dicho que hablaba de un amigo recientemente fallecido.

—Christopher Marlowe... Fue un dramaturgo británico, creo que más o menos de la época de Shakespeare. Quizás un poco anterior. ¿Por qué?

—¿Cuándo fue eso? —Su voz no hubiese podido ser más triste.

—Vamos a ver. No sé... Allá por el siglo XVI. Mil quinientos no sé cuántos. ¿Por qué?

—¿Y qué escribió?

—Dios... Ni idea. Y yo que creía que con saber quién fue ya había cumplido. ¿Por qué te interesa?

—Tú sabes al menos de quién se trata.

—Relativamente. ¿Por qué?

—¿Qué me dices del doctor Fausto?

—¿El doctor Fausto?

—¿Escribió ese Marlowe sobre el doctor Fausto?

—Mmmmmmmmm. —Un leve rayo de memoria. Pero se desvaneció en seguida—. Es posible. El doctor Fausto... ¡*El judío de Malta!* Escribió una obra de teatro titulada *El judío de Malta*. Seguro. *El judío de Malta*. Ni siquiera sé por qué me acuerdo de *El judío de Malta*. Seguro que no la he leído.

—Pero tú al menos sabes quién fue. Es una de las cosas que se supone que hay que saber, ¿no?

Y con eso Maria había metido el dedo en la llaga. Después de nueve años en Buckley, de cuatro años en St. Paul's, y de cuatro años en Yale, lo único que había quedado grabado en la mente de Sherman era que le sonaba quién era Christopher Marlowe. Todos esos años servían para que la gente diera por supuesto que Sherman sabía quién era Marlowe. Pero no tenía intención de decir nada de eso en voz alta. Lo que hizo fue preguntarle a Maria:

—¿Quién se supone que ha de saberlo?

—Cualquiera —murmuró Maria—. Yo.

Estaba anocheciendo. Los modernos y deslumbrantes velocímetros y cuentarrevoluciones y testigos del Mercedes brillaban ahora como si aquello fuese la cabina de mando de un cazabombarderos. Se acercaban por fin al paso elevado de Atlantic Avenue. Había otro coche abandonado junto a la calzada. Le faltaban las ruedas, tenía el capó levantado, y un par de cuerpos, uno de ellos con una linterna, estaban doblados como navajas medio abiertas sobre el motor.

Maria siguió mirando al frente mientras se entremezclaban con el resto de la circulación en el Grand Central Parkway. Una galaxia de faros delanteros y luces de posición avanzando en fila llenó su campo de visión, como si la energía de la ciudad se hubiese transformado ahora en millones de globos de luz que viajaran en órbitas a través de la oscuridad. Allí, en el interior del Mercedes, con las ventanillas cerradas, todo aquel estupendo espectáculo parecía deslizarse sin producir ningún sonido.

—¿Sabes una cosa, Sherman? —You know somethun, Shuhmun?—. Odio a los británicos. Les *odio*.

—¿Odias a Christopher Marlowe?

—Gracias, listo —dijo Maria—. Eres igual que el hijoputa del asiento contiguo.

Ahora miraba a Sherman, y sonreía. Era una de esas sonrisas que los más valientes logran esbozar en el momento del dolor más intenso. Sus ojos parecían estar a punto de llorar.

—¿Qué hijoputa?

—El del avión. El *británico*. —Sinónimo de gusano repugnante—. Se puso a hablar conmigo de repente. Yo estaba mirando el catálogo de la exposición de Reiner

Fetting que estuve viendo en Milano. —A Sherman le fastidió que Maria emplease el nombre italiano en lugar de decir Milán, sobre todo porque no había oído hablar en su vida del tal Reiner Fetting—. Y el tipo empezó a decir cosas de Reiner Fetting. Llevaba uno de esos Rolex enormes. ¿Es increíble que logren levantar el brazo? —María tenía esa costumbre de Chica del Sur que consiste en convertir en interrogativas las frases afirmativas.

—¿Y crees que sólo pretendía ligar?

—¡Naturalmente! —sonrió Maria, esta vez muy satisfecha.

La sonrisa le proporcionó un gran alivio a Sherman. Se había roto el encantamiento. No sabía exactamente por qué. No se daba cuenta de que hay mujeres cuya actitud respecto a su propia capacidad de atracción sexual era la misma que él tenía respecto al mercado de bonos. Lo único que sabía Sherman era que se había roto el encantamiento, que había pasado el mal momento. En realidad ya no importaba de qué charlase ella ahora. Y ella siguió parloteando sin parar. Se lanzó de cabeza a hablar de la humillación que había tenido que sufrir.

—Se moría de ganas de contarme que era productor de cine. Que estaba haciendo una película basada en esa obra, *El doctor Fausto*, de Christopher Marlowe, o Marlowe a secas, sí, me parece que dijo sólo Marlowe, y, no sé por qué, se me ocurrió hacer algún comentario, en fin, pero yo creí que Marlowe era un guionista de cine. De hecho, me parece que lo que pensé fue, ¿no había una película con un *personaje* que se llamaba Marlowe? Salía Robert Mitchum.

—Exacto. Era sobre una novela de Raymond Chandler.

Maria le miró con la más absoluta inexpresividad. Sherman decidió olvidarse de Raymond Chandler.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije: «Oh, Christopher Marlowe, ¿no ha escrito una película?» Y ¿sabes qué me dijo ese... bastardo...? Me dijo: «No lo creo. Murió en 1593.» No lo creo.

Sus ojos llameaban de sólo recordarlo. Sherman esperó un momento.

—¿Eso fue todo?

—¿Que si eso fue todo? Me entraron ganas de estrangularle. Ha sido... humillante. No lo creo. El muy presumido...

—¿Y qué le dijiste luego?

—Nada. Me puse roja. Era incapaz de decir una sola palabra.

—¿Y es esto lo que explica ese humor de tu llegada?

—Sherman, dime la verdad. ¿Crees que el hecho de no conocer a Christopher Marlowe te convierte en estúpido?

—Pero Maria, por Dios. No puedo creer que una tontería así te haya puesto de ese humor.

—¿Qué humor?

—Esa nube negra de cuando has llegado.

—No me has contestado, Sherman. ¿Eres estúpido, sólo por no saber eso?

—No digas ridiculeces. Yo casi no tengo ni idea de quién fue, y probablemente tuve que estudiar sus obras durante algún curso.

—Bueno, a eso voy, exactamente. Tú al menos tuviste que estudiarle en algún curso. Yo no. Nunca. Por eso me siento tan... Ni siquiera entiendes de qué te hablo, ¿verdad?

—Desde luego que no. —Sherman le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

Ahora estaban a la altura del aeropuerto La Guardia, iluminado por centenares de farolas de vapor de sodio. No parecía un gran aeropuerto, sino, más bien, una fábrica. Sherman giró hacia el carril de adelantamiento y lanzó su Mercedes a gran velocidad bajo el paso elevado de la calle Treinta y uno y cuesta arriba por la rampa que conducía al Triborough Bridge. La nube se había alejado. Volvía a sentirse satisfecho de sí mismo. Había conseguido animarla, hacerle olvidar el mal trago.

Tuvo que frenar un poco. Los cuatro carriles estaban atestados de coches. Cuando el Mercedes ascendía por el gran arco del puente, vio la isla de Manhattan a su izquierda. Los rascacielos estaban tan apretujados que hasta se notaba su masa, su estupendo peso. ¡Cuántos millones de personas de todo el mundo anhelaban ir a esa isla, entrar en esos rascacielos, caminar por esas calles tan estrechas! Allí estaba la ciudad que en el siglo XX desempeñaba la función de la antigua Roma, de París, de Londres, la ciudad de la ambición, la densa roca magnética, el destino irresistible de todos cuantos estaban empeñados en vivir en *el lugar donde ocurría todo...* ¡Y él era uno de los que habían ganado esa batalla! ¡Un triunfador que vivía en Park Avenue, la calle soñada! ¡Y trabajaba en Wall Street, en un piso cincuenta, en la legendaria firma de Pierce & Pierce, dominando el mundo! ¡E iba al volante de un deportivo de 48.000 dólares, al lado de una de las mujeres más guapas de Nueva York —sin ningún título de Literatura Comparada, ciertamente, pero menudo tipazo—! ¡Un animal joven y fogoso! Él pertenecía a la raza de aquellos cuyo destino natural era... ¡poseer todo lo que deseaban!

Abandonó el volante con una de sus manos, y señaló con un ademán grandioso la poderosa isla.

—¡Ahí la tienes, nena!

—¿Ya estamos otra vez con lo de nena?

—Me sale de dentro, nena. Ahí está Nueva York. Ahí.

—¿Crees en serio que doy el tipo de la clásica «nena»?

—Más «nena» que ninguna, Maria. ¿Dónde quieres cenar? Ahí tienes Nueva York. La ciudad entera es tuya.

—¡Sherman! ¿No tendrías que torcer por allí?

Sherman miró hacia la derecha. Maria tenía razón. Estaba dos carriles más a la

izquierda de lo debido si quería tomar el desvío a la derecha por el que una rampa descendía hacia Manhattan, y ya no había modo de acercar el coche hasta allí. A estas alturas, el carril por el que circulaba el Mercedes, y el carril de al lado, y el otro, todos los carriles, estaban ocupados por auténticos trenes de coches y camiones, parachoques contra parachoques, avanzando centímetro a centímetro hacia el peaje que se encontraba a unos cien metros de distancia. Encima del peaje, un enorme cartel verde, iluminado por focos amarillos, decía: BRONX UPSTATE N.Y. NEW ENGLAND.

—Sherman, estoy segura de que para ir a Manhattan hay que salir por allí.

—Tienes razón, cariño, pero ahora ya no puedo meterme hacia esos carriles.

—¿Y éstos? ¿Adonde llevan?

—Al Bronx.

Los trenes de vehículos avanzaron de nuevo centímetro a centímetro hacia las cabinas del peaje, envueltos en nubes de partículas de carbono y azufre.

El Mercedes era un coche tan bajo que Sherman tuvo que estirar todo el brazo hacia arriba para dar los dos dólares cuando se situó junto a la cabina. Un negro de aspecto cansado le miró desde lo alto de su ventanilla. La pared de la cabina tenía una horrible hendedura producida por algún vehículo. El metal estaba herrumbroso.

Una inquietud vaga, vaporosa, abismal comenzaba a rezumar en el interior del cráneo de Sherman. El Bronx... Él había nacido y crecido en Nueva York, y sentía un varonil orgullo cuando pensaba en lo muy a fondo que conocía su ciudad. *Conozco muy bien la ciudad*. En realidad, no obstante, sus conocimientos del Bronx, obtenidos a lo largo de treinta y ocho años de vida, se limitaban a lo que llegó a ver en el curso de las cinco o seis expediciones que había hecho al Zoo del Bronx, más otras dos a los Jardines Botánicos, más una docena de viajes al Yankee Stadium, la última en 1977, para una final de los mundiales de baseball. Sabía, ciertamente, que el Bronx tenía calles numeradas, y que su numeración era correlativa a Manhattan. Lo que haría era... bueno, se metería por una de las calles que atravesaban el barrio e iría en dirección oeste hasta llegar a una de las avenidas que te devuelven a Manhattan. Total, nada grave.

La marea de luces rojas de posición fluía delante de ellos, pero ahora le resultaba un fastidio. En plena oscuridad, en medio de aquel enjambre de puntos rojos, no se situaba bien. Empezaba a fallarle su sentido de la orientación. Seguramente todavía estaba yendo hacia el norte. La bajada del puente le había parecido prácticamente recta. Pero ahora sólo podía guiarse por los indicadores. Todos los puntos de referencia conocidos habían desaparecido, habían quedado atrás. Al final del puente los carriles se abrían para formar una Y. MAJOR DEEGAN GEO. WASHINGTON BRIDGE... BRUCKNER NEW ENGLAND... Major Deegan subía hasta el norte... ¡No...! Hay que torcer a la derecha... Otra Y, sin previo aviso... EAST BRONX

NEW ENGLAND... 138 ESTE BRUCKNER BOULEVARD... ¡Elige una calle, so bobo! Pares o nones... A la una, a las dos... Volvió a torcer a la derecha... 138 este... una rampa descendente... De repente se acabó la rampa, se acabó la vía rápida claramente señalizada. Y se encontraba al nivel del suelo. Era como si hubiese caído en el recinto de una chatarrería. Tenía la sensación de encontrarse justo debajo de la vía rápida. En mitad de la negrura llegó a distinguir a su izquierda una valla metálica... un objeto atrapado en mitad de la valla... ¡La cabeza de una mujer...! No, era una butaca con sólo tres patas, el asiento chamuscado y con todas las tripas al aire, enganchada a un par de metros de altura en la valla metálica... ¿A quién diablos se le podía haber ocurrido enganchar una butaca destrozada en lo alto de una valla? ¿Y por qué lo había hecho?

—¿Dónde estamos, Sherman?

Por el tono de su voz, Sherman supo que Maria no volvería a discutir sobre Christopher Marlowe ni acerca del restaurante adonde tenían que ir a cenar.

—En el Bronx.

—¿Sabes cómo salir de aquí?

—Claro. En cuanto encuentre una de las calles que atraviesan el barrio... Vamos a ver, vamos a ver, vamos a ver... Calle Ciento treinta y ocho...

Avanzaban hacia el norte por debajo de la vía rápida. Pero ¿de qué vía rápida se trataba? Dos carriles, los dos en dirección norte... A la izquierda, un muro de contención y una valla metálica y unas columnas de cemento que sostenían el paso elevado... Lo mejor era dirigirse hacia el oeste y encontrar una calle que regresara a Manhattan... torcer a la izquierda... pero el muro le impide torcer a la izquierda... Vamos a ver, vamos a ver... Calle Ciento treinta y ocho... ¿Dónde está la Ciento treinta y ocho...? ¡Allí! El indicador: calle ciento treinta y ocho... se mantiene a la izquierda, preparado para torcer... Una gran abertura en el muro... Calle Ciento treinta y ocho... ¡Pero girar hacia la izquierda es imposible! A su izquierda hay cuatro o cinco carriles, bajo el paso elevado, dos en dirección norte, otros dos en dirección sur, y más allá otro carril, y coches y camiones lanzados en ambas direcciones: es imposible atravesar toda esa circulación... De modo que sigue adelante... se va metiendo en el Bronx... Se aproxima otra abertura del muro... Se pega al lado izquierdo... ¡Lo mismo que antes...! ¡Es imposible girar a la izquierda! Empieza a sentirse arrapado en las tinieblas de debajo de la vía rápida... Tampoco es tan grave... Circulación intensísima...

—¿Qué haces, Sherman?

—Intento torcer hacia la izquierda, pero no hay forma de salir hacia la izquierda yendo por esta maldita calle. Tendré que salir por la derecha un poco más adelante, y girar ciento ochenta grados o algo así, y dar media vuelta.

María no hizo ningún comentario. Sherman la miró un instante. Ella mantenía la

vista al frente, una expresión congelada, sombría. A la derecha, encima de unos edificios bajos y decrepitos, vio un gran anuncio que decía:

LO MEJOR DEL BRONX ALMACÉN DE CARNE

Almacén de carne, en pleno Bronx... Otra abertura del muro algo más adelante... Esta vez empieza a prepararse para girar hacia la derecha... ¡Un tremendo bocinazo! Un camión que le adelanta por la derecha... Sherman gira bruscamente a la izquierda...

—¡Sherman!

—Lo siento, nena.

...demasiado tarde para girar a la derecha... Sigue adelante, se pega al lado derecho de la calle, preparado para girar... Otra abertura... gira a la derecha... una calle ancha... Cuánta gente de golpe y porrazo... Es como si la mitad de los vecinos estuviese en la calle... pieles oscuras, pero tienen aspecto de latinos... ¿Portorriqueños...? Allí hay un edificio alargado y bajo festoneado con ventanas de buhardillas... como casitas suizas de cuento infantil... pero ennegrecidas, horriblemente ennegrecidas... A ese lado un bar —Sherman lo mira fijamente— semisepultado bajo un montón de chatarra... Tantísima gente por la calle... Frena un poco... Edificios de apartamentos, bajos, con las ventanas arrancadas... Un semáforo rojo. Detiene el coche. Por el rabillo del ojo observa la cabeza de Maria que gira en panorámica hacia un lado, hacia el otro... «¡Oooooooooaajjjjh!» Un grito tremendo a su izquierda... Un joven de delgado bigote y camiseta deportiva cruza la calle dando brincos. Tras él corre una chica que grita. «¡Oooooooooaajjjjh!» La piel oscura, el pelo crespo y rubio... La chica agarra del cuello al joven, pero como si se movieran en cámara lenta, como si ella estuviese ebria. «¡Oooooooooaajjjjh!» ¡Trata de estrangularle! Y él ni siquiera la mira. Le clava, simplemente, un codazo en el estómago. La chica se desliza contra el cuerpo del joven hasta caer al suelo. Se ha quedado a gatas, en mitad de la calle. Él sigue su camino. Ni una sola vez vuelve la cabeza para mirarla. Ella se pone en pie. Vuelve a abalanzarse contra él. «¡Oooooooooaajjjjh!» Ahora están los dos delante mismo del Mercedes. Sherman y Maria, sentados en sus asientos envolventes de cuero color tostado, les miran a través del parabrisas. La chica ha vuelto a agarrar al joven por el cuello. Él vuelve a descargar un codazo contra su estómago. Cambia el semáforo, pero Sherman no puede poner el coche en marcha. La gente se arremolina en las aceras para contemplar el jaleo. Todos ríen. Aplauden y animan. La chica le tira del pelo al joven. Él sonríe y la castiga con los codos. Gente y más gente. Sherman mira a Maria. Ninguno de los dos tiene que decir una sola palabra. Dos blancos, uno de los cuales es una mujer muy joven vestida con una

chaqueta azul de la Avenue Foch, de hombreras marcadísimas... y, atrás, suficiente equipaje como para irse a la China, y todo metido en un montón de maletas a juego... un Mercedes deportivo de 48.000 dólares... en mitad del Sputh Bronx... ¡Milagroso! Nadie les presta atención. No es más que otro coche detenido junto al semáforo. Los dos combatientes acaban por fin de cruzar la calle. Ahora se agarran mutuamente, como luchadores de sumo, cara a cara. Se tambalean, serpentean. Están agotados. Asfixiados. Se han cansado de ese juego. Casi se diría que se han puesto a bailar. La multitud va desinteresándose del asunto, la gente se va.

—Eso es el verdadero amor, nena —le dice Sherman a Maria. Trata de conseguir que ella crea que no está preocupado.

Ya no hay nadie que le cierre el paso al coche, pero el semáforo vuelve a estar en rojo. Sherman espera, y luego sigue avanzando por la misma calle. Ahora ya no hay tanta gente... una calle ancha. Gira ciento ochenta grados, regresa por donde habían venido...

—¿Qué piensas hacer ahora, Sherman?

—Creo que ya estamos bien orientados. Esta es una de las calles principales, una de las que atraviesan el barrio. Y vamos en la buena dirección. Hacia el oeste.

Pero al llegar a la gran avenida situada bajo el paso elevado de la vía rápida se encontraron en un cruce caótico. Diversas calles que convergían en los ángulos más inesperados... Gente que cruzaba la calle en todas direcciones... Caras oscuras... Por este lado, una boca de metro... Por aquél, edificios bajos, tiendas... Un restaurante chino, el Gran Sabor, llévase la comida a casa... Sherman se sentía incapaz de adivinar cuál de las calles era la que iba en dirección oeste... *Esa*, lo más probable es que sea ésa, giró hacia allí... una calle ancha... coches aparcados en las dos aceras... más adelante, aparcados en doble, en triple fila... una multitud... ¿Cómo atravesar...? De modo que decidió torcer... *hacia ahí*... Había un indicador de calle, pero los nombres de las calles ya no le servían de orientación... Calle Nosecuántos Este... hacia allí... Tomó una calle, pero al cabo de poco se fundió con otra calle lateral y se metió por entre unos edificios bajos. Daba la sensación de que estuviesen abandonados. Al llegar al siguiente cruce torció —supuso que hacia el oeste— y siguió la nueva calle a lo largo de unas cuantas manzanas. Seguía habiendo edificios bajos. No estaba claro si eran talleres o almacenes. Muros coronados por espirales de alambre de espino. Las calles estaban desiertas, lo cual está muy bien, se dijo a sí mismo, y no obstante sentía los nerviosos latidos de su corazón. Volvió a torcer. Una calle estrecha a cuyos lados se alineaban casas de siete u ocho pisos; ni rastro de gente; ni una sola luz en ninguna ventana. Y cuando llegó a la siguiente manzana, lo mismo. Volvió a torcer, y al doblar la esquina...

...*asombroso*. Absolutamente vacío, un enorme terreno abierto. Manzanas y manzanas —¿cuántas? ¿seis, ocho, una docena?— de terreno urbano sin un solo

edificio en pie. Quedaban las calzadas, las aceras, las farolas, pero nada más. Ante él se extendía el retículo fantasmal de una ciudad, iluminado por el amarillo químico de las farolas. Aquí y allá había restos de escombros y escoria. La tierra parecía ser de cemento, pero con subidas y bajadas, con las colinas y los valles del Bronx... reducidos aquí a asfalto, cemento, y ceniza... todo bañado por una amarilla luz crepuscular.

Tuvo que mirar dos veces para convencerse de que todavía se encontraba en Nueva York. La calle se alargaba hasta conducir a una leve cuesta... A dos manzanas de distancia... A tres manzanas... Era difícil de adivinar en medio de aquel inmenso solar vacío... Había un edificio en pie, el último... En una esquina... tres o cuatro pisos... Parecía como si estuviese a punto de desplomarse en cualquier momento... Había luces encendidas en la planta baja, como si hubiese allí una tienda o un bar... En la acera, tres o cuatro personas. Sherman logró distinguirlas a la luz de la farola del cruce.

—¿Qué es esto, Sherman? —Maria le miraba fijamente.

—Supongo que la parte sudeste del Bronx.

—¿Quieres decir que no sabes dónde estamos?

—Sé *más o menos* dónde estamos. Mientras sigamos avanzando en dirección oeste, vamos bien.

—¿Y por qué crees que avanzamos en dirección oeste?

—Oh, no te preocupes, vamos hacia el oeste. Sólo que...

—Sólo que, ¿qué?

—Si ves el rótulo de alguna calle... Estoy buscando alguna calle de las numeradas.

La verdad era que Sherman ya no sabía en qué dirección estaba yendo. Al acercarse al edificio comenzó a oír un repetido *zung zung zung zung zung zung*. Lo oía a pesar de que llevaban las ventanillas cerradas... Un cello... Desde lo alto de la farola, un cable eléctrico descendía en arco hasta colarse por la puerta abierta. En la acera, una mujer aparentemente vestida con camiseta y pantalones cortos de baloncesto estaba acompañada por un par de hombres con camisa de manga corta. La mujer se había doblado por la cintura, con las manos en las rodillas, partiéndose de risa y haciendo girar la cabeza en amplios círculos. Los dos hombres se reían también. ¿Eran portorriqueños? No había modo de adivinarlo. En el interior del local, allí por donde entraba el cable, Sherman alcanzó a ver una luz tenue y unas siluetas. *Zung zung zung zung zung...* el contrabajo... y luego las agudas notas de unas trompetas... ¿Música latina...? La mujer seguía haciendo girar la cabeza.

Sherman le echó una ojeada a Maria. Allí estaba, con su fabulosa chaqueta azul oscuro. Su pelo, espeso y corto, enmarcaba una cara tan congelada como la de una instantánea. Sherman aceleró y se alejó de aquel fantasmagórico puesto de

avanzadilla en mitad del inmenso baldío.

Torció para dirigirse hacia unos edificios... hacia allí... Pasó delante de casas con todas las ventanas arrancadas...

Llegaron a un parquecito cercado por una verja metálica. Había que girar a la derecha o a la izquierda. Las calles salían de aquel punto en ángulos extraños. Sherman no recordaba ya en qué dirección se cruzaban las calles en ángulo recto. Aquello no parecía formar parte de Nueva York. Más bien recordaba alguna de esas ciudades de New England que están siendo abandonadas. Torció a la izquierda.

—Sherman, esto empieza a no gustarme.

—No te preocupes, pequeña.

—¿Ahora me llamas pequeña?

—No te gustaba que te llamase nena. —Sherman trataba de parecer despreocupado.

Ahora había coches aparcados junto a las aceras... Tres muchachos bajo una farola; tres caras oscuras. Con chaquetones acolchados. Miraron fijamente el Mercedes. Sherman volvió a torcer.

Al final de la nueva calle se divisaba un neblinoso fulgor amarillento, una calle más iluminada. A medida que se acercaban iba aumentando la cantidad de gente que rondaba por las aceras, en los portales, en la calzada... Qué cantidad de caras oscuras... Más adelante, un bulto oscuro en mitad de la calle.

La oscuridad absorbía casi toda la luz de sus faros. Por fin pudo distinguirlo: un coche detenido en plena calzada, lejos de la acera... un grupo de chicos a su alrededor... Más caras oscuras... Tendría que dar un rodeo por uno de los lados, sortearles... Pulsó el botón que cerraba los seguros de las puertas. El clic electrónico le sobresaltó, como si fuese el redoblar de un tambor. Trató de relajarse. Los chicos se agacharon para mirar por las ventanillas del Mercedes.

Sherman vio por el rabillo del ojo a uno de los chicos; estaba sonriendo. Pero no dijo nada. Siguió mirando al frente, esbozó una sonrisa. Gracias a Dios, había espacio suficiente para pasar. Siguió adelante, muy lentamente. Pero ¿y si tenían un pinchazo? ¿Y si se le calaba el motor? Menudo aprieto. Pero no se asustó. Seguía siendo el amo de la situación. Sigue adelante. Lo principal es no detenerse. Un Mercedes de 48.000 dólares. Adelante, mis teutones, cabezas de Panzer, adelante mis vándalos... No me dejéis en mal lugar... Logró dejar el coche atrás. Al frente, una calle importante... La circulación, en ambas direcciones, atravesaba la bocacalle a gran velocidad. Soltó el aire que había estado reteniendo. ¡Tomaría esa calle, una travesía que le permitiría salir del Bronx! ¡Hacia la derecha! ¡Hacia la izquierda! Daba igual. Llegó al cruce. El semáforo estaba en rojo. Y a mí qué. Comenzó a meterse en la intersección.

—¡Sherman, estás saltándote un semáforo en rojo!

—Mejor. Así vendrá la poli. Me da lo mismo.

Maria se calló. Toda su vida lujosa no tenía ahora más que un solo propósito: salir del Bronx.

Hacia delante, la luz amostazada de las farolas era más brillante... Un cruce importante... Un momento... Por aquel lado, una boca de metro... Por éste, tiendas, restaurantes baratos... Texas Fried Chicken... Restaurante Chino Gran Sabor...
¡Restaurante Chino Gran Sabor!

Maria estaba pensando lo mismo que él.

—¡Por Dios, Sherman, volvemos a estar en el mismo sitio! ¡Has estado dando vueltas en círculo!

—Ya lo sé. Ya lo sé. Espera un momento. Ya verás. Voy a torcer a la derecha. Voy a pasar de nuevo por debajo del paso elevado. Voy a...

—No vuelvas a pasar por ahí debajo, Sherman.

Tenían la vía rápida encima de sus cabezas, otra vez. El semáforo se puso verde. Sherman no sabía qué hacer. Alguien pegaba bocinazos a su espalda.

—¡Sherman! ¡Mira a ese lado! ¡Ahí dice George Washington Bridge!

¿Dónde? La bocina insistía machaconamente. Hasta que por fin vio el cartel. Estaba al otro lado, después del paso elevado, un indicador montado sobre un pie de cemento... 95.895 ESTE. GEO. WASH. BRIDGE... Debe de haber una rampa ascendente...

—¡Pero no nos interesa ir en esa dirección! ¡Por ahí se va al norte!

—¿Y qué, Sherman? ¡Cómo mínimo sabrás en donde estás! ¡Como mínimo será regresar a la civilización! ¡Salgamos de aquí!

La bocina seguía empujándoles. Alguien gritaba detrás de ellos. Sherman pisó a fondo, con el semáforo todavía en verde. Atravesó los cinco carriles en dirección al indicador. Volvía a encontrarse bajo el paso elevado.

—¡Es por ahí, Sherman!

—Sí, sí, ya lo veo.

La rampa parecía una tubería sujeta entre columnas de cemento. El Mercedes pegó un brinco porque una de sus ruedas se metió en un profundo bache.

—Joder —dijo Sherman—. No lo he visto.

Se inclinó sobre el volante. Los faros barrían un delirio de columnas de cemento. Redujo a segunda. Giró a la izquierda rodeando un contrafuerte y le pisó a fondo, cuesta arriba. ¡Cuerpos...! ¡Unos cuerpos en mitad de la rampa...! No, no son cuerpos... Son unos abultamientos de la calzada, unas formas moldeadas... No, contenedores, contenedores de forma extraña... Bidones de basura... Para rodearlos, no le quedaba más remedio que rozar casi la pared de la izquierda... Redujo a primera y giró un poco hacia la izquierda... Una mancha confusa en el haz de los faros... Por un instante le pareció que una persona acababa de saltar desde lo alto de

la barandilla de la rampa... No, demasiado pequeño para ser una persona... Era un animal... Estaba tendido en medio de la calzada, cerrando el paso... Un frenazo brusco... Una pieza del equipaje le golpeó la coronilla... Un neceser, o dos...

Un chillido de Maria. Tenía una maleta encima de su reposacabezas. Se había calado el motor. Sherman echó el freno de mano y libró a Maria de la maleta que se le había caído encima.

—¿Estás bien?

Maria no le miraba. Estaba dirigiendo la vista al frente, a través del parabrisas:

—¿Qué es eso?

Lo que cerraba el paso no era un animal... El dibujo de un neumático... Era una rueda de coche... Lo primero que se le ocurrió fue que a algún coche de los que circulaban por el paso elevado se le había saltado una rueda, que luego había caído hasta la rampa. Sherman puso otra vez el coche en marcha. Comprobó que el freno de mano seguía echado. Y luego abrió la puerta.

—¿Adónde vas, Sherman?

—Voy a apartar esa rueda de ahí.

—Cuidado. ¿Y si viniese un coche?

—Da igual. —Se encogió de hombros y salió.

En cuanto pisó la rampa tuvo una sensación extraña. Desde arriba le llegaba el increíble estruendo metálico que producían los coches al pasar sobre alguna junta de la vía rápida. Alzó la vista y no vio coches, sólo la negra barriga del paso elevado. Pero seguía oyendo los coches que, al parecer, avanzaban por encima de su cabeza a gran velocidad, produciendo el ruido metálico y creando un campo de vibraciones. Las vibraciones envolvían con un zumbido incesante toda la enorme y ennegrecida estructura. Sin embargo, Sherman podía oír al mismo tiempo sus zapatos, sus zapatos de New & Lingwood, sus zapatos de New & Lingwood de Jermyn Street, Londres, sus zapatos de 650 dólares, con sus suelas y tacones de cuero inglés, que producían un ruido, un leve crujido arenoso cada vez que daba un paso rampa arriba, camino de la rueda. El leve crujido arenoso que producía el roce de sus suelas contra el asfalto era el ruido más penetrante que había oído en su vida. Se inclinó hacia el suelo. Al final resultó que no era una rueda, sino un simple neumático. Cómo podía ningún coche haber perdido sólo el neumático. Lo recogió.

—¡Sherman!

Se volvió hacia el Mercedes. ¡Dos tipos...! Dos jóvenes, negros, en la rampa, que se le acercaban por detrás. ¡*Boston Celtics*! El que se encontraba más cerca de él llevaba la parte superior de un mono de calentamiento, de color plateado y con la palabra CELTICS escrita sobre el pecho... Se encontraba a sólo cuatro o cinco pasos de Sherman... un joven gigantesco... Llevaba abierta la cremallera, una camisera blanca... tremenda musculatura pectoral... cara cuadrada... anchas mandíbulas...

boca grande... ¿Qué significaba la expresión de su cara...? ¡Una cara de cazador! ¡De predador! El gigante se quedó mirando fijamente a los ojos de Sherman... seguía caminando lentamente... El otro era alto pero muy delgado, de cuello largo y cara afilada... una cara de rasgos delicados... los ojos muy abiertos... desconcertados... Parecía sentir pánico... Llevaba un suéter muy holgado... Estaba uno o dos pasos por detrás del otro, del más grande...

—¡Eh! —dijo el gigante—. ¿Necesita ayuda?

Sherman se quedó plantado en donde estaba, con el neumático en las manos, mirándole fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Necesita ayuda?

Hablaba en tono de buen vecino. *¡Me está tendiendo una trampa! ¡Esconde una mano en el bolsillo!* Pero parece sincero. *¡Es una trampa, so idiota!* ¿Y si sólo trata de ayudarme? *¡Qué coño hacen los tipos esos en esta rampa!* Todavía no han hecho nada malo, no me han amenazado. *¡Pero lo harán!* Muéstrate amable. *¿Estás chiflado? ¡Haz algo! ¡Actúa!* Un sonido comenzó a vibrar en su cabeza, un sonido como el del vapor a presión. Tenía el neumático sujeto delante del pecho. *¡Ahora!* Ya: cargó contra el gigante, y le arrojó el neumático. ¡Pero volvía! ¡El neumático volvía hacia él! Alzó los brazos, y el neumático rebotó contra ellos. Aquel bruto tropezó ahora con el neumático, cayó despatarrado. La chaqueta plateada de los CELTICS... en el asfalto. La inercia empujó a Sherman hacia adelante. Las suelas de sus elegantes zapatos New & Lingwood resbalaron. Giró como un trompo.

—¡Sherman!

Maria se había puesto al volante del Mercedes. El motor rugía. La otra puerta le esperaba, abierta.

—¡Entra!

El otro chico, el delgado, se interponía entre él y el coche... una expresión aterrorizada... sus ojos desorbitados... Sherman estaba en plena tensión... ¡Tenía que meterse en el coche...! Corrió hacia él. Bajó la cabeza. Le embistió. El chico retrocedió y se dio contra el guardabarros trasero del coche, pero no llegó a caer al suelo.

—¡Henry!

El más robusto se puso en pie. Sherman se lanzó al interior del coche.

—¡Entra! ¡Entra! —El rostro de Maria espantosamente horrorizado.

El rugido del motor... el salpicadero teutón del Mercedes... Una mancha confusa junto al coche... Sherman agarró el tirador de la puerta y, con una tremenda descarga de adrenalina, la cerró violentamente. Por el rabillo del ojo: el gigante... casi pegado a la puerta de Maria. Sherman puso el mecanismo del cierre automático de los seguros. *¡Rap!* El tipo tironeaba de la puerta de Maria... CELTICS a pocos centímetros de la cabeza de Maria, al otro lado del cristal: Maria puso la primera y

lanzó el coche adelante, con un tremendo chirrido. El gigante se apartó de un salto. El coche iba lanzado directamente contra unos bidones de basura. Maria frenó de golpe. Sherman se dio de bruces contra el salpicadero. Un neceser cayó encima de la palanca del cambio de marchas. Sherman lo retiró, se lo puso sobre las rodillas. Maria metió la marcha atrás. El Mercedes salió disparado. Sherman echó una ojeada a su derecha. El más flaco... El delgado permanecía en pie, mirándole... miedo en estado puro reflejado en su rostro delicado... Maria metió de nuevo la primera... Respiraba de forma extraña, como si estuviera ahogándose...

—¡Cuidado! —gritó Sherman.

El gigante se aproximaba al coche. Había levantado el neumático por encima de su cabeza. Arrancando un bramido con los neumáticos, Maria lanzó el coche hacia adelante, directamente contra él. El gigante se tiró a un lado, desapareció de la vista... una mancha borrosa... una sacudida tremenda... El neumático golpeó el parabrisas y rebotó, sin romper el cristal... ¡Vivan los teutones...! Maria giró todo el volante hacia la izquierda para no chocar contra los bidones de basura... El delgado estaba justo allí... El Mercedes derrapó, culeó... ¡zoc...! El delgado ya no estaba allí... Maria siguió peleándose con el volante... El Mercedes salió proyectado entre la barandilla y los bidones... Maria estaba pisándolo a fondo... Un chirrido rabioso de los neumáticos... El coche salió disparado rampa arriba... La calzada volaba a los pies de Sherman... Sherman contuvo la respiración... La lengua anchísima de la vía rápida... Luces desfilando ante ellos como cohetes... Maria pegó un frenazo... Sherman y el neceser cayeron contra el salpicadero... *Ahhh ahhhhh ahhhhh ahhhh...* Sherman creyó en un primer momento que Maria se había puesto a reír a carcajadas. Pero sólo trataba de recobrar el aliento.

—¿Estás bien?

Maria lanzó el coche como un tiro hacia la vía rápida. Un tremendo bocinazo.

—¡María, cuidado, por Dios!

El bocinazo creció un instante y luego empezó a desvanecerse, pero ya estaban en la vía rápida.

A Sherman le escocían los ojos de sudor. Soltó el neceser con una mano para frotárselos, pero temblaba tantísimo que tuvo que bajarla otra vez al neceser. Se notaba los latidos en la garganta. Estaba empapado de sudor. La americana se le había desgarrado por algún lado. Lo notaba. Las costuras de la espalda estaban rotas. Sus pulmones pugnaban por encontrar el oxígeno suficiente.

Avanzaban por la vía rápida, a una velocidad excesiva.

—¡Frena un poco, Maria, por Dios!

—¿Adónde va esta carretera? ¿Adónde va, Sherman?

—Sigue los indicadores del puente George Washington, y frena un poco, por Dios, frena un poco.

Maria soltó una de sus manos del volante para echarse el cabello hacia atrás. Todo su brazo, así como la mano, temblaba horrorosamente. Sherman se preguntó si Maria sería capaz de controlar el coche, pero no quería tampoco que perdiera concentración. Su propio corazón latía a saltos, como si lo tuviera suelto dentro de su caja torácica.

—¡Mierda! ¡Me tiemblan las manos! —dijo Maria. Era la primera vez que Sherman le oía decir *mierda*.

—Tómatelo con calma —dijo Sherman—. Estamos salvados, estamos salvados.

—Pero ¿adónde va esta carretera?

—Tranquila. Sigue los indicadores. George Washington Bridge.

—Mierda, Sherman. ¡Eso fue lo que hicimos antes!

—Tranquila, por Dios. Ya te diré por dónde has de tomar.

—Pues a ver si esta vez no la jodes, Sherman.

Sherman se sorprendió a sí mismo agarrando el neceser como si también fuese un volante. Intentó concentrarse en el camino que debían seguir. De repente vio un indicador situado sobre los coches que tenían delante: TRAVESÍA BRONX. GEO. WASH. BRIDGE.

—¡Travesía Bronx! ¿Te suena?

—Da igual. Métete por ahí.

—¡Mierda, Sherman!

—Sigue así. Por aquí vamos bien.

—El copiloto.

Sherman miró fijamente la línea blanca del asfalto. Miró tan fijamente que las líneas... los signos... las luces rojas de posición... comenzaron a alejarse de él... Ya no conseguía entender lo que veía... Sólo conseguía concentrarse en... ¡fragmentos...! ¡moléculas...! ¡átomos...! ¡Por Dios...! ¡*Ya no soy capaz ni de razonar!* El corazón comenzó a estremecerse con las palpitaciones... hasta que hubo un tremendo... ¡*flap!*... y volvió a su ritmo normal...

A continuación, en lo alto: MAJOR DEEGAN TRIBORO BRIDGE.

—¿Has visto ese indicador, Maria? ¡El puente Triboro! ¡Vete hacia allí!

—Por Dios, Sherman, ¿no decías que el puente George Washington?

—¡No! ¡Es mejor el Triboro, Maria! ¡Por ahí iremos directamente a Manhattan!

De modo que se desviaron hacia ese carril. Más adelante, sobre los coches: WILLIS AVE.

—¿Qué es eso de Willis Avenue?

—Creo que está en el Bronx —dijo Sherman.

—¡Mierda!

—¡Pégate a tu izquierda! ¡Vamos bien!

Sobre la circulación otro indicador: TRIBORO.

—¡Ahí está, Maria! ¿Lo ves?

—Lo veo.

—Métete hacia la derecha. ¡La salida es por la derecha!

Sherman seguía agarrado al neceser, y comenzó a girarlo hacia la derecha. Estaba agarrado al neceser y lo giraba como si fuese un volante. Maria llevaba su americana azul oscuro de la Avenue Foch, con grandes hombreras... hasta *aquí*... convertida en un animal tenso que se contorsionaba bajo las anchísimas hombreras que estaban de moda en París... metidos los dos en un Mercedes de 48.000 dólares con unos controles que parecían los de la cabina de mando de un avión... tratando desesperadamente de huir del Bronx...

Llegaron a la salida. Sherman siguió agarrándose al neceser como si en ello le fuese la vida, ¡como si de un momento a otro fuese a soplar un huracán que pudiese arrancarles del carril apropiado y *devolverles al Bronx*!

Lo consiguieron. Ahora ya estaban bajando la pendiente alargada que conducía al puente y, a través de él, a Manhattan.

Ahhhh ahhhhh ahhhhh ahhhhh.

—¡Sherman!

La miró fijamente. Maria gemía e inspiraba grandes bocanadas de aire.

—Ya ha pasado, cariño.

—Sherman, ¡la tiró... contra mí!

—¿Qué te tiró?

—La rueda, Sherman, la rueda.

El neumático se había estrellado contra el parabrisas, justo delante de los ojos de Maria. Pero hubo otra cosa que de repente recordó Sherman, un flash... aquel *¡zoc...*! El ruido del guardabarros golpeando algo, la desaparición del chico delgado... Maria soltó un sollozo.

—¡Contrólate! ¡Ya casi estamos!

—Dios... —Maria se sorbió las narices.

Sherman extendió el brazo y le hizo masaje en la nuca.

—Ya está, cariño. Lo has hecho de maravilla.

—Oh, Sherman.

Lo más curioso fue —y le pareció curioso justo en ese momento— que a Sherman le entraron ganas de sonreír. ¡La he salvado! ¡Soy su protector! Siguió frotándole la nuca.

—No ha sido más que un neumático —dijo el protector, saboreando el lujo de quien tranquiliza al débil—. De lo contrario, habría roto el parabrisas.

—Me lo tiró... a mí... directamente a mí...

—Lo sé, lo sé... Pero ahora ya ha pasado todo.

Pero Sherman volvió a oírlo. Ese ligero *zoc*. Y la desaparición del chico delgado.

—Maria, me parece que le has... Creo que hemos atropellado a uno de esos

chicos.

Tú-nosotros... Un instinto muy profundo reclamaba al patriarca: la culpa. Maria no hizo ningún comentario.

—Cuando hemos patinado. Hubo un especie de... algo así como... un ruidito, un zoc.

Maria permaneció en silencio. Sherman la miraba fijamente. Hasta que por fin ella contestó:

—Sí... no sé. Me importa un huevo. Sherman. Lo único que me importa es que hemos logrado salir de allí.

—Sí, eso es lo principal, pero...

—Por Dios, Sherman, ha sido... ¡Qué pesadilla tan horrible! —Maria volvió a sofocar los sollozos, sin abandonar su posición encorvada sobre el volante, mirando siempre al frente, por el parabrisas, concentrada en la circulación.

—Tranquila, tranquila. Ahora ya ha pasado. —Siguió frotándole la nuca. El chico delgado estaba allí. Zoc. Y desapareció.

La circulación era cada vez más intensa. La marea de rojas luces de posición que tenían delante se colaba luego por un túnel y después comenzaba a ascender por una cuesta. Ya no estaban lejos del puente. Maria desaceleró. En medio de la oscuridad, la zona de peaje era como una enorme masa de cemento amarilleada por las farolas. Delante de ellos, las luces rojas se amontonaban para formar enjambres junto a las cabinas del peaje. A lo lejos, Sherman alcanzó a divisar la densa negrura de Manhattan.

Tantísimas luces... tantísima gente... tantísimas almas que compartían con él esa masa de cemento bajo las luces amarillentas... ¡y ninguna de esas almas sabía lo que él acababa de vivir!

Sherman esperó a que comenzaran a deslizarse por el FDR Drive, junto a la orilla del East River, ya en Manhattan, en el Manhattan de los blancos, y también a que Maria estuviera más calmada, para volver a plantear aquel asunto.

—Y bien, ¿qué opinas, Maria? Me parece que deberíamos informar a la policía.

Ella no dijo nada. Sherman la miró. Ella mantuvo la mirada, fija y sombría, en la calzada.

—¿Qué opinas?

—¿De qué serviría?

—Mira, creo que...

—¡Cierra el pico, Sherman! —Lo dijo en voz baja, con amabilidad—. Déjame seguir conduciendo este maldito coche.

Tenían justo delante de ellos los conocidos muros neogóticos del New York Hospital. ¡El Manhattan de los blancos! Salieron del FDR Drive por el carril que

conducía a la calle Setenta y uno.

Maria aparcó junto a la acera de enfrente de su escondrijo. Sherman salió e inmediatamente fue a revisar el guardabarros posterior del lado derecho. Y se sintió muy aliviado al comprobar que no estaba mellado ni rozado; no había señales de nada, al menos a la escasa luz de la calle. Como Maria le había dicho a su marido que no pensaba regresar de Italia hasta el día siguiente, quiso subir todo su equipaje al apartamento. Por tres veces, Sherman subió los crujientes peldaños que conducían al cuarto piso, cargando con las maletas bajo la miserable iluminación que proporcionaban los halos del casero.

Maria se quitó la chaqueta azul oscuro de anchísimas hombreras, y la dejó sobre la cama. Sherman se quitó la americana. Tenía rotas las costuras laterales de la espalda. Huntsman, Savile Row, Londres. Le había costado una fortuna. La tiró encima de la cama. Llevaba la camisa empapada. Maria se quitó los zapatos dando un par de patadas en el aire, y se sentó en una de las sillas que había junto a la pesada mesa de roble, apoyó un codo en la mesa y dejó que la cabeza se recostara sobre su antebrazo. La vieja mesa gimió bajo el peso. Luego Maria se enderezó y miró a Sherman.

—Quiero una copa —dijo—. ¿Te sirvo otra a ti?

—Yo también me tomaré algo. ¿Quieres que las prepare yo?

—Ajá. Ponme muchísimo vodka y un poco de zumo de naranja y unos cubitos. El vodka está en la vitrina.

Sherman entró en la diminuta y tenebrosa cocina, y encendió la luz. Una cucaracha se había instalado en el borde de una sartén sucia que estaba puesta aún en el hornillo. Al diablo con la cucaracha. Preparó el combinado de vodka y zumo de naranja para María, y luego se sirvió un vaso alto de scotch, casi lleno, con un poco de agua y hielo. Se sentó a la mesa, frente a María. Sintió unos tremendos deseos de tomarse la copa. Anhelaba notar la quemadura en el estómago. El coche culeó. Zoc. El chico delgado y delicado había desaparecido.

Maria se había bebido ya la mitad de la copa. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, y después miró a Sherman y le dirigió una sonrisa cansada.

—Te juro —dijo— que por un instante pensé que ahí se acababa todo.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —dijo Sherman.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que deberíamos... Creo que deberíamos informar a la policía.

—Ya lo has dicho antes. Bien, explícame por qué.

—En fin, trataron de atracarnos, y me parece que es posible que tú... Me parece que cabe la posibilidad de que atropellaras a uno de esos chicos.

Ella se limitó a seguir mirándole.

—Fue cuando le pisaste a fondo y el coche patinó.

—¿Quieres saber una cosa? Ojalá sea como te imaginas. Pero si llegué a golpearle, no creo que fuese muy fuerte. Apenas llegué a oír nada.

—Fue un leve zoc. Y luego desapareció de la vista.

Maria se encogió de hombros.

—Sólo estoy pensando en voz alta —dijo Sherman—. Me parece que deberíamos avisar a la policía. De ese modo nos protegemos de cualquier eventualidad.

Maria soltó el aire entre los labios, como si estuviese torturada por la duda, y desvió la vista.

—Supongamos por un momento que el chico ese estuviese herido.

—Francamente —dijo Maria volviendo a mirarle y riendo—, me importa muy poco que lo esté.

—Pero supongamos que...

—Mira, hemos conseguido salir de allí. Cómo lo hicimos, da igual.

—Pero supongamos...

—Olvídate de tus suposiciones de *mierda*, Sherman. ¿Qué piensas *decirle a la policía*?

—No lo sé. Les contaré sencillamente lo que ha ocurrido.

—Sherman, voy a contarte yo lo que ha ocurrido. Soy de Carolina del Sur, y te lo voy a contar con palabras sencillas. Dos negrazos intentaron asesinarlos, pero hemos logrado escapar. Dos negrazos intentaron asesinarlos en la selva, y hemos logrado salir de la selva, y aún estamos vivos. Eso es todo.

—Ya. Pero supongamos...

—¿Puedes suponer lo que quieras! Por ejemplo, que vas a la policía. ¿Qué les vas a contar? ¿Qué les dirás que estábamos haciendo en el Bronx? Dices que sólo pretendes contarles lo que ha ocurrido. Pues a ver, Sherman, cuéntamelo *a mí*. ¿Qué ha ocurrido?

Eso era, así pues, lo que ella estaba tratando de decirle. ¿Vas a decirle a la policía que la esposa de Mr. Arthur Ruskin, de la Quinta Avenida, y Mr. Sherman McCoy, de Park Avenue, estaban celebrando por casualidad un *tête-a-tête* nocturno cuando, de repente, no lograron tomar la salida del puente que conduce a Manhattan y tuvieron un altercado en el Bronx? Repasó mentalmente el relato. Bueno, podía sencillamente *decirle a Judy* que... No, no podía decirle nada a Judy respecto a cierto paseo en coche con una mujer que se llamaba Maria. Por otro lado, si habían... si Maria había atropellado al chico, lo mejor era hacer de tripas corazón y contar lo ocurrido. ¿Y qué había ocurrido? Bueno... dos chicos habían tratado de robarles. Habían bloqueado la calzada. Se habían acercado a Sherman. Le habían dicho... Una leve conmoción atravesó su plexo solar. ¡*Eh!* ¿*Necesita ayuda?* Eso fue lo que dijo el gigante. No había sacado ningún arma. Ninguno de los dos chicos había hecho ningún ademán amenazador antes de que él les arrojara el neumático. Podía ser que... Alto ahí. No,

no es posible. ¿Qué otra cosa podían haber estado haciendo en aquella rampa, a oscuras, bloqueando la calzada, como no fuera...? Maria confirmaría la interpretación de Sherman... ¡Interpretación...! Maria... un animal joven y fogoso... De repente, Sherman comprendió que apenas la conocía.

—No sé. Quizá tengas razón —dijo—. Pensémoslo. Sólo estoy pensando en voz alta.

—Yo no necesito pensarlo más, Sherman. Hay cosas que entiendo mejor que tú. No son muchas, pero sí hay algunas que entiendo mejor. Les encantaría meternos mano.

—¿A quiénes?

—A los policías. Y, de todos modos, ¿para qué serviría? Jamás lograrían detener a esos chicos.

—¿Qué quieres decir con eso de meternos mano a nosotros?

—Por favor, olvídate de la policía.

—¿A qué te refieres?

—Para empezar, Sherman, eres el clásico personaje del gran mundo.

—De eso nada. —Los Amos del Universo vivían en un paraíso que estaba muy por encima del gran mundo.

—Conque no, ¿eh? Tu apartamento ha salido en el *Architectural Digest*. Y han publicado tu foto en el *W*. Y tu padre es, bueno, lo que sea. Ya sabes.

—¡Fue mi mujer la que logró que el apartamento saliera en esa revista!

—Explícaselo a la policía, Sherman. Seguro que les interesará mucho ese matiz.

Sherman se quedó sin habla. La sola idea la parecía odiosa.

—Y les encantará también meterme mano a mí. Aunque sólo sea una chica de Carolina del Sur, estoy casada con un hombre que tiene cien millones de dólares y un apartamento en la Quinta Avenida.

—De acuerdo, pero yo sólo trato de seguir la cadena de acontecimientos, las cosas que pueden ocurrir de ahora en adelante. ¿Qué pasará en caso de que hayas atropellado al chico... qué pasará si está herido?

—¿Viste el momento en el que, según tú, le atropello?

—No.

—Pues yo tampoco. Por lo que a mí respecta, no he atropellado a nadie. Ojalá le haya atropellado, pero, por lo que a mí respecta, y por lo que a ti respecta, no hemos atropellado a nadie. ¿De acuerdo?

—Sí, supongo que tienes razón. No vi nada. Pero sí oí algo, y noté algo.

—Sherman, todo eso ha ocurrido tan deprisa que ni tú sabes lo que pasó ni yo lo sé tampoco. Y esos chicos no irán a denunciar nada a la policía. Maldita sea, puedes estar seguro de que no irán. Y en caso de que tú fueras a la policía, tampoco les van a encontrar. La policía se lo pasará en grande oyéndote contar esa historia... y ni

siquiera tú sabes lo que ha pasado.

—Supongo que no.

—Exacto: no tienes ni idea. Y si por casualidad llegara a plantearse la pregunta, lo único que ha pasado es que hubo dos chicos que bloquearon la calzada e intentaron robarnos, y nosotros logramos escaparnos. Punto. Eso es todo lo que sabemos.

—Pero ¿por qué no hicimos ninguna denuncia?

—Porque hubiera sido inútil. No llegaron a hacernos daño, e imaginamos que la policía no lograría encontrar jamás a esos chicos. ¿Sabes una cosa, Sherman?

—¿Qué?

—Que resulta que ésa es la verdad, y toda la verdad. Puedes imaginar lo que te dé la gana, pero resulta que eso es todo lo que sabemos, tanto tú como yo.

—Sí, tienes razón. No sé, me sentiría mejor si...

—No tienes por qué sentirte mejor, Sherman. Yo era la que conducía. Si atropellamos a ese hijo de puta, quien lo atropello fui yo, y te digo que no he atropellado a nadie, y que no pienso ir a contarle nada a la policía. De modo que deja de preocuparte por el asunto.

—No es que el asunto me *preocupe*, sólo que...

—Así me gusta.

Sherman dudó un momento. Lo que Maria decía era verdad. Era *ella* la que conducía. El coche era el de él, pero *ella* se había puesto al volante; lo que hubiese ocurrido era responsabilidad de ella. *Ella* conducía... y, por lo tanto, si había que presentar una denuncia, la responsable de presentarla era ella. Naturalmente, él confirmaría lo que Maria declarase... pero a estas alturas empezaba a sentirse liberado de un gran peso.

—Tienes razón, Maria. Ha sido un accidente en plena selva.

Sherman hizo repetidos gestos de asentimiento, como para indicar que por fin había comprendido.

—Podían habernos matado allí mismo —dijo Maria.

—¿Sabes una cosa, Maria? Hemos peleado...

—¿Peleado?

—Estábamos perdidos en esa maldita selva... nos atacaron... y luchamos y conseguimos salir con vida. —Su voz sonaba como si ahora estuviese descubriendo la verdad—. Joder, ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me vi metido en una pelea, en una auténtica pelea. Tal vez a los doce o trece años. ¿Sabes una cosa, nena? Has estado maravillosa. Fantástica. De verdad. Cuando he visto que te habías puesto al volante... ¡Ni siquiera tenía idea de que serías capaz de conducir ese coche! —Sherman estaba eufórico. La que conducía era *ella*—. ¡Pero lo has sacado de allí! ¡Has estado fabulosa! —Sí, se había hecho la luz. El mundo estaba radiante bajo esa luz.

—Ni siquiera recuerdo lo que he hecho —dijo Maria—. Ha sido... todo ha ocurrido tan deprisa... Lo peor fue cambiar de asiento. No entiendo cómo se les ocurrió meter la palanca del cambio ahí abajo. Se me enganchó la falda.

—¡Cuando te he visto ahí... era increíble! Si no llega a ser por ti... —Sherman sacudió la cabeza— no habiéramos salido de ese aprieto.

Ahora que habían empezado a revivir exultantemente aquel episodio bélico, Sherman no pudo resistir la tentación de dejar un hueco para que también recayeran elogios sobre su propio comportamiento heroico.

—Bueno, lo hice todo... —dijo Maria—. Yo diría que de puro instinto.

Era típico de ella; no había captado esa primera persona del plural, que le incluía a él entre los héroes.

—Sí —dijo Sherman—, de puro instinto, y del mejor. ¡En ese momento yo tenía las manos muy ocupadas! —La insinuación era ahora tan evidente que sin duda Maria tenía que captarla.

—Oh, Sherman. —Esta vez captó la indirecta—. Lo sé. Cuando arrojaste la rueda, el neumático, contra ese chico... Dios mío. Pensé... oh, Sherman, te enfrentaste a los dos. ¡A los dos, Sherman!

Me enfrenté a los dos. Jamás había sonado una música tan celestial en los oídos del Amo del Universo. ¡Que siga sonando! ¡Eternamente!

—¡Hubo un momento en que no entendí lo que ocurría! —dijo Sherman. Ahora sonreía de excitación; ni siquiera intentaba disimular—. Les tiré el neumático, ¡y de repente me lo vi venir otra vez contra mí!

—Eso fue porque ese chico alzó los brazos para detener el golpe, y entonces rebotó y...

Se zambulleron los dos en los adrenalínicos detalles de la aventura.

Sus voces se alzaron, sus espíritus también, y estuvieron riendo, teóricamente de los detalles más extraños de la batalla, pero en realidad de pura alegría, de espontáneo júbilo por aquel *milagro*. Juntos se habían enfrentado a la peor pesadilla de la vida de Nueva York, y habían triunfado.

Maria comenzó a mirar a Sherman con los ojos muy abiertos y los labios separados, esbozando una sonrisa, Sherman tuvo una deliciosa premonición. Sin decir palabra, ella se puso en pie y se quitó la blusa. No llevaba nada debajo. Sherman miró sus pechos, magníficos. La suave piel blanca vibraba de concupiscencia, brillaba de sudor. María se acercó a Sherman, se plantó entre sus piernas y comenzó a desanudarle la corbata. Sherman rodeó la cintura de Maria con sus brazos y tiró tan fuerte que ella perdió el equilibrio. Rodaron por la alfombra. ¡Qué rato tan feliz, tan torpe, pasaron mientras, serpenteando, se iban desnudando mutuamente!

Ahora estaban tendidos sobre la alfombra, que estaba sucia, con bolas de polvo, pero ¿a quién le importaba en esos momentos la suciedad, el polvo? Estaban los dos

acalorados y húmedos de sudor, pero ¿acaso podía importarles eso ahora? Mejor así. Habían cruzado juntos la muralla de fuego. Habían combatido juntos en la selva. Estaban tendidos, y sus cuerpos conservaban todavía el calor del combate. Sherman la besó en los labios, y permanecieron tendidos así largo rato, besándose simplemente, con los cuerpos apretados el uno contra el otro. Luego él deslizó los dedos a lo largo de la espalda de Maria, de la curva perfecta de su cadera y de la curva perfecta de su muslo, y de su perfecta entrepierna... ¡y jamás había sentido Sherman una excitación comparable! La tensión le recorría todo el cuerpo, desde la yema de los dedos hasta los riñones, y a través de todo su sistema nervioso hasta cada una de los millones de explosivas células sinápticas. Sentía deseos de *poseer*, literalmente, a esa mujer, de encerrarla bajo su propia piel, de subsumir ese cuerpo blanco y caliente, en lo mejor de su juventud, animalmente firme y sana, y hacerla suya para siempre. ¡El amor perfecto! ¡La felicidad en estado puro! ¡Príapo, rey y amo! ¡Amo del Universo! ¡Rey de la Selva!

Sherman guardaba sus dos coches, el Mercedes y una gran rubia Mercury, en un garaje subterráneo situado a dos manzanas de su casa. Cuando llegó al final de la pendiente frenó, como siempre, junto a la cabina de madera del vigilante. De la puerta salió un hombre bajo y regordete, con camisa de manga corta y pantalones holgados de dril. Era Dan, el que no le caía bien, el pelirrojo. Sherman se apeó del coche y se quitó en seguida la americana, confiando en que el vigilante no hubiera llegado a ver los desperfectos.

—¡Eh, Sherm! ¡Qué tal andamos!

Eso era lo que Sherman detestaba con toda su alma. Ya era duro soportar el tuteo despreciable de aquel hombrecillo. Pero que encima se hubiese inventado aquel *Sherm*, aquel diminutivo que jamás en la vida había empleado nadie con él, eso era pasar de lo presuntuoso a lo más profundamente repugnante. Sherman no recordaba haber dicho nada, haber hecho ningún ademán, haberle invitado o insinuado que quería que el vigilante le tratara con aquella familiaridad. Y, aunque en estos tiempos la familiaridad injustificada ya no parecía molestar a nadie, a Sherman le ofendía profundamente. Era, para él, una forma de agresión. *¿Así que crees que soy inferior a ti, tú, wasp de Wall Street con tu mentón a lo Yale? Pues te voy a dar una lección.* Muchas veces Sherman había tratado de pensar alguna frase cortés, pero fría y cortante, con la que hacer frente a esta clase de pseudoamistosos saludos, pero nunca se le ocurría nada.

—¿Qué tal, Sherm? —Dan estaba justo detrás de él. No había modo de sacárselo de encima.

—Bien —dijo Mr. McCoy con su tono más glacial... pero sin la menor convicción. Una de las reglas de comportamiento que deben seguir los seres

superiores cuando se enfrentan a un inferior que les viene con un *¿Qué tal?*, consiste en jamás contestar a esa pregunta. Sherman dio media vuelta, dispuesto a irse a su casa.

—¡Sherm!

Se detuvo sobre sus pasos. Dan se encontraba junto al Mercedes, con las manos apoyadas en sus gordas caderas. Tenía caderas de vieja rechoncha.

—¿Sabes que llevas varios rotos en la americana?

La barra de hielo, tieso y elevado su mentón a lo Yale, no contestó.

—Mira —dijo Dan, muy satisfecho—, hasta se ve el forro. ¿Cómo ha sido?

Sherman pudo oírlo otra vez —*zoc*—, pudo sentir de nuevo el culeo del coche, y, luego, el chico delgado había desaparecido. *Ni una palabra sobre eso*: y, sin embargo, sentía unos tremendos deseos de contárselo a aquel odioso hombrecillo. Ahora que había logrado atravesar con vida la muralla de fuego, Sherman estaba experimentando uno de los impulsos más intensos pero menos comprendidos del ser humano: la compulsión informativa. Quería contar su batalla.

Pero triunfó la precaución, una precaución apoyada por el esnobismo. Probablemente, lo mejor sería que no le contase a nadie el incidente, y a ese hombrecillo menos que a nadie.

—Ni idea —dijo.

—¿No te has dado cuenta?

El gélido hombre de las nieves con el mentón a lo Yale, Mr. Sherman McCoy, señaló el Mercedes con la mano.

—No volveré a usarlo hasta el fin de semana.

Y, dicho esto, le dio la espalda y se fue.

Cuando salió a la acera, una ráfaga de viento barrió la calle. Notaba la camisa empapada. Y los pantalones húmedos hasta las rodillas. Llevaba colgada del brazo su desgarrada americana. Y el pelo revuelto como el nido de un pájaro. Estaba hecho un desastre. El corazón le latía demasiado aprisa. *Tengo algo que ocultar*. Pero ¿qué era lo que le preocupaba? No era él quien conducía en el momento del atropello. Suponiendo que hubiese habido un atropello. ¡Exacto! *Suponiendo* que lo hubiese habido. Él no había visto nada, ni ella tampoco, y, además, ocurrió en el fragor de una pelea en la que estaban tratando de salvar su vida, y, en cualquier caso, la que conducía era ella. Si Maria no quería informar a la policía, allá ella.

Se detuvo, inspiró profundamente, y miró a su alrededor. Sí; el Manhattan de los Blancos, el refugio de las Setenta Este. Al otro lado de la calzada, un portero fumaba un pitillo bajo el toldo de la entrada de un edificio de apartamentos. Un chico con traje oscuro y una guapa muchacha con vestido blanco caminaban hacia él. El joven hablaba atropelladamente. Jovencísimo, y vestido como un anciano, con un traje de Brooks Brothers o de Chipp o de J. Press, con el mismo aspecto que había tenido el

propio Sherman cuando entró a trabajar en Pierce & Pierce.

De repente Sherman se sintió embargado por una maravillosa sensación. ¿De qué se preocupaba? Se quedó plantado en la acera, completamente quieto, alto el mentón y con una ancha sonrisa en el rostro. Probablemente, el chico y la chica debían de estar pensando que estaba chiflado. De hecho, era todo un hombre. Esa misma noche, armado solamente de su propias manos y su valentía, acababa de enfrentarse contra un enemigo elemental, un cazador, un predador, y había salido victorioso. Había logrado, luchando con valentía, salir de una emboscada en un territorio de pesadilla. Y había emergido victorioso. Había salvado a una mujer. Llegado el momento de actuar como un hombre, había sabido actuar como un hombre, y triunfar. No era sólo un Amo del Universo; era mucho más; era todo un hombre. Sonriendo, tarareando *Mostradme diez hombres valientes*, el hombre valiente, húmedo aún de la refriega, recorrió las dos manzanas que le separaban de su casa, de aquel dúplex que dominaba toda una panorámica de la calle de los sueños.

5. La chica del pintalabios marrón

En el sexto piso del edificio de los juzgados del Bronx, cerca de los ascensores, había una ancha entrada enmarcada por dos o tres toneladas de caoba y mármol, y cerrada por un mostrador y una puerta. Detrás del mostrador estaba sentado un guardia con un revólver del 38 en la cartuchera que colgaba junto a su cadera. El guardia hacía las funciones de recepcionista. El revólver, enorme, debía servir como agente disuasor para toda clase de altercados que pudiesen tratar de organizar allí los delincuentes del Bronx, caso de que se les desatara la furia vengativa que solían albergar en sus almas.

Sobre esta entrada se podían leer unas mayúsculas de estilo romano, fabricadas en carísimo latón pagado por los contribuyentes neoyorquinos y pegadas al mármol con adhesivo químico. Una vez a la semana, un empleado se subía a una escalera y frotaba con limpiametales todas las letras, a fin de que el rótulo que decía RICHARD A. WEISS, FISCAL DEL DISTRITO, CONDADO DEL BRONX, brillase más que todos los adornos que los arquitectos del edificio, Joseph H. Freedman y Max Hausle, se atrevieron a poner en las diversas fachadas del edificio, en su dorado amanecer de hacía ya medio siglo.

Cuando Larry Kramer salió del ascensor y se encaminó hacia este brillo de latón, la esquina derecha de sus labios se torció en un gesto subversivo. La A era la inicial de Abraham. Los amigos de Weiss, sus compinches de la política, los periodistas y los reporteros de los canales 1, 2, 4, 5, 7 y 11 de televisión, así como sus votantes, en especial los judíos e italianos de la zona de Riverdale y Pelham Parkway y Coop City, le conocían como Abe Weiss. Y Weiss detestaba ese diminutivo, Abe, que le colocaron cuando era un muchacho de Brooklyn. Hacía algunos años que comunicó a quienes pudiera interesar que prefería que le llamasen Dick, pero las carcajadas que eso provocó en la organización del Partido Demócrata del Bronx estuvieron a punto de obligarle a salir por piernas del local. Ésa fue la última vez que Abe Weiss dijo lo de Dick Weiss. Para Abe Weiss, que le expulsaran a carcajadas de la organización por el procedimiento que fuera, hubiera sido como si le echaran por la borda de un crucero navideño en mitad del Caribe. De modo que sólo era Richard A. Weiss en el *New York Times* y en el frontispicio de esta entrada.

El guardia pulsó el botón que abría la puerta, y las zapatillas deportivas de Kramer comenzaron a chirriar contra el piso de mármol. El guardia les dirigió una sola y escéptica mirada. Como de costumbre, Kramer llevaba sus zapatos de piel en una bolsa de A & P.

Después de la señorial entrada, el nivel de grandeza de las oficinas del fiscal de distrito aumentaba y disminuía simultáneamente. El despacho del propio Weiss era incluso más grande y más espectacular que el del alcalde de Nueva York, gracias,

entre otras cosas, a los paneles de madera que forraban sus paredes. Los jefes de los departamentos de Homicidios, Investigaciones, de las salas de lo Penal, y las de Apelaciones, también tenían sus paredes forradas de madera y sus sofás de cuero y sus butacas Contraer Sheraton. Pero los despachos en los que trabajaban los vicefiscales de distrito, como el de Larry Kramer, tenían una decoración del tipo de «suficiente-para-un-funcionario».

Los dos vicefiscales de distrito que compartían el despacho con él, Ray Andriutti y Jimmy Caughey, estaban despatarrados en sus sillones giratorios. En la habitación apenas si había espacio suficiente para tres mesas metálicas, tres sillones giratorios, cuatro archivadores, un viejo perchero del que salían seis amenazadores ganchos, y una mesa con una máquina de Mr. Coffee y un promiscuo montón de vasos y cucharillas de plástico, más un pringoso collage de servilletas de papel y sobrecitos blancos de azúcar y rosados de sacarina, todo ello pegado a una bandeja de plástico por medio de una pasta superadhesiva y de aroma dulzón formada por café derramado y leche en polvo. Andriutti y Caughey estaban sentados con las piernas cruzadas en idéntica posición, el tobillo izquierdo reposando sobre la rodilla derecha, como si fuesen unos sementales cuyos abultados genitales les impidieran cerrar ni un centímetro más las piernas. Esta era la posición en la que se sentaban los funcionarios del departamento de Homicidios, el más viril de los seis que formaban la Oficina del Fiscal de Distrito.

Ambos habían dejado sus americanas colgadas del perchero al clásico estilo del me-importa-un-huevo-cómo-quede. Llevaban desabrochado el botón superior de la camisa, y aflojado el nudo de la corbata. Andriutti se frotaba el dorso del brazo izquierdo con la mano derecha, como si le picase algo. De hecho, lo único que hacía era admirar sus tríceps, cuyo desarrollo fomentaba con ejercicios de pesas, tres veces por semana, en el New York Athletic Club. Andriutti podía permitirse el lujo de ir al Athletic Club en lugar de hacer esos ejercicios entre una *Dracanea fragrans* y un sofá-cama, por la sencilla razón de que no tenía que mantener esposa e hijo en una colonia de hormigas de las Setenta Oeste con sólo 888 dólares al mes. No tenía tampoco que sufrir pensando en el alarmante adelgazamiento de sus tríceps y deltoides y dorsales anchos. A Andriutti le gustaba que, cuando se buscaba la muñeca de una mano con la otra, por la espalda, los músculos más anchos de su espalda, los latissima dorsae, se abrieran en abanico hasta casi romperle la camisa, mientras que sus pectorales se le endurecían hasta formar un par de montañas de puro músculo. Kramer y Andriutti pertenecían a la nueva generación, y conocían mejor los nombres de músculos como los deltoides, tríceps y dorsales anchos que los de los planetas más importantes. Andriutti se frotaba los tríceps unas ciento veinte veces al día, de promedio.

Sin dejar de frotárselos, miró a Kramer, que entraba en ese momento, y anunció:

—Joder, ahí viene la señora de la bolsa de plástico. ¿Qué coño haces con esa bolsa de A & P, Larry? Llevas toda la semana presentándote con esa bolsa de mierda. —Luego se volvió hacia Jimmy Caughey y le dijo—: Tiene la misma pinta que una de esas vagabundas de la bolsa de plástico.

Caughey también era de tipo atlético, pero más bien de los que practican el triatlón, con la cara estrecha y el mentón alargado. Ahora se limitó a sonreírle a Kramer, como diciéndole: «Y bien, ¿qué respondes a eso?»

—¿Te pica el brazo, Ray?—, dijo Kramer. Después miró a Caughey y añadió—: Joder con la alergia de Ray. Creo que la llaman el síndrome del levantador de pesas. —Luego se volvió hacia Andriutti—: Cómo pica, el muy hijoputa...

Andriutti dejó de tocarse el tríceps.

—¿Y se puede saber adonde vas con ese *calzado de jogging*? —le dijo a Kramer—. Pareces una de esas tías que van a trabajar dando pasitos ridículos. Se ponen superelegantes, pero también usan esas zapatillas de mierda.

—¿Qué leches llevas en la bolsa? —dijo Caughey.

—Los zapatos de tacón alto —dijo Kramer. Se quito la americana y la tiró hacia uno de los ganchos del perchero, estilo me-importa-un-huevo-cómo-quede, al igual que sus compañeros, y luego se aflojó la corbata, se desabrochó el botón superior de la camisa, se sentó en su sillón giratorio, abrió la bolsa de plástico para sacar sus zapatos Johnson & Murphy de color marrón, y empezó a quitarse las Nike.

—Jimmy —dijo Andriutti, dirigiéndose a Caughey—, ¿sabías que los varones judíos (y, Larry, no quiero que te tomes esto como un ataque personal, sólo estoy generalizando), sabías que los varones judíos, aunque sean machos de verdad, tienen un gen maricón? Es un hecho que está demostrado. Los hay que no soportan caminar bajo la lluvia sin paraguas; otros que tienen sus apartamentos llenos de moderneces de mierda; otros a los que no les gusta cazar; o que están en contra de la energía nuclear; o que defienden los planes especiales de empleo para minorías y mujeres; o que van a trabajar con zapatillas de jogging. ¿Lo sabías?

—Joder —dijo Kramer—, ¿y por qué creías que podía tomármelo como un ataque personal?

—Venga, Larry —dijo Andriutti—, di la verdad. ¿No te gustaría, en el fondo, ser italiano, o irlandés?

—Sí —dijo Kramer—, y así no tendría ni puta idea de cómo coño funciona esta oficina.

Caughey comenzó a reír:

—En fin, Larry, no permitas que Ahab vea ese calzado, o le dirá a Jeanette que prepare uno de sus memorándums de mierda.

—O a lo mejor convoca una de sus jodidas conferencias de prensa —dijo Andriutti.

—Eso es apostar con ventaja.

Y de este modo comenzó otra jornada de mierda en el jodido departamento de Homicidios de la jodida Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx.

Fue un vicefiscal de las salas de lo penal el que comenzó a llamar «capitán Ahab» a Abe Weiss, y ahora todos le llamaban así. Weiss era conocido por su obsesión publicitaria, y en este sentido sobresalía entre sus colegas, incluso habida cuenta de la pasión publicitaria que, por naturaleza, parecía animar a toda la raza de los fiscales de distrito. A diferencia de los grandes fiscales de antaño, como Frank Hogan, Burt Roberts o Mario Meola, Weiss jamás pisaba un juzgado. No tenía tiempo para esas cosas. El día tenía las horas contadas, y él las necesitaba todas para ponerse en contacto con los canales 1, 2, 4, 5, 7 y 11 de televisión, y con el *Daily News*, el *Post*, el *City Light* y el *Times*.

—Acabo de ver al capitán —dijo Jimmy Caughey—. Tendrías...

—¿Que has ido a verle? ¿Para qué? —dijo Kramer con una curiosidad excesiva y una incipiente envidia en su tono de voz.

—Hemos ido Bernie y yo —dijo Caughey—. Quería que le informáramos sobre el caso Moore.

—¿Alguna novedad?

—Es el típico caso de mierda —dijo Caughey—. El jodido de Moore tiene una casa enorme en Riverdale, y la madre de su mujer vivía con ellos y llevaba treinta y siete jodidos años dándoles la tabarra. Pues bien, el tío perdió su empleo. Trabajaba para una compañía de seguros y ganaba de 200 a 300 mil al año, y ahora llevaba en el paro ocho o nueve meses, y nadie le daba trabajo, y no sabía qué hacer. Bien, pues andaba el tío haciendo chapuzas por el jardín cuando de repente sale la suegra y le dice: «¿Y por qué no te buscas un empleo de jardinero?» Bueno, aquello enloqueció al tío, se chifló. Entró en casa y le dijo a su mujer: «Estoy hasta los huevos de tu madre. Voy a sacar la escopeta y pegarle un buen susto.» Subió al dormitorio, bajó, se dirigió hacia su suegra, dispuesto a conseguir que la vieja se cagara de miedo, y le dijo: «Muy bien, Gladys», pero tropezó con la alfombra, se le disparó la escopeta, la mató, y ¡zas!, homicidio en segundo grado.

—¿Y por qué le interesa este caso a Weiss?

—Bueno, porque Moore es blanco, tiene bastante pasta, y vive en una casa muy grande de Riverdale. A primera visra, parece que el tío trata de fingir que ha sido un accidente.

—¿Crees que fingió que era un accidente pero que en realidad...?

—Imposible. Ese cabrón es de los míos. El típico irlandés al que le fueron bien las cosas, pero, básicamente, un irlandés. El tipo se muere de remordimiento. Se siente tan culpable como si hubiese matado a su propia madre. En este momento confesaría lo que le pidieras, cualquier cosa. Bernie podría colocarle delante de la

cámara de vídeo y hacer que se declarase culpable de todos los asesinatos cometidos en el Bronx durante los últimos cinco años. Imposible. Al principio las cosas tenían buen aspecto, pero es el típico caso de mierda. No habrá modo.

Kramer y Andriutti reflexionaron sobre aquel típico caso de mierda. No necesitaban mayores explicaciones. Todos los vicefiscales del Bronx, desde el más joven italiano recién salido de la facultad de St. John's hasta el más viejo irlandés con cargo de jefe de departamento, es decir alguien como Bernie Fitzgibbon, que tenía cuarenta y dos años, compartían con el capitán Ahab ese deseo de dar alguna vez con el Gran Acusado Blanco. Para empezar, porque no era en absoluto agradable andar por la vida diciéndose a sí mismo: «Me gano la vida mandando a negros y latinos a la cárcel.» Kramer había crecido en un ambiente liberal. En las familias judías como la suya, el liberalismo se digería al mismo tiempo que la papilla y el zumo de manzanas Mott y las Instamatic y las Sonrisas de Papá a la vuelta del trabajo. Pero es que incluso los italianos como Ray Andriutti, y los irlandeses como Jimmy Caughey, sobre los que no pesaba en absoluto ningún tipo de liberalismo familiar, acababan sintiéndose afectados por el clima mental de las facultades de derecho, en donde, para empezar, la mayoría de los profesores eran judíos. Al terminar los estudios de derecho en la zona de Nueva York, parecía cuando menos... *¡descortés!* meterse con los *yoms* [\[11\]](#). No es que pareciese moralmente condenable... Sólo que era *de mal gusto*. De manera que los chicos acababan sintiéndose incómodos por el hecho de estar procesando siempre a negros y latinos.

Y no es que esos procesados fuesen inocentes. A las dos semanas de trabajar como vicefiscal, Kramer ya había aprendido que el noventa y cinco por ciento de los detenidos que llegan a la fase de enjuiciamiento eran realmente culpables. El número de causas pendientes era tan abrumador que nadie perdía el tiempo tratando de hacer que avanzaran los casos menos seguros, a no ser que la prensa estuviese al acoso. Los acusados llegaban a toneladas, transportados por aquellas furgonetas azules y anaranjadas que aparcaban en Walton Avenue. Pero los pobres bastardos encerrados detrás de la malla metálica no eran delincuentes en el sentido romántico del término, tipos que tratasen de conseguir cierto objetivo tan desesperadamente que no les importaba emplear para ello métodos ilegales. En absoluto. La mayoría de los acusados sólo eran subnormales incompetentes que hacían cosas increíblemente estúpidas y espantosas.

Kramer se quedó mirando a sus compañeros, Andriutti y Caughey, con sus potentes musculaturas. Se sentía superior. Había obtenido su título en la facultad de Columbia, mientras que ellos eran alumnos de St. Johns, conocida por todo el mundo como la facultad de los segundones. Además, él era judío. Desde una fecha muy temprana de su vida, Kramer se enteró de que los irlandeses y los italianos eran unos animales. Los italianos eran cerdos, mientras que los irlandeses eran asnos o cabras.

No lograba recordar si había oído emplear estos términos a sus padres, pero era indudable que le habían transmitido esa idea con la mayor claridad. Para sus padres, Nueva York —¿Nueva York solamente? No. ¡Toda Norteamérica, todo el mundo!— era una tragedia titulada *Los judíos enfrentados a los goyim*, en la que los *goyim* eran unos animales. Era muy infrecuente la presencia de un judío en Homicidios. El departamento de Homicidios era la élite de la Oficina del Fiscal, algo así como los marines de aquellas fuerzas armadas, porque el homicidio era el delito más grave de todos. Los vicefiscales de Homicidios debían estar dispuestos a presentarse en el escenario de los peores crímenes a cualquier hora del día, y actuar como verdaderos comandos, trabajar codo a codo con la policía, saber cómo hacer frente a los acusados y los testigos, intimidarles cuando llegaba el momento adecuado, a pesar de que los acusados y los testigos de su departamento eran los más rastreros, los más viles, los más canallescos de toda la historia de la justicia. Durante cincuenta años, como mínimo, y quizá más incluso, el departamento de Homicidios había sido un enclave irlandés, aunque en fechas recientes los italianos habían logrado colarse en ese reducto. Los irlandeses le habían dado su sello propio a Homicidios. Los irlandeses eran unos tipos brutalmente valerosos. Incluso cuando sólo un loco se hubiese negado a retroceder, ellos aguantaban sin dar un solo paso atrás, Andriutti había tenido razón, o buena parte de razón. Kramer no hubiese querido ser italiano, pero sí le habría gustado ser irlandés, aunque lo mismo le ocurría al jodido de Andriutti. ¡Sí, eran unos animales! Los *goyim* eran unos animales, y Kramer se sentía orgulloso de estar entre animales, en el departamento de Homicidios.

Fuera como fuese, ahí estaban los tres, sentados en esa oficina decorada en el más puro y paupérrimo estilo funcional, cobrando de 36.000 a 42.000 dólares anuales, en lugar de trabajar en Cravath, Swaine & Moore o algún otro bufete así, y ganando de 136.000 a 142.000 dólares. Los tres habían nacido a millones de kilómetros de Wall Street, es decir en los otros barrios de Nueva York: Brooklyn, Queens y el Bronx. Para sus respectivas familias, enviarles a la universidad había sido el acontecimiento más importante de su vida desde la llegada al poder de Franklin D. Roosevelt. Y por eso estaban allí, en el departamento de Homicidios, soltando un taco por cada dos palabras y pronunciando tan mal como sus padres, como si fuesen unos tarugos.

Allí estaban los tres... allí estaba él, Kramer. ¿Adónde se dirigía? ¿Cuáles eran los casos de los que se encargaba? ¡Casos de mierda! Simple basura... Arthur Rivera. Arthur Rivera y otro traficante se pusieron a discutir por culpa de una pizza, y sacaron la navaja, y Arthur dijo: «Dejemos la navaja y peleemos cuerpo a cuerpo.» Y así lo hicieron, y Arthur aprovechó la ocasión para sacar otra navaja, clavársela al otro en el pecho, y matarle... Jimmy Dollard. Jimmy Dollard y su mejor amigo, Otis Blakemore, junto con otros tres negros, estaban bebiendo y esnifando cocaína y jugando a un juego que consistía en ver a quién se le ocurría el insulto más ofensivo

contra los demás, y Blakemore, muy inspirado, insultó con el mayor ingenio y la peor malicia a Jimmy, y Jimmy sacó un revólver, le metió una bala en el corazón y luego se desplomó sobre la mesa y, sollozando, comenzó a gritar: «¡Mi amigo! ¡Mi mejor amigo! ¡He matado a mi mejor amigo!»... Y el caso de Herbert 92X...

Por un instante, el recuerdo del caso de Herbert hizo reaparecer la imagen de la chica del pintalabios marrón...

Estos casos tan rastreros ni siquiera llamaban la atención de la prensa. Unos pobres que mataban a otros pobres. Llevar la acusación de uno de estos casos era como formar parte del servicio de recogida de basuras, un servicio necesario y honorable, pesado y anónimo.

El capitán Ahab no caía nunca tan bajo. ¡Titulares periodísticos, telediaris! Ray y Jimmy podían reírse de él todo cuanto quisieran, pero Weiss había conseguido que toda la ciudad le conociera. Weiss se enfrentaría pronto a la reelección, el Bronx era negro y latino en un setenta por ciento, y quería asegurarse de que sus futuros votantes estaban siendo constantemente bombardeados con el nombre de Abe Weiss. No podía hacer casi nada más, pero eso lo haría, desde luego.

Sonó el teléfono. Era el de Ray.

—Homicidios —dijo—. Andriutti... Bernie no está. Creo que ha ido a la sala... ¿Cómo...? ¿Ota vez esa historia? —Larga pausa—. Bueno, pero, al final, ¿le atrepellaron o no...? Ajá... joder, y qué sé yo. Mejor díselo a Bernie. ¿Vale...? Vale. —Colgó, hizo un movimiento negativo con la cabeza, y miró a Jimmy Caughey—. Era un inspector que llamaba desde el Lincoln Hospital. Dice que tienen ahí a un tío que está a punto de palmarla, un chico que fue ingresado en urgencias y no sabe si resbaló en la bañera y se rompió la muñeca, o si más bien fue atropellado por un Mercedes-Benz. O no sé qué leches. Quiere hablar con Bernie. Muy bien. Que hable con el jodido Bernie.

Ray siguió haciendo movimientos negativos con la cabeza, y Kramer y Caughey hicieron por su parte gestos de comprensivo asentimiento. Los típicos embrollos de mierda que cada día se producían en el Bronx.

Kramer miró el reloj y se puso en pie.

—Bien, muchachos —dijo—, podéis seguir sentados aquí cagándoos en todo. En cuanto a mí, no me queda más remedio que ir a escuchar a Herbert 92X, el famoso erudito especialista en el Próximo Oriente, que seguro que volverá a leernos extractos del Corán.

El edificio de los juzgados del Bronx contenía un total de treinta y cinco salas de lo penal. Habían sido construidas simultáneamente, a comienzos de los años treinta, cuando aún se creía que incluso el aspecto mismo de una sala de justicia tenía que expresar la seriedad y omnipotencia del imperio de la ley. Los techos eran altísimos,

de casi cuatro metros. Las paredes estaban completamente forradas de madera oscura. El juez se situaba en lo alto de un gran estrado, sentado a una mesa enorme. La mesa tenía una cantidad tan desproporcionada de cornisas, molduras, paneles, pilastras y adornos taraceados, y era además tan gigantesca, que por sí sola hubiese bastado para que el propio Salomón, que fue rey, la encontrase imponente. Los asientos para el público estaban separados del estrado del juez, las gradas del jurado y las mesas del fiscal, el defensor y el secretario del tribunal por una balaustrada de madera provista de un enorme pasamanos profusamente tallado. En pocas palabras, no había en la apariencia de aquella sala absolutamente ningún detalle que le permitiera intuir al profano lo atropellado que era el trabajo cotidiano de un juez de lo penal.

En cuanto pisó el umbral, Kramer comprendió que el día no había empezado precisamente bien en la Sala 60. Bastaba con mirar al juez para hacerse cargo de la situación. Kovitsky, engalanado con su negra toga, estaba en el estrado, inclinado sobre la mesa y con los dos antebrazos apoyados en su superficie. Tenía el mentón tan bajo que casi parecía estar rozando la mesa con él. Su huesudo cráneo y su afilada nariz emergían de sus ropajes en un ángulo tan agudo que casi le daban aspecto de águila. Kramer se fijó en los iris del juez, que flotaban y brincaban en los blancos de sus ojos. Kovitsky estaba inspeccionando la sala, estudiando la extraña colección de seres humanos que la ocupaban. Por su aspecto, se hubiera dicho que estaba a punto de agitar las alas para descargar un ataque en picado. Kramer tenía sentimientos ambivalentes respecto a Kovitsky. Si, por un lado, detestaba las diatribas que solía lanzar desde el estrado, que a menudo eran personales y sólo pretendían humillar a los demás, por otro Kovitsky era un guerrero judío, un hijo de la Masada. Sólo Kovitsky era capaz de hacerles cerrar el pico de un escupitajo a los bocazas de la furgoneta de detenidos.

—¿Dónde está Mr. Sonnenberg? —dijo Kovitsky. No hubo respuesta.

De modo que repitió la pregunta, empleando esta vez un asombroso timbre de barítono que hizo que cada una de las sílabas atravesara la sala como un dardo, y que dejó perplejos a los que visitaban por primera vez la sala del juez Myron Kovitsky:

—¡DÓNDE ES-TÁ MIS-TER SON-NEN-BERG!

Aparte de un par de niños y una niña que corrían entre los bancos jugando al escondite, todos los espectadores se quedaron helados. Y, uno por uno, se felicitaron a sí mismos. Por desdichado que fuese su destino, como mínimo no habían caído hasta el vil nivel del tal Mr. Sonnenberg, ese insecto miserable.

Ese insecto miserable era un abogado, y Kramer sabía en qué consistía la falta que tanta furia había despertado en el juez: con su ausencia, Sonnenberg estaba impidiendo que una nueva palada de rancho entrase en el hambriento estómago de la Sala 60 del sistema de justicia penal. En cada una de las salas, la jornada daba comienzo con lo que la gente del oficio llamaba «pasar lista». Durante esas sesiones,

el juez despachaba las mociones y alegatos de la lista de pleitos, y de ahí el nombre de esa actividad que a veces llegaba hasta las doce cada mañana. Kramer se partía de risa siempre que veía una escena judicial en las series de televisión. En esas escenas siempre se asistía a una vista oral. ¡Una vista oral! ¿Quién diablos se inventaba esa clase de escenas? Cada año había en el Bronx siete mil procesamientos por delitos mayores, pero sólo se podían juzgar seiscientos cincuenta causas anuales. De modo que los jueces tenían que sacudirse de encima las otras seis mil trescientas cincuenta causas por uno de estos dos procedimientos: o bien absolviendo al acusado, o bien permitiendo que éste se declarase culpable de una acusación más leve, a cambio de que librase al tribunal de juzgarle. Dedicarse a absolver al por mayor era una forma algo arriesgada de librar a las salas de lo penal de su sobrecarga de causas, incluso para quienes veían las cosas con el más grotesco cinismo. Cada vez que un juez se libraba por este método de un delito de mayor cuantía, corría el riesgo de que la víctima, o su familia, empezase a emitir aullidos de protesta, y la prensa ardía en deseos de atacar a todos los jueces que permitieran que los malhechores salieran libres. El único recurso que quedaba era, así pues, el de las rebajas en el grado de la acusación, y en esto se ocupaban las hotas dedicadas a pasar lista. De manera que esas sesiones eran el principal canal alimentario del sistema judicial en el Bronx.

Semanalmente, el secretario de cada una de las salas iba con su tarjeta estadística a visitar a Louis Mastroiani, que era el magistrado jefe de las salas de lo penal de la Audiencia del Bronx. Esa tarjeta estadística detallaba cuántos casos había tenido que entender el juez de cada sala, y cuántos había resuelto esa semana a base de rebajas, absoluciones y juicios propiamente dichos. Encima de la cabeza del juez, en todas las salas, había una inscripción que rezaba: EN DIOS CONFIAMOS. En la tarjeta estadística, sin embargo, el encabezamiento decía: LISTA DE CASOS PENDIENTES. Y la eficacia de los jueces se medía casi exclusivamente por la situación estadística de esta lista de casos pendientes.

La gran mayoría de los casos tenía que ser vista, oficialmente, a las nueve y media de la mañana. Si el secretario anunciaba un caso en voz alta, y no se encontraban presentes el acusado o su abogado, o si ocurría cualquier otra cosa que impidiera darle un nuevo empujón a aquel caso en su lento avance por el embudo digestivo del sistema judicial, lo lógico era que los protagonistas del siguiente caso de la lista se encontraran en la sala, dispuestos a entrar en acción. Por este motivo el espacio reservado al público solía estar lleno de grupitos de personas que en ningún caso eran público en sentido estricto. Pues se trataba de acusados con sus abogados, o de acusados con sus amiguetes, o de acusados con sus parientes. Los tres críos que albororaban por esa zona salieron de entre dos bancos, corrieron hasta el fondo de la sala, riendo, y desaparecieron detrás del último banco. Una mujer volvió la cabeza y les miró con gesto ceñudo, pero no se tomó la molestia de ir a buscarles. Kramer, por

su parte, les reconoció en seguida. Eran los hijos de Herbert 92X. Aquello no era, de todos modos, sorprendente; todos los días había niños armando jaleo en las salas. Los tribunales del Bronx se habían convertido en guarderías infantiles. Jugar al escondite en la Sala 60 mientras papá esperaba a presentar su moción, a presentar su alegato, a ser juzgado, a ser sentenciado, formaba parte de la educación de todos esos niños.

Kovitsky se volvió hacia el secretario del tribunal, que estaba sentado a una mesa situada al pie del estrado del juez, hacia un extremo. El secretario era un italiano de cuello de toro que se llamaba Charles Bruzzielli. Iba en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y la corbata a media asta. Le asomaba por arriba el cuello de la camiseta. La corbata estaba anudada con un nudo muy grueso.

—¿Quién es éste...? —Kovitsky bajó la vista para leer un papel que tenía en su mesa—. ¿Mr. Lockwood...?

Bruzzielli dijo que sí con la cabeza, y Kovitsky miró al hombre delgado que se había adelantado hacia él.

—Mr. Lockwood —dijo Kovitsky—, ¿dónde está su abogado? ¿Dónde está Mr. Sonnenberg?

—Ni idea —dijo el hombre delgado.

Casi no se le oyó. Tendría como máximo diecinueve o veinte años. Su piel era oscura, y estaba tan flaco que no parecía que aquel chaquetón acolchado estuviese apoyado sobre unos hombros normales. Llevaba tejanos pitillo, y unas enormes zapatillas deportivas de color blanco que se abrochaban con un par de tiras de velcro.

Kovitsky se quedó mirándole un momento, y luego le dijo:

—Bien, Mt. Lockwood, tome asiento. Si Mr. Sonnenberg se digna obsequiarnos con su presencia más adelante, quizá podamos estudiar su caso.

Lockwood dio media vuelta y se dirigió hacia los bancos del público. Caminaba con el mismo contoneo que adoptaban prácticamente todos los jóvenes acusados del Bronx, el Contoneo de Chuloputas. Menuda pandilla de ególatras autodestructivos, pensó Kramer. Siempre se presentaban ante el juez con aquellos chaquetones negros, aquellas zapatillas deportivas, aquel Contoneo de Chuloputas. Siempre daban, hasta el último detalle, el tipo del delincuente juvenil en su actitud ante los jueces, los jurados, los funcionarios de libertad condicional, los psiquiatras forenses, ante toda persona que tuviese el más mínimo peso en la decisión de enviarles o no al talego, por mucho o por poco tiempo. Lockwood se fue con su contoneo de chuloputas hasta uno de los últimos bancos del público, y se sentó junto a otro par de jovencitos con chaquetón acolchado de color negro. Eran, sin duda, sus compinches, sus colegas. Los colegas de los acusados siempre se presentaban en los tribunales con sus propios chaquetones acolchados color negro brillante y sus cochambrosas zapatillas deportivas. Así demostraban, también, lo listos que eran. Bastaban esos detalles para demostrar más allá de toda duda que el acusado no era un pobre ser indefenso, una

desdichada víctima de la degradada vida de los ghettos, sino que formaba parte de esa pandilla de implacables delincuentes juveniles que disfrutaban pegando con palos a las viejas que atravesaban la Grand Concourse para luego robarles el bolso. Todos los de esa calaña entraban en los tribunales cargados de adrenalina, mostrando sus protuberantes músculos de acero, desafiando a todo el mundo con sus cuadradas mandíbulas, dispuestos a defender el honor y, si era necesario, hasta la piel de sus colegas, de los ataques que pretendía infligirles el Sistema. Sin embargo, al poco rato caían en la somnolencia, el tedio y la confusión. Eran hombres de acción. No estaban preparados para lo que aquella jornada exigía de sus protagonistas, pacientes, largas esperas mientras avanzaba penosamente ese tedioso ir «pasando lista», algo de lo que hasta entonces no habían oído hablar jamás, y teniendo que escuchar toda aquella palabrería atildada, todo aquello de «si se digna obsequiarnos con su presencia».

Kramer pasó por delante del estrado para dirigirse a la mesa del secretario. Junro a él se encontraban orros tres vicefiscales, esperando el turno de ser llamados por el juez.

—El Pueblo contra Albert y Marilyn Krin... —dijo el secretario.

Dudó un momento y volvió a mirar los papeles que tenía delante. Luego miró hacia una mujer joven que estaba a un par de metros de distancia, una vicefiscal llamada Patti Stullieri, y, en un susurro de actor, le dijo:

—¿Qué coño dice aquí?

Kramer miró por encima del hombro del secretario. En la hoja decía: «Albert y Marilyn Krnkka.»

—Kri-nick-a —dijo Patti Stullieri.

—¡Albert y Marilyn Kri-nick-a! —declamó el secretario—. Causa número 3-2-8-1 —Y luego, dirigiéndose a Patti Stullieri—: ¿Qué leches de nombre es ése?

—Es un apellido yugoslavo.

—No te jode, yugoslavo. Pues cualquiera diría que a la mecanógrafa se le han enganchado los dedos entre las teclas...

Desde el fondo del público avanzó una pareja hasta la balaustrada y, una vez allí, se apoyaron en ella. El hombre, Albert Krnkka, sonrió en plan simpático, como si tratase de llamar la atención del juez Kovitsky. Albert Krnkka era un tipo alto y desgarrado, con una barba de chivo de unos diez centímetros, pero sin bigote, y largo pelo rubio, como si fuese un rockero pasado de moda. Era de nariz huesuda, cuello largo, y su nuez parecía ascender y descender un palmo cada vez que tragaba saliva. Vestía una camisa verde intenso de cuello anchísimo y, en lugar de botones, una cremallera dispuesta en diagonal desde el hombro izquierdo hasta la parte derecha de la cintura. A su lado estaba su mujer, Marilyn Krnkka, una mujer morena de rostro delgado y delicado. Sus ojos eran dos ranuras. Se pasó el rato apretando los labios y haciendo muecas.

Todo el mundo, desde el juez Kovitsky y el secretario hasta Patti Stullieri, pasando por el propio Kramer, se quedó mirando a los Krnkka, esperando que su abogado se adelantase hasta el estrado, o que llegara corriendo desde el fondo, o que hiciera acto de presencia de un modo u otro. Pero no había abogado.

Furioso, Kovitsky se volvió hacia Bruzzielli y le dijo:

—¿Quién les representa?

—Me parece que Marvin Sunshine —dijo Bruzzielli.

—Y bien, ¿dónde se ha metido? Hace pocos minutos le he visto por ahí. ¿Se puede saber qué le pasa hoy a todo el mundo?

Bruzzielli respondió con un Encogimiento Primordial de Hombros y puso los ojos en blanco, como si aquel desastre le doliese muchísimo pero no pudiese hacer nada por ponerle remedio.

La cabeza de Kovitsky estaba cada vez más hundida. Sus iris flotaban como acorazados en un mar blanco. Pero, antes de que pudiese lanzar uno de sus enconados discursos en contra de los abogados criminalistas, una voz se alzó desde la balaustrada.

—¡Señoría! ¡Señoría! ¡Eh, juez!

Era Albert Krnkka. Agitaba en el aire la mano derecha, tratando de llamar la atención de Kovitsky. Aunque tenía los brazos delgados, sus muñecas y manos eran enormes. Mantenía la boca abierta en una sonrisa a medias con la que pretendía convencer al juez de que era un hombre sensato. De hecho, todo él, de pies a cabeza, parecía uno de esos enloquecidos tipos altos de flaca osamenta cuyo metabolismo funciona tres veces más aprisa de lo normal y que, en mayor medida que los demás humanos, son propensos a las explosiones.

—¡Eh, juez! —Kovitsky se volvió finalmente, pasmado ante aquella actitud—. ¡Eh, juez! Hace dos semanas, ella nos dijo que de dos a seis, ¿no?

Cuando Albert Krnkka dijo «de dos a seis», alzó los dos brazos y estiró dos dedos de cada mano, como si hiciese el signo de victoria, o el signo pacifista, y los agitó en el aire, como si estuviese tocando un tambor aéreo al ritmo de la frase «de dos a seis.»

—Mr. Krnkka —dijo Kovitsky en un tono que, tratándose de él, resultaba casi dulce.

—Y ahora viene diciendo que de tres a nueve —dijo Albert Krnkka—. Nosotros, se lo dijimos. Okey, de dos a seis —una vez más alzaba las manos y golpeaba el aire con los dedos estirados haciendo una «v» al ritmo de la frase «de dos a seis»—, y ahora viene diciendo que de tres a nueve. De dos a seis —volvió a golpear el aire—, de dos a seis...

—MIS-TER KRI-NICK-A, SI NO LE...

Pero Albert Krnkka no se dejó amilanar por el martilleo de la voz del juez.

—De dos a seis —*plam, rataplam, plam*—, usted lo oyó.

—MIS-TER KRI-NICK-A. Si quiere dirigirse a este tribunal, hágalo a través de su abogado.

—¡Eh, juez, pregúnteselo a ella! —Y lanzó sus dedos como puñales en dirección a Patti Stullieri. Daba la sensación de que sus brazos midiesen un kilómetro de largo —. Es ella. Ella fue la que dijo que de dos a seis, juez. Y ahora viene con que...

—Mr. Krnkka...

—¡De dos a seis, juez, de dos a seis!

Viendo que se le estaba agotando su tiempo de permanencia ante el juez, Albert Krnkka comprimía ahora su mensaje en aquella frase clave, sin dejar en ningún instante de golpear el aire con sus dedos extendidos.

—¡De dos a seis! ¡De dos a seis! ¡De dos a seis! Usted lo oyó.

—¡Mr. Krnkka... SIÉNTESE! Espere a que llegue su abogado.

Albert Krnkka y su mujer comenzaron a retroceder, sin volverle la espalda a Kovitsky, como si les hubiesen recibido en una audiencia real. Y Albert siguió diciendo «de dos a seis» y agitando los brazos con los dedos estirados en v.

Larry Kramer se acercó a Patti Stullieri y le dijo:

—¿Qué hicieron éstos?

—La mujer sostenía una navaja junto a la garganta de una chica —dijo Patti Stullieri— mientras su marido la violaba.

—Dios mío —dijo Kramer, sin poder contenerse.

Patti Stullieri sonreía con expresión de estar harta de la vida. Tenía veintiocho o veintinueve años. Kramer se preguntó si valía la pena tratar de ligársela. No era espectacular, pero su actitud de Chica-Dura-de-Pelar la convertía en atractiva. Kramer se preguntó cómo debían de haberle ido las cosas en la universidad. Imaginó que había sido una de esas chicas nerviosas que siempre se mostraban irritables e inaccesibles y carentes de feminidad, aunque sin llegar a ser mujeres fuertes. Por otro lado, su piel aceitunada, su espesa mata de pelo negro, sus grandes ojos negros, sus labios de Cleopatra formaban, en conjunto, la imagen que Kramer se había formado de la Típica Italiana Calentorra. En la universidad —¡Dios, aquellas Italianas Calentorras!—, a Kramer siempre le habían parecido toscas, increíblemente estúpidas, antiintelectuales y lejanas, pero intensamente deseables.

La puerta de la sala se abrió de golpe, y entró un anciano de cabeza grande, florida, casi señorial. *Gallardía*, ésa era la palabra. O, al menos, parecía un hombre gallardo en relación con los niveles normales de Gibraltar. Vestía un traje cruzado azul marino con delgadas listas pálidas, camisa blanca de cuello almidonado, y corbata rojo sangre. Llevaba su negro pelo, fino y deslustrado, como si se lo hubiese teñido con tinta, pegado al cráneo, peinado hacia atrás. Gastaba un anticuado bigote delgadito que formaba un subrayado extraño a ambos lados de la torrentera nasal.

Larry Kramer, que se encontraba cerca de la mesa del secretario, alzó la vista y se quedó mirando al viejo. Le conocía. Tenía un estilo encantador, hasta valiente. Y, al mismo tiempo, le hacía estremecer. Aquel hombre había sido en tiempos lo mismo que Kramer era ahora, un vicefiscal de distrito. Al cabo de treinta años de trabajo, dedicaba su última etapa laboral a la abogacía como defensor de aquellos incompetentes, incluidos los menores de edad, toda aquella genre que no podía pagarse un abogado. ¡No era mucho tiempo, treinta años!

Larry Kramer no fue el único que se quedó mirándole. La entrada del viejo había sido un acontecimiento. Tenía la mandíbula en forma de melón, y la llevaba alta, en señal de autocomplacencia, como un *boulevardier*, como si la Grand Concourse todavía mereciese el nombre de bulevar.

—¡MIS-TER SONNENBERG!

El viejo abogado miró a Kovitsky. Parecía agradablemente sorprendido de que su llegada mereciese un recibimiento tan caluroso.

—Le pido disculpas, señoría —dijo Sonnenberg, situándose de dos brincos junto a la mesa del defensor. Trazando un arco de estimable elegancia, volvió su mentón hacia el juez—. El juez Meldnick me ha retenido en la Sala 62.

—¿Y qué estaba haciendo en la Sala 62 cuando sabía perfectamente que este tribunal le había asignado la primera hora, y a petición de usted mismo? Si no recuerdo mal, su cliente, Mr. Lockwood, tiene un empleo.

—Exacto, señoría, pero me aseguraron...

—Su cliente está aquí.

—Lo sé.

—Está esperándole.

—Lo tengo en cuenta, señoría, pero no tenía ni idea de que el juez Meldnick...

—Muy bien, Mr. Sonnenberg, ¿está dispuesto a proceder?

—Sí, señoría.

Kovitsky le dijo al secretario, Bruzzielli, que anunciara otra vez el caso. Lockwood, el joven negro, se levantó y se acercó con su contoneo de chulo-putas hasta situarse junto a la mesa del defensor, al lado de Sonnenberg. Pronto quedó claro que la finalidad de aquella sesión consistía en darle a Lockwood la oportunidad de declararse culpable de la acusación que pesaba sobre él, un atraco a mano armada, a cambio de una sentencia leve, de dos a seis años, que es lo que le había ofrecido la Oficina del Fiscal de Distrito. Pero Lockwood no tenía intención de aceptar el trato. Lo único que Sonnenberg podía hacer era reiterar que su cliente se declaraba inocente.

—Mr. Sonnenberg —dijo el juez Kovitsky—, ¿quiere acercarse, por favor? Y usted, Mr. Torres, ¿quiere venir?

Torres era el vicefiscal encargado del caso. Era bajo y bastante obeso, pese a no

contar más que treinta años. Llevaba ese tipo de bigote que se dejan los abogados y médicos jóvenes que pretenden aparentar más edad de la que tienen.

Cuando tuvo cerca a Sonnenberg, Kovitsky, en tono amable, de simple conversación, le dijo:

—Me recuerda usted a David Niven, Mr. Sonnenberg.

—Oh, no, juez —dijo Sonnenberg—. Nada de David Niven. Tal vez William Powell, pero de David Niven, ni hablar.

—¿William Powell? No es usted tan viejo, Mr. Sonnenberg. ¿Verdad que no? —Kovitsky se volvió a Torres y le dijo—: Antes de que nos demos cuenta, Mr. Sonnenberg se nos habrá ido a tomar el sol a Florida. Vivirá en un apartamento en propiedad, y sólo tendrá que preocuparse por llegar al centro comercial a tiempo para tomarse el Desayuno Especial en la mejor cafetería. Ni siquiera tendrá que pensar en las alegaciones que ha de presentar en la Sala 60 del Bronx.

—Mire, juez, le juro...

—¿Conoce usted a Mr. Torres, Mr. Sonnenberg?

—Oh, sí.

—Bien, pues Mr. Torres entiende mucho de apartamentos en propiedad y Desayunos Especiales. También es judío.

—¿Ah sí? —Mr. Sonnenberg no sabía qué hacer, si mostrarse complacido o qué.

—Sí, es mitad portorriqueño y mirad judío. ¿Cierto, Mr. Torres?

Torres sonrió y se encogió de hombros, tratando de mostrarse a tono con la broma.

—Por eso utilizó su astucia yiddish, y solicitó una beca para ciudadanos pertenecientes a minorías, y de ese modo logró ingresar en la facultad de derecho —dijo Kovitsky—. ¡Su mitad yiddish pidió una beca para su mitad portorriqueña! ¿No es magnífico? Como mínimo, me parece una gran muestra de astucia.

Kovitsky se quedó mirando a Sonnenberg hasta que éste sonrió, y luego miró a Torres hasta que éste también sonrió, y luego el juez les dirigió una sonrisa deslumbrante a los dos. ¿Por qué estaba tan repentinamente contento? Kramer miró al acusado, Lockwood. Se encontraba en pie junto a la mesa, contemplando al alegre trío. ¿Qué debía de estar pensando? Sus dedos reposaban sobre la mesa, y parecía que se le hubiese hundido un poco el pecho. ¡Sus ojos! Sus ojos eran los ojos de la presa perseguida durante la noche. Observaba el espectáculo que le ofrecían las sonrisas de su propio abogado y del acusador y el juez. Allí estaba, sí, su abogado, un blanco, sonriendo y bromeando con el juez, otro blanco, y con el gordo gilipollas que quería mandarle al talego.

Sonnenberg y Torres miraban a Kovitsky. Hasta que éste, de repente, volvió al trabajo.

—¿Qué le ha ofrecido usted, Mr. Torres?

—De dos a seis, señor juez.

—¿Qué dice su cliente, Mr. Sonnenberg?

—No lo acepta, señor juez. Hablé con él la semana pasada, y he vuelto a hablar con él esta mañana. Quiere ir a juicio.

—¿Por qué? —preguntó Kovitsky—. ¿Ya le ha explicado que con remisión de pena por trabajo podría estar en la calle dentro de un año? No está nada mal.

—Bien —dijo Mr. Sonnenberg—, el problema está en que, como Mr. Torres ya sabe, mi cliente es reincidente. La otra vez fue por lo mismo, pero aún era menor de edad. Si se declara culpable esta vez, tendrá que cumplir también la otra sentencia.

—Ya —dijo Kovitsky—. Bien, ¿qué cree usted que aceptaría?

—Aceptaría de uno y cuarto a cuatro y medio, subsumiendo la sentencia de la primera condena en la de ésta.

—¿Qué opina, Mr. Torres?

El joven vicefiscal inspiró, bajó la vista e hizo un gesto negativo:

—Imposible, señor juez. ¡Estamos hablando de un atraco a mano armada!

—Sí, ya lo sé —dijo Kovitsky—, pero ¿era ese chico el que llevaba el arma?

—No —dijo Torres.

Kovitsky dejó de mirar a Torres y Sonnenberg, y desvió los ojos hacia Lockwood.

—No parece un mal chico —dijo Kovitsky, dirigiéndose a Torres—. De hecho, parece un crío de teta. Todos los días veo por aquí a chicos como él. Se dejan arrastrar fácilmente. Viven en barrios repugnantes, y acaban cometiendo las mayores estupideces. ¿Qué me dice usted, Mr. Sonnenberg?

—Coincido con su retrato, señor juez —dijo Sonnenberg—. Es de los que se dejan arrastrar. No tiene mucho futuro, pero tampoco le creo capaz de cosas muy graves.

Este retrato tenía por objeto ablandar a Torres y forzarle a ofrecer una sentencia de un año y un tercio a cuatro años, así como el olvido definitivo de la sentencia recibida por el chico cuando era menor de edad.

—Mire, señor juez —dijo Torres—, no insista. Es imposible. No puedo rebajar más allá de dos a seis. Mi departamento...

—¿Por qué no llama a Frank? —preguntó Kovitsky.

—No serviría de nada, señor juez. ¡Estamos hablando de un atraco a mano armada! Es cierto que no apuntó con un arma a la víctima, pero si no lo hizo fue solamente porque estaba registrándole los bolsillos... Y la víctima es un hombre de sesenta y nueve años de edad que ya ha padecido un infarto. El pobre camina así.

Torres hizo delante del estrado una imitación de un viejo que camina cojeando tras haber sufrido un infarto.

—¡Ya salió el judío! —sonrió Kovitsky—. Mr. Torres tiene algunos cromosomas de los de Ted Lewis, y ni siquiera se ha enterado.

—¿Era judío Ted Lewis? —preguntó Sonnenberg.

—¿Por qué no? —dijo Kovitsky—. Era un cómico^[12]. Bien, Mr. Torres, tranquilícese un poco.

Torres regresó al estrado.

—La víctima, Mr. Borsalino, dice que se rompió una costilla. Y ni siquiera ha querido acusarle de eso, porque el pobre viejo ni siquiera se fue inmediatamente al médico. Nada, de dos a seis, y es mi oferta definitiva.

—¿Le ha explicado eso a su cliente? —le preguntó Kovitsky al abogado tras reflexionar un momento.

—Desde luego —dijo Sonnenberg. Se encogió de hombros e hizo una mueca como diciendo que su cliente no atendía a razones—. Prefiere jugársela en el juicio.

—¿Jugársela? —dijo Kovitsky—. Pero firmó una confesión...

Sonnenberg volvió a hacer la misma mueca y enarcó las cejas.

—Quiero hablar con él —dijo Kovitsky.

Sonnenberg retorció los labios y puso los ojos en blanco, como diciendo: «Buena suerte.»

Kovitsky volvió a levantar la vista, miró fijamente a Lockwood, elevó el mentón y dijo:

—Hijo... Ven para acá.

El chico se quedó junto a la mesa, congelado, no muy seguro de que el juez pretendiese hablar directamente con él. De modo que Kovitsky esbozó una sonrisa artificial, la sonrisa del hombre poderoso pero benévolo, El Que Va a Mostrarse Paciente, hizo un ademán con la mano, y repitió:

—Acércate, hijo. Quiero hablar contigo.

Lockwood comenzó a caminar, lenta, cansinamente, hasta llegar a donde estaban Torres y Sonnenberg, y una vez allí miró a Kovitsky. Era una mirada absolutamente vacía. Kovitsky le devolvió la mirada. Algo así como contemplar, de noche, una casita pequeña sin ninguna luz.

—Hijo —dijo Kovitsky—, creo que no eres un mal tipo. Creo que eres un joven magnífico. Pues bien, quiero que te des una oportunidad a ti mismo. Yo pienso darte una oportunidad, pero antes tienes que dártela tú a ti mismo.

Y Kovitsky miró a los ojos de Lockwood como si estuviese a punto de decirle una de las cosas más importantes que el chico iba a oír en toda su vida.

—Hijo —le dijo—, ¿Por qué coño has de meterte en todo ese montón de atracos?

Lockwood movió los labios, pero logró contener el deseo de contestar, tal vez porque temía inculparse.

—¿Qué opina tu madre? ¿Vives con tu madre?

Lockwood asintió con un gesto.

—¿Qué opina tu madre? ¿Te pegaba mucho de pequeño?

—No —dijo Lockwood. Ahora tenía la mirada neblinosa. Kovitsky interpretó este hecho como señal de que estaba haciendo progresos.

—Veamos, hijo. ¿Tienes trabajo? —le dijo.

Lockwood asintió con un gesto.

—¿De qué trabajas?

—Guardia de seguridad.

—Guardia de seguridad —dijo Kovitsky.

Se quedó mirando un punto lejano de la pared, como si estuviese tratando de sopesar la importancia que para la sociedad podía tener esa respuesta, y luego decidió atenerse al asunto que más importaba en aquel momento.

—¿Lo ves? —dijo Kovitsky—. Tienes trabajo, tienes un hogar, y eres joven, un joven brillante y agraciado. Tienes muchas cosas a tu favor. Más cosas que la mayoría de la gente. Pero también tienes que superar ese grave problema. ¡te has metido en todos esos atracos! Bien, el fiscal de distrito te ha hecho una oferta, de dos a seis años. Si aceptas esa oferta y te portas bien, todo esto quedará atrás y, antes de que te des cuenta, estarás limpio y seguirás siendo un joven con toda la vida por delante. Pero si vas a juicio y te condenan, te caerá una pena de ocho a veinticinco. Piénsalo bien. El fiscal de distrito te ha hecho una buena oferta.

Lockwood no dijo nada.

—¿Por qué razón no quieres aceptarla?

—Por ninguna.

—¿Ninguna?

Lockwood desvió la vista. No tenía intención de malgastar saliva. Seguiría mudo.

—Mira, hijo —dijo Kovitsky—, estoy tratando de ayudarte. Lo hecho, hecho está. Aunque cierres los ojos, no va a desaparecer. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Lockwood cedió por fin, le miró. Era la mirada que podrían esperar los miembros de un pelotón de fusilamiento.

—Mira, hijo. Piénsalo así: es como tener un cáncer. Ya sabes qué es el cáncer.

No hubo en aquellos ojos ningún destello de comprensión, ni el más mínimo reconocimiento del cáncer ni de ninguna otra cosa.

—Tampoco el cáncer se cura solo. Tienes que hacer algo para curártelo. Si empiezas el tratamiento lo antes posible, cuando el tumor es pequeño, antes de que se te extienda por todo el cuerpo y te eche a perder la vida, toda tu vida, antes de que ponga *fin* a tu vida, ¿lo entiendes?, antes de que ponga *fin* a tu vida, si te hacen esa pequeña operación que necesitas, ¡te libras de él! —Kovitsky alzó los brazos, elevó el mentón y sonrió, como si fuese la encarnación misma del optimismo—. Pues bien, lo mismo ocurre con el problema que tú tienes ahora. En este momento no es más que un problema de poca importancia. Si te declaras culpable y recibes una sentencia de

dos a seis años, al cabo de un año podrás comenzar un plan de remisión de pena por trabajo, y obtendrás la libertad condicional en sólo dos años. Pero si vas a juicio y te condenan, la sentencia mínima será de ocho años. De ocho y un tercio a veinticinco. Ocho, y ahora no tienes más que diecinueve. Ocho años, eso es casi la mitad del tiempo que llevas pisando esta tierra. ¿Quieres pasarte toda tu puta juventud en la cárcel?

Lockwood desvió la mirada. No dijo nada.

—¿Qué contestas? —dijo Kovitsky.

Sin alzar la vista, Lockwood dijo que no con la cabeza.

—De acuerdo. Si eres inocente, no quiero que te declares culpable, da igual lo que te ofrezcan. ¡Pero recuerda que firmaste una confesión! ¡El fiscal de distrito tiene grabado un vídeo en el que confiesas! ¿Qué piensas hacer contra eso?

—No lo sé —dijo Lockwood.

—¿Qué dice tu abogado?

—No lo sé.

—Anda, hijo. Claro que lo sabes. Tienes un magnífico ahogado, Mr. Sonnenberg es uno de los mejores. Posee muchísima experiencia. Escúchale. Él te dirá que tengo razón. Lo que has hecho no va a desaparecer por las buenas, es como el cáncer.

Lockwood mantuvo la vista fija en el suelo. No sabía qué era lo que su abogado, el vicefiscal y el juez le habían preparado, pero no pensaba aceptarlo.

—Hijo, escúchame —dijo Kovitsky—. Háblalo otra vez con tu ahogado. Háblalo con tu madre. ¿Qué dice tu madre?

Lockwood alzó la vista. Su mirada expresaba un odio al rojo vivo. Comenzaron a formarse lágrimas en sus ojos. Hablarles a esos chicos de sus madres solía acabar emocionándoles. Pero Kovitsky le sostuvo la mirada.

—¡Bien, señor abogado! —dijo Kovitsky, alzando la voz y mirando a Sonnenberg—. Y usted, Mr. Torres. Voy a aplazar este caso otras dos semanas a partir de hoy. En cuanto a ti, hijo —le dijo a Lockwood—, piensa en lo que te he dicho, y háblalo con Mr. Sonnenberg, y a ver si te decides. ¿De acuerdo?

Lockwood lanzó a Kovitsky una última y fugaz mirada, asintió con la cabeza y regresó a la zona del público. Sonnenberg se fue con él y le dijo algo, pero Lockwood no contestó. En cuanto vio que sus amigos se ponían en pie, comenzó a caminar con el contoneo de chuloputas. ¡Larguémonos de aquí...! ¡Regresemos... a la Vida! Y los tres salieron de la sala contoneándose como chuloputas, seguidos por Sonnenberg, que brincaba y levantaba el mentón en un ángulo de treinta grados.

La mañana transcurría con lentitud, y de momento Kovitsky no había logrado resolver ni un solo caso.

A última hora de la mañana, Kovitsky logró por fin sacarse de encima la lista de

pleitos y pudo proseguir el juicio de Herbert 92X, que se encontraba en su cuarto día. Kramer estaba en pie junto a la mesa de la acusación. Los funcionarios de la sala hacían girar sus hombros, se desperezaban y, en general, se preparaban para la llegada de Herbert 92X, un tipo al que consideraban lo suficientemente violento como para cometer alguna estupidez, alguna salvajada, en plena vista oral. El abogado de Herbert 92X, un tal Albert Teskowitz, que le había sido asignado por la misma sala, se levantó de la mesa del defensor. Era un hombrecillo descarnado y giboso, con una americana azul claro a cuadros que le venía muy ancha, y unos pantalones marrones que se daban de bofetadas con la americana. Su pelo canoso y más bien escaso tenía el color del hielo. Dirigió a Kramer una sonrisilla retorcida que equivalía a decirle: «La comedia va a empezar.»

—Bien, Larry —le dijo—, ¿estás preparado para escuchar las sabias palabras de Alá?

—¿Puedo preguntarte una cosa? —contestó Kramer—. ¿Crees tú que Herbert selecciona cada día los textos de acuerdo con el desarrollo de la vista, o que simplemente abre el libro y acepta lo que le depara el azar? La verdad, no tengo ni idea.

—No lo sé —dijo Teskowitz—. Si quieres que te sea sincero, prefiero no meterme en ese asunto. Basta con que menciones el tema para que el tipo se pase una hora hablando sin parar. ¿Te habías encontrado antes con algún chiflado lógico? Son mucho peores que los chiflados corrientes.

Teskowitz era tan mal abogado que Kramer sentía compasión por Herbert. Pero de todos modos hubiese sentido compasión por él. El nombre legal de Herbert 92X era Herbert Cantrell; 92X era su apellido musulmán. Trabajaba de conductor de una distribuidora de bebidas alcohólicas. Y éste era uno de los diversos detalles por los cuales Kramer pensaba que Herbert no era un verdadero musulmán. Un verdadero musulmán no hubiese tenido relación alguna con el alcohol. En cualquier caso, tres italianos secuestraron un día el camión de Herbert en Willis Avenue. Se trataba de tres tipos de Brooklyn que durante los diez últimos años apenas habían hecho nada que no fuera secuestrar camiones para quienquiera que pagase dinero por camiones secuestrados. Los italianos apuntaron a Herbert con sus armas, le dieron un puñetazo en plena cara, le dejaron tirado en un callejón, y le advirtieron que no se moviese de allí hasta transcurrida una hora. Luego, los tres italianos se fueron con el camión de bebidas alcohólicas hasta el almacén del patrono que les había contratado en esa ocasión, un distribuidor de bebidas alcohólicas especialmente listo, que solía reducir los costos de su negocio a base de secuestrar mercancías ajenas. Los italianos llegaron con el camión secuestrado al almacén, y el capataz del almacén exclamó: «¡La puta! Chicos, os habéis metido en un buen jaleo. ¡Este camión es de los nuestros!»

—¿Cómo dices?

—¡Que ese camión es de los nuestros! ¡Acabo de cargarlo hace dos horas! ¡Habéis robado un material que nosotros mismos habíamos robado ayer! ¡Menuda bronca os espera!

De modo que los tres italianos subieron otra vez al camión y salieron a toda velocidad camino del callejón a fin de devolverle su camión a Herbert 92X. Pero Herbert se había largado. Los italianos comenzaron a recorrer con el camión calles y más calles, buscándole. Finalmente le encontraron en un bar adonde Herbert había ido a calmar su nerviosismo. Desde luego que este detalle tampoco era en absoluto propio de un musulmán. Los italianos entraron dispuestos a decirle que lo sentían y que le devolvían su camión, pero Herbert creyó que iban a por él, pues había ignorado su advertencia de no irse del callejón hasta al cabo de una hora. De modo que sacó un revólver del 38 que llevaba escondido debajo de su cazadora acolchada —lo tenía allí en el momento del secuestro, pero aquellos tipos le habían pillado por sorpresa—, y disparó dos veces. No alcanzó a ninguno de los italianos, pero una de las balas mató a un hombre llamado Nestor Cabrillo, que acababa de entrar para llamar por teléfono. El arma de fuego era, tal vez, un instrumento defensivo casi imprescindible para alguien que trabajaba en un oficio tan peligroso. Pero Herbert carecía de permiso de armas, y Nestor Cabrillo era un destacado ciudadano, padre de cinco hijos. Herbert fue acusado de homicidio sin premeditación y de posesión ilícita de arma de fuego, y había que montar un juicio en toda regla. Kramer resultó encargado de llevar la acusación. Aquel asunto era un ejemplo paradigmático de estupidez, incompetencia e inutilidad; un caso de mierda, por decirlo en pocas palabras. Herbert 92X se había negado a aceptar toda clase de sentencia negociada, pues opinaba que todo había sido un simple accidente. Y lamentaba que su 38 hubiese causado esa desgracia. De modo que este caso de mierda se encontraba ahora en plena vista oral.

Se abrió una puerta situada a un lado del estrado del juez, y por ella apareció Herbert 92X acompañado de un par de funcionarios de prisiones. El Departamento de Prisiones se encargaba de los gallineros en donde los diversos presos preventivos aguardaban el juicio. Esos gallineros no eran en muchos casos más que unas jaulas sin ventana, situadas medio piso por encima de la sala. Herbert 92X era alto. Sus ojos brillaban en medio de la sombra que sobre su rostro proyectaba un tocado a cuadros estilo Yasir Arafat. Vestía una túnica parda que le caía hasta los gemelos. Bajo la túnica asomaban los pantalones color vainilla, con costuras de tono marrón oscuro, y calzaba unas babuchas de punta enhiesta. Llevaba las manos a la espalda. Cuando los funcionarios de prisiones le hicieron darse la media vuelta para quitarle las esposas, Kramer alcanzó a ver el Corán que sostenía en una mano.

—¡Eh, Herbert!

Era la voz animada de un chiquillo. Uno de los que se habían pasado la mañana correteando. Los funcionarios de prisiones le lanzaron miradas asesinas. Una mujer situada en los últimos bancos del público le gritó al crío:

—¡Ven acá ahora mismo!

El chiquillo se rió y corrió hacia la mujer. Herbert se quedó mirando al chiquillo. La furia de su rostro se desvaneció. Dirigió al niño una mirada tan cálida y amorosa que Kramer tuvo que tragar saliva, y sintió de nuevo el espasmo de las Dudas. A continuación Herbert, se sentó a la mesa de la defensa.

—El Pueblo contra Herbert Cantrell, causa número 2-7-7-7 —dijo el secretario Bruzzielli.

Herbert 92X se puso en pie y alzó la mano:

—¡Ya ha vuelto a confundirse de nombre!

Kovitsky se inclinó sobre la mesa y, haciendo acopio de paciencia, dijo:

—Mr. 92X, ya le expliqué el porqué ayer, y anteayer y el día anterior.

—¡Ha vuelto a confundirse de nombre!

—Se lo he explicado varias veces, Mr. 92X. El secretario tiene que cumplir los requisitos legales. Sin embargo, dada su evidente voluntad de cambiarse de nombre, para lo cual le asiste todo el derecho, y que es un trámite que debe llevar a cabo a través de los procedimientos legalmente estipulados, este tribunal acepta referirse a usted con el nombre de 92X a los efectos del proceso que aquí se sigue. ¿Le vale así?

—Gracias, señoría —dijo Herbert 92X, sin sentarse. A continuación abrió el Corán y comenzó a hojear sus páginas—. Esta mañana, señoría...

—¿Podemos proceder?

—Sí, señor juez. Esta mañana...

—Entonces, ¡siéntese!

Herbert 92X se quedó un instante mirando a Kovitsky, y luego se hundió en su asiento, sin cerrar el Corán. Luego, malhumorado, le dijo:

—¿Me deja leer?

Kovitsky miró su reloj de pulsera, asintió con la cabeza, hizo girar su silla unos cuarenta y cinco grados hacia el otro lado, y se quedó mirando la pared situada sobre los asientos del jurado, completamente vacíos.

Sin ponerse en pie, Herbert 92X apoyó el Corán en la mesa de la defensa y dijo:

—Esta mañana, señoría, leeré un fragmento del capítulo 41, el titulado «Claramente explicados, revelados en la Meca»... En nombre del Dios Más Piadoso... Adviérteles acerca del día en que los enemigos de Dios serán congregados en el fuego del infierno y marcharán en diferentes grupos hasta que, cuando hayan llegado allí, sus oídos y sus ojos y sus pieles darán testimonio en contra de ellos...

Los guardias de la sala pusieron los ojos en blanco. Uno de ellos, Kaminsky, un judío muy ortodoxo cuya camisa blanca de uniforme apenas podía contener el

enorme michelín de grasa que se le encabalgaba sobre el cinturón, emitió un audible suspiro y giró ciento ochenta grados sobre las suelas de sus grandes zapatos negros de policía. Los fiscales y abogados defensores sentían un reverencial temor ante Kovitsky. Pero los guardias de la sala eran simples soldados rasos de clase obrera y, para ellos, Kovitsky y los demás jueces no eran más que unos tipos que actuaban con exagerada clemencia frente a los delincuentes... ¿Cómo se le ocurría a nadie permitir que aquel loco se pusiera a leer frases del Corán mientras sus hijos correteaban por toda la sala gritando «¡Eh, Herbert!»? El razonamiento de Kovitsky era sencillo: como Herbert 92X era un lunático, y como parecía tranquilizarse cuando leía el Corán, en lugar de perder tiempo lo que hacía era ganarlo, aunque sólo fuera a medio plazo.

—...apartar el mal con lo mejor, y ved entonces cómo el hombre entre el cual y tú hubo enemistad se convertirá, por así decirlo, en tu mejor amigo, pero nadie llegará a...

Leídas en el tono pesarosamente rotundo que empleaba Herbert, aquellas palabras caían sobre la sala como una monótona llovizna... Los pensamientos de Kramer erraban sin rumbo fijo... La chica del pintalabios marrón... Pronto aparecería allí... Esta sola idea hizo que se enderezase en su asiento... ¿Por qué no se había arreglado un poco ante el espejo antes de entrar en la sala...? El pelo, la corbata... Tensó el cuello y echó la cabeza hacia atrás. Estaba convencido de que a las mujeres les impresionaban los hombres con potentes esternocleidomastoideos... Cerró los ojos.

Herbert seguía leyendo cuando, de repente, Kovitsky le interrumpió:

—Gracias, Mr. 92X, con esto concluye la lectura del Corán.

—¿Qué? ¡Aún no he terminado!

—He dicho que con esto concluye la lectura del Corán, Mr. 92X, ¿me he explicado bien?

La voz de Kovitsky sonó tan atronadora que muchos de los espectadores se quedaron sin aliento.

—¡Está usted violando mis derechos! —gritó Herbert, poniéndose en pie. Apuntaba con su mentón hacia Kovitsky, y le llameaban los ojos. Parecía un cohete a punto de salir disparado.

—¡SIÉNTESE!

—¡Está usted violando mi libertad religiosa!

—¡SIÉNTESE, MR. 92X!

—¡Juicio viciado de nulidad! —gritó Herbert—. ¡Viciado de nulidad! —Luego desvió su furia contra Teskowitz, que aún estaba sentado junto a él—. ¡Levántese, tío! ¡Este juicio está viciado de nulidad...!

Asombrado y algo atemorizado, Teskowitz se puso en pie.

—Señoría, mi cliente...

—¡HE DICHO QUE SE SIENTEN! ¡LOS DOS!

Los dos se sentaron.

—Bien, Mr. 92X, este tribunal ha sido muy indulgente con usted. Nadie viola su libertad religiosa, entérese bien. Se nos está haciendo muy tarde, y tenemos un montón de gente ahí, en la sala del jurado, en una habitación que no se ha vuelto a pintar desde hace veinticinco años, de manera que ha llegado el momento de terminar la lectura del Corán.

—¿Terminar, dice? *¡Prohibir*, diría yo! ¡Está usted violando mi libertad religiosa!

—¡Que se calle el acusado! No tiene usted ningún derecho a leer el Corán ni el Talmud ni la Biblia ni las palabras de Angel Moroni, el autor del Libro de los Mormones, ni tampoco ninguna otra obra religiosa, por divina que sea, ningún derecho, digo, a leer nada de eso en esta sala. Permítame que le recuerde que éste no es un estado islámico. Vivimos en una república, y en esta república hay separación entre la Iglesia y el Estado. ¿Lo entiende? Y este tribunal se rige por las leyes de esa república, de acuerdo con la Constitución de los Estados Unidos.

—¡No es verdad!

—¿Qué es lo que no es verdad, Mr. 92X?

—Lo de la separación de la Iglesia y del Estado. Puedo demostrarlo.

—¿Se puede saber qué está diciendo?

—¡Dése la vuelta! ¡Mire la pared, ahí arriba! —Herbert había vuelto a levantarse, y señalaba un punto de la pared situado encima de la cabeza de Kovitsky.

Kovitsky hizo girar su sillón y miró hacia arriba. Naturalmente, cinceladas en los paneles de madera, se podía leer la frase: en dios confiamos.

—¡Iglesia y Estado! —gritó triunfalmente Herbert—. ¡Ahí lo tiene, grabado encima de su cabeza!

¡Jejejejijj! Una mujer estalló en carcajadas al fondo de la sala. Uno de los guardias también rió, pero volvió la cabeza antes de que Kovitsky llegara a identificarle. El secretario, Bruzzielli, era incapaz de borrar la sonrisa de sus labios. Patti Sullieri se tapaba la boca con la mano. Kramer miró a Mike Kovitsky, en espera de su estallido.

Pero, en lugar de eso, Kovitsky esbozó una ancha sonrisa. Tenía, sin embargo, la cabeza gacha, y sus iris volvían a flotar, a dar tumbos en medio de un turbulento mar blanco.

—Veo que es usted muy observador, Mr. 92X, y le felicito. Pero, ya que es usted tan observador, también se habrá fijado en que no tengo ojos en la nuca. Pero sí los tengo en la cara, y lo que ven esos ojos es a un hombre que está siendo procesado, un hombre al que se acusa de delitos notablemente graves, y que se enfrenta a la perspectiva de una pena de privación de libertad de doce años y medio a veinticinco años, en caso de que los miembros del jurado le encuentren culpable, y quiero que ese

jurado tenga tiempo de cuidar de la balanza de la justicia... ¡que actúe con atención y equidad...! a la hora de determinar si el acusado es inocente o culpable. Este es un país libre, Mr. 92X, y nadie le va a impedir que crea en la deidad que a usted le dé la gana. Pero, mientras se encuentre usted en esta sala, ¡mejor será que crea especialmente en EL EVANGELIO SEGÚN MIKE!

Kovitsky dijo todo esto con semejante ferocidad que Herbert volvió a sentarse. No dijo ni palabra. Se limitó a mirar a Teskowitz. Éste se encogió de hombros y sacudió la cabeza como diciendo: «¡Así están las cosas, Herbert!»

—Que pase el jurado —dijo Kovitsky.

Un guardia abrió la puerta que daba a la sala del jurado. Kramer se enderezó cuanto pudo en su asiento de su mesa de acusador. Echó la cabeza hacia atrás de modo que destacara todo lo posible su fuerte cuello. Los miembros del jurado comenzaron a desfilar... tres negros, seis portorriqueños... ¿Dónde estaba ella? ¡Allí, entrando ahora...! Kramer no se esforzó ni siquiera por mostrarse sutil al respecto. La miró directamente a los ojos. Esa melena lustrosa y larga de color castaño oscuro, tan espesa que Kramer habría podido sepultar en ella la cabeza entera, peinada con raya en medio y hacia atrás, para dejar al descubierto esa frente blanca y pura y perfecta, esos grandes ojos y esas exuberantes pestañas, y esos labios de perfecta curvatura... ¡con pintalabios marrón! ¡Sí! ¡Otra vez! El pintalabios marrón, de color acaramelado, infernal, rebelde, de una elegancia perfecta...

Kramer pasó rápidamente revista a la competencia. Bruzzielli, el alto secretario, tenía la vista clavada en ella. Los tres guardias de la sala la miraban con tanta concentración que Herbert hubiera podido levantarse y salir a dar un paseo sin que ninguno de ellos se fijara. Pero también el propio Herbert la observaba con atención. Y Teskowitz también. Sullivan, el estenógrafo, sentado a su estenotipia, también. ¡Y Kovitsky! ¡Incluso él! Kramer había oído contar cosas de Kovitsky. No parecía ser de éstos, pero nunca se sabe.

Para llegar a su asiento, la joven tenía que pasar delante de la mesa de la acusación. Llevaba un suéter color melocotón, esponjoso, de angora o mohair, abierto por delante, sobre una blusa de seda a listas amarillas y rosadas, bajo la cual Kramer llegó a detectar, o creyó poder detectar, los volúmenes voluptuosos de sus pechos. La falda, de gabardina color vainilla, era suficientemente ajustada como para hacer resaltar la curva de sus caderas.

Lo endiablado del asunto era que todos y cada uno de los hombres que se encontraban más acá de la barandilla que separaba al público de la zona principal de la sala tenían alguna oportunidad. Bueno, Herbert no tenía ninguna, pero incluso su pequeño y delgado defensor, Teskowitz, la tenía. Incluso ese gordo guardia de allí, ese tonel de Kaminsky. ¡Cuántísimos guardias de juzgado, abogados defensores, secretarios, vicefiscales (¡oh, sí!) y hasta jueces (¡no hay que descartarlos!) se habían

beneficiado (sí, ésa era la palabra) a las más cachondas jurados... ¡Santo Dios! ¡Si la prensa llegara algún día a enterarse! Pero la prensa no iba nunca a presenciar juicios del Bronx.

Los jurados que asistían por vez primera en calidad de tales a un proceso en una de las salas de lo penal acababan sintiéndose intoxicados por el romanticismo, el alto voltaje, del maligno mundo que podían ver finalmente desde butaca de platea, y las mujeres jóvenes eran las que más se dejaban embriagar por el espectáculo. Para ellas, los acusados no formaban parte del rancho, sino que eran míticos seres desesperados. Y las causas no les parecían pura mierda, sino dramas desnudos de esta ciudad tremenda. Mientras que, por su parte, los hombres que tenían el valor suficiente como para enfrentarse a estos desesperados, para pelear contra ellos, para atarles corto, eran... hombres de verdad... aunque se tratara de simples guardias con un enorme michelín de grasa montado sobre el cinturón del que colgaba su revólver. Ahora bien, ¿había alguien más varonil que un joven vicefiscal como aquel que ahora se encontraba a menos de tres metros del acusado, sin ningún obstáculo interpuesto entre los dos, y que lanzaba entre dientes las acusaciones del Pueblo contra el malhechor?

La joven se encontraba justo enfrente de Kramer. Y le miró directamente, con una expresión vacía de significado. ¡Pero qué mirada tan franca y directa! ¡Y llevaba pintalabios marrón!

Inmediatamente la chica pasó de largo y entró a través de la puertecita en la zona del jurado. No debía hacerlo, pero Kramer sintió la tentación de volverse para mirarla otra vez. ¿Cuántos de ellos se habían acercado a Bruzzielli, el secretario, para estudiar en sus listas la dirección y los teléfonos, el de casa y el del trabajo, de aquella joven, al igual que el propio Kramer había hecho? El secretario guardaba las fichas con todos esos datos en un cajón de su escritorio, de forma que el tribunal pudiese llamar urgentemente a los miembros del jurado para avisarles con antelación de cualquier cambio de horario o lo que fuese. Como acusador del caso, Kramer podía aproximarse a Bruzzielli y pedirle que le enseñara la ficha de la chica del pintalabios marrón, o de cualquier otro jurado, con la mayor tranquilidad del mundo. Lo mismo podía hacer el abogado defensor, Teskowitz. Kovitsky podía también hacerlo con bastante tranquilidad, y, naturalmente, el propio Bruzzielli podía tomar nota de los datos cuando quisiera. En cuanto a un guardia como Kaminsky, pedir que le dejaran echar una ojeada a esas fichas podía considerarse como... Pero daba igual, un guiño y una sonrisa, y listo. ¿Acaso Kramer no había visto ya a Kaminsky encorvado sobre la mesa de Bruzzielli, hablando con él de... de algo? La idea de que incluso seres como Kaminsky pretendiesen aproximarse a esa... a esa *flor*... hizo que Kramer se sintiese más decidido que nunca. (Él sería quien salvase a esa flor de los demás.)

Miss Shelly Thomas, residente en Riverdale.

Era del mejor barrio de Riverdale, unas calles con mucho arbolado que en realidad formaban parte de Westchester County desde el punto de vista geográfico, pero que administrativamente estaban incluidas en el Bronx. En el North Bronx había aún muchos lugares preciosos. Los vecinos de Riverdale solían ser ricos, y siempre encontraban el modo de librarse del deber de formar parte de un jurado. Preferían tirar de todas las cuerdas posibles antes que tener que ceder a la perspectiva de bajar al South Bronx, al Distrito 44, a la fortaleza de Gibraltar. El jurado típico del Bronx estaba formado por portorriqueños y negros, más algún que otro judío e italiano.

Pero de vez en cuando aparecía entre los miembros de un jurado alguna rara flor como Miss Shelly Thomas. ¿Qué clase de apellido era ése? Thomas sonaba a *wasp*. Pero Danny Thomas, por ejemplo, era árabe, libanes o algo así. Los *wasp* no abundaban en el Bronx, como no fueran los tipos de alta sociedad que, raras veces, subían desde Manhattan en sus coches con chófer, para hacer alguna buena obra por los jóvenes de los ghettos. Las organizaciones de beneficencia, cosas como el Servicio Juvenil Episcopaliano, la Fundación Dédalo, sólo enviaban a su gente a los tribunales llamados familiares, los que juzgaban a los delincuentes que aún no habían cumplido los diecisiete años. Siempre se llamaban cosas como Farnsworth, Fiske, Phipps, Simpson, Thornton, Frost... y siempre iban animados de las mejores y más intachables intenciones.

No, las posibilidades de que Miss Shelly Thomas fuese una *wasp* eran remotas. Pero entonces, ¿qué era? Durante las sesiones para la selección de los jurados Kramer había conseguido hacerle decir que era directora de arte, lo cual significaba, al parecer, que hacía dibujos o algo así, de la agencia publicitaria Prischer & Bolka de Manhattan. Eso equivalía para Kramer a una vida de *glamour* inalcanzable. Bellos seres andando de un lado para otro al ritmo de música New Wave en una oficina de relucientes paredes blancas y grandes superficies acristaladas... una oficina como las de los telefilmes... y tremendos banquetes y cenas en restaurantes decorados con maderas claras, larones, luces indirectas y cristales deslustrados con dibujos heráldicos... codorniz asada con rebozuelos, sobre una base de batata, orlada de hojas de diente de león a la parrilla... Kramer lo vela claramente. Ella formaba parte de *esa vida*, de los sitios a los que suelen ir las chicas de pintalabios marrón... Tenía sus dos teléfonos, el de Prischer & Bolka y el de su casa. Naturalmente, no podía hacer nada hasta que no concluyera el juicio. Pero luego... ¿Miss Thomas? Soy Lawrence Kramer. Soy... ¡Ah! ¡Me recuerda! ¡Fantástico! Verá, Miss Thomas, la he llamado porque, muy a menudo, cuando termina uno de estos procesos tan importantes, me gusta averiguar cuáles fueron los motivos exactos que convencieron al jurado... Una repentina puñalada de duda... ¿Y si al final fuese el voto de ella el que le hiciera salir derrotado? Para los acusadores, los jurados del Bronx solían ser, normalmente, difíciles de convencer. Salían de entre las filas de quienes están convencidos de que la

policía puede mentir. Los jurados del Bronx nadaban en mares de dudas, tanto razonables como insensatas, a consecuencia de lo cual eran numerosos los acusados negros y portorriqueños que, aun siendo inequívocamente culpables, tan culpables como el mal, acababan saliendo de la fortaleza libres como pájaros. Por fortuna, Herbert 92X había matado a un hombre bueno, un padre de familia del ghetto. ¡Había que darle las gracias a Dios por esa circunstancia! Ningún jurado vecino del South Bronx sentiría la menor simpatía por un loco malhumorado como Herbert. ¡La única que podía sentir simpatía por él era un jurado tan imprevisible como Miss Shelly Thomas, aquella joven de Riverdale! Una mujer blanca de sólida formación y posición acomodada, una joven de tendencias profesionales más o menos artísticas, posiblemente judía... Era justamente el tipo de persona que podía adoptar una actitud idealista, que podía negarse a condenar a Herbert por el simple hecho de que Herbert era un negro, un tipo romántico, alguien a quien el Destino ya había señalado con el dedo. Pero Larry tenía que jugársela. No pensaba permitir que se le escapara esa oportunidad. Necesitaba a Shelly Thomas. Necesitaba obtener este triunfo. En la sala de justicia él ocupaba el centro del escenario. Los ojos de la chica del pintalabios marrón no le perdían nunca de vista. Lo sabía. Lo notaba. Ya había algo entre los dos... Entre Larry Kramer y la chica del pintalabios marrón.

Ese día, el personal fijo de la sala se quedó pasmado ante el celo y agresividad demostrados por el vicefiscal Kramer en aquel barato caso de homicidio del Bronx.

Kramer empezó tratando de destrozar a los testigos que la defensa había utilizado.

—¿No es cierto, Mr. Williams, que su «testimonio» es el resultado de una transacción monetaria entre usted y el acusado?

¿Qué diablos estaba ocurriéndole a Kramer? Teskowitz estaba empezando a ponerse furioso. ¡Aquel hijoputa de Kramer pretendía dejarle en ridículo! Actuaba en aquella sala como si aquella mierda de caso fuera el juicio del siglo.

Pero Kramer ignoraba los sentimientos que pudiesen albergar Teskowitz, Herbert 92X o cualquiera de los demás. En aquella cavernosa sala de caoba no había más que dos personas, Larry Kramer y la chica del pintalabios marrón.

Durante el descanso para el almuerzo, Kramer regresó a su oficina, al igual que Ray Andriutti y Jimmy Caughey. Los vicefiscales de distrito que se encontraban en mitad de una vista oral tenían derecho a comer con los testigos de la acusación, a cuenta del Estado de Nueva York. En la práctica, eso significaba que todos sus compañeros de oficina iban a comer gratis, y Andriutti y Caughey eran los primeros de la fila. Esta fiestecilla oficinesca era para todos un asunto muy serio. Gloria Dawson, la secretaria de Bernie Fitzgibbon, encargaba que les subieran emparedados del delicatessen. Kramer se tomó un emparedado de rosbif con mostaza. La mostaza le llegó en un gelatinoso sobre de plástico sellado que no tuvo más remedio que abrir con los dientes. Ray Andriutti había elegido una barrita de pan con pepperoni

aderezados con una buena ración de todo lo que se le pudiera echar. Pero antes de empezar a comerse el bocadillo retiró dos largas tiras de arenque en escabeche que depositó sobre un papel encerado que dejó sobre su escritorio. El olor a escabeche flotaba en toda la oficina. Kramer contempló fascinado a su compañero, que se adelantaba sobre la mesa para que los pedazos de carne y los diversos jugos y salsas que iban escurriéndose del extremo inferior del bocadillo no cayeran sobre su corbata, sino en el escritorio. Era un movimiento que repetía a cada dentellada; salía proyectado sobre la mesa y, de entre el pan y también de entre sus fauces, como si fuese una ballena o un atún, le iban cayendo pedazos de comida y salsa. En cada uno de esos bruscos movimientos, su mandíbula pasaba casi rozando un vaso de plástico con café que tenía sobre la mesa. El café era de la máquina de Mr. Coffee. El vaso estaba tan lleno que el líquido se abombaba debido a su tensión superficial. De repente comenzó a derramarse solo. Un viscoso y delgado riachuelo amarillento resbalaba por un lado del vaso. Andriutti ni se fijó. Cuando la sucia torrentera alcanzó la mesa, creó un charco del tamaño de un medio dólar de la época de Kennedy. Y, en cuestión de segundos, adquirió las dimensiones y el color de un panqueque de dólar. Poco después, un par de bolsas usadas de azúcar quedaron sumergidas en el barrizal. Andriutti acostumbraba echar en su café montones de azúcar y polvo Cremora hasta convertirlo en una bilis amarillenta, espesa y dulzona. Sus abiertas mandíbulas, llenas a rebosar del último bocado, rozaban repetidamente la taza rebosante. ¡El momento estelar de la jornada! ¡Comida gratis!

Y las cosas están igual en todas partes, pensó Kramer. No solamente los vicefiscales más jóvenes, como él, Andriutti y Caughey, comían así. Por todos los rincones de Gibraltar, en este momento, desde la planta baja hasta el último piso, todos los representantes del Poder Judicial del Bronx se encontraban escondidos en sus despachos, encorvados sobre los emparedados que se hacían subir de los delicatessen de la zona. En torno a la gran mesa de juntas de la oficina de Abe Weiss, todos los presentes estaban encorvados sobre sus emparedados: Weiss y todos aquellos que el fiscal de distrito hubiese considerado necesario sentar a su mesa a fin de seguir llevando adelante su personal cruzada publicitaria. Y en torno a la gran mesa de juntas de la oficina de Louis Mastroiani, el primer magistrado del Departamento de lo Penal, todos estaban encorvados sobre sus emparedados de delicatessen. Incluso en aquellas ocasiones en las que este importante jurista recibía la visita de alguna gran luminaria, incluso cuando pasaba por allí algún senador de los Estados Unidos, todos, hasta la luminaria o el senador, se encorvaban sobre sus emparedados. Por mucho que uno ascendiera en la escala del sistema judicial del Bronx, hasta el día del retiro o de la muerte, estaba condenado a comer emparedados de delicatessen todos los días.

¿Por qué? ¿Porque todos ellos —el Poder, el Poder que dominaba el Bronx—

vivían aterrorizados! ¡Les daba pánico salir al corazón del Bronx en pleno mediodía para ir a comer a un restaurante! ¡Pánico! ¡Y eso que ellos eran los que mandaban allí, en el Bronx, en aquel barrio de un millón cien mil almas! El corazón del Bronx era tan cochambroso que ya no había ningún local que recordase ni siquiera de lejos a un restaurante de oficinistas. Pero, aunque lo hubiese, ¿qué juez, qué fiscal, qué vicefiscal, qué secretario de tribunal, qué policía judicial, aunque llevase un 38, se hubiese atrevido a salir de Gibraltar a la hora de comer? Ninguno. En primer lugar, por puro y simple miedo. Había quienes salían del edificio del ayuntamiento del Bronx, cruzaban la Grand Concourse y bajaban la pendiente de la calle Ciento sesenta y uno para llegarse hasta el edificio de los juzgados, pero sólo cuando era estrictamente necesario, y para recorrer únicamente una manzana y media a pie. Pero los prudentes representantes del Poder no estaban chiflados ni se arriesgaban por las buenas. En la cresta de la Grand Concourse, aquel ornato del Bronx, había atracos incluso a las once de la mañana de un domingo soleado. ¿Por qué no iba a haberlos a esa misma hora de un día laborable cualquiera, cuando circulaban por allí muchísimas más carteras y bolsos andantes? Nadie iba nunca más allá del edificio de los juzgados. No era difícil encontrar vicefiscales de distrito que, después de haber trabajado en Gibraltar durante diez años o más, no tenían ni la menor idea de qué había en las calles Ciento sesenta y dos a Ciento sesenta y tres, apenas a una manzana de la Grand Concourse. Ni habían visitado jamás el Museo de Bellas Artes del Bronx, situado en la calle Ciento sesenta y cuatro. Pero, incluso suponiendo que se tratara de una persona que no temiese esta clase de problemas, de un valiente capaz de desafiar a los atracadores, había otro miedo, mucho más sutil. Los funcionarios de Gibraltar eran forasteros en el distrito 44, y eso era algo que notaba cualquiera que, empujado por el Destino, se hubiese internado por aquellas calles: aquello era el territorio de *ellos*. ¡Qué miradas! ¡Qué miradas! ¡Qué desconfianza! No te queremos aquí. No nos gusta que vengas. Gibraltar y el Poder eran cosas del Partido Demócrata del Bronx, cosas de judíos e italianos, mientras que las calles pertenecían a gente como Lockwood y Arthur Rivera y Jimmy Dollard y Otis Blakemore y Herbert 92X y compañía.

De sólo pensarlo, Kramer se sintió deprimido. Allí estaban él y Andriutti, el judío y el italiano, comiéndose sus emparedados con hambre lobuna en el interior de la fortaleza, protegidos por los muros de piedra arenisca. ¿Y todo eso con qué fin? ¿Qué futuro podían esperar? ¿Sobreviviría todo aquel montaje los años suficientes como para darles tiempo a llegar hasta la cumbre del sistema, suponiendo que valiese la pena tal objetivo? Tarde o temprano, los portorriqueños y los negros acabarían uniéndose políticamente, y entonces conquistarían la plaza de Gibraltar y todo lo que ésta contenía. Y, entretanto, ¿a qué tendría que dedicarse él? A revolver el rancho... a revolver el rancho... hasta que ellos le quitaran la cuchara.

Justo en ese momento sonó el teléfono:

—¿Sí?

—¿Bernie?

—Es otra extensión —dijo Kramer—. De todos modos, me parece que no está aquí.

—¿Con quién hablo?

—Kramer.

—Ah, sí, le recuerdo. Soy el inspector Martin.

En realidad, Kramer no recordaba a Martin, pero su nombre y su voz despertaron en él la memoria de algún detalle desagradable.

—¿Necesita alguna cosa?

—Mire, estoy en el Lincoln Hospital con Goldberg, mi compañero, y tenemos aquí un caso de semihomicidio, y he pensado que sería conveniente comentárselo a Bernie.

—¿Ha hablado antes con alguien de aquí? ¿Con Andriutti?

—Sí.

—Bueno —suspiró Kramer—, Bernie no ha regresado aún. No sé dónde localizarle.

Una pausa.

—Mierda. Mire a ver si puede darle usted este recado.

—Bien. —Otro suspiro.

—Tenemos aquí a un muchacho, Henry Lamb. L-A-M-B, de dieciocho años. Está en cuidados intensivos. Vino al hospital ayer noche, con la muñeca rota. ¿Entendido? Bien, pues cuando vino ayer, de acuerdo al menos con lo que pone en este informe, no dijo nada de que le hubiese atropellado un coche. Aquí dice simplemente que se cayó. ¿Entendido? Bueno, pues le arreglaron lo de la muñeca en urgencias y luego le mandaron a casa. Pero resulta que esta mañana se presenta la madre de ese chico con él, y ahora tiene conmoción cerebral, y ha entrado en coma, y los médicos le clasifican como un caso de muerte probable. ¿Entendido?

—Sí.

—Cuando nos llamaron a nosotros el chico ya había entrado en coma, pero aquí hay una enfermera que dice que el chico le dijo a su madre que le había atropellado un coche, un Mercedes que luego se dio a la fuga pero que el chico recuerda parte de la matrícula.

—¿Hay testigos?

—No. Todo esto me lo ha contado la enfermera. Ni siquiera hemos hablado con la madre.

—Vamos a ver, ¿ha habido dos accidentes o sólo uno? ¿Ha dicho algo de una muñeca rota y una conmoción cerebral?

—Según la enfermera, un solo accidente. Por cierto que la enfermera está excitadísima y se empeña todo el rato en decir que el conductor se dio a la fuga después de atropellar al chico. Es un embrollo de mierda, pero me ha parecido que sería mejor decírselo a Bernie, por si quiere hacer algo.

—Bien, yo se lo contaré, pero no entiendo qué tiene que ver todo eso con nosotros. No hay testigos, no hay conductor, el chico está en coma... pero se lo diré.

—Ya, ya sé. Si encontramos a la madre y podemos sacarle algo, dígale a Bernie que le telefonearé.

—Vale.

Después de colgar, Kramer garabateó una nota para Bernie Fitzgibbon. Una víctima que había olvidado mencionar que había sido atropellada por un coche. Un típico caso del Bronx. Otro caso de mierda.

6. Un rebelde primitivo

A la mañana siguiente Sherman McCoy experimentó una sensación que, después de ocho años en Pierce & Pierce, le resultaba una novedad. Era incapaz de concentrarse. Normalmente, tan pronto como entraba en la sala de bonos y notaba el impacto de la luz que se colaba por los cristales de la fachada y del estruendo provocado por aquella legión de jóvenes enloquecidos por la codicia y la ambición, todos los demás aspectos de su vida se esfumaban y el mundo quedaba reducido a los pequeños símbolos verdes que se deslizaban por la negra pantalla de las terminales de ordenador. Incluso la mañana siguiente a la llamada telefónica más estúpida que había hecho en su vida, la mañana en la que despertó preguntándose si su esposa iba a abandonarle y llevarse consigo el mayor tesoro de su vida, a saber Campbell, incluso esa mañana, en cuanto entró en la sala de bonos, así, de repente, la existencia humana se redujo hasta adquirir solamente las proporciones de los bonos franceses con aval oro, y los bonos de veinte años del gobierno norteamericanos. Ahora, en cambio, era como si tuviera en el cerebro un cassette de dos pistas, y el mecanismo saltara continuamente de una pista a la otra, más allá de su control. En la pantalla.

«U Frag 13 '96 102.» ¡Habían bajado un punto entero! Los bonos United Fragance a trece años, cuya fecha de vencimiento era 1996, habían caído ayer de 103 a 102,5. Ahora estaban a 102, el beneficio sería del 9,75 por ciento... y la pregunta que se formuló a sí mismo fue:

¿Tuvo por fuerza que ser una *persona* lo que golpeó el coche cuando Maria hizo culear el Mercedes? ¿No hubiera podido ser el neumático o un bidón de basura o cualquier otra cosa? Intentó notar otra vez la sacudida en su sistema nervioso central. Fue un... *zoc...* un golpecito. En realidad no había sido gran cosa. Pero luego se desanimó. ¿Qué otra cosa podía haber sido, qué otra cosa que no fuese el chico alto y delgado? Y luego llegó a ver el rostro oscuro y delicado, la boca abierta de miedo... ¡Aún no era demasiado tarde para acudir a la policía! Treinta y seis horas, a estas alturas unas cuarenta... ¿cómo lo explicaría? Mé parece que, bueno, mi amiga Mrs. Ruskin y yo, en fin, que es posible que... por Dios, domínate. ¡Al cabo de cuarenta horas no sería como informar de un accidente, equivaldría a una confesión! Eres un Amo del Universo. Si estás en el piso cincuenta de Pierce & Pierce no es porque te escondas cuando estás sometido a presión. Esta feliz idea le devolvió las fuerzas necesarias para la tarea que le aguardaba, y volvió a concentrarse en la pantalla.

Los números se deslizaban transversalmente, como si los pintara un pincel untado en color verde radiación, y habían seguido deslizándose y cambiando sin que su mente los registrara. Se sobresaltó. United Fragance había bajado a 101 7/8, lo cual significaba que el beneficio había subido al 10 por ciento. ¿Qué estaba ocurriendo? Ayer mismo había encargado un análisis al departamento de investigación, y United

Fragance parecía estar en forma, de primera. Lo que necesitaba saber en este momento era:

¿Había salido alguna información en *The City Light*? Un ejemplar del diario crepitaba a sus pies. No había encontrado nada en el *Times*, el *Post* ni el *Daily News*, que había podido repasar mientras hacía el recorrido en taxi. La primera edición del *City Light*, un vespertino, salía pasadas las diez. De modo que, hacía veinte minutos, le había dado cinco dólares a Felix, el limpiabotas, para que bajase a comprarle el *City Light*. Pero leerlo era imposible. Ni siquiera podía permitir que viesan aquel diario en la superficie de su mesa. No, de la suya no; y menos después de haber fustigado al joven Argüello. De modo que lo tenía en el suelo, a sus pies, crepitando. El diario crepitaba, y él era un verdadero incendio. Ardía en deseos de recogerlo y repasarlo... *ahora mismo*... y al diablo si dejaba de guardar las apariencias... Pero aquel impulso era sin duda irracional. Además, ¿importaba mucho que lo leyese ahora o al cabo de seis horas? ¿Cambiaría algo? Casi nada, casi nada. Y siguió ardiendo unos momentos más, hasta que le pareció que ya no lo soportaba.

¡Mierda! ¡A los bonos United Fragance de trece años les estaba pasando algo! ¡Habían vuelto subir a 102! ¡Otros compradores habían avistado la ganga! ¡Actúa, rápido, ahora mismo! Marcó el número de Oscar Sunder, de Cleveland, se puso su lugarteniente, Frank... Frank... ¿cómo se llamaba de apellido? Frank... Frank el donut...

—¿Frank? Aquí Sherman, de Pierce & Pierce. Dile a Oscar que puedo conseguirle United Fragance treces del 96, que dan 9,75, en caso de que esté interesado. Pero han empezado a subir.

—Espera. —El donut habló de nuevo a los pocos instantes—. Oscar quiere tres.

—Vale. Bien. Tres millones de United Fragance a trece años del 96.

—De acuerdo.

—Gracias, Frank, y recuerdos a Oscar. Oh, y dile que volveré a hablar con él muy pronto, por lo de los Giscard. El franco ha bajado un poco, pero podemos organizar un plan de cobertura. En fin, ya hablaré con él.

—Se lo diré —dijo el donut de Cleveland.

...y antes incluso de que terminara de redactar la orden de compra y se la pasara a Muriel, la ayudante de ventas, McCoy pensaba: quizá tendría que consultarlo con un abogado. Tendría que llamar a Freddy Button. Pero conocía demasiado bien a Freddy. Al fin y al cabo, Freddy trabajaba en Dunning Sponget. Había sido su padre quien le había recomendado a Freddy. ¿Y si Freddy le soltaba alguna cosa al León? No, no lo haría... ¿O sí? Freddy se consideraba a sí mismo como un amigo de la familia. Conocía a Judy, y le preguntaba por Campbell siempre que hablaban, aunque probablemente Freddy fuese homosexual. En fin, a los homosexuales podían interesarles los niños. Freddy también tenía hijos. Lo cual, sin embargo, no

significaba que no fuese homosexual. ¡Joder! ¿Qué demonios le importaba a él cuál fuese la vida sexual de Freddy Button? Sólo a un chiflado se le ocurriría permitir que su mente divagara de aquel modo. Freddy Button. Se sentiría como un tonto contándole sus preocupaciones a Freddy Button, y todo para que luego resultase ser una falsa alarma... y probablemente no era más que eso. Un par de jovencitos habían intentado atracarles a él y a Maria, y se habían llevado su merecido. Una trifulca en plena selva, que se había regido por las leyes de la selva; eso era todo. Durante un momento volvió a sentirse a gusto consigo mismo. ¡La ley de la selva! ¡El Amo del Universo!

Hasta que, de repente, recordó la verdad. Los chicos no habían llegado realmente a amenazarle. ¡Eh! ¿*Necesita ayuda!* Y lo más probable era que Maria le hubiese golpeado con el coche. Sí, había sido Maria. Yo no conducía. Conducía *ella*. Ahora bien, ¿le absolvía eso de toda culpa a los ojos de la ley? Y...

¿Qué es eso? En la pantalla, los bonos United Fragrance a trece años del 96 habían subido, blip-blip hasta 102 1/8. ¡Ah! Eso significaba que acababa de ganar 0,25 por cien en los tres millones de bonos de Oscar Suder, y gracias solamente a la velocidad con la que él había actuado. Mañana se lo diría. Eso ayudaría a fomentar la operación de los Giscard. Aunque, si ocurriese algo con... *zoc...* ese chico alto y delgado... Los pequeños símbolos verdes lanzaban su brillo radiactivo desde la pantalla. Llevaban un minuto entero sin moverse. McCoy no lo podía soportar ni un instante más. Iría al lavabo. Ninguna ley prohibía ir al lavabo. Cogió de encima de su mesa un gran sobre de papel manila. La solapa iba provista de una cinta delgada que se podía enroscar en un disco de papel, para de este modo cerrar el sobre. Era el tipo de sobres que se utilizaba allí para enviar documentos de una oficina a otra. Describió una panorámica por toda la sala para ver si el panorama estaba despejado, hundió luego la cabeza bajo la mesa, metió el *City Light* en el sobre, y se encaminó al lavabo.

Había cuatro cabinas, dos urinarios y un ancho lavabo. Una vez en la cabina tuvo espantosa conciencia del ruido de papeles que hizo al sacar el diario del sobre. ¿Cómo volver las páginas? Cada leve crujido de una hoja sería un atronador anuncio de que algún vago se había encerrado allí para leer la prensa. Retiró los pies hasta pegarlos a la base de loza del váter. Así nadie alcanzaría a ver por debajo de la puerta de la cabina sus zapatos de New & Lingwood, con las suelas cosidas a mano y los empeines biselados, y de este modo llegar a la conclusión: ¡Ajá! McCoy.

Escondido detrás de la puerta, el Amo del Universo comenzó a volver una por una las páginas de aquel repugnante diario.

No había nada, ninguna referencia a que un chico había sido atropellado en una rampa de acceso a la vía rápida en el Bronx. Se sintió inmensamente aliviado. Habían transcurrido casi dos días completos... y nada. Joder, qué calor hacía ahí dentro. Sudaba horrorosamente. ¿Cómo podía permitir que las cosas le arrastraran de esa

manera? Maria tenía razón. Aquellos salvajes les habían atacado, y él había derrotado a aquellos salvajes, y habían conseguido huir, y eso era todo. ¡Había triunfado, pese a no llevar armas!

¿No sería que al final sí habían atropellado al chico, y la policía andaba en busca del coche, pero los periódicos no creían que el hecho tuviera suficiente importancia como para publicar la noticia?

Volvió a subirle la fiebre. ¿Y si llegaba a salir alguna referencia en los diarios... aunque sólo fuera una leve insinuación...? ¿Cómo iba a poder organizar la operación de los Giscard si pesaba sobre él una amenaza tan considerable...? ¡Estaría acabado! ¡Acabado! Y, aun cuando comenzaba a temblar temiendo que se le avecinaba aquella catástrofe, supo sin embargo que estaba dejándose llevar por silogismos supersticiosos. Se le había ocurrido que cuando alguien imagina un desastre así significa que ese desastre no puede ocurrir... imposible... Dios, o el Destino, tenían por fuerza que negarse a que un simple mortal adivinase... No, Él, el Señor, no permitía nunca algo así... Prefería que sus Divinos Desastres fueran siempre acompañados por el efecto sorpresa, sí... Sin embargo... sin embargo... ciertas formas de fatalidad son tan obvias que no hay modo de sortearlas. ¡El más mínimo escándalo...!

...Estaba cada vez más deprimido. El más mínimo escándalo, y no sólo se hundiría el plan Giscard sino que *¡hasta su misma carrera profesional se habría acabado!* Las tremendas cifras le remachaban la cabeza. El año pasado había tenido unos ingresos de 980.000 dólares. Pero tuvo que pagar 21.000 dólares mensuales a cuenta del préstamo de 1,8 millones con el que había comprado el apartamento. ¿Qué eran 21.000 dólares mensuales para alguien que casi ganaba un millón al año? Así fue como pensó en aquel momento, pero de hecho esa cantidad mensual resultaba una *carga pesada, aplastante*. Subía a 252.000 dólares anuales, no desgravables porque no se trataba de una hipoteca, sino de un préstamo personal. (Las juntas de propietarios de los edificios de lujo en Park Avenue no permitían que nadie hipotecase su apartamento.) De modo que, teniendo en cuenta los impuestos, necesitaba ingresar 420.000 dólares para pagar esos 252.000. De los 560.000 dólares restantes de sus ingresos del año anterior, 44.000 se le iban en pagar los gastos mensuales de mantenimiento del apartamento; 116.000 para la casa de Old Drover's Mooring Lane de Southampton (84.000 para el pago de la hipoteca con sus intereses, 18.000 para la calefacción, servicios, reparaciones y seguros, 6.000 para cortar el césped y los setos, 8.000 para los impuestos). Las fiestas en casa y en restaurantes habían subido 37.000. Esta era una cifra modesta en relación con lo que pagaban otros; por ejemplo, la fiesta de cumpleaños de Campbell en Southampton no contó más que con un tío-vivo (aparte de, naturalmente, los ponies y el prestidigitador, que eran obligatorios), y le había costado menos de 4.000 dólares. La escuela Taliaferro,

servicio de autobús incluido, le había salido por 9.400. La factura de muebles y ropa había sido de aproximadamente 65.000; y no había posibilidades de reducir esta partida de gastos dado que Judy era, al fin y al cabo, decoradora, y tenía que mantener cierto nivel mínimo. El servicio (Bonita, Miss Lyons, Lucille, la mujer de la limpieza, y Hobie, el chico para todo de Southampton) les costaba 62.000 dólares anuales. En resumen, sólo le quedaban 226.200 dólares anuales, o 18.850 al mes, para impuestos adicionales y gastos diversos, entre los que había que contar los seguros (en promedio, casi 1.000 al mes), el alquiler del garaje para dos coches (840 al mes), gastos de comida en casa (1.500 al mes), cuotas de clubs (unos 250 al mes)... La verdad, la abismal verdad era que el año pasado había gastado *más* de 980.000 dólares. Bien, podía, naturalmente, recortar un poco por aquí y por allá —aunque no lo suficiente— suponiendo... *¡que ocurriera lo peor!* Pero de lo que no podía escabullirse era del préstamo de 1,8 millones de dólares, de esos aplastantes 21.000 dólares al mes, a no ser que lo devolviera de golpe, o que vendiera el apartamento para mudarse a otro más modesto, ¡lo cual era *imposible!* ¡Ya no podía volverse atrás! En cuanto alguien ha vivido en un apartamento de 2,6 millones de dólares, un apartamento de Park Avenue, ¡resulta imposible irse a vivir a un apartamento de sólo un millón! Desde luego, le hubiera resultado imposible explicárselo a nadie. A no ser que fueras un cretino de solemnidad, no había modo de pronunciar siquiera esas palabras carentes de toda lógica. Sin embargo, *era así*. Retroceder resultaba... *¡imposible!* El edificio en el que se encontraba su apartamento era uno de esos tan grandes que fueron contruidos antes de la Primera Guerra Mundial. En aquel entonces no se consideraba decente que una buena familia viviese en un apartamento en lugar de hacerlo en una casa. De modo que los constructores hacían apartamentos que eran como mansiones, con techos de alturas de tres a cuatro metros, vastísimos vestíbulos, escalinatas, alas para el servicio, pisos de parqué con dibujo de espiga, tabiques de un palmo de espesor, paredes exteriores tan gruesas como las murallas de una fortaleza, y chimeneas y más y más chimeneas, a pesar de que todos esos edificios contaban con calefacción central. ¡Una mansión! Con la sola diferencia de que para llegar a la puerta de tu casa usabas un ascensor (cuya puerta se abría directamente en el vestíbulo particular de tu apartamento). Eso era lo que te daban por 2,6 millones de dólares, y cualquiera que pisase el vestíbulo del dúplex de McCoy, en aquel fantástico décimo piso de Park Avenue, sabía al instante que se encontraba en... *¡uno de esos apartamentos de fábula que todo el mundo... le moría por tener!* Mientras que, ¿qué clase de apartamento se podía obtener por un millón? Como máximo, como máximo, como *máximo*: un apartamento de tres habitaciones —sin habitaciones para el servicio, o para los invitados, y, por supuesto, sin tocador, sin galería— en uno de esos altos bloques de ladrillo blanco contruidos en la zona este de Park Avenue durante los años sesenta,

con techos de sólo dos metros y medio de altura, comedor sin biblioteca, un vestíbulo diminuto como un armario, sin chimenea, estucados ridículos en caso de que los hubiese, tabiques tan finos que dejaban pasar hasta los susurros, y sin parada particular del ascensor. Oh, no; en lugar de eso, un rellano sin ventanas, con un mínimo de cinco puertas de color bilis patéticamente lisas y forradas de metal, protegidas por al menos un par de feos cerrojos, y la horrible conciencia de que una de esas puertas era la *tuya*. Evidentemente... *¡imposible!*

Se sentó con sus zapatos de New & Lingwood (650 dólares) recogidos contra la porcelana blanca de la taza, y el periódico crujiendo en sus temblorosas manos, y le pareció ver a Campbell, con los ojos rebosantes de lágrimas, saliendo por última vez del vestíbulo de mármol del décimo piso de Park Avenue, iniciando su descenso hacia las capas más bajas de la sociedad.

Si he llegado a preverlo, Dios mío, es imposible que permitas que ocurra, ¿no es cierto?

¡Los Giscard...! ¡Tenía que actuar con presteza! ¡Conseguir un impreso! Esta frase poseyó su mente, conseguir un impreso. Cuando terminaba una operación de las más importantes, como, por ejemplo, llegaría a serlo la de los Giscard, todos los detalles de los contratos eran impresos en una imprenta de verdad. ¡Conseguir un contrato impreso! *¡Conseguir un impreso!*

Y se quedó instalado en la caza de porcelana blanca, pidiéndole un impreso al Todopoderoso.

Dos jóvenes blancos estaban sentados en el salón de una mansión de Harlem, mirando ambos a un negro de mediana edad. El más joven de los dos, el que llevaba la voz cantante, estaba bastante confundido por lo que había visto hasta ahora. Tenía la sensación de que una proyección astrológica se le hubiera llevado lejos de su propio cuerpo, y estuviera escuchando sus propias palabras, como un simple espectador, a medida que las iba pronunciando.

—De forma que, no sé cómo explicarlo, reverendo Bacon, pero la cuestión es que nosotros, o sea, la diócesis, la iglesia episcopaliana, le ha dado a usted la suma de 350.000 dólares en concepto de base económica para que usted pudiera poner en marcha el proyecto de la Guardería el Pastorcillo, pero ayer recibimos una llamada telefónica en la que un periodista nos comunicó que la administración de Recursos Humanos había rechazado su solicitud de autorización hace *nueve semanas*, y, en fin, nos pareció increíble. Hasta ese momento no sabíamos nada de nada, y...

Sus labios siguieron pronunciando palabras, pero el joven, Edward Fiske III, ya no pensaba en ellas. Su voz funcionaba con piloto automático, mientras su mente intentaba encontrar algún sentido a la situación en la que se encontraba. La habitación era un inmenso salón de estilo monumental, adornado con diversas muestras de

imitaciones de estilos antiguos, desde los artesonados y cornisas de roble hasta los rosetones de estuco, los oropeles, los candelabros de cristal en los rincones y los zócalos de ricas molduras, todo ello perfectamente restaurado y con el esplendor decorativo de fin de siglo. Era una de esas mansiones que solían hacerse construir los reyes de los áridos en el Nueva York de antes de la Primera Guerra Mundial. Ahora, sin embargo, el rey de esta mansión era el hombre que estaba sentado al escritorio de caoba, un negro.

Su sillón giratorio de alto respaldo estaba tapizado de un magnífico cuero color sangre de buey. En su rostro no había ni rastro de emoción. Era uno de esos hombres flacos y de huesos delgados que, sin ser musculosos, tienen aspecto de tremenda fuerza física. Llevaba peinado su no muy abundante pelo negro hacia atrás, muy estirado, pero los dos últimos centímetros de las puntas los tenía muy rizados. Vestía un traje cruzado negro con solapas angulosas, camisa blanca con el cuello almidonadísimo, y corbata negra con anchas listas blancas en diagonal. En la muñeca izquierda lucía un voluminoso reloj de oro.

Fiske tomó conciencia con fastidio del sonido de su propia voz:

—... y luego hemos llamado, de hecho yo mismo hice la llamada, a ese departamento, y hablé con un tal Mr. Lubidoff, que me dijo, y me limito a repetirle lo que él me dijo, me dijo que varios, de hecho dijo que siete, dijo que siete de los nueve miembros del consejo de administración de la Guardería el Pastorcillo tienen antecedentes penales, y que tres de ellos están en libertad condicional, lo cual supone que, desde el punto de vista técnico, legal —echó una ojeada a su joven colega, Moody, que era abogado— se les considera como, o tienen la misma consideración que, los presos comunes.

Fiske se quedó mirando al reverendo Bacon, abrió mucho los ojos, y enarcó las cejas. Era un intento desesperado de conseguir que el rey de aquella mansión aceptara el diálogo. De hecho, Fiske no se había atrevido a formularle preguntas, a interrogarle. Lo máximo a lo que aspiraba era a dejar las cosas claras de forma que él, dada la situación y su lógica interna, se sintiese obligado a contestar.

Pero el reverendo Bacon ni siquiera modificó su expresión. Se quedó mirando al joven como si fuese un roedor africano pegando brincos en el interior de su jaula. El delgado bigote que perfilaba su labio superior no se movió ni un milímetro. Luego, el reverendo empezó a tamborilear con el índice y el corazón de la mano izquierda sobre el escritorio, como diciendo: «¿Y por lo tanto?»

No fue el reverendo Bacon sino el propio Fiske el que no pudo soportar el vacío que se había producido, y se lanzó:

—Y por lo tanto, bueno, desde el punto de vista de la administración de Recursos Humanos, y ellos son quienes tienen que dar la autorización para montar nuevas guarderías, y ya sabe usted lo hipersensibles que son en todo lo relativo a guarderías,

es un tema político muy debatido, desde su punto de vista, como le iba diciendo, los tres consejeros de la Guardería el Pastorcillo que aún están en libertad condicional, para ellos es como si aún estuviesen *en la cárcel*, porque las personas que están en libertad condicional siguen cumpliendo una pena de cárcel y siguen sometidos a todos los... todos los... bueno, lo que sea... y los otros cuatro también tienen antecedentes, y sólo eso ya es suficiente para... para... para... Bueno, las normas prohíben...

Le salían las palabras a torpes borbotones atragantados, y, mientras, su mente seguía recorriendo toda la habitación, tratando de localizar la salida. Fiske era uno de esos blancos magníficamente sanos que conservan la tez amelonada de los chicos de trece años cuando ya están próximos a cumplir los treinta. En este preciso instante, su fina piel comenzaba a enrojecer. Estaba azorado. No, estaba asustado. Faltaba poquísimo para que tuviese que hablar de lo de los 350.000 dólares, a no ser que su acompañante, Moody, lo hiciera por él. Santo Dios, ¿cómo se había metido en aquel brete? Cuando salió de Yale, Fiske estudió en la Wharton School of Business, en donde escribió una tesis doctoral titulada «Aspectos cuantitativos del comportamiento ético en una empresa de capital intensivo». Durante los tres últimos años había sido director de actividades comunitarias externas de la diócesis de Nueva York de la iglesia episcopaliana, un cargo que hizo que tuviera que encargarse de la administración del importante apoyo financiero y moral que esa iglesia estaba dándole al reverendo Bacon y a sus diversas actividades. Pero incluso en sus esperanzados comienzos, hacía de eso un par de años, ya en las primeras expediciones a aquel enorme caserón de Harlem se había sentido incómodo. Para empezar, mil y un detalles habían comenzado a hacer mella en su profundo liberalismo intelectual. Por ejemplo eso de «reverendo Bacon». Todos los graduados de Yale, o, como mínimo, todos los graduados que además eran miembros de la iglesia episcopaliana, sabían que *Reverendo* no era un nombre, sino un adjetivo. Era lo mismo que el título de *Honorable* que solía colocarse delante del nombre de los jueces o legisladores. Se podía decir, por ejemplo, «el honorable William Rehnquist», pero era incorrecto llamarle «honorable Rehnquist». Del mismo modo, se podía hablar de «el reverendo Reginald Bacon», o decir «el reverendo Mr. Bacon», pero era incorrecto decir en cambio «reverendo Bacon», excepto en esta casa o en esta zona de Nueva York, en donde había que llamarle tal y como a él le diese la gana, y olvidarse de Yale y todo lo demás. La verdad era que a Fiske le había parecido imponente y atemorizador incluso en aquellos primeros tiempos, cuando todo eran sonrisas. Entonces estaban de acuerdo prácticamente en todas las cuestiones políticas, en todos los planteamientos. Pero no eran en absoluto *personas parecidas*. Y, ahora, aquellos primeros días quedaban muy lejos. Más bien se diría que ya estaban en los últimos días.

—...y, por lo tanto, nos encontramos con un problema, reverendo Bacon. Hasta que no arreglemos el asunto de la autorización, y ojalá hubiéramos sido informados de este dato hace nueve semanas, cuando se produjo la noticia, en fin, creo que no hay modo de lograr que el proyecto siga adelante sin haberlo resuelto previamente. Y no digo que no se pueda resolver, por supuesto, pero tendría usted que... bueno, lo primero que tendríamos que hacer, me parece, es ser realistas, tomarnos lo de los 350.000 dólares de forma realista. Naturalmente, este consejo, me refiero a su actual consejo de administración, este consejo no puede gastar ni un céntimo de ese dinero en el proyecto de la guardería, me parece, puesto que, si vamos al fondo del proyecto, hace falta que antes se reorganice completamente el consejo, y para eso hará falta algún tiempo. No mucho tiempo, quizá, pero sí algún tiempo, y...

Mientras su voz seguía luchando por expresar sus ideas, Fiske lanzó una mirada hacia su colega. Moody no parecía en absoluto impresionado. Permanecía sentado en el sillón, con la cabeza inclinada a un lado, fríamente, como si le hubiese tomado la medida al reverendo Bacon. Era su primer viaje a la mansión de Bacon, y parecía encantado. Se trataba de un nuevo miembro del bufete de Dunning Sponget & Leach, un jovencillo que la firma de abogados había asignado a la diócesis debido a que el trabajo que ésta les daba, aun siendo prestigioso, era de poca monta. Mientras subían hacia Harlem en el coche, el joven abogado le había contado a Fiske que también él había sido alumno de Yale. Había jugado de defensa en un equipo de rugby. Se las arregló para mencionar este detalle unas cinco veces. Luego, entró en el cuartel general del reverendo Bacon como si llevara una jarra de cerveza Dortmunder Light entre las piernas. Pero no había pronunciado ni palabra.

—...de modo que, entretanto —dijo Ed Fiske—, creemos que lo más prudente sería... lo hemos hablado en la diócesis... todo el mundo, no sólo yo, se ha mostrado partidario de esto... nos ha parecido lo más prudente... quiero decir que a todos nosotros nos preocupa el futuro del proyecto, tanto a usted como a nosotros, el proyecto de la Guardería el Pastorcillo, porque seguimos apoyando ese proyecto al cien por cien, eso no ha cambiado en lo más mínimo... pero nos ha parecido que lo más prudente sería colocar esos 350.000 dólares, descontando, claro, el dinero que ya se haya invertido en el alquiler del edificio de la calle Ciento veintinueve Oeste, colocar el resto... ¿cuánto? Digamos que 340.000 o lo que sea, colocarlo en una cuenta en custodia de modo que luego, cuando hayamos resuelto el problema de los miembros del consejo, y cuando, tengan ustedes la autorización concedida por la autoridad de Recursos Humanos, y no debamos preocuparnos por ningún otro problema, ese dinero les sea devuelto a usted y a su nuevo consejo, y, bueno, eso era más o menos lo que tenía que decirle.

Fiske volvió a abrir los ojos, y enarcó las cejas, y hasta intentó esbozar una sonrisilla amistosa, como diciendo: «¡Bueno! ¡Todos estamos en el mismo barco!»

Luego volvió la vista hacia Moody, que seguía mirando fría y fijamente al reverendo Bacon. Este ni siquiera parpadeó, y fue esa mirada implacable lo que hizo que Fiske decidiera que no debía seguir mirándole a los ojos. Bajó la vista a los dedos del reverendo Bacon, que seguían haciendo ruiditos sobre la mesa. Ni una palabra. De modo que estudió las cosas que había en la mesa. Un magnífico vademécum de cuero, una escribanía de oro Dunhill con pedestal de ónice y provista de estilográfica y lápiz, toda una colección de pisapapeles y medallas, varias de las cuales estaban dedicadas por diversas organizaciones cívicas a nombre del reverendo Reginald Bacon, un montón de papeles bajo un pisapapeles, y que en su mayor parte eran las cartas de la cadena de TV WNBC, un interfono con toda una hilera de botones, y un gran cenicero en forma de caja con los lados de cuero enmarcado en latón, y con una rejilla de latón en la cara superior...

Fiske mantuvo la vista baja. Los ruidos del edificio llenaron el vacío. Desde el piso superior, y muy acolchado por los gruesos pisos y las gruesas paredes de la mansión, el leve sonido de un piano... Moody, sentado junto a él, probablemente ni siquiera lo estaba percibiendo. Pero Fiske, mentalmente, podía cantar el himno que aquellos acordes acompañaban:

«El reino del milenio
será...
mil años de eternidad...»

Altisonantes acordes.

«Mil años de e-ter-ni-daaad...
Rey de reyes...
Refugio de todos...»

Más acordes. Un océano entero de acordes. La madre del reverendo Bacon debía de estar ahí arriba. Cuando empezó todo este asunto de la diócesis y el reverendo Bacon, Fiske solía ponerse en casa los discos grabados por la madre del reverendo, por las noches, y cantar con ella, a pleno pulmón y con arrobado abandono —«¡El reino del milenio!»—, los himnos que había popularizado Shirley Caesar... Oh, sí, conocía muy a fondo a las cantantes gospel, sí, él, Edward Fiske III, Yale 80, por fin había logrado entrar en el fastuoso mundo de los negros... El nombre de Adela Bacon aún salía en las listas de ventas de gospel de vez en cuando. De la larga lista de organizaciones cuyos rótulos adornaban el enorme vestíbulo de la mansión —Solidaridad de Todos los Pueblos, Iglesia de las Puertas del Reino, Coalición Laboral Puertas Abiertas, Maternidad Alerta, Cruzada contra la Drogadicción de los Niños,

Liga contra la Difamación del Tercer Mundo, Guardería el Pastorcillo, y demás—, el único negocio convencional era la Empresa Musical Reino del Milenio, dirigida por Adela Bacon. Fiske lamentó que no hubiese llegado a conocerla a fondo. Ella era la fundadora de la iglesia de las Puertas del Reino, que era la iglesia a la que supuestamente pertenecía el reverendo Bacon, pero que en realidad había dejado casi de existir. Ella fue quien la organizó; ella había dirigido los oficios religiosos; ella había conseguido arrastrar a su rebaño gracias a su asombrosa voz de contralto y a las altas crestas del oleaje de sus acordes; y ella, y solamente ella, había sido la que ordenó a su hijo Reggie y le convirtió en el reverendo Reginald Bacon. Cuando se enteró de todo eso, Fiske se sintió bastante escandalizado. Pero en seguida comprendió una gran verdad. *Todas* las credenciales religiosas son arbitrarias, son resultado de una autoproclamación. ¿Quién había concebido, por ejemplo, los artículos de fe que permitieron que fuese ordenado su propio jefe, el obispo episcopaliano de Nueva York? ¿Acaso Moisés los bajó de la cumbre de cierta montaña? No, fue un inglés quien los soñó, hacía algunos siglos, no muchos, y luego hubo una gran cantidad de gente de caras alargadas y blancas que decidió que eran rigurosos y sagrados. Lo único que pasaba era que la fe episcopaliana era más antigua, más hierática y más respetable entre los blancos que la fe baconiana.

Pero ya no era el momento adecuado para preocuparse por asuntos de teología y de historia de las religiones. Había llegado la hora de recuperar aquellos 350.000 dólares.

Oyó el agua que salía de un grifo abierto, una puerta de nevera, y una cafetera que comenzaba a hervir. Lo cual significaba que la puerta que daba a la pequeña cocina estaba abierta. Un negro muy alto miraba hacia el salón desde el umbral. Llevaba una camisa azul de obrero, tenía un cuello largo y potentísimo, y de una de sus orejas colgaba un solitario aro de oro, como si fuese un pirata de novela infantil. Esta era una de las características de la casa, el hecho de que siempre rondaran por allí aquellos... aquellos... aquellos... *matones*. Antiguamente Fiske les tomaba por revolucionarios románticos... Ahora... De sólo recordar la opinión que le merecían ahora, Fiske tuvo que desviar la vista... Y la dirigió hacia el ventanal situado a espaldas del reverendo Bacon. Daba a un patio interior y, aunque sólo era primera hora de la tarde, no llegaba allí más que la sombría luz verdosa que dejaban pasar los edificios contruidos en el lado opuesto de la manzana. Fiske alcanzó a ver los troncos de tres enormes y viejos sicómoros. Era todo lo que quedaba del antiguo jardín, que en sus buenos tiempos, y para ser un jardín neoyorquino, debió de ser bastante amplio y bonito.

Los acordes acolchados. Mentalmente, Fiske pudo oír la preciosa voz de Adela Bacon:

«Oh, Señor... ¿qué puedo decir...?

Y así... ocurrió...»

Oleadas de acordes acolchados.

«Una voz... de las alturas dijo...

“Toda carne... es hierba...”»

Un auténtico océano de acordes.

El reverendo Bacon dejó de tamborilear con sus dedos. Apoyó las yemas al borde del escritorio. Alzó ligeramente el mentón y dijo:

—Esto es Harlem.

Lo dijo de forma lenta y suave. Su calma era tan marcada como la intranquilidad de Fiske. Este no le había oído jamás alzar la voz. El reverendo Bacon congeló la expresión de su rostro y la posición de sus manos, a fin de permitir que sus palabras calaran hondo.

—Esto —dijo otra vez— es Harlem... —Hizo una larga pausa. Luego prosiguió —: Y usted viene ahora, después de tanto tiempo, y *me* dice que hay personas *con antecedentes penales* entre los miembros del consejo de la Guardería el Pastorcillo. Me informa usted de ese detalle.

—No es que haya venido a informarle, reverendo Bacon —dijo Fiske—. Es que eso es lo que la administración de Recursos Humanos nos ha dicho, tanto a usted como a nosotros.

—Pues yo también quiero decirle algo a *usted*. Quiero recordarle algo que *usted me* dijo *a mí*. ¿Qué personas queremos que lleven nuestros centros pre-escolares? Supongo que lo recuerda. ¿Las chicas de Wellesley, las chicas de Vasar? ¿Son ellas las que tendrían que subir a Harlem para hacerse cargo de los niños de Harlem? ¿Queremos acaso que todo esto lo organicen los benefactores sociales de los barrios ricos? ¿O queremos acaso que lo lleven unos burócratas convenientemente autorizados, unos funcionarios de la asistencia social? ¿Queremos que lo lleven todo los empleados del ayuntamiento? ¿Es eso lo que queremos? ¿Es *eso* lo que queremos?

Fiske se sintió obligado a contestar. Obediente, como un niño de párvulos, respondió:

—No.

—No —dijo el reverendo Bacon en tono aprobador—, no es eso lo que queremos. ¿*Qué* es, entonces, lo que queremos? Queremos que sea la gente de Harlem la que cuide de los niños de Harlem. Sacaremos la fuerza que necesitamos... la *fuerza*... de nuestra propia gente y de nuestras propias calles. Fue lo que le dije a usted hace

mucho tiempo, cuando nos conocimos. ¿Lo recuerda? ¿Se acuerda de lo que le dije entonces?

—Sí —dijo Fiske, sintiéndose más niño a cada momento, y más desamparado ante aquella mirada tan fija.

—Sí. Nuestras propias calles. Pues bien, pongamos que un joven nace y crece en las calles de Harlem, y consideremos las posibilidades que tiene de que la policía acabe fichándole. ¿Entiende? La policía tiene ficha de ese joven. Una ficha de la policía. De manera que si viene usted y les dice a todas las personas que han estado alguna vez en la cárcel, y a las personas que han *salido* de la cárcel, y a las personas que están en *libertad condicional*, si usted les dice: «Usted y usted y usted no pueden participar en el renacimiento de Harlem porque están fichados...» ¿Entiende? Entonces ya no estamos hablando del renacimiento de Harlem. Estamos hablando de algún barrio de fantasía, de un reino mágico. Nos estamos engañando a nosotros mismos. Estamos dejando de buscar soluciones radicales. Estamos jugando otra vez al juego de siempre, sólo queremos ver las mismas caras de siempre. Estamos poniendo otra vez en práctica el antiguo colonialismo de siempre. ¿Entiende? ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Fiske estaba a punto de hacer un gesto de asentimiento, pero, de repente, Moody alzó la voz:

—Mire, reverendo Bacon, todo eso ya lo sabemos, pero el problema es otro. Nos enfrentamos a un problema inmediato, concreto, técnico, legal. Con la ley en la mano, la autoridad de Recursos Humanos no tiene poder para dar su autorización en estas circunstancias, y punto. De modo que enfrentémonos a este problema, veamos lo de los 350.000 dólares, y luego podremos resolver otros problemas de mayor alcance.

Fiske no daba crédito a sus oídos. Involuntariamente, se hundió en su butaca y miró atemorizado al reverendo Bacon. Este miró a Moody de forma inexpresiva. Le miró durante el tiempo suficiente como para que se sintiera envuelto por el silencio. Luego, sin separar los labios, se metió la lengua contra la mejilla, hasta que se le formó un bulto del tamaño de una pelota de golf. Se volvió hacia Fiske y dijo con suavidad:

—¿Cómo han venido hasta aquí?

—Esto... en coche —dijo Fiske.

—¿Dónde han dejado el coche? ¿Qué aspecto tiene el sitio donde lo han aparcado?

Tras unos momentos de vacilación, Fiske se lo explicó.

—Deberían habérmelo dicho antes —dijo el reverendo Bacon—. Ahí afuera rondan algunos malos elementos. —Y añadió, en voz muy alta—: ¡Eh, Buck!

Salió de la cocinita el negro alto del aro de oro, arremangado, mostrando unos

codos tremendos. El reverendo Bacon le llamó con una seña, el hombre se le acercó, se inclinó, con las manos en jarras, y escuchó lo que el reverendo Bacon le dijo en voz baja. Los brazos de aquel tipo formaban unos ángulos apabullantes a la altura de los codos. Oído el mensaje, el hombre se enderezó, miró muy serio al reverendo Bacon, hizo un gesto de asentimiento, y comenzó a irse.

—Por cierto, Buck —dijo el reverendo Bacon.

Buck se detuvo y volvió la cabeza.

—Y vigila bien ese coche.

Buck volvió a asentir con la cabeza, y se fue.

El reverendo Bacon miró a Fiske:

—Espero que ninguno de esos críos... en fin, que no se la van a jugar si ven a Buck rondando por allí. Bien, ¿en dónde estábamos? —Todo esto dirigido a Fiske. Como si Moody hubiese abandonado la habitación.

—Creo —dijo Fiske—, reverendo Bacon, que...

El interfono del reverendo Bacon emitió un zumbido.

—¿Sí?

—Itv Stone, del Canal 1 —dijo una voz de mujer—, en la cuatro siete.

El reverendo Bacon se volvió al teléfono instalado en una mesita próxima a su asiento.

—Hola, Irv... Bien, bien... No, no. Sobre todo la Solidaridad Popular. En noviembre tenemos que derrotar a un alcalde, recuérdalo... Esta vez no, Irv, esta vez no. Lo único que necesita ese tipo es un simple empujón. Pero no te había llamado para eso. Te he llamado por lo de la Coalición Laboral Puertas Abiertas... No, digo la Coalición Laboral Puertas Abiertas... ¿Cuánto tiempo? Mucho, mucho tiempo. ¿No lees la prensa...? Bien, de acuerdo. Por eso te he llamado. Ya sabes, esos restaurantes del centro, los de las calles Cincuenta y Sesenta Este, esos restaurantes en donde la gente se gasta cien dólares por un almuerzo, y doscientos dólares por una cena, sin pensárselo ni un instante... ¿Cómo? No pretendas engañarme, Irv. Os conozco bien, sé cómo sois los de la televisión. ¿Sabes ese sitio adonde tú vas a comer todos los días, eso de La Boue d'Argent? —Fiske notó que el reverendo Bacon pronunciaba sin problemas el nombre de uno de los restaurantes más lujosos y famosos de Nueva York—. Bueno, eso es lo que me habían contado a mí. ¿O quizá es en el Leicester's? —También pronunció correctamente el nombre. La gente bien pronunciaba *Lester's*, a la inglesa. El reverendo Bacon se había puesto a reír. Su chiste le había salido bien. A Fiske le alegraba siempre verle reír, de lo que fuera—. Bien, lo que te quería decir es: ¿has visto en alguno de esos locales a algún *camarero negro*? ¿Lo has visto alguna vez? ¿Lo has visto...? Nunca. Jamás. Exacto... ¿Y por qué...? Exacto. Y los sindicatos, también los sindicatos. ¿Entiendes ahora lo que quería decirte...? Exacto. Pues bien, eso es lo que no puede seguir así... lo que tiene que cambiar. El próximo

martes, a partir del mediodía, la Coalición organizará una manifestación delante del restaurante Leicester's, y cuando hayamos logrado resultados allí, seguiremos con La Boue d'Argent y el Macaque y La Grise y el Three Ortolans y los demás... ¿Cómo? Por todos los medios a nuestro alcance. Tú siempre te quejas de la falta de espectacularidad, Irv. Pues tendrás todo el espectáculo que quieras. ¿Me sigues?... ¿Llamar al Leicester's? Por supuesto, hazlo... No. No me importa.

Cuando colgó, como si hablase consigo mismo, el reverendo Bacon añadió:

—Ojalá les llames.

Luego miró a los dos jóvenes:

—¡Bien! —dijo, como si hubiese llegado el momento de tomar decisiones y enviar a todo el mundo a cumplirlas—. Ya ven ustedes con qué he de habérmelas aquí. Me dejo la vida en esta lucha. La vida... La Solidaridad de Todos los Pueblos se ha propuesto derrotar en noviembre al alcalde más racista de toda la historia de los Estados Unidos. Y la Coalición Laboral Puertas Abiertas tiene que romper los muros del apartheid en el mercado de trabajo. Y la Liga contra la Difamación del Tercer Mundo tiene que negociar con una pandilla de explotadores que están produciendo una película absolutamente racista que se titula *Los ángeles de Harlem*. Bandas de delincuentes, traficantes de droga y borrachos, y nada más. Estereotipos racistas. Esa gente cree que porque sacan a un negro que logra que un grupo de gamberros jóvenes se acerquen a Jesús, la película ya no es racista. Pero lo es, son unos racistas que no conocen la realidad, y hay que enseñársela. Se aproxima el gran día de Nueva York. La hora se acerca. La batalla final, podríamos decir. El Ejército de Gedeón... ¡Y ustedes...! Ustedes me vienen aquí a poner encima de la mesa una tontería, un problema trivial relativo a los miembros del consejo de la Guardería el Pastorcillo...

La voz del gran señor había adquirido un matiz furioso. Había estado a punto, Fiske lo sabía, de soltar alguna palabrota, y hubiera sido la primera que oyera pronunciar al reverendo Bacon desde que le conocía, porque jamás soltaba un solo taco, ni siquiera los más leves. Fiske se sentía desgarrado entre el impulso de largarse de allí antes de que comenzara la batalla final y comenzara a caer alguna lluvia demoníaca, y el deseo de no perder su empleo. Porque era él personalmente quien le había hecho entrega al reverendo Bacon de aquellos 350.000 dólares. Y ahora también le correspondía a él recuperarlos.

—Bien —dijo Fiske, tratando de nadar entre dos aguas—, es posible que tenga usted razón, reverendo Bacon. Y nosotros, la diócesis, no hemos venido para complicarle las cosas. Francamente, queremos protegerle, y queremos proteger la inversión que hemos hecho en las obras que usted dirige. Le dimos 350.000 basándonos en el supuesto de que iba a conseguir los permisos necesarios para organizar los centros preescolares. De modo que, si nos devuelve usted los 350.000 dólares, 340.000 o la cantidad exacta que le reste, y nos permite colocar esa suma en

una cuenta en custodia, seguiremos ayudándole. Seguiremos apoyándole.

El reverendo Bacon le miró con aire distraído, como si interiormente estuviera meditando cierta decisión de tremenda importancia.

—No es tan sencillo —dijo.

—¿Por qué?

—Ese dinero está casi todo, comprometido.

—¿Comprometido?

—Con los proveedores.

—¿Los proveedores? ¿Qué proveedores?

—¿Qué proveedores? Santo Dios, buen hombre, ha habido que ir adquiriendo todo el equipo, el material, los muebles, los ordenadores, los teléfonos, las alfombras, el aire acondicionado, la ventilación, la ventilación es importantísima para los niños, los juguetes de seguridad total. Muchas cosas. Es difícil recordarlas todas.

—Pero, reverendo Bacon —dijo Fiske, que comenzaba a alzar la voz—, ¡si de momento no tiene usted más que un viejo almacén completamente vacío! ¡He pasado por allí! ¡Ahí dentro no hay nada de nada! ¡Ni siquiera ha contratado usted a un arquitecto! ¡Ni siquiera hay planos, nada!

—Eso es lo que menos importa. En este tipo de proyectos lo principal es la coordinación. La coordinación.

—¿La coordinación? No entiendo qué... Bueno, es posible, pero, en caso de que se haya usted comprometido con los proveedores, me parece que no tendrá más remedio que explicarles que habrá un retraso inevitable. —De repente Fiske temió estar hablando con firmeza exagerada—. Veamos, dígame, si no le importa, ¿cuánto dinero le queda todavía, reverendo Bacon, tanto si lo ha comprometido como si no?

—No me queda nada —dijo el reverendo Bacon.

—¿Nada? ¿Cómo es posible?

—¿No pretendían ustedes que usáramos ese dinero como semillas, según su propia expresión? Pues bien, nosotros hemos sembrado esas semillas, y algunas de esas semillas han caído en tierra estéril.

—¿Sembrar las semillas? Reverendo Bacon, ¿insinúa que le adelantó el dinero a toda esa gente antes de que empezaran a trabajar, a suministrarle las cosas?

—Se trata de empresas llevadas por gente perteneciente a las minorías. Gente perteneciente a nuestra comunidad. Habíamos quedado en eso, ¿no?

—Sí. Pero no es posible que haya usted adelantado...

—Se trata de empresas que no tienen «línea de crédito» ni «inventarios informatizados» ni «cash-flow» ni «tasa de liquidez» ni «bonos convertibles» ni nada de eso. Son empresas llevadas por gente de las minorías, y por tanto carecen de muchas de las ventajas de otras empresas, y no pueden permitirse el lujo de estar a cubierto de cualquier eventualidad, como esos «retrasos inevitables» a los que usted

se refería antes... Son empresas que pertenecen a esta comunidad, tiernos brotes que salen de las semillas que nosotros, usted, yo, la iglesia episcopaliana, la iglesia de las Puertas del Reino, hemos sembrado... Y ahora me viene usted con lo del «retraso inevitable». Eso no es solamente una expresión, eso es una sentencia de muerte. Una sentencia de muerte. Es como decir, con toda la amabilidad del mundo, desde luego: «Cáete muerto donde te dé la gana.» De modo que no me venga ahora con que se lo tengo que *explicar yo*. Diga *muerte inevitable. Muerte inevitable...*

—Pero, reverendo Bacon, estamos hablando nada menos que de 350.000 dólares... Sin duda...

Fiske miró a Moody. Moody permanecía muy tieso en su asiento. Ya no parecía frío y distante, y no decía ni palabra.

—La diócesis... Tendrá que encargar una auditoría —dijo Fiske—. Inmediatamente.

—Oh, claro —dijo el reverendo Bacon—. Habrá una auditoría. Ya le daré yo auditorías... Inmediatamente. Escúcheme bien. Escúcheme bien porque voy a decirle algo acerca del capitalismo, de cómo funciona el capitalismo al norte de la calle Noventa y seis. ¿Por qué cree que están ustedes invirtiendo ese dinero, esos 350.000 dólares, en una guardería de Harlem? ¿Por qué?

Fiske se mantuvo mudo. Los diálogos socráticos del reverendo Bacon hacían que se sintiera infantil y desamparado.

Pero Bacon insistió:

—Venga, dígamelo. Quiero oírsele decir a usted. Habla de auditorías. De *auditorías*. Quiero oírsele decir a usted. ¿Por qué ustedes, precisamente ustedes, tienen que invertir todo ese dinero en Harlem? ¿Por qué?

Fiske no pudo contenerse más:

—Porque Harlem tiene una incontenible necesidad de guarderías —dijo, sintiéndose como si sólo tuviera seis años de edad.

—Pues no, amigo mío —dijo Bacon suavemente—, la razón no es ésa. Si ustedes fueran de los que se preocupan por los niños, se hubiesen encargado ustedes mismos de construir la guardería, y hubiesen contratado a los mejores profesionales para llevarla, a la gente con más experiencia. No se les ocurriría ni siquiera pensar en la posibilidad de contratar a los ciudadanos de a pie. ¿Qué saben los ciudadanos de a pie sobre cómo se llevan las guarderías? No, amigo mío, ustedes hacen otra clase de inversión. Una inversión en el campo del control del vapor. Y es una inversión que les da a ustedes grandes beneficios. *Grandes beneficios*.

—¿Control del vapor?

—Control del vapor. Es una inversión de capital. Y muy buena. ¿Sabe usted qué es el capital? Usted cree que el capital es algo que alguien posee, ¿no es cierto? Usted cree que el capital son las fábricas, las máquinas, los edificios, las tierras, las cosas

que se pueden vender, y también las acciones y el dinero y los bancos y las empresas. Usted cree que el capital es algo que alguien posee porque siempre lo ha poseído. Ustedes poseían todo este país. —Y con un ademán de su negra mano señaló hacia la ventana, hacia el sombrío patio interior, y los tres sicómoros—. Ustedes poseían toda esta tierra, y la de más allá... todo Kansas, y Oklahoma... Y ahí todo el mundo se ponía en fila, y ustedes decían: «Preparados, listos, ¡ya!», y un montón de blancos se ponían a correr, y tenían ante sí tierras y más tierras, y lo único que esos blancos tenían que hacer era llegar a las parcelas y, en cuanto las pisaban, ya eran suyas, y su simple piel blanca era su escritura de propiedad... ¿Entiende...? Los indios se interponían en su camino, y fueron eliminados. Los chinos servían para tender líneas férreas de un lado a otro del país, pero luego les encerraron en Chinatown y les sellaron la boca. Y los negros, los negros se pasaron toda su vida encadenados. De manera que ustedes lo poseían todo, y siguen poseyéndolo, y por eso creen que el capital consiste en poseer cosas. Pero se equivocan. El capital consiste en controlar las cosas. En controlarlas. ¿Quieren poseer tierras en Kansas? ¿Quieren hacer efectiva su escritura de propiedad blanca? Para eso, lo primero que necesitan ustedes es controlar Kansas... ¿Entiende...? Controlar. Imagino que usted no ha trabajado nunca en una sala de calderas. Yo he trabajado en una sala de calderas. Hay personas que son dueñas de las salas de calderas, pero eso sólo no les sirve de nada a no ser que sepan cómo se controla el *vapor*... ¿Entiende...? Si no son ustedes capaces de *controlar*... el vapor, aquello se convierte en el Valle de la Pólvora para usted y para todos los suyos. Si alguna vez llegase usted a ver una sala de calderas en la que se ha perdido el control del vapor, lo primero que notaría es que hay un montón de gente que sale corriendo para tratar de salvar la vida. Y ninguno de los que corren piensan en las calderas como un bien de capital ni en los dividendos que les va a dar su inversión, ni piensan en cuentas en custodia ni en auditorías ni en medidas prudentes... ¿Entiende...? Sólo piensan en una cosa: «Santo Dios, he perdido el control», y salen corriendo porque quieren salvar al menos sus vidas. Quieren salvar su pellejo. ¿Ve usted esta casa? —dijo el reverendo Bacon haciendo un vago ademán hacia el techo—. Esta casa fue construida en el año mil novecientos seis por alguien que se llamaba Stanley Lightfoot Bowman. Lightfoot. Toallas turcas y mantelerías de damasco, venta al por mayor, Stanley Lightfoot Bowman. Vendía toallas y mantelerías turcas al por mayor. Y en mil novecientos seis se gastó cerca de medio millón de dólares en la construcción de esta casa... ¿Entiende...? Las iniciales de este señor, S.L.B., aparecen por todas partes, en bronce, y te las encuentras por toda la escalera, hasra el último piso. Este era un barrio de lujo en mil novecientos seis. Construyeron casas como ésta subiendo por todo el West Side, desde la calle Setenta y dos hasta aquí arriba. Sí, y yo compré esta casa (a un judío, por cierto), en mil novecientos setenta y ocho, por setenta y dos mil dólares, y el tipo estaba contento de

sacar tanto dinero. Pegaba brincos y pensaba: «He encontrado... he encontrado a un tonto que me ha pagado setenta y dos mil dólares por esa casa.» Pues bien, ¿qué fue de Stanley Lightfoot Bowman y compañía? ¿Perdieron su dinero? No, perdieron el control... ¿Entiende...? Perdieron el control de la zona que quedaba al norte de la calle Noventa y seis, y en cuanto perdieron el *control*, perdieron también el *capital*. ¿Lo entiende? Todo ese capital quedó borrado de la faz de la tierra. La casa seguía estando aquí, pero el capital se esfumó... ¿Entiende...? De modo que lo que estoy diciéndole es que mejor será que despierten ustedes de una vez. Están ustedes practicando el capitalismo del futuro, y ni siquiera se han dado cuenta. No están ustedes haciendo una inversión en una guardería para Harlem, están ustedes invirtiendo en las almas... las *almas*... de unas personas que llevan tanto tiempo viviendo en Harlem que ya no miran su barrio con ojos infantiles, personas que, al crecer, han acabado por sentir una justísima ira en sus corazones, personas cuyas almas soportan una excesiva presión, un vapor incontenible, y que están a punto de estallar. Un vapor *justísimo*. Y cuando ustedes nos vienen aquí y nos hablan de «empresarios de la minoría» y de «contratos con las minorías» y de guarderías para que las lleven los ciudadanos de a pie, para que acojan a los hijos de los ciudadanos de a pie, aciertan en la elección de la melodía, sí, pero todavía no entienden que se han equivocado de letra, que ésta es otra canción. Se niegan ustedes a decir sencillamente: «Por favor, Dios todopoderoso, que hagan lo que quieran con el dinero, a condición de que ese dinero *controle el vapor*...» Muy bien, organicen su auditoría, hablen con la autoridad de Recursos Humanos, reorganicen el consejo, pongan todos los puntos sobre las íes. Entretanto, yo ya he hecho en nombre de ustedes la inversión que ustedes necesitaban, y, gracias a mí, están en condiciones de llevar la partida adelante... ¡Sí, hagan su *auditoría*...! Pero llegará el día, ya está muy cerca el día, en que ustedes dirán: «Gracias, Señor. ¡Gracias! ¡Menos mal que metimos el dinero en las cuentas del reverendo Bacon!» Porque, tanto si ustedes lo saben como si no, yo soy un conservador. No tienen ustedes ni idea de qué clase de gente hay *ahí afuera*, en esas calles salvajes y hambrientas. Yo soy su prudentísimo agente de bolsa, el que lo prepara todo antes de que llegue el Día del Juicio. Harlem, el Bronx, Brooklyn, todos esos barrios *estallarán*, amigo mío, y ese día se sentirán ustedes muy agradecidos por lo que ha hecho su agente de bolsa... su prudente agente de bolsa... porque él podrá controlar el vapor. Oh, sí. Ese día, los dueños del capital se mostrarán dispuestos a regalar hasta sus mismísimos derechos de *primogenitura* con tal de poder controlar todo ese vapor salvaje y hambriento. No, amigo, no. Lo que tiene que hacer es volver junto a su obispo y decirle: «He subido ahí arriba, y he venido a decirle que ha hecho usted una buena inversión. Hemos encontrado un agente de bolsa que es un hombre muy prudente. Cuando todo se venga abajo, nosotros podremos ocupar ese territorio.»

Justo en ese instante volvió a sonar el interfono, y la voz de la secretaria dijo:

—Está un tal Mr. Simpson al teléfono, es de la Compañía Mutua Aseguradora. Quiere hablar con el presidente de la Harlem Guaranty Securities.

El reverendo Bacon cogió el teléfono:

—Soy Reginald Bacon... Exacto, presidente y director ejecutivo... Exacto, exacto... Sí, bien, valoro su interés, Mr. Simpson, pero ya hemos sacado esa emisión al mercado... Exacto, toda la emisión... Oh, desde luego, Mr. Simpson, esos bonos son muy populares. Por supuesto, es bueno conocer bien ese mercado en particular, y para eso está Harlem Guaranty Securities. Queremos que Harlem salga al mercado... Exacto, exacto, Harlem ha estado siempre en el mercado... Gracias, muchas gracias... En fin, inténtelo a través de alguno de sus asociados de Wall Street. ¿Conoce Pierce & Pierce...? Exacto... Compraron una buena tajada de bonos en el mercado, una tajada importantísima. Estoy seguro de que les encantará tratar con ustedes.

¿Harlem Guaranty Securities? ¿Pierce & Pierce? Pierce & Pierce era una de las firmas más grandes y prestigiosas de Wall Street. El corazón de Fiske, siempre tan generoso, se sintió de repente asediado por las sospechas más terribles. Lanzó una mirada rápida a Moody, y vio que Moody estaba mirándole a él, y, evidentemente, haciéndose las mismas preguntas que él. ¿Había desviado el reverendo Bacon los 350.000 dólares hacia esa operación financiera? Si el dinero había entrado en el mercado de las obligaciones y los bonos, ya podían despedirse de él.

En cuanto el reverendo Bacon colgó, Fiske le dijo:

—No sabía que ustedes habían... no tenía ni noticia... bueno, tal vez ustedes... pero no lo creo... disculpe, pero le he oído hablar de... ¿qué es eso de Harlem Guaranty Securities?

—Oh —dijo el reverendo Bacon—, siempre procuramos asegurar un poquito nuestra situación financiera, cuando nos alcanza. No hay motivos para que Harlem tenga siempre que comprar al detall y vender al por mayor... ¿Entiende...? ¿Por qué no convertir a Harlem en un *broker*?

Aquello le sonó a chino al pobre Fiske.

—Pero de dónde sacan... cómo pueden financiar... quiero decir que una cosa así... —Era incapaz de hallar una frase con la que expresar sus ideas. No encontraba los eufemismos de rigor.

Y se llevó una sorpresa cuando Moody habló de nuevo para decir:

—Tengo ciertos conocimientos sobre las sociedades de ese tipo, reverendo Bacon, y sé que exigen un capital notablemente amplio. —Hizo una pausa, y Fiske se fijó en que también Moody se debatía en el oleaje de un embravecido mar de circunloquios—. Lo que quiero decir, o sea, capital, hace falta un gran capital, en el sentido corriente de la palabra. Usted... ahora mismo hablaba usted del capital al

norte de la calle Noventa y seis y del control... ejem, hablaba usted del vapor... pero esto suena más bien a capitalismo puro y duro, no sé si me explico.

El reverendo Bacon le dirigió una mirada siniestra, pero luego tragó saliva y sonrió, aunque sin la menor amabilidad.

—No necesito capital. Nosotros somos aseguradores de emisiones. Llevamos las emisiones al mercado, en la medida en que esas emisiones sean buenas para nuestra comunidad... escuelas, hospitales...

—Sí, pero...

—Como bien sabía san Pablo, para llegar a Damasco hay muchos caminos. —La expresión *muchos caminos* quedó colgando en el aire, húmeda, cargada de sentido.

—Ya lo sé, pero...

—Si estuviese en su lugar —dijo el reverendo Bacon—, dejaría de preocuparme por Harlem Guaranty Securities. Si estuviese en su lugar, haría lo que dicen las viejas de por aquí. Seguir haciendo calceta.

—Eso intento, reverendo Bacon —dijo Moody—. Pero mi calceta consiste precisamente en... Bueno, mi calceta se llama 350.000 dólares.

Fiske volvió a hundirse en su asiento. Moody había recobrado su ingenua valentía. Fiske observó un momento al asesino de ingenuos que estaba instalado en el gran escritorio. Justo entonces sonó de nuevo el interfono.

—Tengo a Annie Lamb al teléfono —dijo la voz de la secretaria—. Dice que tiene que hablar con usted.

—¿Annie Lamb?

—Sí, reverendo.

—Bien. —Un suspiro fastidiado—. Bien, me pondré. —Cogió el teléfono—. ¿Annie...? Annie, espera un momento... Con calma... ¿Cómo? ¿Henry...? Qué horror, Annie. ¿Es grave...? Dios mío, Annie, cómo lo siento... ¿En serio...? —Una larga pausa durante la cual el reverendo Bacon estuvo escuchando, con la vista baja—. ¿Y qué dice la policía...? ¿Multas de *aparcamiento*...? Eso... eso... Digo que eso... Bien, Annie, escúchame. Ven para acá y me lo cuentas todo... Entretanto, yo mismo llamaré al hospital. Han incumplido las normas, Annie. Esa es mi opinión. Han incumplido las normas... ¿Cómo...? Desde luego, tienes toda la razón. Absolutamente toda la razón del mundo. Han incumplido las normas, y me van a tener que oír... No te preocupes. Ven ahora mismo.

El reverendo Bacon colgó el teléfono, giró en su sillón hacia Fiske y Moody, entrecerró los ojos y les miró con expresión muy seria:

—Caballeros, tengo una emergencia. Una de mis mejores ayudantes, una de mis líderes comunitarias... su hijo ha sido atropellado por un conductor que luego se dio a la fuga... en un Mercedes-Benz. Un Mercedes-Benz... El chico se encuentra a las puertas de la muerte, y esta buena mujer tiene miedo de ir a la policía, ¿y saben por

qué? Multas de *aparcamiento*. Hay una orden de busca y captura contra ella por impago de multas de *aparcamiento*. Esta señora *trabaja*. Trabaja en el ayuntamiento, en la parte baja, y *necesita* el coche, y ahora hay una orden de busca y captura contra ella por unas multas de *aparcamiento*... Una cosa así no les detendría a ustedes, sobre todo tratándose de un hijo, pero ustedes no han vivido nunca en el ghetto. Y si se hubiese tratado de un hijo de ustedes, tampoco habrían hecho lo que hicieron los del hospital. No se hubiesen limitado a venderle la muñeca y mandarle a casa, teniendo en cuenta que ha padecido una conmoción cerebral y que ahora está a las puertas de la muerte... Pero así van las cosas en el ghetto. Negligencia llevada a extremos de escándalo... Caballeros, tenemos que aplazar esta entrevista. Ahora debo atender un asunto de la mayor gravedad.

En el regreso en coche hacia la parte baja de la ciudad, los dos jóvenes ex alumnos de Yale no dijeron casi nada, al menos hasta haber llegado casi a la calle Noventa y seis. Fiske se dio por satisfecho al encontrar el coche en donde lo había dejado, con los neumáticos hinchados y el parabrisas entero. En cuanto a Moody, al cabo de veinte manzanas no había mencionado ni una sola vez la tediosa historia de su participación como defensa en el equipo de rugby de Yale.

Hasta que, finalmente, Moody le dijo:

—Bien, ¿quieres que comamos en Leicester's? Conozco al maître, un negrazo alto con un aro de oro en una de sus orejas.

Fiske esbozó una sonrisa, pero no contestó. La broma de Moody hizo que se sintiera superior. Parte del supuesto chiste venía de que ninguno de los dos comía nunca en el Leicester's, el restaurante del siglo. Pero, casualmente, resultaba que esa misma noche Fiske tenía que cenar en el Leicester's. Es más, Moody ni siquiera se había enterado de que el Leicester's, aun siendo el restaurante de moda, no era en absoluto el tipo de local empingorotado, con un ejército de maîtres y camareros almidonadísimos, sino más bien un bistro como los que pueden encontrarse en la zona de Fulham Road en Londres. El Leicester's era el lugar preferido de la colonia británica de Nueva York, y Fiske había acabado conociendo a un número bastante notable de sus miembros y... en fin, por mucho que se esforzara, Moody no llegaría a entenderlo jamás, pero lo fantástico era que los británicos eran gente que entendía y practicaba como nadie el arte de la conversación. Fiske se consideraba a sí mismo como un ser esencialmente británico, un descendiente de británicos, un... Bueno, era británico, según él mismo, por su visión innatamente aristocrática de la vida, entendiendo lo de aristocrática no como una referencia al dinero sino a la élite. Fiske creía ser como el gran Lord Philbank, sí; Philbank, aquel pilar esencial de la iglesia anglicana que había utilizado sus vínculos sociales y sus conocimientos financieros para ayudar a los pobres del East End londinense.

—Pensándolo bien —dijo Moody—, *jamás* he visto a un camarero negro en ningún restaurante de Nueva York, como no sea en locales de baja estofa. Por cierto, ¿crees que Bacon llegará a alguna parte?

—Según qué entiendas por eso.

—Bueno, ¿qué crees tú que va a pasar?

—No lo sé —dijo Fiske—, pero tienen tantas ganas de trabajar de camareros en el Leicester's como tú o como yo. Me parece que se contentarán con una contribución a las buenas obras que el reverendo Bacon lleva a cabo en Harlem, y que en cuanto consigan eso pasarán a otro restaurante.

—Entonces, les basta con un soborno —dijo Moody.

—Eso es lo más gracioso —dijo Fiske—. Las cosas cambian. No estoy seguro de que a Bacon le importe que cambien o no, pero están cambiando. Habrá locales cuyo nombre resulta perfectamente desconocido para el reverendo, y que le daría igual si llegase a conocerlo, que preferirán contratar camareros negros antes de recibir la visita de Buck y sus compinches.

—Ellos son el vapor... —dijo Moody.

—Imagino que sí —dijo Fiske—. ¿No te ha encantado toda esa historia de la sala de calderas? Seguro que él no ha trabajado nunca en ninguna sala de calderas. Pero ha descubierto lo que podríamos llamar un nuevo recurso. O una nueva forma de capital, si definimos capital como aquello que puede ser utilizado para obtener más riqueza. No sé, tal vez Bacon no sea diferente de Rockefeller o Carnegie. Descubres unos nuevos recursos, y ganas dinero mientras eres joven, y cuando llegas a viejo te dan todos los honores y premios, y le ponen tu nombre a las cosas más diversas, y pasas a la historia como un líder del pueblo.

—Bien, pero ¿y qué me dices de la Harlem Guaranty Securities? Eso no parece que sea un recurso nuevo.

—No estoy tan seguro de que no lo sea. No sé todavía qué es exactamente, pero pienso averiguarlo. Y estoy dispuesto a cruzar una apuesta contigo. Sea lo que sea, me apuesto lo que quieras a que tendrá algún aspecto bastante escabroso, lo cual me conducirá finalmente a tener que meterme en algún jodido embrollo.

Fiske se mordió en seguida el labio inferior, pues era un episcopaliano de buena fe, y ni juraba ni soltaba tacos casi nunca, no sólo porque le parecía mal, sino también porque creía que era propio de gente vulgar. Esta era una de las pocas cosas en torno a las cuales estaba de acuerdo con Reginald Bacon a estas alturas de su relación.

Para cuando llegaron a la seguridad que ofrecía la calle Setenta y nueve, ya en pleno Manhattan blanco, Fiske supo que Bacon tenía, una vez más, toda la razón. En realidad, la iglesia episcopaliana no estaba invirtiendo ese dinero en una guardería infantil... sino en la compra de almas. Lo que trataban de hacer era tranquilizar el alma virtuosamente enfurecida de Harlem.

¡Enfrentémonos a la realidad!

Pero entonces captó lo que se le había escapado hasta ese momento.

Fiske... estúpido... Como no consiguiese recuperar aquellos 350.000 dólares, en su totalidad o en su mayor parte, acabaría pareciendo un auténtico tonto.

7. La casa del incauto

El teléfono despertó con su estallido a Peter Fallow, que estaba metido dentro de un huevo que había perdido su cáscara y sólo se mantenía entero gracias a su tenue bolsa membranosa. ¡Ah! La bolsa membranosa era su cabeza, y el lado derecho de su cabeza estaba apoyado en la almohada, y la yema pesaba como el mercurio, y se deslizaba como el mercurio, y presionaba sobre su sien derecha y su ojo derecho y su oreja derecha. Si intentaba levantarse para descolgar el teléfono, esa yema, el mercurio, la masa venenosa, se desplazaría, rodaría, acabaría rompiendo la membrana, y su cerebro se derramaría fuera de su cabeza.

El teléfono estaba en el suelo, en un rincón cerca de la ventana, sobre la alfombra parda. La alfombra era repugnante. Sintética; los norteamericanos fabricaban unas alfombras asquerosas; de metalón, estreptolón, gruesas, peludas, con un tacto que, de sólo imaginarlo, le ponía la piel de gallina. Otra explosión; estaba mirando directamente el aparato, un teléfono blanco y un delgado cable blanco que yacían en mitad de la sucia alfombra parda y peluda de estreptolón. Al otro lado de la persiana graduable el sol brillaba tan intensamente que le dañaba los ojos. Su habitación sólo recibía luz directa de la una a las dos de la tarde, cuando el sol pasaba entre dos altos edificios en su recorrido por el cielo sureño. Los otros cuartos, el baño, la cocina y la salita, jamás recibían los rayos del sol. La cocina y el baño ni siquiera tenían ventanas. Al encender la bombilla del baño, en el cual se encontraba un módulo — ¡módulo!— de bañera-ducha de plástico que solía inclinarse ligeramente cada vez que Fallow pisaba la bañera, al encender la bombilla del baño, se ponía simultáneamente en marcha un ventilador protegido por una rejilla e instalado en el techo. El ventilador producía un estruendo demoledor y una vibración increíble. De modo que ya no acostumbraba encender la luz del baño, sobre todo al levantarse. Sólo se veía gracias al tubo fluorescente del pasillo que daba acceso al baño. Más de una vez se había ido a trabajar sin afeitarse.

Con la cabeza apoyada todavía en la almohada, Fallow siguió mirando el teléfono, cuyos estallidos no habían cesado. En realidad, hubiese tenido que colocar una mesilla junto a la cama, suponiendo que pudiera llamarse cama a aquella combinación de colchón y somier metálico, típicamente americana, y que servía sobre todo para llevarse arañazos y hasta cortes en los nudillos cada vez que uno trataba de encajar una pieza en la otra. El teléfono tenía un aspecto sucio sobre la sucia alfombra. Pero jamás había invitado a nadie a que subiera a su casa, como no fuera alguna chica, y a éstas sólo las invitaba a subir por la noche, cuando ya se había tragado dos o tres botellas de vino, y nada le importaba. Sí, ésa era la verdad. Cuando subía con alguna chica, siempre veía su patética madriguera con los ojos de ella, al menos durante un momento. El recuerdo de las chicas y el vino pulsó una cuerda de

su cerebro, y un estremecimiento de vergüenza recorrió todo su sistema nervioso. Ayer noche. Había pasado algo. Últimamente solía despertarse así, con una resaca criminal, temiendo moverse aunque sólo fuese un centímetro, y con una vaga sensación de vergüenza, de desesperación. Lo que había hecho, fuera lo que fuese, quedaba sumergido como un monstruo en el fondo de un lago frío y oscuro. Se le había ahogado la memoria durante la noche, y lo único que le quedaba al amanecer era una helada desesperación. Para encontrar al monstruo tenía que avanzar paso a paso, sumergirse por medio de deducciones hasta profundidades insondables. A veces sabía que, fuese lo que fuese, no era capaz de hacerle frente, y decidía volverle la espalda para siempre, hasta que algún detalle disperso, anodino, lanzaba una señal, y la fiera asomaba la cabeza en la superficie, movida por su propio impulso, para mostrarle a Fallow su repugnante hocico.

Esta vez recordaba al menos cómo había empezado todo. En el Leicester's, en donde, como otros muchos ingleses que solían frecuentar aquel local, había logrado sentarse a la mesa de un norteamericano que, seguro, se haría cargo de la cuenta sin rechistar, en este caso un tipo gordo llamado Aaron Gutwillig, que hacía poco había vendido una empresa de leasing por doce millones de dólares y que gustaba de ser invitado a sus fiestas por los miembros de las colonias inglesas e italianas de Nueva York. Otro yanqui, un hombrecillo torpe pero divertido que se llamaba Benny Grillo, productor de documentales para la televisión, se empeñó en bajar hasta el Limelight, una discoteca instalada en un edificio que antiguamente había sido una parroquia episcopaliana. Grillo se mostró dispuesto a pagarlo todo en el Limelight, de modo que Fallow se fue con él y con dos modelos norteamericanas, y también con Franco di Nodini, un periodista italiano, y Tony Moss, viejo conocido de la Universidad de Kent, y Carolina Heftshank, recién llegada de Londres y absolutamente petrificada por el miedo a la criminalidad nocturna de Nueva York, acerca de la cual había estado leyendo diariamente noticias en la prensa británica, de modo que la pobre pegaba un brinco cada vez que veía una sombra, lo cual, al principio, había resultado hasta gracioso. Las dos modelos pidieron emparedados de rosbif en el Leicester's, y sacaron la carne del pan, y se la comieron con los dedos. Caroline Heftshank no paró de dar brincos cuando salieron del taxi, enfrente del Limelight. El local estaba rodeado de negros jóvenes calzados con enormes zapatillas deportivas, colgados de la antigua verja de la iglesia, mirando a los borrachos y la gente que entraba y salía de la discoteca. Una vez dentro, el Limelight tenía un aspecto anormalmente grotesco, y Fallow se sintió anormalmente ingenioso, borracho y encantador. ¡Tantísimos travestís! ¡Tantísimos punkarras supremamente repulsivos! ¡Tantísimas chicas norteamericanas con cara de empanada y dentaduras ortoperfectas y pintalabios plateado y sombra de ojos de tonos húmedos! ¡Y aquella música descoyuntada e interminablemente metálica, y aquellos brumosos vídeos en las pantallas, con chicos

enfermizamente flacos, y aquellas humaredas artificiales! Todo había ido hundiéndose cada vez más en el lago. Atravesaban en taxi calles y más calles de la zona de las Cincuenta Oeste, hacia adelante y hacia atrás, en busca de un local con la puerta de metal galvanizado, el Cup. Un piso de caucho sujeto con tachones negros, y una pandilla de irlandeses, o al menos con aspecto irlandés, desnudos de cintura para arriba, horribles, derramando cerveza encima de todo el que se les acercaba; y luego unas chicas, también desnudas de cintura para arriba. Ah. Había ocurrido algo, delante de algunas personas, en una habitación. Hasta donde podía decir, basándose en sus recuerdos, le parecía que... ¿Por qué hacía cosas así...? La casa de Canterbury... la guardarropía de Cross Keys... A veces recordaba aquellos tiempos de su juventud... su pelo rubio de retrato Victoriano, ese pelo del que tan orgulloso se sentía... su nariz larga y afilada, su mandíbula larga y afilada, su cuerpo huesudo, siempre demasiado flaco para su estatura, y del cual también se había sentido tan orgulloso... su cuerpo huesudo... Un estremecimiento de las aguas...

¡El monstruo comenzaba a subir a la superficie! Y, pronto... ¡su repugnante hocico!

Incapaz de hacerle frente...

El teléfono volvió a estallar. Abrió los ojos, contempló haciendo guiños la asoleada lobreguez moderna, y cuando pudo abrir los ojos del todo las cosas fueron incluso peores. Cuando pudo abrir los ojos del todo... el futuro inmediato. ¡Qué desesperante! ¡Heladamente desesperante! Volvió a guiñar los ojos, se estremeció, y los cerró de nuevo. ¡El hocico!

Los abrió inmediatamente. Aquello que había hecho cuando estaba tan completamente borracho... Además de la desesperación y del remordimiento, ahora comenzaba a sentir miedo.

El teléfono le alarmó. Podían ser los del *City Light*. Después de que la Rata Muerta le leyese la cartilla por última vez, se había jurado a sí mismo que se presentaría todos los días en la redacción a las diez de la mañana, y ya eran más de la una. Siendo así, lo mejor era no descolgar. No... si no contestaba, acabaría hundiéndose para siempre hasta el fondo, con el monstruo. Rodó en la cama, apoyó los pies en el suelo, y la horrible y pesada yema se desplazó. Sintió un espantoso dolor de cabeza. Tenía ganas de vomitar, pero sabía que, de hacerlo, no soportaría el dolor de cabeza. Cayó de rodillas y luego caminó a gatas. Se arrastró hasta el teléfono, lo descolgó y se tendió en la alfombra, confiando en que la yema se posara otra vez.

—¿Diga?

—¿Peter? —Gracias a Dios: el acento era inglés.

—¿Sí?

—Peter, ¿qué te pasa? Parece que te he despertado, eh. Soy Tony.

—No, no, no, no, no. Estaba... estaba en la otra habitación. Me he quedado trabajando en casa. —Se dio cuenta de que su voz apenas era un timbre de barítono afónico.

—Pues haces una magnífica imitación de alguien que acaba de despertarse.

—¿No me crees? —Gracias a Dios, era Tony. Tony era inglés, y había entrado en el *City Light* el mismo día que él. Eran compañeros de fatigas en aquel tosco país.

—Claro que te creo. Pero los que te creemos somos minoría. Oye, lo mejor que puedes hacer es venir ahora mismo al periódico.

—Hummmmmmmmm. Sí.

—Acaba de pasar la Rata por aquí, y me ha preguntado que dónde estabas. Y no parecía que fuese simple curiosidad. Daba la sensación de estar muy cabreado.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Le he dicho que te habías ido al tribunal de testamentaría.

—Hummmmm. No es por meterme en donde no me llaman, pero ¿qué hago allí?

—Joder, Peter. Entonces es cierto que te he sacado de la cama, ¿eh? Es por el asunto de Lacey Putney.

—Hummmmmmm. Lacey Putney. —Dolor, náuseas, sueño, un ataque conjunto que arrasó la cabeza de Fallow como una ola hawaiana. Tenía la cabeza apoyada en la alfombra. La pesada yema se movía horrorosamente—. Hummmmmmmmm.

—No te desmayes, Peter. No es broma. Creo que lo mejor será que vengas por aquí y te dejes ver.

—Lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé. Gracias, Tony. Tienes toda la razón.

—¿Vienes?

—Sí. —En el momento de decirlo, sabía perfectamente cómo iba a sentirse en cuanto tratara de ponerse en pie.

—Y hazme un favor.

—Lo que sea.

—Intenta recordar que has estado en el tribunal de testamentarias. La herencia Lacey Putney. No creo que la Rata se haya creído lo que le he dicho. Pero ya sabes.

—Sí, Lacey Putney. Gracias, Tony.

Fallow colgó, se levantó, avanzó tambaleándose hasta la persiana graduable, y se cortó el labio. Era una persiana metálica, al gusto yanqui. Las tiras cortaban como hojas de afeitar. Se secó la sangre con el dorso del dedo índice. No lograba que la cabeza se le mantuviera tiesa. La yema de mercurio le dejaba sin sentido del equilibrio. Se lanzó hacia el baño, y se valió de la azul iluminación de madrugada que proporcionaba el fluorescente del pasillo. En el espejo del armario, y vista con esa luz enfermiza, la sangre del labio parecía de color morado. No importaba. Podía soportar que su sangre fuese de color morado. Pero encender la luz del baño hubiese sido el final.

Las hileras de terminales de ordenador con sus luces de diodo y sus cajas gris masilla a lo 2001 daban a la redacción de local del *City Light* un rebrillo de orden y modernez. Pero esta primera apariencia no soportaba una segunda ojeada. Las mesas estaban cubiertas de la típica basura de papeles, vasos de plástico, libros, manuales, almanaques, revistas y ceniceros negros. Ante los teclados se sentaban los típicos jóvenes, hombres y mujeres, de espalda encorvada. De esos teclados salía una trepidación sorda —zuc zuc zuc zuc zuc zuc zuc zuc zuc zuc—, como si estuviese celebrándose allí un gigantesco campeonato mundial de mahjong. Los reporteros, redactores de mesa y redactores jefe estaban todos encorvados, de acuerdo con el estilo consagrado por los periodistas desde los más remotos comienzos de la profesión. Cada pocos segundos emergía una cabeza, enderezándose de repente, como si necesitara aire, y aullaba una frase breve que hablaba de titulares, columnas, dimensiones de las noticias. Pero ni siquiera el nerviosismo de la hora del cierre duraba mucho tiempo. Se abrió una puerta al fondo de la sala, y un griego con uniforme blanco avanzó bajo el tremendo peso de una bandeja repleta de vasos de café y soda, cajas de donuts, recipientes de queso fresco, pollos, buñuelos, todas y cada una de las variedades de inmundicias grasientas que suelen vender los restaurantuchos de comida para llevar, y la mitad de los presentes abandonó de repente los ordenadores para caer sobre el griego y saquear su bandeja con la misma furia que si se tratase de una horda de gorgojos hambrientos.

Fallow aprovechó este descanso para dirigirse a su mesa. En mitad de aquel sembrado de ordenadores se detuvo y, dándose aires de profesional, cogió un ejemplar de la segunda edición, que acababa de llegar a la redacción. Bajo el logotipo —THE CITY LIGHT— la primera página tenía, en la mitad de la derecha, una columna entera de enormes letras con el titular:

LE ARRANCA EL CUERO CABELLUDO A SU ABUELA, Y LUEGO LE ROBA SUS AHORROS

En la mitad de la izquierda, una gran foto. Era la clásica foto de estudio, con el rostro sonriente y sin arrugas de Carolina Pérez, una mujer de cincuenta y cinco años cuyo aspecto no era precisamente el de una abuela, coronado por una exuberante melena negra recogida sobre la coronilla en un gran moño de anticuado estilo Miss España.

¡Por los clavos de Cristo! ¡Atrancarle el cuero cabelludo a esa mujer debió de haber sido toda una proeza! Si se hubiese encontrado un poco mejor, Fallow le hubiese rendido un silencioso tributo a la extraordinaria *esthétique de l'abattoir* que permitía a aquellos desvergonzados diablos que eran sus patronos, compatriotas

suyos, ingleses como él, miembros de su misma raza, descendientes también de Shakespeare y Milton, salir a la calle día tras día con cosas tan espeluznantes como aquella. Qué magnífica capacidad de síntesis la que demostraba ese titular repleto de verbos y complementos, pero sin rastro alguno de sujeto, a fin de provocar la reacción del lector, que sin duda estaría en ese mismo momento abriendo con sus zarpas las páginas del diario a fin de averiguar cómo era y quién era el vil diablo que había dado origen a la frase. Qué perseverancia de gusano había demostrado el reportero que tuvo arrestos como para invadir *chez* Pérez y sacar de allí una foto de la Abuelita capaz de hacerte notar en las yemas de tus propios dedos aquella sangrienta escena, capaz de hacértela sentir incluso en tu espina dorsal. ¡Y esa anticlimática caída del «Le arranca el cuero cabelludo...», «y luego le roba sus ahorros». ¡Un anticlímax *brillantísimo*, absurdo! Joder, si hubiesen tenido más espacio, seguro que hubiesen añadido: «Y después se deja encendidas las luces de la cocina.»

De momento, sin embargo, estaba tan venenosamente enfermo que no pudo disfrutar de ninguno de esos detalles. No, se quedó contemplando aquella última muestra de brillantez periodística con la sola intención de dejar bien claro —sobre todo a los ojos de la Rata Muerta en persona— que ya estaba allí, y que no había en el mundo nada que suscitara tanto su interés como el *City Light*.

Con el periódico en las manos y mirando la primera página, como si sus excelsas virtudes le hubiesen dejado en éxtasis, siguió avanzando por la sala hasta su cubículo, un recinto cercado por tabiques de aglomerado de un metro veinte centímetros de altura, pintados de enfermizo color salmón, que contaba con todos los elementos propios de los espacios laborales de alta tecnología, desde la mesa metálica de color gris hasta la ubicua terminal de ordenador con su correspondiente teclado, pasando por la silla de plástico con un diseño desagradablemente ortopédico, y el perchero modular de plástico que encajaba ingeniosamente en los tabiques modulares. El perchero ya tenía una notable resquebrajadura, y de él colgaba una solitaria y andrajosa prenda, la gabardina de Fallow, que jamás salía de aquel cubículo.

Justo al lado del perchero había una ventana, y Fallow pudo ver su reflejo en el cristal. De frente parecía un hombre joven y guapo de unos treinta y seis años. No llegaba a notársele que era más bien cuarentón y empezaba a envejecer. De frente, su pelo rubio, largo y ondulado, con entradas, seguía pareciendo... bueno, *byroniano*... y no se notaba su cada vez más pronunciada escasez en la zona de la coronilla. Sí, de frente... ¡todo saldría bien! Su nariz larga y afilada parecía muy patricia, y no se notaba apenas que la punta era exageradamente bulbosa. Su abrupta mandíbula no llegaba a verse amenazada por los salientes carrillos que comenzaban a colgarle a los lados. Y su blazer azul marino, confeccionado por Blades hacía ocho —no, ¡*diez!*— años, empezaba a tener... algunos ¡*brillos!* Sí, brillos en las solapas... pero, probablemente, con uno de sus cepillos de cerda dura lograría... Comenzaba a echar

barriga, y se le acumulaba la grasa en las caderas y los muslos. Pero nada de eso resultaría un problema ahora que había dejado de beber. Nunca más. Esa misma noche empezaría a hacer algo de ejercicio. Y, si no era esa noche, al día siguiente; se sentía tan bilioso que no era capaz de pensar en esa noche. Tampoco tenía intención de practicar esa patética costumbre norteamericana del jogging. Pensaba más bien en algún tipo de ejercicios limpios, tensos, agotadores... Ingleses. Imaginó por un momento sacos de arena y espalderas y potros y plintos y paralelas y pesas y gruesas y tensas cuerdas con el extremo forrado de cuero, y después comprendió que eran los aparatos del gimnasio de Cross Keys, el colegio del que fue alumno hasta el momento de su ingreso en la Universidad de Kent. Santo Dios... hacía veinte años. Pero aún no tenía más que treinta y seis, y medía metro ochenta y tres, y su estado físico, en lo fundamental, era magnífico.

Escondió el estómago e inspiró profundamente. Y en el mismo momento se sintió muy mareado. Cogió el teléfono. ¡Finge estar atareadísimo! Eso era lo principal. El tono de llamada le pareció consolador. Deseó ser capaz de reptar por el interior del receptor, flotar en aquel tono, dejar que el zumbido le limpiase todas sus terminaciones nerviosas. Nada más fácil que apoyar la cabeza en la mesa, cerrar los ojos, echar un sueñecito. Quizá daría el pego apoyando una mejilla en la mesa y poniéndose el auricular del teléfono en la otra oreja, de espaldas a la sala, como si hablase con alguien. Qué va, no colaría. Tal vez si...

Joder. Un norteamericano, Robert Goldman, se dirigía hacia él. Goldman, uno de los reporteros de calle, se había puesto una corbata a estridentes listas rojas, amarillas, negras y azul celeste. Esas corbatas hechas a imitación de las de ciertos uniformes militares recibían en América el nombre de corbata de reportero. Los yanquis tenían la manía de ponerse una corbata que brincaba por delante de sus camisas como para anunciar la torpeza natural de quien las llevaba. Hacía un par de semanas que había obtenido de Goldman un préstamo de cien dólares. Le había dicho que tenía que pagar una deuda de juego a medianoche... backgammon, el Bracer's Club... europeos de vida disoluta. Los yanquis se quedaban boquiabiertos cuando les hablabas de Libertinos y Aristócratas. Desde aquel día, aquel gilipollas ya le había reclamado tres veces el dinero, como si su futuro dependiese de tan poca cosa. Sin separar el teléfono de su oreja, Fallow le echó una ojeada despectiva a Goldman y su espantosa corbata. Al igual que buena parte de los ingleses que vivían en Nueva York, Fallow veía a los norteamericanos como seres irremediabilmente infantiles, arrojados al mundo por la perversa Naturaleza a fin de poblar con ellos aquel enorme y tedioso continente. Cualquier método no violento de aliviarles de su riqueza les parecía a los ingleses deportiva y hasta a veces moralmente justificado, pues, en cualquier caso, los norteamericanos no eran capaces de despilfarrar su dinero más que en cosas inútiles y de mal gusto.

Fallow comenzó a hablar por teléfono, como si estuviese metido en una conversación importante, y se puso a buscar en todos los rincones de su cerebro un diálogo a una sola voz como los que suelen escribir los dramaturgos que usan escenas de teléfono.

—¿Cómo dices...? ¿Que el tribunal no nos autoriza a usar las transcripciones taquigráficas? Bueno, pues les dices... Vale, vale... Por supuesto... Eso es ilegal... No, no... Mira, escúchame atentamente...

La corbata —y Goldman— se encontraban justo a su lado. Peter Fallow mantuvo la vista baja y alzó una mano, como diciendo: «¡Por favor! No puedo interrumpir esta llamada.»

—Hola, Pete —dijo Goldman.

¡*Pete!*, le había dicho, y en tono bastante serio. ¡*Pete!* De sólo oírlo, a Fallow le rechinaron los dientes. ¡Esa... apestosa... familiaridad yanqui...! ¡Yanquis! ¡Siempre con sus diminutivos, con sus Arnie y sus Buddy y sus Hank y sus... *Pete!* ¡Cómo tiene este repugnante hortera con esa corbata de escándalo los cojones de meterse en mi cubículo cuando estoy hablando por teléfono, y sólo porque le ha cogido un ataque de nervios por sus patéticos cien dólares! ¡Y encima me llama *Pete!*

Fallow torció el gesto hasta adoptar una expresión de tremenda intensidad, y siguió hablando ininterrumpida y rápidamente.

—¡Bien...! Pues les dices a los del tribunal y al taquígrafo que queremos esa transcripción antes de mañana al mediodía...! ¡Por supuesto...! ¡Es obvio...! ¡Seguro que su abogado ha pagado un buen soborno...! ¡Toda esa gentuza son uña y carne...!

—Aquí en América no decimos *abogado* en ese caso, sino... Da lo mismo. Supongo que de todos modos te habrán entendido. Tampoco decimos *taquígrafo*, sino *estenógrafo* —dijo Goldman en voz monótona.

Fallow le lanzó una mirada de furia. Goldman se la devolvió, con un gesto de ironía en los labios.

Fallow cerró los ojos y los labios hasta dejarlos reducidos a tres gruesas líneas, sacudió la cabeza con incredulidad, y sacudió una mano en el aire, como si acabara de ser testigo de una increíble demostración de impudicia.

Pero cuando abrió los ojos Goldman seguía allí. Le miraba, y adoptó una expresión de fingida excitación, alzó las dos manos, abrió todos los dedos delante de las narices de Fallow, cerró luego los dos puños, volvió a extender los diez dedos, y repitió este movimiento diez veces, y dijo:

—Cien, Pete.

Luego dio media vuelta y se fue al otro extremo de la sección de local.

¡*Qué impudicia!* ¡*Qué impudicia!* En cuanto estuvo seguro de que aquel impúdico mequetrefe no iba a regresar, Fallow colgó el teléfono, se puso en pie y se acercó al perchero. Había jurado... Pero ¡por los clavos de Cristo! Acababan de

someterte a... eso era... intolerable. Sin descolgarla del gancho, abrió la gabardina, y metió la cabeza dentro, como si estuviera observando las costuras. Luego tiró de la gabardina hasta pasársela sobre los hombros, de forma que la parte superior de su cuerpo desapareció de la vista. Era una de esas gabardinas con bolsillos sesgados y abiertos tanto por dentro como por fuera, que, cuando llueve, te permiten meter la mano en los bolsillos de la americana o de los pantalones sin desabrochar la gabardina. Bajo esta tienda de popelín, Fallow palpó el bolsillo de la izquierda, que contenía una cantimplora.

Desenroscó el tapón, se llevó la abertura a los labios, tomó dos largos tragos de vodka, y esperó a que su estómago experimentara la sacudida. El vodka golpeó allá abajo, y luego rebotó por todo su cuerpo y su cabeza con una oleada de calor. Volvió a enroscar el rapón, devolvió la cantimplora a su sitio, y salió del interior de la gabardina. Tenía la cara llameante. Lágrimas en los ojos. Miró cansinamente la redacción, y...

Mierda.

...la Rata Muerta le miraba fijamente. Fallow no se atrevió ni siquiera a parpadear, y mucho menos a sonreír. No quería provocar absolutamente ninguna respuesta por parte de la Rata. Se volvió como si no le hubiera visto. ¿Era cierto que el vodka no huele? Rezó por que así fuera. Se sentó a la mesa, cogió otra vez el teléfono y movió los labios. Sonaba el tono de llamada, pero estaba demasiado nervioso como para aceptar su consuelo. ¿Le había visto la Rata Muerta escondido en la gabardina? Y, en caso afirmativo, ¿sospecharía algo? ¡Ah, qué diferente había sido aquel trago de los gloriosos brindis, apenas hacía seis meses! ¡Qué magníficas posibilidades había echado a perder! Podía ver la escena... ese banquete en el grotesco apartamento que la Rata tenía en Park Avenue... las invitaciones, pomposísimas, superceremoniosas, con la letra en relieve: Sir Gerald Steiner y Lady Steiner solicitan el placer de su compañía en la cena en honor de Mr. Peter Fallow (*cena y Mr. Peter Fallow* estaban escritos a mano)... el ridículo museo de muebles borbónicos y las pisoteadas alfombras Aubusson que habían acabado reuniendo en Park Avenue entre la Rata Muerta y Lady Rata... Por otro lado, ¡qué velada tan embriagadora! Todos los invitados eran ingleses. En los peldaños más altos del *City Light* no había, de todos modos, más que tres o cuatro norteamericanos, y ninguno de ellos fue invitado. Y Fallow descubrió muy pronto que había cenas como aquéllas cada noche en todo el East Side de Manhattan, deslumbrantes fiestas sólo para ingleses, o franceses, o italianos, o europeos; en todo caso, siempre sin norteamericanos. En esas reuniones llegabas a tener la sensación de formar parte de la riquísima y selecta legión secreta que había conseguido colarse en las casas de apartamentos en propiedad de Park Avenue y de la Quinta Avenida, para, desde allí, saltar sobre las vacas gordas norteamericanas y devorar tranquilamente hasta el

último pedazo de la carne sonrosada del capitalismo.

En Inglaterra, Fallow siempre había llamado mentalmente «ese judío de Steiner» a Gerald Steiner, pero durante aquella cena quedó borrado hasta el último rastro de esnobismo. Ahora se habían convertido en compañeros de armas de la legión secreta, al servicio del herido chovinismo inglés. Steiner había contado en la mesa que Fallow era todo un héroe. Les explicó a los presentes que se quedó pasmado al leer la serie de reportajes sobre la vida campestre de los ricos que Fallow había escrito para el *Dispatch*. Unos reportajes con abundantes nombres y títulos nobiliarios y helicópteros y desconcertantes perversiones («aquello de la taza») y carísimas enfermedades, y todo ello escrito con tal habilidad que resultó estar a prueba de todo intento de incoar demandas por difamación. Fue el mayor triunfo periodístico de Fallow (de hecho, el único que había obtenido), y Steiner no conseguía entender cómo se las había arreglado para lograrlo. Fallow sí sabía exactamente cuáles fueron sus métodos, pero había conseguido ocultar sus recuerdos bajo numerosas capas de vanidad. Todos y cada uno de los picantes datos se los había contado una chica con la que salía en aquel entonces, una muchacha resentida, Jeannie Brokenborough, hija de un comerciante de libros antiguos, que tenía acceso al mundillo de la aristocracia aunque sólo fuera en calidad de personaje de segunda categoría. Cuando Miss Brokenborough cambió de pareja, toda la magia periodística desplegada por Fallow se esfumó repentinamente.

La invitación de Steiner para ir a Nueva York le llegó justo a tiempo, pese a que Fallow se negaba a verlo así. Al igual que todos los escritores que han obtenido un gran triunfo, aunque sea en un nivel tan bajo como el del *Dispatch*, Fallow se negaba a creer que hubiera sido cuestión de suerte. De modo que no creía que fuera a costarle gran esfuerzo repetir ese triunfo en una ciudad acerca de la cual no sabía nada, en un país que para él no era más que un auténtico chiste. ¿Por qué iba a costarle? Su genio apenas había comenzado a dar frutos. Y el periodismo era simplemente su oficio, apenas una etapa inicial de la carrera que le convertiría finalmente en novelista. Ambrose Fallow, el padre de Peter, era novelista, aunque sólo fuese un novelista menor. Su padre y su madre eran de East Anglia, los típicos jóvenes cultísimos de buena familia que, tras la Segunda Guerra Mundial, se convencieron a sí mismos de que bastaba cierta sensibilidad literaria para llegar a ser aristócrata. La idea de llegar a la aristocracia estuvo siempre presente en sus proyectos, como en los de Fallow. Fallow había tratado de compensar su relativa pobreza convirtiéndose en un tipo ingenioso, en un libertino. Sin embargo, estos logros tan aristocráticos sólo le habían permitido conseguir un puesto no muy seguro en la cola del cometa de los elegantes de Londres.

Ahora que formaba parte de la brigada de Steiner en Nueva York, Fallow pensaba, como su jefe, hacer fortuna en el Nuevo Mundo.

La gente se preguntaba por qué razón Steiner, que no tenía ningún historial en el mundo del periodismo, se había instalado en los Estados Unidos para dedicarse al carísimo negocio de montar un diario vespertino. Los más listos decían que el *City Light* era solamente un arma de ataque o represalia, con la cual Steiner pretendía apoyar y defender sus demás inversiones norteamericanas. De hecho, en los Estados Unidos ya se le conocía como «el temible británico». Fallow, sin embargo, sabía que la realidad era todo lo contrario. Las inversiones más «serias» estaban al servicio del *City Light*. Steiner había sido criado, educado, entrenado y preparado por el Viejo Steiner, un financiero pomposo y charlatán, un hombre hecho a sí mismo, pero que quiso que su hijo fuese, en lugar de un simple judío rico, todo un gran señor inglés. Steiner *fi*ls acabó, así pues, convirtiéndose en la rata bien educada, bien alimentada y bien vestida que su padre quería. Jamás tuvo valor suficiente como para rebelarse. Ahora, avanzada ya su vida, había descubierto el mundo de los tabloides. Sus zambullidas diarias en el barro —LE ARRANCA EL CUERO CABELLUDO, LUEGO LE ROBA SUS AHORROS— le proporcionaban inagotables placeres. ¡Yujujú! ¡Al fin libre! Día tras día, se arremangaba la camisa y se metía a fondo en la sección de local. Algunos días él mismo redactaba los titulares. Era posible que ese «Le arranca el cuero cabelludo» fuera suyo, aunque Fallow creyó más bien detectar el inconfundible estilo del director, un proletario de Liverpool que se llamaba Brian Highridge. De todos modos, pese a los muchos logros obtenidos a lo largo de su carrera, Steiner jamás había triunfado en la buena sociedad. Esto era en buena parte consecuencia de su carácter, pero también debían de haber influido las tendencias antijudías, que estaban lejos de haber desaparecido. En todo caso, Steiner aguardaba con placer la posibilidad de que Peter Fallow se las arreglase para preparar una magnífica y crepitante hoguera en la que quemar a todos aquellos pseudoaristócratas que le menospreciaban. Pero de momento tenía que limitarse a esperar...

Y seguir esperando. Al principio, los gastos de Fallow (infinitamente mayores que los del resto de sus colegas del *City Light*) no preocupaban en lo más mínimo a su patrono. Al fin y al cabo, para penetrar en la vida de los selectos había que participar en ella, al menos en cierta medida. Las tremendas facturas de restaurantes y bares iban seguidas de divertidas crónicas en las cuales Peter Fallow aparecía como el altísimo y refinado inglés que se zambullía hasta el fondo de la alta sociedad norteamericana. Pero al cabo de un tiempo sus crónicas dejaron incluso de ser divertidas. Este mercenario no parecía ya ser capaz de descargar ningún gran golpe periodístico. En más de una ocasión, los reportajes de Fallow eran reducidos por el director a simples noticias breves sin firmar. Steiner le había pedido que le informase personalmente de sus progresos. Pero estas charlas eran cada día más frías. Herido su orgullo, Fallow se inventó, para disfrute de sus colegas, un nuevo mote para «el temible inglés»: la Rata Muerta. Todo el mundo parecía encantado con ese rasgo de

ingenio. Al fin y al cabo, Steiner tenía una nariz larga y afilada y recordaba el hocico de una rata, y carecía de mentón y su boca era pequeña y arrugada, y poseía grandes orejas, y manos diminutas, y unos ojos en los que toda luz parecía haberse apagado, y una vocecilla frágil y cansada. En los últimos tiempos, por otro lado, Steiner se mostraba distante y brusco, y Fallow estaba empezando a preguntarse si no se habría enterado de lo de su mote.

Alzó la vista... allí estaba Steiner, a dos metros de distancia, mirándole directamente, con una mano apoyado en uno de los tabiques modulares.

—Es todo un detalle, Fallow. Hay que agradecerle su visita.

¡Ahora le trataba de *usted*! ¡Y en el tono que hubiera empleado el profesor encargado de la disciplina en una universidad inglesa! Fallow se quedó sin habla.

—Y bien —dijo Steiner—, ¿me has traído algo?

Fallow abrió la boca. Rebuscó en su destrozado cerebro algún tema de conversación, cualquier cosa que le permitiera lucir su famosa verborrea. Pero no encontró nada.

—¡Bien! Tenemos... la herencia Lacey-Putney... ya lo mencioné... si no estoy confundido... han intentado ponernos las cosas difíciles... en el tribunal... el... — ¡Maldita sea! ¿Cómo se decía? ¿Taquígrafos? ¿Estenógrafos? ¿Qué le había dicho Goldman?—. ¡Bien! No sé... ¡Pero ahora ya lo tengo todo! Es sólo cuestión de... puedo asegurar que... esto va a ser...

Steiner no tuvo paciencia ni para esperar a que terminase.

—Espero sinceramente que así sea, Fallow —dijo, ominosamente—. Espero sinceramente que así sea.

Y, dicho esto, se fue y se sumergió en su adorada sección de local.

Fallow se hundió en su asiento. Y consiguió esperar casi un minuto entero antes de refugiarse de nuevo en su gabardina.

Albert Teskowitz no era en absoluto temido por Kramer ni por ninguno de los demás vicefiscales, sobre todo cuando le llegaba el momento de convencer a un jurado con la magia de su recapitulación final. Era incapaz de producir crescendos emotivos, y las pocas veces que conseguía alguna proeza retórica, sus efectos quedaban anulados rápidamente por su aspecto. Adoptaba una postura tan ridícula que todas las mujeres de los jurados, o todas las buenas madres, sentían en seguida unos deseos incontenibles de gritarle: «Ponte tieso.» En cuanto a la escenificación de sus conclusiones, no es que no las preparase a fondo, sino que sólo era capaz de leerlas página por página, sentado a la mesa, y sin levantar casi la vista de su bloc de papel amarillo.

—Miembros del jurado, el acusado tiene tres hijos, de seis, siete y nueve años — estaba diciendo Teskowitz—, y se encuentran en esta sala ahora mismo, esperando el

resultado de este juicio.

Teskowitz hacía todo lo posible por no pronunciar el nombre de su cliente. Si hubiese podido decir Herbert Cantrell, Mr. Cantrell o incluso Herbert, se habría atrevido a hacerlo, pero Herbert no toleraba ni siquiera que le llamasen Herbert a secas.

—No me llamo Herbert —le dijo a Teskowitz en su primera entrevista—. No soy el chófer de su limusina. Me llamo Herbert 92X.

—El acusado —prosiguió Teskowitz— no es un criminal cualquiera que hubiese ido a pasar el rato aquella tarde en el Doubleheader Grill, sino un trabajador que tiene un empleo y tiene una familia. —Vaciló un momento, y luego alzó la cara con esa expresión distante, lejanísima, de quien está a punto de padecer un ataque de epilepsia—. Un empleo y una familia —repitió como hechizado, a mil kilómetros de distancia. Luego giró sobre sus talones y se acercó a la mesa de la defensa, dobló su normalmente encorvado tronco por la cintura, y estudió unos instantes las hojas amarillas de su bloc, con la cabeza torcida a un lado, como un pájaro que inspecciona una lombriz. Tras haberse mantenido en esa pose durante lo que pareció toda una eternidad, regresó al recinto del jurado y dijo—: No era un agresor. No pretendía saldar una cuenta ni quedar en paz con nadie. Era un trabajador, con un empleo y una familia, al que sólo le preocupaba una cosa, y tenía todo el derecho a estar preocupado por esa cosa, pues era ni más ni menos que su vida. Su vida estaba en peligro. —Los ojillos del defensor se abrieron de nuevo, como para sacar una instantánea, pero luego dio la espalda otra vez al jurado, se encaminó a su mesa, y se puso a releer su bloc de hojas amarillas. Encorvado de aquella manera, su silueta recordaba un grifo de los antiguos... Un grifo antiguo... Un drogota con el mono... Imágenes disparatadas comenzaron a poblar la mente de los miembros del jurado. Se fijaban en cosas como la película de polvo de los enormes ventanales de la sala, los efectos de los últimos rayos del sol sobre el polvo, como si los cristales estuviesen hechos del mismo plástico con el que fabrican los juguetes, ese plástico que imanta el polvo, y todas las amas de casa que formaban parte del jurado, incluso las más descuidadas, empezaron a preguntarse por qué no limpiaban nunca esos cristales. Y todos los miembros del jurado siguieron pensando en muchas y muy variadas cosas, excepto acerca de las que Albert Teskowitz decía de Herbert 92X, y sobre todo comenzaron a pensar qué diablos pasaba con aquel bloc de hojas amarillas, que parecía tener sujeto al pobre Albert Teskowitz con una correa— ...y declaren a este acusado... inocente.

Cuando Teskowitz terminó la exposición de sus conclusiones, los miembros del jurado ni siquiera se enteraron de si había terminado o no. Sus ojos estaban fijos en el bloc de hojas amarillas. Esperaban que Teskowitz volviese de un momento a otro a su mesa para consultarlo otra vez. Incluso Herbert 92X, que no se había perdido detalle

de su intervención, parecía perplejo.

Justo en ese instante se oyó un canturreo en toda la sala.

—Ya-ahhhhhhh... —sonaba por allí.

—Ya-ahhhhhhhhhhh... —sonaba por allá.

Kaminsky, el gordo, fue el que empezó. Pero continuó Bruzzielli, el secretario; e incluso Sullivan, el estenógrafo, que estaba sentado a su mesa justo al pie del juez Kovitsky, se sumó al coro con su propia y discreta versión del cántico:

—Ya-ahhh.

Sin parpadear siquiera, Kovitsky hizo sonar su martillo y declaró que se interrumpía la sesión durante media hora.

Kramer no se lo pensó dos veces. No ocurría nada grave. Simplemente, que en la fortaleza había llegado la hora de la caravana de carromatos. La caravana de carromatos era una costumbre que nadie discutía. Si parecía probable que un juicio se prolongase hasta después de la puesta de sol, siempre se organizaba la caravana de carromatos. Todo el mundo lo sabía. Y este juicio iba a alargarse hasta después de la puesta de sol, porque la defensa acababa de terminar sus conclusiones, y el juez no podía aplazar la vista hasta el día siguiente sin que antes se hubiesen escuchado las conclusiones de la acusación. De modo que había llegado la hora de la caravana de carromatos.

Durante un intermedio de este tipo, todos los funcionarios que habían ido en coche al trabajo, y que tenían que quedarse en el juzgado hasta muy tarde debido a la duración del juicio, abandonaban la sala y se iban directamente a los aparcamientos. Hasta el propio juez, Kovitsky, les imitó. Aquel día, también él había ido en coche al trabajo, de modo que pasó a su cuartito particular de la sala a través de una puerta lateral, se quitó su toga negra y, como todos los demás, bajó al aparcamiento.

Kramer no tenía coche, y no podía permitirse el lujo de pagar los ocho o diez dólares que le cobraría un taxi *gitano* para llevarle a casa. Los taxis *gitanos* —conducidos en buena parre por inmigrantes africanos de la época reciente, procedentes de Nigeria, Senegal y sitios así— eran los únicos taxis que se acercaban a la fortaleza, tanto de día como de noche, con la sola excepción de los que bajaban bandera en Manhattan para ir directamente desde allí hasta el edificio de los juzgados del Bronx. Los taxistas encendían la señal «Fuera de servicio» antes incluso de que el pedal del freno le diera el primer mordisco al tambor de las ruedas, y luego dejaban al pasajero, y salían en estampida. Con un leve estremecimiento, Kramer comprendió que aquélla iba a ser una de esas noches en las que no le quedaba otro remedio que caminar las tres manzanas que le separaban de la estación de metro de la calle Ciento sesenta y uno, en plena oscuridad, para después esperar la llegada del metro en una de las diez estaciones más peligrosas de toda la ciudad por su índice de delincuencia, y confiar luego en que hubiese un vagón lo suficientemente lleno de gente como para

no temer que hiciera presa de él alguna de las cuadrillas de lobos que siempre estaban prestas a abalanzarse sobre la oveja que se hubiese separado del grueso del rebaño. Kramer pensó que sus deportivas Nike le daban posibilidades de supervivencia en caso de que las cosas salieran mal. Para empezar, porque en cierto modo funcionaban como una especie de camuflaje. En el metro del Bronx, unos zapatos Johnston & Murphy de cuero eran como una etiqueta que te señalaba como víctima propiciatoria. Era igual que llevar colgado del cuello un cartel que dijera: ROBADME. Las Nike y la bolsa de plástico de A & P harían, al menos, que los atracadores se lo pensarán dos veces. Podía ser que le tomaran por un policía de paisano. A estas alturas, todos los policías de paisano que trabajaban en el Bronx llevaban calzado deportivo. En segundo lugar, caso de que pese a todo fuesen a por él, con las Nike podía al menos tratar de huir corriendo, o resistir y pelear. Pero no tenía intención de referirse a nada de eso ante Andriutti o Caughey. Bueno, en realidad le importaba un comino lo que pensara Andriutti, pero no soportaba el desprecio de Caughey. Caughey era irlandés, y prefería un balazo en pleno rostro que usar camuflaje para ir en metro.

Cuando los miembros del jurado comenzaron a retirarse hacia su habitación, Kramer miró a Miss Shelly Thomas hasta que llegó a *sentir* la suavidad de su pintalabios marrón. Y ella le miró durante un segundo —*¡con una levísima sonrisa!*—, y acto seguido Kramer comenzó a sufrir pensando en cómo se las iba a arreglar ella para llegar hasta su casa, y pensando también que no podía acercarse a un miembro del jurado para decirle nada. Porque, pese a todo ese canturreo, todo ese *Ya-ahhbhh*, nadie informaba jamás al jurado o a los testigos de la costumbre de proclamar a media tarde la hora de la caravana de carromatos, aunque, por otro lado, no estaba autorizado que los miembros del jurado bajasen al aparcamiento durante el descanso de un juicio.

Kramer bajó a la entrada de Walton Avenue para estirar las piernas y respirar aire libre, y, de paso, contemplar el desfile. En la acera había un grupo formado por el juez Kovitsky y Mel Herskowitz, su ayudante, más los guardias de la sala, congregados a su alrededor como tropas bien dispuestas. Kaminsky, bajo y ancho como una bañera, se ponía de puntillas y estiraba el cuello para ver si alguien más se les unía. El aparcamiento preferido por los veteranos era el que se encontraba justo después de la cúspide de la Grand Concourse, en la calle Ciento sesenta y uno, en un enorme solar repleto de basuras que se encontraba frente al edificio de los juzgados. El solar, que ocupaba toda una manzana, había sido excavado para hacer los cimientos de un edificio que no llegó a ser construido.

El grupo se puso en marcha, con Kaminsky a la cabeza y otro guardia de la sala en la cola. Los revólveres del 38 que llevaban los guardias se notaban perfectamente sobre sus caderas. El pequeño contingente se internó con temerario arrojo en territorio cherokee. Eran las seis menos cuarto de la tarde. Walton Avenue estaba en

calma. En el Bronx no había grandes atascos de circulación, ni a esa hora ni a ninguna otra. Los aparcamientos de Walton Avenue formaban un ángulo de noventa grados con la acera de la fortaleza. Apenas quedaba allí un puñado de vehículos. Junto a la entrada se hallaban los espacios reservados de Abe Weiss, Louis Mastroiani y otros supremos representantes del Poder. El guardia de la puerta colocaba conos rojos reflectantes en los espacios reservados cuando los coches correspondientes no estaban aparcados. Kramer se fijó en que el coche de Abe Weiss no se encontraba allí. Sí había otro coche, que no supo reconocer, pero el resto de espacios estaba vacío. Kramer se puso a caminar de un lado para otro de la acera, sin alejarse mucho de la entrada, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, repasando sus conclusiones. A él le había correspondido hablar en nombre de uno de los protagonistas de la situación que se estaba enjuiciando, en nombre de aquel que no podía hablar por sí mismo, de la víctima, de Nestor Cabrillo, buen padre y buen ciudadano del Bronx. Todo encajaba con suma facilidad. Pero, para lograr el fin que se había propuesto, no iban a bastarle los argumentos más sencillos. Sus conclusiones tenían, sobre todo, que *conmover* a esa joven, conmoverla hasta hacer que llorase, que se encogiese de miedo, que se embriagase del mundo de la delincuencia del Bronx, un mundo en el que tenía que descollar la figura de cierto vicefiscal, un tipo duro con pico de oro y valerosa elocuencia, y con un fuerte y musculoso cuello. Y así pasó el rato, caminando de un lado para otro de la acera, frente a la entrada de Walton Avenue, preparando la condena de Herbert 92X y tensando sus esternocleidomastoideos, sin que ni por un momento dejase de danzar en su mente la imagen de la chica del pintalabios marrón.

Al cabo de poco rato llegaron los primeros coches. Kovitsky, con su antiguo y enorme buque blanco, el Pontiac Bonneville. Metió el hocico en uno de los espacios reservados junto a la entrada. ¡*Zuop!* Giró sobre los goznes la tremenda puerta, y salió el juez, aquel hombrecillo gris y calvo con un vulgar traje gris. Y luego apareció Bruzzielli, en un diminuto deportivo japonés en el que parecía imposible que cupiese. Y más tarde Mel Herskowitz con Sullivan, el estenógrafo. A continuación Teskowitz, en un Buick Regal recién estrenado. Mierda, pensó Kramer, incluso Al Teskowitz tiene coche. Incluso aquel abogaducho de séptima fila, ¡y yo tengo que ir a casa en metro! Al poco rato, todos los aparcamientos de Walton Avenue estaban ocupados. El último en llegar fue el de Kaminsky. Había llevado en su coche a otro guardia. Salieron los dos, y Kaminsky, cuando divisó a Kramer, sonrió abiertamente y emitió un: «¡Ya-aahhhhhhhhhhh!»

—¡Ye-ehe-he! —dijo Kramer.

La hora de la caravana de carromatos. «Ya-ahhhhh» era el grito de John Wayne, héroe y explorador, el guía que, con su voz, ponía en marcha la caravana. Aquél era territorio cherokee, territorio de salteadores de caminos, y había que disponer los

carromatos en círculo ante la llegada de la noche. Quien imaginase que iba a ser capaz de recorrer a pie las dos manzanas que separaban Gibraltar del aparcamiento después de la puesta de sol, para coger allí el coche y regresar a casa, estaba soñando. Estaba, es más, jugándose la vida.

A última hora de la tarde, Sherman recibió una llamada telefónica de la secretaria de Arnold Parch, informándole que Parch quería verle. Parch ostentaba el título de vicepresidente ejecutivo, pero no era la clase de persona que acostumbra hacer subir al personal a su oficina.

El despacho de Parch era, naturalmente, más pequeño que el de Lopwitz, pero tenía la misma y maravillosa vista hacia poniente, hacia el río Hudson y New Jersey. A diferencia de las antigüedades que poblaban el despacho de Lopwitz, el de Parch estaba decorado con muebles modernos y grandes cuadros modernos, como los que les gustaban a Maria y su esposo.

Parch, un hombre de sonrisa permanente, sonrió y le indicó con un ademán un sillón tapizado en gris, tan aerodinámico y tan bajo que casi parecía que un submarino estuviese comenzando a emerger en mitad de la habitación. Sherman se hundió en donde le indicaban, hasta tener la sensación de encontrarse a ras del suelo. Parch se acomodó en una butaca gemela, frente a él. Sherman sólo veía piernas, las suyas y las de Parch. Desde el nivel de los ojos de Sherman, el mentón de Parch apenas sobresalía por encima de sus rodillas.

—Sherman —dijo el sonriente rostro que le miraba desde el otro lado de las grandes rótulas—, acabo de recibir una llamada de Oscar Suder, de Columbus, Ohio, y dice que está muy cabreado por lo de esos bonos de United Fragance.

Sherman se quedó perplejo. Quería levantar un poco más la cabeza, pero no hubo modo.

—¿En serio? ¿Y te ha llamado a ti? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que le has llamado y le has vendido 3 millones de bonos a 102. También ha dicho que le aconsejaste que comprara rápidamente, que estaban subiendo. Esta mañana han bajado a 100.

—¡A la par! ¡Increíble!

—Pues es cierto, y siguen bajando. Standard & Poor acaba de dejarlos por los suelos.

—¡No me lo puedo creer... Arnold! Anteayer vi que bajaban de 103 a 102,5, y en Investigación me dijeron que todo estaba bien. Ayer bajaron a 102, y luego a 101 7/8, y después volvieron a 102. De forma que imaginé que mis competidores se habían fijado también, y entonces llamé a Oscar. Estaban volviendo a subir. Y a 102 eran una ganga. Oscar quería algo que rondara los nueve puntos, y estos bonos le daban 9,75, casi 10, doble A.

—¿Te acordaste de preguntar otra vez a Investigación, me refiero a ayer, antes de ofrecérselos esta mañana a Oscar?

—No, pero después de haberlos comprado yo todavía han subido otro octavo. Estaban subiendo. Todo esto me desconcierta. ¡A la *par*! Es increíble.

—Mira, Sherman —dijo Parch, que había dejado de sonreír—, me parece evidente lo que ha estado ocurriendo. Alguien de Salomon te ha hecho ver visiones. Ellos estaban sobrecargados de U. Frags., y sabían que estaba a punto de salir el informe de S & P, de modo que te han hecho ver visiones. Hicieron bajar el precio hace un par de días, para despistarte. Luego lo hicieron subir otra vez, para dar la idea de que la cosa se movía. Ayer lo bajaron de nuevo y lo hicieron subir después. En cuanto vieron que mordías el anzuelo, que dabas ese mordisco tan tremendo, lo hicieron subir una vez más, para que volvieras a morder a 102 1/8. ¡Sherman, tú y Solly erais todo el mercado! Nadie más les estaba metiendo mano a esos bonos. Te han hecho ver visiones. Y ahora Oscar se ha quedado con 60.000 dólares menos, y tiene tres millones de bonos que nadie quiere.

Estaba clarísimo. Era cierto, sin duda. Se había dejado engañar, como un aficionado. ¡Y había fastidiado ni más ni menos que a Oscar Suder! ¡Oscar, uno de los inversores que Sherman pensaba atraer hacia los Giscard...! Le había destinado sólo diez millones de un total de seiscientos, pero esos diez tendría que buscarlos ahora en algún otro lado...

—No sé qué decir —dijo Sherman—. Tienes toda la razón. He picado como un *ingenuo*. —Sherman comprendió que lo de *ingenuo* sonaba a lavarse fácilmente las manos del asunto—. Ha sido una metedura de pata de lo más estúpido, Arnold. Tendría que haberles visto venir. —Sacudió la cabeza—. Caray. Y nada menos que Oscar. ¿Crees que tendría que llamarle yo?

—Mejor será que de momento te abstengas. Está cabreadísimo. Quería saber si tú o alguien de aquí sabía que estaba a punto de salir el informe de S & P. Le he dicho que no, porque sé que a Oscar no le harías jamás la zancadilla. Pero, en realidad, en Investigación si estaban enterados. Tendrías que habérselo preguntado, Sherman. Al fin y al cabo, tres millones de bonos...

Parch sonrió con la sonrisa del todo-queda-olvidado. Era evidente que a él tampoco le gustaban esta clase de entrevistas.

—Tranquilo. Son cosas que pasan. Pero tú eres nuestro número uno en bonos, Sherman. —Alzó las cejas y las mantuvo bien altas en la frente, como si dijese: «¿Te haces cargo de la situación?»

Se levantó de la butaca. Sherman le imitó. Considerablemente embarazado, Parch le tendió la mano, y Sherman se la estrechó.

—Bien, a por ellos —dijo Parch con una sonrisa ancha pero fría.

Al principio, la distancia que mediaba entre el lugar en donde Kramer se había puesto en pie, junto a la mesa de la acusación, y la silla en donde se encontraba Herbert 92X, era de apenas seis metros. Kramer se acercó dos pasos, reduciendo la distancia, hasta que todos los presentes en la sala supieron que estaba pasando algo raro, sin que nadie lograra saber a ciencia cierta qué era. Kramer había llegado a la parte de su discurso en donde tenía que borrar todo resto de compasión por Herbert que Teskowitz hubiese llegado a inspirar entre los miembros del jurado.

—Bien, he oído contar algunas cosas sobre la vida de Herbert 92X —dijo Kramer, mirando al jurado—, y hoy tenemos a Herbert 92X sentado aquí, en esta sala. —A diferencia de Teskowitz, Kramer mencionaba el nombre de Herbert 92X casi en cada frase, hasta convertirlo prácticamente en un robot de ciencia ficción. Luego giró sobre sí mismo, inclinó la cabeza hacia abajo, miró fijamente a Herbert, y dijo—: Sí, aquí está Herbert 92X... ¡perfectamente *sano y salvo*! ¡Pletórico de *energía*...! Precisamente al estilo de Herbert 92X, lo cual supone, entre otras cosas, ¡llevar consigo, *escondido, un revólver calibre 38, completamente ilegal, sin permiso de armas*!

Kramer miró a los ojos del acusado. Ahora se encontraba a no más de tres metros de distancia de Herbert 92X, y aulló las palabras *sano y salvo*, y *energía*, entre dientes, como si él mismo estuviera personalmente dispuesto a acabar con la salud y la vida y la energía de aquel hombre, a impedirle regresar a su vida corriente, o a seguir con vida, empleando para ello sus propias manos. Herbert no era de los que se encogen al sentirse desafiados. Contempló a Kramer con una fría sonrisa, una expresión que equivalía a decir: «Sigue hablando, mamón, porque voy a contar hasta diez... y cuando termine me levantaré y te aplastaré.» Para los miembros del jurado —para ella—, Herbert debía de estar pareciendo capaz de estirar los brazos y retorcerle el cuello a Kramer, y hasta de disfrutar en el momento de hacerlo. Lo cual no preocupaba a Kramer. Le respaldaban tres o cuatro guardias especialmente animados de sólo pensar en los ingresos que les proporcionarían aquellas horas de trabajo extra. ¡Ya puede Herbert seguir ahí, con su disfraz de mahometano, y mirándole con la expresión que le dé la gana! Cuanto más duro pareciese Herbert a los ojos del jurado, mejor sería para el acusador. ¡Y cuanto más peligroso pareciese a los ojos de Miss Shelly Thomas, más heroico le parecería el valeroso y joven vicesfiscal!

El que no podía dar crédito a lo que estaba viendo era Teskowitz. Movía lentamente la cabeza de un lado para otro, como una boca de riego por aspersión. No podía dar crédito a la desproporcionada actuación de Kramer. Si era capaz de eso frente a un tipo como Herbert, y en una mierda de caso como aquél, ¿de qué no sería capaz el día que tuviese ante sí a un auténtico asesino?

—Bien, señoras y señores del jurado —dijo Kramer, volviéndose hacia ellos, pero

sin alejarse de Herbert—, mi deber consiste en hablar en nombre de alguien que no está sentado con nosotros en esta sala, por la sencilla razón de que murió de un balazo disparado por un revólver que se encontraba en poder de un hombre a quien no había visto en toda su vida, Herbert 92X. Me gustaría recordarles que aquí no estamos hablando de la vida de Herbert 92X, sino de la muerte de Nestor Cabrillo, un hombre bueno, un buen ciudadano del Bronx, un buen marido, un buen padre... de *cinco hijos*... que vio su vida interrumpida en plena madurez simplemente porque la *arrogancia* de Herbert 92X le hizo creer que tenía derecho a arreglar sus asuntos con un revólver del calibre 38, un arma ilegal, para la que no tenía permiso, y que se encontraba en su poder, oculta...

Kramer dejó resbalar su mirada por los miembros del jurado, uno por uno. Pero al final de cada uno de sus rotundos períodos, sus ojos iban a posarse en ella, precisamente en *ella*. Estaba sentada en el penúltimo puesto, por la izquierda, de la segunda fila, de modo que esa operación era algo difícil de realizar, y bastante obvia. ¡Pero la vida es tan corta! ¡Y ese brillante destello que pudo detectar ahora en esos grandes ojos marrones! Miss Shelly Thomas estaba completamente borracha, absolutamente embriagada de la criminalidad del Bronx.

En la acera, Peter Fallow miró los coches y taxis que subían velozmente por West Street hacia la parte alta. Por los clavos de Cristo, qué ganas tenía de meterse en un taxi y quedarse dormido hasta llegar al Leicester's. ¡No! ¡Cómo se le ocurría! Nada de Leicester's esta noche; ni una sola gota de alcohol. Esta noche iría directamente a casa. Estaba oscureciendo. Hubiera dado cualquier cosa por encontrar un taxi libre... enroscarse en un taxi e ir directamente a casa, a dormir. Pero la carrera le costaría nueve o diez dólares, y le quedaban menos de setenta y cinco hasta el día de cobro, que era la semana próxima, y en Nueva York setenta y cinco dólares no son nada, apenas un suspiro, una leve inspiración, un pensamiento fugaz, un capricho, un chasquear los dedos. Se quedó mirando la fachada del edificio del *City Light*, una cochambrosa torre modernista de los años veinte, por si salía algún norteamericano del periódico, alguien con el que compartir taxi. El truco consistía en averiguar hacia dónde se dirigía el norteamericano, elegir luego un destino situado cuatro o cinco manzanas antes, y anunciar sólo entonces que uno se quedaba allí. En tales circunstancias, no había ningún norteamericano con suficientes huevos como para pedirte que pagaras la mitad de la carrera.

Al poco rato salió del edificio un norteamericano, Ken Goodrich, director de marketing del diario. Fallow no tenía ni idea de qué era eso del marketing. Se preguntó si podía atreverse a repetir la jugada una vez más. Durante los dos últimos meses ya se había aprovechado del taxi de Goodrich en un par de ocasiones, y en la segunda oportunidad Goodrich no pareció disfrutar gran cosa de aquella oportunidad

de conversar con un auténtico inglés. No, no se atrevió. De modo que no le quedó más remedio que disponerse a recorrer andando ocho manzanas hasta City Hall, donde tomaría el metro de Lexington Avenue.

Esta parte vieja de la zona baja de Manhattan se vaciaba rápidamente por la tarde, y mientras Fallow caminaba pesadamente en el reverbero sintió una creciente compasión por sí mismo. Se rebuscó los bolsillos, tratando de encontrar alguna ficha para el metro. Tenía una, efectivamente, y esto le trajo un recuerdo desagradable. Hacía un par de noches, en el Leicester's se había rebuscado los bolsillos para darle a Tony Moss una moneda de veinticinco centavos para el teléfono. Fallow quería darle mucha importancia a este rasgo de generosidad porque últimamente se había ganado fama de tacaño incluso entre sus paisanos. De forma que sacó un puñado de monedas, y allí, entre el dinero suelto, aparecieron un par de fichas del metro. Fue como si toda la mesa estuviera mirándolas. Y supo con certeza que Tony Moss se fijó en ellas.

Fallow no tenía miedo físico de ir en el metro de Nueva York. Se imaginaba a sí mismo como un tipo curtido, y, por otro lado, jamás le había ocurrido nada desagradable yendo en metro. No, lo que temía —y lo suyo era auténtico pánico— era la suciedad, la miseria. Bajar las escaleras del metro de City Hall en compañía de toda esa gente oscura y mugrienta era como descender, voluntariamente, a una mazmorra, una mazmorra sucísima y ruidosísima. Por todas partes había muros de enguarrado cemento y barrotes de hierro negro, celda tras celda, nivel tras nivel: en todas direcciones, un delirio encerrado entre barrotes. Cada vez que uno de los trenes entraba o salía de la estación, se oían agónicos chirridos, como si un enorme esqueleto metálico estuviera siendo abierto por una palanca de potencia incomprensible. Fallow no comprendía que este país de vacas gordas, con sus obscenas montañas de riqueza y su todavía más obscena obsesión por la comodidad, hubiese sido incapaz de crear un metro tan tranquilo, ordenado, presentable y —en fin— decente como el de Londres. Pero tenía una respuesta: porque era un país infantil. Todo lo que estuviera bajo tierra, lejos de la vista, carecía de importancia.

Pese a la hora, Fallow logró encontrar un asiento, suponiendo que aquel hueco del estrecho banco de plástico mereciese el nombre de asiento. Ante él se extendía la típica algarada de sombríos graffiti, la típica gentuza oscura y mugrienta con su ropa gris y parda y con sus zapatillas deportivas. Las únicas excepciones eran un hombre y un muchacho que se encontraban justo al otro lado del pasillo. El hombre, cuarentón, era bajo y rechoncho. Vestía un traje gris a listas muy finas, una prenda de buen gusto y aspecto caro, con una camisa blanca y bien planchada, y una corbata que, tratándose de un norteamericano, podía ser calificada de discreta. Calzaba, por otro lado, unos zapatos negros de cuero, de buena manufactura y convenientemente lustrados. Los norteamericanos tenían por costumbre estropear los más diversos conjuntos, a veces muy presentables, con su manía de ponerse zapatones grandes de

suelas enormes y muy poco cuidados. (Casi nunca se veían los pies y, siendo tan infantiles, apenas se preocupaban por el calzado.) Sostenía entre los pies un evidentemente caro attache. Y estaba inclinado hacia abajo, para hablarle al oído al chico, que parecía tener ocho o nueve años de edad. El chico vestía un blazer azul marino de colegial, una camisa blanca, y corbata a listas en diagonal. Sin dejar de hablar con el chico, el hombre miraba aquí y allá, y acompañaba sus palabras con ademanes de su mano derecha. Fallow imaginó que se trataba de alguien que trabajaba en Wall Street y que había llevado a su hijo a la oficina para mostrársela, y que ahora le estaba enseñando el metro y haciéndole observar al pequeño los arcanos de esta mazmorra sobre ruedas.

Fallow estuvo mirándoles distraídamente. El metro cobró velocidad y en seguida alcanzó su vibrante-bailoteante-rugiente ritmo de ascenso que le encaminaba hacia la parte alta de la ciudad. Fallow recordó a su propio padre. Un pobre desgraciado, un tipo tristón que tuvo un hijo al que llamó Peter, un pobre fracasado que se conformaba viviendo entre fantasmas de bohemia en una casa ruinosa de Canterbury... ¿Y yo, qué soy?, se preguntó Fallow. ¿Qué hago en esta mazmorra rodante, en esta ciudad chiflada, en este país de locos? Qué ganas de tomar un trago, un buen trago... Otra ola de desesperación cayó sobre él, le arrastró... Se miró las solapas. Incluso a esta miserable luz, brillaban. Había ido cayendo cuesta abajo... un bohemio, o menos incluso... La horrible palabra le invadió la mente: *sordidez*.

La parada del metro del cruce de Lexington Avenue con la calle Setenta y siete estaba peligrosamente próxima al Leicester's. Pero eso no suponía ningún problema. Peter Fallow no pensaba caer de nuevo en esa trampa. Cuando llegó a lo alto de la escalera y salió a la acera crepuscular, imaginó la escena con la sola intención de demostrarse a sí mismo el alcance de su resolución, su capacidad de rechazar ese mundo. La madera vieja, las lámparas de cristal glaseado, las luces indirectas de la barra cayendo sobre las filas de botellas, el amontonamiento de la gente, como en un pub inglés, la estruendosa animación de sus voces... de sus voces *inglesas*... ¿Y si se tomaba simplemente una naranjada y un ginger ale, y escuchaba esas voces inglesas durante un cuarto de hora...? ¡No! Tenía que mostrarse firme.

Ya se encontraba delante del Leicester's, que para el transeúnte corriente no era más que uno de los indistinguibles bistros o trattorias del East Side. Entre los anticuados parteluces llegó a distinguir los rostros apretujados de quienes ocupaban las mesas contiguas a las ventanas, caras pequeñas y sonrientes bajo la luz rosada de las lamparitas. No lo soportó. Necesitaba un poco de paz, una naranjada y un ginger ale, y unas cuantas voces inglesas.

Cuando uno entra en el Leicester's procedente de Lexington Avenue, se encuentra en una sala repleta de mesas con manteles a cuadros rojos y blancos, al estilo bistro. A lo largo de una de las paredes se extiende una gran barra con un apoyapiés de latón.

A un lado se abre la puerta que da al pequeño comedor. En esa habitación, junto a la ventana de Lexington Avenue, hay una mesa en torno a la que pueden llegar a sentarse, muy apretadas, ocho o diez personas, suponiendo que sean sociables. De acuerdo con una regla no escrita, ésta es la mesa de los ingleses, algo así como una mesa de club en la que, por la tarde, los británicos —miembros del Londres *bon ton* y vecinos ahora de Nueva York— van a tomarse unas cuantas... y a oír voces inglesas.

¡Las voces! Cuando Fallow entró en el Leicester's, aquel mundillo había alcanzado su mayor auge.

—¡Hola, Peter!

Era Grillo, el norteamericano, metido entre la muchedumbre que se agolpaba en la barra. Era un tipo divertido, y amistoso, pero Fallow ya estaba harto de Norteamérica por aquel día. Sonrió, le canturreó un «¡Hola, Benny!», y se dirigió al comedor lateral.

Estaban sentados a La Mesa Tony Moss, Caroline Heftshank, Alex Britt-Withers, dueño del Leicester's; St. John Thomas, director de museo y marchante de arte; y el amigo de St. John, un venezolano llamado Billy Cortez, que había sido alumno de Oxford y era como si fuese inglés; Rachel Lampwick, una de las dos hijas que Lord Lampwick mantenía alejadas de sí y a las que pagaba una cuantiosa pensión para que siguieran en Nueva York; y Nick Stopping, periodista de tendencia marxista —mejor sería decir estalinista—, que se ganaba la vida escribiendo artículos para *House & Garden*, *Art & Antiques* y *Connoisseur*, en los que solía dedicarse a adular a los ricos. A juzgar por los vasos y botellas que vio Fallow, La Mesa llevaba ocupada desde hacía unas cuantas horas, de modo que muy pronto comenzaría el grupo a buscar a algún incauto, a no ser que Alex Britt-Withers, el dueño... Pero, no, Alex nunca les perdonaba la cuenta.

Fallow se sentó y anunció que estaba volviendo una página de su vida, de modo que sólo quería un zumo de naranja con ginger ale. Tony Moss le preguntó si eso significaba que había dejado la bebida, o que no pensaba pagar nunca más. A Fallow no le importó la agudeza, pues Tony le caía bien, de modo que se rió y dijo que esa tarde no haría falta que nadie se rascara el bolsillo, dado que contaban con la presencia de su generoso anfitrión, Alex. Este contestó que, desde luego, no hacía falta que él, Peter, se rascara el bolsillo, pues siempre lo llevaba vacío. Caroline Heftshank dijo que Alex estaba ofendiendo a Peter, y éste dijo que era verdad, y que, dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio que cambiar de opinión. Le dijo al camarero que le sirviese un «vodka Southside». Todo el mundo rió la broma, pues contenía una alusión a Asher Herzfeld, un norteamericano, heredero de la fortuna de las cristalerías Herzfeld, que la noche anterior tuvo un furioso altercado con Alex cuando éste le dijo que no había ninguna mesa libre. Herzfeld solía volver locos a los camareros debido a su costumbre de pedir ese nocivo combinado americano, el vodka

Southside, en el que entraba un poco de menta, y quejarse luego de que la menta no era fresca. La Mesa comenzó a contar chismes sobre Herzfeld. St. John Thomas, en su entonación más aflautada, les contó lo ocurrido la vez que fue a cenar al apartamento de Herzfeld, en la Quinta Avenida: el magnate del cristal se empeñó en hacer las presentaciones entre sus invitados y sus criados, lo cual hizo que se incomodasen tanto los unos como los otros. Y dijo que le había oído comentar al joven camarero sudamericano: «Vale. ¿Y por qué no vamos todos a cenar a mi casa?», una idea que, según St. John, hubiese valido la pena aprovechar, porque la velada hubiera sido infinitamente más divertida.

—¿Ah sí? —dijo Billy Cortez, con una entonación que no ocultaba sus reproches—. Seguro que, aunque no fueras aquella noche, habrás ido en más de una ocasión. Y todo por un portorriqueño lleno de granos.

—No era portorriqueño —dijo St. John—. Sino peruano. Y no tenía granos.

La Mesa pasó luego a tratar uno de sus temas preferidos: las costumbres norteamericanas. Debido a su perverso sentimiento de culpabilidad, los norteamericanos tenían la manía de hacer las presentaciones entre criados e invitados, aseguró Rachel Lampwick, «sobre todo los tipos como Herzfeld». Después hablaron de las esposas, las esposas norteamericanas. Nick Stopping aseguró haber descubierto el motivo por el cual los hombres de negocios de Nueva York se quedaban trabajando hasta tan tarde en sus despachos: para librarse de sus esposas y ejercitarse sexualmente. Tenía intención de escribir un artículo para *Vanity Fair*, cuyo título sería: «Sexo a mediodía.» Naturalmente, el camarero le sirvió un vodka Southside a Fallow, y éste, tras muchas bromas y brindis y quejas a Alex por lo poco fresca que era la menta, acabó tomándoselo y pidiendo otro. De hecho, era un buen combinado. Alex abandonó La Mesa para ver qué tal marchaba el negocio en la sala grande, y Johnny Robertson, el crítico de arte, llegó y contó una anécdota muy divertida sobre un norteamericano que se empeñó en tutear al ministro italiano de Asuntos Exteriores y a su esposa durante la inauguración de una exposición de Tiepolo celebrada la noche anterior, y Rachel Lampwick les contó que un norteamericano, tras ser presentado a su padre, Lord Lampwick, se puso a tutearle inmediatamente. En cambio, los catedráticos norteamericanos se sienten tremendamente ofendidos si te olvidas de llamarles doctor Tal o doctor Cual, dijo St. John, y Caroline Heftshank preguntó a la concurrencia si alguien sabía por qué razón tienen tanto empeño los norteamericanos en poner el remite de las cartas en la misma cara que la dirección, y Fallow pidió otro vodka Southside, y Tony y Caroline sugirieron pedir otra botella de vino. Fallow dijo que no le importaba que los norteamericanos le tuteasen a las primeras de cambio, pero que era un fastidio que usaran el diminutivo Pete. Todos los yanquis del *City Light* le llamaban Pete, y llamaban Nige a Nigel Stringfellow, y, encima, solían ponerse horrendas corbatas imitación de las de los uniformes militares,

y cada vez que veía una de esas corbatas se producía en él una reacción estímulo-respuesta, y que lo de *Pete* le ponía los pelos de punta y le hacía rechinar los dientes. Nick Stopping contó que había cenado en casa de Stropp, el banquero, en Park Avenue, y que la hija de Stropp, una cría de cuatro años que el millonario había tenido con su segunda esposa, entró en el comedor tirando de un camión de juguete que contenía un cagarro humano —¡sí, un cagarro!—. Stopping supuso que era de la misma niña, y que dio tres vueltas a la mesa sin que Stropp ni su esposa hicieran otra cosa que menear un poco la cabeza, sin dejar de sonreír. No hizo falta que nadie se extendiese en detenidos comentarios en torno a esta anécdota, pues la melosa indulgencia de los norteamericanos para con sus hijos era de sobras conocida, y Fallow pidió otro vodka Southside y brindó por Asher Herzfeld, y todos pidieron otra ronda.

Fallow se dio cuenta de que ya había pedido combinados por valor de veinte dólares, cifra que no estaba en condiciones de pagar. Como si les atara entre sí lo que Jung llamó el inconsciente colectivo, Fallow, St. John, Nick y Tony comprendieron de repente que había llegado la hora de pescar a algún cándido. Pero ¿cuál?

Fue Tony quien, finalmente, canturreó:

—¡Hola, Ed!

Y, reclamando con exagerados ademanes la presencia del tal Ed en La Mesa, iluminó su rostro con una sonrisa acogedora y resplandeciente. Ed, un hombre alto y bien vestido, en realidad hasta guapo, con unos rasgos aristocráticos y un rostro tan terso, sonrosado y desprovisto de arrugas como un melocotón, era norteamericano.

—Ed, me gustaría presentarte a Caroline Heftshank. Caroline, te presento a mi buen amigo Ed Fiske.

Hubo una ronda de saludos desde todos los rincones de La Mesa a medida que Tony iba presentando al joven norteamericano. Luego, Tony anunció:

—Ed es el Príncipe de Harlem.

—Venga, venga —dijo Mr. Ed Fiske.

—¡Es cierto! —dijo Tony—, Ed es la única persona que conozco capaz de andar a lo largo y a lo ancho, de recorrer avenidas y calles, de subir a la buena vida y bajar hasta la hez de Harlem siempre que le da la gana, como le da la gana, a cualquier hora del día o de la noche, sin que nadie le mire mal.

—Tony, estás exagerando muchísimo —dijo Mr. Ed Fiske, sonrojándose, pero también sonriendo de una manera que indicaba que no era una exageración *disparatada*. Se sentó, le animaron a que pidiera una copa, y él obedeció.

—¿Qué hay de nuevo en Harlem, Ed?

Sonrojándose más incluso, Mr. Ed Fiske les confesó que esa misma tarde había subido a Harlem. Sin mencionar nombres, les refirió una entrevista con un individuo que se encontraba en poder de trescientos cincuenta mil dólares, una cantidad que él,

Mr. Ed Fiske, con la mayor delicadeza, debía tratar de conseguir que devolviese. Contó la historia atascándose cada dos por tres, y con notable incoherencia, pues cuidó de no subrayar excesivamente el aspecto racial, así como de no insinuar siquiera por qué motivo había tanto dinero en juego. Sin embargo, los británicos parecían extasiados por sus palabras, y le miraban arrobados, como si Ed Fiske hubiera sido el mejor narrador de historias de toda América. Los británicos, en efecto, sonrieron, rieron, repitieron los estribillos de las frases de Fiske, como un coro en una opereta de Gilbert y Sullivan. Y Ed Fiske continuó hablando, ganando poco a poco confianza y fluidez verbal. La copa había hecho su efecto. Fiske siguió desplegando los más ricos tesoros de su anecdotario de Harlem. ¡Qué admiración en los rostros británicos que le rodeaban! ¡Qué resplandor en esas caras! ¡Ciertamente, eran personas capaces de apreciar el arte de la conversación! Con despreocupada largueza, Fiske pidió una nueva ronda para todos los presentes. Fallow se tomó otro vodka Southside, y entretanto Fiske les contó la historia de un hombrón, un tipo amenazador que atendía por el nombre de Buck, que llevaba en una oreja un enorme pendiente de oro, como un pirata.

Los británicos se tomaron sus copas y, uno por uno, fueron abandonando La Mesa. Primero fue Tony, luego Caroline, después Rachel, Johnny Robertson, Nick Stopping. Cuando Fallow dijo, en voz baja, «Discúlpeme un momento», y se puso en pie, sólo quedaban ya St. John Thomas y Billy Cortez, y Billy estaba dando tirones a la manga de St. John porque de repente se había dado cuenta de que quizá el arrobamiento de las miradas de St. John no fuera fingido, y St. John seguía mirando con una anchísima sonrisa a aquel joven guapo y seguramente rico de tez amelonotada.

Una vez en Lexington Avenue, Fallow se preguntó a cuánto ascendería la cuenta que tarde o temprano iban a presentarle al joven Fiske. Sonrió maliciosamente en la oscuridad, sintiéndose feliz y animado, Como mínimo, unos doscientos dólares. El muy cándido de Fiske pagaría, indudablemente, sin rechistar.

Los Yanquis. Santo Dios.

Quedaba sólo por resolver el problema de la cena. Cenar en el Leicester's, incluso sin vino, costaba al menos cuarenta dólares por cabeza. Fallow se encaminó a la cabina telefónica. Podría recurrir a ese tal Bob Bowles, norteamericano, director de una revista... Funcionaría... La mujer flaquísima con la que vivía Bowles, Mona Nosécuántos, era absolutamente insoportable, incluso cuando no decía nada. Pero, en esta vida, todo tenía su precio.

Entró en la cabina y metió una moneda de veinticinco centavos en la ranura. Con un poco de suerte, antes de que transcurriera una hora se encontraría de nuevo en el Leicester's, tomando su plato favorito, pollo paillard, que estaba especialmente sabroso acompañado de un buen tinto. A Fallow le gustaba el Vieux Galouches, un

vino francés que servían con esas botellas de cuello extravagante, un buen vino, el mejor.

8. Un caso judicial

Martín, el inspector irlandés, iba al volante, y su compañero Goldberg, el inspector judío, iba a su lado, mientras que Kramer ocupaba el asiento de atrás, colocado en un ángulo que le permitía ver el velocímetro. Bajaban por Major Deegan Expressway a unos cien kilómetros por hora, camino de Harlem.

En este momento Kramer estaba concentrado en el hecho de que Martin fuese irlandés. Acababa de recordar dónde le había visto por vez primera. Fue poco después de su incorporación a Homicidios. Le enviaron a la calle Ciento cincuenta y dos Este, en donde un hombre había sido asesinado de un balazo en el interior de un coche. El coche era un Cadillac sedán DeVille. Una de las puertas traseras estaba abierta, y junto a ella se encontraba un joven inspector, un tipo bajo, de apenas sesenta y cinco kilos de peso, cuello delgado, cara chupada y algo torcida, y ojos de doberman. El inspector Martin. El inspector Martin señaló la puerta abierta con un ademán que recordaba el de los camareros indicando una mesa. Kramer miró el interior del coche, y lo que vio era mucho más horrible que lo que parecía indicar la frase «asesinado de un balazo en el interior de un coche». La víctima era un hombre gordo vestido con una americana a cuadros vistosísimos. Estaba sentado en el asiento posterior del coche, con las manos en las piernas, justo encima de las rodillas, como si estuviese a punto de estirarse los pantalones para dejarlos más holgados sobre las rótulas. Daba la sensación de que llevara puesto un babero rojo y brillante. Dos terceras partes de su cabeza habían desaparecido. La luneta trasera estaba como si alguien hubiese arrojado una pizza contra ella. El babero rojo era simplemente sangre arterial, que había brotado de la cabeza como una fuente. Kramer retrocedió.

—¡Mierda! —dijo—. ¿Ha visto eso? ¿Cómo han podido...? ¡Mierda! Pero si está esparcido por todo el coche...

A lo cual Martin respondió:

—Sí, seguro que le ha jodido el día de punta a cabo.

Al principio Kramer creyó que la sorna de Martin era una reprimenda que el inspector le dirigía por la impresión que, evidentemente, le habla causado lo que acababa de ver, pero luego pensó que su reacción era la que Martin había deseado. ¿Dónde hubiera estado lo divertido de enseñarle a un novato un ejemplo de los típicos destrozos sanguinarios del Bronx si el susodicho novato no reaccionaba así? A partir de ese día, Kramer decidió que, cada vez que llegase al escenario de un crimen, su actitud sería todo lo irlandesa de lo que se sintiera capaz.

El compañero de Martin, Goldberg, era el doble de alto y grueso, un auténtico toro de abundante pelo rizado, un bigote que caía hacia abajo en las comisuras de la boca, y un cuello poderoso. Había irlandeses que se llamaban Martin, y judíos que también se llamaban Martin. Había alemanes que se llamaban Kramer, y judíos que

rambién se llamaban Kramer. Pero todos los Goldberg de la historia de la humanidad eran judíos, con la posible excepción de aquel inspector. A estas alturas, y después de tantos años trabajando al lado de Martin, seguramente ya se había convertido en un irlandés.

Martin, desde su posición al volante, volvió ligeramente la cabeza para hablar con Kramer.

—Es increíble. Jamás hubiera creído que algún día iría a Harlem para oír hablar a ese tonto del culo. Si me hubiese colocado algún micro oculto, todavía podría creérmelo. ¿Cómo diablos ha logrado hablar con Weiss?

—Ni idea —dijo Kramer. Lo dijo en tono cansino, simplemente para demostrar que era un tipo tan duro como el que más, un tipo al que esta misión le parecía una gilipollez. De hecho, Kramer seguía flotando en el veredicto de la noche anterior. Herbert 92X había sido condenado. Shelly Thomas, brillante como el sol, le había mirado fijamente—. Parece que ese Bacon ha telefoneado a Joseph Leonard. ¿Conoces a Leonard, el concejal negro?

El radar de Kramer le advirtió de que lo de *negro* había sido un patinazo, una palabra demasiado refinada, demasiado propia de tipejos liberales, para ser utilizada en una conversación con Martin y Goldberg, pero prefirió no tratar de enmendarse.

—Sí, le conozco —dijo Martin—. Menudo pícaro.

—Son simples conjeturas —dijo Kramer—, pero recuerda que Weiss tiene unas elecciones en noviembre, y si Leonard le pide un favor, Weiss se lo hará, seguro. Weiss cree que necesita el apoyo de los negros. En las primeras tendrá que enfrentarse con Santiago, el portorriqueño.

—Me encanta esa palabra que suelen usar, *apoyo* —bufó Goldberg—. Como si hubiese algún tipo de organización. No te jode. En el Bronx no hay nadie capaz de organizar a nadie. Y en Bedford-Stuyvesant lo mismo. He trabajado en el Bronx, en Bedford-Stuyvesant y en Harlem, y en Harlem los encuentro más sofisticados. En Harlem, si metes a un individuo en comisaría y le dices: «Mira, tío, podemos arreglar esto de dos maneras. A las buenas o a las malas. Tú decides», como mínimo entienden de qué les hablas. Mientras que en el Bronx o en Bed-Stuy, no hay modo. Lo peor es Bed-Stuy. En Bed-Stuy nadie se entera de nada. ¿Cierto, Marty?

—Cierto —dijo Martin, sin el menor entusiasmo. Goldberg no había llegado a concretar a quiénes se refería. De todos modos, aunque Martin le había entendido, no parecía tener ganas de ponerse a hablar de los problemas de la policía—. Así que Bacon llama a Leonard, y Leonard llama a Weiss —dijo, dirigiéndose a Kramer—. Y luego qué...

—El chico ese, Lamb... resulta que su madre trabaja para Bacon —dijo Kramer—. La madre dice poseer cierta información sobre lo que le pasó al chico, pero tiene toda una montaña de multas de aparcamiento, y hay una orden de busca y captura por

impago, y tiene miedo de ir a la policía. De modo que nos propone este trato: Weiss echa la orden a la papelera y dispone una fórmula que le permita a esa mujer ir pagando las multas poco a poco, y a cambio ella nos da la información, pero ha de ser en presencia de Bacon.

—Y Weiss ha dicho que sí.

—Eso.

—Precioso.

—Ya conoces a Weiss —dijo Kramer—. Lo único que le importa es que es judío, y se presenta a la reelección en noviembre, y en un condado con un setenta por ciento de negros y portorriqueños.

—¿Has hablado alguna vez con Bacon? —preguntó Goldberg.

—No.

—Pues mejor que te escondas el reloj antes de entrar ahí. Ese cabrón no levanta un dedo como no sea para robar algo.

—Estaba pensando, Davey —dijo Martin—, que no veo nada de pasta en este asunto, pero seguro que la hay. No sé dónde, pero hay pasta en algún lugar. —Dirigiéndose a Kramer, añadió—: ¿Has oído hablar alguna vez de la Coalición Laboral Puertas Abiertas?

—Claro.

—Es una de las organizaciones de Bacon. Ahora se dedican a montar manifestaciones delante de los restaurantes, pidiendo puestos de trabajo para las minorías. Tendrías que haber estado en ese jaleo de la leche que hubo en Gun Hill Road. Y no había ni un puto blanco trabajando allí, de modo que no sé de qué coño de minorías hablan, a no ser que llamemos minoría a una pandilla de bongos armados con pedazos de cañería.

Kramer se preguntó si había que interpretar *bongos* como epíteto racial. Pretendía hacerse el irlandés, pero no tanto.

—Y bien, ¿qué crees que andan buscando en todo esto?

—Dinero —dijo Martin—. Si hubiese salido el gerente y les hubiera dicho: «Pues sí, necesitamos gente, os doy trabajo a todos», los tíos le hubiesen mirado como si tuviese micos en la cara. Simplemente, aceptan dinero para no volver a manifestarse. Y lo mismo ocurre con la Liga contra la Difamación del Tercer Mundo. Son los que se dedican a armar jaleos en Broadway. Y también lo organiza todo el tal Bacon. Es encantador.

—Pero he oído decir que los de Puertas Abiertas —dijo Kramer— no se andan con chiquitas. Organizan auténticas batallas campales.

—Batallas de pega —dijo Goldberg.

—Si no va en serio, ¿por qué empiezan? Cualquiera día acabarán matando a alguno de ellos.

—Tendrías que haberles visto —dijo Martin—. Esos cabrones serían capaces de pasarse el día peleando gratis. ¿Por qué no van a hacerlo si aparece un tío que encima les paga por darse de puñetazos?

—¿Te acuerdas de aquel que arremetió contra ti con aquel tubo de hierro, Marty?

—¿Que si me acuerdo? Hasta se me aparecía en sueños. Un mamón alto y fornido, con un aro de oro en la oreja, así. —Martin hizo una O grande con el índice y el pulgar, y la puso colgando de su oreja derecha.

Kramer no sabía hasta qué punto debía dar crédito a todas esas historias. Una vez leyó un artículo del *Village Voice* según el cual el reverendo Bacon era «un socialista callejero», un activista político negro que había creado sus propias teorías acerca de los grilletes del capitalismo y las tácticas que había que emplear para que los negros superasen las injusticias. A Kramer no le interesaba la política de izquierdas, al igual que le ocurría a su padre. Sin embargo, cuando era pequeño, Kramer había oído pronunciar la palabra *socialista* con reverencia religiosa. Algo así como *celote* y *masada*. Era una palabra de reverberaciones judías. Por muy equivocado que estuviera un socialista, por cruel y vengativo que fuese, siempre había en su alma una chispa de luz divina, de Yaveh. Quizá Bacon se dedicaba simplemente a las extorsiones. Quizá no. Desde cierto punto de vista, toda la historia del movimiento de los trabajadores consistía en una sucesión de extorsiones. ¿Qué eran las huelgas, sino extorsiones respaldadas por amenazas reales o implícitas de violencia? El movimiento de los trabajadores también tenía un aura religiosa en casa de Kramer. Los sindicatos eran un levantamiento masada contra lo peor del mundo de los *gentiles*. Su padre era un candidato frustrado a capitalista, aunque en realidad no fuese más que un criado de los capitalistas, y jamás en su vida había pertenecido a ningún sindicato, y siempre se había sentido infinitamente superior a quienes se afiliaban a alguna de esas organizaciones. Pero, una noche, cuando apareció en la TV el senador Barry Goldwater y defendió una ley del Derecho al Trabajo, su padre comenzó a gruñir y maldecir con tal saña que, a su lado, Joe Hill y los Wobblies^[13] hubiesen parecido hermanitas de la caridad. Sí, los movimientos obreros eran auténticamente religiosos, tanto como el propio judaísmo. Eran una de esas cosas que te parecían válidas para el conjunto de la humanidad, pero que ni por un segundo pensabas en aplicarte a ti mismo. Era gracioso lo de la religión... Su padre se envolvía en ella como si se tratara de una capa... Herbert también se había envuelto en ella... Herbert... De repente Kramer encontró la manera de contarles su triunfo a los inspectores.

—Es gracioso lo de esos tipos y la religión —les dijo a los dos policías del asiento delantero—. Acabo de liquidar un caso, el de un tipo llamado Herbert 92X. —No dijo: «Acabo de ganar un caso.» Ya llegaría el momento de decirlo así—. Ese tipo...

A Martin y a Goldberg su historia no les interesaba un huevo. Pero, sin duda, ellos comprenderían la importancia... Y Kramer fue un entretenido narrador durante el resto del camino hasta Harlem.

Cuando la secretaria de Bacon condujo a Kramer, Martin y Goldberg hasta el interior del salón-despacho del reverendo, la estancia se encontraba completamente vacía. El sillón giratorio emergía al otro lado del escritorio, marcando especialmente la ausencia de Bacon.

La secretaria les indicó los tres sillones que se encontraban delante del escritorio, y luego se fue. Kramer se quedó mirando los tres sombríos árboles que se veían a través de los grandes ventanales situados detrás de la mesa. Manchas de amarillo cenagoso y verdín de putrefacción salpicaban los troncos. Luego alzó la vista hacia los artesonados del techo, las molduras de yeso blanquísimo, y el resto de detalles arquitectónicos que, hacía ochenta años, proclamaban que aquélla era la casa de un millonario. Martin y Goldberg hacían lo mismo. Martin miró a Goldberg, torció los labios en un gesto que expresaba su repugnancia ante tanto dispendio.

Se abrió una puerta, y entró en la sala un negro alto con aspecto de poseer una tremenda cuenta bancaria. Llevaba un traje negro, cortado de modo que subrayase la anchura de sus hombros y la delgadez de su cintura. A partir del segundo botón, la americana se abría para dejar al descubierto una hectárea entera de blanca pechera de camisa. El cuello almidonado tenía un aspecto impoluto en contraste con la oscuridad de la piel. La corbata era blanca, con un dibujito negro entrecruzado, una corbata como las que usaba en tiempos Anuar el Sadat. Tras echarle una sola ojeada, Kramer tuvo la sensación de ser un andrajoso.

Durante un instante se debatió entre la posibilidad de ponerse en pie o permanecer sentado, pues sabía muy bien qué opinión les merecería a Martin y Goldberg cualquier señal de respeto. Pero no se le ocurrió ninguna solución, de manera que se puso en pie. Martin esperó unos instantes, pero también él acabó levantándose, y Goldberg le imitó a continuación. Los inspectores se miraron el uno al otro, y apretaron ambos los labios. Dado que Kramer había sido el primero en levantarse, el recién llegado se dirigió hacia él, le tendió la mano y dijo:

—Reginald Bacon.

Kramer le estrechó la mano y dijo:

—Lawrence Kramer, de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx. Inspector Martin. Inspector Goldberg.

Por el modo en que Martin miró al reverendo Bacon con sus ojos de doberman, Kramer no supo si el inspector iba a estrecharle la mano, o a mordérsela. Finalmente se la estrechó. Estuvo estrechándosela durante al menos un cuarto de segundo, como si acabara de coger del suelo un pedazo de creosota. Goldberg le imitó.

—Caballeros, ¿quieren un café?

—No, gracias —dijo Kramer.

Martin dirigió una mirada fría al reverendo Bacon, y dijo que no con la cabeza, len-ta-men-te, logrando de este modo transmitir el mensaje: «Ni que estuviese muriéndome de sed aceptaría nada de usted.» Goldberg, el judío irlandés, le imitó.

El reverendo Bacon rodeó el escritorio hasta llegar a su inmenso sillón giratorio, y todos se sentaron. Bacon se recostó en el respaldo y miró a Kramer con expresión impasible durante lo que al vicefiscal le pareció una eternidad, y por fin dijo, en voz baja y suave:

—¿Les ha explicado el fiscal de distrito la situación en la que se encuentra Mrs. Lamb?

—Sí, me lo ha explicado el jefe de mi oficina.

—¿El jefe de su oficina?

—Bernie Fitzgibbon. Es el jefe del departamento de Homicidios.

—¿Pertenece usted al departamento de Homicidios?

—Cuando se presenta un caso de algún herido en estado de muerte probable, casi siempre se encarga Homicidios. No siempre, pero casi.

—No es necesario que le diga usted a Mrs. Lamb que pertenece al departamento de Homicidios.

—Entendido —dijo Kramer.

—Se lo agradeceré.

—¿Dónde está Mrs. Lamb?

—Aquí. Dentro de un momento se reunirá con nosotros. Pero antes quisiera decirles una cosa. Está muy trastornada. Su hijo se está muriendo, y ella lo sabe, y no lo sabe... ¿Entienden...? Es una cosa que sabe y que al mismo tiempo no quiere saber. ¿Entienden...? Y mientras ocurre todo eso, la pobre ha de soportar una difícil situación, una situación complicada, por culpa de unas multas de aparcamiento. Y entonces se dice a sí misma: «Tendría que estar con mi hijo, pero seguro que me van a detener por culpa de las multas...» ¿Entienden?

—Bueno, esa señora no tiene que seguir preocupada por lo de las multas —dijo Kramer. Y de repente comprendió que le salía un acento tan inculto como a sus demás contertulios—. El fiscal de distrito anulará esa orden de busca y captura. Tendrá que pagar las multas, pero ya no habrá nadie que trate de detenerla.

—Ya se lo he dicho yo, pero sería de gran ayuda que se lo dijera también usted.

—Oh, hemos venido a ayudarla, pero tengo entendido que también ella quería decirnos algo. —Esto lo dijo para los oídos de Martin y Goldberg, pues no quería darles la impresión de que se dejaba acobardar por Bacon.

El reverendo hizo una nueva pausa, miró a Kramer, y luego, con la misma entonación suave, volvió a hablar:

—Cierto. Tiene algo que decirles. Pero me gustaría que antes tuviesen ustedes algunas informaciones acerca de ella y de Henry, su hijo. Henry es... era... *era...* Dios mío, qué tragedia. Henry es un magnífico joven... un joven maravilloso, de los que no abundan. Va a la iglesia, jamás se ha metido en problemas, está a punto de graduarse en el instituto, se prepara para ir a la universidad... un joven magnífico, maravilloso. Y ya se ha graduado de algo más difícil incluso que una licenciatura de Harvard. Ese joven creció en los barrios pobres, y logró sobrevivir. Sobrevivir. Salió de esos barrios convertido en un magnífico joven. Henry Lamb es... *¡era...! ¡la esperanza...! ¿Entienden...? La esperanza. Y ahora, en fin, viene alguien y ¡zas! —* Descargó la palma contra la mesa—. Viene alguien, le atropella, y ni siquiera se detiene para ver qué le ha ocurrido.

Debido a la presencia de Martin y Goldberg, Kramer se sintió obligado a poner freno al histrionismo del reverendo.

—Es posible, reverendo Bacon —dijo—, pero hasta ahora no hay pruebas de que haya ocurrido tal como usted dice.

El reverendo Bacon le miró a los ojos y, por primera vez, sonrió.

—Tendrá todas las pruebas que quiera. Ahora mismo verá a la madre de Henry Lamb. Yo la conozco bien... ¿entiende...? Y puede creer todo lo que ella le diga. Pertenece a mi iglesia. Y es una mujer muy trabajadora, una buena mujer... ¿entiende...? Una buena mujer. Tiene un buen empleo, en las oficinas del municipio, en el departamento de Matrimonios. No cobra ni un centavo de seguridad social. Es una buena mujer con un buen hijo. —A continuación pulsó un botón del escritorio, se inclinó hacia adelante, y dijo—: Miss Hadley, venga con Mrs. Lamb a mi despacho. Oh, una cosa más. El esposo de Mrs. Lamb, el padre de Henry, murió hace seis años, fue asesinado de un balazo cuando regresaba a casa por la tarde, delante mismo del bloque donde vivía. Intentó resistirse a un atracador. —El reverendo Bacon miró uno por uno a los tres, haciendo gestos de asentimiento.

Oído esto, Martin se puso en pie y caminó hasta el ventanal. Se puso a mirar a través de los cristales con tal intensidad que Kramer creyó que acababa de ver a unos atracadores en plena acción, como mínimo. El reverendo Bacon, desconcertado, miró al inspector.

—¿Qué árboles son? —dijo Martin.

—¿Cuáles, Marty? —dijo Goldberg, poniéndose también en pie.

—Esos de ahí —dijo Martin, señalándolos.

El reverendo Bacon hizo girar su sillón y también miró al patio.

—Son sicómoros —dijo.

—Sicómoros —dijo Martin, con la entonación contemplativa de un joven biólogo que trabaja en un proyecto de repoblación forestal—. Menudos troncos. Seguro que miden más de quince metros.

—Tratan de buscar la luz —dijo el reverendo Bacon—. Tratan de buscar el sol.

Detrás de Kramer se abrieron dos enormes puertas de roble, y Miss Hadley, la secretaria, entró con una mujer negra, delgada, de cuarenta años de edad o quizá menos. Llevaba una falda azul y americana a juego, y blusa blanca. Su pelo, muy negro, estaba suavemente ondulado. Su rostro era delgado, casi delicado, con los ojos grandes y la expresión segura de una maestra o de alguien acostumbrado a hablar en público.

El reverendo Bacon se puso en pie y rodeó el escritorio para recibirla. Kramer se puso también en pie, y comprendió el repentino interés de Martin y del judío irlandés por los árboles. No querían verse forzados a ponerse en pie cuando hiciese su aparición aquella mujer. Ya les había costado bastante hacerlo para saludar a un buscavidas de la catadura de Bacon. Volver a levantarse para saludar a la mujer de los bloques para pobres que, además, formaba parte de los líos del reverendo, hubiera sido llevar las cosas demasiado lejos. De modo que ahora ya se encontraban en pie, estudiando los sicómoros, en el momento de la entrada de Mrs. Lamb.

—Caballeros —dijo el reverendo Bacon—, les presento a Mrs. Annie Lamb. Este señor es de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx, Mr. Kramer. Y, esto...

—Inspector Martin. Inspector Goldberg —dijo Kramer—. Son los encargados de investigar el caso de su hijo.

Mrs. Lamb no se adelantó a estrechar la mano de nadie. Tampoco sonrió. Apenas si insinuó una levísima inclinación de cabeza. Parecía estar aplazando el momento de formarse una opinión acerca de ellos tres.

El reverendo Bacon, en su papel de pastor, le aproximó un sillón a Mrs. Lamb. Luego, en lugar de volver a su gran asiento giratorio, se sentó, deportivamente, en el borde del escritorio.

—Estaba explicándole a Mr. Kramer —dijo el reverendo Bacon— lo de las multas, y dice que ya se ha ocupado de eso. —Miró a Kramer.

—La orden de busca y captura ha sido anulada —dijo Kramer—. Ya no tiene que temer nada al respecto. Ahora sólo quedan las multas y, sea como fuere, a nosotros esas multas no nos interesan en absoluto.

El reverendo Bacon miró a Mrs. Lamb, sonrió, e hizo repetidamente gestos de asentimiento, como si dijese: «El reverendo Bacon cumple sus promesas.» Ella se limitó a mirarle y hacer un puchero con los labios.

—Bien, Mrs. Lamb —dijo Kramer—. El reverendo Bacon nos ha dicho que tiene usted cierta información relacionada con lo que le ha ocurrido a su hijo.

Mrs. Lamb miró al reverendo Bacon. Él hizo un gesto de asentimiento, y dijo:

—Adelante. Dígale a Mr. Kramer lo que me contó a mí.

—Mi hijo fue atropellado por un coche —dijo Mrs. Lamb—, y el coche salió huyendo. Pero Henry consiguió ver el número de matrícula. Al menos en parte.

Hablaba con una entonación de tipo práctico.

—Un momento, Mrs. Lamb —dijo Kramer—. Si no le importa, empiece por el principio. ¿Cuándo tuvo noticias por primera vez de todo esto? ¿Cuándo se enteró de que su hijo había resultado herido?

—Cuando volvió del hospital con la muñeca... bueno, no sé cómo lo llaman.

—¿Enyesada?

—No. No la llevaba enyesada. Más bien entablillada, pero era como si le hubiesen puesto un guante de lona.

—Bien, lo que sea. Llegó del hospital con esa herida en la muñeca. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Eso fue... hace tres noches.

—¿Qué dijo su hijo que le había ocurrido?

—No gran cosa. Le dolía mucho, y quiso acostarse. Dijo algo de un coche, pero yo creí que era él quien iba en coche y había tenido un accidente. Ya le digo, no tenía ganas de hablar. Me parece que en el hospital le dieron algo para el dolor. Sólo tenía ganas de acostarse. De manera que le dije que se acostara.

—¿Le contó con quién estaba cuando ocurrió?

—No. No estaba con nadie. Estaba solo.

—Entonces, no iba en coche.

—No. Iba a pie.

—De acuerdo, siga. ¿Qué ocurrió luego?

—A la mañana siguiente se sentía horriblemente mal. Cuando intentó levantar la cabeza, estuvo a punto de desmayarse. Se encontraba tan mal que no fui a trabajar. Avisé por teléfono, y me quedé en casa. Fue entonces cuando me contó que le había atropellado un coche.

—¿Qué le contó exactamente?

—Henry iba andando por Bruckner Boulevard, y el coche le atropelló. Al caer se apoyó en la muñeca, y debió de golpearse también la cabeza, porque tiene una tremenda conmoción. —En este momento falló su compostura. Mrs. Lamb cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, los tenía llenos de lágrimas.

Kramer esperó un momento antes de preguntar:

—¿En qué parte de Bruckner Boulevard ocurrió el accidente?

—No lo sé. Cuando intentó hablar, el dolor se le hizo insoportable. En cuanto abría los ojos, tenía que volver a cerrarlos. Ni siquiera podía sentarse en la cama.

—Pero dijo usted que iba solo. ¿Qué hacía en Bruckner Boulevard?

—No lo sé. Hay un restaurante de comida para llevar en aquella zona, en el cruce de la calle Ciento sesenta y uno, un Texas Fried Chicken, y, bueno, a Henry le gusta el pollo frito, de modo que tal vez iba hacia allí, pero no lo sé.

—¿En dónde le alcanzó el coche? ¿En qué parte de su cuerpo?

—Tampoco lo sé. Los del hospital... quizá ellos puedan decírselo.

El reverendo Bacon les interrumpió:

—Los del hospital no cumplieron con su deber. No hicieron una placa de rayos X de la cabeza de Henry. No le hicieron ningún escáner ni tampoco la prueba de resonancia magnética ni nada de todo eso. Ese joven llegó al hospital con una gravísima contusión, y los del hospital, al parecer, se limitaron a curarle *la muñeca* y mandarle a casa.

—Bien —dijo Kramer—, recuerde que ellos no llegaron a saber que le había atropellado un coche. —Se volvió hacia Martin—. ¿No es así?

—En el parte de urgencias no dice nada de coches —dijo Martin.

—¡Ese chico tenía una herida gravísima en la cabeza! —dijo el reverendo Bacon—. Probablemente no sabía lo que se decía. ¿No tendrían que saberlo los del hospital?

—Bien, no nos desviemos de lo principal —dijo Kramer.

—Llegó a ver parte de la matrícula —dijo Mrs. Lamb.

—¿Qué parte?

—Dijo que la matrícula empezaba por R. Esa era la primera letra. La segunda era una E o una F o una P o una B, o algo parecido. Eso le pareció ver.

—¿De qué estado era la matrícula? ¿Nueva York?

—¿Estado? No lo sé. Supongo que de Nueva York. No dijo que fuera de otro estado. Y también me dijo la marca.

—¿De qué marca era?

—Mercedes.

—Ya. ¿Color?

—No lo sé. No lo dijo.

—¿De cuatro puertas, de dos?

—No lo sé.

—¿Dijo qué aspecto tenía el conductor?

—Dijo que en el coche iban un hombre y una mujer.

—¿Conducía un hombre?

—Supongo. No lo sé.

—¿Algún dato del hombre o de la mujer?

—Eran blancos.

—¿Dijo que eran blancos? ¿Añadió algo más?

—No, sólo dijo que eran blancos.

—¿Eso es todo? ¿No dijo nada más sobre ellos, o sobre el coche?

—No. Apenas si podía hablar.

—¿Cómo se las arregló para llegar al hospital?

—No lo sé. No me lo dijo.

Kramer le preguntó a Martin:

—¿Qué dijeron en el hospital?

—Que llegó por su propio pie.

—Es imposible que llegara andando desde Bruckner Boulevard hasta el Lincoln Hospital con la muñeca rota.

—Eso de que entró por su propio pie no significa que recorriese andando toda esa distancia. Sólo significa que entró en urgencias andando por su propio pie. No hubo que llevarle en camilla. No fue transportado en ambulancia.

Mentalmente, Kramer ya estaba saltando al juicio, preparándose para su comparecencia ante el jurado. Y no veía más que callejones sin salida. Hizo una pausa, y luego, sacudiendo la cabeza, dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—No es gran cosa.

—¿Cómo dice? —dijo Bacon. Por vez primera, su voz había adquirido un tono tenso—. Tiene la primera letra de la matrícula, y tiene una pista sobre la segunda, y tiene la marca del coche... ¿Cuántos Mercedes con matrícula que empiece por RE, RF, RB o RP puede haber?

—Imposible adivinarlo. Los inspectores Martin y Goldberg estudiarán esa cuestión —dijo Kramer—. Pero necesitamos un testigo. Sin testigo no hay caso.

—¿Que no hay caso? —dijo el reverendo Bacon—. Pues yo diría que tiene usted caso y medio. Tiene usted a un joven, un joven extraordinario, que se encuentra a las puertas de la muerte. Tiene usted un coche y una matrícula. ¿Qué más necesita?

—Mire —dijo Kramer, confiando en que su tono, pacientísimo y hasta un tanto condescendiente, bastaría para replicar a las críticas implícitas de Bacon—, me gustaría explicarle la situación. Supongamos que mañana hemos identificado el coche. ¿De acuerdo? Supongamos que es un coche de este estado, y que no hay más que un Mercedes con matrícula que empiece por R. Ya tenemos al coche. Pero seguimos sin tener al conductor.

—Ya, pero podríamos...

—Que una persona tenga un coche de su propiedad no significa... —de nuevo se sorprendió a sí mismo usando un acento rastrero, imperdonable, como el de los demás presentes— ...no significa que lo estuviese conduciendo en cierto momento determinado.

—Pero podría usted interrogar a esa persona, ¿no?

—Es cierto, y lo haremos. Pero a no ser que esa persona nos diga: «Desde luego, tuve ese accidente en esa calle y a esa hora, y me largué de allí corriendo», volveríamos a estar como estamos ahora.

—No lo entiendo —dijo el reverendo Bacon sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—El problema está en que no tenemos testigos. No solamente nos falta alguien

que diga que ocurrió eso, sino que ni siquiera tenemos a una víctima capaz de decirnos que fue atropellada por un coche.

—¡Contamos con el propio Henry Lamb!

Kramer alzó las manos del regazo y se encogió levemente de hombros, como para no subrayar excesivamente que el hijo de Mrs. Lamb no volvería seguramente a poder actuar como testigo de nada.

—¡Tenemos lo que le dijo a su madre! Se lo dijo él mismo.

—Eso nos permite investigar, nos da una pista, pero es un testimonio de segunda mano.

—Se lo dijo a su propia *madre*.

—Y seguramente usted y yo aceptamos que eso es la verdad, pero ningún tribunal lo admitiría como prueba.

—Su actitud no tiene ningún sentido.

—Mire, la ley es así. Por otro lado, y para serle sincero, debería plantear aquí otro problema. Al parecer, cuando Henry fue a urgencias, hace tres noches, no dijo nada de que le hubiese atropellado un coche. Y eso, por supuesto, no contribuye a mejorar las cosas.

—Sufrió una conmoción cerebral... se rompió la muñeca... No es de extrañar que omitiera muchos detalles.

—Ya, pero ¿pensaba con mayor claridad a la mañana siguiente? También se podría discutir.

—¿*Quién* discute nada? —dijo el reverendo Bacon—. Es *usted* el que lo está discutiendo todo.

—Yo no discuto nada. Sólo intento hacerle comprender que sin testigos habrá muchos problemas.

—Bien. ¿Verdad que pueden localizar el coche? Interrogue al dueño. Puede hacerlo y tratar de obtener pruebas, hacer que revisen ese coche, ¿no es así?

—Lo es —dijo Kramer—. Ya le he dicho que nos encargaremos de todo eso. —Señaló con el mentón a Martin y Goldberg—. Y ellos se encargarán también de buscar testigos. Pero no creo que el coche nos proporcione buenas pruebas. Es posible que el coche le atropellase pero seguramente apenas si le rozó. Tiene algunos moretones, pero no se le encontraron las heridas normales de alguien que ha sido *atropellado* de verdad.

—Supongamos, entonces, que el coche sólo le rozó...

—Este caso está repleto de suposiciones, reverendo Bacon. Suponiendo que encontremos el coche, y suponiendo que encontremos a su dueño, y suponiendo que el dueño diga que, en efecto, hace unos días atropelló a ese joven, y que no se paró, y que no informó a la policía del accidente, suponiendo todo esto, tenemos, en efecto, base suficiente para montar un caso judicial. De lo contrario, lo único que tendremos

será un montón de problemas.

—Ajá —dijo el reverendo Bacon—. De lo cual se deduce que, tratándose de un caso tan problemático, no va a dedicarle usted mucho tiempo. ¿No es así?

—No lo es. Este caso recibirá tanta atención como cualquier otro.

—Me habla usted de sinceridad... Pues voy a serle sincero. Henry Lamb no es un ciudadano importante, ni es hijo de un ciudadano importante. Sin embargo, es un magnífico joven... ¿entiende...? Está a punto de graduarse en el instituto. No fue de los que cuelgan los estudios a la mitad. Jamás se ha metido en ningún lío. Y, no obstante, nació y creció en los bloques Edgar Allan Poe. Los bloques Edgar Allan Poe. Es un joven negro de los bloques de protección oficial. Démosle la vuelta a todo este asunto durante unos momentos. Supongamos que Henry Lamb fuera un joven blanco que viviese en Park Avenue y estuviese a punto de ingresar en Yale, y que le atropellasen en Park Avenue un hombre y una mujer negros que fueran en un... un... Pontiac Firebird, en lugar del Mercedes... ¿entiende...? Supongamos que el chico le dijese a su madre lo que Henry Lamb le dijo a la suya. ¿Pretende decirme que en esta otra situación también diría usted que no hay bases suficientes para un caso judicial *con todas las de la ley*? ¿No cree que, en lugar de hablar de problemas, estaría usted más bien dándoles vueltas y más vueltas a esos datos hasta sacar algo en claro?

Martin cobró vida repentina y sonoramente:

—Estaríamos haciendo exactamente lo mismo que hacemos ahora. Hace dos días que andamos buscando a Mrs. Lamb. ¿Cuándo nos hemos enterado de lo de la matrícula? Ahora mismo. Mire, he trabajado en Park Avenue y he trabajado también en Bruckner Boulevard, y le aseguro que no hay ninguna diferencia.

La voz de Martin sonó tan clara y definitiva, y su mirada fue tan implacable, tan testaruda, tan brutalmente irlandesa, que durante unos instantes pareció que incluso el reverendo Bacon se había quedado perplejo. Bacon le devolvió la mirada fija al irlandés, tratando de conseguir que el inspector acabara bajando la suya, pero fracasó. Luego, el reverendo sonrió levemente y dijo:

—Puede decirme eso a mí porque soy un ministro del Señor, y porque quiero creer que la justicia es ciega... ¿entiende...? Quiero creerlo. Pero mejor será que no salga a las calles de Harlem y del Bronx repitiendo eso mismo. Mejor será que no salga a informarles de todas esas ventajas que tienen, porque ellos saben la verdad sin que nadie se la diga. Porque ellos han descubierto la verdad padeciéndola sobre sus propias carnes.

—Yo salgo todos los días a las calles del Bronx —dijo Martin—, y se lo digo a todo el que quiera saberlo.

—Ajá —dijo el reverendo Bacon—. Mire, nosotros tenemos una organización llamada Solidaridad de Todos los Pueblos, una organización que se dedica a supervisar todas las comunidades, y la gente acude a nosotros, y puedo asegurarle que

la gente no se ha enterado de eso que dice usted proclamar. Porque más bien se entera de una cosa muy diferente.

—He sido testigo de una de sus supervisiones —dijo Martin.

—¿Cómo dice?

—Que he sido testigo de una supervisión que hicieron ustedes en Gun Hill Road.

—Mire, no sé de qué me habla.

—Era en las calles del Bronx —dijo Martin.

—En fin —les interrumpió Kramer, dirigiéndose a Mrs. Lamb—, gracias por la información que nos ha facilitado. Y espero que tenga pronto buenas noticias de su hijo. Estudiaremos lo de la matrícula. Entretanto, si sabe de alguien que estuviera la otra noche con su hijo, o de alguien que viera algo, díganoslo, ¿de acuerdo?

—Ujuuum —dijo ella, con la misma entonación vacilante que al principio—. Gracias.

Martin seguía mirando al reverendo Bacon con sus ojos de doberman. De modo que Kramer se volvió a Goldberg y le dijo:

—¿Puedes dejarle una tarjeta con tu teléfono a Mrs. Lamb?

Goldberg sacó del bolsillo interior de su americana una tarjeta y se la dio a Mrs. Lamb. Ella la cogió sin mirarla.

—No hace falta que me dé su tarjeta —le dijo el reverendo Bacon a Goldberg, mientras se ponía en pie—. Ya sé quiénes son ustedes... ¿entiende...? Les llamaré. Voy a estar muy *encima* de ustedes. Quiero que se haga algo. Solidaridad de Todos los Pueblos quiere que se haga algo... ¿entiende...? Así que... pueden estar seguros de una cosa: les llamaré.

—Cuando quiera —dijo Martin—. Cuando quiera.

Sus labios se entreabrieron ligerísimamente, esbozando un gesto parecido a una sonrisa. A Kramer le recordó la expresión que los chicos suelen adoptar cuando está a punto de empezar una reyerta en el patio del colegio.

Kramer comenzó a salir, volviendo la cabeza para decir adiós, y confiando en que de este modo lograría arrastrar en pos de sí a Martin el Agresivo y al Judío Irlandés.

Cuando regresaban a la fortaleza, Martin dijo:

—Joder, ahora entiendo por qué os mandan a la facultad de derecho, Kramer. Para enseñaros a aguantar los insultos con una sonrisa en los labios. —Pero lo dijo sin mala uva.

—Qué diablos, Marty —dijo Kramer, imaginando que, tras haber luchado codo a codo con ellos, como un soldado valiente en las trincheras, era oportuno que pasara a utilizar el mote familiar con el que sus compañeros llamaban a aquel valiente Asno Irlandés—, la madre de ese chico estaba delante, no podíamos hacer gran cosa. Por otro lado, es posible que ese número de matrícula nos dé una pista.

—¿Apuestas algo a que no?

—Hay una posibilidad.

—Esa posibilidad me la paso yo por el culo. El chico recibe un topetazo de un coche, luego va al hospital y, casualmente, no dice nada del accidente. Luego, se va a su casa y tampoco se lo dice a su madre. Pero resulta que a la mañana siguiente ya no se encuentra tan animado, y de repente se le ocurre: «Hombre, podría decir que me atropelló un coche.» Vamos, hombre. A ese pobre bastardo le dieron una paliza, pero fue en unas circunstancias que prefiere que nadie conozca.

—Es posible. ¿Te importaría comprobar si está fichado?

—Mira —dijo Goldberg—, esa gente me da lástima. ¿Les habéis visto? Tan contentos porque el chico no está fichado, como si eso fuese una proeza. No te jode. Y lo curioso es que, en realidad, para un chico de esos bloques, no estar fichado es una proeza. ¡Simplemente el hecho de no estar fichado! Es un bicho raro. Sobre todo, lo siento por ella.

Parece, pensó Kramer, que al Judío Irlandés se le ha reducido el porcentaje de judaísmo.

Pero Martin tomó en seguida el relevo:

—Una mujer así... ni siquiera tendría que estar viviendo en un bloque de viviendas protegidas, qué coño. Tenía buena facha. Parecía buena gente. Ahora me he acordado de lo que pasó la vez que mataron a su marido. El tipo era de los que trabajan de verdad. Pero se tropezó con un hijo de puta que le metió un tiro por la boca. Y ella... ella trabaja, no vive de la seguridad social, y manda al chico a la iglesia, le hace estudiar... es buena gente. Vete a saber en qué embrollo se metió ese chico, pero ella es buena gente. Con la mayoría de esos tipos, en cuanto pasa algo y empiezas a preguntarles cosas, se dedican solamente a echarles las culpas a este jodido mundo del jodido lío en el que se han metido, de manera que no hay modo de averiguar qué coño pasó en realidad. Pero esta mujer, esta mujer era buena gente. Mala suerte si ha acabado viviendo en uno de esos bloques de mierda, pero —y al decir esto miró a Kramer— en esos bloques protegidos vive un montón de gente honrada, gente que va a trabajar cada día.

Goldberg hizo un gesto de asentimiento, y añadió a su vez:

—Cualquiera lo diría ahora, pero esos bloques fueron contruidos para gente trabajadora. Esa era la idea original: viviendas de bajo coste para gente trabajadora. Y ahora, te encuentras con algún vecino que trabaja y que pretende portarse bien, y, te lo juro, te rompe el corazón.

Fue en este momento cuando Kramer lo comprendió: los polis no eran tan diferentes de él. Lo que contaba era el factor basura. Los polis acababan hartándose de pasarse todo el día metiendo a negros y latinos en la cárcel. Lo mismo que él. Es más, para los polis la cosa era incluso peor, porque, para hacer su trabajo, tenían que

sumergirse mucho más en la basura. Lo único que hacía que su actividad le pareciese *constructiva* era pensar que lo hacían por alguien, por *la gente honrada*. Por eso abrían bien los ojos, por eso trataban de entrar en sintonía con la buena gente de color... los que emergían de toda la basura... mientras ellos seguían dedicados a revolver aquellas auténticas montañas de basura.

Puede que no sea gran cosa, pensé Kramer, pero por ahí se empieza.

9. Un inglés llamado Fallow

Esta vez la explosión del teléfono le produjo auténtica taquicardia; cada contracción lanzaba grandes masas de sangre a presión hacia su cabeza... ¡un infarto! ¡Estaba a punto de tener un infarto! ¡Un infarto en la soledad de aquella mierda de apartamento norteamericano...! ¡Un infarto! El pánico despertó al monstruo. El monstruo salió a superficie y asomó el hocico.

Fallow abrió un ojo y vio el teléfono, sobre la alfombra de estreptolón. Estaba mareado, y eso que ni siquiera había intentado levantar la cabeza. Ante su cara flotaban cuajarones de porquería ocular. La sangre latiente le estaba batiendo la yema mercurial de su cabeza, formaba cuajarones que le salían por los ojos. El teléfono volvió a estallar. Cerró los ojos. El hocico del monstruo le rozaba el párpado. Ese asunto de la *paidofilia*...

¡Y pensar que la noche anterior había empezado tan tranquilamente!

Como le quedaban sólo cuarenta dólares para tirar otros tres días, hizo lo acostumbrado en esas situaciones. Telefonó a un yanqui. Telefonó a Gil Archer, el agente literario, casado con una mujer cuyo nombre Fallow no lograba recordar jamás. Le insinuó que podían cenar juntos en el Leicester's, y le dejó entender que él iría acompañado también de una chica. Archer llevó a su esposa, mientras que él se presentó solo. Naturalmente, dadas las circunstancias, Archer, con su típica actitud pusilánime de yanqui educado, se hizo cargo de la cuenta. Una velada tranquila; una velada breve; una velada rutinaria para un inglés vecino de Nueva York: la cena, con un yanqui de pagano; en realidad, Fallow pensaba irse a casa en cuanto se levantara de la mesa. Pero entonces llegaron Caroline Heftshank y ese italiano, un artista amigo de ella, Filippo Chirazzi se llamaba, y se sentaron a su mesa, y Archer les preguntó si querían tomar una copa, y Fallow dijo que por qué no pedían otra botella de vino, de modo que Archer pidió otra botella de vino, se la bebieron, y luego se bebieron otra y otra y otra, y a estas alturas el Leicester's estaba atestado de gente, lleno de las caras de siempre, y Alex Britt-Withers les mandó a un camarero para ofrecerles una ronda a cuenta de la casa, lo cual hizo que Archer se sintiera mundanamente triunfal, reconocido su *savoir faire* por el dueño del local —a los yanquis les emocionaban mucho estas cosas—, y Caroline Heftshank no paraba de darle abrazos y besos a Chirazzi, su italiano, que mostraba constantemente su perfil a todos los presentes, como si todos ellos tuvieran que sentirse orgullosos de poder respirar el mismo aire que él. St. John se les acercó porque quería admirar al joven Signor Chirazzi, para disgusto de Billy Cortez, y el Signor Chirazzi le dijo a Sr. John que los pintores tienen que pintar «con ojos de niño», y St. John repuso que también él trataba de mirar el mundo «con ojos de niño», a lo cual Billy Cortez repuso por su parte: «Ha dicho de niño, no de paidófilo.» El Signor Chirazzi siguió posando, exhibiendo su

alargado cuello y su nariz a lo Rodolfo Valentino por encima de una ridícula camisa azul eléctrico punk, con un cuello diminuto y una relampagueante corbata rosa, y entonces Fallow dijo que era mucho más posmoderno pintar con ojos de paidófilo que con ojos de niño, y le preguntó a Chirazzi que cuál era su opinión al respecto. Caroline, que estaba muy bebida, le dijo que no fuera estúpido; se lo dijo en un tono muy seco, y Fallow retrocedió un poco, sólo pretendía imitar las poses ridículas del italiano, pero con tan mala fortuna que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Grandes carcajadas. Cuando se puso en pie estaba mareado, se agarró a Caroline, simplemente para no perder el equilibrio, pero el Signor Chirazzi se lo tomó como una ofensa, como una puñalada dirigida contra su varonil honor italiano, e intentó apartar a Fallow de un empujón, y entonces cayeron Fallow y también Caroline, y Chirazzi trató de lanzarse sobre Fallow, y St. John, vaya usted a saber por qué, se abalanzó sobre el guapo italiano, y Billy Cortez se puso a gritar, y Fallow se levantó a duras penas, tratando de apartar el peso que tenía encima, y Britt-Withers se encontraba en pie a su lado, y gritaba «¡Por Dios!» y entonces cayó encima de Fallow un montón de gente, y todos ellos acabaron saliendo a trompicones por la puerta que daba a Lexington Avenue...

El teléfono volvió a estallar, y Fallow se quedó horrorizado de sólo pensar lo que podía oír si lo descolgaba. No recordaba nada de lo ocurrido a partir del momento en que todos ellos salieron a la acera. Sacó los pies de la cama, y el jaleo de la noche seguía hirviendo y gritando en su cabeza, y tenía todo el cuerpo dolorido. Se arrastró por la alfombra hasta llegar al teléfono, y se tendió junto al aparato. La alfombra tenía un tacto seco, metálico, polvoriento, sucio.

—¿Diga?

—¡Ajáaaaa, Pete! ¡Qué tal, tío!

Era una voz animada, una voz yanqui, una voz neoyorquina, una voz neoyorquina especialmente tosca. A Fallow le hirió más incluso esa voz que el insoportable *Pete*. Bueno, al menos no era nadie del *City Light*. Nadie del *City Light* le hubiese hablado con una voz tan animada.

—¿Quién es? —dijo Fallow. Su propia voz era un animal en una trampa.

—Joder, Pete, ¿vienes de ultratumba? ¿Aún te late el pulso? Soy Al Vogel.

La noticia hizo que Fallow cerrase de nuevo los ojos. Vogel era uno de esos típicos norteamericanos famosos que, vistos desde Inglaterra, cuando la prensa publicaba noticias sobre ellos, parecían gente encantadora, valiente y moralmente admirable. En persona, una vez en Nueva York, siempre producían otra impresión. Eran yanquis, lo que equivale a decir, sosamente aburridos. Visto desde Inglaterra, Vogel era un famoso abogado progresista que se había dedicado a la defensa de causas políticamente impopulares. Había defendido, en efecto, a radicales y pacifistas, al igual que otros colegas suyos: Charles Garry, William Kuntslet y Mark

Lane. Lo de impopulares era, por supuesto, una referencia a la impopularidad que tenían esos acusados ante la gente ordinaria. Porque, desde otro punto de vista, las personas defendidas por Vogel habían sido popularísimas, en los años sesenta y setenta, entre periodistas intelectuales, sobre todo en Europa, en donde cualquier persona defendida por Vogel adquiría de inmediato una imagen alada, angelical, aparecía adornado de un halo, una toga, una antorcha. Casi ninguno de esos santos contemporáneos tenía apenas dinero, sin embargo, y Fallow se había preguntado a menudo cómo lograba Vogel ganarse la vida, sobre todo habida cuenta de que los años ochenta no le habían tratado con amabilidad. En los años ochenta, ni siquiera la prensa o los intelectuales mostraban la menor paciencia para con el tipo de clientes que Vogel solía defender: tipos irascibles, furiosos, malhumorados, gente de venas hinchadas y vida miserable. Sin embargo, últimamente Fallow se había tropezado con el famoso abogado en las fiestas más inesperadas. Incluso en la inauguración de algún nuevo aparcamiento.

—Ah, hooola —dijo Fallow, pero su voz acabó convirtiéndose en un gemido.

—He llamado a la redacción, Pete, pero me han dicho que no te habían visto el pelo.

Mal asunto, pensó Fallow. Se preguntó cuándo y por qué le había dado a Vogel el teléfono de su propia casa.

—¿Sigues ahí, Pete?

—Hummmmmmmmmmm. —Fallow mantenía cerrados los ojos. No sabía dónde estaba lo de arriba ni lo de abajo—. No pasa nada. Hoy trabajo en casa.

—Quiero contarte un asunto, Pete. Creo que tienes ahí un notición.

—Hummmmm.

—Pero preferiría no hablarlo por teléfono. Mira, ven a comer conmigo. Podemos encontrarnos a la una en punto, en el Regents Park.

—Hummmmm. No sé, Al. El Regent's Park, dices. ¿Dónde está eso?

—En Central Park South, cerca del New York Athletic Club.

—Hummmmm.

Fallow se sentía desgarrado entre las fuerzas opuestas de dos instintos contradictorios. Por un lado, la idea de levantarse del suelo y agitar por segunda vez la espesa yema de su cabeza, y sólo para escuchar a un soso yanqui que ni siquiera se había sabido mantener en la cresta de la ola, y durante una o hasta dos horas... Por otro lado, una comida gratis, en un buen restaurante... El pterodáctilo y el brontosaurio estaban enzarzados en un combate mortal, al borde de un arrecife del Continente Perdido.

Ganó la comida gratis, como casi siempre.

—Bien, Al. Nos veremos a la una. ¿Dónde decías que está ese sitio?

—En Central Park South, Pete, muy cerca del New York A.C. Está muy bien.

Tiene vistas al parque. Se ve la estatua ecuestre de José Martí.

Fallow se despidió y, con gran esfuerzo, se puso en pie. La yema mercurial se dejaba caer contra un lado, contra el otro, y, encima, le dio sin querer una patada con el dedo gordo al pie de la cama. El dolor que sintió fue espantoso, pero al menos le permitió que su sistema nervioso se centrara un poco. Se duchó a oscuras. La cortina de plástico era asfixiante. Al cerrar los ojos tenía la sensación de estar cayéndose. De vez en cuando tenía que agarrarse a la tubería de la ducha.

El Regent's Park era uno de esos típicos restaurantes de Nueva York cuya clientela está formada en su mayor parte por hombres casados con sus jóvenes amantes. Estaba decorado con un estilo grandioso, reluciente, solemne, mucho mármol por fuera y por dentro, todo muy estirado, a fin de resultar atractivo para la gente que se hospedaba en los hoteles vecinos, el Ritz-Carlton, el Park Lane, el St. Moritz, el Plaza. En toda la historia de Nueva York, jamás había comenzado nadie el relato de ninguna anécdota con las palabras: «El otro día, estaba comiendo en el Regent's Park cuando ...»

Fiel a su palabra, Vogel había reservado una mesa junto a los grandes ventanales. Lo cual no era difícil de conseguir en el Regent's Park. Y, sin embargo, ahí estaba el parque, en pleno esplendor primaveral. Y ahí estaba la estatua ecuestre de José Martí, tal como Vogel le había prometido también. El caballo de Martí estaba levantado de manos, y el gran revolucionario cubano se inclinaba peligrosamente hacia la derecha. Fallow desvió la mirada. Una estatua inestable en pleno parque podía acabar con él.

Vogel estaba tan animado como siempre. Fallow veía el movimiento de sus labios pero no logró oír ni una palabra de lo que le decían. Tenía la sensación de que la sangre había abandonado su rostro, y luego también el pecho y los brazos. Se le enfrió toda la piel. Después, un millón de pececillos al rojo vivo intentaron huir de sus arterias y llegar a la superficie. Comenzó a sudarle la frente. Temió estar muriéndose. Así empiezan los infartos. Lo había leído en alguna parte. Se preguntó si Vogel sabría poner en práctica algún método de resurrección para víctimas de anginas de pecho. Vogel tenía aspecto de abuela. El pelo blanco, no gris blanquecino sino blanco y sedoso como la nieve. Era un hombre bajito y gordinflón. En sus días más gloriosos también tenía un aspecto gordinflón, pero al mismo tiempo enfermizo. Ahora, en cambio, su piel era delicada y sonrosada. En sus manos pequeñas asomaban los volúmenes de unas viejas venas que recorrían los dorsos hasta los nudillos. Una viejecita animada.

—¿Quieres un aperitivo, Pete? —dijo Vogel.

—No me apetece beber —dijo Fallow, subrayando en exceso la forzosa inapetencia. Pero luego le pidió agua al camarero.

—A mí tráigame un margarita con hielo —dijo Vogel—. ¿Seguro que no prefieres

una copa, Pete?

Fallow negó con la cabeza. Lo cual fue un grave error. Un venenoso martilleo le sacudió los sesos.

—¿Sólo una, para que el motor se vaya calentando?

—No, no.

Vogel apoyó los codos en la mesa, se inclinó hacia adelante, y se puso a observar el comedor. Luego, sus ojos se fijaron en una mesa situada a espaldas de Fallow. La ocupaban un hombre con traje gris y una joven, casi una adolescente, de cabello rubio, largo, lacio y espectacular.

—¿Ves a esa chica? —dijo Vogel—. Juraría que era una de las que formaban parte del comité, o como se llame, de la Universidad de Michigan.

—¿Comité?

—El grupo de estudiantes que organizaba las conferencias. Hace un par de días estuve dando una conferencia en la Universidad de Michigan.

¿Y a mí qué?, pensó Fallow. Vogel volvió a mirar a esa mesa.

—No, no es ella. Pero, joder, hay que ver cómo se parecen. Esas condenadas tías de las universidades... ¿Quieres saber por qué sale la gente a dar conferencias por ahí?

No, pensé Fallow.

—Por dinero, claro. Pero, aparte de eso, ¿sabes por qué?

Los yanquis y su manía de repetir las preguntas introductorias.

—Esas condenadas tías. —Vogel sacudió la cabeza y pareció quedarse abstraído durante unos instantes, como si la sola idea le hubiese dejado aturdido— ...Te juro, Pete, que has de contenerte. De lo contrario, acabas sintiéndote de lo más culpable. Esas tías, actualmente, bueno, cuando yo tenía esa edad, todo el mundo pensaba que lo bueno de ir a la universidad era que podías emborracharte cada vez que te daba la gana. Pues esas tías, esas tías van a la universidad para que se las follen cada vez que les dé la gana. ¿Y quién quieren que se las folle? Esto es lo verdaderamente patético. ¿Quieren que se las folle algún chico guapo y sano de su edad? No. ¿Quieres saber quién? ¡Alguien que represente... la autoridad... el poder... la fama... el prestigio...! ¡Quieren que se las follen los profesores! Los profesores andan locos hoy en día. Cuando el radicalismo alcanzó su punto culminante, una de las cosas que intentamos conseguir en las universidades fue derribar la muralla de ceremoniosidad que separaba a los profesores de los alumnos, porque nos parecía que sólo era un instrumento de control. Mientras que ahora, joder, es increíble. Supongo que lo que quieren es que se las folle su padre, como diría Freud, cosa en la que yo no creo. Mira, ésta es una de las cosas en las que las feministas no han dado ni un paso adelante. Una mujer, en cuanto llega a los cuarenta años, tiene hoy en día los mismos problemas que siempre... En fin, tampoco soy tan viejo, pero, joder, trengo el pelo

gris...

Blanco, pensó Fallow.

—... y eso no cambia las cosas, en absoluto. Basta que seas un poquitín famoso, y las tienes todas a tus pies. *A tus pies*. Y no creas que estoy fanfarroneando, porque a mí me parece patético. Y esas chicas, cada una que aparece está más buena que la anterior. Me encantaría darles una conferencia sobre *ese* tema, pero probablemente no entenderían ni de qué les hablo. Carecen de marcos de referencia, en todos los terrenos. Esa conferencia que di anteayer trataba del compromiso de los estudiantes en los años ochenta.

—Me moría de ganas de saberlo —dijo Fallow desde el fondo de su garganta y sin mover los labios.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

—Les expliqué cuál era la situación de las universidades hace quince años. —Se le ensombreció el rostro—. Pero... hace quince años... hace cincuenta... hace cien... Carecen de marcos de referencia. Para los universitarios de ahora, todo resulta muy lejano. Hace diez años... hace *cinco*... Hace cinco años fue la era anterior a los *walkman*. Para ellos es un mundo inimaginable.

Fallow dejó de escuchar. No había forma de desviar a Vogel de su camino. Estaba hecho a prueba de ironía. Fallow miró a la chica de la lacia melena rubia. El jaleo del Leicester's. Caroline Hefrshank y su expresión asustada. ¿Había hecho él alguna cosa horrible, poco antes de que les echaran a la calle? Fuera lo que fuese, seguro que Caroline se lo tenía merecido. Pero ¿qué había sido? Los labios de Vogel seguían moviéndose. Estaba pasando revista a toda su conferencia del otro día. Los párpados de Fallow se cerraron. El monstruo salió a superficie, le miró fijamente. Le miró fijamente desde el otro lado de su repugnante hocico. El monstruo le tenía dominado. No podía moverse.

—...Managua? —preguntó Vogel.

—¿Qué?

—¿Has estado alguna vez? —preguntó Vogel.

Fallow negó con la cabeza. El movimiento le provocó la sensación de vértigo.

—Tendrías que ir. Todos los periodistas tendrían que ir. Es una ciudad pequeña... no sé, como East Hampton. O menos. ¿Te gustaría ir? No me costaría mucho organizarte un viaje.

Fallow no quería exponerse a mover de nuevo la cabeza.

—¿Es de eso de lo que querías hablarme?

Vogel hizo una breve pausa, como si quisiera averiguar si esta frase contenía o no algún sarcasmo.

—No —dijo—, pero es un buen tema, de todos modos. En este país apenas si se

llega a contar la quincuagésima parte de lo que habría que explicar de Nicaragua. No, quería contarte una cosa que ocurrió hace cuatro días en el Bronx. Aunque, para los que viven allí, casi es como si fuese Nicaragua. En fin, supongo que conoces al reverendo Bacon, ¿no?

—Creo que sí.

—Es un... bueno, un... ¿Has leído algo sobre él, le has visto por la tele?

—Sí.

Vogel soltó una carcajada.

—¿Sabes dónde le vi por primera vez en persona? En un gigantesco apartamento de la Quinta Avenida, el apartamento de Peggy Fryskamp, cuando Peggy estaba apasionada por la Hermandad Gerónimo. Dio una fiesta en su casa para recaudar fondos. Debió de ser a finales de los sesenta o comienzos de los setenta. Estaba un tío que se llamaba Ciervo Volador. Él fue el encargado de hablar del mundo del espíritu. En esas fiestas siempre había alguien que hablaba de las cosas espirituales, y otro que hablaba de dinero. En fin, ése fue el que habló de las cosas espirituales, como te decía. Y Peggy no sabía que el tipo iba bebido. Siempre. Peggy creía que era la forma de hablar de los indios, ya sabes, parece que estén chiflados. Al cabo de un cuarto de hora ese tal Ciervo Volador vomitó sobre el piano, un Duncan Phyfe, una joya de ochenta mil dólares que Peggy tenía en el salón, vomitó sobre las teclas y las cuerdas y los macillos y todo. Ya sabes, esa especie de martillitos de fieltro. Fue un escándalo. La pobre Peggy no pudo superarlo. Jamás. El loco aquel se había bebido la bodega entera esa noche. ¿Y sabes quién acabó de enfurecerle? El reverendo Bacon. En serio. El reverendo Bacon estaba a punto de pedirle a Peggy dinero para alguna de sus organizaciones, cuando de repente llega el Ciervo Volador y vacía el estómago encima del piano, de modo que Bacon supo que ya podía irse despidiendo del dinero de Peggy Fryskamp. Y empezó a llamar al indio Cervejero Volador. «¿Ciervo Volador? Ese tipo es más bien un Cervejero Volador.» Dios mío, qué risa. Pero lo curioso es que Bacon no pretendía ser gracioso. El reverendo Bacon jamás intenta ser gracioso. En fin, a lo que íbamos. Resulta que hay una mujer que le hace algunos trabajos, Annie Lamb, vive en el Bronx, en uno de los bloques Edgar Allan Poe, los de protección oficial, con su hijo Henry.

—¿Es negra? —preguntó Fallow.

—Sí, negra. Toda la gente que vive en esos bloques es negra o portorriqueña. Por cierto que, legalmente, se supone que en esos bloques debería haber integración racial. —Vogel hizo un gesto despectivo—. En fin, esta tal Annie Lamb es una mujer poco corriente.

Vogel le contó a Fallow la historia de Annie Lamb y su familia, y llegó hasta el accidente de coche que había dejado a su prometedor hijo Henry a las puertas de la muerte.

Una desgracia, sin duda, pensó Fallow. Pero ¿dónde está la gran noticia?

Como si esperase esta objeción, Vogel añadió:

—Bien, el asunto tiene dos aspectos, y los dos están relacionados con lo que suele ocurrirles a todos los buenos chicos que tienen la mala suerte de ser negros y crecer en el Bronx. Quiero decir que este chico era de los pocos que lo hacen todo bien. Henry Lamb forma parte de ese uno por ciento de jóvenes de su tipo que hacen exactamente lo que el sistema les dice que hagan. Bien. ¿Y qué ocurre? Primero, que el hospital le cura... ¡solamente *la muñeca*! Si hubiese sido un muchacho blanco de clase media, seguro que le hubieran hecho placas de rayos X, escaners y pruebas de resonancia magnética nuclear, de todo. En segundo lugar, la policía y el fiscal del distrito no piensan hacer nada por investigar el caso. Y esto es lo que ha enfurecido de verdad a la madre del chico. Un caso de atropello en el que el conductor se da a la fuga, un caso en el que tienen parte de la matrícula del coche, y los tipos se cruzan de brazos y no hacen absolutamente nada.

—¿Por qué?

—En resumidas cuentas, porque se trata sólo de un pobre chico del South Bronx. No les preocupa. Claro que ellos dicen que no hay testigos, aparte de la víctima, claro, y la víctima está en coma terminal, de modo que no pueden hacer nada, incluso suponiendo que localizaran el coche y a su propietario. Bien. Imagina que fuese tu hijo. El chico les proporciona los datos, pero los tíos no quieren usarlos porque, de acuerdo con sus tecnicismos legales, la información procede de una fuente indirecta.

Aquel lío hizo que a Fallow le doliera horriblemente la cabeza. Era incapaz de imaginarse a sí mismo como padre de ninguna clase de hijos, y mucho menos de hijos que vivían en unos bloques baratos del Bronx.

—Es una situación muy triste —dijo Fallow—, pero no estoy seguro de que con esto tengamos una noticia.

—Pues te aseguro, Pete, que pronto habrá *alguien* que sacará una gran noticia de todo este asunto —dijo Vogel—. La comunidad entera está en rebeldía. A punto de estallar. El reverendo Bacon va a organizar una manifestación de protesta.

—¿Y por qué cosa en particular están a punto de estallar?

—Están hartos de que se les trate como si la vida de los vecinos del Bronx no tuviese importancia. Y te aseguro que cuando el reverendo Bacon le mete mano a algún asunto, acaban ocurriendo cosas. No es Martin Luther King ni el obispo Desmond Tutu. No le van a dar el premio Nobel. Hace las cosas a su manera, y a veces sus métodos no son exactamente legales. Y por eso resulta tan eficaz. Es lo que Hobsbawm llamaría un rebelde primitivo. Hobsbawm era británico, ¿no?

—Y sigue siéndolo.

—Creí que había muerto. En fin. Tiene una teoría sobre los rebeldes primitivos. Existen ciertos líderes naturales para las clases menos privilegiadas, y la estructura

del poder suele interpretar lo que hacen esos líderes como simple delincuencia. Pero en realidad esos líderes son revolucionarios. Y Bacon es uno de ellos. Yo le admiro mucho. Y esa gente me inspira compasión. Creo que tienes en tus manos un notición, incluso dejando de lado las consideraciones filosóficas que puedan hacerse.

Fallow cerró los ojos. Vio el hocico del monstruo, iluminado por los suaves focos indirectos de un bistro. Luego, el frío. Abrió los ojos. Vogel estaba mirándole con una animosa mueca sonriente y sonrosada. ¡Qué país tan absolutamente ridículo!

—Mira, Pete, lo mínimo que puedes sacar de esto es un buen reportaje de interés humano. Pero, si las cosas salen bien, hasta es posible que te encuentres con una noticia de las que hacen época. Puedo conseguirte una entrevista con Annie Lamb. Puedo conseguirte una entrevista con el reverendo Bacon. Puedo conducirte hasta la mismísima unidad de cuidados intensivos, la habitación en donde tienen a ese muchacho. Bueno, está en coma, claro, pero podrás verle.

Fallow intentó concebir la posibilidad de desplazar su huevo de mercurio y sus biliosas tripas al Bronx. No: no sobreviviría a una expedición así. Desde su punto de vista, el Bronx era como el Ártico. Se encontraba hacia el norte, en alguna zona indeterminada del norte, y a nadie sensato se le ocurriría internarse por allí.

—No sé qué decirte, Al. Se supone que estoy especializado en la vida de la alta sociedad. —Intentó esbozar una sonrisa.

—Se supone, Pete. Se supone. Pero no van a despedirte porque les lleves un reportaje fantástico, por mucho que trate de la más baja sociedad.

Fue la palabra «despedirte» lo que le hizo cambiar de opinión. Cerró los ojos. El hocico había desaparecido. En su lugar, vio la cara de la Rata Muerta. La Rata, que, en este preciso momento, estaba mirando su cubículo de la redacción de local, viéndolo vacío. El miedo se coló en cada una de sus células, y Fallow se llevó la servilleta a la frente.

—¿Te importa que te haga una pregunta, Al?

—Adelante.

—¿Qué sacas tú de todo esto?

—Nada, si te refieres a intereses materiales. El reverendo Bacon me ha telefoneado, me ha pedido consejo, y le he dicho que intentaría ayudarle, eso es todo. Es un tipo que me cae bien: Me gusta lo que trata de hacer. Me gusta su forma de conseguir que esta jodida ciudad se agite un poco. Estoy de su lado. Le he dicho que, antes de organizar la manifestación, debía tratar de conseguir que la prensa hablara del caso. De esta forma irán las televisiones y demás, y la manifestación tendrá más alcance. Te digo la verdad. Y he pensado en ti porque imaginé que serías capaz de sacarle partido a una ocasión como ésta. Tú puedes beneficiarte, y también se beneficiará un montón de gente honrada que en esta jodida ciudad siempre lleva las de perder.

Fallow se estremeció. ¿Se había enterado Vogel de su situación en el diario? En realidad no quería saberlo. Le bastaba con saber que querían utilizarle. Al mismo tiempo, aquello era un buen bistec para arrojárselo a la cara de la Rata Muerta.

—Bien, tal vez tengas razón.

—Sé que tengo razón, Pete. De uno u otro modo, esto va a convertirse en una noticia bomba. Lo mejor sería que tú fueses el primero en darla.

—¿Puedes llevarme a ver a toda esa gente?

—Desde luego. Por eso no te preocupes. Lo único que... no puedes esperar. Bacon tiene prisa por ponerse en movimiento.

—Hummm. Voy a tomar nota de los nombres. —Fallow buscó en sus bolsillos. Joder, ni siquiera llevaba un bloc encima, ni tan sólo una hojita de papel. Lo único que encontró fue una nota en la que le notificaban que estaban a punto de cortar el suministro de gas y electricidad. Pero estaba escrita por ambos lados, no había espacio para anotar nada. Vogel observó todo esto y, sin hacer ningún comentario, sacó un bloc y se lo entregó a Fallow. Luego le dio un bolígrafo de plata. Le repitió los nombres y demás datos.

—Mira —le dijo Fallow—, voy a telefonar ahora mismo a la redacción.

Se puso en pie, pero tropezó con una silla de la mesa contigua, en la que una anciana con un vestido Chanel trataba de acercarse a los labios una cucharada de sopa acerada. Le lanzó una mirada asesina a Fallow.

—¿Qué querrás comer? —le preguntó Vogel.

—Nada. Sopa de tomate. Pollo paillard.

—¿Vino?

—No. Bueno, un vaso solamente.

El teléfono de monedas estaba en un vestíbulo situado junto a la guardarrope, en donde una chica muy guapa, sentada en un taburete, estaba leyendo un libro. Sus ojos estaban enmarcados por una elipse siniestramente negra, cuidadosamente dibujada en torno a sus párpados. Fallow llamó a Frank de Pietro, redactor jefe de local del *City Light*. De Pietro era uno de los pocos norteamericanos que ocupaban cargos importantes en la redacción. Para la sección de local necesitaban a alguien que fuese de Nueva York. Los demás ingleses que trabajaban en su sección, como Fallow, apenas conocían de la ciudad la zona limitada al sur por los restaurantes de moda del TriBeCa, y al norte por los restaurantes de moda de Yorkville, cerca de la calle Ochenta y seis. Todo el Nueva York que estaba fuera de esos límites era, para ellos, como Damasco o Tombuctú.

—¿Sí? —La voz de Frank de Pietro. No parecía sentir apenas entusiasmo ante una llamada de Fallow en un momento de tanto trabajo como aquél.

—Frank —dijo Fallow—. ¿Conoces los bloques de viviendas protegidas Edgar Allan Poe?

—Sí. ¿Y tú?

Fallow recibió con desagrado el tono de incredulidad con el que le hablaron. Pero no se dejó impresionar, y comenzó a contar la historia de Albert Vogel con todos los embellecimientos que se le ocurrían sobre la marcha, y sin mencionar a Vogel ni una sola vez. Dejó entender que ya se había puesto en contacto con el reverendo Bacon y con la madre de la víctima, y que todo el mundo estaba esperando su inminente aparición en el Bronx. De Pietro le dijo que podía seguir adelante, sin que en su entonación se notara el más mínimo entusiasmo. No obstante, el corazón de Fallow estaba rebosante de alegría.

Cuando regresó a la mesa, Vogel le dijo:

—¿Cómo te ha ido? Se te está enfriando la sopa. —Apenas se le entendió nada, porque hablaba con la boca llena de comida.

Ante Fallow había un gran plato de sopa de tomate y un vaso de vino blanco. Vogel estaba peleando furiosamente contra un bistec de ternera cuyo aspecto era francamente horrible.

—Les ha gustado, ¿eh?

—Hummmm.

Como mínimo, no les ha parecido mal, pensó Fallow. Cada vez sentía menos náuseas. La yema de mercurio fue reduciéndose de tamaño. Cierta júbilo, como el del atleta que se apresta para el combate, había invadido todo su sistema nervioso. Se sentía... casi limpio. Era esa emoción, jamás tratada por los poetas, que disfrutaban quienes tienen, aunque sea por una vez y como excepción, la sensación de estar ganándose el sueldo que cobran.

Ese día le correspondió a Kramer el turno de llevar el avisador portátil prendido en su cinturón durante doce horas. En el departamento de Homicidios de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx, había siempre alguien, algún vicefiscal, a quien se podía avisar con urgencia, a cualquier hora del día. Así era posible enviar a un funcionario judicial a la escena del crimen de forma inmediata para que, una vez allí, procediese a interrogar a los testigos antes de que se esfumasen o de que perdiesen todo deseo de hablar de la horrorosa escena que hubiesen presenciado. Durante esas doce horas, el vicefiscal de turno tenía que cargar con todos los jaleos del Bronx que incluyeran algún muerto, y había sido uno de los jaleos típicos del Bronx, con muerto incluido, lo que había hecho que Kramer se presentara en aquella comisaría. Un sargento de policía, Gordon, estaba ahora dándole los detalles.

—Todo el mundo le llama Chulo —dijo el sargento Gordon—, pero no es un chulo. Es más bien un jugador, y probablemente hace algún bisnes con drogas, pero viste como un chulo. Ahora mismo podrá verle usted. Está ahí atrás, vestido con un increíble traje de chaqueta cruzada. —Gordon sacudió incrédulamente la cabeza—.

Está sentado en el extremo de un banco, comiendo costillas, y cogiéndolas así —se inclinó hacia adelante y alzó la mano con ademán remilgado—, para que la salsa no le manche el traje. Tiene unos cuarenta trajes, y cuando empiece a hablarle de sus jodidos trajes, por el tono que emplea seguro que tendrá usted la sensación de que, en lugar de su ropa, lo que le han birlado es su propio hijo.

El asunto empezó cuando alguien le robó sus cuarenta trajes al Chulo. En fin, un caso de mierda, y punto. Oleadas y más oleadas de infantilismo y de violencia absurda, y Kramer todavía no había escuchado más que una pequeña parte de la historia.

La sala principal de la comisaría estaba saturada del olor húmedo y morbosamente dulzón de la madera podrida, provocado por decenios de exposición al vapor y los goteos de la calefacción. Casi todo el antiguo piso de madera había sido sustituido por cemento. Las paredes eran del clásico verde de las oficinas gubernamentales, con la sola excepción del viejo y gastado revestimiento de madera de un metro de altura que circundaba toda la habitación. Era un edificio de paredes gruesas y techos altos, de los que ahora colgaban bandejas de tubos fluorescentes. Desde su posición, Kramer podía ver las espaldas de dos policías. Sus caderas estaban sobreabultadas por su armamento y demás parafernalia, que, entre otras cosas, incluía linternas, blocs de multas, walkie-talkies y esposas. Uno de esos policías alzaba elocuentemente las manos mientras les daba explicaciones a dos mujeres y un hombre, vecinos del barrio, cuyos rostros decían que no estaban creyéndose ni una sola palabra de lo que les decían.

Gordon seguía diciéndole a Kramer:

—De modo que el tipo estaba en ese apartamento, y había allí cuatro tíos, y uno de ellos era ese tal André Potts, y él se imagina que Potts sabe quién le robó los trajes, pero Potts dice que él no sabe nada de nada, y siguen discutiendo hasta que Potts dice que ya está harto, de modo que se levanta y se va. Pues bien, ¿qué haría *usted* si un mamón irrespetuoso se pusiera en pie y le diese la espalda mientras estaba usted preguntándole por el destino de sus cuarenta jodidos trajes? Pegarle un tiro en la espalda, naturalmente. Y eso fue lo que hizo el Chulo. Le pegó a André Potts tres tiros en la espalda con un treinta y ocho.

—¿Tenemos testigos? —preguntó Kramer.

—Todos los que hagan falta.

En ese momento sonó el bip-bip en el cinturón de Kramer.

—¿Me permite usar el teléfono?

Gordon señaló una puerta abierta que conducía a la oficina de los inspectores, un pequeño despacho con tres horribles mesas metálicas, las típicas de todas las oficinas gubernamentales, del típico color gris. Un negro de treinta o cuarenta años estaba sentado a cada una de esas mesas. Y los tres llevaban un disfraz de vecino del Bronx,

demasiado *funky* en los tres casos para no ser reconocido como tal disfraz. Kramer pensó en lo raro que era encontrar una oficina en la que todos los inspectores fueran negros. El que ocupaba la mesa más próxima a la puerta llevaba un chaleco acolchado y una camiseta negra sin mangas que dejaba al descubierto sus fuertes brazos.

Kramer se acercó al teléfono de su mesa y le preguntó:

—¿Puedo?

—¡Qué coño pasa, tío!

Kramer retiró apresuradamente la mano.

—¿Cuánto tiempo tengo que seguir aquí, encadenado como un animal?

Y, dicho esto, el tipo alzó su potente brazo izquierdo con un acompañamiento de ruidos de herrajes producidos por la cadena que colgaba de la esposa que le sujetaba la mano. El otro extremo de la cadena estaba unido por otra esposa a la pata de la mesa. En este momento, los que ocupaban las otras dos mesas alzaron también sus manos, con acompañamiento del mismo estrépito metálico. Los tres estaban encadenados a las mesas.

—Lo único que he hecho ha sido ver cómo ese hijo de puta freía al mamón aquél, y yo soy el que está encadenado aquí como un animal, mientras que ese hijo de puta —otro terrorífico estrépito cuando señaló con la mano izquierda una habitación del fondo— está ahí, tan tranquilo, viendo la tele y comiéndose unas costillas.

Kramer miró al fondo y, en efecto, en el guardarropa, se encontraba un hombre sentado en el borde de una silla, con el rostro iluminado por el vibrante relumbrón de un televisor, comiéndose una costilla de cerdo. El puño de su americana estaba cortado de forma que dejara asomar un buen pedazo del blanco puño de su camisa, adornado con una brillante esposa.

Los tres se habían puesto ahora a gritar. *Costillas de mierda... cadenas de mierda... televisión de mierda.*

¡Claro! Los testigos. Cuando Kramer lo comprendió, todo lo demás, cadenas incluidas, encajó por fin.

—Ya, vale, vale —le dijo al que tenía más cerca, en tono de impaciencia—. Ahora mismo me encargo de ustedes. Antes tengo que llamar por teléfono.

¡Costillas de mierda...! ¡Cadenas de mierda...!

Kramer telefoneó a la oficina del fiscal, y Gloria, la secretaria de Bernie Fitzgibbon, le dijo que Milt Lubell quería hablar con él. Lubell era el secretario de prensa de Abe Weiss. Kramer apenas le conocía; no recordaba haber hablado con él más que cuatro o cinco veces. Gloria le dio el número de Lubell.

Milt Lubell había sido redactor del antiguo *Mirror* de Nueva York, en tiempos remotos, cuando Walter Winchell^[14] aún escribía su columna. De hecho, incluso había conocido personalmente, aunque sólo de forma muy superficial, al famoso

periodista, y se había encargado de llevar hasta el final del siglo XX aquella forma de hablar urgente y repetitiva que le caracterizó.

—Kramer —dijo Milt Lubell—, Kramer, Kramer, veamos, Kramer. Sí, sí, sí, bien, ya lo recuerdo. Lo tengo. El caso de Henry Lamb. En puertas de la muerte. ¿Qué sacó usted en claro?

—Nada útil.

—Pues bien, me llega una llamada del *City Light*, un inglés que se llama Fallow. Ya sabe, de esos con el acento raro. Casi me parecía estar escuchando el Canal 13. En fin, que el tipo me lee unas declaraciones que ha hecho el reverendo Bacon sobre el caso Henry Lamb. No necesito más. Las palabras del reverendo pronunciadas con acento inglés. ¿Conoce a Bacon?

—Sí —dijo Kramer—. He hablado con la madre de Henry Lamb en el despacho de Bacon.

—Este tipo también tiene declaraciones de ella, pero lo principal es lo de Bacon. Veamos, veamos, veamos. Aquí dice, ujum... bla bla bla bla bla... la vida humana en el Bronx... prevaricación... blancos de clase media... bla bla bla... resonancia magnética nuclear... Y sigue insistiendo en lo de la resonancia magnética nuclear. Como mucho habrá un par de máquinas de éstas en todo el país... bla bla bla... Veamos, aquí está. Bacon acusa al fiscal de distrito de estar cruzándose de brazos. No nos estamos tomando la molestia de investigar a fondo este caso porque el chico es un negro de los bloques Poe, y porque no queremos esforzarnos.

—Eso es mentira.

—Lo sé, lo sé, lo sé, y usted también lo sabe, pero tengo que llamar otra vez al inglés y decirle alguna cosa.

Un tremendo estrépito interrumpe la conversación:

—¡No pienso seguir aguantando estas cadenas, tío! —El tipo de los brazos fortísimos había entrado de nuevo en erupción—. ¡Esto es ilegal!

—¡Eh! —dijo Kramer, que ahora ya estaba furioso—. ¡Si quiere salir de aquí será mejor que se esté quieto un momento! ¡Espere a que termine esta llamada! —Luego, dirigiéndose a Lubell—: Lo siento, estoy en la comisaría. —Cerró la mano en torno al micrófono del teléfono y, en voz baja, añadió—: Tienen tres testigos de un homicidio sujetos con cadenas a las patas de las mesas de la oficina de los inspectores, y estos tipos están enloqueciendo por momentos.

Kramer gozó de verdad la machada que representaba el resumirle la situación a Lubell de esta manera tan sucinta, incluso pese a que ni siquiera conocía al secretario de prensa de Weiss.

—Las patas de las mesas... Esta sí que es nueva —dijo Lubell con auténtica admiración.

—En fin —siguió Kramer—, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Tengo un Mercedes-

Benz con una matrícula que empieza por R. Para empezar, ni siquiera sabemos si la matrícula es de este estado. Eso para empezar. Pero supongamos que está matriculado en Nueva York. Hay dos mil quinientos Mercedes-Benz matriculados en el estado de Nueva York cuya matrícula empieza por R. Bien. La segunda letra, al parecer, es una E o una F, aunque quizá sea una P, una B o una R, es decir una letra con una vertical a la izquierda, de la que salen algunas horizontales. Supongamos que seguimos esta pista. De todos modos, todavía nos quedan unos quinientos coches. ¿Qué podemos hacer? ¿Buscar quinientos coches? Eso es lo que hubiéramos hecho de haber contado con un testigo capaz de declarar que el muchacho fue atropellado, en efecto, por un coche de esas características. Pero no hay más testigo que el muchacho, y el muchacho está en coma y no parece que vaya a despertar. Tampoco tenemos información alguna acerca del conductor. Lo único que sabemos es que en el coche iban dos blancos, un hombre y una mujer, y, encima, las cosas que ha contado el chico son bastante contradictorias.

—Bien, pues, ¿qué puedo decir? ¿Que la investigación sigue adelante?

—Sí. Que sigue adelante. Pero, como Martin no encuentre a un testigo, será imposible demandar a nadie. Incluso suponiendo que el chico hubiese sido golpeado por un coche, no fue la clase de colisión que podría proporcionarnos pruebas forenses, porque el chico no tenía las heridas propias de un accidente de este tipo. Lo que quiero decir es que toda esta historia de los cojones está llena de supuestos por todos lados. Si quiere saber mi opinión, no hay quien lleve adelante esta mierda de caso. Creo que el chico es buena persona, y yo diría que la madre también es una persona decente, pero, entre nosotros, me parece que lo que ocurrió fue que el chico se metió en algún embrollo y se inventó esta novela para librarse de las críticas de su madre.

—Pero, si fuera así, ¿cómo se habría inventado esos datos de la matrícula? ¿No hubiese sido más lógico que dijese que no había llegado siquiera a verla?

—¿Cómo voy yo a saberlo? ¿Por qué, en este país, suele la gente hacer las cosas, las barbaridades, que hace? ¿Cree que el tipo ese, el periodista, va a escribir algo sobre este asunto?

—No lo sé. Lo que voy a hacer será decirle que, por supuesto, nuestros investigadores siguen encima del caso.

—¿Le ha llamado alguien más para preguntar por este asunto?

—No. Parece que Bacon ha conseguido ponerse en contacto con el periodista.

—¿Qué puede sacar Bacon de todo esto?

—Bueno, es uno de sus pasatiempos preferidos. El sistema de justicia doble, la justicia de los blancos, bla bla bla. Siempre trata de encontrar formas de poner al alcalde en algún aprieto.

—Bien —dijo Kramer—, si Bacon logra sacar algo en claro de un caso como

éste, habrá que reconocer que es un prestidigitador.

Cuando Kramer colgó, los tres testigos ahorrados ya estaban armando de nuevo un horrible estruendo con sus cadenas y con sus gritos de protesta. Apesadumbrado, Kramer comprendió que no le quedaba otro remedio que hablar con aquellos subnormales, tratar de arrancarles algún tipo de declaración coherente acerca de un tipo llamado Chulo que había matado a un conocido suyo que quizá estuviese enterado del paradero de los cuarenta trajes. Iba a tener que pasarse buena parte de la velada del viernes así, perdiendo el tiempo con aquella gentuza, para después jugar una partida de dados con el Destino y tomar el metro de regreso a Manhattan. Volvió la vista un momento hacia el guardarropía. El fantasma en persona, aquel modelo para la portada del *Gentleman's Quarterly*, aquel tipo llamado Chulo, seguía metido allí, comiendo tranquilamente su plato de costillas de cerdo y disfrutando increíblemente de algún programa de televisión, que iluminaba su rostro con rosados de quemadura en primer grado y azules de terapia de cobalto.

Kramer salió de la oficina de los inspectores y le dijo a Gordon:

—Sus testigos están empezando a ponerse nerviosos. Hay un tipo que ha tratado de asfixiarme con su cadena.

—He tenido que encadenarles.

—Lo sé. Pero ¿le importa que le pregunte una cosa? El tipo ese, Chulo, está tan tranquilamente sentado ahí al fondo, comiendo esas costillas. Y no está encadenado ni nada.

—Oh, Chulo no me preocupa en absoluto. No se irá a ninguna parte. Está tranquilo, satisfecho. No conoce más que esta mierda de barrio. Apuesto cualquier cosa a que ni siquiera sabe que Nueva York está en la costa del Atlántico. Es un chico hogareño. No, ése no se irá a ninguna parte. Sólo es el que ha perpetrado el delito. Pero los testigos... Mire, si no hubiese encadenado a los testigos, al llegar usted aquí no hubiese encontrado a nadie, no hubiese podido interrogar absoooooolutamente a naaadie. Los testigos... jamás en la vida hubiésemos vuelto a verles el culo. Los testigos se largan aunque sea a Santo Domingo en un decir joder.

Kramer volvió a entrar en la oficina de los inspectores, dispuesto a cumplir con su deber: entrevistar a aquellos tres airados ciudadanos sujetos con cadenas a las patas de las mesas, y tratar de poner un poco de orden en aquella mierda de caso.

Como el *City Light* no salía los domingos, los sábados por la tarde apenas quedaba en la redacción un pequeño retén de periodistas. La mayor parte de ellos eran redactores de mesa que se pasaban el rato husmeando las montañas de télex de agencias, pues las máquinas de la Associated Press y la United Press, temblorosas y estrepitosas, jamás dejaban de vomitar noticias. Algunas de ellas verían la luz en el *City Light* del lunes. Había tres reporteros en la sección de local, más otro en la

comisaría central de Nueva York, por si ocurría algún jaleo lo suficientemente espeluznante como para que los lectores del *City Light* tuvieran ganas el lunes de seguir leyendo información al respecto. También había en el periódico un redactor de local que se pasaba casi toda la tarde del sábado al teléfono, ganándose un sobresueldo a base de vender joyas de fraternidades universitarias, al por mayor, a los administradores de las diversas fraternidades, que vendían al detalle todos esos alfileres de corbata, anillos, gemelos y montones de cosas más, y que se guardaban la diferencia en sus bolsillos. El tedio y la pereza dominantes entre estos centinelas de la prensa difícilmente podría ser sobrestimado.

Pero esta vez también se encontraba Peter Fallow en la redacción.

A diferencia de los demás, Fallow era la personificación del fervor periodístico. De los diversos cubículos de local, el suyo era el único ocupado. Fallow estaba sentado al borde de su silla, con el teléfono pegado a la oreja y un boli en la mano. Se hallaba tan metido en su actividad, que su excitación había logrado abrirse paso por entre las tinieblas de la resaca hasta darle una especial clarividencia.

Sobre la mesa tenía la guía telefónica de Nassau County, Long Island. Una guía enorme y pesada. Fallow jamás había oído hablar de ese condado, aunque ahora imaginaba que debió de atravesarlo durante aquel fin de semana en el cual logró que el jefe de St. John, Virgil Gooch III —a los yanquis les encantaba poner ristras de cifras romanas junto a los nombres de sus hijos—, le invitara a pasar un día en su ridículamente grandiosa mansión junto al océano, en East Hampton, Long Island. La invitación no llegó a repetirse jamás, pero... en fin, en fin... En cuanto a la población de Hewlett, que estaba en el condado de Nassau, su existencia sobre la faz de la tierra era para Fallow completamente novedosa, pero, ahora, en algún lugar de esa población estaba sonando el timbre del teléfono, y Fallow ardía en deseos de que alguien contestara. Por fin, después de siete timbrazos, alguien descolgó:

—¿Diga? —Jadeando.

—¿Mr. Rifkind?

—Sí... —Jadeando y sin el menor entusiasmo.

—Soy Peter Fallow, del *City Light* de Nueva York.

—No quiero suscribirme.

—¿Cómo dice? Disculpe que le llame un sábado por la tarde...

—Pues no pienso disculparle. Estuve suscrito al *Times*, y jamás me llegó más de un día a la semana...

—No, no, no, no soy...

—O me lo birlaba alguien antes de que yo saliera a la calle, o lo encontraba empapado de lluvia, o ni siquiera me lo traían.

—No, Mr. Rifkind, soy periodista. Soy *redactor* del *City Light*.

Finalmente logró que Mr. Rifkind comprendiera y aceptara este dato.

—Bien, de acuerdo —dijo Mr. Rifkind—. Adelante. Estaba ahora mismo en el jardín, tomándome unas cervezas y terminando el cartel de «En venta» para ponerlo en la ventanilla del coche. Por cierto, ¿no le interesaría comprar un Thunderbird del 81 en buen estado?

—Lo siento, pero no —dijo Fallow, alegremente—. De hecho, le he llamado porque me interesaría hacerle algunas preguntas acerca de uno de sus alumnos, el joven Henry Lamb.

—Henry Lamb... No me suena. ¿Qué ha hecho?

—Oh, nada. Él no ha hecho nada. Está gravemente herido. —Fallow explicó los detalles más importantes del caso, dando una versión bastante tendenciosa, de acuerdo con el modo en que presentaban las cosas Albert Vogel y el reverendo Bacon—. Me han dicho que era alumno de sus clases de lengua y literatura inglesa.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La madre del chico. He sostenido una larga conversación con ella. Es una mujer encantadora, y está muy trastornada, como puede usted imaginar.

—Henry Lamb... Ah, ya sé a quién se refiere. Vaya, qué mala suerte.

—Lo que yo querría averiguar, Mr. Rifkind, es qué clase de alumno es Henry Lamb.

—¿Cómo que *qué clase*?

—Bueno, ¿diría usted que es un alumno muy *destacado*?

—¿De dónde es usted, Mr...? Disculpe, ¿podría repetirme su apellido?

—Fallow.

—Bien, Mr. Fallow, por su pregunta deduzco que no es usted de Nueva York.

—Correcto.

—Entonces no hay razón para que esté informado acerca del Instituto Coronel Jacob Ruppert del Bronx. No es que en el Ruppert no usemos términos comparativos, pero el de *destacado* jamás lo utilizamos. La gama va más bien de la categoría de «bien dispuesto» a la de «suele amenazar con quitarte la vida». —Mr. Rifkind soltó una risilla nerviosa—. Por Dios, no diga que he dicho esto.

—Bien, ¿qué diría usted entonces de Henry Lamb?

—Es un chico bien dispuesto. Un buen chico. Jamás me ha causado problemas, al menos *a mí*.

—¿Diría usted que es un buen estudiante?

—Eso de «buen estudiante» tampoco puede aplicarse a nuestro alumnado. La clasificación se reduce a: «¿Asiste a clase o falta siempre?»

—¿Solía Henry Lamb asistir a clase?

—Hasta donde yo recuerdo, sí. Suele estar en el aula. Puedes confiar en él. Ya le digo que es un buen chico, de lo mejor.

—¿Hay alguna asignatura en la que destaque especialmente? O, si puedo

formularle la pregunta de otra manera, ¿diría usted que mostraba especial aptitud para alguna asignatura? ¿Había algo que hiciera mejor que ninguno de sus compañeros?

—No especialmente.

—¿No?

—Resulta difícil explicárselo, Mr. Fallow. Como dice la antigua frase: «Ex nihilo nihil fit.» Nuestros alumnos no tienen apenas participación activa, de modo que casi no tenemos ocasión para establecer comparaciones. Estos chicos, estas chicas... a veces tienen la cabeza en clase, y otras veces, pues no, sinceramente no.

—¿Y qué me dice de Henry Lamb a este respecto?

—Es un buen chico. Educado, presta atención, y nunca me ha causado ningún problema. Hasta intenta aprender.

—De acuerdo. Por otro lado, seguro que tiene algún talento. Su madre me dijo que el chico tenía la intención de ir a la universidad.

—Es posible, no lo niego. Supongo que esa mujer se refería al City College de Nueva York.

—Me parece que eso fue lo que Mrs. Lamb me dijo.

—El City College es una universidad que admite a todo el mundo. Los chicos que viven en Nueva York y han terminado los estudios en el instituto y quieren ingresar en el City College, pueden ingresar fácilmente. Nada ni nadie se lo va a impedir.

—¿Terminará Henry Lamb sus estudios en el instituto? O, mejor dicho, ¿cree que hubiera podido terminarlos, aprobarlo todo?

—Hasta donde yo sé, sí. Ya le digo, viene mucho por clase.

—¿Qué resultados cree usted que hubiese podido obtener en la universidad?

Un suspiro.

—No lo sé. Soy incapaz de imaginar qué hacen esos chicos cuando ingresan en el City College.

—Bien. ¿Puede al menos decirme usted algo, *lo que sea*, acerca de los resultados o las aptitudes demostradas por Henry Lamb? Dígame algo, *por favor*.

—Compréndame usted. Tengo sesenta y cinco alumnos en cada clase cuando empieza el curso, y me asignan todos esos alumnos porque saben que a mitad de curso sólo quedarán cuarenta, y apenas treinta al final. Incluso treinta son demasiados, pero así es como están las cosas. No seguimos un sistema educativo individualizado, con preceptores y todas esas cosas. Henry Lamb es un jovencito encantador que parece aplicado y que quiere aprender, educarse. ¿Qué más podría decirle?

—Permítame una pregunta más específica. ¿Qué tal hace sus trabajos por escrito? Mr. Rifkind soltó un silbido.

—¿Trabajos *por escrito*? ¡Hace al menos quince años que nadie presenta ningún trabajo por escrito en el Instituto Ruppert! ¿Quince digo? A lo mejor son veinte. No

hay ni exámenes. Lo principal es que logren demostrar que entienden lo que leen. Es lo único que les importa a las autoridades educativas.

—¿Qué me dice al respecto de Henry Lamb? ¿Entiende él lo que lee?

—Tendría que revisar mis datos. Pero si he de improvisar sobre la marcha, yo diría que no era del todo malo.

—¿Mejor que los demás, que la mayoría de sus compañeros? ¿O estaba en un nivel simplemente medio? ¿Qué diría usted?

—Mire... Comprendo que, viniendo de Inglaterra, le cueste a usted entenderlo, Mr. Fallow. Porque usted es británico, ¿no?

—En efecto, lo soy.

—Naturalmente, ustedes están acostumbrados a los exámenes, las calificaciones con sus diversos grados, y todo eso. Pues bien, mis alumnos no llegan a un nivel suficiente como para que valga la pena establecer esas comparaciones a las que usted se empeña en referirse. Lo único que intentamos hacer es que alcancen cierto nivel, y luego evitar que vuelvan atrás y pierdan lo poco que han ganado. Usted cree que aquí tenemos chicos que sacan sobresalientes y matrículas de honor y no sé qué más, y, viniendo usted de donde viene, no me extraña. Pero en el Instituto Coronel Jacob Ruppert, un sobresaliente con matrícula quiere decir que estamos ante un chico que viene a clase, que no arma jaleo, que trata de aprender, y que sabe leer y hacer las cuatro operaciones básicas de aritmética.

—Bien, utilicemos entonces estos criterios. ¿Diría usted que, según estos criterios que usted mismo ha mencionado, Henry Lamb es un alumno brillante?

—Según esos criterios, sí.

—Muchísimas gracias, Mr. Rifkind.

—De nada. Lamento esa mala noticia. Parece un buen chico. No nos permiten que les llamemos chicos, pero eso es lo que son, pobres chicos muy confundidos que tienen que cargar con una montaña de problemas. Y no me cite usted, por Dios, o el que va a tener muchísimos problemas será yo. Por cierto, ¿seguro que no le interesaría un Thunderbird del 81 en muy buen estado?

10. El triste almuerzo del sábado

En este momento, también en Long Island, pero noventa kilómetros más al este, en la playa sur, el club náutico acababa de abrir sus puertas para la nueva temporada. El club poseía un edificio bajo y laberíntico, situado de través en las dunas, a unos cien metros de la playa, con una terraza cercada por unas gruesas cuerdas marineras sujetas por postes metálicos. Las instalaciones del club eran espaciosas y confortables, pero conservaban ascéticamente su estilo original, de acuerdo con la moda ascético-brahman o residencia universitaria de los años veinte y treinta. Así, Sherman McCoy estaba ahora en la terraza, sentado a una mesa sencilla de madera y bajo un gran parasol desteñido. Con él se encontraban su padre, su madre, Judy e, intermitentemente, Campbell.

Se podía bajar directamente de la terraza a la zona de arena cercada por las cuerdas, y Campbell, que bajaba siempre de un salto, estaba en esos momentos en la arena, jugando con Eliza, la hijita de Rawlie Thorpe, y con MacKenzie, la hijita de Garland Reed. Sherman procuraba con todas sus fuerzas no atender a las explicaciones que le daba su padre a Judy acerca del modo en que Talbot, el barman, le había preparado su martini, que era del mismo color que un té flojo.

—...ignoro por qué, pero siempre me han gustado más los martinis preparados con vermouth dulce. Agitándolo hasta que hace espuma. Talbot siempre me discute...

Los delgados labios de su padre se abrían y cerraban, su noble mentón subía y bajaba, y su encantadora sonrisa de gran narrador le arrugaba las mejillas. Una vez, cuando Sherman tenía la edad de Campbell, su padre y su madre le llevaron de picnic a la arena, más allá de las cuerdas. Esta excursión le pareció una aventura. Estaban metiéndose en un mundo salvaje. Los desconocidos de allá afuera, el puñado de gente que seguía en la arena a media tarde, resultaron ser inofensivos.

Sherman dejó ahora que su mirada abandonara el rostro de su padre para volver a explorar la extensión de arena, más allá de las cuerdas. Tuvo que guiñar un poco los ojos porque, al final del grupo de mesas y sombrillas, la playa le deslumhró. De modo que retrocedió un poco y se encontró enfocando una cabeza sentada a una de las mesas, justo detrás de su padre. Era la cabeza inconfundiblemente redonda de Pollard Browning. Pollard estaba acompañado por el viejo Lewis Sanderson, que cuando Sherman era pequeño siempre había recibido el tratamiento de «Sanderson el embajador», con su esposa, y con Coker Channing y esposa. Sherman no entendía cómo se las había arreglado Channing para ingresar en el club, aunque tenía que reconocer que Channing había dedicado buena parte de su vida a congraciarse con gente como Pollard. Pollard era el presidente del club. Joder, y también es presidente de la asociación de propietarios de mi casa, pensó Sherman. Esa cabeza redonda, densa... Sin embargo, en su estado de ánimo actual, Sherman se sintió tranquilizado

por la visión de esa cabeza... densa como una roca, rica como Creso, inamovible.

Los labios de su padre dejaron de moverse, y Sherman le oyó decir a su madre:

—Cariño, no aburras a la pobre Judy con los martinis. No sabes lo viejo que pareces cuando te pones a hablar de esas cosas. Aparte de ti, ya no hay nadie que tome martinis.

—Pues aquí en la playa los toma todo el mundo. Y si no me crees...

—Es como hablar del Charleston o de coches con asiento trasero descubierto o de vagones restaurante o de...

—Si no me crees...

—... rancho para soldados de la Segunda Guerra, o del Hit Parade...

—Si no me crees...

—¿Has oído hablar alguna vez de una cantante llamada Bonnie Baker? —Esto dirigiéndose a Judy, e ignorando al padre de Sherman—. Bonnie Baker era la estrella del Hit Parade, en aquellos tiempos de la radio. Se llamaba Wee Bonnie Baker. Todo el país la escuchaba. Y supongo que nadie se acuerda ya de ella.

Sesenta y cinco años, y tan guapa todavía. Alta, delgada, tiesa, con una magnífica melena blanca —se niega a teñirse—, aristocrática, mucho más que su padre, pese a todo el esfuerzo puesto por él en el empeño de serlo o parecerlo, y capaz todavía de seguir golpeando peligrosamente la base de la estatua del León de Dunning Sponget.

—No hace falta que te remontes tan atrás —dijo Judy—. El otro día estaba hablando con Landtum, el hijo de Gatland. Está en la universidad, creo que en Brown...

—¿Que Garland Reed tiene un hijo en la universidad?

—El hijo de Sally.

—Dios mío. Me había olvidado completamente de Sally. ¿No es horrible?

—Horrible, no. Actual. Hay que estar al día —dijo Judy, sin esbozar siquiera una sonrisa.

—¡Al día! —dijo la madre de Sherman, riendo e ignorando al León con sus martinis y su Talbot.

—En fin —dijo Judy—, le hice no sé qué comentario a Landrum sobre los hippies, y el chico se quedó mirándome. Jamás había oído mencionarlos siquiera. Un capítulo de la prehistoria.

—Aquí en la playa...

—Como los martinis —le dijo a Judy la madre de Sherman.

—Aquí en la playa todavía podemos permitirnos el lujo de disfrutar de los placeres sencillos de la vida —dijo el padre de Sherman—, o todavía podíamos permitirnoslo, hasta hace unos instantes.

—Ayer noche, Sherman, papá y yo fuimos a un restaurante pequeño que hay en Wainscott, ése que le gusta tanto a tu padre, con Inez y Herbert Clark, y ¿sabes qué

me dijo la dueña, esa mujer bajita que es la propietaria?

Sherman asintió con la cabeza.

—A mí me parece una mujer encantadora, muy divertida —dijo la madre de Sherman—. Pues bien, cuando ya nos íbamos, me dijo... Bueno, antes tendría que decir que Inez y Herbert se habían tomado dos gin tonics por cabeza, y que Papá se tomó sus tres martinis, y que cenamos con vino, y cuando nos íbamos ella me dijo...

—Celeste, esa noche veías doble, o triple... Sólo me tomé *un* martini.

—Bueno, quizá no fueron tres. Sólo dos.

—Celeste...

—Da igual. La cuestión es que la dueña pensó que era mucho alcohol, y me dijo: «Mis clientes preferidos son la gente de cierta edad. Hoy en día, son los únicos que todavía beben un poco.» *¡Gente de cierta edad!* A saber cómo creía esa mujer que me sentaría semejante expresión...

—Seguro que cree que tienes veinticinco años —dijo el padre de Sherman. Luego, dirigiéndose a Judy—: De repente resulta que estoy casado con una «cinta blanca».

—¿Qué es eso de «cinta blanca»?

—Otro capítulo de la prehistoria^[15] —murmuró él—. O quizá es que esoy casado con Miss Moda. Siempre has estado al día, Celeste.

—Sólo comparada contigo, cariño. —Sonrió y apoyó la mano en el brazo de su esposo—. No te privaría de tus martinis por nada del mundo. Y mucho menos de tu Talbot.

—Talbot no me preocupa —dijo el León.

Sherman había oído contar al menos cien veces la historia de cómo le gustaba a su padre que le preparasen los martinis, y Judy debía de haberla oído contar al menos veinte veces, pero no le importaba gran cosa. La que se ponía nerviosa con todo eso era su madre. Para él, aquello era sólo un elemento más de una vida confortable. Todo seguía siendo igual que siempre. Y así quería que fuese este fin de semana; todo igual, igual, igual, limitado por un par de gruesas cuerdas.

El solo hecho de salir del apartamento, entre cuyas paredes todavía pesaba su frase *¿Puedo hablar con Maria, por favor?*, ya había sido bastante positivo. Judy había ido a la playa el día anterior por la tarde, en la rubia, con Campbell, Bonita y Miss Lyons, la niñera. Él lo hizo por la noche, en el Mercedes. Por la mañana, con el coche aparcado delante del garaje situado en la parte trasera del gran caserón familiar de Old Drover's Mooring Lane, lo había revisado de punta a cabo a la luz del sol. No había rastro alguno del accidente, ninguno, al menos, que él fuese capaz de detectar... Esta mañana todo era más luminoso y feliz, incluida Judy. Durante el desayuno su esposa había estado charlando tranquilamente. En este mismo momento miraba sonriente a los padres de Sherman. Parecía relajada... y, la verdad, hasta

bonita, muy chic... con su polo y su suéter Shetland de color amarillo claro, y los pantalones blancos ... No era joven, pero poseía esos rasgos delicados que no envejecen mal... Un pelo adorable... Los regímenes, las malditas horas en el gimnasio... y los años... se habían cobrado su peaje en aquellos pechos que ya no eran lo que fueron, pero seguía teniendo buen tipo... un cuerpo pequeño y firme... Sherman sintió un débil temblor... Tal vez esta noche... ¡o a media tarde...! ¿Por qué no...? Así llegaría el deshielo, el renacimiento de la primavera, el regreso del sol... unos cimientos más sólidos... Si ella estuviese de acuerdo, seguramente, luego... aquel feo asunto... habría terminado... Tal vez *todos* los asuntos feos estuviesen a punto de terminar para siempre. Habían transcurrido ya cuatro días, y no había aparecido ni la más mínima mención en la prensa, ni un solo suelto que dijese que le había ocurrido algo espantoso a un chico alto y delgado cuando se encontraba en una rampa del Bronx. Nadie había llamado a su puerta. Además, la que conducía era *ella*. Así lo había expresado la propia Maria. Y, pasara lo que pasase, él se encontraba en una posición *moralmente correcta*. (De Dios no tenía por qué temer nada.) Lo único que había hecho era luchar en defensa de su propia vida y la de ella...

Quizá todo aquello no fuese más que un aviso de Dios. ¿Por qué no se decidían, él y Judy, a alejarse con Campbell de toda esa locura de Nueva York... de la megalomanía de Wall Street? ¿Quién que no fuese un ser arrogante querría ser un Amo del Universo... y jugársela como él había estado jugándosela? ¡Un aviso muy serio! Dios mío, te juro que a partir de ahora... Podían, por ejemplo, vender el apartamento e irse a vivir todo el año en Southampton... o irse a Tennessee... Tennessee... Su abuelo, William Sherman McCoy, se instaló en Nueva York, procedente de Knoxville, a los treinta y un años... Era un palurdo a los ojos de los Browning y compañía. Y bien. ¿Qué tenía de malo ser un palurdo, un buen destripaterrones norteamericano? El padre de Sherman le había llevado una vez a Knoxville. Y había visto la casa, la preciosa casa en donde nació y se crió su abuelo... Un pueblo pequeño y encantador, un pueblo sobrio, tranquilo, Knoxville... Podía perfectamente irse a vivir allí, conseguir un trabajo como *broker* local, un empleo digno, un empleo sano y responsable en el que no hiciera falta estar todo el día tratando de hacer que el mundo diese vueltas, un empleo de los de horario de oficina, de nueve a cinco o como fueran las costumbres en Knoxville; de 90.000 a 100.000 dólares al año, una décima parte, o menos, de esa locura que ahora necesitaba ganar, y le bastaría... una casa georgiana con porche a un lado... media o una hectárea de césped verde, una máquina cortacésped pequeña, que él mismo pudiese utilizar cuando fuera necesario, un garaje con puerta de apertura automática, accionada desde dentro del coche, una cocina con un tablón magnético en donde dejar recados, una vida hogareña, una vida amorosa, Nuestro Pueblo...

Judy sonreía ahora en respuesta a algún comentario del padre de Sherman, y el

León sonreía también, complacido por su propio ingenio, y la madre de Sherman les sonreía a los dos, y, en las mesas de más allá, Pollard sonreía, y Rawlie sonreía, y el embajador Sanderson, con su flacura de anciano, sonreía, y el suave sol de comienzos de junio, junto al mar, calentaba los huesos de Sherman, y, por vez primera en las dos últimas semanas, por fin se relajó, y sonrió a Judy y a su padre y a su madre, como si hubiese estado prestando atención a sus chanzas.

—¡Papá!

Campbell llegó corriendo desde la arena, desde la luz deslumbrante, se subió de un salto a la terraza y se coló por entre las mesas.

—¡Papá!

Estaba resplandeciente. Pronto cumpliría los siete años, y había cambiado sus rasgos de bebé por los de una niña de brazos y piernas delgados, de muslos firmes, sin una sola imperfección en ninguna parte de su cuerpo. Llevaba puesto un traje de baño rosa con las letras del alfabeto estampadas en blanco y negro. Le brillaba la piel bajo el sol. Su sola imagen... la *visión* de aquella criatura, fomentó renovadas sonrisas en el abuelo, en la abuela, en Judy. Sherman sacó las piernas de debajo de la mesa y abrió los brazos. Quería que Campbell corriera directamente hacia su abrazo.

Pero la niña se detuvo de repente. No había ido a buscar su cariño.

—Papá. —Campbell jadeaba. Tenía que formularle una pregunta muy importante —. Papá.

—Dime, pequeña.

—Papá. —Respiraba con dificultad.

—Tranquila, mi niña. ¿Qué querías?

—Papa... ¿Tú qué haces?

¿Qué hacía él?

—¿Qué hago? ¿A qué te refieres?

—Mira, el papá de MacKenzie hace libros, y tiene ochenta personas que trabajan para él.

—¿Eso te ha contado MacKenzie?

—Sí.

—¡Caramba! ¡Ochenta personas! —dijo el padre de Sherman, con la voz que empleaba para hablar con los niños—. ¡Caramba, caramba, caramba!

Sherman podía imaginar fácilmente qué pensaba el León de Garland Reed. Garland había heredado la imprenta de su padre, y durante diez años se había limitado a evitar que el negocio se hundiera. Los «libros» que «hacía» eran en realidad impresiones de obras que publicaban las editoriales, y los productos de los que se encargaba su imprenta no pasaban de ser manuales, folletos de diversos clubs, contratos empresariales e informes anuales, de modo que no tenían relación alguna con lo litetario. En cuanto a sus ochenta empleados, bueno, en realidad sólo eran

ochenta desgraciados manchados de tinta, linotipistas, impresores, etcétera. En la cumbre de su carrera, el León había tenido a sus órdenes un total de *doscientos abogados de Wall Street*, casi todos graduados de las mejores universidades, y siempre atentos a su látigo.

—¿Y tú, qué *haces*? —preguntó Campbell, que empezaba a impacientarse. Quería regresar junto a MacKenzie para informarle, y necesitaba poder darle datos que la dejaran muy impresionada.

—Y bien, Sherman, ¿qué vas a contestarle? —le dijo su padre con cierta sorna—. Yo también quiero escuchar tu respuesta. A menudo me pregunto qué hacéis exactamente tú y los que trabajan contigo. Campbell, creo que le has hecho una pregunta *excelente*.

Campbell sonrió, aceptando sin ironía las alabanzas de su abuelo.

Una ironía, pensó Sherman, que llegaba en un mal momento. Al León siempre le fastidió que su hijo no hubiese entrado en algún bufete. El hecho de que Sherman acabara metiéndose en el negocio de los bonos no le gustó al principio, y su opinión sólo había empeorado desde que a Sherman comenzaron a irle tan bien las cosas. Sherman empezó a enfurecerse. No podía presentar, como si tal cosa, una imagen de sí mismo como Amo del Universo, no podía hacerlo porque su padre y su madre y Judy estaban pendientes de sus palabras. Al mismo tiempo, no podía ofrecerle a Campbell una imagen modesta, decir que era, simplemente, un vendedor, ni siquiera que era el mejor vendedor de bonos de su empresa. Al fin y al cabo, eso sonaría pomposo sin ser preciso ni capaz de impresionar a unos oídos infantiles. De hecho, para Campbell aquella definición carecería de significado. Y Campbell seguía delante de él, jadeando, preparada para salir corriendo otra vez junto a su amiguita, cuyo papá *hacía libros* y tenía *ochenta personas* a sus órdenes.

—Pues, mira, cariño, trabajo con *bonos*. Los compro, los vendo, los...

—¿Qué son bonos?

La madre de Sherman se puso a reír:

—¡Como no te expliques mejor, Sherman...!

—Mira, pequeña, los bonos son... Un bono es... Vamos a ver, no sé cuál será la mejor forma de explicártelo.

—Explícamelo a mí, Sherman —le dijo su padre—. Debo de haber preparado unos cinco mil contratos de compraventa de bonos y cada vez me quedaba dormido antes de adivinar por qué podía haber gente que quisiera comprarlos.

Eso te ocurría, sencillamente, porque tú y tus doscientos abogados de Wall Street no erais más que funcionarios de los Amos del Universo, pensó Sherman, más fastidiado a cada segundo que transcurría. Vio que Campbell se había quedado mirando consternada a su abuelo.

—Tu abuelo bromea, pequeña. —Lanzó una mirada muy severa hacia su padre—.

Un bono es una forma de tomar dinero prestado. Digamos, por ejemplo, que quieres construir una carretera, y que no es una carretera pequeñita sino una gran autopista, como la que tomamos el año pasado cuando fuimos a Maine. O bien, supongamos que quieres construir un gran hospital. Pues bien, cualquiera de esas cosas requiere mucho dinero. Mucho más del que conseguirías si se lo pidieses a un banco. Para lograr todo ese dinero tendrías que hacer una emisión de bonos.

—¿Construyes carreteras y hospitales, papá? ¿Es eso lo que haces?

Su padre y su madre se pusieron a reír. Sherman les miró en son de reproche, lo cual sólo provocó más risas. Judy sonreía, quizá con un guiño de simpatía, pensó Sherman.

—No. No soy exactamente yo quien construye esas cosas, hija mía. Yo me encargo de los bonos, y los bonos hacen posible que...

—¿Ayudas a construir carreteras y hospitales?

—En cierto sentido, sí.

—¿Cuáles?

—¿*Cuáles*?

—Has dicho que carreteras y hospitales.

—Ya. Pero no me refería a ningún caso en particular.

—¿La carretera de Maine?

El padre y la madre de Sherman hacían ahora muecas y visajes, adoptaban esas retorcidas y enfurecedoras expresiones de quien trata de contener la risa sin demasiado éxito.

—No, no...

—¡Me parece que te has metido en un aprieto, Sherman! —dijo su madre. La palabra *aprieto* había estado a punto de convertirse en un estallido de carcajadas.

—No, la carretera de Maine en particular, no —dijo Sherman, haciendo caso omiso de la observación—. A ver si puedo explicártelo de otra manera.

—Déjame que lo intente yo —interrumpió Judy.

—Bien... De acuerdo.

—Mira, Campbell —dijo Judy—, papá no construye carreteras ni hospitales, ni tampoco ayuda a construirlos, pero se encarga de los *bonos* que emite la gente que reúne el dinero.

—¿Cómo?

—Sí. Imagina que un bono es como un pedazo de pastel, y que tú no te encargaste personalmente de hacer el pastel, pero que cada vez que le das un pedazo de pastel a alguien, cae de ese pedazo una migaja, un pedacito pequeñísimo, y que cada vez te puedes quedar ese pedacito.

Judy sonreía, y Campbell también, pues parecía comprender que todo eso era algo así como un chiste, una especie de cuento de hadas basado en lo que hacía su papá.

—¿Pedacitos? —dijo Campbell, como animando a su madre a que siguiera.

—Sí —dijo Judy—. Tienes que imaginar unas miguitas muy pequeñas, pero no una, sino muchas, muchísimas. Si te pones a repartir a todo el mundo un número suficiente de pedazos de pastel, pronto te encontrarás con que tienes suficientes migajas como para hacer un pastel gigantesco.

—¿Un pastel de verdad? —preguntó Campbell.

—No. Tienes que pensar en un pastel imaginario. —Judy miró a los padres de Sherman, buscando su aprobación para esta forma ingeniosa de definir el negocio de los bonos. Los abuelos de Campbell sonrieron, pero no muy convencidos.

—Me temo que no estás aclarándole mucho las cosas —dijo Sherman—. Dios mío... *migajas*. —Sonrió, como para mostrar que ya se daba cuenta de que todo aquello no era más que un entretenimiento inocente. De hecho... estaba acostumbrado a la actitud despectiva de Judy respecto a Wall Street. Pero lo de las *migajas* no le había gustado nada.

—Creo que esa metáfora no está nada mal —dijo Judy, sonriendo también. Luego se volvió a su suegro—: Voy a dar un ejemplo real, y tú, John, juzgaras...

John. Aunque toda esa historia de las... *migajas*... era un poco rara, la primera señal percibida por Sherman de que las cosas no iban demasiado bien fue ese uso del nombre propio. Su padre y su madre le habían pedido siempre a Judy que les tratara con la máxima familiaridad, pero a ella no le resultaba sencillo, y procuraba evitarlo. De modo que este *John* era inesperado. Una advertencia. Incluso el padre de Sherman pareció ponerse en guardia.

Judy se lanzó a explicar el proyecto de los Giscard. Luego, dirigiéndose a su suegro, añadió:

—Pierce & Pierce no hace esa emisión de bonos en nombre del gobierno francés, ni tampoco le compra esos bonos al gobierno francés, sino a quienquiera que se los haya comprado ya al gobierno francés. De modo que las transacciones de Pierce & Pierce no tienen nada que ver con ningún proyecto de construcción o desarrollo del gobierno francés. Todo eso ya está hecho, mucho antes de que Pierce & Pierce entre en escena. De modo que esos bonos son algo así como... pedazos de pastel. Un pastel de oro. Pierce & Pierce va coleccionando millones de maravillosas —se encogió de hombros— migajas de oro.

—Llámales migajas, si quieres —dijo Sherman, tratando de fingir que no se había molestado, pero sin conseguirlo.

—Bueno, no se me ocurre ninguna imagen mejor —dijo animadamente Judy. Luego, dirigiéndose a sus suegros—: La verdad es que resulta difícil de explicar el negocio de los bonos a alguien de menos de veinte años. O tal vez de *treinta*.

Sherman se fijó ahora en que Campbell había adoptado una expresión muy triste.

—Campbell —le dijo—, ¿sabes una cosa? Me parece que mamá quiere que

cambie de profesión. —Y sonrió, como si aquella discusión fuese una de las más divertidas de los últimos años.

—En absoluto —rió Judy—. ¡No me quejo de tus migajas de oro!

Migajas... ¡*Ya basta!* Sherman notaba que su furia aumentaba por momentos. Pero siguió sonriendo:

—Quizá podría probar en el campo de la decoración. Oh, disculpa, quería decir diseño de interiores.

—No creo que estés hecho para ese trabajo.

—No sé, no sé. Debe de ser divertido buscar pufs y cortinas y cretonas para, ¿cómo se llaman ésos, los italianos a los que les decoraste la casa, los Di Ducci?

—No sé si es tan divertido como tú crees.

—Bueno, pues llamémoslo *creativo*, ¿de acuerdo?

—Mira... como mínimo puedo decir: eso es lo que yo he *hecho*. Algo tangible...

—Para los Di Ducci.

—Aunque lo haga para gente superficial y vanidosa, como mínimo lo que yo hago es *real*, algo que se puede describir, algo que contribuye a que los seres humanos sean más felices, aunque sea de forma meretriz y temporal, algo que les puedes explicar a tus hijos. Porque, vamos a ver, ¿se puede saber qué os contáis los unos a los otros en Pierce & Pierce, día tras día?

De repente, un gemido. Campbell. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sherman la rodeó con sus brazos, pero la niña mantuvo el cuerpo rígido.

—¡Tranquilízate, cariñito!

Judy se puso en pie, se acercó, y también la rodeó con sus brazos.

—¡Oh, Campbell, Campbell, corazoncito mío! Papá y yo sólo estábamos tomándonos el pelo.

Pollard Browning les miraba. Y Rawlie también. Rostros de todas las mesas de alrededor se fijaban en la pobrecita niña.

Como los dos intentaban abrazar a Campbell, Sherman notó que su cara estaba muy próxima a la de Judy. Sintió deseos de estrangularla. Echó una ojeada a sus padres. Estaban ambos horrorizados.

Su padre se puso en pie:

—Voy a por un martini —dijo—. Sois excesivamente modernos para mi gusto.

¡Sábado! ¡En el SoHo! Tras una espera de menos de veinte minutos, Larry Kramer y Rhoda, su mujer, y Greg Rosenwald y Mary Lou, su pareja estable, y Herman Rappaport y Susan, su mujer, habían logrado instalarse en una mesa junto a la ventana del Haiphong Harbor Restaurant. Afuera, en West Broadway, hacía un día tan centelleantemente claro y primaveral que ni siquiera la mugre del SoHo podía oscurecerlo. Que ni siquiera la envidia que Greg Rosenwald le inspiraba a Kramer

podía oscurecerlo. Él y Greg y Herman habían sido compañeros de curso en la New York University. Y habían trabajado juntos en el comité de actividades estudiantiles. Herman era ahora uno de los *editors* de Putnam, la gran editorial, y había sido en buena medida gracias a él que Rhoda encontró su empleo en Waverly Place Books. Kramer, por su parte, era uno de los doscientos cuarenta y cinco vicefiscales de distrito del Bronx. Pero Greg, Greg, con su vestir modernoso y su adorable Mary Lou la Super Rubia a su lado, era uno de los redactores del *Village Voice*. Hasta ahora, Greg era el único de los tres cuya estrella se había elevado de verdad. Una circunstancia que se notó desde el instante mismo en que se sentaron a la mesa. Cuando alguno de los otros quería hacer una observación, la expresaba mirando a Greg.

Así, Herman miraba a Greg cuando dijo:

—¿Habéis estado en Dean and DeLuca? ¿Os habéis fijado en los precios? Salmón... ahumado... escocés... ¡a treinta y tres dólares la libra! Susan y yo hemos ido hoy.

Greg sonrió con expresión de sabelotodo.

—Esa tienda es para la Short Hills Seville Set.

—¿Short Hills Seville Set? —preguntó Rhoda. Mi esposa, tan tonta que sólo sabe dar pie para que los otros se luzcan, pensó Larry. Es más, le miró con esa sonrisa que suele adoptar la gente cuando sabe de antemano que la respuesta será ingeniosísima.

—Sí —dijo Greg—. Echa una ojeada ahí afuera. —Esto dicho con acento tan atroz como el de Rhoda—. Un coche de cada dos es un Cadillac Seville con matrícula de Jersey. Y fíjate en cómo viste esa gente. —No sólo hablaba con un acento atroz, sino que, encima, hablaba con esa potencia de 300 vatios que es la marca de fábrica de David Brenner, el cómico—. Viven como marajás en esos pisos estilo georgiano de Short Hills, pisos de seis dormitorios, no creas, y visten cazadoras de aviador y tejanos, y tienen Cadillacs modelo Seville y cada sábado vienen en coche al SoHo.

Pese al ofensivo acento, Rhoda y Herman y Susan rieron con expresiones de admiración, como si aquel imbécil fuese el único que estuviera en el ajo. La única que no parecía sentirse muy impresionada por esta demostración de desdén esnob fue Mary Lou la Super Rubia Ojazos. Kramer decidió que, si se le ocurría alguna frase brillante, la diría mirándola a ella.

Greg se había lanzado a hacer una disquisición sobre los elementos burgueses que estaban invadiendo últimamente el barrio de los artistas. ¿Por qué no empezaba señalándose a sí mismo como primer culpable de aquel delito? Menuda pinta. Una barba pelirroja y ondulada, tan enorme como la del rey de corazones, bajo la que ocultaba su hundido y diminuto mentón... una americana de tweed verde negruzco, con hombreras enormes y solapas anchas, con el vértice a la altura de sus costillas... una camiseta negra con el logo del grupo Pus Caserole en mirad del pecho...

pantalones negros con remaches metálicos... el cabello engominado, con ese look húmedo que resultaba tan... tan Post-Punk, tan Downtown, tan... moderno... Pero de hecho no era más que un buen chico judío de Riverdale, es decir del Short Hills de la ciudad de Nueva York, y sus padres vivían en una bonira y gran casa estilo colonial, o Tudor, o lo que fuera... Un insignificante personajillo de clase media... un colaborador del *Village Voice*, un *enterado*, propietario de Mary Lou Super-piernas... Greg había empezado a vivir con Mary Lou cuando ella era alumna del seminario sobre periodismo de investigación que él estuvo dando hacía un par de años en la Universidad de Nueva York. Mary Lou tenía un tipazo impresionante, unos pechos *sobresalientes*, y el clásico aspecto wasp. En la Universidad de Nueva York, destacaba como un ser procedente de otro planeta. Kramer solía llamarla Mary Lou Amado-Greg, porque era una forma de decir que la chica había abandonado su verdadera identidad para poder vivir con Greg. Aquella chica era un fastidio para todos. Era un fastidio para Kramer, sobre todo. Porque Kramer la encontraba densa, distante... intensamente deseable. Le recordaba a la chica del pintalabios marrón. Y esto era lo que hacía más envidiable a Greg, el hecho de que poseyera a esa criatura despampanante, y que la poseyera sin haber asumido obligación alguna, sin haber tenido que meterse en una colmena del West Side, sin cargar con ninguna niñera inglesa, sin tener que contemplar impotente cómo su mujer se iba convirtiendo paulatinamente en una mamá de aldea judía... Kramer lanzó una mirada a Rhoda, miró a su rostro saludable y gordezuelo, e inmediatamente se sintió culpable. Kramer *quería* a su hijo, y estaba *atado* a Rhoda, para siempre, en una unión sagrada... y sin embargo... *¡Esto es Nueva York! ¡Y aún soy joven!*

Apenas prestó atención a lo que decía Greg. Su mirada erraba de un lado para otro. Durante un momento sus ojos se cruzaron con los de Mary Lou. Los ojos de Mary Lou sostuvieron su mirada. *Tal vez...* Pero no podía sostener eternamente esa mirada. Volvió la vista hacia la ventana y miró a la gente que caminaba por West Broadway. Casi todo el mundo era joven, o juvenil, todos tan elegantes, burbujeantes, con su ropa punky de lujo en aquel perfecto sábado de finales de primavera.

Y, allí y entonces, sentado a la mesa del Haipliong Harbor, Kramer juró que *también él* formaría parte de ese mundo. La chica del pintalabios marrón...

...había sostenido su mirada, y él había sostenido la de ella, cuando fue emitido el veredicto. Kramer ganó la batalla. Había convencido al jurado, y hundido a Herbert, cuya sentencia sería de tres a seis, como mínimo, pues ya tenía antecedentes, una condena por un delito de mayor cuantía. Kramer había hecho gala de toda su dureza, toda su temeridad, toda su astucia, y había ganado. Y había *conquistado* a la chica del pintalabios marrón. Cuando el portavoz del jurado, un negro llamado Forester, anunció el veredicto, Kramer miró a los ojos de la chica, y ella miró a los de él, y permanecieron así durante lo que a Kramer le pareció un largo rato. Seguro.

Kramer trató de cruzar de nuevo su mirada con la de Mary Lou pero no lo consiguió. Rhoda estaba estudiando la carta. Le oyó preguntarle a Susan Rappaport si había comido algo antes de ir al restaurante. Le oyó preguntárselo con su penoso, con su incomprensible acento.

A lo cual, con un acento no menos penoso, no menos incomprensible, Susan repuso:

—No. ¿Y tú?

—Me moría de ganas de salir de casa. Hasta dentro de dieciséis años no podré repetir una salida como ésta.

—¿En serio?

—No sabes lo que es: venir al SoHo simplemente porque me aperecía venir al SoHo. O ir a cualquier parte. Pronto se me acaba. La niñera nos deja el miércoles.

—¿Y por qué no buscas a otra persona?

—¿Bromeas? ¿Quieres saber cuánto nos cobra esa mujer?

—¿Cuánto?

—Quinientos veinticinco dólares a la semana. Mi madre nos lo ha pagado. Cuatro semanas solamente.

Muchas gracias, Rhoda. Sigue así. Cuéntales a estas charlatanas que tu marido no puede ni siquiera permitirse el lujo de pagar a una niñera. Kramer vio que los ojos de Susan dejaban de mirar a Rhoda para volverse hacia la calle. En la acera, justo al otro lado del cristal, un joven miraba hacia el interior del restaurante. Si no hubiera sido por el grueso cristal, habría metido la cabeza hasta el centro mismo de la mesa. Y el tipo siguió mirando, mirando, mirando, hasta rozar casi el cristal con la punta de la nariz. Los seis que estaban sentados a la mesa se habían vuelto, pero, al parecer, él no les veía. Tenía una cara delgada, sin arrugas, joven, con el pelo rizado de color castaño. Con su camisa abierta y el cuello de su chaquetón azul marino, parecía un joven aviador de los primeros tiempos.

Mary Lou Caricias se volvió hacia Susan y le dirigió una mirada maliciosa:

—Tendríamos que preguntarle si ha comido ya.

—Hummmmm —dijo Susan, que, al igual que Rhoda, ya había adquirido su primera capa subcutánea de matrona.

—Yo diría que tiene hambre —dijo Mary Lou.

—Yo diría que es un subnormal —dijo Greg. Greg se encontraba a menos de un palmo del joven, y el contraste entre el aspecto enfermizo de Greg, que tenía pinta de comadreja ex hippie de Downtown, y el rostro sonrosado y sanote del joven, era increíble. Kramer se preguntó si se habrían fijado los demás. Mary Lou debía de haberlo notado. Este gilipollas barbudo de Riverdale no se la merecía.

Kramer volvió a encontrarse un momento con la mirada de Mary Lou, pero ella se concentró de nuevo en el joven de la ventana, que, desconcertado por el reflejo,

terminó retirándose y alejándose West Broadway arriba. En la espalda de su cazadora llevaba un relámpago dorado sobre el cual se leía: RADARTRONIC SECURITY.

—Radartronic Security —dijo Greg en un tono que subrayaba que aquel chico no era más que una cifra, un don nadie, pese a que hubiese impresionado a Mary Lou.

—Pues si crees que trabaja en alguna empresa de seguridad, te equivocas —dijo Kramer. Estaba decidido a atrapar la atención de Mary Lou.

—¿Por qué? —dijo Greg.

—Porque yo conozco muy bien a los empleados de esas empresas, los veo cada día. Si de ello dependiera mi vida, no contrataría jamás a ningún guardia de seguridad de Nueva York. No hay ni uno que no sea apache.

—¿Apache? —preguntó Mary Lou.

—Que no haya sido condenado al menos una vez por algún delito con agravante de violencia.

—Venga, venga —dijo Herman—. Es imposible.

Kramer había logrado llamar la atención de todos. Estaba haciendo su papel de hombre duro, el Macho del Bronx.

—Bueno, quizá no todos, pero como mínimo un sesenta por ciento de esos guardias. Tendrías que venir una mañana a ver lo que ocurre en las horas que dedicamos al regateo en torno a la clasificación de los delitos en los juzgados. Una de las formas de buscar una rebaja de la categoría delictiva, y por lo tanto del grado de sentencia, consiste en declarar que el acusado tiene un empleo. Si lo tiene, se supone que eso demuestra que está arraigado en la comunidad y esas cosas. De modo que el juez suele preguntarles a esos chicos si trabajan en algún sitio. Bueno, y estoy hablando de chicos a los que se acusa de atraco a mano armada, robo con escalo, homicidio, intento de homicidio, de todo. Y no hay ninguno que, en caso de tener trabajo, no nos salga con lo de que «Soy guardia de seguridad». En serio. ¿Qué clase de gentuza creéis que acepta esos trabajos? Pagan el salario mínimo, aburren a cualquiera y, cuando el trabajo no resulta aburrido, siempre es desagradable o incluso muy peligroso.

—Es posible que puedan hacerlo mejor que otros —dijo Greg—. Les gusta meterse en jaleos, y saben manejar armas.

Rhoda y Susan rieron. Qué ingenioso, qué ingenioso.

Mary Lou no rió. Siguió mirando a Kramer.

—Sin duda —dijo Kramer. No quería perder el mando de la situación, ni la mirada de esos ojos azules de grandes pechos—. En el Bronx, todo el mundo lleva armas. Voy a contaros un caso que acabo de ganar.

¡Ahhhh! Era su oportunidad de contarles cómo se había producido el triunfo del Pueblo contra ese desesperado asesino que se hacía llamar Herbert 92X, de modo que se zambulló en su relato. Pero Greg se dedicó a ponerle obstáculos desde el principio.

En cuanto oyó ese nombre, Herbert 92X, le interrumpió para contar un reportaje sobre cárceles que había escrito para el *Village Voice*.

—Si no fuera por los musulmanes, las prisiones de esta ciudad estarían auténticamente descontroladas.

Menuda mentira, pero Kramer no quería empezar una discusión sobre los musulmanes y las anécdotas de Greg. De modo que dijo:

—En realidad, Herbert no es musulmán. Vamos, me parece que los musulmanes no suelen frecuentar los bares, ¿no?

La historia avanzaba lentamente. Greg estaba enterado de todo. Lo sabía todo sobre los musulmanes, las cárceles, la delincuencia y la vida callejera de aquella ciudad superpoblada. Y comenzó a darle la vuelta a la historia de Kramer, a lograr que se volviera contra él. ¿Por qué, quiso saber, tenían tantísimas ganas de condenar a un hombre que no había hecho más que seguir el mandato de su instinto, que sólo había tratado de salvar su propio pellejo?

—¡Pero Herbert *mató a* un hombre, Greg! ¡Y con un arma que llevaba siempre encima, rutinariamente, y para la que no tenía permiso!

—Ya, pero piensa en la clase de trabajo que hace... Una ocupación peligrosa, sin duda alguna. Tú mismo decías hace poco que en el Bronx todo el mundo lleva armas.

—¿La clase de *trabajo* que hace? Bien, pensemos en su trabajo. ¡Trabaja para un delincuente!

—Y qué quieres, ¿que trabaje para la IBM?

—Lo dices como si fuera imposible. Tendrías que saber que la IBM tiene muchos programas para dar empleo a las minorías. Pero Herbert no hubiese aceptado un trabajo así aunque se lo regalasen. Herbert es un jugador. Un buscavidas que trata de encubrir su verdadera naturaleza con la capa de esa supuesta religiosidad, pero luego, ¿cómo vive? Sigue siendo un tipo infantil, caprichoso, excéntrico, irresponsable...

De repente Kramer se dio cuenta de que estaban mirándole, todos, de una forma bastante extraña. Rhoda... Mary Lou... Le miraban como se mira a un reaccionario que por fin está dando la cara. Había ido demasiado lejos en su ataque contra Herbert... Estaba cantando la canción del Sistema, con sus acentos más reaccionarios... Parecía una de aquellas discusiones que habían sostenido en sus tiempos de universitarios, con la diferencia de que todos ellos habían cumplido ya los treinta, y le miraban como si hubiese hecho o dicho algo imperdonable. Y Kramer supo al instante que no habría modo de explicarles en unos minutos todo lo que había tenido que ver durante los últimos seis años. Ninguno de ellos lo entendería, y, menos que nadie, Greg, que había agarrado su triunfo sobre Herbert y se lo estaba haciendo tragar por la fuerza.

Las cosas estaban yéndole tan mal que Rhoda se sintió forzada a acudir en su ayuda.

—No lo entiendes, Greg —dijo—. No tienes ni idea de los casos con los que Larry tiene que enfrentarse. Hay siete mil causas judiciales cada año en el Bronx, y los juzgados sólo pueden resolver quinientos casos anuales. Es imposible que analicen hasta el último matiz de cada encausamiento, que tomen en consideración todo eso que tú decías.

—Imagino fácilmente cómo le habrán explicado eso al tal Herbert.

Kramer alzó la vista al techo del Haiphong Harbor.

Estaba pintado de negro y cruzado por toda clase de conductos, tubos y pantallas de luz. Recordaba unos intestinos. ¡Y que su propia mujer le hiciera eso! No se le había ocurrido mejor forma de defenderle que diciendo: «Mirad, Larry tiene que ir metiendo en la cárcel a tantísimos negros y latinos, que le falta tiempo para verles como individuos. No le tratéis con tanta severidad.» Kramer se había esforzado de verdad en el caso de Herbert 92X, lo había llevado con brillantez, había mirado a los ojos del propio Herbert, había vengado a Nestor Cabrillo, la víctima, el padre de cinco hijos: ¿y qué pago recibía ahora? Tener que defenderse *a sí mismo* ante aquella pandilla de intelectualoides modernos mientras comía en un bistro moderno del modernísimo SoHo.

Pasó revista a los comensales. Incluso Mary Lou le miraba mal. Aquella jamona de grandes pechos resultaba ahora tan moderna como los demás.

Sí. Pero había alguien que entendía el caso de Herbert 92X, que sabía cuán brillante había sido su actuación, que comprendía lo justo del veredicto que él había conseguido, y, al lado de ella, Mary Lou Pechugona no era más que...

Por un momento captó de nuevo la mirada de Mary Lou, pero ya no brillaba.

11. Las palabras en el suelo

La bolsa de París, la Bourse, sólo estaba abierta dos horas diarias, de una a tres de la tarde, es decir de siete a nueve de la mañana según el horario de Nueva York. De modo que, el lunes, Sherman llegó a las oficinas de Pierce & Pierce a las seis y media de la mañana. Ahora ya eran las siete y media, y Sherman estaba sentado a su mesa, con el teléfono en la oreja izquierda y su pie derecho sobre la caja de limpiabotas de Felix.

A esa hora ya resonaban en la sala los aullidos de todos aquellos jóvenes que luchaban por ganar dinero, pues el mercado estaba haciéndose cada vez más internacional. Frente a Sherman se encontraba el joven señorito de la Pampa, Argüello, con el reléfono aplicado a la oreja derecha y la mano izquierda tapando su oreja izquierda, hablando, casi seguro, con Tokio. Cuando Sherman llegó, él llevaba ya doce horas trabajando en la venta de una tremenda cantidad de bonos del Tesoro norteamericano al servicio postal japonés. Sherman era incapaz de imaginar cómo se las había arreglado aquel jovencillo para meterle mano a semejante negocio, pero ahí estaba. La bolsa de Tokio permanecía abierta de las 7'30 de la tarde hasta las 4 de la madrugada, hora de Nueva York. Argüello se había puesto unos tirantes de paracaidista, con imágenes de Tweety Pie, el personaje de la tira cómica, pero eso no importaba. Al fin y al cabo, estaba trabajando, y Sherman se encontraba en paz con él y con el mundo.

Felix, encorvado, le sacaba brillo al zapato derecho de Sherman, una suerte de abarca de New & Lingwood, con un trapo especial. A Sherman le gustaba que, al alzar un poco el pie, se le flexionara la pierna hasta tensar los músculos y marcarlos en la pernera del pantalón. Así se sentía muy atlético. Y le gustaba ver al limpiabotas encorvado, con la espalda convertida en un caparazón, como si envolviera el zapato con todo su cuerpo y toda su alma. La coronilla de Felix, apenas a un palmo de la altura de sus ojos, tenía una perfecta corona de calvicie color caramelo, lo cual era curioso, pues alrededor de ese hueco su pelo era espeso y parecía sano. A Sherman le gustaba esa perfecta corona calva. Felix era un tipo útil, ridículo, en absoluto joven, resentido, y agudo.

Junto a su caja de limpiabotas, Felix había dejado un ejemplar del *City Light*, abierto, a fin de ir leyéndolo mientras trabajaba. La página 2 contenía prácticamente todas las noticias internacionales del *City Light*. El titular de cabecera decía: UN BEBÉ SUFRE UNA CAÍDA DE SESENTA METROS, Y RESULTA ILESO. La noticia estaba fechada en Elaiochori, una población griega. Pero a Sherman le pareció muy bien. La prensa sensacionalista había dejado de resultarle amenazadora. Habían transcurrido cinco días sin que ninguno de los diarios mencionase ningún horrible accidente ocurrido en una rampa del Bronx. Había pasado lo que en su momento dijo

Maria. Se habían visto arrastrados a una pelea en plena selva, habían combatido, habían ganado, y la selva jamás protesta por sus bajas.

Esta mañana, Sherman se había comprado solamente el *Times* en la tiendecita de Lexington. De hecho, las noticias que había leído trataban de los soviéticos, de Sri Lanka, de las refriegas internas de la Reserva Federal, y, en el curso del recorrido del taxi hasta la parte baja de Manhattan, ni siquiera había abierto la sección de noticias locales.

Tras una semana de terror, por fin podía concentrarse en los números verde radiactivo que se deslizaban por la pantalla negra. Podía concentrarse en el negocio que tenía entre manos... en los Giscard...

Bernard Levy, el francés de Traders Trust Co., con el que solía hacer transacciones, se encontraba ahora en Francia, llevando a cabo las últimas investigaciones preparatorias en torno a los Giscard. Una vez concluido su trabajo, Trader T comprometería en la operación 300 millones de dólares, y el contrato de compraventa sería enviado a una imprenta... las *migajas*... el despectivo término usado por Judy apareció en su mente y desapareció de nuevo... migajas... ¿Y qué...? Eran migajas de oro... Se concentró en la voz de Levy, que le hablaba desde el otro extremo de la carambola vía satélite:

—De modo que, mira, Sherman, el problema es éste: los datos de la deuda exterior que acaba de publicar aquí el gobierno han puesto a todo el mundo de uñas. El franco está bajando, y por fuerza seguirá bajando, y al mismo tiempo, bueno, ya sabes, el oro también baja, aunque sea por motivos diferentes. La cuestión es saber en qué nivel tocará fondo, y cuándo...

Sherman se limitó a dejarle hablar. No era raro que la gente se pusiera nerviosa antes de comprometer una cifra de 300 millones de dólares en una operación. Sherman llevaba hablando con Bernard diariamente desde hacía ya seis semanas, y casi no recordaba ya su cara. Mi donut francés, pensó; e inmediatamente comprendió que era el chiste de Rawlie Thorpe, el chiste producido por el escepticismo, el sarcasmo, el nihilismo, el pesimismo de Rawlie, todo lo cual se podía resumir en una sola expresión, la *debilidad* de Rawlie, de modo que borró de su mente la palabra *donut* del mismo modo que había borrado la palabra *migajas*. Esta mañana se sentía otra vez del lado de la fuerza, del lado del Destino. Estaba casi a punto de permitirse... otra vez... sí, el Amo del Universo... Los aullidos de los jóvenes titanes atronaban el ambiente a su alrededor...

—Estoy en dieciséis, diecisiete. ¿Qué quiere hacer tu cliente?

—¡Cómprame veinticinco de los diez-años!

—¡Vendo!

...y de nuevo le sonó a música. Felix frotaba el cuero del zapato con su trapo, dándole brillo. A Sherman le gustó notar la presión del trapo sobre sus metatarsianos.

Era como un leve masaje para su ego, pensándolo bien: sí, este hombre enorme, encorvado a sus pies, frotándole el zapato con su trapo, con su perfecta corona calva en la cúspide de su cráneo, ignorante de las palancas que Sherman podía accionar, unas palancas capaces de mover un país entero de otro continente, y sin hacer otra cosa que enviar unas cuantas palabras a través del satélite.

—El franco no representa ningún problema —le dijo a Bernard—. Podemos montar una operación de cobertura hasta el próximo enero, o a largo plazo, o hacer ambas cosas.

Notó que Felix le daba unos golpecitos en el pie derecho. Levantó el pie, y Felix se lo cogió y lo colocó a un lado de su caja; luego, Sherman alzó su poderosa y atlética pierna izquierda y apoyó el pie izquierdo en el estribo metálico de la caja de limpiabotas. Felix volvió otra página del diario, lo dobló por la mitad, y lo dejó en el suelo junto a la caja, para en seguida ponerse a trabajar en el otro New & Lingwood.

—Sí, pero las coberturas se pagan —dijo Bernard—, y desde el primer momento hablamos de hacer la operación sólo con el cielo perfectamente despejado y...

Sherman intentó imaginarse a su donut, Bernard, sentado en una oficina en uno de esos pequeños edificios modernos que suelen construir los franceses, con cientos de coches pequeños pegados los unos a los otros y haciendo sonar sus ridículas bocinas abajo, en la calle... abajo... y su mirada cayó casualmente en el periódico que estaba abajo, en el suelo...

Se le puso la carne de gallina en los brazos. En lo alto de la página, la tercera página del *City Light*, un titular decía:

LA MADRE DE UN DESTACADO ALUMNO DE INSTITUTO ACUSA:
LA POLICÍA SE CRUZA DE BRAZOS

Sobre el titular, en letra más pequeña subrayada por una línea negra: *Mientras el joven atropellado está en puertas de la muerte*. Más abajo, *Exclusiva del City Light*. Y más abajo aún: *Por Peter Fallow*. Y debajo del nombre, a una columna, aparecía una foto, el rostro de un joven y sonriente negro, pulcramente vestido con americana oscura, camisa blanca y corbata listada. Su rostro delgado y delicado sonreía.

—Creo que lo más sensato sería averiguar en qué nivel tocará fondo —dijo Bernard.

—Bien, creo que exageras el... hum, el... hum... —*¡Esa cara!*— El... hum, el... —*¡Esa cara delicada y delgada, esa cara que aquí aparece con camisa y corbata! ¡Un joven estudiante!*—, el hum, el problema.

—Ojalá —dijo Bernard—. De todos modos, esperar un poco no va a perjudicarnos.

—¿Esperar? —*¡Eh! ¿Necesita ayuda? ¡Esa cara asustada, delicada! ¡La cara de*

un buen chico! ¿Qué había dicho Bernard? ¿Esperar?—. No lo entiendo, Bernard. ¡Lo tenemos todo a punto!

Sherman no había tenido intención de subrayar tanto su frase. No había querido sonar tan apremiante. Pero sus ojos estaban clavados en la página abierta en el suelo.

Tratando de reprimir las lágrimas, una viuda del Bronx declaró ayer al *City Light* que su hijo de dieciocho años, brillante alumno de instituto, fue atropellado por un sedán de lujo que avanzaba por la calle a toda velocidad, y dijo que la policía y la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx se habían cruzado de brazos y se negaban a investigar el caso.

Mrs. Annie Lamb, oficinista del departamento de Matrimonios del Ayuntamiento, dijo que su hijo Henry, de dieciocho años, un estudiante brillantísimo que está a punto de terminar la enseñanza media en el Instituto Coronel Jacob Ruppert, pudo darle parte de la matrícula del coche, un Mercedes-Benz, antes de caer en coma.

«Pero el funcionario de la Oficina del Fiscal de Distrito dijo que esta información era inútil», dijo Mrs. Lamb, pues, según alegó el funcionario, el muchacho es el único testigo del accidente, al menos hasta ahora.

Los médicos del Lincoln Hospital han declarado que el coma es «probablemente irreversible» y dicen que el estado del joven Henry Lamb es «grave».

Lamb y su madre viven en los bloques de protección oficial Edgar Allan Poe, en el Bronx. El joven, que, según sus vecinos y profesores, es «un muchacho ejemplar», tenía que ingresar el próximo otoño en la universidad.

El profesor de literatura de Henry Lamb en el instituto, Zane J. Rifkind, declaró al *City Light*: «Es una tragedia. Henry forma parte de esa notable y pequeña proporción de alumnos que han demostrado ser capaces de superar los múltiples obstáculos que la vida del South Bronx interpone en su camino, y de estudiar con provecho, pese a las muchas dificultades que amenazan con malograr su talento y su futuro. Sólo cabe preguntarse de qué habría sido capaz en la universidad.»

Mrs. Lamb dijo que su hijo salió del apartamento familiar a media tarde del martes pasado. Al parecer iba a comprar comida. Cuando cruzaba el Bruckner Boulevard, dijo Mrs. Lamb, fue atropellado por un Mercedes-Benz en el que iban un hombre y una mujer, blancos los dos. El coche ni siquiera se detuvo. Se trata de un barrio cuyos vecinos son predominantemente negros e hispanos.

Henry Lamb logró llegar al hospital, pero el departamento de urgencias, tras curarle una rotura de muñeca, le dio de alta. A la mañana siguiente dijo

tener un fuerte dolor de cabeza y sentir mareo. Perdió por completo la conciencia cuando ya había sido ingresado en urgencias, y el parte médico afirma que sufrió una conmoción subdural.

Milton Lubell, portavoz del fiscal de distrito del Bronx, Abe Weiss, dijo que dos inspectores y un vicefiscal habían interrogado a Mrs. Lamb, y que «se está llevando a cabo una investigación». Añadió, sin embargo, que en Nueva York hay 2.500 Mercedes-Benz cuya matrícula empieza por R, la letra facilitada por Mrs. Lamb. Según ella, su hijo creía que la segunda letra era una E, F, B, P, o R. «Incluso suponiendo que la segunda letra sea una de las que llegó a mencionar el joven —dijo Lubell—, la cifra todavía sigue siendo altísima, unos quinientos coches...»

RF-Mercedes-Benz: los datos en las páginas de un millón de ejemplares de aquel diario. Y la noticia atravesó el plexo solar de Sherman como una terrible vibración. Su matrícula empezaba por las letras RFH. Horriblemente sediento de noticias del espantoso destino que estaba cayéndole encima, siguió leyendo:

y ni siquiera tenemos la descripción del conductor, y tampoco hay testigos, y...

Eso fue todo lo que alcanzó a leer. Felix había doblado el periódico por la mitad y lo demás estaba en la parte inferior de la página. Un incendio barría su cerebro. Se moría de ganas de agacharse y darle la vuelta al periódico, y se moría de ganas de no tener que saber nunca qué más le revelaría esa información. Entretanto, la voz de Bernard Levy seguía ronroneando desde el otro lado del océano, tras rebotar en un satélite de comunicaciones de la AT&T.

—... hablamos de noventa y seis, si te refieres a ese nivel cuando hablas de «estabilizado». Pero esto empieza a parecer bastante caro porque...

¿Caro? ¿Noventa y seis? *¡No dice nada del otro chico! ¡No dice nada de ninguna rampa, de ninguna barricada, de ningún intento de atraco!* ¡El precio quedó fijado y acordado desde el principio! ¿Cómo se le ocurría volver a discutirlo? *Pero quizá... ¡no hubo intento de atraco!* Sherman había pagado un precio promedio de noventa y cuatro por esos bonos. ¡Un beneficio de sólo dos puntos! ¡No podía rebajarlo! *¡Y que este muchacho de aspecto bondadoso se esté muriendo!* *¡Mi coche!* ¡Tengo que concentrarme en... los Giscard! La operación no debe fallar. No puede fallar, después de tanto tiempo... Y el tabloide parecía hervir en el suelo.

—Bernard —se le había secado la boca—, escúchame, Bernard...

—¿sí?

Aunque quizá, si bajara el pie del estribo...

—¿Félix? ¡Félix!

Felix no parecía oírle. La perfecta corona calva color caramelo de su cabeza seguía moviéndose de un lado para otro mientras le sacaba brillo a su zapato New & Lingwood.

—¡Félix!

—¡Eh, Sherman! ¿Qué decías?

En su oído, la voz del donut francés, sentado sobre 300 millones de bonos con aval oro; en sus ojos, la coronilla de un negro sentado a sus pies. —Disculpa, Bernard... Un instante... ¡Félix! —¿Félix, decías?

—¡No, Bernard! Espera un momento... ¡Félix!

Felix dejó de sacarle brillo al zapato y alzó la vista.

—Lo siento, Felix, necesito estirar la pierna un momento.

El donut francés:

—Oye, Sherman, no entiendo qué dices...

Sherman levantó el pie del estribo y extendió la pierna con mucho aparato, como si se le hubiese quedado dormida.

—¿Sherman, sigues ahí?

—¡Sí! Discúlpame un momento, Bernard.

Tal como Sherman imaginaba, Felix aprovechó esta oportunidad para volver el diario y leer así la mitad inferior de la página. Sherman apoyó de nuevo el pie en el estribo, Felix se encorvó otra vez sobre el zapato, y Sherman bajó un poco la cabeza hasta enfocar las letras de la página. De hecho, inclinó la cabeza hasta acercársela tanto a la de Felix, que éste alzó la vista. Sherman retrocedió un poco y sonrió.

—¡Perdón! —dijo.

—¿Has dicho perdón? —dijo Bernard.

—Disculpa, Bernard, hablaba con otra persona.

Felix hizo un gesto desaprobador, pero volvió a su trabajo.

—¿«Disculpa»? —repitió el donut francés, que seguía sin entender nada.

—No importa, Bernard. Estaba hablando con otra persona.

Lentamente, Sherman volvió a bajar la cabeza y fijó la vista en la letra impresa.

...nadie, ni siquiera el desdichado joven, puede explicarnos qué fue exactamente lo que pasó.»

—Sherman, ¿sigues ahí? Sherman...

—Sí, Bernard, lo siento. Huuum... ¿puedes repetirme lo que estabas diciendo sobre el precio? Porque, en realidad, en eso ya habíamos llegado a un acuerdo. ¡Hace *semanas* que nos habíamos puesto de acuerdo!

—¿Repetir?

—Si no te importa... Es que me han interrumpido.

Un gran suspiro procedente de Europa, vía satélite.

—Te decía que hemos pasado de una situación estable a una situación bastante inestable. Ya no podemos hacer extrapolaciones de las cifras con las que contábamos al principio, cuando nos propusiste esa operación...

Sherman trató de prestar atención a ambas cosas simultáneamente, pero al poco rato las palabras del francés se convirtieron en una monótona llovizna, una llovizna vía satélite, mientras él se dedicaba a devorar la letra impresa que alcanzaba a ver por encima de la cabeza del limpiabotas:

Pero el reverendo Reginald Bacon, presidente de Solidaridad de Todos los Pueblos, una organización con base en Harlem, ha dicho que esto era «la vieja historia de siempre. La vida humana, cuando se trata de la vida de los negros o de los hispanos, carece casi totalmente de valor para la estructura del poder. Si el chico hubiera sido blanco, si le hubiesen atropellado en Park Avenue, y si el conductor del coche hubiera sido negro, no estarían ahora entretenidos con estadísticas ni con obstáculos legales.»

Por otro lado, el reverendo Reginald Bacon dijo que era «un escándalo» que el hospital no diagnosticara la conmoción cerebral de Henry Lamb desde el primer momento, y ha exigido una investigación al respecto.

Entretanto, los vecinos han acudido al pequeño y pulcro apartamento de Mrs. Lamb para consolarla en esta nueva tragedia sufrida por su familia.

«El padre de Henry fue asesinado aquí mismo, hace seis años», declaró Mrs. Lamb al *City Light*, señalando a través de una ventana que da a la entrada del grupo de bloques Edgar Allan Poe. Monroe Lamb, que tenía entonces 36 años, fue asesinado a tiros por un atracador, cuando regresaba una noche de su trabajo de reparador de sistemas de aire acondicionado.

«Si pierdo también a Henry, para mí será el final, y a nadie le va a importar —dijo Mrs. Lamb—. La policía jamás llegó a encontrar al asesino de mi esposo, y ahora ni siquiera quiere buscar a la persona que le hizo eso a Henry.»

El reverendo Bacon declaró sin embargo que presionará a las autoridades hasta que éstas actúen. «Si la estructura de poder pretende decirnos que no le importa lo que nos ocurra, ni siquiera lo que pueda ocurrirle a uno de nuestros mejores jóvenes, los que son la esperanza de estos barrios, ha llegado el momento de transmitirle a la estructura de poder un mensaje muy claro: Vuestros nombres, les vamos a decir, no están grabados en unas tablas que alguien bajó de la montaña. Se acercan las elecciones, y vais a ser sustituidos por otros.»

Abe Weiss, fiscal del distrito, se enfrenta a un duro rival en las primarias del Partido Demócrata, que se celebrarán el próximo diciembre. El diputado del congreso estatal de Nueva York, Robert Santiago, cuenta con el respaldo del reverendo Bacon, del diputado Joseph Leonard, y de otros líderes negros, así como con el de los líderes portorriqueños de las zonas sur y central del Bronx.

—...de modo que lo que yo digo es que habría que dejarlo reposar unas semanas, dejar que se posen las partículas. Para entonces ya sabremos en que nivel tocarán fondo. Sabremos si los precios acordados son o no realistas. Sabremos...

De repente Sherman comprendió qué estaba diciéndole aquel franchute asustado. Pero él no podía esperar, y menos con esa amenaza pesando sobre su cabeza, necesitaba un gran contrato, un contrato impreso con todos los honores, y lo necesitaba ahora, ¡ahora!

—Bernard, escúchame tú ahora. No podemos esperar. Hemos pasado mucho tiempo organizando este proyecto. No hace ninguna falta que esperemos más. Ya está todo dispuesto. ¡Tenemos que actuar ahora mismo! ¡Tenemos que reunir fuerzas y actuar! ¡Ya hemos discutido todo eso que dices hace mucho tiempo! Lo que les ocurra al franco francés o al oro hoy o mañana, en el día a día, no tiene ninguna importancia.

Mientras hablaba, notó el tono fatalmente apremiante de sus palabras. Y, en Wall Street, un vendedor que perdiese la calma era un vendedor muerto. ¡Lo sabía! Pero no podía refrenarse...

—No puedo cerrar los ojos, y eso es lo que tú me pides, Sherman.

—Nadie te lo pide. —Zoc. Un golpe leve. Un chico alto y delicado, ¡un buen estudiante! Aquella idea terrible se apoderó de toda su conciencia: en realidad no eran más que un par de chicos bien intencionados que trataban de ayudarnos... La rampa, la oscuridad... Pero ¿y el otro, y el más fuerte? No decía nada del otro chico... No decía nada de la rampa... Eso no tenía sentido... Quizá no fuese más que una coincidencia... otro Mercedes... R... dos mil quinientos Mercedes cuya matrícula empieza por R...

Pero ¿también en el Bronx? ¿Y la misma tarde?

De nuevo le caló hasta el fondo lo horrible de la situación.

—Lo siento, pero una operación de esta magnitud exige cierta prudencia, Sherman. No quedará otro remedio que seguir empollando los huevos algún tiempo más.

—¿Qué dices? ¿Cuánto tiempo es eso de «algún tiempo más»? —¿Estaban en condiciones de revisar uno por uno esos dos mil quinientos Mercedes?

—Pues la semana próxima, o la otra. Yo diría que, como máximo, tres semanas.

—¡Tres semanas!

—Piensa que, por otro lado, se nos vienen encima unas cuantas emisiones nuevas, de las más grandes, y eso no hay modo de evitarlo.

—¡No puedo esperar tres semanas, Bernard! Vamos a ver, apenas si has mencionado unos cuantos problemas secundarios... ¡Y son problemas que te resolví hace tiempo! ¡Eso no son ni siquiera problemas! ¡Ya te he cubierto frente a todas esas eventualidades! ¡Maldita sea, actúa de una vez! ¡Ahora! ¡Tres semanas no te van a servir de nada!

En Wall Street, este tono estaba estrictamente fuera de lugar.

Una pausa. Y luego, otra vez la voz paciente del donut desde París, vía satélite:

—Sherman. Por favor. Cuando alguien se va a jugar 300 millones, jamás actúa con prisas.

—Pues claro que no. Por supuesto. Sólo que ya te he explicado...

Sherman sabía muy bien que tenía que abandonar esa actitud acalorada, apremiante, lo antes posible, que tenía que volver a convertirse en el hombre sereno y frío del piso cincuenta de Pierce & Pierce, el mismo Sherman con el que había tratado hasta ahora el donut francés de Trader T, una figura confiada y poderosa, pero... por fuerza tenía que ser su coche. ¡Seguro! ¡Un Mercedes RF, un hombre y una mujer, los dos blancos!

El incendio desató toda su furia en el interior de su cráneo. El negro seguía sacándole brillo a su zapato. El jaleo de la sala de bonos le cercó como una jauría de animales salvajes:

—¡Dice que acepta a seis! ¡Y tú me ofreces cinco!

—¡Vende! ¡La Reserva Federal está cambiando de actitud!

—¡La Reserva compra todos los cupones!

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Vende de una vez!

Todo era confusión en la Sala 62, bajo la presidencia del juez Jerome Meldnick. Detrás de la mesa del secretario, Kramer observó con divertido desprecio el asombro que reflejaba la cara de Meldnick. En lo alto del estrado, el ancho rostro paliducho del juez parecía un queso gouda. En estos momentos estaba inclinado hacia su asesor jurídico, Jonathan Steadman. Toda la preparación legal con la que Meldnick se enfrentaba a los casos que llegaban a su tribunal estaba contenida en los límites del cerebro de Steadman. Meldnick había trabajado como secretario general del sindicato de maestros, uno de los sindicatos más fuertes y sólidos que tenía el Partido Demócrata en todo el estado, y, de repente, el gobernador le nombró, en reconocimiento de su potencial jurídico y, sobre todo, de los años de trabajo en favor del partido, nada menos que magistrado de la Audiencia del condado. Pero Meldnick sólo había podido poner en práctica sus conocimientos de leyes durante la remota

época en la que trabajó como chico de recados para un tío suyo que era abogado, un especialista en herencias y contratos inmobiliarios, instalado en un bufete que ocupaba dos pisos de una casa de Queens Boulevard.

Irving Bietelberg, defensor de un delincuente peligroso llamado Willie Francisco, se había puesto de puntillas al otro lado, y trataba de oír lo que Steadman le decía al juez. En cuanto al acusado, Francisco, un gordo de veintidós años con bigotillo delgado y camisa a listas rojas y blancas, también estaba en pie, y no paraba de gritarle a Bietelberg: «¡Eh! ¡Oiga! ¡Eh!» Tres guardias del juzgado habían tomado posiciones detrás y a ambos lados de Francisco, por si se excitaba más de la cuenta. De hecho, les hubiese encantado volarle la cabeza, pues Francisco se había cargado sin parpadear a un policía. El policía había logrado detenerle cuando Francisco salía a la carrera de una tienda de óptica, con unas gafas de sol Porsche en la mano. Las gafas de sol Porsche estaban muy de moda en la parte del Bronx conocida como Morrisiana, debido a que costaban 250 dólares, y a que llevaban el nombre Porsche grabado en letras blancas sobre el borde superior del cristal izquierdo. Willie Francisco había entrado en la óptica con una receta falsificada del seguro Medicaid para unas gafas, y anunció que quería unas Porsche. El dependiente le dijo que no se las podía dar, porque Medicaid no reembolsaría a la tienda unas gafas tan caras. De modo que Willie cogió las Porsche, salió corriendo, y le pegó un tiro al policía.

Era el típico caso de mierda, un caso que se podía resolver en un abrir y cerrar de ojos, y Jimmy Caughey no tendría que alzar siquiera la voz para ganarlo. El jurado se había retirado a deliberar la tarde anterior, y al cabo de seis horas reapareció sin veredicto. Esta mañana, Meldnick se encontraba «pasando lista» lentamente cuando le llegó el aviso de que el jurado ya tenía veredicto. Los miembros del jurado entraron en fila india, y su portavoz dijo que el veredicto era: culpable. Bietelberg, de acuerdo con la costumbre establecida, pidió que cada miembro del jurado expusiera públicamente su propio voto. «Culpable», «Culpable», «Culpable» dijeron todos, hasta que le llegó el turno a un blanco viejo y obeso, Lester McGuigan, que también dijo: «Culpable», pero que luego miró a los ojos de Willie Francisco, unos ojos desprovistos de sus Porsche, y añadió:

—No estoy completamente seguro, pero supongo que he de votar y así es como he votado.

Willie Francisco pegó un brinco y gritó «Juicio viciado de nulidad» antes incluso de que pudiese hacerlo Bietelberg; luego, todo fue una tremenda confusión. Meldnick llamó a Steadman, y así estaban las cosas en este momento. Jimmy Caughey no daba crédito a lo que veía. Los jurados del Bronx solían tener reacciones imprevisibles, pero Caughey había dado por supuesto que McGuigan era uno de sus puntos fuertes. No solamente era blanco, sino que era, además, irlandés. Pero McGuigan había resultado ser un viejo con mucho tiempo que perder, un hombre que pensaba más de

la cuenta y que filosofaba demasiado acerca de todas las cosas, incluso acerca de tipos como Willie Francisco.

A Kramer le hizo reír la perplejidad de Meldnick, pero a Jimmy Caughey aquella circunstancia no le hizo la menor gracia. Kramer terminó, sin embargo, apiadándose de Jimmy. Él había llegado a la sala 62 para un caso tan de mierda como el de su colega, y se temía catástrofes parecidas. Kramer debía estar presente para escuchar la moción que iba a presentar el abogado Gerard Scalio en nombre de Jorge y Juan Terzio, unos hermanos, «un auténtico par de necios», que habían intentado atracar una tienda coreana de alimentación situada en Fordham Road, pero que no supieron qué teclas de la registradora debían pulsar para abrir el cajón, y acabaron conformándose con arrancarle un par de anillos a una cliente. Lo cual enfureció de tal modo a otro cliente, Charlie Esposito, que éste salió corriendo tras los hermanos, alcanzó a Jorge, le sujetó, le tumbó, y le dijo: «¿Sabes qué pienso de vosotros? Sois un auténtico par de necios.» A continuación Jorge se metió la mano en el bolsillo, sacó una pistola, y le pegó un tiro en pleno rostro, lo cual fue suficiente para acabar con su vida.

Un típico caso de mierda.

Mientras el escándalo crecía en intensidad y Jimmy Caughey ponía los ojos en blanco, absolutamente desesperado, Kramer se puso a pensar en escenas más alegres. Por fin, esa noche, se reuniría a solas con ella... con la chica del pintalabios marrón.

Muldowny's, ese restaurante del East Side, Tercera Avenida esquina Setenta y cinco... paredes de ladrillo visto, madera clara, latón, cristales emplomados, plantas colgantes... aspirantes a actriz esperando en las mesas... personajes famosos... pero con un ambiente informal, y no excesivamente caro, según lo que había oído contar... el bullir eléctrico de los jóvenes de Manhattan acostumbrados a... la Vida, la buena vida... una mesa para dos... Kramer mirando el rostro de la incomparable Miss Shelly Thomas...

Una vocecita tímida le dijo que no debía hacerlo, o que al menos no debía hacerlo aún. El caso había concluido, al menos en cuanto al juicio, y Herbert 92X había sido condenado, y el jurado había sido disuelto. De modo que, ¿qué daño hacía entrevistándose con un miembro del jurado para averiguar cómo habían ido las deliberaciones? Ninguno... Lo malo, claro, era que la sentencia no había sido confirmada todavía, de modo que, técnicamente, el caso no estaba cerrado. Lo más prudente sería esperar. Pero, entretanto, Miss Shelly Thomas podía... apagarse... olvidar la emoción de esos días en los que estuvo metida en el mundo de la criminalidad... alejarse del éxtasis producido por la magia de aquel joven y temerario vicesfiscal de distrito, aquel pico de oro de potentes esternocleidomastoideos...

Una potente voz masculina le preguntó si pensaba pasarse toda la vida evitando los riesgos. Y Kramer enderezó los hombros. Iría a la cita. ¡Claro que sí! ¡Qué

excitada le había parecido la voz de Miss Shelly Thomas! Casi como si hubiese estado *esperando* su llamada. En aquel momento ella se encontraba en las oficinas de cristal de la MTV en Prischer & Bolka, en el corazón mismo de la Vida, latiendo todavía al ritmo excitante de la dura selva del Bronx, emocionada aún por la fuerza de aquellos seres cuya virilidad les permitía enfrentarse a los depredadores... Kramer la veía... la veía... Cerró los ojos... Su espesa melena castaña, su rostro de alabastro, su pintalabios...

—¡Oiga, Kramer! —Abrió los ojos. Era el secretario—. Le llaman por teléfono.

Cogió el teléfono, que estaba en la mesa del secretario. En el estrado, Meldnick, ese queso gouda consternado, seguía haciendo capillitas con Steadman. Y Willie Francisco seguía gritando:

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Eh!

—Aquí Kramer —dijo Kramer.

—Larry, soy Bernie. ¿Has visto la tercera página del *City Light* de hoy?

—No.

—Hay un reportaje en la página tres sobre el caso de Henry Lamb. Dice que la policía se está cruzando de brazos. Y dice que nosotros estamos haciendo lo mismo. Dice que le dijiste a Mrs. Lamb que la información que te dio era inútil. Es un reportaje muy destacado y amplio.

—¡Qué!

—No menciona tu nombre. Sólo habla de «el funcionario de la Oficina del Fiscal de Distrito».

—¡Es una mentira repugnante, Bernie! ¡Le dije justamente lo contrario, no te jode! ¡Le dije que nos había dado una buena pista! Pero que con eso no bastaba para llevar adelante el caso.

—Pues, mira, Weiss está cabreadísimo. Está dándoles de patadas a las paredes. Milt Lubell baja aquí cada tres minutos. ¿Qué estás haciendo en este momento?

—Espero una moción relacionada con el caso de los hermanos Terzlo, ese par de necios. ¡El caso Lamb! joder. El otro día me dijo Milt que había llamado alguien, algún cabrón de inglés, que dijo ser del *City Light*... Pero, mierda, eso que me cuentas es escandaloso. Es un caso imposible. No hay modo de hacer nada. Supongo que lo entiendes, Bernie.

—Sí, bueno, pero escúchame bien. Consigue un aplazamiento del caso de los dos necios, y ven inmediatamente.

—No puedo. Meldnick está como siempre, con la cabeza entre las manos, y sin entender nada de nada. Un miembro del jurado ha modificado su voto en el caso de Willie Francisco. A Jimmy le sale humo hasta por las orejas. Y aquí no hay modo de hacer nada hasta que Meldnick encuentre alguien que le explique lo que tiene que hacer.

—¿Francisco? Oh, por todos los diablos. ¿Quién está de secretario, Eisenberg?

—Sí.

—Dile que se ponga.

—Eh, Phil —dijo Kramer—. Bernie Fitzgibbon quiere hablar contigo.

Mientras Bernie Fitzgibbon hablaba por teléfono con Phil Eisenberg, Kramer se fue al otro lado de la mesa del secretario para recoger sus papeles del caso de los hermanos Terzio. Era increíble. Esa pobre viuda, Mrs. Lamb, la mujer por la que incluso Martin y Goldberg llegaron a sentir compasión... ¡resultaba no ser más que otra víbora! ¿Dónde había un *City Light*? Se moría de ganas de leerlo. Kramer estaba cerca del estenógrafo, Sullivan, un irlandés altísimo. Sullivan había abandonado su estenotipia, justo al pie de la mesa del juez, y estaba desperezándose. Era un cuarentón bien humorado, de pelo lacio y áspero, famoso en Gibraltar por la pulcritud con que solía vestir. Esa mañana llevaba una americana de tweed, suave y elegante, con brillos campesinos de los Highlands, y Kramer supo que jamás en la vida le llegaría el dinero para comprársela. Por detrás de Kramer apareció un viejo habitual de los juzgados, Joe Hyman, el supervisor de los estenógrafos. Se dirigió a Sullivan y le dijo:

—Tienes un homicidio viniendo para acá. ¿Qué me dices?

—¿Cómo? —dijo Sullivan—. Joder, Joe. Acabo de tener un homicidio. ¿Para qué quiero ahora otro homicidio? Tendré que hacer caravana por la tarde. Y he comprado entradas para el teatro. Treinta y cinco dólares que me ha costado cada una.

—Vale, vale —dijo Hyman—. ¿Y una violación? Hay una violación en la lista de espera.

—Mierda, Joe —dijo Sullivan—. Una violación... eso también significa hacer caravana. ¿Por qué tengo que ser yo? ¿Por qué tiene que tocarme siempre a mí? Sheila Polsky lleva meses sin hacer horas extra. ¿Por qué no se lo dices a ella?

—Tiene un problema en la espalda. No puede estar sentada tantas horas.

—¿Un problema en la espalda? —dijo Sullivan—. Tiene veintiocho años, joder. El único problema que tiene es su jeta.

—De todos modos...

—Mira, voy a pedir que se convoque una reunión. Estoy hasta los huevos de que me toque siempre a mí. Hay que hablar otra vez de los horarios. Y voy a señalar uno por uno a los que siempre acaban escaqueándose.

—Vale —dijo Hyman—. Escúchame bien. Si te quedas con la violación, la semana próxima te pongo a régimen de media jornada. ¿De acuerdo?

—No sé qué decirte —dijo Sullivan. Frunció el entrecejo hasta montarlo sobre la misma nariz, como si tuviese que tomar la decisión más grave de su vida—. ¿Crees que me pedirán copias?

—No lo sé. Es probable.

Copias. Por fin entendió Kramer el motivo por el cual se enfurecía cada vez que veía la elegante ropa de Sullivan. Después de catorce años como estenógrafo de juzgado, Sullivan había alcanzado el techo salarial del funcionario, los 51.000 dólares al año —14.500 más que Kramer—, pero eso era sólo la base. Además de eso, los estenógrafos podían *vender* las transcripciones a tanto la página, y a un mínimo de 4,50 dólares la página. La referencia a las «copias» significaba que cada defensor y cada vicefiscal, más el tribunal, es decir el juez, pedían todos los días transcripciones de la vista oral. Un pedido que le proporcionaba buenas propinas a Sullivan. En caso de que hubiese más de un acusado —lo cual era corriente en casos de violación— podía llegar a sacar de 14 a 15 dólares por página. Según rumores, el año anterior, durante el juicio de una banda de contrabandistas de drogas, un grupo de albaneses, Sullivan y otro estenógrafo se habían repartido 30.000 dólares en sólo dos semanas y media. Para esos tipos, ganar 75.000 al año no era nada especial. Y eso suponía 10.000 más que el juez, y el doble que él. ¡Y no eran más que estenógrafos! ¡Autómatas que accionaban las estenotipias! ¡Tipos que no podían abrir la boca durante un juicio, a no ser que fuera para pedirle al juez que alguien repitiera una palabra o una frase!

Mientras que él, Kramer, graduado de la facultad de derecho de Columbia, vicefiscal de distrito, tenía que preguntarse si le llegaría para invitar a una chica a un restaurante del Upper East Side.

—¡Eh, Kramer!

Era Eisenberg, el secretario, que le devolvía el teléfono.

—Dime, Bernie.

—Ya lo he arreglado todo con Eisenberg, Larry. Pondrá a los hermanos Terzio al final de la sesión que dedicará a «pasar lista». Puedes venir. Ahora mismo. Tenemos que hacer algo en ese asunto de Henry Lamb.

—Los yanquis construyen los bloques de pisos protegidos de una forma muy especial. Los ascensores sólo paran cada dos pisos —dijo Fallow—. Y huelen a meados. Me refiero a los ascensores. En cuanto entras, te llegan los vapores de meados.

—¿Y por qué paran sólo cada dos pisos? —le preguntó Sir Gerald Steiner, que estaba devorando aquella historia de los bajos fondos. El director del diario, Brian Highridge, se encontraba junto al dueño y también parecía en éxtasis. En un rincón del cubículo de Fallow en la sección de local, la sucia gabardina de siempre seguía colgada del perchero, y en su bolsillo seguía estando la cantina de vodka. Pero Fallow contaba ahora con atención, elogios y entusiasmo, y aquello le bastó para superar la resaca de la mañana.

—Imagino que para ahorrarse dinero —dijo—. O para recordarles a esos pobres

diablos que siguen en la miseria. Para los que tienen la suerte de vivir en uno de los pisos en donde para el ascensor, todo va bien, pero a la otra mitad de vecinos no le queda más remedio que subir en ascensor al piso siguiente y luego bajar a pie. Lo cual es muy peligroso en ese barrio. La madre del chico, esa tal Mrs. Lamb, me contó que se quedó casi sin muebles cuando hizo la mudanza a ese bloque. —Fallow no pudo reprimir una sonrisa al recordarlo. La suya fue una de esas sonrisas que dicen: Sí, esta historia es muy triste, pero no por eso deja de ser graciosa—. Subió los muebles en ascensor hasta el piso superior al suyo. Y luego hubo que ir bajándolos, pieza por pieza, y cada vez que regresaban al piso de encima comprobaban que les faltaba alguna cosa. ¡Son las costumbres de allí! ¡Cada vez que se muda un vecino nuevo a uno de los pisos sin parada de ascensor, los antiguos le roban sus pertenencias!

La Rata Muerta y Highridge trataron de contener sus carcajadas, pues al fin y al cabo hablaban de gente muy desdichada. La Rata Muerta se sentó al borde de la mesa de Fallow, lo cual indicaba que todo aquello le gustaba tanto que hasta pensaba quedarse un ratito. El alma de Fallow se lo agradeció. Ahora ya no veía ante sí a... la Rata Muerta... sino a Sir Gerald Steiner, el gran empresario periodístico británico que le había hecho ir a trabajar al Nuevo Mundo.

—Al parecer, lo mejor es no usar jamás la escalera, porque te juegas la vida —continué Fallow—. Mrs. Lamb me aconsejó que no bajara por la escalera, pasara lo que pasase.

—¿Por qué? —preguntó Steiner.

—Las escaleras son, por así decirlo, como las plazas del barrio. Resulta que los pisos están amontonados en esos bloques tan altos, y los bloques están dispuestos así y así —les explicó con las manos una disposición desordenada—, rodeados de lo que en principio tendrían que haber sido jardines. Pero, naturalmente, allí no sobrevive ni una sola hoja de hierba, y, por otro lado, no hay calles ni callejones ni bares ni nada entre los bloques, simplemente eriales abiertos y desérticos. No hay ningún lugar dispuesto para que los vecinos puedan *pecar*. De modo que tienen que usar las escaleras y los rellanos para todas esas actividades. Y te los encuentras en las escaleras haciendo... *de todo*.

Los ojos asombrados de Sir Gerald y del director eran una tentación para Fallow. Eran como una invitación a tomarse toda clase de licencias poéticas.

—Debo confesar que no pude resistir la tentación de echar una ojeada. De modo que decidí seguir la misma ruta que habían seguido Mrs. Lamb y su hijo cuando llegaron por vez primera a ese bloque de las viviendas Edgar Allan Poe.

De hecho, tras haber escuchado esa advertencia, Fallow no se atrevió a pisar la escalera. Pero ahora su cerebro estaba en ebullición, y se le iban ocurriendo las mentiras una tras otra. En su intrépido viaje imaginario por la escalera se encontró

con todos los vicios imaginables: fornicadores, consumidores de crack, de heroína, jugadores de dados, trileros, y más fornicadores.

Steiner y Highridge le miraban boquiabiertos, con los ojos desorbitados.

—¿En serio? —preguntó Highridge—. ¿Y qué hicieron al verte?

—Nada, seguir en lo suyo. ¿Qué podía importarles que pasara un periodista por allí?

—Joder, es puro Hogarth —dijo Steiner—. Gin Lane. Con la sola diferencia de que está todo dispuesto en vertical.

Fallow y Highridge rieron para demostrar el entusiasmo que les merecía esta ingeniosa comparación.

—Gin Lane en Vertical —dijo Highridge—. Podríamos publicar una serie de reportajes sobre este tema. La vida en un barrio bajo de protección oficial, o algo así.

—Lo malo —dijo Steiner— es que los americanos no deben de tener ni idea de qué es eso de Gin Lane, ni tampoco les sonará Hogarth.

—Eso no sería complicado —dijo Highridge—. Es como cuando publicamos todo aquello sobre el Barbazul de Howard Beach. Estoy seguro de que aquí no había nadie que tuviera ni remota idea de quién fue Barbazul, pero se les puede explicar en un párrafo, y encima se quedan tan contentos por haber aprendido una cosa más. Y Peter Fallow podría ser nuestro Hogarth.

Fallow sintió un estremecimiento de alarma.

—Pensándolo bien —dijo Steiner—, quizá no fuese tan buena idea.

Fallow se sintió aliviadísimo.

—¿Por qué no, Jerry? —preguntó Highridge—. Más bien creo que has dado con una idea sensacional.

—Bien, creo que se trata de un tema de gran importancia intrínseca. Pero ya sabes lo sensibles que son aquí para esta clase de cosas. Si sacáramos una serie sobre bloques de protección oficial para blancos, seguro que les parecería bien. Lo malo es que no hay bloques para blancos en Nueva York, me parece. Esta ciudad es muy delicada, y me preocupa que la situación se nos escape de las manos. Actualmente hay unos cuantos grupos que acusan al *City Light* de ser un diario antiminoritario, por decirlo con la expresión que usan ellos. En fin, que está muy bien hacer un periódico blanco: de hecho, no hay periódico más puramente blanco que el *New York Times*; pero una cosa es hacer un periódico blanco, y otra muy diferente tener fama de periódico blanco. Porque entonces empiezan a ponerse nerviosas ciertas personas muy influyentes, entre ellos los anunciantes. El otro día me llegó una carta horrible de una organización o qué se yo, alguien que dice llamarse la Liga Antidifamación del Tercer Mundo. —Arrastró las palabras cuando dijo lo de «antidifamación», como si se tratara de la mayor ridiculez que mente alguna pudiera imaginar—. ¿De qué se quejaban, Brian?

—Fue por esa foto de los gamberros partiéndose de risa —dijo Highridge—. Publicamos una foto en primera, la semana pasada, en la que tres jovencillos negros detenidos en una comisaría estaban riendo como locos. Les habían pillado después de haber destruido las instalaciones de terapia de una escuela para disminuidos físicos. Lo rociaron todo con petróleo y luego le prendieron fuego con cerillas. Unos chicos encantadores. La Policía dijo que, cuando les metieron en la comisaría, esos tres gamberros seguían riendo su gracia, de modo que envié a un fotógrafo, Silverstein, un norteamericano, muy cínico por cierto, para que les sacara una foto riendo. —Y se encogió de hombros, como si aquello no hubiera sido para un periodista más que una decisión rutinaria—. La policía cooperó con nosotros. Les sacaron al vestíbulo, para que nuestro hombre les hiciera la foto, pero cuando los tíos vieron a Silverstein con su cámara, se negaron a reír. De modo que Silverstein les contó un chiste verde. ¡Un chiste verde! —Highridge se puso a reír—. Resulta que una mujer judía va de safari al África, y la secuestra un gorila, y el gorila se la lleva a lo alto de un árbol, la viola, la retiene allí un mes entero, dedicándose a violarla día y noche, hasta que finalmente ella logra escaparse, y consigue regresar a los Estados Unidos, y se lo cuenta todo a su mejor amiga, y cuando termina la historia rompe a llorar. Y su amiga le dice: «Anda, mujer, tranquila. Tranquila. Ya ha pasado lo peor.» Y la mujer le contesta: «Es fácil decirlo. Pero no tienes ni idea de lo mal que me siento. No me escribe... No me telefonea...» Y los tres chicos se ponen a reír, seguramente de vergüenza ajena por lo malo que era el chiste, y Silverstein les saca la foto, y nosotros la publicamos bajo el titular: «Y encima se ríen.»

—Fantástico —estalló Steiner, incapaz de contener las carcajadas—. No debería reírme... ¡Dios mío! ¿Y cómo dices que se llama el fotógrafo ése? ¿Silverstein?

—Silverstein —dijo Highridge—. Un tipo inconfundible. Suele llevar la cara llena de cortes. Se pone pedacitos de papel higiénico en los cortes para que no le sangren. Siempre anda con la cara plagada de papelitos.

—¿Cortes?

—Sí, de navaja. Al parecer, su padre le dejó en herencia una auténtica navaja de barbero. Y el tío está empeñado en utilizarla. Pero no le coge el tranquilo y cada día se hace una docena de cortes, por lo menos. Menos mal que sí sabe sacar fotos.

Steiner se retorció de risa.

—¡Yanquis! Santo Dios, ¡me encantan! El tío va y les cuenta un chiste. Santo Dios, santo Dios... Qué cara tan dura. Acuérdate, Brian, de concederle un aumento de sueldo. Veinticinco dólares a la semana. Pero, por Dios, no le expliques por qué se lo damos. ¡Mira que contarles un chiste! ¡Una mujer violada por un *gorila*!

La pasión que Steiner sentía por el periodismo amarillo, y el temor que le inspiraba esa cara dura que permitía lograr tan buenos resultados, eran tan auténticos que Fallow y Highridge no tuvieron más remedio que acabar riendo como él. En este

momento la cara de Steiner no era la cara de la Rata Muerta. El ingenioso truco de aquel fotógrafo americano le había devuelto la vida.

—En fin —dijo Steiner—, todavía tenemos que arreglar ese problema.

—Creo que estuvimos plenamente justificados —dijo Highridge—. La policía nos aseguró que esos chicos se morían de risa cuando recordaban su gamberrada. Fue su abogado, uno de los de esa organización que llaman Ayuda Legal o algo así, quien armó todo el alboroto, y probablemente les fue con el cuento a los de la Antidifamación de lo que sea.

—Por desgracia —dijo Steiner—, los hechos no cuentan. Lo que tenemos que hacer ahora es cambiar nuestra imagen. Y me parece que el caso del chico atropellado nos da una magnífica oportunidad para hacerlo. Veamos qué podemos hacer por esa pobre familia, esos pobres Lamb. Por lo que tengo estudiado, ya cuentan con algún apoyo. Ese reverendo Bacon, ¿no?

—Esos pobres Lamb, sí señor —dijo Brian Highridge.

Steiner se quedó perplejo. No se había dado cuenta de que estaba haciendo un juego de palabras^[16]

—Vamos a ver, Peter —le dijo Steiner a Fallow—, ¿te parece que podemos dar crédito a la madre, a Mrs. Lamb?

—Desde luego —dijo Fallow—. Tiene buen aspecto, se explica muy bien y es muy sincera. Tiene un empleo, y se diría que es una persona de costumbres bastantes pulcras. Me refiero a que esos pisos de protección oficial son diminutos... pero el suyo estaba ordenado... con cuadros en las paredes... un sofá con una mesita baja a juego... todo eso... Hasta tenía una mesa abatible sujeta a la puerta de entrada...

—¿Y el chico...? ¿No temes que pueda salirnos rana? Parece que es un estudiante muy aplicado, ¿no?

—Bueno, comparado con sus compañeros de instituto, sí. Aunque no creo que pudiese destacar en un buen colegio inglés. —Fallow sonrió—. Nunca ha tenido problemas con la policía. Lo cual es absolutamente extraordinario entre los vecinos de esos bloques. La gente se queda perpleja cuando le comentas eso.

—¿Qué dicen de él los vecinos?

—Oh... que es un chico agradable... que se porta bien y esas cosas —dijo Fallow. De hecho, Fallow había ido al apartamento de Annie Lamb con Albert Vogel y un hombre del reverendo Bacon, un tipo muy alto con un aro de oro en una oreja, y se había limitado a entrevistar a la viuda y largarse sin hablar con nadie más. Pero, a estas alturas, su posición de intrépido explorador de los bajos fondos en versión Bronx le había colocado en un pedestal tan elevado a los ojos de su jefe, que se negaba a apearse de él, al menos de momento.

—Muy bien —dijo Steiner—. ¿Tenemos algo con que seguir?

—El reverendo Bacon, bueno, todo el mundo le llama así, el reverendo Bacon

está preparando una gran manifestación para mañana. En protesta...

En este momento sonó el teléfono de Fallow.

—¿Diga?

—¡Hola, Pete! —Era la voz inconfundible de Albert Vogel—. La cosa marcha. Hay un chico que acaba de llamar a Bacon, un chico del departamento de Matriculación del ayuntamiento. —Fallow comenzó a tomar notas—. Resulta que ese chico, después de leer tu reportaje, se fue al ordenador que tienen en su oficina, y afirma que ha reducido las posibilidades a sólo ciento veinticuatro coches.

—¿Ciento veinticuatro? ¿Crees que la policía podrá ahora revisarlos de uno en uno?

—No les costará nada... si quieren hacerlo. Podrían comprobarlos todos en cuestión de días. Sólo hace falta que dediquen el suficiente número de agentes a la tarea.

—¿Quién es... el chico ese? —A Fallow le disgustaba la costumbre americana de llamar «chico» a todo el mundo, con tal que fuera joven.

—Nada, un chico de ese departamento, un chico que ha dado por supuesto que a los Lamb no les hacen caso porque son pobres y negros. Ya te dije que eso es lo que me gusta de Bacon. Un hombre capaz de galvanizar al pueblo, a todos los que quieren luchar contra la estructura de poder.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

Vogel le dio los detalles, y luego añadió:

—Y ahora, Pete, escúchame bien. Bacon acaba de leer tu reportaje y dice que le ha gustado mucho. Todos los diarios y cadenas de televisión han empezado a llamarle, pero te reserva en exclusiva para ti ese dato de la oficina de matriculación. ¿De acuerdo? Pero a cambio, claro, de que le des toda la marcha posible al asunto. Tienes que armar ruido. ¿Me explico?

—Te explicas muy bien.

Después de colgar, Fallow les dirigió una sonrisa a Steiner y Highridge, que le miraban con gran atención e iban haciendo gestos de asentimiento.

—Bien... —les dijo por fin—. La cosa funciona. Acaban de pasarme un soplo del departamento de Matriculación de Vehículos...

Todo estaba siendo tal como lo había soñado. Tan igual, que le entraban ganas de contener el aliento, por miedo a que se rompiera el hechizo. Ella le miraba a los ojos desde el otro lado de la pequeña mesa a la que se habían sentado. Y estaba concentrada en sus palabras, metida en su campo magnético, tan metida que Kramer sentía deseos de extender los brazos sobre la mesa, enlazar sus dedos con los de ella... ¡Ya! ¡Apenas veinte minutos después del encuentro! ¡Qué descargas de electricidad! Pero no debía precipitarse, no debía destruir aquel momento tan

exquisito.

En el fondo estaban el ladrillo visto, la melosa luz de las lámparas de latón, las cataratas de cristales de colores, como en los pubs ingleses, y las voces aeróbicas de los jóvenes y los famosos. En primer plano, aquella espesa melena morena, el brillo de otoño en Berkshire que habían adquirido los pómulos... Aunque, en realidad, pensó, pese a la magia de esos instantes, ese brillo otoñal quizá fuera simple maquillaje. De hecho, los arcos iris malva y violeta de sus párpados superiores eran forzosamente producto del maquillaje... pero así era la perfección de los tiempos modernos. Y de los labios de aquella chica, hinchados de deseos, relucientes de pintalabios marrón, salieron las palabras:

—Pero estabas tan *cerca* de él, prácticamente *gritándole* a la cara, y él, mientras, te lanzaba aquellas miradas *asesinas*, de *criminal*... ¿No tenías miedo de que *saltara* de repente y...? ¡Su aspecto era tan desagradable!

—Aaaaahhhh —dijo Kramer, encogiéndose de hombros y reduciendo la tensión de sus esternocleidomastoideos para mostrar así su desprecio del peligro— ...Esos tipejos no son tan fieros como aparentan, lo cual no quiere decir que no tengas que estar siempre en guardia, por si acaso. Ah, ah, sí. Para mi, sin embargo, lo principal era desenmascarar el lado violento de la personalidad de Herbert, de forma que todo el mundo pudiese verlo. Su abogado, Al Teskowitz... bueno, no hace falta que te lo diga a ti, no es precisamente el mejor orador de la historia, pero, en un juicio de esas características, a veces eso no ejerce ninguna influencia. En casos de homicidio todo funciona de una manera especial. En esos casos lo que está en juego no es el dinero sino la vida humana, la libertad humana, y te aseguro que en ese debate hay que tener muy en cuenta las pasiones humanas más disparatadas. Por difícil que te resulte creerlo, Teskowitz puede ser un genio a la hora de confundir a la gente, a la hora de manipular a un jurado. Parece un ser desconsolado, y eso forma parte del espectáculo, y sabe muy bien lo que tiene que hacer para fomentar la compasión por sus clientes. Todo está *calculado*. La mitad de su estrategia es puro lenguaje corporal, puro *arte dramático*. Y hay cosas que ese abogado hace muy bien, y toda su idea consistía en hacerle creer al jurado que Herbert era un hombre familiar, ¡*familiar!*, expuesto a toda clase de peligros y amenazas. De manera que se me ocurrió...

Le salían las palabras a borbotones, torrentes de palabras que ponían de relieve su propia valentía ante la refriega, su talento inconmensurable para esa pelea. Hacía tiempo que no podía contarles estas hazañas a Jimmy Caughey o a Ray Andriutti, ni tampoco a su mujer, a quien los crímenes más brutales dejaban absolutamente fría a estas alturas. Pero Miss ShellyThomas... ¡Tengo que mantener viva la llama! Y ella se lo fue tragando todo. ¡Esos ojos! ¡Esos brillantes labios de color marrón! Estaba demostrando tener una sed insaciable de las palabras de Kramer, y había que aprovecharlo porque, por otro lado, había pedido solamente agua mineral francesa.

Kramer, por su parte, tenía ante sí un vaso de vino blanco de la casa, y trataba de bebérselo muy despacio, porque a estas alturas ya se había dado cuenta de que aquel local no era de precios tan módicos como había creído al principio. ¡Joder! Su cabeza funcionaba a doble pista, y en ambas pistas sus pensamientos circulaban a toda velocidad. En una de las pistas circulaba su discurso sobre cómo se las había arreglado para ganar el juicio:

—... por el rabillo del ojo alcancé a ver que el tipo estaba a punto de saltar. Dudé por un momento, porque no sabía si era prudente seguir provocándolo de esta manera hasta el final de mis conclusiones, pero estaba también dispuesto a...

Mientras que en la segunda pista pensaba en *ella*, en la cuenta (y todavía no habían pedido la cena), y en cuál sería el lugar más apropiado para llevarla (si la convencía), y en el público que frecuentaba el Muldowny's. Santo Cielo. ¿No era aquel tipo de allí el popular John Rector, presentador del telediario del Canal 9? En seguida decidió que no le diría nada de eso a ella: sólo había espacio para un famoso, él mismo, el vencedor de la batalla contra el brutal Herbert 92X y el astuto Al Teskowitz. El público era joven, gente de aspecto magnífico, y el local estaba repleto, todo perfecto, inmejorable. Shelly Thomas resultó finalmente ser griega. Una decepción, en cierto modo. El hubiese preferido... no sabía qué. Thomas era el apellido de su padrastro, un fabricante de recipientes de plástico, en Long Island City. El padre de Shelly se llamaba Choudras. Ahora Shelly Thomas vivía en Riverdale con su padrastro y su madre, y trabajaba en Prischer & Bolka, no podía pagarse un apartamento en Manhattan, aunque ardía en deseos de mudarse allí, pero ya no había modo de encontrar «un pisito en Manhattan» (que se lo contaran a él)...

—... el problema está en que los jurados del Bronx son imprevisibles. ¡Si te contara lo que le ha pasado esta mañana a uno de mis compañeros...! Pero... seguramente ya te habrás fijado en eso. Te encuentras con que el jurado está compuesto por personas que... cómo expresarlo... que ya se han hecho una idea, que ya han tomado una decisión. En plan de Nosotros contra Ellos. Ellos, en este caso, somos los policías y los fiscales... pero seguramente tú misma pudiste comprobarlo personalmente.

—Pues no, no me fijé. Creo que todo el mundo se mostró muy sensato, todos parecían estar dispuestos a hacer lo correcto. La verdad, no sabía con qué iba a encontrarme, y acabé llevándome una sorpresa muy agradable.

¿Acaso piensa que tengo prejuicios?

—No... no me malinterpretes. Hay muy buena gente en el Bronx. Lo que pasa es que suelen estar todos muy resentidos, y a veces ocurren cosas extrañas. —Lo mejor sería abandonar este territorio—. Por cierto, puestos a ser sinceros, ¿te importa que te diga una cosa? El miembro del jurado que más me preocupaba eras *tú*.

—¡Yo! —Sonrió, y hasta pareció sonrojarse por debajo del maquillaje: la lógica

emoción de quien comprende que ha sido un elemento de gran importancia para uno de los grandes estrategias judiciales del Bronx.

—Sí. ¡Es cierto! Verás, en un juicio de esas características no te queda más remedio que analizar las cosas desde un nuevo punto de vista. Quizá no sea muy recto, pero así funciona todo. En un juicio de esas características, tú pareces un jurado... bueno, excesivamente *brillante*, excesivamente *culto*, excesivamente *alejado* del mundo de un tipo como Herbert 92X, y por lo tanto, y en esto radica la ironía, excesivamente capaz de entender sus problemas, en el sentido del dicho francés: «Todo comprendido, todo perdonado.»

—Pues, la verdad...

—No te digo que esta forma de ver las cosas sea justa, ni siquiera que sea realista, pero así es como hay que trabajar en estos casos. No digo que tú..., pero sí puede ser que alguien como tú... sea excesivamente *sensible*...

—Pero tú no me recusaste... ¿Es ésa la palabra que empleáis?

—Exacto. No, no te recusé. Por la sencilla razón de que no creo que sea justo recusar a un jurado simplemente porque sea... una persona inteligente, una persona culta. Seguramente viste que en el jurado del que formabas parte no había nadie más que fuera de Riverdale. Ni hubo tampoco nadie más de Riverdale cuando estuviste en el grupo de candidatos al jurado. Todo el mundo se queja de que hoy en día ya no tenemos jurados cultos y educados en el Bronx, pero, cuando aparece una persona como tú... bueno, los fiscales hemos de tenerlo en cuenta porque hay que prever la posibilidad de que se trate de alguien excesivamente *sensible*. Además... —¿se atrevería a decirlo? Se atrevió—: A fuer de sincero... Yo... *quería* tenerte en ese jurado.

Sumergió cuanto pudo su mirada en aquellos grandes ojos orlados por un arco iris malva, y adoptó la expresión más honesta y franca de la que se sintió capaz, y alzó además su mentón, para que ella viese sus esternocleidomastoideos.

Ella bajó la vista y volvió a sonrojarse a través de aquel otoño en Berkshire que era su rostro. Luego volvió a levantar los ojos y miró a los de él, profundamente.

—Me pareció notar que me mirabas mucho.

¡Te miraba yo y te miraban todos los habituales de la sala!, pero no sería práctico decírselo.

—¿En serio? ¡Y yo que esperaba que no se me notase! Dios mío, confío en que los demás no se fijen.

—¡Ah, ah! Creo que sí lo vieron. ¿Te acuerdas de la señora que estaba sentada junto a mí, aquella señora negra? Era una buena persona. Trabaja para un ginecólogo, y es un encanto, y muy inteligente. Le pedí su número de teléfono, y le dije que la llamaría. En fin, ¿sabes qué me dijo?

—¿Qué?

—Me dijo: «Creo que le gustas mucho a ese fiscal, Shelly.» Nos tuteamos en seguida. Nos caíamos muy bien. «No te quita la vista de encima», me dijo.

—¿Eso te dijo? —Sonriente.

—¡Sí!

—¿Y se molestó por eso? Dios santo. ¡No creí que se me notara *tanto*!

—Qué va, a ella le gustó. A las mujeres nos gustan esas cosas.

—Así que se me notaba, eh.

—Ella lo notó.

Kramer sacudió la cabeza, como si aquello le azorase, pero sin dejar ni un instante de zambullirse en los ojos de Shelly, y ella zambullía a su vez sus ojos en los de él. Ya habían salrado el foso, casi sin esfuerzo alguno. Kramer sabía —*¡sabía!*— que podía adelantar las manos encima de la superficie de la mesa, y tomar los dedos de ella, y ella le dejaría hacer, y todo ocurriría sin que sus ojos dejaran de mirarse, pero al final no se atrevió. Era todo tan perfecto que no quería correr ni el más mínimo riesgo.

Kramer siguió sonriendo... cada vez más expresivamente... De hecho, se sentía preocupado, pero no porque otros hubieran notado en la sala que se pasaba el rato mirándola a ella. Estaba preocupado porque no sabía adonde llevarla. Shelly no tenía apartamento propio, y, por supuesto, tampoco podía llevarla a su propia colonia de hormigas. ¿Un hotel? Muy tosco y, por otro lado, ¿cómo diablos iba a poder permitirse un lujo así? Incluso los hoteles de segunda categoría costaban cien dólares o casi. Y sólo Dios sabía lo que iban a cobrarle por esa cena. El menú estaba escrito a mano, casi descuidadamente, y eso solo bastó para que sonara la alarma: *¡dinero!* Aunque apenas tenía experiencia en este terreno, sabía que esa mala *imitación* del estilo casero equivalía a mucho dinero.

Justo en ese momento regresó la camarera:

—¿Han decidido ya?

También ella era una imitación perfecta. Joven, rubia, de pelo rizado y con brillantes ojos azules, era la clásica aspirante a actriz, con hoyuelos en las mejillas, y una sonrisa que decía: «¡Bien! ¡Ya veo que acerca de una cosa sí se han decidido!» Aunque quizá en realidad decía: «Soy joven, guapa, y encantadora, y espero que me dé una magnífica propina cuando pague la cuenta.»

Kramer miró a la chispeante camarera, y luego miró a Shelly Thomas. Le consumían sentimientos de lujuria y pobreza simultáneamente.

—Bien, Shelly, ¿has decidido ya qué vas a tomar?

Era la primera vez que la llamaba por el nombre propio.

Sherman estaba sentado al borde de una de las sillas viejas del refugio de Maria. Había apoyado los codos en las piernas y mantenía la cabeza gacha. El espantoso e

inriminatorio ejemplar del *City Light* reposaba sobre la mesa de roble como un objeto radiactivo. Maria estaba sentada enfrente de él, más compuesta, pero sin su acostumbrada despreocupación.

—Lo sabía —dijo Sherman, sin mirarle—. Lo sabía. Tendríamos que haber ido inmediatamente a la policía. Es increíble que me haya visto metido en... Es increíble que estemos metidos en esta situación.

—Pues ya es demasiado tarde, Sherman. Eso es agua pasada.

Sherman se enderezó y la miró:

—Quizá no lo sea. Dirás... dirás... que no te enteraste de que golpeaste a alguien con el coche hasta haber leído la noticia en el periódico, ¿no?

—Desde luego —dijo Maria—. Iré a decirles que no me había enterado. Y ¿puedes explicarme tú cómo les digo que ocurrió, si ya he dicho que fue algo de lo que no me enteré?

—Basta con que les cuentes exactamente lo ocurrido.

—Oh, fantástico. Les encantará. Diré que un par de chicos nos pararon en plena calle, que intentaron atracarnos, pero que tú le tiraste un neumático a uno de ellos, y que yo salí de allí conduciendo el coche como... como un piloto de carreras, pero que no me enteré de que hubiese golpeado a nadie.

—Eso fue, Maria, lo que ocurrió. Precisamente eso.

—¿Y quién se lo va a creer? Ya has leído el diario. Dicen que ese chico era un magnífico estudiante y no sé qué, le tratan como a un santo. Y, en cambio, ni palabra del otro. Ni palabra tampoco de la rampa. Sólo hablan del santito que iba a buscar comida para su familia.

De nuevo estalló aquella otra posibilidad tan espantosa: ¿y si, al final, aquellos dos chicos sólo hubiesen tratado de ayudarles?

Maria estaba sentada frente a él, con un jersey con cuello de tortuga que hacía que sus pechos, incluso en estas circunstancias, se le marcaran maravillosamente. Llevaba además una falda corta a cuadros, y mantenía cruzadas sus relucientes piernas, y uno de sus zapatos se le bamboleaba de la punta del pie.

Detrás de ella estaba la cama, y encima de la cama un nuevo óleo, una mujer desnuda con un animal de tamaño pequeño. Las pinceladas eran tan atrozmente torpes que no había modo de adivinar de qué animal se trataba. Podía ser un perro, pero también una rata. Sherman se sentía tan desdichado que por un momento se le quedó la vista prendida en el cuadro.

—Esta vez te has fijado —dijo Maria—. Veo que vas mejorando. Es un regalo de Filippo.

—Tremendo. —A Sherman había dejado de interesarle el porqué de la repentina generosidad que estaba demostrando hacia Maria aquel repugnante pintor. El mundo se le había hundido—. ¿Qué piensas que deberíamos hacer, dime?

—Creo que tendríamos que inspirar profundamente diez veces, y tranquilizarnos. Eso creo yo.

—¿Y luego?

—Luego, quizá nada. Sherman, como les digamos la verdad van a *matarnos*. ¿Lo entiendes? Nos van a cortar en pedacitos. En este momento no saben de quién era el coche, ni saben tampoco quién lo conducía, ni tienen testigos, y ese chico está en coma y no parece que vaya jamás a... a volver en sí.

La que conducía eras *tú*, pensó Sherman. No te olvides de ese detalle. Esto servía para tranquilizarle un poco. Pero luego se llevó un sobresalto: ¿y si ella negaba haber esrado conduciendo en ese momento? Pero el otro chico, fuera quien fuese, lo vio con sus propios ojos.

De modo que se limitó a decir:

—¿Y qué me dices del otro chico? ¿Y si de repente aparece?

—Si fuese a aparecer, a estas alturas ya lo habría hecho. No aparecerá, tranquilo. Es un delincuente y no dirá nada.

Sherman se inclinó hacia delante y agachó la cabeza. Se encontró contemplando la brillante superficie de sus zapatos New & Lingwood. La colosal vanidad de aquellos zapatos hechos a mano le produjo náuseas. ¿De qué le vale al hombre...? No logró recordar la cita completa. Estaba viendo mentalmente la desdichada coronilla reluciente de Felix... Knoxville... ¿Por qué no se había ido a vivir a Knoxville hacia tiempo...? En una sencilla casita georgiana, con terraza...

—No sé, Maria —dijo, alzando la cabeza—. Me temo que serán más listos que nosotros. Creo que lo mejor sería que nos pusiéramos en contacto con algún abogado... —*dos* abogados, dijo una vocecilla desde el fondo de su cráneo, porque no conozco mucho a esta mujer, y tal vez no permanezcamos siempre del mismo lado — y... que digamos lo que sabemos.

—Lo que tú quieres es que metamos la cabeza en las fauces del tigre —dijo Maria con su acento sureño más cerrado que nunca. El acento de Maria estaba empezando a crispar los nervios de Sherman—. Soy yo la que conducía el coche, Sherman, y creo que es a mí a quien le corresponde decidir.

¡Soy yo la que conducía el coche! Lo había dicho ella misma. Sherman se reanimó un poco.

—No pretendo convencerte de nada —dijo—. Sólo pienso en voz alta.

La expresión de Maria se suavizó. Le dirigió una sonrisa cálida, casi maternal.

—Sherman, déjame que te diga una cosa. Hay dos clases de selvas. Wall Street es una selva. Lo has oído decir, ¿no? Y tú sabes manejarte muy bien en esa selva. —La brisa sureña le soplaba violentamente en sus oídos, pero lo que ella estaba diciendo era cierto, sí. Su estado de ánimo mejoro otro poquito—. Pero hay otra selva. La selva en la que nos perdimos el otro día. La selva del Bronx. ¡Y tuviste valor para

pelear, Sherman! ¡Estuviste maravilloso! —Sherman tuvo que resistir la tentación de sonreír—. Pero tú no vives en esa selva, nunca has vivido en ella, Sherman. ¿Y sabes qué hay en esa selva? Gente que se pasa el día cruzando a este lado y al otro, cruzando cada día la frontera que separa la legalidad de la ilegalidad. Y no tienes ni idea de cómo funciona la vida en ese mundo. Tuviste una buena educación. Las leyes no constituyen para ti ningún tipo de amenaza. Porque eran *tus* leyes, Sherman, las leyes hechas para ti y para tu familia y la gente como vosotros. Pues bien, yo crecí en otro mundo. Nosotros estábamos siempre dando saltos a uno y a otro lado de esa frontera, como un montón de borrachos incapaces de andar recto, y por eso conozco esa selva y por eso no me da miedo. Y voy a decirte una cosa. Ahí, en esa zona fronteriza, todos son animales, todo el mundo: la policía, los jueces, los delincuentes, todos.

Y siguió sonriéndole calurosamente, como una madre que acaba de contarle una gran verdad a su hijo. Sherman se preguntó si en realidad Maria sabía de qué estaba hablando, o si aquello no era más que un arranque de esnobismo sentimentaloides.

—Bien. Entonces, ¿qué opinas tú? —le preguntó a Maria.

—Opino que tendrías que fiarte de mi instinto.

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —dijo Sherman, entrando en alerta roja.

—No te preocupes —dijo Maria—. Es Germaine. Le dije que estarías aquí. —Y se levantó para abrir la puerta.

—Supongo que no le contaste nada...

—Claro que no.

Maria abrió la puerta. Pero no era Germaine. Era un hombre gigantesco vestido de negro. Entró como si fuese el dueño del piso, echó una rápida ojeada a la habitación, miró a Sherman y luego observó las paredes, el techo, el suelo, y finalmente volvió a mirar a Maria.

—Usted debe de ser Germaine Boll... —estaba jadeando, quizá porque acababa de subir las escaleras aprisa—, ¿o Bowl?

Maria se había quedado sin habla. Y Sherman igual. El gigante era un joven blanco de grandes barbas morenas, un rostro ancho y rojo que brillaba de sudor, sombrero de fieltro de ala plana, un sombrero demasiado pequeño, negro, que parecía de juguete, montado sobre aquella enorme cabeza, camisa blanca y arrugada, abrochada hasta el cuello, y un reluciente traje negro de chaqueta cruzada, con la parte derecha encima de la izquierda, como las de las mujeres. Un judío hasídico. Sherman había visto frecuentemente a judíos hasídicos en el barrio de los diamantes, en las calles Cuarenta y seis y Cuarenta y siete, entre la Quinta y la Sexta Avenida, pero nunca había contemplado a ninguno que fuese tan enorme. Probablemente medía metro noventa, y debía de pesar cerca de cien kilos: era muy gordo pero

también muy fuerte, y su lívida piel parecía a punto de reventar, como un bratwurst.

Se quitó el sombrero. Llevaba el pelo pegado al cráneo por el sudor. Se dio un golpe en la sien con el canto de la mano, como si de este modo quisiera devolverle su forma natural a la cabeza. Y luego volvió a ponerse el sombrero. Le enrraba tan poco en el cráneo que casi parecía que se fuese a caer de un momento a otro. El sudor resbalaba a lo ancho de toda su frente.

—¿Germaine Boll? ¿Bowl? ¿Bull?

—No. No soy yo —dijo Maria. Ya se había recuperado del susro. Hablé en tono malhumorado, presta al ataque—. Germaine no está aquí. ¿Qué quiere?

—¿Vive usted aquí? —Para ser tan grande, tenía una voz muy atiplada.

—Miss Boll ha salido —dijo Maria, haciendo caso omiso de la pregunta.

—¿Quién vive aquí, usted o ella?

—Mire, estamos ocupados. —Demostraciones exageradas de paciencia—. ¿Por qué no vuelve más tarde? —Desafiante—: ¿Cómo ha entrado en este edificio?

El hombre metió la mano en el bolsillo derecho de la americana y sacó una anilla cargadísima de llaves. Había allí docenas y docenas de llaves. Deslizó su gordo índice por la serie de llaves, lo detuvo al llegar a una en particular, y, delicadamente, la sacó de entre las otras con el índice y el pulgar.

—Con esto. Inmobiliaria Winter.

Su acento era ligeramente yiddish.

—Pues bien, será mejor que vuelva más tarde y hable con Miss Boll.

El hombrón no se movió ni un milímetro. Volvió a echarle una ojeada al apartamento.

—¿No vive usted aquí?

—Óigame bien...

—Vale, vale. Tenemos que pintarlo. —Al pronunciar estas palabras, aquel hombrón extendió los dos brazos, igual que un par de alas, como si estuviese a punto de zambullirse como un cisne en un estanque, se acercó en esa posición a una de las paredes y se quedó mirándola. Luego apoyó la mano izquierda en la pared, la abrió cuidadosamente sobre su superficie, alzó la mano derecha y la apoyó, abierta también, con los brazos abiertos, repitiendo su imitación del cisne en el estanque.

Maria miró a Sherman. Él sabía que iba a tener que actuar, pero no sabía qué hacer. Se acercó al hombrón. En el tono más helado y autoritario del que se sintió capaz, el mismo que el León de Dunning Sponget había utilizado, dijo por fin:

—Un momento. ¿Qué hace usted?

—Tomo medidas —dijo el hombrón, que seguía haciendo sus imitaciones del cisne junto a la pared—. Hay que pintar el piso.

—Pues, mire, lo siento, pero ahora estamos muy ocupados. Tendrá que venir en otro momento.

El enorme joven se volvió lentamente y puso los brazos en jarras. Inspiró profundamente, y por un instante pareció tan hinchado como un globo. Su rostro mostraba la expresión de quien se ve obligado a enfrentarse a la peste. Sherman pensó, deprimido, que aquel tipo estaba acostumbrado a situaciones como aquélla, y que, de hecho, las disfrutaba. Pero la pelea de gallos no había concluido.

—Y usted, ¿vive aquí? —le preguntó el hombrón.

—Ya le he dicho que no podemos perder el tiempo con este asunto, estamos ocupados —dijo Sherman, tratando de mantener el frío tono de mando que había aprendido del León—. Sea amable, y hágame el favor de volver en cualquier otro momento.

—¿Y usted, vive aquí?

—De hecho, *no* vivo aquí, pero he sido invitado, y no...

—Así que usted no vive aquí y ella tampoco vive aquí. Entonces, ¿qué hacen en este piso?

—¡Y a usted qué le importa! —dijo Sherman, incapaz de controlar su furia, pero más impotente a cada segundo que transcurría. Señaló la puerta—: ¡Ande, vayase de una vez!

—Ustedes no tendrían que estar aquí. No son de aquí. ¿De acuerdo? Así que tenemos problemas. En este edificio no vive la gente que tendría que vivir. Este es un edificio de renta controlada, y la gente toma los apartamentos y luego se los alquila al primero que les paga mil o dos mil dólares al mes. El alquiler de este apartamento es de 331 dólares al mes, sabe. Y está a nombre de Germaine Boll, pero ella no parece vivir aquí, nunca está. ¿Cuánto le pagan ustedes, eh?

¡Menuda insolencia! ¡La pelea de gallos! ¿Qué hacer? En la mayoría de situaciones, Sherman tenía la sensación de ser, físicamente, un hombre grande y fuerte. Pero al lado de aquel hombrón... No se atrevía ni a rozarle un pelo. No lograría intimidarle. El tono frío y autoritario del León no había servido de nada. Y, además, actuaba sobre bases poco firmes. Tenía todas las desventajas desde el punto de vista moral. Era cierto que él no tenía por qué estar en aquel piso, y que tenía mucho que ocultar. ¿Y si aquel monstruo no fuese en realidad de la Inmobiliaria Winter? ¿Y si fuese...?

Por fortuna, Maria decidió intervenir:

—Resulta que Miss Boll regresará en seguida. Entretanto...

—Bien. Vale. La esperaré.

El hombrón comenzó a cruzar la salita como si fuese un druida de paso tambaleante. Se detuvo junto a la mesa y, con espectacular despreocupación, se dejó caer lentamente en una de las butacas.

—¡Ya basta! —dijo Maria—. ¡Se acabó!

La respuesta del hombrón consistió en cruzarse de brazos, cerrar los ojos y

recostarse en el respaldo, como si pensara aguardar cómodamente todo el tiempo que fuese necesario. En ese instante Sherman comprendió que, inevitablemente, tendría que hacer algo, pues lo contrario supondría quedar desprovisto de toda aura de virilidad. ¡La pelea de gallos! Dio un paso al frente.

¡*Craaaaaccccc!* De repente, el hombrón estaba tendido en el suelo, de espaldas, y el ala de su sombrero rodaba por la alfombra dando enloquecidas vueltas. Una de las patas de la butaca se había partido en dos. Su tremendo peso había roto el mueble.

Maria se puso a gritar:

—¡Mire lo que ha hecho, salvaje! ¡Fíjese qué desastre, cerdo seboso!

Con acompañamiento de abundantes resoplidos y gemidos, el hombrón logró ponerse en pie a duras penas. Su insolencia ya no se sostenía. Estaba rojo como un tomate, y volvía a sudar copiosamente. Se agachó para recoger el sombrero, y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Maria siguió atacándole. Señaló los restos de la maltrecha butaca:

—¡Supongo que comprende que va a tener que *pagar* una butaca nueva!

Pero él había empezado a batirse en retirada. Los reproches de Maria y su propio embarazo le resultaban insoportables.

—¡Esto le va a costar quinientos dólares y... y una demanda en toda regla! —dijo Maria—. ¡Es un delito de violación de la intimidad!

El hombrón se detuvo un momento junto a la puerta, como si fuese a replicar, pero no se sintió con fuerzas. Y salió, tambaleándose, confuso y descompuesto.

En cuanto oyó sus pasos en la escalera, Maria cerró la puerta con llave. Después dio media vuelta, miró a Sherman y estalló en carcajadas.

—¡Le... has... visto... ahí... tumbado... en... el... suelo...! —Reía tantísimo que casi no le salían las palabras.

Sherman la miró perplejo. Era cierto: Maria tenía razón. Eran animales diferentes. María tenía estómago para... para todo lo que pudiera pasarles. Peleaba, ¡y disfrutaba peleando! La vida era una pelea, tal como ella misma acababa de explicarle. ¿Y él? Él tenía ganas de reír también. Hubiese querido compartir con ella esa alegría bestial que le producía la ridícula escena de la que habían sido testigos. Pero no podía. Ni siquiera lograba sonreír. Era como si el aislamiento respecto al mundo en el que había estado viviendo comenzase ahora a desvanecerse. Aquella... gentuza... absolutamente increíble, se colaba ahora en su vida a cada momento.

—¡Caaaatacraaac! —dijo Maria, llorando de risa—. Dios mío, ¡ojalá hubiese podido grabarlo en vídeo! —Pero en ese momento se fijó en la expresión de Sherman—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué crees tú que ha sido todo eso?

—¿Cómo que qué ha sido?

—¿Qué crees tú que había venido a hacer aquí ese tipo?

—Le ha mandado el casero. ¿No te acuerdas de la carta que te enseñé?

—Pero es bastante *extraño* que...

—Germaine sólo paga 331 dólares al mes, y yo le pago a ella 750. Es un piso de renta controlada. Les encantaría echarla a la calle.

—Pero ¿no te parece extraño que decidan echarla... precisamente ahora?

—¿Precisamente ahora?

—No sé, quizá sea una locura, pero... Precisamente hoy, después de ese reportaje del periódico...

—¿Periódico? —Por fin entendió a qué estaba refiriéndose Sherman, y se sonrió —: Sherman, es una locura. Te ha entrado la paranoia. ¿Lo sabes?

—Es posible. Sólo que me parece que es una coincidencia muy extraña.

—¿Quién crees que puede haberle enviado aquí, suponiendo que no haya sido el casero? ¿La policía?

—Bueno... —Comprendió que estaba poniéndose muy paranoico, de modo que sonrió, sin ganas.

—¿Crees que la policía mandaría a un subnormal hasídico de tamaño gigantesco para *espiarte* a ti?

Sherman hundió su potentísimo mentón Yale en el pecho:

—Tienes razón.

Maria se le acercó, le alzó el mentón con el dedo índice, le miró a los ojos y le dirigió la sonrisa más cariñosa que jamás le hubiera dirigido a Sherman.

—Sherman —*Shuhmun*, a lo sureño—. No vayas a creer que el mundo entero está pensando sólo en ti. No pienses que el mundo entero va a por ti. Sólo yo pienso sólo en ti.

Le tomó el rostro entre sus manos y le besó. Terminaron en la cama, pero esta vez a Sherman le costó bastante trabajo. Las cosas no eran lo mismo cuando se estaba muerto de miedo.

12. El último gran fumador

Tras una noche agitada, Sherman llegó a Pierce & Pierce a las ocho en punto. Estaba exhausto, y el día apenas acababa de empezar. La sala de bonos le ofrecía una imagen alucinatoria. Ese espantoso fulgor de los ventanales... las siluetas serpenteantes... los números color verde radiactivo desfilando por las pantallas de innumerables terminales... los jóvenes Amos del Universo, aullando ante sus donuts eléctricos.

—¡Pago dos!

—Sí, pero ¿y si viene el oso?

—¡Ha bajado dos puntos!

—¡Y una mierda!

Incluso Rawlie, el pobre y triste Rawlie, estaba en pie, con el teléfono pegado a la oreja, moviendo los labios a toda velocidad, dando golpecitos a la mesa con un lápiz. El joven Argüello, señor de la Pampa, permanecía apoyado en el respaldo de su silla, con las piernas separadas, el teléfono sujeto contra la oreja, sus tirantes de moaré refulgiendo en su pecho, y una sonrisa anchísima en su cara de gigoló. El día anterior había dado el golpe en Japón con la venta de Tesoros. Toda la sala no hablaba de otra cosa. El jovencillo sonreía, sonreía, sonreía, disfrutaba su triunfo.

Sherman ansiaba largarse al Yale Club, darse un baño de vapor y tumbarse en una camilla de cuero para que le diesen un buen masaje y luego dormir.

Tenía un recado sobre la mesa, urgente: llamar a Bernard Levy.

Cuatro terminales de ordenador más abajo, Felix le sacaba lustre al zapato de un presumido joven prometedor llamado Ahlstrom, que hacía sólo dos años se había graduado en Wharton. Ahlstrom hablaba por teléfono. ¿Bla, bla, bla, bla, Mr. Ahlstrom? Felix. El *City Light*. A esa hora ya debía de estar en los kioscos. Y Sherman quería leerlo, y le aterrorizaba la idea de leerlo.

Sin casi darse cuenta de lo que hacía, cogió el teléfono y marcó el número de París. Se inclinó sobre la mesa y se apoyó en los dos codos. En cuanto Felix terminara con el joven Ahlstrom, le llamaría. Sólo parte de su cerebro estaba escuchando cuando la voz de Bernard Levy, su donut francés, dijo:

—Sherman, después de hablarlo ayer contigo, se lo comenté todo a Nueva York, y están de acuerdo con tu opinión. No tiene sentido seguir esperando.

Gracias a Dios.

—Pero —prosiguió Bernard— no podemos subir a noventa y seis.

—¿Que no podéis subir a noventa y seis?

Lo que estaba oyendo era increíble... pero no se podía concentrar... La prensa de la mañana, el *Times*, el *Post*, el *News*, que había leído en el taxi mientras bajaba hacia la oficina, publicaba breves notas sobre lo ya publicado el día anterior por el *City*

Light, y sólo añadía algunas declaraciones de ese tal reverendo Bacon. Feroces denuncias en contra del hospital en donde el chico seguía en coma. Por un momento Sherman recobró la confianza. *¡Están echándole todas las culpas al hospital!* Pero comprendió que eso equivalía a confundir sus deseos con la realidad. También les culparían... La que conducía era Maria. Si al final se cerraba el cerco, si todo lo demás fallaba, al menos era ella la que conducía... Se aferró a ese dato.

—No, lo de noventa y seis ha quedado descartado —dijo Bernard—. Ahora estamos dispuestos a pagar noventa y tres.

—¡Noventa y tres!

Sherman se enderezó. Era imposible. Seguro que Bernard le diría inmediatamente que le disculpase, que se había equivocado. A lo peor diría que noventa y cinco. Sherman había comprado a noventa y cuatro. ¡Seiscientos millones de bonos a noventa y cuatro! A noventa y tres, Pierce & Pierce perdería seis millones de dólares.

—No creo que hayas dicho noventa y tres...

—Noventa y tres, Sherman. Nos parece un precio justo. En cualquier caso, ésa es nuestra oferta.

—Dios Todopoderoso... Tengo que pensarlo un momento. Mira, te llamo dentro de un rato. ¿Seguirás ahí?

—Claro.

—De acuerdo. Te vuelvo a llamar.

Colgó y se frotó los ojos. ¡Joder! Tenía que haber algún modo de resolver el problema. Ayer me dejé pillar por Bernard. ¡Desastroso! Al notar el pánico en su voz, Bernard había dado un paso atrás. ¡Venga, hombre! ¡Tranquilízate! ¡Contraataca! ¡Busca alguna solución! ¡Después de tantos esfuerzos, no permitas ahora que todo se vaya a la mierda! Telefonéale otra vez y habla con tu voz de siempre, sé otra vez el de siempre, el mejor, el vendedor número uno de Pierce & Pierce... Amo del... Le faltaron las fuerzas. Cuanto más trataba de darse ánimos, más nervioso se ponía. Se miró el reloj. Miró a Felix. Felix acababa de levantarse. Le llamó agitando la mano en el aire. Sacó del bolsillo de los pantalones el clip con el que llevaba sujeto el dinero y, escondiéndolo entre las piernas para que nadie pudiese verle, cogió un billete de cinco dólares, lo metió en uno de los sobres que usaban para la correspondencia interna, y, cuando Felix se le acercó, le dijo:

—Toma, Felix. Ahí dentro hay cinco dólares. Baja y cómprame el *City Light*, ¿de acuerdo? Y quédate con el cambio.

Felix le miró, le dirigió una sonrisa divertida, y dijo:

—Bien, vale, pero, sabe, la última vez me hicieron esperar un buen rato en el kiosco, y luego tardó mucho en llegar el ascensor, y acabé perdiendo mucho tiempo. Hay que bajar y volver a subir cincuenta pisos. Pierdo mucho tiempo. —Y no se movió ni un centímetro.

¡Escandaloso! Felix estaba diciéndole, con todos esos rodeos, que no le parecían suficientes los cinco dólares que le daba para ir a comprar un diario que costaba treinta y cinco centavos; estaba diciéndole que con su encargo iba a reducirle los beneficios que obtendría siguiendo con su actividad de limpiabotas... Y Felix estaba teniendo los cojones de regatear... ahhhhh. ¡Por fin lo entendió! Felix había utilizado su radar callejero, había comprendido que si tenía que subir el periódico metido en el sobre era porque se trataba de contrabando. Porque Sherman actuaba a la desesperada. Y la gente que actúa a la desesperada paga lo que se le pida.

Casi incapaz de contener su furia, Sherman metió la mano en el bolsillo y sacó otro billete de cinco dólares y lo dejó en la palma del negro. Este lo aceptó, le dirigió una mirada aburrida, y se fue con el sobre.

Sherman marcó otra vez el número de París.

—¿Bernard?

—¿Sí?

—Soy Sherman. Sigo trabajando en nuestro asunto. Dame otros quince o veinte minutos.

Una pausa. Luego:

—De acuerdo.

Sherman colgó y dirigió la vista hacia los grandes ventanales. Las siluetas brincaban y se agitaban siguiendo ritmos enloquecidos. Si Bernard estuviera dispuesto a subir a noventa y cinco... De repente el negro ya había regresado. Le dio el sobre con una expresión insondable, sin decir palabra. El sobre parecía preñado y gordo con el diario dentro. Era como si contuviese un ser vivo. Sherman lo guardó bajo la mesa, y le pareció que se revolvía y gruñía desde el suelo.

¿Y si desviaba parte de sus propios beneficios...? Comenzó a garabatear cifras en un papel. La visión de esas cifras... ¡carente por completo de significado! ¡No tenía ninguna relación con nada! Sherman alcanzaba a oír su propia respiración. Cogió el sobre y se fue al lavabo.

Una vez en la cabina, con los pantalones de su traje de Savile Row, de su traje de dos mil dólares, rozando el inodoro, y con los zapatos New & Lingwood casi tocando la base de la taza de porcelana, Sherman abrió el sobre y sacó el periódico. Cada crujido del papel era una acusación contra él. La primera página... escándalo por los votantes fantasma de chinatown... Ni el más mínimo interés... Abrió la página dos... la página tres... la foto del dueño de un restaurante chino... Lo encontró: estaba en la parte inferior de la página, con este titular en grandes caracteres:

REVELAMOS NUEVOS DATOS SECRETOS
SOBRE EL ACCIDENTE CASI MORTAL DEL BRONX

Sobre el titular, en letras más pequeñas, blancas sobre fondo negro: *Otra bomba en el caso Lamb*. Debajo del titular, también sobre fondo negro: *Una exclusiva del CITY LIGHT*. El autor del texto era de nuevo Petet Fallow:

«Harto de la lentitud con la que se lleva la investigación oficial», según palabras textuales de alguien que prefiere mantener su nombre en secreto, un funcionario del departamento municipal de Matriculación de Vehículos ha proporcionado al *City Light* un cálculo de ordenador que permite reducir a tan sólo 124 el número de coches que podrían haber sido el que la semana pasada atropelló al estudiante Henry Lamb en el Bronx, para después darse a la fuga.

Nuestra fuente, que ha colaborado con la policía en casos similares, declaró: «Pueden estudiar uno por uno esos 124 coches en unos cuantos días, muy pocos. Pero para eso hace falta que tomen la decisión de emplear a un número suficiente de funcionarios. Pero, claro, cuando la víctima es un vecino de los bloques protegidos, la policía no suele dedicarle tantos esfuerzos a la investigación.»

El joven Lamb, que vive con su madre, una viuda, en los bloques de protección oficial Edgar Allan Poe, en el Bronx, sigue en estado de coma aparentemente irreversible. Antes de perder la conciencia llegó a decirle a su madre la primera letra —una R— y cinco posibilidades de la segunda —E, F, B, R, P— de la matrícula del lujoso Mercedes-Benz que le atropello en el Bruckner Boulevard y que luego huyó a toda velocidad del lugar en donde se produjo el accidente.

La policía y la Oficina del Fiscal de Distrito han dicho que en Nueva York hay casi 500 Mercedes-Benz con matrícula que empieza por esas letras, una cifra que se considera excesiva para hacer una comprobación coche por coche, más aún teniendo en cuenta que el único testigo conocido del accidente, el propio Henry Lamb, puede no volver a recobrar jamás la conciencia.

Pero la fuente consultada por el *City Light* afirmó: «Es cierto que hay unas 500 posibilidades, pero de éstas apenas hay 124 que sean probables. El Bruckner Boulevard no es precisamente un centro de atracción turística. De modo que lo más razonable es suponer que el coche pertenece a alguien que, dentro del estado de Nueva York, vive en la misma ciudad de Nueva York o, a lo sumo, en Westchester. Partiendo de esa base —que es lo que la policía suele hacer en casos parecidos—, la cifra se reduce a unos 124 coches.

»Si la policía y el fiscal de distrito se niegan a investigar —dijo—, lo haremos nosotros mismos. La estructura de poder siempre actúa así: deja que alguien destruya la vida de ese brillante muchacho, y luego se limita a

bostezar y cruzarse de brazos. Pero no vamos a permitirlo. Ahora tenemos en nuestro poder el estudio de ordenador que reduce las probabilidades a 124 coches, y si es necesario nosotros mismos los investigaremos uno por uno.»

El corazón de Sherman pegó un brinco.

El vecindario del South Bronx, zona en la que Lamb tiene su hogar, está «furioso» y «a punto de estallar» ante la aparente despreocupación de los organismos oficiales que deberían acelerar las investigaciones.

Un portavoz del departamento de Sanidad ha dicho que se ha puesto en marcha una «investigación interna» en torno al trato recibido por el joven Lamb en el hospital. Por su parte, la policía y la oficina de Abe Weiss, fiscal de distrito, se limitan a decir que sus investigaciones «prosигuen». No obstante, se han negado a comentar la reducción de vehículos con grandes posibilidades de haber participado en el accidente, aunque un portavoz del departamento de Matriculación, Ruth Berkowitz, dijo, en referencia al material obtenido por el *City Light*: «Hacer público un documento secreto, y sobre todo en un caso que afecta tanto a la opinión pública, supone una grave violación de las normas por las que se rige este departamento.»

Eso era todo. Sherman se quedó mirando la letra impresa. ¡El cerco se estaba cerrando! Pero la policía no prestaba la menor atención a los nuevos datos... Sí, pero ¿y si ese... el tal *Bacon* y un montón de enfurecidos negros, empezaban a comprobar los coches uno por uno...? Intentó imaginárselo... No, era inimaginable... Alzó la vista y se quedó mirando la puerta gris-ocre de la cabina... Se estaba abriendo el gozne de aire comprimido que daba acceso al lavabo de caballeros. Luego, la puerta de otra cabina, dos cabinas más allá, se abrió también. Lentamente, Sherman cerró el periódico, lo dobló y volvió a introducirlo en el sobre. Lentísimamente, se levantó del inodoro; lentísimamente, abrió la puerta de la cabina; cautelosísimamente, y con el corazón latiéndole a toda velocidad, salió de los lavabos.

De nuevo en la sala de bonos, cogió el teléfono. Tenía que llamar a Bernard. *Tengo que llamar a Maria*. Intentó adoptar una expresión seria, de hombre que se dedica exclusivamente al trabajo. Todo el mundo ponía mala cara si alguno de los vendedores hacía llamadas personales desde la oficina de Pierce & Pierce. Marcó el número del apartamento de Maria en la Quinta Avenida. Contestó una mujer de acento español. Mrs. Ruskin no estaba en casa. Llamó a su escondite, marcando los números con precaución. No contestaban. Se recostó en el asiento. Enfocó la mirada en la lejanía... el brillo deslumbrante, las agitadas siluetas, el estruendo...

El ruido de un chasqueo sobre su cabeza... Alzó la vista. Era Rawlie, haciendo

chasquear los dedos.

—Despierta. Aquí no se permite dormir.

—Sólo estaba... —No se tomó la molestia de terminar porque Rawlie ya se había ido.

Volvió a encorvarse sobre su mesa y a mirar los números verde-radio que cabalgaban en las pantallas.

Y entonces, de golpe y porrazo, decidió ir a ver a Freddy Button.

¿Qué excusa podía darle a Muriel, su ayudante de ventas? Le diría que iba a ver a Mel Troutman, de Polsek & Fragner, para consultarle sobre los bonos Medicart Fleet... Eso es lo que le diría a Muriel... y la sola idea de decírselo le dio náuseas. Una de las máximas del León decía: «Con una mentira es posible que engañes a alguien; pero cualquier mentira te dice a ti mismo una gran verdad indiscutible: eres débil.»

No lograba acordarse del teléfono de Freddy Button. Hacía mucho tiempo que no le llamaba. Tuvo que buscarlo en su agenda.

—Soy Sherman McCoy. Querría hablar con Mr. Button.

—Lo siento, Mr. McCoy, está con un cliente. ¿Quiere que le llame él cuando termine?

Sherman esperó unos instantes, luego le dijo:

—Dígale que es urgente.

La secretaria tardó un momento en contestar:

—Aguarde.

Sherman seguía encorvado sobre su mesa. Bajó la vista al suelo... el sobre con el periódico... ¡No! ¿Y si la telefonista llamaba a Freddy por el interfono, y otro abogado, algún conocido de su padre, alcanzaba también a oír «Sherman McCoy... Urgente»?

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Espere! ¿Sigue ahí...? —Sherman se había puesto a gritar. Pero ella no le oía.

Miró fijamente el sobre. Garabateó unas cuantas cifras en un papel, para parecer ocupado, serio, trabajador. Lo siguiente que oyó fue la voz superamable, supernasal, de Freddy Button.

—¿Sherman? ¿Qué tal estás? ¿Qué ocurre?

Cuando salía, Sherman le contó a Muriel la mentira que había preparado, y se sintió un tipo barato, sórdido, y débil.

Al igual que otras muchas familias antiguas y acomodadas pertenecientes a la comunidad protestante de Manhattan, los McCoy siempre se habían esforzado por confiar sus asuntos privados y sus cuerpos a otros protestantes, pese a que era muy raro encontrar dentistas, o contables, que fueran protestantes, y nada fácil encontrar

médicos protestantes.

No obstante, seguían siendo numerosísimos los abogados protestantes, al menos en la zona de Wall Street, y Sherman era cliente de Freddy Button por las mismas razones por las que, de muchacho, había ingresado en los Knickerbocker Greys, el cuerpo infantil de cadetes. Todo lo había arreglado su padre. Cuando Sherman estaba cursando estudios en Yale, el León creyó llegado el momento de que su hijo hiciera testamento, simplemente como un paso más de su proceso de maduración, un paso prudente y normal. Y así, le dijo a Sherman que se hiciese cliente de Freddy, que en aquel entonces era un reciente, joven y activo socio del bufete de Dunning Sponget. Sherman no tuvo jamás que preocuparse por averiguar si Freddy era buen o mal abogado. Se había puesto en sus manos tranquilamente, para que él se encargara de los testamentos, para que los cambiase cuando se casó con Judy, y para que los volviese a modificar cuando nació Campbell, y para que le hiciese los contratos cuando compró el apartamento de Park Avenue o la casa de Southampton. La adquisición del apartamento hizo que Sherman meditase largamente: Freddy se enteraría de que había tenido que pedir un préstamo personal de 1,8 millones de dólares para comprarlo, y Sherman no quería que su padre (socio de Freddy, al menos desde el punto de vista técnico) se enterase. Freddy supo, en aquella ocasión, guardar el secreto. Sin embargo, en un caso tan obscuro como el de ahora, con la prensa hablando del asunto a voz en grito, Sherman comenzó a temerse que, siguiendo tal vez ciertas normas del bufete, ciertas costumbres que él ignoraba, Freddy se viese obligado a comentar el caso con sus demás socios, a comentárselo incluso al anciano León.

Dunning Sponget & Leach ocupaba cuatro pisos de un rascacielos de Wall Street, a tres manzanas de Pierce & Pierce. Cuando fue construido aquel edificio de estilo moderno, allá por los años veinte, su arquitectura era el último grito. Ahora, no obstante, había adquirido ese aspecto gris y sombrío tan típico de Wall Street. Las oficinas del bufete de Dunning Sponget se parecían a las de Pierce & Pierce. En ambos casos, los interiores modernos habían desaparecido bajo paneles ingleses estilo siglo XVIII y muebles ingleses de la misma época. Pero Sherman no se fijó en este detalle. Para él, todo lo relativo a Dunning Sponget era tan venerable como su propio padre.

Para su alivio, la recepcionista no le reconoció ni pareció fijarse en su apellido. Naturalmente, a estas alturas el León ya no era más que uno de los arrugados y antiguos socios que pasaban todavía algunas horas de la jornada por allí. Sherman acababa de tomar asiento en una butaca cuando la secretaria de Freddy Button, Miss Zilitsky, se presentó ante él. Era una de esas mujeres cincuentonas con aspecto de insobornable fidelidad al jefe. Miss Zilitsky le condujo por un silencioso pasillo.

Alto, delgado, elegante, encantador, Freddy le esperaba, fumando un pitillo, a la

puerta de su despacho.

—¡Ho-la, Sherman! —Una espiral de humo del pitillo, una sonrisa magnífica, un cálido apretón de manos, una encantadora demostración de placer por el hecho de encontrarse con Sherman McCoy—. Vaya, vaya, ¿cómo estás? Siéntate. ¿Café? ¡Miss Zilitsky!

—No, gracias. No quiero.

—¿Qué tal está Judy?

—Muy bien.

—¿Y Campbell? —Siempre se acordaba del nombre de su hija, lo cual, incluso en su actual situación, era especialmente agradecido por Sherman.

—De primera, de primera.

—¿Verdad que ahora ya va a Taliaferro?

—Sí. ¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho mi padre?

—No, fue mi hija, Sally. Hace un par de años que se graduó en Taliaferro. Le encantó. Y sigue enterada de todo lo que pasa en el colegio. Ahora va a Brown.

—¿Le gusta Brown? —Por Dios, ¿y por qué lo pregunto? Pero sabía muy bien el porqué. La espesa, intensa y envolvente corriente de amabilidad que desprendía Freddy, siempre acababa arrastrándote. Impotente, no te quedaba más remedio que decir las cosas de siempre.

Fue un error. Freddy empezó a contarle una anécdota sobre Brown y la coeducación. Sherman no atendió. De repente, para subrayar cierto comentario, Freddy hizo un ademán lánguido, afeminado. Siempre estaba hablando de familias: de su familia, de la de los demás y, sin embargo, era homosexual. Seguro. Freddy tenía unos cincuenta años, medía más de metro ochenta, y era un hombre de tipo delgado, algo descoyuntado, pero elegantemente vestido al estilo inglés. Llevaba su lacio pelo rubio, al que las canas estaban haciendo perder brillo, peinado hacia atrás, estilo años treinta. Con la misma languidez, se dejó caer ahora sobre el respaldo de su asiento, sin dejar de hablar, fumando. Inhaló profundamente el pitillo, dejó que el humo saliera lentamente de su boca, y luego lanzó dos espesas columnas a través de los orificios nasales. Era lo que en tiempos se llamaba *fumar a la francesa*, y Freddy Button seguía sin duda llamándolo así: Freddy, el último Gran Fumador. Luego lanzó al aire un par de anillos de humo. Inhalaba profundamente y formó unos anillos de humo más pequeños que se colaron a través del orificio de los anteriores, más anchos. De vez en cuando en lugar de sostener el Pitillo entre el índice y el corazón, lo sujetaba con el pulgar y el índice, poniéndolo muy tenso, como una vela. ¿Por qué fumaban tanto los homosexuales? Quizá por sus tendencias autodestructivas. Pero el término «autodestructivo» era el límite de los conocimientos psicoanalíticos de Sherman, de modo que su mirada comenzó a revolotear por toda la habitación. El despacho de Freddy había pasado por las manos de un decorador, una Judy

cualquiera. Tenía ese aspecto típico de los que salen en una de esas abominables revistas ilustradas... terciopelo color borgoña, cuero sangre de buey, bibelots de latón y plata... De golpe y porrazo, el encanto y el buen gusto de Freddy le resultaron horriblemente fastidiosos.

Freddy debía de haber notado su irritación, porque interrumpió su relato para decir:

—Bueno... habías dicho que te ha ocurrido algo con el coche.

—Por desgracia, puedes averiguar lo que me pasó leyendo simplemente los periódicos. —Sherman abrió su *attaché* y sacó un sobre de Pierce & Pierce, extrajo de él su ejemplar del *City Light*, lo abrió por la página tres, y lo dejó sobre el escritorio—. La noticia de la parte inferior de la página.

Freddy cogió el diario con la mano izquierda, mientras con la derecha apagaba el pitillo en un cenicero Lalique en cuyo borde asomaba la cabeza de un león. Esa misma mano buscó a continuación el pañuelo de seda blanca que descuidada, voluptuosamente, colgaba del bolsillo superior de su americana, y lo sacó, acompañado de unas gafas de montura de carey. Dejó el periódico en la mesa, y se puso las gafas con ambas manos. Del bolsillo interior izquierdo de la americana sacó a continuación una pitillera de plata y marfil, la abrió, y cogió uno de los cigarrillos sujetos por un clip de plata. Golpeó uno de sus extremos contra la misma pitillera, lo encendió con un delgado mechero de plata, cogió de nuevo el periódico, y empezó a leerlo; o, mejor dicho, a leerlo y fumar. Con la vista fija en el periódico, acercó el pitillo a sus labios en posición vela, entre el pulgar y el índice, inhaló profundamente, hizo un rápido movimiento con los dedos y... ¡bingo! El pitillo reapareció entre los nudillos del índice y el corazón. Sherman estaba pasmado. ¿Cómo lo había hecho? Luego se enfureció. ¡Y ahora se pone a hacer juegos de manos con el pitillo... *justo cuando yo estoy en plena crisis!*

Freddy terminó la lectura de la noticia, dejó el pitillo en el cenicero de cristal tallado, se quitó las gafas y volvió a meterlas con el lustroso pañuelo de seda blanco en el bolsillo exterior de su americana, y cogió el pitillo e inhaló de nuevo profundamente.

Sherman, casi escupiendo las palabras:

—Ese coche al que se refiere es el mío.

La ira de su entonación sorprendió a Freddy. Mojigatamente, casi de puntillas, el abogado contestó:

—¿Tienes un Mercedes con la matrícula que empieza por R... por R-no-sé-qué?

—Exactamente. —Entre dientes.

—Bueno... —El abogado estaba muy confundido—. ¿Te importa contarme lo que ocurrió?

Sólo cuando Freddy hubo pronunciado estas palabras comprendió Sherman que

se moría de ganas de hacerlo. ¡Se moría de ganas de confesar... ante quien fuera! ¡Quien fuera! ¡Incluso ante este gimnasta de la nicotina, ante este ridículo homosexual que, además, era socio de su padre! Jamás había visto tan claramente a Freddy. Ahora, por fin, sabía a qué atenerse. Freddy era el clásico tontorrón con buenos modales hacia el que los bufetes de Wall Street desviaban todos los asuntos de viudas y herederos, gente como él mismo, personas, en fin, con mucho más dinero que problemas. No obstante, era el único confesor que tenía a mano.

—Tengo una amiga que se llama Maria Ruskin —dijo Sherman—. Está casada con un tal Arthur Ruskin, un tipo que ha ganado montones de dinero en Dios sabe qué negocios.

—He oído hablar de él —dijo Freddy.

—Bien. Yo... —Sherman se interrumpió. No sabía cómo expresarlo—. Bueno... Mrs. Ruskin y yo hemos estado viéndonos bastante a menudo... —Hizo un puchero con los labios y se quedó mirando a Freddy. El mensaje no dicho era: «Sí, justo lo que imaginas. Se trata precisamente de la más pura y jodida lujuria.»

Freddy asintió con la cabeza.

Sherman vaciló una vez más, pero finalmente se zambulló en el relato y le dio todos los detalles de su incursión automovilística por el Bronx. Estudió el rostro de Freddy, tratando de encontrar signos de desaprobación o, peor incluso, ¡de disfrute! Mas no detectó nada que no fuera una amistosa preocupación puntuada por anillos de humo. Pero Sherman ya no estaba resentido contra él. ¡Qué alivio! ¡Por fin reventaba el grano y salía a presión todo el pus! ¡Mi confesor!

Mientras iba contando la historia, se fijó en otro detalle: le embargaba una alegría irracional. Él era el protagonista de aquella narración tan emocionante. De nuevo se enorgulleció —¡un orgullo estúpido!— de haber peleado en plena selva, de haber salido victorioso de la batalla. Por fin había subido al escenario. ¡Por fin él era la estrella! La expresión de Freddy había ido evolucionando. Primero amistosa, luego preocupada... finalmente, ¡puro éxtasis!

—Y bien, aquí estoy —dijo Sherman a modo de conclusión—. No se me ocurre qué hacer. Ojalá hubiese ido a la policía inmediatamente.

Freddy se recostó en el respaldo de su asiento, desvió la vista e inhaló el humo de su pitillo. Luego volvió a mirarle y le sonrió de forma tranquilizadora.

—Bien, por lo que me has contado, tú no eres responsable de las heridas que pueda tener ese joven. —Mientras hablaba, el humo iba saliendo en leves chorros de entre sus labios. Hacia muchos años que Sherman no veía hacer eso—. Es posible que tengas ciertas obligaciones, en tu calidad de propietario del vehículo, obligación, por ejemplo, de informar del accidente, y también puede que exista algún problema derivado del hecho de haberle negado tu auxilio al herido. Tendré que echarle una ojeada a la legislación. Imagino que podrían demandarte por violencia, me refiero a

lo de haber arrojado el neumático contra el otro, pero no creo que con eso puedan ir muy lejos, por la sencilla razón de que tenías motivos suficientes como para creer que tu vida estaba en peligro. De hecho, no es una circunstancia tan infrecuente como quizá hayas creído. ¿Conoces a Clinton Danforth?

—No.

—Es el presidente del consejo de Danco. Le representé en un pleito contra el Club Automovilístico de Nueva York, si no lo recuerdo mal. Él y su esposa, ¿no conoces a Clinton ni de vista?

¿De vista?

—No.

—Muy buen aspecto. Parece uno de esos capitalistas que sacaban antiguamente en las tiras cómicas, con sombrero de copa. En fin, una noche, Clinton y su mujer regresaban en coche a su casa...

Y se embarcó en una anécdota relacionada con una avería que tuvo el coche de su ilustre cliente en pleno Ozone Park, en Queens. Sherman estudió sus palabras, tratando de encontrar en ellas algún rayo de esperanza para su propio caso. Hasta que comprendió que aquello no era más que un reflejo condicionado de Freddy, su actitud normal de trabajo. Lo esencial del gran personaje de la alta sociedad consistía en saber contar siempre entretenidas anécdotas, preferiblemente protagonizadas por gente bien. Tras un cuarto de siglo en el bufete, seguramente ésta era la primera vez en que Freddy tenía que habérselas con un caso ocurrido en las calles de Nueva York.

—... un negro con un perro policía sujeto con una correa...

—Freddy. —Sherman volvía a hablar entre dientes—. No me importa en absoluto lo que le ocurriese a ese Danforth...

—¿Cómo? —Absolutamente confundido y hasta escandalizado.

—No tengo tiempo para anécdotas. Estoy metido en un lío.

—Oh, disculpa. Lo siento. —Freddy habló suave, cansinamente. Y también en un tono algo triste, como si se enfrentara a algún lunático que parecía estar a punto de perder los estribos—. En realidad sólo trataba de mostrarte...

—Olvídate de eso. Apaga el pitillo y dame tu opinión.

Sin apartar la vista del rostro de Sherman, Freddy apagó el pitillo en el cenicero Lalique.

—De acuerdo. Te daré mi opinión.

—No pretendía ser brusco, Freddy, por Dios.

—Ya lo sé, Sherman.

—Fuma si quieres, por favor, pero vayamos al grano.

Las manos de Freddy aletearon para indicar que lo de fumar no tenía importancia.

—De acuerdo —dijo Freddy—. Así veo yo las cosas. Me parece que no tienes nada que temer respecto al aspecto más grave de este caso, me refiero a las heridas

sufridas por ese joven. Es concebible que te demanden por haber abandonado el lugar del accidente y por no habérselo notificado a la policía. Ya te digo, lo estudiaré detenidamente. Pero no creo que haya ningún problema grave por ese lado, suponiendo que podamos demostrar la secuencia de acontecimientos tal como me los has contado a mí.

—¿Qué quieres decir con «demostrar»?

—Mira, lo que más me preocupa de lo que he leído en el periódico es que no coincide en casi nada con lo que tú me has contado.

—¡Ya lo sé! —dijo Sherman—. Ahí no dicen nada del otro... el tipo que se me acercó al principio. Tampoco dicen nada de la barricada, ni de la rampa. Dicen que el accidente fue en el Bruckner Boulevard. Y no ocurrió en el Bruckner ni en ningún otro bulevar. Y encima se inventan que ese chico es un magnífico estudiante... un santo de la negritud... y dicen que iba simplemente andando por la calle, sin meterse con nadie, cuando algún millonario que conducía un coche deportivo le atropelló y se dio a la fuga. ¡Están chiflados! Venga a decir que se trata de un coche de lujo, cuando no es más que un Mercedes. Por Dios, pero si hoy en día un Mercedes es lo mismo que un Buick de hace unos cuantos años...

La enarcada ceja de Freddy decía: «No es exactamente lo mismo.» Pero Sherman insistió:

—Quiero preguntarte una cosa, Freddy. El hecho de que... —Iba a decir «Maria Ruskin», pero no quiso que su abogado creyese que sólo pretendía sacudirse la culpa de encima— ...el hecho de que no fuera yo quién conducía en el momento del accidente... ¿me excluye completamente desde el punto de vista legal?

—Me parece que sí, al menos en lo relativo a las heridas que sufrió ese joven. Ya te digo, quiero estudiarlo detenidamente antes de pronunciarme. Por otro lado, yo también quisiera hacerte una pregunta. ¿Cuál es la versión que da tu amiga, Maria Ruskin, de lo sucedido?

—¿Su versión?

—Sí. ¿Cómo dice ella que resultó herido el chico ese? ¿Admite que era ella la que conducía?

—¿Cómo que si lo admite? La que conducía era ella.

—Ya, pero supongamos que teme que le caiga una acusación grave si afirma que la que conducía era ella. ¿Qué diría entonces?

Sherman se quedó un momento sin habla.

—Bueno, no creo que Maria Ruskin fuese a... —*Mentir* era la palabra que iba a pronunciar Sherman, pero no llegó a hacerlo. De hecho, no era absolutamente impensable que... La sola idea le escandalizó—. Mira... lo único que puedo decirte es que cada vez que hemos hablado del asunto, ella ha dicho lo mismo: «Al fin y al cabo, la que conducía era yo.» Cuando insinué por vez primera que fuésemos a la

policía, casi inmediatamente después de que ocurriera el accidente, ella dijo precisamente esto: «La que conducía era yo. Soy yo quien tiene que decidirlo.» En fin, claro que puede ocurrir cualquier cosa, pero... Dios Santo...

—No pretendo sembrar la duda, Sherman. Sólo quiero asegurarme de que comprendas que la única persona que podría corroborar tu versión de los hechos es ella... y que ella arriesga bastante si corrobora tu versión.

Sherman se hundió en su asiento. La voluptuosa guerrera que había combatido con él en la selva y que, luego, con la piel reluciente, había hecho el amor con él en el suelo...

—De modo que si voy a la policía—, dijo Sherman—, y cuento lo que ocurrió, pero resulta que ella no confirma mis palabras, me encontraré en un aprieto peor que el de ahora, ¿no es eso?

—Es una posibilidad. Mira, no insinúo que ella vaya a dar otra versión. Sólo quiero que sepas... en dónde estás.

—¿Qué crees que tendría que hacer, Freddy?

—¿Con quién has hablado de esto hasta ahora?

—Con nadie. Sólo contigo.

—¿Le has dicho algo a Judy?

—No. A Judy menos que a nadie. Esa es la verdad.

—Bien, de momento será mejor que no se lo comentes a nadie, ni siquiera a Judy, a no ser que te sientas impulsado a hacerlo. Pero incluso en ese caso, si llegaras a decírselo, tendrías que explicarle claramente hasta qué punto es importante la mayor reserva. Te asombraría saber cuántas cosas pueden ser utilizadas en contra de ti, en caso de que alguien quisiera hacerlo. Ha ocurrido muchas veces, demasiadas.

Sherman no estaba muy seguro de lo que Freddy estaba diciéndole, pero, de todos modos, asintió con la cabeza.

—Entretanto, y con tu permiso, consultaré el caso con otro abogado. Un amigo mío que está especializado en esta clase de asuntos. —No será alguien de Dunning Sponget...

—No.

—Porque detestaría que este condenado asunto fuese la comidilla de todo el bufete.

—No te preocupes. Se trata de otro bufete.

—¿Cuál?

—Dershkin, Bellavita, Fishbein y Schiessel.

Aquel torrente de sílabas era como un tufo de mal aliento.

—¿Qué clase de bufete es éste?

—Trabajan en todos los campos, pero son especialmente conocidos como criminalistas.

—¿*Criminalistas*?

—No te preocupes. —Freddy esbozó una sonrisa—. Los criminalistas también pueden ayudar a personas que no son criminales. No será la primera vez que utilicemos los servicios de ese colega. Se llama Thomas Killian. Muy brillante. Tiene más o menos tu edad. Fue a Yale, de hecho. Bueno, a la facultad de derecho. Es la primera vez en la historia que un irlandés logró graduarse en la facultad de derecho de Yale, y es el único graduado de esa facultad que se ha especializado como criminalista. Bueno, estoy exagerando, claro.

Sherman volvió a hundirse en su asiento, y trató de conseguir que el término *criminalista* se posara en su ánimo. Freddy, por su parte, tras haber comprobado que volvía a ser El Abogado, que tenía la sartén por el mango, sacó su pitillera de plata y marfil, extrajo un Senior Service de debajo del clip de plata, golpeó uno de sus extremos contra la pitillera, lo encendió, e inhaló con profunda satisfacción.

—Quiero consultarle a él —dijo Freddy—, en especial porque, a juzgar por la noticia que trae el periódico, este caso va a tener connotaciones políticas. Tommy Killian nos proporcionará un análisis mucho más ajustado.

—¿Dershkin, Noséqué y Schloffel?

—Dershkin, Bellavita, Fishbein y Schiossel —dijo Freddy—. Tres judíos y un italiano. Tommy Killian es irlandés. Déjame que te diga una cosa, Sherman. El ejercicio de la abogacía está muy especializado en esta ciudad. Es como si hubiese una multitud de... *clanes*... Te daré un ejemplo. Si me demandasen a mí por un caso de conducción negligente de mi automóvil, jamás en la vida querría que me representase nadie de Dunning Sponget. Iría más bien a ponerme en manos de uno de esos abogados de la parte baja de Broadway, porque ellos se dedican exclusivamente a eso. Están en el peldaño más bajo de la profesión, desde luego. Son los Bellavita y los Schiossel, tipos toscos, desagradables, mugrientos... Ni siquiera te imaginas el aspecto que tienen. Pero es a ellos a quienes yo acudiría. Porque conocen a todos los jueces, secretarios y demás abogados... Saben cómo se negocia un trato y cómo se evita un juicio. Si en uno de esos casos apareciese alguien de Dunning Sponget, alguien que se apellidara Bradshaw o Farnsworth, le harían sabotaje, no le permitirían dar ni un solo paso. Y en el mundo de los criminalistas ocurre lo mismo. Los abogados criminalistas no son precisamente el *bout en train*, pero en determinados casos hay que usar sus servicios. Y, dada tu situación, Tommy Killian es una buena elección.

—Por Dios —dijo Sherman. De todo lo que le había dicho Freddy, sólo recordaba una palabra: *criminalista*.

—¡No te deprimas, Sherman!
criminalista.

Una vez de regreso en la sala de bonos de Pierce & Pierce, Muriel le lanzó una mirada desagradable.

—¿Dónde te habías metido, Sherman? He estado intentando localizarte.

—Estaba en... —empezó a repetir la mentira, con algunas adiciones que podían hacerla más plausible, pero al ver la expresión de la ayudante de ventas comprendió que lo mejor sería callarse—. ¿Qué ocurre?

—Justo después de que te fueras ha salido una nueva emisión, 200 millones de Fidelity Mutual. He llamado a Polsek & Fragner, pero no estabas allí, y me han dicho que no te esperaban. Arnold está furioso, Sherman. Dice que quiere verte en cuanto llegues.

—Ahora mismo iré.

Dio media vuelta para irse.

—Espera un momento —dijo Muriel—. El tipo ese de París también ha estado tratando de localizarte. Ha llamado unas cuatro veces. Mr. Levy. Dice que le habías dicho que le volverías a telefonear. Y que te dijera que noventa y tres. «Definitivo», ha dicho. Dice que tú ya sabes de qué va.

13. La anguila reluciente

Kramer y los dos inspectores, Martin y Goldberg, llegaron a los bloques Edgar Allan Poe en un sedán Dodge sin identificación policíaca alrededor de las cuatro y cuarto. La manifestación estaba programada para las cinco. Aquellos bloques de viviendas habían sido contruidos durante la época de la campaña «Hierba verde», que pretendía erradicar los barrios viejos e infectos de la ciudad. El plan consistió en construir bloques de apartamentos en zonas ajardinadas donde pudieran jugar los niños y en donde los viejos encontraran rincones arbolados y paseos para tomar el sol. En la práctica, los niños y muchachos cortaron, arrancaron de raíz o destrozaron los árboles en cuestión de un mes, y los viejos que tuvieron la ocurrencia de tomar el sol o pasear por los senderos de la zona verde corrieron prácticamente el mismo destino. El conjunto urbanístico había quedado convertido en una serie de sombríos bloques de ladrillo visto distribuidos al azar en mitad de una extensión de terrenos pelados, repletos de basuras y desperdicios diversos. Desaparecidas las tablas de los bancos, sólo quedaban ahora los soportes de cemento, que más bien parecían ruinas de una antigua ciudad. El movimiento de las mareas urbanas, consecuencia de la idas y venidas de la población que buscaba trabajo en Nueva York, no había jamás afectado a este nuevo barrio supuestamente modélico, ya que la tasa de paro en los bloques Edgar Allan Poe era de un setenta y cinco por ciento como mínimo. Era una zona tan mortecina a las doce del mediodía como en ese momento, apenas pasadas las cuatro de la tarde. Kramer no logró ver ni un alma, a excepción de una pandilla de chicos que pasaron corriendo al pie de los graffiti que ilustraban la base de los edificios. Eran, por cierto, unos graffiti bastante borrosos. El sombrío ladrillo, recorrido por numerosas y sucias torrenteras, podía incluso con los más brillantes colores de los sprays.

Martin frenó y dejó que el coche se deslizara un poco más, arrastrado por la inercia. Se encontraban en la calle principal, delante mismo del Bloque A, que es donde se suponía que tenía que formarse la manifestación. No había por allí más que un jovencillo que, en mitad de la calzada, parecía estar arreglando la rueda de un coche. El coche, un Camaro rojo, estaba aparcado en batería contra la acera, de manera que cortaba en parte el paso por la calle. El jovencillo llevaba tejanos negros, camiseta negra sin mangas, y zapatillas deportivas a listas. Se encontraba en cuclillas, manejando una llave inglesa.

Martin paró del todo el coche apenas a tres metros de él, y apagó el motor. El jovencillo, sin levantarse, se volvió a mirar el Dodge. Martin y Goldberg ocupaban el asiento delantero, y estaban mirando al frente. Kramer no sabía qué se proponían. De repente, Martin se apeó. Llevaba una gabardina de color tostado, un polo, y unos pantalones grises muy baratos. Martin se dirigió hasta donde se encontraba el

jovencillo y, en un tono muy amable, le preguntó:

—¿Qué coño haces aquí?

—Nada —dijo el jovencillo con voz sorprendida—. Estoy arreglando el tapacubos.

—¿Arreglando el tapacubos, eh? —preguntó Martin, en un tono preñado de amenaza.

—Sí.

—¿Siempre aparcas así, justo en medio de la puta calle?

El jovencillo se puso en pie. Medía más de metro ochenta. Sus brazos eran largos y musculosos, y sus manos muy fuertes. En una de ellas seguía sosteniendo la llave inglesa. Se quedó mirando boquiabierto a Martin, que en este momento parecía un enano. Sus estrechos hombros apenas se le notaban bajo la gabardina. Por otro lado, no llevaba nada que le identificase como policía. Kramer no daba crédito a sus ojos. Allí estaban, en pleno South Bronx, apenas media hora antes de que empezara una manifestación para protestar por el carácter discriminatorio de la justicia de los blancos, y a Martin no se le ocurría otra cosa que desafiar a un joven negro que medía el doble que él, y que, por si fuera poco, llevaba una llave inglesa en la mano.

Martin inclinó la cabeza y miró a los ojos del jovencillo sin parpadear. Al jovencillo también parecía haberle sorprendido mucho la situación, pues ni se movió ni dijo media palabra. Luego desvió la vista hacia el Dodge, y se encontró con el ancho rostro carnosos de Goldberg, con aquellos ojos pequeños como ranuras y aquel bigote negro con los extremos curvados hacia abajo. El jovencillo miró de nuevo a Martin, y adoptó una expresión desafiante y cabreada.

—Sólo estoy arreglando el tapacubos, tío. Olvídame.

Antes de pronunciar la palabra «olvídame» ya había comenzado a separarse de Martin con paso pretendidamente tranquilo y lento. Abrió la puerta trasera del Camaro, tiró la llave inglesa al asiento de atrás, rodeó el coche para entrar por la puerta del volante, se sentó, puso el motor en marcha, y se fue.

Martin volvió a sentarse al volante del Dodge.

—Marty, voy a proponer que te den una medalla por haber contribuido a mejorar las relaciones entre las diversas comunidades de esta ciudad —dijo Goldberg.

—Suerte ha tenido de que no le pusiera una multa —dijo Martin.

Y luego se preguntan por qué les odia tanto la gente de los ghettos, pensó Kramer. Sin embargo, en ese mismo momento se quedó maravillado... ¡maravillado! Él, Kramer, era lo suficientemente alto y fuerte como para haberse peleado con el jovencillo de la llave inglesa, y no se podía excluir la posibilidad de que el chico se hubiese llevado una buena paliza. Pero lo más notable era que en ese enfrentamiento él habría terminado peleando. En cambio, Martin supo desde el primer instante que no pelearía. Supo que el chico le notaría en los ojos que era el típico Policía-irlandés-

que-no-se-achica-ante-nada-ni-ante-nadie. Naturalmente, la presencia de Goldberg en el coche había representado una ayuda considerable, sobre todo por su pinta de Matón-sin-escrúpulos, del mismo modo que también suponía una gran ayuda recordar que llevaba un 38 bajo la americana. No obstante, Kramer supo que él no hubiera sido capaz de hacer lo que aquel peso pluma irlandés acababa de hacer como si tal cosa. Y, por enésima vez a lo largo de su carrera de vicefiscal de distrito, rindió silencioso homenaje a ese atributo masculino tan misterioso y codiciado que recibía el nombre de *machismo*^[17] irlandés.

Martin aparcó el coche en el espacio que el jovencillo acababa de abandonar, pero a lo largo de la acera, y los tres se apearon y se dedicaron a esperar acontecimientos.

—Cuánta mierda —dijo Martin lacónicamente.

—Oye, Marty —dijo Kramer, orgulloso de la familiaridad que había adquirido con aquel par de tipos—, ¿habéis averiguado quién fue el que dio al *City Light* esos datos del departamento de Matriculación?

Sin volverse, Martin contestó:

—Sí, un «hermano». Un negrata.

Luego volvió un poco la cabeza, hizo un gesto que significaba que no podía esperarse otra cosa, que aquello no tenía remedio.

—¿Y vais a comprobar uno por uno los ciento veinticuatro coches, o los que sean?

—Sí. Weiss ha estado dando la paliza toda la mañana para que se haga.

—¿Cuánto tiempo tardaréis?

—Tres o cuatro días. Ha encargado a cuatro o cinco agentes que se dediquen a eso exclusivamente. Cuánta mierda.

—¿Qué coño le pasa a Weiss? —dijo Goldberg, volviéndose hacia Kramer—. ¿Resulta que ahora se cree todas las mentiras que dicen los periódicos?

—Sólo cree en los periódicos —dijo Kramer—. Y enloquece cada vez que sale algún caso con connotaciones raciales. Ya te lo dije: se acerca el momento de su reelección.

—Ya. Pero ¿por qué coño cree que vamos a encontrar algún testigo en esta manifestación, que no es más que un montaje muy bien organizado?

—Ni idea. Pero ésas fueron las instrucciones que le dio a Bernie.

Goldberg sacudió la cabeza con expresión desesperada:

—Ni siquiera sabemos exactamente dónde ocurrió. ¿Te das cuenta? Marty y yo hemos ido a Bruckner Boulevard, y así me condene si he logrado enterarme dónde pasó. Es otro de los detalles que ese chico se olvidó de contarle a su madre cuando le dio los datos de la jodida matrícula: dónde coño se supone que ocurrió.

—Por cierto —dijo Kramer—, ¿cómo cojones crees tú que un chico que ha vivido siempre en estos bloques puede saber qué aspecto tiene un Mercedes?

—Eso es justamente lo que mejor saben —dijo Martin sin volver la cabeza—. Los chulos y pícaros de la zona tienen todos Mercedes.

—Sí —dijo Goldberg—. Los Cadillac ya no les emocionan. ¿No te has fijado? Ahora andan por ahí con una estrella de Mercedes colgando del cuello.

—Si a un chico de este barrio se le ocurre inventar una patraña, el primer coche que se le ocurre mencionar es un Mercedes. Bernie se lo sabe de memoria.

—Pues Weiss también lo sabe, pero... —dijo Kramer. Miré a su alrededor. Todo el conjunto de bloques estaba tan desierto y silencioso que aquello parecía un mundo de fantasmas, espeluznante—. ¿Seguro que es aquí, Marty? No hay nadie...

—No te preocupes —dijo Martin—. Ya llegarán. Cuánta mierda, Señor, cuánta mierda.

Al poco rato apareció una furgoneta color tostado que se detuvo algo más adelante de donde ellos estaban. Se apearon doce hombres aproximadamente. Todos negros. En su mayor parte vestían camisa azul y mono de mecánico. Apparentemente tenían todos alrededor de unos treinta años. Uno de ellos destacaba porque era altísimo. Tenía un perfil anguloso y una gruesa nuez y llevaba un aro de oro colgando de una oreja. Les dio una orden a sus compañeros, y todos se pusieron a sacar de la furgoneta unos palos bastante largos. Los palos resultaron ser portapancartas, para la manifestación. Fueron colocándolos a los lados de la calzada. Luego, los hombres empezaron a fumar, apoyados en la furgoneta.

—He visto a ese mamón en algún lugar —dijo Martin.

—A mí también me parece haberlo visto —dijo Goldberg—. Oh, mierda, sí. Ya sé. Es uno de los mamones de Bacon, ese al que llaman Buck. Estuvo en aquel jaleo de Gun Hill Road.

—Exacto —dijo Martin, enderezándose en el asiento—. Es el mismo mamón de aquel día. —Hablabas como en sueños—. Anda, mamón de mierda, hazme el puto favor de cometer alguna estupidez... Voy a bajar.

Martin se apeó del Dodge, se quedó plantado en la acera, y, ostentosamente, empezó a hacer girar los hombros y los brazos, como un boxeador que estuviera relajando los músculos en espera del inicio del combate. También Goldberg bajó del coche. De modo que Kramer decidió imitarles. Desde el otro lado de la calzada, los manifestantes se fijaron por fin en ellos.

Uno de los negros, un joven muy fuerte con camisa de mecánico y tejanos, cruzó la calle con el típico contoneo de chuloputas, en actitud muy fría, y se dirigió a Martin.

—¡Eh! —le dijo—. ¿Es de la tele?

Martin bajó la cabeza y le dijo que no con un gesto, muy lento, y una actitud que era amenaza en estado puro. El negro le midió con la vista y le dijo:

—Entonces, ¿de dónde eres, tío?

—De donde a ti no te importa, guapa.

El negro intentó fruncir el ceño, luego probó a sonreír, pero todo lo que le sacó a Martin fue su rotunda cara de mala uva irlandesa. El joven dio media vuelta, se reunió con los demás compañeros, y el que se llamaba Buck se quedó mirando a Martin. Este le devolvió la mirada: un par de lasers irlandeses. Buck volvió la cabeza y se agrupó con tres o cuatro de los suyos. De vez en cuando miraban a Martin de reojo.

Esta tensa espera de western duró unos minutos, hasta que llegó otra furgoneta de pasajeros. De ella bajaron algunos jóvenes blancos, siete varones y tres mujeres en total. Parecían estudiantes, con la excepción de una mujer cuya larga melena rubia y ondulada comenzaba a encanecer.

—¡Eh, Buck! —canturreó la mujer. Se acercó al hombre alto del aro de oro, le tendió las dos manos y le sonrió. Él tomó sus manos, aunque sin el menor entusiasmo, y le dijo:

—¿Qué tal, Reva?

La mujer lo atrajo hacia sí y le besó primero en una mejilla y luego en la otra.

—Lo que me faltaba, ¡joder! —dijo Goldberg—. La furcia esa.

—¿La conoces? —preguntó Kramer.

—Sé quién es. Una comunista de mierda.

En ese momento, la mujer blanca, Reva, se volvió, dijo algo, y un hombre y una mujer blancos regresaron a la furgoneta y sacaron más pancartas.

Luego llegó la tercera furgoneta. Salieron de ella otras nueve o diez personas, hombres y mujeres blancos, casi todos jóvenes. Sacaron de la furgoneta un gran rollo de tela y lo desplegaron. Era una enorme pancarta. Kramer llegó a leer: EL PUÑO GAY CONTRA EL RACISMO.

—¿Qué coño es eso? —dijo Kramer.

—Eso son las lesbos y los gaybos —dijo Goldberg.

—¿Qué puñetas hacen aquí?

—Se meten en todos los jaleos. Supongo que les gusta respirar el aire de las calles. Parece que les divierte.

—Pero ¿qué relación tienen con este asunto?

—Yo qué sé. La unidad de los oprimidos... Esos se presentan cada vez que alguno de estos grupos pide gente.

De modo que ahora ya había un par de docenas de manifestantes blancos, y una docena de manifestantes negros, todos ellos haraganeando, charlando y preparando sus pancartas.

A continuación llegó un coche. De él se apearon dos hombres. Uno de ellos llevaba colgadas del cuello un par de cámaras y una gran bolsa de correa ancha, con las palabras THE CITY LIGHT en uno de los lados. El otro era un treintañero alto, de

nariz larga y pelo rubio. Su pálida tez estaba moteada de rojo. Sin motivos aparentes que justificaran la violencia de sus movimientos, este hombre del extraño blazer se dobló de repente por la cintura, hacia un lado, como si fuese víctima de algún ataque. Se quedó muy quieto en la acera, rerorcido, se metió el cuaderno debajo del brazo, y se llevó las dos manos a las sienes, con los ojos cerrados. Permaneció así un buen rato, haciéndose masaje, y luego abrió de nuevo los ojos, los guiñó haciendo muecas, parpadeó unos momentos, y finalmente contempló la escena que le rodeaba.

Martin se partía de risa:

—Miradle la cara. Cualquiera diría que se ha metido entre pecho y espalda una caja entera de whisky. Menuda resaca. En cualquier momento se nos pone a vomitar y se queda tieso.

Fallow volvió a doblarse por la cintura, inclinándose a babor. Seguro que se había producido alguna avería grave en su sistema de equilibrio. Esta vez la avería era tremenda. Tenía la sensación de que le hubiesen envuelto el cerebro con unas fibras membranosas, como las que recubren los gajos de las naranjas, y como si cada una de las contracciones de su corazón tensara repentinamente esa membrana. No era la primera vez que tenía una jaqueca fuerte, pero esta vez parecía una jaqueca *tóxica*, horriblemente venenosa...

¿Y dónde estaba la multitud? ¿Se habían equivocado de sitio? Le pareció ver apenas un puñado de gente, unos cuantos negros y varios grupos de estudiantes blancos, nada más. Una pancarta larguísima decía: PUÑO GAY. ¿*Puño gay*? Antes de llegar temía el estruendo que podía haber en un jaleo como aquél, pero ahora era el silencio lo que le estaba matando.

En la acera, a pocos metros de él, se encontraba el mismo negro altísimo con el aro colgando de la oreja que, hacía un par de días, le acompañó con Vogel hasta esos mismos bloques. Vogel. Cerró los ojos. La noche pasada Vogel le había llevado a cenar al Leicester's como celebración (¿o pago?) de su primer reportaje... Tomó un vodka Southside... luego otro... ¡*El hocico del monstruo!* ¡Iluminado por un fulgor azul radiactivo...! Tony Stalk y Caroline Heftshank se acercaron a su mesa, se sentaron con ellos, y Fallow quiso disculparse por lo ocurrido con Chirazzi, el pintor amigo de Caroline, pero ella le miró con una sonrisa extraña, le dijo que no pasaba nada, y él se tomó otro vodka Southside mientras Caroline se iba bebiendo un Frascati tras otro, sin dejar de pegarle gritos a Britt-Withers, y al final Fallow se encontró mal, y ella le desabrochó la camisa y le pegó tales tirones de los pelos del pecho que él se puso a blasfemar, y más tarde ella y Fallow se encontraron en la oficina de Britt-Withers, en el primer piso, en donde Britt-Withers tenía, sujeto con una cadena, un bull terrier de ojos acuosos, y Caroline seguía mirando a Fallow con su extraña sonrisa, y él intentó desabrocharle la blusa a ella, y ella se rió de él, y le

pegó, despectivamente, en el trasero, pero aquello enfureció, enloqueció a Fallow — *¡un intenso ondear de la superficie! ¡el monstruo se agitaba en las profundidades!*—, y ella enroscó el dedo índice, llamándole, y supo que Caroline estaba burlándose de él, y Fallow atravesó la oficina, y había una máquina: algo de una máquina y un fulgor azul radiactivo, *¡y el monstruo que se agitaba, que subía a superficie!* sí, un coletazo como de caucho, ya casi alcanzaba a verlo, casi, y ella se burlaba de él, pero a él no le importaba, y ella seguía presionando alguna cosa, y el azul radiactivo lanzaba destellos desde dentro, y sonaba un zumbido, y ella se agachó a recogerlo, se lo mostró a él: *casi alcanzaba a verlo, siguió subiendo, partió las aguas de la superficie y le miró directamente a los ojos desde el otro lado de su repugnante hocico.* Y era como un bloque de madera perfilado contra un aura radiactiva sobre un fondo negro, y el monstruo seguía mirándole desde la base de su hocico, y él quería abrir los ojos para alejar al monstruo, pero no podía, y el bull terrier comenzó a ladrar, y Caroline ya no le miraba, ni siquiera para demostrarle su desprecio, de modo que él le tocó el hombro, pero de repente ella estaba afamadísima, y la máquina seguía emitiendo zumbidos y fulgores de un azul radiactivo, y luego ella tenía un montón de fotos en la mano, y se fue escaleras abajo, al restaurante, y él siguió escorándose hacia un lado, y luego se le ocurrió una idea espantosa. Bajó precipitadamente las escaleras, que formaban una cerrada espiral, y se sintió todavía más mareado. Una vez en el restaurante, ¡una cantidad enorme de caras rugientes, de dentaduras afiladas! Y Caroline Heftshank estaba junto a la barra y les enseñaba una foto a Cecil Smallwood y a Billy Cortez, y luego había fotos por todo el local, y él se debatía por entre las mesas y la gente, tratando de coger las fotos...

Abrió los ojos, e hizo un esfuerzo por mantenerlos abiertos. El Bronx, el Bronx, estaba en el Bronx. Se acercó a Buck, el hombre del aro de oro. Seguía escorándose a estribor. Se sentía mareado. ¿Había tenido un ataque al corazón?

—Hola —le dijo a Buck. Había intentado decirlo en tono animado, pero le salió una voz semiahogada. Buck le miró sin dar señales de reconocerle. De modo que añadió—: Soy Peter Fallow, del *City Light*.

—Oh, ah, qué tal, hermano. —El negro le habló en tono agradable, pero carente por completo del entusiasmo que Fallow esperaba tras sus brillantes exclusivas en el periódico. El negro se olvidó de él para reanudar su conversación con una mujer.

—¿Cuándo empieza la manifestación? —preguntó Fallow.

—En cuanto llegue el Canal 1 —dijo Buck sin apenas prestarle atención, y volviéndose hacia la mujer antes de haber terminado la frase.

—¿Y la gente, dónde está?

Buck miró a Fallow y vaciló un momento, como si tratara de situarle.

—La gente llegará... en cuanto lleguen los del Canal 1. —Lo dijo en el tono que se emplea para hablar con alguien que no tiene la culpa de nada, pero que no posee

un cerebro especialmente dotado.

—Entiendo —dijo Fallow, que no entendía nada—. Y cuando lleguen los del Canal 1... ¿qué tiene que ocurrir?

—Dale la información a este hombre, Reva —dijo Buck.

Una mujer blanca con cara de demente metió la mano en una gran bolsa de vinilo que estaba en la acera, a sus pies, y le dio un par de hojas grapadas. El papel, una xerocopia —¡Xero... ..! ¡Azul radiactivo! ¡El hocico!— llevaba el membrete de la Alianza del Pueblo Americano. Un titular, en mayúsculas, decía: EL PUEBLO EXIGE JUSTICIA EN EL CASO LAMB.

Fallow comenzó a leer el texto, pero las palabras se le entremezclaron hasta formar un goulash. Justo en ese momento apareció de repente un joven blanco. Llevaba una americana de tweed, horrible, deprimente.

—Soy Neil Flannagan, del *Daily News* —dijo—. ¿Qué pasa aquí?

La mujer que se llamaba Reva sacó otra nota informativa. Neil Flannagan, como el propio Fallow, iba acompañado de un fotógrafo. Flannagan no se entretuvo a hablar con Fallow, pero los dos fotógrafos comenzaron a charlar animadamente desde el primer momento. Fallow les oyó quejarse de tener que hacer aquel reportaje. El fotógrafo de Fallow, un hombrecillo bajito y odioso, con gorra, repetía una y otra vez «mierda de trabajo». Eso parecía ser lo único de lo que hablaban los fotógrafos de prensa norteamericanos cada vez que tenían que salir de la redacción para ir a sacar fotos. Entreranto, el grupito de manifestantes no parecía en absoluto emocionado por la presencia de aquellos representantes de los dos tabloides de la ciudad, el *City Light* y el *Daily News*. Siguieron haraganeando junto a las furgonetas, tan tranquilos como si no les costase el menor esfuerzo contener la supuesta ira que les producían casos como los de Henry Lamb.

Fallow probó de nuevo a leer la nota de prensa, pero volvió a fracasar. Miró a su alrededor. Los bloques Edgar Allan Poe seguían inmersos en la más completa paz. Cosa muy anormal, dado su descomunal tamaño. Al otro lado de la calzada vio a tres blancos. Un tipo bajito con gabardina color tostado, un hombretón porcino con bigote de puntas caídas y chaquetón acolchado, y un hombre con entradas vestido con un traje barato de color gris y la típica corbata americana a listas. Se preguntó quiénes podían ser. Pero sobre todo sentía deseos de quedarse dormido allí mismo. Se preguntó si sería capaz de dormir de pie, como un caballo.

Poco después oyó que Reva, la mujer blanca, le decía a Buck:

—Me parece que son ellos.

Los dos miraron hacia el final de la calle. Los manifestantes comenzaron a cobrar vida.

Desde el final de la calle avanzaba hacia ellos un camión blanco de gran tamaño. En los lados, unas letras enormes decían: el 1 en directo. Buck, Reva y los

manifestantes se encaminaron hacia el camión. Neil Flannagan, los dos fotógrafos y, por fin, también Fallow, les siguieron de cerca. Había llegado el Canal 1.

El camión se detuvo, y del asiento delantero se apeó un joven de voluminoso pelo rizado, con blazer azul marino y pantalones color tostado.

—Robert Corso —dijo Reva en tono reverente.

Se abrieron también las puertas laterales del camión, y un par de jóvenes con tejanos y jersey y zapatillas deportivas saltaron a la calzada. El conductor se quedó sentado al volante. Buck corrió hacia los recién llegados.

—¡Eeeeh! ¡Robert Corso! ¿Cómo va, tío? —De repente, Buck sonreía, y su sonrisa iluminaba toda la calle.

—¡Bien! —dijo Robert Corso, tratando de adoptar un tono entusiasta, tan animado como el de Buck—. Bien. —Evidentemente no tenía ni idea de quién era el negro alto del aro de oro.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Buck.

El joven periodista se interpuso entre ellos dos:

—Hola, Corso. Flannagan, del Daily News.

—Ah, hola.

—¿Qué quieres que hag...?

—¿Dónde os habíais metido?

—¿Qué quieres que hag...?

Robert Corso miró su reloj de pulsera.

—No son más que las cinco y diez. Salimos al aire a las seis. En directo. Tenemos tiempo de sobra.

—Sí, pero mi sección cierra a las siete en punto...

—¿Qué quieres que hagamos?

—Bien... ¡Eh! —dijo Robert Corso—. No lo sé. Si no hubiésemos venido nosotros, ¿qué habríais hecho?

Buck y Reva le miraron con sendas sonrisas mezquinas, como si sus palabras sólo pudieran ser un chiste malo.

—¿Dónde están el reverendo Bacon y la viuda Lamb? —preguntó Corso.

—En casa de Mrs. Lamb —dijo Reva. A Fallow le sentó mal la noticia. Nadie se había tomado la molestia de decírselo a él.

Robert Corso agitó su gran cabeza rizada.

—Qué diablos, no esperéis que sea yo el que dirija la orquesta —murmuró. Luego, dirigiéndose a Buck—: Tardaremos un rato en tenerlo todo montado. Supongo que lo mejor será centrar la acción en la acera. Quiero que se vean los bloques al fondo de la imagen.

Buck y Reva se pusieron a trabajar. Comenzaron a gesticular y dar órdenes a los manifestantes, que regresaron a las furgonetas y cogieron sus pancartas, hasta

entonces apiladas en el suelo. Algunos vecinos de los bloques habían comenzado a aproximarse.

Fallow dejó a Buck y a Reva y se acercó a Robert Corso.

—Disculpe —le dijo—. Soy Petet Fallow, del *City Light*. ¿Ha dicho usted que el reverendo Bacon y Mrs. Lamb están por aquí?

—¿Fallow? ¿El autor de los reportajes? —dijo Robert Corso, y le tendió la mano, y estrechó la de Fallow con entusiasmo.

—Exacto.

—¿Usted tiene la culpa de que estemos en este jodido rincón del mundo? —Lo dijo con una sonrisa de admiración.

—Lo siento... —Fallow se sintió reconfortado. Esto era lo que había estado esperando desde el primer momento, pero lo que menos imaginaba era que le llegara de un presentador de televisión.

Robert Corso adoptó una expresión seria:

—¿Cree que el reverendo Bacon juega limpio en este caso? Bueno, es evidente que sí lo cree, claro.

—¿Y usted, no lo cree? —preguntó Fallow.

—Qué diablos, con Bacon no se sabe nunca. Es de lo más disparatado. Pero cuando entrevisté a Mrs. Lamb, la verdad, me dejó impresionado, en serio. Me pareció una buena persona: es lista, tiene empleo fijo, y un pisito limpio y ordenado. Muy impresionado, la verdad. No sé, de ella me fío. La creo. ¿Y usted?

—¿Así que ya ha podido entrevistarla? Yo creía que había venido hoy aquí para esa entrevista.

—Bueno... no. Esto es sólo para empalmar en directo. Empalmaremos en directo a eso de las seis.

—Empalmar en directo... —repitió Fallow, dándole a la frase una ambivalencia irónica.

Pero el norteamericano no captó la ironía:

—Mire, de hecho, nosotros ya hemos estado aquí hoy. He venido en cuanto he leído su información. ¡Y gracias por los datos! En serio. De hecho, me encanta venir a trabajar al Bronx. En fin, que hemos entrevistado a Mrs. Lamb y también a un par de vecinos, y hemos grabado un poco en Bruckner Boulevard, y en el sitio en donde fue asesinado el padre de ese chico y demás, y hemos recogido algunas fotos de Henry. De modo que ya tenemos grabada casi toda la información. Serán unos dos minutos aproximadamente. Y ahora lo que haremos es salir en directo durante la manifestación, y luego empalmaremos en directo con la manifestación para cerrar el bloque.

—¿Y qué piensan mostrar ustedes? No hay nadie más que ese grupito. Y casi todos son blancos —dijo Fallow señalando hacia Buck y Reva.

—Oh, no se preocupe. En cuanto saquemos nuestros telescopios, ya verá como aumenta la concurrencia.

—¿Telescopios?

—Las cámaras y el transmisor —dijo Corso, señalando el camión. Fallow siguió su indicación. Un par de hombres con tejanos trabajaban dentro del vehículo.

—Ya. Por cierto, ¿dónde están los demás?

—¿Los demás?

—La competencia. Los otros canales.

—Ah, nos prometieron la exclusiva.

—¿Exclusiva? ¿Quién se la prometió?

—Bacon, claro. Eso es lo que no me gusta de sus montajes. Este Bacon manipula las cosas como le da la gana. Tiene hilo directo con mi productor, Irv Stone. ¿Conoce a Irv?

—Lo siento, pero no.

—Habrás oído hablar de él...

—Pues no.

—Ha ganado muchos premios.

—Ujuuum.

—Irv es... Bueno, Irv es un tipo estupendo, pero es uno de esos bastardos que fueron líderes estudiantiles en los años sesenta, cuando los universitarios sólo se dedicaban a hacer manifestaciones contra la guerra y todo eso. Y cree que Bacon es un romántico líder popular. Si quiere saber mi opinión, Bacon no es más que un jodido manipulador de la gente. En fin, le ha prometido una exclusiva a Irv, e Irv le ha prometido meterlo en el telediario de las seis.

—Muy bien montado. Pero ¿qué gana Bacon con eso? ¿Por qué no quiere que estén todos los canales?

—Porque entonces corre el riesgo de que nadie saque nada. En Nueva York tenemos todos los días más de veinte manifestaciones, y todas compiten entre sí para conseguir unos segundos en la tele. Si Bacon le da la exclusiva a un canal, sabe que ese canal le dedicará mucho tiempo. Sabe que si nos tomamos la molestia de venir al fin del mundo con las cámaras y el camión del directo, que si sabemos que tenemos la exclusiva, pondremos esta noticia como la más importante del telediario, para justificar el directo, y mañana tanto los del 5 como los del 7 y los del 2 creerán que lo mejor será ocuparse también de este asunto.

—Entiendo —dijo Fallow—. HUUUUUUUUUU... ¿Y cómo puede garantizarles la exclusiva? ¿Qué puede impedir que los demás canales vengan aquí?

—Nada. Pero Bacon no les habrá dicho el lugar ni la hora.

—Parece que conmigo no se anduvo con tantos miramientos —dijo Fallow—. Al *Daily News* sí que le ha comunicado el lugar y la hora.

—Cierto —dijo Robert Corso—. Pero ustedes ya han tenido la exclusiva dos días seguidos. Ahora tiene que permitir que el resto de la prensa pueda trabajar también en primera línea. —Corso hizo una pausa. De repente, su bello rostro coronado de voluminoso pelo rizado adquirió tintes melancólicos—. De todos modos, en su opinión, en esta noticia no hay trampa, ¿no?

—Desde luego que no la hay —dijo Fallow.

—Ese tal Henry Lamb —dijo Corso— es... o era... un buen chico. Un estudiante magnífico, sin ficha de la policía. Un muchacho tranquilo. Parece que los vecinos le aprecian. ¿No piensa usted lo mismo?

—Por supuesto que sí —dijo el inventor del «magnífico estudiante».

—Ya estamos preparados —dijo Reva, acercándoseles—. Cuando quieras.

Robert Corso y Fallow se volvieron hacia la acera, en donde tres docenas de manifestantes se habían agrupado con sus pancartas apoyadas en el hombro, como los fusiles de unos soldados.

—¿Están preparados el reverendo Bacon y Mrs. Lamb? —preguntó Corso.

—Mira, mejor será que me avises a mí, o a Buck, cuando llegue el momento —dijo Reva—. El reverendo Bacon no quiere bajar con Mrs. Lamb para estar aquí sin hacer nada. Cuando llegue el momento, bajará. Pero no te preocupes, está listo.

—Bien —dijo Robert Corso. Luego se volvió hacia el camión—. ¡Oye, Frank! ¿Estáis listos?

—¡Casi! —dijo una voz desde el interior del camión.

Comenzó a oírse un zumbido rechinante. De la parte superior del camión emergió un cilindro plateado. En su extremo más alto había un estandarte o una bandera naranja reluciente. No, en realidad era un cable, un cable super-aislado, ancho pero aplastado, como una anguila eléctrica. La chirriante anguila eléctrica subía enroscada en espiral por el cilindro plateado. El conjunto de cilindro y anguila siguió subiendo y subiendo. El cilindro estaba formado por piezas embutidas las unas en las otras, como un telescopio, y subió alto, muy alto, mientras el camión seguía emitiendo sin patar su zumbido rechinante.

Comenzó a salir gente de los silenciosos bloques, que ya no permanecían silenciosos. Un auténtico hervidero de voces salía del erial. Y se iban acercando hacia el camión hombres y mujeres y grupos de mozalbetes y críos, todos con la mirada fija en la lanza plateada que ascendía hacia el cielo desplegando su estandarte de color naranja radiactivo.

El cilindro se había elevado ya hasta la altura de dos pisos, con su anguila anaranjada enroscada en él. La calle y la acera ya no estaban vacías. Una enorme y animada multitud se había congregado en la zona del camión. Una mujer gritó: «¡Robert Corso! ¡Canal 1! ¡El hombre del voluminoso pelo rizado, el de la tele!»

Corso echó una ojeada a los grupos de manifestantes provistos de pancartas, que

habían formado un óvalo en la acera y comenzaban a desfilar. Buck y Reva permanecían junto a ellos. Buck llevaba un megáfono en la mano. Mantenía la vista fija en Corso. Luego, Corso miró a sus técnicos. El cámara estaba a unos dos metros de él. La cámara parecía diminuta en contraste con el camión y el enorme cilindro, pero la muchedumbre ya estaba hipnotizada por su profundo ojo afectado de cataratas. La cámara ni siquiera había sido conectada, pero cada vez que el encargado de manipularla se volvía para hablar con el técnico de sonido y, de paso, hacía girar en panorámica el gran ojo, una larga ondulación agitaba la muchedumbre, como si la máquina poseyera cierto oculto poder cinético.

Buck miró a Corso y alzó una mano, con la palma abierta, como preguntando «¿Ya?». Corso se encogió de hombros y luego, cansinamente, señaló a Buck con el dedo. Buck se llevó a los labios su megáfono y aulló:

—¿Qué pedimos?

—¡Justicia! —canturrearon las tres docenas de manifestantes profesionales. Sus voces apenas si llegaron a oírse, perdidas entre los rumores de la muchedumbre, y en los enormes espacios de los bloques, bajo la espléndida lanza de plata del Canal 1.

—¿QUÉ NOS DAN?

—¡Racismo!

—¿QUÉ PEDIMOS?

—¡Justicia! —gritaron un poco más, pero no mucho.

—¿QUÉ NOS DAN?

—¡Racismo!

Un grupo de siete u ocho adolescentes estaban empujándose mutuamente y riendo, mientras trataban de ponerse en el centro del campo de visión de la cámara. Fallow se encontraba no lejos de la estrella de la función, Corso, que sostenía el micrófono en la mano pero seguía sin decir nada. El negro provisto de aquel megáfono de diseño y tecnología modernísimos se acercó un poco más a la primera línea de manifestantes, los portadores de pancartas, y, en respuesta a este movimiento, la muchedumbre se arremolinó, aproximándose más a la cámara. Los carteles y pancartas, brincando sobre las cabezas, también se aproximaron. LA JUSTICIA DE WEISS ES JUSTICIA PARA LOS BLANCOS... LAMB: ASESINADO POR LA INDIFERENCIA... LIBERTAD PARA JOHANNE... EL PUÑO GAY CONTRA EL RACISMO... EL PUEBLO GRITA: ¡VENGAD A HENRY!... ¡DEJA DE CRUZARTE DE BRAZOS, ABE ... ! LOS GAYS Y LESBIANAS DE NUEVA YORK EXIGIMOS JUSTICIA PARA NUESTRO HERMANO HENRY LAMB... CAPITALISMO + RACISMO = CRIMEN LEGALIZADO... ¡BUSCAD AL CONDUCTOR QUE SE DIO A LA FUGA!... ¡JUSTICIA YA!...

—¿Qué pedimos?

—¡Justicia!

—¿*Qué nos dan?*

—¡Racismo!

Buck volvió el megáfono hacia el grueso de la muchedumbre. Quería que sus voces también se oyeran.

—¿QUÉ PEDIMOS?

Nadie respondió nada. La gente, animadísima, sólo quería ver el espectáculo.

Buck contestó su propia pregunta:

—JUS-TICIA.

—¿QUÉ NOS DAN?

Nada.

—¡RA-CISMO!

—Venga... ¿qué pedimos? Nada.

—HERMANOS, HERMANAS —dijo Buck, con su embudo rojo junto a los labios—. Nuestro hermano, nuestro vecino, Henry Lamb, fue atropellado... por un coche que luego se dio a la fuga... y en el hospital... no hicieron nada por él... y la pasma y el fiscal ... están muy ocupados en sus cosas... Henry es un destacado estudiante ... y ellos dicen: «¿Qué más nos da...? Al fin y al cabo, es pobre, vive en los bloques... es negro...» Así que, ¿por qué estamos aquí, hermanos?, ¿por qué estamos aquí, hermanas?... ¡Para conseguir que Chuck haga lo que tiene que hacer!

La muchedumbre pareció encontrar gracioso el chiste, que Fallow no logró entender.

—¡Para que se le haga justicia a nuestro hermano, a Henry Lamb! —prosiguió Buck—. Vale. Entonces, ¿QUÉ PEDIMOS?

—Justicia —dijeron algunas voces del gentío.

—¿Y QUÉ NOS DAN?

Risas, miradas vacías. Las risas eran de los adolescentes, que seguían pegándose codazos y empujones, tratando ahora de situarse lo más cerca posible de Buck. Así la cámara les enfocaría. La cámara, cuya hipnótica luz roja estaba ahora encendida.

—¿Quién es Chuck? —preguntó Kramer.

—Chuck quiere decir Charlie —dijo Martin—, y Charlie es tu jefe. Y, aunque Weiss me caiga gordo, me gustaría retorcerle el cuello a ese mamón del megáfono.

—¿Os habéis fijado en esas pancartas? —dijo Kramer—. «La justicia de Weiss es justicia para los blancos.» «¡Deja de cruzarte de brazos, Abe!»

—Sí.

—Como las saquen en televisión, a Weiss le va a dar el ataque.

—Bastaría que viera esta escena, sin detalles, para que se lo diera.

Desde el lugar que ocupaban Kramer, Goldberg y Martin, lo que estaba

ocurriendo en la otra acera parecía un teatro callejero. Una presentación en honor de los *Media*. Al pie del enorme camión de la TV, tres docenas de personas, blancos en sus dos terceras partes, y negros en la otra, caminaban formando un óvalo, con los carteles y pancartas en alto. Once personas, dos negros y nueve blancos, centraban en este grupito toda su atención, con el fin de transmitir las débiles voces de los manifestantes y sus carteles escritos con rotuladores de punta de fieltro, a toda la población de una ciudad de siete millones de habitantes: un hombre con un megáfono, una mujer con una gran bolsa de nylon, un reportero de televisión con el pelo ensortijado y voluminoso, un cámara y un técnico de sonido unidos al camión por sus respectivos cordones umbilicales, dos técnicos ocultos en el interior del camión, el conductor del vehículo, dos fotógrafos y dos periodistas de los diarios, uno de los cuales se escoraba aún a estribor de vez en cuando. Disfrutando del espectáculo, y alrededor de sus principales actores, se había congregado una muchedumbre de dos o trescientas personas.

—Bien —dijo Martin—, ya es hora de hablar con los testigos.

Y comenzó a cruzar la calle, dirigiéndose hacia la muchedumbre.

—Eh, Marty —dijo Goldberg—. Tranquilo, eh.

Era justo lo que Kramer estaba a punto de decirle. Aquél no era precisamente el lugar más adecuado para hacer una demostración de *machismo* irlandés. Kramer se imaginó horrorizado a Martin dirigiéndose al tipo del megáfono, arrebatándoselo, y tratando de hacérselo tragar entero, ante los vecinos de los bloques Edgar Allan Poe.

Kramer, Martin y Goldberg se encontraban ya en mitad de la calle cuando, de repente, los manifestantes profesionales y los curiosos allí reunidos parecieron iniciar una ceremonia religiosa. El jaleo era considerable. Buck aullaba a través del megáfono. La probóscide tecnológica del cámara giraba a un lado y a otro. Había aparecido de golpe y porrazo un hombre alto de traje negro, camisa blanca de cuello duro, y corbata negra a listas blancas. Le acompañaba una mujer bajita con un lustroso vestido negro. Eran el reverendo Bacon y Mrs. Lamb.

Sherman cruzaba el amplísimo vestíbulo de marmol cuando vio a Judy sentada en la biblioteca. Se había instalado en la butaca de orejeras, y estaba viendo la televisión, con una revista en el regazo. Judy alzó la vista para mirarle. ¿Qué significaba esa mirada? No era amable, sino de sorpresa. Hubiera bastado con que ella mostrara el más mínimo afecto, el más mínimo calor, para que Sherman corriese... *¡a decírselo, a contárselo todo!* ¿Conque sí, eh? ¿A contarle qué cosa? A contarle... al menos el desastre de la oficina, la actitud con la que le había hablado Arnold Parch y, peor aún, la forma en que le había *mirado*... ¡Y no sólo él, también los demás! Como si... Evitó las palabras que definían lo que sus compañeros pensaban de él. Su desaparición, el fracaso de su plan de los Giscard... ¿Y lo demás? ¿Se lo hubiera

contado también? ¿Había leído Judy la noticia del Mercedes... matrícula RF?... Pero no hubo en la actitud de su mujer ni rastro de cariño. Sólo sorpresa. Eran las seis en punto. Hacía tiempo que Sherman no regresaba tan temprano a casa... No había más que sorpresa en el triste y delgado rostro coronado de suave pelo castaño. Siguió caminando hacia ella. Decidió, de todos modos, entrar en la biblioteca. Se sentaría a ver la televisión en la otra butaca. Era el silencioso acuerdo al que habían llegado. Se sentarían a ver juntos la televisión o a leer. De este modo podían seguir haciendo, aunque fuese gélidamente, las cosas que hacen los miembros de una familia, por Campbell y por lo demás, y ahorrándose toda clase de conversación.

—¡Papá!

Sherman se volvió. Campbell corría hacia él desde la cocina. En su rostro brillaba una maravillosa sonrisa, que a punto estuvo de romperle el corazón a Sherman.

—Hola, mi amor.

Metió las manos bajo las axilas de la chiquilla, la levantó en volandas y la abrazó. La niña le rodeó el cuello con sus brazos y la cintura con sus piernas, y le dijo:

—¡Papá! ¿A que no sabes qué he hecho?

—¿Qué?

—Un conejo.

—¿En serio? ¿Un conejo?

—Ven, te lo enseñaré. —Y empezó a serpentear, tratando de bajar al suelo.

—¿Me lo enseñarás?

No tenía ganas de ver ningún conejo, al menos en este momento, pero le forzó a obedecer su sensación de estar obligado a mostrarse entusiasta. Dejó que Campbell bajara al suelo.

—¡Vamos! —La niña le tomó de la mano y empezó a tirar de él con una fuerza increíble. Casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Adónde me llevas?

—¡Ven! ¡Está en la cocina! —Mientras le arrastraba hacia la cocina, Campbell colgaba casi todo su peso del brazo que le unía a la mano de su padre.

—¡Cuidado! —dijo Sherman—. ¡No vayas a caerte!

—¡Ven... *ga!*

Sherman la siguió, tironeado desde un lado por sus miedos, y desde el otro por el amor que sentía por aquella criatura de seis años que quería mostrarle un conejo.

La puerta daba a un pequeño pasillo de armarios empotrados que desembocaba en la llamada despensa, una estancia a lo largo de cuyas paredes se alineaban vitrinas con una centelleante proliferación de cristalerías, vajillas, junto a unos amplios fregaderos de acero inoxidable. Las vitrinas, con sus adornos de madera tallada, sus cornisas, sus parteluces, sus maineles —era incapaz de recordar todos los términos— habían costado miles... *miles*... Y qué *pasión* había puesto Judy en todas... esas

cosas... Cuánto dinero se habían gastado... Una hemorragia de dinero...

Ya estaban en la cocina propiamente dicha. Más vitrinas, más cornisas, más acero inoxidable, alicatados, focos, el enorme frigorífico-congelador, la cocina Vulcan... siempre lo mejor, resultado de largas investigaciones de Judy, que no había parado hasta encontrar lo más caro, aquella interminable hemorragia de dinero... Bonita estaba junto a la cocina.

—Hola, Mr. McCoy.

—Hola, Bonita.

Lucille, la doncella, estaba sentada junto a la repisa, tomándose un café.

—Mr. McCoy...

—Caramba, Lucille, hola. —Hacía siglos que no la veía; siempre llegaba demasiado tarde a casa. Hubiese tenido que decirle algo, después de tanto tiempo, pero lo único que se le ocurría era decir qué triste le parecía todo. Qué triste verlas, cada una a lo suyo, como todos los días, convencidas y seguras de que todo seguía siendo como siempre.

—Ven para acá, papá —dijo Campbell, tirando de él. No quería que Bonita ni Lucille le robaran la atención de Sherman.

—¡Campbell! —dijo Bonita—. ¡No le des esos tirones a tu padre!

Sherman sonrió, y se sintió impotente. Campbell ignoró la advertencia. Pero de repente dejó de tirar de su mano.

—Bonita lo cocerá para que se ponga duro.

Allí estaba el conejo. Sobre la mesa con superficie de formica blanca. Sherman se quedó mirándolo fijamente. Era increíble. Un conejo asombrosamente bien hecho, de arcilla. Su ejecución era, sin duda, muy primitiva, pero tenía la cabeza inclinada hacia un lado, las orejas le salían en ángulos muy expresivos, y las piernas estaban extendidas de manera poco convencional, tratándose de un conejo, mientras que los volúmenes y proporciones de las ancas resultaban excelentes. Parecía que el animal estuviera sorprendido.

—Pero ¡pequeña mía! ¿Lo has hecho tú?

—Sí. —Con mucho orgullo.

—¿Dónde?

—En el colegio.

—¿Tú sola?

—Sí. Yo sola. Del natural.

—Caramba, Campbell, ¡es un conejo precioso! ¡Me siento muy orgulloso de ti! ¡Tienes muchísimo talento!

—Ya lo sé. —Con mucha timidez.

De repente, Sherman sintió deseos de llorar. Un conejo sorprendido. Y pensar en el significado que, en este mundo, puede llegar a tener el hecho de ser capaz de

desear hacer un conejo de barro, y luego *hacerlo*, con la mayor inocencia, con la confianza de que el mundo lo recibiría con toda la ternura, todo el amor, toda la admiración posibles... Pensar en lo que ella *daba por supuesto* a sus seis años, a saber, que así es como era el mundo, y que su mamá y su papá —¡su papá!— habían hecho que el mundo fuera así, y que jamás permitirían que fuese de otro modo.

—Vamos a enseñárselo a mamá —dijo Sherman.

—Ya lo ha visto.

—Seguro que le ha encantado.

—Ya lo sé. —La voz muy tímida.

—Bien, pues vayamos juntos a enseñárselo.

—Bonita tiene que meterlo en el horno. Para que se ponga duro.

—Bueno, pero quiero ir a decirle a mamá cuánto me ha gustado *a mí*. —Y, con entusiasmo, levantó a Campbell en volandas y se la cargó sobre un hombro. Ella se lo tomó como un juego divertidísimo.

—¡Papá!

—¡Cada día pesas más! Pronto seré incapaz de cargarte como un saco. ¡Agacha la cabeza! Vamos a cruzar la puerta.

Entre risas y serpenteos, Sherman cruzó con ella la gran extensión de mármol hasta la biblioteca. Judy alzó la vista, muy seria.

—Campbell, ya eres muy mayorcita para permitir que tu padre te lleve a cuestas. Bájate de ahí.

—Ha sido él quien me ha cogido. —Dicho en un tono ligeramente desafiante.

—Sólo estamos jugando —dijo Sherman—. ¿Has visto el conejo que ha hecho Campbell? ¿No te parece maravilloso?

—Sí. Muy bonito. —Y Judy volvió la cabeza hacia el televisor.

—Me ha *impresionado* de verdad. Creo que tenemos una niña con muchísimo talento.

No obtuvo respuesta.

Sherman bajó a Campbell de su hombro a los brazos, para sostenerla como un bebé, y después se sentó en la butaca y la instaló sobre sus rodillas. Campbell se agitó un poco hasta sentirse del todo cómoda, y se apoyó contra su pecho, y Sherman la abrazó. También ellos dos se quedaron mirando el televisor.

Estaban dando las noticias. La voz de un reportero. Una mesa confusa de caras negras. Un cartel de manifestación: ¡JUSTICIA YA!

—¿Qué hace esa gente, papá?

—Parece una manifestación, cariñito.

Otro cartel: LA JUSTICIA DE WEISS ES JUSTICIA PARA BLANCOS.

¿Weiss?

—¿Qué es una manifestación? —Campbell se había enderezado sobre las rodillas

de Sherman, y, para hacerle la pregunta, se volvió hacia él, tapándole en parte la pantalla. Sherman trató de inclinar la cabeza para no perderse las imágenes.

—¿Qué es una manifestación, papá?

Medio distraído, tratando de ver la pantalla:

—Hummm... Es un... A veces, cuando la gente se enfada mucho por alguna cosa... pues hacen unos carteles y caminan en círculos con esos carteles en alto.

¡BUSCAD AL CONDUCTOR QUE SE DIO A LA FUGA!

¡El conductor que se dio a la fuga!

—¿Y por qué se enfadan tanto?

—Espera un momento, pequeña.

—¿Por qué se enfadan tanto, papá?

—Se enfadan casi por cualquier cosa.

Sherman estaba muy inclinado ahora hacia la izquierda, para de este modo ver la pantalla. Y tenía que sujetar a Campbell por la cintura, para impedir que resbalara al suelo.

—Pero ¿por qué cosas?

—Veamos por qué se han enfadado éstos.

Campbell volvió la cabeza, hacia la pantalla, pero inmediatamente se distrajo y dejó de mirar. Había un negro hablando, un negro muy alto, con americana negra y camisa blanca y corbata a listas, junto a una mujer delgada, una negra vestida con ropa oscura. Detrás de ellos se amontonaban muchísimas caras negras. De vez en cuando asomaban los rostros sonrientes de unos chiquillos que trataban de mirar a la cámara.

—Cuando un joven como Henry Lamb —estaba diciendo el hombre—, un estudiante extraordinario, un joven brillantísimo, cuando un joven como Henry Lamb ingresa en el hospital con una conmoción cerebral aguda, y le tratan solamente la rotura de muñeca que también padece... ¿entiende...?, cuando su madre le da a la policía y a la Oficina del Fiscal de Distrito una descripción del vehículo que atropello a ese joven, una descripción... ¿entiende...?, y ellos se cruzan de brazos...

—Papá, volvamos a la cocina. Bonita va a cocer el conejo para que se ponga duro.

—Ahora mismo...

—... nuestro pueblo lo comprende en seguida, está acostumbrado a que le digan: «No nos importa. No nos importan vuestros jóvenes, vuestros estudiantes más destacados, vuestras esperanzas, nada de todo eso cuenta, en absoluto...», ¿entiende...? Ese es el mensaje que nuestro pueblo capta. Pero a nosotros sí nos importa, y no vamos a quedarnos callados. Si la estructura de poder se niega a dar un paso...

Campbell se dejó caer al suelo, le cogió la mano derecha con ambas manos, y

comenzó a tirar de él.

—Venga, papá.

La cara de la negra delgada llenó por completo la pantalla. Las lágrimas corrían incontenibles por sus mejillas. Luego apareció un joven de voluminoso pelo rizado, con un micrófono en la mano. A su espalda había un universo entero de rostros negros, y más mozalbetes pegando brincos y haciendo visajes, tratando de entrar en el campo de visión de la cámara.

—...un Mercedes-Benz que aún no ha sido identificado, y cuya matrícula empieza por las letras RE, RF, RB, o RP. Y mientras, tal como dice el reverendo Bacon, esta comunidad desprotegida ha captado el mensaje que le envían las autoridades. Y estos manifestantes que me rodean también tienen un mensaje para las autoridades: «Si el poder no organiza rápidamente una investigación, la organizaremos nosotros mismos.» Les ha hablado Robert Corso, Canal 1, desde el Bronx.

—¡Papá! —Campbell tiraba de él con tanta fuerza que Sherman estuvo a punto de caerse de lado.

—¿RF? —Judy se habla vuelto y miraba a Sherman—. El *nuestro* empieza por RF, ¿verdad?

¡Ahora! ¡Díselo ahora!

—¡Vamos, papá! ¡Quiero cocer el conejo!

La cara de Judy no mostraba preocupación. Estaba sorprendida por la coincidencia. Eso era todo. Tan sorprendida, que hasta se había dignado iniciar una conversación con él, después de tanto tiempo.

¡Ahora!

—¡Vamos, papá!

Veamos qué es todo eso de cocer el conejo.

14. No sé mentir

Sherman despertó de un sueño que no se sentía capaz de recordar, con el corazón a pumo de salirse del pecho. Era la hora de los bebedores, esa hora a mitad de la noche en la que los bebedores y los insomnes despiertan de repente y saben que todo ha terminado, que ya no podrán conciliar de nuevo el sueño. Se resistió al impulso de mirar la hora en el reloj luminoso de la radio que estaba en la mesita de noche. No quería saber cuántas horas tendría que pasarse peleando con ese desconocido, su corazón, que sentía desesperados deseos de salir huyendo a algún lejano, lejano, lejano, lejano país.

Estaban abiertas las ventanas que daban a Park Avenue y a la travesía lateral. Entre los alféizares y el borde inferior de las cortinas asomaba una delgada cinta de tinieblas carmesíes. Oyó el ruido de un coche, un coche solitario, que arrancaba junto a un semáforo. Luego, un avión. No era un jet, sino un avión pequeño, a hélice. El motor se paró. ¡Estaba a punto de estrellarse! Luego volvió a oírlo, ronroneando y gruñendo sobre Nueva York. Qué rarísimo...

... en mitad de la noche más cerrada. Su mujer dormía, a medio metro de distancia, al otro lado del Muro de Berlín, respirando regularmente, olvidada de todo... Estaba vuelta de espaldas a él, de costado, con las rodillas dobladas. Hubiera sido bonito deslizarse en la cama hasta encajar sus propias rodillas contra las piernas de Judy, pegar su pecho a la espalda de su mujer. Antaño lo hacían... estaban muy próximos entonces... podían hacerlo sin que el otro se despertara... en mitad de la noche.

¡No podía ser cierto! ¡Era imposible que alguien pudiera violar estas paredes tan gruesas, invadir su vida! Aquel chico alto y delgado, los periodistas, los policías... a la hora de los bebedores.

Su queridísima Campbell, su hijita, dormía al final del pasillo. Mi preciosidad, Campbell. Una niña feliz, ¡olvidada de todo! Una neblina cubrió sus ojos completamente abiertos.

Se quedó mirando el techo y trató de hacerse alguna trampa que le permitiera dormir. Pensó en... otras cosas... Esa chica a la que conoció una vez, en el comedor de un hotel de Cleveland... su modo nada ceremonioso de desnudarse delante de él... en contraste con las técnicas de Maria... que se meneaba así y asá, con su ropa interior... ¡Lujuria...! Era la *lujuria* lo que le había llevado hasta... las tripas del Bronx, el chico delgado...

No había *otras* cosas. Todo estaba atado a esas cosas, y siguió tendido en la cama con esas cosas llameando en su imaginación, reproduciendo visiones espantosas... Las caras espantosas del televisor, la horrible cara de Arnold Parch, su espantosa severidad... la voz evasiva de Bernard Levy... la expresión de Muriel, como si ella

supiese que Sherman llevaba ahora una horrible mancha, que ya no era uno de los olímpicos de Pierce & Pierce... Una hemorragia de dinero... ¡Por fuerza tenía que estar soñando! Los ojos completamente abiertos, clavados en las tinieblas carmesíes que asomaban por el hueco que dejaban esas cortinas compradas en Roma... en mitad de la noche, aterrorizado de sólo pensar en la llegada de las primeras luces del amanecer.

Se levantó temprano, llevó a Campbell a la parada del autobús, compró los periódicos en Lexington Avenue, y bajó en taxi a Pierce & Pierce. En el *Times*... nada. En el *Post*... nada. En el *Daily News*... sólo una foto y un pie. En la foto aparecían los manifestantes con sus carteles, y la muchedumbre al fondo. En primer plano, un cartel decía: LA JUSTICIA DE WEISS ES JUSTICIA PARA LOS BLANCOS. Faltaban dos horas... para que el *City Light* estuviera en los kioscos.

Era un día tranquilo en Pierce & Pierce, al menos para él. Hizo sus llamadas rutinarias, a Prudential, Morgan Guaranty, Allen & Company... El *City Light*... Felix estaba en el otro extremo de la sala. Utilizar de nuevo sus servicios equivaldría a rebajarse... Ni Arnold Parch ni ninguno de sus compañeros le habían dicho ni palabra. ¿Qué pretenden, hacer como si no estuviera? El *City Light*... Llamar a Freddy por teléfono, para decirle que se agenciara un ejemplar del diario. Que Freddy se lo leyera por teléfono. De modo que llamó a Freddy, pero Freddy no estaba en su despacho, había salido. Telefonó a Maria: ilocalizable... El *City Light*... No podía soportarlo ni un segundo más. Bajaría él mismo, compraría el diario, lo leería en la calle, y volvería a subir. Ayer estuvo ILOCALIZABLE en el momento de la salida de una nueva emisión de bonos. Había perdido millones —¡millones!— en los Giscard. ¿Hasta qué punto empeoraría las cosas si volvía a violar las reglas? Con la mayor frialdad de la que se sintió capaz, cruzó la sala de bonos camino de los ascensores. Nadie pareció fijarse. (¡A nadie le importo ya!)

Abajo, en el kiosco del vestíbulo principal del edificio, miró a derecha e izquierda, y compró luego el *City Light*. Se encaminó a una gruesa columna de mármol rosado. El corazón parecía estar a punto de reventarle el pecho. ¡Qué sombrío! ¡Qué extraño! ¡Vivir, todos los días, aterrado por lo que pudiera decir la prensa de Nueva York! Nada en la primera página, ni en la segunda o la tercera... Estaba en la página 5, una foto y un texto firmado por ese tal Peter Fallow. En la foto aparecía, llorando, una negra delgada, consolada por el negro alto de traje negro y corbata a listas. Bacon. En el fondo se veían algunas pancartas. El texto era breve. Lo repasó velozmente... «comunidad enfurecida...», «coche de lujo...», «conductor blanco...». Ninguna indicación de qué era lo que estaba haciendo la policía. Al final del texto, un recuadro remitía al editorial de la página 36. El corazón volvió a acelerársele. Los dedos tropezaban unos con otros mientras volvía apresuradamente las páginas, buscando la número 36. Allí, en lo alto de la columna de los editoriales,

el titular: JUSTICIA PARA TODOS.

En nuestra edición del pasado lunes, el reportero Peter Fallow del *City Light* descubría la trágica historia de Henry Lamb, brillantísimo estudiante del Bronx, que fue críticamente herido por un coche cuyo conductor se dio a la fuga, y abandonó al joven Henry como si formase parte de las basuras que salpican las calles de la ciudad.

Es cierto que, desde un punto de vista estrictamente legal, el caso de Henry Lamb dista mucho de ser claro y transparente. Pero ¿acaso fue clara y transparente su vida? Pues Henry tendría que estar agradecido de la suerte que tuvo por haber sobrevivido a la experiencia que supone crecer en un grupo de bloques de viviendas protegidas —por ejemplo, la muerte de su padre, asesinado en su mismo barrio— y lograr incluso convertirse en uno de los alumnos más destacados del Instituto Ruppert. Hay que decirlo claramente: Henry Lamb fue arrojado justo cuando estaba pisando el umbral de un brillante futuro.

Y no basta con que nos apiademos de Henry Lamb, o de todo el resto de buenas personas que están decididas a luchar contra las condiciones de vida que suelen padecer quienes habitan en las zonas menos privilegiadas de nuestra ciudad. Henry y todos los demás necesitan saber que sus esperanzas y sus sueños son importantes para el futuro de todo Nueva York. Por esta razón exigimos desde aquí que se lleve a cabo una investigación en profundidad del caso Lamb.

Se quedó atónito. Aquello estaba convirtiéndose en una cruzada. Miró perplejo el periódico. ¿Quedarse aquel ejemplar? Sería mejor que no lo hiciera. Podían verle con él. Buscó una papelera, un banco... Nada. Cerró el periódico, lo dobló por la mitad y lo dejó caer al suelo, detrás de la columna, para luego irse rápidamente hacia los ascensores.

Comió sin moverse de su mesa de trabajo, un emparedado y un zumo de naranja. Quería que todos viesen su buena disposición laboral. Se encontraba hecho un manojo de nervios, agotado. Fue incapaz de terminarse el emparedado. A primera hora de la tarde sintió unos irreprimibles deseos de cerrar los ojos. Le pesaba la cabeza... En su frente notaba la amenaza de una jaqueca espantosa. Se preguntó si no habría pillado la gripe. Tenía que telefonear a Freddy Button. Pero estaba cansadísimo. Justo en ese momento tuvo una llamada. Era Freddy.

—Es curioso. Estaba pensando en llamarte. No sé si has visto ese editorial, Freddy.

—Sí. Lo he leído.

—¿Lo has leído?

—Siempre leo los cuatro diarios. Escúchame, Sherman, me he tomado la libertad de telefonear a Tommy Killian. ¿Por qué no vas a verle? Está en Reade Street. No lejos de tu oficina, junto al ayuntamiento. Llámale por teléfono. —Y, con su tomada voz de fumador, canturreó un número.

—Parece que las cosas van de mal en peor —dijo Sherman.

—No lo creas. No hay, en todo lo que he leído, nada que suponga pruebas comprometedoras ni cosas parecidas. Lo que pasa es que tratan de darle peso desde el punto de vista político. Killian tendrá que analizar también ese aspecto de la cuestión.

—Bien. Gracias, Freddy. Le telefonearé.

Un irlandés de Reade Street, un tipo llamado Tommy Killian.

No le telefoneó. Le dolía demasiado la cabeza. Cerró los ojos, se hizo un masaje en las sienes con las puntas de los dedos. A las cinco en punto, hora oficial para el término de la jornada, se fue. Lo cual estaba muy mal visto. Para un Amo del Universo, el final de la jornada sólo significa el comienzo de la segunda parte del día de trabajo.

Cada día, a las cinco de la tarde, la sala de bonos parecía el final de una batalla. Pasadas las cinco, los Amos del Universo se ocupaban de las cosas a las que se dedicaba durante toda la jornada la gente que trabajaba en los demás tipos de oficinas. Por ejemplo, calculaban los beneficios netos, a saber, el balance de ganancias y pérdidas de las transacciones. Revisaban la situación de los mercados, analizaban las estrategias, discutían problemas personales, investigaban las nuevas emisiones, y se entregaban a la lectura de toda esa prensa financiera que, mientras se desarrollaba la batalla diaria, tenían prohibido consultar. Se contaban, asimismo, anécdotas de guerra, hinchaban el pecho y se lo aporreaban con los puños, y hasta soltaban alaridos a la tirolesa si sus hazañas lo justificaban. Lo que jamás hacía ninguno de ellos era regresar corriendo a casa para estar con la mujer y los mocosos.

Sherman le pidió a Muriel que llamara al servicio de alquiler de coches para que fueran a buscarle a la misma oficina. Mientras lo hacía, escrutó la expresión de su rostro, tratando de encontrar señales del desprestigio en el que había caído. Pero sólo halló unas facciones inexpresivas.

En la calle, delante mismo del edificio, los coches de alquiler con chófer se amontonaban en triple y cuádruple y hasta quintuple fila. Elegantes hombres blancos con traje de negocios serpenteaban entre los vehículos, entrecerrando los ojos hasta divisar el número del que les correspondía. Todos los coches de alquiler con chófer llevaban en una de las ventanillas el nombre de la empresa y su número particular. Pierce & Pierce utilizaba los servicios de una empresa llamada Tango. Eran siempre Oldsmobile y Buick, tipo sedán. Pierce & Pierce utilizaba un promedio diario de tres o cuatrocientos viajes de la compañía Tango, que venían a costar unos 15 dólares

cada uno. De modo que algún picaro de Tango, el listo que era el dueño de la empresa, estaba probablemente sacando un millón de dólares al año sólo de Pierce & Pierce. Sherman buscaba el Tango 278. Anduvo un rato errante por entre el mar de coches, sorteando a hombres que tenían prácticamente el mismo aspecto que él, todos con la cabeza baja y los ojos entrecerrados, tratando de divisar el número que les correspondía... trajes gris marengo... «Disculpe...» «Disculpe...» ¡La nueva hora punta! En las películas de antes, la hora punta de Wall Street solía tener como escenario el metro, sus entradas y sus andenes... *¿El metro...? ¿Bajar ahí... confundirse con... la gente...? ¿Aislarse!* ¡Ese era el lema! Hoy en día todos caminaban por entre los coches, sorteándose mutuamente... «Disculpe...» «Disculpe...», entre los sedán... los ojos entrecerrados, entrecerrados... «Disculpe...» «Disculpe...» Por fin encontró el Tango 278.

Bonita y Lucille se llevaron una sorpresa al verle entrar en casa a las cinco y media de la tarde. Sherman no se sintió con ánimos para mostrarse amable con ellas. Judy y Campbell no estaban. Judy se la había llevado a una fiesta de cumpleaños, en el West Side.

Con pasos cansinos, Sherman subió por la gran escalinata curva. Entró en el dormitorio y se quitó la americana y la corbata. Sin descalzarse, se tendió en la cama. Cerró los ojos. Notó que la conciencia iba esfumándose, esfumándose. Cómo le pesaba la conciencia...

Mister McCoy. Mister McCoy.

Bonita se encontraba a su lado. Sherman no entendía nada.

—No quería molestarle —dijo Bonita—. El portero dice que abajo hay dos policías.

—¿Qué?

—El portero, que dice...

—¿Abajo?

—Sí. Dice que son de la policía.

Sherman se apoyó con un codo, enderezándose un poco. Se fijó en sus piernas, estiradas sobre la cama. No entendía nada. Debía de ser por la mañana, pero llevaba los zapatos puestos. Bonita estaba en pie, junto a la cama. Sherman se frotó la cara.

—Bueno... Pues di que no estoy.

—El portero les ha dicho que sí que estaba.

—¿Qué quieren?

—No sé, Mr. McCoy.

Un leve fulgor. ¿Era de madrugada? Se encontraba en estado semihipnótico. Tenía bloqueados los conductos nerviosos. No entendía nada. Bonita; la policía. El pánico le dominó antes incluso de que llegara a saber por qué lo sentía.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

Volvió a mirarse las piernas, los zapatos. Debían de ser las seis de la tarde. Había llegado a casa a las cinco y media. Debía de haberse dormido. Seguía tumbado allí, delante de Bonita... Su sentido de la compostura, más que ninguna otra cosa, le hizo girar las piernas hasta apoyar los pies en el suelo. Se quedó sentado al borde de la cama.

—¿Qué le digo al portero, Mr. McCoy?

¿Al portero? No acababa de entender nada. Abajo. Dos policías. Y él sentado al borde de la cama, tratando de despertarse. Había dos policías abajo, con el portero. ¿Qué decir?

—Dile al portero... Dile que tendrán que esperar un poco, Bonita.

Se puso en pie y se encaminó al baño. Se sentía grogui, agarrotado. Le dolía la cabeza. Le zumbaban los oídos. La cara que apareció en el espejo del baño tenía el noble mentón, pero estaba arrugada e hinchada y avejentada. La camisa, muy arrugada, tenía los faldones por fuera del pantalón. Se remojó la cara. Una gota le quedó colgando de la nariz. Se secó con una toalla pequeña. Ojalá fuese capaz de pensar. Pero estaba todo bloqueado. La niebla lo dominaba todo. Si se negaba a verles, y ellos sabían que estaba en casa, y así era, lo lógico sería que sospecharan, claro. Pero si decidía verles, hablar con ellos, y ellos le preguntaban... ¿Qué le preguntarían? Intentó imaginárselo... Era incapaz de hacerlo. Pregunten lo que pregunten... no sé nada... ¡No! ¡Es muy arriesgado! ¡Lo mejor será no recibirles! Pero ¿qué le había dicho a Bonita hacía un momento? Sí, que tendrían que esperar un poco... Lo cual equivalía a decir que estaba dispuesto a recibirles, pero, que tendrían que esperar a que él decidiera que ya estaba a punto.

—¡Bonita! —Regresó al dormitorio, pero la criada no estaba. Salió al pasillo—. ¡Bonita!

—Estoy abajo, Mr. McCoy.

Desde la balaustrada del primer piso vio a Bonita, que se encontraba al pie de la escalinata.

—¿Has hablado ya con el portero?

—Sí. Le he dicho de su parre que tendrán que esperar.

Mierda. Era como haber dicho que sí les iba a recibir. ¡Demasiado tarde para arrepentirse! ¡Freddy! ¡Telefonar a Freddy! Volvió al dormitorio, al teléfono de la mesita de noche. Llamó al despacho de Freddy. No contestaban. Llamó a la centralita principal de Dunning Sponget y preguntó por él; tras lo que a Sherman le pareció una espera interminable, le dijeron que ya se había ido. Llamarle a su casa. ¿Cuál era el número? Estaba en la guía, abajo, en la biblioteca.

Bajó corriendo la escalinata... y comprendió que Bonita se encontraba todavía en

el vestíbulo. No debía mostrarse angustiado a sus ojos. Dos policías en la calle, con el portero. Atravesó el piso de mármol verde con lo que pretendió que pareciese un paso vivo pero aplomado.

Guardaba su listín particular en un estante, detrás del escritorio. Le temblaban los dedos mientras iba hojeando el cuaderno. El teléfono. No estaba en el escritorio. Alguien lo había dejado en la mesita, junto a la butaca de orejeras. *Vaya*. Rodeó corriendo el escritorio y llegó junto a la butaca. El tiempo corría velozmente. Marcó el número de Freddy. Contestó una doncella. Los Button cenaban fuera. Mierda. ¿Y ahora, qué? El tiempo corría, corría, corría. ¿Qué hubiera hecho el León en una situación así? Una de esas familias siempre dispuestas a colaborar automáticamente con la policía. Si se negaba a colaborar, sólo podía deberse a un motivo: que tuviese alguna cosa que ocultar. Naturalmente, los policías lo detectarían de inmediato. A no ser...

Salió de la biblioteca. En el vestíbulo vio a Bonita, que seguía allí. Y le miraba muy fijamente. Eso fue lo que le decidió. No quería que el servicio le viera asustado, ni tan sólo indeciso. No quería que pensaran que era una persona con problemas.

—Bueno, Bonita. —Trató de adoptar la entonación de alguien que, sintiéndose aburrido, se enfrenta a una nueva pérdida de tiempo—. ¿Qué portero está hoy de turno? ¿Eddie?

—Eddie.

—Dile que les haga subir. Hazles esperar aquí. Yo bajaré en seguida.

Con pasos forzosamente tranquilos, subió la escalinata. Una vez arriba, salió disparado hacia el dormitorio. Lo que vio en el espejo era una persona legañosa, desarreglada. Alzó el mentón. Eso mejoraba un poco las cosas. Se mostraría duro. No perdería la cabeza. Se comportaría... se permitió la expresión... como un Amo del Universo.

¿Cómo vestirse? ¿Volver a ponerse la americana y la corbata? Llevaba puesta la camisa blanca, los pantalones del traje gris de estambre, y zapatos negros. Con la corbata y la americana puestas, su aspecto sería tremendamente Wall Street, tremendamente conservador. Seguramente, una imagen molesta para la policía. Corrió al otro dormitorio, que se había convertido en su vestidor, cogió una americana de tweed a cuadros, y se la puso. El tiempo seguía corriendo, corriendo. Ahora tenía un aspecto más deportivo, relajado. Un hombre en su propia casa, completamente relajado. Pero la americana, de textura suave, no armonizaba con los pantalones del traje, muy severos. Además... una americana de estilo deportivo... el clásico uniforme del hombre joven que se va de juerga cada noche... con su coche deportivo... Se sacó la americana de tweed, la arrojó a un rincón, y corrió de nuevo al dormitorio. La americana del traje, y la corbata, estaban tiradas en una silla. Se puso la corbata y se hizo un nudo ajustado. El tiempo corriendo, corriendo. Se puso la

americana, se la abrochó. Alzó el mentón, enderezó los hombros. Wall Street. Entró en el baño y se cepilló el pelo hacia atrás. Volvió a alzar el mentón. Muéstrate duro. Como un Amo del Universo.

Salió corriendo al pasillo, pero desaceleró el paso para bajar la escalera. Descendió los peldaños con lentitud, recordándose la necesidad de mantenerse tieso.

Le esperaban, en mitad del vestíbulo de mármol, Bonita y dos hombres. ¡Qué raro era todo aquello! Los dos hombres mantenían las piernas ligeramente separadas, y Bonita permanecía a dos metros de distancia, como si pastorease un pequeño rebaño. El corazón de Sherman latía con fuerza.

El más alto de los dos parecía una masa de carne embutida en un traje. La americana, incapaz de contener aquel cuerpo de luchador, parecía de cartón. Su cara era gruesa, morena, una cara mediterránea, según el criterio de Sherman. Su bigote no armonizaba con el cabello. Era un bigote que se curvaba hacia abajo en las comisuras de los labios, un bigote de un estilo que para alguien de Pierce & Pierce delataba inmediatamente la Clase Baja. Este policía miró fijamente a Sherman mientras él iba bajando la escalera, pero el otro, más bajo, no le prestó la menor atención. Este segundo policía llevaba americana deportiva y los clásicos pantalones marrones que suelen elegir las esposas para combinar con esa clase de chaquetas. Estaba mirando el vestíbulo, como un turista... el mármol, la guantera de tejo, la seda albaricoque de las paredes, las sillas Thomas Hope. La hemorragia de decenas de miles de dólares invertidos por Judy en todos los detalles... Tenía la nariz grande, pero el mentón hundido y la mandíbula estrecha, débil. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Era como si cierta fuerza terrible hubiera descargado su golpe contra uno de los lados de su cabeza. Pero, finalmente, el segundo policía dirigió sus ojos observadores hacia Sherman. Este notaba en todo momento los latidos de su corazón, el ruido que producían sus zapatos cuando comenzó a cruzar la gran extensión de mármol. Mantuvo el mentón alto, y se forzó a dirigirles una sonrisa amable.

—Caballeros, ¿en qué puedo ayudarles?

Lo dijo mirando al más alto de los dos, pero fue el bajito, el de los ojos observadores, quien contestó.

—¿Mr. McCoy? Soy el inspector Martin, y éste es el inspector Goldberg.

¿Debería estrecharles la mano? Qué más daba. Les tendió la mano, y primero el bajito, y luego el otro, se la estrecharon. Lo cual pareció haberles puesto en una situación embarazosa. Ninguno de los dos le apretó casi su mano.

—Estamos investigando un accidente automovilístico cuya víctima resultó herida. Quizá haya leído algo en la prensa, o visto la noticia en los telediarios. —El policía bajo se sacó del bolsillo de la americana una hoja de periódico doblada por la mitad. Se la dio a Sherman. Era el reportaje del *City Light*. La foto del chico delgado. Partes de la noticia estaban marcadas con color amarillo. Bruckner Boulevard. Mercedes-

Benz. R. ¡Los dedos acabarían poniéndosele a temblar si se entretenía leyendo todo el texto de la noticia! Miró a los policías.

—Mi esposa y yo vimos algo sobre esto en la televisión, ayer noche. —¿Debía decir que estaba sorprendido? ¿O, «qué coincidencia»? De repente lo comprendió, con estas palabras: *No sé mentir*—. Sí, pensamos, Santo Dios, nosotros tenemos un Mercedes, y nuestra matrícula empieza por R.

Bajó otra vez la vista al recorte de prensa y se lo devolvió rápidamente a Martin, el más bajo.

—Sí, usted y mucha gente más —dijo Martin con una sonrisa tranquilizadora—. Tratamos de ir comprobándolos uno por uno.

—¿Cuántos hay?

—Muchos. Tenemos a un montón de gente trabajando en este asunto. Mi compañero y yo hemos de inspeccionar veinte.

Bonita seguía junto a ellos, mirándoles, enterándose de todo.

—Bien, pasen por aquí —dijo Sherman, dirigiéndose al que se llamaba Martin. Les indicó la biblioteca con un ademán—. Bonita, hazme un favor. Si regresan Mrs. McCoy y Campbell díles que estaré ocupado en la biblioteca con estos señores.

Bonita asintió con la cabeza y se retiró a la cocina.

Una vez en la biblioteca, Sherman se sentó a su escritorio y les indicó a los policías la butaca de orejeras y la silla Sheraton. El bajito, Martin, iba mirándolo todo. Sherman tuvo aguda conciencia de la enorme cantidad de... cosas... evidentemente carísimas... que se amontonaban en la pequeña habitación... la fabulosa acumulación de... chucherías... y cuando los ojos del detective bajito se fijaron en los bajorrelieves del friso, se quedaron clavados allí. Luego se volvió hacia Sherman con una mirada infantil, como diciendo: *¡No está nada mal!* Finalmente, se sentó en la silla Sheraton, mientras el gordo, Goldberg, se instalaba en la butaca de orejeras.

—Bien, veamos —dijo Martin—. ¿Puede decirnos si su coche fue utilizado esa tarde?

—¿Cuándo fue, exactamente? —Bueno, ahora no tengo más remedio que mentir.

—El martes de la semana pasada —dijo Martin.

—No sé —dijo Sherman—, tendré que pensarlo.

—¿Cuántas personas utilizan su coche?

—Casi siempre yo. A veces también lo coge mi mujer.

—¿Tiene hijos?

—Una niña, de sólo seis años.

—¿Alguien más tiene la posibilidad de usar el coche?

—No, supongo que no. Bueno, la gente del garaje, claro.

—¿El garaje? —preguntó Martin.

—Sí. —¿Por qué había hablado del garaje?

—¿Es de esos en los que usted deja el coche con las llaves puestas, y lo aparcen ellos mismos?

—Sí.

—¿Dónde está ese garaje?

—Está... cerca de aquí.

La mente de Sherman comenzó a dar vueltas como un torbellino. ¡Sospechan de los encargados del garaje! No, qué locura. ¡Dan! Veía con su imaginación al regordete pelirrojo. ¡Le encantaría contarle a la policía que aquella tarde había sacado el coche! Aunque, quizá no lo recuerde, o no sepa qué día fue. ¡Seguro que se acordará! Le dejó con la palabra en la boca...

—¿Podríamos ir a echarle una ojeada?

A Sherman se le había quedado la boca seca. Notaba cómo se le contraían los labios.

—¿Al coche?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Para nosotros, lo mejor sería ahora, en cuanto salgamos de aquí.

—¿Ahora mismo? Bueno, no sé... —A Sherman le pareció como si tuviese los músculos de los labios atados con cuerdas.

—Suelen aparecer ciertas huellas después de un accidente de esas características. Si no las encontramos, pasaremos al siguiente coche de nuestra lista. De momento, sólo estamos buscando un coche. No tenemos descripción alguna de ningún conductor. Bueno, ¿le parece bien?

—Mire... no sé... —¡No! ¡No permiras que lo vean! ¡No van a encontrar nada! ¿O sí? ¡Algo de lo que no tenga ni idea, de lo que jamás había oído hablar! Pero si me niego a que lo vean... ¡sospecharán! ¡Di que sí! ¿Y si está de turno el pelirrojo?

—Es nuestro procedimiento rutinario. Tenemos que echarles una ojeada a todos los coches.

—Ya lo sé, pero, uh, si se trata, uh, de algo rutinario, supongo que yo... debería, uh, seguir también la rutina normal para mí, quiero decir para alguien cuyo coche está en esa situación.

La boca de Sherman se negaba a articular las palabras. Vio que los policías se miraban entre sí.

El más bajo, Martin, adoptó una expresión muy decepcionada.

—Supongo que quiere colaborar, ¿no?

—Claro que sí.

—Bueno, no es nada complicado. Sólo una inspección rutinaria. Les echamos una ojeada a todos los coches.

—Ya lo sé, pero si hay un procedimiento rutinario, como usted dice, lo que yo tendría que hacer también es seguir el procedimiento rutinario en estos casos. Vamos, yo diría que eso es lo más lógico.

Sherman tenía plena conciencia de no estar balbuciendo más que bobadas, pero se agarró a la palabra *rutinario* como si de ella dependiese su vida. Ojalá pudiese controlar sus músculos bucales...

—Lo siento, pero no acabo de entenderle —dijo Martin—. ¿A qué procedimiento rutinario se refiere?

—Mire, usted ha hablado del procedimiento rutinario que siguen ustedes cuando investigan un caso de este tipo. Bueno, no sé cómo funcionan estas cosas, pero seguramente también hay un procedimiento rutinario para el propietario del coche que se encuentra en esa situación... Quiero decir que, mire, yo soy el dueño de un coche de tal marca y que tiene tal matrícula, eh, que tiene tal matrícula... y sé que también para mí debe haber algún procedimiento rutinario. Eso es lo que estoy tratando de explicarle. Creo que es eso exactamente lo que yo, no sé, tendría que meditar. El procedimiento rutinario.

Martin se puso en pie y empezó a mirar el bajorrelieve del friso. Sus ojos fueron siguiéndolo hasta la mitad de la habitación. Luego, con la cabeza inclinada a un lado, miró a Sherman. Había una ligera sonrisa en sus labios. ¡Qué impudicia! ¡Una sonrisa heladora!

—De acuerdo, la rutina consiste... No es en absoluto complicada. Si quiere colaborar con nosotros, si no le importa colaborar con nosotros, pues entonces colabora usted con nosotros, y nosotros le echamos una ojeada al coche, y luego nos vamos a por el siguiente. No es en absoluto complicado. ¿Vale? Pero si usted no quiere colaborar, si tiene motivos para no colaborar con nosotros, pues no coopere, y enronces tendremos que seguir los conductos adecuados, y al final pasará lo mismo que pasaría ahora, de modo que ya lo ve: usted decide.

—Ya. Es solamente que... —No sabía de qué manera iba a terminar la frase.

—¿Cuándo usó su coche por última vez, Mr. McCoy?

Esta vez era el gordo, Goldberg, que no se había movido de la butaca de orejeras. Por un instante, Sherman se sintió agradecido de poder cambiar de tema.

—Vamos a ver... El fin de semana, supongo, a no ser que... Déjenme que lo piense, ¿lo saqué...?

—¿Cuántas veces lo ha usado en las dos últimas semanas?

—No lo sé con exactitud. Vamos a ver...

Sherman miraba aquella masa de carne envuelta en ropa que descansaba en la butaca frente al escritorio, y trataba entretanto de imaginar de qué forma podía contestar con mentiras a todas esas preguntas. Mientras, por el rabillo del ojo, vio que el otro se le estaba aproximando, rodeando el escritorio.

—¿Suele usarlo a menudo? —preguntó Goldberg.

—Depende.

—¿Cuántas veces a la semana?

—Ya le digo que depende.

—Depende, eh. ¿Lo usa para ir al trabajo?

Sherman se quedó mirando a aquella masa de carne con bigote. Ese interrogatorio estaba pareciéndole muy insolente. Ya era hora de que le pusiera fin, de que se mostrara firme ante esos tipos. Pero ¿cuál era el tono más adecuado? Aquellos individuos estaban conectados por unos hilos invisibles a cierto peligroso... poder... cuyo alcance se le escapaba. ¿Qué...?

Martin, el bajito, había rodeado completamente el escritorio. Hundido en su asiento, desde abajo, Sherman miró a Martin, y Martin le miró desde arriba, con su expresión escrutadora. Al principio su expresión era entristecida. Luego sonrió. Una sonrisa valiente.

—Mire, Mr. McCoy —le dijo, sonriendo a través de su tristeza—, estoy seguro de que quiere colaborar, y no querría que se complicase la vida dándole vueltas a lo del procedimiento rutinario. Lo único que ocurre es que en este caso tenemos que hacer las cosas con el mayor cuidado, porque la víctima, ese tal Henry Lamb, se encuentra muy grave. Según nuestras informaciones, probablemente acabará muriéndose. Por eso le pedimos a todo el mundo que colabore, pero nadie le obliga a colaborar. Si así lo desea, puede no decir nada. Tiene ese derecho. ¿Me explico?

Cuando Martin dijo «¿Me explico?», inclinó la cabeza a un lado, más incluso que en las ocasiones anteriores, y le dirigió una sonrisa, una sonrisa de incredulidad que decía que, si no colaboraba, Sherman estaría demostrando no ser más que un ciudadano horriblemente desagradecido, insensible, lioso.

Luego puso las palmas de las dos manos sobre la mesa de Sherman, y adelantó un poco el tronco hasta apoyarlo sobre las manos. Esto acercó un poco más su rostro al de Sherman, pero seguía mirándole desde arriba.

—Con eso quiero decir —dijo Martin— que supongo que sabe usted que tiene derecho a un *abogado*.

Cuando pronunció la palabra *abogado*, Martin lo hizo como si estuviera tratando de tomar en consideración las cosas más absurdas y chifladas que una persona —una persona de menos categoría, una persona mucho más artera que Sherman— podía llegar a hacer en aquella situación.

—¿Entiende? —insistió Martin.

Sherman se encontró diciendo que sí con la cabeza, pero a pesar suyo.

—Quiero decir que, si vamos a eso, aunque no tuviera usted dinero para pagarse un abogado... —y esto lo dijo con tanta camaradería, con tan buen humor, que era como si Sherman y él fuesen viejos amigos que tenían numerosos chistes privados—,

pero a pesar de todo quisiera tener un abogado, el Estado le proporcionaría ese ahogado gratuitamente. Si tuviese motivos para querer un abogado, claro.

Sherman volvió a asentir con la cabeza. Se quedó mirando la cara torcida del inspector. Se sentía impotente, tanto para hacer algo como para resistirse. Parecía que aquel hombre estuviera diciéndole: «No hacía ninguna falta que le dijese a usted todo eso. Usted es un ciudadano importante, que está por encima de todas esas cosas. Claro que, si no lo está, entonces es usted un germen patógeno, y tendremos que eliminarle.»

—Lo único que quiero decirle es que necesitamos su colaboración.

Luego giró el cuerpo para sentarse en el escritorio y mirar desde allí arriba a Sherman. *¡Se ha sentado en mi escritorio!*

Martin sonrió con toda la amabilidad de la que era capaz, y, en tono suave, le preguntó:

—¿Qué me dice, Mr. McCoy? Mi compañero estaba preguntándole que si usa el coche para ir al trabajo.

Martin seguía sonriéndole.

¡Qué desfachatez! ¡Qué tono tan *amenazador*! *¡Y se ha sentado en mi escritorio!* ¡Qué insolencia, qué mala educación!

—Y bien, ¿lo usa? —sonriéndole desde su cara torcida—. ¿Va en coche a su trabajo?

El miedo y un sentimiento de ofensa imperdonable le subían simultáneamente hasta su cabeza. Pero el miedo subió más.

—No... Nunca.

—Entonces, ¿cuándo coge el coche?

—Los fines de semana... O cuando me hace falta... A veces de día, o de noche, también de noche. Quiero decir que de día casi nunca, excepto cuando lo usa mi mujer, es decir, bueno, no sé, es difícil contestar...

—¿Cree que su esposa pudo utilizarlo el martes pasado por la tarde?

—¡No! Bueno, quiero decir que no lo creo.

—Entonces, puede usted haberlo utilizado en cualquier momento, pero no lo recuerda.

—No es eso. Sólo que... Mire, cuando uso el coche no suelo apuntármelo. No llevo ningún registro. Supongo que no pienso mucho en si lo uso o no.

—Y de noche, ¿lo usa a menudo?

Desesperadamente, Sherman intentó calcular la respuesta adecuada. Si les decía que *a menudo*, ¿creerían ellos que era especialmente probable que lo hubiese utilizado *esa* noche? Pero si decía que *casi nunca*, ellos esperarían que estuviese más seguro de cuál era la noche en que lo había sacado del garaje.

—No lo sé —dijo—. No *mucho*, pero seguramente, en fin, a menudo,

relativamente.

—No mucho pero seguramente a menudo relativamente —repitió el inspector bajito en tono monacorde. Cuando llegó a *relativamente* se había vuelto a mirar a su colega. Luego miró de nuevo a Sherman desde su posición prominente.

—Bien. Volvamos al coche. ¿Por qué no le echamos una ojeada? ¿Qué me dice?

—¿Ahora?

—Claro.

—No es un buen momento.

—¿Tiene una cita, o algo así?

—Estoy... esperando a mi mujer.

—¿Van a salir?

—Pues ujjjjjjjjj. —La conjunción degeneró en un suspiro.

—¿Van a salir en coche? —preguntó Goldberg—. Podríamos echarle una ojeada entonces. Es sólo un momento.

Por un instante Sherman decidió sacar el coche del garaje y dejar que los inspectores lo mirasen delante mismo del edificio. Pero ¿y si no se limitaban a eso? ¿Y si se empeñaban en hablar con Dan?

—¿Dice usted que su esposa está a punto de volver a casa? —dijo el bajito—. Tal vez sería mejor que esperásemos y hablásemos también con ella. Quizá recuerde que sacó el coche el martes de la semana pasada.

—Miren, ella... No es un momento oportuno, caballeros.

—¿Y cuál sería el momento oportuno? —preguntó el bajito.

—No lo sé. Si me dejan un poco de tiempo para pensarlo...

—¿Pensar en qué? ¿Cuándo sería oportuno? ¿No quiere colaborar con nosotros?

—No se trata de eso. Simplemente, me preocupa, no sé, el procedimiento.

—¿El procedimiento?

—El procedimiento normal en estos casos. La forma correcta de actuar.

—¿Y eso del procedimiento es lo mismo que lo de la rutina? —El inspector le miraba desde arriba, con una sonrisilla insultante.

—Procedimiento... rutina... No conozco bien la terminología. Pero supongo que sí, que viene a ser más o menos lo mismo.

—Tampoco yo la conozco bien, Mr. McCoy, pero no existe ninguna terminología, ni tampoco ningún procedimiento, ni rutina, si vamos a eso. Sólo hay dos posibilidades: o colabora usted con la investigación, o se niega a colaborar. Yo tenía entendido que quería usted colaborar.

—Así es, pero ustedes parecen estar reduciendo las posibilidades.

—¿Qué posibilidades?

—Bueno... Mire. Supongo que lo que debería hacer es... Lo que debería yo hacer en esta situación es hablar con un abogado.

Tan pronto como hubo pronunciado esas palabras, comprendió que acababa de hacer una horrible admisión.

—Ya se lo he dicho —dijo el detective bajito—, tiene todo el derecho a hacerlo. Pero ¿para qué quiere hablar con un abogado? ¿Para qué tomarse esa molestia y gastar ese dinero?

—Sólo quiero asegurarme de que procedo —tuvo inmediata conciencia de que el solo hecho de usar el verbo *proceder* le conducía a meterse en un lío— ... correctamente.

El gordo, sentado aún en la butaca de orejeras, habló:

—Permítame que le pregunte una cosa, Mr. McCoy. ¿Siente tal vez necesidad de sacar a la luz algo que tiene oculto en algún rincón de su pecho?

Sherman se quedó helado.

—¿De mi pecho?

—Porque en caso afirmativo —una sonrisa paternal... ¡Qué *insolencia!*—, éste es el momento de hacerlo, antes de que las cosas vayan siguiendo su curso y se compliquen más.

—¿Y qué tendría que sacar? —Había tratado de hablar con firmeza, pero lo que le salió fue un tono de... sorpresa.

—Eso es lo que le estoy preguntando.

Shetman se puso en pie y negó con la cabeza.

—Creo que no sirve de nada seguir ahora con todo esto. Tendré que hablar...

El bajito, sin abandonar el escritorio, terminó por él la frase:

—¿... con un abogado?

—Sí.

El bajito sacudió la cabeza, con la actitud de quien ve que la persona que le ha pedido consejo ignora sus palabras y decide lanzarse por el camino más arriesgado.

—Tiene todo el derecho. Pero si tiene que hablar con algún abogado de algo importante relacionado con todo este asunto, mejor será que lo suelte todo ahora mismo. Así se encontrará mejor. Sea lo que sea, seguramente no es tan grave como usted se está temiendo. Todos cometemos equivocaciones.

—No he dicho que hubiese nada grave. No lo hay. —Se sentía atrapado. *¡Intento seguir el juego que ellos me proponen, pero tendría que negarme a jugar!*

—¿Está seguro? —preguntó el gordo con una sonrisa que él debió de creer que era paternal. Pero que en realidad era... horrible... obscena... *¡Impúdica!*

Sherman pasó casi rozando al bajito, que seguía sentado en el escritorio y no dejó de mirarle ni un momento con sus ojillos amenazadores. Junto a la puerta, Sherman se volvió y les miró a los dos.

—Lo siento —les dijo—, pero no veo motivos para continuar con este... No voy a seguir discutiéndolo con ustedes.

Finalmente, el bajito se levantó del escritorio. *¡Ya era hora de que se bajara de mi escritorio, el muy insolente!* Luego se encogió de hombros y miró a su compañero, que también se puso en pie.

—Vale, Mr. McCoy —dijo el bajito—, volveremos a verle... con su abogado. — Lo dijo como si estuviera en realidad diciendo: «Nos veremos ante el juez.»

Sherman abrió la puerta de la biblioteca y les indicó por señas que salieran al vestíbulo. Le parecía tremendamente importante en ese momento obligarles a salir de la biblioteca, demostrarles por fin que aquélla era su casa y que él era el dueño.

Cuando llegaron junto a la puerta del ascensor, el bajito le dijo al gordo:

—Davey, ¿llevas alguna tarjeta? Dale una tarjeta a Mr. McCoy.

El gordo se sacó una tarjeta del bolsillo lateral de su americana y se la dio a Sherman. La tarjeta estaba bastante atrugada.

—Si cambia de opinión —dijo el bajito—, llámenos.

—Sí, piénselo bien —dijo el gordo, con una sonrisilla detestable—. Sea lo que sea, mejor será que nos cuente lo antes posible eso que le ronda por la cabeza. Cuanto antes, mejor. Así están las cosas. En este momento todavía puede colaborar con nosotros. Pero si espera... la maquinaria se pondrá en marcha... —Y alzó las palmas hacia arriba, como diciendo: «Y se verá usted metido en un jaleo de cuidado.»

Sherman abrió la puerta. El bajito le dijo:

—Piénselo bien.

Sherman cerró la puerta. Ya se habían ido. Pero no se sintió aliviado, sino abrumado por una tremenda consternación. Todo su sistema nervioso central le decía que acababa de sufrir una grave derrota... y eso que aún no sabía muy bien qué había ocurrido. Era incapaz de analizar sus propias heridas. Habían violado su intimidad de la forma más escandalosa... pero ¿cómo había ocurrido? ¿Cómo habían podido aquel par de... insolentes... *animales*... de poca monta... invadir su vida?

Al darse la media vuelta, se encontró con que Bonita acababa de salir de la cocina y se hallaba ahora en el umbral, al borde de la gran extensión de mármol. Supo que tenía que decirle algo a la criada. Bonita sabía que eran policías.

—Están investigando un accidente de circulación, Bonita.

Un tono demasiado acalorado.

—Oh, un accidente. —Sus grandes ojos decían: «Cuénteme más detalles.»

—Sí... No sé. Uno de los coches que estuvo metido en el accidente tenía la matrícula parecida a la de uno de los nuestros. O algo así. —Suspiró e hizo un ademán desesperado—. No he logrado entender ni media palabra.

—No se preocupe, Mr. McCoy. Ellos ya saben que no fue usted.

Por su manera de decirlo, era evidente que Bonita había notado que Sherman estaba preocupadísimo.

Sherman entró en la biblioteca, cerró la puerta y esperó tres o cuatro minutos.

Sabía que era irracional, pero tenía la sensación de que si no esperaba a que los policías hubieran salido del edificio, podían reaparecer, como por arte de ensalmo, de golpe y porrazo, con sus muecas y sus sonrisas despectivas, como hasta hacía un momento. Pasado ese tiempo telefoneó a Freddy Button y dejó recado de que le llamara en cuanto regresase.

Maria. Tenía que hablar con ella. ¿Se atrevería a relefonearle? Ni siquiera sabía dónde podía estar... el escondrijo, el apartamenro de la Quinta... ¡*Lineas intervenidas!* ¿Podían intervenirle su línea telefónica inmediatamente? ¿Habían dejado algún micrófono oculto en la biblioteca...? Cálmate... Qué tontería... Claro que a lo mejor Judy ya ha regresado, y no la he oído...

Se levantó y se fue hasta el vestíbulo y su grandiosa escalinata... Nadie... Oyó un débil *clinc clinc*... Las chapitas de identificación de Marshall... El lúgubre dachshund salió anadeando de la sala de estar... Las uñas del monstruo repiqueteaban contra el mármol... ¿Verdad que a ti te trae sin cuidado la policía...? Tú... comer y salir a dar un paseo, comer y salir a dar un paseo... Bonita asomó la cabeza desde la cocina... ¿Así que no quieres perderte ni el más mínimo detalle, eh? ¿Conque quieres poder chismorrear sobre lo que pasó el día que vino la policía a casa...? Sherman le lanzó una mirada acusadora.

—Oh, pensaba que Mrs. McCoy había regresado —dijo la criada.

—No te preocupes —dijo él—. Cuando lleguen Mrs. McCoy y Campbell te enterarás en seguida. —Y, hasta que llegue ese momento, aparta tus narices de mis asuntos.

Tras haber captado perfectamente bien el sentido del tono con que Sherman le hablaba, Bonita se retiró a la cocina. Sherman volvió a la biblioteca. Me arriesgaré a hacer una llamada. Justo en ese momento se abrió la puerta del ascensor.

Judy y Campbell.

¿Y ahora? ¿Cómo telefonear a Maria con ellas en casa? ¿Debía, antes, contarle a Judy lo de la visita de la policía? Si no lo hacía él, Bonita se encargaría de contárselo.

Judy le dirigió una mirada interrogadora. ¿Cómo diablos se había vestido su mujer? Pantalones de franela blanca, suéter de cachemira blanca, y una especie de cazadora punk de color negro, con gruesas hombreras... hasta... aquí... las mangas enrolladas hasta casi los codos, un collar con un nudo ridículamente grueso... ahí abajo... Campbell, por su parte, estaba hecha toda una señorita con su jersey borgoña y su blazer de Taliaferro y su blusa blanca de cuello redondo... ¿Por qué coño parecía, últimamente, que las niñas iban vestidas de señoras, mientras que sus madres se disfrazaban como niñas de doce años?

—Sherman —dijo Judy, con cara de preocupación—, ¿pasa algo?

¿Contarle inmediatamente lo de la policía? ¡No! ¡Salir y telefonear a Maria!

—¡Uh, no! —dijo Sherman—. Estaba a punto de...

—¡Papá! —exclamó Campbell, caminando hacia él—. ¿Ves estas cartas?
¿*Cartas*?

La niña sostenía en su mano tres naipes de tamaño miniatura: el as de corazones, el as de picas, y el as de diamantes.

—¿Qué son? ¿*Qué son*?

—No lo sé, pequeña. Naipes.

—Pero ¿qué *son*?

—Un momentito, cariño. Judy, tengo que salir un momento.

—¡Papá! ¿Qué *son*?

—Se las ha dado el prestidigitador —dijo Judy—. Dile lo que son. —Con un leve ademán de la cabeza que le decía: «Hazle caso. Quiere enseñarte un truco de magia.»

—Cuando regrese —le dijo Sherman a Campbell—. Tengo que salir un momentito.

—¡Papá! —La cría pegaba brincos, tratando de meterle los naipes ante los ojos.

—¡Un *momentito*, cariño!

—¿Vas a salir? —dijo Judy—. ¿Adónde vas?

—Tengo que ir a...

—¡PAPÁ! ¡DIME-QUÉ-SON!

—...casa de Freddy Button.

—¡PAPA!

—Shhhhhhhh —dijo Judy—, Cállate.

—¡Papá... *mira*! — Los tres naipes bailaban justo delante de sus narices.

—¿A casa de *Freddy Button*? ¿Sabes qué hora es? ¡Tenemos que prepararnos para salir!

—¡Dime qué cartas *son*, papá!

¡Joder! ¡Se le había olvidado! ¡Habían quedado en ir a cenar a casa de esa pareja espantosa, los Bavardage! La pandilla de radiografías sociales de Judy... ¿Esta noche? Imposible.

—Mira, Judy, no sé... No tengo ni idea de cuánto rato estaré en casa de Freddy. Lo siento, pero...

—¿Cómo que no sabes *cuánto* rato?

—¡PAPÁ! —A punto de llorar de frustración.

—Sherman, por Dios, mira las cartas un momento.

—No digas «Dios», mamá.

—Tienes toda la razón, Campbell. No tendría que haberlo dicho.

Sherman se inclinó hacia abajo y miró las cartas.

—Veamos... El as de corazones... el as de picas... y el as de diamantes.

—¿*Seguro*?

—Si.

Gran sonrisa triunfal.

—Ahora... las *muevo* así... —Y la niña se puso a agitar las cartas, como abanicándose, a tal velocidad que se convirtieron en una mera forma borrosa.

—Sherman, no tienes tiempo de ir a casa de Freddy Button. —Lo dijo con una mirada severa que decía: «Y punto.»

—Tengo que ir, Judy. —Desviando la vista hacia la biblioteca, como diciendo: «Te lo explicaré ahí dentro.»

—¡Abracadabra! —dijo Campbell—. Y ahora, ¡mira, papá!

Judy, con una voz contenida a duras penas:

—Tenemos que ir... a esa... cena.

Sherman volvió a inclinarse hacia abajo.

—El as de diamantes... es el as de corazones... el as de... ¡*tréboles*! ¡Caramba... Campbell! ¿De dónde ha salido ese as de *tréboles*?

Campbell, encantada:

—¡De ningún lado!

—Caramba... ¡*Magia*!

—Sherman...

—¿Cómo lo has hecho? ¡Increíble!

—¿Me oyes, Sherman?

Campbell, muy modesta:

—El mago me ha enseñado el truco.

—¡Ah! ¡El mago! ¿Qué mago?

—El de la fiesta de MacKenzie.

—¡Asombroso!

—Sherman. Mírame.

Sherman miró a Judy.

—¡Papá! ¿Quieres saber cómo lo he hecho?

—Sherman. —Como antes: «Y punto.»

—Mira, papá, te lo enseñaré.

Judy, con pretendida amabilidad y los nervios a flor de piel:

—Campbell, ¿sabes a quién le encanta la magia?

—¿A quién?

—A Bonita. Le encanta la magia. Anda, vete a enseñarle ese truco antes de que empiece a prepararte la cena. Luego vuelves y le enseñas a papá cómo lo has hecho.

—Ah, bueno. —Y, desconsoladamente, Campbell se fue hacia la cocina. Sherman se sintió culpable.

—Ven a la biblioteca —le dijo a Judy con voz portentosa.

Entraron en la biblioteca, y Sherman cerró la puerta y le dijo a su mujer que se sentara. *En pie, no podrías soportarlo.* Judy se sentó en la butaca de orejeras, y él lo

hizo en la silla de Sheraton.

—Judy, ¿te acuerdas de eso que salió en la televisión ayer tarde, la noticia de un accidente en el que el conductor se dio a la fuga, en el Bronx? ¿Sabes que andan buscando un Mercedes cuya matrícula empieza por R?

—Sí.

—Bien. Dos policías han venido, justo antes de que tú y Campbell regresarais. Dos inspectores. Me han hecho muchas preguntas.

Sherman describió el interrogatorio, tratando de conseguir que pareciese amenazador —*¡tengo que ver a Freddy Button!*—, pero sin hacer mención alguna de sus miedos ni sentimientos de culpabilidad.

—Bien, pues he llamado a Freddy, pero no estaba en casa, aunque le están esperando. Por eso voy a ir allí, para dejarle esta nota —y señaló su bolsillo, como si tuviera una nota preparada—, y, si ya estuviera de regreso para cuando yo llegue, hablaré con él. En fin, mejor será que me vaya.

Judy le miró un momento.

—Sherman. Lo que dices no tiene ni el más mínimo sentido. —Habló en tono casi afectuoso, sonriendo, como si estuviera dirigiéndose a alguien que trata de tirarse desde la azotea y tratase de convencerle para que no lo hiciese—. Nadie te va a meter en la cárcel porque tengas una letra de una matrícula. He leído algo sobre eso esta mañana, en el *Times*. Parece ser que hay 2.500 Mercedes cuya matrícula empieza por R. Este mediodía he bromeado con Kate di Ducci sobre este asunto, mientras comíamos. Hemos ido a La Boue d'Argent. ¿Se puede saber qué te preocupa? Seguro que ese día no estabas conduciendo por el Bronx...

¡Ahora...! ¡Díselo...! ¡Líbrate de este horrible peso! ¡Sincérate! Sintiéndose casi exultante, Sherman escaló los últimos palmos del gran muro de engaño que había interpuesto entre él y su familia, y...

—Bueno... Ya sé que no estaba yo por allí. Pero esos inspectores... parecía que no quisieran creerme.

... descendió apresuradamente.

—Sherman, no tienes motivos. Son *todo* imaginaciones tuyas, seguro. ¿Será posible? Si quieres hablar con Freddy, mañana tendrás todo el tiempo que quieras para hacerlo.

—¡No! ¡En serio! Tengo que ir.

—Y charlar larga y detenidamente si hace falta.

—Bueno, sí. Si hace falta.

Judy sonrió de una manera que a Sherman no le gustó nada. Luego sacudió la cabeza con incredulidad. Aún sonreía.

—Sherman, aceptamos esta invitación hace cinco semanas. Hemos de estar allí dentro de hora y media. Y yo voy a ir. Y *tú* vas a ir también. Si quieres dejarle a

Freddy el número de los Bavardage, de acuerdo, hazlo. Seguro que a Inez y Leon no les importará. Pero vamos a ir a esa cena.

Judy siguió sonriéndole afectuosamente... sonriéndole al suicida montado en la barandilla de la azotea... *Y punto.*

Esa calma... esa sonrisa... ese fingido afecto... El rostro de Judy expresaba sus pensamientos mucho mejor que todas las palabras del mundo. Con palabras, él hubiera podido discutir, escabullirse. Pero esta expresión no le dejaba salida alguna. La cena en casa de Leon e Inez Bavardage era tan importante para Judy como los Giscard para él. Los Bavardage eran, este año, los anfitriones del siglo, los arribistas más recientes y más ruidosos. Leon Bavardage era un comerciante de achicoria, un tipo de Nueva Orleans que había acabado ganando una auténtica fortuna en el campo de las inmobiliarias. Inez, su esposa, podía, tal vez pertenecer, como se decía, a una antigua familia de Louisiana, los Belair. Para Sherman (un *knickerbocker*), eran una pareja ridícula.

Judy sonrió: y jamás en la vida había ido tan en serio.

¡Pero él tenía que hablar con Maria!

Sherman se puso en pie de un salto.

—De acuerdo, iremos... ¡Pero voy corriendo a casa de Freddy! ¡No tardaré nada!

—¡Sherman!

—¡Te lo prometo! ¡Vuelvo en seguida!

Cruzó la enorme extensión de mármol verde a la carrera. Casi esperaba que ella saliera corriendo en su persecución, para agarrarle y meterle de nuevo en casa.

Una vez abajo, Eddie, el portero, le dijo:

—Buenas... Mr. McCoy. —Y su mirada parecía decir: «¿Y para qué ha subido a verle la pasma?»

—Hola, Eddie —dijo Sherman sin detenerse a mirarle siquiera. Caminó Park Avenue arriba.

En cuanto llegó a la esquina, se metió en aquella condenada cabina telefónica de la otra vez.

Con cuidado, con sumo cuidado, marcó el número de teléfono de Maria. Primero el del escondrijo. Nadie contestó. Luego llamó al apartamento de la Quinta. Una voz de acento español le dijo que Mrs. Ruskin no podía ponerse. *¡Mierda!* ¿Y si decía que era urgente o daba su nombre? Pero era probable que el anciano, Arthur, el marido de Maria, estuviera en casa. Dijo que volvería a llamar más tarde.

Tenía que matar el tiempo a fin de que pareciese plausible que había llegado hasta el edificio donde vivía Freddy Button para dejar allí la nota. Se fue caminando hasta Madison Avenue... el museo Whitney... el Carlyle Hotel... Tres hombres salieron de la puerta del Café Carlyle. Tenían aproximadamente su misma edad. Hablaban y reían, echando la cabeza hacia atrás, felizmente bebidos... Los tres llevaban su

respectivo attaché, y dos de ellos vestían traje oscuro, camisa blanca y corbata amarillo claro con un estampado pequeñito. Esas corbatas de color amarillo claro se habían convertido en la insignia de las abejas obreras del mundo de los negocios... ¡De qué coño se reían y carcajaban, de qué, sino del alegre mareo del alcohol que zumbaba en sus cerebros, pobres ingenuos...!

Sherman sentía el profundo resentimiento propio de todos aquellos que, pese a la gravedad de su propia situación, ven que el mundo sigue girando alegremente, sin poner ni siquiera mala cara.

Cuando volvió a su casa, Judy estaba arriba, en la suite del dormitorio de matrimonio.

—Bien... ¿Lo ves? No he tardado tanto —dijo Sherman. Por su tono, se hubiera dicho que esperaba una felicitación por haber cumplido su palabra.

Judy tuvo tiempo de estudiar diversas posibilidades de comentar sus palabras y su actitud. Finalmente, lo que dijo fue:

—Nos queda menos de una hora, Sherman. Hazme un favor, ¿quieres? Ponte el traje azul marino que te hiciste el año pasado. El azul *marino*. Bueno, azul medianoche, habría que decir. Y no te pongas una de esas corbatas estampadas. Que sea lisa. La de crêpe de Chine. También te irían bien unos cuadritos. Siempre te sientan de maravilla.

Unos cuadritos... Estaba abrumado de culpa y desesperación. *Ellos* rondaban por la calle, rodeándole, y no había tenido valor para contárselo a Judy. Y ella creía que aún podía permitirse el lujo de preocuparse por las corbatas.

15. La máscara de la muerte roja

Sherman y Judy llegaron a casa de los Bavardage, en plena Quinta Avenida, en un sedán Buick de color negro, conducido por un chófer canoso, y alquilado a la Mayfair Town Car Inc. Vivían a seis manzanas de los Bavardage, pero ir andando estaba estrictamente descartado. Para empezar, por el vestido de Judy. Le dejaba los hombros al aire, pero tenía unas manguitas abombadas, algo así como unas pantallas de lámpara china, sobre los brazos. Aunque se le ajustaba a la cintura, también tenía la falda hinchada, y a Sherman le recordó un globo aerostático. La invitación para cenar en casa de los Bavardage no exigía vestir de etiqueta. Pero, como *tout le monde* sabía, esta temporada las mujeres vestían mucho más elegantemente para las cenas informales en pisos de moda que para grandes bailes en grandes salones. En cualquier caso, Judy no podía ir por la calle, andando seis manzanas, con aquel vestido. Un viento de proa, aunque sólo fuera de seis o siete kilómetros por hora, le hubiese impedido avanzar un solo paso.

Pero había otro motivo más definitivo incluso para usar un coche alquilado con chófer. Hubiera sido perfectamente correcto que se presentaran a cenar en un Buen Edificio (era la expresión que se utilizaba en ese momento) de la Quinta Avenida en taxi, y les saldría por menos de tres dólares. Pero ¿y *después* de la fiesta? ¿Podían acaso salir de casa de los Bavardage y permitir que todo el mundo, *tout le monde*, les viese plantados en la acera, a ellos, los McCoy, esa magnífica pareja, alzando los brazos valiente, desesperada, patéticamente, tratando de llamar a un taxi? Los porteros no les serían de ninguna ayuda, porque estarían muy atareados acompañando a *tout le monde* a sus respectivas limusinas. Por eso Sherman había alquilado el coche con chófer, con este chófer de blanquísimas canas, que les llevaría a lo largo de las seis manzanas, esperaría tres horas y media, o cuatro, les devolvería luego a su casa, y se iría. Incluida la propina del quince por ciento y los impuestos, el precio global sería de 197,20 o 246,50 dólares, según les cobraran cuatro o cinco horas.

¡Una hemorragia de dinero! ¡Y quizá ni siquiera tenía ya un empleo! Puro pánico... Lopwitz... No, Lopwitz no le *despediría*... por tres días malos, malísimos... ¡Y una pérdida de 6 millones, so imbécil... Tengo que empezar a reducir gastos, mañana mismo... Esta noche, por supuesto, el coche con chófer era inevitable.

Para empeorar todavía más las cosas, el chófer no pudo aparcar delante de la casa de los Bavardage, tantas eran las limusinas que ya ocupaban todo el espacio. El Buick aparcó, pues, en doble fila. Sherman y Judy tuvieron que sortear limusinas... Envidia... envidia... Por las matrículas, Sherman dedujo que esas limusinas no eran alquiladas. Eran *propiedad* de las personas cuya elegancia acababa de ser trasladada hasta allí.

Un chófer, un chófer bueno, dispuesto a trabajar muchas horas diarias, y hasta muy entrada la noche, costaba 36.000 dólares al año, como mínimo; espacio en el garaje, mantenimiento del coche, seguros, como mínimo otros 14.000 al año; un total de 50.000 dólares, no deducibles. *¡Y yo gano un millón de dólares al año, y no me lo puedo permitir!*

Llegó por fin a la acera. *¿Eeehhh?* Justo a su izquierda, en la penumbra, una figura... *¡un fotógrafo!*

¡Puro pánico!

¡Mi foto en el periódico!

¡El otro chico, el gigante, aquel animal, ve su foto y corre a contárselo a la policía!

¡La policía! ¡Los dos inspectores! ¡El gordo! ¡El que torcía la cara! McCoy... ese sujeto que va a las fiestas de los Bavardage... ¡Menuda vida se pega!

Horrorizado, Sherman mira fijamente al fotógrafo...

... y descubre que no es más que un joven que pasea al perro. Se ha detenido junto a la marquesina que sale de la puerta del edificio... Ni siquiera mira a Sherman... se fija en una pareja que va a entrar ahora mismo... un anciano que lleva un traje oscuro y una joven, una rubia, con vestido corto.

¡Cálmate, por Dios! ¡Te portas como un chiflado! ¡No seas paranoico!

Pero una voz burlona, insultante, dice: *¿No tiene algo oculto en su pecho, algo que necesita sacar a la luz?*

Sherman y Judy ya se encontraban bajo la marquesina, a tres o cuatro pasos solamente del anciano y la joven rubia, dirigiéndose a la puerta. Un portero de perchera blanquísima y almidonadísima la abrió. Llevaba guantes blancos. La rubia pasó primero. El anciano, casi de la misma estatura que ella, parecía muy serio y soñoliento. Llevaba el pelo gris y escaso peinado hacia atrás. Tenía la nariz grande, pestañas gruesas, como un indio de película. *Alto ahí... Le conozco...* No, pero al menos le había visto alguna vez, en algún sitio... *¿Dónde...? ¡Bingo...!* En una revista, claro... Era el barón Hochswald, el financiero alemán.

Justo lo que Sherman necesitaba, precisamente esta noche... Después de las catástrofes de los tres últimos días, justo cuando vivía esa vida peligrosísima de su carrera en Wall Street, tenía que cruzarse con aquel hombre, un hombre cuyo éxito era tan completo, tan permanente, un hombre cuya fortuna era tan inconmensurable, tan segura... Haberse encontrado con él, con este indestructible y anciano alemán...

Quizá el barón sólo vivía en este mismo edificio... Por favor, Dios mío, que no esté invitado a la cena...

Justo en ese instante oyó que el barón le decía al portero, con fuerte acento europeo:

—Bavardage.

El blanco guante del portero señaló al fondo del vestíbulo.

Desesperante. A Sherman le desesperaba aquella velada, su vida toda. ¿Por qué no se había ido a Knoxville hacía seis meses? Una casita georgiana, una máquina para cortar el césped, una red de badminton para Campbell... ¡Pero no! Tenía que seguir los pasos de este alemán de ojos color nuez, asistir a la cena que daba una gente abrumadoramente vulgar, los Bavardage, un comerciante venido a más y señora.

Sherman le dijo al portero: «Los Bavardage, por favor», marcando su acento inglés para diferenciarse lo más posible de la anterior pareja. Sin embargo, todos ellos se dirigieron, casi pisándose los talones los unos a los otros, al ascensor, en donde se repitió el mismo juego de acentos. Era un ascensor con paredes revestidas de caoba vieja y reluciente. Una madera de grano espectacular pero de color dulce y elegante.

Los cuatro iban, naturalmente, a la misma cena, y tenían que tomar una decisión. Podían adoptar esa costumbre tan americana, tan de buena vecindad, tan honesta... hacer lo que hubieran hecho sin dudarlo ni un solo instante en cualquier ascensor de cualquier edificio similar a éste de la zona de Beacon Hill o de Rittenhouse Square, o en cualquier edificio de cualquier parte de Nueva York en el que diera una fiesta cualquier persona de buena familia, alguien como Rawlie o Pollard (en relación con la pareja formada por el nuevo rico y su mujer, hasta Pollard parecía un auténtico *Knickerbocker*)... podían, así pues, sonreír al barón y la rubia, y presentarse, que era lo corriente y aceptado por todos... o bien actuar con esnobismo y fingir que no se habían enterado de que los otros iban al mismo sitio que ellos, y quedarse mudos en el ascensor, mirando fijamente al cogote del ascensorista mientras aquel cajón de caoba ascendía hasta el piso de los anfitriones.

Sherman lanzó una mirada exploratoria a Hochswald y a la rubia. El vestido de ella era una especie de vaina negra que terminaba unos cuantos centímetros por encima de sus rodillas, y que se pegaba a sus succulentos muslos y al lúbrico declive de su abdomen, para elevarse hasta formar una gorguera que imitaba los pétalos de una flor. ¡Joder, qué buena estaba la tía! Sus hombros, cremosamente blancos, y las curvas superiores de sus pechos, se redondeaban, se hinchaban como si quisieran sacarse de encima aquella vaina negra para salir desnudos por entre las begonias... Llevaba la melena rubia recogida hacia atrás, dejando al descubierto un par de enormes pendientes de rubíes... Apenas veinticinco años de edad... ¡Una tía buenísima! ¡Un animal fogoso...! ¡Sí, aquel viejo bastardo se había quedado con lo mejor...!

Hochswald llevaba un traje de estameña negra, camisa blanca de cuello ancho, corbata de seda negra con un nudo grande, exagerado... un conjunto no especialmente adecuado... Sherman se alegró de que Judy se hubiese empeñado en hacer que se pusiera el traje azul marino y la corbata azul marino... No obstante, en

comparación con Hochswald, éste parecía más elegante.

Sherman captó la mirada del barón alemán, que, fugazmente, les estaba repasando a él y a Judy de los pies a la cabeza. Las miradas de los dos se cruzaron durante un instante brevísimo. Luego, los dos fijaron los ojos en los ribetes del cuello del ascensorista.

Así ascendieron, el ascensorista y los cuatro mudos de buena sociedad, hacia alguno de los pisos altos del edificio. Finalmente habían actuado de la forma más esnob.

El ascensor se detuvo, y los cuatro mudos salieron al vestíbulo del piso de los Bavardage, comunicado directamente con el ascensor, e iluminado por racimos de lamparitas con pantalla de seda situados a uno y otro lado de un espejo de marco dorado. Al fondo se veía una puerta abierta... una iluminación intensa, rosada... el zumbido de una colmena de voces excitadas...

A través de esa puerta entraron en el grandioso vestíbulo principal con escalinata. ¡Cuántas voces! ¡Cuánta diversión! ¡Cuántas risas! Sherman estaba enfrentándose al hundimiento de su carrera, a la inminente catástrofe matrimonial, al estrechamiento del cerco policíaco... y sin embargo, la colmena... la colmena... ¡la colmena...! Las ondas sonoras de la colmena hicieron que vibrara todo su cuerpo. ¡Rostros resplandecientes de sonrisas, destellos, dentaduras brillantes! ¡Qué fabulosamente afortunados somos, nosotros, los poquísimos que tenemos acceso a estas salas de las alturas, nosotros y nuestra radiante y sonrosada piel!

El vestíbulo no era tan grande como el de la casa de Sherman, pero mientras que el suyo (decorado por su esposa, la diseñadora de interiores) resultaba solemne y estirado, éste era más bien deslumbrante, efervescente. Las paredes estaban forradas de luminosa seda rojo chino, enmarcada con molduras doradas, enmarcadas a su vez por cenefas de tapicero color siena tostada, y esas cenefas estaban enmarcadas por más molduras doradas, y la luz de una hilera de candelabros de latón aplicados a la pared hacía brillar los dorados, y los brillos de los dorados y de la seda rojo chino contribuían a aumentar más aún el esplendor de las caras sonrientes y de los lustrosos trajes.

Sherman pasó revista al gentío e inmediatamente captó cierta pauta repetida... *presque vu! presque vu!* ¡casi visto...!, pero se sintió incapaz de expresarlo con palabras. Absolutamente incapaz. Todos los hombres y las mujeres que se encontraban en este ancho vestíbulo se habían agrupado en racimos, en ramilletes de conversación, por así decirlo. No había solitarios, no había ovejas descarriadas. Todas las caras eran blancas. (Las negras podían, muy cuidadosamente, aparecer en las cenas de beneficencia organizadas en hoteles o restaurantes, pero jamás había ninguna en cenas celebradas en domicilios particulares.) No había hombres menores de treinta y cinco años, y eran pocos los que no superaban los cuarenta.

En cuanto a las mujeres, pertenecían a dos variedades. En primer lugar estaban las mujeres de treinta y muchos, y cuarentonas, y mayores incluso («mujeres de cierta edad»), todas ellas en la piel y los huesos, cuerpos casi perfectos a base de pasar hambre. Para compensar la nula concupiscencia que emanaban aquellas sus nada jugosas costillas y sus espaldas atrofiadas, todas ellas recurrían a los modistos. Esta temporada no había borlas, fruncidos, pliegues, volantes, baberos, lazos, escarolados, festoneados, encajes ni arrebujaos cuya exageración estuviese mal vista. Esas mujeres eran las radiografías sociales, por decirlo con la frase que solía emplear Sherman mentalmente.

En segundo lugar estaban las Tartas de Limón^[18]. Mujeres veinteañeras o de treinta y muy pocos años, casi todas rubias (de ahí lo de «limón»), que eran las segundas, terceras, cuartas esposas o amantes con residencia compartida de hombres cuyas edades superaban los cuarenta, los cincuenta, los sesenta (y hasta los setenta) años, la clase de mujeres a las que los hombres llaman «chicas». Esta temporada las tartas de limón podían, sin atentar contra el buen gusto, lucir los privilegios naturales de su juventud mostrando al descubierto sus piernas desde muy por encima de la rodilla y marcando claramente la redondez de su culo (algo que ninguna de las radiografías poseía).

El tipo de mujer que no estaba representado en *chez* Bavardage era el de las que no son ni muy jóvenes ni muy viejas, las que ya han producido su primera capa de grasa subcutánea, las que relucen con una rotundidad rolliza y una tez sonrosada que, sin necesidad de palabras, cuenta toda una historia de vida hogareña y comida preparada para la vuelta del marido tras su jornada, y lectura en voz alta de cuentos infantiles, y conversaciones matrimoniales a la hora de acostarse... En pocas palabras, ninguna *Madre* era jamás invitada a esta clase de cenas.

Sherman se sintió atraído por un ramillete de arrobados rostros situados en primer plano del vestíbulo. Dos hombres y una mujer de emanación impecable dirigían sus sonrisas a un voluminoso joven cuya frente estaba coronada por un indomable mechón muy tieso, a contracorriente del resto de su pelo rubio muy pálido... *Le he visto en algún sitio... Pero ¿quién es...? ¡Bingo...!* Otro rostro de la prensa. El Campesino de Oro, El Tenor del Copete. Sí, así le llamaban... Bobby Shaflett. Era un tenor recién contratado por la Metropolitan Opera, un ser insultantemente gordo que, sin que nadie supiera cómo, había emergido de alguno de los valles más altos de los Apalaches. No había revista ni diario que no sacara su foto últimamente. Mientras Sherman le miraba, el joven abrió su boca de par en par. *Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao*, estalló en una estruendosa carcajada de pajar, y los rostros sonrientes que le rodeaban brillaron incluso más, y con más arrobamiento.

Sherman alzó su mentón Yale, enderezó los hombros y la espalda, se elevó todo cuanto daba su estatura, y adoptó la Presencia, la presencia de un Nueva York más

refinado y antiguo, el Nueva York de su padre, el León de Dunning Sponget.

Un mayordomo apareció como por arte de magia, y les preguntó a Sherman y a Judy qué querían beber. Judy pidió «agua con burbujas». (Decir Perrier o nombrar cualquier otra marca habría sido una horterada.) Sherman no quería beber nada. Pensaba mantenerse distante de todo lo relacionado con aquella gente, los Bavardage, empezando por sus bebidas alcohólicas. Pero la colmena empezaba a engullirle, y el copete del tenor campesino destacaba por encima de las cabezas.

—Un gin-and-tonic —dijo Sherman desde la altura de su eminente mentón.

Una mujercilla huesuda y enérgica salió de entre los grupos y se encaminó directamente hacia ellos. Era una radiografía de peinado rubio a lo paje, dotada de una superabundancia de dientecillos sonrientes. Su emaciado cuerpo estaba insertado en un vestido rojo y negro de hombros ferozmente abombados, cintura estrechísima y falda larga. Tenía la cara ancha y redondeada, pero sin un solo gramo de carne. Su cuello era mucho más delgado que el de Judy. Y las clavículas le sobresalían tanto que Sherman tuvo la sensación de que no le hubiera costado nada cogerle ambos huesos con los dedos. Su caja torácica era prácticamente transparente.

—¡Querida Judy!

—¡Inez! —dijo Judy, y las dos mujeres se besaron. Bueno, más bien se rozaron las mejillas, primero por un lado, luego por el otro, de acuerdo con esa moda europea que Sherman, convertido ahora en el hijo de un *knickerbocker* de pro, de un Viejo Patriarca familiar, de ese azote episcopaliano, John Campbell McCoy, encontró pretencioso y vulgar.

—¡Inez! ¡Creo que no conoces a Sherman! —Judy forzó la voz hasta convertir la frase en una exclamación y lograr que su timbre se oyera por encima de los zumbidos de la colmena—. ¡Sherman, te presento a Inez Bavardage!

—Mucho gusto —dijo el vástago del León.

—¡De hecho, es como si te conociera! —dijo la mujer, mirándole a los ojos y lanzando destellos con sus dientecillos y proyectando su mano hacia él. Abrumado, Sherman se la estrechó—. ¡Tendrías que oír las maravillas que Gene Lopwitz cuenta de ti! —¡Lopwitz! ¿Cuándo? Sherman se sorprendió a sí mismo agarrándose a este clavo ardiendo de esperanza. (¡Quizá había llegado a ganar tanto prestigio en el pasado, que el desastre de los Giscard no bastaría para hundirle!)—. Y también conozco a tu padre. ¡Me muero de miedo cada vez que le veo!

Y con esto la mujer agarró a Sherman del antebrazo, clavó su mirada en la de él, y estalló en una carcajada extraordinaria, una carcajada formada por hachazos que no era un *ah ah ah ah*, sino un *hach hach hach hach hach hach hach*, una carcajada tan animadísima, y que llevaba su paroxismo de éxtasis a tales extremos, que Sherman se encontró a sí mismo riendo como un imbécil y diciendo:

—¡En serio!

—¡Sí! —Hach hach hach hach hach hach—. ¡Nunca te lo había confesado, Judy! —Sacó un brazo, lo enlazó con el codo de Judy, tiró con la otra mano de Sherman, acercándolos a los dos, como si fuesen los grandes compinches de su vida—. Resulta que había un hombre espantoso, un tal Derderian, que demandó a Leon. El tipo pretendía *cazarle*. Le hostigaba. Pues bien, un fin de semana fuimos a Santa Catalina Island, a casa de Angie Civelli. —Dejó caer el nombre del famoso cómico sin la más mínima síncope—. Y cuando comíamos, Leon se puso a contar lo de los problemas que le estaba causando ese Derderian, y Angie le dijo, y, de verdad, lo dijo con la mayor seriedad del mundo, le dijo: «¿Quieres que me encargue yo de ese asunto?» —Y, al mismo tiempo, Inez Bavardage empujó con el dedo índice la punta de su nariz hacia un lado para indicar que aquello no se lo contaba a cualquiera—. En fin, ya había oído hablar de Angie y sus Muchachos, pero aquello era increíble. ¡Estaba hablando en serio! —*Hach hach hach hach hach*. Tiró de Sherman para acercárselo un poco más, y le metió los ojos delante mismo de su cara—. Cuando regresamos a Nueva York, Leon fue a ver a tu padre, y le contó lo que Angie había dicho, y luego le dijo a tu padre: «Tal vez ésa sea la forma más simple de abordar este asunto.» Jamás olvidaré lo que le contestó tu padre. Le dijo: «No, Mr. Bavardage, deje que me encargue yo. No será la manera más simple, no será la más rápida, y le costará a usted un *montón* de dinero. Pero mi factura podrá pagarla. En cuanto a lo otro... no hay nadie lo suficientemente rico como para pagarles. Seguirán cobrándoselo hasta el día de su muerte.»

Inez Bavardage permaneció pegada a la cara de Sherman, y le lanzó una mirada de insondable profundidad. Sherman se sintió obligado a decir algo.

—Y... ¿qué hizo tu marido?

—Lo que le aconsejó tu padre, por supuesto. Cuando tu padre habla... ¡la gente se pone firmes! —Una cascada de *hach hach hach bach*.

—¿Y los honorarios? —preguntó Judy, como si estuviese encantada de haberse enterado de esta anécdota sobre el padre de Sherman, ese hombre incomparable.

—¡Unos honorarios sensacionales! ¡Qué honorarios! ¡Asombrosos! —*Hach hach hach hach hach*. El Vesubio, el Cracatoa y el Manua Loa lanzando conjuntamente una erupción de carcajadas, y Sherman se sintió barrido por la explosión, por mal que le supiera. Era irresistible. ¡Lopwitz te adora! ¡Tu incomparable padre! ¡Tu linaje aristocrático! ¡Qué euforia siente mi fuerte pecho al oír estas palabras!

Sabía que era una reacción irracional, pero se sintió encendido, animado, en el Séptimo Cielo. Se guardó el revólver de su Resentimiento en la cartuchera, y le dijo a su Esnobismo que se fuera a descansar un rato a cualquier rincón. ¡Una mujer verdaderamente encantadora! ¡Quién lo hubiera imaginado, con las cosas que oye uno contar de los Bavardage! Una radiografía social, sin duda, pero ¡cómo echárselo en cara siendo tan encantadora y afectuosa, y divertida!

Como la mayoría de los varones, Sherman desconocía las técnicas saluatorias que utilizaban rutinariamente las anfitrionas de moda. Durante al menos cuarenta y cinco segundos, cada uno de los invitados se convertía en el amigo más íntimo, querido, gracioso, simpático, ingenioso y conspiratorio de la anfitriona. Esta tocaba el brazo de todos sus invitados varones (cualquier otra parte del cuerpo podía traer consigo algún problema), y en seguida le aplicaba una cariñosa presión. Y la anfitriona tenía, además, que mirar a los ojos de todos sus invitados, fueran varones o hembras, con una mirada de radar, hipnotizada, como si fueran absolutamente cautivadores (por su brillo, su ingenio, su belleza, y por los incomparables recuerdos que suscitaban).

El mayordomo regresó con las bebidas encargadas por Judy y Sherman. Sherman se tomó un buen trago de su gin-and-tonic, y el gin tocó fondo, y el dulce enebro le subió a la cabeza, y se relajó y dejó que el feliz zumbido de la colmena comenzara a dar vueltas en su mente.

Hach hach hach hach hach hach hach, reía Inez Bavardage.

Jao jao jao jao jao jao jao jao, reía Bobby Shaflett.

Ah ah ah ah ah ah ah ah, reía Judy.

Eh eh eh eh eh eh eh eh, reía Sherman.

La colmena zumbaba y zumbaba sin parar.

De repente, Inez les había conducido hacia el ramillete en el que reinaba el Campesino de Oro. Gestos de saludo, holas, apretones de manos, todo bajo la égida de la nueva mejor amiga de Sherman: Inez. Antes de que Sherman acabara de comprender lo que estaba ocurriendo, Inez se había llevado a Judy hacia otra parte, algún saloncito interior, y él se quedó abandonado con el famoso chicarrón de los Apalaches, más dos hombres y una radiografía social. Les miró uno por uno, empezando por Shaflett. Nadie le devolvió su mirada. Los dos hombres y la mujer contemplaban arrobados, con fijeza extrema, la enorme cabeza pálida del tenor, que contaba algo que había ocurrido en un avión.

—...así que estaba yo instalado, esperando a Barbara... ella tenía que volar de regreso a Nueva York conmigo? —Tenía la manía de terminar las frases con un tono de interrogación. Igual que Maria... Maria... ¡Maria, y el enorme judío hasídico! Aquella tremenda masa de grasa que tenía ante sí era como el gigantón enviado por la inmobiliaria... si es que en realidad era de la inmobiliaria. Un temblor frío... Estaban cerrando el cerco, cerrándolo cada vez más...— Y yo estaba en mi asiento... junto a una ventanilla? Y vi que se acercaba desde el fondo un tipo *increíble*, un negro, lo más *escandaloso* que os podáis imaginar. —Marcó con el tono las palabras «increíble» y «escandaloso», y agitó las manos en el aire de una manera que hizo que Sherman se preguntara si aquel gigante campesino no sería de hecho homosexual—. El tipo llevaba un abrigo de armiño...? hasta aquí...? a juego con un sombrero de

armiño...? y con más anillos que la propia Barbara, y el tipo iba con tres guardaespaldas...? todos con pinta de mafioso hortera...?

El gigante siguió balbuciendo su historia, y los dos hombres y la mujer mantuvieron la mirada fija en su enorme cara redondeada y con la sonrisa congelada en los labios; el gigante, por su parte, sólo les miraba a ellos. Ni una sola vez miró a Sherman. A medida que transcurrían los segundos, Sherman tomó conciencia de que los otros cuatro se comportaban como si él no existiera. Un marica gigantesco con acento de destripaterrones, pensó Sherman, y esta gente paladea cada una de sus palabras. Decidió tomarse tres buenos tragos de su gin-and-tonic.

La anécdota parecía girar en torno al hecho de que ese negro, que se daba aires de monarca, y que se sentó junto a Shaflett en aquel avión, era el campeón mundial de los pesos crucero^[19], Sam (Asesino Sam) Assinore. A Shaflett le hacía una gracia infinita lo de «peso crucero» —*jao jao jao jao jao jao jao*—, y los dos hombres que le escuchaban rompieron también a reír como locos. Sherman dedujo que esos dos también eran maricas. Asesino Sam no tenía ni idea de quién era Shaflett, y Shaflett tampoco tenía ni idea de quién era Asesino Sam. La gracia de la anécdota, al parecer, consistía en que ellos dos eran las únicas personas de toda la primera clase de aquel vuelo que no conocían al otro famoso... *Jao jao jao jao jao jao jao jao... ji ji ji ji ji ji... ¡Ajaad!* A Sherman acababa de ocurrírsele una forma ingeniosa de terciar en la conversación. Porque Oscar Suder —*¡Oscar Suder!* El solo recuerdo le provocó un pinchazo de dolor, pero, ignorándolo, decidió lanzarse—, Oscar Suder formaba parte del grupo de inversores del Medio Oeste que respaldaban a Asesino Sam y controlaban sus finanzas. ¡Una auténtica perla! ¡Por fin podía intervenir! ¡Por fin podía colarse en este grupo de conversadores!

En cuanto se acallaron las risas, Sherman le dijo a Bobby Shaflett:

—¿Sabías que el contrato de Assinore, incluido su abrigo de armiño, es propiedad de un grupo de inversores de Ohio, casi todos de Cleveland y Columbus?

El Campesino de Oro le miró como si fuese un mendigo:

—Hmmmmmmmmmmmmmmmm —dijo. Era el hmmmmmmmmmmmmmm que significa: «Ya. Me doy por enterado. Pero no me interesa en lo más mínimo». Tras lo cual se volvió a los otros tres y dijo—: Al final le pedí que me firmara un autógrafo en la carta... Bueno, ya sabéis, te dan la carta del restaurante y...

Para Sherman, eso fue definitivo. Sacó el revólver del Resentimiento, se alejó del grupo, y le dio la espalda. Ninguno de ellos se fijó siquiera en su huida. El zumbido de la colmena le daba vueltas a la cabeza.

¿Qué hacer ahora? De repente se encontraba completamente solo en medio de la columna, sin saber dónde meterse. ¡Solo! Comprendió con dolor que todos los invitados estaban distribuidos en ramilletes, y que no estar en uno de ellos significaba ser un fracasado de la vida social, un ser abyecto. Miró a uno y otro lado. ¿Quién era

ese hombre...? Un tipo alto, guapo, presumido... caras de admiración contemplándole a su alrededor... ¡Ah...! Ya está... Un escritor... El novelista Nunnally Voyd... le había visto en un programa de entrevistas, en la televisión... un hombre sarcástico, ácido... Fíjate en esos bobos, cómo le adulan... Lo mejor sería no intentar colarse en ese ramillete... Se exponía al mismo destino que en el del Campesino de Oro, seguro... Por allí, un conocido... ¡No! Otra cara famosa... Boris Korolev, la figura del ballet... Otro círculo de rostros adorados... brillantes de éxtasis... ¡Los muy idiotas! ¡Motitas humanas! ¿A qué viene toda esa historia de arrastrarse servilmente ante bailarinas, novelistas y gigantescos tenores amariconados? No son más que bufones de la corte, entretenimiento ligero para... los Amos del Universo, los que manejan las palancas que mueven el mundo... y, sin embargo, esa pandilla de idiotas les adoran como si fuesen los oleoductos que comunican directamente con la divinidad... Ni siquiera habían querido enterarse de quién era él... y, en caso de haber querido, ni siquiera hubieran sido capaces de entenderlo...

Se encontró al lado de otro grupito... Bueno, al menos aquí no hay ningún famoso, ningún bufón de la corte que se ponga a hacer gracias... Estaba hablando un hombre gordo y sonrosado, con marcado acento británico:

—El chico estaba tendido en la calle, con la pierna rota... —*¡El chico delgado! ¡Henry Lamb! ¡Ese hombre estaba hablando de la noticia aparecida en la prensa! Pero... espera un momento... una pierna rota—*, y no dejaba de repetir: «Qué aburrido, qué aburrido.»

No tiene nada que ver conmigo... Está hablando de algún inglés... Los demás miembros del grupito reían... una mujer, de unos cincuenta años, con polvos rosa por toda la cara... Qué grotesco... ¡Alto ahí! Esa cara te resulta conocida. La hija del escultor, una diseñadora escénica, pero su nombre... No lograba recordarlo... Hasta que lo recordó... Barbara Cornaggia... Siguió paseando... ¡Solo...! A pesar de todo, a pesar de que estaban cerrando *el cerco* —¡la policía!—, también notó sobre sus hombros el peso de su fracaso social... ¿Qué hacer para que los demás pensaran que si estaba solo era porque *quería* estarlo, como si anduviese por la colmena sin compañía porque así lo deseaba? La colmena no paraba de zumbir y zumbir.

Junto a la puerta por la que habían desaparecido Judy e Inez Bavardage había una consola de anticuario, con un par de caballetes chinos. En cada uno de ellos alguien había colocado un disco de terciopelo color borgoña, del tamaño de un pastel, y en los pliegues del terciopelo se sostenían diversas tarjetas con un nombre en cada una de ellas. Eran el plano de la distribución de comensales para la cena, de modo que cada invitado pudiera saber de antemano quiénes estarían a su lado. A Sherman, el leonino ex alumno de Yale, aquello le pareció una nueva muestra de vulgaridad. No obstante, estudió las tarjetas. Era un modo de fingir que estaba ocupado, como si

estuviera solo únicamente porque quería estudiar la distribución de los invitados.

Había, evidentemente, dos mesas. A los pocos momentos vio una tarjeta en la que decía *Mr. McCoy*. Estaría sentado al lado de... veamos, una tal *Mrs. Rawthrote*, quienquiera que fuese, y una tal *Mrs. Ruskin*. ¡*Ruskin!* El corazón le dio un vuelco. Era imposible... ¡*Maria!*

Pero, naturalmente, sí era posible. Esta era precisamente la clase de fiesta a la que podían invitarles, a ella y a su marido, tan rico, sí, pero tan poco notable. Vació de un trago el resto de su copa y cruzó la puerta que conducía a la otra habitación. ¡*Maria!* ¡Tenía que hablar con ella! ¡Pero también tenía que impedir que *Judy* lo notara, que *Judy* supiera...! ¡Sólo le hubiera faltado *eso!*

Se encontraba ahora en la sala de estar del apartamento, un espacio con pretensiones de gran salón. Era, sin duda, enorme, pero parecía... *atestado*... atiborrado de sofás, almohadones, enormes butacones, y cojines, todos ellos adornados de borlas, flecos, encajes... Incluso las paredes estaban cubiertas de cierta extraña clase de tejido acolchado, con listas de color rojo, lila y rosa. Las ventanas que daban a la Quinta Avenida estaban adornadas por cortinajes del mismo tejido, que caía en gruesos pliegues y quedaba recogido a ambos lados de cada ventana por unos cordones gruesos que dejaban ver el forro rosado. No había ni la menor huella del siglo XX en toda esta decoración, ni siquiera en las lámparas. Toda la luz procedía de unas pocas lamparitas de mesa con pantallas rosadas, de modo que casi todo el territorio de este planeta gloriosamente atestado de cachivaches permanecía en la sombra.

La colmena zumbaba en pleno éxtasis por el hecho de encontrarse en esta rosada órbita melosa. *Hach hach hach hach hach hach*: la risa caballuna de *Inez Bavardage* sonó en algún lado. Tantísimos ramilletes de gente... caras sonrientes... dientes al desnudo... Apareció el mayordomo y le preguntó si quería beber algo. *Sherman* pidió otro gin-and-tonic. Se quedó en el salón. Sus ojos saltaban por entre las profundas y acolchadas sombras de la estancia.

Maria.

Maria estaba en pie, junto a una de las dos ventanas de la esquina. Hombros desnudos... una vaina roja... *Maria* captó su mirada y sonrió. Simplemente eso, una sonrisa. Él respondió con la más débil sonrisilla que se pueda imaginar. ¿Dónde estaba *Judy*?

En el grupito de *Maria* se encontraba una mujer a la que *Sherman* no reconoció, un hombre al que no reconoció, y un hombre calvo que le sonaba de algo, otra de esas *caras famosas* en las que parecía especializado este zoo... algún escritor, un británico... No conseguía recordar su nombre. Completamente calvo; ni un solo pelo en su alargada y delgada cabeza; una cabeza desvaída; una calavera.

Sherman describió una panorámica por la estancia, tratando con desesperación de

localizar a Judy. Bueno, ¿y qué pasaría si Judy localizaba a alguien que se llamaba Maria? No era un nombre tan raro. Pero ¿sabría Maria ser discreta? No era ningún genio, y tenía un ramalazo de peligrosa malicia... ¡y estarían sentados el uno al lado del otro durante la cena!

Sherman notó el golpeteo del corazón en su pecho. ¡Joder! ¿Era posible que Inez Bavardage estuviese enterada de lo que había entre ellos dos, y que les hubiese puesto juntos a propósito? ¡Alto ahí! ¡No seas paranoico! Inez jamás correría el riesgo de provocar una escena. De todos modos...

Judy.

Allí estaba, junto al hogar, riéndose a fuertes carcajadas... *su nueva sonrisa para fiestas... quiere ser otra Inez Bavardage...* riéndose a carcajadas tan fuertes que hasta el peinado le daba brincos. Estaba ensayando un nuevo sonido, *joj joj joj joj joj joj joj*. No llegaba al *hach hach hach hach hach hach* de Inez Bavardage, sino que se quedaba en un *joj joj joj*. Quien hablaba en su grupo era un anciano de pecho abombado, entradas profundas, sin cuello. El tercer miembro del ramillete, una mujer elegante, delgada, cuarentona, no se divertía tanto como Judy. Parecía un ángel de mármol. Sherman se abrió paso por la colmena, rozó las rodillas de algunas personas que se habían sentado en un portentosamente grande cojín oriental de forma redonda, camino de la chimenea. Tuvo que empujar a toda una flotilla de vestidos inflados y caras en ebullición...

La cara de Judy era una máscara de felicidad. Estaba tan extasiada por lo que decía el hombre del pecho abombado que al principio ni siquiera notó la presencia de Sherman. Hasta que, *por fin*, le vio. ¡Cara de sorpresa! ¡Naturalmente! Si un cónyuge se veía forzado a buscar la compañía del otro, era porque había fracasado socialmente. ¡Y qué! ¡Tenía que alejarla de Maria! Eso era lo principal. Judy no se volvió a mirarle. Repitió su anterior mirada resplandeciente y extasiada y se concentró en el viejo.

—...así que la semana pasada —estaba diciendo éste—, mi esposa, al regresar de Italia, me dijo que teníamos una casa para el verano en «Como». Lo dijo así a secas, «Como». ¡Qué le vamos a hacer! Al parecer se trata del lago de Como. En fin, mejor que Hammamet, que es donde estuvimos hace un par de veranos. —Hablaban con voz cascada, una voz callejera de Nueva York, pero convenientemente limada de asperezas. Sostenía en la mano un vaso de agua de seltz, y, mirando alternativamente a Judy y al ángel de mármol, contaba su historia e iba cosechando tremendas efusiones de aprobación por parte de Judy, y algún que otro encogimiento del labio superior por parte del ángel de mármol cuando volvía la vista hacia ella. Apenas un encogimiento, pues le faltaba un grado todavía para llegar a ser el esbozo de una sonrisa educada—. Al menos sé dónde está «Como». En cambio, jamás había oído hablar de Hammamet. Mi mujer está loca por Italia. Pintura italiana, ropa italiana, y,

ahora, «Como».

Judy estalló en otra ristra de carcajadas que emitía como una arma automática: *joj joj joj joj joj*, como si la forma en que el viejo pronunciaba «Como», imitando el acento de su mujer, aquella enamorada de todo lo italiano, fuese lo más gracioso del mundo. Maria. Sherman lo comprendió *de repente*. El viejo estaba hablando de Maria. Era Arthur Ruskin, el marido de Maria. ¿La había mencionado ya por su nombre, o sólo decía «mi mujer»?

El ángel de mármol permanecía allí, sin inmutarse. El viejo se inclinó de repente hacia su oído izquierdo y le cogió el pendiente con el índice y el pulgar. Escandalizada, la mujer se puso muy tiesa. Se le notaban las ganas de retirar la cabeza de una sacudida, pero tenía la oreja prendida entre el índice y el pulgar de aquel tipo anciano y de aspecto osuno.

—Precioso —dijo Arthur Ruskin, sin soltar el pendiente—. Nadina D., ¿verdad? —Nadina Dulocci era una diseñadora de joyas cuyo nombre se podía mencionar en aquel ambiente sin hacer el ridículo.

—¡Creo que sí! —dijo la mujer en un tono timorato, europeo. Apresuradamente, se llevó las manos a las orejas, se quitó los dos pendientes, y se los pasó a Ruskin, con un ademán que decía: «Ande, cójalos. Pero tenga la amabilidad de no arrancarme las orejas.»

Sin darse por aludido, Ruskin los sostuvo en sus peludas garras y los inspeccionó.

—Nadina D., seguro. Preciosos. ¿Dónde los conseguiste?

—Son un regalo. —Fría como el mármol. Ruskin se los devolvió, y ella se los guardó en seguida en el bolso.

—Preciosos. Preciosos. Mi esposa...

¡Y si decía «Maria»...! Sherman interrumpió:

—¡Judy! —Y, dirigiéndose a los otros—: Perdón. —A Judy—: Había pensado...

Judy transformó bruscamente su expresión de perplejidad en otra de encantada sorpresa. Jamás en la vida ninguna esposa se había alegrado tanto de que su marido llegase a su ramillete de conversación.

—¡Sherman! ¿Conoces a Madame Prudhomme?

Sherman alzó su mentón Yale y adoptó una expresión del más puro encanto knickerbocker para saludar a la mujer francesa:

—¿Qué tal?

—Y Arthur Ruskin —dijo Judy. Sherman estrechó con firmeza la mano peluda.

Archur Ruskin contaba ya setenta y un años, y no podía disimular su edad. Tenía orejotas con gruesos pliegues, y dotadas de pelos duros como alambres. Bajo su ancha mandíbula se amontonaban las papadas. Se mantenía erecto, apoyado en los talones, lo cual hacía que sobresaliese mucho su abombado pecho y su gran tripón. Su cuerpo iba enfundado en un bien elegido traje azul marino, con camisa blanca y

corbata azul marino.

—Disculpen —dijo Sherman. Y, dirigiéndose a Judy, con una sonrisa encantadora —: Ven un momento.

Dirigió una sonrisa de disculpa a Ruskin y a la francesa, y se alejó un par de palmos, remolcando a Judy. El rostro de Madame Prudhomme reflejó su decepción. Había creído que, con su llegada al ramillete, por fin podría librarse de Ruskin.

—¿Qué pasa? —preguntó Judy sin abandonar su sonrisa a prueba de incendios.

Sherman, transformado en una sonrisa de encanto a lo Yale:

—Quiero... hum... presentarte al barón Hochswald.

—¿A quién?

—Al barón Hochswald. Ya sabes, el alemán... Un Hochswald.

Judy, con la sonrisa firmemente instalada:

—¿Y por qué?

—Hemos subido con él en el ascensor.

Esto, naturalmente, carecía de sentido para Judy.

—En fin, ¿y dónde está? —Dicho en tono apremiante, porque ya estaba en falta tras haber sido pillada por sorpresa en un ramillete de conversadores en el que participaba su esposo, y porque formar un grupito con él, sin absolutamente nadie más...

—Pues... —Sherman miraba a su alrededor, sorprendido—. Ahora mismo estaba aquí...

Judy, desaparecida su sonrisa:

—¿Se puede saber, Sherman, qué te pasa? ¿De qué hablas? ¿Qué es eso de presentarme a no sé qué barón?

Justo en ese instante se presentó el mayordomo con el gin-and-tonic de Sherman. Éste tomó un buen trago y siguió mirando a su alrededor. Estaba algo mareado. Por todas partes... radiografías sociales enfundadas en vestidos inflados y brillando a la luz albaricoque de lamparitas de sobremesa...

—¡Será posible...! ¡Vosotros dos...! ¿Se puede saber qué estáis tramando? —*Hach hach hach hach hach hach hach*. Inez Bavardage les cogió a los dos del brazo. Durante unos momentos, antes de lograr que su sonrisa a prueba de incendios reapareciese en su rostro, Judy pareció presa de pánico. No solamente había terminado metida en un ramillete de dimensiones mínimas y formado con su propio esposo, sino que la anfitriona reinante en la alta sociedad de Nueva York, la directora de circo del siglo de este mes, les había sorprendido así, y se había sentido obligada a convertirse en la ambulancia que debía salvarles de la ignominia social.

—Sherman me decía...

—¡Os estaba buscando! Quiero presentaros a Ronald Vine. Está decorando la casa del vicepresidente, en Washington.

Inez Bavardage les remolcó a través de la colmena de sonrisas afectadas y vestidos inflados, y les insertó en un ramillete dominado por un hombre joven aún, alto, delgado y guapo, el tal Ronald Vine. Mr. Vine estaba diciendo:

—...volantes y volantes y más volantes. Me parece que la mujer del vicepresidente acaba de descubrir los volantes.

Y puso los ojos en blanco, escandalizado. El resto del ramillere, dos mujeres y un hombre calvo, rieron y rieron. Judy apenas si fue capaz de esbozar una sonrisa... Tener que ser rescatada de la muerte social por la anfitriona...

¡Qué triste ironía! Sherman se odió a sí mismo. Se odió a sí mismo por todas las catástrofes que ella seguía ignorando.

Las paredes del comedor de los Bavardage tenían tantas capas de laca de color albaricoque tostado, catorce en total, que emitían el mismo brillo espejeante de un lago que estuviese reflejando un fuego de campamento en plena noche. La sala era un festival de reflejos nocturnos, un ejemplo de los muchos triunfos semejantes obtenidos por Ronald Vine, cuya especialidad consistía en producir brillos sin necesidad de usar espejos. La Indigestión de Espejos estaba considerada, en la actualidad, como uno de los pecados más vergonzosos de los años setenta. De modo que, desde comienzos de los ochenta, desde Park Avenue hasta la Quinta, desde la calle Sesenta y dos hasta la Noventa y seis, comenzó a oírse el espantoso ruido que producían los metros y metros cuadrados de carísimos espejos que iban siendo arrancados de las paredes de los mejores apartamentos. No, en el comedor de los Bavardage los ojos de sus invitados revoloteaban en un universo de brillos, destellos, centelleos, lustres, reflejos y espejeantes lagos y deslumbrantes fulgores conseguidos por medio de métodos más sutiles tales como la laca, o como esa estrecha banda de azulejos que se deslizaba justo debajo de las molduras del techo, o como los dorados muebles ingleses estilo regencia, los candelabros de plata, los jarrones de cristal tallado, los floreros de la School of Tiffany, y una cubertería de plata esculpida, tan pesada que al coger el cuchillo daba la sensación de estar sosteniendo un sable.

Las dos docenas de invitados se sentaron a un par de mesas circulares estilo regencia. La mesa de banquete, esa especie de pista de aterrizaje estilo Sheraton capaz para veinticuatro comensales, había desaparecido hacía algún tiempo de los comedores más elegantes. No estaba bien vista su ceremoniosidad, su grandiosidad. Quedaba mucho mejor poner dos mesas más pequeñas. ¿Y qué tal si rodeamos y adornamos esas dos mesas pequeñas con una buena acumulación de *objets*, tejidos, y *bibelots* tan lujosos que hasta el mismo Rey Sol parpadearía nada más ver el conjunto? Las anfitrionas de la categoría de Inez Bavardage se enorgullecían de su instintivo gusto por los ambientes hogareños e íntimos.

A fin de subrayar mejor incluso que se trataba de una cena íntima, en medio de

cada mesa, y rodeado por el espeso bosque de cristal y plata, había un cestito de sarmientos trenzados, en el más puro estilo rústico de la artesanía de los Apalaches. Por la parte exterior de los cestitos, con los tallos insertos en los sarmientos, crecía todo un prado de florecillas silvestres. En el centro de los cestitos se amontonaban tres o cuatro docenas de amapolas. Estos centros *faux-naïf* llevaban la marca de fábrica de Huck Thigg, el joven florista, que presentaría una factura de 3.300 dólares a los anfitriones, solamente por estos centros.

Sherman se quedó mirando fijamente los sarmientos entrelazados. Parecía que Gretel o Heidi se hubiesen olvidado aquellos cestos en algún festín organizado por Lúculo. Suspiró... Insoportable. Maria estaba junto a él, a su derecha, charlando con el inglés cadavérico, comosellame, que estaba a la derecha de ella. Judy se encontraba en la otra mesa, pero podía verle perfectamente. Verle a él, y también a Maria. Sherman quería hablar con Maria del interrogatorio al que le habían sometido los dos inspectores, pero ¿cómo iba a hacerlo mientras Judy les miraba? Podía hablar adoptando una inocua sonrisa festiva. ¡Eso! ¡Aunque discutieran, mantendría en todo momento la sonrisa! Seguro que Judy no se enteraría de nada... ¿O sí? Arthur Ruskin estaba sentado a la mesa de Judy... Pero, gracias a Dios, les separaban cuatro sillas... no podría charlar con ella... Judy estaba entre el barón Hochswald y un jovenzuelo de aspecto notablemente pomposo... Inez Bavardage, dos sillas más allá de Judy, y Bobby Shaflett a la derecha de Inez. Judy dirigía una grandísima sonrisa de compromiso social al joven pomposo... *Joj joj joj joj joj joj joj joj joj!* Destacando claramente por encima de los zumbidos de la colmena, Sherman alcanzaba a oír a Judy riendo con su nueva risa... Inez hablaba con Bobby Shaflett pero también con la sonriente radiografía social sentada a la derecha del Campesino de Oro y con Nunnally Voyd, que se encontraba a la derecha de la radiografía social. *Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao*, canturreaba el Tenor Cabezudo... *Hach hach hach hach hach hach hach hach*, canturreaba Inez Bavardage... *Joj joj joj joj joj joj joj joj joj joj* aullaba su propia esposa...

Leon Bavardage se encontraba a cuatro sillas de distancia a la derecha de Sherman, después de Maria, el inglés cadavérico, y Barbara Cornaggli, la mujer con los polvos rosados en la cara. A diferencia de Inez, Leon Bavardage se mostraba tan animado como una gota de lluvia. Poseía un rostro plácido, pasivo, sin arrugas, coronado por una ondulada melena rubia que empezaba a ceder terreno por la frente, una nariz larga y delicada, y una tez muy pálida, casi lívida. En lugar de una sonrisa social de 300 vatios, mostraba una sonrisilla tímida y recatada, que en estos momentos dirigía a Miss Cornaggli.

Con cierto retraso se le ocurrió a Sherman que hubiese tenido que charlar con su vecina de la izquierda. Rawthrote, Mrs. Rawthrote. ¿Quién diablos era esa mujer? ¿Qué podía decirle? Se volvió a su izquierda, y *se la encontró esperando*. Le miraba a

los ojos, con unos rayos láser situados apenas a medio metro de su cara. Una auténtica radiografía social con el cabello rubio-plata notablemente hinchado, y con una mirada tan intensa que al principio Sherman creyó que aquella mujer *sabía* algo... Sherman abrió los labios... sonrió... rebuscó en su cerebro algo que decir... hizo cuanto pudo... Y le dijo:

—¿Le importaría hacerme un grandísimo favor? ¿Cómo se llama el caballero que está a mi derecha, el *delgado*? Su cara me resulta muy familiar, pero, por mucho que me empeñe, no consigo recordar su nombre.

Mrs. Rawthrote se inclinó hacia él, hasta que sus rostros estuvieron a menos de un palmo. La tenía tan cerca que a Sherman le dio la sensación de que en su cara había tres ojos.

—Aubrey Buffing —le dijo ella. Y sus ojos siguieron lanzando llamaradas hacia los de Sherman.

—Aubrey Buffing —dijo mansurronamente Sherman. En realidad era una pregunta.

—El poeta —dijo Mrs. Rawthrote—. Es candidato al premio Nobel. Es hijo del duque de Bray. —Todo esto dicho con un tono que equivalía a: «¿Cómo es posible que lo ignore?»

—Claro —dijo Sherman, consciente de que, aparte de sus demás pecados, era un hipócrita—. El poeta.

—¿Qué opina de su aspecto? —La mujer tenía ojos de cobra. Mantuvo el rostro pegado al de Sherman. Este sentía deseos de retirarse un poco, pero fue incapaz de hacerlo. Estaba paralizado.

—¿Su aspecto? —preguntó.

—El de lord Buffing —dijo ella—. Me refiero a su salud.

—La-la verdad, no sé qué decirle. No le conozco.

—Está siendo sometido a un tratamiento en el Vanderbilt Hospital. Tiene el sida.

Y, dicho esto, se retiró unos pocos centímetros, para mejor observar el efecto que esta declaración producía en Sherman.

—¡Qué horror! —dijo Sherman—. ¿Y cómo lo sabe usted?

—Conozco a todos los que hemos subido a bordo. —Entrecerró los ojos, y luego volvió a abrirlos, como diciendo: «Sé todo lo que hay que saber, pero no me haga preguntas indiscretas.» Luego añadió—: Esto es *entre nous*. —*¡Pero no le había visto a usted en mi vida!*—. No se lo diga a Leon o a Inez —prosiguió—. Está viviendo en su casa... lleva aquí dos semanas y media. Jamás se le ocurra invitar a ningún inglés a que pase el fin de semana en casa. Luego no hay modo de echarles. —Esto lo dijo sin sonreír, como si fuese el consejo más importante que jamás le hubiese dado a nadie, gratis. Y continuó con su mirada de miope fija en la cara de Sherman.

Con el firme propósito de romper aquel contacto ocular, Sherman lanzó una

mirada de soslayo al inglés flaco, a Lord Buffing, el candidato al premio Nobel.

—No se preocupe —dijo Mrs. Rawthrote—. En la mesa no se contagia. Si se contagiase, a estas alturas todos lo tendríamos. La mitad de los camareros de Nueva York son gay. Señáleme usted a un homosexual de vida alegre, y me estará mostrando un cadáver gay.

Este *mot farouche* fue pronunciado en el mismo tono monótono que todo lo demás, sin rastro de sonrisa.

Justo en ese momento, un camarero joven y guapo de aspecto latino comenzó a servir el primer plato, que tenía aspecto de huevo de Pascua cubierto por una espesa salsa blanca sobre un lecho de caviar rojo dispuesto, a su vez, sobre un lecho de lechuga.

—Estos no lo son —dijo Mrs. Rawthrote, justo en las narices del camarero—. Trabajan sólo para Inez y Leon. Son mexicanos, de Nueva Orleans. Viven en la casa que tienen los Bavardage en el campo, y vienen cada vez que dan una fiesta, para servir las cenas. —Luego, sin más preámbulo, añadió—: ¿A qué se dedica usted, Mr. McCoy?

Sherman se sintió pillado por sorpresa. Se quedó sin habla. Tan perplejo y fastidiado como el día en que Campbell le hizo la misma pregunta. Esta mujer no era nadie, una radiografía social, una cuarentona, y sin embargo... *¡Quiero dejarla impresionada!* Las posibles respuestas comenzaron a martillearle la cabeza... *Soy vendedor de bonos, en el departamento de bonos de Pierce & Pierce...* No, eso sonaría a que formaba parte de la burocracia, que era un elemento reemplazable de una gran maquinaria y que, encima, se enorgullecía de no ser más que eso... *Soy el vendedor número uno...* No, eso sería lo que diría cualquier vendedor de aspiradoras a domicilio... *Formo parte del grupo selecto de hombres que toman las principales decisiones...* Tampoco... Muy impreciso, y muy torpe... *El año pasado gané cerca de un millón de dólares vendiendo bonos...* Eso era lo fundamental, por supuesto, pero no podía dar una información así, tal cual, sin parecer estúpido... *¡Soy... un Amo del Universo...!* Sigue soñando... Además, una cosa así... De modo que decidió decir:

—Oh, intento vender algún que otro bono en Pierce & Pierce.

Y sonrió levísimamente, esperando que la modestia de su declaración fuese interpretada como señal de un trato que sólo se da a quien conoce la tremenda magnitud del negocio de bonos en Wall Streer.

Mrs. Rawthrote le cepilló de nuevo con sus pestañas. Desde apenas diez centímetros:

—Gene Lopwitz es uno de nuestros clientes.

—¿Clientes?

—De Benning & Sturtevant.

¿Dónde ha dicho? La miró fijamente.

—Conocerá usted a Gene...

—Claro, trabajo con él.

Era evidente que su respuesta no había resultado convincente. Ante el pasmo de Sherman, Mrs. Rawthrote giró noventa grados a su izquierda, sin añadir una sola palabra más, para mirar a un hombre de rostro enrojecido y risueño que hablaba con la Tarta de Limón que había llegado en compañía del barón Hochswald. Sherman comprendió finalmente quién era aquel hombre... un ejecutivo de televisión, Rale Brigham. Sherman se quedó mirando las huesudas vértebras de Mrs. Rawthrote, que en la parte superior de la espalda quedaban al descubierto por encima del escote... Tal vez se había vuelto sólo un momento y en seguida reanudaría su conversación con él... Pero no... se había embarcado en una conversación con Brigham y la Tarta... Sherman oía la voz monótona de la radiografía social... Se inclinaba hacia Brigham, le lanzaba sus miradas de rayos láser... Le había dedicado todo el tiempo que se merecía... ¡a un simple vendedor de bonos!

Sherman volvió a quedarse aislado. A su derecha, Maria seguía profundamente inmersa en su conversación con Lord Buffing. De nuevo tenía que enfrentarse Sherman a la muerte social. Un hombre aislado en una cena elegante. La colmena zumbaba a su alrededor. Todos los demás estaban flotando en un estado de arrobamiento social. Sólo él permanecía aislado. Sólo él era un pasmarote sin pareja de conversación, una luz social de potencia nula en medio del Zoo de Celebridades reunido por los Bavardage... ¡*Mi vida destrozada!* Y, encima, atravesando todo el resto de desgracias que pesaban sobre su sobrecargado sistema nervioso central, la llama lacerante y vergonzosa —¡vergonzosa!— de su incompetencia social.

Miró fijamente los sarmientos trenzados de Huck Thigg, como si fuese un apasionado de los adornos florales. Luego adoptó una sonrisa, como si interiormente hubiese encontrado algo que le hacía mucha gracia. Dio un buen trago de vino y miró hacia la otra mesa, como si hubiese interceptado la mirada de alguien... Sonrió... Murmuró silenciosamente con la vista fija en los huecos vacíos de la pared. Bebió un poco más de vino y volvió a estudiar durante otro rato los sarmientos. Contó las vértebras visibles de la espalda de Mrs. Rawthrote. Se sintió muy feliz cuando uno de los camareros, uno de los *varones*^[20] del campo, se presentó a su lado y volvió a llenarle el vaso.

El segundo plato consistía en un rosado rosbif servido en enormes bandejas de porcelana, con una gorguera de cebollas, zanahorias y patatas asadas. Era un segundo plato sencillo, muy americano. Los segundos platos sencillos y muy americanos, dispuestos entre prólogos y epílogos de exótica sofisticación, eran *comme il faut*, en

estos momentos, y muy de acuerdo con la nueva moda anticeremoniosa. Cuando el camarero mexicano comenzó a pasar aquellas enormes bandejas por encima de los hombros de los comensales, a fin de que cada uno se sirviese lo que quisiera, fue como si hubiera sonado la señal que indicaba a todo el mundo que tenía que cambiar de pareja para la conversación. Lord Buffing, el poeta inglés moribundo, *entre nous*, se volvió hacia la empolvadísima Mme. Cornaggia. Maria, a su vez, se volvió hacia Sherman. Le sonrió y le dirigió una profunda mirada a los ojos. ¡Demasiado profunda! ¡Y si Judy estuviese viéndoles en ese momento! Sherman adoptó una congelada sonrisa social.

—¡Fíu! —dijo Maria. Puso los ojos en blanco, indicando a Lord Buffing.

Sherman no tenía ganas de hablar de Lord Buffing, sino de la visita de los dos inspectores. *Pero será mejor que empieces gradualmente, por si Judy está mirando.*

—¡Ah, es cierto! —dijo Sherman. Una anchísima sonrisa social—. Ya no me acordaba. Los ingleses no te gustan.

—Oh, no es por eso —dijo Maria—. Parece una persona agradable. Lo malo es que casi no he entendido nada de lo que me decía. Tiene un acento rarísimo.

—¿De qué hablaba? —Con una sonrisa social.

—De la verdadera finalidad de la vida. En serio.

—¿Y te ha dicho cuál es esa verdadera finalidad? —Con una sonrisa social.

—Pues sí. La reproducción.

—¿La reproducción? —Con una sonrisa social.

—Sí. Me ha dicho que ha necesitado setenta años para comprender que la única y auténtica finalidad de la vida es ésta: la reproducción. A la Naturaleza, ha dicho, sólo le preocupa una cosa: la reproducción por la reproducción.

—Es muy interesante que lo diga él. —Sonrisa social—. Supongo que sabrás que es homosexual...

—Uf, anda. ¿Quién te lo ha dicho?

—Ésa de ahí —dijo, señalando a Mrs. Rawthrote—. Por cierto. Y ella, ¿quién es? ¿La conoces?

—Sí. Sally Rawthrote. Un agente inmobiliario.

—¡Un agente inmobiliario! —Sonrisa social. ¡Santo Dios! ¡A quién se le ocurre invitar a un agente inmobiliario a una cena así!

Como si estuviese leyendo sus pensamientos, Maria comentó:

—Estás pasado de moda, Sherman. Los agentes inmobiliarios son de lo más *chic* hoy en día. Sally está en todas partes, y siempre va con esa bañera de rostro enrojecido que está sentado allí, Lord Gutt. —Y señaló la otra mesa.

—¡El gordo que habla con acento británico!

—Sí.

—¿Quién es?

—Un banquero o algo así.

—Tengo que decirte una cosa, Maria. —Sonrisa social—. Pero... no te excites. Mi mujer está en la otra mesa, y puede vernos. Por favor, tómatelo con calma.

—Vaya, vaya, vaya. Mr. McCoy, qué bien me cae usted...

Con su mejor sonrisa social fija en el rostro, Sherman le resumió rápidamente su enfrentamiento con los policías.

Tal como él se había temido, Maria perdió la compostura. Comenzó a decir que no con la cabeza y a mirarle ceñudamente.

—¡Y se puede saber por qué diantres no les dejaste ver tú maldito coche, Sherman! ¡Si me dijiste que no tiene ni la menor abolladura!

—¡Eh! —Sonrisa social—. ¡Calma! Mi mujer podría estar mirándonos. Lo que me preocupaba no era el coche. Sólo que no quería que hablasen con el encargado del garaje. Podía ser el mismo que estaba de guardia aquella noche.

—Por Dios, Sherman. ¿Y me pides que no pierda la *calma*? ¿Y tú? Pero si la has perdido del todo. ¿Seguro que no les dijiste nada?

—Seguro. —Con una sonrisa social.

—Joder, Sherman, hazme el jodido favor de borrar esa sonrisa de tu rostro. Se supone que a nadie le importa que sostengas una conversación seria con tu vecina de mesa en una cena así, aunque tu mujer esté mirando. Y a ver si me explicas por qué diablos accediste a hablar con la policía.

—Me pareció, en ese momento, que era lo más correcto.

—Ya te lo dije: no estás hecho para esas cosas.

Volviendo a ponerse la máscara de la sonrisa social, Sherman le dirigió una mirada fugaz a Judy. Su mujer estaba sonriéndole a la cara de indio del barón Hochswald. Después, sin dejar de sonreír, se volvió a Maria otra vez.

—¡Por Dios! —dijo Maria.

Sherman desconectó la sonrisa.

—¿Cuándo podría hablar contigo? ¿Cuándo podríamos vernos?

—Telefonéame mañana por la noche.

—De acuerdo. Mañana por la noche. Y... quiero preguntarte una cosa. ¿Has oído a alguien que comentase la noticia que publicó el *City Light*? Me refiero a alguien que esté aquí, hoy.

Maria se puso a reír. Sherman estaba contento. Si Judy les miraba en ese momento, creería que estaba sosteniendo con su vecina de mesa una conversación graciosísima.

—¿Hablas en serio? —dijo Maria—. Esta gente no abre el *City Light* más que para leer la columna de *ésa*.

Y señaló a una voluminosa mujer del otro lado de la mesa, una mujer de cierta edad, con un ridículo mocho de pelo rubio en la cabeza, y unas pestañas postizas tan

largas y espesas que apenas si podía elevar los párpados superiores.

—¿Quién es? —Con una sonrisa social.

—«La Sombra».

El corazón le dio un vuelco a Sherman:

—¿En serio? ¿La gente invita a cenar a los periodistas?

—Claro. No te preocupes. Tú no le interesas en lo más mínimo. Ni tampoco le interesan los accidentes de coche que puedan ocurrir en el Bronx. Si yo le pegase un tiro a Arthur, seguro que escribiría algún comentario. Y no sabes lo que me gustaría darle precisamente esta excusa...

Maria se lanzó a criticar ácidamente a su marido. Era un hombre que vivía consumido por los celos y el resentimiento. Hacía que su vida fuese un infierno. La llamaba furcia a todas horas. El rostro de Maria se retorció cada vez más. Sherman acabó sintiéndose alarmado... ¡Judy podía estar mirándoles! Quiso adoptar de nuevo su sonrisa social, pero no podía. Imposible, ante todas aquellas lamentaciones.

—En serio. Anda por todo el apartamento llamándome *furcia*. «Eh, furcia. Eh, furcia.» ¡Delante del servicio! ¿Y cómo crees que me siento yo? Como vuelva a llamarme furcia una sola vez, te juro que le voy a dar con algo en la cabeza. Te lo juro.

Por el rabillo del ojo, Sherman vio que la cara de Judy estaba vuelta hacia ellos dos. ¡Joder! ¡Y él sin su sonrisa puesta! Rápidamente la recobró, y la dejó fija en su rostro, y le dijo a Maria:

—¡Qué horror! Se diría que empieza a tener la típica debilidad senil...

Maria se quedó observando durante unos instantes la agradable máscara social de Sherman, y luego se puso a sacudir con desesperación la cabeza:

—Vete al cuerno, Sherman. Eres tan horrible como él.

Sorprendido, Sherman mantuvo puesta su sonrisa y dejó que el zumbido de la colmena flotara a su alrededor. ¡Tanto éxtasis por todos lados! ¡Tantísimas dentaduras desnudas! *Hach hach hach hach hach hach hach*: las carcajadas de Inez Bavardage se elevaban en son de triunfo social. *Jao jao jao jao jao jao jao jao*, le respondió el carcajeo pueblerino del Campesino de Oro. Sherman vació de golpe otro vaso de vino.

El postre era un soufflé de albaricoque, preparado individualmente, para cada uno de los invitados, en una vasija de barro parecida a las que se encuentran en Normandía, con los bordes *au rustaud* pintados a mano. Esta temporada volvían a estar de moda los postres muy elaborados. El tipo de postre que demostraba una gran preocupación por las calorías y el colestetol, todos esos platos con frutas silvestres y esferitas de melón zambullidas en una masa de sorbete, se habían convertido en un detalle muy plebeyo. Por otro lado, servir nada menos que veinticuatro souffles

individuales era un *tour de force*. Sólo estaba al alcance de quien dispusiera de una cocina enorme y un número extraordinario de cocineros.

Cuando el *tour de force* pasó a mejor vida, Leon Bavardage se puso en pie, dio unos golpecitos en su vaso de vino —un vaso de bordelés de Sauternes, de un intenso rosa dorado, pues esta temporada volvían a llevarse mucho los vinos de postre semidulces—, y le respondió la feliz y ebria percusión de la gente que ocupaba las dos mesas, pues todos comenzaron a golpear también sus vasos de vino en son de broma. *Jao jao jao jao*, la risa de Bobby Shaflett acompañó los tintineos. El tenor golpeaba su vaso con todas sus fuerzas. Los rojos labios de Leon Bavardage se ensancharon en mitad de su rostro, y sus ojos se entrecerraron, como si aquella percusión de cristal fuese un gran homenaje a la alegría de todos los famosos que se habían reunido en su casa.

—Sois todos vosotros tan grandes amigos de Inez y míos que no necesitamos ninguna excusa para reunirnos en nuestra casa —dijo en un tono blanducho, casi femenino, con fuerte acento de la Costa del Golfo. Luego se volvió hacia la otra mesa, y miró a Bobby Shaflett—. A veces, por ejemplo, invitamos a Bobby solamente para poder escuchar su *risa*. La risa de Bobby es pura música, o eso al menos pienso yo. Por otro lado, ¿nunca logramos que cante para nosotros, aunque Inez toque el piano!

Hach hach hach hach hach hach hach, estalló Inez Bavardage. *Jao jao jao jao jao jao jao jao*, canturreó Bobby, acallando las risas de Inez con sus propias y estentóreas carcajadas. La risa del tenor campestre era francamente pasmosa. *Jao jao jaoo jaooo jaoooo jaooooo jaoooooooo*. Iba subiendo de tono, cada vez más, para después comenzar a descender de una forma extraña, estilizada, hasta transformarse en un sollozo. La sala entera se quedó en silencio, congelada, porque en aquel instante todos los comensales, o casi todos, comprendieron que acababan de escuchar el famoso sollozo mezclado con risas del aria «Vesti la giubba» de *Pagliacci*.

Un tremendo aplauso de ambas mesas. Sonrisas resplandecientes, risas, y gritos de: «¡Bis! ¡Bis! ¡Bis!»

—¡No! —dijo el gran gigante rubio—. Sólo canto cuando ceno en casa... y por hoy ya basta. Además, ¡mi soufflé era muy pequeño, Leon!

Auténticas cascadas de risas, más aplausos. Leon Bavardage llamó con un lánguido ademán a uno de los camareros mexicanos.

—¡Más soufflé para Mr. Shaflett! —dijo—. ¡Háganlo en la bañera!

El camarero le devolvió la mirada con expresión petrificada.

Sonriendo, con los ojos centelleantes, arrastrado por aquel magnífico dúo de ingeniosos cómicos, Rales Brigham aulló:

—¡Soufflé de contrabando!

Era un chiste tan espantosamente malo que a Sherman le tranquilizó notar que

todo el mundo lo ignoró, incluida Mrs. Rawthrote, la de los ojos láser.

—De todos modos, hoy es un día especial —dijo Leon Bavardage—, porque contamos con la presencia de una persona muy especial, que ha querido hacernos el honor de ser nuestro invitado durante su estancia en los Estados Unidos. Me refiero, por supuesto, a Aubrey Buffing. —Miró resplandeciente y sonriente hacia el Gran Hombre, que volvió su rostro emaciado hacia Leon Bavardage, con una diminuta, tensa y cansina sonrisa—. Bien... El año pasado, nuestro amigo Jacques Prudhomme —y lanzó una mirada resplandeciente y sonriente al ministro francés de Cultura, que se encomiaba a su derecha— nos contó a Inez y a mí que una autoridad en la materia le confió... espero no estar extralimitándome, Jacques...

—También yo lo espero —dijo el ministro de Cultura con su voz grave, encogiéndose de hombros de forma exagerada, para producir un efecto cómico. Hubo risas de bienvenida para la nueva broma.

—Bien... nos dijiste a Inez y a mí que Aubrey era el nuevo premio Nobel de Literatura. Y, siento decirlo, Jacques, pero tu servicio de inteligencia en Estocolmo no es demasiado bueno...

Otro exagerado encogimiento de hombros, y nuevas palabras de la misma voz grave, sepulcral:

—Por suerte, no tenemos intención de iniciar hostilidades contra los suecos, Leon.

Grandes carcajadas.

—De todos modos, Aubrey estuvo *cerquísima* de conseguirlo —dijo León—, y es probable que el próximo año sea su año. —La diminuta y tensa sonrisa del inglés no se modificó en lo más mínimo—. Pero, naturalmente, no importa. Porque lo que Aubrey significa para nuestra... nuestra *cultura*... está muy por encima de todos los premios, y sé que lo que Aubrey significa para Inez y para mí como *amigo*... bueno, está muy por encima de los premios y de la cultura... —Buscó durante unos momentos la forma de redondear la frase— ...y de todo. En fin, quiero proponeros un brindis por Aubrey, con nuestros mejores deseos para su visita a los Estados Unidos...

—Acaba de comprar para sí el título de anfitrión del mes —le comentó Mrs. Rawthrote a Rale Brigham, en un susurro de actor avezado.

Leon alzó su vaso de Sauternes:

—¡Por Lord Buffing!

Vasos alzados, aplausos, *hear-hears*^[21] a la inglesa.

El inglés se puso lentamente en pie. Estaba espantosamente ojeroso. Parecía que su nariz midiese un kilómetro de largo. No era alto, y sin embargo su gran cráneo calvo le daba un aspecto imponente.

—Eres muy amable, Leon —dijo, mirando a Leon y luego bajando con modestia

la vista—. Como quizá sepáis... quien crea que puede conseguir el Nobel debe actuar como si ignorase la existencia de ese premio, y, de todos modos, en mi caso, soy demasiado viejo para preocuparse por algo así... Por lo tanto, puedo asegurarte, Leon, que no sé de qué me estás hablando. —Sonrisillas algo desconcertadas—. Pero hay una cosa que difícilmente podría pasarle desapercibida a nadie, me refiero a la maravillosa amistad y hospitalidad tuya y de Inez, y me alegro de no tener que fingir sentimientos que mi corazón no alberga. —Las frases habían sido emitidas ahora con tal rapidez que la mitad de los presentes había perdido el hilo. Pero todos emitieron murmullos para animarle a seguir—. Y tal es mi agradecimiento que, en donde otros se han negado, yo en cambio estaría encantado de entonar una canción en esta cena...

—Lo que faltaba —murmuró Mrs. Rawthrote.

—...aunque me disuade de intentarlo siquiera la notable alusión que Mr. Shaflett ha hecho al dolor de Canio en *Pagliacci*.

Pronunció, como solamente los ingleses son capaces de hacerlo, un «Mr. Shaflett» maliciosísimo que hizo resaltar lo ridículo que era darle el título de «mister» a aquel rústico payaso.

De repente, el Gran Hombre se interrumpió, alzó la cabeza y miró al frente, como si sus ojos estuvieran atravesando las paredes de la casa y contemplasen la metrópoli que se extendía al otro lado. Luego soltó una risilla muy fría.

—Disculpadme. De repente estaba oyendo el sonido de mi propia voz, y se me ha ocurrido que actualmente poseo esa clase de voz británica que, oída por mí mismo hace medio siglo, cuando era joven, un joven deliciosamente alocado si mi memoria no me engaña, me hubiese inducido a abandonar la sala sin aguardar ni un segundo.

Los comensales comenzaron a mirarse los unos a los otros.

—Pero sé que ninguno de los presentes se irá —prosiguió Buffing—. Siempre ha resultado maravilloso ser un inglés en los Estados Unidos. Lord *Gutt* no estará, tal vez, de acuerdo conmigo —pronunció Gutt con un ladrido tan gutural que casi dio la sensación de haber dicho Lord Mierda—, mas dudo que manifieste esa disconformidad. Cuando vine por vez primera a los Estados Unidos, de joven, antes de la Segunda Gran Guerra, y la gente me oía hablar, todos comentaban: «¡Oh, es usted inglés!», y siempre acababa consiguiendo lo que quería. Todos se quedaban muy impresionados. Actualmente, cuando vengo a los Estados Unidos, la gente al oírme hablar suele decir: «¡Oh, es usted inglés... pobrecito...», pero, aun así, sigo consiguiendo lo que quiero porque sus compatriotas siempre se apiadan de nosotros.

Muchas risas y sonrisas de alivio. El viejo había decidido cultivar el género ligero. Buffing esperó unos instantes, como si estuviese tratando de tomar una decisión sobre si continuar o no. La decisión fue, evidentemente, positiva, pues en seguida añadió:

—No sé en realidad por qué razón no he escrito jamás ningún poema sobre los

Estados Unidos. Bueno, retiro lo dicho. Sí sé la razón, por supuesto. He vivido en un siglo en el cual se supone que los poetas no deben escribir *sobre* nada, o, al menos, sobre nada que se pueda nombrar con términos geográficos. Pero los Estados Unidos merecen un poema épico. En diversos momentos de mi carrera consideré la posibilidad de escribir un poema épico, pero no lo hice. Ya nadie espera que los poetas escriban poemas épicos, a pesar de que solamente sobreviven al tiempo los poetas que han escrito poemas épicos. Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Milton, Spencer... ¿A qué altura quedarán Mr. Eliot o Mr. Rimbaud —pronunciado con el mismo tono utilizado para Mr. Shaflett— comparados con ellos, dentro de apenas veinticinco años? Me temo que van a parecer enanitos, que no serán más que nombres en las notas a pie de página, hundidos en la espesura de los *ibid*... junto con Aubrey Buffing y un montón de poetas más que han merecido mi, en ciertas épocas, mayor consideración. No, los poetas de hoy en día carecemos de la vitalidad necesaria para escribir epopeyas. Ni siquiera tenemos los suficientes arrestos para rimar nuestros versos, y una epopeya americana tendría que estar rimada, una rima tras otra, sí, cayendo en cascada, sin timidez, unas rimas como las que nos legó Edgar Allan Poe... Sí... Poe, que vivió sus últimos años no lejos de aquí, apenas un poco más al norte, en una zona de Nueva York que recibe el nombre de Bronx... en una casita con lilas y un cerezo... y con una esposa que se moría de tuberculosis. Era un borracho, por supuesto, y tal vez fuera psicótico, pero su locura era de las que proporcionan visiones proféticas. Poe escribió un relato que nos explica todo cuanto necesitamos saber sobre el momento en el que estamos viviendo nosotros... *La máscara de la muerte roja*... Una misteriosa peste, la Muerte Roja, asola el país. El príncipe Prospero, qué nombre tan perfectamente adecuado, «próspero», el príncipe Prospero reúne en su castillo a sus mejores súbditos, prepara comida y bebida para dos años, y cierra las puertas al mundo exterior, a la virulencia de las almas indignas, y da comienzo a un baile de máscaras que debe durar hasta que, más allá de los muros de su castillo, la peste se haya extinguido. Es una fiesta interminable e insondable, que se celebra en siete grandes salones, y en cada nuevo salón la juerga es más enloquecida que en el anterior, y los juerguistas siguen avanzando y avanzando, hacia el séptimo salón, que está decorado todo él de negro. Una noche, en esta última estancia, aparece un invitado que lleva el disfraz más ingenioso y más espantosamente bello que jamás hubiera visto este alegre grupo de enmascarados. Este invitado va vestido de Muerte, pero su disfraz es tan convincente que Prospero se muestra ofendido y ordena que le expulsen de allí. Nadie, sin embargo, se atreve a tocarle, de modo que el propio príncipe se ve obligado a encargarse de esa tarea, y cae muerto al instante, en cuanto toca aquella temible túnica, pues la Muerte Roja ha penetrado en casa de Prospero... *Prospero*, amigos míos... Pues bien, lo más exquisito de este relato es que, en cierto modo, los invitados sabían desde el primer

momento qué era lo que les aguardaba en esta última estancia, y sin embargo se han sentido irresistiblemente atraídos hacia ella, porque su excitación es tan intensa y el placer tan desenfrenado, y tan suntuosos y abundantes la comida y la bebida y los disfraces... que eso es al final lo único con que cuentan. La familia, el hogar, los hijos, la gran cadena del ser, la eterna marea de los cromosomas no significan ya nada para ellos. Están atados los unos a los otros, y giran en torbellino los unos en torno a los otros, interminablemente, partículas de un átomo condenado a la destrucción... pues la Muerte Roja no podía ser otra cosa que cierta suerte de estímulo final, un *nec plus ultra*... De modo que Poe tuvo la suficiente amabilidad como para escribir el final de nuestra historia, hace ya un siglo o más. Y bien, sabiendo que es así, ¿quién podría escribir todos esos pasajes luminosos que preceden ese final? Yo no, desde luego, yo no. La enfermedad... la náusea... el dolor despiadado... todo cesó con la fiebre que enloqueció mi mente... con esa fiebre llamada «Vida» que llameaba en mi cerebro... Y tales fueron las últimas palabras que Poe escribió... No... No puedo ser el poeta épico que merecéis. Soy demasiado viejo para serlo, y estoy demasiado cansado, demasiado cansado de esa fiebre llamada «Vida», y valoro demasiado vuestra compañía, vuestra compañía en el torbellino, que gira y gira. Gracias, Leon. Gracias, Inez.

Y, con esto, el espectral inglés volvió a tomar asiento.

El intruso más temido por los Bavardage, el silencio, pasó a presidir el comedor. Los comensales se miraban embarazados los unos a los otros. Embarazados de tres maneras diferentes. Les resultaba embarazoso aquel anciano, que había metido la pata inyectando aquella nota sombría en la cena de los Bavardage. Les resultaba embarazoso sentir la necesidad de expresar su escéptica superioridad en relación con la solemnidad de las palabras recién escuchadas, pero también el no saber cómo salir de aquella situación. ¿Habría alguno capaz de atreverse a soltar una risilla disimulada? Al fin y al cabo, quien acababa de decir todo aquello era ni más ni menos que Lord Buffing, premio Nobel en potencia, e invitado de honor en casa de sus anfitriones. Y les resultaba finalmente embarazosa la posibilidad de que aquel viejo hubiese dicho alguna frase muy profunda, tan profunda que tal vez a ellos se les había escapado. Sally Rawthrote puso los ojos en blanco, fingió adoptar una expresión burlonamente compungida, y miró a su alrededor, a ver si alguien seguía su broma. Lord Gutt sonrió lúgubrementemente y miró a Bobby Shaflett, el cual miraba a Inez Bavardage, confiando en que ella iniciara la reacción más adecuada a las circunstancias. Pero no inició nada. Su mirada estaba perdida en el vacío, y parecía aturdida. Judy sonreía con una expresión absolutamente necia, pensó Sherman, como si estuviera pensando que aquel caballero británico acababa de decir alguna cosa agradabilísima.

Hasta que Inez Bavardage se puso en pie y dijo:

—Tomaremos café en el otro salón.

Gradualmente, sin la menor convicción, la colmena reanudó sus zumbidos.

Durante el viaje de regreso a casa, seis manzanas en el coche de alquiler con chófer de Mayfair Town Car Inc., que le costaba a Sherman 123,25 dólares, es decir la mitad de los 246,50 de la factura global, Judy no dejó de parlotear. Estaba burbujeante. Sherman no la había visto tan animada desde hacía dos semanas, desde la noche en que le sorprendió en *flagrante teléfono* con Maria. Era evidente, así pues, que durante la velada no había captado nada en relación con Maria; ni siquiera se había entetado de que la guapa joven que estaba junto a su marido en la cena se llamaba Maria. No, su humor era magnífico. Estaba embriagada, aunque no de alcohol —el alcohol engorda—, sino de la Vida Social.

Fingiéndose divertidamente aguda, comentó la habilidad con que Inez había elegido su reparto de famosos: tres rítulos nobiliarios (el barón Hochswald, Lord Gutt, y Lord Buffing), un político de altura con cachet cosmopolita (Jacques Prudhomme), cuatro figuras de las artes y las letras (Bobby Shaflett, Nunnally Voyd, Boris Korolev y Lord Buffing), dos diseñadores (Ronald Vine y Barbara Cornaggia), tres VIF «¿VIF?», preguntó Sherman. «*Very Important Fags*^[22] —dijo Judy—. Así les llama todo el mundo.» (De todos los nombres que ella dijo, Sherman sólo pilló el de St. John Thomas, el inglés que estaba sentado a la derecha de Judy. Y tres gigantes de los negocios (Hochswald, Rale Brigham y Arthur Ruskin). Luego se puso a hablar de Ruskin. La mujer que tenía a su izquierda, Madame Prudhomme, se negó a hablar con él, y la mujer que estaba a su derecha, la esposa de Rale Brigham, no estaba interesada en hacerlo, de manera que Ruskin tuvo que inclinarse hacia adelante y comenzó a contarle al barón Hochswald la historia de su negocio de vuelos charter en Oriente Medio.

—¿Tienes idea, Sherman, de cómo ha reunido su fortuna ese tipo? Llevando árabes a La Meca, en aviones... en Jumbos, a millares y decenas de millares... ¡y Ruskin es judío!

Era la primera vez que se dignaba transmitirle un chismorreio, como antaño, como en una época que a Sherman le parecía antiquísima. De todos modos, en estos momentos a él no le importaban en absoluto la vida y los milagros de Arthur Ruskin. Sólo podía pensar en el chupado y hechizado inglés, en Aubrey Buffing.

De repente, Judy le dijo:

—¿Qué diablos crees que puede haberle pasado a Lord Buffing? Todo lo que ha dicho me ha parecido... no sé, atormentador...

Verdaderamente atormentador, pensó Sherman. E iba a contarle a su mujer que Buffing estaba muriéndose de sida, pero ni siquiera le apetecía chismorrear un rato.

—Ni idea —dijo.

Pero sí tenía una idea muy aproximada, muy exacta, de lo que le ocurría a Lord Buffing. Aquel inglés amanerado y fantasmagórico había hablado mirándole directamente a él, como si se tratase de un intermediario enviado por el mismísimo Todopoderoso. ¡Edgar Allan Poe! ¡Poe, la ruina final de los disolutos! ¡Y en el Bronx! ¡En el *Bronx*! El torbellino desprovisto de todo sentido, la carne desenfrenada, la obliteración de la familia y el hogar...! Y, aguardando en la última estancia, la Muerte Roja.

Eddie les abrió la puerta cuando se apearon del sedán de la Mayfair Town Car, y se encaminaron al portal de su casa.

—¡Hola, Eddie! —tarareó Judy.

Sherman no le miró apenas, y no dijo absolutamente nada. Se sentía mareado. Aparte de estar consumido por el miedo, estaba borracho. Sus ojos saltaban de un rincón a otro de la entrada... La Calle de los Sueños... Esperaba la aparición de la túnica de la Muerte de un momento a otro.

16. Carácter irlandés

El machismo irlandés de Martin era tan frío que Kramer era incapaz de imaginárselo animado y alegre como no fuera en estado de embriaguez. E incluso así, pensó Kramer, seguro que era un borracho pesado e irritable. Esta mañana, sin embargo, parecía de buen humor. Sus siniestros ojos de doberman lanzaban destellos. Estaba contento como un niño.

—Y estábamos en el portal, con los dos porteros —iba diciendo—, cuando sonó un zumbido, y se encendió un botón, y, la hostia, no veas cómo salió disparado uno de los porteros, cagando leches, haciendo sonar un silbato y llamando a un taxi.

Miraba directamente a Bernie Fitzgibbon mientras relataba su anécdota. Estaban los cuatro, Martin, Fitzgibbon, Goldberg y Kramer, en la oficina de Fitzgibbon. Éste, tal como le correspondía a todo un jefe de Homicidios de la Oficina del Fiscal de Distrito, era un irlandés delgado y atlético: pelo muy moreno, mandíbula cuadrada, ojos negros, y lo que Kramer solía llamar una Sonrisa de Vestuario. La Sonrisa de Vestuario era rápida pero en absoluto simpática. De modo que si Fitzgibbon sonreía ante la historia de Martin y sus tediosos detalles era solamente porque Martin pertenecía a un tipo especial de policías duros y con mala leche que Fitzgibbon sabía apreciar.

Había en la oficina dos irlandeses, Martin y Fitzgibbon, y dos judíos, Goldberg y él, pero era como si, a todos los efectos, fuesen un cuarteto de irlandeses. Sigo siendo judío, pensó Kramer, menos en esta oficina. Todos los policías acababan adquiriendo el carácter irlandés, tanto los policías judíos —Goldberg, por ejemplo— como los policías italianos y los policías negros. Sí, incluso los policías negros; nadie entendía a los jefes de policía de las diversas comisarías porque casi todos eran negros, y su piel ocultaba su mentalidad irlandesa. Lo mismo podía decirse de los vicefiscales del departamento de Homicidios. Todos se volvían irlandeses. En el conjunto de la población de Nueva York, el número de irlandeses estaba descendiendo notablemente. En el terreno de la política, los irlandeses, que hasta hacía veinte años habían tenido la sartén por el mango en el Bronx, Queens, Brooklyn y buena parte de Manhattan, apenas si controlaban ahora un pequeño distrito despreciable del West Side de Manhattan, por la zona en la que estaban oxidándose irremediabilmente los muelles abandonados del Hudson River. Todos los policías irlandeses que Kramer iba conociendo, incluso Martin, vivían ahora en Long Island o en sitios como Dobbs Ferry, y cada día hacían el viaje hasta la ciudad desde esas zonas de la periferia. Bernie Fitzgibbon y Jimmy Caghey no eran más que dinosaurios. Todos los funcionarios que estaban escalando peldaños en la jerarquía de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx eran judíos o italianos. Sin embargo, el sello irlandés seguía predominando en la policía y en el departamento de Homicidios, y probablemente no

habría nada capaz de borrarlo. El machismo irlandés era una forma de amarga locura que los dominaba a todos. Les encantaba llamarse a sí mismos *Donkeys* y *Harps* ^[23] ¡*Donkeys*! Usaban el término con orgullo, pero también identificándose con el significado. La valentía de los irlandeses no era como la del león, sino como la del asno. No retroceder jamás. Como policía, o como vicefiscal de distrito, jamás había que retroceder, por grave que fuese el aprieto en el que uno se metiera. Había que negarse a ceder un solo palmo de terreno. Y eso era lo temible, lo terrible de todos y cada uno de los miembros de esa raza, incluso de los más insignificantes. En cuanto alguno de ellos tomaba una posición, siempre estaba dispuesto a defenderla con uñas y dientes. De modo que para tratar con ellos había también que estar dispuesto a pelear, y en este mundo no hay mucha gente dispuesta a pelear hasta el final. El otro aspecto importante era el de la lealtad. En cuanto uno de ellos se metía en algún embrollo, todos los demás cerraban filas junto a él. Bueno, eso no era cierto del todo, pero las cosas tenían que ponerse muy feas para que los irlandeses escurrieran el bulto y dejaran solo a uno de los suyos. Así eran los polis, y así se suponía también que eran los vicefiscales de distrito pertenecientes al departamento de Homicidios. La lealtad era la lealtad, y la lealtad irlandesa era monolítica, indivisible. ¡La ley de los Asnos! Y cada judío, cada italiano, cada negro, cada portorriqueño interiorizaba esta ley y se convertía en otro pétreo irlandés. A los irlandeses les gustaba contarse mutuamente anécdotas bélicas, de modo que cuando el Asno Fitzgibbon y el Asno Goldberg escuchaban al Asno Martin, lo único que les faltaba para completar el cuadro era algo fuerte para beber, porque si lo hubiesen tenido se habrían emborrachado y se habrían puesto sentimentales, o enloquecidamente furiosos. No, pensó Kramer, no necesitan beber nada. Están borrachos de sólo pensar en lo duros y lo hijoputas que son.

—Le pedí a uno de los porteros que me explicase lo que pasaba... —dijo Martin—. Teníamos mucho tiempo por delante. El jodido ese de MacCoy nos hizo esperar abajo un cuarto de hora. En fin, resulta que en cada piso, junto al ascensor, esa gente tiene dos botones. Uno de los botones es para el ascensor, el otro para llamar a un taxi. En cuanto pulsas el botón, el portero sale cagando leches a la calle, haciendo sonar el silbato y agitando los brazos como un demente. En fin que, después de mucho esperar, nos metimos en el ascensor y de repente me di cuenta de que no sabíamos en qué piso vivía el tipo. Así que saqué la cabeza por la puerta y le dije al portero: «¿Y qué piso es?» Y el tipo me contesta: «Ya le mandamos nosotros allá arriba.» No te jode. *Ya le mandamos nosotros...* Tú entras en el ascensor y el portero te manda a tu piso con los botones que hay fuera. O sea, que no puedes ir a visitar a un vecino el día que te da la gana. No creas, tampoco me pareció la clase de edificio en donde la gente pasa por el piso de los vecinos para contarles la última anécdota. Bien. Pues el tipo ese, McCoy, vive en el décimo. Se abre la puerta, y sales a un

cuarto pequeño. No es el rellano del piso, sino un cuartito, con una sola puerta. En ese piso, el ascensor es para sólo para ese apartamento.

—Caramba, Martin —dijo Fitzgibbon—, se diría que has vivido escondido en tu pequeño mundo, y sólo ahora descubres las verdades de la vida.

—Ojalá hubiera vivido así —dijo Martin—. Bueno. Pues llamamos al timbre y nos abrió la puerta una criada con uniforme. Portorriqueña, sudamericana... algo así. Y entonces entramos en un vestíbulo, qué os voy a decir, todo él de mármol y paneles de madera y con una de esas escalinatas que hacen así, como las que salen en las películas, no te jode. Luego nos estuvimos un buen rato refrescándonos los pies en el mármol, hasta que al tipo le pareció que ya nos había hecho esperar el rato suficiente, y comenzó a bajar la escalinata, lentísimamente, con su mentón de mierda, lo juro, con su mentón de mierda bien levantado. ¿Te fijaste en el detalle, Davey?

—Sí —dijo Goldberg. Se partía de risa.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó Fitzgibbon.

—Alto, traje gris, ese mentón bien alto: el clásico gilipollas de Wall Street. No muy mala pinta. Cuarentón.

—¿Cómo reaccionó al veros a los dos?

—Al principio con mucha calma —dijo Martin—. Nos invitó a entrar en la biblioteca o lo que fuera. No muy grande, pero tendrías que haber visto aquellos adornos de mierda que daban la vuelta a todo el techo. —Hizo un ademán amplio con la mano—. Montones de personas, talladas en madera, como una acera llena de gente, y todas las tiendas y la biblia en verso. En tu vida has visto nada semejante. En fin, que nos sentamos allí, y empecé a decirle que aquello no era más que una comprobación rutinaria de los coches de esa marca y con esa matrícula y tal, y el tipo iba diciéndome que sí, que ya había oído hablar del caso en la tele, sí, y que tenía un Mercedes con la matrícula que empezaba por R, joder, qué coincidencia. Y yo, mientras, iba pensando, bueno, otra mierda de nombre de esta mierda de lista que nos han dado. Quiero decir que si hay alguien a quien jamás en la vida te imaginarías conduciendo por el Bruckner Boulevard del Bronx por la noche, ese tipo sería el primero de la lista. Así que me dediqué prácticamente a pedirle *disculpas* por hacerle perder el tiempo. Y luego le pregunté que si podíamos ir a echarle una mirada al coche, y el tipo dice: «¿Cuándo?» Y yo le digo: «Ahora», y bastó con sólo eso. Quiero decir que si el tipo me hubiera dicho «Lo tengo en el taller», o «Se lo ha llevado mi mujer» o la primera gilipollez que se le hubiese ocurrido, me parece que no hubiese vuelto otro día para comprobarlo, tan improbable parecía, os lo juro. Pero el tipo puso una cara muy rara, le comenzaron a temblar los labios, y empezó a enrollarse con que si *no sé...* que si la *rutina...* pero sobre todo fue la cara que puso. Miré a Davey, y Davey me miró a mí, y los dos estábamos viendo lo mismo. ¿No es cierto, Davey?

—Sí. De repente salía a superficie el cabrón que llevaba dentro. Se le notaba a tres kilómetros.

—No es la primera vez que me encuentro con tipos así —dijo Martin—. Todas esas preguntas... no le gustaban. Nada de nada. Y no es que sea mal tío. Bastante presumido, pero no me parece mal tío. Tiene esposa e hijo. Y un apartamento de la hostia. Pero no tiene huevos para aguantar según qué preguntas. Es un tipo legal, y no tiene huevos para ser ilegal. Así son las cosas, hay quienes tienen huevos para serlo, y quienes no los tienen.

—Desde luego, para lo que no tenía huevos era para soportar que un poli se le sentara en su escritotio —dijo Goldberg, riendo.

—¿Su escritorio? —dijo Fitzgibbon.

—Ah, sí —dijo Martin, sonriendo al recordarlo—. Bueno, la cuestión es que vi que el tipo empezaba a ponerse muy nervioso, y pensé: «Joder, todavía no le he leído sus derechos de mierda, así que será mejor que lo haga.» En fin, que traté de quitarle importancia a todo el asunto, y le dije que le agradecíamos que estuviese dispuesto a colaborar y todo eso, pero que no tenía que decir nada si no quería, y que tenía derecho a un abogado, y tal y cual, y entretanto mi cabeza se adelantaba a los acontecimientos y pensaba: «¿Y cómo te las vas a arreglar para que parezca que la cosa no tiene importancia cuando tengas que decirle lo de que “Y si no puede pagarse un abogado, el Estado se lo proporcionará gratis?”» ¡Si no puede pagárselo!, cuando el jodido friso tallado debe de costar más de lo que un abogado de segunda gana en todo el año! De modo que pensé que lo mejor sería dar un paso adelante, ponerme a su lado y, aprovechando que se había sentado al escritorio, mirarle desde arriba con una expresión de esas que dicen: «Mira, tío, no me vas a joder la marrana. No me vas a callar como un mudo sólo porque te esté leyendo tus derechos, ¿entendido?»

—Fue peor incluso —dijo Goldberg—. ¡Marty se sentó en el borde del escritorio!

—¿Y qué hizo el tipo? —preguntó Fitzgibbon.

—Al principio nada —dijo Martin—. Comprendió que allí se estaba tramando algo. Nadie empieza a leerle sus derechos a un tío simplemente por matar el tiempo. Estaba cada vez más confundido. Se le ponían los ojos cada vez más desorbitados. Supe que mentía como un hijoputa. Hasta que, por fin, se puso en pie y dijo que quería hablar con un abogado. Lo más gracioso es que empezó a cagarse en cuanto le dijimos que queríamos ver el coche. Mientras que, de hecho, vimos el coche y lo encontramos completamente limpio. Ni una sola marca.

—¿Cómo encontrasteis su coche?

—Sencillo. Nos dijo que lo tenía en un garaje. Así que pensé: si tienes tanta pasta como la que gasta ese hijo de puta, seguro que dejas el coche en el garaje más próximo. Al bajar, le pregunté al portero que dónde estaba el garaje más próximo. Eso fue todo. Ni siquiera mencioné el nombre de McCoy.

—Y en el garaje, ¿os enseñaron el coche así, por las buenas?

—Sí. Saqué mi identificación, y Davey se puso al otro lado, mirando al encargado como si quisiera taladrarle la cabeza. Ya sabes, un cabrón de judío puede parecer más temible que un cabrón de *asno*.

Goldberg resplandecía de orgullo. Para él, aquella frase había sido un gran cumplido.

—Así que el encargado dijo: «¿Qué coche?» —dijo Goldberg—. Resulta que los McCoy tienen dos coches en ese garaje, el Mercedes y una rubia Mercury, y eso que guardar un solo coche allí cuesta 410 dólares al mes. Lo pone en un cartel. Ochocientos veinte dólares al mes por los dos coches. Eso son doscientos dólares más de lo que yo pago por toda mi casa de mierda en Dix Hills.

—¿Y el tipo os enseñó por fin el coche? —preguntó Fitzgibbon.

—Nos dijo dónde estaba y añadió: «Ustedes mismos» —dijo Goldberg—. Me parece que McCoy no le cae muy simpático.

—De hecho, hizo grandes esfuerzos, por ayudarnos —dijo Martin—. Le pregunté si alguien usó el Mercedes la semana pasada, el martes, y él dijo que sí, que lo recordaba muy bien. McCoy mismo lo sacó, a eso de las seis, y regresó hacia las diez, hecho un cristo.

—Nada mejor que tener alguien que cuide tus intereses —dijo Goldberg.

—¿Iba él solo? —preguntó Fitzgibbon.

—Eso dijo el del garaje —dijo Martin.

—Así que estáis seguros de que fue ese tal McCoy.

—Desde luego.

—Bien —dijo Fitzgibbon—. A ver, ¿cómo lo organizamos?

—Como mínimo, ya tenemos por dónde empezar —dijo Martin—. Sabemos que esa noche él conducía el Mercedes.

—Si podemos pasarnos otros veinte minutos con ese tipo, seguro que le arrancaremos todo lo demás —dijo Goldberg—. Tiene ganas de cantar.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Fitzgibbon—, pero podéis intentarlo. En realidad, no es tan fácil. No tenemos testigos. El chico atropellado ya no cuenta. Ni siquiera sabemos cómo ocurrió. Es más, cuando el chico fue al hospital después del accidente, no dijo nada de ningún coche.

—Tal vez —intervino Kramer— para entonces ya estuviera medio atontado.

Estaba comenzando a brillar una lucecita. Kramer entreveía por fin una posibilidad de sacar algo positivo de todo aquel embrollo. Y añadió:

—Sabemos que se llevó un golpe tremendo en la cabeza.

—Es posible —dijo Fitzgibbon—. Pero nada de eso es suficiente para iniciar ningún tipo de acusación. Y Abe tiene que hacer algo. Querrá que nos movamos, y pronto. No le gustó nada esa manifestación de ayer, LA JUSTICIA DE WEISS ES

JUSTICIA PARA LOS BLANCOS. Salió en todos los diarios, y salió en la televisión.

—Menuda mierda —dijo Goldberg—. Nosotros estábamos allí. Dos docenas de manifestantes de los cuales la mitad eran los chiflados de siempre, Reva Comosellame y su pandilla. Los demás eran mirones.

—¿Sí? Pues cuéntaselo a Abe. Él lo vio en la tele, como todo el mundo.

—Por lo que decís —dijo Kramer—, yo diría que este McCoy es de los que no tardan mucho en delatarse.

—¿Delatarse? ¿Cómo?

—Sí. Bueno, sólo estoy pensando en voz alta... pero, quizá, haciendo público lo que sabemos...

—¿Haciéndolo público? —dijo Fitzgibbon—. ¿Estás loco? ¿Qué quieres hacer público? ¿Pretendes que digamos que el tipo se cagó en cuanto dos inspectores comenzaron a hacerle preguntas, y que había sacado el coche del garaje la noche en que el chico fue atropellado...? Suma estos dos datos. ¿Qué te da? Cero.

—Ya te digo que sólo estaba pensando en voz alta...

—¿Sí? Pues mira, hazme un favor. No pienses en voz alta cuando estés con Abe. Podría tomarte en serio, y entonces sí que la vamos a armar.

Reade Street era una de esas viejas calles próximas a los juzgados y el ayuntamiento. Una calle estrecha cercada de altos edificios de oficinas y talleres de industrias ligeras con columnas y arquivoltas de hierro fundido, que la mantenían en una sombría penumbra incluso los días luminosos de primavera como éste. Gradualmente, los edificios de esta zona, conocida como TriBeCa, es decir, «triangle below Canal Street», estaban siendo remozados y convertidos en oficinas y apartamentos. No obstante, toda la zona seguía conservando su vieja mugre de siempre. En el cuarto piso de un antiguo edificio de hierro fundido, Sherman avanzó a lo largo de un pasillo cuyo piso era de baldosas deslucidas.

A mitad del pasillo había una placa de plástico en la que se leían los nombres DERSHKIN, BELLAVTTA, FISHBEIN & SCHLOSSEL. Sherman abrió la puerta y se encontró en un diminuto vestíbulo de paredes acristaladas y abrumadoramente luminoso, con una mujer al otro lado de un mostrador con ventanilla. Dio su nombre y preguntó por Mr. Killian. La mujer pulsó un botón. La puerta de cristal que se abrió con un zumbido daba paso a un espacio más amplio, de paredes blancas y luminosidad aún más deslumbrante. Los focos del techo eran tan potentes que Sherman procuró mantener la cabeza gacha. Una alfombra industrial de color anaranjado cubría el suelo. Sherman guiñó los ojos, tratando de cubrirse de la brutal luz. Ante él, unos pasos más adelante, llegó a entrever la base de un sofá. Era de formica blanca, y sobre esa base reposaban unos almohadones de cuero beige. Sherman se sentó, e inmediatamente le resbaló la rabadilla hacia adelante. Daba la

sensación de que el sofá estaba mal colocado. Dejó caer su espalda hacia el respaldo, formado por una plancha de formica dispuesta en vertical contra la base, y recubierta de almohadones de cuero. Temerosamente, levantó un poco la cabeza. Delante de él había otro sofá. Dos hombres y una mujer estaban sentados en él. Uno de los hombres vestía un chándal azul y blanco, con dos recuadros de cuero azul eléctrico en el pecho. El otro hombre llevaba un chaquetón tres cuartos, de un cuero extraño, con mucho grano, aspecto polvoriento y sin brillo, quizá de elefante, provisto de unos hombros tan anchos que le daban un aspecto gigantesco. La mujer vestía una chaqueta de cuero negro, de hechuras también enormes, pantalones de cuero negro, y unas botas negras con el extremo superior doblado hacia abajo, como si fuesen botas de pirata. Los tres hacían constantes guiños, como Sherman. Y también resbalaban hacia adelante, como él, y se retrepaban a cada momento, de modo que el cuero de su vestuario chirriaba y gemía contra el de los almohadones. Los Hombres de Cuero. Apretujados los unos contra los otros en el sofá, parecían un elefante atormentado por las moscas.

Un hombre entró en la recepción procedente de algún pasillo interior. Un hombre alto y flaco y calvo de cejas hirsutas. Iba en mangas de camisa, pero con corbata, y de su cadera izquierda le colgaba una cartuchera con un revólver. Lanzó a Sherman una de esas sonrisas muertas que suelen dirigirte los médicos en la sala de espera cuando no quieren que ningún paciente les interrumpa, y en seguida dio media vuelta y regresó por donde había llegado. Voces desde el pasillo interior: un hombre y una mujer. Parecía que el hombre empujase a la mujer tratando de hacerle salir. La mujer dio unos pasitos, y se volvió para mirar al hombre por encima del hombro. El hombre era alto y delgado, treintañero. Llevaba un traje cruzado azul marino con una muestra a cuadritos, camisa a listas con el cuello blanco muy tieso. Un cuello anchísimo, de truhán, pensó Sherman. Su cara era delgada, hasta se habría podido decir que delicada, si no hubiera sido por la nariz, que parecía rota. La mujer era joven, menos de veinticinco años, toda tetas, labios rojo brillante, melena enloquecida y maquillaje provocativo asomando por encima de un jersey negro de cuello redondo. Llevaba pantalones negros y se tambaleaba en lo alto de unos zapatos de tacón de aguja.

Al principio sus voces llegaban asordinadas. Luego la mujer comenzó a gritar, y el hombre bajó más aún el tono de su voz. Era típico. El hombre prefiere que las cosas se resuelvan en una tranquila discusión en privado, pero la mujer decide utilizar uno de sus triunfos, Hacer una Escena. Ahí está: ella le Hace una Escena, y usa Las Lágrimas. Una Escena en toda regla. La voz de la mujer fue subiendo más y más de tono, hasta que al fin también subió la del hombre.

—Tienes que hacerlo —dijo la mujer.

—Pues no. No tengo que hacerlo, Irene.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que me pudra?

—Lo que tienes que hacer es pagar tus facturas, como todo el mundo —dijo él—. Ya me debes la mitad de mis honorarios. Y ahora pretendes que dé un paso que podría suponer el final de mi carrera de abogado.

—No te importo.

—No es que no me importes. Es que me da igual lo que te pase. Paga tus facturas, y listo. No me mires así. Eres tú la que tiene que pagarlas.

—Hazlo. Hazlo por mí. ¿Y si me detienen?

—Tendrías que haber pensado antes en eso, Irene. ¿Qué te dije la primera vez que entraste en este despacho? Te dije dos cosas. Te dije: «Irene, no voy a ser tu amigo. Voy a ser tu abogado. Pero, aun así, haré por ti mucho más que todos tus amigos juntos.» Y también te dije: «Irene, ¿sabes por qué hago esto? Lo hago por dinero.» Y luego te dije: «Irene, recuerda estas dos cosas.» ¿Te lo dije o no? ¿Eh?

—No puedo volver allí —dijo ella. Bajó sus párpados cubiertos de Sombra Tropical, y luego agachó toda la cabeza. Le temblaba el labio inferior; se le estremecieron la cabeza y la melena enloquecida y los hombros.

Las Lágrimas.

—Venga, Irene, por Dios.

Las Lágrimas.

—Bien. Mira... Averiguaré si piensan demandarte por el 220-31, y te representaré. Pero no me pidas nada más.

¡Las Lágrimas! Victoriosas una vez más, después de tantísimos milenios... La mujer mantenía la cabeza gacha, como una niña arrepentida. Atravesó la iluminadísima sala de espera. El culo se le meneaba bajo la satinada y brillante superficie del pantalón negro. Uno de los Hombres de Cuero miró a Sherman y sonrió, de hombre a hombre, y dijo «Ay, caramba.»^[24]

Estando en territorio enemigo, Sherman se sintió obligado a sonreír también.

El truhán salió a la puerta de espera y dijo:

—¿Mr. McCoy? Soy Tom Killian.

Sherman se puso en pie y le estrechó la mano. Killian no le dio un apretón muy firme; Sherman se acordó de los dos inspectores. Siguió a Killian por un pasillo con más focos.

El despacho de Killian era pequeño, moderno, y sombrío, pues carecía de ventana. Pero, como mínimo, no era un lugar deslumbrante. Sherman miró al techo. De los nueve focos empotrados, siete estaban apagados, fundidos o desenroscados.

—Esas luces de ahí afuera... —dijo Sherman, sacudiendo la cabeza con incredulidad, y dejando la frase sin terminar.

—Ya, ya lo sé —dijo Killian—. Son las cosas que pasan cuando te tiras a la decoradora. El tipo que alquiló este local vino con su novia, y la tía dijo que este edificio era muy sombrío. Y empezó a meterle luces. Bueno, esa tía debe de colocarse

a base de vatios. Dijo que tenía que quedar tan luminoso como Key Biscayne.

Sherman sólo oyó hasta lo de «cuando te tiras a la decoradora». Como Amo del Universo, sentía un varonil orgullo cuando pensaba que podía manejarse bien en toda clase de ambientes. Ahora, sin embargo, y al igual que otros muchos varones norteamericanos antes que él, estaba empezando a descubrir que lo de «toda clase de ambientes» estaba bien cuando formabas parte del público. *Cuando te tiras a la decoradora*. ¿Cómo podía permitir que una decisión tan importante para su propia vida fuese tomada en un lugar así y por un tipo como aquél? Había telefoneado a Pierce & Pierce diciendo que se encontraba mal: una mentirijilla inocente, boba, ridícula. Y todo para visitar a este abogado barriobajero.

Killian le indicó una silla, una silla moderna con la estructura cromada y la tapicería rojo China, y Sherman se sentó. El respaldo era demasiado bajo. No había modo de ponerse cómodo. La silla de Killian no parecía mucho mejor.

Killian soltó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Supongo que me habrá oído conversar con mi cliente, Miss...

Y puso las dos manos a media altura, como sopesando grandes melones.

—Sí.

—Pues ahí tiene usted el mundillo del código penal con todos sus elementos.

Al principio Sherman creyó que Killian estaba imitando el horrible acento de la mujer que acababa de irse. Hasta que comprendió que no era así. Aquél era el acento del propio Killian. El almidonado dandy que tenía ante sí hablaba con acento neoyorquino, se olvidaba la mitad de las consonantes y torturaba todas y cada una de las vocales. Sin embargo, Sherman se reanimó un poco al notar que el abogado daba por supuesto que el mundo de lo penal era para él completamente nuevo, pues era un caballero que vivía en unas alturas a las que jamás alcanzaba toda esa bazofia.

—¿Qué clase de problema tiene esa mujer? —preguntó Sherman.

—Drogas. Sólo los traficantes pueden permitirse el lujo de pagar los honorarios de un criminalista durante ocho semanas. —Luego, sin transición alguna, añadió—: Freddy me ha explicado su problema. Y he leído algunas cosas sobre el caso en la prensa. Freddy es un gran hombre, pero tiene demasiada clase como para leer los tabloides. Yo los leo. Bien, explíqueme qué fue exactamente lo que pasó.

Para su propia sorpresa, Sherman comprobó que, una vez comenzado el relato, no le costaba nada decírselo todo a aquel tipo, y en aquel lugar. Al igual que un cura, como si fuese su confesor, este dandy con nariz de boxeador pertenecía a otro mundo.

De vez en cuando, el interfono de plástico que estaba en la mesa de Killian emitía un bip electrónico, seguido de una voz de acento latino, la voz de la recepcionista, que decía: «Mr. Killian... Mr. Scannesi por la 3-0», o «Mr. Rothblatt por la 3-1», y Killian contestaba: «Dile que ya le llamaré yo», y Sherman proseguía. Pero luego la máquina hizo bip, y la voz dijo: «Mr. Leong por la 3-0.»

—Dile que... Pásamelo. —Killian hizo un ademán despectivo con la mano, como diciendo: «No tiene ninguna importancia en comparación con lo que estamos discutiendo nosotros, pero tendré que hablar medio minuto con este señor.»

—Qué hay, Lee —dijo Killian—. Qué-tal-hombre-qué-tal... ¿En serio...? Oye, Lee, precisamente estaba leyendo un libro sobre ti... Bueno, no sobre ti, sino sobre vosotros, los Leong... ¿Por qué iba a engañarte? ¿Crees que tengo ganas de que alguien me dé un hachazo en la nuca?

Sherman empezó a sentirse fastidiado. Al mismo tiempo, estaba francamente impresionado. Al parecer, Killian era el defensor de alguno de los implicados en el escándalo de la compra de votos en Chinatown.

Finalmente Killian colgó, se volvió a Sherman y le dijo:

—Así que dejó otra vez el coche en el garaje, cruzó algunas palabras con el encargado, y se fue a casa.

Esto era, sin duda, para demostrar que la llamada telefónica no le había distraído en lo más mínimo.

Sherman prosiguió, y concluyó con la visita de Martin y Goldberg, los inspectores de policía.

Killian se inclinó hacia adelante y le dijo:

—Vale. Lo primero que debe usted entender, a partir de este momento, es que tiene que mantener el pico cerrado. ¿Entendido? No tiene nada que ganar, me oye, absolutamente *nada*, hablando de esto con nadie, da igual quién sea. Lo único que va a ocurrir es que volverán a buscarle las cosquillas, como cuando esos inspectores.

—¿Qué tendría que haber hecho? Ya estaban en el edificio y sabían que yo me encontraba en casa. Negarme a hablar con ellos era como decirles que tenía algo que ocultar.

—Mire, lo único que tenía que hacer era decirles: «Caballeros, encantado de conocerles; veo que están ustedes llevando a cabo una investigación, y yo desconozco por completo estos asuntos de modo que les voy a poner en contacto con mi abogado, buenas tardes, y cuidado de no tropezar con el felpudo cuando salgan.»

—Pero incluso así...

—Siempre hubiera sido mejor eso que lo que ocurrió, ¿vale? De hecho, esos tipos seguramente habrían pensado: Vaya, aquí está este tipo que está forrado, y vive en Park Avenue y está demasiado ocupado o es demasiado chulo como para rebajarse a hablar con nosotros. Tiene gente que trabaja para librarle de estas cosas. Y, probablemente, de haber ocurrido así, no habrían abrigado la menor sospecha contra usted. Pero no se preocupe. A partir de ahora dejarán de tener sospechas. —Sonrió un momento para sí—. Supongo que uno de ellos le leyó sus derechos, ¿no? Ojalá hubiese estado allí para verlo. Seguro que el imbécil ese vive en una casita de Massapequa, y de repente se encuentra en un apartamento de Park Avenue, a la altura

de las Setenta, y se ve en la obligación de informarle de que si no puede pagarse un abogado, el Estado se lo proporcionará, gratis. Porque tiene que leerle todos sus derechos, hasta el final.

A Sherman le dejó helado la actitud distanciadamente humorística de Killian.

—Bien —dijo—. Pero ¿qué significa todo eso?

—Significa que están buscando pruebas para acusar a alguien ante los tribunales.

—¿De qué tipo?

—¿Qué tipo de acusación o qué tipo de tribunales?

—De acusación.

—Tienen diversas posibilidades. Suponiendo que Lamb no muera, podría ser imprudencia temeraria.

—¿Es lo mismo que conducción imprudente?

—No, la imprudencia temeraria es un delito mayor. Aunque, si quieren ponerse duros de verdad, podrían incluso montarse una teoría de que fue un asalto armado, en donde el arma sería el coche. En caso de que muera Lamb, habría dos posibilidades. Homicidio sin premeditación, o bien negligencia criminal, aunque lo cierto es que cuando yo estaba en la Oficina del Fiscal de Distrito jamás oí que se acusara a nadie de negligencia criminal a no ser que se tratara de un conductor en estado de embriaguez. Además, también tienen lo del abandono del lugar del accidente y el hecho de no haber informado a la policía de lo ocurrido. En ambos casos, delito mayor.

—Pero, dado que yo no conducía el coche cuando ese chico fue atropellado, ¿cree que pueden acusarme *a mí* de todo eso?

—Antes de pasar a ese aspecto de la cuestión, déjeme que le explique una cosa. Es posible que no puedan acusar a *nadie*.

—¿Cómo? —Ante aquella primera señal de esperanza, todo el sistema nervioso de Sherman experimentó una súbita aceleración.

—Dice usted que revisó bien su coche, ¿no? Dice que no tenía golpes, melladuras, sangre, tela... ni un cristal roto. ¿Es así?

—Lo es.

—Entonces, me parece obvio que el chico no recibió un golpe muy fuerte. La gente de urgencias le curó la muñeca rota, y luego dejó que el chico se fuera. ¿No es así?

—Lo es.

—Y el fondo de la cuestión es que ni siquiera está usted seguro de que su coche llegara a golpear al chico. ¿De acuerdo?

—Bueno, oí un ruidito.

—Con todo el jaleo que había en ese momento, ese ruidito podría haberlo producido cualquier cosa. Dice usted que oyó algo. Pero no vio nada. En realidad, no

está *seguro*. ¿Cierto?

—Bueno... sí, cierto.

—¿Empieza a comprender por qué no quiero que hable con nadie?

—Sí.

—Y cuando digo nadie quiero decir *nadie*. ¿Vale? Bien. Otra cosa. Quizá no fue su coche el que le atropello. ¿Se le había ocurrido esa posibilidad? Quizá no fue *ningún* coche. Usted *no* lo sabe. Y ellos, los policías, tampoco lo saben. Todo eso que ha salido en la prensa es más bien extraño. Se supone que nos encontramos ante un gran escándalo, pero nadie sabe ni siquiera dónde ocurrió ese supuesto atropello tras el cual el conductor se dio a la fuga. Bruckner Boulevard. ¡El Bruckner Boulevard tiene siete kilómetros! Y no tienen testigos. Todo lo que ese chico le contó a su madre no es más que un testimonio de segunda mano. No significa nada. Carecen de descripción del conductor. Incluso suponiendo que pudiesen demostrar que el coche que golpeó al chico fue el de usted... ¡No van a detener al coche! Cualquiera de los encargados del garaje le hubiese podido dejar el coche al sobrino de su cuñada para que fuese a darle el beso de buenas noches a su novia. La policía no lo sabe. Y usted tampoco sabe nada. De hecho, han ocurrido cosas incluso más raras.

—¿Y si el otro chico decidiese hablar? Se lo juro. Había otro chico, un tipo alto y fortísimo.

—Le creo. Eso fue una encerrona. Querían atracarle. Sí, es cierto que el otro chico podría hablar, pero tengo la sensación de que tiene poderosos motivos para no hacerlo. A juzgar por la historia que cuenta la madre, el chico tampoco habló del otro.

—Es cierto —dijo Sherman—. Mire, tengo la sensación de que lo mejor que podría hacer es adelantarme a los acontecimientos, tomar la iniciativa e ir a la policía con Maria... con Mrs. Ruskin, y decirles qué fue exactamente lo que pasó. No sé nada de leyes, pero tengo la certeza moral de que yo actué correctamente, y ella también, teniendo en cuenta la situación en la que nos encontrábamos.

—¡Ay-ay-ay-ay-ay! —dijo Killian—. Ustedes, los jefazos de Wall Street, disfrutaban jugándosela. En serio. ¡Ay-ay-ay-ay-ay-ay! Vaya por Dios, vaya por Dios. —Killian sonreía. Sherman se quedó mirándole, sumido en una profunda perplejidad. Killian debió de detectarlo, porque se puso serio otra vez—: ¿Tiene usted idea de lo que pasaría si entrase usted en la oficina del fiscal y dijera: «Sí, fuimos mi amante y yo, en mi coche»? Le devorarían. Le *de-vo-ra-rían*.

—¿Por qué?

—Este caso se ha convertido en un escándalo político, y no tienen en dónde agarrarse. El reverendo Bacon ha empezado a protestar, el asunto ha salido en la tele, lo publica el *City Light*, y Abe Weiss, que tiene unas elecciones por delante, empieza a ponerse nervioso. Conozco muy bien a Weiss. Para Weiss no existe el mundo real. Sólo existen la televisión y los periódicos. Y quiero decirle otra cosa. Aunque no

estuviese mirando toda la prensa, igualmente le acorralarían.

—¿Por qué?

—¿Sabe a qué se dedica la gente que trabaja en la oficina de un fiscal de distrito del Bronx? Se pasan el día acusando a gente que se llama Tiffany Latour y LeBaron Courtney y Mestaffalah Shabbazz y Camilo Rodríguez. Y es tan horrible que se mueren de ganas de meterle mano a alguien de categoría. Así que si se presenta alguien y les pone en bandeja a personas como usted y Mrs. Ruskin... ¡Ay-ay-ay! ¡Sólo pensarán en divertirse a costa de ustedes!

Sherman pensó que aquel abogado sentía cierto espantoso entusiasmo nostálgico ante la posibilidad de haber dispuesto de semejante presa.

—Entonces, ¿qué ocurriría si...?

—Para empezar, sería absolutamente imposible impedir que le detuvieran y conozco lo suficiente a Weiss para saber que, encima, organizaría el gran espectáculo. Quizá no pudiera retenerle mucho tiempo, pero sería una experiencia profundamente desagradable. Se lo garantizo.

Sherman trató de imaginárselo. No pudo. Se sintió muy deprimido. Emitió un largo suspiro.

—¿Entiende *ahora* por qué no quiero que hable con nadie? ¿Se hace una idea del problema?

—Sí.

—Pero mire, no quiero descorazonarle. Mi trabajo en este momento no consiste en defenderle, sino en lograr que no haga falta defenderle. Eso, claro está, suponiendo que acepte usted que yo le represente. No voy a hablar de honorarios a estas alturas porque todavía no sé qué tendré que hacer. Con un poco de suerte, es posible que acabemos comprobando que éste es el típico caso que nunca existió.

—¿Cómo vamos a averiguarlo?

—El jefe del departamento de Homicidios en la fiscalía del Bronx es un tipo que empezó su carrera conmigo, Bernie Fitzgibbon.

—¿Y él se lo contará todo?

—Creo que sí. Somos amigos. Es un Asno, como yo.

—¿Asno?

—Irlandés.

—¿Y cree prudente permitir que ellos se enteren de que he contratado a un defensor, y que estoy preocupado? ¿No bastará ese dato para que empiecen a maquinar...?

—Joder, hombre. *Ya* han empezado a maquinar, y ya saben que está usted preocupado. Si tras la visita de ese par de inspectores no estuviese usted preocupado, significaría que su cabeza no funciona del todo bien. Tranquilo, hombre. Yo me encargo de todo. En cuanto a usted, lo que tendría que hacer es empezar a

preocuparse por su amiga, Mrs. Ruskin.

—Eso fue lo que me dijo Freddy.

—Y llevaba toda la razón. Si tengo que llevar este caso, quiero hablar con ella, y cuanto antes mejor. ¿Cree que estará dispuesta a hacer una declaración?

—¿Una declaración?

—Una declaración jurada y con testigos.

—Antes de hablar con Freddy, hubiera dicho que sí. Ahora ya no lo sé. No tengo ni idea de lo que puede hacer ella si le pido que firme una declaración jurada y en presencia de testigos.

—En fin, sea como fuere, quiero hablar con ella. ¿Puede usted conseguirlo? De todos modos, tampoco me importa pedírselo yo mismo.

—No. Creo que será mejor que se lo pida yo.

—Otra cosa. Tampoco nos conviene que ella ande por ahí contando detalles. Dígaselo.

El acento de Killian seguía siendo espeluznante.

—Freddy me dijo que estuvo usted en la facultad de derecho de Yale. ¿En qué época?

—A finales de los setenta —dijo Killian.

—¿Qué le pareció la facultad?

—Estaba bien. Nadie entendía ni jota de lo que yo decía. Daba lo mismo que fueses del Afganistán como de Sunnyside, Queens, que era mi caso. Pero me gustó. Un sitio precioso. Y, para como están actualmente las facultades de derecho, no era muy difícil. Al menos no intentan sepultarte bajo una montaña de detalles. Te dan una visión académica, una visión global. Te permiten entender cómo funcionan los grandes esquemas legales. Para eso son buenísimos. Yale es fantástico para cualquier especialidad, a no ser que pretendas trabajar con gente que calza zapatillas deportivas, que lleva armas, que trafica con drogas, que vive de la pornografía...

17. El banco de los favores

La voz de la secretaria sonó en el interfono:

—Tengo a Irv Stone, del Canal 1, en la 4.

Sin disculparse ante Bernie Fitzgibbon, Milt Lubell ni Kramer, Abe Weiss interrumpió una frase a la mitad y cogió el teléfono. Y, sin ningún saludo preliminar, ni ninguna otra clase de preámbulos, dijo:

—¿Se puede saber qué tengo que hacer para que os mováis chicos? —Era la voz de un padre cansado y decepcionado—: ¿No se supone que os encargáis de las noticias que ocurren en la ciudad más importante de todo el país? ¿Y cuál es el problema más importante que tiene la ciudad más importante de todo el país? Las drogas. ¿Y cuál es la peor de todas las drogas? El crack. ¿De acuerdo? Y nosotros conseguimos organizar una acusación en toda regla ante un gran jurado contra tres de los principales traficantes de crack en el Bronx... ¿y qué hacéis vosotros? Nada... Déjame terminar. Los llevamos a los tres al Registro Central, a las diez de la mañana, ¿y dónde estáis vosotros? ¡No se os vio en ningún lado! ¡No te jode...! —Ya no era el padre entristecido sino el airado vecino del piso de abajo—. No valen excusas, Irv. Sois una pandilla de vagos. Todo por no perderos una comida en el Cote Basque. Algún día despertaréis... ¿Cómo...? ¡No me vengas con ésas, Irv! Lo único que pasa es que esos traficantes de crack son negros y son del Bronx. Eso es lo que pasa. Sí, Vanderbilt, Astor, y... y... y Wriston... —No parecía estar muy seguro de que el tercero se llamase Wriston—. Algún día despertaréis y os daréis cuenta de que ya no contáis para nada. Esto es América, Irv, aquí en el Bronx está la verdadera América de hoy en día. Y, tanto si lo sabéis como si no, en la América moderna hay montones de negros. Manhattan no es más que una boutique en una isla perdida en el Atlántico. América está aquí, en el Bronx. ¡Este es el verdadero laboratorio de las relaciones humanas! ¡Aquí es donde se llevan a cabo los verdaderos experimentos de la vida urbana...! ¿Qué quieres decir con lo del caso Lamb? ¿Qué tiene que ver con esto? ¿Así que tuvisteis que ir a cubrir una noticia en el Bronx, y con una os basta? ¿Qué pasa ahora? ¿Tenéis un cupo máximo?

Colgó. Sin decir adiós. Se volvió hacia Fitzgibbon, que estaba a su derecha, entre Kramer y Lubell, todos ellos en torno al enorme escritorio del fiscal de distrito. Weiss alzó las manos, como si sostuviese un balón sobre su cabeza.

—Cada noche lloran a gritos por el problema del crack, y cuando conseguimos llevar ante un gran jurado a tres de los principales traficantes viene y me dice que eso no es noticia, que es pura rutina.

Kramer se encontró a sí mismo diciendo que sí con la cabeza, indicando lo mucho que le entristecía la obcecación de los periodistas de la televisión. El secretario de prensa de Weiss, Milt Lubell, un hombre delgado de rizada barba gris y ojos muy

grandes, hizo girar su sillón y puso cara de absoluta y escandalizada incredulidad. Sólo Bernie Fitzgibbon encajó la noticia sin la más mínima reacción motriz.

—¿Lo veis? —dijo Weiss. Señaló el teléfono, sin mirarlo, con una sacudida de su mano cerrada con el pulgar extendido—. Intento que ese tipo comprenda la importancia de nuestra labor en un caso relacionado con el crack, y él me echa en cara lo del caso Lamb.

El fiscal de distrito parecía estar muy furioso. Pero Kramer no recordaba haberle visto nunca con expresión de tranquilidad. Weiss tenía unos cuarenta y ocho años. Pelo castaño claro, cara estrecha y fuerte mandíbula, con una cicatriz en un lado. Lo cual no tenía nada de malo. Abe Weiss formaba parte de aquel linaje de fiscales de distrito neoyorquinos cuya carrera se había basado fundamentalmente en sus apariciones por televisión, para anunciar el golpe fatal que le había asestado su departamento en pleno plexo solar a la delincuencia que asolaba la ciudad. Weiss, el buen capitán Ahab, daba pie, sin duda, a muchos chistes. Pero estaba directamente conectado con el Poder, las corrientes eléctricas del Poder fluían a través de su cuerpo, y su oficina, con sus paredes revestidas de madera y sus muebles antiguos de tamaño gigantesco y su gran bandera norteamericana, era uno de los puestos de mando del Poder, y Kramer estaba excitadísimo porque no era frecuente que le convocasen para asistir a una reunión en la cumbre como ésta.

—Sea como sea —dijo Weiss—, tenemos que encargarnos de resolver ese caso. En este momento me veo metido en una situación en la que lo único que puedo hacer es reaccionar frente a los ataques exteriores. Bernie, tendrías que haber visto venir las complicaciones con antelación. Y tendrías que haberme puesto sobre aviso. Kramer habló hace ya una semana con Bacon. Seguro que se veía venir.

—Ahí está precisamente la cuestión, Abe —dijo Fitzgibbon—. Ahí está...

Weiss pulsó un botón de su mesa, y Fitzgibbon se calló sin terminar la frase, pues era evidente que los pensamientos del fiscal de distrito se habían alejado hacia otros asuntos. En efecto, Weiss miraba un televisor situado al fondo de la sala. Como un espantoso bocio que sobresalía de la señorial pared revestida de madera noble, en una esquina, había un grupo de cuatro televisores con montones de cajas metálicas con controles metálicos y diales de cristal negro y luces verde-diodo, todo ello rodeado de montones de cables eléctricos. Detrás de los televisores, en los estantes que antiguamente debían de contener libros, había ahora hileras y más hileras de videocassettes. Porque cada vez que Abe Weiss o alguna cosa relacionada con Abe Weiss salía por la tele, Abe Weiss quería tenerlo grabado. Uno de los televisores cobró vida con un estremecimiento luminoso. Sólo la imagen; sin sonido. Una pancarta de tela llenaba toda la pantalla... JOHANNESBRONX: LA JUSTICIA DE WEISS ES JUSTICIA DE APARTHEID... Luego salió un amontonamiento de rostros blancos y negros, vistos en contrapicado, de forma que diese la sensación de

que había una tremenda muchedumbre.

—¿Se puede saber qué coño es eso? —preguntó Weiss.

—Es el Canal 7 —dijo Milt Lubell.

—Pero si los del 7 no estuvieron allí... Sólo fueron los del Canal 1 —dijo Kramer, mirando a Lubell.

Lo dijo en voz baja, para indicar que sólo se atrevía a dirigirse al jefe de prensa del fiscal de distrito. No pretendía que le oyeran los jefes.

—¿Así que no te enteraste de esto? —dijo Lubell—. Fue ayer, a última hora de la tarde. Después de que el 1 sacara la noticia, los demás canales también quisieron tener la noticia. De modo que hubo una segunda manifestación.

—¿En serio? —dijo Kramer.

—Y la segunda salió en cinco o seis canales. Son muy listos.

Weiss pulsó otro botón de su mesa, y una segunda pantalla se encendió. En la primera seguían apareciendo y desapareciendo las cabezas, apareciendo y desapareciendo. En la segunda, tres músicos de rostro huesudo y enorme nuez, y una mujer... en un callejón estrecho y sombrío... MTV... Un zumbido... Los músicos se transforman en unas listas vibrantes. Entra la cinta de vídeo. Un joven con cara de luna y provisto de un micrófono... delante mismo de los bloques Edgar Allan Poe... En segundo término, un grupo de mozalbetes.

Mort Selden, Canal 6 —dijo Weiss.

—Exacto —dijo Milt Lubell.

Weiss pulsó otro botón. Se encendió la tercera pantalla. Los músicos aparecían de nuevo en el callejón sombrío y humeante. La mujer tenía los labios oscuros... como los de Shelly Thomas... Un recuerdo nostálgico y exquisito embargó a Kramer... Los músicos volvieron a transformarse en las listas temblequeantes. Un hombre de rasgos latinos...

—Roberto Olvidado —dijo Lubell.

El reportero sostenía su micro ante el rostro airado de una mujer. De repente, en los tres televisores se vio a otros tantos grupos de cabezas que aparecían y desaparecían, proyectando sus tóxicos brillos sobre las molduras de la madera.

—¿Te das cuenta —le dijo Weiss a Fitzgibbon— de que lo único que salió en los telediaros de ayer noche fue lo del caso Lamb? Y lo único que ha hecho Milt esta mañana ha sido recibir llamadas de reporteros que quieren saber qué coño estamos haciendo al respecto.

—Pero Abe, todo eso es ridículo —dijo Fitzgibbon—. ¿Qué pretenden que hagamos? Nosotros somos acusadores, y la policía no ha detenido todavía a nadie.

—Bacon es un tipo listo —dijo Lubell—. Muy listo. Listísimo. Anda diciendo que la poli ha hablado con la madre del chico, y que nosotros también hemos hablado con la madre del chico, pero que, por motivos muy poco claros, hemos decidido

cruzarnos de brazos. Dice que nos importa un huevo lo que les pase a los negros de las viviendas baratas.

De repente, Weiss lanzó una mirada siniestra hacia Kramer. Este se preparó para recibir el chaparrón.

—Kramer, quiero saber una cosa. ¿Es cierto que le dijiste a la madre de ese chico que la información que te estaba dando era inútil?

—¡Desde luego que no! —Kramer comprendió, algo tarde, que su respuesta tenía un tono excesivamente nervioso—. Lo único que dije fue que lo que su hijo le había dicho a ella era un testimonio de segunda mano, desde el punto de vista de la acusación, claro, y que necesitábamos algún testigo presencial, y que en cuanto supiera de alguien que hubiera estado allí nos informara inmediatamente. Eso fue todo lo que le dije. No dije que lo que me había contado era inútil. Precisamente todo lo contrario. Le di las gracias por su información. No entiendo cómo han podido darle la vuelta a mis palabras.

Y, mientras hablaba, estuvo pensando: ¿Por qué me mostré tan frío ante esa mujer? ¿Para impresionar a Martin y Goldberg, para evitar que ellos creyesen que yo soy un tipo blando! ¿Para que vieran que puedo ser tan irlandés como ellos! ¿Por qué no actué como un buen judío, capaz de identificarse con el drama de aquella mujer? En menudo lío me he metido por culpa de eso... Se preguntó si Weiss decidiría echarle del caso.

Pero Weiss se limitó a hacer un gesto de asentimiento, y sólo le dijo, bastante entristecido:

—Ya, ya... Pero, recuérdalo, no siempre podemos actuar de acuerdo con la lógica frente a... —No terminó la frase. Volvió la vista hacia Fitzgibbon—. Mientras Bacon anda por ahí diciendo todo lo que le pasa por los huevos, yo tengo que quedarme aquí sentado y repetir una y otra vez: «Tengo las manos atadas.»

—Imagino, Abe —dijo Fitzgibbon—, que ya te habrás dado cuenta de que todas esas manifestaciones son una farsa. Una docena de chicos de Bacon, y dos docenas más de los gilipollas de siempre. El Partido Laborista Social Monolítico y toda esa basura. ¿No es cierto, Larry?

—La vez que yo vi —dijo Kramer— fue exactamente así. —Sin embargo, un sexto sentido le dijo que no debía tratar de quitarles importancia a las manifestaciones. De modo que, señalando los televisores, añadió—: Pero parece que ayer hubo muchísima gente.

—Sí, claro —dijo Lubell—. En cuanto un asunto sale en la TV y en los periódicos, la gente imagina que es importante. Imagina que es natural que el asunto les excite. Un viejo truco.

—En fin —dijo Weiss—, ¿cómo está ahora la situación? ¿Qué hay de ese McCoy? ¿Tenemos algo que nos permita meterle mano? Esos dos polis... ¿cómo se

llaman?

—Martin y Goldberg —dijo Fitzgibbon.

—Ellos dicen que es él, ¿no?

—Están seguros.

—¿Son buenos inspectores?

—Martin tiene muchísima experiencia —dijo Fitzgibbon—. Pero no es infalible. El hecho de que ese tipo se liara tanto no significa que hiciera algo.

—Park Avenue —dijo Weiss—. El padre de ese McCoy era el principal abogado de Dunning Sponget & Leach. Milt ha encontrado su nombre en un par de columnas sobre la vida social, y está casado con una decoradora de interiores. —Weiss se hundió en su asiento y sonrió. Era una de esas sonrisas provocadas por ciertos sueños inalcanzables—. Así se acabaría toda esa historia de la justicia de los blancos.

—Abe —dijo Fitzgibbon, la ducha fría irlandesa—, de momento no tenemos nada contra ese tipo.

—¿Tenemos alguna posibilidad de detenerle para someterlo a un interrogatorio? Sabemos que había sacado su coche el día del accidente...

—Ahora tiene abogado, Abe. Es Tom Killian.

—¿Tommy? ¿Cómo diablos puede haber localizado a Tommy? Y tú, ¿cómo te has enterado?

—Me ha llamado el propio Tommy. Dice que representa a ese McCoy. Quería saber por qué motivo le hicieron tantas preguntas los inspectores.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que el coche de ese tipo encaja con la descripción que tenemos. Y que por eso tratan de echarle una ojeada.

—¿Qué te ha contestado?

—Que lo único que tenemos es una descripción de mierda basada en testimonios indirectos.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que también tenemos a un chico en el hospital, que probablemente acabará muriéndose, y que la policía investiga a partir de todas las informaciones que posee.

—¿En qué situación se encuentra el chico?

—Sigue en coma, en la unidad de cuidados intensivos. Está entubado, y vive gracias a eso.

—¿Hay alguna posibilidad de que recobre la conciencia?

—Por lo que me han dicho, no es posible, pero eso no significa gran cosa. A veces despiertan, pero generalmente les dura unos instantes y vuelven a perder la conciencia. Además, no puede hablar. Respira a través de un tubo que lleva metido por la boca.

—Pero... quizá puede señalar —dijo Weiss.

—¿Señalar?

—Sí. Tengo una idea. —Una mirada perdida en la lejanía; la mirada luminosa de la inspiración—: Hay que llevar al hospital una foto de McCoy. Milt ha encontrado una en esas revistas que estuvo mirando.

Weiss le pasó a Fitzgibbon una página de un semanario de la vida social. Toda la página estaba llena de fotos de personas sonrientes. Los hombres con smoking. Las mujeres, emaciadas y exhibiendo la dentadura. Kramer se inclinó para mirar. Una de las fotos estaba marcada con rotulador rojo. Un hombre y una mujer, ambos sonriendo, de etiqueta. Míralos. Los *wasps*. El hombre tenía la nariz larga y afilada. La cabeza echada hacia atrás, para que destacase mejor su fuerte mandíbula de patricio. Una sonrisa tan segura... ran arrogante... La mujer también parecía *wasp*, pero de otro tipo. Tenía esa expresión severa, gazmoña, tensa, que hace que te preguntes inmediatamente qué tiene de malo tu atuendo o lo que acabas de decir. El pie de foto decía *Sherman y Judy McCoy*. Estaban en algún festejo benéfico. Aquí, en el piso sexto de la fortaleza, al oír un nombre como Sherman McCoy en seguida deducías que se trataba de algún negro. Pero éstos eran los McCoy originales, los *wasps*. Kramer apenas les veía nunca, como no fuera así, en fotografías, y las fotografías le mostraban a unos extraterrestres envarados y engreídos de nariz afilada, una gentuza a la que Dios, en su ilimitada perversidad, había querido rodear de favores. Pero, a estas alturas, esto no era en Kramer una idea consciente; se había convertido en un simple acto reflejo.

—Llevamos esta foto de McCoy —estaba diciendo Weiss—, con las de otras cuatro o cinco personas, cuatro o cinco blancos, y se las ponemos al lado de la cama. El chico vuelve en sí, y señala la foto de McCoy... La señala con insistencia...

Bernie Fitzgibbon miró a Weiss como si esperase de él algún indicio, lo que fuera, que dijese que esto no era más que una broma.

—¿No valdría la pena probarlo? —dijo Weiss.

—¿Y quién tiene que ser el testigo de todo eso que dices? —dijo Fitzgibbon.

—Una enfermera, un médico, quienquiera que se encuentre allí. Y luego nos presentamos nosotros y le tomamos una declaración de agonizante, todo hecho como Dios manda.

—¿Cómo Dios manda? —dijo Fitzgibbon—. Abe, no puedo dar crédito a lo que estoy oyendo. ¿Un pobre moribundo, con un tubo metido por el cuello, y señalando fotos? Eso no se sostiene de ningún modo...

—Ya lo sé, Bernie. Lo único que pretendo es contar con el testimonio del chico. Porque, en cuanto lo tengamos, las cosas serán mucho más fáciles para nosotros.

—¡Joder...! ¡Abe! ¡Olvídate de los aspectos legales de la cuestión! ¿Pretendes poner en la mesilla de noche de ese chico la foto de un *broker* de Wall Street junto

con las de un grupo de blancos? ¿Olvidas que ese chaval se está *muriendo*? ¡Imagínate que vuelve en sí... y que *mira* la mesilla... y que se encuentra allí media docena de fotos de blancos vestidos con traje y corbata, y todos mirándole! ¡Seguro que le da un infarto y se nos muere de verdad! ¡La puta leche!, dirá el pobre, y se nos quedará tieso. ¡Joder, Abe! ¿No tienes sentimientos?

Weiss dejó escapar un prolongado suspiro, y a Kramer le pareció que, literalmente, empezaba a deshincharse.

—Sí, tienes razón. Es demasiado bestia.

Fitzgibbon miró fugazmente a Kramer.

Kramer no parpadeó. No quería lanzar ni la más mínima crítica en contra de su jefe supremo, el Fiscal de Distrito del Condado del Bronx. El capitán Ahab seguía obsesionado por el caso Lamb, y el caso Lamb estaba todavía en sus manos. Era él, Kramer, quien aún podía tratar de resolver aquel caso tan importante, tan sensacional, que podía poner en sus manos al máspreciado objetivo de todos los acusadores del Bronx: el Gran Acusado Blanco, aquel ser casi mítico.

El colegio Taliaferro cerraba sus puertas cada viernes a las doce y media. Esto se hacía así únicamente debido a que la mayoría de las niñas pertenecían a familias que poseían casas para el fin de semana en el campo, y que, por lo tanto, abandonaban la ciudad a las dos de la tarde, antes de que comenzara el colapso circulatorio de todas las tardes de los viernes. De modo que, como siempre, Judy iría en la rubia Mercury a Long Island, con Campbell, Bonita y Miss Lyons, la niñera. Y, como siempre, Sherman iría en el Mercedes por la noche, o a la mañana siguiente, según la hora a la que saliese de Pierce & Pierce. Durante los últimos meses, este sistema le había resultado muy práctico. Los viernes podía hacer siempre su visita al escondrijo de Maria.

Durante toda la mañana Sherman intentó, desde su mesa de Pierce & Pierce, localizar por teléfono a Maria, tanto en su apartamento de la Quinta Avenida como en el escondrijo. En el escondrijo no contestaba nadie. En el apartamento, una criada declaró no saber ningún detalle sobre el paradero de Maria, ni siquiera respecto al país o continente. Al final, Sherman se sintió tan angustiado que se atrevió a dejar su nombre y su número de teléfono. Pero Maria no le llamó.

¡Estaba eludiéndole! En la fiesta de los Bavardage Maria le dijo que la telefonease ayer noche. Sherman estuvo llamando repetidas veces, sin obtener respuesta. ¡Maria pretendía cortar las comunicaciones entre ellos dos! Pero ¿por qué motivo? ¿Miedo? No era en absoluto una mujer cobarde... Un dato crucial que podía salvar a Sherman: la que conducía era *ella*... Aunque, si Maria se esfumaba... Imposible. No se esfumaría. ¡Italia! ¡Podía desaparecer en Italia! Ouuujjj... Ridículo. Contuvo el aliento y abrió la boca. Alcanzaba a oír perfectamente sus latidos... *tch*,

tch, tch, tch... bajo el esternón. Apartó la vista de las terminales de ordenador. Era incapaz de quedarse allí sentado; tenía que hacer algo. Lo espantoso de la cuestión era que la única persona a la que podía pedir consejo era Killian, alguien a quien apenas conocía.

Al mediodía telefoneó a Killian. La recepcionista dijo que estaba en los juzgados. Veinte minutos más tarde Killian le llamó desde una ruidosa cabina, y le dijo que se reuniría con él a la una de la tarde, en el vestíbulo central del edificio de los juzgados del número 100 de Centre Street.

Cuando salía, Sherman le dijo a Muriel una mentira a medias. Le dijo que tenía que ir a hablar con un abogado, Thomas Killian, y le dejó el número de teléfono de su bufete. La media mentira estaba en el tono despreocupado con que lo dijo, un tono que dejaba entrever que Thomas Killian era un importante abogado que trabajaba para algo relacionado con Pierce & Pierce.

Aquel templado día de junio, ir hasta el número 100 de Centre Street desde su oficina era un agradable paseo. Durante los años que había estado viviendo en Nueva York y trabajando en la parte baja de Manhattan, jamás se había fijado en el edificio de los juzgados de lo Penal, pese a que se trataba de uno de los más grandes y grandiosos de la zona del ayuntamiento. Lo diseñó un tal Harvey Wiley Corbett de acuerdo con las normas del estilo moderno, que ahora recibía el nombre de art déco. Corbett, tan famoso en tiempos, sólo era recordado ya por un puñado de historiadores de la arquitectura; y el mismo y triste destino había corrido la excitación suscitada por la inauguración de aquel edificio en 1933. Los juegos de piedra y latón y cristal de la entrada seguían resultando impresionantes. Sin embargo, en cuanto Sherman penetró en el gran vestíbulo hubo algo que le puso en alerta roja. No se sintió capaz de determinar el motivo. De hecho, se debía sin duda a la presencia de tantos negros, tantas zapatillas deportivas, tantos contoneos de chuloputas. Para él, aquello era como la terminal de autobuses del puerto. Territorio enemigo. Aquel tremendo espacio, cubierto por un anticuado techo que recordaba el de las grandes estaciones de ferrocarril, estaba atestado de grupos de negros hostiles cuyas voces producían un tremendo fragor nervioso. En torno a esos grupos de negros caminaban algunos blancos vestidos con trajes baratos o americanas sport, que se dedicaban a observar a los negros como lobos vigilando rebaños de corderos. Seguían entrando en el vestíbulo nuevos rostros oscuros, jóvenes que atravesaban el recinto en parejas y tríos, todos ellos andando con aquel extraño contoneo. En uno de los lados, inmersos en la penumbra, unos cuantos blancos y negros hablaban en los teléfonos públicos. Enfrente, los ascensores iban tragando y vomitando más gente de piel oscura, y había grupos de esa gente que se disgregaban mientras en otros puntos se congregaban nuevos grupos, y el fragor nervioso de las voces crecía y se apagaba, crecía y se apagaba, y las zapatillas deportivas chirriaban sobre el mármol del piso.

No fue difícil localizar a Killian. Se encontraba junto a los ascensores, cerca de otros pícaros urbanos como él; Killian llevaba un traje gris claro con anchas listas de color blanco tiza, camisa blanca de cuello anchísimo y listas finas de tono marrón. Estaba charlando con un blanco bajito de mediana edad, con cazadora acolchada. Cuando Sherman se les aproximó, oyó que Killian decía:

—¿Que te haga descuento? Vete-por-ahí, Dennis. ¿Un descuento por pagar en metálico?

El hombre bajito le contestó algo.

—Tampoco es tanta pasta, Dennis. Yo siempre cobro en metálico. ¿O crees que mis clientes acostumbran tener cuenta bancaria? Además, yo pago mis impuestos... —Se fijó en Sherman, le hizo un saludo con la cabeza, y siguió diciéndole al hombre bajito—: No puedo decirte nada más. Las cosas están como están. Págamelo el lunes. De lo contrario, no podremos trabajar.

El hombre bajito siguió la mirada que Killian había desviado hacia Sherman, añadió algo más en voz baja, y, diciendo que no con la cabeza, se retiró.

—¿Qué pasa, hombre? —le dijo Killian a Sherman.

—Bien, bien.

—¿Había estado aquí alguna vez?

—No.

Es la mayor oficina legal de todo Nueva York. ¿Ve a esos dos tipos de ahí? —Señaló a un par de blancos con traje y corbata que rondaban por entre los grupos de negros y latinos—. Son abogados. Andan buscando clientes.

—No lo entiendo.

—Muy sencillo. Se acercan a los tipos y les preguntan: «Eh, ¿necesita abogado?» Mire, ¿ve a ese de ahí? —Señaló a un hombre de estatura media, con americana deportiva a cuadros, que estaba ante las puertas de los ascensores—. Se llama Miguel Escalero. Le llaman Mickey Elevator. Es abogado. Se pasa media mañana ahí, y en cuanto aparece alguien con pinta de hispano y de desgraciado, se le acerca y le pregunta: «¿Necesita usted un abogado?»^[25] Si el tipo le contesta que no puede pagarse un abogado, Escalero le contesta: «¿Cuánto dinero lleva encima?» Y, si el tipo lleva cincuenta dólares, ya tiene abogado.

—¿Qué clase de defensa puede conseguir alguien por cincuenta dólares? —preguntó Sherman.

—Lo normal es que le consigan una rebaja en la acusación. Si el abogado tiene que organizar una defensa, el pobre tipo se queda otra vez solo. Bien, ¿cómo andan las cosas?

Sherman le habló de sus fallidos intentos de localizar a Maria.

—Yo diría que se ha buscado un abogado —dijo Killian. Al hablar, movía la cabeza de un lado a otro, con los ojos entrecerrados, como un boxeador aprestándose

para el combate. A Sherman le produjo una penosa impresión, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Y cree que su abogado le ha dicho que no hable conmigo?

—Eso es lo que yo le habría dicho si ella fuese cliente mía. No se preocupe por mí. Ayer estuve haciendo puentes, de lucha libre, sabe. Me parece que me torcí el cuello.

Sherman le miró, atónito.

—Antes corría —dijo Killian—, pero tanto brinco acabó fastidiándome la espalda. Así que ahora voy al Athletic Club y levanto pesas. Y estoy rodeado de chiquillos haciendo puentes, sabe. Supongo que ya estoy muy viejo para los puentes. Intentaré localizarla yo.

Dejó de menear la cabeza.

—¿Cómo?

—Ya se me ocurrirá algo. La mitad de mi trabajo consiste en hablar con gente que no tiene ganas de hablar.

—La verdad, estoy muy sorprendido —dijo Sherman—. Maria... no es una mujer cautelosa, sino todo lo contrario. Es más bien una aventurera. Le gusta el riesgo. Una chica del Sur, salida de ninguna parte, que logra subir hasta un piso de la Quinta Avenida... No sé... Quizá le parezca ingenuo por mi parte, pero creo que ella... siente algo sincero por mí. Creo que me quiere.

—Apuesto a que también quiere su piso de la Quinta Avenida —dijo Killian—. Quizá empiece a pensar que ha llegado la hora de no correr más riesgos.

—Es posible —dijo Sherman—, pero no puedo creer que pretenda darme el esquinazo. Naturalmente, sólo han sido dos días.

—Si se trata de eso —dijo Killian—, hay un detective que tiene su oficina al lado mismo de nuestro bufete. Había sido inspector de policía, encargado de los casos más importantes, pero ahora trabaja por su cuenta. De todos modos, no hace ninguna falta comenzar con gastos así, a no ser que sea necesario. Y creo que de momento no es necesario. He hablado con Bernie Fitzgibbon. Supongo que lo recuerda, ese tipo del departamento de Homicidios del Bronx...

—¿Ya ha hablado con él?

—Sí. La Oficina del Fiscal de Distrito está siendo asediada por la prensa, y por eso han tenido que comprobar todos los coches, uno por uno. Eso es lo único que ocurre de momento. No tienen nada.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—¿Cómo dice?

—Que cómo está seguro de que ese hombre le ha dicho la verdad...

Bueno, quizá no me diga todo lo que sabe, pero a mí no me miente jamás. No me engaña nunca.

—¿Por qué?

Killian desvió la mirada hacia el amplio vestíbulo de los juzgados. Luego se volvió a Sherman.

—¿Ha oído hablar alguna vez del Banco de Favores?

—¿El Banco de Favores? No.

—Mire, todo lo que ocurre en este edificio, todo lo que ocurre en el sistema legal de Nueva York, funciona a base de favores. Todos hacemos favores a todos los demás. En cuanto alguien tiene la más mínima oportunidad, corre a hacer algún depósito en el Banco de Favores. Una vez, al comienzo de mi carrera como vicesfiscal, estaba llevando la acusación en un caso y me enfrentaba a un abogado, un hombre mayor, que se dedicaba a maniatar me y fastidiarme. Era judío. Y yo no tenía ni idea de cómo manejarle. De modo que fui a hablar con mi superior, que era un Asno, como yo. Y el tipo me llevó directamente a ver al juez, en privado. El juez también era un Asno, un viejo de pelo blanco. Jamás lo olvidaré. Cuando entramos, estaba de pie junto a su mesa, jugando al golf. Uno de esos juegos de golf en miniatura. Golpeas la bola, y en lugar de agujero hay una especie de copita con una pendiente que baja hasta el suelo. El juez ni siquiera levantó la vista. Estaba apuntando a la copita. Mi superior nos dejó solos, y yo me quedé allí plantado, sin saber qué hacer, y el juez me dijo: «Tommy...» Todo esto sin dejar de preparar su golpe. «Tommy —me dijo—, pareces un buen chico. Ya sé que hay un hijoputa de judío que te lo está poniendo todo muy complicado.» Me quedé pasmado. Ya se lo imagina... todo eso era absolutamente contrario a las normas. No se me ocurría nada que decir. Y él me dijo: «No te preocupes por nada, Tommy.» Y seguía sin levantar la vista. De modo que le dije: «Gracias, juez», y me fui. A partir de ese momento, el juez comenzó a complicarle la vida al abogado. Cada vez que yo empezaba a decir: «Protesto», el juez, antes de que yo llegase a la segunda sílaba, decía: «Acepto la protesta.» De repente parecía que yo fuese un genio de la fiscalía. Pues bien, esto no fue nada más que un depósito efectuado en el Banco de los Favores. Yo no podía hacer absolutamente nada por aquel juez, al menos de momento. Un depósito efectuado en el Banco de Favores no es un quid pro quo. Es como ahorrar para los días de lluvia. El código penal tiene muchas zonas borrosas, y es precisamente en esas zonas donde puedes actuar. Pero si cometes una equivocación puedes meterte en problemas muy graves, y necesitas ayuda con la mayor urgencia. En fin, mire a esos de ahí. —Y señaló a los abogados que rondaban por entre los grupos del vestíbulo. Luego señaló a Mickey Elevator—. Lo que hacen es ilegal. Podrían detenerles. Sin el Banco de Favores, estarían acabados. Pero si has ido haciendo depósitos periódicos en el Banco de Favores, te colocas en una situación que te permite hacer contrarios. Así se llaman los grandes favores: contratos. Y hay que apañárselas a base de contratos.

—¿Por qué?

—Porque en los juzgados todo el mundo piensa lo mismo: si no cuidas hoy de mí, mañana no cuidaré yo de ti. Lo cual, a no ser que tengas una gran confianza en tus propias fuerzas, es una situación temible.

—Entonces, ¿le pidió usted a su amigo Fitzgibbon que le hiciera un contrato? ¿Es así como se dice?

—No, Bernie sólo me hizo un favor corriente, puro protocolo. Todavía no estamos en una situación que nos lleve a forzar un contrato. Mi estrategia consiste en evitar que las cosas lleguen hasta ese punto. En este momento, me parece, el cabo suelto es su amiga, Maria Ruskin.

—Sigo creyendo que me llamará.

—Si lo hace, haga lo que voy a decirle. Cítese con ella en algún sitio, y luego telefonéeme. Nunca estoy lejos de mi teléfono más de una hora, ni siquiera los fines de semana. Creo que tendría que ir cableado a esa cita.

—¿Cableado? —Sherman intuyó lo que significaba aquella expresión, y se sintió profundamente escandalizado.

—Sí. Tendría que ir con una grabadora.

—¿Una grabadora?

Sherman volvió a fijarse en la enorme y biliosa penumbra del vestíbulo; en las oscuras formas metidas en las conchas de los teléfonos; en las figuras que erraban hacia uno y otro lado, todas calzadas con enormes zapatillas deportivas y caminando con sus extraños contoneos; en los desdichados *tête-à-têtes*; en Mickey Elevator merodeando a la caza de clientes en los márgenes de este harapiento y repulsivo rebaño.

—No tiene ninguna complicación —dijo Killian, creyendo que a Sherman le preocupaban los aspectos simplemente tecnológicos—. Le pegamos la grabadora con cinta adhesiva a sus riñones, y le ponemos el micro debajo de la camisa. Es más pequeño que la última falange de un dedo meñique.

—Mire, Mr. Killian...

—Podemos tutearnos...

Sherman hizo una pausa y estudió el delgado rostro irlandés que emergía por encima del ancho cuello de camisa inglesa. De repente tuvo la sensación de venir de otro planeta. No pensaba hacer caso de la indicación de Killian.

—Todo esto me preocupa mucho —dijo—, pero no estoy tan preocupado como para hacer una grabación clandestina de una conversación con alguien que para mí es un ser muy querido. De modo que olvidemos esa parte del plan.

—En el estado de Nueva York es absolutamente legal —dijo Killian—, y muy corriente. Tienes todo el derecho a grabar tus propias conversaciones, tanto telefónicas como cara a cara.

—No se trata de eso —dijo Sherman. Involuntariamente, elevó un poco su mentón Yale.

—Bien —dijo Killian, encogiéndose de hombros—. Lo único que digo es que es legal, y que a veces es la única forma de lograr que la gente se atenga a la verdad.

—Creo que... —Sherman iba a enunciar un principio fundamental, pero temió que Killian lo tomase por un insulto. De modo que se limitó a decir—: Sería incapaz de hacerlo.

—Muy bien —dijo Killian—. Ya veremos cómo evolucionan las cosas. De todos modos, intenta localizarla, y llámame en cuanto lo consigas. También yo lo intentaré.

Cuando abandonaba el edificio, Sherman se fijó en los morosos grupos de gente esparcida por la escalera de la fachada. ¡Tantísimos jóvenes de espaldas cargadas! ¡Tantísimas caras de piel oscura! Por un instante pudo ver al chico delgado, y al gigante que le acompañaba. Se preguntó si no era un riesgo encontrarse en un edificio donde cada día, y a cada hora, se reunían tantísimas personas acusadas de violar gravemente el código penal.

Fallow no lograba entender cómo conseguía Albert Vogel conocer esa clase de locales. El Huan Li era tan pomposo y envarado como el Regents Park. Aunque se encontraban en la zona de las Cincuenta Este, cerca de Madison Avenue, en la hora punta del almuerzo, el restaurante estaba casi en silencio. Era posible, pero no seguro, que no estuvieran ocupadas más que una tercera parte de las mesas. No había modo de adivinarlo, tanto debido a la penumbra como a los biombos. El comedor estaba dividido en cubículos por biombos de madera oscura con relieves de anzuelos de diferentes formas. Y la oscuridad era tan cerrada que incluso Vogel, apenas a medio metro de distancia, parecía un Rembrandt. Un rostro iluminado, un rayo de luz que daba a su cabeza de abuela una blancura deslumbrante, un destello de camisa bajo la cinta de la corbata..., y todo lo demás sumergido en la negrura. De vez en cuando, silenciosa y repentinamente, los camareros chinos aparecían como por arte de magia junto a ellos, con sus chalecos y sus pajaritas negras. No obstante, comer con Vogel en el Huan Li tenía una ventaja insoslayable. El americano se encargaría de pagar la cuenta.

—¿Seguro que no vas a cambiar de opinión, Pete? —estaba diciéndole el americano—. Tienen un vino chino francamente magnífico. ¿Has probado alguna vez el vino chino?

—Los vinos chinos saben a rata muerta —dijo Fallow.

—¿Cómo dices?

Rata muerta... Fallow no tenía ni idea de por qué lo había dicho. Al fin y al cabo, hacía algún tiempo que ya no empleaba esa expresión. Ahora avanzaba codo a codo con Gerald Steiner por el mundo de la prensa amarilla, en parte gracias a Albert

Vogel, pero también gracias a su propia brillantez. Ya estaba a punto de olvidar casi por completo la ayuda que Vogel le había prestado para aquella gran primicia del caso Lamb. Le fastidiaba aquel tipo, con su manía de llamarle *Pete* por aquí, *Pete* por allá, y tenía ganas de tomarle el pelo. Por otro lado, sabía que Vogel era el oleoducto que le vinculaba con Bacon y su pandilla. Y a Fallow no le hubiese gustado la idea de tener que arreglárselas directamente con ellos.

—Con la comida china prefiero tomar cerveza, Al —dijo Fallow.

—Ya... comprendo —dijo Vogel—. ¡Eh, camarero, camarero! Joder, ¿dónde se han metido los camareros? Está tan oscuro que no veo nada.

Una cerveza, en efecto, estaría bien. La cerveza era prácticamente inocua y natural, casi como tomarse una manzanilla. La resaca que Fallow tenía hoy era poca cosa, apenas una niebla espesa. Sin dolor; sólo la niebla. Ayer, gracias al aumento de su prestigio en el *City Light*, había encontrado el momento oportuno para invitar a la más cachonda de las redactoras de mesa, una rubia de grandes ojos que se llamaba Darcy Lastrega, a cenar con él. Fueron al Leicester's, en donde Fallow hizo las paces con Britt-Withers e incluso con Caroline Heftshank. Y terminaron sentadas a La Mesa, con Nick Stopping, Tony y St. John y Billy Cortez, y algunos de los demás. La Mesa encontró en seguida a un incauto, en la persona de un tejano que atendía al nombre de Ned Perch, alguien que había ganado una cantidad impresionante de dinero en cierto negocio, y que había comprado montañas de plata vieja en Inglaterra, según él mismo repetía a cada momento. Fallow estuvo entreteniéndolo a sus contertulios durante largo tiempo con anécdotas sobre los bloques de pisos del Bronx, para que de esta manera todo el mundo se enterase de su reciente éxito. Su pareja, Miss Darcy Lastrega, no parecía sin embargo cautivada. Nick Stopping y St. John comprendieron desde el primer momento que era la típica subnormal norteamericana, una persona carente de sentido del humor, y nadie se tomó la molestia de darle conversación, de manera que al poco rato la joven se hundió en su silla, cada vez más deprimida. A fin de reparar el agravio, cada veinte o treinta minutos Fallow se volvía hacia ella, la cogía del brazo, y le decía, en un tono que debía ser interpretado sólo en parte como una broma:

—No entiendo lo que me está ocurriendo. Debe de ser que me he enamorado. ¿Verdad que no estás casada?

La primera vez, la chica le respondió con una sonrisa. La segunda vez, y la tercera, ni siquiera eso. Para la cuarta, la chica había desaparecido. Se había ido del restaurante sin que él se enterase. Billy Cortez y St. John comenzaron a reírse de él, y Fallow lo encajó muy mal. Aunque no fuera más que una tía buena con cerebro de pajarito, su desaparición le resultó humillante. Tras apenas cuatro o cinco vasos más de vino, Fallow abandonó también el Leicester's, sin despedirse de nadie. En cuanto llegó a su casa se durmió.

Vogel había conseguido finalmente pedirle una cerveza al camarero. También pidió unos palillos, pues el Huan Li era tan descaradamente comercial, y tan nulamente preocupado por aparentar autenticidad, que ponía las mesas con cubiertos occidentales. Qué americano era dar por supuesto que aquellos serios chinos iban a sentirse complacidos en cuanto uno de los clientes mostrara su preferencia por los artilugios de su lejana cultura... Qué americano era sentirse culpable a no ser que uno decidiera pelearse con los escurridizos fideos y pedazos de carne con aquellos objetos que parecían agujas gruesas de calceta. Mientras perseguía en su escudilla un resbaloso fragmento de masa hervida, Vogel le dijo a Fallow:

—A ver, Pete, dime la verdad. ¿No te lo dije yo desde el principio? ¿No te dije que esta noticia sería sensacional?

No era eso lo que Fallow quería oír. No quería oír que la noticia, el caso Lamb, era sensacional. De modo que se limitó a asentir con la cabeza.

Vogel debió de captar sus ondas mentales, porque añadió a continuación:

—Menudo jaleo has organizado. Has conseguido que toda la ciudad hable del caso. Lo que has escrito, Pete, es pura dinamita.

Adecuadamente adulado, Fallow experimentó ahora un espasmo de gratitud.

—Debo admitir que, la primera vez que hablamos, me sentí bastante escéptico. Pero tenías razón. —Y alzó su cerveza para brindar.

Vogel hundió casi en la escudilla su mentón a fin de engullir el fragmento de masa hervida antes de que se le escapase entre la punta de los palillos.

—Y lo fabuloso, Pete, es que no se trata de una noticia pasajera. Porque estos hechos inciden directamente en la estructura misma de esta ciudad, en su estructura de clases, en su estructura racial, en el funcionamiento mismo del sistema. Por eso le importa tantísimo al reverendo Bacon. Y te está muy agradecido por todo lo que has hecho.

A Fallow le molestaba que le recordasen que Bacon estaba interesado en *su* noticia como si fuese el propietario. Al igual que la mayor parte de periodistas que han publicado una noticia, Fallow trataba de convencerse a sí mismo de que él había sido su descubridor.

—Precisamente, el otro día me dijo —prosiguió Vogel— lo asombrado que... Mira, Pete, tú eres inglés, pero resulta que en cuanto llegas aquí metes el dedo en la llaga, en el tema esencial: ¿cuánto vale una vida? ¿Vale menos la vida de un negro que la vida de un blanco? Eso es lo que hace que esa noticia tenga tanta trascendencia.

Fallow flotó unos instantes en la dulzona adulación, y luego comenzó a preguntarse hacia dónde conducía ese prólogo.

—Pero hay un aspecto de la cuestión que, creo yo, tendrías que machacar todavía más. Justamente le hablé de eso al reverendo Bacon el otro día.

Ah —dijo Fallow—. ¿Qué aspecto?

—Lo del hospital, Pete. De momento, la gente del hospital está saliendo bastante bien librada. Ahora dicen que están «investigando» cómo pudo ser que ese muchacho llegase a urgencias con una contusión subdural y le curasen solamente la muñeca. Pero ya sabes lo que harán. En realidad, tratarán de escurrir el bulro.

—Es muy posible —dijo Fallow—, pero ellos insisten en que Lamb no les dijo nada de que le hubiese atropellado un coche.

—Probablemente para entonces al pobre muchacho ya no le funcionaba muy bien la cabeza, Pete. ¡Eso es precisamente lo que tendrían que haber investigado, su estado general! A eso me refiero cuando hablo de la vida de los blancos y la vida de los negros. Me parece que ha llegado el momento de atacar frontalmente al hospital. El momento adecuado, Pete. La noticia ha perdido fuerza desde que la poli localizó el coche y al conductor.

Fallow no dijo nada. Le molestaba que le empujasen tan descaradamente. Pero luego comentó:

—Me lo pensaré. Yo diría que los del hospital han explicado las cosas bastante a fondo. Pero me lo pensaré.

—Bien, Pete —dijo Vogel—, quiero serte completamente franco. Bacon ya se ha puesto en contacto con el Canal 1 para que ellos analicen este punto de vista. Pero tú has sido... has sido nuestro principal portavoz, y nos gustaría que siguieras siéndolo.

¡Su principal portavoz! ¡Qué suposición tan detestable! Pero no quería que Vogel comprendiese hasta qué punto le había ofendido.

—¿A qué viene esta relación tan íntima entre Bacon y el Canal 1? —dijo finalmente.

—¿Cómo dices?

—Bacon les dio la exclusiva de la primera manifestación.

—Bueno... es cierto, Pete. Voy a serte absolutamente franco. Pero ¿cómo te enteraste de eso?

—Me lo contó el comosellame del Canal 1. El reportero o lo que sea, Corso.

—Ah. Bueno, la cuestión es que no queda otro remedio que trabajar de esa forma. Los telediaros son puras relaciones públicas. Todos los días, las redacciones de los telediaros se limitan a esperar que la gente de relaciones públicas les lea la lista de cosas que pueden tratar, y luego ellos eligen. No son unos periodistas especialmente emprendedores. Se sienten mucho más a gusto si tratan noticias que ya han salido antes en la prensa escrita.

—En el *City Light*, por ejemplo —dijo Fallow.

—Bien... es cierto. Voy a serte absolutamente franco, Pete. Tú eres un periodista de verdad. Pues bien, cuando la gente de la televisión ve que un periodista de verdad se lanza sobre una noticia, en seguida tratan de seguir sus pasos.

Fallow se recostó en su asiento y tomó con calma un buen trago de cerveza en la penumbra del Huan Li. Sí, su siguiente golpe periodístico consistiría en hacer una denuncia en toda regla de los telediarios. Pero, de momento, mejor sería olvidarlo. De hecho, jamás en la vida se había sentido tan a gusto como al comprobar que la gente de la televisión se dedicaba a seguir sus huellas.

Pocos minutos más tarde ya había llegado a la conclusión de que el siguiente paso que debía dar consistía en denunciar la negligencia del hospital. Seguro que se le hubiese ocurrido a él solo, inevitablemente, sin necesidad de que se lo dijese aquel ridículo yanqui de rostro sonrosado.

Los emparedados de este día llegaron a las fauces de Jimmy Caughey, Ray Andriutti y Larry Kramer gratuitamente, a cuenta del Estado de Nueva York, y en relación con el caso de Willie Francisco. El juez Meldnick había tardado sólo cuatro días en hacer sus averiguaciones y decidir qué opinaba acerca de la petición de Willie, quien había exigido que se declarase juicio viciado de nulidad. Y esa misma mañana había accedido a esa petición, basándose en el ataque de dudas que había padecido el viejo y gordo McGuigan, un jurado irlandés. Pero como al empezar la jornada el juicio estaba técnicamente en pleno desarrollo, Gloria, la secretaria de Bernie Fitzgibbon, había podido encargar la comida gratis.

Ray estaba de nuevo encorvado sobre su mesa, comiendo un superbocadillo y bebiendo su amarillento café. Kramer tomaba un emparedado de rosbif que sabía a química. Jimmy apenas había probado su comida. Aún seguía quejándose de que le hubieran arrebatado de las manos el seguro triunfo en aquel caso tan sencillo. Su historial era excelente. El departamento de Homicidios elaboraba unas estadísticas en las que, como en las de baloncesto, se anotaban junto al nombre de cada vicefiscal todos los veredictos de culpabilidad que había conseguido. Y Jimmy Caughey no había perdido un solo caso durante los dos últimos años. Su furia se había transformado finalmente en un odio intensísimo dirigido contra Willie Francisco y la vileza de su hazaña, mientras que Andriutti y Kramer opinaban que aquel caso se había convertido en la típica mierda carente de todo interés. Era raro ver a Jimmy en ese estado. De ordinario aparentaba la misma frialdad temible que el mismísimo Fitzgibbon.

—No es la primera vez que ocurre —dijo Caughey—. En cuanto llevas a esos microbios ante un tribunal, se creen estrellas de cine. ¿Os habéis fijado en Willie cuando se ha puesto a pegar aquellos brincos pidiendo que el juicio fuese declarado nulo?

Kramer asintió con la cabeza.

—Cualquiera diría que es un experto en leyes. En realidad, no es más que uno de los más estúpidos gilipollas que hayan sido jamás juzgados en el Bronx. Hace un par

de días le dije a Bietelberg que si Meldnick declaraba juicio viciado de nulidad, y sabíamos que iba a hacerlo, nosotros estábamos dispuestos a pactar, a rebajar la acusación de homicidio en segundo grado a homicidio sin premeditación, sólo para librarnos de otro juicio. Pero nada. Ese Willie de los cojones es demasiado listo para eso. Para él sería como reconocer la derrota. Cree que domina a los jurados. Cuando empiece el nuevo juicio se hundirá como una piedra, os lo juro. No saldrá por menos de doce y medio a veinticinco, cuando podría haberse quedado en de tres a seis o de cuatro a ocho.

Ray Andriutti dejó un momento de engullir su alargado bocadillo para decir:

—Quizá sea más listo de lo que supones, Jimmy. Si acepta lo que le propones, es imposible que se libre de la cárcel. Mientras que, con una mierda de jurado como los que tenemos en el Bronx, todo está siempre en el aire. Con esa gentuza puede ocurrir cualquier cosa. ¿Te has enterado de lo que pasó ayer?

—No.

—¿No sabes lo de ese médico de Montauk?

—No.

—Resulta que ese doctor, bueno, un médico de pueblo, de un sitio que se llama Montauk, jamás había estado en el Bronx. Pero uno de sus pacientes padecía una enfermedad tropical, muy esotérica. El tipo estaba gravísimo, y en el hospital no se sentían capaces de curarle. Pues bien, en Westchester hay un hospital que tiene una unidad especializada en esa clase de enfermedades, de manera que ese médico se metió con su paciente en un ambulancia y se vinieron los dos a Westchester, y el enfermo se les murió en cuanto le ingresaron en urgencias. La familia demandó al médico por negligencia. ¿Sabes *dónde* presentaron la demanda? ¿Crees que lo hicieron en Montauk? ¿O en Westchester? Pues no. La presentaron en el Bronx.

—¿Cómo pueden haberla presentado aquí? —preguntó Kramer.

—Esa ambulancia de los cojones tuvo que pasar por Major Deegan para llegar a Westchester, y el abogado de la familia tuvo la genial idea de asegurar que la negligencia se produjo en el Bronx, y exigió, por tanto, que el juicio se celebrase en el Bronx. Les han dado ocho millones de dólares. Ayer mismo el jurado dio su veredicto. Ese abogado ha demostrado poseer grandes conocimientos de geografía legal...

—La leche —dijo Jimmy Caughey—, seguro que todos los abogados especializados en negligencia se han enterado ya de cómo van las cosas en el Bronx. En cualquier demanda civil, los jurados del Bronx actúan como auténticos redistribuidores de la riqueza.

Los jurados del Bronx... Y, de repente, Kramer dejó de imaginar el amasijo de caras oscuras y negras que Ray y Jimmy tenían en mente, porque se había puesto a pensar en esa sonriente y perfecta dentadura y en esos gruesos y dulces labios en los

que brillaba el color marrón y en esos fulgurantes ojos que le miraban desde el otro lado de la mesita, en el mismísimo centro de... La Vida... Manhattan... Joder... Después de pagar la cuenta del Muldowny's se había quedado sin blanca... pero cuando llamó a un taxi frente a la puerta del restaurante, y tomó la mano de ella para despedirse y darle las gracias, la chica dejó que su mano se entretuviera durante largos momentos en la de él, y él aumentó la presión, y ella también apretó, y se quedaron así, mirándose mutuamente a los ojos, y —¡Dios mío!— ese momento fue más dulce, más sexy, más amoroso —¡maldita sea!—, absolutamente preñado de *amor*, de *amor* verdadero, de ese amor que te golpea en pleno rostro... y llena tu corazón *a rebosa*... que todos y cada uno de aquellos *ligues* con polvo a la primera de los que tanto se enorgullecía cuando comenzaba a salir a rondar por ahí como un pato en celo... No, él estaba dispuesto a perdonárselo casi todo a los jurados del Bronx. Porque gracias a un jurado del Bronx había llegado a su vida la mujer para la que desde el principio estaba predestinado... Amor, Destino... Da igual que los demás se rían de estos elevados conceptos... Ray, que sigue engullendo su superbocadillo; Jimmy, que sigue quejándose entristecido del asunto de Willie Francisco y Lester McGuigan... Porque la vida de Larry Kramer se encontraba en un nivel infinitamente superior...

Sonó el teléfono de Ray. Este lo descolgó y dijo:

—Homicidios... Unnnh-junnnh... Bernie no está... ¿El caso Lamb? Kramer... Larry. —Ray miró a Kramer e hizo una mueca—. Sí, está aquí. ¿Quiere hablar con él? Vale, un segundo. —Tapó el micro y dijo—: Un tipo de la Asociación de Ayuda Legal. Un tal Cecil Hayden.

Kramer se levantó de su escritorio para acercarse al de Andriutti y coger el teléfono.

—Kramer.

—Larry, soy Cecil Hayden, de Ayuda Legal. —El tal Hayden era un hombre de tono muy dinámico—. Creo que estás llevando el caso Henry Lamb, ¿es así?

—Exacto.

—Larry, creo que ha llegado el momento de poner esa vieja canción titulada *Hagamos un trato*.

—¿Qué clase de trato?

—Represento a un individuo llamado Roland Auburn. Hace un par de días un gran jurado le acusó de posesión ilegal y tráfico de estupefacientes. Weiss ha dado una nota a la prensa diciendo que mi cliente es el Rey del Crack de Evergreen Avenue. Lo cual le pareció muy adulator a ese muchacho. Si conoces Evergreen Avenue no hará falta que te explique el porqué. Pues bien, el Rey del Crack no tiene los diez mil dólares de fianza que le piden, y en estos momentos está en Rikers Island.

—Ya. ¿Y qué tiene que ver todo eso con el caso Lamb?

—Dice que él estaba con Henry Lamb cuando le atropelló ese coche. Y que fue él quien le llevó al hospital. Puede proporcionarte una descripción del conductor. Quiere un trato.

18. *Shuhmun*

Daniel Torres, el obeso vicefiscal de la Audiencia del condado, llegó a la oficina de Kramer tirando de su hijo de diez años, y con una profunda arruga en el entrecejo. Estaba furioso, con la furia blanda de los gordos, por tener que presentarse en la fortaleza un sábado por la mañana. Parecía más hinchado que la última vez que le vio Kramer, en la sala de Kovitsky. Llevaba una camisa deportiva a cuadros, una americana a la que ni una hora de oraciones habría convencido para que se cerrase sobre su abultado y blando estómago, y unos pantalones de la sección Altos y Grandes de algunos almacenes, sostenidos por un cinturón bajo el cual se abombaba una tripa con un perfil como el de Sudamérica. Problemas glandulares, pensó Kramer. El hijo, por su parte, era delgado y cetrino, un chico de rasgos finos, tímido y sensible, a juzgar por su apariencia. Llevaba un libro de bolsillo y un guante de baseball. Después de una rápida y aburrida inspección de la oficina, el niño se sentó en la silla de Jimmy Caghey y se puso a leer el libro.

—No sabía —dijo Torres— que los Yankees jugaban en campo contrario. — Señaló con el mentón colina abajo, hacia el Yankee Stadium—. Mira que hacerme venir hasta aquí... Este es el fin de semana que me toca... —Ahora señaló con el mentón a su hijo—. Le había prometido llevarle al partido, y le prometí a mi ex mujer que iría a Kiel's, que está en Springfield Boulevard, y que le compraría unas plantas y se las llevaría a su casa, pero ya me dirás cómo me las arreglo para ir desde aquí hasta Springfield Boulevard y después a Maspeth y luego hasta Shea para llegar a tiempo antes de que empiece el partido, porque lo que es yo no tengo ni idea de cómo hacerlo. Y no me preguntes que por qué me comprometí a llevarle las dichas plantas. —Sacudió la cabeza con desesperación.

Kramer, identificado con el niño, que seguía leyendo, se sintió azorado. El libro se titulaba *La mujer de arena*. Por lo que podía deducirse de la portada, el autor era un tal Kobo Abe. Sintiendo curiosidad y hasta simpatía por el crío, Kramer se le acercó y, adoptando una actitud de campechano pariente próximo, le dijo:

—¿Qué lees?

El chico alzó la vista como un ciervo sorprendido por los faros de un coche:

—Una novela —dijo. O eso fue al menos lo que dijeron sus labios, porque sus ojos decían más bien: «Déjeme que me refugie otra vez en mi libro, por favor.»

Kramer detectó esa expresión, pero se sintió obligado a prolongar su rasgo hospitalario.

—¿De qué trata?

—Del Japón. —Tono suplicante.

—¿Del Japón? ¿Sobre qué cosa del Japón?

—Un hombre queda atrapado en unas dunas. —Una voz muy dulce, muy

suplicante, suplicante, suplicante, suplicante.

A juzgar por la ilustración de la portada, muy abstracta, y por lo apretado de sus líneas, no era un libro infantil. Kramer, estudioso del corazón humano, supuso que aquel muchacho era brillante, retraído, producto de la mitad judía de Torres, seguramente parecido físicamente a su madre, y muy distanciado ya de su padre. Pensó por un instante en su propio hijo. Intentó imaginarse arrastrándole hasta Gibraltar un sábado, al cabo de nueve o diez años. Y se sintió profundamente deprimido.

—Y bien, Danny, ¿qué sabes de ese tal Auburn? —le preguntó a Torres—. ¿Qué es todo ese asunto del Rey del Crack de Evergreen Avenue?

—Es el típico caso de m... —Se interrumpió a tiempo, por el niño—. Si quieres saber mi opinión, más que un caso es un chiste. El tal Auburn, bueno, no es más que el típico jovencillo de los bloques baratos. Esta es la tercera vez que se le detiene por asuntos de drogas. El inspector que le detuvo dijo que era el Rey del Crack de Evergreen Avenue. Pero esa frase no era más que simple sarcasmo. Evergreen Avenue tiene sólo cinco manzanas de longitud. Ni siquiera sé cómo se enteró Weiss de la frasecita. Cuando vi la nota de prensa, estuve a punto de... No me lo podía creer. Gracias a Dios, nadie le prestó ninguna atención. —Torres miró su reloj—. ¿Cuándo llegarán?

—Pronto —dijo Kramer—. En Rikers Island, los sábados todo funciona más despacio. ¿Cómo consiguieron detenerle?

—Es una historia curiosa —dijo Torres—. En realidad le detuvieron dos veces, pero es que se trata de un joven con los... así de grandes. O es muy valiente o muy estúpido, no sé cuál de las dos cosas. Hace un mes, un agente de paisano les compró drogas a Auburn y a otro chico. Les dijo inmediatamente que estaban detenidos y tal y cual, pero Auburn le dijo: «Si quieres cogerme, tío, tendrás que pegarme un tiro», y se puso a correr. He hablado con el policía, el agente Iannucci. Me dijo que si no hubiera sido porque el tipo era negro y estaba en un barrio de negros, le hubiese pegado un tiro. Hace una semana lo trajeron detenido otra vez. Fue el mismo agente.

—¿Qué le va a caer encima si le condenan por tráfico ilegal?

—Supongo que de dos a cuatro.

—¿Sabes algo del abogado, un tal Hayden?

—Sí. Es negro.

—¿En serio? —Casi pareció que Kramer hubiere dicho: «No tenía voz de negro»—. No suele haber negros en Ayuda Legal.

—No creas. Hay unos cuantos. Sólo así encuentran trabajo. Esos abogados negros no tienen el futuro muy despejado. Se sacan el título en las facultades, pero luego no les resulta fácil colocarse. Los grandes bufetes de Wall Street hablan mucho de que tendría que haber abogados negros, pero luego no contratan a ninguno. De manera

que casi todos acaban metiéndose en Ayuda Legal. Hay algunos que consiguen ir tirando a trancas y barrancas como criminalistas. Pero los negros listos, los grandes traficantes, siempre se niegan a contratar abogados negros. Y los camellos de poca monta, lo mismo. Una vez, estando en las celdas de preventivos, llegó un abogado negro del turno de oficio para entrevistarse con el cliente que le habían asignado, y empezó a gritar su nombre. Ya sabes, los abogados suelen ponerse a gritar hasta que alguien dice ser el cliente que le ha correspondido. En fin, resulta que le había tocado un negro, y el preso se asoma a los barrotes, le mira a los ojos, y le suelta: «Vete a tomar viento, tío... Quiero un judío.» ¡Como te lo digo! El negro va y le suelta: «Vete a tomar viento, tío... Quiero un judío.» Este Hayden parece listo, pero apenas sé nada de él.

Torres volvió a mirar su reloj, y luego se quedó con los ojos perdidos en un rincón de la oficina. En cuestión de segundos sus pensamientos se habían ido muy lejos de aquella habitación y de Gibraltar. ¿Las plantas? ¿El estadio de los Mets? ¿Su ex esposa? Su hijo estaba en Japón, atrapado en unas dunas. Sólo Kramer seguía en la oficina. Atado allí. Tomó conciencia de la extraña quietud que reinaba en la fortaleza aquella soleada mañana de junio. Si al menos ese tal Auburn tuviera algo importante que contar, si no fuese el típico chiflado que suele pedir el cielo, que trata de tomarle el pelo al más pintado, el clásico descerebrado que se pasa el día aullando contra el mundo...

Al poco rato Kramer oyó unas voces que se acercaban por el pasillo. Abrió la puerta, y allí estaban Martin y Goldberg y, entre los dos inspectores, un fortísimo y altísimo negro con jersey de cuello alto y las manos a la espalda. Cubría la retaguardia un negro bajito y relleno con traje gris claro. Debía de ser Cecil Hayden.

Pese a llevar las manos esposadas a la espalda, Auburn lograba caminar con el contoneo de chuloputas. En realidad no pasaba del metro ochenta, pero tenía una musculatura muy desarrollada. El volumen y los claros perfiles de sus pectorales, deltoides y trapecios destacaba bajo el jersey. Kramer, el atrofiado, sintió una punzada de envidia. Decir que aquel tipo tenía conciencia de su tremenda fuerza hubiera sido quedarse a medias. El jersey de cuello alto se le ajustaba como una doble piel. Llevaba pantalones negros muy ajustados también, y calzaba unas deportivas Reebok que parecían recién sacadas de la caja. Tenía la cara cuadrada, dura, impasible, el pelo corto, y un bigotito estrecho que perfilaba su labio superior.

Kramer se preguntó por qué motivo había decidido Martin esposarle con las manos a la espalda. Era más humillante que esposarlas delante. Hacía que el detenido se sintiera más desamparado y vulnerable, que *notara* el peligro que representaba una caída. En caso de caer, lo haría como un árbol, y no podría protegerse la cabeza. Dado que trataban de conseguir la colaboración de Ronald Auburn, Kramer había imaginado que Martin le trataría con cierto mimo. Aunque, ¿acaso pensaba el

inspector que existía alguna posibilidad de que aquel joven, fuerte como una roca, tratase de huir corriendo? Quizá fuese simplemente que Martin había utilizado su dureza de siempre, sin pararse a pensar en otras consideraciones.

Los recién llegados se amontonaron en el centro de la oficina. Las presentaciones provocaron unos torpes desplazamientos. Torres, como vicefiscal encargado del caso del detenido, conocía a Cecil Hayden, pero no a Martin, Goldberg ni al acusado. Hayden no conocía a Kramer, y Kramer no conocía al detenido, aunque, ¿cómo presentar al detenido? En realidad no era más que un punkie acusado de tráfico de estupefacientes. Sin embargo, en este momento, y desde un punto de vista técnico, era un ciudadano que había decidido ayudar a las autoridades en una investigación relacionada con un delito mayor. Martin resolvió el problema de la nomenclatura llamándole, frecuentemente y en tono aburrido, por el nombre de pila.

—Bien, Roland, vamos a ver... ¿Dónde te metemos?

Echó una ojeada a su alrededor y estudió la oficina, repleta de mobiliario decrepito. Llamar a un preso por el nombre de pila era una forma establecida de quitarle toda pretensión de dignidad y privacidad que todavía pudiese albergar. De modo que Martin acabaría metiendo aquel paquete llamado Ronald en el primer lugar que se le ocurriese. Pero el detective se interrumpió, miró a Kramer, y después lanzó una mirada dubitativa hacia el hijo de Torres. Era evidente que, en opinión de Martin, aquel niño no tenía que estar en esa oficina. El niño había abandonado su lectura. Estaba hundido en la silla, con la cabeza gacha. Ya no quedaba ni rastro de su anterior actitud. Ahora se había convertido en unos ojos que sólo miraban a Roland Auburn.

Para todos los demás, incluido quizá el propio Auburn, la escena era simplemente rutinaria: un acusado negro conducido ante la presencia de un vicefiscal para una negociación, un toma y daca que podía servirle para reducir la acusación que pesaba sobre él. Pero aquel niño triste, sensible y con aspecto de rata de biblioteca, jamás olvidaría lo que estaba viendo en esos momentos: un negro con las manos esposadas a su espalda, en la oficina de su papá, un sábado, unas horas antes de un partido de los Mets.

—Dan —le dijo Kramer a Torres—, me parece que necesitaremos esa silla. —Miró al hijo de Torres—. Quizá podría sentarse allí, en la oficina de Bernie Fitzgibbon. No hay nadie.

—De acuerdo. Ollie —dijo Torres—, ¿por qué no te vas ahí mientras esperamos a que terminemos?

Sin decir palabra, el niño se puso en pie, cogió su libro y su guante de baseball, y se dirigió a la puerta que comunicaba con la oficina de Bernie Fitzgibbon. Pero no pudo resistir la tentación de mirar otra vez al negro esposado. Roland Auburn le devolvió la mirada, pero de forma absolutamente inexpresiva. Por su edad, estaba más cerca de aquel crío que de Kramer. Pese a toda su musculatura, apenas era un

niño.

—Bien, Roland —dijo Martin—. Voy a quitártelas, y quiero que te sientes ahí y te portes como un buen chico, ¿vale?

Roland Auburn no dijo nada. Volvió ligeramente la espalda para acercar sus manos esposadas a Martin.

—Nada-nada-nada, Marty —dijo Cecil Hayden—. No te preocupes por nada. Mi cliente está aquí porque quiere salir de esta oficina *andando*, sin tener que volverse a mirar por encima del hombro.

Increíble, pensó Kramer. Hayden ya estaba llamando al doberman irlandés por su mote, Marty, pese a que acababa de conocerle. Hayden era uno de esos hombres bajitos y animados, siempre de buen humor, con los que sólo si estás de muy mala leche puedes llegar a enfadarte. Y estaba logrando de esta forma transmitirle a su cliente la idea de que él estaba allí para defender sus derechos y su dignidad, sin que el contingente irlandés pudiera sentirse en modo alguno ofendido.

Roland Auburn se sentó y comenzó a frotarse las muñecas hasta que, de repente, dejó de hacerlo. No quería que Martin y Goldberg se sintieran satisfechos pensando que las esposas le habían dolido. Goldberg había dado la vuelta a su silla y depositó su peso sobre el borde de la mesa de Andriutti. Llevaba en la mano un bloc y un bolígrafo, para tomar notas durante la entrevista. Martin se fue al otro lado del escritorio de Jimmy Caughey, y se sentó encima. El detenido se encontraba, por lo tanto, entre los dos inspectores, y para mirarlos a la cara tendría que girarse a uno y otro lado. Torres se instaló en la silla de Ray Andriutti, Hayden en la de Kramer, y Kramer, director del espectáculo, permaneció en pie. Roland Auburn se había apoyado en el respaldo de su silla, mantenía las rodillas muy separadas, hacía crujir las articulaciones de las manos y miraba fijamente a Kramer. El rostro del detenido era una máscara. Ni siquiera parpadeaba. Kramer recordó la frase que solía aparecer en todos los informes de libertad condicional de esta clase de jóvenes negros: «Jamás ha recibido ninguna clase de afecto.» Al parecer, aquello significaba que no poseían casi ninguno de los sentimientos propios de la gente normal. Es decir que no sentían mala conciencia, vergüenza, remordimientos, miedo ni simpatía por los otros. Sin embargo, cada vez que hablaba con uno de esos jóvenes, Kramer tenía la sensación de que se trataba de otra cosa. Simplemente, bajaban el telón en cuanto él aparecía. Le mantenían alejado de lo que pudiese haber al otro lado de la imperturbable superficie de sus ojos. No le permitían ver ni un milímetro de la opinión que el vicefiscal les merecía, o qué pensaban del Poder, o qué sentían respecto a sus propias vidas. Al igual que en ocasiones anteriores, también en ésta se preguntó: ¿Quiénes son? (Quiénes son estas personas cuyo destino está en mis manos, todos los días...) Kramer miró a Hayden y le dijo:

—Señor defensor... —*Defensor*. En realidad, no sabía cómo llamarle. Hayden le

había tuteado por teléfono, pero allí, en su oficina, no le había dirigido tratamiento alguno, y Kramer no quería llamarle «Cecil», por miedo a que Roland pensara que eran amiguetes o que no le guardaba el respeto debido a su abogado—. Señor defensor, supongo que le habrá explicado a su cliente qué es lo que vamos a tratar de hacer aquí. ¿Es así?

—Desde luego —dijo Hayden—. El ya sabe...

Kramer miró a Roland:

—Mr. Auburn... —*Mr. Auburn*. Kramer confiaba en que Martin y Goldberg se lo perdonaran. Lo corriente, cuando un vicefiscal interrogaba a un acusado, era empezar con un respetuoso «mister», para más adelante, en cuanto las cosas se ponían a funcionar, pasar al tuteo—. Mr. Auburn, creo que ya conoce usted a Mr. Torres. Es el vicefiscal encargado del caso por el cual ha sido usted detenido y acusado, el caso del tráfico ilegal. ¿De acuerdo? Yo, por mi parte, llevo el caso Henry Lamb. Bien, no puedo prometerle nada, pero si usted nos ayuda, nosotros le ayudaremos a usted. Así de sencillo. Pero tiene que decirnos toda la verdad. De lo contrario, estará usted provocando molestias innecesarias a todo el mundo, lo cual no le reportará ningún beneficio en absoluto. ¿Entendido?

Roland miró a su abogado, Cecil Hayden, y Hayden se limitó a asentir con la cabeza, como diciendo: «No te preocupes. Todo normal.»

Roland se volvió de nuevo hacia Kramer, le miró, y dijo inexpresivamente:

—Unh-hunh.

—Bien —dijo Kramer—. Lo que quiero saber es qué fue lo que le pasó a Henry Lamb la noche en que resultó herido. Quiero que me diga todo lo que sabe.

Repantigado en la silla de Jimmy Caughey, Roland dijo:

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Bueno... por el principio. ¿Cómo es que esa noche estaba usted con Henry Lamb?

—Yo iba por la acera —dijo Roland—, bajando hacia la calle Ciento sesenta y uno, al Texas Fried Chicken, cuando vi a Henry, que rondaba por allí. —Se interrumpió.

—Bien —dijo Kramer—. ¿Qué pasó luego?

—Le dije: «Eh, Henry, ¿adónde vas?» Y él me dijo: «Voy al Texas». Yo le dije: «Yo también.» Y así fue como nos fuimos los dos hacia el Texas.

—¿Por qué calle bajabais?

—Bruckner Boulevard.

—¿Sois buenos amigos, Henry y tú?

Por vez primera, Roland mostró cierta emoción. Parecía ligeramente divertido por la pregunta. Una sonrisilla retorcida estremeció las esquinas de sus labios, y bajó la vista, como si hubiese aparecido un tema embarazoso.

—No. Sólo le conozco. Vivimos en los mismos bloques.

—¿Rondáis juntos por ahí?

Más sonrisillas retorcidas.

—No, Henry no ronda mucho por ahí. Sale poco.

—Sea como fuere —dijo Kramer—. Bajabais los dos por Bruckner Boulevard, camino del Texas. ¿Qué pasó entonces?

—Bueno, llegamos a Hunts Point Avenue, y estábamos a punto de cruzar la calle para ir al Texas Fried Chicken.

—¿Qué calle ibais a cruzar, Bruckner Boulevard o Hunts Point Avenue?

—Bruckner Boulevard.

—A ver, para que sepamos exactamente qué pasó, ¿en qué lado de Bruckner Boulevard estabais? ¿En el lado este para cruzar al lado oeste?

—Eso. En el este para cruzar hacia el lado oeste. Yo miraba la calle, para ver cuándo dejaban de pasar los coches, y Henry estaba a mi derecha, ahí. —Señaló a su derecha—. O sea que yo veía los coches mejor que él, porque venían de este lado. —Señaló a su izquierda—. Los coches iban casi todos por el carril central, como en fila, sabe, y de repente hubo un coche que salió de la fila, y trató de adelantar a todos los demás por la derecha, y vi que iba a pasar muy cerca de donde yo estaba. Así que pegué un salto hacia atrás. Pero Henry... Supongo que no vio nada hasta que yo pegué el salto, y entonces oí un golpecito, y Henry cayó, así. —Hizo un movimiento de espiral con un dedo.

—Bien. ¿Qué pasó luego?

—Oí un chirrido. El coche frenó de golpe. Lo primero que hice fue acercarme a Henry. Estaba tirado en la calle, junto a la acera, hecho un ovillo, de lado, como agarrándose un brazo, y le dije: «Eh, Henry, ¿te duele algo?» Y él me dijo: «Me parece que se me ha roto el brazo.»

—¿Dijo que le dolía la cabeza?

—Sólo me lo dijo después. Cuando me puse en cuclillas junto a él únicamente hablaba del brazo. Y después le llevé al hospital, y entonces me dijo que cuando empezaba a caer estiró los brazos, y que al dar contra el suelo paré el golpe con la mano, pero que rodó un poco y se dio con la cabeza contra el suelo.

—Bien, volvamos al momento en que ocurrió. Tú estás en la calzada, junto a Henry Lamb, y el coche que le había golpeado frenó bruscamente. ¿Paró del todo?

—Sí, lo veo perfectamente, parado un poco más arriba.

—¿Mucho más arriba?

—No sé. Unos cien metros quizá. Se abre la puerta, y baja un tío, un blanco. Y el tío mira hacia atrás. Nos mira a Henry y a mí.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, yo pensé que, al ver que había tirado a Henry, el tío había parado para

echar una mano o algo. Pensé que ese tío podía llevar a Henry al hospital. Me levanté, y empecé a caminar hacia él, y le dije. «Eh, eh, ¡Necesitamos ayuda!»

—¿Y qué hizo él?

—El tipo me miró directamente, y luego se abrió la otra puerta del coche, y salió una mujer. Bueno, salió sólo a medias, entiende, sacó una pierna, y también miró hacia atrás. Los dos se habían quedado mirándome, y yo grité: «¡Mi amigo está herido!»

—¿A qué distancia estabas de ellos en ese momento?

—No muy lejos. Unos diez metros.

—¿Les veías bien?

—Perfectamente.

—La mujer ponía una cara rara. Asustada. Le oí decir: «¡Shuhmun, cuidado!» Se lo decía al tío.

—¿«¡Shuhmun, cuidado!»? ¿Dijo «*Shuhmun*»? —Kramer miró furtivamente a Martin. Martin abrió mucho los ojos y resopló. Goldberg, con la cabeza gacha, tomaba notas.

—Así me sonó a mí.

—¿Shuhmun o Sherman?

—A mí me sonó a Shuhmun.

—Bien, ¿qué pasó luego?

—La mujer se metió otra vez en el coche. Y el tío había regresado otra vez al coche, y seguía mirándome. Entonces la mujer dijo: «¡Shuhmun, entra!» Pero ahora ella se había puesto al volante. Y el hombre corrió al otro lado, donde ella iba sentada antes, entró en el coche de un salto y cerró la puerta de golpe.

—Así que ahora habían cambiado de asiento. ¿Y qué hiciste? ¿A qué distancia estabas de ellos en ese momento?

—Casi tan cerca como de usted ahora.

—¿Estabas furioso? ¿Les gritaste algo?

—Lo único que les dije fue que mi amigo estaba herido.

—¿Levantaste el puño contra ellos? ¿Hiciste algún ademán amenazador?

—Lo único que yo quería es que alguien ayudase a Henry. No estaba furioso. Tenía miedo. Por Henry.

—Bien, ¿qué pasó a continuación?

—Corrí hasta ponerme delante del coche.

—¿Por qué lado?

—¿Por qué lado? Por la derecha, por el lado donde estaba el tío. Le miré por la ventanilla. Volví a decirle: «¡Eh, mi amigo está herido!» Ya me había puesto delante del coche, y miré calle abajo y entonces vi a Henry. Estaba detrás del coche. Había venido andando, como mareado, sabe, cogiéndose el brazo así. —Roland sostuvo su

brazo izquierdo con la mano derecha, dejando colgar el antebrazo izquierdo, como si estuviese herido—. Eso quería decir que aquel tipo había podido ver a Henry, que se acercaba andando hacia el coche, y agarrándose el brazo así. Por fuerza sabía que a Henry le había pasado algo. Y, mientras yo miraba a Henry, de repente, la mujer le pisó a fondo, soltó el embrague y salió hacia un lado, quemando neumáticos. Salió tan disparada que llegué a ver que el tío se daba con la nuca en el reposacabezas. Y ya está. Salieron disparados como una bala. —Unió el pulgar y el índice—. Si llegan a rozarme, me dejan peor que a Henry.

—¿Te fijaste en la matrícula?

—No. Pero Henry se fijó. En parte al menos.

—¿Te dijo la parte que llegó a ver?

—No. Parece que se lo dijo a su madre. Lo vi por la tele.

—¿Qué coche era?

—Un Mercedes.

—¿De qué color?

—Negro.

—¿Modelo?

—No sé qué modelo era.

—¿Cuántas puertas?

—Dos. Era uno de esos coches bajos, sabe, en plan deportivo.

Kramer miró de nuevo a Martin. Este había vuelto a adoptar la expresión de antes: *Bingo*.

—¿Reconocerías a ese hombre si volvieras a verle?

—Le reconocería. —Roland lo dijo con una convicción amarga que sonaba absolutamente sincera.

—¿Y a la mujer?

—A ella también. Les vi por la ventanilla.

—¿Qué aspecto tenía la mujer? ¿Qué edad tenía?

—No sé. Era blanca. No sé qué edad podía tener.

—Bueno, pero ¿era joven o vieja? ¿Dirías que rondaba los veinticinco, treinta y cinco, cuarenta y cinco, cincuenta y cinco?

—Yo diría que estaba cerca de los veinticinco.

—¿Y el pelo? ¿Rubio, moreno? ¿Era pelirroja?

—Morena.

—¿Qué ropa llevaba?

—Me parece que un vestido. Todo azul. Lo recuerdo porque era un azul muy brillante, y con unas hombreras anchísimas. Lo recuerdo muy bien.

—¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Alto, con traje y corbata.

—¿De qué color era el traje?

—No sé. Oscuro. Sólo recuerdo eso.

—¿Qué edad tenía? ¿Dirías que era de mi edad, o mayor? ¿Quizá más joven?

—Un poco mayor que usted.

—¿Y dices que le reconocerías si volvieras a verle?

—Le reconocería, sí.

—Bien, Roland, voy a enseñarte unas cuantas fotos, y quiero que me digas si reconoces a alguna de las personas que salen en esas fotos, ¿de acuerdo?

—Enh-hunh.

Kramer se dirigió a su escritorio y le dijo a Hayden:

—Disculpe un momento.

Mientras abría un cajón, Kramer miró un momento a Hayden, y le hizo un leve gesto de asentimiento, como diciendo: «Está saliendo bien.» Del cajón sacó un juego de fotos, el que Milt Lubell había preparado para Weiss. Dispuso las fotos sobre el escritorio de Jimmy Caghey, delante de Roland Auburn, y le preguntó:

—¿Reconoces a alguna de estas personas?

Roland miró las fotos, y su dedo índice cayó directamente en Sherman McCoy, que sonreía en su smoking.

—Es él.

—¿Cómo sabes que es el mismo?

—Es él. Le reconozco. Tiene el mentón así. Aquel tipo tenía un mentón muy marcado.

Kramer miró primero a Martin y luego a Goldberg. Goldberg esbozaba una ligerísima sonrisa.

—Mira la mujer de la foto, la mujer de la foto, la mujer que está al lado de él. ¿Es la mujer que iba en el coche?

—No. La del coche era más joven, y tenía el pelo más oscuro, y era más... más cachonda.

—¿Cachonda?

Roland comenzó a sonreír, pero borró en seguida el gesto.

—Ya me entiende... la típica tía buena.

Kramer se toleró una sonrisilla. La frase del muchacho le permitió manifestar en parte la excitación que sentía.

—Así que una tía buena, eh. Bien, una tía buena, una mujer más cachonda. Y finalmente se largaron de allí. ¿Qué hiciste luego?

—No podía hacer gran cosa. Henry seguía allí, agarrándose el brazo. Tenía la muñeca torcida del revés. Así que le dije: «Henry, tienes que ir al hospital», y él dijo que no quería ir a ningún hospital, que lo que quería era irse a su casa. De modo que comenzamos a regresar por Bruckner Boulevard, de vuelta a los bloques.

—Espera un momento —dijo Kramer—. ¿Hubo alguien que viese todo lo que había pasado? ¿Había alguien en la aceta?

—No sé.

—¿No paró ningún coche?

—No. Supongo que si Henry se hubiese quedado tirado en el suelo mucho rato, tarde o temprano habría parado alguien. Pero no paró nadie.

—Bien. Ahora empezáis a regresar a los bloques, subiendo por Bruckner Boulevard.

—Exacto. Y Henry gimoteaba todo el rato, y parecía que estuviese a punto de desmayarse, y volví a decirle: «Henry, tienes que ir al hospital.» Así que le hice bajar conmigo hasta Hunts Point Avenue, y cruzamos la calle Ciento sesenta y uno, hasta la parada de metro, y entonces vi el taxi de Brill.

—¿Brill?

—Es un tipo que tiene dos taxis.

—¿Y fue ese Brill el que os llevó hasta el Lincoln Hospital?

—No. Fue Curly Kale. Él nos llevó. Es uno de los dos conductores de Brill.

—¿Curly Kale? ¿Es su nombre o un mote? [\[26\]](#)

—No sé. Todo el mundo le llama así.

—¿Fuisteis los dos en el taxi de Curly Kale hasta el hospital?

—Sí.

—Cuando ibais de camino al hospital, ¿en qué estado se encontraba Henry? ¿Fue entonces cuando te dijo que había recibido un golpe en la cabeza?

—Sí. Pero hablaba sobre todo del brazo. Su muñeca tenía un aspecto horrible.

—¿Hablaban normal? ¿Crees que tenía plena conciencia?

—Bueno, ya le digo que se quejaba y gimoteaba todo el rato, y decía que el brazo le dolía muchísimo. Pero sabía dónde estaba. Sabía lo que estaba pasando.

—Una vez en el hospital, ¿qué hicisteis?

—Bueno, bajamos del taxi, acompañé a Henry hasta la puerta de urgencias, y entró.

—¿Y tú, no entraste con él?

—No. Regresé al taxi y me fui con Curly Kale.

—¿No te quedaste con Henry?

—Pensé que ya no podía hacer nada más por él. —Roland lanzó una mirada hacia Hayden.

—¿Cómo regresó Henry a su casa desde el hospital?

—No sé.

—Bien, Roland —dijo Kramer tras una breve pausa—, me gustaría saber otra cosa. ¿Por qué no has dado esta información hasta ahora? No entiendo por qué razón, cuando un amigo tuyo, o al menos un vecino que vive en los mismos bloques que tú,

sufre un accidente delante mismo de tus narices, y el conductor se da a la fuga, y el caso sale en la televisión y en los periódicos, sólo a estas alturas se te ocurre contar todo lo que sabes. ¿Qué me dices?

Roland miró a Hayden, que simplemente hizo un gesto de asentimiento, y Roland dijo:

—Tenía a la pasma sobre mis pasos.

Hayden intervino:

—Había una orden de busca y captura, por venta y posesión ilegal, resistencia a la autoridad y dos o tres cosas más, las mismas acusaciones por las que ahora ha sido detenido.

Kramer se dirigió a Roland:

—Entonces, sólo tratabas de protegerte a ti mismo. Preferiste callar toda esa información para no tener que hablar con la policía.

—Sí.

Kramer estaba ebrio de alegría. Las cosas comenzaban a tomar cuerpo. El tal Roland no era un ser especialmente agradable, pero su relato parecía muy verosímil. ¡Bastaría quitarle el jersey de hombre-músculo y las deportivas, romperle la cadera para que no pudiese andar con su contoneo de chuloputas, borrar esa leyenda del Rey del Crack de Evergreen Avenue, porque a ningún jurado le gusta que un delincuente sometido a graves acusaciones aparezca como testigo a cambio de que se le rebaje la acusación...! Pero, arreglándole un poco el aspecto, lavándole y acicalándole convenientemente, ¡y el caso estará resuelto! De repente Kramer empezaba a verlo con la mayor claridad... los *retratos* de los protagonistas del caso...

—¿Estás diciéndome toda la verdad? —le preguntó a Roland.

—Uhn-hunh.

—¿No añades ni quitas ningún detalle?

—No.

Kramer se dirigió al escritorio de Jimmy Caghey, hasta ponerse al lado mismo de Roland, y recogió las fotos. Luego se volvió hacia Cecil Hayden.

—Señor abogado —dijo—, tendré que discutir este asunto con mis superiores. Pero, si no me equivoco, habrá trato.

Lo vio antes incluso de haber pronunciado las palabras... el *retrato* del dibujante... apareciendo en la pantalla de la televisión... El vicefiscal de distrito Lawrence N. Kramer... con el índice alzado... sus enormes esternocleidomastoideos poderosamente marcados... Pero ¿qué haría el dibujante cuando llegase a su cabeza, a esa calva más que incipiente? En fin, si el dibujo le hacía justicia al resto, nadie lo notaría. Su valentía, su elocuencia... Sólo se fijarán en eso. Todo Nueva York lo verá. Miss Shelly Thomas lo verá.

19. Fraternidad asnal

El lunes por la mañana, a primerísima hora, Kramer y Bernie Fitzgibbon fueron llamados al despacho de Abe Weiss. También estaba presente Milt Lubell. Kramer vio que su categoría había mejorado notablemente tras aquel glorioso fin de semana. Weiss le tuteaba y se abstenía de dirigir todos los comentarios sobre el caso Lamb a Bernie, como si él, Kramer, no existiera.

Pero Weiss miró a Bernie cuando dijo:

—No quiero tener que mezclarme con este asunto a no ser que resulte estrictamente necesario. ¿Tenemos base suficiente para llevar a ese McCoy ante un tribunal?

—La tenemos, Abe —dijo Fitzgibbon—, pero las cosas no acaban de gustarme. Por un lado está ese chico, Auburn, que identifica a McCoy como el tipo que conducía el coche en el momento en que Henry Lamb fue atropellado. También tenemos al encargado del garaje, quien asegura que McCoy sacó su coche esa tarde. Y Martin y Goldberg han localizado a ese gitano, Brill, el dueño de los taxis, que confirma que Auburn usó uno de sus taxis aquella noche. Pero no han logrado localizar al conductor del taxi, ese tal Curly Kale. —Fitzgibbon puso los ojos en blanco, como diciendo: «Menudos nombres tienen»—. Creo que, antes de nada, habría que hablar con él.

—¿Por qué? —dijo Weiss.

—Porque hay algunas cosas que carecen de toda lógica, y porque Auburn es un jodido camello de poca monta que sólo ha asomado la nariz porque no le gusta la idea de pasarse mucho tiempo a la sombra. Por otro lado, me gustaría saber por qué el chico ese, Lamb, no dijo nada del coche cuando estuvo en el hospital la primera vez. Me gustaría saber qué pasó en ese taxi, y me gustaría saber también si Auburn acompañó al herido hasta el hospital, como él asegura. Y no estaría de más averiguar algunos detalles adicionales sobre Auburn. Mira, él y Henry Lamb no son el clásico par de colegas que van cada día juntos al Texas Fried Chicken. Lamb parece ser un buen chico, mientras que Auburn es un pájaro de cuenta.

Kramer notó cierta extraña pasión en su pecho. Quería defender a Roland Auburn. ¡Sí! ¡Defenderle!

Weiss hizo un ademán con la mano, como quitándoles importancia a las dudas de Fitzgibbon.

—Eso no son más que cabos sueltos, Bernie. No veo por qué razón no podemos detener a McCoy, interrogarle y, más tarde, acabar de atar los cabos sueltos. Todo el mundo cree que cuando decimos que seguimos haciendo averiguaciones, en realidad nos dedicamos a permanecer cruzados de brazos.

—Un par de días más carecen por completo de importancia, Abe. McCoy no va a

esfumarse, y Auburn todavía menos.

Kramer creyó entrever un hueco por el que colarse, y, animado por su reciente ascenso de categoría, se atrevió a intervenir:

—Por ese lado podríamos tener problemas, Bernie. Es cierto que Auburn no se nos va a esfumar, pero me parece que tendríamos que utilizarle inmediatamente. Probablemente ese chico crea que va a salir en libertad bajo fianza de un momento a otro. Si tenemos intención de utilizarle, habría que llevarle lo antes posible ante un gran jurado.

—No te preocupes por eso —dijo Fitzgibbon—. No es muy listo. Pero sabe que sólo tiene dos salidas: o pasarse tres años en la cárcel, o librarse de la cárcel. Cuando llegue el momento, no se quedará callado.

—¿Ha sido ése el trato que hemos hecho? —preguntó Weiss—. ¿Auburn saldrá libre?

—Así es como me imagino que acabará el asunto. Tenemos que reducir la acusación a delito de menor cuantía, tanto la de posesión como la de tráfico.

—Mierda —dijo Weiss—. Ojalá no hubiésemos actuado con tantas prisas cuando pillamos a ese hijo de puta. No me gusta dar pasos atrás cuando ya ha actuado un gran jurado.

—Abe —dijo Fitzgibbon, sonriendo—, fuiste *tú* quien nos metió prisas, no yo... Lo único que te digo es que será mejor que nos lo tomemos con algo más de calma. Me sentiría mucho mejor si tuviéramos algo que nos diese garantías de que ese chico ha dicho la verdad.

Kramer fue incapaz de contenerse:

—Pues... no sé qué decirte, Bernie. Lo que nos ha contado es verosímil. Me dijo algunas cosas que, si no se hubiese encontrado allí cuando ocurrió, no habría podido saber de ningún modo. Me dijo el color del coche, cuántas puertas tenía... sabía que era un modelo deportivo. Y sabía el nombre propio de McCoy. Bueno, lo que oyó fue *Shuhmun*, pero yo diría, vamos, que se acerca mucho. ¿Crees que hubiera podido soñar todos esos detalles?

—No digo que no estuviese allí, Larry, ni digo tampoco que no deberíamos utilizarle. Sólo digo que ese chico es tan escurridizo como un salivazo, y que habría que andarse con cuidado.

¿*Salivazo*? ¡Estás hablando de *mi* testigo!

—No sé, Bernie —dijo Kramer—. Por lo que he podido averiguar hasta ahora, no es tan mal tipo. Me he agenciado un informe del funcionario de libertad condicional. Roland no es un genio, pero jamás ha tenido al lado a nadie que le incitara a utilizar su cabeza. En su familia, él pertenece a la tercera generación de una gente que ha vivido siempre de la beneficencia pública. Y su madre tenía sólo quince años cuando él nació. Y luego ha tenido otros dos hijos de padres diferentes, y ahora vive con un

amigo de Roland. Ese chico se ha ido a vivir al mismo piso, con Roland y uno de los otros dos hijos. Y el amigo tiene veinte años, uno más que Roland. Joder, hombre, ¡imagínatelo! En su lugar, yo mismo tendría un historial peor incluso. No creo que haya conocido jamás a nadie que no viva en casas protegidas.

Bernie Fitzgibbon le miraba con una sonrisa de burla. Kramer se llevó una sorpresa al fijarse, pero siguió:

—También he averiguado otra cosa de ese chico. Tiene cierto talento. El funcionario de su condicional me enseñó unas fotos hechas por Roland. Son bastante interesantes. Son... comosellamen...

—¿Collages? —dijo Fitzgibbon.

—¡Eso! —dijo Kramer—. Collages, con esa especie de papel de plata...

—¿Papel de aluminio arrugado en los cielos?

—¡Exacto! ¿Los has vistos? ¿Dónde?

—No he visto los collages de Auburn, pero he visto muchos otros parecidos. Los hacen en las cárceles. Es arte carcelario.

—¿Qué quieres decir?

—En las cárceles se ven esos collages por todas partes. Son unas figuras... como de cómic, ¿no? Y luego rellenan el fondo con papel Reynolds...

—Exacto...

—Estoy harto de ver esa clase de mierda. Cada año me vienen dos o tres abogados con los dichosos collages, diciéndome que tenemos a Miguel Ángel metido entre rejas.

—Bueno, es posible que sea así —dijo Kramer—. Pero estoy seguro de que ese chico tiene cierto talento.

Fitzgibbon no quiso hacer más comentarios. Se limitó a sonreír. Y por fin Kramer comprendió a qué venían las sonrisas. Bernie creía que él estaba tratando de darle brillo a su testigo. Kramer sabía muy bien a qué se refería, ¡pero esto era absolutamente distinto! Darle brillo a un testigo era una técnica psicológica utilizada corrientemente por los fiscales. En un caso de delito mayor, lo más probable era que el testigo estelar de la acusación procediera del mismo mundillo que el acusado, y que fuera alguien con historial delictivo. En fin, que de entrada a nadie le daría la sensación de ser un ejemplo palmario de honradez. No obstante, aquél era para el fiscal el único testigo realmente importante. En tal situación, lo corriente era que el fiscal sintiese necesidad de darle un poco de brillo a su imagen, iluminarlo con los focos de la verdad y la credibilidad. Y no solamente para mejorar su imagen a los ojos del juez y del jurado, sino porque el propio fiscal acababa sintiendo necesidad de mejorar la imagen del testigo ante *sus propios* ojos. El fiscal sentía necesidad de creer que lo que estaba haciendo con aquella persona —a saber, usarle para mandar a otro a pudrirse en la cárcel— no era solamente eficaz sino también correcto. Aquella

alimaña, aquel punk, aquel ser inmundo que hasta ese momento no era más que un mamón, se convertía de repente en el camarada del fiscal, en su punta de lanza para la batalla entre el bien y el mal, de modo que el fiscal mismo necesitaba finalmente creer que había aspectos buenos en aquel... organismo, aquel escorpión salido de debajo de su piedra, puesto que ahora tenía que ser una pobre criatura engañada, condenada por las circunstancias, por la incompreensión que había rodeado su juventud.

Sí, Kramer sabía muy bien todo eso... ¡Pero Roland Auburn era otra cosa!

—De acuerdo —dijo Abe Weiss, poniendo fin al debate sobre estética con otro ademán de su mano—. Da lo mismo. Tengo que tomar una decisión, y he tomado una decisión. Con lo que tenemos nos basta. Vamos a detener a McCoy. Le traemos mañana por la mañana, y lo anunciamos. ¿Os parece que el martes es un buen día?

Lo dijo mirando a Milt Lubell. Lubell hizo un gesto de asentimiento:

—Lo mejor son los martes y miércoles. Martes y miércoles. —Se volvió hacia Bernie Fitzgibbon—. Los lunes son un asco. Los lunes, la gente se pasa el día leyendo las páginas deportivas, y las noches viendo los partidos.

Pero Fitzgibbon estaba mirando a Weiss. Finalmente, sin embargo, se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo, Abe. Lo soportaré. Pero si hemos de hacerlo mañana, será mejor que telefonee a Tommy Killian ahora mismo, antes de que entre en la sala, para asegurarme de que nos entrega a su hombre.

Weiss señaló el teléfono situado en una mesita al fondo del despacho, al otro lado de la mesa de conferencias, y Fitzgibbon se encaminó hacia allí. Mientras Fitzgibbon estaba hablando por teléfono, Weiss dijo:

—¿Dónde están esas fotos, Milt?

Milt Lubell rebuscó entre la montaña de papeles que tenía sobre las piernas, sacó varias páginas de una revista, y se las entregó a Weiss.

—¿Cómo se llama la revista, Milt?

—*Architectural Digest*.

—Mira esto.

De repente, Weiss se adelantó sobre su escritorio y le dio las fotos a Kramer. Este se sintió tremendamente adulado. Estudió las páginas con detenimiento... un papel suavísimo... lujosas fotos en color, con los detalles tan bien enfocados que te hacían parpadear... el apartamento de McCoy... Un mar de mármol verde que terminaba en una impresionante escalinata curvada y con una balaustrada de carísima madera oscura... Madera oscura por todas partes y una mesa complicadísima con un jarrón inmenso cargado de una camionada entera de flores... Era el vestíbulo al que Martin se había referido. Tan grande que hubiesen cabido allí tres pisos de 888 dólares al mes como el de Kramer o el de cualquier otra colonia de hormigas, y eso no era más

que el vestíbulo. Había oído decir que había en Nueva York gente que vivía así... Otra habitación... más madera oscura... Debía de ser la sala de estar... Tan grande, que había dos o tres grupos de muebles inmensos repartidos por toda su extensión... una de esas habitaciones en las que entras de puntillas y hablas en susurros... Otra foto... un primer plano de madera tallada, una reluciente madera de tonalidades rojizas, con montones de figuras en relieve, todas con trajes y sombreros, caminando hacia este lado, hacia el otro, delante de unos edificios... Weiss, apoyado en el escritorio, le señalaba ahora una de las fotos.

—¿No te parece increíble? —dijo—. Se titula «Wall Street», y es de Wing Wong o de no sé quién, que resulta ser el mejor tallista de Hong Kong. Lo pone ahí abajo. ¿Lo ves? Está en la pared de la biblioteca. «Biblioteca.» Fantástico.

Kramer vio por fin la estancia a la que Martin se había referido también. «La biblioteca»... Los *wasp*... Treinta y ocho años, seis más que él, solamente... A esa gente les dejaban una fortuna sus padres, y vivían en el País de las Maravillas. Pues muy bien: este sujeto estaba a punto de darse de narices contra el mundo real.

—¿Has hablado con Tommy? —preguntó Weiss.

—Sí. Tendrá preparado a su hombre.

—Échale una ojeada a esto —dijo Weiss, señalando las páginas de la revista. Kramer se las pasó a Fitzgibbon—. El apartamento de McCoy —añadió Weiss.

Fitzgibbon echó una rápida ojeada a las fotos, y se las devolvió a Kramer.

—¿Habías visto en tu vida nada parecido? —preguntó Weiss—. La decoradora es su mujer, ¿no es cierto, Milt?

—Sí. La mujer es una de esas millonarias que se dedican a la decoración —dijo Lubell—. Una millonaria que decora las casas de otras millonarias. Han publicado artículos sobre ellas en la revista *New York*.

Weiss seguía mirando a Fitzgibbon, pero Fitzgibbon guardó silencio. Luego, Weiss abrió mucho los ojos, como repentinamente inspirado.

—¿Te lo imaginas, Bernie?

—¿Qué?

—Bueno, así es como veo yo las cosas —dijo Weiss—. Creo que, para que se acabe de una vez toda esa mierda sobre la justicia para los blancos y todo eso de Johannesbronx, lo ideal sería detenerle en su apartamento. Creo que sería sensacional. Si pretendes decirle a la gente de estos barrios que la ley no respeta a nadie, lo mejor es detener a un tipo que vive en Park Avenue de la misma manera que detienes a José García o a Tyrone Smith: en su jodida casa. ¿O no?

—En efecto —dijo Fitzgibbon—. Porque como no les pilles en su casa, no hay manera de meterles mano.

—No me refiero a eso. Tenemos ciertos deberes para con los vecinos del Bronx. La fiscalía de distrito tiene muy mala prensa en el barrio, y hemos de acabar con eso.

—¿No te parece un poco fuerte eso de ir a casa de un tipo a detenerle, sólo porque quieres demostrar que la justicia es igual para todos?

—Cuando te detienen, Bernie, la noticia te sienta tan mal que nunca es agradable.

—En cualquier caso, Abe, no podemos detenerle en su casa —dijo Fitzgibbon.

—¿Por qué?

—Porque acabo de decirle a Tommy que no lo haríamos así. Le he dicho que él mismo puede entregarnos a McCoy.

—Caramba. Lo siento, Bernie, pero no deberías haberte tomado esa libertad. No podemos garantizarle a nadie que le daremos un trato especial a su cliente. Lo sabes muy bien.

—No sé nada, Abe. Además, le he dado mi palabra.

Kramer miró a Weiss. Kramer sabía que el Asno acababa de cavar su trinchera. No retrocedería un solo paso. Pero ¿y Weiss? ¿Se había enterado? Dio la sensación de que no.

—Mira, Bernie, llama a Tommy y dile que yo te he desautorizado, ¿de acuerdo? Échame la culpa a mi. Si hay jaleo, yo cargaré con lo que sea.

—No —dijo Fitzgibbon—. No tendrás que cargar con nada, porque no pasará nada. Le he dado mi palabra a Tommy. Es un contrato.

—Ya, bueno, a veces hay que...

—Nada de nada, Abe. Es un contrato.

Kramer no apartaba la vista de Weiss. Estaba afectado por la repetición de la palabra *contrato*, Kramer se lo notaba. Weiss se encontraba atado de manos. Sabía que se enfrentaba ni más ni menos que al código de lealtad de los irlandeses. Silenciosamente, Kramer le rogó a Weiss que no le hiciera caso a su subordinado. ¡Fraternidad asnal! ¡Qué obsceno! ¿Y por qué tenía él, Kramer, que ceder, y todo por la maldita solidaridad de los irlandeses? Una detención espectacular de aquel agente financiero de Wall Street en su propio apartamento... ¡Qué idea tan brillante! ¡Así demostrarían que la justicia del Bronx trataba por igual a todo el mundo! ¡Pronto se enterarían de quién era el vicefiscal Lawrence Kramer los del *Times*, el *News*, el *Post*, el *City Light*, el Canal 1 y todos los demás! ¿Por qué tenía que ceder Abe Weiss ante los pactos de los irlandeses? Sin embargo, Kramer supo que cedería. Se lo notaba en la cara. No era solamente por la negra terquedad asnal de Bernie Fitzgibbon, sino por esa palabra: *contrato*. Una palabra que calaba hasta el fondo del alma de todos los que andaban metidos en el mundo de las leyes. Nadie se libraba de pagar las deudas contraídas con el Banco de Favores. Tal era la ley por la que se regía el sistema de justicia penal, y Abe Weiss no era otra cosa que uno de los elementos del sistema.

—Joder, Bernie —dijo Weiss—, ¿por qué has tenido que hacerlo?

La espera había terminado. Asunto resuelto.

—Mira, Abe, créeme —dijo Bernie—. Verás como de este modo tu imagen sale

beneficiada. Nadie podrá decir que has cedido a las presiones de las masas.

—Hummmmmm. Mira, la próxima vez, no te comprometas a cosas así sin consultármelas de antemano.

Bernie se limitó a mirarle con una sonrisa que era lo mismo que decirle: que te den morcilla.

20. Llamadas de altura

Gene Lopwitz no recibía a las visitas sentado a su escritorio. Las instalaba en un grupo de enormes butacones con orejeras de estilo chippendale inglés, con mesitas bajas de estilo chippendale irlandés, frente a la chimenea. Ese amontonamiento de muebles chippendale, al igual que otros amontonamientos similares de muebles esparcidos por aquella enorme estancia, eran productos del cerebro de Ronald Vine, el famoso decorador. Pero la chimenea era idea de Lopwitz. Era una chimenea que funcionaba. Los botones de la sala de bonos, que tenían aspecto de guardias jurados de banco recién jubilados, podían encender en ella un auténtico fuego con troncos, hecho que, cuando corrió la voz, provocó varias semanas de chistes burlones por parte de los escépticos de la casa, gente como Rawlie Thorpe.

Debido a que las oficinas se encontraban en un edificio moderno, nadie había calculado la posibilidad de tener que disponer salidas de humo para chimeneas. Pero Lopwitz, tras un año de éxitos acumulados, decidió instalar en su oficina una chimenea de verdad, con una repisa de madera tallada. ¿Por qué? Porque Lord Upland, el dueño del *Daily Courier* de Londres, tenía una chimenea así en su despacho personal. Este austero aristócrata había invitado a comer a Lopwitz en su suite de oficinas situada en un gran y antiguo edificio de ladrillo visto situado en pleno Fleet Street, con la esperanza de que Pierce & Pierce colocase entre los yanquis un buen paquete de acciones del *Daily Courier*. Lopwitz jamás volvió a olvidar que un mayordomo se les acercó de vez en cuando para echar otro tronco al cálido y crepitante fuego que estuvo ardiendo en la chimenea. Era tan... ¿cómo decirlo...?, tan *señorial*, tan *aristocrático*. Lopwitz se sintió como un muchacho afortunado que ha sido invitado a casa de un gran hombre.

El hogar. Esa era la clave. Los británicos, con su profundo instinto clasista, habían comprendido que la persona que se encontraba en la cúspide de un negocio no debía tener una oficina corriente, porque eso daba la impresión de que esa persona sólo era una pieza intercambiable de un mecanismo inmenso. No, había que disponer de unas oficinas que tuviesen el mismo aspecto que la casa de un noble, unas oficinas que dijese: «Soy yo, personalmente, el señor, el creador, el amo de esta gran organización.» Lopwitz salió victorioso de una tremenda pelea con los propietarios de aquella torre de oficinas y con sus administradores, y también con el departamento de Urbanismo del ayuntamiento, y con el Cuerpo de Bomberos, y la construcción de la chimenea le había costado nada menos que 350.000 dólares, pero al final logró salirse con la suya. De modo que, ahora, Sherman McCoy se quedó mirando pensativo aquel señorial y aristocrático hogar, cincuenta pisos por encima de la calzada de Wall Street, no lejos de la sala de bonos de Pierce & Pierce. Pero el fuego no estaba encendido. Hacía mucho tiempo que no se había encendido el fuego en

aquella chimenea.

Sherman se notaba el temblor eléctrico de la taquicardia en el pecho. Él y Lopwitz estaban sentados en los monstruos chippendale. Lopwitz no servía para las conversaciones preparatorias, ni siquiera en las situaciones más favorables, y esta pequeña reunión iba a ser especialmente sombría. La chimenea... las pulgas... Joder... Bueno, cualquier cosa antes que parecer un perro apaleado. De modo que Sherman se enderezó en la butaca, alzó su imponente mentón, e incluso se las arregló para mirar de arriba abajo al señor y amo de aquella gran empresa.

—Sherman —dijo Gene Lopwitz—, no voy a andarme por las ramas contigo. Te respeto demasiado para hacerte una cosa así.

¡El temblor eléctrico en su pecho! La cabeza de Sherman funcionaba tan aceleradamente como su pecho, y de repente se encontró preguntándose, sin saber por qué, si Lopwitz sabía cuál era el origen de la expresión andarse por las ramas. Probablemente no lo supiera.

—El viernes pasado tuve una larga conversación con Arnold —estaba diciéndole Lopwitz—. Bien. Lo que voy a decirte... Pero quiero que una cosa quede absolutamente clara, no es el dinero, la cantidad que hayamos perdido, lo que me importa. —Esta expedición hacia el terreno psicológico hizo que las ya de por sí hundidas mejillas de Lopwitz adquiriesen unos complicados plegamientos de perplejidad. Era un fanático del jogging (de la raza de las 5 de la madrugada). Poseía ese aspecto chupado y atlético de los que cada día miran de frente las huesudas facciones del gran dios Aeróbico.

Se puso a hablar de Oscar Suder y los bonos de United Fragance, y Sherman comprendió que debía prestar mucha atención. Los bonos de United Fragance... Oscar Suder... pero él sólo pensaba en el *City Light*, ¿Qué significaba aquello de «está próxima una revelación sensacional en torno al caso de Henry Lamb»? El texto, firmado por el mismo Fallow, era desconcertantemente vago, excepto cuando decía que la «revelación» había sido disparada por la noticia del *City Light* sobre la matrícula del coche. ¡*Disparada*! Esa era la clase de lenguaje que utilizaba la prensa. No sabía cómo, pero era esa palabra la que había provocado la taquicardia cuando se encontraba encerrado en el lavabo. Ninguno de los demás periódicos decía nada al respecto.

Lopwitz se había puesto a hablar del despiste que tuvo Sherman el día en que salió la gran emisión de bonos. Sherman veía perfectamente las regordetas manos de Freddy Button aleteando en torno a la pitillera. Gene Lopwitz seguía moviendo los labios. El teléfono de la mesita chippendale situada junto a la butaca de Lopwitz comenzó a sonar con un discreto zumbidillo. Lopwitz descolgó y dijo:

—Sí... Bien, de acuerdo. ¿Está todavía al teléfono?

Inexplicablemente, Lopwitz dirigió una sonrisa resplandeciente a Sherman y le

dijo:

—Un segundo nada más. Le he dejado a Bobby Shaflett mi avión para que pudiera llegar a tiempo. Tenía una cita en Vancouver. Ahora están volando sobre Wisconsin, o Dakota del Sur o no sé dónde.

Lopwitz bajó la vista, se hundió en la butaca, y sonrió emocionado ante la perspectiva de hablar con el Campesino de Oro, cuyo famoso volumen mantecoso y cuya famosa voz de tenor se encontraban ahora en el jet privado de Lopwitz, con sus ocho asientos y su motor Rolls Royce. Estrictamente hablando, el jet era de Pierce & Pierce, pero desde todos los puntos de vista prácticos era de Lopwitz, un avión personal, aristocráticamente suyo. Lopwitz bajó la cabeza, y una increíble animación brilló en su cara en cuanto empezó a hablar:

—¿Bobby? ¿Bobby? ¿Me oyes...? ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas? ¿Te tratan bien ahí arriba...? ¿Cómo...? ¿Oiga, oiga...? ¿Bobby? ¿Sigues ahí? ¿Oiga? ¿Me oyes, Bobby?

Sin soltar el teléfono, Lopwitz miró a Sherman con el ceño muy fruncido, como si acabase de hacer algo peor aún que hundir la operación de los United Fragance, o ausentarse sin autorización de su puesto de trabajo.

—Mierda —dijo Lopwitz—. Se ha cortado la conexión. —Hizo sonar la tecla de colgar, varias veces—. ¿Miss Bayles...? Se ha cortado la conexión. Mire si puede establecerla de nuevo.

Colgó y puso cara de abatimiento. Había perdido una oportunidad de escuchar al gran artista, a la gran esfera de grasa, dándole las gracias y, por lo tanto, rindiendo homenaje a Lopwitz desde la altura de los cielos, mientras sobrevolaba la gran patria americana.

—Bien, ¿dónde estábamos? —preguntó Lopwitz, tan furioso que Sherman no recordaba haberle visto así en su vida—. Ah, sí, los Giscard. —Lopwitz se puso a menear la cabeza, como si hubiese ocurrido algo verdaderamente horrible, y Sherman trató de reunir fuerzas, porque el desastre de los bonos Giscard era lo más grave de todo. Al instante siguiente, no obstante, Sherman tuvo la extraña sensación de que en realidad Lopwitz meneaba la cabeza sólo por lo del teléfono.

Este volvió a sonar. Lopwitz se abalanzó sobre él.

—¿Sí...? ¿Tiene otra vez el jet...? ¿Cómo...? Bien, póngamelo.

Esta vez Lopwitz miró a Sherman con una expresión de frustración y pasmo, como si Sherman fuera el amigo comprensivo que está a tu lado en el momento preciso.

—Es Ronald Vine. Llama desde Inglaterra. Ha ido a Wiltshire; está buscando unos revestimientos de madera con adornos en forma de pliegues que yo le encargué. Allí nos llevan seis horas de adelanto, así que tengo que atenderle.

Su tono pedía comprensión, solicitaba disculpa. ¿*Revestimientos de madera con*

adornos en forma de pliegues? Sherman fue incapaz de hacer otra cosa que quedarse mirándole boquiabierto. Pero, temeroso al parecer de que Sherman dijera alguna cosa en un instante tan crítico, Lopwitz alzó un dedo y cerró los ojos.

—¿Ronald...? ¿Desde dónde me llamas...? Me lo imaginaba... No, sé perfectamente... ¿Cómo? ¿Qué significa eso de que no te lo quieren vender...?

Lopwitz se sumergió en un acalorada discusión con Ronald Vine, el decorador, en torno a ciertos impedimentos que obstaculizaban la adquisición en Wiltshire de aquellos revestimientos de madera. Sherman miró de nuevo la chimenea... El nerviosismo... Lopwitz había usado el hogar durante dos meses solamente, para no volver a encenderlo nunca más. Un día, cuando estaba sentado a su escritorio, notó una intensa y molestísima comezón en la parte inferior de la nalga izquierda. Se le habían formado unas espantosas ampollas... Picaduras de pulgas... La única explicación plausible era que las pulgas se hubiesen abierto camino hasta el piso cincuenta, hasta la altura de la sala de bonos de Pierce & Pierce, en una carga de leña para el fuego, para luego dedicarse a morderle el trasero al gran señor. Sobre los morillos de latón había dispuestos ahora unos cuantos troncos de cuidadosamente seleccionada leña de New Hampshire, todos y cada uno de ellos escultóricamente perfectos, perfectamente limpios, total y absolutamente antisépticos, y empapados de suficiente insecticida como para dejar todo un platanar completamente vacío de toda criatura movediza, y permanentemente instalados, ya que jamás eran encendidos.

—¿Cómo que no quieren venderlos «comercialmente»...? Ya. He oído muy bien lo que te han dicho, pero saben que los compras para mí, ¿no? ¿A qué viene eso de «comercialmente»...? Unnh-hnnh... Pues mira, diles que para mí son una pandilla de *trayf*... Ya lo averiguarán ellos. Si lo mío es comercial, ellos son *trayf*... ¿Que qué quiere decir? Que mejor no tocarlo... Supongo que es lo que ellos llamarían, lisa y llanamente, *mierda*. No sé si conoces el viejo dicho: «Si miras de cerca, muy de cerca, todo es *trayf*», y eso incluye también a esos carcomidos aristócratas, Ronald. Diles que por mí ya pueden coger sus revestimientos de madera y metérselos por donde les quepan.

Lopwitz colgó y miró enfurecido a Sherman.

—Bien, Sherman, vamos al grano. —Lo dijo como si Sherman llevase rato esquivándole, perdiendo el tiempo, discutiendo, engañándole y, en general, tratando de volverle loco—. No logro entender qué ha pasado con los Giscard... Permíteme que te haga una pregunta. —Y puso la cabeza de lado, mirándole con una expresión que significaba: «Soy un astuto observador de la naturaleza humana»—. No es que quiera meterme en donde no me llaman, pero ¿tienes problemas familiares, o algo así?

Durante un momento Sherman consideró la posibilidad de apelar, de hombre a hombre, a la compasión de Lopwitz, y revelar, aunque sólo fuese mínimamente, el

asunto de su infidelidad conyugal. Pero un sexto sentido le dijo que la exposición de sus «problemas familiares» no haría otra cosa que provocar el desdén de Lopwitz y fomentar su sed de murmuraciones, que parecía considerable. De modo que se limitó a decir que no con la cabeza y sonreír levemente, indicando que aquella pregunta no le había afectado en lo más mínimo.

—No. En absoluto —dijo.

—Bien. ¿Necesitas entonces unas vacaciones?

Sherman no supo qué contestar a eso. Pero empezó a sentirse algo más animado. Como mínimo, no parecía que Lopwitz tuviera intención de despedirle. De hecho, no hizo falta que dijera nada porque el teléfono volvió a sonar. Lopwitz descolgó, con menos precipitación que la vez anterior.

—¿Sí...? ¿Cómo dice, Miss Bayles...? ¿Sherman? —Un tremendo suspiro—. En efecto, está aquí.

Lopwitz dirigió una mirada interrogadora a Sherman:

—Parece que es para ti. —Y le tendió el teléfono.

Extrañísimo. Sherman se puso en pie, tomó el teléfono, y se quedó junto a la butaca de Lopwitz.

—¿Diga?

—¿Mr. McCoy? —Era Miss Bayles, la secretaria de Lopwitz—. Hay un tal Mr. Killian al teléfono. Dice que es «urgentísimo», que tiene que hablar con usted. ¿Quiere que le ponga?

Sherman notó el fuerte impacto de una palpitación en el pecho. Luego su corazón emprendió una taquicardia galopante.

—Sí. Gracias.

—¿Eres Sherman? —dijo una voz. Era la de Killian—. Tengo que hablar contigo.

—Estoy en el despacho de Mr. Lopwitz —dijo Sherman, en tono muy serio.

—Ya lo sé —dijo Killian—. Pero tengo que asegurarme de que no abandonas el edificio antes de que nos veamos. Acabo de recibir una llamada de Bernie Fitzgibbon. Dice que tienen un testigo que puede... identificar a las personas que estuvieron metidas en el accidente. ¿Entiendes por dónde van los tiros?

—Sí... Ya llamaré en cuanto regrese a mi escritorio. —Sin perder la compostura.

—Bien. Estoy en mi bufete, pero tengo que irme a los juzgados. No tardes, ¿eh? Debo comunicarte una cosa muy importante. La fiscalía querrá hablar contigo, oficialmente, mañana. Oficialmente, ¿entendido?

Por el modo en que Killian dijo «oficialmente», Sherman adivinó que era una palabra en clave, por si acaso había alguien de Pierce & Pierce que tenía acceso a la conversación telefónica.

—De acuerdo —dijo Sherman. Sin perder la compostura—. Gracias.

Colgó el teléfono en la mesita estilo chippendale irlandés y volvió a sentarse,

mareado, en la buraca.

Lopwitz prosiguió como si no hubiese pasado nada:

—Como te decía, Sherman, el problema no está en que hayas perdido dinero de Pierce & Pierce. No es a eso a lo que me refiero. Lo de los Giscard fue una idea tuya. Estratégicamente estaba muy bien pensado, y se te ocurrió a ti solo. Pero, joder, hombre, te pasaste cuatro meses preparando tu plan, y eres el vendedor número uno de la sala de bonos. De modo que lo malo no está en el dinero que nos has hecho perder, sino que, mira, tú eres nuestro mejor vendedor, siempre has funcionado bien, y de repente nos encontramos con toda esa serie de cosas que he ido mencionándote...

Lopwitz se interrumpió y se quedó mirando fijamente, con asombro, a Sherman, que, sin decir palabra, se había puesto en pie. Sherman sabía qué hacía, y al mismo tiempo carecía de control sobre lo que estaba haciendo. Nadie puede dejar plantado a Gene Lopwitz en mitad de una conversación crítica en la que lo que se discute es su eficacia como vendedor en Pierce & Pierce, y, sin embargo, Sherman era incapaz de seguir sentado allí ni un segundo más.

—Gene —dijo—, tendrás que disculparme un momento. Tengo que irme. — Sherman llegó a oír su propia voz, como si llegase de otra persona—. Lo siento muchísimo, pero tengo que salir.

Lopwitz permaneció sentado y le miró como si se hubiese vuelto loco.

—Es lo de esa llamada —dijo Sherman—. Disculpa.

Comenzó a irse. En la zona periférica de su visión notó que Lopwitz le seguía con la mirada.

En la sala de bonos, la histeria matutina había alcanzado su punto culminante. Mientras avanzaba hacia su mesa, Sherman tuvo la sensación de nadar en pleno delirio.

—...Octubres del noventa y dos a cien...

—¡Te digo que les dejes en pelotas!

Ahhh, las migajas de oro... Qué absurdo le parecía ahora... Cuando ya se había sentado a su mesa, Argüello se le acercó y le dijo:

—Sherman, ¿sabes algo de la de diez millones de Joshua Tree S & L?

Sherman le apartó con un ademán, como el que se utilizaría para apartar del borde de un precipicio o de la proximidad del fuego a alguien que se hubiese acercado más de la cuenta. Mientras pulsaba los números de teléfono de Killian, se fijó en que le temblaba horrorosamente el dedo. Contestó la telefonista, y Sherman vio mentalmente la brutal luminosidad de la sala de espera de aquel viejo edificio de Reade Street. Instantes después Killian se puso al teléfono.

—¿Puedes hablar desde donde estás? —El *horrible acento*.

—Sí. ¿Qué significa eso de que quieren verme *oficialmente*?

—Quieren detenerte. Me parece antiético, innecesario y chapucero por su parte, pero van a hacerlo.

—¿Detenerme? —Hizo la pregunta como si no hubiese entendido. Pero el interrogante no era más que una oración lanzada involuntariamente desde su sistema nervioso central, una plegaria pidiendo que no fuera cierto, que no lo hubiese entendido bien.

—Sí. Es escandaloso. Lo que tendrían que hacer en realidad es ir con lo que tienen, sea lo que sea, a un gran jurado, y conseguir allí una acusación, y luego buscar un trato, como de costumbre. Bernie sabe que eso es lo que tendrían que hacer, pero Weiss necesita una detención urgente para quitarse de encima a los sabuesos de la prensa.

A Sherman se le secó la garganta. Sí, iban a detenerle. Lo demás no eran más que palabras.

—¿Detenerme? —Apenas un graznido.

—Ese Weiss es una bestia —dijo Killian—, y se porta con la prensa igual que una puta.

—Detenido... No puede ser. —Por favor, que no sea cierto—. ¿De qué... de qué me acusan?

—Imprudencia temeraria y denegación de auxilio, y también de no haber dado parte del accidente a las autoridades.

—Increíble. —Por favor, que todo esto no sea real—. ¿Imprudencia temeraria? Pero ¿cómo pueden...? ¡Si ni siquiera conducía yo!

—Su testigo dice otra cosa. Según Bernie, el testigo señaló tu foto entre otras muchas.

—¡Pero yo no conducía!

—Sólo digo lo que dice Bernie. Bernie dice que el testigo sabía también el color y el modelo del coche.

Sherman tomó conciencia de su respiración agitada y del estruendo de fondo en la sala de bonos.

—¿Sigues ahí, Sherman? —dijo Killian.

—Sí... —Con la voz ronca—. ¿Y *quién* es ese testigo?

—No ha querido decírmelo.

—¿Es el otro joven?

—No ha querido decirlo.

—¡Joder! ¿Podría ser Maria?

—No me lo ha dicho, ni piensa decírmelo.

—¿Ha dicho algo de la mujer que iba en el coche?

—No. Se guardarán los detalles en secreto, al menos por ahora. Pero mira, Sherman. Déjame decirte una cosa. No va a ser tan horrible como crees. Bernie me ha

dado su palabra. Puedo llevarte hasta allí y ser yo quien te entregue. Será entrar y salir.

¿Entrar y salir? ¿De dónde? Pero lo que Sherman dijo fue:

—¿Entregarme?

—Sí. Porque, si quisieran, podrían haber bajado al centro de la ciudad, detenerte en tu casa y llevarte esposado hasta allí.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el Bronx. Pero no será así. Bernie se ha comprometido. Y para cuando le pasen la noticia a la prensa, ya habrás salido, Sherman. Puedes estarles agradecido por el detalle.

La prensa... el Bronx... entregarme... imprudencia temeraria... una simple acumulación de abstracciones, a cuál más grotesca. De repente sintió unos desesperados deseos de visualizar lo que estaba a punto de ocurrir, imaginárselo, fuera lo que fuese, en lugar de no poder hacer otra cosa que sentir cómo aquella fuerza invisible iba estrechando el cerco a su alrededor.

—¿Sigues ahí, Sherman? —dijo Killian.

—Sí.

—Puedes agradecérselo a Bernie Fitzgibbon. ¿Recuerdas lo que te comenté acerca de los contratos? Esto es un trato, un contrato que hemos hecho Bernie y yo.

—Necesito salir de aquí y discutirlo largo y tendido, Killian.

—Justo en este momento he de irme a los juzgados. Voy a llegar tarde. Pero a eso de la una habré terminado. Ven a verme. De todos modos, probablemente necesitarás un par de horas.

Esta vez Sherman supo exactamente a qué se refería Killian.

—Dios mío —dijo en voz afónica—, tengo que hablar con mi mujer. No tiene ni idea de nada de esto. —Hablaba tanto consigo mismo como con Killian—. Y mi hija, mis padres... y Lopwitz... No sé... No sé qué decir. Todo esto es increíble.

—Te sientes como si te faltara el suelo bajo los pies, ¿eh? Natural. Lo más natural del mundo, Sherman, no eres un delincuente. Pero no será tan horrible como te imaginas. Que te detengan ni siquiera significa que tengan base suficiente para llevarte ante el juez. Simplemente significa que creen tener base suficiente para dar un paso en lugar de mantenerse cruzados de brazos. Así que óyeme bien, quiero decirte una cosa. Mejor dicho, voy a decirte otra vez algo que ya te he dicho anteriormente. Ahora vas a tener que contarles a algunas personas lo que ha ocurrido, pero no entres en detalles, entiendes. Tu *mujer*, por ejemplo... Bueno, lo que le digas a tu mujer es cosa tuya. No puedo darte consejos al respecto. Pero en cuanto a los demás... no entres en detalles. Todo lo que digas podría ser utilizado contra ti.

Una oleada de tristeza, de tremenda tristeza, cayó sobre Sherman. ¿Qué podía decirle a Campbell? ¿Qué versiones le llegarían a través de otra gente? Seis años;

inocente; una niña a la que le gustan las flores y los conejos.

—Entendido —dijo en un tono profundamente deprimido. Pobre Campbell. Seguro que todo aquello la aplastaría.

Tras despedirse de Killian, dejó que las letras y números verde diodo se deslizaran ante sus ojos. Sabía, desde un punto de vista lógico, intelectual, que Campbell, su hijita, sería la primera persona en creerle a ciegas, y la última en perder su fe en él, pero no servía de nada tratar de aplicar criterios lógicos e intelectuales en esta situación. Sherman vio el tierno y exquisito rostro de su pequeña.

Su preocupación por Campbell tuvo, al menos, efectos positivos. Sirvió para hacer que olvidara en parte la primera de las difíciles tareas a las que se enfrentaba: ir de nuevo a hablar con Gene Lopwitz.

Cuando llegó de nuevo a la suite de Lopwitz, Miss Bayle le miró con recelo. Era obvio que Lopwitz le había hecho algún comentario acerca de su modo de abandonar, como un chiflado, el despacho. La secretaria le señaló un exagerado sillón francés, y no le quitó el ojo de encima durante los quince minutos que tuvo que esperar hasta que Lopwitz le hizo llamar.

Lopwitz se encontraba en pie cuando Sherman entró en el despacho, y no le ofreció asiento. En lugar de eso, le interceptó a mitad de la grandísima alfombra oriental, como diciendo: «Bien, te dejo entrar otra vez, ya lo ves. Pero no me entretengas mucho.»

Sherman alzó su mentón e intentó dar una apariencia de dignidad. Pero sentía vértigo de sólo pensar en lo que iba a tener que revelar.

—Gene —dijo—, no pretendía dejarte tan bruscamente, pero no he tenido otro remedio. Esa llamada que he recibido mientras hablábamos... Me habías preguntado si tenía problemas. Pues bien, la verdad es que sí. Mañana por la mañana van a detenerme.

Al principio Lopwitz se quedó, simplemente, mirándole. Sherman se fijó en lo arrugados que tenía los párpados.

—Vamos hacia allá —dijo luego Lopwitz. Y le señaló el grupo de butacas con orejeras.

Volvieron a sentarse. Sherman notó un pellizco de resentimiento al notar la mirada de concentradísima atención que brillaba en el obeso rostro de Lopwitz, un rostro de auténtico *voyeur*. Sherman le explicó lo que la prensa había publicado en relación con el caso Lamb, y luego le contó la visita de los dos inspectores a su casa, aunque omitiendo todos los detalles humillantes.

Mientras hablaba estuvo mirando el arrobamiento de Lopwitz, sintiendo por dentro el mórbido estremecimiento del libertino que despilfarra el dinero ganado honradamente dedicándolo al pecado, y que echa a perder su vida familiar porque es incapaz de resistirse al tirón del vicio. La tentación de *decirlo todo*, de mostrarse

como un verdadero libertino, de hablar de las firmes y fabulosas curvas de Maria Ruskin y del combate en plena selva y de su triunfo contra aquellas dos bestias... la tentación de decirle a Lopwitz que todo lo que había hecho, fuera lo que fuese, lo había hecho por pura *virilidad*, y que como varón estaba libre de toda culpa; es más, no solamente estaba libre de culpa sino que era todo un *héroe*... la tentación de demostrar todo aquel drama desnudamente, un drama en el que él *no era el malo*... fue casi irresistible. Pero logró contenerse.

—El que me ha llamado cuando estaba aquí era mi abogado, Gene, y me ha aconsejado que no entre en detalles de lo ocurrido en este momento, pero sí quiero que sepas una cosa, sobre todo porque ignoro qué dirá la prensa de todo esto. Lo que quiero decirte es que no atropellé a nadie con mi coche, que no conduje con imprudencia temeraria ni hice absolutamente nada de lo que tenga que sentirme culpable. Tengo la conciencia limpia.

En cuanto dijo «conciencia», comprendió que todos los que son culpables hablan de lo limpia que tienen la conciencia.

—¿Quién es tu abogado? —preguntó Lopwitz.

—Se llama Thomas Killian.

—No le conozco. Tendrías que acudir a Roy Branner. No hay ninguno mejor que él en Nueva York. Fabuloso. Si alguna vez me viera metido en un aprieto, recurriría a Roy, seguro. Si quieres que te defienda, le llamaré.

Perplejo, Sherman tuvo que seguir escuchando a Lopwitz, que comenzó a contarle maravillas de Roy Branner, detallándole los casos que había ganado, explicándole cómo le conoció, lo muy íntimos que eran, y que sus respectivas esposas también se conocían y que Roy haría por él, Sherman, auténticas maravillas con la sola condición de que él, Gene Lopwitz, se lo pidiera.

Así pues, eso era lo que le dictaba su instinto a Lopwitz tras haberse enterado de la crisis en la que se había visto metido Sherman: transmitirle informaciones confidenciales, hablarle de lo enterado que estaba de todo, de la cantidad de gente importante que conocía, de la gran influencia que ejercía, como gran señor, sobre un Famoso. Pero también surgió otro instinto, de carácter más práctico. Un instinto disparado por la palabra *prensa*. Lopwitz le propuso, en un tono que no invitaba precisamente a que se le discutiera el consejo, que Sherman se tomara una temporada de vacaciones hasta el momento en que quedase resuelto este desagradable asunto.

Esta sugerencia, tan sensata, formulada con tanta tranquilidad, provocó en Sherman una alarma de su sistema nervioso. Si se tomaba esas vacaciones, podía —tal vez, no estaba del todo seguro— seguir cobrando su sueldo base, 10.000 dólares al mes, que era menos de la mitad de lo que tendría que seguir pagando mensualmente sólo en concepto de devolución de préstamos. En cambio, dejaría de percibir la parte proporcional de los beneficios obtenidos por el departamento de bonos. Desde un

punto de vista práctico, el sueldo sería su único ingreso.

Sonó el refrescante zumbido del teléfono que Lopwitz tenía instalado en su mesita chippendale itlandés. Lopwitz lo descolgó.

—¿Sí...? ¿En serio? —Gran sonrisa—. Fantástico... ¿Oiga...? ¿Bobby? ¿Me oyes? —Miró a Sherman, le dirigió una relajada sonrisa, y articuló con los labios el nombre de su interlocutor telefónico, *Bobby Shaflett*. Después bajó la vista y se concentró en el aparato. Tenía el rostro arrugado de la más pura euforia—. ¿Dices que va perfecto...? Bien, bien. Óyeme una cosa, si necesitas algo, lo pides y listo. Sí, son buena gente. ¿Sabías que los dos fueron pilotos en Vietnam...? Desde luego... Unos tipos fabulosos. Si quieres una copa o lo que sea, pídeselo. Tengo en el avión un magnífico Armagnac de 1934. Creo que está al fondo de la cabina de pasajeros. Pregúntaselo a Tony, el más bajito. Él sabe dónde lo guardo... Bien, esta noche, cuando regreses. Es fantástico, el mejor Armagnac de todos los tiempos. Cosecha del 34. Suavísimo. Así te relajarás mejor... Así que ¿todo bien...? Fantástico. Bien... ¿Cómo...? De nada, Bobby. Encantado de hacerte un favor, encantado.

Su expresión después de haber colgado difícilmente hubiese podido ser más jubilosa. El más famoso cantante de ópera de toda Norteamérica se encontraba en su avión particular, viajaba en él a Vancouver, con los dos pilotos personales de Lopwitz, aquellos dos veteranos de la guerra de Vietnam, como pilotos y a la vez mayordomos, sirviéndole un Armagnac de hacía más de medio siglo, de los de a más de mil dólares la botella. Y ahora este tipo voluminoso y famoso y fantástico le estaba dando las gracias, desde el cielo de Montana.

Sherman se quedó observando el rostro sonriente de Lopwitz y comenzó a sentir miedo. Lopwitz no se había enfadado con él. Estaba igual que antes, imperturbable. Ni siquiera se había mostrado especialmente sorprendido. No, *el destino que pueda correr Sherman McCoy carece de importancia*. El estilo de vida a la inglesa de Lopwitz subsistiría igual que siempre por mucho que Sherman McCoy tuviese problemas, y también Pierce & Pierce los aguantaría como si tal cosa. Durante una breve temporada, todo el mundo disfrutaría contando detalles de aquel asunto picante, y, entretanto, las ventas de bonos seguirían siendo tan abundantes como siempre, y el nuevo vendedor número uno —¿Quién? ¿Rawlie? ¿Alguno de los demás?— se presentaría en la sala de conferencias de Pierce & Pierce —el té en el Connaught— y comentaría allí las incidencias de la jornada. En cuanto sonara otra llamada telefónica aire-tierra que le permitiera hablar con otro famoso de mucho volumen, Lopwitz se olvidaría de todo, hasta de quién era Sherman.

—Bobby Shaflett —dijo Lopwitz, como si él y Sherman estuviesen tomando unas copas en espera de la comida—. Estaba sobrevolando Montana, ahora mismo. —Sacudió la cabeza con incredulidad, y sonrió para sí, como diciendo: «Un chico fenomenal.»

21. El koala fabuloso

Jamás en su vida había visto las cosas, las cosas de la vida cotidiana, con mayor claridad. ¡Y todas y cada una de ellas parecían estar siendo envenenadas por sus ojos!

En el banco de Nassau Street, un banco en el que había entrado cientos de veces, ese banco en el que los cajeros, guardias de seguridad, apoderados y hasta el propio director le conocían como Mr. McCoy de Pierce & Pierce, ese banco en el que era tan apreciado y donde, de hecho, había conseguido que le dieran un préstamo personal de 1,8 millones de dólares para que se comprara con él su apartamento —¡y que le costaba 21.000 dólares al mes!, ¡y de dónde iban a salir ahora esos dólares! ¡Dios mío!—, Sherman se fijaba ahora hasta en los más nimios detalles... en las molduras con relieves de huevos y flechas que reseguían la cornisa de la planta baja... en las viejas pantallas rojizas de las lámparas situadas en los escritorios del centro de la gran sala... en los adornos en espiral de las columnas que sostenían la barandilla que separaba la zona destinada al público de la ocupada por los empleados... ¡Tan sólido todo! ¡Tan preciso! ¡Tan ordenado...! Y, ahora, ¡tan falso! ¡Una burla...! Todo ello absolutamente inútil, pues no le brindaba la más mínima protección...

Todos le dirigían *sonrisas*. Frágiles seres respetuosos que no sospechaban nada... Hoy era todavía Mr. McCoy Mr. McCoy Mr. McCoy Mr. McCoy Mr. McCoy... Qué triste pensar que en este lugar sólido y ordenado... mañana...

Diez mil en metálico... Killian le había dicho que el dinero de la fianza había de darlo en metálico... en la ventanilla estaba una joven negra, apenas veinticinco años, con una blusa de cuello alto cerrada con un alfiler de oro... una nube de oro con una cara de carrillos hinchados... soplando... Los ojos de Sherman se quedaron clavados en la extraña tristeza de la cara de oro de aquella nube, el viento... Si entregaba a la cajera un cheque por diez mil dólares, ¿se lo aceptaría? ¿Sería necesario que fuera a darle explicaciones a otro empleado del banco? ¿Qué diría? ¿Diría que era para pagar una *fianza*? El muy estimado Mr. McCoy Mr. McCoy Mr. McCoy Mr. McCoy...

Lo único que de hecho le dijo la cajera fue:

—Supongo, Mr. McCoy, que ya sabe que hemos de informar de todas las transacciones de 10.000 dólares o más...

¿*Informar*? A algún directivo del banco...

Ella debió de haber notado la sorpresa en su rostro, porque añadió:

—Siempre informamos al Gobierno. Tendremos que rellenar un impreso.

Entonces lo recordó. Era una norma que pretendía detectar a los traficantes de drogas, cuyas transacciones siempre eran en metálico y en cantidades muy grandes.

—¿Cuánto rato tardaremos? ¿Hay mucho papeleo?

—No, basta con que rellenemos el impreso. Toda la información necesaria, señas y todo lo demás, lo tenemos en nuestras fichas.

—Bueno... De acuerdo.

—¿Cómo lo quiere? ¿Billetes de cien?

—Hum, sí, de cien. —No tenía la menor idea del volumen que representaban diez mil dólares en billetes de cien.

La cajera abandonó la ventanilla y regresó en seguida con algo que tenía aspecto de un ladrillo de papel envuelto en una faja.

—Aquí tiene. Cien billetes de cien dólares.

Sherman sonrió con cierto nerviosismo:

—¿Eso es todo? No parece gran cosa...

—Bueno... depende. Todos los billetes nos llegan en paquetes de cien, tanto los de un dólar como los de cien. Un paquete de los de cien impresiona bastante, la verdad.

Sherman apoyó su attache sobre el mostrador de mármol junto a la ventanilla, lo abrió, tomó el ladrillo de papel que le ofrecía la cajera, lo guardó en la cartera, la cerró, y volvió a mirar a la joven. Esa chica lo sabía, ¡desde luego! Sabía que tenía algo sórdido entre manos si se veía obligado a sacar una cantidad tan enorme en metálico. ¡Por fuerza!

De hecho, el rostro de la joven cajera no traicionó aprobación ni censura. La chica le sonrió, cortésmente, para demostrarle su buena voluntad..., y una oleada de miedo golpeó a Sherman de pies a cabeza. *¡Buena voluntad!* ¿Qué pensaría en cambio ella, o cualquier otro negro, mañana, al ver el rostro de Sherman McCoy...?

¿Qué pensarán mañana todos ellos del hombre que atropello a un buen estudiante negro y le dejó abandonado en la calzada, un chico que ahora está a punto de morir?

Cuando bajaba por Nassau hacia Wall Street, camino de Dunning Sponget & Leach, sufrió un ataque de angustia financiera. Tras haber retirado aquellos 10.000 dólares, su cuenta bancaria había quedado prácticamente a cero. Tenía alrededor de 16.000 dólares más en una de las llamadas cuentas de ahorro, que en cualquier momento podían ser transferidos a la otra cuenta. Era un dinero que Sherman guardaba a mano para... gastos adicionales... toda la larga serie de facturas que le llegaban todos los meses... que seguirían llegándole... ¡todos los meses! *¿Y ahora, qué?* Pronto se vería obligado a invadir su capital... y su capital era bastante reducido. Mejor sería dejar de pensar en todo eso. Tenía que pensar en su padre. Dentro de cinco minutos estaría ante él... No podía ni imaginárselo. Y eso no sería nada en comparación con el momento de contárselo a Judy y a Campbell.

Al entrar en el despacho de su padre, éste se levantó de su silla situada al otro lado del escritorio... pero los ojos envenenados de Sherman se fijaron en otra cosa... lo más triste de todo... Justo frente a la ventana del despacho de su padre, en la ventana de un nuevo edificio de aluminio y cristal situado en la otra acera, una mujer

joven, blanca, miraba hacia abajo mientras se metía en la oreja, por el canal que separa el trago del antitrigo, un palito con la punta de algodón... una mujer muy fea de pelo espeso y rizado, que miraba la calle mientras se limpiaba las orejas... Qué tristísimo... La calle era tan estrecha que Sherman tuvo la sensación de que podía dar unos golpecitos en el cristal de la habitación en la que estaba ella... Aquel nuevo edificio dejaba en perpetua penumbra el caserón que albergaba el despacho de su padre. Tenían que dejar encendida la luz a todas horas. En Dunning Sponget & Leach no se obligaba a los antiguos socios, como John Campbell McCoy, a que se retirasen, pero se suponía que ninguno de ellos trataría de interferir en la marcha del bufete. O sea, que todos ellos abandonarían los despachos más grandes y con mejor panorámica, y se los dejarían a los socios de mediana edad que se encontraban en pleno ascenso profesional, abogados cuarentones y cincuentones, hinchados todavía de ambición y visiones de vistas todavía más grandiosas en despachos aún más grandiosos.

—Pasa, Sherman —le dijo su padre... el viejo León... con una sonrisa y también cierta entonación. Seguro que había podido adivinar, en el tono de la voz de Sherman cuando le telefoneó aquella misma mañana, que esta visita no iba a ser corriente. El León... Seguía siendo una figura impresionante gracias a su mentón aristocrático y a su abundante pelo blanco peinado hacia atrás, y su traje inglés, la gruesa cadena de reloj que cruzaba su chaleco. En cambio, su piel parecía delgada y delicada, como si de un momento a otro su pellejo leonino pudiese desmoronarse bajo el magnífico traje de estambre. El León señaló la butaca situada junto a su escritorio, y le dijo, en tono muy agradable:

—El mercado de bonos debe de estar en calma. De repente, parezco ser merecedor de una visita a media jornada.

Una visita a media jornada... Antiguamente, el despacho del viejo León dominaba una magnífica vista del puerto de Nueva York. Qué contento se sentía Sherman de pequeño cuando iba a visitar a papá en su despacho... Desde el momento en que salía del ascensor en el piso dieciocho, él era Su Majestad el Niño. Todo el mundo, desde la chica de la recepción hasta los socios jóvenes e incluso los botones, conocía su nombre y lo entonaba alegremente, como si nada en el mundo pudiera proporcionarles a cada uno de ellos mayor júbilo que ver su carita, provista ya de un incipiente y pronunciado mentón. Todo lo demás parecía interrumpirse en cuanto Su Majestad el Niño era conducido hasta la enorme suite de oficinas presidida por el despacho que el León tenía en una esquina del edificio. Entonces se abría la puerta y, oh maravilla, el sol entraba a raudales desde encima del puerto, que se extendía, como un obsequio especial para Sherman, a sus pies. La estatua de la Libertad, los ferries de Staten Island, los remolcadores, las lanchas patrulla de la policía, los cargueros que se aproximaban por los Narrows, a lo lejos... ¡Qué espectáculo, y todo

para él! ¡Qué felicidad!

Varias veces, en aquel glorioso despacho, estuvieron a punto de sostener, padre e hijo, una conversación auténtica. Aun siendo muy jovencito, Sherman notó en algunas ocasiones que su padre hacía esfuerzos por abrir la puerta de la ceremoniosidad y dejarle entrar en otro mundo más íntimo. Pero jamás había llegado a abrirse del todo esa puerta. Ahora, en apenas unos instantes, Sherman ya era un hombre de treinta y ocho años, y no había puerta alguna cerrada a su paso. ¿Cómo explicarle su situación a su padre? Nunca se había atrevido a avergonzar a su padre haciéndole una confesión de debilidad, y mucho menos de degeneración moral y de la más abyecta vulnerabilidad. Y ahora no le quedaba otro remedio que hacérsela.

—Bien, ¿cómo van las cosas en Pierce & Pierce?

Sherman rió sin alegría.

—No lo sé. De momento, van... sin mí. Es todo lo que sé.

—¿Vas a dejarles? —dijo su padre, inclinándose hacia adelante.

—En cierto modo. —Aún no sabía cómo exponerlo.

De modo que, a la manera de las personas débiles y que se sienten culpables, optó por soltarlo directamente y formular una torpe petición de solidaridad, tal como hiciera poco antes ante Lopwitz.

—Papá, mañana por la mañana me van a detener.

Su padre le miró de hito en hito durante lo que a Sherman le pareció una eternidad. Luego abrió los labios, volvió a cerrarlos, soltó un breve suspiro, como si se negara a utilizar las reacciones corrientes, la sorpresa, la incredulidad, ante el anuncio de un desastre. Lo que dijo finalmente, aun siendo muy lógico, desconcertó a Sherman.

—¿Quién va a detenerte?

—La... policía. La policía de Nueva York.

—¿De qué se te acusa? —Tanto desconcierto y tanto dolor en su rostro. Sí, le había dejado pasmado, incapaz, seguramente, de enfurecerse... Qué estrategia tan despreciable la que había utilizado...

—De imprudencia temeraria, denegación de auxilio, y de no haber informado del accidente a las autoridades.

—Un accidente... —dijo su padre, como si hablara consigo mismo—. ¿Y dices que van a detenerte *mañana*?

Sherman asintió con la cabeza e inició el relato de su sórdida historia, tratando mientras de estudiar el rostro de su padre y notando, con tanto alivio como culpa, que seguía permaneciendo pasmado. Sherman trató el asunto de Maria con delicadeza victoriana. Que casi no la conocía. Que la había visto sólo tres o cuatro veces, en situaciones inocuas. Que, por supuesto, jamás debería haber coqueteado con ella. Coqueteado.

—¿Quién es esa mujer, Sherman?

—Está casada con un tal Arthur Ruskin.

—Ah. Me parece que sé quién es. Judío, ¿no?

¿Y qué coño importa que lo sea?

—Sí.

—Y ella... ¿quién es?

—Es de algún lugar de Carolina del Sur.

—¿Cuál era su apellido de soltera?

¿Su apellido de soltera?

—Dean. No creo que se trate de una Gran Dama perteneciente a una Buena Familia del Sur, papá.

Cuando llegó a la primera aparición de la noticia en la prensa, Sherman comprendió que su padre prefería no conocer ninguno más de aquellos sórdidos detalles. Volvió a interrumpir su relato.

—¿Quién te representa, Sherman? Imagino que tienes *abogado*...

—Sí. Thomas Killian.

—Jamás había oído hablar de él. ¿Quién es? Con el alma encogida:

—Trabaja en el bufete Dershkin, Bellavita, Fishbein y Schiossel.

Al León le temblaron las aletas de la nariz, y se le tensaron los músculos de la mandíbula, como si estuviese haciendo un esfuerzo por no vomitar.

—¿Y cómo diablos les has localizado?

—Son criminalistas. Me los recomendó Freddy Button.

—¿Freddy? ¿Has permitido que *Freddy*...? —Se puso a sacudir la cabeza con incredulidad. No encontraba las palabras.

—¡Es *mi* abogado!

—Ya lo sé, Sherman, pero Freddy... —El León desvió la vista hacia la puerta y bajó la voz—. Freddy es una magnífica persona, Sherman, ¡pero este asunto es muy grave!

—Fuiste tú mismo, papá, quien me remitió a Freddy, hace ya bastante tiempo.

—¡Lo sé! ¡Pero *no* para asuntos importantes! —Siguió sacudiendo la cabeza un poco más. Pasma y más pasmo.

—Bien, sea como fuere, el abogado que me representa se llama Thomas Killian.

—Ah, Sherman. —Un tremendo cansancio. La situación parece irremediable—. Ojalá hubieses acudido a mí en cuanto ocurrió lo que me has contado. Ahora, estando las cosas tan avanzadas... En fin, ahí es donde estamos. Tratemos de avanzar a partir de esta situación. De una cosa estoy absolutamente convencido. Tienes que encontrar el mejor abogado. Un abogado en el que puedas confiar plenamente, porque vas a poner muchas cosas en sus manos. No se puede ir al primero... Telefonaré a Chester Whitman y a Ed LaPrade, y les sondearé.

¿*Chester Whitman y Ed LaPrade*? Dos viejos jueces federales que, si no se habían retirado ya, estaban a punto de jubilarse. Era tan remota la posibilidad de que alguno de ellos supiese algo sobre las maquinaciones de un fiscal del Bronx o de un agitador de Harlem... Y de repente Sherman se entristeció, no tanto porque sintiera pena de sí mismo como porque se la inspiraba aquel anciano con el que estaba hablando, al que veía aferrarse a ciertas relaciones que sin duda fueron importantísimas allá por los años cincuenta, o sesenta...

—¿Miss Needleman? —El León ya estaba hablando por teléfono—. ¿Quiere llamar al juez Chester Whitman, por favor? ¿Cómo...? Ah, ya comprendo. Bien, pues cuando lo termine.

Colgó. Como antiguo socio del bufete, ya no tenía secretaria propia. Tenía que compartirla con otra media docena de abogados, y, evidentemente, Miss Needleman no brincaba de su asiento en cuanto oía la voz del León. Mientras esperaba, el León miró por su única ventana, frunció los labios, y adoptó una expresión que hacía resaltar su vejez.

Y en ese momento Sherman llevó a cabo un horrible descubrimiento, el mismo que todos los hombres, tarde o temprano, hacen en relación con su respectivo padre. Por vez primera comprendió que el anciano que tenía junto a él no era un padre envejecido sino un muchacho, un muchacho muy parecido al que había sido él mismo, un muchacho que creció, tuvo un hijo y, lo mejor que pudo, obedeciendo a su sentido del deber y también, quizás, por amor, adoptó un papel consistente en Ser Padre, a fin de que su hijo tuviera una figura mítica e infinitamente importante a su lado: la figura del Protector encargado de impedir que se destapara la caja que contenía todas las posibilidades de caos y desastre que la vida podía traer consigo. Y, ahora, ese muchacho, ese buen actor, se había hecho viejo, frágil, se había convertido en un ser cansado, mucho más cansado que nunca ante la perspectiva de tener que ponerse otra vez su armadura de Protector, cuando sus hombros ya no tenían fuerzas para cargar con ella.

El León volvió de nuevo la mirada hacia él y sonrió con, según le pareció a Sherman, cierto amable embarazo.

—Sherman —le dijo—, prométeme una cosa. No te desanimes en ningún momento. Ojalá hubieses venido a verme antes, pero eso ya no importa. Tendrás todo mi apoyo, y tendrás también el de tu madre. Haremos por ti todo lo que esté a nuestro alcance, te lo aseguro.

Por un instante Sherman creyó que su padre le hablaba de dinero. Pensándolo bien, sin embargo, supo que no era así. Para el criterio del resto del mundo, del mundo de fuera de Nueva York, sus padres eran ricos. De hecho, tenían lo suficiente como para mantener la casa de la calle Setenta y tres y la casa de Long Island, más asistenta en ambas casas algún día a la semana, más los gastos gracias a los cuales

podrían seguir manteniendo ese mismo nivel de vida hasta el fin de sus días. Pero meterle mano a su capital sería como cortar una vena. No podía hacerle eso al hombre de cabello blanco que estaba sentado ante él en aquel diminuto despacho. Por otro lado, ni siquiera sabía con seguridad si era eso lo que le estaban ofreciendo.

—¿Y Judy? —preguntó su padre.

—¿Judy?

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Aún no sabe nada.

—¿Que *no* lo sabe?

—Nada de nada.

Hasta el último vestigio de expresión quedó borrado del rostro de aquel viejo muchacho encanecido.

Cuando Sherman le pidió a Judy que entrara con él en la biblioteca, estaba completamente decidido a serle del todo honesto. Pero en cuanto abrió los labios tomó conciencia de su otro yo, secreto y torpe: su yo hipócrita. Fue el hipócrita quien adoptó aquel portentoso timbre de barítono, y quien le señaló a Judy la butaca de orejeras con la misma actitud que podría haber adoptado el director de una empresa de pompas fúnebres, y quien cerró la puerta de la biblioteca con lúgubre determinación para después volverse y apretar las cejas en un gesto ceñudo que debía servir para que Judy, antes incluso de haber oído la primera frase, supiese que la situación era grave.

El hipócrita no fue a sentarse a su escritorio —habría sido una situación demasiado empresarial— sino en la silla de brazos. Después de hacerlo le dijo:

—Judy, quiero que trates de dominarte...

—Si piensas contarme lo de tu... comolallames, no te tomes la molestia. No sabes lo poquísimo que me interesa.

—¿Mi... *qué*? —Desconcertado.

—Tu... amante... si es que se trata de eso. No quiero ni oír hablar de ella.

Sherman se quedó mirándola con los labios ligeramente entreabiertos mientras rebuscaba en su mente algo que decir: «Eso sólo es parte de lo que he de decirte...» «Si sólo fuera eso...» «Lo siento, pero tendrás que oírlo...» «Hay bastante más que eso...» Frases, todas ellas, chatas, cobardes. De modo que recurrió otra vez al método de la bomba. Dejó caer la bomba sobre ella.

—Judy, mañana por la mañana van a detenerme.

Fue suficiente para derrumbarla. Para borrar la expresión condescendiente de su rostro. Se le hundieron los hombros. No era más que una mujercita pequeña en una silla muy grande.

—¿*Detenerte*?

—¿Recuerdas ese día de los dos inspectores, los que vinieron a casa? ¿Recuerdas aquello que pasó en el Bronx?

—¿Fuiste tú?

—Lo fui.

—¡No me lo puedo creer!

—Por desgracia, es cierto. Fui yo.

Judy estaba pasmada, asustada. Sherman volvió a sentirse un simple ser barato y culpable. De nuevo, las dimensiones de su catástrofe alcanzaban el terreno moral.

Comenzó a contar lo ocurrido. Hasta que se puso a pronunciar las primeras palabras, había tenido intención de decirle toda la verdad respecto a lo de Maria. Pero... ¿para qué serviría? ¿Por qué razón devastar del todo la vida de su mujer? ¿Por qué mostrarle lo absolutamente detestable que era su marido? De modo que le dijo que no había sido más que un simple coqueteo. Que sólo hacía tres semanas que la conocía.

—Me había comprometido a recogerla en el aeropuerto. De repente me encontré con que le había dado mi palabra. Probablemente, no sé... ni me di cuenta de lo que le decía... no pretendo engañarte ni engañarme, Judy... pero, te lo juro, ni siquiera la he *besado* una sola vez, ni, por supuesto, jamás hemos sido *amantes*. Pero ocurrió eso tan absolutamente increíble, esa pesadilla, y no he vuelto a verla, sólo esa noche en la que me sentaron al lado de ella, en la cena de los Bavardage. Te lo juro, Judy, no éramos amantes.

Sherman estudió el rostro de su mujer para ver si le creía. Era la pura inexpresividad. Estaba atónita. Sherman prosiguió.

—Ya sé que habría tenido que decírtelo en cuanto ocurrió. Pero se añadía a esa estúpida llamada telefónica... Y temí que creyeses que me había liado con ella, lo cual no era cierto. Judy, la he visto sólo cinco veces en toda mi vida, siempre en público. En fin, incluso ir al aeropuerto para recoger a alguien es una situación pública...

Se interrumpió y trató otra vez de estudiar la reacción de Judy. Nada. Su silencio le resultó apabullante. Se sintió obligado a pronunciar todas las palabras que estaba echando en falta.

Siguió contándole lo de las noticias aparecidas en la prensa, los problemas que había tenido en el trabajo, su consulta a Freddy Button, lo de Thomas Killian, lo de Gene Lopwitz. Mientras iba hablando con entonación monótona sobre una cosa, sus pensamientos corrían lanzados hacia la siguiente. ¿Debía hablarle de la conversación con su padre? De este modo contaría con la simpatía de Judy, porque ella comprendería cuánto dolor le había causado hablar de aquello con el León. ¡No! Seguramente se enfadaría por haberse enterado después de su padre... Pero, antes de llegar a ese momento, Sherman comprendió que Judy ya no estaba escuchándole. En

su rostro había aparecido una expresión curiosa, casi ensoñada. Luego se puso a reír. El único sonido fue el *clac clac clac* de su garganta.

Escandalizado, ofendido:

—¿Te parece gracioso?

—Me río de mí misma. —Dicho con una sonrisa levísima—. Me he pasado todo el fin de semana fastidiada, pensando en que te habías comportado como un ganso en casa de los Bavardage... Temía que eso echara a perder mis posibilidades de llegar a convertirme en presidenta de la campaña de fondos para el museo...

A pesar de todo, a Sherman le dolió saber que en casa de los Bavardage se había comportado como un ganso.

—¿No te parece divertido? —dijo Judy—. ¿No es gracioso que estuviera preocupada por lo de la presidencia...?

—Siento —su voz era apenas un siseo— ser un obstáculo para tus ambiciones sociales.

—Sherman. Escúchame tú a mí un momento. —Lo dijo con una amabilidad y una calma tan maternales que a Sherman le pareció estar viviendo un sueño—. No estoy reaccionando como una buena esposa, lo admito. Me gustaría poder hacerlo. Pero ¿cómo? Quiero ofrecerte mi amor, o, si no es mi amor, mi... ¿qué...?, mi simpatía, mi solidaridad, mi consuelo. Pero no puedo. No puedo ni fingirlo. No has permitido que estuviera a tu lado. ¿Entiendes lo que digo? No me has permitido estar a tu lado. Me has engañado, Sherman. ¿Sabes qué significa *engañar* a alguien?

Esto último lo dijo con la misma calma maternal que todo lo demás.

—¿Engañarte? Santo Dios, fue un simple coqueteo, si es que fue algo. Mirar a alguien... en plan seductor... en fin, tú podrás decir que eso es engañarte, pero yo no.

Judy volvió a mostrar una sonrisa muy ancha y, sacudiendo la cabeza con incredulidad, le dijo:

—Sherman, Sherman, Sherman.

—Te juro que es la verdad.

—Mira, no sé qué hiciste con Maria Ruskin, ni me importa. Sencillamente, no me importa. Eso es lo que menos cuenta de todo, aunque tú no lo entiendas. —¿De *todo*?

—De todo lo que me has hecho a mí. Y no sólo a mí, también a Campbell.

—¡Campbell!

—A tu familia. Somos una familia. Eso que ocurrió hace dos semanas, eso que nos afecta a todos, lo has mantenido en secreto. Me lo ocultaste. Estuviste junto a mí, en esta misma habitación, viendo la manifestación, la noticia, y no dijiste ni palabra. Y luego vino a casa la policía, ¡la policía! ¡A casa! Incluso te pregunté por qué estabas de aquel modo, y fingiste que era una simple casualidad. Y luego... esa misma noche... estuviste sentado al lado de tu... tu amiga... tu cómplice... tu compinche... Ya me dirás cómo quieres que la llame... y seguiste sin decir nada.

Permitiste que yo siguiera pensando que no pasaba nada. Permitiste que siguiera alimentando mis sueños disparatados, y permitiste que Campbell siguiera teniendo sus sueños infantiles, que creyese que era una niña normal que vivía en una familia normal, que jugaba con sus amiguitas, que hacía sus conejitos y sus tortugas y sus pingüinos. La noche en la que *el mundo entero* se enteró de tu *aventura*, Campbell te enseñaba un conejo de barro que había hecho ella sola. ¿No te acuerdas de este detalle? ¿No te acuerdas? ¡Y tú te limitaste a mirarla y a decirle *todo lo que tenías que decirle!* Y ahora... ahora vuelves a casa —de repente se le habían llenado los ojos de lágrimas— y me dices... que... mañana... por... la... mañana... van... a... detenerte...

Ella se enderezó en su asiento y alzó las manos en un ademán delicado, sin mucha confianza.

—No te acerques —le dijo sin alzar la voz—. Escucha lo que tengo que decirte. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Intentaré ayudarte, e intentaré también ayudar a Campbell, por todos los medios que estén a mi alcance. Pero no puedo darte mi amor ni puedo tampoco darte mi afecto. No soy tan buena actriz como para hacerlo. Ojalá lo fuese, porque, Sherman, vas a necesitarlo. Vas a necesitar mucho amor y mucho afecto.

—¿No puedes perdonarme? —dijo Sherman.

—Imagino que podría hacerlo —dijo ella—. Pero ¿qué cambiaría?

Sherman no supo qué contestarle.

Habló con Campbell en el dormitorio de la pequeña. Entrar en aquel cuarto fue suficiente para romperle el corazón. Campbell estaba sentada a su mesa (una mesa redonda con 800 dólares de una tela Laura Ashley, un estampado de flores que colgaba hasta el suelo, y con un cristal biselado de 280 dólares en su superficie), aunque habría más bien que decir que Campbell se encontraba medio sentada sobre esa mesa, con la cabeza cerca del cristal, en actitud de concentración intensísima, escribiendo letras con un gran lápiz rosado. Era la habitación perfecta para una niña de su edad. Muñecas y animales de peluche colgaban por todas partes. Los había en las estanterías esmaltadas de blanco con serpenteantes columnitas, y también en el par de sillas de boudoir en miniatura (más tapicería a flores de Laura Ashley). Colgaban de la cabecera de la cama, estilo chippendale, con adornos de lacitos, y de los pies, y estaban asimismo esparcidos por encima del cuidadosamente dispuesto montón de almohadones de encaje, y en las dos mesillas de noche, ambas redondas y ambas cubiertas hasta el suelo con otra fortuna de tejidos carísimos. Sherman no había regateado jamás ni un centavo de las fabulosas sumas de dinero que habían sido invertidas por Judy en esta habitación, ni tampoco lo hizo ahora. Tenía el corazón lacerado por la idea de que, en este momento, tenía que encontrar las palabras

adecuadas para explicarle a Campbell que el mundo de ensueño de esta habitación se había terminado, con muchísimos años de adelanto sobre lo previsto.

—Hola, cariño, ¿qué haces?

Sin alzar la vista:

—Estoy escribiendo un libro.

—¡Escribiendo un libro! Me parece maravilloso. ¿De qué trata?

Silencio; sin alzar la vista; concentradísima en el trabajo.

—Cariño mío, quiero hablarte de una cosa, una cosa muy importante.

La niña alzó la vista:

—Papá, ¿puedes hacer un libro?

—*¿Hacer un libro?*

—¿Hacer un libro? ¿Qué quieres decir exactamente?

—¡Hacer un libro! —Un tanto exasperada por la torpeza de papá.

—¿Quieres decir... *hacerlo*, fabricarlo? No, los fabrican en las imprentas.

—MacKenzie está haciendo un libro. Le ayuda su papá. Yo también quiero hacer un libro.

Garland Reed y sus malditos libracos. Sorteando la dificultad:

—Bueno, para eso hace falta escribirlo.

—¡Ya lo he escrito! —Con una sonrisa anchísima. Y señaló la hoja de papel que tenía sobre la mesa.

—¿Lo has escrito tú?

—¡Sí! ¿Me ayudarás a hacer un libro?

Desesperada, tristemente:

—Lo intentaré.

—¿Quieres leerlo?

—Campbell, tengo que contarte una cosa muy importante. Quiero que escuches muy atentamente lo que voy a decirte.

—¿Quieres leerlo?

—Campbell... —Un suspiro; impotente ante la determinación de su hija—. Sí, me encantaría leerlo.

—No es muy largo. —Dicho con modestia. Cogió varias hojas y se las dio a Sherman.

Escrito con letra grande, cuidada:

EL KOALA

por Campbell McCoy

Había una vez un koala. Se llamaba Kelly. Vivía en los bosques. Kelly tenía muchos amigos. Un día alguien fue de excursión y se comió su comida.

Kelly estaba muy triste. Quería ver la ciudad. Kelly fue a la ciudad. También quería ver edificios. Cuando estaba a punto de coger un tirador para abrir una puerta, pasó corriendo un perro. Pero no mordió a Kelly. Kelly saltó a una ventana. Y apretó la alarma por equivocación. Entonces pasaron corriendo los coches de la policía. Kelly consiguió escapar.

Alguien cazó a Kelly y se lo llevó al zoo. Ahora a Kelly le gusta mucho el zoo.

Sherman tuvo la sensación de que la cabeza le hervía. ¡El cuento trataba de él! Durante un instante se preguntó si, de alguna inexplicable forma, la niña había *adivinado...* captado las siniestras ondas que él emitía... quizá aquello flotaba en la casa... *Y apretó la alarma por equivocación. ¡Entonces pasaron corriendo los coches de la policía...!* Parecía imposible, ¡pero ahí estaba su historia!

—¿Te ha gustado?

—Sí, hum... Yo...

—¡Papá! ¿Te ha gustado?

—Me ha parecido precioso, Campbell. Tienes muchísimo ingenio... Pocas niñas de tu edad serían... poquísimas... ¡Es maravilloso...!

—¿Querrás ahora ayudarme a hacer el libro?

—Pues... Hay una cosa que quería decirte, Campbell. ¿Vale?

—Vale. ¿Te ha gustado de verdad?

—Sí, Campbell. Me ha parecido maravilloso. Y ahora quiero que me escuches bien. ¿Vale? Mira, Campbell, tú ya sabes que la gente no siempre dice la verdad sobre la otra gente.

—¿La verdad?

—A veces la gente dice cosas feas de los demás, cosas que no son verdad.

—¿Cuáles?

—A veces la gente dice cosas feas de los demás, cosas que no debería decir, cosas que hacen que los demás se sientan horriblemente mal. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Papá, ¿te parece que tendría que hacer un dibujo de Kelly para el libro?

¿Kelly?

—Haz el favor de escucharme, Campbell. Es muy importante.

—Vaaaaleee. —Un suspiro de agotamiento.

—¿Recuerdas que una vez MacKenzie dijo de ti una cosa fea, una cosa que no era verdad?

—¿MacKenzie?

Por fin había captado su atención.

—Sí, acuérdate... Dijo que tú... —Por mucho que se esforzase, no lograba

recordar lo que había dicho MacKenzie—. Me parece que dijo que tú no eras amiga suya.

—MacKenzie es mi mejor amiga, y yo soy su mejor amiga.

—Ya lo sé. Ahí está la cuestión. Porque resulta que ella dijo una cosa que no era verdad. No quería decirlo, pero lo dijo, y a veces la gente hace estas cosas. Dicen cosas que le hacen daño a otro, y a lo mejor no quieren hacerle daño, pero lo hacen, y entonces a la otra persona le duele, y eso es una cosa que no se debe hacer.

—¿Cuál?

—No ocurre sólo entre los niños. —Sin detenerse a dar explicaciones—. También ocurre a veces entre los mayores. Los mayores también hacen cosas feas a veces. De hecho, pueden hacer cosas feísimas. Bien. Campbell, quiero que me escuches atentamente. Hay algunas personas que dicen de mí cosas feísimas, cosas que no son verdad.

—¿Sí?

—Sí. Dicen que atropellé a un chico con el coche, y que le dejé muy malherido. Mírame, Campbell, por favor. Bien. Eso es mentira. Yo no hice nada de eso, pero hay gente mala que dice que sí, que lo hice, y es posible que oigas a alguien que lo dice. Pues bien, lo que tienes que saber es que no es verdad. Aunque ellos digan que es verdad, tú sabes que no lo es.

—¿Y por qué no les dices tú que no es verdad?

—Lo haré, pero es posible que esa gente no quiera creerme. Hay gente mala que prefiere creer cosas feas de la otra gente.

—Pero ¿por qué no les dices tú que se equivocan?

—Lo haré. Pero esa gente mala sacará esas cosas feas en los periódicos y en la televisión, y los demás les van a creer, porque lo leerán en los periódicos y lo verán en la tele. Pero no es verdad. Y no me importa lo que ellos piensen, pero sí me importa mucho lo que pienses tú, porque te quiero mucho, Campbell, te quiero muchísimo, y quiero que sepas que tu papá es una persona buena que no hizo lo que esa gente dice que hizo.

—¿Saldrás en el periódico? ¿Saldrás en la tele?

—Me temo que sí, Campbell. Probablemente mañana. Y quizá tus amiguitos del colegio te lo comenten. Pero no debes prestarles ninguna atención porque tú sabes que lo que saldrá en los periódicos y en la tele no es verdad.

—¿Eso quiere decir que vas a ser famoso?

—¿Famoso?

—¿Saldrás en la historia, papá? ¿*La historia*?

—No. No voy a salir en la historia, Campbell. Pero van a mancharme, insultarme, arrastrarme por el barro.

Sherman sabía que la niña no podía entender ni palabra de lo que estaba

diciéndole. Pero le salió la frase así, como consecuencia de la frustración que estaba produciéndole el tener que explicar los métodos de la prensa a una niña de seis años.

Pero sí hubo algo en la expresión del rostro de Sherman que la niña entendió perfectamente. Y, con tremenda seriedad y ternura, mirándole a los ojos, le dijo:

—No te preocupes, papá. Yo te quiero.

—Campbell...

Sherman la tomó en sus brazos, y sepultó la cabeza en los hombros de la niña para que ella no pudiese ver las lágrimas.

Había una vez un koala y una preciosa habitacioncita en la que vivían unos seres dulces y suaves que dormían el sueño confiado de los inocentes, pero ahora todo eso había desaparecido.

22. Pelotitas de styrofoam

Sherman se volvió hacia la izquierda, pero en seguida comenzó a dolerle la rodilla de ese lado, como si el peso de la pierna derecha le hubiese cortado la circulación. El corazón le latía a notable velocidad. Se volvió hacia la derecha. El canto de la mano derecha se le quedó metido debajo de la mejilla derecha. Era como si sintiese necesidad de sostenerse la cabeza, como si no bastara con la almohada, pero eso era absurdo y, de todos modos, ¿cómo iba a dormir con la mano debajo de la cara? Algo más veloz que de costumbre, sólo eso... No se le había encabritado... Se volvió otra vez hacia la izquierda y luego rodó hasta ponerse boca abajo, pero eso le ponía en tensión los riñones, de manera que volvió a apoyarse sobre el lado derecho. El corazón le latía ahora a mayor velocidad que antes. Pero el pulso era regular. Aún lo controlaba.

Resistió la tentación de abrir los ojos y comprobar cuál era la intensidad de la luz que se colaba por debajo de las cortinas romanas. Generalmente, al amanecer aparecía una línea de claridad, así que era fácil adivinar si eran las cinco y media o las seis en esta época del año. ¡Y si ya estuviese haciéndose de día! Imposible. No podían ser más de las tres. A lo peor, las tres y media. ¡Pero quizá había dormido una hora sin enterarse! ¿Y si la línea de claridad...?

No pudo resistirlo más. Abrió los ojos. Gracias a Dios, aún era de noche; aún no había peligro.

Tras eso... el corazón dio una sacudida y escapó a su control. Se puso a latir a una velocidad y con una fuerza increíbles, como si pretendiera escapar de la jaula de sus costillas. Todo su cuerpo se estremecía. ¿Qué importaba que le quedaran todavía unas cuantas horas para seguir tumbado, revolviéndose, o que ya fuese la hora de...?

Van a meterme en la cárcel.

Con el corazón enloquecido y los ojos abiertos, tomó conciencia de que estaba completamente solo en la enorme cama. En sus cuatro esquinas bajaban del techo las onduladas sedas. Unas sedas que le habían costado más de 125 dólares el metro. Aquello era el intento realizado por Judy la Decoradora de imitar hasta donde le fuera posible el dormitorio de unos reyes del siglo XVIII. ¡De reyes! ¡Qué burla para él, convertido ahora en un amasijo estremecido de carne y miedo, acobardado en la cama en mitad de la noche!

Van a meterme en la cárcel.

Si Judy hubiese estado junto a él, si no se hubiese ido a dormir a la habitación de invitados, Sherman la habría abrazado y se habría agarrado a ella como a un clavo ardiendo. Quería abrazarla, se moría de ganas de abrazarla...

Y, al siguiente instante: ¿de qué me serviría? Absolutamente de nada. Se sentiría aún más débil y mas desamparado. ¿Estaría ella durmiendo? ¿Y si entraba en la

habitación de invitados? Era corriente que Judy durmiera boca arriba, como una estatua tendida, como la estatua de... No recordaba de quién. Alcanzaba a ver el mármol ligeramente amarilleado, los pliegues de la sábana que cubría el cuerpo... el de alguien famoso, querido, fallecido. Bueno, al menos estaba seguro de que Campbell dormía en su habitación. Sí, de eso podía estar seguro. Había entrado en el cuarto de la pequeña, había estado contemplándola durante un minuto, como si fuese la última vez que iba a verla. Campbell dormía con los labios ligeramente entreabiertos, y el cuerpo y el alma abandonados por completo a la seguridad y la paz de su hogar y su familia. Se había quedado dormida casi inmediatamente. Nada de lo que él le había dicho era real... *detención... periódicos...* «¿Saldrás en la historia...?» ¡Si al menos pudiese adivinar qué pensaba la niña! Se dice que los niños se enteran de las cosas hasta donde los mayores no se imaginan, que captan la verdad por el tono de la voz, por la expresión del rostro... Pero Campbell sólo parecía haberse enterado de que iba a ocurrir una cosa triste y excitante, y que su padre estaba triste. Profundamente aislada del mundo... en el regazo familiar... los labios ligeramente entreabiertos... al final del pasillo... Tenía que reunir fuerzas, aunque sólo fuese por ella. Y eso fue lo que hizo, al menos de momento. El corazón redujo la velocidad de sus latidos. Comenzó a tomar de nuevo el mando de su cuerpo. Sería fuerte. Por ella, aunque no lo fuese por nadie más. *Soy un hombre*. Cuando le tocó pelear, peleó. Había peleado en la selva, y había vencido. Ese momento furioso en el que arrojó el neumático contra ese... ese animal... El animal quedó tendido en el suelo... ¡*Henry...*! Si no le quedaba otro remedio, volvería a pelear. Tampoco iban a irle tan mal las cosas.

La tarde pasada, mientras hablaba con Killian, se lo imaginó todo, paso a paso. No iba a resultar tan horrible como había llegado a temerse. Killian se lo explicó con todo detalle. Era una simple formalidad, en absoluto agradable, pero tampoco debía pensar que se trataba de que le encarcelasen. No sería como las detenciones corrientes. Killian se encargaría de que no lo fuese. Killian, con la colaboración de su amigo Bernie Fitzgibbon. Un trato. No sería como una detención corriente, no sería como una detención corriente. Se agarró a esa frase: «No sería como una detención corriente.» Entonces, ¿cómo sería?

Intentó ver cómo iba a ser, y, sin tiempo para entender lo que pasaba, su corazón volvía a correr velozmente, a huir presa de pánico, enloquecido de miedo.

Killian había organizado las cosas de forma que los dos inspectores, Martin y Goldberg, pasaran a recogerle en coche, de camino al trabajo, hacia las siete y media, porque ellos empezaban su turno en el Bronx a las ocho de la mañana. Ambos vivían en Long Island, y subían cada día en coche al Bronx, así que darían un rodeo y le recogerían en Park Avenue. Killian se encontraría con él cuando llegasen los inspectores, y subiría en el mismo coche hasta el Bronx, y estaría allí en el momento

en que le *detuviesen*: en eso consistía el *trato especial*.

Tendido en la cama, con las cascadas de seda de 125 dólares el metro en cada esquina, cerró los ojos y trató de verlo todo paso a paso. Subiría al coche de los inspectores, el bajo y el gordo. Killian le acompañaría. Irían por el FDR Drive hasta el Bronx. Los inspectores le llevarían en primer lugar al Registro Central, justo en el momento en que empezara el nuevo turno, y todo el proceso relacionado con su caso habría terminado antes de que comenzaran a acumularse los casos del día. Registro Central. ¿Y eso qué era? La tarde anterior sólo era un nombre pronunciado como si tal cosa por Killian. Ahora, en cambio, tendido en la cama, comprendió que no tenía ni remota idea de qué pudiera ser eso. El proceso... ¿Qué proceso? ¡*El de la detención!* Pese a que Killian había tratado de explicárselo todo, seguía resultándole inimaginable. Le tomarían las huellas dactilares. ¿*Cómo?* Y sus huellas dactilares serían remitidas a Albany por medio de un ordenador. ¿Por qué? Para comprobar allí que no había ninguna orden de detención pendiente contra él. ¿*Cómo iba a haberla!* Hasta el momento en que el informe de Albany llegara al Bronx, también por ordenador, tendría que esperar allí, en las jaulas. ¡*Jaulas!* Esa era la palabra que Killian había utilizado en todo momento. ¡*Jaulas!* ¡Igual que si fuesen animales! Como si hubiese leído sus pensamientos, Killian le dijo que no se preocupase por las cosas que suele decir la prensa sobre las cárceles. La frase que no llegó a mencionar fue *violación homosexual*. Lo que él solía llamar jaulas eran de hecho celdas de detención provisional para las personas que, tras haber sido detenidas, esperaban a que se formulase la acusación contra ellas. Como era muy raro que hubiese detenciones en las horas de la madrugada, era muy posible que se encontrase allí completamente solo. Cuando llegase el informe de Albany, le subirían para presentarle ante un juez. ¿Qué significaba eso de que *le subirían*? ¿Adónde? Él se declararía inocente, y sería puesto en libertad bajo fianza —10.000 dólares—, ese mismo día, a las pocas horas, dentro de pocas horas, hoy mismo, poco después de que el amanecer comience a verse por debajo de las cortinas...

Van a meterme en la cárcel... ¡acusado de haber atropellado a un magnífico estudiante y de haberle abandonado a la muerte!

El corazón le latía ahora con violencia. El pijama estaba húmedo de sudor. Tenía que dejar de pensar. Cerrar los ojos. Dormir. Intentó enfocar un punto imaginario entre sus ojos. Bajo los párpados... películas breves... formas enroscadas... unas mangas abombadas... Se convirtieron en una camisa, su propia camisa. No te pongas nada demasiado bueno, le dijo Killian, porque las jaulas estarán hechas un asco. Pero hay que presentarse con traje y corbata, eso sí, porque al fin y al cabo no va a ser una detención corriente... El viejo traje de tweed gris azulado, el traje que se hizo en Inglaterra... camisa blanca, corbata azul marino sin dibujos, o quizá la de color azul a lunares pequeños... No, la azul marino, digna pero en absoluto exhibicionista...

¡para ir a *la cárcel!*

Abrió los ojos. Las ondulaciones sedosas caían desde el techo. «¡Domínate!» Lo dijo en voz alta. Era imposible que todo eso estuviera a punto de ocurrirle. *Van a meterme en la cárcel.*

Aproximadamente a las cinco y media, con la luz amarilleando bajo la cortina, Sherman abandonó su proyecto de dormir, o de descansar, y se levantó. Y se llevó una sorpresa, pues se sintió mejor así. Sus latidos eran rápidos, pero controlaba el pánico. Era útil hacer algo, aunque sólo fuese ducharse y ponerse el traje gris azulado de tweed y la corbata azul marino... *Mi vestuario para la cárcel.* La cara que vio en el espejo no parecía tan cansada como temía. El mentón Yale; *parecía* un hombre fuerte.

Quería desayunar y salir de casa antes de que Campbell se despertase. No estaba seguro de ser lo suficientemente valeroso en su presencia. Tampoco quería tener que hablar con Bonita. Demasiado difícil. En cuando a Judy, no sabía qué esperaba exactamente de ella. No quería ver su mirada, la mirada aturdida de una persona que se sentía traicionada pero también escandalizada y asustada. Sin embargo, deseaba tenerla a su lado, al fin y al cabo era *su esposa*. De hecho, apenas se había tomado un vaso de zumo de naranja cuando Judy entró en la cocina, vestida y lista para la jornada. No había dormido mucho más que él. Momentos después llegó Bonita procedente del ala del servicio, y comenzó a prepararles, en silencio, el desayuno. Sherman acabó alegrándose de que Bonita estuviese allí. No sabía qué decirle a Judy. Con Bonita rondando por la cocina, apenas podía decir nada. Tampoco pudo comer gran cosa. Se tomó tres tazas de café, imaginando que de esta manera estaría más despejado.

A las siete y cuarto llamó el portero para decir que había llegado Mr. Killian. Judy salió con Sherman al vestíbulo de la escalinata. Sherman se detuvo y la miró. Judy trató de esbozar una sonrisa de ánimo, pero sólo consiguió dotar su rostro de un aspecto de espantoso cansancio. En voz baja pero firme le dijo:

—Sé valiente, Sherman. Recuerda quién eres.

Abrió de nuevo los labios, como si fuese a añadir alguna cosa más, pero no lo hizo.

¡Y eso fue todo! ¡Judy no era capaz de nada más! ¡Hago lo que puedo por encontrar en ti algo más, Sherman, pero lo único que te queda es la coraza, la dignidad!

Él asintió con la cabeza. Era incapaz de pronunciar palabra. Se volvió y fue hacia el ascensor.

Killian le esperaba bajo la marquesina, justo al otro lado de la puerta. Llevaba un traje gris a delgadas listas blancas, zapatos de ante color marrón, sombrero flexible y

también marrón. (¿Cómo te atreves a ir tan acicalado, justo el día de mi desastre?) Park Avenue estaba de un gris ceniza. El cielo permanecía oscuro. Como si fuese a llover... Sherman estrechó la mano de Killian, y luego avanzó unos metros hacia la acera, para que el portero no pudiese oírles.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó Killian. Lo dijo en el tono que se emplea para hablar con un enfermo.

—De primera —dijo Sherman, con una sonrisa taciturna.

—No será tan grave. Ayer noche hablé otra vez con Bernie después de explicártelo todo a ti. Me dijo que acelerará las cosas. Ese cabrón de Abe Weiss está como un flan. Tanta publicidad le tiene aterrorizado. De otro modo, ni un imbécil como él habría hecho una cosa así.

Sherman se limitó a sacudir la cabeza. No estaba para especulaciones sobre la personalidad de Abe Weiss. *¡Van a meterme en la cárcel!*

Por el rabillo del ojo, Sherman se fijó en un coche que aparcaba en la acera, a la altura de ellos dos, y luego vio al inspector Martin, al volante. Era un Oldsmobile Cutlass de dos puertas, relativamente nuevo, y Martin llevaba americana y corbata. De modo que era posible que el portero no llegase a adivinar qué ocurría. Aunque... pronto se enteraría, él y todos los demás porteros y grandes matronas y gestores y socios y mediadores financieros, y también todos sus hijos, los alumnos de los colegios privados y sus niñeras y sus institutrices y sus criadas, todos los habitantes de esta fortaleza social. Pero le habría resultado insoportable que alguno de ellos le viera en el momento en que se lo llevaba la *policía*.

El coche había parado a suficiente distancia del portal como para que el portero no saliera a ver quién era. Martin se apeó, abrió la puerta y empujó hacia adelante el respaldo delantero para que Sherman y Killian pudiesen entrar. Martin miró a Sherman con una sonrisa. *¡La sonrisa del torturador!*

—¡Eh, abogado! —le dijo Martin a Killian. Con increíble animación, encima—. Soy Bill Martin —dijo, le tendió la mano, y Killian se la estrechó—. Me ha dicho Bernie Fitzgibbon que había trabajado contigo.

—Es cierto —dijo Killian.

—Menudo pájaro es ese Bernie.

—Y que lo digas. Seguro que podrías contarme muchas cosas de él...

Martin sonrió, y Sherman creyó entrever un rayo de esperanza. Killian conocía muy bien a ese tal Fitzgibbon, que era el jefe del departamento de Homicidios de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx, y Fitzgibbon conocía a Martin, y ahora Martin conocía a Killian... y Killian... ¡era su protector...! Justo antes de que Sherman se doblara por la cintura para pasar al asiento posterior, Martin dijo:

—Cuidado con su ropa ahí atrás. Está lleno, si me disculpa la grosería, de unas jodidas pelotitas de styrofoam. Mi crío, que abrió una caja y se le cayeron por todas

partes esas pelotitas que ahora usan para acolchar los paquetes, y no sé de qué están hechas pero se te pegan a la ropa y a todo.

En cuanto se dobló, Sherman vio al gordo del bigote, Goldberg, sentado junto a Martin. Su sonrisa era más ancha incluso que la de su compañero.

—Sherman... —Lo dijo en lugar de buenos días, u hola. Amistosamente. Y, con eso, el mundo entero quedó congelado. *¡Usa mi nombre de pila!* Esa confianza... como si no fuese un criado... un esclavo... un preso... Sherman no dijo nada. Martin hizo las presentaciones entre Killian y Goldberg. Más charla intrascendente de amigos.

Sherman se instaló detrás de Goldberg. El coche estaba repleto, efectivamente, de bolitas de styrofoam, de las que se usan para hacer paquetes de cosas frágiles. Un par de bolitas se le pegaron al pantalón. Una de ellas estaba situada prácticamente en su rodilla. La cogió, y le costó bastante despegársela del dedo. Notaba otra bajo el trasero, y metió la mano para localizarla.

Apenas se habían puesto en marcha, Park Avenue arriba, camino de la calle Noventa y seis y el acceso al FDR Drive, cuando Goldberg se volvió y le dijo:

—Tengo una hija que va al instituto, sabe, y lee muchísimo, y estaba estos días leyendo un libro en el que salía esa empresa para la que trabaja usted, Pierce & Pierce, ¿no? Salía en el libro.

—¿Ah, sí? —logró decir Sherman—. ¿Qué libro era?

—Me parece que se llama *La moda de las absoluciones*. Algo así.

¿*La moda de las absoluciones*? El libro se titulaba *La moda de las absorciones*. ¿Pretendía atormentarle con aquella repugnante alusión a su cita con un juez?

—¡*Absoluciones!* —dijo Martin—. Joder, Goldberg, eres la hostia. Se llama *La moda de las absorciones*. —Luego, volviéndose por encima del hombro a Killian y Sherman—: Es fantástico eso de tener por compañero a un intelectual. —Dirigiéndose a Goldberg—: ¿Qué forma tienen los libros, Goldberg? ¿Son redondos o triangulares?

—Ya te enseñaré yo la forma que tienen —dijo Goldberg, extendiendo hacia arriba el dedo corazón de su mano derecha. Luego se volvió otra vez hacia Sherman—: En fin, a la chica le gustó mucho ese libro, y eso que sólo está en el instituto. Dice que cuando salga de la universidad quiere trabajar en Wall Street. Bueno, eso es lo que dice esta semana.

¡La maldita costumbre de tratarle con esa condenada confianza con la que el amo trata a su esclavo! ¡Ahora se suponía que esos dos tipos le caían bien! Una vez terminada la partida, ahora que él había *perdido*, ahora que él les pertenecía, se suponía que no debía guardarles ningún resentimiento. Que debía admirarles. Le habían puesto por fin las manos encima, y él era nada menos que un asesor de inversiones, un personaje de Wall Street. De modo que él se había convertido en...

¡su presa!, ¡su trofeo! ¡En un Oldsmobile Cutlass! Ahora estaba en manos de unos *animales* de los barrios periféricos, de esa clase de gente que salían del centro por la calle Cincuenta y ocho o Cincuenta y nueve, camino del Queensboro Bridge... jóvenes obesos con bigotes caídos, como Goldberg...

Al llegar a la calle Noventa y tres, una anciana salía de un portal ayudada por un portero. La anciana llevaba un abrigo de astracán. El típico abrigo anticuado de piel negra que ya no se ponía nadie. ¡Una larga y feliz vida en el aislamiento de Park Avenue! Despiadadamente, Park Avenue, *le tout Nueva York*, seguiría viviendo su vida de siempre como si tal cosa.

—Bien —le dijo Killian a Martin—, veamos exactamente qué es lo que vamos a hacer en cuanto lleguemos. Iremos por la entrada de la calle Ciento sesenta y uno, ¿de acuerdo? Y luego bajaremos, y el Angel le tomará las huellas dactilares a Sherman... a Mr. McCoy. ¿Sigue en ese departamento el Angel?

—Sí, sigue trabajando ahí —dijo Martin—. Pero tenemos que entrar por otro lado, por la puerta que da directamente al Registro Central.

—¿Por qué?

—Son las órdenes que me han dado. Estará esperándonos el capitán de zona, y también la prensa.

—¡La prensa!

—Exacto. Y cuando lleguemos allí tenemos que haberle esposado.

—¿Estás tomándome el pelo? Ayer noche hablé con Bernie. Me dio su palabra. ¿A qué viene este cachondeo?

—No sé nada de Bernie. Aquí manda Abe Weiss. Así es como quiere Weiss que se hagan las cosas, y mis órdenes proceden directamente del capitán de zona. Al parecer, esta detención hay que hacerla de acuerdo con el reglamento. Y aún puedes dar gracias de que lo hagamos de esta manera. Supongo que sabes lo que tenían pensado hacer al principio, ¿no? Querían ir con toda la prensa a su apartamenro y esposarle allí, ante las cámaras y los reporteros.

Killian le lanzó una mirada asesina a Martin.

—¿Quién te ha dado estas instrucciones?

—El capitán Crowther.

—¿Cuándo te las dio?

—Ayer noche. Me telefoneó a casa. Ya conoces a Weiss, no hace falta que te dé más explicaciones.

—No... me... parece... correcto... —dijo Killian—. Bernie me dio su palabra. Me... parece... muy... mal... No voy a consentir que me hagáis eso. Me... parece... una... mala... pasada.

Martin y Goldberg se volvieron hacia él.

—No pienso olvidarlo —dijo Killian—, y me parece fatal.

—Ayyyyy... qué-le-vamos-a-hacer —dijo Martin—. No nos eches la culpa a nosotros, porque a nosotros nos da igual hacerlo de una manera que de la otra. Si quieres meterte con alguien, métete con Weiss.

Habían salido ya al FDR Drive y avanzaban hacia el norte, camino del Bronx. Se había puesto a llover. La circulación de la mañana comenzaba a sufrir retenciones al otro lado de la barandilla central, pero apenas había coches que fueran en su misma dirección. Se aproximaron a un puente para peatones que trazaba un arco sobre el río entre Manhattan y una isla. El caballete había sido pintado de un intensísimo y vibrante violero en plena euforia de los años setenta. Aquella infundada esperanza le pareció a Sherman muy deprimente.

¡Van a meterme en la cárcel!

Goldberg volvió a girar el cuello hacia atrás.

—Mire —dijo—, lo siento, pero voy a tener que ponerle las esposas. No puedo entretenerme con eso cuando lleguemos allí.

—Esto es un cachondeo —dijo Killian—. Espero que te des cuenta.

—¡Cosas de la ley! —dijo Goldberg en tono quejumbroso y con un acenro repugnante—. Se supone que hay que llevar esposado a todo aquel que sea detenido para acusarle de un delito mayor. Te concedo que en los tiempos que corren ya no se suele hacer, pero el jodido capitán de zona estará ahí cuando lleguemos.

Goldberg estiró el brazo derecho. De su mano colgaban unas esposas.

—Déme sus muñecas —le dijo a Sherman—. Tenemos que hacerlo.

Sherman miró a Killian. Éste tenía muy tensos los músculos faciales.

—Bien, ¡adelante! —dijo, mirando a Sherman con una expresión que decía: «¡Alguien va a tener que pagar *muy caro* todo esto!»

—Le diré lo que podemos hacer —dijo Martin—. Quítese la americana. Le esposaremos con las manos delante, en lugar de hacerlo a la espalda, y puede usted llevarlas envueltas en la americana. Ni siquiera usted podrá ver las jodidas esposas.

Lo dijo como si fuesen cuatro grandes amigos, unidos ante un destino poco amable. Durante unos momentos, aquello hizo que Sherman se sintiese algo mejor. Se quitó la americana. Luego se inclinó hacia adelante y metió las manos por el hueco que dejaban entre sí los asientos delanteros.

Estaban cruzando un puente... quizás el Willis Avenue Bridge... en realidad no sabía cuál era. Lo único que sabía es que era un puente, que cruzaba el Harlem River, que estaban dejando Manhattan atrás. Goldberg le colocó las esposas en las muñecas. Sherman se hundió en el asiento trasero, bajó la vista y... ya estaba esposado.

La lluvia caía cada vez con más intensidad. Bien, ya estaban en el Bronx. Era como una de las zonas más viejas y decrépitas de Providence, Rhode Island. Algunos edificios enormes pero bajos, mugrientos y mohosos, y calles anchas y negras que subían y bajaban por las colinas. Martin bajó por una rampa que les condujo a otra

vía rápida.

Sherman se inclinó hacia la derecha para coger la americana y ponérsela encima de las esposas. Cuando comprendió que tenía que mover las dos manos para coger la americana, y cuando el esfuerzo hizo que el metal se le clavase en la carne, una ola de tremenda humillación... de escándalo... le golpeó. Era él, Sherman McCoy, la misma persona que vivía en aquel crisol único, sacrosanto e impenetrable, situado en el centro de sus pensamientos, él, quien ahora estaba esposado... en el Bronx... Por fuerza tenía que ser una alucinación, una pesadilla, un truco mental... Pronto se retiraría de todo aquello atravesando una capa translúcida... y... La lluvia caía con mucha fuerza, los limpiaparabrisas barrían de un lado para otro el cristal ante los dos inspectores.

Con las esposas puestas era incapaz de envolverse las manos con la americana. Se le escurría cada vez. De modo que Killian tuvo que ayudarle. Tres o cuatro bolitas de styrofoam se le habían pegado a la americana. Y otras dos en la pernera del pantalón. No podía quitárselas con la mano. Quizá Killian... Pero ¿qué importancia tenía eso ahora...?

Al frente... en lo alto... ¡El Yankee Stadium...! ¡Un ancla! ¡Algo a lo que agarrarse! ¡Había estado en el Yankee Stadium! Había ido a ver el campeonato del mundo, solamente... No obstante, ¡había estado allí! Aquello formaba parte del mundo cuerdo y decente que ahora estaba quedando atrás... ¡No era... el Congo... como todo lo demás!

El coche ascendió por una rampa y dejó la vía rápida. La calzada rodeaba la base del estadio. Este se encontraba apenas a quince metros de distancia. Un hombre gordo de pelo blanco esperaba frente a lo que parecía la puertecita de unas oficinas. Sherman había ido a ver el campeonato mundial con Gordon Schoenburg, que tenía unos pases, y Gordon sirvió para los dos una cena de campaña entre la quinta y la sexta partes. Lo llevaba todo en una de esas cestas de mimbre con sus compartimentos y sus utensilios de acero inoxidable, y le pasó el pan con paté y caviar, lo cual enfureció a algunos borrachos que les miraban desde las gradas que estaban más arriba de sus asientos. Aquella gentuza comenzó a gritarles e insultarles, y a repetir una palabra que le habían oído pronunciar a Gordon. Era la palabra «fabuloso», que ellos decían con un acento horrible y con una entonación que equivalía a llamar marica a Gordon. Sherman recordó siempre lo sucedido, pese a que nadie volvió a mencionarlo. ¡Qué desfachatez! ¡Cuánta hostilidad! ¡Cuánto resentimiento! ¡Martin y Goldberg! Toda aquella gentuza eran Martins y Goldbergs.

Más adelante Martin metió el coche por una calle anchísima, pasaron por debajo de las vías de un metro elevado y comenzaron a ascender hacia la cumbre de una colina. En las aceras predominaban los rostros oscuros y negros, gente apresurada bajo la lluvia. Todos con aspecto tenebroso y empapado. Un montón de decrepitas

tiendas grises, igual que las que había en los barrios viejos de todas las grandes ciudades norteamericanas, como las de Chicago, Akron, Allentown... Restaurante Snooker, Maletas Korn, Viajes Davidoff...

Los limpiaparabrisas arrastraban a su paso sábanas de lluvia. En la cumbre de la colina se encontraba un imponente edificio de piedra arenisca que parecía ocupar toda una manzana, como una de esas torres fortificadas y monumentales que se ven en el distrito de Columbia. Enfrente de esa mole, junto a un bajo edificio de oficinas, un gigantesco cartel decía: ANGELO COLON, CONGRESO EE.UU. Pasada la cresta de la colina, Sherman se quedó conmocionado ante lo que vio al otro lado. No estaba todo decrepito y mojado sino casi en ruinas, como si hubiese ocurrido allí alguna catástrofe. A su derecha, una manzana entera no era más que un gran agujero de tierra rodeado de una valla metálica. Aquí y allá emergían algunas catalpas. Al principio pensó que se trataba de un solar de desguace. Luego vio que era un aparcamiento, un tremendo pozo para coches y camiones, sin asfaltar siquiera. A la izquierda se elevaba un edificio nuevo, moderno, en el más barato sentido de la palabra, al que la lluvia daba un aspecto deprimente.

Martin paró el coche, y esperó a que terminase de pasar el tránsito que subía en dirección contraria para girar a la izquierda.

—¿Qué es eso? —le preguntó Sherman a Killian, señalando el edificio con la cabeza.

—Eso son los juzgados.

—¿Es ahí adonde vamos?

Killian le dijo que sí con la cabeza y luego volvió la vista al frente. Parecía estar en tensión. Sherman notó que el corazón lanzaba de vez en cuando palpitaciones.

En lugar de ir hacia la fachada del edificio, Martin bajó por una pendiente lateral. Allí, junto a una mezquina puerta metálica, se había formado una fila de hombres, y, tras ellos, un promiscuo amontonamiento de gente, unas treinta o cuarenta personas, casi todas de piel blanca, encogidas bajo la lluvia, envueltas en ponchos, chaquetas acolchadas, sucias gabardinas. Será una oficina de la Seguridad Social, pensó Sherman. O un comedor para pobres. Recordó la gente a la que había visto guardar cola para la comida gratuita que servían en la parroquia, en la esquina de Madison Avenue y la calle Setenta y uno. Pero luego, como obedeciendo una orden, los ojos desesperados de toda aquella gente se volvieron hacia el coche... ¡hacia él! Y de repente se fijó en las cámaras.

Pareció como si el gentío se desperezara, al igual que lo haría un gigantesco perro sucio. Se acercaron en masa hacia el coche. Algunos de ellos corrían, y Sherman vio los brincos que daban algunas cámaras de televisión.

—La hostia —le dijo Martin a Goldberg—. Sal y abre la puerta, o jamás lograremos sacarle del coche.

Goldberg se apeó de un salto. De repente, aquella gente de aspecto remojado y cochambroso pareció estar en todas partes. Sherman no alcanzaba ya a ver el edificio. Sólo la muchedumbre que cercaba el coche.

—Escúchame bien —le dijo Killian a Sherman—. No digas nada. No adoptes ninguna expresión. No te tapes la cara, no agaches la cabeza. Haz como si no les vieras. A esos mamones no hay forma de derrotarles, de modo que ni siquiera lo intentes. Espera, yo saldré primero.

De repente, en un solo movimiento velocísimo, Killian giró las piernas hasta ponerlas encima de las de Sherman, y saltó sobre él hacia la puerta. Sus codos golpearon las manos de Sherman, clavándole de paso las esposas en el bajo abdomen. La americana le quedó hecha un amasijo. Cinco o seis bolitas de styrofoam se le habían pegado a la americana, pero Sherman no podía hacer nada para quitarlas de allí. La puerta estaba abierta y Killian se había escapado. Goldberg y Killian le tendían las manos. Sherman giró para sacar primero las piernas. Killian, Goldberg y Martin habían formado con sus cuerpos un hueco junto a la puerta. La muchedumbre de reporteros, fotógrafos y cámaras de TV asomaba por encima de sus hombros. La gente gritaba. Al principio parecía una melée. ¡Iban a por él! Killian metió la mano por debajo de la americana de Sherman y tiró de él hacia afuera, por las esposas. Alguien coló una cámara por encima del hombro de Killian y la adelantó hasta ponérsela a Sherman en las narices. Sherman agachó la cabeza. Al bajar la vista se dio cuenta de que llevaba pegadas a los pantalones cinco, seis, siete, Dios sabía cuántas pelotitas de aquéllas por toda su ropa. La lluvia resbalaba por su frente y sus mejillas. Intentó secarse la cara, hasta que comprendió que para eso tendría que alzar las dos manos y la americana, y no quería que nadie viese las esposas. De modo que el agua siguió resbalando. Se le estaba metiendo por debajo del cuello de la camisa. Por culpa de las esposas, tenía los hombros metidos hacia adelante. Intentó enderezarlos, pero de golpe y porrazo, tirando de uno de sus codos, Goldberg le sacó del coche. Intentaba hacerle pasar por entre la multitud.

—¡Sherman!

—¡Aquí, Sherman!

—¡Eh, Sherman!

Todos gritaban ¡*Sherman!* ¡También ellos le trataban con la mayor confianza! ¡Ahora les pertenecía, a *ellos* también! ¡Y qué expresiones! ¡Qué intensidad tan despiadada! Montones de micrófonos se acercaban a sus labios. Alguien cargó contra Goldberg hasta dejarle pegado de espaldas a Sherman. Una cámara apareció por encima del hombro de Goldberg. Goldberg proyectó su codo y su antebrazo hacia adelante con una fuerza tremenda, y se oyó un *zumpf*, y la cámara cayó al suelo. Goldberg seguía llevando su otro brazo enlazado en el codo de Sherman. La fuerza del directo de Goldberg hizo que Sherman perdiera el equilibrio. Tratando de

recuperarlo, lanzó una pierna hacia un lado, y su pie aterrizó sobre la pierna de alguien que serpenteaba en el suelo. Un hombre bajito de pelo negro y rizado. Para remarcar la faena, Goldberg le dio una patada en el estómago. El desdichado emitió un *Uuuuuaaajj*.

—¡Eh, Sherman! ¡Eh, caraculo!

Sorprendido, Sherman miró hacia un lado. Era un fotógrafo. Su cámara le ocultaba buena parte de la cara. En la otra mitad llevaba pegado un pedacito de papel. *Papel higiénico*. Sherman vio el movimiento de los labios del fotógrafo.

—¡Muy bien, caraculo! ¡Mira para acá!

Martin trataba de despejar el camino, un paso por delante de Sherman.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vamos, dejen paso!

Killian se agarró al otro codo de Sherman e intentó hacer un escudo por ese lado. Pero ahora tiraban hacia adelante de sus dos brazos, y Sherman sólo supo que avanzaba medio a rastras, empapado, con los hombros hundidos. Era incapaz de mantener la cabeza alta.

—¡Sherman! —Una voz de mujer. Le estaba metiendo un micro en la boca—. ¿Te habían derendido alguna vez?

—¡Eh, Sherman! ¿Cómo vas a declararte?

—¡Sherman! ¿Le diste aposta?

Colocaban los micros entre Killian y Martin y entre Martin y Goldberg. Sherman trató de mantener la cabeza alta, pero uno de los micros le alcanzó en el mentón. Intentó esquivarlos. Cada vez que bajaba la vista veía montones de pelotitas blancas pegadas a su ropa.

—¡Eh, Sherman! ¡Cacho cabrón! ¿Qué te parece este *cocktail party*?

¡Cuánta desfachatez! Se lo gritaban los fotógrafos. Eran capaces de cualquier cosa con tal de conseguir que volviese la cara hacia ellos, pero... ¡tantos insultos!, ¡tanta basura! Nada era excesivamente vil. Ahora le tenían en sus manos... ¡Suyo! ¡Podían hacer con él lo que les diera la gana! Les odió... pero también se sintió *avergonzadísimo*. La lluvia se le metía en los ojos. No podía evitarlo de ninguna manera. Tenía la camisa empapada. Ya no les apretujaban tanto como antes. Estaba muy cerca de la puerta metálica. Delante de ellos, en fila, se amontonaban otros hombres. No eran reporteros ni fotógrafos ni cámaras de TV. En este grupo había unos cuantos policías de uniforme. Algunos de ellos tenían aspecto latino, casi todos eran jóvenes. También había algunos blancos... borrachos... ruinas humanas... pero no, llevaban el escudo de la policía. También eran agentes. Todos aguardaban en pie bajo la lluvia. Martin y Goldberg habían llegado ya junto a los latinos y los policías, con Killian y Sherman pegados a sus espaldas. Goldberg y Killian seguían sujetando a Sherman por los codos. Algunos fotógrafos y reporteros todavía le acosaban por los lados, desde atrás.

—¡Eh, Sherman! ¡Dinos algo!

—¡Una foto!

—¡Eh, Sherman! ¿Por qué le atropellaste?

—¡... Park Avenue!

—¡... intencionadamente...!

Martin se volvió hacia Goldberg y le dijo:

—La hostia, acaban de hacer una redada en ese club de la Ciento sesenta y siete.

¡Hay una docena de *carambas*^[27] pirados esperando a entrar en el Registro Central!

—Magnífico —dijo Goldberg.

—Oye —dijo Killian—, tienen que meterle dentro, ahora mismo. Habla con Crowther si es necesario, pero mételo ya.

Martin se abrió paso a empujones por entre la gente, y en cuestión de segundos regresó.

—Imposible —dijo, sacudiendo la cabeza en son de disculpa—. Dice que hay que hacerlo de acuerdo con el reglamento. Tendrá que hacer cola.

—Todo esto me parece muy mal —dijo Killian.

Martin enarcó las cejas. (Ya lo sé. Ya lo sé, pero ¿qué puedo hacer?)

—¡Sherman! ¡Haz una declaración!

—¡Sherman! ¡Caracoño!

—¡*Muy bien!* —El que gritaba ahora era Killian—. ¿Quieren una declaración? Mr. McCoy no va hacer ninguna declaración. Soy su abogado, y el que va a hacer una declaración soy yo.

Más empujones y patadas. Los micros y las cámaras convergieron ahora sobre Killian.

Sherman estaba justo a su lado. Killian soltó el codo de Sherman, pero Goldberg seguía reteniendo el otro.

Alguien aulló:

—¿Cómo se llama?

—Thomas Killian.

—¿Cómo se escribe?

—K-I-L-L-I-A-N. ¿Vale? ¡Esto no es una detención, sino *puro circo!* Mi cliente se ha mostrado dispuesto en todo momento a presentarse ante un gran jurado para hacer frente a cualesquiera acusaciones que pesen sobre él. Y nos encontramos con que han montado este circo, que es una violación total y absoluta del acuerdo al que habían llegado el fiscal de distrito y mi cliente.

—¿Qué hacía en el Bronx?

—Esta ha sido mi declaración, y no voy a añadir nada más.

—¿Insinúa usted que es inocente?

—Mr. McCoy rechaza por completo esas acusaciones. Y este circo es intolerable.

Jamás habría que haber permitido una detención circense como ésta.

Los hombros del traje de Killian estaban empapados. La lluvia había atravesado la camisa de Sherman, que se notaba toda la piel mojada.

—¡Mira, mira! —repetía una y otra vez uno de los latinos—. ¡Mira!

Sherman permanecía encorvado de hombros. Notaba el peso de la americana empapada tirando hacia abajo de sus muñecas. Por encima de los hombros de Killian alcanzaba a ver un montón de micros. Las cámaras emitían los gemidos de sus flashes. ¡Qué ardor tan espantoso en los rostros! Quería morir. Jamás hasta entonces había querido morir, aunque, como otras muchas almas, había jugado con esa idea. Pero ahora quería verdaderamente que Dios o la Muerte se lo llevaran de allí. Así de horrible era su estado de ánimo, un estado de ánimo de pura e irremisible vergüenza.

—¡Sherman!

—¡Mamón!

—¡Mira, mira!

Hasta que por fin supo que estaba muerto. Tan muerto que no podía ni morir. Ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad como para rodar al suelo. Los reporteros y los fotógrafos y los cámaras de TV... ¡tal vileza en sus insultos...! ¡Seguían allí, apenas a un metro de distancia...! Ellos eran los gusanos y las moscas, y él el animal muerto sobre el que se precipitaban.

La llamada declaración de Killian les había distraído sólo unos momentos. ¡Killian! ¡Se suponía que tenía muy buenas relaciones y que iba a conseguir que su detención fuese muy especial! Aquello no era una detención muy especial. ¡Aquello era la *muerte*! Todo resto de honor, respeto, dignidad que él, un ser llamado Sherman McCoy, pudiera haber tenido alguna vez, le había sido arrebatado, y lo que rondaba ahora por allí, eso expuesto a la lluvia, esposado, en el Bronx, delante de una sórdida puerta metálica, al final de una cola de una docena de detenidos, no era él, sino solamente su alma muerta. Los gusanos le llamaban Sherman otra vez. Le tuteaban, volvía a tenerlos encima.

—¡Eh, Sherman!

—¿Vas a declararte culpable o inocente, Sherman?

Sherman miraba al frente. Killian y los dos inspectores, Martin y Goldberg, seguían tratando de formar un escudo protector. Un cámara de TV, un tipo gordo, se aproximó. Llevaba la cámara sobre el hombro, dispuesta como un lanzagranadas.

Goldberg se giró hacia el tipo y le gritó:

—¡Aparta esa jodida máquina de mi cara!

El cámara se retiró. ¡Qué extraño! ¡Qué situación tan denigrantemente desesperada! Goldberg se había convertido ahora en su protector. Sherman era un animal que pertenecía a Goldberg. Goldberg y Martin habían llevado su presa hasta

allí, y ahora estaban decididos a que nada les impidiese entregarla.

—No está bien —le dijo Killian a Martin—, tenéis que hacer algo.

Martin se encogió de hombros. Luego, muy serio, Killian añadió:

—Voy a tener que tirar estos zapatos.

—Mr. McCoy.

Mr. McCoy. Sherman volvió la cabeza. Un hombre alto y pálido de largo cabello rubio estaba en la primera línea de un montón de reporteros y cámaras.

—Peter Fallow, del *City Light* —dijo aquel hombre. Hablaba con acento inglés, un acento tan depurado que casi era una parodia del acento inglés. ¿Estaba mofándose de él?—. Le he telefoneado varias veces. Me gustaría mucho que me diera su versión de los hechos.

Sherman le ignoró... Fallow, su obsesionante torturador del *City Light*... Ni el más mínimo remordimiento. Se presentaba con la mayor tranquilidad del mundo... Parecía estar fastidiado... habían cazado su presa... Hubiese tenido que odiarle, pero no podía porque era mucho más intenso el desprecio que sentía por sí mismo. Estaba muerto incluso para él mismo.

Por fin, cuando hubieron entrado todos los detenidos en la redada del club, Sherman, Killian, Martin y Goldberg se situaron justo al lado de la puerta.

—Bien, abogado —le dijo Martin a Killian—. A partir de ahora tiene que dejarlo en nuestras manos.

Sherman le dirigió una mirada suplicante a Killian. (Se lo ruego, ¡entre conmigo!)

—Estaré arriba —dijo Killian— cuando te suban para la acusación. No te preocupes. Recuerda una cosa, nada de declaraciones, no hables del caso, ni siquiera a la gente que encuentres en las jaulas. *Sobre todo*, no les digas nada del caso a los que te encuentres en las jaulas.

—¿Cuánto rato me retendrán? —preguntó Sherman.

—No lo sé con exactitud. Tienes por delante a todos esos que han entrado ahora.

—Dirigiéndose a Martin, añadió—: Oye, a ver si ahora te portas. Intenta que le tomen las huellas antes que a esa pandilla. Joder, tío. Inténtalo.

—Lo intentaré —dijo Martin—, pero ya te lo he explicado. No sé por qué, pero quieren que éste no se libre de ninguno de los trámites.

—Ya, pero nos lo debéis, recuérdalo —dijo Killian—. Nos debéis... —Se interrumpió—. Haz lo que debes hacer.

De repente Goldberg comenzó a tirar del codo de Sherman. Martin les seguía pegado a sus talones. Sherman se volvió para no perder de vista a Killian. El sombrero de Killian estaba tan mojado que parecía negro. Llevaba la corbata y los hombros de la americana completamente empapados.

—No te preocupes —le dijo Killian—. Todo irá bien.

Por como lo dijo Killian, Sherman supo que su rostro debía de ser la imagen de la

pura desesperación. Luego se cerró la puerta; Killian desapareció. Sherman quedó aislado del mundo. Había llegado a creer que ya no le quedaba ni un resto de miedo; sólo desesperación. Pero volvía a estar muy asustado. El corazón comenzó a latirle con fuerza. En cuanto se cerró la puerta, se encontró inmerso en el Bronx, en el mundo de Martin y Goldberg.

Se encontraba ahora en una habitación de techo bajo y dividida en pequeños departamentos, algunos con ventanas de cristales gruesos, como los de los estudios de grabación. No había, en cambio, ventanas que dieran al exterior. Una deslumbrante luminosidad eléctrica reinaba en todas partes. Gente uniformada andaba de un lado para otro. No todos llevaban, sin embargo, el mismo uniforme. Había dos hombres con las manos a la espalda, esposados, delante de un gran escritorio. Junto a ellos se encontraban dos jóvenes harapientos. Uno de los detenidos se volvió a mirar por encima del hombro, se fijó en Sherman, le dio un codazo al otro, que también se volvió, miró a Sherman, y rompió a reír a coro con su compañero. Desde uno de los laterales le llegó a Sherman la misma exclamación que había oído cuando esperaba afuera, gritos de: «¡Mira! ¡Mira!» Hubo más carcajadas y luego el intenso ruido flatulento de alguien a quien se le revolvían los intestinos.

—Puaf. Repugnante —dijo una voz grave.

—Sácale de aquí —dijo otra voz—. Y limpia eso de un manguerazo.

Los dos jóvenes harapientos se habían doblado por la cintura a la espalda de los dos detenidos. Sentado al escritorio se encontraba un policía enorme, completamente calvo, de gran narizón y mandíbula de acentuado prognatismo. Debía de tener como mínimo sesenta años. Los jóvenes harapientos estaban quitándoles las esposas a los detenidos. Uno de los jóvenes llevaba un chaleco acolchado sobre una camiseta negra con algunos desgarrones. Calzaba zapatillas deportivas, unos sucísimos pantalones de camuflaje, ajustados a la altura de los tobillos. En el chaleco acolchado brillaba una insignia, el escudo plateado de la policía. Luego Sherman se fijó en que el otro joven harapiento también llevaba la misma insignia. Otro policía viejo se acercó al escritorio y dijo:

—Eh, Angel, en Albany no funciona nada.

—Magnífico —dijo el calvo—. Nos llega toda esta pandilla, y el nuevo turno apenas acaba de empezar.

Goldberg miró a Martin, puso los ojos en blanco, sonrió y luego miró a Sherman. Seguía llevándole sujeto del codo. Sherman bajó la vista. ¡Pelotitas de styrofoam! Había pelletitas de styrofoam por todas partes. Pegadas a la americana que seguía llevando envuelta sobre sus manos. Por las perneras de los pantalones de tweed. Los pantalones estaban húmedos, arrugados, formando pliegues amorfos sobre sus rodillas y muslos, y con las pelletitas blancas pegadas a la tela como gusanos.

—¿Ve esa habitación de ahí? —le dijo Goldberg a Sherman.

Sherman miró a través de una ventana de cristal grueso. Vio archivadores y montones de papeles. El centro del recinto estaba ocupado por un gran aparato beige y gris. Dos policías lo miraban con atención.

—Eso es el fax que envía las huellas dactilares a Albany —dijo Goldberg. Lo dijo en un amable canturreo, en el mismo tono que se emplea para hablar con un niño que está asustado y confundido. Y fue ese tono lo que acabó de aterrorizar a Sherman—. Hace unos diez años —añadió Goldberg—, hubo un genio al que se le ocurrió esa idea... ¿Fue hace diez años, Marty?

—No sé —dijo Martin—. Lo único que sé es que fue una idea estúpida.

—En fin, a alguien se le ocurrió meter todas las huellas dactilares de todo el puto estado de Nueva York en una oficina de Albany... sabe... y todas las que se toman en el Registro Central son enviadas a Albany, y en Albany es donde está el ordenador que las tiene todas, y luego ellos nos envían su informe, y sólo después el sospechoso tiene que subir para que se le haga la acusación... sabe... Lo malo es que en Albany se produce un atasco sensacional, sobre todo cuando se jode el ordenador, como ha ocurrido ahora mismo.

Sherman no entendió nada de lo que Goldberg le había estado diciendo, aparte de que había algún fallo, y Goldberg se había sentido obligado a excederse en sus funciones, mostrarse amable, y explicárselo a él.

—Sí —le dijo Martin a Sherman—, ya puede dar las gracias de que sean las ocho y media de la mañana en lugar de las cuatro y media de la tarde. Si fuese por la tarde, probablemente tendría que pasarse la noche en las celdas del Bronx, o incluso en Rikers.

—¿En Rikers Island? —preguntó Sherman. Le salió la voz afónica. Apenas si pudo articular las palabras.

—Sí —dijo Martin—. Cuando se les jode la máquina en Albany por la tarde, bueno, más vale dejarlo correr. Y como aquí no pueden retenerle toda la noche, le envían a Rikers. Así que, ya lo ve, no sabe la suerte que ha tenido.

Martin estaba diciéndole que tenía suerte. ¡Le hablaba como un gran amigo suyo! ¡Ahí adentro, ellos eran sus únicos amigos! Sherman se sintió intensamente asustado.

—¡Quién ha sido el hijoputa que ha vomitado aquí, joder! —aulló una voz. El hedor llegaba hasta el escritorio.

—Apesta —dijo el policía calvo, el que se llamaba Angel. Miró a su alrededor y dijo—: ¡Pegadle un buen manguerazo!

Sherman siguió sus ojos. A un lado, en un pasillo, llegó a distinguir dos celdas. Azulejos blancos y barrotes; parecía que las celdas estuviesen hechas de azulejos blancos, como los lavabos públicos. Dos policías se encontraban delante de una de las celdas.

Uno de ellos gritó hacia el interior:

—¡Qué coño te pasa a ti!

Sherman notó la presión de la enorme mano de Goldberg en el codo, forzándole a caminar hacia adelante. Ahora se encontraba junto al escritorio, mirando a Angel. Martin llevaba unos papeles en la mano.

—¿Nombre? —dijo Angel.

Sherman intentó hablar, pero no pudo. Tenía la boca completamente seca. Parecía que la lengua se le hubiese pegado al paladar.

—¿Nombre?

—Sherman McCoy. —Apenas si fue un susurro.

—¿Dirección?

—Park Avenue, 816. Nueva York. —Añadió Nueva York en un intento de mostrarse modesto y sumiso. No quería actuar como si supiera que la gente del Bronx sabía de memoria en dónde estaba Park Avenue.

—Park Avenue, Nueva York. ¿Edad?

—Treinta y ocho años.

—¿Había sido detenido alguna vez?

—No.

—Oye, Angel —dijo Martín—. Mr. McCoy ha colaborado en todo momento... y huuuum... ¿por qué no dejas que se siente por ahí en lugar de enjaularle con esa pandilla de ratas?... La prensa de los cojones ya le ha hecho pasar un mal rato ahí afuera...

Sherman se sintió invadido por una oleada de profunda y emocionada gratitud. En el mismo momento de experimentar ese sentimiento supo que era irracional, pero eso no le impidió experimentarlo.

Angel hinchó los carrillos, desvió la mirada, como si meditase algo, y finalmente dijo:

—Imposible, Marty. —Cerró los ojos y alzó la mandíbula, como diciendo: «Cosas de los de arriba.»

—¿Qué más les da a esos? Esos cabrones de la tele y los periódicos le han tenido media hora en la puta calle, lloviendo a raudales. Mírale. Cualquiera diría que ha entrado por un canalón de desagüe.

Goldberg soltó una risilla. Luego, para que Sherman no se sintiese ofendido, le dijo:

—No tiene muy buen aspecto. No hace falta que yo se lo diga...

¡Sus únicos amigos! Sherman sintió deseos de llorar, sobre todo porque era cierto que ellos dos eran en realidad sus únicos amigos allí adentro, por patética y horrible que fuese esa situación.

—Imposible —dijo Angel—. Tengo que hacerle cumplir todo el reglamento, paso por paso. —Cerró los ojos y volvió a elevar la mandíbula—. Podéis quitarle las

esposas.

Martin miró a Sherman y torció los labios hacia un lado. (Lo siento, amigo. Lo hemos intentado.) Goldberg le sacó las esposas. En los lugares donde se le había clavado el metal, le quedaron unas marcas. Las venas del dorso de sus manos estaban hinchadas de sangre acumulada. *Me ha subido un horror la presión.* Y las pelotitas de styrofoam seguían pegadas a sus pantalones. Y también a su empapada americana.

—Vacíe los bolsillos y pásame lo que haya sacado —dijo Angel.

De acuerdo con los consejos de Killian, Sherman apenas llevaba nada encima. Cuatro billetes de cinco dólares, un dólar en monedas, la llave de su casa, un pañuelo, un bolígrafo, el permiso de conducir... no sabía por qué, pero a Sherman le había parecido conveniente llevar algún documento que le identificase. Mientras iba entregando cada cosa, Angel la describía en voz alta —«Veinte dólares en billetes», «Un bolígrafo de plata»— y se lo daba a alguien invisible desde donde Sherman se encontraba.

—¿Puedo... —dijo Sherman— quedarme el pañuelo?

—Déjeme verlo.

Sherman se lo tendió. La mano le temblaba espantosamente.

—Sí, quédeselo. Pero tiene que darme el reloj.

—Es sólo... es un reloj barato —dijo Sherman, estirando el brazo. Era un reloj con la caja de plástico y correa de nylon—. Me da lo mismo lo que pase con él.

—Imposible.

Sherman desabrochó la correa y entregó el reloj. Un nuevo espasmo de pánico le recorrió de pies a cabeza.

—Por favor —dijo Sherman. En cuanto pronunció esa palabra supo que no hubiese debido hacerlo. Estaba suplicando—. ¿Cómo sabré entonces...? ¿No puedo quedarme el reloj?

—¿Qué pasa? ¿Tiene alguna cita? —Angel intentó sonreír, como diciendo que sólo era una broma. Pero no le devolvió el reloj. Luego añadió—: Bien, y tiene que darme también el cinturón y los cordones de los zapatos.

Sherman se le quedó mirando boquiabierto. Se dio cuenta de que le colgaba la mandíbula. Miró a Martin. Martin miraba a Angel. Luego, Martin cerró los ojos y elevó la mandíbula, igual que Angel hiciera poco antes, y dijo:

—Madre mía. —Como diciendo: «Realmente van a por él.»

Sherman se desabrochó el cinturón y se lo sacó. En cuanto lo hubo hecho, los pantalones le resbalaron caderas abajo. Hacía mucho tiempo que no se ponía el traje de tweed, y ahora le venía ancho. Tiró hacia arriba de los pantalones, se remetió otra vez los faldones de la camisa, y los pantalones volvieron a caérsele. Tuvo que sujetarlos por delante. Luego se agachó para quitarse los cordones de los zapatos. Se había convertido en un ser abyecto, en cuclillas, a los pies de Martin y Goldberg. Y

con la cara muy cerca de las pelotitas de styrofoam que seguían pegadas a los pantalones. Desde esa distancia veía muy bien la rugosa superficie del styrofoam. ¡Como unas horribles cucarachas, unos espantosos parásitos! El calor de su cuerpo, combinado con la mezclilla mojada de los pantalones, emitía un olor desagradable. También notó el aroma húmedo que desprendían sus axilas bajo la camisa mojada. Un verdadero desastre. Sin duda. Por un momento tuvo la sensación de que uno de los inspectores le pisaría y, *pop*, todo se acabaría. Tras sacarse los cordones, se puso en pie. Al levantarse tras permanecer aquel rato agachado, sintió un leve mareo. Creyó que iba a desmayarse. Los pantalones se le caían otra vez. Se los sostuvo con una mano, y con la otra le entregó los cordones a Angel. Parecían dos cosas muertas.

—Dos cordones de color marrón —dijo la voz al otro lado del escritorio.

—De acuerdo, Angel —dijo Martín—. Es tuyo.

—Bien —dijo Angel.

—Buena suerte, Sherman —dijo Goldberg, sonriéndole con amabilidad.

—Gracias —dijo Sherman. Era horrible. Le estaba sinceramente agradecido.

Oyó el ruido que hacía la puerta de una celda al abrirse deslizándose lateralmente. Al fondo del pasillo había tres agentes de policía que apacentaban un rebaño de latinos. Estaban sacándolos de una celda para meterlos en la contigua. Sherman reconoció a algunos de los que habían hecho cola en la calle delante de él.

—Venga, meteos ahí, y callaos de una vez.

—¡Mira! ¡Mira!

Uno de los detenidos permanecía en el pasillo, sujeto del brazo por un policía. Era alto, de cuello alargado, y la cabeza le iba de un lado para otro. Parecía estar muy borracho. Murmuraba algo para sí. De repente alzó los ojos hacia el cielo y gritó:

—¡Mira! —Se sostenía los pantalones, imitando a Sherman.

—Eh, Angel, ¿qué hago con éste? ¡Se lo ha hecho en los pantalones! —El policía pronunció la palabra *pantalones* con intensa repugnancia.

—Joder —dijo Angel—. Pues quítale los pantalones, y *entiérralos*, y luego lávale también a él, y dale uno de esos monos verdes.

—A este individuo no quiero ni tocarlo, sargento. ¿Tiene por ahí una de esas cosas que usan en los supermercados para coger las latas de los estantes altos?

—Por supuesto —dijo Angel—. Aquí tengo de todo. Y te voy a meter uno de esos trastos por donde tú sabes.

El policía empujó al detenido hacia la primera celda. Las piernas del detenido bailaban como las de una marioneta.

—Y usted, ¿qué es lo que lleva ahí, por todo el pantalón? —dijo Angel.

Sherman bajó la vista.

—No lo sé —dijo—. Estaba en el asiento del coche.

—¿De qué coche?

—El del inspectot Martin.

El sargento Angel hizo un gesto que era como decir que ahora ya no le faltaba nada por ver.

—Vale. Tanooch, llévale a Gabsie.

Un joven agente blanco cogió a Sherman del codo. La mano de Sherman seguía sujetando los pantalones, de modo que ahora caminaba con ese codo alzado, como el ala de un pájaro. Tenía los pantalones mojados incluso en la cintura. Llevaba la americana colgando del otro brazo. Comenzó a caminar. Debido a que estaba sin cordón, el zapato derecho se le salió, dejándole el pie descalzo. Sherman quiso pararse, pero el agente siguió caminando, tirando de su codo. Sherman logró volver a introducir el pie en el zapato en el último momento, y el policía le indicó la dirección hacia donde debía ir. Para no quedarse descalzo otra vez, Sherman tuvo que andar arrastrando los pies. Los zapatos estaban tan mojados que casi parecía que estuviera chapoteando.

Sherman fue conducido al departamento cuyas ventanas estaban protegidas por gruesos cristales. Ahora alcanzaba a ver, en el pasillo, el interior de las dos celdas. En una de ellas debía de haber al menos doce personas, doce bultos grises y negros, apoyados en las paredes. La puerta de la otra celda permanecía abierta. En su interior había una sola persona, el detenido alto y borracho, tumbado en una repisa. En el suelo había una porquería de color pardo. El olor de los excrementos mareaba.

El policía metió a Sherman en el departamento acristalado. En su interior se encontraba otro policía, enorme y pecos, de cara ancha y pelo rubio y ondulado, que le miró de los pies a la cabeza. El policía que se llamaba Tanooch dijo: «McCoy», y le pasó un papel al otro agente. Todo el departamento estaba atestado de artilugios metálicos. Uno de ellos recordaba las puertas de detección de metales que hay en los aeropuertos. Sherman vio también una cámara montada sobre un trípode. Y algo que parecía un atril, aunque en su parte superior no había nada capaz de sostener ninguna partitura.

—Bien, McCoy —dijo el policía enorme—, pase por esa puerta.

Ñiiic ñiiic ñiiic... sosteniéndose los pantalones con una mano y su empapada americana con la otra, Sherman arrastró sus sonoros zapatos hasta la puerta. La máquina emitió un intenso y gimoteante *biiiip*.

—Vaya, vaya —dijo el policía—. Déme la americana.

Sherman se la dio. El agente tevisó los bolsillos y sobó la prenda de un extremo a otro. Luego la tiró a su mesa.

—Vale. Abra los pies y separe los brazos a los lados, así.

El agente abrió los brazos como si estuviera a punto de hacer el salto del cisne. Sherman miró la mano derecha del policía. Llevaba en ella un guante quirúrgico, translúcido. ¡Le llegaba hasta la mitad del antebrazo!

Sherman separó los pies. Cuando abrió los brazos, los pantalones le resbalaron hacia abajo. El agente se le acercó y empezó a palparle los brazos, el pecho, las costillas, la espalda, y después las caderas y las piernas. La mano con el guante de goma producía una desagradable fricción reseca. Otra vez el pánico... Sherman miró aterrado el guante. El agente le observó y soltó un gruñido, como si algo le hiciera gracia, y luego alzó la mano derecha. Tanto la mano como la muñeca eran enormes. El horrible guante de goma estaba delante mismo de las narices de Sherman.

—No se preocupe por el guante —dijo el policía—. La cuestión es que tengo que tomarle las huellas y cogerle los dedos de uno en uno, mojárselos y... ¿Entiende...? —Hablaban en tono coloquial, de buen vecino, como si acabaran de encontrarse en la calle y estuviera explicándole el funcionamiento del motor de su nuevo Mazda—. Me paso todo el día haciendo lo mismo, y me mancho con la tinta, y ya tengo una piel que de por sí es bastante áspera, y cuando llego a casa, bueno, mi mujer hizo que lo pintaran todo de blanco, y hasta los muebles son blancos, así que en cuanto apoyo la mano en donde sea, el sofá por ejemplo, a mi mujer le da un ataque. —Sherman le miraba atónito, sin saber qué decirle. Aquel tipo enorme y de aspecto fiero quería caerle bien. Qué extraño era todo. Quizá todo el mundo quería caerle bien.

—Vale. Vuelva a pasar por la puerta.

Sherman volvió a pasar por la puerta, arrastrando los pies, y la alarma sonó de nuevo.

—Mierda —dijo el agente—. Pruébalo otra vez. La alarma se disparó por tercera vez.

—No entiendo nada, joder —dijo el agente—. Espere. Venga para acá. Abra la boca.

Sherman la abrió.

—No la cierre... Alto ahí, vuélvase hacia este lado. No veo bien. —Intentó que Sherman inclinase la cabeza en un ángulo muy difícil. Sherman notaba el olor del guante de goma—. Será hijo de puta. ¡Pero si lleva una mina de plata ahí dentro! ¿Sabe lo que vamos a hacer? Dóblese por la cintura, así. Bien doblado.

Sin dejar de sostenerse los pantalones con una mano, Sherman se dobló como le indicaban. *No se le ocurrirá...*

—Ahora entre de espaldas en la puerta, pero despacio, despacísimo.

Sherman empezó a caminar hacia atrás, arrastrando los pies, doblado casi noventa grados.

—Vale. Retroceda un poco más. Despacio... un poco más... Eso es...

Sherman ya había atravesado casi completamente la puerta. Sólo le quedaban los hombros y la cabeza al otro lado.

—Vale, siga andando hacia atrás. Otro poco más, más, más...

La alarma sonó otra vez.

—¡El muy hijo de puta! —dijo el policía. Y se puso a dar vueltas y suspirar. Se palmeó los muslos—. El año pasado tuve a otro igual. Vale, ya se puede enderezar.

Sherman se enderezó. Y se quedó mirando, perplejo, al agente que, ahora, asomó la cabeza por la puerta y gritó:

—¡Eh, Tanooch! ¡Ven para acá! ¡Mira esto!

Al otro lado del corto pasillo, un policía estaba en la celda que permanecía abierta, regando el suelo con una manguera. El ruido del agua producía ecos en los azulejos.

—¡Eh, Tanooch!

El policía que había conducido a Sherman hasta el departamento de las huellas dactilares se acercó hasta allí.

—Fíjate en eso, Tanooch. —Luego le dijo a Sherman—: A ver, dóblese por la cintura y haga lo mismo que antes. Entre de espaldas por la puerta, pero despacio, muy despacio.

Sherman se dobló por la cintura e hizo lo que le pedían.

—Así... Joder-joder-joder... ¿Lo ves, Tanooch? De momento, nada de nada. Vale. Ahora siga retrocediendo, un poco más, más, más... —La alarma se disparó. El agente de la máquina estaba como enloquecido otra vez. Se puso a dar vueltas, a soltar suspiros, a batir palmas—. ¿Lo has visto, Tanooch? ¡Es la *cabeza*! ¡Te lo juro! ¡Se dispara cuando el tipo mete la cabeza! Vale, enderécese. Abra la boca... Así. No, vuélvase hacia ese lado. —Empujó de nuevo la cabeza de Sherman, para que entrase más luz—. ¡Mira ahí adentro! ¿Quieres ver cantidad de metal?

El que se llamaba Tanooch no le dijo nada a Sherman. Se limitó a mirarle el interior de la boca, como si estuviese inspeccionando una interesante gruta.

—La leche —dijo Tanooch—. Tienes razón. Hay más plata en esa boca que en una máquina de dar cambio. —Luego, como si se fijase en él por vez primera, le dijo a Sherman—: Jo, tío, ¿y le han dejado subir alguna vez a un avión?

Esto hizo que el otro agente se partiera de risa.

—No crea que es el único —dijo cuando pudo contener las carcajadas—. El año pasado tuve a otro como usted. Estaba volviéndome loco. No se me ocurría... *No te jode*... ¡En la vida se me podía ocurrir...! ¿Entiende? —De repente le trataban otra vez en plan de vecinos-que-charlan-amigablemente-un-sábado-cualquiera—. Esta maquina es muy sensible, sabe, pero hay que tener la cabeza llena de metal para que se dispare, se lo aseguro.

Sherman estaba atormentado, Profundamente humillado. Pero ¿qué podía hacer? ¿Era posible que aquel par...? Si aceptaba jugar al juego que le estaban proponiendo... ¿le librarían de las *jaulas*...? ¡En las jaulas, y con esa *gentuza*! Sherman se quedó mirándoles, sujetándose los pantalones con una mano.

—¿Qué es todo eso que lleva en los pantalones? —le preguntó Tanooch.

—Styrofoam —dijo Sherman.

—*Styrofoam* —dijo Tanooch, haciendo gestos de asentimiento con la cabeza, pero sin entender nada. Y se fue de allí.

El otro agente, el que era enorme, puso a Sherman delante de la cámara con trípode y le sacó dos instantáneas, una de frente y otra de perfil. Sherman comprendió que eran fotos para la ficha de la policía. Aquel enorme oso le había hecho fotos para la ficha mientras él se sostenía los pantalones con la mano... Luego le llevó hasta un mostrador y fue cogiendo sus dedos uno por uno, se los mojó en un tampón empapado de tinta, y, los apretó e hizo girar lateralmente contra una cartulina impresa. En conjunto fue una operación escasamente delicada. Le agarraba cada dedo como si cogiese un cuchillo o un martillo, y luego se lo machacaba contra el tampón. Después se disculpó.

—Tengo que hacerlo todo yo solo —le dijo a Sherman—. La gente entra y sale de aquí, y nadie levanta un solo dedo por ti.

Del otro lado del pasillo les llegó el ruido de alguien que vomitaba furiosamente. Tres de los latinos estaban junto a los barrotes de su jaula.

—¡Eeeeeeeh! —gritó uno de ellos—. ¡Ese tío está vomitando! ¡Vomita cantidad!

Tanooch fue el primer agente en llegar hasta allí.

—No te jode. Magnífico, hombre. ¡Oye, Angel! ¡Este tío nos va a llenar a todos de mierda! ¿Qué hacemos con él?

—¿Es el mismo de antes? —gritó Angel.

El olor de los vómitos comenzó a extenderse por todas partes.

—Joder-joder-joder —dijo Angel—. Dale otro manguerazo y déjale ahí.

Dos agentes abrieron la jaula, y se quedaron afuera, mientras un tercero entraba provisto de una manguera. Los detenidos se pusieron a pegar brincos de acá para allá, tratando de sortear el chorro de agua.

—Eh, sargento —dijo el policía—. Ese tío se ha vomitado encima de los pantalones.

—¿Los que le hemos dado nosotros?

—Sí.

—Que se joda. Riégalo a él también. Esto no es una lavandería.

Desde donde Sherman se encontraba, alcanzó a ver a aquel detenido larguirucho, sentado en un estrecho reborde y con la cabeza hundida. Tenía las rodillas cubiertas de vómito, y los codos apoyados en las rodillas.

El agente que estaba con Sherman contemplaba la escena a través de la ventana de la sala de huellas, sacudía la cabeza con incredulidad. Sherman se le acercó.

—Oiga, agente, ¿no podría esperar en algún otro sitio? No puedo entrar ahí. Me... No puedo, simplemente.

El agente sacó la cabeza al pasillo y aulló:

—Eh, Angel, ¿qué quieres hacer con McCoy, el que tengo conmigo?

Angel se volvió desde su escritorio, miró a Sherman, y se frotó la calva con la mano.

—Bueeeeno... —Y señaló la celda—. Métele ahí.

Tanooch entró y volvió a coger a Sherman por el brazo. Alguien abrió la puerta de la celda. Tanooch condujo a Sherman hasta el interior, y él entró arrastrando los pies por los azulejos, sin soltarse los pantalones. La reja se cerró a su espalda. Sherman se quedó mirando a los latinos, que estaban sentados en el reborde. Ellos le miraron a su vez, todos menos el larguirucho, que aún mantenía la cabeza hundida y los codos apoyados en el vómito de sus rodillas.

Todo el piso estaba inclinado hacia el desagüe central. Aún estaba húmedo. Al pisarlo, Sherman notó la leve pendiente del piso. Las últimas gotas de agua se escurrían por el desagüe. Así era el mundo. Un desagüe en el que la humanidad nivelaba todas sus diferencias y razas.

Oyó el ruido que hacía la puerta corredera al cerrarse, y se quedó quieto, los pantalones sujetos con la mano derecha y la americana enroscada en el brazo izquierdo. No sabía qué hacer ni adónde mirar, de modo que eligió un hueco desocupado de la pared, e intentó mirarles desde fuera. La ropa de aquella chusma era una confusión de grises y negros y pardos, con la sola excepción de sus zapatillas deportivas, que creaban junto al suelo ritmos de listas y arabescos sobre fondo blanco. Supo que ellos le miraban. Desvió la vista hacia los barrotes. ¡Ni un policía! ¿Moverían un solo músculo los agentes si esos tipos...?

Los latinos ocupaban todos los asientos que proporcionaba el reborde. Sherman había elegido para apoyarse un lugar de la pared que estaba a un metro aproximadamente del extremo del reborde. La pared le hacía daño en la espalda. Levantó el pie izquierdo, y se le cayó el zapato. Volvió a meter el pie en él, tratando de parecer despreocupado. Cuando miró hacia el suelo blanco de azulejos para meter el pie, tuvo la sensación de que estaba a punto de caer, víctima del vértigo. ¡Las pelotitas de sryrofoam! ¡Aún llevaba los pantalones llenos de pelotitas blancas!

Le entró pánico pensando que aquella gente podía tomarle por un chiflado, por un inútil al que podían hacer trizas en cuanto les viniera en gana. Notaba el hedor a vómito... a vómito y a humo de cigarrillos... Bajó la cabeza, como si estuviera adormilado, y les miró de soslayo. ¡Estaban mirándole fijamente! Fumaban y le miraban. El larguirucho, el que había repetido «¡*Mira, mira!*», seguía con la cabeza hundida y los codos sobre las rodillas, aún cubiertas de vómito.

¡Uno de los latinos se había puesto en pie y se encaminaba hacia él! Le veía por el rabillo del ojo. ¡El jaleo estaba a punto de empezar! ¡No pensaban esperar ni un segundo más!

El que se había levantado se apoyó en la pared, justo al lado de Sherman,

adoptando la misma postura que él. Era un tipo de pelo delgado y rizado, un bigote con las puntas inclinadas hacia abajo, tez cetrina, hombros estrechos, algo tripón, y con una peligrosa expresión de loco en sus ojos. Debía de tener unos treinta y cinco años. Sonrió, y eso hizo que su expresión se hiciese más enloquecida incluso.

—¡Eh, tío! Te he visto fuera...

¡Eh, tío!

—Con los de la tele. ¿Qué haces aquí?

—Imprudencia temeraria —dijo Sherman. Era como si ésas fueran a ser las últimas palabras de su vida.

—¿Imprudencia temeraria?

—Atropellar a alguien con el coche.

—¿Con el coche? ¿Atropellaste a un tío con el coche, y ha venido la tele?

Sherman se encogió de hombros. No quería añadir nada más, pero por otro lado temía que creyesen que les menospreciaba.

—¿Y usted, por qué está detenido?

—Bueeeeno... Por el 225, el 265, el 220. —El hombre hizo un amplio ademán, como abarcando todo el código penal—. Drogas, armas, apuestas... Un poco de todo.

Parecía enorgullecerse de su desastre.

—¿Así que atropellaste a un tipo con el coche? —volvió a preguntarle. Le parecía trivial, poco viril. Sherman enarcó las cejas y asintió con la cabeza.

El tipo volvió a sentarse, y Sherman le vio hablar con tres o cuatro de sus camaradas, que miraron otra vez a Sherman y luego, como si la noticia les pareciese tediosa, desviaron la vista a otro lado. Sherman tuvo la sensación de haberles decepcionado. ¡Qué raro era sentir algo así! Pero era eso exactamente lo que sintió.

Rápidamente, Sherman notó que el miedo era reemplazado por el aburrimiento. Los minutos transcurrían arrastrándose lentísimamente. Empezó a dolerle la cadera izquierda. Cambió el apoyo a la otra pierna, y notó un pinchazo en la espalda. Luego empezó a dolerle la cadera derecha. El piso era de azulejos. Las paredes eran de azulejos. Enrolló la americana para convertirla en una almohada. La puso en el suelo, junto a la pared, y se sentó. Tanto la americana como los pantalones estaban muy húmedos. Empezaba a llenársele la vejiga, y notaba cuchilladas de gases en los intestinos.

El que se le había acercado para hablar con él, el que sabía los números del código penal, se acercó a la reja. Llevaba un pitillo entre los labios. Lo cogió con dos dedos y aulló:

—¡Eeeyyyyyy! ¡Necesito fuego! —Ninguno de los policías contestó—. ¡Eeeyyyyyy! ¡Necesito fuego!

Finalmente se acercó el que se llamaba Tanooch:

—¿Qué te pasa?

—Eh, que quiero fuego.

Tanooch sacó del bolsillo una caja de cerillas, encendió una y la sostuvo en alto, a un metro de la reja. El detenido esperó a que terminase la operación, luego se llevó el pitillo a los labios y apretó la cara contra los barrotes de modo que el pitillo asomara al exterior. Tanooch no se movió; dejó que la cerilla se consumiera. La cerilla se apagó:

—¡Eeeeeyyyyyyyy! —gritó el detenido.

Tanooch se encogió de hombros y dejó caer la cerilla al suelo.

—¡Eeeyyyyy! —gritó el detenido, volviéndose hacia sus compañeros con el pitillo sostenido en alto con una mano. (¿Habéis visto lo que ha hecho?) Uno de los que estaban sentados se puso a reír. Ante esta traición, el del pitillo hizo una mueca de desprecio. Luego miró a Sherman. Éste no sabía si mostrar su pena o mirar a otro lado. Al final se limitó a mirarle inexpresivamente. El tipo del pitillo se le acercó y se puso en cuclillas junto a él. El pitillo le colgaba de los labios.

—¿Has visto eso? —preguntó.

—Sí —dijo Sherman.

—Si quieres fuego, tendrían que darte fuego. Hijodeputa. Eh, ¿tienes pitillos?

—No. Me lo han quitado todo. Hasta los cordones de los zapatos.

—¿En serio? —dijo el detenido, mirando los zapatos de Sherman. Él, en cambio, aún tenía los cordones puestos.

Sherman oyó una voz de mujer. Estaba furiosa. Apareció en el breve pasillo, frente a las jaulas. Tanooch tiraba de ella. Era una mujer alta y delgada, con el pelo castaño muy rizado y piel bronceada, muy oscura. Vestía pantalones negros y una chaqueta muy rara, con hombreras desproporcionadas. Tanooch estaba conduciéndola a la sala de huellas dactilares. De repente la mujer giró sobre sus talones y le dijo a alguien que Sherman no alcanzaba a ver:

—¡Montaña de m...! —No terminó la frase—. ¡Yo al menos no tengo que pasarme el día sentada como tú en un estercolero! ¡Piénsalo, gordito!

Desde el fondo se oyeron abundantes risas de otros policías.

—¡Cuidado, Mabel, si se lo propone, Angel puede contigo!

Tanooch tiró de ella:

—Venga, Mabel.

Ella se volvió a Tanooch:

—¡Si hablas conmigo, un respeto! ¿Enterado? ¡Nada de Mabel!

—Ahora mismo te llamaré cosas peores —dijo Tanooch, y la introdujo en la sala de huellas dactilares.

—Doscientos veinte, doscientos treinta y uno —dijo el detenido del pitillo—. Tráfico de estupefacientes.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sherman.

El hombre se limitó a mirarle con expresión de enterado. (Hay cosas evidentes.) Luego sacudió lateralmente la cabeza y añadió:

—Ya ha llegado el autobús.

—¿El autobús?

Al parecer, normalmente los detenidos eran conducidos en primer lugar a una comisaría y encerrados allí. Periódicamente, una furgoneta de la policía hacía una ronda por las comisarías y trasladaba a todos los detenidos al Registro Central, para que les tomaran las huellas y se les formulara oficialmente la acusación. Ahora había llegado un nuevo lote. Todos acabarían metidos en una de las dos jaulas, excepto las mujeres, que tenían reservada una jaula especial que se encontraba al fondo del pasillo, volviendo la esquina. Sin embargo, aquel día no avanzaba el proceso porque Albany estaba paralizado.

Entraron otras tres mujeres. Eran más jóvenes que la primera.

El detenido que se sabía de memoria el código penal tenía razón. Acababa de llegar el «autobús». Comenzó, pues, la procesión, con paradas ante el escritorio de Angel, el departamento de huellas dactilares y, finalmente, las jaulas. Sherman notó que el pánico volvía a cobrar intensidad. De uno en uno, tres altos muchachos negros de cabeza rapada, chaquetón grueso y grandísimas zapatillas deportivas, fueron entrando en la celda. Todos los que iban llegando eran negros o latinos. Casi todos eran jóvenes. Hubo varios que parecían borrachos. El detenido bajito que se sabía el código penal de memoria se levantó para ir a reunirse con sus compañeros y asegurarse de paso un asiento. Sherman estaba decidido a no moverse. Quería ser invisible. En cierto modo... mientras no moviera un solo músculo... no lo verían.

Sherman miró al suelo y trató de no pensar en el dolor que sentía en las tripas y la vejiga. Una de las líneas negras que separaban los azulejos pareció comenzar a moverse. ¡Una cucaracha! Y luego otra... y otra. ¡Fascinante, y horrible! Sherman miró a su alrededor, para ver si alguien más se había fijado.

Nadie prestaba la menor atención... pero mientras miraba, Sherman cruzó la vista con los ojos de uno de los tres negros jóvenes recién ingresados. ¡Estaban mirándole los tres! ¡Con unos rostros chupados, duros, malévolos! Su corazón se lanzó a una enloquecida taquicardia. Hasta el pie le daba sacudidas. Miró las cucarachas, tratando así de calmarse. Una de las cucarachas se había acercado al tipo de los vómitos, que ahora había resbalado hasta el suelo. La cucaracha ascendió por el tacón del zapato. Ascendió luego pierna arriba. Desapareció bajo la pernera del pantalón. Más tarde reapareció. Se subió a la pernera, trepó hacia la rodilla, lentamente. Cuando llegó a la rodilla se instaló en medio de la materia del vómito.

Sherman alzó la vista. Uno de los negros jóvenes se dirigía hacia él. Con una sonrisilla. Parecía asombrosamente alto. Ojos muy juntos. Pantalones pitillo de color negro, y grandes zapatillas deportivas que, en lugar de llevar cordones, se cerraban

por medio de unas tiras de velcro. El joven se agachó delante de Sherman. Su rostro permanecía absolutamente inexpresivo. ¡Lo cual hacía que fuese más aterrador incluso! Le miró directamente a los ojos.

—¡Eh, tío! ¿Tiene un pitillo?

—No —dijo Sherman. Pero, como no quería que el chico creyese que pretendía mantener las distancias, o que se negaba a toda clase de comunicación, añadió—: Lo siento. Me lo han quitado todo.

En cuanto lo hubo dicho, supo que había cometido un error. Era una disculpa; una señal de su debilidad.

—Vale, tío. —El chico parecía amistoso—. ¿Por qué te han traído?

Sherman vaciló.

—Homicidio sin premeditación —dijo por fin. «Imprudencia temeraria» era muy poca cosa.

—Ya. Mal asunto —dijo el chico, imitando no muy bien un tono de preocupación—. ¿Qué pasó?

—Nada —dijo Sherman—. No entiendo qué pretenden. ¿Y usted?

—Por un 160-15 —dijo el chico. Y añadió—: Robo a mano armada.

El chico hizo a continuación un gesto torcido con los labios. Sherman no entendió si aquello significaba «Un asunto de poca monta» o «Me han colgado el muerto, pero yo no hice nada».

El chico sonrió a Sherman, sin dejar de mirarle directamente.

—Vale, Mr. Homicidio-sin-premeditación —le dijo, y se levantó, dio media vuelta y se fue al otro lado de la celda.

¡Mr. Homicidio-sin-premeditación! ¿A qué venía tanta arrogancia? ¿Y qué harían ahora aquellos chicos? ¿No se les ocurriría...? Recordaba un incidente —¿dónde lo había leído?— en el que unos cuantos presos taparon la reja con sus cuerpos, mientras sus compañeros de celda se dedicaban a... Pero ¿colaborarían los latinos con los tres negros para hacer una cosa así?

La boca de Sherman estaba seca, agrietada. La necesidad apremiante de orinar no podía ser más intensa. El corazón le latía nerviosamente, aunque no tan acelerado como antes. Justo en ese momento se abrió la puerta corredera. Más policías. Uno de ellos llevaba un par de bandejas de cartón, como las de los restaurantes de comida para llevar. Las dejó en el suelo. Una de ellas contenía una montaña de emparedados; la otra, vasos de plástico.

El policía se enderezó y dijo:

—Vale, ha llegado el rancho. Vosotros mismos os lo repartís. Y que no oiga jaleo, ¿entendido?

No hubo carreras en pos de la comida. De todos modos, Sherman se alegró de no estar muy alejado de las bandejas. Se colgó la cochambrosa americana bajo el brazo

izquierdo, arrastró los pies unos pasos, y cogió un emparedado envuelto en plástico adhesivo, y un vaso de plástico que contenía un líquido claro y rosado. Luego volvió a sentarse encima de la americana y probó la bebida. Tenía un sabor ligero y azucarado. Dejó el vaso de plástico en el suelo y le quitó el envoltorio al emparedado. Abrió el pan y estudió su contenido. Había una loncha de carne. Su color era enfermizamente amarillento. A la luz fluorescente de la celda, casi era de tono chartreuse. Tenía la superficie húmeda y tersa. Se la acercó a la nariz y la olisqueó. La carne emitía un olor químico. Separó las dos rebanadas de pan, cogió la carne, la envolvió en el plástico adhesivo y dejó aquella cosa repugnante en el suelo. Mejor comerse el pan solo. Pero el pan emitía el mismo hedor que la carne, y no pudo soportarlo. Laboriosamente, abrió el envoltorio de plástico adhesivo, hizo una pelota con cada una de las rebanadas, y volvió a envolverlo todo. Se dio cuenta de que había alguien plantado delante de él. Calzado deportivo cerrado con velcro.

Alzó la vista. El negro le miraba desde arriba, con una sonrisilla extraña. Se puso en cuclillas hasta quedar con la cabeza ligeramente más alta que la de Sherman.

—Oye, tío —le dijo—. Tengo sed. Dame tu vaso.

¡*Dame tu vaso!* Sherman señaló la bandeja con el mentón.

—Ya no quedan, tío. Dame el tuyo.

Sherman revolvió todos los rincones de su mente, en busca de una respuesta. Dijo que no con la cabeza.

—Ya has oído lo que ha dicho ése. Tenemos que repartírnoslo. Había creído que éramos colegas, tío.

¡Esa fingida decepción que sólo transmitía desprecio! Sherman comprendió que había llegado el momento de decir basta, por ahí no paso... el momento de poner fin a... Antes de que Sherman tuviera tiempo ni siquiera de seguirle con la vista, el brazo del chico salió disparado y cogió el vaso que Sherman había dejado junto a él, en el suelo. El negro se levantó, echó la cabeza hacia atrás, y vació ostentosamente el vaso. Luego se lo dio a Sherman.

—Te lo he pedido educadamente —le dijo—. ¿Eh...? Aquí hay que usar la cabeza. Siempre hace falta un buen *amigo*.

Abrió a continuación la mano, dejó que el vaso cayera sobre las piernas de Sherman, y se fue. Sherman vio que toda la celda le miraba. *Tendría que... tendría que...* Pero estaba paralizado de miedo y confusión. En la pared de enfrente, un latino que estaba sacando la carne de su emparedado la tiró finalmente al suelo. Había lonchas de carne por todas partes. Por todos los rincones, bolas de plástico adhesivo, emparedados enteros envueltos y tirados tal cual. El latino empezó a comerse el pan solo... con los ojos clavados en Sherman. Estaban mirándole todos... en aquella jaula para hombres... carne amarillenta, pan, envoltorios de plástico, vasos de plástico... ¡cucarachas! Por todos lados... Miró al latino borracho. Seguía tendido en el suelo.

Tres cucarachas rebuscaban por entre los pliegues del pantalón, a la altura de la rodilla. De repente Sherman vio una cosa que se movía en la abertura del bolsillo del pantalón del borracho. Otra cucaracha... No, demasiado grande... gris... ¡una rata...! ¡Una rata que salía del bolsillo de aquel desgraciado...! La rata se quedó prendida un momento de la tela, saltó luego al suelo y se detuvo otra vez. Luego salió a la carrera y agarró una loncha de carne. Se detuvo de nuevo, como para tasar su captura...

—¡Mira! —dijo uno de los latinos. Había visto la rata.

Un pie salió disparado del asiento. La rata se deslizó por el piso de azulejos como un disco de hockey sobre hielo. Otra pierna salió disparada. La rata regresó volando hasta el reborde... Risas, carcajadas... «¡Mira!» Más patadas... La rata llegó patinando sobre el dorso hasta quedar junto a Sherman. La tenía apenas a diez centímetros de su pie, mareada, agitando las patas en el aire. El bicho logró poner las patas en el suelo, pero apenas podía moverse. La rata estaba acabada. Ni el miedo que sentía era suficiente para permitirle dar un paso, huir. Avanzó dos pasos... Más risas... *¿Debería darle una patada, para demostrar mi solidaridad con los demás detenidos?* Estuvo preguntándose... Sin proponérselo, se puso en pie. Se agachó y cogió la rata. Con ella en la mano, se acercó a la puerta de barrotes. Toda la celda fue quedándose en silencio. Casi estaba en la puerta... ¡Hijaputa! Un dolor espantoso en el dedo índice... ¡La rata le había pegado un mordisco...! Sherman dio un brinco y sacudió la mano. La rata se aferraba a su dedo con los dientes. Sherman agitó el dedo varias veces, como si sacudiera un termómetro. ¡Aquella mala bestia no se soltaba! «¡Mira, mira!» Risas, carcajadas... ¡Menudo espectáculo, divertidísimo! ¡Estaban disfrutando! Sherman golpeó la palma de la mano contra una de las intersecciones de los barrotes. La rata salió volando... hasta ir a parar delante mismo de Tanooch, que, con un montón de papeles, se encaminaba a la celda. Tanooch retrocedió de un salto.

—¡La puta hostia! —dijo. Y miró con ojos asesinos a Sherman—. ¿Se le ha saltado un tornillo?

La rata yacía en el suelo. Tanooch la pisó con el tacón. El animal se quedó aplastado en el suelo, con la boca abierta.

A Sherman le dolía horrorosamente la mano, por el golpe contra la reja. Se la sujetó con la otra. ¡Me he roto la mano! Veía claramente las marcas de los dientes en el índice, y una solitaria gotita de sangre. Se llevó la mano izquierda a la espalda, y sacó el pañuelo del bolsillo trasero derecho. Tuvo que torcerse horriblemente. Todos le miraban. Sí, sí... todos. Se limpió la sangre y se envolvió la mano con el pañuelo. Luego oyó que Tanooch le decía a otro policía.

—El tipo de Park Avenue. Me ha tirado una *rata*.

Sherman regresó, arrastrando los pies, al lugar donde había dejado su americana enrollada. Volvió a sentarse sobre ella. La mano ya no le dolía tantísimo. *Quizá no me la he roto. Pero ¡quizá el mordisco sea peor...! ¡Quizá esa rata tuviera la rabia!*

Retiró un poco el pañuelo, hasta ver el mordisco. No tenía mal aspecto. La gota de sangre había desaparecido.

¡El chico negro se le acercaba otra vez!

—Eh, tío —le dijo—. Tengo frío, sabes.

Sherman trató de ignorarle. Se volvió hacia otro lado. Sabía que su rostro había adoptado una expresión petulante. *¡Estás provocándole! ¡Te la estás jugando!*

—¡Eh! ¡Mírame cuando te hablo!

Sherman se volvió hacia él. *¡Pura maldad!*

—Te pido algo de beber, y te portas como un maleducado. Pero voy a darte una oportunidad para que rectifiques... Mira... tengo frío. Quiero tu americana. Dámela.

¡Mi americana! ¡Mi ropa!

Los pensamientos de Sherman avanzaban a toda velocidad. No era capaz de hablar. Dijo que no con la cabeza.

—¿Qué te pasa, tío? Tendrías que ser amable, Mr. Homicidio-sin-premeditación. Mi colega de ahí dice que te conoce. Te vio en la tele. Jodiste a no sé quién, y vives en Park Avenue. Muy bonito, sí, pero esto no es Park Avenue. ¿Entendido? Mejor será que hagas amistades, ¿entendido? Me has tratado todo lo mal que sabías, pero voy a darte una oportunidad. Venga, dame la americana, joder.

Sherman dejó de pensar. ¡Tenía el cerebro en llamas! Apoyó las manos en el suelo, alzó las caderas y se adelantó hasta apoyarse en una rodilla. Luego saltó, cogiendo al mismo tiempo la americana con la mano derecha. Lo hizo tan bruscamente que el chico se quedó desconcertado.

—¡Cállate ya! —se oyó decir Sherman—. ¡No tenemos nada de que hablar!

El chico le miró inexpresivamente. Luego sonrió:

—¿Que me calle? —dijo—. *¡Que me calle!* —Hizo una mueca que imitaba una sonrisa, y soltó un bufido—. *¡Que me calle!*

—¡Eh! ¡Gusanos! ¡Basta ya de peleas! —Era Tanooch, desde la puerta. Les miraba fijamente a los dos. El negro le lanzó a Sherman una mirada que equivalía a decirle: «Diviértete. Apenas te quedan sesenta segundos de vida...» Luego se retiró a su asiento, sin dejar de mirar a Sherman ni un momento.

Tanooch levantó una hoja y leyó:

—¡Solinas! ¡Gutiérrez! ¡McCoy!

¡McCoy! Sherman se puso apresuradamente la americana, no fuera a ser que su némesis se precipitase y descargara su golpe contra él antes de darle tiempo a salir de la jaula. La americana estaba húmeda, grasienta, fétida, sin forma alguna. Mientras se la estaba poniendo se le cayeron los pantalones. Había pelotitas de styrofoam por toda la americana y... *¡algo* que se movía...! Dos cucarachas se habían colado entre los pliegues. Histéricamente, sacudió la tela hasta que ambas cayeron al suelo. Todavía respiraba de forma agitada, sonora.

Cuando Sherman salía en fila de la celda, detrás de los dos latinos, Tanooch le dijo:

—¿Lo ve? No nos hemos olvidado de usted. En realidad, aún le quedaban otros cinco detenidos por delante.

—Gracias —dijo Sherman—. Se lo agradezco sinceramente.

—Prefiero que salga por su propio pie de aquí dentro —dijo Tanooch, encogiéndose de hombros—, que tener que sacar sus restos con la escoba.

La sala central se encontraba en estos momentos repleta de policías y detenidos. Junto al escritorio, el escritorio de Angel, Sherman fue entregado a un funcionario del departamento de Prisiones, que le esposó las manos a la espalda y le puso en una cola, detrás de los latinos. Ahora no podía impedir que los pantalones le resbalasen hacia abajo. Y miraba una y otra vez por encima del hombro, temiendo ver aparecer en cualquier momento al chico negro. Pero él era el último de la breve cola.

Los funcionarios les condujeron hacia una escalera estrecha, en lo alto de la cual había otra sala sin ventanas. Más funcionarios de Prisiones trabajaban allí, sentados a maltrechos escritorios metálicos tras los cuales Sherman vio... *¡más celdas!* Estas eran más pequeñas, más grises, más sucias que las de azulejos blancos del piso inferior. Estas eran auténticas celdas de cárcel. En la primera, un cartel deteriorado decía SÓLO HOMBRES —MAS DE 21 AÑOS— CAPAC. 8 A 10. La frase «MÁS DE 21 AÑOS» había sido tachada con un grueso rotulador. Todos los detenidos de la cola fueron introducidos en esa primera cola. No les quitaron las esposas. Sherman mantuvo la vista fija en el portal por el que habían llegado a ese piso. Si aparecía el negro y le metían en su misma celda... el miedo le enloquecía por momentos. Sudaba con profusión. Ya no tenía conciencia del tiempo que estaba transcurriendo. Tratando de mejorar un poco su circulación, mantuvo la cabeza gacha.

Al cabo de un rato les sacaron a todos de la celda para llevarles al otro lado de una puerta de barrores de hierro. Sherman vio que en el siguiente pasillo había otra cola de detenidos; estaban todos sentados en el suelo. El pasillo apenas tenía ochenta o noventa centímetros de anchura. Uno de los detenidos era un joven blanco con la pierna derecha escayolada. Llevaba pantalones cortos, de modo que se le veía casi toda la voluminosa escayola. Estaba sentado en el suelo. Un par de muletas reposaban contra la pared, a su lado. Al otro extremo del pasillo había otra puerta. Un funcionario parecía estar allí de guardia. Llevaba un enorme revólver colgando de la cadera. A Sherman se le ocurrió que era la primera arma de fuego que veía desde que había entrado en aquel edificio. A medida que llevaban a los detenidos por la puerta del fondo, les quitaban previamente las esposas. Sherman se dejó caer contra la pared, como los demás. El pasillo resultaba asfixiante. Sin ventanas. Reinaba en él una vaga luminosidad fluorescente, y el hedor de los excesivos cuerpos allí encerrados. ¡El tubo de carne! ¡La caída al matadero! ¿Adónde iría a parar desde

allí...?

Se abrió la puerra del final del pasillo, y una voz gritó:

—Lantier.

El funcionario que vigilaba la puerta dijo:

—Venga, Lantier.

El joven de las muletas se levantó con esfuerzo. El latino que estaba junto a él le echó una mano. El herido estuvo dando saltitos sobre su pierna sana hasta que logró colocarse las muletas bajo los sobacos. *¿Qué diablos puede haber hecho éste en ese estado?* El funcionario le abrió la puerta, y Sherman oyó una voz que desde el otro lado gritaba unos cuantos números y, finalmente, añadía:

—¿Herbert Lantier? ¿El abogado que representa a Herbert Lantier?

¡El juzgado! ¡Al final del pasillo estaba el juzgado!

Para cuando por fin le llegó el turno, Sherman estaba mareado, grogui, febril. La voz del otro lado dijo:

—Sherman McCoy.

El funcionario de la puerta dijo:

—McCoy.

Sherman atravesó la puerta arrastrando los pies para no perder los zapatos, y sujetándose los pantalones. En seguida vio que se dirigía a una habitación luminosa y moderna, en la que un gran número de personas iban de acá para allá en todas direcciones. El estrado del juez, las mesas, los asientos, todo era de barata madera clara. A un lado, la gente se movía a oleadas en torno al alto observatorio en el que estaba situado el juez, mientras que al otro también había un movimiento como de oleaje correspondiente a la zona del público. Tantísima gente... tantísima luz... tantísima confusión... tantísimo ruido... Las dos secciones de la sala estaban separadas por una barandilla, también de madera clara. Y junto a la barandilla se encontraba Killian... ¡Estaba allí! ¡Y fresco y elegante con su peculiar estilo de vestir! Sonreía. Con la sonrisa tranquilizadora que solemos reservar para los inválidos. Cuando Sherman avanzaba arrastrando los pies hacia Killian comprendió con una punzada de dolor cuál debía de ser su propio aspecto... la sucia y húmeda americana, los pantalones arrugados y mojados... las pelotitas de styrofoam... la camisa sucia, los zapatos empapados, sin cordones... Sherman alcanzaba a oler el hedor de la suciedad y desesperación y terror que él mismo desprendía.

Alguien estaba diciendo un número en voz alta; después oyó pronunciar su nombre, y luego oyó que Killian pronunciaba su propio nombre, y el juez dijo:

—¿Cómo se declara?

Killian, en voz baja, le dijo a Sherman:

—No culpable. Di que te declaras «no culpable».

Sherman graznó las palabras.

Pareció producirse una gran conmoción en la sala. ¿La prensa? ¿Cuánto tiempo llevaba en el edificio? De repente estalló una discusión. Delante del juez se encontraba un joven de calvicie incipiente, muy agitado. Posiblemente fuera el miembro de la Oficina del Fiscal de Distrito. El juez le dijo algo ininteligible al joven, al que llamó Mr. Kramer. *Mr. Kramer.*

A Sherman le pareció que el juez era muy joven. Un rechoncho hombrecillo blanco de pelo rizado y escaso, disfrazado con unos ropajes como los que alquilan los universitarios para la ceremonia de fin de carrera.

Sherman le oyó murmurar a Killian:

—Hijo de puta.

—Ya sé, señoría —decía Kramer—, que nuestra oficina accedió a que en este caso se fijara una fianza de 10.000 dólares. Sin embargo, acontecimientos posteriores, que sólo hemos conocido después de haber fijado esa fianza, hacen imposible que aceptemos una suma tan reducida. Señoría, este caso está relacionado con heridas de carácter muy grave, posiblemente fatales, y ahora sabemos con absoluta certeza que existe un testigo, y que ese testigo iba de hecho en el mismo coche conducido por el acusado, Mr. McCoy, y tenemos motivos más que suficientes para creer que han intentado, o que se intentará, impedir que ese testigo salga a la luz pública, y creemos que no beneficiará los intereses de la justicia...

—Señoría —dijo Killian.

—...Y que el acusado no debería ser puesto en libertad con una fianza meramente simbólica...

Desde el sector de los espectadores salió una oleada de murmullos, de gruñidos iracundos, y de entre esa masa sonora emergió una potente voz que griró:

—¡Nada de fianzas!

A lo cual respondió todo un estruendoso coro:

—¡Nada de fianzas...

—¡Que lo encierren!

—¡Al talego con él!

El juez hizo sonar su martillo. El vocerío cesó poco a poco.

—Señoría —dijo Killian—, Mr. Kramer sabe muy bien...

El vocerío comenzó a crecer de nuevo.

Kramer siguió con sus argumentos, tratando de acallar a Killian con su voz:

—Dados los exacerbados sentimientos de esta comunidad, justificadísimamente exacerbados en este caso, diría yo, pues parece como si la justicia fuese un junco...

Killian, gritando, al contraataque:

—¡Señoría, es absurdo!

Un tremendo griterío.

Poco a poco, los gritos se transformaron en alaridos, y los alaridos en un abucheo

aullado a coro:

—¡La jeta que tienes!

—¡Buuuuuuu!

—¡Jeeeeta!

—¡Cierra el pico y deja que hable el fiscal!

El juez hizo sonar de nuevo su martillo.

—¡Silencio! —El jaleo fue amainando. Luego, dirigiéndose a Killian—: Deje que termine la acusación. Luego podrá contestarle.

—Gracias, señoría —dijo Kramer—. Señoría, quiero llamar la atención de este tribunal acerca del hecho de que este caso, incluso en su fase actual, y a cortísimo plazo, ha traído hasta esta Sala una importante representación de la comunidad y, más concretamente, de los amigos y vecinos de la víctima, Henry Lamb, que permanece en el hospital, en situación muy crítica.

Kramer se volvió para señalar con un ademán la zona de público. Estaba atestada. Había incluso gente de pie. Sherman se fijó en un grupo de negros con camisas azules de mecánico. Uno de ellos era muy alto y llevaba un pendiente de oro.

—Tengo aquí una petición —dijo Kramer, y agitó unas hojas de papel por encima de su cabeza—. Este documento ha sido firmado por más de un centenar de miembros de la comunidad, y entregado en la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx. En él se pide que nuestra oficina les represente, que actúe de modo que se haga justicia en este caso. Naturalmente, nosotros tenemos el deber de hacerlo, y así lo juramos al aceptar nuestros cargos.

—La rehostia —murmuró Killian.

—El vecindario, la comunidad, el pueblo del Bronx, tiene intención de observar de cerca este caso, de vigilar cada uno de los pasos del proceso judicial.

¡Bien...! ¡Dales caña...! ¡Eso, eso...! Un tremendo alboroto procedente de la zona del público.

El rechoncho juez utilizó su martillo y gritó:

—¡Silencio! Esto no es un mitin. ¿Ha terminado, Mr. Kramer?

Rumor creciente, murmullos, intensos abucheos *¡Buuuuu!*

—Señoría —dijo Kramer—, mi oficina me ha dado instrucciones, de hecho ha sido el propio Mr. Weiss en persona, y he de pedir en su nombre que en este caso la fianza se eleve a 250.000 dólares.

¡Bieeeeeen! ¡Eeeeso! ¡Dales duro! Vítores, aplausos, pataleos.

Sherman miró a Killian. *¡Dígame... dígame... dígame que no es posible que ocurra algo así!* Pero Killian miraba, muy tenso, al juez. Este había levantado una mano. Sus labios ya se movían. El juez golpeaba su martillo.

—¡Como vuelva a repetirse algo así, desalojaré la sala!

—Señoría —dijo Killian cuando se acalló el jaleo—, Mr. Kramer no se ha

conformado con violar el acuerdo al que había llegado mi cliente y su oficina, sino que ahora ¡pretende organizar un circo! Esta mañana, mi cliente ha sido víctima de una detención circense, pese a que en todo momento se ha mostrado dispuesto a comparecer ante un gran jurado para dar testimonio. Y ahora Mr. Kramer se inventa una supuesta amenaza contra un testigo ficticio, y le pide a este tribunal que fije una fianza absolutamente absurda. Mi cliente vive en un apartamento en propiedad, es un distinguido vecino de esta ciudad, tiene familia y raíces muy profundas en su comunidad, y creo que ya habíamos llegado a un acuerdo en relación con la cuantía de la fianza, como reconoce el propio Mr. Kramer. Y no me parece que haya ocurrido nada que pueda alterar las bases sobre las que se tomó ese acuerdo.

—¡Han cambiado muchísimo las cosas, señoría! —dijo Kramer.

—Sí —dijo Killian—. ¿Sabe lo que ha cambiado? ¡Lo que ha cambiado es la Oficina del Fiscal!

—¡Bien! —dijo el juez—. Mr. Kramer, si su oficina tiene información relativa a la cuantía de la fianza necesaria en este caso, le exijo que reúna toda esa información y presente una solicitud oficial ante este tribunal. Cuando llegue ese momento revisaremos lo que haya que revisar. Hasta entonces, el tribunal deja al acusado, Sherman McCoy, en libertad, bajo una fianza de 10.000 dólares, en espera de que presente su testimonio ante el gran jurado.

¡Gritos y aullidos! ¡Buuuuuu...! ¡Ayyyyy...! ¡Noooo...! ¡Al talego con él!

Luego, todas las voces corearon: «Ni fianza ni cachondeo, metedlo en el talego...»

Killian comenzó a tirar de Sherman. Para salir de la sala tenían que atravesar la zona de público, rodeados por aquella gente iracunda que ahora se había puesto en pie. Sherman se fijó en sus puños alzados. Luego vio que se acercaban unos guardias, media docena por lo menos. Llevaban camisa blanca, grueso cinturón de cuero, y enormes cartucheras por las que asomaban las culatas de sus revólveres. En realidad, no eran policías, sino funcionarios de vigilancia del juzgado. Los guardias cerraron filas a su alrededor. ¡*Van a meterme otra vez en la celda!* Hasta que comprendió que formaban un escudo para sacarle sano y salvo por entre el gentío. ¡Tantísimas caras furiosas, negras y blancas! ¡*Asesino...! ¡Cabrón...! ¡Saldrás tan malparado como Henry Lamb...! ¡Empezad a rezar, vecinos de Park Avenue! ¡Te arrancaremos la piel a tiras! ¡Nada de McCoy, McMuerto, tío...!* Avanzó a duras penas, en medio de las camisas blancas de sus protectores. Oía claramente los gruñidos, el esfuerzo de los vigilantes armados tratando de abrirse paso.

—¡Despejen! ¡Despejen!

Aquí y allá, por todas partes, asomaban caras, labios que se movían... El inglés rubio y alto... Fallow... La ptensa... Más gritos... ¡Asesino! ¡Narigudo! ¡Asesino...! ¡Cuenta cada latido, tío, que son los últimos...! ¡Nos las pagarás...! ¡Muerte al

asesino! ¡Mamón...! ¡Mírale, qué humos de Park Avenue!

Incluso en mitad de la tormenta, Sherman notó que, extrañamente, nada de lo que estaba ocurriendo le afectaba. Su mente le decía que todo aquello era horrible, pero no lo sentía así. *Porque ya estoy muerto.*

La tormenta le siguió por el pasillo que encontraron a la salida del juzgado. También ese pasillo estaba repleto de gente. Sherman vio sus expresiones, que pasaban de la consternación al miedo. Todos fueron apartándose hacia los lados, cohibidos ante la presencia de la gentuza que había salido disparada en cuanto se abrieron las puertas. Killian y los guardias le empujaban hacia una escalera. En la pared había un mural espantoso. La escalera bajaba, quizá hacia la calle. Notaba una presión por la espalda, cayó, y se dio contra la espalda de uno de los guardias. Por un momento pareció que iba a producirse una avalancha de cuerpos, pero el funcionario se agarró a la barandilla. La masa de vociferantes salió como impelida por una explosión a través del portal que daba a la escalera principal. Una muralla de gente cortaba el paso en la acera. Cámaras de televisión, siete u ocho, y micrófonos, de quince a veinte, gritos... la prensa.

Las dos masas de gente se encontraron, se fundieron, se congelaron. Killian se adelantó a Sherman. Los micros apuntaban a su cara, y Killian se puso a decir, en tono declamatorio:

—Quiero que le muestren ustedes a la ciudad de Nueva York —¡qué acento!, pensaba Sherman— todo lo que han visto. —Un acento verdaderamente espantoso, siguió pensando Sherman, sorprendido de, en su situación, ser tan sensible a cada una de las inflexiones de voz del discurso de su abogado—. Primero han visto ustedes una detención que era puro circo; luego, una presentación ante el juez que también era puro circo; y después han podido ver cómo la Oficina del Fiscal de Distrito se prostituía, pervertía la ley ante las cámaras, y buscaba el aplauso de una turbamulta evidentemente manipulada...

¡Buuuuuu...! ¡Fueeeera...! ¡Manipulado lo serás tú, gilipollas...!

Sherman oyó también la voz de alguien que, situado apenas a medio metro de él, entonaba desde su espalda una extraña letanía:

—*Empieza a rezar, McCoy... Tienes los días contados... Empieza a rezar, McCoy... Tienes los días contados...*

—Ayer mismo —estaba diciendo Killian— llegamos a un acuerdo con el fiscal...

La letanía seguía diciendo:

—*Empieza a rezar, McCoy... Se te acabó el tiempo...*

Sherman alzó la vista al cielo. Había dejado de llover. El sol se abría paso entre las nubes. Era un magnífico y saludable día de junio. Una cúpula azul cubría el Bronx.

Miró el cielo y oyó los diversos sonidos, sólo los sonidos, los rotundos tropos y

sentencias, las letanías en falsete, los gritos interrogantes, los abucheos, y pensó: no volveré a entrar ahí adentro, jamás. No me importa el precio que tenga que pagar, aunque tenga que meterme el cañón de una pistola en la boca. Jamás entraré de nuevo ahí adentro.

En realidad, la única arma de que disponía era de cañón doble. Un cacharro grandote y antiguo. Y, mientras seguía plantado en la acera de la calle Ciento sesenta y uno, a una manzana de la Grand Concourse, en pleno Bronx, se preguntó si le cabrían los dos cañones en la boca.

23. En el interior de la cavidad

—Bien, Larry, mira que cúpula tan reluciente te han puesto —dijo Abe Weiss con una sonrisa anchísima.

Como Weiss estaba invitándole a que lo hiciera, Kramer hizo lo que llevaba cuarenta y cinco segundos deseando hacer: volverle la espalda a Weiss y contemplar el grupo de televisores de la pared del fondo.

Y, en efecto, allí estaba él.

El vídeo había llegado a la parte de las imágenes emitidas la noche anterior por el Canal 1 en la que aparecía el dibujo que representaba la escena en el interior del juzgado. Aunque el volumen estaba bastante bajo, Kramer llegó a oír la voz del reportero, Robert Corso, como si sonara en el interior mismo de su cráneo: «Lawrence Kramer, vicefiscal de distrito, agitó con energía una petición ante el juez Samuel Auerbach, y le dijo: “Señoría, el pueblo del Bronx...”» En el dibujo, la cabeza de Kramer parecía completamente calva en su parte superior, lo cual era poco realista y, además, injusto, porque no estaba calvo, aunque había perdido mucho pelo. De todos modos, *allí estaba él*. No era *uno de esos que siempre salen en la tele*. Sino que era él, y si alguna vez había existido algún Valeroso Guerrero de la Justicia, allí estaba, sin la menor duda. Su cuello, sus hombros, su pecho, sus brazos: todo tenía un aspecto enorme, como si en lugar de alzar ante Sammy Auerbach unos papeles, estuviese preparándose para lanzar el martillo en una final olímpica. Ciertamente, el motivo por el cual su fuerza parecía tan tremenda era la desproporción empleada aposta por el dibujante. Pero tal vez fuera ésa la imagen que el artista había visto. Un hombre descomunal. El artista... en realidad era una chica... una italiana que estaba buenísima... Los labios como nectarinas... Bonitos pechos ocultos bajo un jersey sedoso y brillante... Lucy Dellafloria, así se llamaba... De no haberse producido tanta confusión, tanto alboroto, habría sido sencillísimo. Al fin y al cabo, la dibujante se había pasado el rato fijándose en él, concentrada en su aspecto, en la pasión con que hablaba, en el aplomo con que actuó en el campo de batalla. Había estado concentrada en él, como artista y como mujer... con esos gruesos labios de putón italiano... y con sus ojos fijos en él.

El dibujo, ay, desapareció de la pantalla rápidamente, y a continuación apareció Weiss, con todo un bosque de micrófonos apuntándole. Los micrófonos estaban apoyados en bajos soportes distribuidos por su escritorio, pues había dado la rueda de prensa tras la sesión de la mañana, en aquel mismo despacho en el que ahora se encontraban. Y ahora mismo había concedido otra rueda de prensa. Weiss sabía muy bien qué tenía que hacer para que le apuntasen los micros y las cámaras. Desde luego que sí. El espectador medio de los telediarios deduciría que todo el espectáculo era cosa de Abe Weiss, y que el vicefiscal, ese tal Larry Kramer que había actuado ante el

juez, no era más que un instrumento de la brillantez táctica de Abe Weiss, el hombre de la voz rasposa. De hecho, desde que ocupaba su cargo de fiscal de distrito, Weiss no había puesto jamás los pies en un juzgado. Y hacía casi cuatro años que fue elegido. Pero Kramer no estaba resentido por eso. O lo estaba muy poco. Era algo que sabía de antemano. Las cosas funcionaban así. Tanto en el distrito de Weiss como en todos los demás. Esta mañana al menos, Kramer y el capitán Ahab eran muy buenos amigos. Los noticiarios de la televisión, los mismos periódicos, habían repetido muchas veces el nombre de Lawrence Kramer, y *ella*, la lujuriosa Lucy Dellafloria, la sexy Lucy Dellafloria, había retratado a Kramer y le había representado como un hombre fuerte y poderoso. No, no había ningún problema. Y hasta Weiss se había tomado la molestia de indicarle que todo iba bien, por el procedimiento consistente en pasarle el vídeo, para verlo juntos. El mensaje implícito, así pues, era: «Bien, yo soy la estrella, porque soy el jefe y porque el que tiene que presentarse a la reelección soy yo. Pero, ya lo ves, no te dejo al margen. Eres la estrella invitada.»

Así, ambos estuvieron viendo el resto de la cobertura televisiva de la noticia. En ella apareció también Thomas Killian, en la fachada de los juzgados, con los micrófonos apuntando a *su* cara.

—Fíjate cómo viste el muy gilipollas —murmuró Weiss—. Ridículo.

Pero Kramer pensó más bien en cuánto debía de haberle costado el traje.

Killian decía que aquello había sido una detención circense. Parecía estar furioso.

—Ayer —le dijo al reportero del Canal 4— llegamos a un acuerdo con el fiscal de distrito: Mr. McCoy se presentaría para oír la acusación aquí, esta mañana, de forma pacífica y voluntaria, pero el fiscal de distrito decidió por su cuenta violar ese acuerdo y detener a McCoy como si fuese un peligroso delincuente, como si fuese un animal... ¿Y todo para qué? Para que lo pudiesen registrar las cámaras y los micrófonos que han traído ustedes.

—¡Anda ya! —le dijo Weiss a la pantalla.

Killian seguía hablando:

—No solamente niega Mr. McCoy toda culpabilidad en relación con esas acusaciones, sino que está deseoso de que salgan a la luz pública todos los hechos, porque cuando se conozcan los hechos, cuando se vea la realidad, comprenderán ustedes por qué puedo afirmar que todo el montaje de esta detención carece por completo de fundamento.

—Bla bla bla —le dijo Weiss a la pantalla.

La cámara se volvió hacia una figura que se encontraba justo detrás de Killian. Era McCoy. Llevaba la corbata aflojada y torcida, y la camisa y la americana muy arrugadas. Tenía el pelo enmarañado. Todo él estaba medio remojado. Sus ojos estaban vueltos hacia el cielo, casi en blanco. Como si no estuviese allí.

A continuación apareció en la pantalla el rostro de Robert Corso, y sólo parecía hablar de McCoy, McCoy, McCoy. En lugar de ser el caso Henry Lamb, ahora era el caso McCoy. El importante *wasp* de Wall Street, el hombre de perfil aristocrático, le había proporcionado mucho *sex appeal* al caso. Y la prensa se mostraba ahora insaciable.

El escritorio de Weiss estaba cubierto de periódicos. Aún tenía encima de todos el *City Light* del día anterior. Su primera página decía, con enormes caracteres:

MILLONARIO DE WALL STREET COMPLICADO EN UN ACCIDENTE SEMIMORTAL

Las palabras formaban una columna junto a una foto estrecha y alargada de McCoy, empapado, con las manos delante y la americana doblada sobre ellas, evidentemente para ocultar las esposas. Mantenía elevado su magnífico y fuerte mentón, y miraba directamente a la cámara con un gesto ceñudo y feroz. Parecía como si estuviera diciendo: «Sí, ¿y qué?» Incluso el *New York Times* publicaba la noticia del caso en la primera página, pero el diario que más había enloquecido con todo aquel asunto era el *City Light*. Aquella mañana su titular decía:

SE BUSCA A UNA MISTERIOSA MORENA «CACHONDA»

Encima de esas letras, en un cuerpo más pequeño, el antetítulo decía: *Mercedes Team: él atropelló, ella huyó*. La foto era de la revista *W*, especializada en alta sociedad, la misma foto que había sido señalada por Roland Auburn, en la que McCoy iba en smoking y sonreía, mientras a su lado, con aspecto de persona corriente y fea, se encontraba su mujer. El pie de foto decía: *El testigo dijo que la compañera de McCoy era más joven, más «cachonda», más «sexy» que Judy, la mujer de cuarenta años que está casada con él, y que aparece en la foto con su marido en una fiesta de beneficencia*. Una línea de letras blancas sobre fondo negro cruzaba la primera página de un lado la otra y decía: *Los manifestantes piden prisión sin fianza para el joven millonario de Wall Street. Ver pág. 3. Y: La casa de McCoy y la casa de Lamb: Historia de dos ciudades. Fotos en págs. 4 y 5*. En las páginas 4 y 5 había fotos del gran apartamento de McCoy en Park Avenue, las mismas que había publicado el *Architectural Digest*, y en la página de enfrente, fotos de las diminutas habitaciones del piso que los Lamb tenían en los bloques Edgar Allan Poe. El largo pie de foto empezaba diciendo: *Dos Nueva York absolutamente diferentes chocaron entre sí cuando el asesor financiero de Wall Street Sherman McCoy atropello con su Mercedes-Benz deportivo de 50.000 dólares al brillante alumno de instituto Henry*

Lamb. McCoy vive en un apartamento de 3 millones de dólares, con catorce habitaciones distribuidas en dos pisos, y situado en Park Avenue. Henry Lamb, por su parte, vive en un pisito de 247 dólares al mes, con sólo tres habitaciones y situado en unos bloques protegidos del Bronx.

A Weiss le encantó centímetro a centímetro todo aquel tremendo despliegue. Con aquello se habían acabado todas las monsergas sobre la «justicia para los blancos» Y «JOHANNESBRONX». No había conseguido elevar la fianza de McCoy a los 250.000 dólares que pidieron ante el juez, pero la actuación de la fiscalía había sido magníficamente agresiva. ¿Agresiva? Kramer sonrió. Los ojos de Sammy Auerbach se habían abierto como un par de paraguas cuando le oyó formular oficialmente su petición. Sabía que su actitud había sido exagerada hasta el absurdo, pero como mínimo les había servido para decir lo que tenían que decir. Que la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx estaba con el pueblo. Porque, además, seguirían pidiendo que aumentara la fianza.

Weiss estaba francamente satisfecho. Eso era evidente. Esta era la primera ocasión en que Kramer era llamado personalmente, sin Bernie Fitzgibbon, al despacho de Weiss.

El fiscal pulsó un botón y se borró la imagen de la pantalla. Luego le dijo a Kramer:

—¿Has visto la cara que ponía McCoy? Estaba hecho una auténtica mierda. Milt dice que así fue, que ése era el aspecto que tenía ayer, al salir del juzgado. ¿Qué pasó?

—Bueno —dijo Kramer—, lo único que pasó es que estaba lloviendo. Se quedó empapado mientras guardaba cola junto a la puerta del Registro Central. Le hicieron guardar cola, como a todo el mundo, que es de lo que se trataba. Nada de darle ningún trato especial.

—Ya —dijo Weiss—, pero, joder, metemos a un tipo de Park Avenue en el juzgado, y dice Milt que estaba como si acabaran de pescarle en el río. También Bernie me ha dado la bronca por todo eso. No quería que le hiciéramos pasar por el Registro Central.

—Tampoco tenía tan mal aspecto como usted dice —dijo Kramer.

—Trátame de tú, hombre.

Kramer asintió con la cabeza, pero decidió que sería mejor dejar que pasara un tiempo prudente antes de tutearle.

—Yo diría —añadió— que tenía el mismo aspecto de cualquiera que haya estado un rato en las jaulas.

—Lo cual también le parece a Thomas Killian motivo suficiente para protestar —dijo Weiss, señalando los televisores.

Sí, pensó Kramer, al final te has atrevido a ponerte chulo ante los irlandeses.

Bernie se mostró contrariado, por decirlo suavemente, cuando Weiss desestimó su intervención y le dijo a Kramer que solicitara el aumento de la fianza después de que Bernie acordase con Killian que sólo sería de 10.000 dólares. Weiss le dijo a Bernie que la petición sólo pretendía aplacar los ánimos de una comunidad enfurecida debido a que pensaba que McCoy recibiría un trato especial, y que, por otro lado, estaba seguro de que Auerbach jamás aceptaría la elevadísima fianza de 250.000 dólares que iban a pedirle. Para Bernie, sin embargo, aquello suponía la violación de un pacto, la violación de las normas por las que se regía el Banco de Favores del código sagrado de lealtad mutua que vinculaba entre sí a todos los irlandeses que trabajaban en el sistema de la justicia penal.

Kramer notó en el rostro de Weiss el paso de algún nubarrón. Inmediatamente, Weiss dijo:

—Bueno, pues que se joda Tommy. Si tratas de satisfacer a todo el mundo acabas volviéndote loco. Yo tenía que tomar una decisión, y la he tomado. Me parece bien que a Bernie le caiga bien Tommy. Hasta a mí me cae bien. ¡Pero Bernie pretende ponérselo demasiado fácil! De haber cumplido las promesas que Bernie le hizo a Tommy, McCoy hubiera pasado por aquí tan tranquilamente como si fuese una visita oficial del príncipe Carlos. ¿Cuánto rato estuvo McCoy en las jaulas?

—Oh... unas cuatro horas.

—Qué diablos, eso es lo normal, ¿no?

—Más o menos. Hay detenidos que pasan de la celda de una comisaría a la celda de otra, y luego van al Registro Central, y después a Rikers Island, y finalmente vuelven al Registro Central, y sólo entonces se les formula la acusación. Hay tipos a los que detienen el viernes por la noche y se pasan todo el fin de semana yendo de un lado para otro. Y éstos sí que terminan hechos una verdadera mierda. En cambio, McCoy se libró de ir a la comisaría. Fue directamente al Registro Central.

—Entonces, no entiendo a qué viene tanto escándalo. ¿Le pasó algo mientras estuvo en la jaula? ¿Por qué arman tanto jaleo?

—No le pasó nada. Creo que el ordenador no funcionaba. Hubo un retraso, Pero eso pasa cada dos por tres. Es lo normal.

—¿Sabes qué me parece? Me parece que Bernie, sin darse cuenta... y no te confundas, porque aprecio a Bernie y le respeto... pero me parece que, sin darse cuenta, seguro que está convencido de que a McCoy habría que haberle dado un trato especial, sólo porque es blanco y un personaje más o menos conocido. Mira, es un asunto muy curioso, muy sutil. Bernie es irlandés, como Tommy, y los irlandeses tienen metida en el alma esa cosa que los ingleses llaman *deferencia*, y ni siquiera se han enterado. Quiero decir que esos *wasps*, los tipos como McCoy, les impresionan, por mucho que ellos creen que actúan y piensan como si fuesen del IRA. En realidad no tiene mucha importancia, pero una persona como Bernie tiene que cargar con eso

de la deferencia, esa cosa irlandesa, inconsciente claro, y ahí está lo malo. Pero nosotros, Larry, nosotros no representamos a los *wasps*. Me gustaría saber si vive algún *wasp* en el Bronx, porque lo dudo. Tal vez haya alguno por la parte de Riverdale.

Kramer soltó una risilla.

—Te hablo en serio —dijo Weiss—. Esto es el Bronx. Esto es el Laboratorio de las Relaciones Humanas. Así lo llamo yo, el Laboratorio de las Relaciones Humanas.

Era cierto; Weiss lo llamaba Laboratorio de las Relaciones Humanas. Lo llamaba así cada día, como si olvidase que todos los que habían pisado su despacho, aunque sólo fuese una vez, por fuerza tenían que habérselo oído decir. Pero Kramer podía perdonarle a Weiss su fatuidad. O, si no perdonar... sí al menos *comprender*... valorar en su justa medida la verdad esencial que se ocultaba detrás de sus bufonadas. Weiss tenía razón. Para alguien que tenía que trabajar en el sistema judicial del Bronx, no había nada peor que creer que aquel barrio no era más que un Manhattan desplazado.

—Ven acá —dijo Weiss. Se puso en pie, se acercó al gran ventanal que tenía a su espalda, y llamó a Kramer con una seña. Desde el sexto piso de la fortaleza, situada en lo alto de la colina, se dominaba una grandiosa vista. Estaba a una altura suficiente como para que toda la sordidez se perdiera en la distancia, y sólo surgiera ante sus miradas la encantadora topología sinuosa del Bronx. Miraron hacia el Yankee Stadium y el John Mullaly Park, que desde esa distancia parecía arcádicamente verde. A lo lejos y enfrente, más allá del Harlem River, se veía el perfil urbano de Manhattan dominado por el Centro Médico Presbiteriano de Columbia, que desde aquella ventana tenía un aspecto pastoril, como el de esos paisajes antiguos en cuyo fondo el pintor solía disponer algunas nubes grises y algodinosas, y unos cuantos árboles difuminados.

—Mira estas calles, Larry —dijo Weiss—. ¿Qué ves? ¿A *quién* ves?

En realidad, Kramer apenas si podía ver unas figuras en miniatura que bajaban por la calle Ciento sesenta y uno y por Walton Avenue. Estaban tan abajo que parecían insectos.

—Todos son negros y portorriqueños —dijo Weiss—. Ya no se ve por ahí a esos judíos que antes rondaban por esas calles, ni tampoco se ve a ningún italiano, pese a que estamos en pleno centro del Bronx. Esto es como Montague Street, en Brooklyn, o como City Hall Plaza, en Manhattan: el centro neurálgico e institucional del barrio. Antiguamente, los judíos se sentaban por la noche en las aceras, ahí, en la Grand Concourse, y se dedicaban a ver pasar los coches, simplemente. Ahora... ni Charles Bronson se sentaría ahí. Estamos en plena modernidad, y nadie se ha enterado aún. Cuando yo era un crío, el Bronx era de los judíos. Y fue de los judíos durante muchos años. ¿Te acuerdas de Charlie Buckley, el miembro del Congreso? No, eres

demasiado joven. Charlie Buckley, el Amo del Bronx. Más irlandés no podía ser. Hace sólo treinta años que Charlie Buckley tenía la sartén del Bronx por el mango. Todo eso se acabó, pero judíos e italianos llevan todavía las riendas del barrio. ¿Por cuánto tiempo? Ahí abajo, en esas calles, no hay ni uno. ¿Cuánto tiempo seguirán aquí, en los pisos de este edificio? Estamos en el Bronx, y yo digo que el Bronx es el Laboratorio de las Relaciones Humanas. La gente que ves ahí abajo, Larry, es gente pobre, y la pobreza engendra delincuencia, y la delincuencia de este barrio... No hace falta que te lo explique. En parte, soy un idealista, no sé si lo sabes. Me gustaría tratar cada caso individualmente, pero ¿crees que es posible hacerlo con las toneladas de casos que tenemos entre manos? Ayyyyyyyyy... Pero, además de ser idealista, también sé qué es lo que hacemos en realidad. Somos como unos cowboys que tratan de conducir un rebaño enorme. Y cuando conduces un rebaño, si quieres ser eficaz has de tratarlo *como conjunto* —hizo un amplio ademán circular con las manos—, porque tienes que mantener el control del conjunto, y confiar en que no se te pierdan muchas reses por el camino. Sí... llegará el día, y quizá está ya muy cerca, en que esa gente que anda por las calles de ahí abajo tenga sus propios líderes y sus propias organizaciones, un día en el que ellos controlarán tanto el Partido Demócrata del Bronx como todo lo demás, y nosotros habremos abandonado este edificio. Pero en este momento todavía nos necesitan, y hemos de tratarles bien. Tenemos que lograr que crean que no estamos lejos de ellos, y que son tan parte de Nueva York como nosotros. Tenemos que transmitirles el mensaje adecuado. Tenemos que comunicarles que, sin duda, les damos duro cada vez que se descarrían, pero que no lo hacemos porque sean negros o hispanicos o pobres. Tenemos que transmitirles la idea de que la justicia es ciega. Tenemos que decirles que la justicia funciona igual con ellos que con los que son blancos y ricos. Eso es importantísimo. Más importante que todos y cada uno de los matices y aspectos técnicos de la ley. Y en eso consiste la labor que tiene que realizar esta Fiscalía, Larry. No estamos aquí para resolver casos. Estamos aquí para fomentar la esperanza. Y eso es lo que Bernie no entiende. Bernie sigue haciendo política irlandesa —dijo Weiss—, de la misma manera que hizo en sus tiempos Charlie Buckley, y eso se acabó. Fin. Estamos en plena modernidad, al menos aquí, en el Laboratorio de las Relaciones Humanas, y hemos jurado representar a la gente que anda por esas calles que ves ahí abajo.

Dócilmente, Kramer miró los insectos. En cuanto a Weiss, sus elevadísimos sentimientos habían terminado por sobrecargar su voz y su rostro de emoción. Miró a Kramer con expresión sincera, con una sonrisa cansada, como diciéndole: «En eso consiste la vida, una vez barridos a un lado todos los detalles y toda la mezquindad.»

—Nunca lo había mirado desde este punto de vista, Abe —dijo Kramer—, pero tienes toda la razón del mundo.

Era, le pareció a Kramer, el momento oportuno para empezar a tutearle.

—Al principio estuve bastante preocupado por el caso McCoy —dijo Weiss—. Parecía que Bacon y su gente llevaran la iniciativa, y que nosotros nos limitáramos sencillamente a reaccionar. Ahora ya no importa. Le hemos dado la vuelta a la situación. ¿Cómo tratamos aquí a un personajillo elegante de Park Avenue? Igual que a todo el mundo. Detención, esposas, control de huellas dactilares, un rato de espera en la jaula, ¡igual que les pasa a la gente de nuestras calles! En mi opinión, eso ha servido para transmitir el mensaje adecuado. Así se enterará la gente del Bronx de que *nosotros* les representamos, y de que ellos forman parte de Nueva York.

Weiss contempló la calle Ciento sesenta y uno como si fuese un pastor mirando su rebaño. Kramer se alegró de ser el único testigo de esta escena. Si hubiese habido más de un testigo, la impresión dominante habría estado cargada de escepticismo. Kramer mismo sólo habría podido recordar que a Weiss se le estaba aproximando el momento de la reelección, apenas a cinco meses vista, y que el setenta por ciento de los vecinos del Bronx eran negros y latinos. Pero como no había ningún testigo más, Kramer pudo pensar en lo esencial, a saber, que aquel chalado que estaba con él, el capitán Ahab, tenía razón.

—Ayer hiciste un magnífico trabajo, Larry —dijo Weiss—, y quiero que sigas en esa línea. ¿No hace que te sientas a gusto el saber que tu trabajo está cargado de significado? Joder, Larry, sabes muy bien lo que gano. —En efecto, Kramer sabía que el sueldo de Weiss era de 82.000 dólares al año—. A lo largo de mi vida, he tenido una docena de oportunidades para tomar un desvío, largarme de aquí y ganar tres veces más, hasta cinco veces más, en un bufete. Pero ¿de qué me habría servido? Sólo se vive una vez, Larry. ¿Cómo quieres que te recuerden? ¿Te gustaría ser recordado porque tuviste una mierda de mansión señorial en Riverdale o en Greenwich o en Locust Valley? ¿O porque tú *cambiaste* las cosas? Me da *pena* Tommy Killian. Era un buen vicefiscal, pero Tommy quería ganar pasta, y ahora está ganando pasta. ¿Cómo? Limpiándoles las narices a una pandilla de pícaros, de psicóticos, de drogatas. Al lado de McCoy hasta parece alguien. Es la primera vez, desde que dejó esto, que ha visto a un individuo como ése. Mira, Larry, yo prefiero estar aquí, al mando del Laboratorio de Relaciones Humanas. Así pienso yo. Prefiero que me recuerden porque hice algo por cambiar las cosas.

Ayer hiciste un magnífico trabajo. Y quiero que sigas en esa línea.

—Joder, ¿qué hora debe de ser? Estoy hambriento —dijo Weiss.

Kramer miró con presteza su reloj.

—Casi las doce y cuarto.

—Quédate aquí, hombre, y come conmigo. Vendrá el juez Tonneto, y también ese tipo del *New York Times*, Overton No-sé-cuántos, nunca logro recordar su apellido... todos éstos se llaman cosas como Overton o Clifton... y también Bobby Vitello y Lew Weintraub. ¿Conoces a Lew Weintraub? ¿No? Quédate, hombre. Te resultará útil.

—Si te parece que no voy a...

—¡Claro que tienes que quedarte! —Weiss señaló su gigantesca mesa de conferencias, como diciendo que había espacio sobrante—. Vamos a encargar algunos emparedados...

Lo dijo como si aquél fuera a ser uno de esos almuerzos improvisados que prefieres encargar que te suban, como si él o alguno de los demás pastores de la fortaleza tuviese la valentía de salir a pasear entre las reses hasta llegarse a un resaurante de la vecindad.

Pero Kramer no consintió que se colase en su mente ni un solo gramo de cinismo barato. Comer con gente como el juez Tonneto, Bobby Vitello, Lew Weintraub, el gran constructor, y con Overton Comosellame, el *wasp* del *New York Times* y hasta el fiscal de distrito en persona era... ¡sensacional!

Por fin comenzaba a salir del anonimato.

Gracias, Dios mío, por haber puesto en mis manos al Gran Acusado Blanco. Gracias, Señor, por haberme entregado a Sherman McCoy.

Con un resto de curiosidad, Kramer pensó un momento en McCoy. No era mucho mayor que él. ¿Qué sentía aquel *wasp* al que la vida no le había negado nada, ahora que se había dado aquel breve chapuzón en las heladas aguas del mundo real? Pero no fue más que un instante.

Los indios de la tribu bororo, unos seres primitivos que viven a orillas del río Vermelho, en plena selva amazónica, creen que no existe ninguna identidad privada. Para los bororo, la mente es una cavidad abierta, como una cueva o un túnel, por ejemplo, en la que habita el poblado entero y en donde crece la vegetación. En 1969, José M. R. Delgado, el eminente fisiólogo cerebral español, determinó que los bororo tenían razón. Durante cerca de tres milenios, los filósofos occidentales habían creído que el yo era algo único, algo que, por así decirlo, se encontraba encerrado en el cráneo de cada persona. Ese yo interior era algo que se relacionaba con el mundo exterior, y que aprendía de él, a veces con escaso provecho. No obstante, se presumía que el núcleo mismo del yo de cada individuo era irreductible, inviolable. Grave error, dijo Delgado. «Cada persona es una combinación transitoria de materiales que se toman prestados del ambiente.» La palabra más importante era transitoria, y Delgado no hablaba de años, sino de horas. En efecto, Delgado se refirió a ciertos experimentos en los cuales unos estudiantes completamente cuerdos a los que se pidió que se tendieran en las camas de habitaciones bien iluminadas pero aisladas sonoramente, y con el sentido del tacto amortiguado por medio de guantes, y con unas gafas translúcidas para impedirles la visión de cosas concretas, comenzaron, *al cabo de unas horas*, a tener alucinaciones. Es decir que, aislados del poblado y de la selva que normalmente ocupan la cavidad, se quedaban sin mente.

Pero Delgado no se refirió a ningún experimento que hubiese investigado lo que ocurre en la situación diametralmente opuesta. No habló de lo que ocurre cuando el yo —o lo que entendemos por el yo— no es una simple cavidad abierta al mundo exterior, sino que se ha convertido de repente en un parque de atracciones en donde todos, *todo el mundo*^[28], *tout le monde*, entran campando por las buenas, gritando y brincando, tensos los nervios, listos los músculos a por todas, desde risas hasta lágrimas, gemidos, vertiginosas emociones, jadeos, horrores, a por todo, mejor cuanto más sangriento y espeluznante sea. Es decir que no nos dijo nada acerca de la mente de una persona que se encuentra en el punto focal de un escándalo en el último cuarto del siglo XX.

Al principio, durante las primeras semanas tras el incidente del Bronx, para Sherman McCoy la prensa era un enemigo que le acosaba *desde afuera*. Cada día temía los periódicos y los telediarios de la misma forma que alguien puede temer las armas de un enemigo impersonal e invisible, como se temen las bombas. Hasta ayer mismo, cuando esperaba junto a la puerta del Registro Central, bajo la lluvia y en medio de la escoria, cuando vio los blancos de los ojos de los periodistas, cuando vio el amarillo de sus dientes, cuando le injuriaban, cuando se burlaban de él, cuando le tendían cebos y le hacían de todo menos pisotearle y escupirle, todavía fueron para él ese enemigo que está *ahí afuera*. Le habían acorralado, dispuestos a matarle, le habían herido y humillado, pero no lograron alcanzar su yo inviolable, Sherman McCoy, que permaneció intacto en el crucero de su mente.

Luego estrecharon el cerco, dispuestos a matarle. Y luego le mataron.

No recordaba si había muerto mientras hacía cola en la calle, junto a la puerta del Registro Central, o cuando ya estaba en la jaula. Pero para cuando abandonó el edificio y Killian celebró su improvisada rueda de prensa en la escalera, Sherman McCoy murió y volvió a nacer. En su nueva encarnación, la prensa ya no era un enemigo ni estaba *afuera*. La prensa era ahora una enfermedad, como el lupus erythematosus o la granulomatosis de Wegener. Todo su sistema nervioso central se encontraba desde entonces conectado al gigantesco e inconmensurable circuito de la radio y la televisión y los periódicos, y su cuerpo hervía y ardía y vibraba gracias a la energía de la prensa y la salacidad de todos aquellos a los que alcanzaba, es decir todo el mundo, desde el vecino más cercano hasta el más lejano y aburrido extranjero, pues todos vivían ahora emocionados ante su desgracia. A miles, no, a millones, entraban a la carrera en la cavidad de lo que hasta entonces él creía que era su yo, el yo de Sherman McCoy. Le habría resultado tan difícil impedirles el acceso como cerrar el paso del aire a sus pulmones. (Mejor dicho, podía cerrarles el paso sólo de la misma manera que podía negarles el aire a sus pulmones, de una vez por todas. Esa solución se le ocurrió más de una vez a lo largo de ese día larguísimo, pero luchó contra ese malsano pesimismo, luchó y luchó y luchó, porque ya había muerto

una vez.)

Todo empezó minutos después de que él y Killian lograsen desprenderse de la multitud de manifestantes, reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión, para meterse en el coche que había alquilado Killian. El conductor llevaba sintonizada en su radio una emisora musical, pero al poco rato comenzaron las interrupciones con noticias, cada media hora, y Sherman pudo oír su nombre, su nombre y todas las palabras clave que oiría y leería una y otra vez durante el resto del día: Wall Street, alta sociedad, el conductor que se dio a la fuga, el magnífico estudiante del Bronx, la compañera no identificada, y vio por el retrovisor que los ojos del conductor miraban hacia el interior de una cavidad conocida por el nombre de Sherman McCoy. Cuando llegaron al despacho de Killian, la edición de mediodía del *City Light* ya estaba en la recepción, y su propio rostro contorsionado le miró desde la primera página, y todos los habitantes de Nueva York podían ahora penetrar libremente por aquellos aterrorizados ojos. A media tarde, cuando llegó a su casa de Park Avenue, tuvo que sortear el montón de reporteros y cámaras de televisión. Todos le llamaban Sherman, le tuteaban con la mayor desfachatez y menosprecio concebibles, y Eddie, el portero, también le hundió los ojos hasta el fondo de su cavidad, e incluso metió la cabeza dentro. Para empeorar aún más las cosas, tuvo que subir en el ascensor con los Morrissey, que vivían en el ático. No le dijeron nada. Simplemente introdujeron sus alargadas narices en el interior de la cavidad, y una vez allí estuvieron olisqueando todo lo que les dio la gana, hasta que el hedor heló sus rasgos. Sherman había imaginado que su teléfono, cuyo número no aparecía en la guía, le permitiría permanecer oculto, pero los periodistas ya había sabido resolver ese problema, y Bonita, la amable Bonita, que apenas echó una ojeada al interior de la cavidad, tuvo que dedicarse a filtrar llamadas desde el momento en que él entró en el apartamento. Telefonaron todos los medios imaginables de información, y hubo además unas cuantas llamadas para Judy. También hubo alguna que otra llamada personal para él. ¿Qué personas podían carecer hasta tal punto de dignidad, o estar inmunizadas a la vergüenza, como para tratar de comunicar por teléfono con la gran y vociferante galería pública, con la concha de humillación y basura en que Sherman McCoy se había convertido? Sólo su madre y su padre, y Rawlie Thorpe. Bueno, como mínimo Rawlie Thorpe tuvo ese mérito. Judy se pasó el rato rondando de un lado para otro, escandalizada y distante. Campbell... Campbell estaba aturdida, pero aún no lloraba. Aún no. Aunque Sherman había creído que no sería capaz de hacerle frente a la pantalla del televisor, lo conectó. Todos los canales vomitaban el mismo vilipendio. Un importante asesor financiero de Wall Street, miembro de la cúpula de Pierce & Pierce, caballero de alta sociedad, educado en colegios privados y en Yale, malogrado hijo de un antiguo socio del prestigioso bufete de Dunning Sponget & Leach, en su Mercedes deportivo de 60.000 dólares (ahora ya costaba otros 10.000), con una

morena cachonda que ni siquiera es su esposa ni nada parecido a una esposa, y en comparación con la cual esa esposa parece un adefesio, atropella al hijo ejemplar de una familia pobre pero honrada, un joven y brillante alumno de instituto que creció en los bloques de viviendas protegidas, y luego huye con su elegante coche sin mostrar ni la más mínima compasión, sin ofrecer siquiera su ayuda a la víctima, que ahora yace en un hospital, próxima a la muerte. Lo más fantasmal de todo —le pareció fantasmal mientras permanecía sentado ante el televisor— fue que no se sintió escandalizado ni enfurecido ante todas aquellas burdas distorsiones y manifiestas mentiras. Lo que sintió fue *vergüenza*. Por la noche lo habían repetido todo tan a menudo y a todo lo ancho y largo de aquel enorme circuito con el que ahora estaba directamente conectado, que todo lo que decían había acabado por adquirir el peso de la verdad, porque ahora eran millones de personas los que habían visto a ese tal Sherman McCoy, al Sherman McCoy que salía en la pantalla, y todos sabían que era él quien había cometido aquel acto despiadado. Y ahora estaban aquí, enormes multitudes, murmurando y protestando furiosamente y, probablemente, viendo cosas incluso peores en el interior de esa gran cavidad pública que, hasta no hacía mucho, él había creído que era el yo íntimo de Sherman McCoy. Todo el mundo, cada una de las almas que se asomaban a mirar en su interior, con la posible excepción de Maria, suponiendo que ella volviera a mirarle alguna vez, sabría que él era esa persona expuesta en dos millones, tres millones, cuatro millones de ejemplares de periódicos, y en las pantallas de Dios sabía cuantísimos televisores. La energía de sus acusaciones, transmitida por el enorme circuito de la prensa, que estaba conectado a su sistema nervioso central, ardía y zumbaba bajo su piel y producía constantes descargas de adrenalina. Sherman tenía el pulso constantemente acelerado, pero ya no sentía pánico. Este había sido reemplazado por un estado de tristeza, de triste apatía. Sólo podía concentrarse en... nada, ni siquiera el tiempo suficiente como para que lo que fuese le entristeciera. Pensaba en cómo debía de estar afectando todo aquello a Campbell y a Judy, pero ya no sentía las terribles punzadas de dolor que sintiera poco antes... antes de morir. Esto le alarmaba. Miró a su hija y se esforzó por sentir aquel dolor, pero lo único que logró fue hacer un ejercicio intelectual. Todo era triste y pesado, pesado, pesado.

Lo que sí sentía de verdad era el miedo. El miedo de *volver allí*.

La noche anterior, agotado, se había metido en cama pensando que no podría dormir. De hecho, se durmió casi inmediatamente, y estuvo soñando. Estaba poniéndose el sol. Iba en autobús por la Primera Avenida. Lo cual era extraño, pues hacía diez años que no utilizaba el autobús para desplazarse por Nueva York. Sin que le diera tiempo a darse cuenta de lo que ocurría, el autobús ya estaba a la altura de la calle Ciento diez, y había anochecido. Se había saltado su parada, aunque no recordaba cuál era. Se encontraba ya en un barrio de negros. En realidad, hubiera

tenido que ser un barrio de latinos, el Spanish Harlem, pero en el sueño era un barrio de negros. Se apeó del autobús porque temía que si seguía en él las cosas sólo podían empeorar. Fue viendo figuras en la oscuridad de los portales y las aceras, pero nadie le había visto todavía a él. Avanzó con paso presuroso por las calles ensombrecidas, tratando de encaminarse hacia el oeste. El sentido común hubiese tenido que decirle que lo mejor era avanzar directamente por la Primera Avenida, hacia abajo, pero, sin saber por qué, le parecía tremendamente improprio ir hacia el oeste. Hasta que comprendió que aquellos seres caminaban en círculos. No decían nada, ni siquiera se ponían peligrosamente cerca de él... de momento. Disponían de todo el tiempo del mundo. Siguió avanzando en la oscuridad, escrutando las sombras, y las figuras fueron aproximándosele gradualmente; gradualmente, porque tenían todo el tiempo del mundo. Despertó presa de un espantoso pánico, sudando, con el corazón a punto de salirse por entre las costillas. Había dormido menos de dos horas.

De madrugada, cuando salió el sol, se sintió más fuerte. Habían cesado los zumbidos, las llamas, y comenzó a preguntarse: ¿acaso me he liberado de ese horrible estado? Naturalmente, no lo había entendido. El inmenso circuito había hecho una pausa nocturna. Los millones de ojos acusadores estaban cerrados. En cualquier caso, decidió: seré fuerte. ¿Tenía acaso otra elección? Ninguna, como no fuese volver a morir, lenta o rápidamente; y de verdad. Fue con esta actitud mental como pensó negarse a permanecer preso en su propio apartamento. Seguiría llevando su vida corriente hasta donde pudiese, plantaría su poderoso mentón frente a la turba. Y empezaría acompañando a Campbell hasta la parada del autobús, como siempre.

A las siete en punto, Tony, el portero, llamó desde abajo para decir, sintiéndolo mucho, que media docena de reporteros y fotógrafos estaban acampados junto al portal, en la acera y en sus coches. Bonita transmitió el mensaje, y Sherman apretó las mandíbulas, alzó el mentón, y resolvió tratarles igual que uno trata al mal tiempo. Sherman y Campbell, él con su más discreto traje de lana hecho a medida en Inglaterra, y ella con su uniforme de Taliaferro, salieron del ascensor y se acercaron a la puerta, en donde Tony, con auténtica sinceridad, dijo:

—Suerte. Son una pandilla de groseros.

En la acera, un hombre joven ocupaba la primera posición. Su aspecto era casi infantil. Se les acercó con una vaga imitación de la cortesía y dijo:

—Mr. McCoy, querría preguntarle...

Sherman tomó la mano de Campbell, alzó su mentón Yale, y dijo:

—No tengo absolutamente nada que decir. Y ahora, si me disculpa...

De repente, cinco, seis, siete reporteros les rodeaban a él y a Campbell, y nadie le trataba con la más mínima deferencia.

—¡Sherman! ¡Eh! ¿Quién era la mujer que iba contigo?

—¡Sherman, un segundo! ¡Una foto!

—¡Oye, Sherman, dice tu abogado...!

—¡Espera! ¡Eh, eh! ¿Cómo te llamas, monina?

¡Uno de ellos estaba llamando *monina*, a Campbell! Escandalizado y furioso, Sherman se volvió hacia esa voz. *El mismo*, aquel del pelo rizado y pegado al cráneo, y ahora con *dos* pedacitos de papel higiénico pegados a la cara.

Sherman se volvió hacia Campbell. La niña sonreía confusamente. ¡Las cámaras! Siempre le había divertido que le sacaran fotos.

—¿Cómo se llama, Sherman?

—¡Eh, monina, dime cómo te llamas!

El guarro de los pedacitos de papel higiénico estaba inclinado sobre su hija y le hablaba con voz untuosa.

—¡Déjela en paz! —dijo Sherman. Notó que la fiereza de su propia voz asustó a Campbell.

De golpe y porrazo se encontró con un micrófono delante de sus narices.

—Henry Lamb —dijo una joven alta y nervuda de anchas mandíbulas— está en el hospital, a punto de morir, mientras tú andas tan tranquilo por Park Avenue. ¿Qué sientes por él?

Sherman alzó el brazo para apartar el micrófono de su cara. La mujer se puso a chillar:

—¡Hijo de la gran puta! —Y, dirigiéndose a sus colegas—: ¡Lo habéis visto! ¡Me ha pegado! ¡Este hijo de la gran puta me ha pegado! ¡Lo habéis visto! ¡Hijo de la gran puta, haré que te detengan por esto!

El grupo siguió revoloteando alrededor de Sherman y su hijita. Ahora él trató de protegerla con su brazo, la cogió de los hombros y se la acercó lo más que pudo, sin dejar de avanzar rápidamente hacia la esquina.

—¡Venga, Sherman! ¡Un par de preguntas y te dejamos tranquilo!

A su espalda, la mujer seguía gritando y quejándose:

—¡Eh! ¿Habéis sacado una foto cuando me pegaba? ¡Quiero ver tus fotos! ¡Serán una prueba! —Y luego, volviéndose hacia Sherman—: ¡Te crees con derecho a cargarte a todo el mundo, eh, cabrón racista!

¡Cabrón racista! Y se lo decía una mujer blanca.

El rostro de Campbell estaba congelado de miedo y consternación.

El semáforo se puso verde, y el grupo de reporteros les siguió a los dos hasta la otra acera de Park Avenue, acosándoles, revoloteando a su alrededor. Sherman y Campbell, cogidos de la mano, siguieron su camino mientras los entrevistadores y los fotógrafos saltaban de acá para allá, dando brincos hacia adelante y hacia atrás.

—¡Sherman!

—¡Sherman!

—¡Mírame, monina!

Los padres, niñeras y niños que aguardaban la llegada del autobús del colegio Taliaferro retrocedieron unos pasos. No querían mezclarse con la repugnante erupción que se les iba acercando, con aquel ruidoso enjambre de escándalo, culpa, humillación y tormentos. Por otro lado, tampoco querían que los pequeños perdieran el autobús, que ya se acercaba a la parada. De modo que, con un estremecimiento colectivo, se agruparon algo más atrás, como si el viento les hubiese unido en un remolino. Durante unos momentos Sherman creyó que alguien acudiría a ayudarles, no tanto por él como por Campbell, pero estaba equivocado. Los unos se quedaron mirándoles fijamente, como si no le conocieran. Los otros desviaron la vista. Sherman escrutó sus rostros. ¡La encantadora Mrs. Lueger! Tenía las dos manos apoyadas en los hombros de su hijita, que miraba con ojos enormes, fascinados. Mrs. Lueger miró a Sherman como si fuese un vagabundo que hubiese pasado la noche en un banco.

Con su uniforme color borgoña, Campbell subió al autobús y luego lanzó una última mirada por encima del hombro. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, sin el menor sonido.

Una horrible punzada destrozó ahora el plexo solar de Sherman. Todavía no estaba muerto. Por segunda vez, todavía no estaba muerto; todavía no. El fotógrafo de los trocitos de papel higiénico en la cara se encontraba justo a su espalda, a menos de medio metro, con su horrible instrumento atornillado en la órbita ocular.

¡Saltar a por él! ¡Meterle su maldita cámara hasta el fondo de su cráneo! ¿Cómo te atreves a llamar «monina» a la que es carne de mi carne y sangre de mi sangre...?

Pero ¿para qué? Porque ya no eran enemigos que le acosaban desde *afuera*. No. Eran parásitos que llevaba metidos en su propio cuerpo. Los zumbidos y las llamas habían vuelto a empezar con el nuevo día.

Fallow atravesó dando brincos la sección de local, dejando que todos se embebieran en su imponente figura. Enderezó la espalda y metió el estómago hacia adentro. Mañana empezaré a hacer ejercicio, en serio. ¿Por qué no iba él a tener un físico de héroe? Cuando bajaba hacia el periódico se detuvo en Herzfeld, una tienda de caballeros de Madison Avenue que vendía ropa americana y europea, y se había comprado una corbata azul marino de granadina con diminutos lunares bordados en blanco. Se la puso en la misma tienda, dejando que el dependiente se quedara boquiabierto al ver el cuello separable de su camisa. Se había puesto su mejor camisa, comprada en Bowring, Arundel & Co., de Savile Row. Era una camisa sincera, complementada ahora por una corbata sincera. Ojalá hubiese podido comprarse un blazer nuevo con unas magníficas solapas que no tuvieran brillos... Ah, tranquilo, ¡pronto podrás permitirte! Se detuvo junto a una mesa y cogió un *City Light* del montón de ejemplares de las primeras ediciones que solían estar por allí para que los

utilizaran los redactores. SE BUSCA A LA MISTERIOSA MORENA «CACHONDA». Otra vez la noticia de primera página iba firmada por Peter Fallow. El resto de letra impresa flotó neblinoso ante su rostro. Pero siguió mirándolo sin ver, para que todos sus compañeros tuvieran oportunidad de embeberse de la presencia de... Peter Fallow... Mirad bien, pobres esclavos, encorvados sobre vuestros procesadores de textos, vosotros que os pasáis el día tecleando y parloteando y refunfuñando por vuestro sueldo. De repente se sintió tan contento que por un momento pensó acercarse al pobre Goldman y, con un ademán de gran señor, devolverle sus cien dólares. No, mejor sería dejarlo para otra ocasión.

Cuando llegó a su mesa ya tenía cinco o seis recados. Hojeó los papelitos, medio esperando encontrar en uno de ellos la oferta de algún productor cinematográfico.

Sir Gerald Steiner, la ex Rata Muerta, se encaminaba hacia él en mangas de camisa, con unos tirantes rojos y una sonrisa cálida en su rostro, una sonrisa cálida y encantadora, una sonrisa que intentaba congraciarse con él, y que ahora había pasado a reemplazar a la mirada malévola de ojos lobunos que solía reservarle hasta hacía unas pocas semanas. La cantina secreta de vodka seguía oculta en el bolsillo de la gabardina, que aún colgaba de la percha de plástico. Fallow podía seguramente sacarlo y dar un trago delante mismo de la Rata, sin que por ello ocurriese nada. Nada que no fuese una sonrisa de camarada por parte de la Rata.

—¡Peter! —dijo Steiner. Se acabó aquel severo «Fallow» de tutor de colegio—. ¿Quieres ver una cosa que te alegrará el día?

Steiner depositó enérgicamente una foto en la mesa de Fallow. En ella se veía a Sherman McCoy, con un gesto horriblemente ceñudo, propinándole un revés en plena cara a una mujer alta que sostenía en la mano una especie de varita mágica que, vista más detenidamente, resultó ser un micrófono. Con la otra mano, Sherman sostenía la manita de una niña vestida con uniforme de colegio. La niña dirigía a la cámara una mirada interrogadora. Al fondo se veían la marquesina y el portero de su mansión.

Steiner reía a gusto.

—Esa mujer, por cierto, una horrible reportera de radio, ha estado llamándonos cinco veces por hora. Dice que quiere demandar a McCoy por haber atentado violentamente contra ella. Pretende que le demos la foto. Y se la vamos a dar, desde luego. Sale en la primera página de la próxima edición.

Fallow cogió la foto y la estudió.

—Hmmm. Bonita chiquilla. Debe de ser duro para ella eso de tener un padre que anda metiéndose con las minorías, tanto negros como mujeres, le da igual. ¿Te has fijado en que los yanquis tienen la manía de decir que las mujeres son una minoría?

—Pobre idioma, en qué manos está... —dijo Steiner.

—Una foto magnífica, sí —dijo Fallow, con absoluta sinceridad—. ¿Quién la

hizo?

—Silverstein. Ese chico tiene madera. Mucha madera.

—¿Silverstein se dedica a esperar que ese tipo salga de su casa? —preguntó Fallow.

—Por supuesto —dijo Steiner—. Le encanta. Mira, Peter —el conmovedor tuteo—, siento un gran respeto, un extraño pero gran respeto, por los tipos como Silverstein. Ellos son los destripaterrones del periodismo. Aman la tierra misma, y por sí misma... no por la paga. Les gusta hundir las manos en la mierda. —Steiner se interrumpió. Estaba asombrado ante su propia capacidad de utilizar imágenes.

¡Cómo le hubiera gustado a Sir Gerald, el hijo del viejo Steiner, zambullirse en esa mierda con abandono tan dionisiaco! ¡Como un niño jugando con la arena! Le brillaban los ojos de emoción. Quizá por amor, o por nostalgia, del barro.

—¡Ay, aquellos gamberros que se partían de risa! —dijo Steiner, con una sonrisa anchísima, recordando las hazañas de su embarrado fotógrafo. Lo cual le condujo a tratar de otro tema que todavía le producía mayor satisfacción—. Quería decirte otra cosa, Peter. No sé si te das cuenta, pero con todo este asunto de Lamb y McCoy has dado con una noticia de gran trascendencia. Es cierto que, por un lado, se trata de un tema sensacionalista. Pero es mucho más que eso. Porque tiene su moraleja. Antes hablabas de minorías. Ya sé que lo decías en broma, pero no olvides que las minorías están empezando a hacer oír su voz, me refiero a las organizaciones de los negros y de todos los demás, las mismas organizaciones que hacían correr el rumor de que somos racistas y todo eso. Pues bien, ahora nos felicitan, nos miran como si fuésemos para ellos algo así como... *un faro*. Lo cual significa que se ha producido un cambio muy brusco en poquísimo tiempo. Esos de la Liga Contra la Difamación del Tercer Mundo, esos mismos que protestaban por nuestro tratamiento de aquellos gamberros, acaban de enviarme la felicitación más extraordinaria que te puedas imaginar. ¡Ahora nos hemos convertido en los portaestandartes del liberalismo y los derechos civiles! Creen que eres un genio, por cierto. Ese tal reverendo Bacon parece ser el jefe de la organización. Pues te aseguro que, si estuviera en sus manos, te daría el premio Nobel. Le diré a Bacon que te enseñe la carta.

Fallow no dijo nada. Los muy idiotas, ¿no habrían podido ser un poco más sutiles?

—Lo que trato de decirte, Peter, es que hemos dado un paso importantísimo en la historia de este periódico. A nuestros lectores les importa un rábano la respetabilidad. Pero a los anunciantes sí que les importa mucho. Ya le he dicho a Brian que estudie la posibilidad de conseguir que alguno de esos grupos de negros comunique oficialmente su nueva opinión acerca del *City Light*, del modo que ellos prefieran, por medio de comunicados, o dándonos algún premio o... no sé, pero Brian sabrá manejar el asunto. Espero que tengas tiempo de participar en lo que sea, si hace falta.

En fin, ya veremos qué tal nos sale.

—Desde luego que participaré —dijo Fallow—. Por supuesto. Sé lo intensos que son los sentimientos de esa gente. ¿Sabías que el juez que se negó a subir la fianza de McCoy ha recibido amenazas de muerte?

—¡Amenazas de muerte! ¿Hablas en serio? —La Rata estaba excitada, encantada.

—Muy en serio. Y el juez también se las ha tomado pero que muy en serio.

—Santo Dios —dijo Steiner—. Qué país tan asombroso.

Fallow creyó que éste era un momento oportuno para sugerirle a Sir Gerald que diese otro paso muy importante, aunque en otro terreno: un adelanto de mil dólares que, a su vez, podía servir para que la eminente Rata pensara en la posibilidad de concederle un aumento de sueldo.

Y acertó, en los dos sentidos. En cuanto se hubiese comprado el nuevo blazer, Fallow pensaba *quemar* el que llevaba. Y lo haría con sumo placer.

Apenas un minuto después de que le dejara Steiner, sonó el teléfono de Fallow. Era Alberr Vogel.

—¡Hola, Pete! ¿Qué hay? Todo marcha, todo marcha, todo marcha. Pete, tienes que hacerme un favor. Dame el número de teléfono de McCoy. No sale en la guía.

Sin saber exactamente por qué motivo, a Fallow le pareció que esa petición estaba fuera de lugar.

—¿Y para qué necesitas su número de teléfono, Al?

—Mira, la cuestión es, Pete, que Annie Lamb ha requerido mis servicios porque quiere presentar una demanda civil en nombre de su hijo. En realidad serán dos: una contra el hospital, por negligencia, y otra contra McCoy.

—¿Y dices que necesitas el número de su casa? ¿Para qué?

—¿Para qué? Es posible que tengamos que negociar.

—Entonces, no entiendo por qué no llamas a su abogado.

—Joder, Pete. —La voz de Vogel adquirió ahora un tono iracundo—. No te he llamado para hacerte consultas legales. Lo único que quiero es un jodido número de teléfono. ¿Lo entiendes o no?

El lado sensato de Fallow le dijo que la respuesta más adecuada era no. Pero su vanidad le impedía decir que él, *Fallow*, propietario del caso McCoy, no había sido capaz de conseguir el número de teléfono de McCoy.

—De acuerdo, Al. Te propongo un intercambio. Tú me das los detalles de las dos demandas civiles, y un día de adelanto sobre el resto de la prensa, y yo te daré ese número.

—Mira, Pete, tengo intención de convocar una rueda de prensa para contar lo de las demandas. Y no te pido más que un número de mierda.

—De todos modos, puedes convocar la rueda de prensa. Pero si yo adelanto algunos detalles, te aseguro que todavía irán más periodistas.

Una pausa.

—Vale, Pete. —Vogel sonrió, pero sin entusiasmo—. Creo que cuando te puse sobre la pista del caso Henry Lamb creé, sin darme cuenta, un monstruo. ¿Quién te has creído que eres, Lincoln Steffens?^[29]

—¿Lincoln qué?

—Da lo mismo. No te interesaría. Bien, puedes tener ese adelanto que me pides sobre la noticia. ¿No te cansas de tener tantas exclusivas? Anda, dame el número.

Y Fallow se lo dio.

Yendo al fondo de la cuestión, ¿tanto cambiarían las cosas por el hecho de que Al Vogel tuviera o no el número?

24. Los informadores

La espantosa moqueta anaranjada llameaba a sus pies. Sherman se había dejado caer en un canapé, y vio que la alfombra estaba algo desprendida por el extremo de la pared, y que dejaba asomar sus rizadas fibras metálicas en avanzado proceso de deshilachamiento. Sherman miró fijamente aquel horrible espectáculo para no tener que contemplar a los siniestros seres que ocupaban el canapé de enfrente. Temía que ellos le mirasen, que le hubiesen reconocido. El hecho de que Killian le hiciese esperar de ese modo, sin embargo, parecía confirmar finalmente que lo que estaba a punto de hacer no era incorrecto. Aquella iba a ser su última visita al bufete, su último descenso a la vulgaridad de los Bancos de Favores, los pactos, los horteras de baja estofa y las baratas filosofías cloaqueras.

Hasta que la curiosidad pudo con él, y les miró los pies... Dos hombres... Uno de ellos calzaba unos mocasines con el empeine adornado por una cadenilla de oro. El otro, unas deportivas Reebok de color blanquísimo. El calzado no permanecía quieto, pues ambos clientes del bufete resbalaban en el canapé, se empujaban otra vez hacia arriba bien apoyados en los pies, volvían a resbalar, se empujaban hacia arriba, volvían a resbalar, se empujaban hacia arriba. Sherman resbaló y se empujó hacia arriba. Ellos dos resbalaron y se empujaron hacia arriba. Toda la sala de espera, todo lo que contenía, incluyendo la obscena inclinación de los canapés, proclamaba la falta de gusto, la falta de seriedad, la vulgaridad y, en el fondo, la profunda ignorancia e incultura de aquel mundo. A Sherman le pareció que el idioma en el que hablaban aquellos dos hombres era español.

—*Oy el miiímo* —decía una y otra vez uno de ellos—. *El miiímo*.

Sherman dejó que su mirada ascendiera hasta el tronco de los dos. Ambos llevaban polo de punto y cazadora de cuero; más Gente de Cuero.

—*Oy el miiímo*.

Sherman decidió jugársela. Les miró a la cara. E, inmediatamente, bajó la vista. ¡Le miraban fijamente! ¡Con una crueldad...! Parecían ser ambos treintañeros. Espesas matas de pelo morenísimo, cortado y repeinado en alguna peluquería cara, pese a lo vulgar de la línea. Ambos llevaban raya en medio y el pelo repartido hacia los lados de tal forma que daba la sensación de que los cabellos formaran sendos chorros de aparatosas fuentes ornamentales. ¡Y con qué retorcidas expresiones le miraban! ¿*Sabían que él...*?

Le llegó la voz de Killian, su horrible acento. Sherman se consoló pensando que no tendría que oírle mucho más tiempo. El León acertaba. ¿Cómo podía haber puesto su destino en manos de alguien que vivía inmerso en semejante sordidez? Killian apareció en la sala de espera, con el brazo sobre los hombros de un hombrecillo blanco, mofletudo y completamente abatido, que vestía un patético traje a juego con

un chaleco más patético aún, y que a duras penas podía contener su protuberante estómago.

—¿Qué quieres que te diga, Dennis? —le decía Killian—. La ley es como todo. Tanto pagas, tanto recibes. ¿De acuerdo?

El hombrecillo se fue medio a rastras y sin mirarle. Sherman pensó que cada vez que había estado con Killian, el tema de conversación había sido el dinero... El dinero que algún cliente le debía a Thomas Killian.

—No quería hacerte esperar, Sherman —le dijo Killian, lanzando una mirada significativa hacia el hombrecillo que se estaba yendo, y con un gesto que decía: «Pero qué remedio.»

Mientras él y Sherman avanzaban por el pasillo bajo los potentísimos focos, camino del despacho de Killian, éste le dijo:

—Ése sí que tiene problemas. —E hizo un movimiento de cabeza señalando hacia atrás, hacia el hombrecillo que acababa de irse—. Cincuenta y siete años, católico, irlandés, con mujer e hijos, oficinista, y va y le pillan haciéndole proposiciones deshonestas a una niña de siete años. El agente que le detuvo afirma que primero le ofreció un plátano, y que desarrolló el tema hasta sus últimas consecuencias.

Sherman no hizo ningún comentario. ¿Acaso creía aquel insensible listillo que con su permanente cinismo iba a conseguir que mejorase su estado de ánimo? Se sintió recorrido por un helado estremecimiento. Como si el destino del hombrecillo mofletudo fuera el suyo propio.

—¿Te has fijado en los dos tipos que estaban sentados enfrente de ti?

Sherman respiró hondo. ¿En qué clase de infierno podían ser atrapados aquellos dos?

—Tienen veintiocho, veintinueve años, los dos, y si hicieran pública su cifra de negocios saldrían en la lista de Los Cuatrocientos de Forbes^[30]. Hasta ese punto están *forrados*. Son cubanos, pero importan productos colombianos. Son clientes de mi socio, Mike Bellavita.

A cada nueva palabra de aquel listillo, Sherman se sentía más furioso contra él. ¿Acaso creía aquel hortera que sus comentarios de enterado, el distanciamiento con que hablaba de todo, su manía de dárselas de duro, podían ayudarle a él a sentirse adulado, a sentirse superior a los detritus que, barridos por una repugnante marea, pasaban consrantemente por allí? ¡No soy superior, mequetrefe enteradillo, ignorantísimo necio! ¡Soy uno de ellos! ¡Mi corazón late con el de todos ellos! Un viejo irlandés acusado de corrupción de menores... dos jóvenes cubanos acusados de tráfico de drogas y con la cabeza coronada por un triste peinado estrafalario... Estaba, por fin, aplicándose a sí mismo esa frase según la cual «un liberal es un conservador que ha sido detenido por la policía».

Una vez en el despacho de Killian, Sherman se sentó y contempló al irlandés, que

se había puesto muy tieso en su silla, hacía girar los hombros, y se alisaba las arrugas de la americana. Y todavía sintió más furia contra él. Killian estaba de un humor excelente. Sobre la mesa había un montón de periódicos. *Team Mercedes*; *él le atropello, ella huyó*. Pero... ¡por supuesto! El *suyo* era el caso más sensacional del momento.

Pues bien, Killian estaba a punto de quedarse sin él. ¿Cómo decírselo? Lo que pretendía era dejarlo caer por las buenas. Pero las palabras que pronunció tenían al menos cierto aspecto de prudente tacto.

—Supongo que está claro —dijo Sherman— que estoy muy molesto por todo lo ocurrido ayer.

—Aaaah, ¿y quién no lo estaría? Me pareció un escándalo, un abuso fuera de toda medida, incluso viniendo de Weiss.

—Me parece que no me he explicado. No estoy refiriéndome a todo lo que tuve que soportar, sino al hecho de que mi abogado...

Le interrumpió la voz de la recepcionista, diciendo a través del interfono:

—Neil Flannagan, del *Daily News*, por la 3-0.

Killian se adelantó:

—Dile que ya le telefonearé yo. No, espera. Dile que le llamo dentro de media hora exactamente. Si no está en la redacción, que me llame él dentro de media hora.

—Dirigiéndose a Sherman—: Disculpa.

Sherman esperó un instante, le lanzó una mirada siniestra al hortera, y dijo:

—Me refería a otra cosa. Me refería a que...

—No quería decir —le interrumpió Killian— que vayamos a hablar sólo treinta minutos. Tenemos el día entero, si lo necesitamos y si así lo deseas. Pero quiero hablar con ese tal Flannagan del *News*. El será el que va a servirnos de antídoto... contra el veneno.

—Me parece muy bien —dijo Sherman, con el tono más neutro del que fue capaz —, pero tenemos un problema. Se me había asegurado que había ciertos «contactos» con la Oficina del Fiscal de Distrito. Se me había hablado de cierto «trato» con un tal Fitzgibbon. Recuerdo muy bien una disertación acerca de algo llamado el «Banco de los Favores». Bien, quiero que se me entienda bien. Por lo que a mí respecta, es posible que la agudeza de mi defensor...

La voz del interfono:

—Peter Fallow, del *Ciry Light*, por la 3-0.

—Pídele su número. Dile que le llamaré yo. —A Sherman—: Hablando del veneno... La serpiente acaba de asomar la cabeza.

El corazón de Sherman se estremeció, víctima de una palpitación. Pero se recobró.

—Adelante. Decías...

—No dudo de que mi representante posea una gran intuición, pero las promesas que me fueron hechas... yo actué con la mayor ingenuidad, acepté... —Hizo una pausa, tratando de encontrar la palabra más adecuada.

—Sherman —dijo Killian, colándose por el hueco que le dejaban—, te engañaron. O, mejor dicho, engañaron a Bernie Fitzgibbon. Y le traicionaron. Lo que hizo Weiss no tiene perdón de Dios. *Eso no se... hace...* Lo que él hizo es una cosa que *no... se... hace...*

—Sin embargo, lo hizo, y después de que a mí se me dieran garantías...

—Sé lo que tuviste que pasar. Como si te echasen en un pozo negro. Pero Bernie no fracasó del todo. Weiss pretendía hacer las cosas peor incluso. Entiéndelo. ¡Ese hijoputa pretendía detenerte en *tu propia casa!* ¡Quería una detención en pleno *Park Avenue!* ¡Está loco, loco, loco! ¿Y sabes qué más hubiera hecho de haber podido? ¡Habría ordenado a la policía que te pusiera las esposas en tu casa, luego te habría hecho llevar a una comisaría para que supieras qué tal se está en esas jaulas, después te habrían hecho meter en una furgoneta con las ventanas cerradas con mallas metálicas, junto con una pandilla de bestias feroces, y sólo después de todo eso te habría hecho llevar al Registro Central para que pasases todo lo que tuviste que pasar. Eso era lo que hubiese querido hacer.

—De todos modos...

—Mr. Killian, Irv Stone, del Canal 1, por la 3-2. Es la tercera vez que llama.

—Pídele su número y dile que ya le llamaré yo. —A Sherman—: Hoy tengo que hablar con esa gente, a pesar de que no tengo nada que decirles. Pero hay que mantener la comunicación abierta. Mañana empezaremos a darle la vuelta a este asunto.

—Darle la vuelta... —dijo Sherman, tratando de hacer que el tono reflejase su amarga ironía. El hortera ni se enteró. El hortera estaba tan excitadísimo con toda aquella atención por parte de la prensa que su cara apenas si reflejaba ese sentimiento. Para mí es ignominioso; para él, gloria a bajo precio.

De modo que volvió a intentarlo:

—Me parece muy bien eso de darle la vuelta a este asunto —dijo.

Killian sonrió:

—Mr. McCoy, me parece que duda de mí —dijo, pasando a tratarle de usted—. Pues bien, he de darle una noticia. Muchas noticias. —Pulsó un botón del interfono—. Oye, Nina. Dile a Quigley que pase. Dile que Mr. McCoy ya ha llegado. —A Sherman—: Ed Quigley es nuestro detective. Ya le hablé de él. Es el tipo que utilizamos para los Casos Importantes.

Un hombre alto y calvo apareció en el umbral. Era el mismo al que Sherman vio en la deslumbrante sala de espera el día de su primera visita. Una cartuchera con un revólver en la cadera izquierda. Camisa blanca, pero sin corbata. Arremangado,

dejando al aire libre unas muñecas y unas manos enormes. Sostenía un sobre de papel manila en la mano izquierda. Era uno de esos hombres altos y angulosos, muy huesudos, que a los cincuenta años tienen un aspecto mucho más fuerte y amenazador que a los veinticinco. Parecía que tuviera los ojos profundamente hundidos en sus cráteres occipitales.

—Ed —dijo Killian—, te presento a Mr. McCoy.

Sherman saludó morosamente con la cabeza.

—Encantado de conocerle —le dijo el recién llegado. Miró a Sherman con la misma mirada muerta que la primera vez.

—¿Traes la foto? —dijo Killian.

Quigley sacó del sobre un pedazo de papel, y se lo dio a Killian, que se lo pasó a Sherman.

—Es una fotocopia, pero costó... No voy a decir lo que costó obtenerla. ¿Le reconoce?

Unas instantáneas, de frente y de perfil, de un negro, con unos números al pie. Rasgos cuadrados, cuello fortísimo.

—Parece él —suspiró Sherman—. El otro chico, el gigante, el que me preguntó si necesitaba ayuda.

—Es un delincuente de poca monta. Se llama Roland Auburn. Vive en los bloques Poe. Ahora mismo se encuentra en Rikers Island, esperando a ver qué ocurre. Es su cuarta detención por asuntos de drogas. Es evidente que ha hecho un trato con el fiscal, a cambio de dar testimonio contra usted.

—Y a cambio de mentir.

—Lo cual no significa una violación de los principios por los cuales se ha regido de momento la vida de Mr. Roland Auburn —dijo Killian.

—¿Cómo se enteró de esto?

Killian sonrió y señaló a Quigley:

—Ed tiene muchos amigos en la policía, y muchos de los mejores agentes le deben favores.

Quigley se limitó a hacer un leve puchero con los labios.

—¿Ha sido detenido alguna vez este chico —dijo Sherman— por atraco... o por la clase de truco que me hizo a mí?

—¿Por salteador de caminos? —dijo Killian, que, inmediatamente, se rió de su propia frase—. No se me había ocurrido nunca, pero eso es, ni más ni menos. Salteador de caminos. ¿No te parece, Ed?

—Quizá.

—Pues no, que nosotros sepamos —dijo Killian—, pero vamos a investigar muchas más cosas sobre ese hijoputa. Todo el mundo sabe que la carne de presidio está dispuesta a testificar lo que sea, ¡y ésa es toda la base que tiene Weiss para llevar

adelante la acusación! ¡Es lo único que utilizó para detenerle a usted!

Killian hizo un gesto de incredulidad, de incredulidad y asco, y estuvo unos momentos sacudiendo la cabeza. Incomprensiblemente, Sherman se sintió agradecido por ese rasgo. Era la primera vez que alguien le daba indicios de estar dispuesto sinceramente a absolverle.

—Bien. Pasemos a otra cosa —dijo Killian. Y, dirigiéndose a Quigley—: Cuéntale ahora lo de Mrs. Ruskin.

Sherman alzó la vista hacia Quigley, y éste dijo:

—Se ha ido a Italia. Le he seguido la pista hasta una casa que tiene alquilada en el lago de Como. Es una zona residencial en Lombardía, sabe.

—Exacto —dijo Sherman—. La noche del accidente acababa de regresar de allí.

—Ya. Bueno, pues hace un par de días —dijo Quigley—, salió de esa casa en coche, con un tipo llamado Filippo. Es lo único que sé: Filippo. ¿Tiene idea de quién puede ser? Veintipocos años, delgado, estatura media. Mucho pelo. Ropa punky. Guaperas, o eso al menos me dijo mi agente.

—Es un pintor, un conocido de ella —suspiró Sherman—. Filippo Charazza o Charazzi.

—¿Sabe a qué otro lugar de Italia pueden haber ido?

Sherman dijo que no con la cabeza.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto?

Quigley miró a Killian, y Killian dijo:

—Díselo.

—Fácil —dijo Quigley. Enorgullecido de ocupar el centro del escenario, no resistió la tentación de sonreír—. Casi toda esa gente tiene la Globexpress. Ya sabe, la tarjeta de crédito. Hay una mujer... una persona que me pasa información. Trabaja en Duanne Street, una de las oficinas centrales. Tiene una red de ordenadores que recibe datos procedentes de todo el mundo. Le pago cien dólares por cada información que me facilita. No está nada mal: tarda cinco minutos en obtenerla. Como me esperaba, la tal Maria Ruskin había utilizado la tarjeta recientemente. Dos veces, en Como, esa ciudad. Tiendas de ropa. Así que llamé al tío que trabaja para nosotros en Roma, y él llamó a esas tiendas, y dijo que era de Globexpress, dio el número de la tarjeta de Mrs. Ruskin, y dijo que tenía que enviarle a esa señora un telegrama pidiéndole unas aclaraciones sobre su cuenta. Los de la tienda no se inmutaron. Le dieron la dirección en donde hablan enrutado las mercancías, y él fue a Como y lo comprobó todo.

Quigley se encogió de hombros, como diciendo: «Para un tío como yo, estaba tirado.»

Notando que Sherman estaba todo lo impresionado que él esperaba, Killian intervino para decirle:

—De modo que ya tenemos la pista de estos dos peones. Sabemos quién es el testigo de la acusación, y estamos en camino de localizar a Mrs. Ruskin. Y la Traeremos de vuelta para acá, aunque para ello haga falta meterla en una caja y enviarla como paquete aéreo. No se escandalice. Ya sé que usted le concede el beneficio de la duda, pero desde el punto de vista objetivo no parece que esté actuando como una buena amiga. Se encuentra usted metido en el mayor jaleo de su vida, y ella se larga, se va a dar vueltas por Italia con un guaperas que se llama Filippo. Ayayayay... ¿Qué le parece?

Sherman sonrió a pesar suyo. Pero era tan vanidoso que, de inmediato, dio por supuesto que existía alguna explicación inocua para el comportamiento de Maria.

Cuando Quigley se fue, Killian le dijo:

—Ed Quigley es el mejor. No hay ningún detective privado tan eficaz como él en esta ciudad. Es... capaz... de... *todo*. Es el clásico tipo duro, el clásico irlandés de Nueva York, un tipo que ha vivido en el mismísimo infierno. Los críos con los que Ed pasó su infancia acabaron todos siendo delincuentes o polis. Los que se hicieron polis fueron aquellos a los que la parroquia logró cazar, aquellos que sentían un poquitín de mala conciencia. Pero en el fondo son todos iguales. A todos les gustan las mismas cosas. Les encanta machacar cabezas y hacer saltar dentaduras. La única diferencia está en que, si eres poli, puedes hacerlo legalmente, y con la bendición del cura, que además, y por si acaso, desvía la vista hacia otro lado. Ed era un poli tremendo. Imponía el reinado del terror.

—¿Y cómo ha conseguido la foto? —Sherman miraba la fotocopia—. ¿Fue por uno de esos «pactos» a los que se refería usted?

—¿La foto? No, no, no. Eso está en otra órbita. ¿Cree que se puede conseguir una información así, una foto de archivo...? No, eso es absolutamente extraoficial. No tiene nada que ver con el Banco de los Favores. Mire, yo ni siquiera lo pregunto pero, sin temor a equivocarme, yo diría que esto es la suma del Banco de los Favores y el otro banco, el de verdad, el de los bonos negociables, por así decirlo. Pero olvídense del asunto cuanto antes. Por Dios. Olvídelo, y ni se le ocurra mencionarlo delante de nadie. Olvídelo para siempre.

Sherman se recostó en su asiento y miró a Killian. Había ido a verle para decirle que ya no requería sus servicios... pero ahora ya no estaba muy seguro de qué hacer.

Como si estuviese leyendo sus pensamientos, Killian le dijo:

—Voy a explicarle una cosa. No crea que a Abe Weiss le importa un bledo la justicia. —Sherman se fijó en su acento, notablemente más correcto ahora. ¿Qué enaltecida idea, pensó Sherman, rondaba ahora la cabeza de Killian?—. Es probable que se la tome muy en serio. Pero este caso no tiene la menor relación con la justicia. Esto es la guerra. Esto es una lucha de Abe Weiss por conseguir su reelección, y ese trabajo es su vida, y cuando a los periodistas les pone calientes un caso, como ocurre

esta vez, Weiss se olvida de la justicia. En este caso será capaz de cualquier cosa. No pretendo asustarle, pero estamos metidos en una guerra. No es suficiente con organizar una simple defensa. Lo que tengo que hacer es montar toda una campaña. No creo que Weiss vaya a pinchar su teléfono, pero podría hacerlo, y es perfectamente capaz de hacerlo. De modo que yo, en su lugar, no diría nada importante sobre este caso por teléfono. De hecho, lo mejor sería que se abstuviera de toda clase de comentarios por teléfono. Así no tendrá que preocuparse por si una cosa es importante o no lo es.

Sherman asintió con la cabeza, para darle a entender que lo comprendía.

—Ahora voy a serte muy franco... Esto va a salir muy caro. ¿Tiene idea de lo que nos cuesta ese hombre que Quigley tiene en Lombardía? Dos mil dólares por semana, y eso no es más que una fase de nuestro trabajo. Voy a pedirle una suma importante, a cuenta de los gastos que vayan surgiendo. Y sólo es para cosas relacionadas con la campaña previa a la defensa propiamente dicha, que todavía espero que sea innecesaria pues lo que pretendemos es no tener que llegar a juicio.

—¿Cuánto necesita?

—Setenta y cinco mil.

—¿*Setenta y cinco mil*?

—Mira, Sherman, qué quieres que te diga... La ley es como todo lo demás. Tanto pagas, tanto recibes.

—Ya, pero, santo Dios, setenta y cinco mil...

—Me obligas a ser inmodesto, Sherman. Nosotros somos los mejores. Y pelearé por ti. Me encanta pelear. Soy tan irlandés como Quigley.

De modo que Sherman, que había ido hasta allí para despedir a su abogado, terminó firmando un cheque por setenta y cinco mil dólares.

Se lo entregó a Killian.

—Necesitaré algún tiempo para meter todo ese dinero en mi cuenta.

—Bien. ¿A qué estamos hoy? ¿Miércoles? No lo ingresaré hasta el viernes.

En la parte inferior del menú había unos pequeños anuncios en blanco y negro, rectángulos con anticuados marcos y logotipos estilizadísimos de marcas como cacao en polvo Nehi, y arenques en lata Captain Henry, y torrefacto con achicoria Café du Monde, y neumáticos de bicicleta el Jefe Indio, y tabaco de pipa Edgeworrrh, y jarabe para resfriados 666. Los anuncios eran sólo un adorno, un recordatorio de la vieja Louisiana de la última posguerra. Un sexto sentido hizo que Kramer se acobardase. Todo aquel estilo anticuado y casero *de imitación* era tan caro como el estilo bohemio y sencillo *de imitación*. No quería ni pensar en cuánto podía costarle aquello, quizá cincuenta jodidos dólares. Pero ahora ya no podía dar media vuelta. Shelly estaba sentada enfrente mismo de él en el discreto reservado, observando cada uno de sus

gestos y expresiones, y él se había pasado la última hora y media proyectando ante ella la imagen del hombre que se hace cargo de todo, que lleva las riendas, y había sido precisamente *él*, el viril *bon vivant*, quien había insinuado que pidieran postre y café. Además, Kramer sentía una brutal necesidad de tomarse un helado. La boca y la garganta le ardían. En toda la carta del Café Alexandria no parecía haber un solo plato que no fuese una conflagración. El Gumbo Creole con Arena Bayou... Kramer había creído que lo de arena debía de ser una metáfora referida a cierto ingrediente de textura arenosa, algún tubérculo rasposo, algo así, pero en realidad aquella sopa contenía arena, empapada, por si fuera poco, en tabasco. El Pan de Maíz a la cayenne... era como un pan invadido por hormigas de fuego. El Filete de Bagre con Okra Chamuscada sobre un Lecho de Arroz Amarillo con Mantequilla de Manzana y Salsa de Mostaza China... la mostaza china enarbolaba una bandera roja, pero no tuvo más remedio que pedir el bagre porque era el único plato semicaro del menú, 10,50 dólares. Y eso que Andriutti le había dicho que aquel restaurante criollo de Beach Street era barato y «francamente magnífico». Beach Street era una calle suficientemente cochambrosa como para que en ella hubiese un restaurante barato, y él le creyó.

Shelly, no obstante, no paraba de repetir lo maravilloso que le parecía todo. Estaba resplandeciente, un ser divino con pintalabios marrón. De todos modos, Kramer no estaba seguro de que aquel encendido carmesí de sus mejillas fuese consecuencia del amor, porque también podía ser producto del maquillaje Otoño en Berkshire, o del incendio estomacal que también ella debía de estar padeciendo.

Helado, helado, helado... Pasó revista a la prosa cortafuegos de la carta, y a través de las oleadas de calor logró localizar un único tipo de helado: Helado de Vainilla Batido a Mano, con una Corona de Crema de Chile de Nuez. ¿Chile? Bueno, podía apartar a un lado la corona y comerse sólo el helado. Porque no tuvo arrestos suficientes como para pedirle a aquella camarera tan moderna y de melosos rizos que se lo sirvieran sin corona. Hubiese sido lo mismo que mostrarse ante Shelly como un tipo apocado y temeroso de las aventuras.

Shelly pidió una Tarta de Lima con Galletas Rellenas, y luego, al igual que él, un Café con Achicoria de Nueva Orleans, pese a que Kramer imaginó que la achicoria aportaría nuevos motivos de dolor para sus atormentadas tripas.

Tras haber pedido el postre y el café con voz firme y varonil resolución, Kramer apoyó los antebrazos en el borde de la mesa, se adelantó un poco, y volvió a zambullir sus ojos en los de Shelly, dispuesto a rellenarle otra vez los depósitos con grandes dosis de delincuencia brutal y, también, con el resto de la botella de aquel vino blanco Marismas de Crockett Zinfandel que iba a reducir sus haberes en otros doce dólares. Era el segundo vino de la carta, empezando por el más barato, pues no había tenido el valor para pedir el número uno, un chablis de 9,50 dólares. Sólo los

más inexperimentados patanes pedían chablis.

—Me encantaría que pudieses venir conmigo a escuchar a ese tal Roland Auburn. Ahora ya le he interrogado tres veces. Al principio se muestra durísimo... ya me entiendes, amenazador... Es como una *roca*, con unos ojos muertos que le convierten en el típico negro de pesadilla que te asalta en la calleja peor iluminada del peor barrio de Nueva York. Pero basta que le oigas hablar durante cinco minutos para que empiecen a llegarte otros mensajes. Mensajes de dolor, sabes. Por Dios, pero si no es más que un chiquillo... Un niño asustado. Estos chicos crecen en el ghetto olvidados de todo el mundo. Están aterrados. Se rodean de un muro de machismo, creyendo que eso servirá para protegerles, pero en realidad se les puede destruir en cuestión de segundos. Eso es lo que temen: que les destruyan. No, no me preocupa qué pueda ocurrir cuando Roland se encuentre ante un jurado. Mira, mi plan consiste en formularle unas cuantas preguntas inocuas durante uno o dos minutos, hasta lograr que se desprenda de ese disfraz de chico duro que suele ponerse, sin darse siquiera cuenta de que se oculta tras él, y luego... *le creerán*. No verán en él a un delincuente capaz de cualquier cosa, sino a un chico asustado que sólo anhela encontrar un rinconcito en el que poder vivir decentemente, algo bello con lo que adornar su desdichada vida, porque así es ese muchacho en realidad. Ojalá pudiese el jurado ver los dibujos y collages que hace Roland. Es un artista brillante, Shelly. ¡Brillante! En fin, supongo que no habrá modo de conseguirlo. Bastante me costará lograr que el Roland Auburn de verdad salga de debajo de su caparazón. Será como sacar un caracol de esos que tienen la concha tan enroscada.

Kramer dibujó una espiral en el aire, y se rió del símil que había empleado. Los relucientes labios de Shelly sonrieron con aprobación. Cómo resplandecían. Cómo resplandecía *Shelly*.

—Oh, me encantaría ver el juicio —dijo Shelly—. ¿Cuándo será?

—Todavía no lo sabemos. —(Nosotros, es decir yo y el fiscal de distrito, que somos uña y carne)—. No podremos llevar el caso ante el gran jurado hasta la semana próxima. El juicio podría empezar dentro de dos meses, o, según cómo, de seis. Resulta difícil predecirlo en un caso tan rodeado de publicidad como éste. Siempre que los *media* enloquecen en torno a un caso, las cosas se nos complican muchísimo. —Y sacudió la cabeza como diciendo: «No tienes más remedio que aprender a conformarte.»

Shelly estaba encantada:

—Ayer noche, Larry, cuando llegué a casa, puse la televisión y te vi allí, aquel retrato... ¡Me puse a reír, como una cría! «¡Larry!», dije. Lo dije en voz alta, como si acabaras de entrar en la habitación. Me produjo una impresión tremenda.

—No creas, también a mí me impresionó.

—Daría cualquier cosa por ver el juicio. ¿Crees que podré?

—Por supuesto.

—Te prometo que no haré ninguna tontería.

Kramer sintió un estremecimiento. Sabía que *éste* era el momento adecuado. Adelantó las manos y deslizó las puntas de los dedos por debajo de las puntas de los dedos de Shelly, sin mirar. Tampoco ella bajó la vista, ni retiró sus manos. Siguió mirándole a los ojos, y presionó los dedos de Kramer con sus yemas.

—Me da lo mismo que hagas alguna tontería —dijo él. Su timbre le sorprendió incluso a él. Era ronco, tímido.

Una vez afuera, y tras haber dejado prácticamente todo el dinero en metálico que tenía en la Típicamente Anticuada Caja Registradora del Café Alexandria, Kramer tomó a Shelly de la mano y enlazó sus Fuertes Dedos de Hierro entre los suaves y delgados dedos de ella, y comenzaron a caminar por la decrepita oscuridad de Beach.

—Sabes, Shelly, no te imaginas lo que supone para mí hablar contigo de todo esto. La gente que trabaja conmigo... en cuanto intentas ir hasta el meollo de alguna cuestión todos empiezan a pensar que te estás ablandando. Y que Dios te ayude como te ablandes. En cuanto a mi esposa... no sé... se niega a oír hablar de nada que tenga relación con mi trabajo, sea lo que sea. A estas alturas cree estar casada con un tipo que tiene un oficio siniestro, que se dedica a meter entre rejas a un montón de desgraciados. Pero este caso es diferente. ¿Sabes qué significa este caso? Significa una señal de aviso para los habitantes de esta ciudad, para todos aquellos habitantes de esta ciudad que creen haberse librado de firmar el contrato social. En este caso el acusado es un señor que cree que su importante posición social le libra de tener que tratar la vida de alguien que está en la parte más baja de la escala como trataría la de alguien que estuviera en la más alta. No dudo ni por un instante que si hubiese atropellado a una persona parecida a él, aunque sólo fuera remotamente, McCoy habría hecho lo que tenía que hacer. Hasta donde sabemos, es probable que sea un tipo decente. Y eso es lo que hace que este caso resulte tan fascinante: el acusado no es un malvado, pero se comportó como un malvado. ¿Me sigues?

—Creo que sí. Lo que no entiendo es por qué Henry Lamb no dijo nada de lo del atropello cuando fue al hospital. Y ahora que me has contado lo de vuestro testigo, Roland... ¿verdad que la prensa no ha dicho todavía nada de él?

—No, ni va a decir nada durante un tiempo. Lo que te he dicho es un secreto entre tú y yo.

—En fin, ahora resulta que Roland se pasó dos semanas enteras sin decir nada de lo que sabía, sin explicar que a su amigo le había atropellado un coche en su presencia. ¿No te parece raro?

—¡Raro! ¿Qué tiene de raro? Dios mío, Shelly. Lamb había sufrido una herida fatal en la cabeza, bueno, una herida que probablemente será fatal, y Roland sabía que en cuanto se presentara ante la poli le detendrían por un delito de mayor

cuantía... Yo no lo encuentro nada *raro*.

Miss Shelly Thomas decidió cambiar de rumbo.

—No quería decir exactamente raro. Quería decir... que no te envidio. Debe de ser tremendo la cantidad de trabajo preparatorio que tienes que hacer en esta clase de casos.

—¡Ah! Si me pagaran las horas extra que tengo que emplear para ir preparando este caso... Bueno, hasta yo mismo podría irme a vivir a Park Avenue. Pero, sabes, a mí no me importa. En serio. Lo único que me importa es, viva como viva, ser capaz de volver la vista atrás y poder decir: «Yo cambié las cosas.» Este caso, en todos los niveles concebibles, es tan importantísimo... y no sólo desde el punto de vista de mi propia carrera. Es... no sé cómo decirlo... un nuevo capítulo. Y, Shelly, yo quiero ser de los que *cambian las cosas*.

Se detuvo, y, sin soltarle la mano, la elevó hasta situársela en la espalda, a la altura de la cintura, y la atrajo rápidamente hacia sí. Ella estaba mirándole, radiante. Sus labios se rozaron. Kramer abrió los ojos una sola vez, para ver si Shelly mantenía cerrados los suyos. Estaban cerrados.

Kramer notó el bajo vientre de Shelly pegado al suyo. ¿Era eso su *mons veneris*? Había salido todo tan bien, tan fácilmente, con tanta naturalidad... pero ¡mierda! ¿Adónde llevarla?

Vaya, hombre. Él, la gran estrella del caso McCoy, y no tenía adonde llevarla... absolutamente ningún sitio... ¡y se encontraba en el centro mismo de la Babilonia del siglo XX...! Ningún lugar adonde llevarse a una guapísima joven de pintalabios marrón que se mostraba dispuesta a ir adonde fuera. Se preguntó qué debía de estar pensando ella en estos momentos.

De hecho, Shelly pensaba en lo pesados que son los hombres de Nueva York. Cada vez que sales con alguno, antes de nada tienes que aguantarle la tabarra, dos horas enteras hablando de Su Carrera.

Aquella noche, el Peter Fallow que entró en el Leicester's era todo un triunfador. Todos los que estaban sentados a La Mesa, y muchos de los que se amontonaban en el atestado y ruidoso bistro, incluso los que se daban de menos a la hora de leer el *City Light*, sabían que era él quien había publicado la primicia del caso McCoy. Incluso St. John y Billy, que raras veces se ponían serios para tratar de nada que no fueran sus respectivas infidelidades, le felicitaron efusivamente y con sinceridad. Sampson Reith, el corresponsal del *Daily Courier* de Londres, que estaba pasando unos días en la ciudad, se presentó en La Mesa, y contó que había almorzado con Irwin Gubner, el subdirector del *New York Times*, el cual se había lamentado de que el *City Light* tuviera prácticamente la exclusiva de la noticia, lo cual era como decir que la tenía Peter Fallow. Alex Britt-Whiters le envió un vodka Southside a cuenta de la

casa, y le sentó tan bien que en seguida pidió otro. La oleada de felicitaciones era tan tremenda que incluso Caroline le sonrió, por primera vez en muchísimo tiempo. La única nota desagradable la dio Nick Stopping. Su aprobación fue indudablemente tibia e insincera. Hasta que Fallow comprendió que Nick, el viejo marxista-leninista, el espartaquista de Oxford, el Rousseau del Tercer Mundo, se moría de celos. Esta era la típica noticia que hubiese debido publicar él, pero la había conseguido aquel payaso de Fallow —para Fallow, a estas alturas, la opinión que Nick tuviera de él sólo le producía diversión—, y ahora Fallow estaba en la cúspide, convertido en maquinista del tren de la Historia, mientras que él, Nick Stopping, volvía a escribir para *House & Garden* otro artículo sobre la mansión que Mrs. Ricachona se había hecho construir en Hobe Sound o donde fuera.

Bueno, hablando de ricachonas, Rachel Lampwick le reprendió por su insistencia en referirse una y otra vez, en todas las noticias que había escrito sobre el caso, a la fortuna del acusado.

—¿No crees, Peter, que tendrías que ser un poco más *gallant* —pronunció la palabra con acento francés— con Mrs. McCoy? Te pasas la vida hablando del elegante Mr. McCoy, de su elegante coche y de su elegante apartamento y de su elegante amiga... ¿o decías que era una «cachonda»? Me gustó eso, en serio. En cambio, la pobre Mrs. McCoy sólo es para ti «la esposa cuarentona», lo cual quiere decir que es simplemente fea. ¿O no? En fin, no me parece muy *gallant*, Peter.

No importaba, porque ahora era evidente que Rachel había devorado todas y cada una de las palabras escritas por Fallow. De modo que sólo sintió, por ella, y por todos, el cariño del triunfador.

—Para el *City Light* —dijo Fallow—, ninguna esposa tiene el más mínimo *glamour* a no ser que sea infiel. Solemos reservar nuestro entusiasmo para La Otra.

Todo el mundo empezó luego a especular sobre la cachonda morena, y Billy Cortez, mirando un momento a St. John por el rabillo del ojo, dijo haber oído decir que era corriente que los casados se llevaran a sus amantes a sitios apartados, pero que, la verdad, el *Bronx* era ya pura paranoia en estado avanzadísimo, y Fallow pidió otro vodka Southside.

El cotilleo no podía ser más cálido, alegre e inglés, y los brillos anaranjados y ocre del Leicester's eran melosos e ingleses, y Caroline estaba mirándole mucho, a veces con una sonrisa muy ancha, otras con cierta afectación, y Fallow empezó a sentirse interesado por ella, y pidió otro vodka Southside, y Caroline se levantó de su silla, rodeó la mesa hasta donde él se encontraba, se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Sube conmigo un momento.

¿Sería posible? Era muy improbable, pero... ¿cabía la posibilidad? Subieron por la escalera de caracol que conducía al despacho de Britt-Whiters, y Caroline, poniéndose de repente muy seria, le dijo:

—Peter, probablemente no tendrías que decirte lo que voy a decirte. En realidad, no te lo mereces. Te has portado bastante mal conmigo.

—¡Yo! —dijo Fallow, riendo alegremente—. ¡Caroline! ¡Fuiste tú la que trató de arrastrar mi *hocico* por las calles de todo Nueva York!

—¿Qué? ¿Tu hocico? —Caroline, algo sonrojada, sonrió—. En fin, tampoco fue por todo Nueva York. Y, en cualquier caso, después del regalo que voy a hacerte, creo que estaremos en paz.

—¿Regalo?

—Creo que es un regalo. Sé quién es tu Morena Cachonda. Sé quién era la mujer que iba esa noche con McCoy.

—Bromeas.

—Lo digo muy en serio. —De acuerdo... ¿Quién era?

—Se llama Maria Ruskin. Te la presentaron la otra noche, en el Limelight.

—¿Me la presentaron?

—Ay, Peter, te emborrachas tanto... Es la mujer de Arthur Ruskin, un tipo que le lleva una montaña de años. Él es judío, riquísimo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—¿Te acuerdas de aquel pintor amigo mío? Un italiano, Filippo. Filippo Chirazzi.

—Ah, sí. A ése no podría olvidarle aunque quisiera.

—Pues bien, Filippo la conoce.

—¿Cómo es que la conoce?

—De la misma manera que la conoce un montón de hombres más. Esa mujer es una furcia.

—¿Y ella se lo contó a Filippo?

—Sí.

—¿Y luego te lo contó él a ti?

—Sí.

—Dios santo, Caroline. ¿Dónde puedo localizar a ese tipo?

—No lo sé. Yo tampoco lo he conseguido. El muy cerdo...

25. Nosotros, el jurado

—¿Sabes qué significa eso? Significa que el Sistema intenta protegerse a sí mismo —dijo el reverendo Bacon. Se había recostado en el respaldo del asiento de su escritorio y seguía hablando por teléfono, pero usando una entonación oficial. Porque hablaba con la prensa—. La Maquinaria del Poder se dedica una vez más a fabricar y difundir sus mentiras de siempre, con la connivencia de sus lacayos de los *media*, y esas mentiras no pueden ser más transparentes.

Aunque era bastante joven, Edward Fiske III reconoció en esta terminología la retórica radical de los últimos años sesenta y de la década de los setenta. El reverendo Bacon se quedó mirando el micro del teléfono con una expresión de virtuosa indignación. Mientras, Fiske se hundió un poco más en su asiento. Sus ojos dejaron el rostro de Bacon para posarse en los sicómoros amarillo-pantanoso del patio trasero, para después volver al rostro del reverendo e irse una vez más a los sicómoros. Pues no estaba seguro de que fuese oportuno establecer contacto visual con aquel hombre en ese momento, aun teniendo en cuenta que lo que había provocado esa indignación no tenía nada que ver con el motivo de su propia visita. Bacon estaba furioso porque el *Daily News* acababa de publicar una noticia en la que se insinuaba la posibilidad de que Sherman McCoy estuviese huyendo de un intento de atraco cuando atropello con su coche a Henry Lamb. El *Daily News* revelaba que el cómplice de Lamb era un tal Roland Auburn, un joven de notable historial delictivo, y aseguraba que la acusación del fiscal contra Sherman McCoy estaba basada exclusivamente en unas declaraciones inventadas por aquel individuo, que ahora trataba de obtener a cambio ciertas ventajas en un caso en el que estaba implicado actualmente.

—¿Dudas de que puedan caer tan bajo? —declamó el reverendo Bacon—. ¿Dudas de que puedan ser capaces de semejante vileza? Han caído tan bajo que hasta se atreven a manchar al joven Henry Lamb. Injurian a la víctima, que ahora se encuentra mortalmente herida y no puede defenderse por sí misma. Lo que me parece un delito es que digan que Henry Lamb es un delincuente... Eso sí que es un delito... ¿Entiendes...? Porque es así como funciona la retorcida mente del Sistema, así es como funciona el racismo subyacente. Como Henry Lamb es un joven negro, creen que se le puede clasificar como delincuente... ¿Entiendes...? Creen que pueden manchar su honra con toda la tranquilidad del mundo. Pero se equivocan. La honrosa vida de Henry Lamb es base suficiente para refutar sus mentiras. Henry Lamb es un buen muchacho, y el Sistema lo sabe... ¿Entiendes...? Pero en cuanto uno de los integrantes del Sistema... uno de *ellos*... está en apuros, no les importa en absoluto hacer lo que sea con tal de destruir el buen nombre de ese joven... ¿Cómo...? ¿Que quiénes son *ellos*? ¿Acaso crees que Sherman McCoy está solo...? ¿En serio que crees que está solo? Mira, McCoy es uno de los principales agentes financieros de

Pierce & Pierce, y Pierce & Pierce es uno de los principales centros de poder de Wall Street. *Conozco* muy bien la firma Pierce & Pierce... ¿Entiendes...? Sé muy bien de lo que son capaces. Supongo que has oído hablar de los capitalistas. Supongo que has oído hablar de los plutócratas. Pues bien, échale una ojeada a Sherman McCoy... y está bien claro que él es un capitalista, que es un plutócrata.

El reverendo Bacon siguió destripando la información publicada por el *Daily News*. Dijo que ese periódico era un conocido pelotillero de los intereses empresariales. El reportero que había escrito aquel montón de mentiras, Neil Flannagan, era un lacayo tan desvergonzado que se había prestado a firmar con su nombre una campaña verdaderamente repugnante. Su llamada «fuente de información», lo que el reportero calificaba de «fuentes próximas al caso», era, evidentemente, el propio McCoy con todos sus amiguetes.

A Fiske no le interesaba el caso McCoy, aparte de su valor de chismorreo cotidiano, aunque, por otro lado, conocía personalmente al inglés que fue el primero en delatar el escándalo, un tipo maravillosamente ingenioso que se llamaba Peter Fallow, todo un maestro del arte de la conversación. No, a Fiske sólo le interesaba en realidad averiguar hasta qué punto las relaciones que tenía el reverendo Bacon con aquel caso podían suponer una complicación adicional para la de por sí complicada misión que él tenía que llevar a cabo: recuperar los 350.000 dólares, o parte de esa suma. Durante la media hora que llevaba sentado allí, la secretaria de Bacon le había pasado llamadas de dos diarios, de la Associated Press, de un concejal del Bronx, de un congresista del Bronx, y del secretario ejecutivo de la Fuerza de Choque Puño Gay, todas ellas relacionadas con el caso McCoy. Y ahora el reverendo Bacon hablaba con un tal Irv Stone, del Canal 1. Al principio, Fiske había imaginado que la suya era una misión condenada (una vez más) al fracaso. Pero le pareció detectar, por entre la horrible oratoria del reverendo Bacon, cierta *joie de combat*. Al reverendo Bacon le encantaba todo lo que estaba ocurriendo. Él era el líder de la cruzada. Se encontraba en su elemento. De modo que, en medio de toda aquella pasión y euforia, no era imposible que él, Edward Fiske III, pudiera encontrar el momento adecuado, el hueco apropiado para colarse e intentar que la iglesia episcopaliana recuperase sus 350.000 dólares de manos de aquel Abanderado del Cielo.

—Una cosa son las causas —estaba diciendo el reverendo Bacon—, y otra los efectos, Irv... ¿Entiendes...? Hubo una manifestación en los bloques Edgar Allan Poe, el barrio de Henry Lamb. Ese es el efecto... ¿entiendes...? Lo que le pasó a Henry Lamb es un efecto. Pues bien, hoy vamos a ir a la causa. Hoy vamos a ir a Park Avenue. A Park Avenue, entiendes, al lugar donde tienen su origen, su causa, las mentiras... ¿Qué...? Bien. Henry Lamb no puede hablar por sí mismo, pero su voz se oirá en todas partes. Hablará por él su pueblo, su gente, y esa voz será oída en Park Avenue.

Fiske no había visto nunca tan animada la cara del reverendo Bacon. Ahora estaba formulándole preguntas técnicas a Irv Stone. Naturalmente, no podía garantizar que el Canal 1 cubriese la información en exclusiva, al menos en esta ocasión, pero quería saber si era posible que ellos dieran la información en directo. ¿Cuál era la hora óptima? ¿La misma que la otra vez? Y así sucesivamente. Finalmente, colgó. Se volvió hacia Edward Fiske, le miró con pasmosa concentración, y le dijo:

—El vapor.

—¿Vapor?

—El vapor... ¿Recuerda lo que le dije del vapor?

—Oh, sí, naturalmente.

—Pues bien, ahora verá a qué presión se pone el vapor. Toda la ciudad lo va a ver. En pleno Park Avenue. La gente cree que el fuego se ha apagado. La gente cree que la ira es cosa del pasado. Y no sabe que lo que ocurre es que la han ido embotellando. Ni sabe tampoco que es precisamente cuando el vapor queda atrapado, precisamente entonces, cuando adquiere toda su fuerza... ¿Entiende...? Es entonces cuando uno descubre que estaba viviendo en el Valle de la Pólvora, que todos los ricos viven en el Valle de la Pólvora. Pierce & Pierce sabe manejar un sólo tipo de capital. En Pierce & Pierce no entienden de vapor. Y no pueden manejarlo.

Fiske detectó una diminuta abertura.

—De hecho, reverendo Bacon, el otro día le hablé de usted a un empleado de Pierce & Pierce. Linwood Talley, de la sección de seguros.

—Sí, me conocen —dijo el reverendo Bacon. Sonrió, pero con cierta levísima sorna—. *A mí* me conocen. Pero no saben nada del vapor.

—Mr. Talley me habló de Harlem Guaranty Securities. Dijo que ha tenido un gran éxito.

—No puedo quejarme.

—Mr. Talley no llegó a entrar en detalles, pero deduzco de lo que me dijo que ha sido una actividad muy... —buscó el eufemismo adecuado— provechosa, desde el primer momento.

—Hummmmmmm. —El reverendo Bacon no pareció dispuesto a dar explicaciones.

Fiske no dijo nada, y trató de mantener la mirada del reverendo Bacon prendida en la suya, tratando así de crear un vacío que forzara al Abanderado de las Grandes Causas a decirle la verdad. De hecho, Fiske había averiguado gracias a Linwood Talley cuál era la verdad acerca de Harlem Guaranty Securities. El gobierno federal le había dado a esa empresa, en calidad de «suscriptor minoritario», la suma de 250.000 dólares de una emisión de bonos municipales con respaldo federal que alcanzaba en conjunto la suma de siete mil millones. La llamada Ley-de-reserva-parcial exigía que

hubiese una participación de las minorías en la suscripción de esa clase de bonos, y Harlem Guaranty Securities había sido creada con el fin de contribuir al cumplimiento de los requisitos de esa ley. Ésta no exigía que el consorcio perteneciente a un grupo minoritario vendiera ningún bono, ni siquiera que los recibiera. Los legisladores no pretendían forzar tanto las cosas. Lo único que hacía falta era que una de esas sociedades participase en la emisión. La palabra participar tampoco había sido definida de una forma muy específica. En la mayoría de los casos la participación de Harlem Guaranty Securities, y de otras muchas sociedades semejantes que habían ido naciendo en todo el país, sólo significaba que el gobierno federal les entregaba un cheque por cierta suma, y que la sociedad tenía que depositarlo. Prácticamente no era más que eso. Harlem Guaranty Securities no tenía empleados ni equipo, sólo unas señas (Fiske estaba buscándolas), un número de teléfono, y un presidente: Reginald Bacon.

—Resulta que se me ocurrió, reverendo Bacon, y lo digo pensando en las conversaciones que hemos sostenido y en el asunto que sigue preocupando a la diócesis y en todo lo que aún no hemos arreglado, se me ocurrió que para resolver el problema, un problema que usted siente tantos deseos de resolver como el obispo, el cual, me siento en la obligación de decírselo, reverendo Bacon, me ha insistido mucho en que hay que solucionar este asunto... —Fiske tuvo que hacer una pausa. Tal como le ocurría con frecuencia cuando hablaba con el reverendo Bacon, ya no recordaba cómo había empezado la frase. No tenía ni idea de cuál era el número ni el tiempo que debía tener el predicado— ...me ha insistido mucho y, ejem, bueno, la cuestión es que nos ha parecido que quizá podría usted pasar parte de los fondos a la cuenta en custodia que le mencioné al principio, ya sabe, una cuenta en custodia a nombre de la Guardería el Pastorcillo, solamente hasta el momento en que resolvamos el problema de la autorización oficial.

—No acabo de entenderle —dijo el reverendo Bacon.

Fiske se deprimió de sólo pensar que tendría que buscar otra forma de decírselo.

Pero le salvó el reverendo Bacon:

—¿Insinúa usted que tenemos que transferir dinero de Harlem Guaranty Securities a la Guardería el Pastorcillo?

—No he dicho exactamente eso, reverendo Bacon, pero si se pudiesen obtener esos fondos, aunque fuera por medio de un préstamo de la Harlem...

—¡Me pide usted que haga una transacción ilegal! ¡Me pide que mezcle dos fondos diferentes! No podemos traspasar fondos de una sociedad a otra simplemente porque nos parece que una de ellas los necesita más que la otra...

Fiske se quedó mirando aquella inamovible roca de honradez fiscal, casi esperando que le guiñase un ojo, aun a sabiendas de que el reverendo Bacon no era propenso a hacerle guiños a nadie.

—Mire usted, la diócesis siempre ha estado dispuesta a hacerle concesiones especiales, reverendo Bacon, y si hubiese posibilidades de leer con flexibilidad la letra de la norma, lo habríamos hecho como lo hicimos aquella vez en que usted y toda la dirección de la Sociedad de Reestructuración Familiar se fueron a París, y la diócesis pagó el viaje con fondos de su presupuesto para misiones... —Fiske comprendió que la sintaxis volvía a fallarle, pero ya no importaba.

—Imposible —dijo el reverendo Bacon.

—Bueno, si no lo hacen ustedes así, al menos...

La voz de la secretaria del reverendo Bacon dijo a través del interfono:

—Le llama Mr. Vogel.

El reverendo Bacon hizo girar su asiento para descolgar el teléfono.

—¿Al...? Sí, ya lo he visto. Son capaces de arrastrar el nombre de ese joven por el fango, sin inmutarse en lo más mínimo.

El reverendo Bacon y su interlocutor telefónico, Vogel, hablaron largo rato sobre la noticia publicada por el *Daily News*. El tal Mr. Vogel debió de recordarle al reverendo Bacon que el fiscal de distrito, Weiss, declaró al *Daily News* que no había ninguna prueba que apoyara la teoría de intento de atraco.

—No podemos fiarnos de él —dijo el reverendo Bacon—. Es como el murciélago. ¿Conoces la fábula del murciélago? Los pájaros y las bestias terrestres estaban enzarzados en una guerra. Cuando los pájaros iban ganando, el murciélago decía que era un pájaro, porque podía volar. Pero tan pronto como las bestias terrestres comenzaban a ganar, decía que era una bestia, porque tenía dientes. Por eso los murciélagos no salen de día. Para que nadie pueda verles sus dos caras.

El reverendo Bacon estuvo escuchando unos momentos, y luego dijo:

—Sí, estoy ocupado, Al. Está conmigo en estos momentos un señor de la diócesis episcopaliana de Nueva York. ¿Podrías llamarme más tarde...? Ajá...Ajá... Bien... ¿Dices que ese apartamento vale tres millones de dólares? —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Hay que ver. Mira, ha llegado la hora de que Park Avenue oiga la voz de la calle... Ajá... Ya te llamaré más tarde y lo hablaremos. Antes telefonaré a Annie Lamb... ¿Cuándo crees que presentará la demanda...? Está más o menos igual, según me contó ayer ella misma. Sigue en cuidados intensivos. No habla ni conoce a nadie. La verdad, cada vez que uno piensa en ese pobre joven... no hay dinero que pueda pagar... Bien, te llamaré en cuanto pueda.

Después de haber colgado, el reverendo Bacon sacudió entristecido la cabeza, y luego alzó la vista. Había un destello en sus ojos, y una sombra de sonrisa en sus labios. Con rapidez de atleta, se puso en pie, y rodeó el escritorio con la mano tendida, como si Fiske hubiese anunciado que pensaba irse.

—¡Encantado de haber podido conversar con usted!

Fiske le estrechó reflexivamente la mano, diciéndole:

—Pero, reverendo Bacon, si todavía no hemos...

—Volveremos a discutirlo. Tengo montones de cosas que hacer. Una manifestación en pleno Park Avenue, la demanda por cien millones de dólares que interpondrá Mrs. Lamb contra Sherman McCoy...

—Pero, reverendo Bacon, no puedo irme sin una respuesta. La diócesis no puede esperar más... es decir, el obispo insiste en que...

—Dígale usted a su diócesis que va bien encaminada. Y se lo dije la última vez que nos vimos: ésta es la mejor inversión que han hecho ustedes en toda la historia. Dígales que si siguen así estarán comprando el futuro a precio de ganga. Dígales que muy pronto entenderán a qué me refiero, prontísimo. —Apoyó el brazo sobre los hombros de Fiske, como si fuesen un par de viejos camaradas, y le empujó y le hizo salir rápidamente, sin dejar de decirle—: No se preocupe por nada. Están haciéndolo ustedes muy bien. Muy bien. Ya verá como sus superiores acabarán diciendo: «Ese chico se la jugó, y sacó bingo.»

Absolutamente confundido, Fiske fue despedido de allí por una marea de optimismo y por la intensa presión del fuerte brazo que pesaba sobre sus hombros.

En el caluroso ambiente de junio, el estruendo del megáfono y los bramidos de rabia ascendieron con increíble facilidad los diez pisos del edificio de Park Avenue... ¡Diez pisos...! ¡Casi nada...! ¡Podían estirar el brazo y meterlo por la ventana...! Y finalmente casi pareció que el griterío formase parte del aire que respiraba. ¡El megáfono aullaba su nombre! El impacto de la C de McCoy atravesaba con claridad el estruendo y se elevaba por encima de la voluminosa masa de odio. Sherman se acercó a la ventana de la biblioteca y se atrevió a mirar hacia abajo. ¡Y si me viesen! Los manifestantes estaban esparcidos por toda la calzada, a ambos lados de la divisoria central, y habían logrado detener la circulación. La policía intentaba empujarles hacia las aceras. Tres agentes perseguían a un grupo de quince o veinte por encima de los tulipanes amarillos del parterre central. La pancarta que llevaban los miembros de este grupo decía: ¡DESPIERTA, PARK AVENUE! ¡EL PUEBLO VIENE A POR TI! Los tulipanes amarillos iban cayendo bajo sus pies, y el grupo dejaba en pos de sí un estropicio de pétalos caídos que eran luego pisoteados por los zapatones de los policías que trataban de alcanzarles. Sherman se quedó mirando horrorizado la escena. La visión de los perfectos tulipanes amarillos de Park Avenue cayendo bajo los pies de la turba le paralizó de miedo. Un equipo de televisión corría a duras penas por la calzada, en un vano intento de alcanzarles. El cámara tropezó, y él y la cámara fueron a dar contra el asfalto. Las pancartas y carteles de los manifestantes brincaban constantemente, como velas en un mar agitado. Una de las pancartas llevaba una inscripción inexplicable: EL PUÑO GAY CONTRA LA JUSTICIA CLASISTA. Las dos eses de clasista eran esvásticas. Otra pancarta...

¡joder! Sherman tuvo que contener el aliento. Sus gigantescas letras decían:

SHERMAN McCOY:
NOSOTROS, EL JURADO,
¡VAMOS A POR TI!^[31]

Y, al lado, había el torpe dibujo de un dedo que señalaba al frente, en una mala imitación de los viejos carteles de reclutamiento en los que el Tío Sam pedía voluntarios para la guerra. Parecía que los portadores de esa pancarta supiesen en dónde vivía él, pues la sostenían inclinada de forma que se pudiese leer perfectamente desde su ventana. McCoy huyó de la biblioteca y fue a sentarse al fondo del salón, en una butaca, una de las *bergères* Luis Nosécuantos, o tal vez fuera un *fauteuil*, que Judy apreciaba tantísimo. Killian caminaba de un lado para otro, cacareando comentarios sobre la noticia del *Daily News*, y tratando así de reanimar a su cliente, pero Sherman no le prestaba atención. Le llegaba la voz grave de uno de los guardaespaldas, que contestaba al teléfono desde la biblioteca.

—¡Tu padre!

Cada vez que llegaba una de las innumerables llamadas con amenazas, el guardaespaldas, un tipo bajito y atezado que se llamaba Guliaggi, decía: «¡Tu padre!»

Lo decía en un tono que parecía más procaz que nada de lo que pudieran estar diciendo por teléfono. ¿Cómo se había enterado la gente de su número? Probablemente lo había difundido la prensa: todo estaba al alcance de todos en la cavidad abierta. Estaban todos aquí, en Park Avenue, al pie de su portal. Estaban aquí, en el teléfono. ¿Cuánto faltaba para que entrasen en estampida en su casa, para que pisotearan vociferantes aquella enorme extensión de mármol verde? El otro guardaespaldas, McCarthy, se encontraba en el vestíbulo, sentado en una de las butacas Thomas Hope que Judy apreciaba tantísimo. ¿Para qué serviría aquel tipo, llegado el caso? Sherman se dejó caer contra el respaldo, con la mirada baja, fija en las delgadas patas de una mesa Sheraton Pembroke, un cachivache infernalmente caro que Judy encontró en una de las tiendas de antigüedades de la calle Cincuenta y siete... infernalmente caro... infernalmente... Mr. Guliaggi seguía diciéndole «¡Tu padre!» a todos los que llamaban lanzando amenazas contra la vida de Sherman... Mr. Guliaggi ganaba 200 dólares por cada turno de ocho horas... y otros 200 eran para el impasible Mr. McCarthy... y el doble para cada uno de los guardaespaldas que vigilaban en la Setenta y tres Este la casa de sus padres, en donde Judy, Campbell, Bonita y Miss Lyons se habían refugiado... un total de 800 dólares cada turno de ocho horas... todos ellos eran policías de Nueva York, que hacían esta clase de trabajos en las horas libres, contratados por Killian a través de una agencia... Diariamente, ¡un total de 2.400 dólares! Una hemorragia de dinero... ¡McCOY...!

¡McCOY...! El tremendo escándalo procedente de la calle... Y ahora ya no pensaba en la mesa Pembroke ni en los guardaespaldas... Miraba catatónicamente y se preguntaba por el tamaño del cañón. Lo había utilizado muchísimas veces, la última en otoño pasado, cuando fue a cazar, ¡pero no consiguió recordar su tamaño! Era grande, sin duda, pues era un cañón doble, calibre doce. ¿Tan grande que no le cabría en la boca? No, era imposible que fuese tan enorme. Pero ¿qué sentiría al introducirse? ¿Qué *sabor* tendría? ¿Le costaría respirar durante el tiempo suficiente para... para...? ¿Cómo apretaría el gatillo? Veamos. Colocaría el cañón en su boca, sujetándolo con una mano, la izquierda... ¿Era muy largo el cañón? Bastante largo. ¿Alcanzaría el gatillo con la mano derecha? ¡Quizá no! Con el dedo gordo del pie... Había leído en alguna parte que hubo alguien que se descalzó y apretó el gatillo con el dedo gordo del pie... ¿Dónde lo haría? Tenía la escopeta en la casa de Long Island. Salir de este edificio, huir del asedio de Park Avenué, salir vivo de... NOSOTROS, EL JURADO... Los macizos de flores que hay detrás de la caseta de las herramientas... Se sentaría allí... Si quedaba todo hecho un asco, daba igual... *¡Y si fuese Campbell quien le encontraba...!* En contra de lo que esperaba, esa idea no le redujo a las lágrimas... En contra de lo que deseaba... Porque no encontraría a su padre... Él ya no era su padre... Sólo alguien llamado Sherman McCoy, un simple conocido... Porque ahora ya no era más que una cavidad que iba llenándose rápidamente de ciego y furioso odio...

Sonó el teléfono de la biblioteca. Sherman contuvo la respiración. *¿Tu padre?* Pero sólo oyó la voz de Guliaggi hablando en tono normal. Poco después el hombrecillo asomó la cabeza por la puerta del salón y dijo:

—Eh, McCoy, una mujer que dice llamarse Sally Rawthrote. ¿Quiere hablar con ella?

¿Sally Rawthrote? Era la mujer junto a la que estuvo sentado en casa de los Bavardage, la que se desinteresó rápidamente de él y no volvió a dirigirle la palabra en toda la cena. ¿Por qué este repentino interés por hablar con él? ¿Por qué tenía que estar él dispuesto a hablar con ella? No lo estaba, pero un resto de curiosidad encendió una llamita en la cavidad, y se puso en pie, miró a Killian, se encogió de hombros, se fue a la biblioteca y cogió el teléfono desde el asiento del escritorio.

—¿Diga?

—¡Sherman! Sally Rawthrote. —¡Qué tono! Como si fuera su mejor amiga—. Confío en que no sea mal momento para llamarte.

¿Mal momento? Un tremendo griterío subió desde la calle y el megáfono aulló y chilló, repitiendo su nombre. ¡McCOY...! ¡McCOY...!

—Bueno, claro que es un mal momento —dijo Sally Rawthrote—. No sé lo que me digo. Sólo que he pensado que podía llamarte y ofrecerte mi ayuda.

¿Ayuda? Mientras la oía hablar, Sherman recordó su rostro, aquel horrible rostro

tenso y miope que te enfocaba a cinco centímetros de la nariz.

—Gracias —dijo Sherman.

—Mira, vivo a cuatro o cinco manzanas de tu casa. En la misma acera.

—Ah.

—Estoy en la esquina noroeste. Puestos a vivir en Park Avenue, no hay nada mejor que la esquina noroeste. Así tienes todo el *sol* del mundo. Aunque, claro, donde tú estás también es precioso. En tu edificio están algunos de los apartamentos más bellos de todo Nueva York. No he estado en el tuyo desde que se fueron los McLeod. Y los McLeod lo tuvieron antes que los Kittredge. En fin, desde mi dormitorio, que está en la esquina, alcanzo a ver la parte de Park Avenue donde tú vives. En este mismo momento estoy mirando hacia ahí, y esa muchedumbre... ¡Es absolutamente escandaloso! No sabes lo mucho que lo siento por Judy y por ti... He sentido la necesidad de llamarte y ver si podía ayudarte en alguna cosa. Espero no haberte molestado...

—En absoluto. Muy amable de tu parte. Por cierto, ¿cómo has conseguido mi número?

—Llamé a Inez Bavardage. ¿Te parece mal?

—Si quieres que te diga la verdad, en este momento no importa... De todos modos, gracias.

—Ya te digo, si puedo ayudarte en algo, dímelo. Me refiero al apartamento, claro.

—¿Al apartamento?

Más jaleo... más bramidos... ¡McCOY...! ¡McCOY...!

—Lo digo por si decides hacer algo con tu apartamento. Ya sabes que estoy en Benning Sturtevant, y sé que, a menudo, las personas que se encuentran en tu situación prefieren disponer de mucha liquidez. Ja, ja, también a mí me gustaría tener mucha liquidez... En fin, vale la pena considerar la cuestión, y te aseguro, te *aseguro*, que podrían obtener tres y medio por tu apartamento. Como lo oyes. Tienes mi garantía.

La jeta de aquella mujer era pasmosa. Aquello estaba más allá de los buenos o malos modales... más allá del buen o mal gusto... Era pasmoso. Y Sherman sonrió, pese a creer que era incapaz de sonreír.

—Vaya, vaya, vaya, vaya, Sally. Siempre he admirado a la gente que sabe ser previsora. Así que te has asomado a tu ventana noroeste y has visto un apartamento en venta...

—¡En absoluto! Sólo que me ha parecido...

—Pues lo siento, Sally, pero llegas tarde. Tendrás que hablar con un señor que se llama Albert Vogel.

—¿Quién es?

—El abogado de Henry Lamb. Acaba de presentar una demanda de daños y

perjuicios contra mí, pide cien millones, y creo que estando en esta situación no podré vender ni una alfombra. Bueno, una alfombra quizá sí. ¿Quieres vender una alfombra en mi nombre?

—Ah, ah, no. No sé nada de alfombras. ¿Cómo es que pueden congelarte todos los bienes? No me parece justo. Al fin y al cabo, la *víctima* eres tú, ¿no? He leído lo que decía hoy el *Daily News*. Generalmente sólo leo las columnas de Bess Hill y de Bill Hatcher, pero al ir volviendo las páginas... me he encontrado con tu foto. «¡Dios mío, pero si es Sherman!», me he dicho. De modo que lo he leído todo. Y ahora ya sé que sólo tratabas de evitar un atraco. ¡Es tan injusto! —Siguió parloteando. Era una mujer a prueba de incendios. No había forma de tomarle el pelo.

Después de colgar, Sherman regresó al salón.

—¿Quién era? —pregunto Killian.

—Una agente inmobiliaria —dijo Sherman—. La conocí en una cena. Quería encargarse de vender mi apartamento.

—¿Dijo cuánto podías sacar?

—Tres millones y medio.

—Bien, veamos —dijo Killian—. Si se saca una comisión del seis por ciento, son... mmmm... 210.000 dólares. Supongo que por una cifra así no le importa parecer una puta avariciosa. Pero hay algo a su favor.

—¿Qué?

—Que te ha hecho sonreír. No está nada mal.

Más estruendo, peor que antes... ¡McCOY...! ¡McCOY...! Estaban los dos en mitad de la habitación, de pie, y escucharon unos momentos.

—Oye, Tommy —dijo Sherman. Era la primera vez que le tuteaba, pero ni siquiera se paró a pensarlo—. No puedo creer que esté ocurriendo todo esto. Me encuentro encerrado en mi apartamento, mientras una turba asesina ocupa Park Avenue. ¡Una pandilla de *asesinos*!

—Pero qué dices, hombre. No les interesa asesinarte. En absoluto. Muerto, no le servirías de nada a Bacon. Vivo, él al menos cree que puedes tener un gran valor.

—¿Y qué saca Bacon de todo este jaleo?

—Él cree que va a sacar millones. No tengo pruebas que lo demuestren, pero yo diría que todo este jaleo está relacionado con la demanda por daños y perjuicios.

—Esa demanda la hace Henry Lamb, o su madre, en su nombre. ¿Cómo puede sacar Bacon ningún beneficio?

—Veamos —dijo Killian—. ¿Quién es el abogado que representa a Henry Lamb? Albert Vogel. ¿Y cómo es que la madre de Henry Lamb acude a Albert Vogel? ¿Porque Mrs. Lamb admira la brillante defensa de Vogel en el caso de los Cuatro de Utica y los Ocho de Waxahachie en 1969? En absoluto. Acude a Vogel porque Bacon se lo recomienda, y Bacon se lo recomienda porque él y Vogel van en el mismo

barco. De lo que los Lamb saquen de su demanda, una tercera parte se la llevará Vogel, y puedes estar seguro de que Bacon y él van al cincuenta por ciento. De lo contrario, pronto se encontrará Vogel con manifestaciones diarias a la puerta de su casa. Mira, Sherman, si hay una cosa que conozco bien en este oficio es quiénes son los abogados, de dónde viene su dinero, y a dónde va a parar.

—Pero la campaña de Bacon sobre el caso Lamb empezó antes de que nadie supiera que yo estaba complicado en el asunto.

—Ya, porque al principio sólo pretendían buscarle las cosquillas al hospital, por negligencia. Pensaban interponer la demanda contra el ayuntamiento. Y Bacon sabía que si lograba que la prensa armara jaleo, tenían muchas posibilidades de que un jurado les diera la razón, y el dinero. Ya sabes, un jurado en una demanda civil, y con connotaciones raciales... Eso estaba hecho.

—Y en mi caso se aplican los mismos principios —dijo Sherman.

—No quiero engañarte. Así están las cosas. Pero si logras evitar que te condenen por imprudencia temeraria, no hay demanda que valga.

—Mientras que si pierdo el juicio penal, la demanda civil me trae sin cuidado —dijo Sherman, muy sombrío.

—Una cosa tendrás que reconocer —dijo Killian, tratando de reanimarle—, todo este embrollo te ha convertido en un gigante de Wall Street. Un auténtico gigante. ¿Te has fijado en lo que decía de ti Flannagan en el *Daily News*? «El mítico vendedor número uno de Pierce & Pierce.» *Mítico*. Una leyenda viviente. Y también dice de ti que eres hijo «del aristocrático John Campbell McCoy», uno de los jefes históricos del bufete Dunning Sponget & Leach. Así que te has convertido en el mítico y aristocrático genio de las finanzas. Probablemente, Bacon cree que tienes más dinero que todos los jeques del petróleo reunidos.

—Pues, si quieres saber la verdad —dijo Sherman—, ni siquiera sé de dónde voy a sacar el dinero para pagar... —Señaló hacia la biblioteca, en donde Guliaggi seguía de guardia—. La demanda civil no olvida ni un solo detalle. Incluso hablan de la participación trimestral de beneficios que debía cobrar a finales de este mes. No entiendo cómo han podido enterarse. Por fuerza han de tener algún contacto en Pierce & Pierce.

—Pero los de Pierce & Pierce cuidarán de ti, ¿no crees?

—¡Ja! Ya no existo para Pierce & Pierce. En Wall Street no saben qué significa la palabra lealtad. Quizá antaño sí lo supieran. Mi padre suele hablar como si así hubiera sido, hace años. Pero ahora se acabó. Me han llamado de Pierce & Pierce, pero no era Lopwitz. El que llamaba era Arnold Parch. Quería saber si podían hacer algo por mí, pero, una vez lo hubo dicho, no sabes la prisa que tenía por colgar, no fuera a ocurrírseme alguna idea. De todos modos, tampoco sé por qué me meto con Pierce & Pierce. Todos nuestros amigos han actuado de la misma manera. Mi mujer

ni siquiera ha conseguido que Campbell pueda ir a jugar como de costumbre a casa de sus amiguitas. Y la niña sólo tiene seis años...

Se interrumpió. De repente se sintió incómodo al ver que estaba contándole sus múltiples desgracias a Killian. ¡Qué Dios confunda a Garland Reed y a su mujer! ¡Se han negado a que Campbell juegue con MacKenzie! Dando una estúpida excusa... Garland no le ha llamado ni una sola vez, y son amigos desde pequeños. Como mínimo, Rawlie tuvo suficientes cojones para llamarle. Le había llamado tres veces. Y probablemente tendría cojones hasta para ir a verle... suponiendo que *Nosotros, el jurado*, decidieran algún día dejar libre Park Avenue... Seguramente iría a verle...

—Es jodido ver lo deprisa que se pierden las amistades en cuanto empiezan estas cosas —le dijo Sherman a Killian. No había querido decirlo, pero no pudo contenerse—. Todos los vínculos que uno tiene, toda esa gente con la que uno fue al colegio y a la universidad, los que son socios de los mismos clubs que tú, los que acuden invitados a las mismas cenas... Todo eso, Tommy, forma una malla, una red protectora hecha de nudos y vínculos... pero cuando te la quitan... ¡se acabó! Sí, ¡se acabó...! Lo siento sobre todo por mi hija, por mi niña. La pobrecita llevará luto por mí, llevara luto por su papá, por el papá que ella recuerda, sin saber que ya está muerto.

—¿Se puede saber qué coño estás diciendo? —dijo Killian.

—Tú nunca has tenido que pasar por nada parecido. No dudo que lo hayas visto muchas veces, pero jamás lo has experimentado en tu propia carne. Soy incapaz de describir lo que siento. Lo único que puedo decirte es que ya estoy muerto, o que el Sherman McCoy de la Familia McCoy, de Yale, y de Park Avenue, y de Wall Street, ha muerto. Mi yo... no sé cómo decirlo, pero si, Dios no lo quiera, si alguna vez te ocurriese una cosa así, entenderías lo que estoy diciendo. *Mi yo...* no soy yo, sino *la otra gente*, todas las personas con las que estás vinculado, atado, de modo que apenas es nada más que un hilo.

—Ayayayayay, Sherman —dijo Killian—. Descansa un poco. No sirve de nada ponerse a filosofar cuando se está librando una batalla.

—Y menuda batalla.

—Por Dios, hombre, qué pasa. La noticia que ha sacado el *Daily News* es importantísima para ti. A estas horas Weiss debe de estar volviéndose loco. Le hemos arrancado la máscara a ese hampón de tres al cuarto que tiene por testigo. El tal Auburn. Ahora podemos dar una versión completamente distinta de lo que pasó. Ahora le hemos dado a la gente una base para que te apoye. Hemos transmitido el mensaje esencial: que fuiste víctima de una encerrona, de un intento de atraco. Lo cual cambia radicalmente la situación, y lo hemos conseguido sin necesidad de comprometerte en lo más mínimo.

—Lástima que ya sea demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde? Dame tiempo, por Dios. Ese Flannagann, el del *News*, seguirá cantando esa misma canción mientras nosotros le demos cuerda. El inglés, ese Fallow del *City Light*, ha perdido la iniciativa. De modo que ahora aceptará todos los soplos que yo le pase. ¿No te has fijado? La última información que ha publicado nos va de perlas, como si yo mismo se la hubiese dictado. No solamente identifica a Auburn, sino que incluso utiliza la foto que consiguió Quigley, la foto de la ficha policial... —Killian disfrutaba de lo lindo—. ¡Y no se ha olvidado de añadir que hace sólo dos semanas el propio Weiss decía de este Auburn que era «el rey del Crack en Evergreen Avenue»!

—¿Cambia eso las cosas?

—Bastante. Si metes a un tío en prisión, acusándole de un delito de mayor cuantía, y de repente ese mismo tío se presta voluntariamente a dar testimonio a cambio de que le rebajen o incluso le retiren la acusación, la gente empieza a sospechar. A ningún jurado le va a gustar el asunto, y a la prensa tampoco. Si hubiera sido un delito de menor cuantía, algo de poca monta, hubiese dado igual, porque no hubiera tenido que pasar mucho tiempo en la cárcel. Pero es un asunto mucho más grave.

—Hay una cosa —dijo Sherman— que todavía no entiendo. ¿Por qué decidió Auburn, cuando contó su versión de los hechos, decir que el que conducía el coche era yo? ¿Por qué no dijo que era Maria, que es quien en realidad estaba al volante cuando Lamb recibió el golpe? ¿Qué más le daba a ese Auburn?

—Tenía que decirlo así. Él no sabía qué testigos podían haber visto tu coche justo antes del atropello, o justo después, y necesitaba explicar de algún modo el hecho de que tú condujeras hasta cierto momento, y luego fuera ella la que tomó el volante para salir de allí. Si decía que paraste tú, y que luego tú y ella cambiasteis de asiento, y ella puso el coche en marcha y atropelló a Lamb, todo el mundo se preguntaría: ¿por qué paró? Y la respuesta que se le ocurriría a todo el mundo sería ésta: porque un delincuente llamado Roland Auburn puso una barricada e intentó desplumar a los del Mercedes.

—Lo curioso es que Flannagan, el del *News*, no entre en estos detalles.

—Exacto. Porque me abstuve de informarle acerca de la mujer que iba en el coche. Cuando llegue el momento apropiado, necesitaremos que Maria esté de nuestra parte. Supongo que también te habrás fijado en que en toda la información de Flannagan no hay una sola mención de la «mujer misteriosa».

—Así da gusto. ¿Y por qué nos hace este favor?

—Bueno... le conozco. Es irlandés, como yo. Un Asno que también trata de abrirse camino en América. Y para eso se dedica a ir haciendo depósitos en el Banco de Favores. Este es un país maravilloso.

Durante unos momentos, el ánimo de Sherman se remontó un poquito, pero luego

se hundió de nuevo. La culpa era de esa injustificada alegría de Killian. Su abogado estaba satisfecho de si mismo, encantado de la genialidad con que estaba librando «la batalla». Ahora estaba ilusionado porque acababa de organizar una magnífica escaramuza. Para Killian, aquello no era más que un juego. Si ganaba, fantástico. Si perdía... no pasaba nada. A por otra batalla. Mientras que para él, Sherman, no había nada que ganar. Ya lo había perdido casi todo, para siempre. Como máximo, podía aspirar a no perderlo absolutamente todo.

Sonó el teléfono de la biblioteca. Sherman se preparó para lo peor, pero Guliaggi se presentó en la puerta del salón:

—Es un tipo que dice llamarse Pollard Browning, Mr. McCoy.

—¿Quién es? —preguntó Killian.

—Vive en este mismo edificio. Es el presidente de la comunidad de propietarios.

Sherman se fue a la biblioteca, cogió el teléfono, y antes de contestar oyó, desde la calle, nuevos gritos, más aullidos del megáfono... ¡McCOY...! ¡McCOY...! Naturalmente, eso mismo oía perfectamente *chez* Browning. Sherman imaginaba muy bien lo que Pollard estaba pensando.

Sin embargo, la voz de su vecino sonó notablemente amistosa.

—¿Qué tal resistes, Sherman?

—Oh... bien, Pollard, más o menos bien.

—Me gustaría pasar a verte, si no te molesta.

—¿Estás en casa? —preguntó Sherman.

—Acabo de llegar. No creas que ha sido fácil entrar en el edificio, pero lo he conseguido. ¿Te importa que suba?

—En absoluto. Cuando quieras.

—Mira, subiré por la escalera de incendios. Eddie está muy ocupado en el portal. No creo que pueda oír el timbre.

—Iré a recibirte por la escalera.

Sherman le dijo a Killian que iba a la cocina, para abrirle la puerta a Pollard Browning.

—Ayayayay —dijo Killian—. ¿Lo ves? No se han olvidado de ti.

—Ya veremos —dijo Sherman—. Pronto vas a conocer a Wall Street en estado puro.

En cuanto llegó a la cocina, Sherman abrió la puerta y oyó el ruido metálico de los pasos de Pollard, que iba subiendo la escalera de incendios. Poco después alcanzó a verle, jadeante tras haber subido los dos pisos, pero impecable. Pollard era uno de esos cuarentones rollizos que parecen más fuertes que cualquier atleta de su misma edad. Sus diversas papadas se caían encima de la blanca camisa de lustroso y refinadísimo algodón de Sea Island. Un magnífico traje de estambre gris cubría, sin una sola arruga, todos y cada uno de los centímetros cuadrados de su rechoncho y

mantecoso cuerpo. Llevaba una corbata azul marino con la insignia del Yatch Club, y unos zapatos negros tan bien hechos que hasta parecía que tuviese los pies pequeños. Estaba tan elegante como un castor.

Sherman le condujo por la cocina hacia el gran vestíbulo, en donde McCarthy, el irlandés, permanecía sentado en el sillón Thomas Hope. La puerta de la biblioteca estaba abierta y permitía ver a Guliaggi.

—Son guardaespaldas —dijo Sherman, sintiéndose obligado a informar a Pollard—. Seguro que jamás habías conocido a nadie que tuviese guardaespaldas.

—Uno de mis clientes... ¿Conoces a Cleve Joyner, de United Carborundum?

—No, no le conozco.

—Hace seis o siete años que tiene guardaespaldas. Le acompañan a todas partes.

Una vez en el salón, Pollard dirigió una única mirada a la ropa hortera con que vestía Killian, y su rostro adoptó una expresión dolorida, atormentada.

—¿Cómo está usted? —dijeron ambos, cada uno con su acento. No parecía que hubiesen dicho las mismas palabras. Las aletas nasales de Pollard se estremecieron levemente, como le ocurría al padre de Sherman cuando pronunciaba aquello de Dershkin, Bellavira, Fishbein and Schlossel.

Sherman y Pollard se encaminaron hacia uno de los amontonamientos de muebles que Judy había organizado a fin de llenar un poco la enorme estancia. Killian se fue a hablar con Guliaggi a la biblioteca.

—Bien, Sherman —dijo Pollard—. He hablado con todos los miembros del comité ejecutivo, excepto Jack Morrissey, y quiero que cuentes con nuestro apoyo. Haremos cuanto esté en nuestras manos. Sé que esta situación tiene que ser horrible para ti, y también para Judy y Campbell.

—Gracias, Pollard. Ha sido horroroso.

—Bien, he hablado también con el inspector jefe de la comisaría del distrito Diecinueve, y van a proporcionarnos protección para nuestro portal, para que podamos entrar y salir, pero dice que no puede alejar de aquí a los manifestantes. Yo le he dicho que les hicieran retroceder unos quinientos metros o algo así, pero dice que es imposible. Esa pandilla de... —Sherman notó que Pollard rebuscaba en su vocabulario algún epíteto racial que no fuera malsonante. Pero luego lo dejó correr—: Esa muchedumbre... —Y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Esto es como un partido de rugby, Pollard. Y yo soy la pelota. En eso se ha convertido tu vecino. —Sherman intentó sonreír. Pese a la resistencia de sus buenos instintos, sentía deseos de caerle bien a Pollard, de lograr su simpatía—. Supongo que habrás leído la información que publica hoy el *Daily News*, Pollard.

—No. Casi nunca leo ese diario. He leído el *Times*.

—Pues tienes que leer lo que dice el *News*, si puedes. Por vez primera han publicado una información que explica lo que está ocurriendo.

Pollard volvió a sacudir la cabeza con expresión dolorida.

—La prensa es tan horrible como los manifestantes, Sherman. Su actitud es puramente abusiva. Te cierran el paso, sabes. Le cierran el paso a empujones a todo el que trata de entrar aquí. No sabes el peligro que he tenido que correr para meterme en casa. ¡Y cómo se han puesto con mi chófer! ¡Qué insolencia! Esa gentuza... menuda pandilla de morenos. —¿*Morenos*?—. Y la policía, claro, se lava las manos. Es como si, por el hecho de vivir en un edificio como éste, se hubiese abierto la veda y todo el mundo pudiera tratar de cazarte.

—No sé qué decirte, Pollard. Lo siento muchísimo.

—Mira, desgraciadamente... —No llegó a terminar la frase—. Jamás se había visto nada parecido en Park Avenue, Sherman. ¡Una manifestación dirigida precisamente contra Park Avenue, contra su carácter de zona residencial! Es intolerable. Da la sensación de que, por el hecho de que esto sea Park Avenue, quieran ahora negarnos el derecho a la intimidad de nuestros hogares. Y *nuestro* edificio se ha convertido en el centro de la manifestación.

Sherman notó una señal de alerta en su sistema nervioso; algo le decía que empezara a prepararse para lo que pudiera venir a continuación, pero tampoco estaba del todo seguro. Se puso a sacudir la cabeza como Pollard, como demostrando que su corazón estaba con los suyos.

—Al parecer —dijo Pollard—, tienen intención de venir todos los días, o hacer turnos, qué sé yo, hasta que se harten.

Las cabezadas de Pollard continuaban de forma alarmante.

Sherman adoptó el mismo ritmo de sacudidas de cabeza que él.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eddie.

—¿Eddie, el portero?

—Sí. Y también Tony, que estaba haciendo el turno que terminaba a las cuatro. Cuando llegó Eddie, Tony le dijo eso mismo.

—No creo que sean capaces de una cosa así, Pollard.

—Hasta lo que ha ocurrido hoy, tampoco habrías creído que nadie fuera capaz de organizar una manifestación delante de esta casa, en pleno Park Avenue, ¿no? Y, en fin, ya lo ves.

—Es cierto.

—Sherman, hace mucho tiempo que somos amigos. Fuimos juntos a Buckley. Qué tiempos tan inocentes... —Sonrió con una expresión amarga—. Mi padre conocía a tu padre. Así que te hablo como un viejo amigo que quiere hacer cuanto esté en su mano por ti. Pero también soy presidente de la comunidad de vecinos de todo este edificio, y estoy obligado ante ellos a olvidarme de mis amistades personales. Es mi deber.

Sherman notó que empezaba a sonrojarse.

—Lo cual significa...

—Simplemente esto. Ya sé que esta situación no es en absoluta cómoda para ti, que es horrible tener que vivir prácticamente como un prisionero en tu propio apartamento. ¿Has pensado en la posibilidad de... cambiar de casa? Sólo hasta que el ambiente se tranquilice un poco...

—Sí que he pensado hacerlo. Judy, Campbell y el servicio se han ido a casa de mis padres. Francamente, me aterra pensar que esos bastardos de la calle puedan averiguar dónde están y hagan algo, sobre todo pensando que esa casa está mucho menos protegida que este edificio. Se me había ocurrido ir a Long Island, pero allí es todavía peor. Ya has estado y lo sabes. Todo está abierto, puertas acristaladas por todas partes. Allí se colaría todo el que intentara hacerlo. También he pensado en la posibilidad de un hotel, pero en los hoteles no hay seguridad digna de ese nombre. Mira, Pollard, estoy recibiendo amenazas de muerte. De *muerte*. Hoy han llamado una docena de veces por teléfono.

Los ojillos de Pollard recorrieron rápidamente la habitación, como si *ellos* pudieran entrar de un momento a otro por las ventanas.

—Pues mira, Sherman... con mayor razón.

—¿Con mayor razón...?

—... deberías pensar en... arreglarlo de alguna manera. No sólo tú estás corriendo un riesgo. Todos los que viven en este edificio están corriendo un riesgo, Sherman. Ya sé que no es culpa tuya, que no lo es directamente, desde luego, pero eso no cambia las cosas.

Sherman comprendió que su rostro estaba rojísimo de furia.

—¡Que no cambia las cosas! Eso que tú llamas «las cosas» significa que mi vida corre peligro, y éste es para mí el lugar más seguro y, además, resulta que es mi casa, si no te importa que te recuerde este detalle.

—Bien, pero permíteme que yo te recuerde, y piensa que lo hago solamente porque soy responsable ante toda una comunidad, permíteme que yo te recuerde que si tienes tu casa aquí es porque perteneces a una *colectividad* de propietarios, y que no se llama colectividad porque sí, sino porque hay ciertos motivos para que se le llame de esa manera, y el hecho de que seamos una *colectividad* trae consigo ciertas obligaciones, unas obligaciones que son tanto tuyas como de todos, y que en parte están escritas en el contrato que firmaste al comprar el piso. Esto son cosas que nada ni nadie puede cambiar.

—Me encuentro en la situación más crítica de toda mi vida, ¿y me vienes con la letra pequeña del contrato?

—Sherman... —Pollard bajó la vista y alzó las manos, en un ademán que pretendía expresar su tristeza—. Tengo que pensar en ti y en tu familia, pero también

en las otras trece familias que viven en este edificio. Y no estamos pidiéndote que hagas una mudanza de carácter permanente.

No estamos... *nosotros*, el jurado... ¡dentro de *mi propia casa*!

—Mira, Pollard, ¿por qué no te vas tú a otro lado, si tanto miedo tienes? Joder, hombre. ¿Por qué no os vais tú y todo el comité ejecutivo de la comunidad a otra parte? Seguro que la brillantez de vuestro ejemplo será fuente de inspiración para los demás, y todos se irán, y por fin nadie correrá ningún riesgo en este puñetero edificio, nadie más que los malditos McCoy, que son los que os han creado tantos problemas. ¿No es así?

Guliaggi y Killian se habían asomado a la puerra de la biblioteca, y McCarthy miraba hacia allí desde el gran vestíbulo. Pero ni siquiera eso le permitió contenerse.

—Sherman...

—¿Que nos *vayamos*...? ¿Tienes idea de lo gilipollas que eres? ¿Cómo se te ocurre venir aquí, muerto de miedo, a decirme que la comunidad ha tomado la sabia decisión de decirme que me... *vaya*?

—Sherman, sé que estás muy excitado...

—¿Que me *vaya*...? El que se va a ir eres tú, Pollard. ¡Fuera de mi casa... ahora mismo! Lárgate por donde has venido... ¡por la cocina! —Y señaló la cocina con el brazo estirado y el índice extendido con tremenda firmeza.

—Sherman, he venido de buena fe.

—Joder, Pollard... En Buckley siempre pensé que eras un mamón rechoncho y ridículo, y en estos momentos sigues siendo un mamón rechoncho y ridículo. Ya tengo bastantes cosas en la cabeza como para ocuparme de tu *buena fe*. Adiós, Pollard.

Le cogió el codo y trató de llevárselo hacia la cocina.

—¡No me pongas las manos encima!

Sherman retiró la mano.

—Pues largo. —Con los dientes apretados.

—Sherman, no nos dejas otra opción que invocar la cláusula referida a Situaciones Intolerables.

El poderoso brazo señaló la cocina.

—Vete, Pollard —dijo Sherman—. Como te oiga pronunciar una sola palabra más antes de que llegues a la escalera de incendios, te juro que se va a producir una situación verdaderamente intolerable.

Pareció que a Pollard se le hinchaba la cabeza, como si fuese a darle una apoplejía. Pero dio media vuelta y se encaminó a grandes zancadas hacia la cocina. Sherman le siguió, con pasos muy sonoros.

Una vez en el refugio de la escalera de incendios, Pollard se volvió y, tremendamente enfurecido, dijo:

—Recuérdalo, Sherman. Eres tú quien ha adoptado este tono.

—«Adoptado este tono.» Fantástico. ¡Pollard, lo tuyo es la elocuencia!

Y cerró de golpe la puerta metálica de la cocina.

Casi inmediatamente se arrepintió de todo aquello. Cuando regresaba al salón, su corazón le latía con violencia. Temblaba de pies a cabeza. Los tres testigos de la escena, Killian, Guliaggi y McCarthy, fingían mantener una actitud despreocupada, pero con tan poca fortuna como un aprendiz de mimo.

Sherman se forzó a sonreír, como para decirles que no se preocuparan por nada.

—¿Amigo tuyo? —dijo Killian.

—Sí, un viejo amigo. Fui al colegio con él. Quiere echarme de mi casa.

—Que lo intente —dijo Killian—. De proceso en proceso, podemos tenerle atado de pies y manos durante al menos diez años.

—Mira, tengo que confesarte una cosa —dijo Sherman. De nuevo, se forzaba a sonreír—. Hasta que ha subido ese hijo de puta tenía intención de volarme los sesos. Ahora... ni soñarlo. Si lo hiciera, estaría resolviéndole todos sus problemas, y para celebrarlo saldría a cenar fuera de casa durante todo un mes, sin dejar ni por un instante de poner cara de santurrona compunción. Le contaría a todo el mundo que crecimos juntos, y lo haría meneando esa cabeza de bombilla que Dios le dio. Me vienen ganas de invitar a esos bastardos —señaló hacia la calle— a que suban y bailen una mazurca encima de su cabezota de bombilla.

—Ayayayayay —dijo Killian—. Así me gusta. Ahora te estás convirtiendo en un jodido irlandés. Los irlandeses llevan viviendo desde hace mil doscientos años gracias exclusivamente a sus sueños de venganza. Así me gusta, hermano.

De nuevo se elevó un rugido desde Park Avenue, en pleno y caluroso junio...
¡McCOY...! ¡McCOY...! ¡McCOY...!

26. Morir en Nueva York

Fue la Rata Muerta en persona, Sir Gerald Steiner, quien tuvo la brillante idea. Steiner se había reunido en su despacho con Brian Highridge y Fallow. El simple hecho de estar allí, de respirar el mismo aire importante que Steiner, bastó para animar a Fallow. Gracias a sus éxitos en el caso McCoy, se le habían abierto las puertas de los despachos más señoriales y los pisos más altos del edificio del *City Light*. El despacho de Steiner estaba instalado en una habitación que hacía esquina y dominaba una panorámica de Hudson River. Contenía un gran escritorio de madera, una mesa de trabajo estilo colonial, seis butacas, y un sofá, prueba imprescindible de que ese despacho es el de alguien que ocupa un puesto muy elevado en el mundo empresarial. Junto al sillón giratorio de Steiner había una terminal de ordenador y una máquina de escribir, ambas sobre patas metálicas de tipo sencillo. En un rincón traqueteaba un teletipo de la Reuter. En otro había una radio sintonizada con las frecuencias que usaba la policía. Steiner la tuvo conectada durante todo un año, pero ahora estaba en silencio porque el hombre había acabado hartándose de oír voces metálicas y cacofonías de corriente estática. En las amplias cristaleras que daban al río y a la playa gris ostra de Hoboken, no había cortinas, sólo persianas graduables. Las persianas graduables daban al despacho un aspecto de Industria Ligera, de Redacción Hiperactiva.

El motivo por el cual se había convocado esta reunión en la cumbre era tomar una decisión sobre el modo de enfocar la nueva pista conseguida por Fallow: a saber, que la mujer misteriosa, la morena cachonda que se puso al volante del Mercedes de McCoy después de que éste atropellara a Henry Lamb, era Maria Ruskin. El periódico había destinado cuatro reporteros —entre los cuales, para satisfacción de Fallow, se encontraba Robert Goldman—, a la tarea del rastreo. Una tarea que hacían *para él*; eran, pues, sus peones. De momento sólo habían conseguido comprobar que Maria Ruskin se encontraba en el extranjero, probablemente en Italia. En cuanto al pintor, Filippo Chirazzi, no habían logrado localizar ni una sola pista sobre él.

Steiner, sin americana, con el nudo de la corbata aflojado, y sus tirantes rojos llameando sobre la camisa a listas, estaba sentado a su escritorio cuando, de repente, tuvo aquella brillante idea. Hacía unos días que la sección de Economía del *City Light* había empezado a publicar una serie sobre «Los Nuevos Empresarios». El plan de Steiner consistía en que Arthur Ruskin fuera el protagonista de un capítulo de la serie. De hecho, Arthur Ruskin pertenecía a la especie de los «nuevos empresarios» del Nueva York de los últimos tiempos, pues era de esos hombres que habían logrado reunir, repentina e inexplicablemente, una inmensa fortuna. El entrevistador encargado de hablar con este nuevo empresario sería Peter Fallow. Si lograba acercarse al anciano, posiblemente pudiera sacar algún provecho. Por ejemplo,

averiguar dónde estaba Maria Ruskin.

—Pero ¿crees que aceptará la idea de que le dediquemos un capítulo de la serie, Jerry? —preguntó Brian Highridge.

—Conozco a esos tipos —dijo Steiner—, los más viejos son los peores. Gente que ha ganado sus cincuenta millones, o sus cien millones... lo que los tejanos llaman una unidad. ¿Lo sabíais? Cien millones son, para ellos, una unidad. ¿No os parece delicioso? Una unidad, naturalmente, sólo es *el punto de partida*. En fin, esta clase de tipos reúnen una colosal montaña de dinero, pero, por ricos que sean, suele ocurrirles que van a una cena, por ejemplo, y se encuentran sentados junto a una jovencita adorable, y empiezan a notar aquella excitación que casi habían olvidado... Y resulta que la chica no tiene ni idea de quién es el tipo que está a su lado. Por mucho que tenga cien jodidos millones de dólares, la tía no lo sabe, ni siquiera ha oído pronunciar jamás su nombre. Y cuando él intenta explicarle quién es... ella no le hace ningún caso. ¿Qué puede hacer un tipo así en esas circunstancias? No puede colgarse del cuello un cartel que diga: «Gigante de las finanzas.» Pues bien, llegado ese momento, todos, especialmente los viejos, empiezan a abandonar sus prejuicios contra toda clase de publicidad.

Fallow confió en Steiner. Por algo Steiner había fundado el *City Light* y seguía publicándolo con unas pérdidas de unos diez millones al año. Porque ahora ya no era otro gran financiero anónimo, sino el temible bucanero del temible *City Light*.

La Rata demostró ser un profundo conocedor de la psicología de los nuevos ricos anónimos. Bastaron dos llamadas de Brian Highridge para arreglarlo. Ruskin dijo que solía evitar toda clase de publicidad, pero que en este caso haría una excepción. Y le dijo a Highridge que estaría encantado de invitar al periodista —¿Cómo se llamaba? ¿Mr. Fallow?— a comer con él en La Boue d'Argent.

Cuando llegaron al restaurante los dos comensales, Fallow empujó la puerta giratoria de latón para cederle paso al anciano. Ruskin bajó un poco la barbilla, bajó también la vista, y sonrió con una sonrisa profundamente sincera que le iluminó todo el rostro. Fallow se quedó maravillado de ver que aquel malhumorado viejo de setenta y un años demostraba tanto agradecimiento ante un rasgo de educación tan inocuo. Pero al cabo de un instante comprendió que aquello no tenía nada que ver con él ni con su cortesía. Ruskin estaba simplemente comenzando a sentir las primeras irradiaciones del dulce y grandioso recibimiento que le aguardaba en cuanto cruzase el umbral.

Tan pronto como Ruskin entró en el vestíbulo, tan pronto como comenzó a brillar sobre él la luz de la famosa escultura del restaurante, *El jabalí de plata*, se inició el más adulator lisonjeo. Raphael, el maître, salió de un brinco de detrás de su mesa. De hecho, no fue un solo jefe de camareros, sino dos, quienes acudieron hacia él y le

dirigieron anchas sonrisas resplandecientes, le hicieron profundas reverencias, y poblaron la atmósfera con sus *Monsieur Ruskin* por aquí *Monsieur Ruskin* por allá. El gran financiero bajó todavía un poco más su barbilla, hasta dejarla flotando sobre los almohadones de su papada, y contestó con murmullos, y fue ensanchando más y más su sonrisa, mostrándose, simultánea y sorprendentemente, cada vez más tímido. La suya era la sonrisa del jovencito en la fiesta de su propio cumpleaños, el muchacho que se siente a la vez azorado y maravillosamente regocijado al comprender que se encuentra en una habitación llena de gente que se muestra contenta, anormalmente contenta, podríamos decir, por el hecho de verle vivo y en compañía de todos ellos.

Raphael y los dos jefes de camareros apenas si le dirigieron a Fallow un par de *Buenas tardes, señor* francamente apresurados, para, de inmediato, volverse hacia Ruskin y seguir rociándole con las dulces naderías propias de su oficio. Fallow se fijó en un par de extraños personajes que se encontraban también en el vestíbulo, dos hombres, treintañeros ambos, y vestidos con sendos trajes oscuros que, más que vestirles, parecían camuflar la poderosa musculatura de sus proletarios cuerpos. Uno de ellos parecía norteamericano, y el otro asiático. Este último era tan grande y poseía una cabeza tan enorme y con unos rasgos tan aplastados y amenazadores, que Fallow se preguntó si sería de las islas Samoa. También Ruskin se fijó en él, y Raphael, presumiendo, les aclaró:

—Servicio secreto. Dos servicios secretos, el norteamericano y el indonesio. Esta noche cenara aquí Madame Tacaya.

Y, tras haberles transmitido la noticia, volvió a sonreír.

Ruskin se giró hacia Fallow e hizo, sin sonreír, una mueca, quizá porque temía no ser contrincante de suficiente importancia como para rivalizar con la esposa del dictador indonesio a la hora de disfrutar de las atenciones y el homenaje del personal del restaurante. El gigantesco asiático les miró a los dos. Fallow notó que le salía un cable de la oreja izquierda.

Raphael le dirigió una nueva sonrisa a Ruskin, y señaló el comedor, y entonces empezó la procesión, encabezada personalmente por Raphael, seguido por Ruskin y Fallow, y con un jefe de camareros y un camarero en la retaguardia. Al llegar junto a la iluminada figura del *Jabalí de plata* torcieron a la derecha y se encaminaron hacia el comedor. Ruskin sonreía. Todo aquello le estaba gustando muchísimo. Y hubiera parecido un perfecto estúpido de no ser porque aún mantenía la mirada baja.

El comedor estaba, por la noche, muy iluminado, y su aspecto era en consecuencia mucho más chillón que al mediodía. La gente que cenaba allí no tenía tanto cachet social como la que iba a almorzar, lo cual no impedía que el local estuviera atestado de gente y que flotara en él una sonora atmósfera de conversaciones. Fallow fue fijándose en los sucesivos grupos de hombres calvos y mujeres con el pelo teñido de color piña tropical.

La procesión se detuvo junto a una mesa redonda mucho más grande que las demás, pero que no estaba ocupada. Un jefe de camareros, dos camareros, dos ayudantes de camarero zumbaban alrededor de la mesa, colocando correctamente los cubiertos junto a cada plato. Era, evidentemente, la mesa de Madame Tacaya. Justo enfrente se encontraba un banco corrido, al pie de las ventanas de la fachada. A Fallow y a Ruskin les colocaron en ese banco, el uno junto al otro. Dominaban, así pues, toda la zona señorial del comedor, que era lo que cualquier aspirante a un trato especial en La Boue d'Argent podía desear.

—¿Quiere saber —preguntó Ruskin— por qué me gusta este restaurante?

—¿Por qué? —preguntó Fallow.

—Porque tiene la mejor comida y el mejor servicio de todo Nueva York. —Ruskin se volvió y miró cara a cara a Fallow. A éste no se le ocurría qué responder a tan pasmosa revelación—. La gente comenta que viene aquí la mejor sociedad y todo eso —dijo Ruskin—, y es cierto, son muchas las personas conocidas que comen aquí. Pero ¿por qué? Porque tienen una comida magnífica y un servicio magnífico. —Y, dicho esto, se encogió de hombros. (Más claro, el agua.)

Raphael reapareció y le preguntó a Ruskin si quería un aperitivo.

—No te fastidia —dijo Ruskin, sonriendo—. Me lo han prohibido, pero me apetece. ¿Tiene Courvoisier V.S.O.P.?

—Desde luego.

—Entonces, tráigame un sidecar^[32] con el V.S.O.P.

Fallow pidió un vaso de vino blanco. Tenía intención de mantenerse sobrio. Al poco rato apareció un camarero con el vaso de vino y el sidecar de Ruskin.

Ruskin alzó su copa.

—¡Por la buena suerte! —dijo—. Me alegro que no esté aquí mi mujer.

—¿Por qué? —preguntó Fallow, todo oídos.

—No tendría que beber, y menos esta clase de bombas. —Alzó la copa para ver el líquido al trasluz—. Pero esta noche me apetece. Fue Willi Nordhoff quien me hizo probar los sidecars. Los pedía constantemente, en el King Cole Bar de St. Regis. «Zitecar», decía. Y luego: «Mit Fay, Es, Oh, Pay.»^[33] ¿No conoce a Willi?

—Me parece que no —dijo Fallow.

—Pero sabrá quién es, ¿no?

—Por supuesto —dijo Fallow, que jamás había oído mencionar ese nombre.

—Hay que joderse —dijo Ruskin—. Jamás creí que llegaría a ser tan gran amigo de un cabeza cuadrada, pero ese muchacho me encanta.

Esta idea hizo que Ruskin se lanzara a pronunciar un largo soliloquio acerca de los muchos caminos que había tenido que recorrer a lo largo de su carrera, y los muchos cruces que se había encontrado en esos caminos, y de lo maravillosa que era América, y de lo improbable que le habría parecido a todo el mundo que un judío de

Cleveland pudiera llegar hasta donde él había llegado. Y luego se puso a describir el panorama que se divisaba desde la cumbre de la montaña, no sin antes haber pedido un nuevo sidecar. Pintaba con trazos vigorosos pero vagos. Fallow se alegró de no estar sentado frente a él. De este modo Ruskin no podía leer el tedio que seguramente expresaban sus facciones. De vez en cuando Fallow se aventuraba a formular alguna pregunta. Trató incluso de cazar algún dato sobre en qué lugar de Italia podía encontrarse Maria Ruskin en esos momentos, pero también acerca de esta cuestión Ruskin sólo dijo vaguedades. Tenía ganas de volver a la historia de su vida.

Llegó el primer plato. Fallow había pedido un paté de verduras. El paté era un diminuto semicírculo rosado del que emergían, a modo de rayos, unos tallos de ruibarbo. Todo ese conjunto aparecía colgado en el cuadrante superior izquierdo del plato, que era notablemente grande, y tenía el fondo ilustrado con una curiosa imagen estilo art nouveau que representaba un galeón español navegando por un mar rojizo hacia... el ocaso... pero el sol poniente era, de hecho, el paté con sus rayos de ruibarbo, mientras que el galeón español no estaba pintado en el plato sino que consistía en un amontonamiento de salsas de diversos colores. El plato de Ruskin contenía un lecho plano de fideos verdes habilidosamente entrelazados de manera que formasen un trenzado de cestería, sobre el cual revoloteaba una bandada de mariposas formadas por parejas de lonchas de seta dispuestas a modo de alas, y con el cuerpo, los ojos y las antenas formados por medio de pimientos, lonchas de cebolla, chalotes y alcaparras. Ruskin no tomó nota del coloreado collage que tenía ante sí. Había pedido una botella de vino y seguía explayándose en su repaso de las subidas y bajadas de su carrera. Bajadas, sí; había tenido que superar muchas decepciones. Lo principal era tener determinación. Los hombres determinados eran capaces de tomar grandes decisiones, no tanto porque fueran necesariamente más listos que los demás, sino porque tomaban *más* decisiones, y, de acuerdo con la ley de los promedios, algunas de tales decisiones tenían por fuerza que ser geniales. ¿Le estaba quedando todo claro a Fallow? Fallow asintió con la cabeza. Ruskin hizo una pausa muy breve, sólo para contemplar el alboroto que organizaban en esos momentos Raphael y sus muchachos en torno a la gran mesa redonda que tenían enfrente. *Ya llega Madame Tacaya*. Ruskin pareció dolido de que estuvieran apartándole del centro del escenario.

—Todo el mundo está empeñado en venir a Nueva York —dijo en tono afligido y sin mencionar el nombre de las personas a las que se refería, sin duda porque no hacía falta—. Esta ciudad ocupa ahora el lugar que antiguamente ocupaba París. Por muy importantes que ciertas personas sean en su propio país, en seguida empieza a reconcomerles la idea de que quizá en Nueva York a nadie le importe quiénes son o qué hagan. ¿La conocen, no? Es una emperatriz, y Tacaya es el emperador. Bueno, se hace llamar presidente, como todos. Y habla mucho de democracia, como los demás. ¿Se ha fijado, Fallow? Si Gengis Kan viviera hoy en día, sería el presidente Gengis, o

el presidente vitalicio Gengis, como Duvalier. Qué mundo. Cada vez que la emperatriz mueve un dedo, veinte millones de pobres diablos se estremecen en sus chozas. Y, sin embargo, no puede conciliar el sueño por las noches pensando en que quizá en Nueva York ni siquiera sepan quién es.

El agente de servicio secreto de Madame Tacaya asomó su enorme cabeza asiática por la puerta del comedor, e inspeccionó a toda la clientela. Ruskin le dirigió una mirada de odio.

—En la época de París —prosiguió Ruskin— tuvieron la suerte de que nadie abandonaba su maldito rincón del Pacífico Sur para plantar allí sus reales. ¿Ha estado alguna vez en Oriente Medio?

—Mmmmmmm-n-n-n-n-no —dijo Fallow, que durante medio segundo tuvo la tentación de mentir y jactarse de haber estado allí.

—Tendría que ir. No entenderá lo que pasa en el mundo hasta haber visitado esos sitios. Kuwait, Dubai, Jidda... ¿Sabe qué quieren hacer ahora por allí? Quieren edificar rascacielos de cristal, como en Nueva York. Los arquitectos les dicen que se han vuelto locos. Un edificio de cristal, en un clima como aquél... tendrán que mantener conectada la refrigeración las veinticuatro horas del día. Les costará una fortuna. Pero ellos dicen que les da igual. ¿Qué importa que salga caro? Están sentados encima de todo el petróleo del mundo.

Tras sonreír para sí, Ruskin continuó:

—Le explicaré con un ejemplo a qué me refería cuando le hablaba de la importancia de tomar decisiones. ¿Recuerda la crisis energética, a comienzos de los setenta? Lo llamaban así, la crisis energética. Pues eso ha sido lo mejor que ha ocurrido en mi vida. De repente todo el mundo comenzó a hablar del Oriente Medio y de los árabes. Una noche, cenando con Willi Nordhoff, él se puso a hablar de la religión musulmana, del Islam, que exige que todo musulmán vaya a La Meca antes de morir. Pues bien, en cuanto se lo oí decir se encendió una bombilla en mi cabeza. Así de sencillo. Yo tenía entonces cerca de sesenta años de edad, y estaba absolutamente arruinado. La bolsa se había hundido, y yo me había pasado los últimos veinte años comprando y vendiendo valores. Tenía un apartamento en Park Avenue, una casa en Eaton Square, en Londres, y una granja en Amenía, estado de Nueva York, pero estaba arruinado, y desesperado, y entonces se me encendió esa bombilla en la cabeza.

»De modo que le dije a Willi: “Willi, ¿cuántos musulmanes debe de haber en el mundo?” Y él me dijo: “No sé. Millones, cientos de millones.” Ahí mismo, en ese momento, tomé una decisión. “Voy a meterme en el negocio de los vuelos charter. Voy a llevar a La Meca a todos los jodidos musulmanes que quieran ir.” De manera que vendí la casa de Londres y la granja de Amenía, para reunir algún dinero, y adquirí por medio de un leasing mis primeros aviones, tres Electra antiquísimos. Mi

mujer, me refiero a mi anterior esposa, no hacía más que llorar diciendo que adonde iríamos a pasar el siguiente verano, si no podíamos ir a Londres ni a la granja. Ese fue todo el comentario que se le ocurrió hacer en medio de aquella condenada situación.

Ruskin se iba animando a medida que avanzaba su relato. Pidió vino tinto, un vino espeso que prendió deliciosas llamas en el estómago de Fallow. Fallow pidió un plato llamado Boogie Woogie, que resultó estar compuesto de rectángulos de ternera, cuadrados de manzanas rojas con especias, y líneas de nueces machacadas, todo ello ordenado de forma que recordase el Broadway Boobie Woogie de Piet Mondrian. Ruskin pidió unos *médailles de selle d'agneau Mikado*, que eran unos óvalos perfectos de pierna de cordero, con hojitas de espinaca y ramitas de apio dispuestas de modo que el conjunto pareciese un abanico japonés. Ruskin se las arregló para engullir dos vasos de aquel fuerte tinto con asombrosa rapidez, teniendo en cuenta sobre todo que no paró de hablar ni un instante.

Al parecer, Ruskin se embarcó en uno de los primeros vuelos a La Meca, haciéndose pasar por miembro de la tripulación. Las agencias árabes de viajes habían registrado hasta los pueblos más remotos tratando de convencer a los musulmanes de la ventaja que representaba hacer el viaje a La Meca por un medio que, en lugar de tardar treinta o cuarenta días, se hacía en cuestión de horas. Muchos de aquellos aldeanos no habían visto jamás un avión. Así pues, se presentaban en el aeropuerto acompañados de sus corderos, sus cabras y sus pollos. Por nada del mundo hubieran dejado el ganado a la hora de subir a bordo del avión. Habían comprendido que el viaje en avión era breve, pero ¿con qué iban a alimentarse una vez en La Meca? De forma que el ganado entró en los aviones junto con los ganaderos, y los bichos se dedicaron a balar, cacarear, orinar y defecar en donde les dio la gana. Ruskin decidió cubrir de grandes plásticos los asientos y suelos de las cabinas de pasajeros. Y, de este modo, terminaron viajando a La Meca hombres y animales juntos y revueltos, convertidos en nómadas aéreos que atravesaban así desiertos de plástico. Algunos pasajeros comenzaron inmediatamente a amontonar ramas y troncos en los pasillos, con el fin de encender el fuego con el que más tarde pensaban asar la carne. Una de las principales tareas de azafatas y demás tripulantes fue la de disuadirles de llevar a cabo sus propósitos.

—Pero lo que quería contarle es lo de la vez en que tuvimos un aterrizaje forzoso en La Meca —dijo Ruskin—. Era de noche, y nos aproximábamos al aeropuerto, dispuestos a aterrizar, cuando el piloto frenó a destiempo, se pasó de largo, y el maldito avión siguió avanzando fuera de la pista hasta que nos dimos de morros contra una duna, hubo una sacudida bestial y el avión, con el extremo de un ala clavado en la arena, giró todavía trescientos sesenta grados hasta que, por fin, decidió pararse. Bueno, con aquel meneo que les habíamos dado a los árabes y a sus bestias, creíamos que habría escenas de pánico. Temimos que nos iban a ajusticiar a todos los

tripulantes, allí mismo. En fin, que los que más pánico pasamos fuimos nosotros. Vimos que los musulmanes se iban poniendo en pie, sin la menor prisa, y que empezaban a recoger sus bolsas y sacos y animales y todo, esperando a que les abriéramos las puertas. Ellos tan tranquilos. ¡Y nosotros muertos de miedo! Hasta que por fin lo comprendimos. Esa gente creía que todo era normal. Sí, ¡creían que era así como paran los aviones! ¡Clavas la punta de un ala en la arena, das toda una vuelta, hasta que se para el cacharro, y luego te apeas! Claro, jamás en su vida habían ido en avión, de modo que no tenían ni idea de cómo suelen aterrizar... ¡Les pareció absolutamente normal! ¡Creyeron que así era como se hacía siempre!

El simple recuerdo hizo que Ruskin comenzara a soltar carcajadas cargadas de espesa flema, risas que se le atragantaban en el fondo de la garganta, hasta que todo aquello se transformó en una tos espasmódica, y se le puso la cara rojísima. Se apoyó con las manos en la mesa para enderezarse, clavó la espalda en el respaldo, y emitió unos «¡Unnnnf! ¡Hmmmmmm! ¡Hmmmmmmmm! ¡Hmmmmmmmmmm!», a modo de reflexión sobre la anécdota que acababa de contar. Luego le cayó la cabeza hacia adelante, como si estuviese meditando sobre aquella situación tan graciosa. Pero la cabeza se le fue luego hacia un lado y de su boca salió un ronquido, y terminó apoyándose en el hombro de Fallow. Por un instante, éste creyó que el tipo se había dormido. Para poder mirarle la cara, Fallow se volvió un poco, pero en ese mismo momento todo el cuerpo de Ruskin cayó lateralmente sobre él. Perplejo, Fallow se separó un poco, pero la cabeza de Ruskin quedó recostada sobre sus piernas. La cara de aquel viejo ya no estaba roja. Ahora tenía un espantoso tono agrisado, la boca entreabierta, la respiración agitada. Sin pensárselo dos veces, Fallow intentó volver a enderezarle, pero fue como tratar de levantar un saco de abono. Mientras agarraba el pesado cuerpo y lo empujaba hacia arriba, Fallow vio que los dos hombres y dos mujeres que ocupaban la mesa vecina le miraban con la curiosidad despectiva de quien está viendo un espectáculo bochornoso. Ninguno de ellos levantó un solo dedo, naturalmente. Fallow consiguió dejar a Ruskin sentado, con la espalda contra el respaldo, y buscó con la mirada alguien a quien pedirle ayuda. Raphael, un jefe de camareros, dos camareros y unos botones estaban revoloteando en torno a la gran mesa redonda a la que tenían que llegar de un momento a otro Madame Tacaya y su grupo.

—¡Disculpe! —gritó Fallow, pero nadie le oyó. Comprendió que su británica expresión era absolutamente ridícula. En realidad hubiese tenido que decir: «¡Socorro!» Cambió de táctica—: ¡Camarero! —gritó, en el tono más beligerante del que fue capaz. El jefe de camareros volvió la vista, frunció el ceño y, finalmente, dejó la mesa de Madame Tacaya para acercársele.

Fallow mantenía tieso a Ruskin con un brazo. Con el otro señaló la cara de su acompañante. Ruskin seguía con la boca entreabierta y los ojos medio cerrados.

—Mr. Ruskin ha tenido una especie de... ¡No sé qué! —le dijo Fallow al jefe de camareros.

Éste miró a Ruskin con la misma expresión que hubiese adoptado para mirar a una paloma que, inexplicablemente, se hubiese colado en el restaurante para sentarse en la mesa principal. Dio luego media vuelta, llamó a Raphael, y éste miró también a Ruskin.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Raphael.

—¡Parece que ha tenido un ataque de algo! —dijo Fallow—. ¿Hay algún médico por aquí?

Raphael se volvió hacia el resto del comedor. Pero se le notaba que no buscaba a nadie en particular. Trataba de calcular qué ocurriría en caso de que reclamase la atención de los clientes y preguntara luego si había entre ellos algún médico. Se miró el reloj y soltó una palabrota entre dientes.

—¡Busque a un médico, por favor! —dijo Fallow—. ¡Avisé a la policía!

Y agitó las dos manos en el aire, pero al soltar a Ruskin el anciano cayó hacia adelante hasta darse de bruces en su plato, que todavía contenía la *selle d'agneau Mikado*. Una de las mujeres de la mesa vecina soltó un grito sofocado y se tapó la cara con la servilleta. Las mesas estaban a una distancia de apenas quince centímetros la una de la otra, y uno de los brazos de Ruskin se había enganchado en el hueco que las separaba.

Con un ladrido sordo, Raphael llamó a los dos camareros que estaban en la mesa de Madame Tacaya. Estos se acercaron y comenzaron a retirar la mesa de Fallow. Pero ésta soportaba todo el peso de Ruskin, que también se fue deslizando hacia adelante. Fallow le agarró por la cintura, para evitar que cayese de cabeza al suelo. Pero pesaba como un muerto. La cara estaba a punto de resbalarle fuera del plato. Fallow era incapaz de sostenerle. El viejo perdió finalmente el apoyo y acabó cayéndose de cabeza al suelo. Ahora estaba tendido sobre la alfombra, de costado, con las piernas abiertas. Los camareros siguieron tirando de la mesa hacia atrás, hasta cerrar el pasillo que daba paso a la mesa de Madame Tacaya. Raphael les gritaba a todos sus subordinados simultáneamente. Fallow sabía algo de francés, pero no entendió ni palabra de lo que Raphael decía. Era como un atasco de circulación. Viendo que las cosas empeoraban, Raphael en persona se agachó e intentó levantar a Ruskin, tomándolo por los hombros. No pudo moverlo un centímetro. Dos camareros que llevaban sendas bandejas cargadas se habían quedado plantados junto al grupo, contemplando el espectáculo. Fallow se puso en pie, pero el cuerpo de Ruskin le impedía salir de detrás de la mesa. Le bastó echarle otra mirada al rostro de Ruskin para saber que estaba en las últimas. Tenía la tez de un gris ceniza, manchado de salsa francesa y pedacitos de apio y espinaca. La piel de las comisuras de la boca y en torno a la nariz se le estaba poniendo de color azul. Su ojos, todavía entreabiertos,

eran como dos gotas de leche. La gente asomaba la cabeza desde todos los ángulos, pero las conversaciones del restaurante no habían cesado. Raphael mantenía la vista fija en la puerta.

—Avisen a un médico, por Dios —dijo Fallow.

Raphael le lanzó una mirada asesina y luego hizo un ademán con la mano, desestimando su insinuación. Fallow se quedó de piedra. Luego empezó a enfurecerse. Tampoco él quería líos como el que la agonía de Ruskin anunciaba, pero aquel tipo le había ofendido. De repente se convirtió en aliado de Ruskin. Se arrodilló en el suelo y estiró las piernas del moribundo. Luego le aflojó el nudo de la corbata, e intentó abrirle la camisa. No obstante, había caído de un modo que no había manera de hacerlo.

—¿Qué le pasa? ¿Asfixia? ¿Asfixia? Déjenme pasar, voy a practicarle la maniobra Haimlich...

Fallow alzó la vista. Un tipo enorme, el clásico percherón yanqui, estaba en pie junto a él. Parecía un cliente.

—Creo que es algo del corazón —dijo Fallow—. Un infarto.

—Tiene el mismo aspecto que si se estuviera asfixiando —dijo el tipo—. ¡Hay que aplicarle la maniobra Heimlich!

Raphael intentaba apartar al hombrón. Éste le dio un codazo y se arrodilló al lado de Ruskin.

—¡La maniobra Heimlich, maldita sea! —le dijo a Fallow—. ¡La maniobra Heimlich!

Parecía que diese órdenes militares. Metió las manos debajo de los brazos de Ruskin, y consiguió levantarlo hasta dejarlo sentado. Luego rodeó con sus brazos el pecho del anciano, desde su espalda. Estrujó el cuerpo de Ruskin, pero perdió el equilibrio, y él y Ruskin rodaron juntos al suelo. Parecía un combate de lucha libre. Fallow seguía de rodillas. El tipo de la maniobra Heimlich se levantó, pinzándose con una mano la nariz, que le sangraba, y, con paso inseguro, se alejó de allí. Sus esfuerzos habían tenido como resultado fundamental levantar los faldones y la camiseta de Ruskin, de manera que ahora quedaba desnuda una buena porción de la voluminosa barriga del anciano.

Fallow iba a levantarse también cuando notó una fuerte presión sobre el hombro. Era la mujer de la mesa vecina, que trataba de salir como fuera, a pesar de que casi no había espacio. Fallow le miró a la cara. Era la imagen misma del pánico. Apartaba a Fallow con la misma fiereza que si tuviese que salir corriendo para tomar el último tren para Bombay. Sin querer, la mujer acabó pisando el brazo de Ruskin. Bajó la vista.

—¡Ooooooooooh! —Un grito desgarrado.

Dio otros dos pasos. Alzó la vista hacia el techo. Comenzó a girar lentamente...

Ante los ojos de Fallow hubo una borrosa y velocísima sucesión de movimientos. Era Raphael. Saltó hacia la mesa de Madame Tacaya, agarró la silla, y la colocó detrás de la mujer justo en el momento en que ésta se desmayaba y caía desplomada. De repente, la mujer se encontró sentada, aturdida, con un brazo colgando por detrás del respaldo de la silla.

Fallow se puso en pie, salvó de una zancada el cuerpo de Ruskin, y se quedó entre éste y la mesa en donde tenía que cenar Madame Tacaya. El cuerpo de Ruskin estaba tendido en un estrecho pasillo, como el cuerpo de una ballena varada en una playa. Raphael se encontraba cerca de él, y hablaba con el guardaespaldas asiático de cuya oreja emergía un cable. Ambos miraron hacia la puerta. Fallow les oyó decir: *Madame Tacaya Madame Tacaya Madame Tacaya.*

Los muy hijos de puta.

—¿Qué piensan hacer? —le preguntó Fallow a Raphael.

—Monsieur —dijo el maitre en tono furioso—, vamos a llamar a la policía; pediremos que nos manden una ambulancia. No podemos hacer nada más. Ni nosotros, ni usted.

Le hizo una seña a uno de los camareros, y éste saltó por encima del cuerpo, sin soltar su gran bandeja, y se puso a servir una mesa próxima. Fallow observó los rostros de las mesas cercanas. Todos miraban fijamente el escandaloso espectáculo, pero sin hacer nada. Un viejo tripón permanecía tendido en el suelo, aparentemente en muy mal estado. Quizá agonizando. Cualquiera de los comensales podía adivinarlo con sólo mirar la cara de Ruskin. Al principio se habían mostrado curiosos. ¿Morirá delante mismo de nuestras narices? Hasta habían llegado a sentir cierta animación ante la posibilidad de ser testigos del Hundimiento de Otro. Pero la tragedia se había alargado más de la cuenta. El rumor de conversaciones terminó por apagarse. El viejo tenía un aspecto repulsivo con la bragueta desabrochada y aquel voluminoso y obsceno tripón derramándose por el suelo. Se había convertido en un problema de protocolo. ¿Cuál era la actitud adecuada cuando un viejo agonizaba en el suelo, a pocos metros de la mesa en la que uno estaba cenando? ¿Había que ofrecer ayuda? En el pasillo que mediaba entre las dos mesas se había producido un tremendo atasco de circulación, de modo que tal vez lo más adecuado fuese despejar la zona, dejar que el pobre desdichado respirase un poco, y regresar más tarde a terminar la cena. Pero ¿acaso le resultaría de alguna ayuda al viejo que las mesas estuvieran vacías? Otra posibilidad era no seguir comiendo hasta que cayese el telón del último acto y el agonizante desapareciera de la vista. Sin embargo, ya habían pedido sus platos, ya les habían servido el primero o el segundo, y nada indicaba que aquel bochornoso espectáculo pudiera terminar rápidamente... mientras que, por otro lado, aquella cena costaba, una vez incluido el precio del vino, alrededor de 150 dólares por cabeza, y, encima, conseguir una mesa en aquel restaurante había costado lo suyo, y tampoco

era cuestión de echar por la borda tanto esfuerzo. ¿Desviar la vista hacia otro lado? Bueno, quizá fuera ésta la mejor solución. La única. De modo que todos los comensales fueron bajando la vista a sus pintorescos platos... Sin embargo, la situación seguía siendo deprimente, porque los ojos de unos y otros tendían a desviarse durante un instante hacia... para comprobar si se habían llevado de una vez el pesado bulto. ¡Un agonizante! ¡Oh, mortalidad! ¡Y seguro que era un infarto! Este horrible temor se hallaba alojado en el fondo de la conciencia de prácticamente todos los varones que se encontraban en aquel comedor. Las viejas arterias iban atascándose, milímetro a milímetro, día a día, mes a mes, por culpa de todas esas comidas succulentas, todas esas carnes y salsas, todos esos panes y vinos y souffles y cafés... ¿Así terminarían ellos? ¿Caerían también al suelo, en algún local público, con un círculo azulado en torno a los labios, y una nube sobre esos ojos medio cerrados y completamente muertos? Un espectáculo francamente horripilante. Un espectáculo que daba náuseas. Un espectáculo que no te permitía disfrutar de aquellos carísimos bocados pictóricamente organizados en el plato. De modo que la curiosidad terminó convirtiéndose en incomodidad, y ésta se había transformado finalmente en resentimiento, un resentimiento compartido también por el personal de la casa.

Raphael se puso en jarras y miró al viejo agonizante con una frustración que a punto estuvo de transformarse en pura ira. Fallow tuvo la impresión de que si Ruskin hubiese parpadeado aunque sólo fuese una vez, el maître se habría puesto a cantarle las cuarenta con ese lenguaje especialidad de la casa en el que los insultos aparecerían engalanados con rechinante cortesía. Los clientes comenzaban por fin a olvidarse del cuerpo de Ruskin. Pero Raphael lo tenía muy presente. *Madame Tacaya estaba a punto de llegar*. Los camareros saltaban por encima del cuerpo con absoluta despreocupación, como si fuese algo que estaban acostumbrados a hacer todos los días, como si cada día hubiese un cuerpo tendido precisamente en aquel punto, de forma que el oportuno saltito les resultaba ya instintivo. Ahora bien, ¿cómo permitir que la emperatriz de Indonesia tuviese que dar una zancada para salvar aquel bulto del suelo? ¿Cómo consentir que estuviera sentada a su mesa en presencia de aquello? ¿Por qué tardaba tanto la policía?

Malditos yanquis, malditos niños espeluznantes, pensó Fallow. Ninguno de ellos, aparte del ridículo partidario de la Maniobra de Heimlich, había movido un solo músculo por aquel viejo bastardo. Finalmente llegaron un policía y los dos enfermeros de la ambulancia. De nuevo se hizo casi el silencio, pues los comensales se dedicaron a observar a los recién llegados. Porque, encima, uno de los enfermeros era negro, y el otro latino. E iban provistos de un interesante equipo formado por una camilla con patas plegables y una botella de oxígeno. Ante todo, le aplicaron a la boca de Ruskin la mascarilla de oxígeno. Por la actitud de los enfermeros, Fallow dedujo que Ruskin no estaba reaccionando. Prepararon la camilla, la colaron bajo el

cuerpo de Ruskin, y le ataron con unas correas.

Luego, cuando empezaban a empujar la camilla hacia la salida, se les planteó un problema. Era imposible sacar la camilla por la puerta giratoria. Al entrar habían podido colarla en posición vertical, y entró sin grandes dificultades. Pero ahora que estaba horizontal, y con un cuerpo tendido sobre ella, resultaba excesivamente larga. Intentaron cerrar una de las hojas de la puerta, pero no parecía haber nadie que supiera hacerlo. Raphael insistía, a voz en grito:

—¡Pónganla de pie! ¡Pónganla de pie!

Al parecer, sin embargo, obedecer estas instrucciones hubiese supuesto una grave violación de las normas que regulan el transporte de los enfermos, sobre todo en el caso de las víctimas de infarto, y los enfermeros no querían jugarse el puesto. De modo que se quedaron todos ellos atascados en el vestíbulo, ante la estatua del *Jabalí de plata*, discutiendo a gritos.

Raphael alzaba los brazos y descargaba patadas contra el suelo.

—¿Creen que voy a permitir que ese... —y señaló el cuerpo de Ruskin, hizo una breve pausa, y renunció a utilizar ningún sustantivo— ...permanezca en el restaurante, ante *tout le monde*? ¡Por favor! ¿No lo entienden? ¡Esto es la entrada principal! ¡La gente tiene que entrar y salir! ¡Esto es un negocio! ¡Madame Tacaya estará aquí de un momento a otro!

—Bueno, bueno —dijo el policía—. Tranquilo. ¿Hay otra salida?

Más discusiones. Uno de los camareros mencionó el lavabo de señoras, una de cuyas ventanas daba a la calle. El policía y Raphael entraron de nuevo en el comedor para ver si se podía utilizar esa vía. Poco después regresaron y el policía dijo:

—Bien. Creo que podemos intentarlo.

De modo que Raphael, un jefe de camareros, el policía, los enfermeros, un camarero y Fallow, más el bulto inerte de Arthur Ruskin, entraron de nuevo en el comedor. Volvieron a meterse por el mismo pasillo de antes, entre las mesas dispuestas a lo largo del banco de la pared y la mesa circular de Madame Tacaya, el mismo por el que Ruskin había entrado triunfalmente hacía casi una hora. Esta vez, sin embargo, la procesión era fúnebre. Ruskin seguía siendo el blanco de todas las miradas, pero ahora estaba tendido y frío. El rumor de conversaciones cesó bruscamente en todo el comedor. Ninguno de los clientes daba crédito a sus ojos. Ahora les pasaban por delante de sus narices el desencajado rostro y el blanco vientre de Ruskin... los sombríos restos de las alegrías de la carne. Como si hubiese reaparecido, con más virulencia que nunca, una horrible plaga que todos creían erradicada.

La procesión entró por una pequeña puerta situada al fondo del comedor. Esa puerta daba a un diminuto vestíbulo con otras dos puertas, una para el lavabo de caballeros, y otra para el de señoras. En este último estaba la ventana que daba a la

calle. Tras forcejear un buen rato, el camarero y el policía consiguieron abrir la ventana. Raphael sacó un llavero y abrió la cerradura de la reja. Por el hueco se coló una corriente de aire frío y hollinoso. Todos lo agradecieron. Aquel amontonamiento de seres humanos, los vivos y el muerto, había terminado creando un ambiente irrespirable.

El policía y uno de los enfermeros treparon a la ventana y salieron a la calle. El otro enfermero y el camarero introdujeron uno de los extremos de la camilla, aquel en el que se encontraba el rostro de Ruskin, cada vez más agrisado y horrible, por la ventana, a fin de que se hicieran con él los dos hombres que aguardaban en la acera. Lo último que Fallow vio de los restos mortales de Arthur Ruskin, el rey de los charters a La Meca, fueron las suelas de sus zapatos ingleses hechos a mano, desapareciendo por la ventana del lavabo de señoras de La Boue d'Argent.

Un solo instante después, Raphael pasó como un rayo junto a Fallow, salió del lavabo y fue a atender sus menesteres en el comedor. Fallow le siguió. A mitad de camino, sin embargo, le interceptó el jefe de camareros que había atendido su mesa.

—Monsieur —le dijo, dirigiéndole una de esas solemnes sonrisas que solemos reservar para quienes están afligidos por la desaparición de un familiar muy próximo, y le entregó una hoja de papel. Parecía la cuenta.

—¿Qué es esto? —dijo Fallow.

—*L'addition*, monsieur. La cuenta.

—¿La cuenta?

—*Oui, naturellement*. Ustedes han pedido la cena, monsieur, y nosotros la hemos preparado y servido. Sentimos muchísimo que su amigo... —Y, sin terminar la frase, se encogió de hombros, hundió la barbilla y puso cara de circunstancias. (Para usted habrá sido una desgracia, pero eso no tiene nada que ver con nosotros, y la vida sigue, y los demás tenemos que continuar como si tal cosa.)

Aquella petición era tan tosca que Fallow se sintió horriblemente escandalizado. Pero aún era más escandaloso pensar que iba a tener que pagar la cuenta en un restaurante como aquél.

—Ya que tiene tanto interés por *l'addition* —dijo Fallow—, le aconsejo que hable de este asunto con Mr. Ruskin. —Y, dicho esto, apartó al jefe de camareros y se encaminó hacia la puerta.

—¡Eh, espere! —dijo el jefe de camareros. No quedaba en su voz resto alguno de la anterior untuosidad—. ¡Raphael! —gritó luego, y añadió algunas palabras en francés.

En el vestíbulo, Raphael giró sobre sus talones y se enfrentó a Fallow. Su expresión era muy severa.

—¡Un momentito, monsieur!

Fallow estaba sin habla. Pero en ese mismo instante Raphael dio otra vez media

vuelta, esbozando en su rostro su más profesional y acogedora sonrisa. Un alto y taciturno asiático de cara achatada, vestido con traje de hombre de negocios, estaba entrando por la puerta giratoria, lanzando miradas fugaces a todos los rincones. Tras él apareció una mujer pequeñita de piel aceitunada, de unos cincuenta años, con los labios pintados de un rojo muy oscuro, la cabeza orlada de un enorme caparazón de cabello negrísimo, abrigo largo de seda roja y cuello a lo mandarín, y un vestido de seda roja cuyo extremo inferior casi rozaba el suelo. Llevaba encima suficientes joyas como para iluminar la más negra noche.

—¡Madame Tacaya! —dijo Raphael. Y alzó ambas manos, como si tratase de atrapar al vuelo un ramo de flores.

Al día siguiente, la primera página del *City Light* no contenía más que cuatro palabras, en los caracteres más grandes que Fallow recordaba haber visto en su vida:

MORIR EN NUEVA YORK

Y encima de ese gran titular, en letras más pequeñas, «TENGA LA AMABILIDAD DE MORIRSE ANTES DE QUE LLEGUE MADAME TACAYA», LE DIJERON AL MAGNATE EN EL RESTAURANTE DE LUJO.

Al pie de página: *Una exclusiva del City Light, por nuestro testigo presencial, Peter Fallow.*

Aparte del núcleo central de información, que contaba lo ocurrido durante la velada con todo lujo de detalles, incluidos los saltos que tuvieron que dar los camareros para no pisar el cuerpo de Ruskin, había un recuadro aparte con grandes titulares:

EL SECRETO DEL MAGNATE JUMBOS JUDÍOS RUMBO A LA MECA

A mediodía, la furia de todo el mundo musulmán hacía repiquetear constantemente el teletipo de la Reuter instalado en un rincón del despacho de la Rata. La Rata sonreía y se frotaba las manos. Él había tenido la idea de que Fallow entrevistase a Ruskin.

Y, con una alegría que ni todo el dinero del mundo hubiera podido producirle, canturreó:

—Ah, qué genio del periodismo. Qué genio del periodismo. Qué genio del periodismo.

27. El héroe de la colmena

Los manifestantes se esfumaron tan rápidamente como habían aparecido. Las amenazas de muerte habían cesado. Pero *¿por cuánto tiempo?* Sherman tenía que contrapesar ahora el miedo a morir con el miedo a la bancarrota. Y llegó a una solución de compromiso. Dos días después de la primera manifestación redujo a sólo dos el número de guardaespaldas. Uno para el apartamento, y el otro para la casa de sus padres.

No obstante... *¡Qué hemorragia de dinero!* Dos guardaespaldas las veinticuatro horas del día, a veinticinco dólares la hora cada uno de ellos, suponía un total de 1.200 dólares diarios... 438.000 dólares al año... *¡Una hemorragia mortal!*

Al cabo de otro par de días, Sherman tuvo agallas suficientes como para no faltar a una cita. Un compromiso aceptado por Judy hacía casi un mes: la cena en casa de los Di Ducci.

Cumpliendo la palabra que le había dado, Judy había hecho cuanto estaba en su mano por ayudar a Sherman. Y, cumpliendo también su palabra, su ayuda no había incluido ni la más mínima muestra de afecto. Judy se comportaba como un contratista de obras que, forzado por el sórdido destino, se ve obligado a trabajar en colaboración con su competidor más desleal... Mejor eso que nada, tal vez... Y fue de acuerdo con esta actitud mental como Judy y Sherman planearon su regreso a la Sociedad.

Ambos opinaban (McCoy & McCoy Associates) que la información publicada por Flannagan, el hombre de Killian, en el *Daily News* ofrecía una explicación del caso McCoy que libraba a Sherman de toda culpabilidad. Por lo tanto, ¿qué necesidad había de seguir ocultándose? ¿No era más conveniente que tratasen de vivir como lo habían hecho hasta entonces? ¿No era mejor obtener la mayor publicidad posible?

Ahora bien, ¿cómo reaccionaría *le monde*, y, sobre todo, los Di Ducci, ante su reaparición? La verdad era que con los Di Ducci tenían al menos ciertas posibilidades de éxito. Silvio di Ducci, que había vivido en Nueva York desde los veintiún años, era hijo de un italiano que fabricaba zapatas para frenos. Su esposa, Kare, nació y se crió en San Marino, California; Silvio era su tercer esposo adinerado. Y Judy era la decoradora que les había *hecho* su apartamento. De modo que Judy decidió probar suerte, y llamó para insinuar que quizá sería conveniente que los McCoy no fuesen a la cena.

—¿Cómo se te ocurre proponerme una cosa así! —dijo Kate di Ducci—. ¡Cuento con vosotros!

Esto bastó para que Judy se sintiera animadísima. Sherman se lo notó en la cara. A él, sin embargo, no le sirvió de nada. Sentía una depresión y un escepticismo demasiado profundos para que un comentario amable por parte de Kate di Ducci

podiese alegrarle la vida. Lo único que logró decirle a Judy cuando ésta le dio la noticia fue:

—Ya veremos...

Guliaggi, el guardaespaldas del apartamento, condujo la rubia Mercury hasta la casa de los padres de Sherman, recogió a Judy, regresó luego a Park Avenue, y allí recogió a Sherman. Luego se fueron hacia el apartamento que los Di Ducci tenían en la Quinta Avenida. Sherman sacó de la cartuchera el revólver de su Resentimiento, lo dejó en casa, y se preparó para lo peor. Los Di Ducci y los Bavardage tenían prácticamente las mismas amistades (la misma gentuza vulgar, con notable ausencia de verdaderos knickerbockers). En la cena de los Bavardages, los invitados le dieron la espalda a Sherman en un momento en el que todavía era un hombre perfectamente respetable. ¿Qué le tenían reservado ahora, con su extraña mezcla de malos modos, torpeza, ingenio y *chic*? Sherman se decía a sí mismo que ya no le importaba la aprobación de aquel sector de la alta sociedad. Su intención —la intención de McCoy & McCoy— era demostrarle al mundo que, siendo inocentes y estando libres de toda culpa, podían seguir viviendo como siempre. El gran temor de Sherman era que la cena demostrase que se habían equivocado: que hubiese alguna escena horrible.

El gran vestíbulo de la casa de los Di Ducci carecía del deslumbrante brillo del de los Bavardage. En lugar de las ingeniosas combinaciones de materiales ideadas por Ronald Vine, en lugar de las sedas y cáñamos y maderas doradas, la entrada de la casa de los Di Ducci delataba la preferencia de Judy por la solemnidad y grandiosidad: mármol, pilastras estriadas, enormes cornisas clásicas. Sin embargo, también era un ambiente de otro siglo (en este caso, del XVIII), y estaba poblado por los mismos ramilletes de Radiografías Sociales, Tartas de Limón y hombres con corbata oscura; las mismas sonrisas falsas, las mismas carcajadas, los mismos ojos de 300 vatios, el mismo burbujeo sublime y el mismo parloteo de éxtasis. En pocas palabras, la colmena. ¡La colmena! ¡La colmena! El familiar zumbido cercaba a Sherman por todas partes, pero ya no encontraba eco en sus huesos. Sherman llegaba a oírlo, y se preguntaba, simplemente, si su presencia de hombre cuyo honor ha sido manchado interrumpiría a media frase, a media sonrisa, a media risotada, el zumbido obsesivo de la colmena.

Una mujer emaciada emergió de entre los grupitos y se les acercó, sonriente... Emaciada pero bellísima... Jamás había visto Sherman ningún rostro tan hermoso... Su cabello rubio, muy pálido, estaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente ancha y un rostro tan blanco y suave como la porcelana, y provisto no obstante de unos ojos vivísimos, grandes, y de unos labios adornados por una sonrisa sensual... no, más que eso, una sonrisa *provocativa*. ¡Muy provocativa! Cuando la mujer le cogió de la muñeca, Sherman notó un estremecimiento en la entrepierna.

—¡Judy! ¡Sherman!

Judy le dio un beso a la mujer. Y, con la mayor sinceridad del mundo, dijo:

—Oh, Kate, qué amable. ¡Eres maravillosa!

Kate di Ducci enlazó su brazo en el de Sherman y le atrajo hacia sí, hasta que el trío formó un emparedado, Kate di Ducci entre los dos McCoy.

—No sólo eres amable. ¡Eres muy valiente! —dijo Sherman.

De repente, Sherman comprendió que estaba hablando con el mismo timbre de barítono y con el mismo tono confidencial que cuando trataba de conquistar a una mujer.

—¡Qué bobada! —dijo Kate di Ducci—. ¡Me hubiese enfadado muchísimo si no hubierais venido! ¡Muchísimo! Venid conmigo, quiero presentaros a unos amigos.

Sherman notó con no poca emoción que Kate les conducía hacia un ramillete de conversación presidido por la alta figura patricia de Nunnally Voyd, el novelista que también estuvo en la cena de los Bavardage. Una Bruja y dos hombres con traje azul marino, camisa blanca y corbata azul marino dirigían brillantes sonrisas sociales al gran escritor. Kate di Ducci hizo las presentaciones, y luego se llevó a Judy hacia el gran salón.

Sherman contuvo el aliento, dispuesto a encajar como fuera las afrentas o el ostracismo. Pero los cuatro miembros del grupo se quedaron mirándole con aparatosas sonrisas.

—Hola, McCoy —dijo Nunnally Voyd—, he pensado muchas veces en usted durante los últimos días. Bienvenido a la legión de los condenados... También a usted pretenden devorarle las moscas de la carne...

—¿Moscas de la carne?

—Los periodistas. Me divierte ver lo mucho que se preocupan esos... *insectos* por lo que les ocurre a nuestras almas. «¿Estamos siendo demasiado agresivos, desalmados, fríos?», parecen preguntarnos... como si la prensa fuese una bestia rapaz, como si fuese un tigre. Estoy convencido de que a los periodistas les encanta que la gente piense que están sedientos de sangre. Se sienten adulados por el miedo que inspiran a los demás. Pero no son tigres exactamente. Son más bien moscas de la carne. En cuanto captan el olor, comienzan a revolotear en enjambre. Si les pegas un manotazo, no hay peligro de que muerdan. Se esconden donde pueden, y luego, en cuanto vuelves la cabeza hacia otro lado, se lanzan otra vez sobre ti. Son moscas de la carne. Aunque, por supuesto, usted sabe de eso tanto como yo...

Pese a que este gran literato utilizaba su predicamento como pedestal sobre el que erigir su imaginería entomológica, y aquel discurso prefabricado, la verdad, sonaba hueco y gastado, Sherman se sintió agradecido. En cierto sentido Voyd era un hermano, sí, un compañero de fatigas en las huestes legionarias. Incluso le pareció recordar —jamás había prestado gran atención a los chismorreos literarios— que se rumoreaba que Voyd era homosexual o bisexual. Y esas especulaciones habían

llegado a provocar una polémica que obtuvo gran publicidad en su momento... ¡Qué injusticia! ¡Cómo se atrevían aquellos... *insectos* a fastidiar a un hombre que, aunque quizá fuese un tanto afectado, demostraba una generosidad espiritual tan desbordante, una sensibilidad tan agudizada ante la desdichada condición humana! ¿Que era gay...? ¿Y qué? La palabra *gay* surgió espontáneamente en los pensamientos de Sherman. (Sí, es cierto. Un liberal es un conservador que ha sido detenido.)

Envalentonado por las palabras de aquel nuevo hermano, Sherman contó lo de aquella mujer de cara caballuna que arremetió contra él con su micrófono cuando, con Campbell cogida de la mano, iba hacia la parada del autobús, y que él, simplemente para apartar aquel chisme de su cara, levantó el brazo... ¡y que ahora aquella mujer había interpuesto una demanda contra él! ¡La periodista lloraba, gritaba y gemía, y le pedía 500.000 dólares!

Todos los miembros del ramillete, incluido el propio Voyd, le miraban a los ojos, absortos en su relato, dirigiéndole una deslumbrante sonrisa social.

—¡Sherman! ¡Sherman! ¡Maldita sea! —Una voz atronadora... Sherman se volvió... Un joven muy voluminoso que se le acercaba tras abandonar otro selecto grupito... Bobby Shaflett se encaminaba hacia él con una anchísima sonrisa de palurdo en el rostro. Le tendió la mano, y Sherman se la estrechó, y el Campesino de Oro canturreó—: ¡Menudo alboroto que has organizado! ¡Sí, señor, un verdadero alboroto, por todos los santos!

Sherman no supo qué decir. Pero resultó que no hacía falta que dijese nada.

—A mí también me detuvieron, el año pasado, en Montreal —dijo el Tenor del Copete con evidente satisfacción—. Probablemente lo leíste en alguna parte.

—Pues... no.

—¿No?

—Lo siento, pero no. ¿Y por qué diablos te detuvieron?

—¡POR MEAR EN UN ÁRBOL! —*Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao*—. ¡En Montreal no toleran que te mees en los árboles por la noche, sobre todo si lo haces al lado mismo de tu hotel!

Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao

Sherman se quedó mirando consternado el sonriente rostro de Bobby Shaflett.

—¡Me metieron en una celda! ¡Escándalo público! ¡Y todo por mear en un árbol! —*Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao*! Se calmó un poco—. Mira —añadió—, era la primera vez que me metían en una celda. ¿Qué opinión te merecen ahora las celdas?

—No muy elevada —dijo Sherman.

—Entiendo muy bien lo que quieres decir —dijo Shaflett—. Es horrible. Supongo que tú también habías oído hablar de todo eso que te hacen los compañeros de celda? —Enunció la frase en tono de pregunta. Sherman hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. ¿Sabes qué me hicieron a mí?

—¿Qué?

—¡Me dieron *manzanas*!

—¿Manzanas?

—Sí. La primera comida que me dieron allí dentro... era tan horrible que no pude tomar nada. ¡Y soy un *tragón*! Lo único que me comí fue la manzana, y dejé el resto. ¿Sabes qué pasó entonces? Corrió la voz, y todos los demás detenidos empezaron a darme sus manzanas. Se las fueron pasando, de celda en celda, sacando el brazo por entre las rejas, y dándomelas a mí. Cuando salí de allí, ¡me salían manzanas hasta por las orejas!

¡Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao!

Animado por este nuevo relumbrón que adquiriría ahora su experiencia carcelaria, Sherman les contó la anécdota del portorriqueño que había visto por televisión el momento en que le llevaban esposado, y quiso saber por qué había sido detenido. Luego les dijo que su respuesta, imprudencia temeraria, le pareció muy decepcionante al portorriqueño y que, obrando en consecuencia, cuando fue sometido de nuevo a la misma pregunta prefirió contestar «Homicidio». (El jovencillo negro de la cabeza rapada... Notó un eco del pánico sentido en aquellos momentos... Pero de eso no contó nada.) Le miraban todos apasionadamente, todo el grupito, *su* ramillete, en el que se encontraban el famoso Bobby Shaflett, y el no menos famoso Nunnally Voyd, así como otras tres selectísimas almas de la mejor sociedad. ¡Las expresiones de todo el grupo eran tan extasiadas, tan delirantemente atentas... que Sherman sintió la necesidad de improvisar sobre la marcha y redondear el relato de sus heroicidades! Se inventó otro personaje, un detenido que también le preguntó el motivo por el cual estaba allí, a lo que él contestó: «Homicidio en segundo grado.»

—Se me estaban agotando mis conocimientos sobre derecho penal... —bromeó Sherman, el temerario aventurero.

Jao jao jao jao jao jao jao jao jao jao, rió Bobby Shaflett.

Jo jo jo jo jo jo jo jo jo jo jo jo, cacareó Nunnally Voyd.

Aj aj aj aj aj aj aj aj aj aj, coreó la Radiografía Social, acompañada por los dos hombres de traje azul marino.

Je je je je je je je je je je, siguió Sherman McCoy, como si las horas que se pasó detenido en la celda fueran sólo una anécdota más de guerra en la historia de un hombre aguerrido.

El comedor de los Di Ducci, al igual que el de los Bavardage, tenía dos mesas redondas en el centro de cada una de las cuales se encontraba una artística creación de Huck Thigg, el florista. Para esta velada había construido sendos árboles de unos cuarenta centímetros de altura, a base de tallos duros de glicina. Había además pegado a las ramas de los árboles montones de brillantes flores de azulina. Cada árbol

estaba rodeado en su base por un prado de aproximadamente un metro cuadrado, sembrado de una capa de auténticos botones de oro tan espesa que los pétalos de uno se rozaban con los del otro. En torno a cada prado se elevaba una cerca en miniatura de tejo. Pero en esta ocasión Sherman no tuvo tiempo de estudiar el ingenio del famoso Mr. Thigg. En lugar de verse rechazado como compañero de conversación, se convirtió inmediatamente en el centro de buena parte de su mesa. A su izquierda estaba sentada una conocida Radiografía Social, Red Pitt, o Pozo Sin Fondo^[34], como solía llamarla la gente a sus espaldas debido a que comía tan poco que los glúteos máximos y los tejidos circundantes —vulgo, su culo— parecían haberse esfumado por completo. Si le hubiesen colocado una plomada en los riñones, el cordel habría descendido hasta el suelo sin que ningún obstáculo lo apartase de la vertical. A la izquierda de esta esquelética mujer se había sentado Nunnally Voyd, y junto a él una Radiografía del Mundo Inmobiliario que atendía al nombre de Lily Bradshaw. A la derecha de Sherman se encontraba una Tarta de Limón, Jacqueline Balch, una rubia que era la tercera esposa de Knobby Balch, heredero de la fortuna de la marca Colonaïd, un vendidísimo remedio para las molestias digestivas. Junto a ella se sentaba ni más ni menos que el barón Hochswald, a cuya derecha habían colocado a Kate di Ducci. Durante buena parte de la cena, estos seis comensales sintonizaron exclusivamente la figura de Sherman McCoy. Delincuencia, finanzas, Dios, Libertad, Inmortalidad... cualquier tema sobre el que hablase McCoy, el famoso McCoy del caso McCoy, merecía la atención arrobada de todos ellos, incluido ese charlatán imparable y ególatra que se llamaba Nunnally Voyd.

Voyd dijo que estaba sorprendido de que se pudiera ganar tantísimo dinero con los bonos... y Sherman comprendió que Killian tenía razón: la prensa había acabado por crear la impresión de que él, Sherman, era un titán de las finanzas.

—Francamente —dijo Voyd—, siempre había creído que eso de los bonos era... hummmm... una simple *bagatela*.

Sherman se encontró a sí mismo esbozando esa sonrisa tensa de los que están en el ajo y conocen cierto importantísimo secreto.

—Hace diez años era así —dijo—. A los vendedores de bonos se les tenía por tipos sosos y sin empuje. —Sonrió de nuevo—. Pero hace mucho que han cambiado las cosas. Hoy en día hay cinco veces más dinero moviéndose en el mercado de bonos que en el de la renta variable. —Se volvió hacia Hochswald, que estaba inclinado sobre la mesa para seguir la conversación—. ¿No está usted de acuerdo, barón?

—Oh, sí, sí —dijo el anciano—. Creo que es así.

Y, dicho esto, el barón se calló a fin de oír las explicaciones de McCoy.

—Todas las absorciones y fusiones empresariales se hacen actualmente con bonos —dijo Sherman—. ¿La Deuda Federal? ¿Tres mil millones de dólares? ¿Saben en

qué está toda esa deuda? En bonos. Todo son bonos. Cada vez que fluctúan las tasas de interés, da igual que suban o que bajen, de toda esa enorme masa de bonos van cayendo unas migajas que se meten en las grietas de la acera. —Hizo una pausa, sonrió con aplomo... y se preguntó por qué había utilizado aquella condenada expresión de Judy... Soltó una risilla y añadió—: Lo importante es no quedarse mirando de cerca esas migajas, sino barrerlas rápidamente. Hay millones y millones de migajas, y en Pierce & Pierce somos muy diligentes a la hora de irlas recogiendo.

¡«Somos»! Hasta la Tarta de Limón que estaba a su derecha, Jacqueline Balch, hizo gestos de asentimiento, como si entendiera de qué le estaban hablando.

Red Pitt, que estaba muy orgullosa de ser una persona muy franca, intervino para decir:

—Oiga, McCoy, quiero que me cuente... Bueno, ¿qué fue exactamente lo que pasó en el Bronx?

Tras la pregunta, todo el grupo se inclinó sobre la mesa, expectante, mirando a Sherman.

Sherman sonrió:

—Dice mi abogado que no debo contar absolutamente nada. —Pero, apoyando los brazos en la mesa, miró primero a derecha, luego a la izquierda, y finalmente añadió—: Pero, estrictamente *entre nous*, fue un intento de atraco. Nos atacaron unos salteadores de caminos...

Su público se había adelantado tanto para verle bien, que algunos casi rozaban el prado que rodeaba los árboles de glicinas que había construido Huck Thigg.

—Entonces, Sherman —dijo Kate di Ducci—, ¿por qué no lo dices así públicamente?

—No puedo entrar en detalles, Kate. Pero te diré otra cosa: yo no atropellé a nadie con el coche.

Nadie dijo nada. Estaban todos hechizados. Sherman le echó una ojeada a Judy, que se encontraba en la otra mesa. Cuatro personas, dos a cada lado de su mujer —entre ellos Silvio di Ducci, su lobuno anfitrión—, estaban imantados por sus palabras. Sí, McCoy & McCoy. Sherman prosiguió:

—De paso, voy a darles un buen consejo. Por nada del mundo permitan que les *atrape* en sus redes el *sistema* de justicia penal de esta ciudad. En cuanto te meten en toda esa maquinaria, simplemente en la maquinaria, ya estás perdido. Lo único que falta saber es *cuánto* vas a perder. Desde el momento mismo en que entras en la celda, antes incluso de tener oportunidad de declarar tu inocencia, ya te has convertido en una cifra. Como individuo has dejado de existir.

Un gran silencio a su alrededor... ¡Qué *miradas*! ¡Todos querían más historias bélicas!

De modo que les contó la anécdota del portorriqueño que se sabía de memoria

todos los números del código penal. Les contó lo del partido de hockey que jugaron con la rata viva, y les dijo que fue él (el héroe) quien rescató la rata y la arrojó fuera de la celda, para que un policía la aplastara bajo su bota. Luego se volvió hacia Nunnally Voyd y, en tono confidencial, le dijo:

—Creo que nos encontramos ante una metáfora... ¿No es así, Mr. Voyd? —Y sonrió—. Una metáfora que resume muy bien todo lo demás.

Después miró a su derecha. La encantadora Tarta de Limón paladeaba todas y cada una de sus palabras. De nuevo notó cierta señal en su entrepierna.

Terminada la cena, una vez en la biblioteca de los Di Ducci, se formó un numeroso corro alrededor de Sherman McCoy, que entretuvo a sus oyentes con la historia del policía que le hizo pasar repetidas veces por el detector de metales.

—¿Pueden *obligarte* a hacer una cosa así? —preguntó Silvio di Ducci.

Sherman comprendió que en esa anécdota parecía demasiado dispuesto a cumplir órdenes, y que sin darse cuenta estaba quitándole brillo a su imagen de hombre aguerrido dispuesto a desafiar las llamas del infierno.

—Llegamos a un trato —dijo—. Le dije al tipo: «Bien, volveré a pasar por el detector para que lo vea su compañero, pero tendrá que hacerme un favor a cambio. Sáqueme de esta jodida —*dijo jodida* en voz baja, para subrayar que, efectivamente, sabía que era de mal gusto pronunciar esa palabrota en tan distinguida concurrencia, pero que, dadas las circunstancias, era necesario utilizar la cita literal— pocilga.» — Señaló hacia un lado, como si estuviese en el Registro Central y señalara las celdas—. Y me salió bien la jugada. Salí poco después. De lo contrario, me hubiesen enviado a pasar la noche en Rikers Island, una experiencia que, según tengo entendido, puede resultar... espantosa...

Todas las Tartas del grupo le hubieran dicho que sí a la más mínima insinuación.

Cuando Guliaggi, el guardaespaldas, les conducía a casa de los padres de Sherman, para dejar a Judy, era él quien vibraba de *speed* social. Al mismo tiempo, se sentía confundido. ¿Quién diablos era toda esa gente?

—Qué ironía... —le dijo Sherman a Judy—. Nunca me habían gustado tus amistades. Imagino que ya te lo imaginabas.

—No hacía falta ser muy listo para adivinarlo —dijo Judy. Estaba muy seria.

—Sin embargo, son los únicos que se han comportado decentemente conmigo desde que comenzó todo esto. Mis supuestamente viejos amigos desean que cumpla con mi deber: que me esfume. En cambio, tus amigos, toda esa gente a la que no conozco, me han tratado como a un ser humano.

Utilizando el mismo tono reservado, Judy contestó:

—Eres famoso. Sales en los periódicos, eres un aristócrata. Un magnate.

—¿Sólo en los periódicos?

—Vaya, ¿ahora te lo crees incluso tú?

—Sí. Soy un aristócrata rico que tiene un apartamento fabuloso decorado por una famosa diseñadora.

Sherman trataba de conseguir el apoyo de su mujer.

—Ja. —Sorda, amargamente.

—¿No te parece muy perversa la situación? Hace dos semanas, cuando fuimos a casa de los Bavardage, esa misma gente me volvía la espalda. En cambio, ahora que mi nombre ha sido calumniado... *calumniado* por la prensa... les encanto.

Judy volvió la vista hacia el otro lado y miró a través de la ventanilla:

—Qué poco pides para sentirte complacido.

Su voz era tan lejana como su mirada.

McCoy & McCoy cerró, por aquel día, sus actividades.

—¿Qué tenemos esta mañana, Sheldon?

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, el alcalde lo lamentó. *Sabía* lo que iba a contestarle su secretario. Era inevitable, de modo que reunió fuerzas en espera de la horrible respuesta que, efectivamente, fue tal y como él se había temido.

—Placas para negros —dijo Sheldon—. Y el obispo Bottomley está aquí, quiere verle. Además, nos han llegado diez o doce solicitudes pidiendo que haga usted una declaración oficial sobre el caso McCoy.

El alcalde sintió deseos de emitir una queja, como tantas otras veces, pero no lo hizo. En lugar de eso, se volvió hacia la ventana y dejó que sus ojos contemplaran Broadway. El despacho del alcalde estaba en la planta baja, y era una sala pequeña pero elegante, de techo muy alto y grandes ventanales estilo Palladio. La vista del parquecillo que rodeaba el ayuntamiento se encontraba, sin embargo, manchada por la presencia, en el primer plano más inmediato, justo al otro lado de la ventana, de filas y más filas de azules camisas de policías que formaban una gruesa muralla de contención. Estaban permanentemente allí, en pie sobre la hierba o, mejor dicho, sobre los espacios pelados en donde antiguamente crecía la hierba, dispuestos a actuar tan pronto como hubiese una manifestación de protesta. Y había manifestaciones de protesta constantemente. Cada vez que empezaba alguna, los agentes formaban una valla azul, y el alcalde podía ver desde su despacho los esfuerzos de los policías por tratar de contener la horda de turno. ¡Y con qué pasmosa cantidad de material cargaban los agentes! Porras, linternas, esposas, cartucheras, libretas de multas, walkie-talkies. Todo ello cargado sobre sus espaldas, que el alcalde miraba a menudo cuando entraban en acción para defenderle de los diversos descontentos que, sobre todo a beneficio de las cámaras de televisión, acudían a gritar y gruñir ante el ayuntamiento.

Placas para negros placas para negros placas para negros placas para negros. Aquella espantosa idea le ocupaba toda la mente. Las *placas para negros* eran una

peculiar forma de combatir el fuego con fuego. Cada mañana el alcalde abandonaba su despacho, se dirigía al Salón Azul, y, rodeado de retratos de calvos políticos de épocas pasadas, entregaba placas y menciones honoríficas a diversas asociaciones, maestros y alumnos destacados de colegios e institutos, así como a ciudadanos valerosos y nobles voluntarios y otros diversos y esforzados vecinos de la gran ciudad. En tiempos tan turbulentos como los que corrían, y tal como iban las encuestas de opinión, parecía prudente, y hasta conveniente, aumentar hasta donde fuera posible el número de negros que recibían esta clase de premios y florilegios retóricos. Lo que no era prudente, ni tampoco conveniente, era que Sheldon Lennert, aquel diminuto secretario suyo de cabeza ridículamente pequeña que siempre vestía camisas, americanas y pantalones a cuadros, de estilos incompatibles entre sí, llamara a esa ceremonia «placas para negros». El alcalde ya había oído usar esa misma expresión a algún tipo de la oficina de prensa. ¿Y si alguno de los funcionarios negros alcanzaba también a oírla? Quizá soltaran una carcajada. Pero seguro que por dentro no iban a reírse.

De todos modos, no había modo de evitarlo. Sheldon seguiría diciendo «placas para negros» aun a sabiendas de que el alcalde odiaba esa frase. Sheldon tenía un vil ramalazo de bufón de la corte. En apariencia era tan fiel como un perro. En realidad, cualquiera hubiese dicho que se burlaba de su superior. El alcalde se enfureció de sólo pensarlo.

—Sheldon, ¡le he dicho que no quiero volver a oír esa frase nunca más!

—Vale, vale —dijo Sheldon—. Oiga, ¿y qué piensa decir cuando le pidan su opinión sobre el caso McCoy?

Sheldon sabía siempre la forma de distraerle. Sacaba a colación el tema que más confuso dejaba al alcalde, el que de forma más absoluta le recordaba hasta qué punto dependía de la mente diminuta pero asombrosamente ágil de su secretario.

—No lo sé —dijo el alcalde—. Al principio todo parecía estar muy claro. Un caballero de Wall Street atropella a un brillante alumno de instituto, un negro prometedor y honesto, y se larga sin mirar siquiera atrás. Pero ahora resulta que había otro negro, y que el segundo negro es traficante de crack, y que quizá hubo un intento de atraco. Supongo que lo mejor será adoptar una actitud de tipo judicial. Exigiré que se haga una investigación a fondo, y que se analicen con la mayor escrupulosidad las pruebas que aparezcan. ¿Está bien?

—No —dijo Sheldon.

—¿No? —Era pasmoso que Sheldon rechazara tan a menudo lo que a él le parecía obvio... y que siempre acabara teniendo razón.

—No —dijo Sheldon—. El caso McCoy se ha convertido en uno de los temas cruciales para la comunidad negra. Es tan importante como la cuestión de los derechos civiles o lo de Sudáfrica. No hay alternativas en estos terrenos. Usted

pretende insinuar que puede haber dos versiones de los hechos, pero si lo hace nadie dirá que su actitud es equilibrada. En cuanto sugiera algo así, pensarán que es usted tendencioso. Lo único que se dirime aquí es lo siguiente: ¿vale tanto la vida de un negro como la de un blanco? Y la única respuesta posible a semejante pregunta es ésta: no se puede permitir que los blancos, como ese McCoy de Wall Street, vayan por ahí con sus Mercedes atropellando impunemente a los más brillantes jóvenes negros y largándose después porque parar podría resultar una molestia.

—Pero... ese planteamiento es simple basura, Sheldon —dijo el alcalde—. Ni siquiera estamos todavía seguros de qué pasó.

Sheldon se encogió de hombros.

—¿Ah, no? Pues mire, Abe Weiss sólo acepta una versión, esa que le he dicho. Está llevando este caso como si fuese la jodida reencarnación de Abe Lincoln.

—¿Ha sido Weiss el que ha organizado todo este jaleo?

La sola idea resultó profundamente turbadora para el alcalde, entre otras cosas porque Weiss no ocultaba últimamente que tenía intención de presentarse algún día como candidato en las elecciones para alcalde.

—No, el que lo organizó fue Bacon —dijo Sheldon—. Se puso en contacto con ese borracho del *City Light*, ese tal Fallow, un inglés de mierda. Y él lanzó la idea. Ahora, sin embargo, está atrapado, tan atrapado como los demás. Bacon y su pandilla tampoco controlan ya el asunto. Se ha convertido en un tema electoral, al menos para Weiss. Y para usted.

El alcalde reflexionó durante unos momentos.

—¿Qué clase de apellido es eso de McCoy, irlandés?

—No. Es un *wasp*.

—¿Y qué clase de persona es?

—Un *wasp* rico. Desde pequeño. Colegios de pago, Park Avenue, Wall Street, Pierce & Pierce. Su padre fue el jefe de Dunning Sponget & Leach.

—¿Sabes si me apoyó?

—No, que yo sepa. Ya sabe cómo son esos tipos. Las elecciones locales apenas les preocupan. Votar republicano en la ciudad de Nueva York no les parece feo ni de mal gusto. Ellos sólo votan en serio cuando llegan las presidenciales. O las elecciones del Senado. Son gente de esa que sólo habla de la Reserva Federal, la economía del *supply side* y toda esa clase de mierda.

—Huuuuuuuum. Bien. ¿Qué puedo decir?

—Pida usted que se organice una investigación a fondo sobre el papel que ha jugado McCoy en toda esa tragedia, y exija que, en caso necesario, se nombre a un fiscal especial. Que lo nombre el gobernador en persona. «En caso necesario, si se comprueban que faltan datos», diga. Así, sin mencionar a Weiss, puede darle un buen codazo en donde más duele. Diga usted que la ley no debe discriminar a las personas

por su origen o raza. Diga que no se puede permitir que la fortuna y la posición social de McCoy impidan que este caso sea llevado igual que si hubiera sido Henry Lamb el que atropelló a McCoy. Luego, diga que está dispuesto a darle todo el apoyo necesario a la madre del chico, creo que se llama Annie, diga que la viuda Lamb puede contar con el respaldo del alcalde a la hora de conseguir que se le haga justicia a ese salvaje que perpetró tamaña vileza. No tema pasarse de la raya.

—¿No es muy injusto para McCoy?

—La culpa no es de usted —dijo Sheldon—. El tipo atropello al chico menos adecuado, con el coche menos adecuado, en el barrio menos adecuado y yendo con la mujer menos adecuada, ya que ni siquiera era su mujer. Él fue quien se metió en el lío.

Todo aquello hizo que el alcalde se sintiera intranquilo, pero el instinto de Sheldon era infalible siempre que se trataba de una de esas situaciones embarazosas.

—De acuerdo —dijo el alcalde—, tienes razón en todo eso. Pero ¿no estamos permitiendo que Bacon aumente todavía más su prestigio? Ese hijo de puta... no sabes cuánto le odio.

—Sí, pero a estas alturas el tipo ya se ha apuntado un tanto. Ahí no tenemos nada que hacer. Lo único que todavía nos vale es seguir la corriente. No falta mucho para noviembre, y como dé usted algún paso en falso respecto al caso McCoy, Bacon puede hacerle mucho daño.

—Supongo que tienes razón —dijo el alcalde, meneando la cabeza—. Hay que meter a ese *wasp* en la picota. —Volvió a menear la cabeza, y su expresión se ensombreció de repente—. El muy estúpido... ¿Qué coño hacía en Bruckner Boulevard con su Mercedes, a esas horas de la noche? Hay gente que se dedica a tirar piedras contra su propio tejado. Él se lo buscó. Sigue sin gustarme este asunto, pero creo que tienes razón. Le caiga lo que le caiga, él se lo buscó. Bien. Dejemos a McCoy. ¿Qué diantres quiere el obispo Como-se-llame?

—Bottomley. Quiere hablar de St. Timothy's, una iglesia episcopaliana. Por cierto, es un obispo negro.

—¿Dices que los episcopalianos tienen un obispo negro?

—Oh, son muy liberales —dijo Sheldon, poniendo los ojos en blanco—. Cualquiera día nombrarán obispo a mujeres o Sandinistas. O lesbianas. O lesbianas Sandinistas.

El alcalde meneó la cabeza un rato más. Las iglesias cristianas le dejaban perplejo. Cuando él era pequeño, todos los *goyim* eran católicos, excepto los *schvartzers*^[35], pero nadie contaba con ésos. Ni siquiera entraban en la categoría de los *goyim*. Había católicos de dos clases, irlandeses e italianos. Los irlandeses eran estúpidos, y les gustaban las peleas y hacer daño a la gente. Los italianos eran estúpidos y detestables. Unos y otros eran igualmente desagradables, pero, como

mínimo, la clasificación se entendía sin el menor problema. De modo que sólo cuando ya había llegado a la universidad comprendió el alcalde que existía una especie completamente distinta de *goyim*, los protestantes. Ni siquiera entonces vio a ninguno. Sólo había judíos, irlandeses e italianos en su universidad, pero al menos oyó hablar de los otros, y se enteró de que algunas de las personas más famosas de Nueva York pertenecían a ese otro tipo de *goyim*, eran protestantes. Por ejemplo, los Rockefeller, los Vanderbik, los Roosevelt, los Astor, los Morgan. La expresión *wasp* fue inventada mucho más tarde. Los protestantes estaban divididos en una enloquecida cantidad de sectas, de forma que nadie era capaz de llevar la cuenta. Lo cual parecía tan misterioso como pagano, y hasta ridículo. Todos ellos adoraban a un oscuro judío que vivió en un remoto rincón del mundo. ¡Le adoraban incluso los Rockefeller! ¡Incluso los Roosevelt! Sí, era francamente misterioso, lo cual no impedía que todos esos protestantes fueran los jefes de los principales bufetes de abogados, de los grandes bancos, de los asesores de inversiones, de las principales empresas. Jamás veía a esa gente en carne y hueso, excepto en las grandes ceremonias. Por lo demás, hubiera podido decirse que no existían, al menos en Nueva York. Apenas si asomaban la cabeza en los días de elecciones. Por su número, no contaban, pero estaban ahí. Y ahora, una de esas sectas, la de los episcopalianos, tenía un obispo negro. Era muy fácil hacer chistes sobre los *wasps*, y a menudo el alcalde bromeaba sobre ellos con los amigos, pero, más que divertidos, resultaban temibles.

—¿Y qué pasa con esa iglesia? —preguntó el alcalde—. ¿Algo relativo al problema del suelo urbanizable?

—Exacto —dijo Sheldon—. El obispo quiere vender Sr. Timothys a un constructor. Arguye que el número de feligreses es muy reducido, y que esa parroquia pierde mucho dinero. Hasta aquí, cierto. Pero han aparecido las asociaciones vecinales y otros grupos que están apremiando a la Comisión de Urbanismo para que declare Monumento Histórico el edificio, para que nadie pueda tocarlo, aunque lo compre.

—¿Es honesto ese tipo? —preguntó el alcalde—. ¿Quién se embolsa el dinero si logran vender la iglesia?

—Nunca he oído decir que no sea honesto —dijo Sheldon—. Es todo un erudito. Estudió en Harvard. Eso no quita que sea codicioso, pero no tengo motivos para pensar que lo sea.

—Huuujuum. —De repente, al alcalde se le había ocurrido una idea—. Dile que pase.

El obispo Warren Bottomley resultó ser uno de esos negros cultos y bien educados que desde el primer momento producen el Efecto Halo en torno a sí, al menos a los ojos de aquellos blancos que no les conocen de antemano. Durante unos momentos el alcalde se sintió incluso intimidado por el dinamismo del obispo

Bottomley. Era un hombre guapo, delgado, de unos cuarenta y cinco años, y porte atlético. Tenía una sonrisa cautivadora, una mirada centelleante, un firme apretón de manos, y llevaba un traje parecido al de los curas católicos, pero de paño carísimo. Y era alto, mucho más alto que el alcalde, hombre especialmente susceptible en todo lo referido a su pequeña estatura. En cuanto se sentaron, el alcalde recuperó la distancia suficiente como para recordar la idea que se le había ocurrido. Sí, el obispo Bottomley sería perfecto.

Tras unos cuantos comentarios aduladores acerca de la ilustre carrera política del alcalde, el obispo comenzó a exponer con todo detalle el desastre económico de St. Timothys.

—Naturalmente, comprendo las preocupaciones de las asociaciones comunitarias —dijo el obispo—. A ellos no les gustaría ver elevarse allí un edificio más grande, o diferente.

No tiene acento de negro, pensó el alcalde. Últimamente tenía la sensación de estar siempre hablando con negros que no tenían acento. El hecho de haberlo notado hizo que se sintiera ligeramente culpable, pero eso no impidió que siguiera notándolo.

—Pero muy pocas personas de entre las que protestan son feligreses de St. Timothys —prosiguió el obispo—, y ahí está justamente el problema. Tenemos una cifra de feligreses inferior a las setenta y cinco personas, si contamos a los que vienen normalmente a la iglesia. Y es una iglesia muy grande que, dicho sea de paso, carece de virtudes arquitectónicas. La diseñó Samuel D. Wiggins, un contemporáneo de Cass Gilbert que, hasta donde yo he podido determinar, no dejó ninguna otra huella en las arenas de la historia arquitectónica.

Esta referencia culta, pronunciada como sin darle importancia, contribuyó a intimidar más aún al alcalde. Ni el arte en general ni tampoco la arquitectura en particular eran su fuerte.

—Francamente, la iglesia de St. Timothy's ha dejado de rendirle un servicio a su comunidad, señor alcalde, porque los tiempos han cambiado, y nosotros creemos que sería mucho más beneficioso, y no solamente para la iglesia episcopaliana y sus focos más vivos de la ciudad, sino también para la propia ciudad... ya que en ese solar se podría construir un edificio mayor y que por tanto pagaría una contribución mucho más importante... e incluso la propia comunidad se beneficiaría, indirectamente, en el sentido de que toda la ciudad ganaría al aumentar la recaudación impositiva. Por eso nos gustaría vender la estructura actual, y le pedimos que intervenga a fin de que la Comisión de Urbanismo no catalogue, como al parecer quiere hacer, esa iglesia como Monumento Histórico.

¡Santo Dios! El alcalde se sintió aliviado al ver que el obispo se enredaba en su propia gramática, y había dejado sin terminar una frase que a mitad de camino se le complicó más de la cuenta. Sin decir palabra, el alcalde dirigió una sonrisa al obispo,

y se puso un dedo junto a la nariz, como hacía Santa Claus en la película *The Night Before Christmas*. Luego elevó el dedo hacia el techo, señalando, como diciendo: «¡Atención!» o «¡Mire eso!». Esbozó una sonrisa resplandeciente, pulsó un botón del interfono, y dijo:

—Póngame con el jefe de la Comisión de Urbanismo.

Momentos después hubo un leve *bip-bip*, y el alcalde descolgó el teléfono.

—¿Mort...? ¿Recuerdas el caso de St. Timothy's...? Exacto. Bien, Mort... Pues ¡DE ESO NADA!

El alcalde colgó, se recostó en el respaldo de su asiento, y sonrió de nuevo.

—¿Quiere decir que... ya está? —El obispo parecía estar verdaderamente sorprendido y encantado—. O sea que la Comisión... no catalogará...

El alcalde sonrió y asintió con la cabeza.

—Señor alcalde, no sé cómo agradecerse. Créame... me habían contado que sabe usted hacer que las cosas funcionen, pero... ¡Bien! ¡Le estoy agradecidísimo! Y puedo garantizarle que haré cuanto esté en mi mano para que todos los que pertenecen a mi diócesis, y todos nuestros amigos, sepan qué gran servicio nos ha hecho usted. Sí, señor, le aseguro que lo haré.

—No hace ninguna falta, señor obispo —dijo el alcalde—. No tiene por qué verlo como un favor, ni siquiera como un servicio. Los argumentos que usted me ha presentado eran muy persuasivos, y creo que toda la ciudad se va a beneficiar. Siempre me alegra poder hacer algo por usted, algo que redunde en su beneficio y en beneficio de toda la ciudad de Nueva York.

—¡Y lo ha hecho! No sabe cuánto se lo agradezco.

—Bien, pues, ya que estamos en eso —dijo el alcalde, adoptando su tono de maestro de escuela, que tan útil le había sido muchas veces—, querría que usted hiciese también una cosa por mí... una cosa que también le resultará beneficiosa a usted, y a la ciudad de Nueva York.

El alcalde inclinó la cabeza hacia un lado y le dirigió una sonrisa anchísima. Era como el petirrojo que acaba de avistar una lombriz.

—Obispo, quiero que forme usted parte de una comisión especial sobre delincuencia ciudadana que pienso organizar de manera inmediata. Y me gustaría poder anunciar su nombramiento el mismo día en que anuncie la creación de esa comisión. No hace falta que le diga la importancia que el problema de la delincuencia tiene en Nueva York. Ni tampoco que recalque en qué medida ese problema se complica por culpa de las connotaciones raciales que suele tener, por todos los prejuicios acerca de quiénes cometen los delitos y de cuál es la actitud al respecto de nuestra policía. Le aseguro que formar parte de esa comisión es el mejor servicio que puede usted rendirle a Nueva York en este momento. ¿Qué me dice?

El alcalde notó en seguida la consternación que reflejaba el rostro del obispo.

—Me siento muy adulado, señor alcalde —dijo el obispo. Pero no parecía sentirse precisamente adulado. Ya no sonreía—. Y estoy completamente de acuerdo con usted, desde luego. Pero debo decirle que, en la medida en que mis actividades como obispo de esta diócesis se relacionan con la vida pública, con la vida oficial, creo que tengo las manos en cierto modo atadas...

Pero en este momento sus manos no estaban atadas. Empezó a retorcérselas, como si estuviese tratando de abrir un tarro de melocotón en almíbar, mientras seguía explicándole al alcalde cuál era la estructura de la iglesia episcopaliana, y el pensamiento teológico subyacente a esa estructura, y la teología de ese pensamiento teológico, y cuáles eran las cosas que eran del César, y cuáles no.

El alcalde desconectó al cabo de diez o veinte segundos, pero permitió que el obispo siguiera parloteando sin interrupción pues sentía un placer agri dulce viendo lo muy desazonado que estaba aquel pobre hombre. Era evidente que el obispo no hacía otra cosa que encubrir el hecho de que ningún Líder Negro como él podía arriesgarse a aparecer vinculado públicamente con el alcalde, ni siquiera formando parte de la jodida comisión que debía investigar la jodida inseguridad ciudadana. ¡Qué idea tan brillante! Una comisión birracial sobre la delincuencia, con media docena de líderes negros de aspecto dinámico, como el obispo Bottomley. La voz del obispo encontraría eco en los corazones de todos los negros honestos de Nueva York, los mismos que podían votar al alcalde cuando, en noviembre, se presentase para su reelección. Sin embargo, aquel elegante reptil formado en Harvard se le estaba escurriendo de entre las manos... Mucho antes de que el obispo hubiese concluido su exegesis y disculpas, el alcalde ya había abandonado la idea de crear una comisión especial sobre la delincuencia en Nueva York.

—Lo siento de verdad —dijo el obispo—, pero nuestra política global no me deja alternativa.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo el alcalde—. Si no puede, no puede. No se me ocurre ninguna persona más indicada que usted para formar parte de la comisión, pero comprendo sus razones.

—Lo lamento especialmente, señor alcalde, por el gran favor que le ha hecho a la iglesia episcopaliana, señor alcalde.

El obispo empezaba a preguntarse si no lo habría echado todo a perder con su actitud.

—Oh, por eso no se preocupe —dijo el alcalde—. No se preocupe en absoluto. Como le decía antes, no lo hice por usted, ni tampoco por su iglesia. Lo hice porque creo que actuando así defiende los intereses de esta ciudad. Así de sencillo.

—Bien, de todos modos le estoy agradecidísimo —dijo el obispo, poniéndose en pie—, y puede contar con el agradecimiento de toda la diócesis. Yo me encargaré de que así sea.

—No hace ninguna falta —dijo el alcalde—. De vez en cuando resulta agradable encontrarse con que te piden una cosa tan lógica como la que usted me proponía.

El alcalde dirigió al obispo la más ancha de sus sonrisas, le miró directamente a los ojos, estrechó su mano, y siguió sonriendo hasta que el obispo abandonó su despacho. Cuando el alcalde volvió a sentarse a su mesa, pulsó un botón y dijo:

—Póngame con el presidente de la Comisión de Urbanismo.

Al cabo de unos momentos sonó un tenue *bip-bip* y el alcalde descolgó el teléfono y dijo:

—¿Mort? ¿Recuerdas lo de la iglesia de St. Timothy's...? Exacto... Pues bien, ¡CLASIFÍCALA COMO MONUMENTO HISTÓRICO!

28. Hacia un mundo mejor

—Escúchame bien, Sherman. ¿Crees que a ella le importa de verdad, a estas alturas, que tú seas o no un caballero? ¿Crees que arriesgará sus intereses personales voluntariamente, sólo para *echarte una mano* a ti? Joder, Sherman, ni siquiera querrá hablar contigo.

—Hombre, no sé...

—Yo sí que lo sé. ¿Todavía no lo comprendes? Se *casó* con Ruskin, ¿no?, ¿y crees que era amor lo que sentía por él? Te apuesto lo que quieras a que antes de comprometerse estudió sus cuentas bancarias.

—Puede que tengas razón. Pero eso no me autoriza a actuar según de qué modo. ¡Estamos hablando de un funeral, del funeral de su marido!

—Llámale funeral o como te dé la gana —dijo Killian, riendo—. Para ella es como si acabase de llegar Papá Noel.

—Pero... hacerle eso a una *viuda*, nada menos que el día del funeral de su marido... ¡Prácticamente encima del cadáver...!

—Muy bien. Voy a planteártelo de otra forma. ¿Qué quieres? ¿Que te concedan una medalla de oro al comportamiento más ético... y que te la impongan el día de tu propio funeral?

Killian tenía los codos en los brazos de su asiento. Ahora se adelantó para apoyarse en el escritorio, y luego inclinó la cabeza a un lado, como diciendo: «¿Qué contestas, Sherman? No te he oído bien.»

Y en ese preciso instante Sherman tuvo una visión: vio *aquel sitio*, les vio a *ellos*. Si tenía que ir a la cárcel, aunque sólo fuera por unos meses... Prefería no pensar en la posibilidad de que fueran algunos *años*...

—Como mínimo, tienes la absoluta seguridad de que en ese momento podrás verla —dijo Killian—. Por fuerza tiene que acudir al funeral de su jodido esposo. La tendrás frente a frente cuando se despida el luto.

Sherman bajó la vista y cedió:

—De acuerdo. Lo haré.

—Créeme —dijo Killian—, es absolutamente legal, y, en tus circunstancias, absolutamente justo. No es que quieras hacerle daño a Maria Ruskin. Sólo tratas de protegerte a ti mismo. Tienes todo el derecho del mundo.

Sherman alzó la vista, miró a Killian y asintió con la cabeza, como si estuviera dando su consentimiento para la llegada del fin del mundo.

—Mejor será que nos pongamos manos a la obra —dijo Killian—, antes de que Quigley salga a comer. Él se encarga siempre de la electrónica.

—¿Lo hacéis a menudo?

—Ya te he dicho que en estos momentos es una técnica de lo más corriente. No es

que lo anunciemos a la prensa, pero lo hacemos cada día. Voy a por Quigley.

Killian se puso en pie y salió hacia el pasillo. Los ojos de Sherman erraron por el espantoso interior del pequeño despacho. ¡Qué inexpresablemente sombrío! Y, sin embargo, allí estaba él. Era su último reducto. Sí, allí estaba, por su propia voluntad, esperando que le colocaran unos artilugios electrónicos gracias a los cuales *robaría*, mediante un sucio engaño, el testimonio de una persona a la que había amado. Asintió con la cabeza, como si hubiese otra persona en aquel despacho, y ese gesto significaba: «Sí, pero eso es lo que voy a hacer.»

Killian regresó acompañado de Quigley. Éste llevaba en la cadera izquierda un revólver del 38 metido en una funda, con la culata apuntando hacia adelante. Traía un attaché. Sonrió a Sherman con la brusquedad de quien quiere ponerse manos a la obra.

—Bien —le dijo Quigley a Sherman—, tendrá que quitarse la camisa.

Sherman obedeció. La vanidad física de los varones no conoce límites. Lo primero que le preocupó a Sherman fue que los perfiles de sus músculos pectorales, abdominales y tríceps se marcaran lo suficiente como para impresionar a los otros dos hombres que estaban con él. Durante un instante esta idea borró todo lo demás. Sherman sabía que, extendiendo los brazos hacia abajo, como si los dejara caer a los costados, los tríceps se flexionarían.

—Le pondré el magnetofón en los riñones. Con la americana no se le notará. Llevará americana, ¿no?

—Sí, claro.

—Perfecto. Así no habrá ningún problema.

Quigley puso una rodilla en tierra, abrió su attache, y sacó los cables y el magnetofón, que era del tamaño de un mazo de naipes. El micrófono era un cilindro gris, pequeño como una goma de borrar de las que algunos lápices llevan sujetas a un extremo, bajo una arandela metálica. Quigley empezó fijando el magnetofón a la espalda de Sherman por medio de unos esparadrapos. Luego le pegó los cables de forma que, rodeando la cintura por un lado, subieran luego por su abdomen, ascendieran por el canal central de los pectorales hasta la punta superior del esternón, y fijó el micrófono a esta última altura.

—Muy bien —dijo—. Queda lo suficientemente hundido como para que no se le note, sobre todo si lleva corbata.

Sherman se tomó estas palabras como un cumplido. *Queda lo suficientemente hundido... entre esas enormes masas musculares de mi varonil pecho...*

—De acuerdo —dijo Quigley—. Ya puede ponerse la camisa. Vamos a probar qué tal funciona.

Sherman se puso la camisa, la corbata y la americana. Bien... ya le habían *cableado*... Notaba la frialdad del metal en los riñones y en lo alto del esternón... Se

había convertido en un animal detestable... en un... Pero *detestable* no era más que una palabra. Ahora que se había convertido en una criatura de esa especie, ya no sentía ninguna mala conciencia. El miedo había introducido rápidos cambios en su geografía moral.

—Vale —dijo Killian—. Ahora estudiaremos lo que tienes que decir. De hecho, sólo necesitamos de ella un par de declaraciones, pero has de saber exactamente cómo lograr que las haga. ¿Vale? Empecemos.

Le señaló la silla de plástico, y Sherman se sentó, dispuesto a aprender el varonil arte del engaño. «Nada de engaños —se dijo a sí mismo—. Se trata de la verdad.»

Aunque hacía ya muchos años que la empresa de Harold A. Burns era la más importante de todo Nueva York en el sector de las pompas fúnebres, Peter Fallow no había entrado nunca en aquellos locales. Las puertas color verde oscuro que daban a Madison Avenue estaban enmarcadas por unas señoriales pilastras. Pero el vestíbulo de entrada apenas medía diez metros cuadrados. No obstante, en cuanto Fallow entró allí se sintió embargado por una sensación abrumadora. La luz de aquel pequeño cuartito era deslumbrante, tanto que ni siquiera sintió deseos de averiguar de dónde salía, por temor a que le dañara la vista. Un hombre calvo vestido con un traje gris marengo le entregó un programa de mano a Fallow y le dijo:

—Firme el registro, por favor.

Sobre un podio, efectivamente, había dispuesto un enorme volumen sobre cuyas páginas abiertas colgaba, de una cadenilla de latón, un bolígrafo. Fallow escribió su nombre al pie de la larga lista.

Cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la luz, descubrió que, desde el otro lado de un portal que daba al vestíbulo, alguien estaba mirándole. No era solamente una persona, sino varias... no eran varias... ¡sino toda una multitud! El portal daba a una breve escalera. ¡Había tantísimos ojos mirándole...! Las personas que acompañaban el féretro estaban sentadas en un lugar cuyo aspecto recordaba una capilla de iglesia, y todos le miraban. Los bancos, también como de iglesia, estaban orientados hacia un estrado delante del cual había sido colocado el ataúd. Debido a la peculiar disposición del vestíbulo y la capilla, los ocupantes de este último recinto podían ver perfectamente a todos los que iban llegando, con sólo volver la cabeza hacia ese lado. ¡Naturalmente! Esto era Manhattan. ¡Upper East Side! El difunto, ese ser querido que reposa en la caja de madera, ay, ya se ha despedido de todo, el pobrecillo. Pero los que siguen vivitos y coleantes... Son otra cosa. ¡Ellos siguen brillando con la intensísima potencia de la mejor sociedad de Nueva York! ¡Ellos no se van, sino que han venido, para brillar con luz propia! De modo que ¡iluminémoslos, dejemos que proyecten su brillantez!

Siguieron llegando más invitados. El barón Hochswald, Nunnally Voyd, Bobby

Shaflett, Red Pitt, Jackie Balch, los Bavardage, todos, *tout le monde*, los selectísimos pobladores de las columnas de cotilleo iban entrando en el iluminadísimo vestíbulo con expresiones tan forzosamente entristecidas que Fallow tuvo que contener la carcajada más de una vez. Todos y cada uno de ellos iban poniendo su nombre en las páginas del registro, con actitud solemne, y Fallow pensó que, antes de irse, le echaría una buena ojeada a esa lista.

Al poco rato la capilla estaba llena a rebosar. Oleadas de susurros recorrían la multitud. Se abrió una puerta lateral, junto al estrado. A fin de no perderse detalle, todos los presentes fueron poniéndose en pie. Fallow les imitó.

Bien, ahí estaba ella... o eso al menos supuso Fallow. Al frente de la procesión iba la Morena Misteriosa, la viuda de Ruskin. Era una mujer de muy buen tipo que vestía un traje de seda negra con mangas largas y hombreras anchísimas, blusa de seda negra, y un sombrero negro parecido a un fez y del que colgaba un voluminoso velo negro. Aquella indumentaria debía de haberle costado el equivalente de los beneficios de un charter entero a La Meca. La acompañaba media docena de personas. Los dos hijos que Ruskin había tenido en su primer matrimonio, que eran dos hombres maduros y que, por su edad, hubiesen podido ser padres de Maria Ruskin. Una cuarentona que podía ser la hija que Ruskin tuvo en su segundo matrimonio. Una anciana, quizá hermana de Ruskin, más otros dos hombres y otras dos mujeres cuya identidad Fallow desconocía por completo. Todos ellos se sentaron en primera fila, junto al ataúd.

Fallow se encontraba en el extremo diagonalmente opuesto al rincón por donde habían llegado Maria Ruskin y sus acompañantes, que seguramente sería también el lugar por donde se iría todo ese grupo cuando terminase el funeral. Tendría que utilizar toda la grosera agresividad del periodista si quería sacar algo en limpio. Y se preguntó si la viuda habría contratado guardaespaldas o algo así para protegerse de la prensa.

Un caballero alto, delgado y pulcrísimo subió al estrado y se dirigió al podio. Iba vestido de elegante luto, con un traje cruzado azul marino, corbata negra, camisa blanca y zapatos negros de punta afilada. Fallow le echó una ojeada al programa que le habían dado. Al parecer, el orador era un tal B. Monre Griswold, director del Museo Metropolitano de Bellas Artes. Después de sacarse del bolsillo de la pechera unas gafas de media luna, preparó unas hojas, bajó la vista, alzó la vista, se quitó las gafas, hizo una pausa y, en tono aflautado, dijo:

—No nos hemos reunido aquí para llorar la pérdida de Arthur Ruskin, sino para celebrar la plenitud... la tremenda generosidad de su magnífica vida.

Esta tendencia norteamericana al sentimentalismo y lo personal siempre hacía que a Fallow se le pusieran los pelos de punta. Los yanquis no eran siquiera capaces de permitir que sus muertos se fueran de este mundo con dignidad. Todos los presentes

en la capilla se disponían a disfrutar del espectáculo. Fallow lo veía venir: el patetismo lacrimógeno, el babeo tristón. Era suficiente como para que un inglés sintiera nostalgia de la iglesia anglicana, en la que tanto la muerte como los momentos culminantes de la vida recibían un tratamiento mucho más elevado, impersonal y ceremonioso.

Los sucesivos oradores encargados de verter elogios sobre la personalidad de Ruskin emplearon en sus alocuciones todo el mal gusto y la falta de ingenio que Fallow se había temido. Habló un senador del estado de Nueva York, Sidney Greenspan, cuyo acento, incluso comparado con la media norteamericana, resultaba repulsivo. Este individuo trató de subrayar la importancia que habían tenido las donaciones de Ruskin para las campañas de la Unidad Judía, lo cual no armonizaba demasiado bien con la reciente noticia según la cual el imperio económico de Ruskin se basaba en los vuelos charter de musulmanes a La Meca. Al senador le siguió Raymond Radosz, uno de los socios de Ruskin, que comenzó su intervención de forma no del todo desagradable, contando cierta anécdota de la época en la que ambos estaban en quiebra, pero luego se lanzó a hacer un embarazoso panegírico de Rayan Equities, la sociedad de cartera que encabezaban ambos, y de la cual dijo que serviría para mantener vivo el espíritu de Artie —le llamaba Artie—, en la medida en que los bonos siguieran siendo convertibles. Intervino luego un pianista de jazz, «el preferido de Artie», un tal Manny Leerman, que interpretó un poutpourri de «las canciones favoritas de Artie». Manny Leerman era un obeso pelirrojo que llevaba un traje cruzado con un dibujo del tipo llamado huevo-de-petirrojo, y que sólo con cierto esfuerzo logró, una vez sentado al piano, desabrocharse para evitar así que el cuello del traje no se encabalgase sobre el de la camisa. Las canciones favoritas de Arthur Ruskin eran «Septiembre bajo la lluvia», «El día me resulta corto (cuando estoy contigo)» y «El vuelo de Burablebee». El pelirrojo pianista interpretó esta última tonada con un estilo efusivo mas no inmaculado. Terminada su actuación, hizo girar su asiento ciento ochenta grados pues sólo cuando ya era demasiado tarde recordó que su actuación no se había producido en un club, y que el público no iba a obligarle a saludar con sus aplausos. Se abrochó de nuevo la americana cruzada y abandonó finalmente el escenario.

Luego apareció el principal orador, Hubert Birnley, el conocido actor de cine, quien había decidido aparentemente que hacía falta añadirle una nota ligera al acto, referirse al lado humano de Arthur, el gran financiero y rey de los charters mahometanos. Pero se enredó a mitad de camino con una anécdota que giraba principalmente en torno a los problemas que los sistemas de filtrado de agua les causan a los propietarios de piscinas particulares en Palm Springs, California. Terminó su número llevándose el pañuelo a los ojos en el momento de abandonar el estrado.

El programa se cerraba con la participación de Myron Branoskowitz, un miembro de la Congregación Achlomoch'om de Bayside, Queens. Era éste un joven gigantesco, de ciento veinte kilos de peso por lo menos, que inició un cántico hebreo con su potente y clara voz de tenor. Gradualmente, sus lamentaciones fueron cobrando mayor volumen. Y acabaron siendo interminables e incontenibles. Su voz se lanzaba a emitir temblores y vibratos, y, cada vez que podía elegir entre terminar una frase en una octava alta o baja, siempre elegía la alta, como un cantante de ópera, y exhibía de esta manera su virtuosismo. Es más, hizo que su voz sollozara de una manera que hubiese avergonzado al más lacrimoso Pagliaccio. Los presentes se mostraron al principio impresionados. Luego, conforme la voz aumentaba su potencia, parecieron sorprendidos. Y terminaron por adoptar expresiones de preocupación en cuanto vieron que el joven se iba hinchando sin parar, como una rana. Fallow comprobó que luego se miraban los unos a los otros, como si cada uno de ellos quisiera saber si su vecino era de la misma opinión, a saber: «Este chico está chiflado.» La voz creció más y más, y alcanzó unas notas que ya comenzaban a rozar el gorgorito tirolés, cuando de repente se sumergieron en una gama más baja, acompañada de sollozantes vibratos a los que puso punto final una brusca y definitiva interrupción.

El funeral había concluido. Los presentes esperaron unos segundos, pero Fallow entró inmediatamente en acción. Se deslizó hasta el pasillo y, un poco encorvado, avanzó hacia la primera fila. Se encontraba aún a diez o doce filas de la presidencia cuando otra figura le imitó, unos pasos delante de él.

Era un hombre de traje azul marino, sombrero flexible y gafas oscuras. Fallow apenas llegó a verle un instante de perfil... la poderosa frente... el mentón... Era Sherman McCoy. Sin duda, se había puesto sombrero y las gafas para que nadie le reconociese. Ante la sorpresa de Fallow, McCoy llegó al primer banco y se metió entre los familiares que presidían el acto. Fallow siguió sus pasos. Durante un momento le vio otra vez. Era, sin duda, McCoy.

La muchedumbre había iniciado el clásico amontonamiento y parloteo con que suelen concluir estos actos, dando rienda suelta a todo lo que habían tenido que contener durante treinta o cuarenta minutos en señal de respeto por un hombre rico que, cuando aún vivía, jamás les había parecido especialmente agradable o simpático. Un empleado de la empresa de pompas fúnebres mantenía abierta la puertecilla lateral por la que la viuda de Ruskin tenía que salir. McCoy andaba casi pisándole los talones a un hombre alto que, según pudo confirmar ahora Fallow, era Monte Griswold, el maestro de ceremonias. Los oradores que habían intervenido en el acto charlaban con los parientes más próximos del difunto, mientras que McCoy y Fallow quedaban ahora confundidos entre las filas de hombres de traje azul marino y mujeres de vestido negro. Fallow cruzó los brazos para ocultar así los botones plateados de su

blazer, pues temía que pareciesen un detalle fuera de lugar.

No encontró dificultades. El empleado de la funeraria sólo estaba interesado en pastorear hacia el otro lado de la puertecilla a todo aquel que pretendiera colarse por allí. Una vez cruzado el estrecho hueco, unos peldaños ascendían hacia una serie de habitaciones cuyo aspecto recordaba al de un pequeño apartamento. La gente se congregó en una salita de espera decorada con pantallas en forma de globo y con las paredes forradas de telas enmarcadas con listones de madera dorada, al estilo decimonónico francés. Todo el mundo iba dándole su condolencia a la viuda, casi invisible tras la muralla de trajes azul marino. McCoy permanecía en una esquina, con las gafas oscuras puestas. Fallow se mantuvo siempre junto a él.

Hubert Birnley hablaba con su gorgoteo de barítono en algún rincón, y, como era de suponer, estaba diciéndole a la viuda las frases adecuadas en estos casos, con una triste pero encantadora sonrisa estilo Birnley en los labios. Luego le correspondió el turno al senador Greenspan, y desde todos los rincones se pudo oír su voz gutural pronunciando las frases adecuadas en estos casos, aunque salteadas con alguna que otra frase inadecuada. Y después fue Monte Griswold, diciéndole a la viuda cosas impecables, por supuesto, y escuchando de ella su agradecimiento por lo bien que había desempeñado su papel de maestro de ceremonias. Monte Griswold se despidió de la viuda de Ruskin y, ¡zas!, McCoy se encontró por fin cara a cara con ella. Fallow estaba justo detrás de McCoy y llegó a entrever los rasgos de Maria Ruskin a través del velo, ¡joven y guapa! ¡Una mujer increíble! Su uniforme de viuda acentuaba la redondez de sus pechos y perfilaba claramente la configuración de su vientre. Miraba a McCoy a los ojos. McCoy se inclinó hacia su rostro, tanto que Fallow creyó que iba a besarla. Pero sólo le estaba hablando en voz baja. La viuda de Ruskin contestó, también en susurros. Fallow se acercó un poco más, pegadísimo a McCoy.

No acababa de entenderlo... Una palabra aquí, otra allá... «aclarar»... «esencial»... «los dos»... «coche»...

Coche. En cuanto oyó esta palabra, Fallow experimentó esa sensación que todo periodista anhela tener. Antes de que el cerebro haya podido digerir lo que los oídos acaban de oír, una alarma pone en alerta roja todo su sistema nervioso. ¡Una noticia! Se trata simplemente de algo que ocurre en las neuronas, pero esa sensación es tan palpable como cualquiera de las que nos proporcionan los cinco sentidos. ¡Una noticia!

Maldita sea. McCoy hablaba otra vez en susurros. Fallow se inclinó hacia adelante, un poco más... «el otro»... «rampa»... «patinó»...

¡Rampa! ¡Patinó!

La voz de la viuda creció de volumen.

—Shuhmun. —Parecía que le llamase *Shuhmun*—. ¿No podríamos discutirlo en otro momento?

El acento de aquella mujer era tan endiabladamente cerrado que Fallow tardó unos momentos en entender lo que había podido oír perfectamente.

Ahorta fue McCoy quien alzó la voz:

—...*tiempo*, Maria!

Y, a continuación:

—... estabas conmigo... ¡Eres mi único testigo!

—No puedo pensar en todo eso ahora, Shuhmun. —El mismo acento horrible, la misma voz tensa, la misma forma de terminar las frases con un estremecimiento laríngeo al final—. ¿No lo entiendes? ¿Te das cuenta de dónde estamos? Mi esposo ha muerto, Shuhmun.

La viuda bajó la vista y su cuerpo comenzó a estremecerse con suaves sollozos. Inmediatamente apareció a su lado un hombre fornido. Era Raymond Radosz, uno de los que habían intervenido desde el estrado.

Más sollozos. McCoy se alejó de allí rápidamente, camino de la salida. Fallow le siguió al principio, pero luego dio media vuelta. La noticia estaba ahora en la viuda de Ruskin.

Radosz la abrazaba con tanta fuerza que las voluminosas hombreras del vestido de luto se doblaron por la mitad. Maria Ruskin estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Muy bien, pequeña —dijo él—. Eres una chica valiente, y sé muy bien cómo te sientes, porque Artie y yo pasamos juntos muchas vicisitudes. Desde una época tan remota que tú ni siquiera habías nacido aún, seguramente. Y te aseguro una cosa. *Artie hubiese disfrutado con este funeral*. Te lo aseguro. Le hubiese encantado, sobre todo que haya venido el senador y tanta gente...

Esperó un momento, creyendo que iban a hacerle algún cumplido.

La viuda de Ruskin contuvo su dolor. Adoptó una actitud distante y fría, tal vez porque parecía la única forma de librarse de tanto afecto.

—Le hubiese gustado sobre todo ver que has venido tú, Ray —dijo Maria Ruskin—. Tú le conocías mejor que nadie, y tú has hablado mejor que nadie. Sé que Arthur descansa en paz. Tú mismo lo has dicho.

—Ay, en fin, gracias, Maria. ¿Sabes una cosa? Cuando hablaba ahí dentro, podía ver a Arthur delante de mí. No he tenido que pensar mis palabras. Las he dicho tal como me han salido.

Por fin se alejó de allí, y Fallow ocupó su lugar. La viuda le dirigió una sonrisa, en absoluto desconcertada pese a no saber quién era.

—Soy Peter Fallow —dijo él—. Seguramente ya sabe usted que yo estaba con su marido en el momento de su muerte.

—Ah, sí —dijo ella, dirigiéndole una mirada interrogadora.

—Sólo quería que supiese usted que no sufrió —dijo Fallow—. Perdió la conciencia de repente. Todo ocurrió en un instante. —Fallow alzó las manos, en un

ademán de impotencia—. Quería que supiese que se hizo todo lo humanamente posible, me parece. Intenté hacerle la respiración artificial, y la policía se presentó allí rápidamente. Ya sé que a veces uno se pregunta por todo eso, y quería que usted supiese la verdad. Simplemente, tuvimos una excelente conversación mientras nos tomábamos una cena excelente. Lo último que recuerdo es la maravillosa risa de su marido. Debo decirle, con la mayor honestidad, que hay formas mucho peores de... Ha sido una pérdida terrible, pero su final no fue terrible. En absoluto.

—Gracias —dijo ella—. Es muy amable por su parte el haber venido a contarme todo eso. Me he reprochado a mí misma el hecho de haber estado tan lejos de él cuando...

—No tiene nada que reprocharse —dijo Fallow.

La viuda alzó la mirada y le sonrió. Fallow notó cierto destello en los ojos de Maria Ruskin, y una curva especial que esbozaron sus labios. Aquella mujer era capaz de dotar de coquetería incluso las palabras de agradecimiento de una viuda.

Sin cambiar el tono de voz, Fallow añadió:

—No he podido evitar el ser testigo de su conversación con Mr. McCoy.

La viuda le escuchaba sonriendo con los labios levemente entreabiertos. Lo primero que ocurrió fue que esa sonrisa se esfumó de golpe. Lo segundo, que los labios se cerraron.

—De hecho, no he podido evitar que llegara a mis oídos su conversación —dijo Fallow. Luego, adoptando una expresión animada y amable, y empleando un acento de inglés que vive un relajado fin de semana, como si estuviera interesándose por la lista de invitados a una cena, añadió—: Tengo entendido que estaba usted con Mr. McCoy cuando ocurrió aquel desafortunado accidente en el Bronx.

Los ojos de la viuda se convirtieron en un par de brasas.

—Y confiaba en que quizá estuviera usted dispuesta a contarme qué pasó exactamente.

Maria Ruskin le miró fijamente durante un momento más, y luego, hablando con los labios tensos, le dijo:

—Mire, Mr... Mr...

—Fallow.

—Mr. Metomentodo. Esto es el funeral de mi esposo, y me desagrada su presencia. ¿Entendido? Así que largúese. Desintégrese.

Dicho esto, Maria Ruskin dio media vuelta y se acercó a un grupo de trajes azul marino y vestidos negros.

Al salir de la empresa de pompas fúnebres, Fallow sentía aún el vértigo que le producía la información que acababa de obtener. La noticia existía no sólo en su cerebro sino que también habitaba su plexo solar y toda su piel. Era como una corriente torrencial que circulaba intensamente por todos los axones y todas las

dendritas de su cuerpo. En cuanto se sentara al ordenador, la información le saldría de las yemas de los dedos configurada y completa. Ya no tendría que deducir, especular, imaginar que la Morena Misteriosa era la guapísima y ahora fabulosamente rica y alegre viuda de Ruskin. Porque McCoy en persona había dicho que así era. «¡Eres mi único testigo!» La viuda de Ruskin había mantenido los labios cerrados, pero no lo había negado. Tampoco lo había negado cuando el gran periodista, el gran Fallow, cuando *yo...* cuando *yo...* cuando *yo...* ¡Exacto! Escribiría la noticia en primera persona: Otra exclusiva en primera persona, COMO MORIR EN NUEVA YORK. *Yo, Fallow...* Santo Dios, cómo ansiaba sentarse al ordenador! ¡Qué *lujurioso* deseo de sentarse al ordenador! La noticia vibraba en sus pensamientos, en su corazón, en sus mismísimas partes.

Pero se forzó a detenerse junto al registro del vestíbulo, en donde copió los nombres de todas las personas famosas que le habían dado su pésame a la adorable viuda del rey judío de los vuelos charter para musulmanes, sin sospechar en absoluto la existencia de aquel drama que estaba desplegándose bajo sus salaces narices. Pronto, sin embargo, se enterarían de todo. ¡*Yo, Fallow!*

Una vez en la acera se encontró con grupos formados por aquellos mismos personajes brillantes que, en su mayor parte, sostenían ese tipo de exuberantemente sonrientes conversaciones que los neoyorquinos no pueden evitar cada vez que se produce un acontecimiento que subraya el elevado nivel social que ocupan. En este sentido, los funerales no constituían ninguna excepción. El voluminoso cantante, Myron Branoskowitz, charlaba con un hombre mayor que él, un tipo de aspecto severo cuyo nombre acababa de ser copiado por Fallow en el registro: Jonathan Buchman, director ejecutivo de Columbia Records. El cantante hablaba animadamente. Sus manos llevaban a cabo breves vuelos por el aire. La expresión de Buchman era rígida, como si estuviese paralizada por la sonora logorrea que le estaban vomitando en pleno rostro.

—¡Todo resuelto! —decía el cantante. Aquello fue casi un grito—. ¡Absolutamente todo resuelto! ¡Ya tengo los cassettes! ¡He cantado todos los estándar de Caruso! ¡Mañana mismo puedo llevárselos a su despacho! ¿Podría darme una tarjeta suya?

Lo último que Fallow vio, antes de irse, fue a Buchman sacando una tarjeta del interior de una elegante cartera de piel de lagarto, mientras Branoskowitz, el cantante, añadía con la misma sonora entonación de antes:

—¡También tengo grabados los estándar de Mario Lanza! ¡Canto todo lo de Mario Lanza! ¡Quiero que los escuche!

—Hombre...

—¡Todo resuelto!

29. La cita

A la mañana siguiente, Kramer, Bernie Fitzgibbon y los dos inspectores, Martin y Goldberg, subieron al despacho de Abe Weiss. Era como la reunión de un consejo de administración. Weiss presidía la gran mesa de nogal. Fitzgibbon y Goldberg se encontraban a su izquierda; Kramer y Martin a su derecha. Se trataba de estudiar el método que les permitiría constituir un gran jurado encargado de estudiar el caso McCoy. A Weiss no le estaban gustando las cosas que decía Martin. A Kramer tampoco. De vez en cuando Kramer miraba a Bernie Fitzgibbon. Pero no encontró más que una máscara de impasibilidad irlandesa, que de vez en cuando emitía ciertas ondas que decían: «Ya lo advertí.»

—Un momento —dijo Weiss. Se dirigía a Martin—. Dime otra vez cómo atrapaste a ese par de personajes.

—Fue una redada de crack —dijo Martin.

—¿Una redada de crack? —dijo Weiss—. ¿Y qué coño es una redada de crack?

—Ahora nos dedicamos casi solamente a eso. Unas manzanas más abajo de este edificio hay tantísimos camellos de crack que casi parece un mercadillo. Es una manzana en la que la mayoría de casas han sido abandonadas. En cuanto a las otras, la gente que vive ahí tiene miedo incluso de abrir la puerta de su piso, porque en toda la calle no hay más que gente que vende crack, gente que compra crack, y gente que fuma crack. Por eso hemos decidido hacer redadas. Entramos al asalto, y nos llevamos a todos los bichos que andan sueltos por allí.

—¿Funciona?

—Claro. En cuanto hacemos un par de redadas, se van todos a otra manzana. La situación ha llegado a tales extremos que, en cuanto asoma el morro uno de nuestros coches, salen corriendo todos de los edificios. Es como uno de esos solares en los que, para hacer los cimientos, meten cargas de dinamita, y todo cristo sale zumbando en cuanto están dispuestas las cargas. Alguna vez tendríamos que ir con una cámara. Es increíble. Todo un gentío corriendo calle abajo.

—Bien —dijo Weiss—. Así que pillasteis a dos tipos que dicen conocer a Roland Auburn.

—Sí. Todo el mundo conoce a Ronald Auburn por allí.

—Vale. Y eso que contáis, ¿se lo dijo Roland personalmente a esos dos, o lo saben sólo de oídas?

—De oídas. Todo el mundo anda comentándolo.

—Todo el mundo... en el mercado de crack del Bronx —dijo Weiss.

—Sí, claro —dijo Martin.

—De acuerdo. Sigue.

—Bien. Los rumores dicen que Roland iba andando por la calle cuando,

casualmente, vio a ese chico, Henry Lamb, que iba al Texas Fried Chicken, y se fue con él. Roland decidió divertirse un poco tomándole el pelo a Lamb, porque Lamb es lo que se llama «un buen chico», un «hijo de su mamá», de esos que «no se meten en líos». Sólo sale de su casa para ir al instituto o a la iglesia, y quiere ingresar en la universidad, y ni siquiera es el típico chico de los bloques baratos. De hecho, la madre de ese chico está intentando ahorrar dinero para pagar la entrada de una casa de Springfield Gardens. De lo contrario, ni siquiera estarían viviendo en un sitio así.

—¿Todo esto te lo contaron esos dos?

—No, esto es lo que ya habíamos averiguado nosotros por nuestra cuenta.

—Bueno, pues olvídate de lo demás y cuenta lo que ese par de pirados te contaron.

—Sólo pretendía dar el contexto.

—Bueno. Pero, ahora, al grano.

—Bien. Pues Roland Auburn bajaba por Bruclner Boulevard con Henry Lamb. Cuando pasaban junto a la rampa de Hunts Point Avenue, Roland ve algo en la rampa, unos neumáticos, o unos cubos de basura, algo... e inmediatamente deduce que alguien ha estado ahí dedicándose a parar coches para atracarlos. Y entonces le dice a Lamb: «Ven. Te enseñaré a atracar coches.» Lamb no quiso saber nada de eso, pero Roland le dijo: «No te preocupes, no haré nada. Sólo te enseñaré cómo se hace. ¿De qué tienes miedo?» Roland está tratando de provocar al chico porque Lamb le cae gordo. Al final el chico sube con él por la rampa, y, antes de que Lamb sepa qué está ocurriendo, Roland arroja un neumático o un cubo, lo que sea, delante de un coche, un fantástico Mercedes-Benz que acaba de entrar en la rampa, y que resulta ser el coche en el que van McCoy y esa furcia. El gilipollas de Lamb no hace nada. Está simplemente plantado en la rampa, cagado de miedo, sin atreverse siquiera a salir corriendo para no quedar mal delante de Roland, el cual sólo se monta todo este número porque, pretende demostrarle a Lamb que es un marica. Pero, de repente, algo falla. McCoy y la mujer se las arreglan para salir de allí quemando neumáticos, y en mitad de la maniobra Lamb recibe un golpe. En fin, ésta es la versión que corre por ahí.

—Ya, es una teoría, sólo eso. Pero me gustaría saber si habéis encontrado a alguien que le haya oído contar esta historia al propio Roland.

—Esa teoría —interrumpió Bernie Fitzgibbon— explicaría por qué razón Lamb no dijo nada del coche cuando fue al hospital. No quería que los médicos creyesen que estaba complicado en un intento de atraco de un coche. Lo único que pretendía era que le curasen la muñeca e irse corriendo a su casa.

—Ya —dijo Weiss—, pero lo único que tenemos es una teoría defendida por un par de pirados. Un par de tíos que no conocen la diferencia entre lo que han oído y lo que les suena en la cabeza. —Y acompañó estas palabras de un ademán, el índice

apoyado en la sien, que tachaba de chifladura todo lo que aquel par hubiese podido contar.

—De todos modos, creo que vale la pena comprobar cuánto hay de verdad en todo eso, Abe —dijo Bernie—. En fin, sería conveniente dedicarle algún tiempo a investigar esta versión.

Kramer se sintió alarmado y resentido y a la defensiva. Y también notó que en su alma despertaba el instinto protector. Había que proteger a Roland Auburn. Ninguno de ellos se había tomado la molestia de conocer a Roland, sólo él. Roland no era ningún santo, pero tampoco carecía por completo de bondad, y, además, estaba diciéndolo la verdad.

—No haremos nada malo —le dijo a Bernie— investigándolo, pero tampoco es difícil imaginar de dónde ha salido esta teoría. Al fin y al cabo, es la teoría de McCoy. Eso es lo que McCoy les dijo a los del *Daily News*, y lo que dice ahora la televisión. Es una teoría que ya está en la calle, y no es más que eso. Permite, ciertamente, solucionar un problema, pero plantea mil problemas más. Quiero decir que... ¿por qué razón iba Roland a meterse en un lío como el de atracar un coche, teniendo en cuenta que iba con alguien que es un cobarde, un marica? Por otro lado, si McCoy es víctima de un intento de atraco, y golpea a uno de los atracadores con el coche cuando emprendía la huida, ¿creéis que dudaría a la hora de informar a la policía de lo ocurrido? Todo lo contrario: estaría *encantado* de ir a contárselo todo. —Kramer terminó chasqueando los dedos, y comprendió que, sin darse cuenta, su voz había adoptado una entonación polémica.

—Estoy de acuerdo en que plantea muchos problemas y preguntas —dijo Bernie—. Lo cual apoya mi idea de que hay que tomarse las cosas con calma en lugar de precipitarnos a llevar el caso ante un gran jurado.

—Tenemos que actuar aprisa —dijo Weiss.

Kramer captó por un instante la mirada que le estaba dirigiendo Bernie. Unos ojos irlandeses que le acusaban fieramente. Justo en ese instante sonó el teléfono de la mesa de Weiss. El fiscal se levantó, se acercó a su escritorio, y contestó.

—¿Sí...? De acuerdo, pássemelo... No, no he visto el *City Light*... ¿Cómo...? No lo dirás en serio...

Se volvió hacia la mesa de juntas y le dijo a Bernie:

—Es Milt. Creo que de momento no hace ninguna falta que nos preocupemos por las teorías que puedan haberse inventado ese par de pirados.

Momentos después entraba en el despacho Milt Lubell, con los ojos abiertos de espanto, jadeante, y con un ejemplar del *City Light*. Lo puso sobre la mesa de juntas. La primera página fue como un bofetón para todos los presentes.

EXCLUSIVA DEL *City Light*

LA VIUDA DEL FINANCIERO ES LA MUJER MISTERIOSA DEL CASO McCOY

McCoy en el funeral: «¡Ayúdame!»

En la parte inferior de la página, una línea en cuerpo más pequeño decía: *Testimonio directo de Peter Fallow, Fotos, páginas 3, 4, 5, 14, 15.*

Todos se pusieron en pie y se apoyaron con las palmas abiertas en la mesa, mientras sus cabezas convergían en el epicentro: el gran titular.

Weiss se enderezó. En su rostro apareció la expresión de quien sabe que tiene que actuar como líder del grupo.

—Bien. Esta será nuestra táctica. Milt, llama a Irv Stone del Canal 1. —Y luego siguió diciendo los nombres de los productores de los informativos de otros cinco canales—. Y llama también a Fallow. Y a ese tal Flannagan del *News*. Diles a todos que vamos a interrogar inmediatamente a esa mujer. *Off de the record*, puedes añadir que, en caso de que esa mujer sea la que iba con McCoy, vamos a acusarla de un delito mayor, porque ella fue la que se puso al volante después de que McCoy golpeará al chico. Eso es delito de denegación de auxilio e incumplimiento del deber de informar a la policía. Atropello y fuga. Él le atropello, ella emprendió la fuga. ¿De acuerdo?

Luego, dirigiéndose a Bernie:

—En cuanto a vosotros... —Dejó que su mirada se deslizase por los rostros de Kramer, Martin y Goldberg, para indicarles que también ellos estaban incluidos—. Vosotros... agarradme a esa mujer, y decidle exactamente lo mismo. «Lamentamos que su esposo haya fallecido, etcétera, etcétera, etcétera, pero necesitamos una cuantas declaraciones de forma inmediata, y si es usted, efectivamente, la que iba en el coche con McCoy, prepárese, porque se ha metido en un buen lío.» Pero si acepta hablar y contar todo lo que hizo McCoy, le garantizaremos inmunidad ante el gran jurado. —Y, dirigiéndose a Kramer en particular, terminó—: Al principio no concretes demasiado esto último. Bueno, qué diablos, ya sabes cómo se hacen estas cosas.

Cuando Kramer, Martin y Goldberg llegaron ante el número 962 de la Quinta Avenida y dejaron el coche junto al bordillo, la acera parecía un campamento de refugiados. Equipos de televisión, equipos de radio, reporteros de prensa y fotógrafos rondaban por allí riendo, charlando y haraganeando, vestidos con tejanos, polos de punto, cazadoras de cremallera y esos gruesos zapatones de explorador que ahora se habían puesto de moda entre los del edificio; entremezclados con los periodistas

había también muchos vagos y curiosos cuyo atuendo no tenía mucho mejor aspecto. Los policías de la comisaría 19ª habían colocado dos hileras de vallas para que pudieran entrar y salir del edificio las personas que vivían en él. Un agente uniformado montaba guardia en la acera. Aunque la casa tenía catorce pisos y su fachada ocupaba media manzana, la entrada no era especialmente señorial. De todos modos, se notaba el dinero. Había una única puerta de cristal enmarcado en brillantísimo latón y protegida con una rejilla de latón no menos bruñido. Una marquesina salía desde el portal hasta el borde de la acera, sostenida por unos postes de latón a los que les habían sacado tanto lustre que parecían de oro blanco. Por todas partes destacaban las horas de trabajo mal pagado de quienes se encargaban cada día de darle brillo a los metales. Al otro lado del cristal de la puerta, Kramer distinguió las figuras de un par de porteros uniformados, y aquello le recordó el soliloquio despectivo de Martin en el portal de McCoy.

En fin... ya estaba ahí. Kramer había contemplado mil veces estos edificios de apartamentos de la Quinta Avenida que daban a Central Park. La última vez fue un domingo por la tarde. Había salido con Rhoda, que llevaba el cochecito de Joshua, y el sol de la tarde iluminó las grandes fachadas de piedra arenisca de tal modo que, sin proponérselo, pensó en la frase: *la Costa del Oro*. Pero aquello sólo fue una observación, absolutamente desprovista de emociones, como no fuera una leve satisfacción derivada del hecho de poder pasear junto a unas casas tan doradas. Todo el mundo sabía que las personas más ricas de Nueva York vivían en aquellos edificios. Pero su vida era tan remota como el más lejano planeta. Esas personas no eran más que tipos, mitos situados más allá de la envidia. Eran Los Ricos. Kramer no conocía ni siquiera el nombre de ninguno de ellos.

Pero hoy conocía el de uno.

Kramer, Martin y Goldberg se apearon del coche, y Martin le dijo algo al policía uniformado. El tosco gentío de la prensa se agitó levemente. Su espantoso vestuario se movió acá y allá. Miraron a los recién llegados de los pies a la cabeza, y olfatearon que su presencia tenía que ver con el caso McCoy.

¿Le reconocerían?, se preguntó Kramer. El coche no llevaba ningún distintivo, y Martin y Goldberg vestían americana y corbata, de modo que podía parecer que aquel trío era simplemente un grupo de visitantes casuales del edificio. Por otro lado... ¿acaso Kramer seguía siendo un anónimo funcionario del sistema de justicia penal? En absoluto. Su retrato (dibujado por la despampanante Lucy Dellafloria) había aparecido en la televisión. Su nombre había sido publicado en todos los diarios. Los tres comenzaron a avanzar hacia el portal entre las dos hileras de vallas dispuestas por la policía. A mitad de camino Kramer se sintió ofendido. Ni la más mínima reacción por parte de los representantes de la prensa.

Hasta que, de repente:

—¡Eh, Kramer!

Una voz a su derecha. El corazón le pegó un brinco.

—¡Kramer!

Sintió el impulso de volverse y sonreír hacia ese lado, pero logró reprimirlo. ¿Debía seguir caminando, ignorando la llamada? ¿No sería mejor saludar, como mínimo...? Se volvió, así pues, hacia la voz, adoptando una expresión sumamente seria.

Dos voces a la vez:

—Eh, Kramer, piensa...

—¿De qué acusará...?

—...detenerla?

—...a esa mujer?

Oyó otra voz que decía: «¿Quién es ése?» Y otra que contestaba: «Es Larry Kramer. El vicefiscal encargado del caso.»

Kramer esbozó un gesto grave con los labios, y respondió:

—No tengo todavía nada para vosotros, muchachos.

¡Muchachos! Los tenía en el bote... Aquella pandilla... *la prensa*, que hasta hacía poco no eran para él más que una entidad abstracta. Ahora, en cambio, toda aquella chusma estaba concentrada en él, dispuesta a beber todas y cada una de sus palabras. Había uno, dos, tres fotógrafos preparados con sus cámaras. Uno de ellos disparaba con el automático. Un equipo de televisión asomaba por encima del grupo. Una cámara de vídeo salía proyectada, como un cuerno, de la cabeza de un tipo. Kramer desaceleró el paso y miró fijamente a uno de los periodistas, como si estuviese meditando su respuesta, a fin de darles a los muchachos de la imagen unos segundos más de aquel su solemne rostro. (Pobres chicos, al fin y al cabo sólo están haciendo su trabajo.)

Cuando Kramer, Martin y Goldberg llegaron a la puerta, Kramer les dijo a los porteros, con voz gutural y autoritaria:

—Larry Kramer, de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx. Nos esperan.

Los porteros confiaron en que así fuera.

Una vez arriba, la puerta del apartamento les fue abierta por un hombrecillo uniformado que parecía indonesio o coreano. Kramer entró, y lo que vio le dejó deslumbrado. Una reacción comprensible, pues la decoración pretendía precisamente eso, deslumbrar, incluso a personas mucho más inmunizadas al lujo que Larry Kramer. Este miró un momento a Martin y a Goldberg. Tan pasmados como él. Eran, en estos momentos, como turistas viendo monumentos... el techo elevadísimo, el enorme candelabro, la escalinata de mármol que subía al otro piso, los cuadros grandísimos, los marcos suntuosos, cualquiera de los cuales, sólo el marco, debía de costar la mitad de lo que un policía ganaba en un año. Los ojos de los tres lo

engullían todo con avidez.

Kramer oyó el ruido de un aspirador en el piso de arriba. Una doncella con uniforme negro y delantal blanco se presentó en el vestíbulo, cruzó el piso de mármol, y desapareció. El mayordomo oriental les hizo atravesar todo el vestíbulo. A través de una puerta abierta vieron por un instante el interior de una vastísima habitación inundada de una luz que penetraba por los ventanales más altos que Kramer hubiera visto jamás en un domicilio particular. Eran tan grandes como lo que había en las salas de los juzgados de Gibraltar. A través de los cristales se veían las copas de los árboles más altos de Central Park. El mayordomo les condujo a una habitación más pequeña y más oscura, contigua a la anterior. En realidad, sólo era más oscura en comparación con la otra, porque su única ventana, alta, de cara al parque, daba paso a tanta luz que, al principio, los dos hombres y la mujer que les esperaban allí apenas si eran siluetas. Los hombres estaban en pie. La mujer se había sentado en una silla. La habitación contenía una alta biblioteca con escalera deslizante, un gran escritorio de doradas patas salomónicas cuya superficie estaba sobrecargada de chucherías, más un par de sofás separados por una mesita tallada, varias butacas y diversas rinconeras y vitrinas, y... cosas así.

Una de las siluetas se adelantó hacia ellos, abandonando la deslumbrante luminosidad, y dijo:

—¿Mr. Kramer? Soy Tucker Trigg.

Tucker Trigg; así se llamaba el tipo. Era un abogado del bufete Curry, Goad & Pesterall. Kramer había concertado la cita a través de ese tipo. Tucker Trigg hablaba con un timbre nasal de *wasp* que desconcertó a Kramer por teléfono, pero ahora que se encontraba en su presencia, su aspecto no coincidía con su imagen de lo que debía ser un *wasp*. Era grandote, redondo, mofletudo, como un ex jugador de rugby que hubiese engordado. Se estrecharon las manos, y Trigg, con su timbre nasal, dijo:

—Mr. Kramer, le presentó a Mrs. Ruskin.

Estaba sentada en una butaca de respaldo muy alto que hizo que Kramer se acordara de la serie de Obras Maestras del Teatro que dieron en televisión. Al lado de ella, en pie, se encontraba un tipo alto de pelo gris. La *viuda*... ¡qué aspecto tan juvenil y resultón! *Cachonda*, dijo Roland. Menuda tía buena tenía en su casa Arthur Ruskin, con sus setenta y un tacos y su marcapasos. La viuda llevaba un traje sencillito de seda negra. Larry no estaba enterado de que últimamente se llevaban las hombreras anchas y el cuello de cadete, pero sí sabía muy bien qué pensar de aquellas piernas. Mrs. Ruskin tenía las piernas cruzadas. Kramer se esforzó por evitar que sus ojos fueran ascendiendo desde la leve curva del empeine hacia la reluciente curva de los gemelos y la brillante curva de los muslos, claramente marcada bajo la seda negra. Hizo todo lo que pudo por evitarlo. Aquella mujer tenía un precioso cuello de marfil, y mantenía los labios ligeramente entreabiertos, y poseía unos ojos oscuros

que, sí, que bebían directamente en los de él. Kramer se sonrojó.

—Siento tener que entrometerme en su casa, sobre todo en las actuales circunstancias —dijo, tartamudeando. Inmediatamente comprendió que había dicho una necedad. ¿Debía deducir ella de sus palabras que, de haber sido otras las circunstancias, Kramer se habría entrometido muy a gusto en su casa?

—Lo comprendo, Mr. Kramer —dijo ella suavemente, con una sonrisa valiente. *Oh, I unnerstin, Mr. Krimmuh.* Por otro lado, aquella sonrisa... ¿era sólo valiente? ¡Dios Santo, cómo le miraba!

Kramer fue incapaz de pensar en la siguiente frase. Tucker Trigg le libró del problema presentando al hombre que estaba junto a ella. Era alto, de cierta edad. Llevaba su pelo gris peinado, muy elegantemente, hacia atrás. Y poseía cierta apostura militar muy infrecuente en Nueva York. Se llamaba Clifford Priddy, y era famoso como defensor de grandes personalidades en los tribunales federales. Este caballero sí que respondía perfectamente a lo que se supone que debe ser un *wasp*. Te miraba directamente a los ojos. Tenía la nariz larga y delgada. Sus estilizados y brillantes zapatos negros encajaban en sus pies como un guante. Bajo su mirada, Kramer se sintió torpe. Los zapatos que él llevaba eran unas abarcas de color marrón, gruesas, con unas enormes suelas que sobresalían por los bordes como acantilados. De todos modos, este caso no sería visto por un juzgado federal, de modo que la tremenda influencia que tenía la Ivy League^[36] en ese nivel carecería de peso. No, esta vez era un caso del Bronx.

—¿Cómo está usted, Mr. Kramer? —dijo Mr. Clifford Priddy en tono afable.

—Bien —dijo Kramer, estrechándole la mano y pensando rápidamente. Ya veremos si sigues poniendo esa cara de presumido cuando llegues a Gibraltar.

Luego, Kramer presentó a Martin y Goldberg, y todo el mundo se sentó. Martin y Goldberg, y Tucker Trigg y Clifford Priddy, menudo cuarteto. Goldberg se sentó en posición encorvada, algo atemorizado, pero Martin seguía siendo el Turista Desnudo. Sus ojos continuaban revoloteando por toda la habitación.

La joven viuda vestida de negro pulsó un botón de la mesita que estaba junto a su butaca. Descruzó las piernas y las volvió a cruzar. Las suaves curvas de los gemelos se separaron y se reunieron otra vez, y Kramer siguió haciendo esfuerzos por no mirar. Ella desvió la vista hacia la puerta. Una doncella, filipina, supuso Kramer, había aparecido en el umbral.

Maria Ruskin miró a Kramer y luego a Martin y Goldberg, y dijo:

—¿Les apetece un café, caballeros?

A nadie le apetecía.

—Nora —dijo Maria Ruskin—, yo quiero un poco de café y...

—*Cora* —le corrigió la mujer en una voz sin entonación. Todas las cabezas se volvieron hacia ella, como si acabara de sacar un revólver.

—... y trae también más tazas, por si alguno de estos caballeros cambia de opinión.

Vaya con el acento, pensó Kramer. Estaba pensando en eso cuando, de repente, comprendió que todo el mundo estaba mirándole a él, en silencio. Él era quien debía dirigir la función a partir de este momento. Los labios de la viuda seguían entreabiertos, con la misma intrigante sonrisa de antes. ¿Era una sonrisa de valentía? ¿O tal vez de burla?

—Mrs. Ruskin —comenzó a decir Kramer—, como le decía, lamento haber tenido que venir a visitarla en estos momentos, y le agradezco su colaboración. Estoy seguro de que Mr. Trigg y Mr. Priddy le habrán explicado el propósito de este, encuentro, y yo sólo, ejem, pretendo... —La viuda agitó las piernas bajo el vestido de seda, y Kramer volvió a esforzarse para no ver los volúmenes de sus muslos— ... ejem, subrayar que este caso, un caso en el que se produjeron heridas gravísimas que, quizá, pueden resultar fatales para el joven Henry Lamb... que este caso es importantísimo para nuestra fiscalía, porque es importantísimo para los vecinos del Bronx y para todos los ciudadanos de Nueva York. —Hizo una pausa. Comprendió que estaba hablando con una pomposidad inadecuada, pero no sabía cómo bajarse de este caballo en el que había montado. La presencia de aquellos abogados *wasps*, y la magnitud de aquel palacio, eran los culpables de todo.

—Comprendo —dijo la viuda, tratando tal vez de ayudarle a desmontar. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, y le sonreía como si fuesen amigos íntimos. A Kramer le salieron sus instintos de conquistador. Mentalmente dio un salto hasta el día del juicio. A veces ocurría que el fiscal terminaba trabajando en estrecha colaboración con alguno de sus testigos...

—Por eso sería tan valiosa su cooperación. —Kramer estiró el cuello, para que destacara mejor la potencia de sus esternocleidomastoideos—. Bien, lo único que pretendo de momento es explicarle cuáles serán las consecuencias en caso de que usted se muestre dispuesta a colaborar con nosotros, porque me parece que es fundamental que eso quede bien claro. Naturalmente, según cual sea la decisión que usted tome, se derivarán unas consecuencias u otras. Bien, antes de empezar tengo que recordarle que... —Volvió a interrumpirse un momento. No había empezado correctamente la frase, y temía caer en la trampa de su propia sintaxis. Pero no le quedaba otro remedio que continuar— ...está usted representada por unos abogados de indiscutible eminencia, y no hará falta que le recuerde sus derechos al respecto. —*Al respecto.* ¿Por qué le salían esas frases hechas y redundantes?—. Sin embargo, estoy obligado a recordarle que puede permanecer en silencio, en caso de que así lo desee, sea por la razón que sea.

La miró y le hizo un gesto de asentimiento, como diciéndole: «¿Ha quedado claro?» Ella le devolvió a su vez un gesto de asentimiento, y Kramer se fijó en los

volúmenes de los pechos que se agitaban bajo la seda negra.

Cogió el attache que había dejado al pie de su silla, se lo puso sobre las piernas, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Las rozadas esquinas de la cartera delataban la baja categoría de su propietario. (Un vicefiscal del Bronx, que apenas ganaba 36.000 dólares al año.) ¡Fíjate qué cartera! ¡Rozada, agrietada, vieja, barata! Se sintió humillado. ¿Qué debían de estar pensando en este momento aquellos jodidos *wasps*? ¿Contenían las sonrisas burlonas por motivos tácticos, o por simple condescendencia de *wasp* refinadamente educado?

Sacó del attache dos hojas de papel amarillo con sus notas, y una carpeta de plástico que contenía material fotocopiado y recortes de prensa. Después, cerró su traicionero attache y volvió a dejarlo en el suelo.

Miró sus notas. Alzó la vista para mirar a Maria Ruskin.

—Hay cuatro personas que conocen directamente este caso —dijo Kramer—. Una de ellas es la víctima, Henry Lamb, que se encuentra en estado de coma, un estado aparentemente irreversible. Otra es Sherman McCoy, que ha sido acusado de imprudencia temeraria, denegación de auxilio y también de no haber informado a las autoridades del accidente. Él dice ser inocente de todos los cargos. Otra persona es cierto individuo que estaba presente cuando ocurrió todo, y que ha declarado e identificado sin lugar a dudas a Mr. McCoy como conductor del coche que golpeó a Mr. Lamb. Este testigo nos ha dicho que Mr. McCoy iba acompañado en el coche de otra persona, una mujer blanca, de veintitantos años, y la información que este testigo nos ha proporcionado convierte a esa mujer en cómplice de uno o varios de los delitos mayores de los que se acusa a Mr. McCoy. —Hizo una pausa, tratando así de crear un efecto dramático—. Ese mismo testigo ha identificado también a esa mujer... Dice que es... usted.

Kramer calló y miró a la viuda directamente a los ojos. Al principio, la reacción de Mrs. Ruskin fue la perfección personificada. Ni siquiera parpadeó. Ni siquiera vaciló su sonrisilla adorable y valiente. Pero después, casi imperdonablemente, su nuez ascendió y descendió. Una sola vez.

¡Había tragado saliva!

Una maravillosa sensación invadió a Kramer, en todas y cada una de sus células y de sus fibras nerviosas. En aquel instante, mientras duró ese movimiento, mientras ella tragaba saliva, su vieja y barata cartera perdió importancia, y lo mismo ocurrió con sus zapatones y con su traje de confección y con su mezquino salario y con su acento de Nueva York y con los diversos defectos de su forma de hablar. Porque en ese momento Kramer estuvo en posesión de una cosa que aquellos abogados *wasp*, aquellos immaculados juristas de Wall Street pertenecientes al lejano universo de los Curry & Goad & Pesrerall & Dunning & Sponger & Leach jamás poseerían y jamás tendrían el indescriptible placer de poseer. Y permanecerían educadamente callados

ante aquello, tan educadamente callados como ahora, y también tragarían saliva de puro miedo si llegaba la ocasión. Y Kramer comprendió qué era lo que le producía un instante diario de exaltación cuando, por las mañanas, divisaba la mole de la fortaleza elevándose sobre la colina, en mitad de la Gran Concourse del sombrío Bronx. Porque era ni más ni menos que el Poder, ese mismo Poder al que Abe Weiss se entregaba en alma y cuerpo. El Poder que ejerce el gobierno sobre la libertad de sus súbditos. Pensarlo de forma abstracta hacía que ese sentimiento de poder pareciese abstracto y teórico. Pero experimentar ese poder: contemplar *la expresión de sus caras*; esas caras que te miran *a ti*, correo y vehículo del Poder; las caras de Arthur Rivera, Jimmy Dollard, Herbert 92X, y aquel tipo que se hacía llamar Chulo, sí, incluso aquél... y ver ahora ese leve movimiento de *pánico* en un cuello perfecto que valía millones... Bueno, ningún poeta ha sabido cantar ese éxtasis, ningún poeta lo ha soñado siquiera, y ningún fiscal ni juez, ningún policía, ningún inspector de hacienda podrá explicárselo jamás, porque ni siquiera nos atrevemos a comentarlo entre nosotros, ¿no es cierto? Y sin embargo tenemos esa sensación y sabemos que estamos teniéndola cada vez que nos miran con esos ojos que suplican compasión, o, si no es compasión, Dios mío, al menos que me acompañe la suerte, ojalá sea objeto de la generosidad caprichosa de este representante del Poder. (¡Por favor, por favor!) ¿Y qué son todas las fachadas de piedra que hay en la Quinta Avenida, y todos los vestíbulos de mármol y todas las bibliotecas y todas las riquezas de Wall Street, en comparación con el control que yo ejerzo sobre *tu* destino y tu desamparo ante el Poder?

Kramer alargó este momento hasta donde le pareció que se lo permitían la lógica y la honradez, y luego lo alargó todavía un poquito más. Ninguno de ellos, ni los dos immaculados juristas *wasp* de Wall Street, ni tampoco la joven y guapísima viuda con sus millones recién heredados, se atrevieron a decir ni pío.

Luego, paternal, suavemente, Kramer dijo:

—Bien. Veamos qué significa todo eso.

Cuando Sherman entró en el despacho de Killian, Killian exclamó:

—Ayayayayay, vaya vaya vaya. ¿A qué viene esta cara tan larga? No te importará haber hecho la excursión hasta aquí cuando te diga por qué te he llamado. ¿Crees que te he llamado para que vieras esto?

Dejó un ejemplar del *City Light* al borde de su mesa. LA VIUDA DEL FINANCIERO... Sherman apenas le echó una ojeada. Aquel titular, acompañado de zumbidos y reverberos, había penetrado hacía ya tiempo en la caverna.

—Ese tal Peter Fallow estuvo en el funeral. No le vi.

—Da igual —dijo Killian, que parecía animadísimo—. Es una noticia muy antigua. Al fin y al cabo, nosotros ya lo sabíamos. ¿No es cierto? Si te he hecho venir

aquí es porque tengo *noticias*, auténticas novedades.

Lo cierto era que a Sherman no le molestaba tener que hacer aquellas expediciones a Reade Street. Permanecer sentado en su apartamento... esperando las amenazas telefónicas... era mucho peor. La misma aparatosidad de su apartamento era una burla de la situación en la que ahora estaba metido. Se pasaba el rato sentado, esperando el siguiente golpe. De modo que prefería hacer algo, lo que fuera. Por ejemplo, tomar el coche e ir a Reade Street, llevar a cabo un desplazamiento horizontal, sin encontrarse con ningún tipo de resistencias. Eso era fantástico. ¡Maravilloso!

Sherman se sentó y Killian le dijo:

—No he querido ni mencionar esto por teléfono, pero la verdad es que he recibido una llamada muy interesante. Y de quien más nos convenía. Sherman se limitó a mirarle, sin hacer comentarios.

—Me ha llamado Maria Ruskin —dijo Killian.

—¿En serio?

—Tratándose de un asunto tan grave, no me permito bromas...

—¿Te ha llamado Maria Ruskin?

—«Mistuh Killyun, muh nim is Mubreeuh Ruskin...»^[37] ¿Te suena esta clase de acento? Soy amiga de uno de sus clientes, de «Mistuh Shuhmun McCoy», me ha dicho. ¿Te suena?

—¡Dios mío! ¿Y qué ha dicho? ¿Qué quería?

—Dice que quiere hablar contigo.

—Así me condene si...

—Quiere encontrarse contigo esta tarde, a las cuatro y media. Me ha dicho que tú ya sabes dónde.

—Así... me... condene... si... Ayer mismo, en el funeral, dijo que me telefonaría. Pero no la creí. ¿Ha dicho para qué quería verme?

—No, ni yo se lo he preguntado. No he querido decir nada que pudiese hacerle cambiar la opinión. Lo único que le he dicho es que estaba *seguro* de que acudirías a la cita. Y lo estoy.

—¿No te dije que me llamaría?

—¿Ah, sí? Acabas de decir que no creíste que fuese a hacerlo.

—Ya lo sé. Ayer no la creí, porque había estado evitándome. Pero... ya te dije que era una persona muy cautelosa. Es una jugadora, y no le gusta apostar sobre seguro. Prefiere el riesgo, y su juego... Bueno, su juego son los *hombres*. Tu juego son las leyes; el mío, las inversiones; el suyo... los *hombres*.

Killian se puso a sonreír, sobre todo viendo el cambio de actitud experimentado por Sherman.

—Vale —dijo—. Fantástico. Aceptaremos el juego. Tú y ella vais a jugar ahora.

Pongámonos en marcha. Porque te he hecho venir por otro motivo. Vamos a usar la electrónica. —Pulsó un botón y dijo ante el micro del interfono—. ¿Nina? Dígale a Ed Quigley que venga a mi despacho.

Exactamente a las cuatro y media, con el corazón latiéndole a buen ritmo, Sherman llamó al timbre del piso 4B. Maria debía de encontrarse justo al lado del botón del portero automático —el teléfono que permitía hablar con quien llamase desde la calle se había estropeado hacía mucho tiempo—, porque se oyó de inmediato un zumbido, y el sonido metálico que se producía al abrirse el seguro de la puerta. Sherman entró. El olor del portal le resultó familiar inmediatamente, aquel aire muerto, la sucia alfombra de la escalera. Y también la misma pintura lúgubre, las puertas deslucidas, la luz mortecina... Todo era familiar y, al mismo tiempo, nuevo o espantoso, como si nunca se hubiese tomado la molestia de fijarse en nada. El maravilloso hechizo bohemio que tuvo antaño el edificio se había roto ahora por completo. Sherman estaba mirando un sueño erótico con ojos de persona realista, y se preguntó cómo pudo alguna vez pensar que todo aquello era romántico.

Los crujidos de los peldaños le recordaron cosas que hubiese preferido olvidar. Podía ver al dachshund subiendo con dificultades la escalera... «Muhshull, menudo salami estás hecho...» Se recordó a sí mismo sudando, subiendo sudoroso esta escalera, tres veces seguidas, con el equipaje de Maria... Pero esta vez el peso era mucho peor. *Llevo un magnetofón oculto*. Se notaba el magnetofón en la riñonera, el micrófono en el esternón; notaba, o creía notar, la presión del esparadrapo que sujetaba los cables a su piel. Cada uno de aquellos elementos miniaturizados, ocultos, traicioneros, parecía aumentar de tamaño a cada nuevo paso que daba. Su piel los hacía crecer desproporcionadamente, como cuando la lengua repasa una muela careada. ¡Seguro que se le notaba! ¡Seguro que ella se lo notaría en la expresión! ¡Cuánta mentira! ¡Cuánto engaño!

Suspiró, y descubrió que ya se había puesto a sudar y jadear, no supo si por el ejercicio o por la descarga de adrenalina o por la confusión que le embargaba. Su cuerpo acalorado hacía que el tacto del esparadrapo le pareciese pringoso... aunque quizá sólo fuesen imaginaciones suyas.

Para cuando llegó a la puerta, aquella puerta pintada de un color tristísimo, respiraba pesadamente. Se detuvo un momento, volvió a suspirar, y luego llamó a la puerta con la contraseña que siempre utilizaba: *tap tappa tap tap-tap tap*.

La puerta se abrió lentamente, pero no se veía a nadie. De repente:

—¡Uuuuh! —La cabeza de Maria asomó tras la puerta, con una sonrisa anchísima—. ¿Te he asustado?

—No, no —dijo Sherman—. Últimamente ha habido unos cuantos expertos en miedos que han ejercido todas las habilidades conmigo.

Ella se rió, y la risa pareció sincera.

—Lo mismo ha ocurrido conmigo. Formamos una buena pareja, ¿verdad, Sherman?

Y, dicho esto, le tendió los brazos, esperando ser correspondida.

Sherman se quedó mirándola atónito, confuso, paralizado. Su cabeza se había lanzado a realizar toda una serie de velocísimos cálculos, tan rápidos que Sherman comprendió que era incapaz de sostener el ritmo. Allí estaba Maria, con un vestido de seda negra, con su uniforme de viuda, un vestido muy ajustado a la cintura que hacía resaltar los volúmenes superiores e inferiores de su magnífico cuerpo. Unos ojos grandes y luminosos. Una melena que era la perfección misma, lujuriosamente brillante. Unos labios coquetamente curvados, aquellos mismos labios que siempre le habían enloquecido, entreabiertos, sonrientes. Pero la suma de todos esos detalles no le decía nada. Se fijó en las ralas matas de pelo negro que asomaban en los antebrazos de Maria. Y bien, si eso era lo que ella quería, estaba dispuesto a colarse entre aquellos brazos. Necesitaba tenerla a su lado, necesitaba que Maria confiase en él, al menos durante el rato necesario para que ciertas declaraciones suyas fuesen captadas por el micro que llevaba pegado al esternón y transmitidas a la cinta magnetofónica que descansaba sobre sus riñones... Un momento delicado, ¡y un espantoso dilema! ¿Y si aceptaba el abrazo y ella notaba el bulto del micro, o le rodeaba la espalda con los brazos y se encontraba con el magnetofón? A Sherman no se le había ocurrido pensar ni por un momento en esta posibilidad. (¿A quién le gustaría abrazarse a un hombre que llevaba un micrófono oculto?) Pero... ¡tenía que hacer algo!

De modo que dio un paso hacia ella, proyectando los hombros adelante y encorvando la espalda, de forma que Maria no pudiese pegársele al pecho. Y así se produjo el abrazo entre aquel ser joven y voluptuoso, y el misterioso tullido.

Sherman se soltó rápidamente, tratando de sonreírle, y ella se quedó mirándole, como si le estudiara para ver si se encontraba bien.

—Tienes razón, Maria, formamos una buena pareja. Estamos los dos juntos en la primera página de los diarios. —Esbozó una sonrisa filosófica. Luego, miró con nerviosismo el resto de la habitación.

—Ven —dijo ella—. Siéntate. —Maria señaló la mesa de roble—. Te prepararé una copa. ¿Qué te apetece?

Magnífico; sentémonos, y charlemos.

—¿Tienes scotch?

Maria se fue a la cocina; y Sherman se observó el pecho, tratando de comprobar si el micrófono asomaba delatoramente o no. No se veía. Intentó calmarse. Se preguntó si la cinta seguía funcionando.

Al cabo de unos momentos Maria regresó de la cocina con el scotch de Sherman, y con otra copa para ella, parecía vodka, o gin. Se sentó frente a Sherman, en la otra

silla, y cruzó las piernas, sus piernas relucientes, y le sonrió.

—Sí, Sherman, somos la pareja de la que habla todo Nueva York. Tú y yo. Seguro que hay montones de personas a las que les gustaría oír esta conversación.

El corazón de Sherman dio un brinco. Se moría de ganas de bajar la vista para comprobar si se le notaba el bulto del micrófono. ¿Acaso estaba Maria insinuando que ya lo había visto? Estudió su rostro. No logró deducir absolutamente nada.

—Sí, aquí estamos, tú y yo —dijo Sherman—. Para serte sincero, he llegado a creer que querías darme el esquinazo. No me lo he pasado precisamente bien desde que te fuiste.

—Sherman, te juro que no me enteré de absolutamente nada hasta que regresé.

—Pero si ni siquiera me dijiste adónde te ibas.

—Ya lo sé, pero eso no tenía nada que ver contigo, Sherman. Me volví... medio loca.

—¿Y con quién tenía que ver eso? —Inclinó la cabeza a un lado y sonrió, como para mostrar que no le guardaba resentimiento alguno.

—Con Arthur.

—Ah. Con Arthur.

—Sí, con Arthur. Tú siempre has creído que Arthur y yo teníamos un montaje bien organizado, y en cierto modo así era, pero también tenía que vivir con él, y tratándose de Arthur, siempre tenías que pagar por todo. Siempre se lo cobraba, de una u otra manera. Ya te conté que llevaba un tiempo diciéndome cosas horribles.

—Sí, lo recuerdo.

—Me llamaba puta y furcia, delante de los criados y de todo el mundo, cada vez que le daba la gana. ¡Cuánto *resentimiento*, Sherman! Arthur quería tener una esposa joven, pero luego me odiaba por ser joven. Le gustaba vivir rodeado de gente excitante, porque creía que, teniendo tanto dinero, se merecía vivir rodeado de gente excitante, pero luego le entraba un odio feroz contra esa gente y contra mí, porque creía que esa gente me prefería a mí, y que sólo iban con él porque era rico y porque era mi marido. En realidad, las únicas personas que sentían algún afecto hacia Arthur eran sus amigos de los viejos tiempos, como Ray Radosz. ¿Viste el ridículo que hizo el pobre en el funeral? Y luego vino a verme y pretendió *abrazarme*, no te jode. Creí que iba a arrancarme el vestido. ¿Te fijaste? Tú estabas *excitadísimo*. Yo trataba de decirte que te *tranquilizaras*. ¡Nunca te había visto de aquel modo! Y ese bastardo narigudo del *City Light*... ese horrible inglés hipócrita, ¡estaba justo detrás de ti, escuchándolo todo!

—Ya sé que estaba excitado —dijo Sherman—. Tenía la sensación de que tratabas de ocultarte, de darme la espalda. Creí que ésa sería mi última oportunidad de hablar contigo.

—No pretendía ocultarme, Sherman. Justamente trato de explicártelo. Sólo me

ocultaba de Arthur. Me fui, simplemente... me fui, sin pensarlo. Me fui a Como, pero ya sabía que Arthur podía localizarme allí fácilmente. Por eso fui a visitar a Isabel di Nodino. Tiene una casa en la montaña, en un pueblecillo de las afueras de Como. Es un castillo, como los de los cuentos de hadas. Un lugar maravilloso. Sin llamadas de teléfono. Ni siquiera vi un solo periódico.

Sí, estuvo sola, sin nadie... exceptuando a Filippo Chirazzi. Pero eso no importaba.

—Es una suerte —dijo Sherman, con la mayor calma posible— que pudieses alejarte así, Maria. Pero sabías que yo estaba preocupado. Sabías lo que había publicado el diario, yo mismo te lo enseñé. —No lograba evitar que su voz sonara agitada—. Fue la noche que se plantó aquí aquel gigante enloquecido. Seguro que lo recuerdas.

—Por favor, Sherman, no empieces otra vez con tus embrollos.

—¿Te han detenido alguna vez? —dijo él.

—No.

—Pues a mí sí. Esa fue una de las cosas que me ocurrieron mientras tú estabas lejos de aquí... —Iba a seguir, pero se interrumpió al comprender, de repente, que aquello era una estupidez. Asustar a Maria haciéndole pensar en la posibilidad de una detención era lo menos indicado en aquellas circunstancias. De modo que, encogiéndose de hombros, le dirigió una sonrisa y añadió—: En fin, es toda una experiencia. —Como si dijera: «Pero no tan horrible como podrías imaginar.»

—Bien. No me han detenido. Pero me han amenazado con esa posibilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy ha venido a mi casa un tipo de la Oficina del Fiscal de Distrito del Btonx, con dos inspectores.

Aquello le provocó a Sherman un auténtico sobresalto.

—¿En serio?

—Un pomposo bastardo de mierda. El tipo se hacía el duro. Echaba la cabeza para atrás y ponía tensos los músculos del cuello, así, y me miraba con sus ojillos. Menudo monstruo.

—¿Qué le dijiste? —Nerviosísimo.

—Nada. Se pasó el rato hablando él, diciendo lo que podía hacerme.

—¿Qué quieres decir? —Un estremecimiento de pánico.

—Me dijo que tiene un testigo. No sabes cómo hablaba, en tono superoficial, pomposísimo. Ni siquiera quiso decirme de quién se trataba, pero es, evidentemente, el otro chico, el más alto y fuerte. No te imaginas lo gilipollas que es ese tipo.

—¿Se llama Kramer?

—Sí. Exacto.

—Es el mismo que estuvo conmigo ante el juez.

—Lo explicó todo muy claro, Sherman. Me dijo que si declaro contra ti y confirmo lo que dice el otro testigo, me concederá la inmunidad. Y añadió que, si no hago lo que me propone, me tratará como a un cómplice, y me acusará de todos esos delitos... mayores. Suena horrible, pero ni siquiera me acuerdo ya de cuáles eran.

—De todos modos, seguro que tú...

—Me dio fotocopias de todo lo que han ido publicado los diarios. Prácticamente me dijo cómo debía leerlas. Éstas son las que dicen la verdad. Y estas otras las que dicen las mentiras que tú te has inventado. Y él da por supuesto que yo voy a confirmar las primeras. Si digo lo que pasó en realidad, iré a la cárcel.

—¿Y no le contaste lo que pasó en realidad?

—No le conté nada. Antes quería hablar contigo.

Sherman estaba sentado al borde de la silla.

—Pero, Maria, en todo este asunto hay unas cuantas cosas sobre las que no existe la menor duda y ellos ni siquiera se han enterado, no tienen ni idea de lo que pasó. ¡Sólo han prestado atención a las mentiras que les contó ese chico que intentó atracarnos! Por ejemplo, el accidente no ocurrió en Bruckner Boulevard, sino en la rampa. Y detuvimos el coche porque esa rampa estaba bloqueada, y antes de haber visto a nadie. ¿No es así?

Sherman se dio cuenta de que había terminado alzando mucho la voz.

Una sonrisa cálida y triste, una de esas sonrisas que solemos dirigir a las personas que sufren, apareció en el rostro de Maria, que se puso en pie, apoyó las manos en las caderas, y dijo:

—Sherman, Sherman, Sherman, ¿qué vamos a hacer contigo?

Abrió el pie derecho hacia un lado, como solía hacer a menudo, y durante unos instantes lo hizo girar sobre el eje del alto tacón de su zapato negro. A continuación le dirigió una intensa mirada con sus grandes ojos castaños y le tendió las manos, con las palmas hacia afuera.

—Ven aquí, Sherman.

—Maria, ¡esto es muy importante!

—Ya lo sé. Ven.

¡Joder! ¡Quería abrazarle otra vez! Pues muy bien: ¡dale un abrazo, imbécil! ¡Esto es señal de que quiere estar de tu parte! ¡Abrazala, te lo estás jugando todo! Sí, pero... ¡llevo el micro y el magnetofón! ¡Tengo unos bultos sospechosos! ¡Una bala vergonzosa en el pecho! ¡Una bomba deshonorosa en los riñones! Además, ¿qué querrá hacer después? ¿Se me llevará a la cama? ¿Y entonces, qué ocurrirá entonces? Está muy claro... ¡Santo Dios, tío! ¿No lo ves? Su mirada está diciéndote: «¡Soy toda tuya!» ¡Te la puedes tirar ahora mismo! ¡No desdeñes esta oportunidad! ¡Haz algo!

Se puso en pie. Y avanzó hacia el placer. De hecho, adoptó una posición forzada, de forma que el pecho no rozara a Maria y evitando también que sus riñones

estuviesen al alcance de las manos de ella. Era como si un anciano estuviese intentando alcanzar un objeto situado al otro lado de una cerca. Tuvo que bajar mucho la cabeza para besarla, y torcerla, de modo que el mentón le rozaba la clavícula.

—Sherman —dijo ella—. ¿Qué te pasa? ¿Te ocurre algo en la espalda?

—No.

—Estás medio encorvado.

—Lo siento.

Sin soltarle los hombros, Sherman giró lateralmente e intentó continuar el abrazo de este modo.

—¡Sherman! —Maria retrocedió un poco—. ¡Estás todo tú torcido! ¿Qué te pasa? ¿No quieres que te toque?

—¡No! ¡No es eso! Sólo que... debo de estar muy tenso. No te imaginas todo lo que he tenido que soportar. —Sherman decidió forzar la nota—. No sabes cuánto te he echado de menos, cuánto te he necesitado.

Ella le escrutó un momento, y luego le dirigió la mirada más extraordinariamente cálida, húmeda, labial, que se pueda imaginar.

—Pues bien —dijo Maria—. Aquí estoy.

Volvió a acercársele. Sherman estaba por fin dispuesto. ¡Nada de retorcimientos, gilipollas! ¡Nada de escaqueos! Tendría que aceptar el riesgo... Seguramente el micro abultaba tan poco que ella no lo notaría, sobre todo si la besaba... si la besaba febrilmente. Los brazos de Maria le rodearían el cuello. Mientras se mantuvieran ahí arriba, no había peligro de que ella notara lo que llevaba en los riñones. Sus cuerpos estaban apenas a un par de centímetros de distancia. Sherman deslizó sus brazos bajo los de ella, para asegurarse de que Maria le abrazaba por el cuello. Él la abrazó por los omóplatos, para impedirle bajar los brazos. Un poco forzado, pero serviría.

—Oh, Maria...

No era nada corriente en él eso de soltar esta clase de gemidos apasionados, pero seguramente también serviría.

Sherman la besó. Cerró los ojos para que todo pareciese muy sincero, y se concentró en mantener bien alta la tenaza de sus propios brazos. Notó el contacto de una piel ligeramente mezclada con el carmín y la saliva, y notó también el aliento de Maria, portador del olor a hierbas recicladas de la ginebra.

Alto ahí. ¿Qué estaba haciendo Maria? ¡Estaba deslizando los brazos por encima de los de él, bajándolos hacia sus caderas! Sherman elevó los codos y tensó los bíceps para impedir que, sin que se notara más de la cuenta, Maria pudiese llevar a cabo su propósito. ¡Demasiado tarde! La manos de Maria se apoyaron en sus caderas, trataban de apretarle contra ella. ¡Menos mal! ¡No tiene los brazos lo suficientemente largos! ¿Y si metía la mano hacia sus riñones? Sacó el trasero para afuera, todo lo que

pudo. Si los dedos de Maria perdían el contacto con sus caderas, tal vez ella acabase abandonando. ¡Eh! ¿Dónde están sus dedos? Durante unos momentos no notó nada. Luego... algo en su cintura, por los costados. ¡Mierda! Para salvarse, no le quedaba otro remedio que confundirla. Maria se retorció rítmica y apasionadamente en aquella atmósfera herbácea de la ginebra. Él se retorció a su vez, intentó separar lateralmente las caderas, sacudirse sus manos de encima. ¡Había vuelto a perder los dedos de Maria! ¿Dónde estaban? Todas las fibras nerviosas del cuerpo de Sherman se encontraban en estado de alerta roja, tratando de detectar su presencia. De repente los labios de Maria dejaron de retorcerse. Los labios de los dos seguían juntos, pero el motor se había detenido. Maria separó su boca y retiró unos centímetros la cabeza, y de repente Sherman vio tres ojos flotando delante de su cara. Los brazos de Maria aún le rodeaban. A Sherman no le gustó la mirada de aquellos ojos.

—Sherman... ¿Qué llevas en la espalda?

—¿Mi espalda? —Intentó moverse, pero ella le tenía bien sujeto, le rodeaba con los brazos.

—Tienes un bulto, algo metálico... ¿Qué llevas en la espalda?

Ahora Sherman podía notar la presión de las manos de Maria: ¡justo sobre el magnetofón! Sherman intentó girar un poco hacia un lado, hacia el otro, pero ella no retiraba la mano de ahí. Probó a dar una sacudida muy brusca. ¡Inútil! ¡Estaba muy bien agarrada!

—Sherman. ¿Qué es eso?

—No lo sé. El cinturón... La hebilla... No lo sé.

—¡Cómo vas a tener la hebilla en la espalda!

Maria se separó de él, pero sin soltar lo que tan bien tenía cogido con la mano.

—¡Maria! ¡Qué haces!

Sherman se inclinó lateralmente, arqueándose, pero Maria giró hasta ponerse a su espalda, como si aquello fuese un combate de lucha libre y ella se aprestase a hacerle una llave por detrás. Sherman llegó a entrever un momento el rostro de Maria. Media sonrisa... media mueca ceñuda... La luz del descubrimiento repentino.

Sherman giró sobre sus talones y logró soltarse. Ella le miró cara a cara.

—¡Sherman! —*Shuhmun*. Una sonrisa interrogadora, apenas una pausa en espera del momento adecuado para lanzar el grito acusador. Lentamente—: Quiero saber... ¿qué llevas en la espalda.

—Por Dios, Maria, ¿se puede saber qué te pasa? No es nada. Serán los botones de los titantes... yo qué sé.

—Sherman... Quiero verlo.

—¿Qué quieres ver?

—Quítate la americana.

—¿Cómo?

—Que te la quites. Quiero verlo.

—Qué bobada.

—Sherman, en esta casa te has quitado muchas veces la americana, y muchas cosas más. Venga.

—Por favor, Maria. No te pongas así.

—No me pondré de ninguna forma si me dejas ver lo que llevas en la espalda.

—Maria, por favor —en tono suplicante—. Hace demasiado que nos conocemos para ponemos a jugar a según qué cosas.

Maria se le acercó, con aquella sonrisa tan horrible en el rostro. ¡Estaba dispuesta a comprobarlo por sí misma! Sherman dio un salto lateral. Ella le persiguió, pero él volvió a escabullirse.

Una sonrisa pretendidamente juguetona:

—Maria... ¿qué haces?

Ella, empezando a respirar pesadamente:

—¡Quiero verlo!

Se lanzó contra él. Sherman no logró escapar. Maria le palpó el pecho... ¡intentaba abrirle la camisa! Sherman cruzó los brazos en aspa, como una doncella tímida.

—¡Maria!

—¡Llevas algo escondido! —Empezaban los gritos acusadores—. ¡Llevas algo *escondido*!

—A ver, tranquilízate...

—¡*Llevas algo escondido*! ¿Qué tienes ahí, debajo de la camisa?

Maria se lanzó de nuevo sobre él. Sherman se escabulló pero, antes de que se diera cuenta, Maria ya se había colocado a su espalda. Metió las manos debajo de la americana, agarró con todas sus fuerzas el magnetofón, que todavía se encontraba bajo la camisa, la cual estaba aún metida dentro del pantalón. Maria estaba arrancándoselo todo.

—¡Un *cable*, Sherman!

Sherman sujetó con fuerza la muñeca de Maria para impedirle que tirase del cable. Pero la mano de Maria estaba debajo de la americana, y la de Sherman actuaba por encima de la americana. Sherman se puso a dar saltos por toda la habitación, sin soltar aquella mano furiosa y fuerte que serpenteaba debajo de la americana.

—¡Serás *hijo de puta*! ¡Esa cosa va conectada a un cable!

María iba escupiendo las palabras a modo de gruñidos entrecortados, sin dejar de seguir los brincos que daba Sherman, pegada a él. Sólo el cansancio impedía que Maria gritase como si estuviesen a punto de asesinarla.

Sherman consiguió por fin sujetarle mejor la muñeca. Intentó forzarla a soltar lo que había agarrado. Apretó... con todas sus fuerzas.

—¡Me haces... daño!

Sherman apretó más aún.

Maria emitió un gritito, y soltó su presa. Durante un momento Sherman se quedó paralizado al ver la furia que mostraba el rostro de ella.

—¡Sherman... asqueroso traidor hijoputa!

—Te juro, Maria...

—¿Qué pretendes jurar?

Maria saltó de nuevo sobre él. Sherman se apartó hacia la puerta, tratando de salir corriendo, pero ella logró agarrarle de la manga y la espalda de la americana. Sherman intentó soltarse. La manga empezó a ceder a los tirones de Maria. Con todas sus fuerzas, arrastrándola en pos de sí, Sherman fue avanzando hacia la puerta de la escalera. Notaba que el magnetofón brincaba sobre sus riñones, medio desprendido. Por fin asomó por debajo de la americana y de los faldones de la camisa, y quedó colgando de un cable a su espalda.

Lo siguiente fue una confusión de seda negra y un golpe sordo. Maria estaba en el suelo. Se le había roto uno de los tacones, y había caído. Sherman corrió hacia la puerta. Tenía la americana a medio quitar, a la altura de los codos.

Salió al rellano. Oyó los sollozos de Maria, y luego un aullido:

—¡Eso! ¡Corre! ¡Lárgate con la cola entre las piernas!

Era una descripción exacta. Bajaba atropelladamente los peldaños, con el magnetofón colgándole del cable por entre las piernas. Ignominiosamente. Se sintió más avergonzado que un perro.

Cuando llegó al portal ya había comprendido: por culpa de su estupidez y de su incompetencia y de su lujuria, había perdido su última oportunidad.

Ay, pobre Amo del Universo.

30. Un buen alumno

Los recintos en donde los grandes jurados celebraban sus sesiones no eran como los juzgados propiamente dichos. Tenían más bien forma de pequeños anfiteatros. Abajo se encontraba la mesa a la que se sentaban los sucesivos testigos. En el estrado se situaban los componentes del gran jurado. El fiscal se ponía junto a sus testigos y les interrogaba, y el gran jurado tenía que decidir si le habían presentado pruebas suficientes como para que el acusado fuese juzgado o no. La idea, cuyo origen se remontaba a la Inglaterra de 1681, consistía en que el gran jurado debía proteger a los ciudadanos frente a fiscales poco escrupulosos. Sí, la idea original era ésa, pero con el tiempo había ido perdiendo todo sentido. Cuando un acusado acudía a declarar ante un gran jurado, no podía hacerlo acompañado de su defensor. Y si se mostraba (a) perplejo, (b) petrificado, o (c) ofendido ante las preguntas del fiscal, podía abandonar la sala y comentarlo con su abogado en el pasillo, pero eso daba la impresión de que tenía alguna cosa que ocultar. Así pues, eran pocos los acusados que aceptaban esta clase de riesgos. Las sesiones de gran jurado habían terminado convirtiéndose en grandes espectáculos cuyo director de escena era el fiscal. Con muy raras excepciones, todo gran jurado hacía siempre lo que el fiscal le decía que hiciera. Y en el noventa y nueve por ciento de los casos los fiscales querían que el acusado fuese llevado a juicio, y los grandes jurados acostumbraban a doblegarse a los deseos de los fiscales. Por otro lado, los grandes jurados estaban casi siempre formados por personas bien pensantes de tendencias muy estrictas. De hecho, eran elegidas entre los vecinos más antiguos del distrito. Muy de vez en cuando, debido a consideraciones de tipo político, había algún fiscal que prefería que el caso no fuera a juicio. Lo cual no suponía problema alguno. Bastaba con que el fiscal de turno presentara el caso de cierta forma, y que lanzara unos cuantos guiños verbales a los miembros del gran jurado, para que éstos lo comprendieran de inmediato. Pero lo corriente era que los grandes jurados fuesen utilizados para respaldar la acusación, y, por decirlo con la conocida frase de Sol Wachtler, magistrado del Tribunal Estatal de Apelación, «cualquier gran jurado es perfectamente capaz de encausar a un sándwich de jamón» con tal que así lo deseara el fiscal encargado del caso.

El fiscal presidía las sesiones, presentaba las pruebas, interrogaba a los testigos, y exponía las conclusiones. El fiscal permanecía en pie, mientras que sus testigos estaban sentados. El fiscal pronunciaba discursos, hacía ademanes, caminaba de acá para allá, giraba repentinamente sobre sus talones, hacía gestos de incredulidad o sonreía dando señales de su paternal aprobación, mientras los testigos se limitaban a permanecer muy envarados en su silla, mirando siempre al fiscal. Este era, así pues, director escénico y principal actor de estas obritas que se representaban en los anfiteatros. El fiscal era el dueño y señor del escenario.

Y Larry Kramer hacia que sus actores ensayaran su papel concienzudamente.

El Roland Auburn que entró en la sala del gran jurado esa mañana no tenía el mismo aspecto ni los mismos andares que el muchacho presumido y terco que entró un par de semanas atrás en la oficina de Kramer. En esta ocasión llevaba una camisa, aunque sin corbata; ya había costado bastante trabajo lograr que se pusiera una camisa blanca de Brooks Brothers. Encima de la camisa se había puesto una americana deportiva de tweed gris azulado, que a Roland le gustó tan poco como la camisa, mientras que los pantalones, que eran negros y suyos, le parecieron bien. La imagen así formada estuvo a punto de malograrse, sin embargo, por culpa del calzado. A Roland le obsesionaban las deportivas Reebok, y las quería inmaculadas y completamente blancas, y nuevas a estrenar. En Rikers Island se las había arreglado para estrenar *dos pares cada semana*. Y este dato bastaba para demostrar por sí solo que Roland era un tipo duro, merecedor del respeto de sus compañeros de prisión, y con muy buenas relaciones en el exterior. Pedirle que saliera de Rikers Island sin sus Reebok era como pedirle a un rockero melenudo que actuase en un escenario con el pelo a cepillo. De modo que Kramer aceptó una solución de compromiso consistente en que le permitirían abandonar la cárcel con sus Reebok puestas, pero que se las cambiaría por unos zapatos de cuero durante el viaje en coche hasta Gibraltar. Los zapatos que le proporcionaron eran unos mocasines, y Roland opinó que aquel tipo de calzado era repugnante. De manera que exigió que le jurasen que nadie se enteraría ni le vería en tan humillante estado. El último problema fue el del contoneo de chuloputas. Roland era como un corredor de fondo que llevaba demasiado tiempo haciendo la maratón; es casi imposible conseguir que cambie su zancada. Kramer decidió convocar una reunión de expertos. Hicieron caminar a Roland con las manos unidas a la espalda, como hacían el príncipe Felipe y el príncipe Carlos de Inglaterra, en una filmación televisada de una visita que ambos hicieron a cierto museo de Nueva Guinea. ¡Funcionó! Las manos unidas a la espalda le bloqueaban los hombros, y los hombros bloqueados le rompían el ritmo de las caderas. De modo que cuando Roland entró en la sala el gran jurado y recorrió la distancia que le separaba de la mesa situada en el centro del escenario, vestido con aquel uniforme de estudiante, cualquiera de los que le veían hubiese podido tomarle por un alumno de Lawrenceville que estuviera reflexionando sobre los poetas del primer romanticismo inglés.

Roland tomó asiento en la silla de los testigos tal como Kramer le había indicado; a saber, sin tumbarse contra el respaldo ni estirar las piernas, como si él fuese el dueño del local. Y se abstuvo, además, de hacer crujir sus nudillos.

Kramer miró a Roland y después se volvió hacia el gran jurado, miró a sus componentes, dio unos cuantos pasos a un lado, otros cuantos hacia el otro, y les miró con una sonrisa reflexiva, de manera que ese solo gesto anunciase, sin decir palabra:

«El joven que está sentado ante ustedes es un buen chico, un muchacho digno de toda confianza.»

Kramer le pidió a Roland que dijera a qué se dedicaba y Roland, en voz baja, modesta, respondió:

—Soy artista.

Kramer le preguntó si tenía en este momento algún puesto de trabajo. No, no tenía ningún empleo, dijo Roland. Kramer estuvo unos momentos haciendo gestos de asentimiento con la cabeza, y luego inició una serie de preguntas cuyo objetivo consistía precisamente en explicar por qué razón este joven de tanto talento, este muchacho que anhelaba encontrar una fórmula que le permitiese dar rienda suelta a su creatividad innata, no la había encontrado y, de hecho, tenía que enfrentarse en estos momentos a una acusación menor en relación con un asunto de drogas. (El Rey del Crack de Evergreen Avenue había abdicado, y ahora no era más que un siervo.) Al igual que su amigo Henry Lamb, pero sin las ventajas que para Henry suponía el hecho de gozar de una vida familiar estabilizada, Roland había desafiado el opresor destino que aguarda a los chicos que viven en los bloques protegidos, y había emergido de la prueba con todos sus sueños intactos. No, no era nada fácil mantener unidos, en sus circunstancias, el alma y el cuerpo, y nadie negaba que Roland se había dejado llevar por la corriente hacia unas prácticas comerciales ciertamente perniciosas, pero, por otro lado, esta clase de caídas eran frecuentísimas en su ambiente. Ni él, el fiscal, ni Roland, el testigo, trataban de ocultar o restar importancia a los delitos de poca monta que el joven había cometido; pero, dado el ambiente en el que creció, nada de eso debía en modo alguno justificar una negativa a dar crédito a su testimonio sobre un asunto tan grave como el de Henry Lamb.

Charles Dickens, el narrador de la historia de *Oliver Twist*, no hubiese podido mejorar esta presentación. O, al menos, no hubiese podido hacerla más eficaz para los oídos de un gran jurado del Bronx.

A continuación Kramer condujo a Roland por cada uno de los detalles del accidente y la posterior huida del automóvil que lo había causado. En este repaso, se entretuvo sobre todo en un momento especial. Aquel en el cual aquella morena cachonda le gritó algo a ese hombre alto que conducía el coche.

—Dígame, Mr. Auburn, ¿qué fue lo que dijo esa mujer?

—Dijo: «Cuidado, Shuhmun.»

—¿Dijo *Shuhmun*?

—Así me sonó a mí.

—¿Podría repetir otra vez ese nombre, Mr. Auburn? ¿Podría repetir exactamente el nombre que oyó pronunciar esa noche?

—Shuhmun.

—¿«Cuidado, Shuhmun»?

—Exacto. «Cuidado, Shuhmun.»

—Gracias.

Kramer se volvió hacia los miembros del gran jurado, dejando que aquel *Shuhmun* flotara en el aire.

El individuo que estaba sentado en la silla de los testigos era un joven perteneciente a esas mismas malas calles en las que también había nacido Henry Lamb; un joven que, pese a todos sus valientes esfuerzos, no logró salvar a su propio amigo de la negligencia criminal ni de la irresponsabilidad de un agente de bolsa, un millonario de Park Avenue.

Carl Brill, el taxista que a continuación ocupó la silla, contó que Roland Auburn había utilizado uno de sus taxis para rescatar a Henry Lamb. Edgar (Curly Kale) Tubb dijo que llevó a Mr. Auburn y a Mr. Lamb al hospital. No recordaba nada de lo que dijo durante el trayecto Henry Lamb, aparte de que se dolía continuamente.

Los inspectores William Martin y David Goldberg contaron las complicadas operaciones que tuvieron que llevar a cabo para localizar un vehículo del que sólo tenían parte de la matrícula, y dijeron que sus pistas les condujeron al final hasta un agente de bolsa de Park Avenue que, ante sus preguntas, se mostró azorado y respondió con evasivas. También dijeron que Roland Auburn había identificado en su presencia, sin dudarlo un instante, a Sherman McCoy, en la serie de fotografías que le mostraron. Un encargado de garaje que atendía al nombre de Daniel Podernli contó que Sherman McCoy sacó su Mercedes-Benz deportivo la tarde de autos, y que regresó después de la hora en que ocurrió el accidente, en estado de agitación y muy desarreglado.

Todos ellos entraron, se sentaron a la mesa y miraron fijamente al enérgico pero paciente vicefiscal, que parecía decir con cada uno de sus pasos, pausas y ademanes: «Basta con que dejemos que ellos vayan contando la historia, cada uno a su manera, para que la verdad brille ante nosotros.»

Hasta que, por fin, el vicefiscal la llamó *a ella*. Maria Ruskin pasó al anfiteatro procedente de una antecámara. Un oficial de seguridad vigilaba la puerta que separaba ambas estancias. El aspecto de la viuda era soberbio. Había elegido la ropa adecuada: un vestido negro con americana a juego, con ribetes de terciopelo también negro. No iba ni exageradamente elegante, ni exageradamente recatada. Era la viuda perfecta, de luto, dispuesta a cumplir con su deber. Y, sin embargo, su juventud, su voluptuosidad, su presencia erótica, su sensualidad, parecían estar a punto de hacer estallar súbitamente esa ropa, a punto de abrirse paso más allá de su deslumbrante rostro de expresión contenida, a punto de salir a la luz en un brusco, desmelenamiento de aquella cabeza perfectamente peinada. Sí, en cualquier momento, con cualquier excusa, con el más mínimo pretexto, todo eso que estaba contenido podía hacer explosión. Kramer percibió los susurros de los jurados. Todos

habían leído la prensa. Todos habían visto la televisión. La Morena Cachonda, la Chica Misteriosa, la Viuda del Financiero... era *ella*.

Involuntariamente, Kramer metió el estómago hacia adentro, sacó pecho y enderezó la cabeza. Quería que ella se fijase en sus fuertes pectorales, su potente cuello, pero que no tuviera en cuenta los indicios de calvicie. Era una pena que el vicefiscal no pudiese contarle al gran jurado todo lo que sabía. Hubiesen disfrutado la narración. Le habrían mirado, si cabía, con mayor respeto. El hecho mismo de que ella hubiese cruzado ese umbral y estuviese ahora sentada a esa mesa, a punto de contestar a sus preguntas, había sido un triunfo, su triunfo personal, y no sólo un triunfo de sus palabras sino también del magnetismo de su presencia. Pero, naturalmente, Kramer no podía contarles nada de lo ocurrido en su visita al apartamento de la Morena Cachonda, al palacio hermetizado en donde vivía aquella magnífica mujer.

Si ella hubiese decidido respaldar con su testimonio la versión de McCoy, aquella historia del intento de atraco en la rampa, Kramer habría tenido problemas. La posibilidad de encausamiento hubiera dependido entonces de la credibilidad de Roland Auburn, ex Rey del Crack de Evergreen Avenue, que, al fin y al cabo, trataba de librarse de unos cuantos años de prisión. El testimonio de Roland constituía una base suficiente para llevar el caso ante un tribunal, pero era una base poco sólida, y Roland podía echarla al traste en cualquier momento, no tanto por lo que pudiese decir —Kramer estaba convencido de que el chico contaba la verdad— como por su actitud y su aspecto. Pero ahora Kramer contaba también con ella. Kramer había subido al apartamento de la viuda de Ruskin, la había mirado a los ojos, a ella y también a sus acompañantes, aquellos elegantes *wasps*, y había logrado hacerle aceptar cierta lógica irrefutable, hacerle sentir cierto temor ante el Poder. Kramer había llevado a cabo esta maniobra de forma tan rápida y eficaz que ella, sin haberse siquiera enterado de lo que ocurría, quedó situada en donde a él le interesaba. Sí, Maria Ruskin había tragado saliva... había tenido que tragar saliva, pese a sus miles de millones, y allí terminó todo. Esa misma noche hubo una llamada telefónica de los señores Tucker Trigg y Clifford Priddy, Trigg y Priddy, Priddy y Trigg, los *wasps*, manifestando que estaban dispuestos a hacer el trato.

Y ahora ella se encontraba sentada ante Kramer, y él la miró desde arriba, fijamente, al principio con una expresión grave, y luego (o eso fue lo que él se imaginó) lanzándole un brillante destello.

—Diga por favor su nombre completo y sus señas.

—Maria Teresa Ruskin, Quinta Avenida, 962.

¡Muy bien, Maria Teresa! Había sido precisamente él, Kramer, el descubridor de esa Teresa. Kramer supuso desde un buen principio que entre los miembros del gran jurado habría unas cuantas mujeres portorriqueñas e italianas, más bien de cierta

edad. Y así fue. Maria Teresa: eso bastaría para que todas ellas la sintieran muy próxima. Su belleza y su gran fortuna eran, desde luego, esenciales. Los miembros del gran jurado no la perdían de vista. Era el ser humano más espectacular que jamás habían contemplado de tan cerca, en carne y hueso. ¿Cuál había sido la última vez que, al ser preguntado por sus señas, un testigo de las sesiones de un gran jurado había dicho un número de la Quinta Avenida, a la altura de las calles Setenta? Ella era todo lo que los miembros del jurado no eran, pero (de eso Kramer estaba seguro) querían ser: joven, deslumbrante, elegante e infiel. Pero este factor podía ser convertido en un elemento ventajoso, a condición de que ella actuase de cierta manera, a condición de que se mostrase humilde y modesta, de que pareciese avergonzada de las ventajas que disfrutaba, de que fuese Maria Teresa, la chica de un pueblecito de South Carolina. De que se esforzara por mostrarse como alguien que era, en el fondo, *como una de nosotras*, porque entonces todas esas mujeres del gran jurado se sentirían aduladas por su relación con ella, con su éxito y su fama, con el aura misma de su dinero.

Kramer le pidió que declarase a qué se dedicaba. Ella vaciló y se quedó mirándole con los labios ligeramente entreabiertos. Al cabo de un instante dijo:

—Huumm... Soy... —*Um-uh*—, soy ama de casa, supongo.

Estallaron las carcajadas entre los miembros del jurado, y Maria bajó la vista y sonrió con modestia, y sacudió un poco la cabeza, como si dijera: «Ya sé que suena ridículo, pero no se me ocurre otra cosa.» Por el modo en que los miembros del gran jurado sonrieron a su vez, Kramer dedujo que por el momento todos estaban del lado de aquella mujer. Ya estaban cautivados por aquella ave tan bella y tan tarta que en estos momentos aleteaba ante ellos, en pleno Bronx.

Kramer aprovechó el momento para decir:

—Creo que los miembros de este jurado deberían saber que Arthur Ruskin, el esposo de Mrs. Maria Ruskin, falleció hace sólo cinco días. Debido a estas circunstancias, estamos en deuda con ella por la buena voluntad que demuestra al haber venido aquí en tal situación, para cooperar en las deliberaciones de este jurado.

Los miembros del jurado volvieron a mirar a Maria. *Una joven valiente de verdad.*

Maria supo bajar de nuevo la vista, modestísima. ¡Buena chica!

¡Muy bien, Maria! «Maria Teresa...» «Ama de casa...» ¡Cómo le hubiese gustado a Kramer contarles a los honorables miembros del jurado de qué modo había preparado a su testigo para sacar partido de todos estos detalles tan significativos! ¡Todos ellos verdaderos, por supuesto! Pero no hay que olvidar que incluso la verdad puede pasar desapercibida si no se la ilumina convenientemente. Hasta ese momento Maria le había tratado con cierta frialdad, pero como mínimo estaba siguiendo sus instrucciones, dando así muestras de respeto. Bien, todavía quedaban por delante

muchas sesiones, muchos ensayos, sobre todo cuando fuesen finalmente a juicio... pero incluso en este momento, en esta sala, en estas circunstancias tan austeras, en este ambiente tan feo y poco impresionante, había en ella... ¡un algo que estaba a punto de estallar, de romper ciertas barreras! Cosas como su forma de doblar un dedo... algún leve pestañeo...

De forma calmada, contenida, a fin de mostrar bien a las claras su conciencia de lo difícil que todo aquello le estaba resultando a ella, Kramer fue conduciéndola a lo largo de los hechos ocurridos en aquella noche fatal. Mr. McCoy la había recogido en el aeropuerto Kennedy. (Para la finalidad de aquella sesión no había ninguna necesidad de explicar los porqués.) Luego se perdieron en el Bronx. Se pusieron algo nerviosos. Mr. McCoy mete el coche por el carril izquierdo de una ancha avenida. Ella ve un indicador que señala, a la derecha, el camino de regreso a la vía rápida. De repente, McCoy tuerce a la derecha sin reducir la velocidad. El coche se lanza directamente hacia un par de muchachos que están en la calzada, junto al bordillo. McCoy les ve cuando ya es demasiado tarde. Roza al primero, está a punto de golpear al segundo. Ella le dice que pare. McCoy frena.

—Bien, Mrs. Ruskin, querría decirnos, por favor... En ese momento, cuando Mr. McCoy detuvo el coche, ¿se encontraban ustedes en una rampa de las que suben hacia la vía rápida, o aún estaban en la avenida?

—En la avenida.

—La avenida.

—Sí.

—¿Y había algún tipo de obstáculo, barricada, algún impedimento que obligara a Mr. McCoy a detener el coche donde lo hizo?

—No.

—De acuerdo. Díganos qué pasó a continuación.

Mr. McCoy se apeó para ver qué había ocurrido, y ella abrió la puerta y volvió la cabeza hacia atrás. Entonces vieron a los dos jóvenes caminando hacia su coche.

—¿Podría decirnos, por favor, cuál fue su reacción al ver que ellos se dirigían hacia el coche?

—Me asusté. Creí que iban a atacarnos... a vengarse de lo ocurrido.

—De lo ocurrido... ¿Porque Mr. McCoy había atropellado a uno de los jóvenes?

—Sí. —Dicho con la mirada baja, tal vez avergonzada.

—¿Les amenazaron los chicos verbalmente, o con ademanes?

—No. —De nuevo, la vergüenza.

—Sin embargo, usted creyó que iban a atacarles.

—Sí. —En tono humilde.

—¿Podría explicarnos por qué? —En tono amable.

—Porque estábamos en el Bronx, y era de noche.

Una voz amable, paternal:

—¿Y también, quizá, porque esos jóvenes eran negros?

Una pausa.

—Sí.

—¿Cree que Mr. McCoy temió lo mismo que usted?

—Sí.

—¿Le dijo a usted en algún momento que había tenido miedo?

—Sí.

—¿Qué dijo exactamente?

—No recuerdo sus palabras. Pero algo más tarde comentamos lo ocurrido, y él me dijo que había sido como un combate en el selva.

—¿*Un combate en la selva*? Dos jóvenes caminaban hacia su coche, y uno de esos jóvenes acababa de ser atropellado por Mr. McCoy... ¿Y él lo comparó con un combate en la selva?

—Sí. Eso fue lo que dijo.

Kramer hizo una pausa para permitir que el jurado asumiese lo que acababa de oír.

—Bien. Los dos jóvenes se acercan al coche de Mr. McCoy. ¿Qué hizo usted entonces?

—¿Qué hice?

—Sí. Qué hizo, o qué dijo...

—Dije: «¡Cuidado, Sherman!» —*Shuhmun*. Uno de los miembros del jurado soltó una risilla.

—¿Podría repetir esto, Mrs. Ruskin? —dijo Kramer—. ¿Puede repetir lo que le dijo usted a Mr. McCoy?

—Le dije: «¡Cuidado, Shuhmun!»

—Bien, Mrs. Ruskin... Si usted me lo permite... Habla usted con un acento muy particular. Se diría que pronuncia usted el nombre propio de Mr. McCoy de una forma especialmente suave. ¿Algo así como *Shuhmun*?

Una sonrisilla de disculpa, pero simpatiquísima, asomó a los labios de Maria Ruskin cuando dijo:

—Creo que sí. Usted está en mejores condiciones que yo para juzgarlo.

—Bien. ¿Le importaría pronunciar ese nombre una vez más, para que lo oigamos todos los presentes? Diga el nombre propio de Mr. McCoy.

—Shuhmun.

Kramer se volvió hacia el jurado, sin decir nada. *Shuhmun*.

—De acuerdo, Mrs. Ruskin. ¿Qué ocurrió luego?

Maria contó que ella se puso al volante, Mr. McCoy se instaló en el asiento del acompañante, y ella arrancó a toda velocidad, y estuvo a punto de atropellar al joven

que antes, se había librado del impacto del coche. En cuanto estuvieron de nuevo en la vía rápida, ella manifestó su voluntad de informar a la policía del accidente. Pero Mr. McCoy se negó rotundamente.

—¿Por qué razón no quería informar a la policía?

—Dijo que como quien conducía cuando ocurrió el accidente era él, también era él quien debía tomar la decisión. Y no pensaba decir nada.

—Ya. Pero supongo que debió de darle alguna razón.

—Dijo que aquello no era más que una escaramuza en plena selva, y que de todos modos no serviría de nada informar a la policía, y que no quería que su esposa o sus compañeros de trabajo se enteraran de nada. Me parece que le preocupaba sobre todo su esposa.

—¿Temía que ella supiese que había atropellado a alguien?

—Temía que ella supiese que había ido a recogerme al aeropuerto. —Con la mirada baja.

—¿Y le pareció que eso era razón suficiente para no ir a declarar que un joven había sido atropellado?

—No sé qué decirle... No sé qué pensaba él... —En tono muy dulce, muy triste.

¡Magnífico, Maria Teresa! ¡Una alumna aventajada! ¡Adecuadísimo, eso de reconocer los límites de lo que uno sabe!

Y así fue como la adorable viuda Ruskin hundió a Sherman McCoy como si de una piedra se tratase.

Kramer abandonó la sala del gran jurado en un estado de felicidad sólo comparable con el del atleta que acaba de obtener un gran triunfo. Le costó lo suyo contener la sonrisa.

—¡Eh, Larry!

Bernie Fitzgibbon corría hacia él por el pasillo. ¡Bien! Por fin podía contarle una auténtica aventura de guerra a aquel irlandés.

Pero antes de que pudiera iniciar su relato triunfal, Bernie le dijo:

—Larry, ¿has visto esto?

Y le puso ante los ojos un ejemplar del *City Light*.

Quigley, que acababa de entrar, cogió el *City Light* de la mesa de Killian y leyó de punta a cabo la información. Sherman se sentó junto al escritorio en una de aquellas espantosas butacas de fibra de vidrio, y desvió la vista, pero siguió viendo el gran titular de la primera página.

Un antetítulo que iba de un extremo a otro de la página decía: ¡EXCLUSIVA! ¡OTRA CONMOCIÓN EN EL CASO MCCOY!

En el lado superior izquierdo de la página aparecía una foto de Maria con un vestido muy escotado que dejaba a la vista la rotundidad de la parte superior de sus

pechos, y con una expresión coqueta en su rostro. La foto estaba enmarcada por los caracteres gigantescos de un titular que decía:

¡TE INVITO A
MI NIDO DE AMOR!
¡UN PISITO DE RENTA CONTROLADA!

Más abajo, una línea en un tipo más pequeño:

LA MILLONARIA MARÍA RUSKIN RECIBÍA A MCCOY
EN UN APARTAMENTO DE 331 DOLARES AL MES.
Por Peter Fallow.

Killian estaba recostado en su asiento del escritorio, observando la sombría expresión de Sherman.

—Mira —dijo Killian—, no le des más vueltas. Resulta bastante desagradable, pero no perjudica en lo más mínimo nuestra defensa. Hasta puede resultar que la beneficie. Con esta noticia, la credibilidad de esa mujer va a perder muchos enteros. La gente empezará a pensar que es una buscona.

—Cierto, cierto —dijo Quigley, en un tono que pretendía infundirle ánimos a Sherman—. Ahora ya hemos averiguado dónde estaba mientras su marido agonizaba. En Italia, liada con un tal Filippo. Y a esto se añaden las declaraciones de ese Winter, que afirma que recibía continuamente visitas de tíos en el piso. Winter es maravilloso, ¿no te parece, Tommy?

—Un casero como Dios manda —dijo Killian. Luego, dirigiéndose a Sherman, añadió—: Si Maria te traiciona, esta noticia nos servirá. Quizá no mucho, pero sí un poquito.

—No estoy preocupado por lo del juicio —dijo Sherman. Suspiró, y dejó que se le hundiera su portentoso mentón entre las clavículas—. Sino por mi mujer. Ahora ya no tiene remedio. Creo que me había perdonado, al menos a medias, o que estaba dispuesta a hacerlo, aunque sólo fuera por mantener unida la familia. Pero ahora ya no hay quien lo arregle.

—¿Sólo porque te liaste con una buscona que estaba forrada? —dijo Killian—. Eso le pasa a trodo el mundo. Cada día. No es tan grave.

¿Buscona? Ante su propia sorpresa, Sherman sintió intensos deseos de defenderla. Pero lo que dijo fue:

—Por desgracia, llegué a jurarle a mi mujer que jamás... que jamás había hecho nada que no fuese coquetear con ella un par de veces.

—¿Y piensas que te creyó? —dijo Killian.

—Da igual —dijo Sherman—. Le juré que estaba diciéndole la verdad, y luego le pedí que me perdonase. Le di mucha importancia a todo eso... Y ahora ella se entera, al mismo tiempo que todo el resto de Nueva York, de que... No sé... —Sacudió la cabeza con desesperación.

—Sigue sin parecerme muy grave —dijo Quigley—. Como dice Tommy, esa tía es una buscona.

—No me gusta esa expresión —dijo Sherman en voz baja y melancólica, sin mirar a Quigley—. Maria es la única persona honrada de todo este jaleo.

—Sí —dijo Killian—, tan honrada que tiene intención de traicionarte. A no ser que ya lo haya hecho.

—Maria está dispuesta a decir la verdad —dijo Sherman—. Estoy seguro, y yo... Fui yo el que intentó sorprenderla a traición.

—Pero qué dices... No puedo dar crédito a mis oídos.

—Maria no me citó en su apartamento para pillarme a traición. Fui yo quien acudió a la cita con un micrófono oculto, para pillarla a traición. ¿Qué ventaja podía sacar ella de encontrarse otra vez conmigo? Ninguna. Lo más probable es que sus abogados le aconsejasen que no volviera a verme.

—Eso es cierto —asintió Killian.

—Pero la cabeza de Maria no funciona de esa manera. No es cautelosa. Ni va a aprovecharse de los legalismos, sólo porque se haya metido en un aprieto. Ya te lo dije una vez, Tommy. Su medio natural son los hombres, de la misma manera que el medio natural de los delfines es el mar.

—¿No sería mejor hablar del medio natural de los tiburones...?

—En absoluto.

—Bien, como quieras. Digamos que es una sirena.

—Llámalas como quieras. Pero estoy convencido de que no es una mujer de las que, una vez metidas en un asunto como éste, suelen ocultarse tras una muralla de abogados. Ni tampoco fue a verme provista de un micrófono oculto, tratando de arrancarme alguna prueba. Fuera cual fuese la situación, ella quería verme, estar a mi lado, hablar conmigo, sincera y honestamente... y acostarse conmigo. Quizá creas que estoy chiflado, pero sé que lo único que quería era eso.

Killian se limitó a enarcar las cejas.

—Y también creo que no se fue a Italia para esconderse, para alejarse de este asunto. Se fue por lo que ella dijo... por huir de su marido... por huir de mí... y no la culpo... y para divertirse con un joven muy guapo. Llámalas buscona si quieres pero en todo este jaleo ella es la única persona que ha caminado siempre en línea recta.

—Sigo creyendo que te la ha jugado —dijo Killian—. ¿Cuál es el número de C.S. Lewis para consultas nocturnas de emergencia? Habría que pedirle su opinión porque nos encontramos ante toda una subversión de los conceptos morales.

Sherman descargó el puño contra la palma de la otra mano.

—¡Es increíble que me haya comportado de esa forma! ¡Ojalá hubiese jugado limpio con ella! ¡Yo! ¡Con todas mis pretensiones de respetabilidad y honorabilidad! ¡Qué horror!

Y cogió el *City Light*, absolutamente dispuesto a sumergirse en la ignominia pública.

—«Nido de amor...» «El escenario de las citas...» Y una foto de la cama «en donde la millonaria Maria Ruskin recibía a McCoy...». Esto es lo único que verá mi mujer. Lo único que verán ella y otros dos millones de personas... y mi hija... Mi pequeña tiene casi siete años. Sus amiguitas sabrán explicarle el significado de todo esto... les encantará hacerlo... Seguro... No quiero ni imaginarlo. Y ese hijo de puta... Winter... Un ser repugnante que invita a los periodistas a que saquen una foto de la cama...

—Los caseros de esos edificios de renta controlada —dijo Quigley—, son unos bestias. Unos locos peligrosos. Se pasan el día entero pensando en una sola cosa: cómo echar a la calle a todos sus inquilinos. Ni siquiera los sicilianos odian tanto a sus enemigos. Esos caseros están convencidos de que sus inquilinos les están chupando la sangre. Y se vuelven locos. En cuanto el tipo vio la foto de Maria en la prensa, y supo que tiene un apartamento de veinte habitaciones en la Quinta Avenida, no se lo pensó dos veces. Salió corriendo para avisar al periódico.

Sherman abrió el *City Light* por la página tres, que es donde comenzaba el reportaje. Había una foto de la fachada. Otra foto de Maria, joven y sexy. Una foto de Judy, vieja y ojerosa. Una foto suya... con su mentón aristocrático... su anchísima sonrisa...

—Esto será definitivo —dijo Sherman para sí, pero en voz suficientemente alta como para que Killian y Quigley le oyesen.

Sherman estaba zambulléndose poco a poco en la vergüenza.

—«Según Mr. Winter —leyó en voz alta—, Mrs. Ruskin está pagando 750 dólares al mes a la inquilina oficial, Germaine Boll, la cual se limita a pagar la renta controlada de 331 dólares.» Es verdad —dijo Sherman—, pero no entiendo cómo ha podido averiguarlo. Maria no se lo pudo decir, y Germaine menos incluso. Maria me lo comentó una vez, pero jamás se lo dije a nadie.

—¿Dónde? —preguntó Quigley.

—¿Dónde qué?

—Qué dónde estaban ustedes cuando ella se lo comentó.

—Fue... la última vez que estuve en el apartamento. El mismo día en que el *City Light* publicó la primera información. La vez que aquel gigante hasídico, aquel loco, se coló por las buenas en el apartamento.

—Ayayayay —dijo Quigley. Sonreía—. ¿Lo ves, Tommy?

—No —dijo Killian.

—Pues yo sí —dijo Quigley—. Quizá me equivoque, pero me parece que lo veo claramente.

—¿Qué ves?

—A un grandísimo hijo de puta —dijo Quigley.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Te lo contaré más tarde —dijo Quigley, sin dejar de sonreír—. Ahora mismo me voy para allá.

Salió del despacho y se fue a buen paso por el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sherman.

—No lo sé. Pero siempre dejo que siga su instinto. Quigley es una fuerza de la naturaleza.

En este momento sonó el teléfono de Killian, y la voz de la recepcionista dijo por el interfono:

—Es Mr. Fitzgibbon, en la 3-0.

—Me pondré —dijo Killian, y descolgó el teléfono—. ¿Dime, Bernie?

Killian estuvo escuchando un rato, con la mirada baja, pero alzándola de vez en cuando para mirar fugazmente a Sherman. También hizo unas cuantas anotaciones. Sherman notó que el corazón comenzaba a latirle con mucha fuerza.

—¿Y en que os basáis? —dijo Killian. Estuvo escuchando unos momentos más—. Eso es una patraña, y lo sabes muy bien... Sí, bueno, voy a... ¿Cómo...? Hujum... —Al cabo de unos instantes añadió—: De acuerdo. Yo también iré. —Al decir esto último miró a Sherman—. Bien. Gracias, Bernie.

Colgó, y le dijo a Sherman:

—Bueno... el gran jurado ha encontrado indicios de culpabilidad. Maria te ha traicionado.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. No puede decir nada de lo que ha ocurrido en las sesiones de un gran jurado, pero me lo ha dicho entre líneas.

—¿Qué significa eso? ¿Qué ocurrirá ahora?

—Lo primero que va a ocurrir es que mañana por la mañana la fiscalía de distrito le pedirá al juez que fije una fianza más elevada.

—¿Más elevada? ¿Por qué?

—Se supone que, como vas a ser procesado, tienes más motivos para huir.

—¡Es absurdo!

—Ya lo sé, pero eso piensan hacer. Y tienes que estar presente.

Sherman empezó a comprender una cosa realmente horrible.

—¿Cuánto van a pedir?

—Bernie no lo sabe, pero será mucho. Medio millón. O un cuarto de millón,

como mínimo. El primer disparate que se les ocurra. Piensa que Weiss está luchando por obtener grandes titulares. Necesita el voto de los negros.

—Pero... ¿pueden fijar una cantidad tan elevada?

—Depende del juez. Tendremos que vérnoslas con Kovitski, que también es el juez supervisor del gran jurado. Y ese juez tiene un par de huevos. Como mínimo, tratándose de él, tenemos alguna posibilidad de pelear.

—Pero, si finalmente es una cantidad muy grande, ¿cuánto tiempo tendré para reunirla?

—¿Cuánto tiempo? En cuanto hagas la entrega, ya estás en la calle.

—¿Cómo que *en la calle*? —Sherman comprende algo que le parece espantoso—. ¿Cómo que *en la calle*?

—En cuanto pagues dejarás de estar bajo custodia.

—¿Y por qué tengo que estar bajo custodia?

—Mira, en cuanto se fije la nueva fianza, tendrás que permanecer bajo custodia hasta el momento de depositar la pasta, a no ser que la deposites inmediatamente.

—Eh, Tommy, espera. ¿Quieres decir que si mañana me elevan la fianza, van a ponerme en seguida bajo custodia, a no ser que lleve el dinero conmigo?

—Bueno, sí. Pero... tómatelo con calma.

—¿Van a detenerme otra vez, ante el juez?

—Bueno, sólo *suponiendo* que...

—¿Y *adónde* me llevarán?

—Imagino que te dejarán en el Bronx. Es lo más probable. Pero lo que importa es...

Sherman empezó a sacudir la cabeza. Tenía la sensación de que se le hubiese inflamado todo el revestimiento del cerebro.

—No lo soportaré, Tommy.

—¡No des por supuesto lo peor! Espera un poco. Podemos defendernos.

—Me resulta imposible —dijo Sherman, sin dejar de sacudir la cabeza— reunir medio millón de dólares esta tarde.

—Te precipitas, Sherman. No digo que tengas que reunir esa suma. Mañana haremos que el juez escuche nuestros argumentos. No hay nada decidido. Tiene que escucharnos. Y tenemos buenos argumentos.

—Sí, claro —dijo Sherman—. Tú mismo hablaste de las connotaciones políticas del caso. —Dejó caer la cabeza, y siguió sacudiéndola durante unos momentos—. Por Dios, Tommy, no podré reunir tanto dinero.

Ray Andriutti estaba zampándose su bocadillo y bebiendo su café, y Jimmy Caghey sostenía en una mano el emparedado de rosbif mientras hablaba por teléfono de un caso de mierda que le habían asignado. Kramer, por su parte, no tenía

apetito. Releía otra vez la información del *City Light*. Un nido de amor de renta controlada, por sólo 331 dólares al mes. En realidad, la noticia no afectaba positiva ni negativamente el caso. Maria Ruskin no sería vista con tan buenos ojos como durante las sesiones del gran jurado, pero, de todos modos, seguiría siendo un testigo magnífico. Y en cuanto entonara aquel delicioso «Shuhmun», a dúo con Roland Auburn, Sherman McCoy estaría condenado. Un nido de amor de renta controlada, por sólo 331 dólares al mes. ¿No sería conveniente que telefonease a Mr. Hielling Winter? De todos modos, tendría que interrogarle... comprobar si existía alguna posibilidad de obtener más datos acerca de las relaciones que Maria Ruskin y Sherman McCoy habían mantenido en cierto piso de renta controlada, de 331 dólares al mes.

Sherman entró en el gran vestíbulo procedente del salón, y escuchó el ruido de sus pasos en el solemne mármol verde. Luego giró hacia la derecha y escuchó el sonido de sus propios pasos, camino de la biblioteca. En la biblioteca se fijó en la única lámpara que permanecía apagada. La encendió. Todo el apartamento era un incendio y un desierto. El corazón de Sherman latía con fuerza. Bajo custodia... ¡Mañana volverían a *meterle* allí! Sintió deseos de gritar, pero no había en ninguno de los dos pisos de su apartamento nadie que pudiese escuchar sus gritos. No tenía a nadie; ni allí, ni fuera de allí.

Pensó en usar un cuchillo. Considerado en abstracto, un cuchillo largo, de los de cocina, parecía la imagen misma de la eficacia. Pero luego trató de representarse la escena mentalmente. ¿Dónde se lo clavaría? ¿Soportaría el dolor? ¿Y si al final sólo era capaz de armar un gran zafarrancho de sangre, pero sin obtener su propósito? ¿Tirarse por la ventana? ¿Cuánto tiempo tardaría, desde esa altura, en darse de bruces contra el suelo? Unos segundos... unos segundos interminables... ¿En qué pensaría durante esos instantes? ¿Qué supondría su decisión para Campbell, qué pensaría ella de su padre y de su cobarde decisión? ¿Se lo estaba planteando realmente en serio? ¿O no hacía más que especular, pensar en lo peor a fin de que, en comparación, le resultara soportable lo otro... *volver allí*? No, jamás podría soportarlo.

Cogió el teléfono y marcó otra vez el número de Southampton. No descolgó nadie; durante toda la tarde nadie había atendido a sus llamadas, pese a que, según su madre, Judy y Campbell, con Bonita, Miss Lyons y el dachshund, habían salido antes de mediodía de la casa de la calle Setenta y tres para dirigirse a la residencia de fin de semana. ¿Había visto su madre las noticias de la prensa? Sí. ¿Las había visto Judy? Sí. Su madre no había tenido siquiera fuerzas para hacer ningún comentario. Un asunto demasiado sórdido para merecerlo. ¡Seguro que a Judy le había sentado muchísimo peor! ¡No se había ido a Southampton! Qué va. Había decidido desaparecer, llevándose consigo a Campbell... Seguramente se había ido al Medio

Oeste... a Wisconsin... Un destello de la memoria... las sombrías llanuras puntuadas por el plateado aluminio de los depósitos de agua, unas torres modernas en forma de seta, y pequeños grupos de árboles flacuchos... Un suspiro... Campbell estaría mucho mejor allí, lejos de Nueva York, soportando una vida degradada por el recuerdo de su padre que había dejado de existir... un padre cuya vida ya no tenía relación alguna con lo que caracteriza a los seres humanos, aparte de seguir poseyendo un nombre, un nombre que era utilizado como vil caricatura por los periódicos y la televisión, un nombre que los calumniadores de la peor especie utilizaban cuando les venía en gana... Estaba hundiéndose, hundiéndose, hundiéndose en la ignominia y la compasión de sí mismo... hasta que, cuando el timbre sonó por duodécima vez, alguien descolgó.

—¿Diga?

—¿Judy?

Una pausa.

—Imaginaba que serías tú —dijo Judy.

—Supongo que has visto el periódico —dijo Sherman.

—Sí.

—Bueno... Mira...

—Si no quieres que cuelgue inmediatamente, no te atrevas siquiera a mencionar nada de eso.

Sherman vaciló.

—¿Cómo está Campbell?

—Bien.

—¿Sabe algo?

—Sabe que hay problemas. Sabe que ocurre algo. Pero me parece que no sabe qué ocurre exactamente. Por suerte, el curso ha terminado ya, pero tampoco creo que aquí le resulte fácil.

—Déjame que te explique...

—Ni lo intentes. No quiero oír tus explicaciones. Lo siento, Sherman, pero no me apetece permitirte que trates de insultar mi inteligencia. Ya lo has hecho bastantes veces.

—De acuerdo. Pero deja al menos que te cuente lo que va a ocurrir. Mañana me pondrán otra vez bajo custodia. Me meterán otra vez en la cárcel.

—¿Por qué? —En tono suave.

Sherman esperó un momento, pero se decidió al fin.

—Judy, me parece que no podré soportarlo.

—¿Qué quieres decir?

—La primera vez fue horrible, y sólo estuve unas horas en una celda del juzgado. Esta vez será en la cárcel del Bronx.

—Ya, pero sólo hasta el momento en que deposites la fianza.

—Es que no creo que pueda soportarlo ni un solo día, Judy. Después de toda la publicidad que le han dado al caso, estará lleno de gente... *que me la tiene jurada*... Cuando no te conocen resulta espantoso, así que ahora... No te lo puedes ni imaginar.

—Se interrumpió. *¡Quiero llorar sobre tu hombro!* Pero no tenía ya derecho a hacerlo.

Judy captó el tono angustiado de su voz.

—No sé qué decirte, Sherman. Si pudiese estar a tu lado, del modo que fuese, lo haría. Pero pareces empeñado en perder mi confianza. Ya hemos tenido antes esta misma conversación. ¿Qué puedo darte a estas alturas, Sherman? No me queda nada. Sólo siento compasión por ti. No sé qué otra cosa puedo decirte.

—¿Judy?

—¿Sí?

—Dile a Campbell que la quiero muchísimo. Dile... dile que cuando piense en su padre se acuerde de la persona que conoció antes de que ocurriera todo esto. Dile que todo esto me ha hecho daño, que nunca podré volver a ser el de antes.

Sentía unos deseos desesperados de que Judy le preguntase el significado de estas últimas palabras. Hubiese bastado la más mínima insinuación por parte de ella para que Sherman diese rienda suelta a sus sentimientos. Pero ella se limitó a decir:

—Estoy segura de que Campbell te seguirá queriendo siempre, pase lo que pase.

—¿Judy?

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de cuando vivíamos en el Village, de nuestra despedida cuando me iba a trabajar?

—¿Tu despedida?

—Sí, cuando empecé a trabajar en Pierce & Pierce... Al salir de casa me despedía alzando el puño izquierdo, te hacía el saludo del *black power*...

—Lo recuerdo, sí.

—¿Y recuerdas por qué te hacía ese saludo?

—Creo que sí.

—Ese saludo significaba que, por mucho que trabajase en Wall Street, mi corazón y mi alma jamás pertenecerían a ese mundo. Mi intención era utilizar Wall Street, para después rebelarme e irme de allí. ¿Te acuerdas de todo eso?

Judy no dijo nada.

—Ya sé que luego las cosas no salieron de ese modo —prosiguió Sherman—, pero me acuerdo muy bien de lo que sentía yo en aquellos tiempos. Era una sensación maravillosa. ¿Lo recuerdas?

De nuevo silencio.

—Pues bien, ahora he roto con Wall Street. O Wall Street ha roto conmigo. Ya sé

que no es lo mismo, pero en cierto sentido... me siento liberado.

Sherman calló, creyendo que así le arrancaría algún comentario a Judy.

—¿Sherman? —dijo ella finalmente.

—Dime.

—Eso son recuerdos, Sherman, pero son unos recuerdos que ya no permanecen vivos. —Se le quebró la voz—. Hemos insultado horriblemente todos nuestros recuerdos. Ya sé que querrías que te hablase de otra manera, pero me has traicionado, me has humillado. Ojalá pudiese volver a ser lo que fui para ti hace muchos años. Ojalá pudiese ayudarte. Pero no puedo. Sencillamente, no puedo.

Todo eso *conteniendo las lágrimas*.

—Me serviría de gran ayuda que pudieses perdonarme... que me dieras la última oportunidad.

—Ya me lo pediste otra vez, Sherman. De acuerdo, te perdono. Y te lo pregunto de nuevo: ¿sirve de algo? ¿Cambia mucho las cosas?

Judy lloraba quedamente. Y Sherman no supo qué responder. Se acabó.

Más tarde fue a sentarse en la iluminadísima quietud de la biblioteca, hundido en el sillón giratorio del despacho. Notó la presión del borde del asiento en la cara inferior de sus muslos. Cuero marroquí color sangre de buey; 1.100 dólares por el simple tapizado del respaldo y el fondo de este solo sillón. La puerta de la biblioteca estaba abierta. Miró hacia el vestíbulo. Sobre el piso de mármol alcanzaba a ver las patas extravagantemente curvadas de una de las sillas de Thomas Hope. No era una imitación en caoba, sino un auténtico original de palo de rosa. ¡Palo de rosa! ¡Con que júbilo infantil descubrió Judy aquellos muebles auténticos de palo de rosa!

Sonó el teléfono. ¡*Judy quería hablar con él!* Descolgó inmediatamente.

—¿Diga?

—Ayayay, Sherman. —De nuevo, la decepción. Era Killian—. Quiero que vengas a verme. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Estás todavía en el bufete?

—Sí, con Quigley. Tenemos que enseñarte una cosa.

—¿Qué es?

—Mejor será no mencionarlo, al menos de momento, por teléfono. Quiero que vengas en cuanto puedas.

—De acuerdo. Salgo ahora mismo.

De todos modos, Sherman no estaba seguro de ser capaz de seguir ni un instante más en el apartamento vacío.

Cuando llegó al edificio de Reade Street, el vigilante nocturno, un tipo con aspecto de chipriota o armenio, estaba escuchando una emisora que daba música country. Era una radio portátil de enormes dimensiones. Sherman tuvo que escribir su

nombre y anotar la hora de su llegada en un registro. El vigilante, con un acento extrañísimo, canturreaba en voz baja el estribillo de la canción:

*Alzo el mentón
Y hasta sonrío
Mientras llora
mi corazón...*

Sherman subió en ascensor, atravesó la mugrienta quietud del pasillo, y llegó junto a la puerta con los nombres DERSHKIN, BELLAVITA, FISHBEIN & SCHLOSSEL incididos en un rótulo de plástico. Durante un momento se acordó de su padre. La puerta estaba cerrada. Dio unos golpeciros, y segundos después Ed Quigley la abrió.

—¡Ayayayay! ¡Pase, pase! —dijo Quigley. Tenía su duro rostro iluminado. O, mejor aún, *resplandeciente*. De repente actuaba como si fuera el mejor amigo de Sherman. Y, mientras le conducía hacia el despacho de Killian, no dejó de sonreír.

Killian se encontraba en pie, y le miró con la sonrisa del gato que acaba de comerse al canario. En la mesa había un magnetofón que, sin la menor duda, pertenecía a las más altas esferas de la más alta tecnología del Reino Audiovisual.

—¡Ayayayay! —dijo Killian—. Siéntate y agárrate fuerte. Espera a oír esto... Sherman tomó asiento junto a la mesa.

—¿De qué se trata?

—Ahora lo verás —dijo Killian. Quigley se situó junto a Killian, y miraba el aparato, tan nervioso como un chico que sube al estrado para recibir un premio al buen comportamiento—. No quiero que, al oír esto, aumenten más de la cuenta tus esperanzas, porque habrá algún problemilla a la hora de utilizar la grabación, pero ya verás como lo encuentras muy interesante.

Pulsó algún botón de la máquina, y en seguida se oyeron unos ruidos de corriente estática. Luego, una voz masculina:

«Lo sabía. Lo sabía. Tendríamos que haber ido inmediatamente a la policía. — Durante unos segundos, Sherman no la reconoció. Pero luego lo comprendió claramente. ¡*Es mi propia voz!* Y su voz siguió diciendo—: Es increíble que me haya visto metido en... Es increíble que estemos metidos en esta situación.»

Respondió una voz de mujer:

«Pues ya es demasiado tarde, Sherman. —*Shuhmun*—. Eso es agua pasada.»

La escena, con toda su carga de miedo y tensión, con su tremenda atmósfera, se hizo presente en el sistema nervioso de Sherman... Era en el escondrijo de Maria, el día en que el *City Light* publicó la primera noticia sobre Henry Lamb... Podía ver de nuevo los titulares en el ejemplar que estaba sobre la gran mesa de roble...

«Basta con que les cuentes —era su propia voz otra vez— exactamente lo ocurrido.»

Y luego la voz de María:

«Oh, fantástico. Les encantaré. Diré que un par de chicos nos pararon en plena calle, que intentaron atracarnos, pero que tú le tiraste un neumático a uno de ellos, y que yo salí de allí conduciendo el coche como... como un piloto de carreras, pero que no me enteré de que hubiese golpeado a nadie.»

«Eso fue, María, lo que ocurrió. Precisamente eso.»

«¿Y quién se lo va a creer...?»

Sherman miró a Killian. Killian mostraba una sonrisa tensa. Alzó la mano derecha, para indicarle a Sherman que esperase un poco antes de hacer comentarios. Quigley mantenía la mirada fija en aquel aparato mágico. Tenía los labios apretados, como tratando de contener la anchísima sonrisa que todo aquello merecía.

Al poco rato llegó el gigante hasídico.

«¿Y usted vive aquí?» Era la voz atiplada de aquel hombre extrañísimo.

Sherman oyó luego su propia voz:

«Ya le he dicho que no podemos perder el tiempo con este asunto, estamos ocupados.» A Sherman le pareció que su voz sonaba presumida, horrible. Volvió a sentir la misma humillación que en aquellos momentos, la espantosa sensación de estar a punto de ser provocado a participar en un duelo varonil, un duelo probablemente físico, en el que, sin la menor duda, él saldría derrotado.

La voz del tipo presumido:

«Así que usted no vive aquí y ella tampoco vive aquí. Entonces, ¿qué hacen ustedes en este piso?»

«¡Y a usted qué le importa! ¡Ande, váyase de una vez!»

Más adelante, la voz de María... la discusión... un ruido tremendo al romperse la silla bajo el peso del Gigante... la ignominiosa retirada de aquel tipo... las carcajadas de María...

Y, finalmente, la voz de ella diciendo:

«Germaine sólo paga 331 dólares al mes, y yo le pago a ella 750. Es un piso de renta controlada. Les encantaría echarla a la calle.»

Cesaron las voces... y Sherman recordó, *sintió*, el rato agitado que pasaron en la cama...

Cuando terminó la cinta, Sherman le dijo a Killian:

—Dios mío... es asombroso. ¿De dónde ha salido esto?

Killian miró a Sherman, pero señaló con el índice a Quigley. De modo que Sherman miró a Quigley. Era el momento que Quigley había estado aguardando.

—En cuanto dijo usted en dónde mencionó ella lo de la trampa del alquiler, lo comprendí todo. No te jode, claro que lo comprendí. Esos chiflados... Ese tal

Hielling Winter no es el primero que recurre a estos métodos. Grabadoras que se ponen en marcha cuando suena alguna voz... Fui directamente a verle. Ese tipo tiene micros ocultos en el teléfono del portero automático, en ese piso y en todos los demás. El magnetofón está en el sótano, en un armario cerrado con llave.

Sherman se quedó mirando al radiante rostro de Quigley.

—¿Y por qué lo hace?

—¡Para poder echar a los inquilinos! —dijo Quigley—. La mitad de la gente que usa esta clase de pisos de renta controlada no tiene derecho a ocuparlos. La mayor parte hace trampa, como su amiga Maria. Los caseros lo saben, pero demostrarlo ante un tribunal es bastante complicado. Por eso el chiflado de Winter se dedica a grabar todas las conversaciones de sus pisos, con ese magnetofón que se pone en marcha en cuanto suena una voz. En serio, no es el primer casero que recurre a esta clase de trucos.

—Pero... ¿no es ilegal?

—*Ilegal*... —exclamó Quigley, muy divertido—. ¡Tan ilegal que no hay por donde agarrarlo! Es tan ilegal que si ese pedazo de cabrón entrase ahora mismo aquí, yo le diría tranquilamente: «Eh, tío, le robé la cinta. ¿Qué le parece?» Y él diría: «¿De qué cinta me habla?» Y se iría sin armar ningún alboroto. Ya se lo he dicho, esos caseros están locos de remate.

—¿En serio que se la robó, por las buenas? ¿Cómo se hizo con ella?

Quigley se encogió de hombros, con una expresión de insuperable presuntuosidad.

—Fácil.

Sherman miró a Killian.

—Joder... entonces, si está grabado en esta cinta... quizás... Justo después del accidente, Maria y yo nos fuimos a ese piso y repasamos punto por punto todo lo que había ocurrido, absolutamente todo. Si eso también estuviera grabado... ¡sería fantástico!

—No está grabado —dijo Quigley—. He estado escuchando kilómetros de cinta, pero no se remontan a tan atrás. Ese loco debe de borrarlas y grabar encima de vez en cuando, para ahorrar en cintas.

Muy animado, Sherman le dijo a Killian:

—De todos modos, es posible que con lo que tenemos sea suficiente.

—Por cierto, es usted el único hombre al que ella recibe en ese piso... —dijo Quigley.

Killian le interrumpió:

—Sí, un asunto que en este momento ya no tiene gran interés. Bien, Sherman, así es como están las cosas. No debes esperanzarte más de la cuenta por este hallazgo. Porque tenemos dos problemas, y los dos son graves. El primero consiste en que ella

no dice directamente que no fuiste tú, sino ella, quien atropello al chico. La admisión de culpabilidad que tenemos grabada es sólo indirecta. Pero, como mínimo, suena como si ella estuviera rodo el rato aceptando tu versión de los hechos. Y algo es algo. Al menos serviría para crear ciertas dudas en el ánimo de alguno de los miembros del jurado. Queda claro que ella acepta tu versión en el sentido de que hubo un intento de atraco. Lo malo es que tenemos, además, otro problema, y, para serte franco, no sé cómo diablos resolverlo. Es imposible conseguir que esta cinta sea aceptada como prueba judicial.

—¿No? ¿Por qué?

—Como decía Ed ahora mismo, es una grabación ilegal. Winter, el loco ese, podría ir a la cárcel por haberla hecho. Y ningún tribunal aceptará como prueba una grabación hecha ilegalmente.

—¿No? Y entonces, ¿por qué me mandasteis a mí con la grabadora? Esa también era una grabación ilegal. ¿Cómo se habría podido utilizar?

—No es una grabación ilegal, aunque sea clandestina. Todo el mundo tiene derecho a grabar sus propias conversaciones, aunque sea en secreto. Pero es ilegal grabar las conversaciones de otros, aquellas en las que no participe uno mismo. Si el loco de Winter hubiese participado en esa conversación, la cinta sería legal y no habría problemas.

Sherman se quedó mirando boquiabierto a Killian; las esperanzas que estaba comenzando a abrigar habían quedado completamente aplastadas.

—Pero... ¡no *es justo!* ¡En esa cinta hay pruebas vitales...! ¡No es posible que se nieguen a aceptar pruebas vitales por un simple tecnicismo!

—Lo siento, hermano. Pero lo es. Y se negarían a aceptar esa cinta en caso de que se nos ocurriese presentarla. Pero sí podemos tratar de encontrar el modo de utilizarla para que alguien nos dé algún tipo de testimonio que sí sea aceptable y legal. Por ejemplo, sería perfecto que, por medio de esta cinta, lográsemos que tu amiga Maria dijese la verdad. ¿Se te ocurre alguna idea brillante?

Sherman se quedó pensativo unos momentos. Luego soltó un suspiro y su mirada se perdió en la lejanía. Era absurdo.

—No se me ocurre ni siquiera el modo de conseguir que Maria escuche esa maldita cinta.

Killian miró a Quigley. Quigley sacudió negativamente la cabeza. Estaban los tres muy callados.

—Alto ahí —dijo Sherman—. Déjame ver la cinta.

—¿Verla? —dijo Killian.

—Sí. Dámela.

—¿Quieres decir que la saque del magnetofón?

—Sí. —Sherman tendió la mano.

Quigley rebobinó la cinta y la sacó remilgadamente del magnetofón, como si fuese una maravilla de cristal tallado. Se la entregó a Sherman. Sherman, sosteniéndola con ambas manos, se quedó mirándola.

—Maldita sea —dijo, alzando la vista para mirar a Killian—. Es mía.

—¿Qué quieres decir?

Killian le miraba con una expresión interrogadora, como si esperase que le explicasen mejor un chiste.

—¿Qué quieres decir con eso de que es tuya?

—Aquella noche, después de leer lo que había publicado el *City Light*, me puse un micrófono oculto porque pensé que posiblemente acabaría necesitando una verificación de lo que ocurrió en realidad. Lo que acabamos de escuchar... es la cinta que yo grabé esa noche. Esta cinta es mía.

Killian estaba boquiabierto.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que esta cinta la grabé yo. ¿Quién podría asegurar que no fue así? Yo tengo esta cinta en mi poder, ¿no? Aquí está. Yo mismo la grabé, para asegurarme de que tenía un registro exacto de una conversación sostenida por mí mismo. Y ahora, dígame, señor abogado, ¿cree usted que esta cinta puede ser admitida como prueba por un tribunal?

Killian miró a Quigley.

—¡La puta leche! —Luego, mirando a Sherman—: Vamos a ver si establecemos claramente los hechos, Mr. McCoy. ¿Dice usted que llevó un micrófono oculto y grabó su conversación con Mrs. Ruskin?

—Exacto. —Tras una pausa—: Bien, ¿es o no es admisible esta prueba?

Killian miró de nuevo a Quigley, sonrió, y miró de nuevo a Sherman.

—Perfectamente admisible, Mr. McCoy, perfectamente admisible. Pero dígame usted una cosa. ¿Cómo hizo usted esta grabación? ¿Qué clase de equipo utilizó? ¿Cómo se colocó usted los aparatos? Si quiere usted que este tribunal acepte esta prueba, será mejor que nos explique, punto por punto y con todo detalle, cómo lo hizo.

—Bien —dijo Sherman—. Creo que lo más conveniente sería que Quigley me dijese cómo *imagina* él que me las arreglé. Parece un experto en estas cosas. A ver, Quigley, ¿cómo cree que lo hice?

Quigley miró a Killian.

—Adelante, Ed —dijo Killian—. ¿Cómo crees tú que lo hizo?

—Bueno —dijo Quigley—, lo que yo hubiera hecho en su caso sería conseguir un Nagra 2600, de los que se ponen en marcha cuando suena una voz, y... —Quigley siguió dando detalles de cómo habría utilizado el supuesto Nagra, cómo se habría colocado los cables y el micro, y cómo se habría asegurado de obtener una grabación

lo más fiel posible de una conversación como aquélla.

Cuando Quigley terminó, Sherman intervino:

—Veo, Mr. Quigley, que es usted un gran experto en estas cuestiones. ¿Sabe por qué lo sé? Porque las operaciones que ha descrito usted son exactamente las mismas que yo llevé a cabo para obtener esta grabación. Exactamente las mismas. —Luego miró a Killian—. Ahí tienes. ¿Qué te parece?

—¿Quieres saber lo que me parece? —dijo Killian, muy lentamente—. Me dejas pasmado, joder, verdaderamente pasmado. No creí que tuvieras esta clase de talento.

—Tampoco yo lo creía —dijo Sherman—. Pero desde hace unos días he ido descubriendo poco a poco que ya no soy Sherman McCoy. Soy otra persona, sin nombre. He sido esa otra persona desde el día en que fui detenido. Yo sabía que ese día ocurrió algo esencial, tremendo... pero al principio no entendí de qué se trataba. Al principio pensé que seguía siendo Sherman McCoy, y que Sherman McCoy estaba viviendo un período de muy mala suerte. Pero hace un par de días que he podido mirar la verdad cara a cara. Soy otro. No tengo nada que ver con Wall Street ni con Park Avenue ni con Yale ni con St. Paul's ni con Buckley ni con el León de Dunning Sponget.

—¿El León de Dunning Sponget? —preguntó Killian.

—Esa es la imagen que siempre me he hecho de mi padre. Un hombre poderoso, un aristócrata: eso era para mí. Y tal vez lo fuese, pero ya no tengo ninguna relación con él. No soy tampoco la persona con la que se casó mi mujer, ni el padre que conoce mi hija. Soy otro ser humano. Y mi existencia se desarrolla aquí abajo, si no te importa que me refiera en estos términos a tu bufete y tu mundo. No soy un cliente excepcional de Dershkin, Bellavita, Fishbein & Schiessel. Soy un caso corriente. Todos los seres tienen su propio ambiente, y éste en el que estoy ahora es el mío. Reade Street, y los juzgados del Bronx y las celdas o jaulas del Bronx... Ese es mi mundo. Y cada vez que piense que estoy por encima de ese mundo estaré engañándome a mí mismo, y a estas alturas ya he dejado de engañarme a mí mismo.

—Ayayayay, espera un momento —dijo Killian—. Las cosas no están tan mal, todavía.

—Sí lo están —dijo Sherman—. Pero te juro que ahora ya no me afecta gran cosa que estén así. Mira, seguramente sabes que no cuesta mucho tomar a un perro hogareño y entrenarlo hasta acabar convirtiéndole en un perro vigilante, de esos que tienen tan mala uva...

—Bueno, he oído decir que a veces ocurre...

—Yo lo he visto con mis propios ojos —dijo Quigley—. Cuando estaba en la policía.

—Bien, pues la técnica no puede ser más sencilla —dijo Sherman—. Para conseguir ese cambio en la personalidad del perro lo que se hace no es precisamente

mimarlo y darle mucha comida. Lo que suele hacerse es tenerle encadenado, pegarle, engañarle y volver a pegarle una y otra vez, hasta que un día, a la más mínima amenaza, enseña los colmillos y está dispuesto a pelear hasta la muerte.

—Exacto —dijo Quigley.

—Pues bien. Metidos en una situación así, los perros reaccionan de forma más inteligente que los seres humanos —dijo Sherman—. Los perros no se aferran a la idea de que son un maravilloso animal doméstico al que le van a dar un premio en un concurso, que es lo que suele pensar el hombre, incluso en las peores condiciones. Los perros comprenden en seguida que las cosas han cambiado. Los perros comprenden en seguida que ha llegado la hora de actuar como un animal, la hora de pelear.

31. En el plexo solar

Esta vez hacía un día muy soleado, un espléndido día de junio. El aire era tan ligero que parecía puro y vigorizante, incluso allí, en el Bronx. En pocas palabras, un día perfecto. Lo cual le sentó fatal a Sherman. Se lo tomó como una ofensa personal. ¡Que crueldad! ¿Cómo se atrevía la Naturaleza, el Destino —Dios—, a rodear de aquel ambiente tan sublime un día tan desdichado? Estaba rodeado de crueldad por todas partes. Un espasmo de miedo le bajó por todo el colon, hasta el final.

Iba sentado en el asiento posterior de un Buick, junto a Killian. Ed Quigley se había instalado delante, al lado del conductor, que era un hombre de piel oscura, cuello grueso, espesa melena negra y lacia, y unos rasgos finos, exquisitos, casi bellos. ¿Asiático? Abandonaron la vía rápida y bajaron por una rampa que descendía al Bronx justo al lado del Yankee Stadium, en donde un gran cartel anunciaba, ESTA TARDE, A LAS SIETE, YANKEES-KANSAS CITY. ¡Qué crueldad! Decenas de millares de personas acudirían esa tarde al estadio, *pese a todo*, y mientras ellos bebían cerveza y veían los desplazamientos de la pelota blanca durante dos horas, él estaría *metido* allí, en una oscuridad que se sentía incapaz de imaginar. Pronto *empezaría*... ¡Pobres tontos! No tenían ni idea de qué era la realidad. Decenas de millares de personas en el Yankee Stadium, viendo un *partido*, una simple *representación* de la guerra, mientras él *vivía* una guerra real. Pronto *empezaría*... la violencia física más elemental...

El Buick ascendió luego hacia la cumbre de la colina, por la calle Ciento sesenta y uno. Estaba a punto de llegar.

—No será en la misma sala de la otra vez —dijo Killian—. Hoy vamos al edificio que está en lo alto de la colina, a la derecha.

Sherman vio una inmensa estructura de piedra arenisca. Situada en la cresta de la Grand Concourse, iluminada por el sol de aquel día perfecto, tenía un aspecto mayestático; mayestático y estupendamente opresivo.

Sherman notó que los ojos del conductor le buscaban a través del retrovisor. Por un momento quedaron prendidos en los de él, estableciendo un embarazoso contacto, y en seguida saltaron hacia otro lado. Quigley se había puesto americana y corbata, pero eso no mejoró apenas su aspecto. La americana, de tweed verde-carne-podrida, le venía muy ancha en torno al cuello. Quigley tenía aspecto de loco con ganas de pelea, de chiflado que se muere de ganas de que le den una oportunidad de librarse de la americana y la corbata, de emprenderla a puñetazos y cultivar hematomas o, mejor aún, de intimidar al primer cobardica flacucho con pocas ganas de pelea con el que se tropezara.

Cuando el coche se acercaba al final de la cuesta, Sherman vio una multitud que aguardaba en una calle lateral, delante de una de las entradas del gran edificio de

piedra arenisca. Los coches estaban atascados y tenían que avanzar de uno en uno.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Sherman.

—Parece una manifestación —dijo Quigley.

—Como mínimo —dijo Killian—, esta vez no se manifiestan delante de tu casa.

—¿Una manifestación? Jajajajaja —dijo el conductor. Hablaba como si canturrease, y reía con una risa educada y muy nerviosa—. ¿Por qué se manifiestan? Jajajaja.

—Por nosotros —dijo Quigley, con su voz más cadavérica. El conductor miró a Quigley.

—¿Por ustedes? Jajajajaja.

—¿Sabe quién es el señor que ha alquilado este coche? ¿Conoce a Mr. McCoy? —dijo Quigley, señalando con el mentón hacia el asiento trasero.

Por el retrovisor, el asiático buscó los ojos de Sherman y volvió a establecer contacto.

—Jajajajaja. —Después se calló.

—No se preocupe —dijo Quigley—. Se está más seguro en medio de una manifestación que al borde de un abismo.

El conductor miró a Quigley y emitió otro Jajajajaja.

A continuación se quedó *calladísimo*, tratando sin duda de decidir qué era más peligroso, el grupo de manifestantes que se aproximaba hacia ellos, o el Loco Asesino que estaba en el coche, apenas a unos centímetros de su todavía indemne cuello. Luego buscó otra vez los ojos de Sherman, los miró un momento, y a continuación se coló de un salto en el interior de la cavidad, con los ojos desorbitados de pánico.

—No pasará nada —le dijo Killian a Sherman—. Habrá muchos policías y podrán frenar a esa gentuza. Son Bacon y los suyos, la misma pandilla de siempre. ¿Crees que a los vecinos del Bronx les importa en realidad lo que ocurra? No te hagas ilusiones, porque les da lo mismo. Los manifestantes son los mismos profesionales de las demás veces, que se han plantado aquí para hacer su número de siempre. Es un espectáculo, ni más ni menos. Lo que tienes que hacer es mantener la boca cerrada y mirar al frente. Esta vez se van a llevar una sorpresa.

Cuando el coche se acercaba a Walton Avenue, Sherman vio la muchedumbre desde bastante cerca. El gentío se encontraba junto a la base del edificio de piedra arenisca. Sherman alcanzó a oír una voz que hablaba a través del megáfono. El gentío contestaba con una especie de cántico. El hombre que gritaba a través del megáfono parecía estar situado en lo alto de la escalinata que daba a la calle Ciento sesenta y uno. Entre aquel mar de caras asomaban algunas cámaras de televisión.

—¿Quieren que pare? Jajajajaja —dijo el conductor.

—Siga adelante —dijo Quigley—. Ya le diré yo cuándo tiene que parar.

—Jajajaja.

—Entraremos por una puerta lateral —le dijo Killian a Sherman. Luego, dirigiéndose al conductor—: ¡Métase por la primera calle a la derecha!

—¡Cuánta gente! Jajajaja.

—Métase por la primera a la derecha, y olvídense de la gente —dijo Quigley.

—Agacha la cabeza —le dijo Killian a Sherman—. Como si estuvieras atándote los cordones de los zapatos.

El coche se metió por la calle que seguía la fachada lateral del gran edificio de piedra arenisca. Pero Sherman se mantuvo tieso en el asiento. A estas alturas, le daba igual. Nada importaba. *¿Cuándo empezará?* Se fijó en unas furgonetas de color azul y anaranjado, con las ventanillas protegidas por mallas metálicas. El gentío estaba invadiendo la calzada, pero los rostros estaban vueltos hacia la calle Ciento sesenta y uno. La voz del megáfono seguía lanzando su arenga, y la muchedumbre que se agolpaba en la escalinata contestaba con su canturreo.

—Ahora a la izquierda, rápido —dijo Killian—. Ahí. Deje el coche junto a ese cono rojo. Exacto.

El coche dobló en un ángulo de noventa grados y se dirigió en perpendicular hacia la acera. Por aquella zona rondaba un agente armado que recogió del suelo un cono fosforescente situado en mitad de una plaza de aparcamiento. Quigley sostenía con la mano izquierda una tarjeta que mantuvo pegada al parabrisas, al parecer con la intención de que la viese el agente. Otros cuatro o cinco agentes patrullaban por la acera, un poco más allá. Llevaban camisa blanca de manga corta, y de sus caderas colgaban unos revólveres gigantescos.

—Cuando abra la puerta, métete entre Ed y yo, y camina a buen paso.

Se abrió la puerta, y los tres se apearon rápidamente. Quigley iba a la derecha de Sherman; Killian a su izquierda. La gente de la acera les miró, pero no pareció reconocerles. Tres agentes con camisa de manga corta se interpusieron entre la muchedumbre y el grupo formado por Sherman, Killian y Quigley. Killian cogió a Sherman del brazo y le condujo hacia una puerta. Quigley cargaba con una pesada maleta. Un agente con camisa de manga corta montaba guardia en la puerta, pero se hizo a un lado para dejarles entrar en un vestíbulo débilmente iluminado por tubos fluorescentes. A la derecha, un portal parecía dar acceso a un pequeño almacén. Sherman llegó a distinguir las figuras encorvadas de algunas personas sentadas en los bancos del vestíbulo.

—Montando la manifestación en la escalinata principal, nos han hecho un favor —dijo Killian. Hablaba con voz aguda, muy tensa. Dos guardias les llevaron hasta un ascensor, en donde otro guardia mantenía abierta la puerta.

Una vez ellos tres en el ascensor, el guardia entró también y pulsó el botón del noveno piso.

—Gracias, Brucie —le dijo Killian al guardia.

—Vale. Pero debes agradecerse más bien a Bernie.

Killian miró a Sherman con una expresión que parecía insinuar: «¿No te lo había dicho?»

Una vez en el noveno piso, concentradas frente a una puerta con un rótulo que decía Sala 60, había numerosas personas que armaban mucho ruido. Unos cuantos agentes trataban de contenerlas.

¡Eh...! ¡Ahí está...!

Sherman miró al frente. *¿Cuándo empezará?* Un hombre se plantó de un salto delante de él. Un hombre blanco, alto, con el pelo rubio coronado por un alto copete. Llevaba un blazer y corbata azul marino, camisa a listas con cuello blanco. Era Fallow, el periodista. Sherman le había visto por última vez cuando estaba a punto de entrar en el Registro Central... *aquel horrible lugar...*

—¡Mr. McCoy! —*Esa voz.*

Con Killian a un lado y Quigley al otro, y Brucie, el guardia, abriendo paso, eran como una cuña andante. Dejaron a un lado, rozándole, al inglés, y se colaron por una puerta. Ya estaban en el juzgado. Un grupo de gente a la izquierda de Sherman... en los asientos reservados para el público... Negros... algunos blancos... En primer término se encontraba un negro alto con un aro de oro colgándole de una oreja. Fue éste quien se puso en pie, medio encorvado por la falta de espacio, y señaló con la mano a Sherman, diciendo en un susurro gutural y sonoro:

—¡Es él! —Luego, en voz más alta—: ¡A la cárcel! ¡Nada de fianzas!

¡Eeeeej...! ¡Es él...! ¡Miradle...! ¡A la cárcel...! ¡Nada de fianzas...!

¿Ahora? Aún no. Killian apretó el brazo de Sherman, y le dijo al oído:

—¡No hagas ningún caso!

—Sherrrrr-mannnn... Sherrrrrmannnn —Un canturreo monótono, en provocador falsete.

—¡SILENCIO! ¡SIÉNTENSE!

Era la voz más potente que Sherman había oído en su vida. Al principio creyó que se dirigía a ellos. Y se sintió horriblemente culpable, pese a que no había abierto la boca.

—¡COMO VUELVA A REPETIRSE, HARÉ DESPEJAR LA SALA! ¿ME HAN ENTENDIDO?

Desde el estrado del juez, bajo unas letras que decían EN DIOS CONFIAMOS, un hombrecillo flaco de nariz aguileña y cabeza muy calva, vestido con una toga de color negro, permanecía en pie junto a la mesa, con los puños apoyados en la superficie y los brazos completamente estirados, como si fuese un atleta preparado para iniciar una carrera de velocidad. Sherman se fijó en los blancos que asomaban bajo los iris de los llameantes ojos del juez, que miraban fieramente al público. Los

alborotadores gruñeron por lo bajo, pero se tranquilizaron.

El juez, Myron Kovitsky, siguió mirándoles fieramente.

—En esta sala sólo habla aquel a quien el tribunal le pida que hable. Y sólo juzga al acusado aquel que ha sido elegido para formar parte del jurado. Y sólo se pone en pie y pronuncia su testimonio aquel a quien el tribunal le pida que se ponga en pie y pronuncie su testimonio. ¡Hasta ese momento, todo el mundo SE MANTENDRÁ EN SILENCIO Y SENTADO! ¡Y EL TRIBUNAL... SOY YO! ¿ME HAN ENTENDIDO...? ¿Hay alguien que quiera discutir algún aspecto de lo que acabo de decir? ¿Hay alguien dispuesto a mostrar actitudes de desacato ante este tribunal? ¿Hay alguien que quiera pasar un tiempo como huésped del Estado de Nueva York, meditando en todo lo que acabo de decir? ¿ME-HAN-ENTENDIDO-BIEN?

Sus ojos describieron una panorámica por la sala, de izquierda a derecha y derecha a izquierda, y otra vez de izquierda a derecha.

—De acuerdo. Ahora que parecen ustedes haberlo entendido, confío en que sean capaces de presenciar el desarrollo de la vista como personas responsables. Si lo hacen así, bienvenidos a la sala. De lo contrario... ¡se arrepentirán ustedes de no haberse quedado en la cama! ¿Me-han-entendido-bien?

Su voz subió de volumen tan repentinamente, y hasta alcanzar una potencia tan desmesurada, que la gente pareció encogerse, temiendo que la ira de aquel furioso hombrecillo pudiese caer de nuevo sobre todos ellos.

Kovitsky se sentó y abrió los brazos. Su toga formó unas alas a sus lados. Luego bajó la cabeza. Incluso así se le veía el blanco de los ojos bajo los iris. La sala estaba ahora en silencio. Sherman, Killian y Quigley se habían situado junto a la balaustrada que separaba los asientos del público de la zona del tribunal propiamente dicha. Los ojos de Kovitsky se posaron en Sherman y Killian. También parecía estar furioso contra ellos. Kovitsky emitió un suspiro, como si le dieran asco.

Luego se volvió al secretario del tribunal, que estaba sentado a un lado. Sherman siguió la mirada de Kovitsky, y allí, en pie junto a la mesa alargada del secretario, vio a Kramer, el vicefiscal.

—Anuncie la vista —le dijo Kovitsky al secretario.

—Causa número 4-7-2-6, el Pueblo contra Sherman McCoy. ¿Quién representará a Mr. McCoy?

Killian se situó junto a la balaustrada y dijo:

—Yo.

El secretario le pidió que se identificara.

—Thomas Killian, del 86 de Reade Street.

Kovitsky dijo:

—Mr. Kramer, ¿tiene que presentar alguna moción en esta fase de la vista?

Kramer se acercó hacia el estrado. Caminaba como un jugador de rugby. Se

detuvo y, obedeciendo a inescrutables motivaciones, echó la cabeza hacia atrás, tensó el cuello, y luego dijo:

—Señoría, el procesado, Mr. McCoy, se encuentra actualmente en libertad bajo fianza de diez mil dólares, una cantidad insignificante para una persona que disfruta de tantos privilegios y que cuenta con tan amplios recursos financieros.

¡Eso...! ¡A la cárcel con él...! ¡Que pague.

Kovitsky se enfureció, bajó la cabeza. Las voces se acallaron hasta convertirse en un murmullo.

—Como su señoría sabe muy bien —dijo Kramer—, el gran jurado recomendó que se juzgue al procesado, acusándole de varios delitos graves: imprudencia temeraria, denegación de auxilio, y no haber dado parte del accidente a las autoridades. Pues bien, señoría, en la medida en que el gran jurado ha hallado ya suficientes indicios de culpabilidad como para recomendar que se le juzgue, el Pueblo cree que existen grandes posibilidades de que el procesado pretenda huir de la justicia, olvidándose de la fianza, dada su ridícula cuantía.

Eso... Muy bien... Ajá...

—Por lo tanto, señoría —dijo Kramer—, el Pueblo cree que este tribunal debe dar una señal muy clara, no sólo al reo sino también a toda la sociedad, de que el caso que nos ocupa es muy grave y será tratado con la máxima seriedad. El centro de este caso, señoría, es un joven, un joven ejemplar, Mr. Henry Lamb, que se ha convertido para los vecinos del Bronx en un símbolo no sólo de las esperanzas que sus habitantes tienen puestas en sus hijos e hijas, sino también de los horribles obstáculos a los que se enfrentan. Su señoría ya conoce el apasionamiento con el que esta comunidad está siguiendo el caso. Si esta sala tuviese mayor cabida, serían cientos y quizá hasta miles los vecinos del Bronx que se encontrarían aquí, como lo demuestra el hecho de que muchos de ellos se hallen ahora en los pasillos, junto a esta sala, e incluso en la calle, esperando.

¡Bien dicho...! ¡A la cárcel con él! ¡Sin fianza...! ¡Díselo, tío...!

¡MAZOMP!

Kovitsky descargó un martillazo que sonó como una explosión.

—¡SILENCIO!

El jaleo organizado por la muchedumbre fue acallándose hasta convertirse en un leve hervor.

Sin alzar la cabeza, con los iris flotándole en un mar de blanco, Kovitsky dijo:

—Vaya al grano, Mr. Kramer. Esto no es un mitin. No olvide que esto es una vista ante un tribunal de justicia.

Kramer vio que habían aparecido todas las señales de alarma. Los iris flotando en un espumeante mar blanco. La cabeza muy hundida. La nariz ganchuda apuntando amenazadoramente hacia él. Faltaba poquísimo para que Kovitsky estallara. Por otro

lado, pensó Kramer, no puedo dar ahora ningún paso atrás. No puedo ceder. La actitud mostrada por Kovitsky hasta ese momento —pese a que no fuese nada anormal para Kovitsky eso de ponerse a gritar, o su insistencia en recordarle a todo el mundo su autoridad— le perfilaba como enemigo de los alborotadores y del público en general. En cambio, la Oficina del Fiscal de Distrito le había mostrado a toda esa gente que merecía toda su confianza. Sí, Abe Weiss era amigo de los manifestantes. Larry Kramer era amigo de los manifestantes. El Pueblo era... *el pueblo*. Para eso estaba él allí. De modo que no le quedaba otro remedio que jugársela ante Kovitsky, ante aquellos furiosos ojos de Masada que en aquel mismo instante estaban taladrándole.

A Kramer le sonó rara su propia voz cuando por fin se decidió a proseguir:

—No lo olvido, señoría, pero tampoco debo olvidar la importancia que tiene este caso para el Pueblo, para todos los Henry Lamb del presente y del futuro, de este condado y de esta ciudad...

¡Díselo, hermano...! ¡Duro...! ¡Así...!

Antes de que Kovitsky estallase, Kramer se apresuró a continuar, alzando incluso más la voz:

—...y por lo tanto el Pueblo le pide a este tribunal que aumente la fianza en una proporción notable y significativa, y la fije en la suma de un millón de dólares... a fin de...

¡A la cárcel...! ¡Sin fianza...! ¡A la cárcel...! ¡Sin fianza...!

Los alborotadores reanudaron sus cánticos.

¡Dales caña...! ¡Un millón...! ¡Bieeen...!

El vocerío del público creció súbitamente, y culminó con la repetición a voz en grito del estribillo:

¡A la cárcel...! ¡Sin fianza...! ¡A la cárcel...! ¡Sin fianza...!

El martillo de Kovitsky se alzó un buen palmo por encima de su cabeza, y Kramer se encogió interiormente en espera de que el juez descargase el golpe.

¡MAZOMP!

Kovitsky miró furioso a Kramer, para después inclinarse hacia adelante y mirar al público.

—¡ORDEN EN LA SALA...! ¡CÁLLENSE DE UNA VEZ...! ¿DUDAN DE MI PALABRA...? —Sus iris iban de un lado para otro en el blanco y embravecido mar.

Cesaron los cánticos, y los gritos degeneraron en murmullos. Pero ciertas carcajadas, aquí y allá, indicaron que la gente se limitaba a esperar el momenro de intervenir otra vez.

—Los guardias de este tribunal...

—¡Señoría! ¡Señoría! —Era la voz de Killian, el abogado de McCoy.

—¿Qué ocurre, Mr. Killian?

La interrupción pilló por sorpresa al público. Todo el mundo calló.

—Señoría, ¿puedo aproximarme al estrado?

—De acuerdo, Mr. Killian. —Kovitsky le indicó con una seña que se acercara—. ¿Mr. Kramer? —Mr. Kramer también se aproximó al estrado.

El vicefiscal se encontraba ahora junto a Killian, aquel abogado de disparatada vestimenta, bajo la ceñuda mirada del juez Kovitsky.

—Bien, Mr. Killian —dijo el juez—. ¿Qué pasa?

—Señor juez —dijo Killian—, ¿es cierto que es usted el magistrado supervisor del gran jurado en este caso?

—Exacto —le dijo Kovitsky a Killian, pero en seguida se volvió hacia Kramer—. ¿Está usted sordo, Mr. Kramer?

Kramer permaneció mudo. No estaba obligado a contestar una pregunta así.

—¿Se ha embriagado usted oyendo los gritos de esa pandilla? —Kovitsky señaló al público pon el mentón.

—En absoluto, señor juez. De todos modos, no se puede llevar este caso como si fuese un caso corriente.

—En esta sala, Mr. Kramer, trataremos este caso de la puñetera forma que yo diga que hay que tratarlo. ¿Me ha entendido?

—Siempre se le entiende muy bien, señor juez.

Kovitsky le miró un momento más, tratando al parecer de averiguar si esta respuesta era o no insolente.

—Bien, entonces ya sabe que, como vuelva a decir más disparates del calibre de los que he tenido que oír hasta ahora, muy pronto deseará no haberme conocido en su vida. ¿De acuerdo?

Con Killian de testigo, Kramer creyó que no era oportuno aceptar unas palabras así sin inmutarse, de modo que replicó:

—Mire, señor juez, me asiste el derecho a...

—¿De qué derechos me habla? —le interrumpió Kovitsky—. ¿Del derecho a hacer en mi sala la campaña electoral de Abe Weiss? ¡Y una mierda, Mr. Kramer! Dígale a Weiss que para hacer campaña alquile una sala de conferencias o convoque un rueda de prensa. O que se vaya a algún programa de televisión, qué coño.

Kramer estaba tan furioso que fue incapaz de abrir los labios. Tenía el rostro completamente rojo. Por fin, entre dientes, logró decir:

—¿Es todo, señor juez?

Y, sin esperar la respuesta, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¡Mr. Kramer!

Kramer frenó en seco y giró sobre sus talones. Echando chispas, Kovitsky le llamó por señas.

—Tengo entendido que Mr. Killian tiene que formular una pregunta. ¿Pretende

acaso que la oiga solamente yo?

Kramer se limitó a apretar las mandíbulas y escuchar.

—Bien. Mr. Killian, diga lo que tenga que decir.

—Señor juez —dijo Killian—, me hallo en posesión de unas pruebas que tienen una gran trascendencia, no sólo en relación con la fianza que ha solicitado Mr. Kramer, sino también con la validez misma de la acusación.

—¿Qué clase de pruebas?

—Tengo grabaciones de una conversación entre mi cliente y uno de los principales testigos del caso. En esas grabaciones hay ciertas frases que hacen muy probable que uno de los testigos que intervino ante el gran jurado faltase a la verdad.

¿Qué coño estaba pasando? Kramer intervino:

—Señor juez, esto es absurdo. Tenemos una acusación válida, emitida por el gran jurado. Si Mr. Killian tiene que...

—Espere, Mr. Kramer —dijo Kovirsky.

—... discutir algún aspecto de las sesiones del gran jurado, debe utilizar el procedimiento establecido...

—Le digo que espere. Mr. Killian afirma poseer pruebas...

—¡Pruebas! ¡Esta sesión no se ha convocado para presentar pruebas, señor juez! El defensor no puede presentarse aquí con la historia de que no acepta la decisión del gran jurado ¡Y usted no puede...!

—¡MR. KRAMER!

Al oír que el juez alzaba la voz, el público reaccionó con nuevos murmullos desaprobadores. El ruido comenzó a crecer.

De nuevo, los ojos flotando en el mar turbulento:

—Mr. Kramer, ¿sabe cuál es su problema? Su problema es que no sabe escuchar, joder, hombre, a ver si presta un poco más de atención. ¿Está sordo?

—Señor juez...

—¡A callar! Este tribunal escuchará las Pruebas que aporte Mr. Killian.

—Señor juez...

—Y lo hará en secreto.

—¿En secreto? ¿Por qué?

—Dice Mr. Killian que tiene unas grabaciones. Las escucharemos primero en secreto.

—Mire, señor juez...

—¿No quiere hacer nada en secreto, Mr. Kramer? ¿Teme lo que pueda ocurrir si no cuenta con su apasionado público?

Enfurecido, Kramer bajó la vista y sacudió desanimado la cabeza.

Sherman seguía junto a la balaustrada, con Quigley a su espalda, cargando todavía con la pesada maleta. Pero Sherman notaba sobre todo otra presencia, la de

ellos... ¿Cuándo empezará? Siguió mirando al grupo de tres personas del estrado. No se atrevía a desviar los ojos de allí. Hasta que, de nuevo, empezó el vocerío. Gritos que salían desde atrás, en un amenazador cántico.

—¡Se te acabó el chollo, McCoy!

—¡Te llegó la última cena!

—¡El último suspiro! —En falsetre.

A ambos lados, fuera de su campo de visión, había varios guardias. Pero no hacían nada por acallar esas voces. ¡Están tan asustados como yo! El mismo falsete de antes:

—¿Tiemblas, McCoy?

Tiemblas. Evidentemente, esta ocurrencia gustó mucho al resto del público. Otras voces, imitando el primer falsete, se lanzaron al ataque.

—¡Sheeerr-maaaannnn! ¡Tieeembla!

—¡Tieeembla!

Risillas, carcajadas.

Sherman siguió mirando fijamente hacia el estrado, pues allí parecía residir su última esperanza. Como si respondiera a su súplica, en este momento el juez le miró directamente, dijo:

—Mr. McCoy, ¿quiere acercarse un momento?

Cuando Sherman comenzó a caminar se elevó un coro de falsetes y murmullos. Una vez cerca del estrado, oyó al vicefiscal, Kramer, que decía:

—No lo entiendo, señor juez. ¿De qué sirve contar con la presencia del reo?

—Él es quien presenta la prueba —dijo el juez—. Por otro lado, no quiero que se quede aquí, en medio de este jaleo. ¿Le parece bien que nos acompañe, Mr. Kramer?

Kramer se mantuvo en silencio. Lanzó una mirada furiosa al juez, y luego otra a Sherman.

—Mr. McCoy —dijo el juez—, vamos a pasar a mi antecámara, Mr. Killian, Mr. Kramer y yo.

Dio tres golpes con su martillo, y se dirigió a la sala:

—Este tribunal se reunirá ahora en secreto con el representante del Pueblo y con el representante del reo. Durante mi ausencia, quiero que todo el mundo le guarde el DEBIDO RESPETO a esta sala. ¿Me han entendido?

Los murmullos del público fueron creciendo hasta transformarse en un furioso hervor, pero Kovitsky decidió hacer caso omiso, se levantó, y bajó del estrado. El secretario se puso también en pie y fue a reunirse con él. Killian le guiñó un ojo a Sherman, y a continuación regresó hacia la balaustrada. El juez, el secretario, el asesor jurídico del juez y Kramer se encaminaron hacia una puerta situada en la pared del estrado. Killian regresó, cargado con la maleta, y le hizo una seña a Sherman, indicándole que siguiera también los pasos de Kovitsky. Uno de los guardias, con su

enorme volumen de grasa encabalgado sobre el bajo cinturón del que colgaba el revólver, cerró la fila.

La puerta daba acceso a una habitación de aspecto absolutamente distinto del de la sala, y que apenas si respondía a su pomposo nombre de «antecámara». En realidad se trataba de una habitación pequeña y triste, sucia, desnuda, pintada de un tono vainilla oficial, con numerosos desconchados y lugares en donde la pintura se arrugaba y enrollaba sobre sí misma, como un pellejo. Lo único solemne era el techo, extraordinariamente alto, también la ventana, de casi dos metros y medio, que inundaba la estancia de luz diurna. El juez tomó asiento junto a un viejo escritorio metálico. El secretario se sentó a otro escritorio. Kramer, Killian y Sherman se instalaron en sendas sillas de madera, pesadas y antiquísimas. El asesor jurídico de Kovitsky y el guardia se quedaron en pie, apoyados contra una pared. Luego entró un hombre alto provisto de la estenotipia portátil que usan los taquígrafos judiciales. A Sherman le sorprendió muchísimo que aquel caballero fuese tan bien vestido. Americana de tweed verde pardo, impecable camisa blanca, corbata rojo madeira, pantalones de franela negra, y mocasines. Recordaba a uno de esos catedráticos de Yale que cuentan con un amplio patrimonio personal.

—Mr. Sullivan —le dijo Kovitsky—, será mejor que se traiga su silla.

Mr. Sullivan salió, y al poco rato regresó con una silla baja de madera. Se sentó, preparó la máquina, miró a Kovitsky y le hizo un gesto de asentimiento.

Kovitsky dijo entonces:

—Bien, Mr. Killian, afirma usted poseer una información que está directa y seriamente relacionada con las sesiones del gran jurado sobre este caso.

—Exacto, señor juez —dijo Killian.

—De acuerdo —dijo Kovitsky—. Quiero oír lo que tenga que decir, pero debo advertirle de una cosa: mejor será que la moción que piensa presentar no sea una frivolidad.

—No es ninguna frivolidad, señor juez.

—Porque si lo fuese, pienso hacerle poquísimo caso, menos del que en los largos años que llevo de juez le haya jamás hecho a ninguna moción. ¿Me ha entendido?

—Desde luego, señor juez.

—Bien. ¿Está preparado para presentar esa información en este momento?

—Lo estoy.

—Entonces, adelante.

—Hace tres días, señor juez, recibí una llamada telefónica de Maria Ruskin, viuda de Ruskin, diciendo que quería hablar con Mr. McCoy. Según mis informaciones, y según las noticias que ha dado la prensa, Mrs. Ruskin ha dado testimonio ante el gran jurado que se ocupó de este caso.

—¿Es cierto? —le preguntó Kovitsky a Kramer.

—Dio testimonio ayer —dijo Kramer.

—De acuerdo —le dijo el juez a Killian—. Siga.

—Pues bien. Fijé una cita entre Mrs. Ruskin y Mr. McCoy y, a petición mía, Mr. McCoy acudió al encuentro llevando consigo, de forma oculta, todo lo necesario para grabar la conversación, con el fin de tenerla registrada. El encuentro se produjo en un apartamento de la calle Setenta y siete Este que, al parecer, le sirve a Mrs. Ruskin para... ejeeem... ciertos encuentros privados... En fin, me encuentro en posesión de una cinta magnetofónica en la que está grabada esa charla, y la he traído conmigo. Creo que este tribunal debería conocer el contenido de esa grabación.

—Un momento, señor juez —dijo Kramer—. ¿Está diciendo el defensor que su cliente fue a ver a Mrs. Ruskin con una magnetofón *oculto*?

—Eso parece —dijo el juez—. ¿Es así, Mr. Killian?

—Exacto, señor juez —dijo Killian.

—En tal caso, quiero presentar una objeción, señor juez —dijo Kramer—, y quiero que conste en acta. Me parece que éste no es el momento más adecuado para una moción de este tipo, y, por otro lado, no hay modo de comprobar la autenticidad de esa grabación que Mr. Killian afirma poseer.

—Mire, Mr. Kramer, primero escucharemos esa cinta, para saber qué contiene. Juzgaremos si, de entrada, merece ser tomada en consideración, y sólo luego empezaremos a preocuparnos de todos los demás aspectos de la cuestión. ¿Le parece bien así?

—No, señor juez, no entiendo cómo puede usted...

El juez, en tono desafiante:

—Ponga la cinta, señor defensor.

Killian abrió la maleta, sacó de ella un enorme magnetofón, y lo colocó sobre la mesa de Kovirsky. Luego puso una cinta. Era una cinta diminuta. En cierto sentido, aquella cosa tan pequeña parecía un símbolo de la sordidez y la deshonestidad del acto por medio del cual había sido obtenida.

—¿Cuántas voces se oyen en esta grabación? —preguntó Kovitsky.

—Solamente dos, señor juez —dijo Killian—. La de Mr. McCoy y la de Mrs. Ruskin.

—¿Tendrá suficiente claridad el sonido como para que Mr. Sullivan entienda bien lo que se dice?

—Creo que sí —dijo Killian—. Ah, se me había olvidado, señor juez. Al principio se oirá a Mr. McCoy hablando con el conductor del coche que le llevó hasta el lugar en donde se encontró con Mrs. Ruskin. Al final también volveremos a oírle hablar con ese mismo conductor.

—¿Y quién es el conductor?

—Trabaja para la empresa de alquiler de automóviles contratada por Mr. McCoy.

No quise hacer ningún tipo de cortes en la grabación.

—Ajá. Bien, póngala.

Killian conectó el magnetofón, y al principio sólo se oía ruido de fondo, un potente y confuso ruido del que, de vez en cuando, sobresalía algún claxon, y luego la sirena de un coche de bomberos. Después hubo una breve conversación con el conductor. ¡Cuántas trampas, cuántas mentiras! Sherman se sintió abrumado de vergüenza. ¡Y tendría que oír toda la cinta! El estenógrafo tomaría nota de todo, de cada una de las palabras que él iba pronunciando en el momento en que, haciendo contorsiones, trataba de sortear a Maria y negar lo obvio, a saber, que él era un tramposo bastardo que había ido al pisito de su amante con un micrófono oculto. ¿Hasta qué punto se notaría todo eso en su tono de voz? Se notaría muchísimo. Quedaría demostrada su vileza.

La cinta hizo oír ahora el sonido del timbre de un portero automático, el *clic-clic-clic* de la apertura eléctrica del cerrojo y —¿o sólo era su propia imaginación?— los quejidos de los peldaños a medida que su peso iba cayendo sobre ellos. Después, una puerta que se abría... y la voz alegre y confiada de Maria: «Uuuuh... ¿Te he asustado?» A lo que la voz pérfida de un actor que fingía despreocupación, una voz que apenas si reconoció como la suya, respondió: «No, no. Últimamente ha habido unos cuantos expertos en miedos que han ejercido todas sus habilidades conmigo.» Sherman miró a uno y otro lado. Los demás estaban con la cabeza gacha, mirando el suelo, o el magnetofón o la mesa del juez. Hasta que captó la mirada del guardia, fija en él. ¿Qué debía de estar pensando aquel hombre? ¿Y los otros, los que evitaban mirarle? ¡Claro! No tenían ninguna necesidad de mirarle... porque ya se habían colado en la cavidad, rondaban por allí como les daba la gana, encantados de oír las palabras de aquel malísimo actor. Los largos dedos del estenógrafo bailaban sobre las teclas de su delicada máquina. Sherman sintió una tristeza paralizadora. Abrumadora. En aquella triste habitacioncilla había otros siete hombres, otros siete organismos, kilos y kilos de tejidos y huesos, respiraciones, sangre bombeada por los corazones, cuerpos que quemaban calorías, que procesaban nutrientes, que expulsaban los agentes contaminantes, las toxinas, impulsos nerviosos transmitidos rápidamente, siete desagradables y sombríos animales calientes que estaban echando raíces, a cambio de dinero, en una cavidad absolutamente pública, en un lugar que antaño él había creído que era su alma.

Kramer se moría de ganas de mirar a McCoy, pero decidió comportarse de forma distante y profesional. ¿Qué aspecto tienen las ratas cuando se escuchan a sí mismas actuando como ratas traicioneras en una habitación llena de gente que sabe que aquel ser es una rata... alguien capaz de ir a ver a su amante con un micrófono oculto? Inconsciente, pero profundamente, Kramer se sintió aliviado. Sherman McCoy, aquel *wasp*, aquel aristócrata de Wall Street, aquel hombre mundano, aquel ex alumno de

Yale, era una rata de la misma baja ralea que cualquiera de los traficantes de drogas a los que él mismo había equipado con micrófonos ocultos para que con ellos traicionasen a los miembros de su misma especie. No. McCoy era una rata peor incluso. Los camellos no esperaban gran cosa de sus colegas. En cambio, en las alturas sociales donde se movía McCoy, en esos pináculos de la moral y las buenas costumbres, en esa estratosfera gobernada por *wasps* de labio fino, nadie, era de suponer, se tomaba en broma el concepto del honor. Sin embargo, cualquiera de esos seres, en cuanto se veían arrinconados, acorralados, se convertía en una rata tan rápidamente como los seres que vivían en la escoria. Y esto era un alivio, porque Kramer se había sentido turbado desde que oyó ciertas palabras de Bernie Fitzgibbon. ¿Y si el caso no se había investigado suficientemente? Maria Ruskin había corroborado ayer mismo el testimonio de Roland ante el gran jurado, pero Kramer sabía en el fondo que él la había forzado a que lo hiciese. Kramer la había metido en una situación en la cual...

Prefirió dejar la idea en suspenso.

Saber que McCoy no era, al fin y al cabo, más que una rata le tranquilizó notablemente. McCoy había quedado pillado en esta trampa porque ése era su medio natural, las repugnantes aguas en las que nadaba su débil carácter.

Tras haberse dicho a sí mismo que su actitud era plenamente justa, Kramer se permitió el lujo de alimentar el resentimiento que le provocaba personalmente aquel pseudoaristócrata que, sentado apenas a un metro de él, llenaba la habitación de su olor a rata. Mientras escuchaba las dos voces de la cinta, el timbre aristocrático de McCoy, y el canturreo sureño de Maria Ruskin, no tuvo que hacer un gran esfuerzo de imaginación para representarse visualmente la escena. Las pausas, las respiraciones, el rumor de ropa... McCoy, la rata, había cogido entre sus brazos a aquella tía cachonda... Y mientras proseguía la cita de aquella pareja —aquellas dos criaturas de la mejor zona de la ciudad tenían apartamentos especiales para sus *placeres...*—, se acordó de que él todavía andaba buscando, en su mente y en sus bolsillos, un lugar donde dar rienda suelta a los sentimientos que le inspiraba Miss Shelly Thomas. La Bella y la Rata siguieron hablando... Hubo una pausa cuando ella dejó la habitación para ir a preparar una copa, y luego sonó un ruido estridente: al parecer, ella había rozado el micrófono. La Rata. Volvieron a oírse sus voces, y luego ella dijo: «... Hay montones de personas a las que les gustaría oír *esta* conversación.»

Ni siquiera Kovitsky resistió la tentación de alzar la vista y mirar a los presentes cuando oyó estas palabras, pero Kramer se negó a sonreírle siquiera.

La voz de Maria Ruskin siguió parloteando. Ahora se quejaba de su matrimonio. ¿Adónde diablos llevaba esta grabación? Las quejas de la mujer eran aburridas. Se había casado con un anciano. ¿Y qué esperaba? Kramer podía verla, como si estuviese con ellos, en esta misma habitación. La forma lánguida con que cruzaba las

piernas, la leve sonrisa, el modo en que te miraba a veces...

De repente hubo algo que le sobresaltó:

«Hoy ha venido a mi casa un tipo de la Oficina del Fiscal de Distrito del Bronx, con dos inspectores.» Y luego: «Un pomposo bastardo de mierda.»

Joder... Se quedó atónito. Un insoportable sofoco le subió por toda la cara. Lo que más le ofendía era lo de «pomposo». Qué trato tan despectivo —él y sus esternocleidomastoideos— ...Alzó la vista, buscando la mirada de los demás, dispuesto a ponerse a la defensiva si alguien reía ante aquel insulto. Pero nadie levantó la mirada, y menos que nadie McCoy, a quien hubiese podido estrangular allí mismo.

«Echaba la cabeza hacia atrás y ponía tensos sus músculos del cuello, así, y me miraba con sus ojillos. Menudo monstruo.»

El rostro de Kramer estaba ahora de un rojo vivísimo, encendido, a punto de estallar de rabia y, más que de rabia, de consternación. Uno de los presentes emitió un sonido que podía ser de tos, pero también de risilla. Kramer no tuvo arrestos como para tratar de investigarlo. *¡Put!*, dijo mentalmente, y de todo corazón. Sin embargo, su sistema nervioso decía: *¡Caprichosa destructora de mis más dulces esperanzas!* En la pequeña habitación llena de gente Kramer estaba sufriendo la grave herida que sienten los hombres cuando su ego pierde la virginidad... lo mismo que les ocurre cuando alcanzan a oír por vez primera la auténtica y sincera opinión que una mujer bella tiene de su masculinidad.

Pero lo que vino a continuación fue peor incluso.

«Lo explicó todo muy claro, Sherman —dijo la voz de la cinta—. Me dijo que si doy testimonio contra ti y confirmo lo que dice el otro testigo, me concederá la inmunidad. Y añadió que, si no hago lo que me propone, me tratará como a un cómplice, y me acusará de todos esos delitos... *mayores*.»

Y luego:

«Me dio fotocopias de todo lo que han ido publicando los diarios. Prácticamente me dijo cómo debía leerlas. Éstas son las que dicen la verdad. Y estas otras las que dicen las mentiras que tú te has inventado. Y él da por supuesto que yo voy a confirmar las primeras. Si digo lo que pasó en realidad, iré a la cárcel.»

¡Put! mentirosa! Era cierto que él la había acorralado, pero Mrs. Ruskin exageraba.

—¡Señor juez! —estalló por fin.

Kovitsky alzó la mano, con la palma hacia afuera, y la cinta siguió girando.

La voz del vicefiscal sobresaltó a Sherman, que vio el ademán con el que el juez le hacía callar. De modo que Sherman comenzó a prepararse para lo que venía a continuación.

«Ven aquí, Sherman.» La voz de Maria.

Sherman volvió a *sentir* otra vez ese momento, ese momento y el horrible forcejeo que hubo después...

«Sherman. ¿Qué te pasa? ¿Te ocurre algo en la espalda?»

Pero eso era sólo el principio... Su propia voz, su voz horriblemente barata: «No sabes cuánto te he echado de menos, cuánto te he necesitado.» Y después ese sonido espantoso, el sonido delator... y Sherman pudo oler de nuevo el aliento de Maria, pudo notar de nuevo el tacto de las manos de Maria en su espalda.

«Sherman... ¿Qué llevas en la espalda?»

Las palabras emponzoñaron la habitación con un chorro de vergüenza. Sherman sintió deseos de desaparecer. Se hundió en su silla, con el mentón caído contra el pecho.

«Sherman. ¿Qué es eso...?» Maria hablando en voz cada vez más alta, y él negándolo, y los forcejeos, los jadeos y gritos de ella... «¡Un *cable*, Sherman!» «¡Me haces... daño!» «¡Sherman... asqueroso traidor hijoputa!»

¡Cierto, Maria! ¡Espantosamente cierto!

Kramer estuvo escuchando todo aquello sumido en un atormentado sofoco. La Puta y la Rata... Su cita había ido degenerando hasta convertirse en una sórdida pelea de rata contra puta. *Un pomposo bastardo de mierda. Menudo monstruo. Y ponía tensos los músculos del cuello, así.* Maria Ruskin se había burlado de él, le había humillado, tomado el pelo, calumniado... le había expuesto a ser acusado de soborno a un testigo y animarle a cometer perjurio.

A Sherman le dejaron pasmados sus propios jadeos desesperados, repetidos ahora por la pesada máquina que estaba en la mesa del juez. Eran unos ruidos mortificantes. Ruidos de dolor, de pánico, de cobardía, de debilidad, de engaño, de vergüenza, de indignidad: todo eso a la vez, seguido de las zancadas del cobarde que huye. Se oyó el ruido de su precipitado descenso por la escalera. Sabía que todos los presentes podían verle en su cobarde huida, saliendo de allí a toda prisa, con el magnetofón colgándole entre las piernas.

Cuando finalmente terminó la cinta, Kramer había logrado emerger bajo el tremendo peso de su vanidad ofendida, y recapacitar.

—Señor juez —dijo—. No entiendo qué...

—Un momento —le interrumpió Kovitsky—. Mr. Killian, rebobine esa cinta. Quiero escuchar otra vez la parte de la conversación que trata del testimonio de Mrs. Ruskin.

—Pero señor juez...

—Mr. Kramer, vamos a oírlo otra vez, y punto.

Lo escucharon otra vez.

Las palabras pasaban junto a Sherman sin afectarle. Seguía hundido en su propia ignominia. No podía mirarles a la cara.

—Bien, Mr. Killian —dijo Kovitsky—, ¿qué conclusiones cree usted que debe sacar este tribunal de todo eso?

—Señor juez —dijo Killian—, esa mujer, Mrs. Ruskin, recibió instrucciones de acuerdo con las cuales debía dar cierto testimonio en el que debía omitir algunos detalles, bajo la amenaza de sufrir graves consecuencias en caso de que no lo hiciera así. O, como mínimo, ella creía que sufriría graves consecuencias, lo que viene a ser lo mismo. Además...

—¡Eso que dice es absurdo! —dijo Kramer, el vicefiscal. Estaba sentado en el extremo del asiento y, con la cara enrojecida y una expresión de furia incontenible, señalaba con su grueso índice al defensor.

—Espere. Déjele terminar —dijo el juez.

—Además —prosiguió Killian—, tal como acabamos de oír, Mrs. Ruskin tenía sobrados motivos para dar un testimonio falso, no sólo para protegerse a sí misma sino también para herir a Mr. McCoy, contra quien lanza insultos inequívocos... «Asqueroso traidor hijoputa...»

El asqueroso traidor hijoputa volvió a sentirse tan mortificado como antes. ¿Podía haber algo más mortificante que la pura verdad? Una pelea a gritos estalló entre el vicefiscal y Killian. ¿Qué decían? Ante la verdad, ante la triste y vergonzosa verdad, nada de lo que dijeran tenía importancia.

—¡CÁLENSE! —rugió el juez. Se callaron los dos—. En este momento no me interesa lo del soborno, Mr. Kramer. Olvide esa parte del asunto. En cambio, creo que existe la posibilidad de que el testimonio que oyó el gran jurado estuviese viciado de nulidad.

—¡Ridículo! —dijo Kramer—. Esa mujer tuvo dos abogados a su lado, en todo momento. ¡Ellos le dirán qué fue lo que yo le dije!

—Si es necesario, se lo preguntaré a ellos. Pero no me preocupa tanto lo que usted dijo como qué pensaba ella en el momento de dar testimonio ante el gran jurado. ¿Entendido, Mr. Kramer?

—No, señor juez. No lo entiendo, y...

—Señor juez —interrumpió Killian—. Tengo otra cinta.

—Bien —dijo Kovitsky—. ¿Qué tiene esa segunda cinta?

—Señor juez...

—No interrumpa, Mr. Kramer. También usted tendrá oportunidad de decir lo que tenga que decir. Adelante, Mr. Killian. ¿Qué contiene esa nueva cinta?

—Una conversación que, según me ha informado Mr. McCoy, sostuvo él mismo con Mrs. Ruskin hace veintidós días, después de la aparición de la primera noticia de la prensa sobre las heridas sufridas por Henry Lamb.

—¿En dónde se celebró esa conversación?

—En el mismo lugar que la primera, señor juez. En el apartamento de Mrs.

Ruskin.

—¿También se hizo esta grabación sin que ella lo supiese?

—Exacto.

—¿Y qué relación tiene esta cinta con lo que aquí nos ocupa?

—Esa otra cinta contiene la versión que dio Mrs. Ruskin del accidente por su propia voluntad, sin que Mr. McCoy la forzase a hacerlo. El contenido de esta cinta refuerza los interrogantes que pesan sobre el carácter de la declaración que dio Mrs. Ruskin ante el gran jurado.

—¡Esto es una locura, señor juez! ¡Ahora resulta que el reo anda por la vida con un micrófono oculto! Ya sabemos que es una rata, por decirlo con la jerga callejera, de modo que ¿por qué vamos a creernos...?

—Cálmese, Mr. Kramer. En primer lugar, vamos a escuchar la grabación. Después valoraremos su contenido. De momento estamos solamente estudiando las cintas. Adelante, Mr. Killian. Espere. Primero quiero tomarle juramento a Mr. McCoy.

Cuando los ojos de Kovitsky se encontraron con los suyos, Sherman apenas si pudo sostener su mirada. Ante su propia sorpresa, se sentía horriblemente culpable por lo que iba a hacer. Estaba a punto de cometer perjurio.

Kovitsky le dijo al secretario, Bruzzielli, que le tomase juramento a McCoy, y luego le preguntó al reo si era cierto que había hecho las grabaciones en las fechas y circunstancias que había mencionado Killian. Sherman dijo que sí, se forzó a sostener la mirada de Kovitsky, y se preguntó si se le notaba la mentira en la cara.

«Lo sabía. Lo sabía. Tendríamos que haber ido inmediatamente a la policía.» Así empezaba la nueva grabación.

Sherman apenas fue capaz de escucharla. ¡Lo que estoy haciendo es ilegal...! Sí... pero lo hago en nombre de la verdad... Esto no es más que un camino subrepticio que conduce a la verdad... Esta conversación es la misma que sostuvimos ella y yo... Cada palabra, cada sonido, todo es verdad... Sería mucho más deshonesto que esta conversación quedase ignorada... Sí... ¡pero estoy cometiendo un acto ilegal! Los pensamientos de Sherman no cesaron de dar vueltas mientras la cinta iba avanzando... Y Sherman McCoy, que se había prometido a sí mismo actuar como el animal que era en el fondo, descubrió una cosa que muchos habían descubierto antes que él. Entre los chicos y chicas de buena familia, la culpa y el instinto que impulsan a obedecer la ley se convierten en actos reflejos, en fantasmas inerradicables de la máquina.

Antes incluso de que el gigante hasídico hubiese comenzado a bajar la escalera, y de que las carcajadas de Maria hubiesen dejado de sonar en esta descuidada habitacioncita judicial del Bronx, Kramer, el fiscal, se puso a protestar rabiosamente.

—Señor juez, no puede usted permitir...

—Ya le daré oportunidad de hablar a su debido tiempo.

—...que este truco barato...

—¡Mr. Kramer!

—...influya...

—¡MR. KRAMER!

Kramer se calló.

—Bien, Mr. Kramer —dijo Kovitsky—, estoy seguro de que reconoce la voz de Mrs. Ruskin. ¿Está de acuerdo en que esa voz era la de ella?

—Es probable. Pero el problema no es éste. El problema...

—Un momento. Suponiendo que sea así, ¿difiere lo que acaba de decir Mrs. Ruskin de lo que ella misma dijo como testigo ante el gran jurado?

—¡Esto es ridículo, señor juez! Qué sé yo lo que pasa en esa cinta...

—¿*Difiere o no*, Mr. Kramer?

—No es lo mismo.

—Decir que *no es lo mismo*, ¿equivale a decir que *difiere*?

—Señor juez, no podemos saber en qué condiciones fue obtenida esta grabación...

—Pero, de acuerdo con las apariencias, Mr. Kramer, ¿difiere o no del testimonio prestado por Mrs. Ruskin ante el gran jurado?

—*En apariencia*, difiere, sí. Pero no puede usted permitir que este truco barato — y señaló despectivamente hacia McCoy— influya en su...

—Mr. Kramer ...

—... actitud. —Kramer notó que Kovitsky comenzaba a bajar gradualmente la cabeza. Y que ya asomaba el blanco bajo sus iris. El mar estaba espumeando. Pero Kramer fue incapaz de contenerse—: ¡La cuestión es que el gran jurado ha emitido una decisión completamente válida! Usted... ¡Esta reunión no tiene jurisdicción...

—Mr. Kramer ...

—... sobre las deliberaciones de un gran jurado!

—¡GRACIAS POR SUS CONSEJOS, MR. KRAMER!

Kramer se quedó congelado, incapaz de cerrar la boca.

—Permítame que le recuerde —dijo Kovitsky— que soy el juez que ha presidido ese gran jurado, y que no me seduce la idea de que el testimonio que prestó ante ese gran jurado uno de los testigos más importantes estuviera viciado de nulidad.

Sacando humo hasta por las orejas, Kramer sacudió la cabeza:

—Ni una sola palabra de las que estos dos... *individuos* —volvió a señalar con el dedo a McCoy— ... digan en su nidito de amor... —Y volvió a sacudir la cabeza, tan rabioso que fue incapaz de encontrar el modo de terminar la frase.

—A veces es precisamente en esas situaciones donde aparece la verdad, Mr. Kramer.

—¡La *verdad*! Dos millonarios, dos niños mimados, uno de los cuales lleva un micrófono oculto... ¡Intente explicárselo a los miembros de un jurado, señor juez...!

Tan pronto como hubo pronunciado estas palabras, Kramer supo que había cometido un error, pero no pudo reprimirse.

—¡Intente explicárselo a los miles de personas que están ahí afuera, en la calle, pendientes de cada palabra que se pronuncia en este caso! ¡Intente...!

Se interrumpió. Los iris de Kovitsky volvieron a flotar en el blanco y turbulento mar. Kramer creyó que el juez iba a estallar nuevamente, pero lo que hizo Kovitsky fue incluso peor. Sonrió. Mantenía la cabeza gacha, con su nariz aguileña apuntándole directamente, los iris planeando como un hidroavión sobre el océano espumoso... y sonreía.

—Gracias, Mr. Kramer. Así lo haré.

Para cuando el juez Kovitsky regresó a la sala, el público se lo estaba pasando en grande. Todo el mundo hablaba a voz en grito, reía a carcajadas, andaba de un lado para otro, demostrándoles a los guardias quién mandaba en realidad allí. El jaleo cedió un poco cuando entró Kovitsky, pero más que nada por curiosidad. Estaban todos muy interesados por el desarrollo de los acontecimientos.

Sherman y Killian se encaminaron a la mesa del defensor, situada frente al estrado, y en ese momento se reanudaron los cánticos en falsete.

—Sheermaaaaan...

Kramer estaba junto a la mesa del secretario, hablando con un hombre alto, blanco, vestido con un barato traje de gabardina.

—Ese es Bernie Fitzgibbon, un amigo mío en el que tú te negabas a confiar —dijo Killian. Sonreía. Luego, señalando a Kramer, añadió—: No pierdas de vista la cara de ese mamón.

Sherman miró fijamente, sin entender nada.

Kovitsky no había subido aún al estrado. Se quedó al lado de su secretario, el pelirrojo, diciéndole algo. El alboroto de los espectadores fue cobrando intensidad. Kovitsky se encaminó lentamente hacia el estrado, sin mirar al público. Luego permaneció en pie junto a su mesa, con la vista baja, como si estuviese buscando alguna cosa en el suelo.

Hasta que, de repente, ¡MAZOMP!, el *martillo*. Fue como una bomba.

—¡CÁLLENSE Y SIÉNTENSE DE UNA VEZ!

El público se quedó congelado por un momento, aturdido por el furioso volumen de la voz de aquel hombrecillo.

—¿INSISTEN USTEDES... EN DESAFIAR... A ESTE TRIBUNAL?

La gente comenzó a callar y todos fueron a ocupar sus asientos.

—Muy bien. Veamos. En el caso del Pueblo contra Sherman McCoy, el gran

jurado ha emitido un dictamen de acusación. De acuerdo con la autoridad que me compete, y como supervisor del gran jurado, ordeno, en interés de la justicia, el sobreseimiento provisional de este dictamen sin perjuicio de informe en contrario del fiscal de distrito.

—¡Señoría! —Kramer se había puesto en pie, y había levantado la mano.

—Mr. Kramer...

—Esta decisión causará daños irreparables, no solamente al proceso presentado por el Pueblo...

—Mr. Kramer...

—... sino también a la causa del Pueblo. Señoría, se encuentran hoy en esta sala —señaló con un amplio ademán a los espectadores— muchos miembros de la comunidad que se ha visto directa y vitalmente afectada por este caso. Y no creo que esta decisión le rinda tampoco un buen servicio a nuestro sistema de justicia penal...

—¡MR. KRAMER! ¡RÍNDALE UN BUEN SERVICIO A ESTE TRIBUNAL! ¡CÁLLESE DE UNA VEZ!

—Señoría...

—¡MR. KRAMER! ¡ESTE TRIBUNAL LE ORDENA QUE CIERRE EL PICO!

Kramer se quedó mirando a Kovitsky con la boca abierta, como si esas palabras le hubiesen paralizado hasta físicamente.

—Bien, Mr. Kramer...

—Señoría, quiero que quede registrado el hecho de que su señoría ha alzado la voz. De hecho, que ha gritado.

—Mr. Kramer... Voy a hacer algo más que alzar la voz, Y ALGO MÁS QUE GRITAR... ¿Cómo se atreve a esgrimir ante este tribunal el argumento de la actitud del vecindario? La ley no se somete a nadie, ni cuando son pocos ni cuando son muchos. Y este tribunal no se apartará de su camino por mucho que siga usted lanzando amenazas. Este tribunal recuerda muy bien su actuación, señor vicefiscal, ante el juez Auerbach. ¡Se atrevió usted, Mr. Kramer, a agitar una petición escrita como si se tratara de una pancarta! —Kovitsky alzó la mano e imitó la actitud de Kramer agitando un papel en el aire—. Y todo porque salía en la televisión, Mr. Kramer... Un dibujante hizo un boceto en el que usted aparecía blandiendo esa hoja de papel, como un Robespierre o un Danton cualquiera, ¡y esa imagen salió en la televisión! Se comportó usted como un agitador de masas, y es posible que entre los que han venido hoy a esta sala haya quienes SE DIVIRTIERON CON ESA COMEDIA, Mr. Kramer. Pues bien, voy a decirle una cosa, ¡CUIDADO CON AGITAR PANCARTAS EN ESTA SALA, NO VAYA A PERDER EL BRAZO QUE ALZA USTED CON TANTA FACILIDAD! ¿ENTENDIDO?

—Señoría, sólo pretendía...

—¿ENTENDIDO?

—Sí, señoría.

—De acuerdo. Pues voy a desestimar ese dictamen del gran jurado, sin perjuicio de que el fiscal vuelva a presentar el caso del Pueblo contra McCoy.

—¡Señoría! Repito que una decisión así causaría daños irreparables a esta causa. —Kramer farfulló sus palabras apresuradamente, para impedirle a Kovitsky que pudiera interrumpirle con su portentosa voz. De hecho, Kovitsky pareció haber sido pillado por sorpresa por la vehemencia y la osadía de las palabras del vicesfiscal.

Al verle tan aturdido, el público aprovechó la oportunidad para estallar de nuevo.

—¡Bien dicho...! ¡Chúpate ésa!

Uno de los miembros del público se puso en pie, luego le imitó otro, y a continuación otro y otro. El negro alto que llevaba un aro colgado de una oreja se puso en pie y alzó el puño en el aire.

—¡INJUSTICIA! —aulló—. ¡INJUSTICIA!

¡MAZOMP! El martillo estalló otra vez. Kovitsky se levantó, apoyó los puños sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—¡Que los guardias expulsen de aquí a ese individuo!

Y, acompañando sus palabras con el ademán, Kovitsky proyectó su índice hacia la primera fila del público, señalando al negro alto del aro en la oreja. Dos de los guardias de la sala, con sus camisas blancas de manga corta y sus revólveres del 38 en la cadera, se acercaron al alborotador.

—¡No tiene derecho a expulsar al Pueblo! —gritó aquel negro tan alto—. ¡No tiene derecho a expulsar al Pueblo!

—Quizá —dijo Kovitsky—. ¡Pero USTED va a largarse de aquí!

Los guardias se acercaron al hombre, uno por cada lado, y le empujaron hacia la salida. El negro volvió la vista hacia sus compinches, pero éstos parecían algo confusos. Seguían armando jaleo, pero sin atreverse a desafiar de nuevo el martillazo de Kovitsky.

¡MAZOMP!

—¡SILENCIO! —dijo Kovitsky.

En cuanto se hizo el suficiente silencio, Kovitsky miró a Fitzgibbon y a Kramer.

—Se suspende la sesión.

Los espectadores se pusieron en pie, y sus murmullos se transformaron gradualmente en sordos abucheos. Sin embargo, todos fueron desfilando hacia la salida, no sin dejar de dirigirle miradas asesinas a Kovitsky. Nueve guardias formaron una muralla de protección entre los bancos del público y la zona situada al otro lado de la balaustrada. Dos de los guardias apoyaban sin disimulo la mano en la culata de su revólver. Hubo algún que otro grito aislado, pero Sherman no llegó a distinguir qué decían. Killian se puso en pie y se dirigió hacia Kovitsky. Sherman le siguió.

De repente, atrás, hubo una tremenda conmoción. Sherman giró sobre sus talones.

Un negro muy alto había roto la muralla formada por los guardias. Era el que llevaba el pendiente en la oreja, el que había sido expulsado de la sala por Kovitsky. Al parecer, después de ser conducido hasta el pasillo exterior por los dos guardias, había vuelto a entrar, y parecía estar loco de furia. Había cruzado ya la balaustrada y se lanzó hacia Kovitsky, con una mirada llameante.

—¡MARICA DE MIERDA! ¡MARICA DE MIERDA!

Tres de los guardias abandonaron la formación que empujaba al público fuera de la sala. Uno de ellos agarró al negro alto del brazo, pero se le escapó.

—¡INJUSTICIA!

Los alborotadores comenzaron a revolverse frente a los guardias y trataron de colarse, como si quisieran averiguar hasta qué punto estaban dispuestos a utilizar la fuerza contra ellos. Sherman se quedó mirando la escena, paralizado. *¡Ahora empieza!* Una oleda de miedo... ¡de *expectación*...! *¡Ahora empieza!* Los guardias retroceden, tratando de interponerse entre la muchedumbre y el juez y demás funcionarios judiciales. Los manifestantes gruñen, gritan, van cobrando fuerza, como el vapor a presión, tratan de averiguar hasta dónde llega su propia fuerza, su propia valentía.

¡Buuuuuuu...! ¡Fuuuuuuueraaa...! ¡Juuuudíooo...! ¡Marica de mierda!

De repente, justo a su izquierda, Sherman capta la forma huesuda de Quigley. Se ha reunido con los guardias. Trata de empujar hacia atrás a la muchedumbre. En su rostro, una expresión de furia enloquecida.

—Vale, tíos, ya basta. Se acabó. Venga, tíos, a casa todo el mundo.

Les llama «tíos». Va armado, pero el revólver permanece oculto debajo de la americana de tweed. Los guardias ceden terreno lentamente. Siguen llevándose la mano a la culata del revólver. Fingen sacar, pero luego alzan de nuevo la mano, como si les aterrara la sola idea de lo que podría ocurrir allí si efectivamente llegaran a sacar sus armas y abrir fuego.

Empujones y codazos... Un tremendo alboroto... ¡Quigley...! Quigley agarra a uno de los alborotadores por la muñeca, le retuerce el brazo hasta doblárselo a la espalda, y después da un tirón hacia arriba —*¡Aaaaaaaajjj!*— mientras, de una patada, le hace doblar las piernas. Dos de los guardias, Brucie y otro que es muy gordo, siguen retrocediendo, olvidándose de Sherman, caminan medio encogidos, con la mano en la culata del revólver. Volviendo la cabeza hacia atrás, Brucie le grita a Kovitsky:

—¡Métase en el ascensor, señor juez! ¡No espere más, por Dios! ¡Métase de una vez!

Pero Kovitsky no da un paso. Mira desafiante a la muchedumbre.

El negro alto, el del pendiente de oro, se encuentra a un palmo de los guardias. No intenta dejarles atrás. Estira su largo cuello y proyecta la cabeza hacia el juez, a quien

le grita:

—¡Marica de mierda!

—¡Sherman! —Es Killian, que está a su lado—. ¡Vamos! ¡Bajaremos en el ascensor del juez!

Sherman ñora que Killian le tira del codo, pero tiene la sensación de haber echado raíces en el suelo. *¡Ahora empieza! ¿Qué necesidad tengo de aplazarlo?*

Todo se confunde. Alza la vista. Una figura furiosa con camisa azul de mecánico carga contra él. Un rostro contorsionado. Un dedo enorme, huesudo.

—¡Le ha llegado la hora a Park Avenue!

Sherman resiste. De repente... Quigley. Quigley se interpone entre los dos y, con una sonrisa absolutamente chiflada en el rostro, clava su nariz a medio centímetro de la de aquel tipo y le dice:

—¡Hola!

Sorprendido, el alborotador se queda mirándole, y, en ese momento, sin dejar de mirarle a los ojos ni de sonreírle, Quigley alza el pie izquierdo y lo deja caer luego con todas sus fuerzas sobre el dedo gordo del pie del otro. Un grito tremendo.

La muchedumbre se desmanda. *¡Buuuuu...! ¡A por él...! ¡A por él...!* Abriéndose paso a manotazos, Brucie le da un empujón al negro del pendiente, que sale disparado hacia un lado. De repente, en mitad de su caída, el negro se encuentra justo delante de Sherman. Se queda mirándole fijamente. Está sorprendido. ¡Cara a Cara! ¿Y ahora qué? El negro no hace nada. Sólo mira. Los ojos traspuestos... aterrados... de Sherman: *¡Ahora!* Sherman se encoge, se inclina lateralmente, sobre una cadera, empieza a volverle la espalda —*¡ahora! ¡ahora empezará!*—. Pero gira de nuevo hacia el hombre y descarga su puño contra el plexo del negro del pendiente.

—¡Uuuuuuu!

El enorme hijo de puta se hunde bajo el impacto, con la boca abierta, los ojos saliéndosele de las órbitas, la nuez agitada por convulsiones. Cae al suelo.

—¡Vamos! ¡Sherman! —Killian le tira del brazo. Pero Sherman está paralizado. No puede apartar la vista del negro del pendiente. Este sigue en el suelo, de costado, encogido, casi incapaz de respirar. El pendiente le cuelga del lóbulo en un ángulo extraño.

Dos formas empujan a Sherman hacia un lado. *Quigley*. Quigley sujeta a un joven blanco, muy alto, rodeándole el cuello con un brazo mientras que con la palma de la otra mano parece tratar de doblarle la nariz y metérsela dentro de su propia cabeza. El joven jadea y gime *Aaaaaaah, aaaaah*, y tiene la cara ensangrentada. La nariz le ha quedado como un pastel rojo. Quigley no deja de gruñir *Unnnnnnj unnnnnnj unnnnnnj*. Suelta al chico, que cae al suelo, y luego le aplasta el brazo con el tacón de su zapato. Un *Aaaaaah* espantoso. Quigley agarra a Sherman del brazo y le empuja hacia atrás.

—Larguémonos, Sherm. —*¡Sherm!*—. ¡Hay que salir de aquí cagando leches!

He descargado un puñetazo en su estómago, el tipo ha soltado un ¡Oooooo! y se ha desplomado en el suelo. Una última ojeada al pendulante pendiente...

Quigley le empuja hacia atrás mientras Killian tira de él.

—¡Vamos! —grita Killian—. ¿Te has vuelto completamente loco?

Sólo quedaba un breve semicírculo de guardias, reforzados por Quigley, entre el gentío y el grupo formado por Sherman, Killian, el juez, su secretario y el taquígrafo, que, hombro contra hombro, fueron metiéndose por el hueco que daba paso a la antecámara del juez. Los manifestantes eran muy numerosos, y tenían sobradas razones para estar fuera de sí. Uno de ellos intenta colarse también por la puerta... Brucie no consigue impedirselo... *Quigley...* Ha sacado el revólver. Lo alza en el aire, con el cañón apuntando al techo. Proyecta su cara contra la cara del manifestante que pretende colarse por la puerta.

—¡Vale ya, cabrón! ¿Quieres que te abra otro agujero en la nariz?

El tipo se queda congelado. Tan congelado como una estatua. Lo que le frena no es el revólver. Es la mirada de Quigley.

Transcurre un segundo... otro... No necesitan más. El guardia de voluminoso estómago abre la puerta del ascensor. Van entrando todos: Kovitsky, el secretario, el taquígrafo, Killian. Sherman entra también, retrocediendo de espaldas, con Quigley y Brucie. Estos dos forman un escudo con sus cuerpos. Todavía quedan otros tres guardias en la antecámara, preparados para desenfundar. Pero la muchedumbre ha perdido fuerza, la presión del vapor ha comenzado a ceder. Quigley. Su mirada. *Vale ya, cabrón. ¿Quieres que te abra otro agujero en la nariz?*

El ascensor comienza a bajar. En su interior hace un calor asfixiante. Todos se apretujan. *Aaah, aaaahh, aaaaahhb, aaaahhhh.* Sherman comprende que es él mismo quien hace ese ruido, intentando respirar, luchando por meterse un poco de aire en los pulmones. Él, y también Quigley, y Brucie, y el otro guardia, el gordo. *Aaaaaaah, aaaaabhhhhh, aaaaahhhhhh, aaaaaaaahhhhhhhh, aaaaahhhhhhhh.*

—Sherm. —Es Quigley, que habla entre jadeos—. ¡Has logrado acojonar... a ese... mamón...! ¡Sherm! ¡Has logrado acojonarle...!

Se desplomó en el suelo. Encogido. El pendiente pendulón. ¡Ahora...! ¡Y he vencido! Sherman se debatía entre un miedo helado —*¡vendrá a por mí!*— y una deliciosa expectación. *¡Otra vez! ¡Quiero hacerlo otra vez!*

—No deberían felicitarse... —Era Kovitsky, que hablaba en voz baja, muy serio—. Menudo desastre. No se imaginan siquiera el desastre que ha sido. No hubiese debido suspender la sesión tan pronto. Habría sido mejor hablar un poco con esa gente. Y ellos tampoco se lo imaginan. Ni siquiera se imaginan lo que han hecho.

—Señor juez —dijo Brucie—, esto no ha terminado todavía. También hay manifestantes en el vestíbulo, y en la calle.

—¿En qué lado?

—Sobre todo en la escalinata de la fachada, en la calle Ciento sesenta y uno. Pero también hay otro grupo en Walton Avenue. ¿Dónde está su coche, señor juez? —En donde siempre, en el pozo.

—Sería mejor que uno de nosotros fuera a buscarlo y lo trajese hasta la entrada de la Concourse.

Kovitsky reflexionó un momento.

—A la mierda. No pienso darles ese gusto.

—Ni siquiera van a enterarse, señor juez. No pretendo alarmarle, pero ahí afuera... Estarán hablando de usted, ya sabrán lo que ha ocurrido... Traen megáfonos.

—¿Ah, sí? —dijo Kovirsky—. ¿Sabe esa gentuza en qué consiste el delito de obstrucción a la justicia?

—Esa gentuza no tiene ni idea de eso... pero saben armar unos jaleos impresionantes.

—En fin, Brucie, gracias. —Kovitsky esbozó una sonrisa. Se volvió a Killian—, ¿Se acuerda de la vez que le ordené que abandonase el ascensor del juez? No tengo ni idea de cómo se coló.

Killian sonrió y asintió con la cabeza.

—Usted se empeñó en que no quería apearse, y yo le dije que eso era desacato, ¿se acuerda? Y usted me contestó: «¿Desacato? ¿Desacato al ascensor?» ¿Se acuerda?

—Claro que me acuerdo, señor juez. Pero preferiría que usted lo hubiese olvidado.

—¿Sabe por qué me enfurecí tanto? Porque tenía usted razón. Por eso me enfurecí.

Antes incluso de que el ascensor llegara al primer piso, todos pudieron oír el ¡BRAAAAAAAAAANNG! de la alarma.

—Joder, ¿qué loco habrá disparado la alarma? —dijo Brucie—. ¿Quiénes creen que vendrán a ayudarnos? A estas alturas, todos los guardias se habrán ido a sus puestos.

Kovitsky había adoptado de nuevo una expresión sombría. Y sacudía la cabeza. Envuelto en su toga y metido en el atestado ascensor, parecía más pequeño que nunca, un hombrecillo calvo e insignificante.

—Esa gente no sabe lo mal que ha puesto las cosas... No lo sabe... No sabe que yo soy su único amigo...

Al abrirse la puerta del ascensor, el sonido de la alarma — ¡BRAAAANNNNNNGGGGG! — fue ensordecedor. Salieron a un vestíbulo pequeño. Una de las puertas daba a la calle. La otra conducía al gran vestíbulo de la planta baja de la fortaleza. Brucie le gritó a Sherman:

—¿Cómo piensa salir de aquí?

—Tenemos un coche ahí afuera —respondió Quigley por él—. Pero ni idea de dónde cristo estará. El jodido del conductor estaba acojonado cuando veníamos, así que a estas horas...

—¿Dónde le han dicho que esperase? —preguntó Brucie.

—Junto a la puerta de Walton Avenue —dijo Quigley—. Pero si conozco a ese maricón, seguro que se ha largado a Candy.

—¿Candy?

—Un jodido pueblo de Ceilán. Parece que nació allí. Conforme íbamos acercándonos aquí, el tipo se puso a hablar del puto pueblo ese, Candy. No te jode.

Brucie abrió desmesuradamente los ojos y gritó:

—¡Eh, juez!

Kovitsky estaba cruzando en ese momento el umbral de la puerta que conducía al vestíbulo principal del edificio.

—¡Señor juez! ¡No entre ahí! ¡Está lleno de manifestantes!

¡Ahora! ¡Otra vez! Sherman salió disparado hacia esa puerta y se coló por ella, siguiendo los pasos de la diminuta figura de negro.

—¡Sherm! —La voz de Quigley—. ¡Santo Dios!

Sherman se encontró en un gran vestíbulo de mármol atronado por el estupendo sonido de la alarma. Kovitsky llevaba la delantera y caminaba tan aprisa que la toga se le hinchaba a los lados. Parecía un cuervo a punto de emprender el vuelo. Sherman comenzó a trotar, intentando alcanzarle. Pero otra figura llegó corriendo y le adelantó. Era Brucie.

—Señor juez. ¡Señor juez!

Brucie alcanzó a Kovitsky e intentó agarrarle del brazo. Sherman ya estaba a un paso de ellos dos. Kovitsky, sacudiendo furiosamente el brazo, se soltó del guardia.

—Juez, ¿qué pretende hacer? ¡Qué locura...!

—¡Tengo que decírselo! —dijo Kovitsky.

—Pero señor juez... ¡Le matarán!

—¡Tengo que decírselo!

Sherman captó en este momento la imagen de todos los demás, que iban acercándoseles a la carrera... el guardia tripudo... Killian... Quigley... Todos los rostros del vestíbulo se habían vuelto a mirarles, tratando de averiguar en qué consistía la extraña escena que veían sus ojos... un juez pequeño y furioso, con la toga negra, caminando empecinadamente pese a la oposición de un numeroso grupo de personas que le rodeaba por todas partes y repetía una y otra vez:

—¡No lo haga! ¡Señor juez, no!

Gritos en un pasillo cercano... ¡Es él...! ¡Eh, mirad, ahí está ese cabrón...! ¡BRAAAANNNGGGG...! El portentoso timbre de alarma vapuleó a todo el mundo

con sus ondas sonoras.

Brucie intentó sujetar otra vez al juez.

—¡Suélteme el brazo, joder! —gritó Kovitsky—. ¡Le digo que me suelte el brazo! ¡ES UNA ORDEN, BRUCIE!

Para no quedarse rezagado, Sherman volvió a trotar. Estaba a medio paso solamente del juez. Escrutó los rostros del vestíbulo. ¡Ahora! ¡Otra vez! Doblaron una esquina. Llegaron al gran espacio de estilo Moderno que conducía a la salida de la calle Ciento sesenta y uno. Unas cincuenta o sesenta personas estaban mirando hacia las puertas de la escalinata, contemplando con arrobamiento algo que ocurría fuera. A través de las puertas de cristal, Sherman entrevió la silueta de una numerosa multitud.

Kovitsky alcanzó finalmente las puertas, empujó hacia el exterior la más próxima, y se detuvo. ¡BRRAAAANNNGGG!

—¡No salga, señor juez! ¡No se arriesgue! —gritó Brucie.

En el centro del rellano había un micrófono montado sobre el pie. Junto al micro se encontraba un negro alto con traje negro y camisa blanca, rodeado por un numeroso grupo de blancos y negros. Al lado mismo del hombre del micrófono destacaba la figura de una mujer blanca de cabello rubio agrisado. Más abajo, distribuidos por las tres caras de la escalinata, se habían congregado los manifestantes. Por el ruido que armaban, seguramente habían terminado reuniéndose allí cientos, tal vez miles de personas. Finalmente, Sherman reconoció al negro del micrófono. Era el reverendo Bacon.

Éste se dirigía a la multitud con su voz de barítono, potente pero controlada, como si cada palabra fuese un nuevo y resuelto paso del destino.

—Hemos depositado nuestra confianza en esta sociedad... y en esta estructura de poder... ¿y qué recibimos a cambio? —La muchedumbre respondió con gritos y abucheos—. Hemos creído en las promesas que nos han hecho... ¿y qué recibimos a cambio? —Gruñidos, gemidos, gritos—. Hemos creído en su justicia. Ellos nos dijeron que su justicia era ciega, que era una mujer ciega... una mujer *imparcial*... Y nos dijeron que esa mujer no distinguía a los hombres por el color de su piel... Pero ¿quién ha resultado ser esa mujer ciega? ¿Cómo se llama? ¿Qué rostro adopta esa mujer para llevar a cabo sus juegos mentirosos y racistas? —Gritos, abucheos, peticiones de venganza y sangre—. Nosotros conocemos muy bien su rostro... conocemos muy bien su nombre... ¡MY-RON KO-VITSKY! —Abucheos, gruñidos, risas, alaridos, un colosal aullido a toda la muchedumbre—. ¡MY-RON KO-VITSKY! —El ruido llegó a ser ensordecedor—. Pero podemos esperar, hermanos y hermanas... podemos esperar... Hemos esperado hasta ahora, muchísimo tiempo, y no tenemos adónde ir. ¡PODEMOS ESPERAR! Podemos esperar a que los matones de la estructura de poder muestren su rostro: Y a éste le tenemos cerca... ahí dentro...

—Bacon mantenía el rostro vuelto hacia la calle, hacia la gente, pero señalaba hacia atrás con un brazo, y un firme dedo extendidos, indicando el interior del edificio—. Y él sabe que el pueblo le aguarda aquí, lo sabe porque *no... es... ciego...* Vive en el interior de esta fortaleza, atemorizado, metido en esta isla, pero sabe que está rodeado por un mar de gente, por el enorme mar del pueblo, y sabe que el pueblo y la justicia, y la justicia, hermanos y hermanas, le está arrojando. ¡Y que no tiene escapatoria!

La muchedumbre se puso a rugir, y Bacon se volvió a un lado un momento y agachó la cabeza para que la mujer de pelo rubio agrisado le dijese algo al oído.

Justo en ese momento Kovitsky abrió de par en par la puerta acristalada. La toga se le hinchó a los lados, como si hubiese desplegado un par de alas.

—¡Señor juez! ¡Por Dios!

Kovitsky se quedó quieto en el umbral, con los brazos abiertos. El momento se alargó más y más... Cayeron los brazos. Las alas hinchadas se plegaron sobre su frágil cuerpo. Kovitsky dio media vuelta y entró de nuevo en el vestíbulo. Caminaba con la mirada baja, y hablando entre dientes.

—Su único amigo. Su único amigo, joder. —Miró al guardia que le había seguido—. Bien, Brucie. Vayámonos.

¡No! ¡Ahora!

—¡Señor juez! —aulló Sherman—. ¡No retroceda! ¡Hágalo! ¡Estoy dispuesto a salir con usted!

Kovitsky giró sobre sus talones y se quedó mirando a Sherman. Evidentemente, sólo ahora percibía su presencia. Puso su más ceñuda expresión...

—Qué diablos...

—¡Salga! —dijo Sherman—. ¡Salga, señor juez!

Kovitsky se limitó a mirarle. Instado por Brucie, continuó avanzando a buen paso por el vestíbulo. De todos los pasillos iba llegando gente... una multitud cargada de no muy buenas intenciones...

¡Es Kovitsky! ¡Es él! Gritos... estrépito... ¡BRRRAANNNGGG!: el timbre de la alarma sonaba y sonaba, repicaba contra las paredes, rebotaba en los mármoles, doblando y triplicando su volumen... Un anciano que no formaba parte de los alborotadores salió de algún lugar y se encaminó hacia Kovitsky, señalándole, gritando:

—*¡Usted...!*

Sherman se lanzó contra él y le gritó:

—¡Venga, largo de aquí! ¡Fuera, cabrón!

El anciano se apartó de un salto, boquiabierto. Su *expresión...* ¡Tan atemorizada! *¡Ahora! ¡Otra vez! ¡Clávale el puño en el estómago, hazle papilla, písale el ojo!*

Sherman se volvió hacia Kovitsky.

El juez le miraba como quien acaba de ver a un chalado. Y Killian le observaba

con la misma expresión. Y lo mismo hacían los dos guardias.

—¡Está loco! —gritó Kovitsky—. ¿Quiere que nos maten a todos?

—¡Qué más da, juez! ¡Qué más da! —gritó Sherman.

Y sonrió. Notó que los labios se le dilataban en una sonrisa satisfecha y anchísima. Y hasta soltó una estridenre carcajada furiosa. Carente de líder, la muchedumbre que se agolpaba en el vestíbulo se detuvo, como si nadie supiera con quién tenía que vérselas exactamente. Sherman escrutó los rostros, como si pretendiese aniquilarlos con su sola mirada. Estaba aterrorizado, ¡y dispuesto! *¡Otra vez!*

Aprovechando las circunstancias el grupito del juez se batió en retirada.

Epílogo

Al cabo de un año exactamente, el New York Times publicó en la página B-1 de su sección de noticias locales, el siguiente artículo:

FINANCIERO PROCESADO POR LA MUERTE DE UN ESTUDIANTE Por Oberton Holmes, Jr.

Sherman McCoy, ex asesor financiero de Wall Street, fue conducido ayer al Bronx para ser procesado bajo la acusación de homicidio sin premeditación por la muerte de Henry Lamb, un estudiante de 18 años y raza negra que había llegado a ser el orgullo de unos bloques de viviendas protegidas de South Bronx.

Mr. Lamb murió la noche del pasado lunes en el Lincoln Hospital, a consecuencia de las lesiones cerebrales que padeció cuando fue atropellado por el Mercedes-Benz deportivo de Mr. McCoy en Bruckner Boulevard, hace trece meses. Desde su ingreso en el hospital, el joven Lamb no volvió nunca a recobrar la conciencia.

Cuando los inspectores conducían esposado a Mr. McCoy hacia el edificio de los juzgados del Bronx, en la calle Ciento sesenta y uno, grupos de manifestantes, pertenecientes a Solidaridad entre los Pueblos y otras organizaciones, increparon a Mr. McCoy con gritos de «Asesino de Wall Street», «Capitalista asesino», y «Por fin triunfa la justicia». Hace un año, la supuesta participación de Mr. McCoy en el accidente que produjo las heridas de Mr. Lamb llegó a convertirse en el centro de una gran tormenta política.

Figura patricia

Cuando se le pidió que comparase su actual situación con la época de Park Avenue y su infancia en una buena familia, Mr. McCoy gritó: «No tengo nada que ver con Park Avenue ni con Wall Street. Soy un reo profesional. He tenido que soportar un año entero de hostigamiento legal, y soportaré otro... y tal vez tenga que soportar de ocho a veinticinco años más.»

Esto último era, al parecer, una referencia a la sentencia de privación de libertad que podía recaer sobre él ahora que se le acusará de un nuevo delito. Richard A. Weiss, fiscal de distrito del Bronx, ha preparado al parecer un pliego de acusaciones de cincuenta páginas, que pronto será presentado ante un gran jurado. La tenaz actitud de Mr. Weiss, que ha actuado en este caso como un acusador insobornable, fue considerada por los especialistas como la clave de su triunfo electoral del pasado

noviembre.

Mr. McCoy, un hombre alto, de figura patricia e hijo de John Campbell McCoy, eminente abogado de un bufete de Wall Street hasta fechas recientes, se educó en St. Paul's y en Yale, y cuenta en la actualidad 39 años. Se presentó vestido con camisa deportiva y sin corbata, pantalones kaki y gruesos zapatos de excursionista. Una imagen rotundamente opuesta a la que ofrecía al mundo antes del accidente de circulación, pues en aquel entonces solía vestir trajes de 2.000 dólares, hechos a medida por sastrerías inglesas, y a juego con su prestigio de «Rey de los Bonos» de Pierce & Pierce, una firma financiera en la que obtenía unos ingresos de 1.000.000 de dólares anuales.

Cuando era conducido por los inspectores hacia las dependencias del Registro Central del Bronx, y en respuesta a la pregunta de un reportero, Mr. McCoy declaró: «Se lo repito otra vez. Soy un reo profesional. Visto como creo que hay que ir vestido para la cárcel, aunque de momento todavía no he sido condenado por ningún delito.»

Descenso de categoría

Seis horas más tarde, cuando apareció ante el juez Samuel Auerbach, Mr. McCoy tenía ligeramente hinchada la mejilla izquierda, y muy pelados los nudillos de las dos manos. Interrogado por el juez Auerbach acerca de sus heridas, McCoy, cerrando los puños, respondió: «No se preocupe, señor juez. Yo mismo me ocuparé de todo eso.»

Los funcionarios de la policía dijeron luego que Mr. McCoy se había visto metido en un «altercado» con otros dos detenidos. Tras una discusión, se produjo una pelea de la que resultó con las heridas mencionadas por el juez, pero Mr. McCoy no quiso le fuesen curadas en la enfermería.

Cuando el juez le preguntó si se declaraba culpable o inocente de los cargos que se le imputaban, McCoy dijo en voz alta: «Absolutamente inocente.» Desoyendo los consejos del juez, se empeñó en defenderse a sí mismo durante la sesión, e indicó que tenía intención de seguir siendo su propio defensor durante el próximo juicio.

Fuentes próximas a Mr. McCoy, cuyo patrimonio se había llegado a tasar en 8.000.000 de dólares, dijeron que, tras un año de gastos legales extraordinarios, «apenas le queda suficiente para pagar el alquiler». En efecto, quien hasta hace un año vivía en un apartamento en propiedad valorado en 3.200.000 dólares, la mejor zona de Park Avenue, en la actualidad ocupa un pequeño apartamento de dos modestas habitaciones, situado en un rascacielos de posguerra de la calle Treinta y cuatro Este esquina Primera Avenida.

El pasado mes de junio fueron desestimadas las primeras acusaciones que se formularon contra Mr. McCoy, por delito de imprudencia temeraria, en una turbulenta sesión celebrada en la sala M juez Myron Kovitsky. Ante las protestas airadas de la

comunidad negra, el fiscal Weiss presentó de nuevo su pliego de cargos ante un gran jurado, el cual formuló una nueva acusación.

La organización del Partido Demócrata del Bronx, en respuesta a las peticiones del vecindario, se negó por su parte a nominar de nuevo al juez Kovitsky, quien fue aplastantemente derrotado el pasado noviembre, cuando se presentó a su reelección. Le sustituyó el veterano juez Jerome Meldnick. El juicio de Mr. McCoy, el pasado febrero, terminó con el jurado dividido al cincuenta por ciento entre los partidarios de declarar culpable al reo, y los tres jurados blancos y un jurado hispano que le encontraron inocente.

Hace dos meses, un jurado del Bronx decidió otorgar a Mr. Lamb la cantidad de 12.000.000 de dólares en concepto de daños y perjuicios, en el curso de una demanda civil contra la que Mr. McCoy ha apelado. Recientemente, Albert Vogel, el ahogado que defendió los intereses de Mr. Lamb, acusó a Mr. McCoy de estar ocultando parte de sus bienes a fin de librarse de pagar la cantidad exigida por el jurado. Se refería a la suma procedente de la venta del apartamento que Mr. McCoy tenía en Park Avenue, así como de su casa de campo en Southampton, Long Island, que McCoy intentó regalar a su esposa Judy, actualmente separada de él, y a su hija Campbell, que cuenta actualmente siete años. El tribunal ha congelado esos bienes, así como el resto de valores y pertenencias personales de Mr. McCoy, en espera del resultado de la apelación.

Mrs. McCoy y su hija se han ido a vivir al Medio Oeste, según ciertas informaciones, pero Mrs. McCoy se encontraba ayer entre el público presente en la sala, sin que al parecer la identificara ninguno de los ruidosos manifestantes, negros y blancos, que ocupaban casi todos los asientos. En cierto momento de la vista, Mr. McCoy volvió la vista hacia su esposa, sonrió ligeramente, y alzó el puño izquierdo a modo de saludo. No ha podido ser aclarado el sentido de este ademán. La esposa de Mr. McCoy se negó a contestar las preguntas de los periodistas.

Nido de amor de renta controlada

El matrimonio de Mr. McCoy se vio profundamente afectado por la noticia de que Maria Ruskin Chirazzi, heredera del imperio de los charter de Arthur Ruskin, se encontraba en el coche de McCoy cuando ocurrió el accidente. Más adelante se supo que Mrs. Ruskin y Mr. McCoy habían sido amantes, y que sus citas tenían como escenario un piso de renta controlada cuya existencia fue revelada por la prensa en aquellas fechas. El entonces esposo de Maria Chirazzi, Mr. Arthur Ruskin, murió de un infarto poco antes de que fuese publicada la noticia de la participación de su esposa en el escándalo.

El fiscal de distrito, Mr. Weiss, había iniciado los preparativos para un nuevo

juicio basado en la acusación de imprudencia temeraria, pero la muerte de Mr. Lamb permite ahora que Mr. McCoy pueda ser acusado de homicidio sin premeditación. De hecho, Mr. Weiss ya ha anunciado que el vicefiscal Raymond I. Andriutti se hará cargo personalmente de la acusación. Esto se debe a las sorprendentes revelaciones que obligaron a Mr. Weiss a retirar del caso al anterior encargado de la acusación, el vicefiscal Lawrence N. Kramer; en efecto, la prensa descubrió que Mr. Kramer había conseguido que el propietario del piso de renta controlada usado como nido de amor por Mrs. Ruskin, se lo alquilase a Miss Shelly Thomas, redactora publicitaria. Mr. Kramer, que está casado, conoció a Miss Thomas cuando ésta fue miembro de un jurado en un caso sin relación con el de Mr. McCoy, pero en el que Mr. Kramer intervino como acusador. El acusado de aquel caso, Herbert (Herbert 92X) Cantrell, ha logrado que fuese revocada su condena por homicidio sin premeditación gracias a su recurso, basado en la «manifiestamente inapropiada actitud de la acusación».

Mr. Andriutti dijo ayer que llamará a Mrs. Chirazzi como testigo de la acusación en el nuevo juicio contra Mr. McCoy, pese a que fue precisamente la polémica en torno al testimonio que ella dio ante un gran jurado lo que condujo a que fuese desestimada por el juez Kovitsky la primera acusación. Mrs. Chirazzi no fue testigo en el primer juicio contra McCoy.

Propiedades codiciadas

Los problemas legales que padece Mr. McCoy se multiplicaron más incluso ayer mismo, cuando una importante agente de la propiedad inmobiliaria, Sally Rawrhrote, interpuso una demanda civil contra él ante un tribunal de Manhattan, exigiéndole el pago de 500.000 dólares en concepto de daños y perjuicios. Miss Rawrhrote había cobrado una comisión de 192.000 dólares por la venta, a un precio de 3.200.000 dólares, del apartamento de dos plantas que Mr. McCoy poseía en Park Avenue. Pero, representado por Mr. Vogel, Mrs. Lamb demandó a Sally Rawthrote por esos 192.000 dólares, basándose en que esta suma debería ser utilizada para reunir la suma de 12.000.000 dólares en concepto de daños y perjuicios que, según decisión recurrida de un tribunal, debe pagar Mr. McCoy. En su demanda, Miss Sally Rawthrote acusaba a Mr. McCoy de «ofrecer como vendibles propiedades gravadas». En sus declaraciones, Miss Rawthrote dijo que actuaba solamente «para protegerme a mí misma por la posible pérdida de una comisión limpiamente ganada», pero que en realidad le desea la mejor suerte a Mr. McCoy.

Está por ver de qué manera podrá Mr. McCoy hacer frente a este y otros muchos y complicados problemas legales derivados del caso. Thomas Killian, ex defensor de Mr. McCoy, dijo desde su casa de Long Island que, debido a que Mr. McCoy carecía de fondos suficientes para pagarle, había dejado de representarle.

El propio Mr. Killian se encuentra ahora enfrentado a toda una serie de demandas judiciales que han sido interpuestas por sus vecinos de Lattingtown, una de las zonas de moda en North Shore. Recientemente, Mr. Killian compró una propiedad de 20 acres con un edificio obra de Phipps, y le encargó al arquitecto Hudnall Srallworth, perteneciente a la escuela del «neo-guijarral», que diseñara una gran ampliación de la casa, que está inscrita en el Registro Nacional de Historia. Los grupos ecologistas de la zona se oponen a cualquier tipo de alteración de esa señorial estructura georgiana.

Sin embargo, Mr. Killian sigue siendo un apasionado partidario de Mr. McCoy. En una intervención realizada en un banquete privado, Mr. Killian afirmó que la nueva acusación de homicidio sin premeditación era un caso de m... y luego añadió: «Si este caso fuese presentado ante el tribunal de las conciencias, los reos serían Abe Weiss, Reginald Bacon y el reportero Peter Fallow del City Light.»

Milton Lubell, portavoz de Mr. Weiss, afirmó que el fiscal de distrito no tiene intención de responder a «las bravuconadas de alguien que ya no se ocupa del caso». Y añadió: «Sólo gracias al trato de preferencia concedido por ciertos elementos del sistema judicial Mr. McCoy ha logrado librarse por ahora de que recayera sobre él todo el peso de la ley. Y resulta trágico que haya hecho falta que muriese Henry Lamb, símbolo de los más elevados ideales de esta ciudad, para que por fin se hiciera justicia en este caso.»

Buck Jones, portavoz de Solidaridad de todos los Pueblos, una de las organizaciones que dependen del reverendo Reginald Bacon, comentó que las palabras de Mr. Killian eran «las típicas mentiras racistas del portavoz racista de un conocidísimo capitalista racista» que intenta intervenir «el pago de lo que debe por su destrucción racista de un magnífico joven».

Mr. Fallow, que ganó el premio Pulitzer por sus reportajes en torno al caso McCoy, no pudo ser localizado ni comentar los nuevos acontecimientos. Al parecer se encuentra navegando en un yate por el Egeo, en compañía de Lady Evelyn, hija de Sir Gerald Steiner, editor y financiero, con la que contrajo matrimonio hace sólo dos semanas.

Notas

[1](#) *Hymie*, diminutivo de Hymen (himen), nombre propio judío, utilizado aquí como término despectivo.

[2](#) *Wasp*, palabra relativamente moderna, formada con las siglas de *white-anglo-saxon-protestant*(blanco-anglo-sajón-protestante) que se utiliza para designar a los miembros de la clase media dominante norteamericana, a saber los descendientes de los primeros colonos procedentes del norte de Europa, y que se distinguen de los descendientes de otros grupos de inmigrantes posteriores. (N. del T.)

[3](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[4](#) *Shtetl*, término yiddish que significa aldea o pequeña comunidad judía de la Europa oriental. (N. del T.)

[5](#) En el original *marshmallow*, expresión insultante empleada por los negros para designar a los blancos (N. del T.)

[6](#) *Knickerbocker*, término tomado del apellido de un personaje creado por Washington Irving, es el nombre con el que se designa a los descendientes directos de los holandeses que fueron los primeros colonos de la zona en la que posteriormente se construyó la ciudad de Nueva York. (N. del T.)

[7](#) Los *yiddim* son, en terminología yiddish, los judíos. Éstos, a su vez, se refieren a los gentiles, en términos despectivos, llamándoles *goyim*, También tiene connotaciones despectivas la palabra *shiksa*, que designa a las muchachas gentiles. (N. del T.)

[8](#) A & P es el nombre de una cadena de supermercados que no se distingue precisamente por la calidad de sus productos. (N. del T.)

[9](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[10](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[11](#) *Yoms*, derivado de Yom Kippur, es otro término despectivo con el que son

designados los judíos. (N. del T.)

[12](#) *Ted Lewis*, que se retiró en los años cincuenta (razón por la cual el vicefiscal no le conoce), combinaba en sus actuaciones los chistes con las canciones y el baile. Esto último es la base de la broma del juez. (N. del T.)

[13](#) *Joe Hill* (1879-1915) y sus seguidores, los *Wobblies*, miembros del primer sindicato norteamericano de obreros no especializados, practicaron el sabotaje y la huelga general como arma de combate contra la patronal y los otros sindicatos. (N. del T.)

[14](#) *Walter Winchell* (1897-1972) firmó una columna de cotilleo que reproducía la prensa de muchos estados norteamericanos en los años cuarenta y cincuenta, pero cayó en desgracia a partir de 1963. (N. del T.)

[15](#) La «cinta blanca» (white ribbon) era la insignia que distinguía a las diversas organizaciones que pretendían fomentar, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, la pureza sexual o la temperancia. (N. del T.)

[16](#) *Lamb* significa «cordero», y de ahí que se pueda hacer el juego de palabras poor Lambs, es decir, «pobres corderos». (N. del T.)

[17](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[18](#) En el original *Lemon Tarts*, en donde se juega con dos de las acepciones de la palabra *tart*: a) pastelito o tartaleta de tamaño individual, generalmente de hojaldre con relleno de mermelada; y b) mujer ligera de cascos y, específicamente, prostituta. (N. del T.)

[19](#) El *cruiserweight* o peso crucero suele llamarse peso semipesado, pero entonces se pierde el chiste derivado de la acepción que en argot homosexual tiene la palabra *crusing*, «ir de ligue», y es esto último lo que provoca la risa de Shaflett. (N. del T.)

[20](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[21](#) Llamada de atención del público sobre las palabras que acaba de pronunciar un orador, en tono de aprobación y aplauso. En Nueva York, usar esa expresión tan

británica y propia de la Cámara de los Comunes, es un evidente rasgo de supuesta sofisticación. (N. del T.)

[22](#) Variante jocosa del Very Important People (o VIP), y construido a base de sustituir *people* (personas) por *fags* (maricones). (N. del T.)

[23](#) El epíteto *Harp* con el que se conoce a los irlandeses en los EE.UU. desde comienzos de siglo viene del arpa (harp) que forma parte de la bandera de la República de Irlanda. *Donkey*, de connotaciones mucho más despectivas, significa asno, y contiene una referencia a la mítica terquedad de ese animal, atribuida también a los irlandeses por otros grupos raciales o nacionales. (N. del T.)

[24](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[25](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[26](#) *Curty Kale* podría significar «Col rizada», y ser un mote. Pero también podría perfectamente ser un nombre inscrito en cualquier registro oficial. De ahí la duda, y el chiste. (N. del T.)

[27](#) En castellano en el original. Se trata de un epíteto despectivo con el que se designa a los hispanohablantes. (N. del T.)

[28](#) En castellano en el original. (N. del T.)

[29](#) Político norteamericano de tendencia izquierdista. (N. del T.)

[30](#) *Los Cuatrocientos de Forbes* (Forbes' Fourhundred) son los integrantes de una de las más conocidas listas de millonarios en los Estados Unidos. La publica la revista *The Forbes Money Guide*. (N. del T.)

[31](#) En el original *We Want You*, que es la frase con la que el Estado Federal reclamó voluntarios para alistarse en el ejército cuando EE.UU. decidió participar en la Primera Guerra Mundial. La frase significa literalmente «te buscamos a ti». (N. del T.)

[32](#) Combinado en el que se mezclan licor con sabor a naranja, zumo de limón y cognac con hielo picado. Se sirve escurrido y con un pedazo de piel de limón. (N. del T.)

T.)

[33](#) Con acento fuertemente alemán, «Con Uve, Ese, O, Pe.» (*N. del T.*)

[34](#) *Bottomless Pitt*, que también significa «Pozo sin culo», debido a la ambivalencia de *bottom* [«fondo» o «culo»] y al significado de *pit* [«pozo»]. (*N. del T.*)

[35](#) *Schvartzers* es un término despectivo yiddish («negros» en alemán) que se aplica a la población negra norteamericana. (*N. del T.*)

[36](#) Relativo al grupo de colegios universitarios de la costa este que, como Harvard o Yale, son los más selectos de los EE.UU., tanto académica como social y económicamente. (*N. del T.*)

[37](#) En inglés correcto sería «Mister Killian, my name is Maria Ruskin», es decir: «Mister Killian, soy Maria Ruskin.» (*N. del T.*)